

ARPAS ETERNAS

CUMBRES Y LLANURAS
ESENIOS, APÓSTOLES Y AMIGOS



JOSEFA ROSALÍA LUQUE ÁLVAREZ
HILARIÓN DE MONTE NEBO

Josefa Rosalía Luque Álvarez
Hilarión de Monte Nebo

ARPAS ETERNAS

Cumbres y Llanuras

Esenios, Apóstoles y Amigos



ALBORADA **CRISTIANA**

alboradacristiana@gmail.com

alboradacristiana@elcristoes.net

Obras de Fraternidad Cristiana Universal
Josefa Rosalía Luque Álvarez

“Orígenes de la Civilización Adámica”
Vida de Abel

“Moisés”
El vidente del Sinaí

“Arpas Eternas - Cumbres y Llanuras”
Vida de Yhasua de Nazareth - Apóstoles y Amigos

“Llave de Oro - Siete Portales”
Los Maestros

“Para Ti”
El Huerto Escondido
Paráfrasis de la Imitación de Cristo
Azucenas de mi Huerto
Lirios de la Tarde
Cinerarias

E-mail:
alboradacristiana@gmail.com
alboradacristiana@elcristoes.net

Webs:
<http://www.fraternidadcristianauniversal.com>
<http://www.fraternidadcristianauniversal.net>
<http://www.elcristoes.net/fcu>

nº Cap.	Título	Pág.
1	Cumbres y Llanuras.....	9
2	Deshojando recuerdos.....	11
3	El último bote.....	25
4	Sintiendo cantar las olas.....	36
5	Judas de Kerioth.....	40
6	La heredad del padre.....	46
7	La asamblea.....	53
8	El vuelo de las golondrinas.....	65
9	Ilusión de Amor.....	74
10	En la casa de Lía.....	86
11	Almas gemelas.....	89
12	La gloria de Betlehem.....	96
13	En el Lacio.....	98
14	Junto al fuego de Nazareth.....	114
15	En África del Norte.....	119
16	Idinen o Monte de los Genios.....	144
17	En Jerusalén.....	158
18	El Apóstol Zebeo.....	171
19	En la aldea del Lago Merik.....	179
20	Las ruinas florecen.....	201
21	Tabita de Alejandría.....	206
22	La esposa ideal.....	214
23	El Capitán Pedrito.....	219
24	Los cautivos de las ruinas.....	224
25	Lo que el amor ha unido.....	231
26	Los treinta y tres.....	243
27	Diez años de labor.....	247
28	La ciudad subterránea.....	253
29	En Palestina.....	258
30	El mensajero de Zebeo.....	265
31	En Galilea.....	270
32	El huerto cerrado de Juan.....	278
33	Las rosas se van.....	288
34	Golondrinas Galileas emigran.....	296
35	A bordo del “Quintus Arrius”.....	306
36	Entre cielo y mar.....	315
37	En el puerto de Rafia.....	328
38	El Capitán Pedrito esperaba.....	340
39	La hora de Academia.....	351
40	Cuando las almas se encuentran.....	358
41	El Apóstol Pedro.....	364
42	En el lago Merik.....	387
43	La velada.....	412
44	Los papiros de Nadaber.....	422

nº Cap.	Título	Pág.
45	El místico herto de Filón.....	433
46	Los desterrados y las alianzas.....	440
47	El archivo del Príncipe Melchor.....	450
48	Acercándome a Dios.....	459
49	Los caminos de Dios.....	470
50	En el Palacio Henadad.....	480
51	Stéfanos de Corinto.....	494
52	La tempestad se avecina.....	510
53	Un vistazo al escenario.....	520
54	¡Y llegó la hora!.....	528
55	El huerto iluminado.....	538
56	Gerifaltes y palomas.....	548
57	Detrás de los bastidores.....	558
58	El Señor tendía su red.....	571
59	El despertar.....	579
60	Todo reino dividido.....	592
61	Hacia el abismo.....	605
62	La estrella maga.....	617
63	La gruta de los recuerdos.....	625
64	El Apóstol Judas Tadeo.....	632
65	Rosas de la tarde.....	642
66	En el monte Hermón.....	653
67	El Diario del Apóstol.....	657
68	El comienzo del apostolado.....	667
69	En Thipsa.....	675
70	El “Albatros” suelta amarras.....	682
71	Fahien de Rambacia.....	689
72	La Matriarca Abelina.....	694
73	Rosas blancas.....	707
74	Tomás de Tolemaida.....	709
75	Los siete días.....	717
76	Resurrección.....	734
77	El Apóstol Andrés de Tiberíades.....	743
78	La huella en la nieve.....	753
79	El salto sobre el abismo.....	760
80	Bartolomé de Corazín.....	764
81	El Apóstol de Armenia.....	768
82	La Cruz de piedra.....	776
83	Juan, el muy amado.....	783
84	No era un cuento.....	789
85	Anfión y Odina.....	792
86	El sueño libertador.....	808
87	Los abrojos del camino.....	815
88	El Cerro de la Gloria.....	830

nº Cap.	Título	Pág.
89	Felipe y Matías.....	836
90	El Cristo en Roma.....	840
91	Apacienta mis ovejas.....	846
92	En el Lacio.....	857
93	Los caminos de la Ley.....	863
94	El rosal de Yhasua en Roma.....	875
95	Regreso a Palestina.....	879
96	El huerto de Juan florece.....	887
97	El Rabí Sedechias.....	901
98	Como se abren los caminos.....	909
99	El sueño de las tres Marías.....	915
100	Los caminos se encuentran.....	917
101	Vientos contrarios.....	925
102	Los pergaminos de Juan.....	931
103	Un roble murió de pie.....	943
104	El Cristo en Samaria.....	949
105	El diario del Apóstol Juan.....	963
106	Visitantes de Samaria.....	969
107	Todo se pasa.....	979
108	El solitario de Patmos.....	984
109	¡Fíat Lux!.....	1000
110	Lo que no vemos.....	1009
111	La escuela de Juan.....	1018
112	Exploración celeste.....	1025
113	La gloria de Juan.....	1033
114	El paraíso de Pedro.....	1043
115	Los amigos de Yhasua en Éfeso.....	1051
116	La piedra de Cristo.....	1060
117	El Águila solitaria.....	1064
118	El rosal florecido.....	1073

© Derecho de Autor Hugo Jorge Ontivero Campo
Todos los derechos reservados

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Ediciones en español
Editor Fraternidad Cristiana Universal,
Florida, Provincia de Buenos Aires
Año 1949 — 1955 — 1965
Editorial Kier S.A. Buenos Aires
Año 1968 — 1972 — 1976 — 1978 — 1980
1986 — 1989 — 1992 — 1997 — 2000
Editorial Solar — Bogotá, Colombia
Año 2004

©Editor: Hugo Jorge Ontivero Campo — España
Año 2003 — 2005

Ediciones en portugués
Editora Pensamento-Cultrix Ltda. — Sao Paulo, Brasil

Edición cotejada con los originales de la Obra por:
Hugo Jorge Ontivero Campo
Diseño de Portada: Lidia Orellano - Eduardo Ariel Rodríguez
Composiciones: “Ya es la Hora” “Sancta Sanctorum”: Sabino del Pino Galán

Preprensa:

Obra completa I.S.B.N. 84-933384-0-0

Depósito Legal:
Impreso y encuadernado:
Queda hecho el depósito que marca la Ley
Impreso en España
Printed in Spain

1

CUMBRES Y LLANURAS

De nuevo me coloco a tu lado, lector amigo, para deshojar silenciosamente las páginas vivas de un pasado radiante que la Eterna Luz conserva en sus Archivos Eternos y que ninguna fuerza humana puede destruir ni adulterar.

Has hojeado hoja tras hoja “Arpas Eternas”, y has bebido hasta la saciedad el néctar divino de la vida más pura y excelsa que ha pasado por esta Tierra como un astro sereno derramando claridad, tibieza de amor, calor de ternuras inefables...

La Eterna Ley permite hoy a este hermano tuyo invisible, ser narrador de otras vidas que al igual que la tuya, estuvieron tejidas de grandes anhelos de superación para acercarse al Divino Ungido, al Cristo, amador eterno de esta Humanidad. Son las vidas de los “Amigos de Yhasua” que has conocido en Arpas Eternas, que has intimado con ellos hasta llegar a amarlos y a sentir, pensar y querer como ellos sentían, pensaban y querían...

La rosa bermeja del amor al Cristo vive sin marchitarse en tu corazón, y deseas, lo sé bien, conocer qué hicieron sus amigos y discípulos después de su partida a los Reinos de la Eterna Luz y del Amor Eterno.

Por múltiples causas, que sería pesado y harto doloroso detallar, los amantes del Maestro Nazareno ignoran en absoluto la historia de los continuadores de su magna obra de redención y de amor en medio de esta humanidad. Sabes, lector amigo, que el Cristo llegó hasta entregar voluntariamente su vida por sostener en alto su divino ideal; y preguntas con justa razón ¿qué hicieron sus amigos y seguidores cuando Él partió de este plano terrestre?

Algo te dirán los viejos pergaminos que van entregando al mundo idealista las cavernas-santuarios de los solitarios Esenios que en su inquebrantable silencio, fueron los más fieles cronistas del Cristo encarnado. Acaso pensaron que las rocas amigas que les salvaron la vida, y les cobijaron con amor durante tantos siglos, serían más fieles guardianes que los hombres y a ellas confiaron los amados recuerdos, los poemas sublimes de amor y de fe de la epopeya cristiana en su glorioso y a la vez doliente amanecer.

¡Oh, desconocidos Esenios!... ¡No pensasteis en que los siglos destruyen y desmenuzan en polvillo y ceniza lo que os costó largas meditaciones de recordar, admirar y vivir de nuevo todo cuanto vaciabais a los pergaminos silenciosos!...

¡Oh, benditas rocas y montañas amigas de los esenios!: Monte Quarantana, Monte Tabor, Monte Carmelo, Monte Hermón, cerros inmensos de Moab, guardianes también de los grandes secretos de Moisés ¡Vosotros sabéis lo que la Humanidad ignora porque la Ley Divina la sabe infiel, mudable, incomprensiva!...

¡Lástima grande que los siglos no sepan respetar lo que vosotros guardáis con escrupulosa fidelidad!

Mas, la Ley Divina con su infinito poderío, conserva en sus alcázares eternos inaccesibles a toda destrucción, a todo engaño, a toda deficiencia, lo que en nuestros planos físicos está obligado a dejar de ser por las muchas causas a que está sujeta la materia corruptible y perecedera.

Alégrate pues conmigo, lector amigo, idealista buscador de la Verdad y canta un glorioso aleluya. La Luz Eterna, es la grabadora infatigable de todo cuanto es pensado y realizado en todos los mundos del Vasto Universo. Y es Ella, delicada amiga del que busca, pide y espera con sencillo corazón y noble desinterés ver descorridos los velos que le impiden la posesión de la Verdad.

¿No será Ella la que puso un día en los labios del Cristo encarnado en Nazareth aquellas sugestivas palabras que nos ha transmitido la tradición: *“Pedid y recibiréis. Buscad y encontraréis. Dios da su luz a los humildes y la niega a los soberbios”*?

Viste pues la túnica blanca de los festines sagrados de los esenios montañeses, y recibe con amor lo que con amor te brinda este hermano invisible que ha buscado y encontrado para ti en los Archivos de la Luz Eterna, esta perla escondida que poseyeron los solitarios de la Palestina y que ahora poseerás tú: *La realización del pensamiento del Cristo en el amanecer del Cristianismo.*

La Autora

DESHOJANDO RECUERDOS

Las penumbras del anochecer caían sobre el Mar de Galilea y los amigos de Yhasua continuaban mirando en silencio aquel retazo de cielo azul donde su visión había desaparecido.

La voz del Servidor del Santuario del Tabor que los invitaba a seguir los caminos trazados por Él, se esfumaba también en las sombras y ellos no podían decidirse a abandonar aquel sitio amado, lleno aún con su presencia, con la vibración poderosa de su amor que los envolvía como una eterna caricia...

La primera estrella vespertina encendió su fanal color de amatista y tras ella, otras y otras salpicaron de luz el manto oscuro de la noche.

Después de breve deliberación entre Pedro, Zebedeo y Hanani, ofrecieron sus viviendas para hospedaje de todos los amigos del Maestro, hasta el siguiente día en que cada cual resolvería de su persona y de su vida.

—Los que queráis seguirnos al Tabor —dijo el anciano Servidor del Santuario—, podéis venir con nosotros. —Y los discípulos de Yohanán se les unieron de inmediato pues ya tenían resuelto unir su vida a los Ancianos entre los cuales había crecido y vivido su inolvidable Maestro.

—No olvidéis mi casa tan cercana —añadió la Castellana de Mágdalo que ya no era apellidada *la pagana*, sino simplemente *María*. Tomó del brazo a Myriam y a Nebai, diciendo a los demás—:

“Podéis venir cuantos queráis que para todos habrá lugar. Boanerges debe estar llegando con el velero que le mandé buscar.

Y los amigos de Yhasua aceptaron el hospedaje que se les ofrecía en las cercanías de aquel lago que Él tanto había amado y en cuyas olas rumorosas aún creían escuchar la resonancia suavísima de su voz.

Los más íntimos discípulos con los más ancianos quedaron en las casas de Pedro y Zebedeo; otros siguieron a Hanani cuya morada estaba situada en un suburbio de Tiberias; y Myriam con Nebai, las hijas de Lía y las demás mujeres con sus niñas se agruparon en los rústicos muelles a la espera de los botes que habían de llevarles hasta el Castillo de Mágdalo.

La luna creciente rompió de pronto el velo gris de las nubes que interceptaban su luz, y la tristeza del cuadro se hacía más y más pesada.

Judá y Faqui se multiplicaban para atender a todos, y Vercia la Druidesa Gala, con una serenidad admirable, indicaba a sus compañeros una

piedra cuya forma se asemejaba a un libro cerrado, y sobre ella colocaba ella misma una pequeña pira de leña.

—¿Qué haces, Vercia? —la interrogó Nebai acercándosele.

—Encenderé aquí el fuego sagrado por última vez antes de abandonar para siempre la tierra bendita que holló con sus pies el hijo del Gran Horus.

—Pero si vamos a irnos de aquí enseguida. Mañana lo harás —insistió Nebai.

—Está bien. Iré con vosotros —le contestó, en el preciso momento en que se oía la voz dulcísima de Boanerges flotando como una caricia en el vientecillo fresco que soplabla del norte:

*Como una roca inmovible
Serán Señor para Ti
Los amigos que quisieron
Tu misma senda seguir.*

*Son almas que comprendieron
A la tuya que era amor
Para todos los que lloran
En una oscura prisión.*

*Amores que no comprenden
Las almas de poca fe
Amar como aman las flores
Que se dan sin interés.*

*Amar como las estrellas
Que nos ofrendan su luz
Y abren rutas al viajero
Desde el infinito azul.*

*¡Heraldos de tus ideales
Firmes siguen para ti
Sin que ninguna borrasca
Los pueda nunca abatir!*

Las mujeres lloraban silenciosamente, y Vercia saltó la primera a la pequeña planchada que los remeros tendieron sobre la costa.

—¡Niño del lago! —le dijo—, ¿quién puso tanta armonía en tu boca y tanto fuego en tu corazón?

—¿Quién? El amor de Él, señora, que aunque se fue para no volver seguirá viviendo del amor de todos los que le hemos amado.

—Eres casi un niño y hablas como un Anciano. —María y Nebai se acercaron a Vercia.

—Déjale —insinuó María—, que si él continúa hablando, nosotras seguiremos llorando. —Y tomando a Myriam de la mano, la hizo embarcar la primera.

Mientras ésta breve escena, Judá, Faqui, el Scheiff Ilderín, Eliacín y Shipro hacían acercar los demás botes a los muelles y subir a bordo a todos los que esperaban en la playa.

Después un silencio profundo que solo era interrumpido por el acompasado movimiento de los remos que encrespaban las olas del lago, sobre el cual se deslizaba aquella caravana de botes siguiendo al velero blanco y azul hacia el Castillo de Mágdalo, sumergido en las penumbras de la noche entre los rumorosos platanares que lo cercaban.

Boanerges y Fatmé fueron los primeros en llamar al castillo para hacerse conocer de los guardianes, después de llamar repetidas veces: ¡Edipo! ¡Edipo!, que tal era el nombre del viejo guardián griego, apareció con los dos grandes perrazos, que eran sus habituales compañeros.

—Estoy solo en la casa —dijo abriendo la gran verja de entrada—. El Mayordomo duerme arriba, y los asilados se marcharon todos.

María sin cuidarse de lo que el portero decía, solo pensaba en conducir a Myriam, a Nebai con sus niños, a Noemí, Thirsa, Martha y la pequeña María, Elena, Ana, Sabad, las hijas de Lía y demás mujeres que desde Jerusalén vinieron a Galilea para recibir el postrer adiós y la bendición del Maestro que acaso, ¡quién sabe!, acaso les llevaría a todos con Él a su Reino eterno que les venía anunciando desde tanto tiempo.

No hay para que decir que los boteleros del lago espléndidamente remunerados por Judá y Faqui, tornaron alegres cantando a la luz de la luna pensando que era más conveniente conducir a los amigos del Profeta Nazareno que pasar la noche tendiendo las redes que más de una vez salían vacías.

—Todos sois dueños en esta casa —díjoles la Castellana no bien estuvieron en el gran pórtico de entrada.

Boanerges había subido a la torre y bajaba casi a rastras al mayordomo para que abriera las puertas.

—¡Señora! ¡Vuestros huéspedes se fueron todos! —decía el buen hombre azorado.

—No importa, ya vienen otros —le contestaba María, haciendo pasar a todos.

—Príncipe Judá, Hack-Ben Faqui, y vos, Othoniel, que conocéis la casa, haced el favor de arreglar a los hombres en las habitaciones de la torre, que mis compañeras y yo iremos al primer piso. —Y María abrió la marcha escaleras arriba llevando siempre a Myriam apoyada en su brazo.

¡Noche memorable, estupendamente grande desde cualquier punto que se la mire!

Grande en el dolor, heroicamente soportado. Grande en el desaliento, en la desorientación, en la incertidumbre y la duda que surgía a intervalos como siniestros relámpagos de una tempestad que se levantaba por momentos más y más amenazadora.

¿Adónde irían sin Él que había partido definitivamente para no volver? Recordaban haberle oído decir: *“Cuando yo sea levantado en alto, todo lo atraeré hacia mí”*. Y esas palabras, reflejos de la dolorosa visión premonitrice de su espíritu que veía de lejos la forma de su inmolación, fueron tomadas como alusión a su ascensión al Reino de su Padre que acababan de presenciar esa misma tarde, a orillas del Mar de Galilea. Y la ilusión florecía de nuevo en las almas dolientes y atormentadas.

¿No enviaría su Maestro, Ángeles de sus cielos de amor y de luz que les llevaran a todos ellos por quién sabe qué misteriosos medios, por qué desconocidas fuerzas, a ese Reino suyo que tanto les había anunciado?

Pero estas reacciones eran momentáneas y desaparecían rápidas y fugaces como frágiles mariposas arrastradas por el vendaval.

Y tornaba la pesadilla..., y el mago del recuerdo diseñaba sombras y más sombras como si un interminable otoño continuara deshojando los negros pétalos de un rosal misterioso. La desaparición de aquel ser extraordinario cuya benéfica irradiación les había mantenido a todos como en un éxtasis de interna felicidad y dentro de esa aura se habían sentido seguros, fuertes, optimistas, plenos de esperanza y de fe, forzoso es llegar a la conclusión que al faltarles aquel astro plácido y sereno que les había alumbrado, fue para todos ellos un hundimiento profundo; una desolación que no tiene igual; una desazón y espanto como la que experimenta el que siente hacerse el vacío en torno suyo, o hundirse la tierra bajo sus pies o acabarse el aire que le anima la vida.

El silencio era tan hondo que hubiera podido sentirse el latir de los corazones.

El diálogo sublime de las almas que se amaban, más aún en esas cumbres de dolor sin consuelo posible, ha quedado grabado por la Luz Eterna en el éter azul del Infinito.

Y no hay poema que pueda compararse a la explosión de aquellos pensamientos, al desborde incontenible de aquel hondo sentir, que ante lo imposible, lo irrevocable, lo ya consumado, se desbordaba como un torrente y en oleadas se vaciaba de alma en alma como marejada inmensa que arrastraba todo, sin dejar a momentos ni una tímida florecilla de esperanza y de fe.

Y para sentir al par de ellos el choque brusco y penoso de ese complejo mundo de pensamientos y de sentimientos, de incertidumbres y de

dudas, de hondos interrogantes que quedaban sin respuesta, probemos lector amigo, de escuchar los diálogos que en la gran sala de la torre sostenían los hombres, y en el primer piso las mujeres alojadas en las distintas alcobas y salas de que estaba compuesto.

Solo así podremos darnos una idea de lo que fue el triste epílogo de la jornada gloriosamente cumplida por el Cristo Divino, pero doloroso comienzo para quienes quedaban en la tierra sin Él y con el inmenso legado de los campos de su Padre que faltaban por cultivar.

Myriam con Lía, Sara, Noemí, Sabad y otras ancianas fueron albergadas en la alcoba más retirada y silenciosa en cuyos grandes divanes pudieron reposar con relativa tranquilidad en tan inquieta y azarosa circunstancia. María, con Vercia, Nebai y las tres hijas de Lía y demás mujeres jóvenes se instalaron en los hermosos y alegres pabelloncitos que antes fueran habitaciones llenas de los encantos del arte y la poesía ocupados por las doncellas griegas y hebreas que habían llenado siempre el viejo Castillo con sus músicas, sus cantares y sus risas.

Entre el grupo de las griegas se encontraban aquellas dos mujeres salvadas por Melquisedec y Yhasua en la columnata de Damasco: Polinia y Heraclea, madre e hija, que tan dichosas habían sido desde que llegaron a Mágdalo años hacía y cuya felicidad se veía de nuevo azotada por la tremenda borrasca. Y todas ellas pensaban en la patria lejana donde aún tenían parientes que seguramente las acogerían con amor.

El virus de odios y rencores que había hecho de Jerusalén un nidal de víboras iba extendiéndose a gran parte de la Palestina, y el terror mismo de la terrible tragedia que presenciaron las llenaba de espanto, sugiriéndoles la idea de la huída de aquel desventurado país, cuya horrible ingratitud y felonía para su más grande bienhechor debería atraer seguramente los más terribles castigos.

Pronto en la gran alcoba de las ancianas reinó el más absoluto silencio. A su edad, el cansancio, el agotamiento, la misma desolación interior había caído sobre sus nervios como mole aplastadora y se habían dormido.

Solo Myriam velaba envuelta en la más densa oscuridad y con esa heroica resignación de los santos pensaba: “Oscuridad en el alma y oscuridad a mi alrededor. ¡Dios mío!... ¡Dame fuerzas para que yo pueda vivir la vida que me dais entre tan profundas tinieblas!” –Aún no se había extinguido entre las sombras la vibración de su intenso pensamiento, cuando un disco de luz dorada se abrió ante ella, como un recorte de oro en las tiniebla y el Hijo amado estaba ante ella sonriéndole amorosamente.

Ella le tendió los brazos... Él se deslizó hasta su lado mismo y poniendo su diestra luminosa y transparente sobre su cabeza, le decía con su voz sin ruido porque era sólo la vibración intensa de su amor:

“¡Hemos triunfado, madre, en nuestra alianza postrera y tan grande es la gloria conquistada por mis torturas del cuerpo, como la tuya por las angustias del alma, heroicamente sufridas!... Duerme y descansa que para ti han terminado las tinieblas y un nuevo día de luz y de amor amanecerá para ti”.

Éxtasis, ensueño, o transporte, la dulce madre se quedó dormida como al influjo de un misterioso arrullo...

* * *

En la alcoba inmediata se encontraba Nebai con sus dos niños, Vercia, Martha, María de Betania y María de Mágdalo.

El sueño, ese suave consolador y lenitivo de los grandes dolores, fue invadiendo lentamente, primero a los dos niños Clemente e Ithamar, luego a la pequeña María de Betania que se había recostado en el diván de Martha, y por fin ésta quedó también sumergida en el sueño.

En esta alcoba encortinada de un pálido azul plateado que fue siempre la alcoba de María penetraba un resplandor suave y tibio de la luna creciente a través de las enredaderas perfumadas y de los nogales rumorosos, haciendo más y más intensa la nostalgia suprema de la ausencia...

Vercia concentrada en lo más profundo de sí misma con sus manos cruzadas sobre el pecho no estaba más su alma en el plano físico. Nebai oraba en silencio y los amados nombres del esposo y de los hijitos fulguraban como movibles puntos de luz en su mente atormentada. Pedía paz, amor y bien para ellos.

María sin ningún amor grande en la tierra, sino solo Aquel que ya no estaba en la tierra, dejaba correr en silencio sus lágrimas en cada una de las cuales se iba un jirón de su propia vida, que ella veía destrozada para siempre... Y clamaba a media voz: ¡Señor!... ¡Cuán grande es la soledad del alma que vio caer destrozado y deshecho el árbol que le daba sombra!... ¡Cuán inmensa es la desolación del alma cuando la voz amada sobre todas las cosas enmudeció para siempre!... ¡Qué fría oscuridad rodea el alma cuando vio apagarse la divina claridad de los ojos amorosos en que se reflejaba su imagen!... ¡Señor!... ¿Qué árbol me dará sombra? ¿Qué voz escucharé que me aliente en el camino?... ¿Qué mirada de santidad y de amor alumbrará mi senda solitaria y helada?...

Y cuando un hondo sollozo cortaba su palabra en la garganta, sintió una suave mano que se apoyaba en su cabeza enloquecida y una voz que le decía: *“¡María!... ¡El árbol sigue dándote sombra!... ¡Mi voz continúa deshojando consuelo y esperanza desde el Reino eterno del Padre!... ¡Y la luz de los ojos humanos que amabas siguen mirándote desde lo infinito!...”*

Las tres mujeres habían caído de rodillas ante la amada aparición que otra vez las unía a las tres en un abrazo de eternidad que nadie podía romper.

¡Era el abrazo del Cristo glorioso y triunfante en su Reino de luz y de amor! ¡Era el pacto eterno nuevamente sentido entre aquella explosión de amor y de dolor en que las tres estaban sumergidas!

¡Era la estrofa mística que los cielos de Yhasua desgranaban como una sarta de perlas luminosas sobre aquellas almas que en las edades futuras habían de aceptar muchas veces las inmolaciones del cuerpo y las inmolaciones del alma en seguimiento del amor soberano por el cual lloraban en aquel instante!...

Calmada la ola intensa de emociones que había pasado por ellas, comenzaron las confidencias a media voz, en la suave penumbra de la gran alcoba azulada a la vez por los cortinados y por el rayo tibio de luna que penetraba a hurtadillas por el ventanal.

—Antes de que se esconda la luna —dijo Vercia— saldré a la terraza a encender el fuego sagrado, que ya está el ara dispuesta. Y cuando el sol se levante en el cenit emprenderé el viaje de regreso a mis montañas nativas.

“¡No lloremos más por Él que vive!... ¿No habéis visto que vive?

—¡Vive, sí, vive!... —contestaba Nebai— pero ya no como antes. ¿Sabes tú, que Él y yo nos hemos seguido uno al otro desde la adolescencia? ¿Comprendes cómo reviven en mí los recuerdos lejanos que hoy se clavan como crueles espinas en mi corazón? ¡A veces..., a veces!..., ¡perdón, Señor..., hasta creo que se eclipsará en mi horizonte el amor al esposo y a los hijos detrás de este otro amor que lo absorbe todo como una inmensa luz donde se refundieran todas las luces de la vida!... ¡Páreceme que me faltarán las fuerzas para seguir cumpliendo mi deber de esposa y de madre!

—¡No! ¡No..., y mil veces no! —exclamó Vercia con su natural vehemencia—. ¡Él es el Ideal, el divino ensueño..., la Luz que alumbra el camino, la Esperanza que renueva continuamente las flores de nuestro altar!... No debemos morir en la inacción para la vida real, sino vivirla con toda energía y la fuerza que Él nos ha dado y nos dará eternamente ¡Amar es vivir!... ¡Amar es sufrir!... ¡Amar es esperar y esperar indefinidamente hasta que hayamos logrado extinguir el odio sobre la tierra, y la hayamos inundado con ese mismo amor que nos absorbe la vida a nosotros, hasta el punto de no saber a momentos si vivimos sobre ella con cuerpo de carne o flotamos como una esencia entre la llama viva del amor soberano de Cristo!... ¡No debe quedar un solo tirano que esclavice ni un solo esclavo que sienta el golpe del látigo en su carne desnuda!... No deben quedar calabozos de tortura, ni presidios con rejas y cadenas, ni

mendigos que tiendan la mano escuálida al poderoso que cruza las calles con deslumbrantes carrozas... Ni huérfanos hambrientos ambulando por las calles y plazas, ni fantasmas vivos de crimen y de vicio incitando a otros al vicio y al crimen... ¿No es el amor redención? ¿No es el amor purificación? ¿No es agua de manantial que lava todas las iniquidades, todas las impurezas..., todos los odios, todas las tinieblas?...

El rostro de Vercia parecía una llama viva y sus grandes ojos azules como el cielo y como el mar irradiaban tan poderosa corriente que María y Nebai se estrecharon a ella en un abrazo mudo, mientras los pensamientos fuertemente unidos hablaban sin voz y sin ruido: *“¡Amar es vivir!... ¡Vivamos para Él y para su ideal divino de redención de las almas! ¡Vivamos siempre sufriendo, llorando y amando!”*

El programa de las tres jóvenes mujeres quedaba pues esbozado para los siglos que vendrían en pos de aquella hora solemne y dolorosa.

* * *

Acompáñame, lector amigo, a la vetusta torre del Castillo donde estaban los pabellones ocupados por los hombres.

El príncipe Judá, el Hack-Ben Faqui, el Scheiff Ilderín y Marcos, ocupaban una de aquellas alcobas. Y al igual que las tres mujeres que acabamos de dejar, dialogaban y pensaban a la tibia luz de la luna creciente. Desde la altura en que estaban, veían la plata bruñida del lago donde se reflejaban la luna y las estrellas. El velero blanco y azul parecía dormir mecido por las olas que el viento agitaba suavemente.

Ni el más leve sonido interrumpía el austero silencio de la noche. Los cuatro se habían tirado sobre los divanes como abrumados por un cansancio inmenso.

De pronto se incorporó Judá y habló.

—Sé que todos deseamos descansar con el sueño, pero ninguno duerme.

—¿Quién podría dormir después de todo lo acaecido y de lo que hemos presenciado esta tarde? —interrogó Faqui sentándose también en su diván.

Un momento después los cuatro hombres como movidos por un mismo impulso se encontraban sentados en el diván ocupado por el Scheiff Ilderín el de más edad de los cuatro.

—Propongo —dijo el vehemente caudillo árabe—, que cada uno de nosotros exponga sus puntos de vista a fin de que nuestros senderos no se estorben, ni golpeemos todos sobre el mismo yunque, ni hachemos una misma encina. Muchos oasis tiene el desierto, y muchas encinas el bosque.

“Muchas sendas caben en los valles terrestres y muchas rocas donde nuestros pedernales puedan encender la chispa.

—¿Qué queréis decir con todas esas bellas figuras? ¿Qué es la hora de separarnos cada uno por su camino? —interrogó Faqui.

—¡Justamente! —contestó Ilderín.

—Y eso es precisamente lo que causa nuestra desazón interior —añadió Marcos—: La separación.

“Y ahora sin el fuerte lazo de seda y flores, o mejor, de oro y diamantes que nos tenía enlazados a Él como tórtolos en torno del nido.

Y muy disimuladamente cada uno secó alguna lágrima furtiva que temblaba en las pestañas. Si el pensamiento de los cuatro hubiera podido reflejarse en un espejo, habríase visto como esculpida con luz de las estrellas, la radiante imagen del Cristo que los contemplaba desde lejos...

—Es verdad —dijo por fin Judá—. Cada uno de nosotros debe esbozar su plan de acción, como el que va a construir un edificio o cultivar un campo o realizar un viaje.

—O preparar una batalla —añadió Ilderín—, pues presiento que tendremos dura guerra con los que rechazaron al Ungido de Dios.

—Lo presiento igualmente —añadió Faqui— porque si hubo malvados e ingratos para Él, que sólo derramaba dones divinos sobre cuantos se le acercaban, ¿qué no será para nosotros que nada tenemos para dar sino el reflejo lejano de sus bondades, de su palabra, del fuego santo de su amor que prendía hasta en las piedras de los caminos?...

—Yo pienso —dijo Marcos— que con Él todo lo podremos realizar, y sin Él nada haremos que nos merezca el nombre de discípulos suyos. Con su enseñanza en los labios y el fuego de su amor en el corazón, ¿no seremos capaces de conmover el mundo? Desde mi adolescencia fui aprendiz de Escriba del Gran Colegio, después lo fui Titular. Creo que no sería mucha presunción de mi parte si dijera que estoy dispuesto a ser Escriba del Cristo y de su obra de redención humana.

—Muy bien, Marcos —dijeron los tres que le escuchaban—. Marcos ha decidido ya su camino.

—Y yo el mío —añadió Faqui— y lo decido basándome en las mismas palabras que Yhasua me dijo una vez: *“Sembrarás mi doctrina en el África Norte entre las palmeras y las acacias de la Matriarca Solania, hasta que al final de los tiempos seas conducido sin el concurso de tu voluntad hacia los hielos eternos”*.

—Y ¿qué final de tiempos es ése? —interrogó Ilderín.

—Eso es lo que falta por averiguar —contestó el africano—, pues muchas de las palabras enigmáticas que le oímos decir, han quedado sin una explícita aclaración. Pero yo tengo medio de saberlo por el príncipe

Melchor de Horeb y el Maestro Filón que por hoy son las lumbreras del África Norte.

—Bien, ya son dos que han marcado su rumbo —dijo después de un breve silencio el príncipe Judá—. Me toca el turno ahora y creo que Yhasua mismo, desde su Reino de Luz, me lo está diseñando.

“Mi situación de príncipe judío y ciudadano romano me ofrece dos grandes campos de trabajo. En la tierra nativa tengo la mayor parte de mis bienes materiales. Y en Roma cuento con las grandes vinculaciones que conquistó la gloria de mi padre adoptivo Quintus Arrius, y tengo mi Villa del Lacio cuyos bosques y praderas se acercan hasta Nápoles. ¿No serán estos dos grandes escenarios donde yo debo actuar en nombre y en memoria de Yhasua?

—¡Ciertamente! —contestaron sus tres interlocutores—. Aparecen bien delineados tus caminos.

—Y por fin sólo faltó yo —dijo Ilderín—. Mi campo es la Arabia donde nací y donde estoy inmensamente querido por los grandes y los pequeños. El Rey Hareth me cuenta entre los treinta caudillos que le ayudan a llevar el peso de su cetro y su corona, y el peso de todo el país.

“El Desierto ha quedado sin Patriarca a la muerte de Yhasua, y sin yo comprender por qué, él me entregó la cinta de oro de Setenta rubíes en los días anteriores a la Pascua, y estando en tu palacio, Príncipe Judá. Recuerdo que me dijo en un aparte conmigo: *“Guárdame esto en lugar muy secreto donde tú solo lo sepas, que más adelante sabrás lo que es”*. Después de su muerte y cuando ya íbamos a emprender viaje a Galilea donde Él nos esperaba, abrí los paños de lino de su legado y me encontré con la cinta sagrada, símbolo de la suprema autoridad moral de Patriarca del Desierto. Yo iré a mi país, congregaré a todos los jefes de Tribus y sabrán que fui fiel al sagrado depósito.

—¡Y te harán Patriarca del Desierto! —dijo Judá de inmediato— y ya está marcado también tu camino.

—¡Sea o no el elegido para serlo, sé muy bien que mi camino está allá donde el sol arde como fuego en las arenas y corre el simún como un caballo desbocado!... También entre las dunas amarillas y reseca, florecerán los rosales de Cristo que soñamos proclamar Soberano Rey del Oriente.

Sin saber qué fuerza oculta les impulsaba, los brazos se cruzaron unos encima de los otros y las manos se enlazaron como unidas por una invisible cadena.

Una intensa vibración de amor les estremeció a los cuatro como si una ola de fresca brisa aromatizada de jazmines y de rosas hubiera penetrado por la ventana abierta hacia el bosque y hacia el lago. Y los cuatro repitieron a media voz y con toda la intensidad de una plegaria

del alma: “Donde tres o cuatro están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”. Y en hondos sollozos fuertemente contenidos en lo profundo del pecho, pareció esfumarse la íntima confidencia.

Los cuatro amigos se encontraron de pie en el centro de la alcoba y con las manos fuertemente enlazadas.

Como un soplo divino, el amor del Cristo había cruzado en medio de ellos con un desbordamiento de inspiración y de fe en el supremo ideal y en la voluntaria ofrenda de sí mismos hecha a la humanidad por amor a Él.

Cada uno se sumergió en su mundo interno en ese suave y dulce silencio, evocador de recuerdos de días y horas que ya pertenecían al pasado y que el supremo amor al ausente hacía revivir con fulgores de llamarada viva que se encendía de nuevo!...

Cuando la ola de emoción se hubo atenuado, el Scheiff Ilderín habló el primero.

—Puesto que cada uno hemos decidido esta noche el camino, es justo que lo comencemos a andar desde mañana. Algunos de mis hombres de armas me esperan en Jericó. Todo el cuerpo de ejército de lanceros se volvió al desierto tres días después de la muerte del Profeta de Dios.

—También mis lanceros Tuaregs volvieron a Cirene —añadió Faqui—, y yo necesito con urgencia entrevistarme con mi padre, que debe estar desolado por el fracaso, aunque tengo esperanza de que el Príncipe Melchor le haya calmado. Dejaré a Thirsa y la niña con tu madre si aún habéis de permanecer en vuestra casa de Jerusalén.

Estas últimas palabras iban dirigidas al Príncipe Judá.

—Yo volveré a mis tareas en Joppe, que aunque tengo allí excelentes auxiliares no puedo retardar por más tiempo mi regreso. Pero me es duro quitar a Ana del lado de su madre —dijo Marcos.

Y como parecía esperar, intervino Judá:

—Llévate a las dos, o sino me llevo a Myriam a mi casa.

—Si es que ella acepta dejar su vieja casa de Nazareth —añadió Marcos nuevamente.

—Yo permaneceré aún por un poco de tiempo más en Jerusalén, lo bastante para ver el camino que eligen todos los demás. “*Tú eres el árbol fuerte a cuya sombra se cobijarán los míos que dejo en la tierra*” me dijo Yhasua cuando me volvió a la vida aquel día fatal de su muerte.

“Esas palabras encierran un encargo, un legado al cual no puedo ni debo faltar.

—Quiere decir que estamos en perfecto acuerdo —dijo el Scheiff— y creo que podemos descansar hasta que venga el día...

Al mismo tiempo de las escenas anteriores, otros pensamientos, anhelos y programas se esbozaban en las demás alcobas de la torre y del piso

primero del viejo Castillo, pues solamente los ancianos permanecían en esa resignada quietud de los que creen no tener ya tiempo para diseñar programas a realizar. Entre el cansancio de los años y el tremendo dolor sufrido recientemente, no veían otra cosa que sus últimos días llegando apacibles, como mansas olas coronadas de espuma que vienen a besar los pies...

Boanerges había llevado a su pabellón de la torre a algunos jóvenes galileos, amigos de las orillas del Lago y de los pueblos cercanos para quienes el viejo Mar de Galilea era el paseo favorito de los días festivos, en que Antipas y su corte deshojaba como flores sobre las aguas el esplendor de sus balsas flotando, donde cortesanías brillantadas de perlas y de oro y cortesanos adulones, lo embriagaban de placeres, de música, de cantares y de danzas.

Con él estaba aquel esclavo Shipro que Yhasua había curado de su sombría tristeza en el Valle de las Pirámides, en una noche de luna, bajo el cobertizo de los camellos, en pleno desierto... Con él estaban aquellos dos jovencitos tuberculosos que sus padres llevaban a morir en la cabaña del cerro, y a quienes Yhasua volvió a la vida cuando ya la muerte los seguía de cerca.

Y con Boanerges estaba también aquel joven de Arquelais que a rastras le sacaban de la ciudad para lapidarlo por acusado de blasfemia y que Yhasua lo compró como esclavo para salvarle la vida, y cuyo nombre era Jehiel. Y aunque otros había alojados allí, menciono sólo éstos por ser conocidos por los lectores.

Algunos apenas si llegaban a los treinta años, y los había de vehemente temperamento, que habían sufrido lo indecible con el espantoso sacrificio de Yhasua, cuya inefable bondad para todos hacía más horrible e infame la injusticia que se había cometido con Él.

En la alcoba de Boanerges, el dulce ruiseñor de los bosques de Mágdalo, llameaba ardiente la rebeldía como una hoguera en noche de vendaval.

Si aquellos pensamientos vivos como rayos de fuego hubieran podido materializarse, se habría visto el Castillo de Mágdalo aquella noche envuelto en llamas desde los cimientos hasta el último desván de la torre.

Boanerges les dejaba desgranar sus quejas amargas como una cascada de perlas negras que salían atropelladamente de aquellos corazones de hombres jóvenes, lastimados hasta lo más profundo por aquella muerte injusta, cruel y bárbara con que los malvados hombres del Templo de Jehová habían terminado la vida más noble, la vida más pura y más buena que vieron los siglos.

¿Cómo había sido posible?...

¿Cómo el justo Jehová lo había permitido?... ¿Qué estaban haciendo los ángeles de Dios cuando martirizaron al Justo, que no se precipitaron

desde los cielos infinitos como una legión de espadas flamígeras para aniquilar a los malvados y libertar al Santo, al Justo, al hombre del amor que de amor había inundado a la tierra?...

¿Sería acaso que no existían los cielos, ni los ángeles de Jehová, ni Jehová mismo, y que todo era un espantoso vacío donde no había más que la fuerza bruta de los malvados y el dolor y la impotencia de los débiles?...

Cuando el gran dolor llegó al paroxismo y el caos convertido en vorágine amenazaba arrastrar en su torbellino las almas, Boanerges salió de su quietud, se levantó de su diván de reposo, cerró puertas y ventanas, corrió las gruesas cortinas que aislaban su pabellón del exterior y tomando su laúd comenzó a preludiar la más dulce de sus melodías que había titulado: “*Por ti creo en Dios*” y la había dedicado a Yhasua dos días después de su muerte:

*¡Señor te has ido a tu Reino
Y en la tierra quedé yo
Como un pajarito implume
Que del nido se cayó!*

*¡Señor!... ¿En qué pecho amigo
Mi frente descansará
Si no estás Tú que sabías
Todas las penas curar?*

*¿Quién hizo tu alma tan buena
Y entretejida de luz
Como si en ella estuvieran
Los astros del cielo azul?*

*¿Por qué tu alma estaba llena
De aquel infinito amor
Que desbordaba a tus ojos
Y se irradiaba en tu voz?*

*¡Yhasua!... ¡Excelso Yhasua!...
Porque te he visto, Señor,
Viviendo toda una vida
Como un poema de amor.*

*He comprendido que vive
El Bien Supremo y Eterno...
¡He comprendido Yhasua
Que en los cielos vive Dios!*

El silencio se había mantenido acaso con inauditos esfuerzos de los que escuchaban el cantar de Boanerges; pero cuando sonaron sus últimas palabras y el laúd continuó vibrando suavísimamente en la oscuridad, un coro de sollozos, hondos, profundos, estremecidos, susurró en la alcoba como el murmullo ronco de un río embravecido cuyas aguas chocan en las rocas de la orilla.

Y el laúd de Boanerges seguía llorando, gimiendo como el gorjeo doliente de un ruiseñor cautivo entre rejas que llama a su compañera.

¡Y la tempestad se diluyó por fin como un vendaval momentáneo en una mansa quietud!...

—Hemos pecado contra el Altísimo y contra el Profeta de Dios —dijo Shipro secando sus lágrimas—. ¿Cómo hemos podido dar cabida a la serpiente de la duda después de haber oído y amado al Profeta de Nazareth?

—Es cierto —afirmó Jehiel—. Porque estaba Dios en Él, pudo salvarme de morir apedreado como un criminal.

—Y también porque Dios estaba en Él nos salvó de la muerte cuando habíamos arrojado a pedazos nuestros pulmones deshechos —añadió el mayor de los dos hermanos salvados de la tuberculosis por el poder extraordinario del Cristo Divino.

—¿Qué haremos ahora?... —interrogó el que hasta entonces no había hablado.

—Trabajar para que Él siga haciendo desde sus cielos de amor lo que hizo todo el tiempo que vivió en la tierra —contestó Boanerges secando también sus últimas lágrimas—.

“Yo continuaré en este Castillo mientras su dueña necesite de mi laúd, de mi voz y de los nidos de ruiseñores que voy aclimatando a los bosques que le rodean. Si ella me despide ingresaré al Santuario del Tabor donde puedo ser útil para cantar los salmos en la oración de los Ancianos

—Y yo —dijo Shipro—, seguiré como hasta hoy al Príncipe Judá, que a su lado pasé la infancia y a su lado estoy en la actualidad. Junto a él estoy cierto de seguir sirviendo y amando al hombre santo que curó la tristeza de mi alma atormentada.

—Nosotros ya enterramos nuestros padres hace diez lunas, y el Profeta de Dios nos dio hogar en la Tapicería de Hanani en el suburbio de Tiberias. Allí seguiremos, que también era gran amigo del Profeta y por amor a Él nos retendrá a su lado —añadió el mayor de los mozos de Arquelais.

Jehiel callaba y un hondo dolor se adivinaba en él. Como el silencio continuara, Boanerges le preguntó:

—Y tú: ¿adónde vas?

Él dobló sobre el pecho la cabeza y con sorda voz contestó: —A mi cabaña solitaria y helada, porque enterré a mi madre hace cincuenta días.

—¡No! —gritó Boanerges y de un paso ligero se puso a su lado—. Yo partiré contigo esta alcoba y me ayudarás a cuidar las garzas y las palomas y a poblar de alondras y ruiseñores los bosques de Mágdalo. Apenas claree el día hablaré a la señora por ti. Y si ella deja el Castillo, iremos ambos al Santuario del Tabor. ¿Aceptas mi ofrecimiento?...

Jehiel continuaba mudo... Diríase que la palabra se había quebrado como un cristal en su garganta, hasta que por fin se abrazó de Boanerges y lloró a grandes sollozos. Lloraba por su madre muerta y por el Profeta Nazareno, muerto también dejándole más profundamente solo en su vida.

—Yo te enseñaré a cantar salmos —continuaba diciéndole Boanerges como si arrullara a un niño pequeño— y seremos dos ruiseñores más en los bosques de Mágdalo...

¡También en esta alcoba de la Torre estaba diseñado el camino de las golondrinas errantes que habían seguido al Profeta..., que posadas en los brazos de la Cruz le habían visto morir en ella, como una hostia blanca de propiciación sobre el ara de piedra de la humanidad delincuente!

3

EL ÚLTIMO BOTE

En toda aquella silenciosa caravana de botes que detrás del velero azul y blanco habían atracado a los muelles de piedra del viejo Castillo, seguramente no había más que una indescriptible angustia, una sensación dolorosa de desilusión de algo que se escapa y que ya no puede ser más.

Y en el último bote remaba el tío Jaime, Felipe el joven y Judas de Saba uno de aquellos terapeutas salvados por el Maestro de morir de hambre, amarrados con cadenas en una gruta del devastado Santuario de Samaria. Iban también allí varias mujeres, entre ellas Dina de Sebaste, hermana menor de Judas, Harima de Sidón y Simi, una de las niñas ciegas salvadas de la muerte por Judas y curadas por el Maestro. Esta niña, ya mujer, se había cambiado el nombre por el de Rebeca, por su entrañable cariño y admiración hacia la esposa del Patriarca Isaac.

El hecho al parecer inexplicable de ir el tío Jaime remando en el último bote parece explicarse así.

Esperó el embarque de todos los que buscaban refugio en una u otra casa de las orillas del Lago, y viendo que Myriam, su hermana era conducida al Castillo de Mágdalo, se decidió por ir él también allí. Había

sido como la sombra del Hijo en sus andanzas de apóstol, y continuaría siendo la sombra de la madre mientras alentara la vida en su ser.

Uno de los vigorosos remeros del último bote era el hijo segundo del Scheiff Ilderín, Abul-Krid, y su hermano mayor, Malec-Hadel, estaba casado con la hija de Harima, quiso acompañar la soledad de esta desolada mujer para quien la vida era fría como un sepulcro después de todas las crueles separaciones que había sufrido.

Separada de su primero y único marido el Rey Hareth de Arabia, separada de la sociedad de los hombres civilizados por aquella terrible venganza de fuego que realizó contra su ex marido, pero que afectó a todo el país de un extremo al otro; separada asimismo de su país natal y de toda su parentela de Sidón; era una soledad de tumba abandonada que le consumía la vida en lenta agonía.

Y Judas de Saba remaba también en el último bote porque buscaba una confidencia íntima con el tío Jaime, el tío Providencia como le llamaba Yhasua por sus hermosas y discretas combinaciones, en cada una de las cuales dejaba arreglados y resueltos varios problemas. Se trataba de solucionar otra soledad de sepulcro abandonado como la de Harima, y era la soledad de Dina de Sebaste, su hermana, una joven y bella mujer que apenas llegaba a los veintinueve años de edad. Y Judas de Saba, como hermano mayor se creía culpable hasta cierto punto de aquella soledad.

Cuando él ingresó a los terapeutas del Santuario del Monte Ebath, Dina era una niña de diez años y vivía al lado de su madre ayudándola en el laborioso cuidado del gusano de seda, pues tenían en su huerto un hermoso plantel de moreras. Un pequeño olivar plantado por sus antepasados, un viñedo y un castaño y con frescas hortalizas cultivadas con esmero y amor, era más que suficiente para la vida de ambas. Y aún podían darse la satisfacción de que Judas, el hijo terapeuta socorriera a los protegidos del Santuario con parte de los productos del huerto familiar.

Pero cuando vino la devastación de aquel Santuario que se transformó en cuevas de bandidos y malhechores, el huerto familiar tan inmediato a él fue también arrasado y robado. Más aún, fue maltratada su dueña que intentó defender lo suyo, y poco tiempo después murió, dejando a su hija de trece años sola en el mundo, pues nadie daba razón del paradero de Judas.

Tú, lector y yo, sabemos que los bandidos le tenían amarrado en el fondo de una bodega para que no denunciara los crímenes de que era testigo. Dina tenía trece años y el menos feroz de los bandidos y el más joven, se apiadó de ella y compartió el hogar solitario donde ella lloraba aún la muerte de su madre. Pero no le reveló el secreto de su hermano por temor sin duda a las represalias de sus compañeros.

Y fue éste el origen de los extravíos morales de Dina de Sebaste que la tradición ha recogido, y sólo ha dado conocimiento del breve pasaje del Divino Maestro ofreciendo agua de Vida Eterna a una mujer samaritana que iba por agua al llamado Pozo de Jacob, donde Él estaba sentado esperando a sus discípulos. Conocido este episodio, se comprende bien el dolor interno de Judas, su hermano, que se sabía culpable del abandono de su madre y de su hermana, muerta antes de hora la una y deshecha en su vida íntima la otra, porque él se salió del camino marcado por la ley, que es quien protege a toda criatura que se acoge a su amoroso regazo.

Dina, envejecida en el alma y en el cuerpo a los veintinueve años, engañada miserablemente por los hombres que buscaron su amor, sólo había encontrado un hombre en su senda de cardales silvestres que nada le había pedido y que la había incendiado de amor y de ternura diciéndole:

“—A cambio de esta agua que me das de tu cántaro, yo te daré Agua de Vida Eterna que apagará para siempre tu sed”. —Y enterado de su vida desordenada por la maldad de los hombres y las injusticias inconscientes de las sociedades humanas, la envió a la Cabaña de las Abuelas del Santuario del Carmelo hasta que fuera posible orientar su vida de acuerdo con sus propias inclinaciones. Y en esa Pascua última adonde había concurrido para ver el triunfo de aquel hombre único que junto al pozo de Jacob le brindó amor compasivo y tierno sin pedirle nada, tuvo el inmenso dolor de verle condenado como un malhechor y morir entre dos ajusticiados, ¡con la muerte de los esclavos delincuentes y rebeldes!...

¡Pobre Dina!... Los cardales silvestres que desde su niñez le brindaron espinas, se habían convertido en puñales cuyas puntas la cercaban por todas partes.

En las tremendas encrucijadas de la vida se habían perdido de vista con su hermano Judas, y volvieron a encontrarse en esa última Pascua en los atrios del Templo de Jerusalén, cuando el Maestro realizaba su última entrada gloriosa el día de las palmas.

El encuentro fue un abrazo mudo y un sollozo contenido fuertemente por ambos. No podía haber recriminaciones ni quejas, porque uno y otro habían errado el camino y las duras consecuencias de ese error les habían estrujado y exprimido la vida como una fruta madura.

—Desde hoy velaré por ti —se había limitado a decirle Judas—. ¿Tienes marido?

—No.

—¿Tienes hijos?

—No. Sólo tengo el amor de un hombre que no es como los demás...

Es como el azul del cielo, como el agua de la fuente, como el perfume de mi huerto en flor..., como la luz del sol que todo lo anima..., lo llaman el Profeta Nazareno.

—¡Yhasua!..., el Divino Maestro, el Cristo que Israel se propone coronar rey en esta Pascua —exclamó Judas, asombrado de lo que oía.

—Para verle he venido —añadió Dina—, juntamente con dos de las Ancianas del Monte Carmelo.

—¿Y dónde te hospedas? —volvió a preguntarle su hermano.

—En el palacio Henadad donde se albergan los galileos —le contestó ella.

—Yo estoy en el Refugio del Monte de los Olivos ayudando a los leprosos y huérfanos refugiados allí.

He aquí el motivo porqué Judas de Saba remaba en el último bote al lado del tío Jaime que encontraría seguramente el medio de solucionar el problema de la soledad de Dina que aún no tenía treinta años de vida. ¡Y lo resolvió! ¿Cómo no había de resolverlo el tío Providencia tan amado y tan amante de Yhasua?

Después de algunas conversaciones de él con Judas, con su hermana y con la dulce Madre del hombre santo que todos lloraban, Jaime dijo a Dina en presencia de Myriam y de Judas:

—Por el amor de la Santa memoria de Yhasua, haré como Él hizo en su vida de Krishna y de Moisés: tomaré por esposa a la infeliz ultrajada y abandonada, si ella acepta unir su vida a la mía; aún no soy viejo a mis cuarenta y cinco años y puedo servir de amparo a una mujer abandonada.

Judas exhaló casi un gemido de asombro. Myriam en silencio secó dos gruesas lágrimas que brotaron de sus ojos entornados y Dina rompió a llorar a grandes sollozos.

Jaime la miraba sereno, reflejándose en su rostro la tierna compasión que sentía por ella. Aquel silencio de expectativa y espera parecía demasiado largo. Judas sensitivo en extremo temblaba de interna emoción. Myriam continuaba llorando en silencio.

Por fin la dolorida Samaritana habló con apagada voz que parecía venir de lejos:

—Si tú así lo quieres, yo te serviré como una esclava que nada tiene para ofrecerte sino este harapo de humanidad que hicieron de mí los hombres pérfidos y malvados. —Y cayó de rodillas y su cuerpo se dobló sobre la tierra.

Entonces terminó la serenidad de Jaime y doblándose también hacia la llorosa mujer la levantó de su humillante postración.

—¡Esclava no! —gritó con una emoción que hubiera parecido ajena a él, cuya dulce tranquilidad era proverbial—. ¡Esclava no! —volvió a

exclamar, porque sería infamar la memoria de Yhasua que su tío Jaime tuviera así desprecio para una desventurada víctima de la maldad humana.

“Serás mi esposa, viviremos con Myriam, que por la muerte de la abuela Martha ha quedado sola en su casa de Nazareth. ¿Aceptas? –Y le tendió su mano. Ella, aún de rodillas, la estrechó con las dos suyas y dobló su bella cabeza rubia sobre aquella mano amiga que se tendía hacia ella en el supremo desamparo y abandono en que se encontraba.

El sublime amor del hombre único que junto al pozo de Jacob la había consolado de su desgracia sin pedirle más que agua de su cántaro, la envolvía nuevamente en su inefable ternura desde su Reino de Luz, la dignificaba con el nombre de esposa de un hombre honorable y justo, y le abría la puerta de un hogar bendito..., isu propio hogar, santuario de honradez y de santos amores donde Él mismo había pasado los días más felices de su vida!

La ternura de Myriam se desbordó sobre ella y besándola tiernamente, le dijo:

—Hija mía, por tu grande amor a mi hijo, mi corazón te recibe también como una hija. No llores más, pobrecita mía, que entre Jaime y yo te haremos olvidar todo cuanto has padecido.

Ya ves, lector amigo, que estos viajeros del último bote decidieron su camino demasiado pronto y demasiado a tono con la dulce memoria que en medio de todos los que le amaron había dejado el Cristo Divino, ieterno sembrador de paz, de consuelo y esperanza entre la humanidad! Y Él, viendo la noble acción de su tío Jaime habría exclamado seguramente:

“¡Gracias, Padre mío, porque florecen los rosales de amor que sembré en tu Nombre sobre la Tierra!”

Los hombres y mujeres del último bote, llegaron también los postreros como es lógico y natural, y casi cuando los demás huéspedes habían sido debidamente instalados. Pero Abul-Krid buscó a su padre y le participó que había traído en su bote a la madre de Arimé, su nuera. La noticia pasó de Ilderín a Judá y de éste a Nebai, lo cual hizo que María se preocupase con especial atención de esta huésped que años atrás había conocido en Sidón cuando ella viajaba por los puertos y grandes capitales de la costa oriental y norte del Mediterráneo tratando de elegir vivienda para el resto de su vida, sin saber, claro está, que su ley la había hecho nacer en Mágdalo de la Provincia Galilea porque ese sería el nombre que acompañaría el suyo familiar, por todos los siglos que habían de venir. En aquel entonces, Harima de Sidón estaba en todo el esplendor de su vida en la corte de su padre, el príncipe Antenor, descendiente de los Seléucidas, y la había invitado a un gran festín en su palacio estando pedida su mano para el Rey Hareth de Arabia.

Envuelta en oscuros velos había pasado desapercibida entre todas las mujeres, que desde Jerusalén siguieron hasta Galilea en compañía de los discípulos del Profeta martirizado en el Gólgota. La habían visto ayudando a Vercia la Druidesa gala, a encender el gran fuego sagrado al pie de la montaña trágica, pero había desaparecido después. Anabí la había conducido a una posada conocida por él desde hacía tiempo, y allí permaneció abstraída en su dolor silencioso hasta el momento de marchar a Galilea junto con los amigos de Yhasua.

Y ya en el Castillo de Mágdalo sufría el hondo tormento de los recuerdos buenos y malos; pero en aquellos momentos, un solo recuerdo le absorbía la vida, los ojos divinos del hombre justo que había visto morir ajusticiado sobre un madero en cruz en el Gólgota, y que un día la había reconciliado con la vida, la había desenterrado de una tumba en los fosos del Peñón de Ramán, le había hecho florecer de nuevo el amor maternal ahogado por su fiebre de venganza y le había devuelto su único amor en la tierra: el amor de su hija Arimé.

—“Él mató a la fiera que vivía en mí, ebria de furor y de venganza —decía aquella mujer en el lenguaje mudo de sus pensamientos profundos y ardientes como llamas de aquel incendio fatal—. Él mató a la fiera pero despertó a la madre..., y, ¿por qué no decirlo? Despertó también a la esposa que hoy en una eterna agonía, añora la amada presencia del príncipe árabe apasionado y gentil que adoraba su flor de oro, como él la llamaba, por encima de todas las cosas... ¡Desventurada de mí que no supe sacrificar mis veleidades y caprichos para conservar su amor, que no valoré como debía entonces, y por el cual hoy me arrojaría a sus pies como una garza herida y deshecha que va muriendo lentamente de frío y de soledad!” —Y un profundo sollozo se escapó de su pecho.

Harima había sido instalada en un hermoso gabinetito contiguo a la sala de música y al gran salón de festines del Castillo de Mágdalo. Por compasión hacia la madre política de su hermano Malec-Hadel, Abul-Krid se quedó recostado en un diván de la sala de música inmediato.

Todas las vibraciones de nuestro yo íntimo se difunden a nuestro derredor, más cerca o más lejos según las fuerzas que llevan en él esas vibraciones. Son como ondas concéntricas de un fuego invisible y silencioso pero tan intenso y sutil que puede llegar a producir amarga tristeza a los más sensitivos que alcance a tocar la poderosa corriente.

Y Abul-Krid tocado por esa fuerza se puso intensamente dolorido. Pensó en su madre muerta, una esposa secundaria del Scheiff Ilderín, y luego en la ingrata novia que dejó su primer amor como se arroja al camino una flor que no interesa, y enlazó su vida a un poderoso caudillo, jefe de los guerreros partos del Norte. En su silencioso insomnio sintió

el sollozo de su vecina del gabinete contiguo y creyéndola enferma llamó quedo a la puerta entornada.

Harima levantó la gasa escarlata que velaba la luz de su lámpara a fin de ver al que llamaba.

—¿Quién llama? —preguntó ya incorporada en su diván.

—Soy yo, Abul-Krid, señora, ¿estáis enferma?

—Del cuerpo no, hijo mío, pero sí del alma, tanto, tanto que quisiera morir —le contestó con tenue voz la mujer.

—¿No os ofendéis si entro? —volvió a preguntar Abul-Krid.

—¡No, niño, no! Entra si así lo quieres.

—También soy yo un enfermo del alma, señora —le dijo el joven hijo de Ilderín—, y no sé si seré yo quien os he contagiado mi tristeza amarga como las aguas del mar o si la vuestra se ha pasado toda a mi corazón.

—En mi tierra se decía que cuando dos copas de acíbar se unen, son veneno de muerte —contestó Harima tratando de mantenerse oculta en el casco de sombra que proyectaba la rígida gasa escarlata que velaba la lámpara, mientras Abul-Krid quedaba en el ángulo luminoso de la misma gasa que ella había levantado.

Era aquél un Ilderín de veinticuatro años según el parecido que tenía a su padre. Alto, delgado y grácil como una joven palmera del desierto, su figura resultaba atrayente en extremo. Unos ojos negros profundos llenos de melancolía y una barba de ébano que apenas se esbozaba en la palidez mate de su rostro, le daban todo el encanto de una belleza varonil, sugestiva en alto grado.

—¿Qué se hace por las demás dependencias del Castillo? —preguntó la mujer por iniciar conversación.

—No lo sé, señora, pero veo luz en todas las habitaciones. ¿Deseabais algo?

—Ya no deseo en la vida nada sino morir. Y a no ser por el amor de Arimé buscaría la muerte como único remedio a mi situación.

—Yo podría decir otro tanto, pero entonces, ¿de qué nos ha servido el Gran Profeta que acabamos de contemplar escondiéndose como un sol radiante tras del cortinado turquí de los cielos, si no bien ha partido a su Reino, estamos tirados en la arena como gacelas que las fieras han destrozado?

—Exacta figura has hecho, Abul-Krid: gacelas destrozadas por las fieras del desierto. ¡En todo tienes razón, pero eres un jovencuelo y no está bien que yo hable así contigo. Tú tienes el hogar de tu padre y tus hermanos, pero yo no tengo hogar, ni padre, ni hermanos. Quisiera salir de aquí mañana pues este hospedaje sólo nos puede cobijar esta noche.

—¿Y a dónde iréis, señora? Yo os puedo conducir a donde queráis.

—Ese es mi problema, Abul-Krid. No hay ningún lugar en la tierra donde yo sea esperada. ¡Ninguno!

—La casa de Arimé vuestra hija, ¿no puede ser vuestra casa?

—¡No..., nunca! ¿Crees tú que una descendiente del último Seléucida puede vivir en los dominios del hombre que la infamó con el repudio?...

—¡Es dura cosa en verdad! —exclamó el joven árabe—, pero la vida es grande y fecunda en combinaciones maravillosas. La Tierra es grande también y tiene hermosas praderas y montañas que suben hasta las nubes y que aíslan a las naciones y a los pueblos; tiene mares que separan los continentes unos de otros.

“¿No encontrasteis la paz en el Egipto a las orillas del Nilo?

—No, Abul-Krid... yo soy un ánade libre surgido hace treinta y cuatro años de las espumas del mar chocando en los peñascos, donde se hallaba como templo de mármol el palacio de mi padre. ¿No sabes que yo mandaba el más hermoso trirreme de Sidón? En el Serapeum del Príncipe Melchor recibí grandes atenciones y estoy agradecida por ello; me hubiera dejado morir allí de tristeza y de tedio, pero cuando su hermana me trajo a Jerusalén para celebrar esta Pascua de gloria según decían y resultó de muerte, no quiero más volver a aquel silencioso encierro perfumado con incienso de Arabia y oyendo a todas horas esas suaves melodías de cítara que se infiltran en el alma como un dulce veneno... Mi vida es el aire del mar con sus tempestades y sus borrascas, con sus velas blancas como alas de pájaros, con los torneos náuticos en las grandes naumaquias donde los heroicos marinos se cubren de gloria, y los luchadores parecen titanes surgidos de entre las olas rabiosas y agitadas...

Un quedo llamado a la puerta que comunicaba al salón, interrumpió la vehemente peroración de Harima.

El joven árabe abrió rápidamente. Era María con una criada que llevaba una fuente de plata con manjares y un ánfora de vino.

—Señora —le dijo—, la despedida de nuestro gran Profeta nos puso a todos en un doloroso estado de ánimo, y hasta me hizo olvidar los deberes de la hospitalidad. Celebro que no estéis sola, que en estos momentos la soledad es atormentadora.

Y mientras decía así, acercó hacia su huésped la mesilla rodante donde la criada había puesto la rodela de plata con los manjares.

Abul-Krid iba a retirarse pero María le dijo: —Si eres tan gentil como tu padre, debes hacer compañía a una dama que está sola.

Como Harima continuara en silencio, María se le acercó aún más.

—Veo que estáis fatigada y aún creo que algo enferma.

—Gracias por vuestra hospitalidad; no estoy enferma sino entristecida como todos y acaso más que todos —le contestó.

—¡Si en algo os puedo aliviar!... —murmuró María—. Quizá os fuera más agradable estar con nosotras en el primer piso. Es aquello más íntimo y familiar. —Entre temerosa e indecisa ante el retraimiento de Harima, María sacó de entre su túnica un pequeño envoltorio de lino blanco primorosamente bordado. Estaba atado con una cinta verde y oro de la cual pendía un sello—.

“Si me permites —díjole María—, te hago entrega de esto que ha traído para ti un mensajero de Petra que pasó por Jerusalén y al no encontrarte ha venido hasta aquí.

Harima dio un salto y se incorporó como si hubiera visto un reptil pronto a saltarle al rostro.

—¡El sello de Hareth!... —exclamó con la faz enrojecida como una llama.

—Si, señora, es del Rey Hareth y su mensajero espera en el pórtico del castillo.

—Habrá sabido que salí del encierro a que me destinó y mandará llevarme atada a una cadena... —Y exhalando un dolorido grito se desplomó sobre el diván presa de una horrible crisis de nervios.

María quiso socorrerla pero ella rechazaba violentamente todo socorro.

—Por favor, Abul-Krid, sube al primer piso y llama en la última alcoba de la derecha...

El joven árabe obedeció rápidamente y pocos momentos después Nebai, Vercia, Ilderín, Judá y Faqui invadían el gabinete sin saber a ciencia cierta lo que ocurría. La infeliz Harima se retorció en una convulsión horrible. Ni las compresas de agua de azahares, ni las esencias del más intenso perfume lograban calmarla.

—Llamad a Boanerges, por favor —suplicó María—, que lo que él no puede hacer, no lo hará nadie.

—Esperad —dijo el Scheiff Ilderín—. Dejadme unos momentos sólo con ella, y creo que nuestro Rey Inmortal Yhasua, será conmigo para calmarla.

Tomó el pequeño envoltorio de manos de María, tras de lo cual salieron todos de aquel gabinete.

—¡Harima! —le dijo suavemente—. No juzgues como un tirano déspota y cruel a nuestro Rey caballeresco y noble. ¿Quieres escucharme? Te lo pido por vuestros hijos Malic, Adel y Arimé...

La tempestad iba calmándose y al oír tales nombres, la mujer comenzó a sollozar dolorosamente.

—No los veré nunca más —dijo entre sus sollozos—, porque jamás pondré mis pies en esa tierra maldita...

—¡Mujer!, acabas de presenciar el más maravilloso acontecimiento

que ojos humanos pueden ver y hablas de esa manera. Él, que te sacó del Peñón de Ramán donde estabas sepultada, ¿no puede darte también la paz y la dicha?

—Él entró en su Reino de otros mundos y no se ocupa de los infelices gusanos terrestres...

—Espera, mujer... No sabes lo que dices. ¡No sabes lo que ha hecho tu hija Arimé desde que su padre tuvo el dolor de perder a la princesa Dalmira al dar a luz su primer hijo!..., ¿qué sabes tú de lo que es capaz de hacer una hija como la tuya en el noble corazón de un padre, como el Rey Hareth?

—¿Qué me quieres decir con eso, Scheiff Ilderín? —preguntó vivamente Harima—. ¿Crees acaso que Hareth es como tú?

—Es tanto como yo y mejor que yo. ¿Quieres leer su mensaje?

—Ábrelo tú y léelo. Yo no quiero leerlo.

El caudillo árabe desenvolvió la cinta de lino y sacó el pergamino que venía allí. Paseó su mirada por aquellos caracteres firmes y finos, y sus negros ojos se iban llenando de lágrimas. Cuando terminó la lectura silenciosa, dijo:

—Escucha, mujer, lo que hace por ti el Ungido de Dios que acabamos de ver desaparecer como un astro soberano tras de las nubes del cielo. —Y el Scheiff comenzó a leer—:

“Harima: Sabes que fuiste mi gran amor de la primera hora de la vida. Sabes cuánto luché para que amases mi Arabia de fuego y te adaptases a nuestras leyes y costumbres. Pero no has comprendido ni sabes cuánto padecí al tener que doblar yo mismo mi frente ante el poder de la ley y la justicia de los reclamos de mis jefes de gobierno y de mis jefes de armas. Si lo hubieras comprendido no te habrías vengado de nuestro pueblo inocente de lo que juzgabas como afrenta al orgullo de tu raza.

“¡Harima! La esposa que tomé en sustitución tuya está en el paraíso de Alá, tres lunas hace, y mi corazón ha quedado solo en la tierra. La visión tuya que nunca se perdió en mi horizonte surge de nuevo más viva que antes. ¡Si te sientes con fuerza para vivir la vida como corresponde a una esposa del rey de los árabes, ven a mi lado donde conquistarás de nuevo el amor de mi pueblo, porque el mío lo has tenido y lo tienes, pues que nunca pude olvidarte!...

“Si aceptas, entérgate a Ilderín como si fuera tu padre y con él llegarás hasta mí que te espero. Hareth”.

Los sollozos de Harima casi ahogaban la vibrante voz de Ilderín que leía el fervoroso mensaje del rey Hareth. Era la tempestad desatada en la selva con espantosa furia. Era la lucha formidable entre el orgullo y el amor. ¿Cuál vencería?

Boanerges que había sido llamado anteriormente, esperaba a la

puerta. La vibración de aquel intenso sollozar llegó a su alma como el grito de un ave herida..., y de inmediato comprendió por qué le habían llamado...

Era su laúd el que curaba aquellas tempestades del corazón que él conocía mejor que nadie, no obstante su juventud. Y el trovador de los bosques de Mágdalo comenzó a desgranar sus melodías como perlas de cristal para el alma atormentada:

*¡Gime el ave entre los bosques
Viendo deshecho su nido
Y llora su amor perdido
El humano corazón!...*

*¡Pero llega un nuevo día,
Se avivan las remembranzas...
Florece las esperanzas
Como un divino arbol!...*

*El amor de nuevo enciende
La claridad de sus cirios
Y se esfuman los martirios
En una explosión de azul...*

*¡Alma corre!..., ¡alma vuela
Que en una blanca mañana,
El amor en tu ventana
Bordará flores de luz!...*

Los sollozos se habían extinguido en la penumbra de aquel gabinete encortinado de púrpura y el caudillo árabe esperaba la respuesta de la atormentada mujer. Y otra vez la canción del humilde y solitario trovador de los bosques de Mágdalo había hecho el milagro de curar un corazón doblemente herido por el orgullo y por el amor.

Harima ya serena, habló:

—Dadme esa carta de Hareth, Scheiff Ilderín, y llévame hacia él cuando sea de tu agrado.

El caballeresco árabe dobló ante ella una rodilla en tierra y besándole la mano le dijo emocionado:

—Gracias, señora, en nombre de nuestro rey y mío. Mañana al amanecer partiremos hacia nuestra Arabia donde te espera la dicha y la paz.

Un suave halo de amor como una onda luminosa se esparció en aquel ambiente saturado de llanto y de pena, y Harima y el Scheiff se levantaron

de pronto como si una misma fuerza los hubiera impulsado. Los dos habían tenido el mismo pensamiento: Yhasua, el Ungido de Dios a quien habían clamado en la hora acerba que transcurría, habíales enviado sin duda la radiación luminosa de su pensamiento a través de la tierna canción de Boanerges.

Y al siguiente día el Scheiff con su hijo segundo Abul-Krid y su escolta de lanceros, conducían a Harima a través del desierto a reunirse nuevamente con Hareth de Arabia que había sido su primero y único amor.

Yhasua, el Arcángel de Alá, el dulce Patriarca del desierto había vencido el orgullo que los separaba, y su eterno amor de Ungido Divino los unía de nuevo en esa etapa de sus vidas eternas.

“En su cielo de amor nada negaba al amor”, parecía repetir lo que en la personalidad de Krishna había dicho más de una vez.

4

SINTIENDO CANTAR LAS OLAS

En la vieja casona de Simón Barjonne heredada por sus hijos, Pedro y Andrés, se hospedaron por esa noche muchos otros de los discípulos que habían acudido a la ribera del Lago para recibir la última bendición del Maestro. Allí se encontraban los Doce como se llamaba familiarmente a los íntimos de su escuela de Amor Fraternal y de Sabiduría Divina.

La presencia de aquellos hombres, de edad madura todos menos Juan, que solo contaba veintidós años, era para todos como una sombra de árboles gigantescos en la árida soledad del páramo en que habían quedado. Y ellos, por ese fenómeno psíquico tan común en las nobles naturalezas, se sentían gigantes para proteger y amparar a todos los que había amado el Maestro...

Sobre todo Pedro... ¡Qué grande se había ensanchado su corazón a la vista de todos aquellos seres que le habían seguido y amado a Él que ahora no estaba en la tierra para consolarles y amarles!...

¡Y ellos se sentían amorosos padres para todos los huérfanos del gran padre y amigo que los había dejado!

El amor del Cristo Divino que desbordaba de ellos como un caudaloso manantial se expandió como un mar sin riberas por sobre todas las almas que les rodeaban. Ya no había lágrimas... ¡Habían llorado tanto!...

Solo había incertidumbre sobre el mañana..., dudas..., vacilaciones... interrogantes más o menos hondos que acaso quedarían sin respuesta..., ¿quién podría contestarles si ya no estaba Él que todo lo sabía? En su ofuscación e incomprensión de lo que era en verdad el Maestro para todos ellos y para toda la humanidad, no acertaban a imaginar que

para un amor grande y eterno como el suyo, no existe la ausencia, ni la distancia, ni el tiempo. ¿No les había repetido innumerables veces que el Amor es más fuerte que la muerte?...

Entre los refugiados en torno a los Apóstoles en la vieja casa de las orillas del Lago, se encontraban varios de aquellos jóvenes árabes que el Maestro trajo consigo desde el Monte Hor. Los lectores no habrán olvidado a los dos muchachos de la tragedia de Abu-Arish que tan profundamente interesaron el amante corazón de Yhasua. Ambos se habían unido en matrimonio con dos doncellas itureas de aquella familia que en su primer viaje a Ribla encontró el Maestro, que con sus nueve hijos y toda una majada de ovejas y antílopes, querían incorporarse a la caravana que iba a Damasco. Habían sido desalojados de sus campos y se lanzaban en busca de la piedad de un pariente lejano que acaso les diera auxilio.

La piedad de Yhasua adolescente les había encontrado refugio hogareño y campos de pastoreo en la fértil Galilea donde quedaron definitivamente bajo el amparo de la Fraternidad Esenia, madre bondadosa de todos los desamparados. Y Abdulahi y Dambiri en sus andanzas de negocios como agentes comerciales del Scheiff Ilderín bajo cuya tutela les pusiera el Maestro, encontraron sus almas compañeras en dos de aquellas doncellas itureas, árabes de raza y de religión que unieron a ellos sus vidas ya que el mismo astro sereno les había alumbrado en sus horas amargas de dolor.

Abarina y Azuri habían encontrado el amor lejos de sus arrayanes y de sus palmeras, pero bajo la égida protectora de aquella dulce mirada que era halo de piedad y de ternura para todos los dolores de la vida.

Y Abdulahi y Dambiri, víctimas a los doce años de las rudas tormentas de la vida, vivían como en un sueño de paz y de dicha al lado de aquella gacelas de las montañas itureas que les habían dado en hermosa ofrenda dos robustos niños a los cuales, y en memoria del Maestro, llamaron Yhasua-Ben al uno y Yhasua-Bel al otro, con lo cual querían inmortalizar en la personalidad de sus hijitos dos grandes cualidades morales y físicas del Divino Maestro: Yhasua Bueno y Yhasua Bello.

¡Qué ingenio maravilloso da el amor para recordar y engrandecer al amado!

La casa de Simón Barjonne de las orillas del Mar de Galilea donde aún parecía resonar la voz del Maestro deshojando sobre todos ellos sus lirios blancos de paz y de amor, se convirtió aquella noche memorable en un solemne recinto de asamblea y de audiencias donde los discípulos en unión con el Anciano Simónides, José de Arimathea y Nicodemus, con Ezequías y Eliezer del Gran Santuario de Moab, más el Servidor del Carmelo, Ezequiel de Esdrelón, tío de Juan, y los Servidores de los

Santuarios del Hermón y del Tabor, Abdías y Daniel, continuadores de la Obra apostólica desarrollada por el fundador de los tres Santuarios: Hilarión de Monte Nebo, fallecido como se recordará durante la infancia de Yhasua, trataban de reemplazar con todo su esfuerzo y buena voluntad al astro sereno y radiante que se había eclipsado para ellos como un sol que se esfuma en el ocaso, dejándoles a ciegas andar a tientas entre las sombras de la noche incierta.

Y con amorosa ternura escuchaban las confidencias de todos los que referían sus situaciones del momento como si fuera un inmenso signo de interrogación en el oscuro telón del ignorado porvenir que se abría en el horizonte con trágicas amenazas.

Y así, Abdulahi y Dambiri, mejor dicho Cástor y Pólux agentes comerciales del Scheiff Ilderín manifestaron haber sido instalados debidamente en el Puerto Mediterráneo de Gaza acompañado de Asvando, su padre, aquel vendedor de café Moka que el amor del Cristo Divino había redimido en una gruta habitada por los Penitentes del Monte Quarantana. Zebeo y Juan hacían de notarios y el gran Libro Blanco de las anotaciones se iba llenando con los relatos recogidos en la silenciosa tristeza de aquella noche...

Era necesario conocer a todos los que Él había amado.

—¡Ni uno solo hemos de dejar olvidado, ni uno solo!... —decía el Anciano Tholemi con la voz temblorosa de sus largos años.

—Fue uno de sus últimos encargos hechos a los amigos Ancianos —añadió José de Arimathea, y a éste recuerdo el querido profesor hierosolimitano dobló la cabeza sobre sus manos y un silencio de suprema angustia se estableció por unos momentos.

—Yo he sido —dijo Simónides—, desde el momento que conocí a mi Soberano Rey de Israel, como el administrador de los tesoros de su reino en la tierra, y su primer ministro el príncipe Judá me mantiene en esta posición; no importa la carga de mis años y aquí me tenéis todos dispuesto a continuar lo comenzado por Él: la Santa Alianza, esa fuente inagotable de beneficios para todos los que le han amado y reconocido como al Ungido Divino sacrificado inicualemente por el Sanhedrín.

—No restemos brillo al divino recuerdo de la gloria en que Él acaba de entrar, con las sombras malélicas del espantoso crimen en que éstos infelices se han hundido para su desgracia —dijo Ezequiel, el Servidor del Monte Carmelo—. *“Dejad a los muertos enterrar a sus muertos”* decía Él, y continuemos nosotros su vida de amor y de paz para merecer su presencia eterna en medio de nosotros.

Y ante la mesa de las anotaciones donde antes tantas veces habían comido juntamente con el Divino Maestro, fueron desfilando todos cuantos recibieron a orillas del Lago su última bendición.

Osman y Ahmed los dos jóvenes árabes que le acompañaron en su misión en Damasco y que eran agentes comerciales en Joppe como auxiliares de Marcos, se presentaron ante el venerable Consejo de los Ancianos, llevando cada uno de la mano una doncella tocada de blanco como las esenias y que también habían estado presentes a la gloriosa despedida del Maestro.

—Son nuestras elegidas para esposas —dijo Ahmed, que era el más resuelto.

Entonces Tholemi de Alejandría que reconoció en ellos a los ex discípulos de Melchor en el Monte Hor, se incorporó en el estrado, al mismo tiempo que ambas doncellas se arrodillaban según la costumbre para recibir la bendición de su amor. Y el Anciano tembloroso y emocionado en extremo, las levantaba diciéndoles:

—Hijas mías, al amor no se le recibe de rodillas sino de pie, con la frente alta y descubierta para que caiga sobre vuestras cabezas la gloria de los cielos desde donde Él, y no nosotros, bendecimos vuestros esponsales. —Y uniendo las manos de los dos muchachos con la diestra de sus elegidas les bendijo en su amor a la usanza de Arabia.

—En mi calidad de Administrador del Soberano Rey de Israel —dijo Simónides—, corre por cuenta de la Santa Alianza, la dote de estas doncellas. ¿Cuándo se realizará el matrimonio?

—De aquí a tres lunas según la costumbre de nuestro país.

—Bien; mi agente Marcos os entregará para entonces la llave de vuestros nidos que vosotros llenaréis de amor y de fe en memoria del que todos amamos.

Y aquellos humildes esponsales a la vera del Mar de Galilea, sintiendo cantar sus olas y gemir el viento entre las encinas y las palmeras fueron a llenar otra página del Libro Blanco de anotaciones que continuaba llenándose con los nombres de los amigos de Yhasua.

JUDAS DE KERIOTH

—*“La humanidad de esta Tierra es mi herencia eterna”* —había dicho más de una vez el Divino Maestro a los íntimos suyos—. *“Vosotros sois mis continuadores —había añadido—, los herederos de este legado eterno”*.

Y llegó el momento de repartir la herencia. El Mapa-Mundi debería ser dividido en trozos, no para usufructuar sus riquezas, tesoros y capitales, sino para ofrendar esfuerzos, capacidad, voluntad y hasta la vida por las porciones de humanidad que a cada uno le tocara en suerte.

Y los discípulos apoyados por los Ancianos de los Santuarios y por José de Arimathea y Simónides comprendieron que no era en esa noche que debían enfrentarse con el inmenso problema de dividirse el mundo entre todos, puesto que allí no estaban todos los dirigentes de la Santa Alianza, cadena eterna de oro y diamantes que les había dejado el Maestro uniendo esfuerzos y corazones. Resolvieron pues realizar una asamblea solemne unos días después y en un sitio determinado por unánime voluntad. ¿Qué día y qué sitio sería ése? José de Arimathea rompió el hondo silencio que siguió a ese interrogante.

—Ningún templo, ningún Santuario más santo y bendito, ni más amado a nuestro corazón que el hogar de Myriam, la madre mártir de nuestro Augusto Mártir.

“Muchas veces estuve en ese austero cenáculo nazareno y sé que honramos con ello su santa memoria. Llamemos allí a los más capaces de prudente colaboración: al Príncipe Judá, al Hack-Ben Faqui, al Scheiff Ilderín, que fueron columnas firmes de sostén en el vasto edificio levantado por el amor del Cristo, y todos en pleno acuerdo esbochemos el plan a seguir”.

Como la noche avanzaba dieron por terminadas aquellas deliberaciones y hemos de pensar, amigo lector, que el sueño, el cansancio y el dolor quietaron por fin aquellos corazones hasta el nuevo día que todos esperaban.

Y nosotros, lector amigo, llegándonos silenciosamente como las sombras de la noche a la vieja casona de Simón Barjonne encontramos que Pedro, su dueño entonces, no estaba en ella. Con solo dos palabras a su hermano Andrés habíase marchado no bien quedaron en suspenso las deliberaciones para continuarlas unos días después.

—Vuelvo a Judea —le había dicho—, pero estaré de vuelta de aquí a tres días. —Y sin más explicaciones a su asombrado hermano había tomado de las cuadras un buen caballo de los muchos alojados allí desde que

los amigos de Yhasua dejaron a Jerusalén, para correr a Galilea donde el Divino Amado les había dado la última cita de amor. Y Andrés le vio ajustar al cuello su turbante, embozarse cuidadosamente en su manto y salir a galope tendido por el camino del sur como un oscuro fantasma que pronto se perdió en las sombras de la noche.

—¿A qué irá? —pensó Andrés— grave será el asunto que le lleva cuando abandona la casa a esta hora y sabiendo que su presencia aquí es necesaria. —Y se retiró al pabellón en que ya dormían sus compañeros. Y aunque hubiera querido dormir horas y más horas, no pudo conseguir que el sueño cerrara sus ojos. ¡Tan alarmante era para él la partida inesperada y súbita de Pedro!

¿Qué había pasado por el alma buena y sencilla de aquel hombre enamorado del Cristo al cual había negado en un aciago momento de inconsciencia y debilidad? Veámoslo. Cuando los últimos resplandores de aquel ocaso de gloria se habían extinguido borrando del infinito azul la imagen radiante del Cristo que desapareció a la vista de todos, Pedro se había refugiado entre una mata de arbustos a llorar sin consuelo posible..., a llorar su pena por haberlo perdido y su desesperación por haberle negado justamente en los trágicos momentos en que Él más necesitaba de amigos fuertes y fieles que fueran capaces de sacrificarlo todo por Él. Es cierto que todo aquello había pasado como un relámpago funesto y el Amado Maestro era ya glorioso y feliz en el Reino de Su Padre. Pero las almas nobles y justas como la de Pedro, no pueden sustraerse a esa angustia mortal que se llama remordimiento y que se aviva intensamente cuando al ser amado lo han perdido para siempre.

Y cuando semitirado entre el césped lloraba desesperadamente, sintió que alguien se acercaba sin ruido y le envolvía en una suave frescura.

Al descubrir su cabeza toda envuelta en el oscuro manto le vio a Él..., sí..., a Él que después de su negación espantosa aún le prefería con su delicada ternura.

—¡Pedro!... ¿Me amas? —le preguntaba con su voz sin ruido la visión.

—¡Oh, Señor!... ¡Tú sabes que yo te amo aún cargado con la infamia y la iniquidad!...

—*No es hora ya de llorar sino de realizar mis obras de amor. Hay otro que llora más que tú y que llama desesperado a la muerte...*

—¡Judas! —gritó Pedro porque captó el pensamiento del Cristo.

—*¡Sí, Judas! Ve hacia él que entre las sombras de una feroz demencia, ha luchado cuarenta días y está al borde de la sepultura. Le guarda un penitente en la que fue gruta de los leprosos en el Monte de los Olivos. Sólo tú que te sientes agobiado por tu pecado, puedes tener piedad de quien pecó más que tú.*

Anonadado, Pedro, por lo que veía no pudo articular palabra y la visión se había esfumado dejándole no obstante una llamarada viva de amor, de vitalidad, de nueva energía que lo hacía capaz de consolar en ese instante a todos los delincuentes desesperados que hubiera en el mundo.

Explícate pues, lector amigo, por qué Pedro se había lanzado a carrera tendida en su caballo por el camino del sur.

Si al pasar por la puerta de una ciudad algún centinela le gritaba: –¡Alto ahí! Él gritaba más fuerte:– ¡Orden del Rey! –y seguía corriendo sin detenerse y sin volver la cabeza atrás.

¡Decía la verdad! Era orden de su Rey, al que él había tenido la debilidad de negar en una hora fatal, y al cual quería probar entonces que era capaz de sacrificarlo todo por obedecerle. Y el centinela quedaba inmovilizado por la certeza de que aquel hombre llevaría el aviso de un complot o el indulto de un reo que debía ser ahorcado al amanecer. Sólo dos veces se detuvo Pedro en su enloquecida carrera: en Arquelais y en Pasaelis, para dar de beber a la pobre bestia que tan dócilmente le conducía a cumplir la orden de su Rey inmortal.

Cuando el sol se levantaba apenas en el horizonte, Pedro se detuvo al pie de los dos primeros cerros del Monte de los Olivos, que se abrían en una oscura garganta para dar paso al camino tortuoso y sombrío que llevaba directo a Jerusalén. Se apeó del caballo y llevándole de la brida comenzó a buscar la antigua gruta de los leprosos, a donde más de una vez había acompañado al Maestro a remediar la angustia de los infelices atacados del horrible mal. Al volver un recodo de la montaña se encontró con un hombre de edad madura que recogía los últimos racimos de las vides trepadoras y olivas negras que alfombraban el suelo. Vestía como los penitentes de los esenios, y Pedro le interrogó en el acto:

—¿Eres tú el que guardas a Judas moribundo?

—Si será Judas, Jaime o Simón, no lo sé, amigo, pero tengo en mi cueva un hombre que recogí medio muerto en el fondo de un barranco, hizo ayer cuarenta días y nadie vino por él antes que tú.

—Soy su hermano y vengo a buscarle –dijo Pedro con temblor en la voz, pues acababa de tener la comprobación de que la visión que tuviera la tarde antes era realmente de su amado Maestro, que en el instante de entrar a su Reino quería unir en su amor a los dos infieles de la última hora: al que le había negado y al que le había entregado. ¡Cuán grande y excelso era su Maestro que amaba así a dos míseros reptiles que le habían herido con su veneno! Sin poderse contener, Pedro cayó de rodillas ante el penitente asombrado y en entrecortados sollozos le decía:

—¡Yo soy más delincuente que tú y debía vestir ese áspero capuchón y vivir en las cuevas apartado de los hombres!...

El penitente no comprendía el significado de las palabras que Pedro hablaba entre sollozos y se limitó a decirle:

—Cálmate hombre que tu hermano aún vive y yo te llevaré hasta él. Sígueme.

El caballo de Pedro, suelto a medias devoraba el césped y los últimos pámpanos amarillentos de las vides que perdían lentamente sus hojas. ¡Había corrido tantas millas al empuje de aquel amo que parecía no conocer el cansancio y la fatiga!

A poco andar, el penitente saltó sobre unos gruesos troncos de encina que cerraban el paso y detrás de ellos, vio Pedro la entrada a la cueva que ahora la encontraba tan trágica y espantosa, y que en otra hora le había parecido un paisaje hermoso en su agreste soledad.

Pensó en la augusta presencia de Aquél que ya no estaba a su lado como en aquella hora que ya no era más que un recuerdo y sus ojos se inundaron de llanto, quedando paralizado en la puerta.

—Entra hombre —le dijo el penitente—. ¿No traías tanta prisa por tu hermano herido?

—¿Quién anda aquí? —preguntó la voz áspera de Judas.

—Tu hermano Simón que viene a buscarte —contestóle Pedro. Se hizo un silencio de muerte, durante el cual los que entraban comenzaron a percibir en aquella oscuridad el bulto de un hombre con la cabeza vendada y sentado en un lecho de pieles de oveja. Pedro se acercó hasta arrodillarse en el lecho y abrazó aquella cabeza vendada; y un rudo sollozo como el estertor de dos agonías juntas resonó en la tiniebla de la caverna, mientras el penitente hacía inauditos esfuerzos para dominar su emoción y también para comprender lo que pasaba en el alma de aquellos hombres.

Cuando la tempestad calmó, Judas habló el primero.

—¡Pedro!... ¿Por qué viniste?... ¿Pedro, por qué viniste?...

—¡Porque Él me mandó! —contestó Pedro, y se echó a llorar como un niño.

—Pero, ¿Él vive?... ¿Estás loco o no sabes que le mataron en la cruz de los esclavos rebeldes, aquellos verdugos infames a quienes yo le entregué para que le reconocieran como Rey de Israel?...

—Ha salido del sepulcro lleno de gloria y de majestad —contestó Pedro cuando pudo hablar—. Y en el instante mismo de entrar en su Reino ha pensado en nosotros, Judas; ¡en ti que le entregaste a sus enemigos y en mí que le negué cobardemente cuando estaba prisionero!...

Este doloroso diálogo fue interrumpido por el terapeuta que acudía todas las mañanas a llevarles los alimentos y a continuar la curación del herido. Al sacar los vendajes, encontró que las heridas estaban curadas y que los párpados se abrían perfectamente.

—¡Señor! —gritó Judas como enloquecido—. ¡Yo te entregué a la muerte y tú me has devuelto la vista perdida y la vida que yo quise terminar!

“¡Hijo de Dios!... ¡Hijo de Dios! —y cayó exánime sobre las pieles de oveja que durante su larga agonía le habían servido de lecho.

El terapeuta acudió a las redomas que siempre llevaba en su bolso de peregrino con elixires, esencias y jarabes para procurar la reacción de los enfermos y con el pensamiento puesto en acción según ellos acostumbraban, después de unos momentos, Judas volvió a su estado normal.

—Ambos debéis tener calma y serenidad —díjoles el terapeuta, que era un hombre de unos cincuenta años—. Sé lo que es el tremendo dolor de ver morir ajusticiado a un hombre amado, en el cual se encerraba el ideal de justicia y de bondad que en nuestra alma vivía como una antorcha divina. Yo fui esclavo del mártir Judas de Galaad sacrificado al mismo ideal por el que ha sido ajusticiado el Mesías anunciado por los profetas. Fui su esclavo por ley, pero fui su amigo, casi su hijo, por la comprensión y por el amor con que él anuló mi esclavitud para dejarme seguirle como una sombra en sus correrías de apóstol y de proscrito. Vosotros habéis tenido el consuelo supremo de ver la gloria del Cristo Mártir después de la tristeza del sepulcro, y no tenéis derecho ninguno a la angustia y a las quejas. Yo le vi pendiente de la horca y pasé tres días luchando contra los cuervos que acudían a despedazar su cadáver, hasta que Simón de Betel, pariente suyo, consiguió el permiso para darle sepultura en una cueva ignorada que solo yo conozco.

—Tienes razón —dijo Pedro—, pero tú no pecaste contra él como nosotros hemos pecado. ¡El remordimiento es un agudo puñal que nunca jamás podremos arrancar de nuestro corazón!

“¡Pareciera que se va hundiendo más y más hasta atravesarnos de parte a parte!

Judas lloraba en silencio, sin un movimiento, sin una señal de vida como no fueran gruesas lágrimas que rodaban de sus ojos entornados. Por fin habló en un grito que parecía un quejido.

—¡Si Él hubiera muerto maldiciéndome, hubiera yo sufrido menos..., pero ha muerto amándome y me sigue su amor como una luz que da más claridad a mi delito, y esto no lo puedo soportar, Pedro!...

“¡Mátame por piedad y me habrás hecho el más grande favor en esta vida!...”

Y Judas estrujó las manos de Pedro, como presa de un delirio enloquecedor.

—Lavemos con lágrimas nuestro pecado Judas y tengamos el valor de vivir con el puñal clavado en el corazón —díjole Pedro en quien se había despertado vivamente la conciencia de su deber—. Y si Él nos

ha constituido herederos de la herencia eterna que le dio el Padre y continuadores de su apostolado del amor fraternal entre los hombres, no podemos claudicar de nuestro pacto con Él porque nos haríamos doblemente culpables.

—Yo no podré compartir la tarea con vosotros nunca jamás —respondió Judas con indecible angustia—. En todos estará vivo siempre el recuerdo de mi delito que para todos es una espantosa traición, aunque yo solo sé el móvil que me impulsó. Fue la soberbia, Pedro, fue el orgullo oculto y disimulado de quererlo al Maestro como un poderoso rey sobre todos los reyes de la Tierra, y cierto de que fui yo el único de sus íntimos que había cooperado a su exaltación al trono de David y Salomón... ¡Quería su grandeza para engrandecerme yo por encima de todos vosotros!... ¿No lo has comprendido, Pedro?

“Me desesperaba hasta enloquecerme el amor y la confianza que el Maestro te brindaba a ti, la ternura paternal para Juan, su predilección por Zebeo y Judas el hijo de Tadeo... Y en mi locura de celos y de envidia quise ponerme de un salto sobre todos y caí de bruces en este abismo de espanto y de remordimiento...”

El terapeuta cuyo nombre era Esaú, intervino nuevamente.

—Puesto que ambos sois discípulos íntimos del Mesías Mártir, no os será desconocido el viejo proverbio de sabiduría que dice: “El amor salva todos los abismos”. Y el amor salvará ese abismo en que te ves, hermano Judas. ¿No te ama acaso el Cristo? ¿No te ama Pedro que ha venido a buscarte? ¿No te amo yo, que sabiendo lo sucedido te he traído alimentos y te he curado durante más de cuarenta días?

“Ni vosotros ni yo podemos ni debemos servir como triste demostración de que ha sido inútil la enseñanza y el sacrificio del Mesías, si no nos hubiera hecho capaces de amar al prójimo por encima de todas las cosas. ¿No dijo Él, más de una vez, que no vino para los justos sino para los pecadores; que no vino para los sanos sino para los enfermos?

“Porque los justos —añadía— ya son salvados por sí mismos y los sanos no necesitan del médico”.

—Tú tienes contigo la luz del Cristo, hijo de Dios vivo —dijo Pedro— y tus palabras son un bálsamo para nuestras almas atormentadas por el remordimiento.

“Comprendo Judas tu resistencia a unirse a nosotros después de todo cuanto ha ocurrido. Pero aquí tienes a este hermano terapeuta que te abre sus brazos para cobijarte.

“En Galilea me esperan y debo volver de inmediato; pero como no quiero dejar a Judas solo y desamparado, dame la seguridad de que tú serás para él como sería yo mismo... Más aún, como sería nuestro Maestro que *me mandó venir a buscarle*.

El terapeuta tendió sus manos a Pedro que las estrechó efusivamente y le dijo—:

—Te lo prometo por la santa memoria de nuestros mártires inolvidables: El Cristo Hijo de Dios, Yohanán el Bautista y Judas de Galaad.

Y volviéndose Pedro a Judas, le dijo con la voz temblando de emoción:

—Judas recordarás que muchas veces cuando el Maestro se ausentaba de nosotros me encargaba encarecidamente cuidar de todos vosotros. Yo obedezco a esa voluntad suya y te pido también a ti la seguridad de que serás dócil a este hermano terapeuta a quien te dejo confiado.

—¡Te lo prometo por Él!..., isólo por Él! —contestó Judas en un sollozo.

—¿Dónde podré encontrarte otra vez? —volvió a preguntar Pedro.

—En Acéldama, no lejos de aquí tengo un solar de tierra con una choza abandonada, perdido entre montañas. Allí pasaré el resto de mi vida que será siempre lo que para mi desgracia he querido que sea: ¡Desesperación y tinieblas!

—¡No! —dijo el terapeuta—, porque quedo yo aquí para recordarte que tu vida será lo que el Cristo glorioso quiere que sea: ¡Luz, esperanza y amor!

Judas dobló la cabeza sobre el pecho y Pedro salió precipitadamente, tomó de nuevo su caballo y llevándole de la brida salió a campo descubierto en busca del camino.

Antes de bajar del último cerro miró hacia Jerusalén cuyas cúpulas y torres resplandecían a la luz del sol de mediodía.

Al vivo recuerdo del sacrificio tremendo, le pareció que un cielo con tintes de sangre envolvía a la ciudad asesina de profetas y de justos. Y volviendo la cabeza como quien ve un horrible fantasma descendió a galope la colina y tomó el camino del norte no con la prisa que había traído a obedecer el mandato de su Rey eterno.

6

LA HEREDAD DEL PADRE

—Te esperábamos para marchar juntos a Nazareth —dijo José de Arimathea a Pedro no bien llegó de su improvisado viaje.

—Estaba ansioso por llegar y aquí me tenéis dispuesto a todo lo que mandéis —le contestó de inmediato.

—Es que ninguno de nosotros puede mandar —arguyó el anciano Simónides—, porque todos somos subordinados del Soberano Rey de Israel que nos guía desde su Reino inmortal.

—Jaime se llevó ya a Myriam y a todas las mujeres que se alojaban en el Castillo de Mágdalo. Hanani marchó también con los alojados en su casa, y solo faltamos nosotros.

—Vamos, pues —dijo Pedro.

Era de ver aquella heterogénea caravana de ancianos y mujeres montados en asnos, y hombres jóvenes a pie, llevando todos un pequeño fardo a la espalda, pues ignoraban cuanto tiempo habían de permanecer en Nazareth ni qué rumbo les tocaría seguir después de las graves y decisivas resoluciones que debían tomar.

Para los lectores, la vieja casa de Nazareth es un escenario muy conocido.

Nada había cambiado en ella, como no fuera el uso que a poco tiempo de la muerte de Yhosep comenzó a dársele al taller de carpintería y a los depósitos de madera.

Por iniciativa del tío Jaime y con la cooperación de la Santa Alianza y la aprobación del insustituible administrador de los tesoros del Rey de Israel, Simónides, todo aquello se había convertido mediante pequeñas transformaciones, en un refugio para ancianos y mujeres desamparados. Y allí había una veintena de ellos.

Los terapeutas del Tabor vigilaban de cerca aquella dolorida porción de humanidad, y dos ancianas de la Cabaña de las Abuelas del Monte Carmelo eran las madres que llenaban de tiernas solicitudes aquellas pobres vidas, agobiadas de soledad y de incertidumbre.

La llegada de Myriam con tan numerosa compañía, fue para la silenciosa casa de Nazareth un gran acontecimiento.

En dos grandes carros semejantes a los que en la Edad Media se llamaban diligencias, habían traído a las mujeres y a los niños. Mientras los hombres y gente joven en asnos o caballos, daban a la vieja casa de Yhosep el justo, el aspecto de una aldea en un día de feria.

Una curiosa alarma se extendió entre los vecinos, la mayoría de los cuales estaban al tanto de lo que el Sanhedrín había hecho con el hijo santo de Myriam, con el Profeta de Dios que curaba todos los males de los hombres.

¿Sería que los Doctores del Templo querían borrar su espantoso crimen indemnizando a la Madre por la injusticia atroz cometida contra el hijo?

Y cuando tras los viajeros llegaron los asnos cargados de sacos de provisiones y fardos de toda especie y tamaño, los vecinos buscaban otra conjetura para satisfacer su curiosidad.

¿Sería que la infeliz madre habría vendido el viejo solar nazareno para no ver más aquel nidal de sus días felices que no eran ya más que un querido recuerdo?...

¡Tú y yo sabemos, lector amigo, que el Divino Nazareno había sembrado rosales de amor sobre la tierra, y sus idealistas seguidores iban allí a repartirse el mundo para continuar la siembra maravillosa!

Si la inconsciente humanidad hubiera sido capaz de hacer una obra justa con las cosas inanimadas y con los parajes que fueron humilde escenario de los amores santos del Cristo, y de sus más sublimes desbordamientos de fe, de claridad divina y de amor supremo, esa vieja casona del justo Yhosep, hubiera debido ser el más grandioso Santuario de la fe cristiana, que inmortalizara en una estupenda creación de mármoles eternos y de madera incorruptible, la cuna del Cristianismo que Él había dejado establecido sobre la base de su vida excelsa y con la coronación de su muerte heroica.

¡Inmortalicemos nosotros la gloria de la vieja casa de Yhosep, el justo de Nazareth, con los trazos radiantes que nos presta la Luz Eterna, maga de los cielos que copia con maravillosa exactitud todos los hechos que el paso de las humanidades sobre los mundos, va sembrando como un interminable collar de perlas negras, rojas y blancas!...

Todos los hombres jóvenes con el príncipe Judá, el Hack-Ben Faqui, el Scheiff Ilderín, Juan, Felipe y Marcos como avanzada, iniciaron las actividades para procurarse las comodidades necesarias antes de que llegara la noche.

¡Qué grandiosa solemnidad la de aquella noche, en la vieja casa de un artesano en que unos pocos habitantes de la Palestina se reunían en torno de una Idea, cuando el que la había hecho germinar en sus almas no estaba ya como hombre sobre la tierra!

¡Los racionalistas y positivistas de haberlo sabido, habrían dicho con lástima y quizá con desprecio!:

—¡He ahí un núcleo de pobres ilusos, que lo dejan todo para reunirse a deliberar sobre la construcción de un castillo en el aire, con las volutas de humo de un perfume que ya se esfumó llevado por el viento!

¡Cuán lejos estamos a veces los seres humanos aun ilustrados por las ciencias y las letras..., cuán lejos estamos de captar la onda luminosa de los designios divinos, la Idea Eterna, que queramos o no, marca derroteros imborrables a las humanidades y a los mundos habitados por ellas!

En la vieja casona del austero artesano de Nazareth, se dio forma definida y real en aquella noche a la difusión de la enseñanza del Cristo en todo el mundo civilizado de entonces, con la convicción profunda de que su augusto y divino Fundador dirigiría la Obra, como un sabio arquitecto esboza en una hoja de papel creaciones de piedra para que otros que comprenden su técnica se encarguen de realizarla.

—Todos esperamos indicaciones tuyas, Myriam —decíale dulcemente José de Arimathea cuando terminó la frugal comida del anochecer.

Y ella, la dulce madre con una admirable y serena calma contestaba: —Yo sólo me dejo amar de todos vosotros en reemplazo del que ya

no está a mi lado. Haced pues lo que creáis más conveniente para todos y lo que más le hubiera complacido a Él.

Y esta frase de Myriam: *“lo que más le hubiera complacido a Él”*, fue tomada aquella noche como base de todas las deliberaciones.

Pudo bien decirse que en ausencia del Hijo excelso, fue la Madre quien demarcó la ruta que había de seguir el Cristianismo naciente.

El lugar denominado *“Cenáculo”* en las casas pertenecientes a lo que llamamos clase media, era la habitación de mayores dimensiones y también la mejor ornamentada y con todas las comodidades necesarias para el uso que se le daba.

La hospitalidad en el Oriente y en aquella época, era de uso corriente entre las gentes de bien, y mucho más entre los afiliados a la *“Fraternidad Esenia”*.

El Cenáculo era pues, sala de recibo, comedor y sala-dormitorio de huéspedes, cuando los había en casa.

Para todos esos usos estaba dispuesto el Cenáculo con su gran mesa central que ocupaba las dos terceras partes de las dimensiones de aquella sala y que aún podía extenderse mediante alas que se doblaban o se abrían en los extremos según los casos.

Los estrados de dos pies de altura y cuatro de ancho, adosados al piso y al muro y que circundaban la sala en todas direcciones, siempre cubiertos de tapices y mantas según la categoría de sus propietarios, hacían del Cenáculo un excelente dormitorio de huéspedes.

La gran mesa central rodeada de escaños o divanes, modestos o de lujo según la capacidad financiera de sus dueños, lo hacían apto para festines familiares muy concurridos celebrando fechas que a todos eran queridas.

A esto hay que añadir que estaba comunicado por medio de un arco sin puerta con la cocina o sala de la hoguera cuyo cálido resplandor llegaba al Cenáculo cuando se descorría la pesada cortina de lana en invierno y de junco en verano.

Y en el Cenáculo de Nazareth y por indicación de Yhasua se había añadido sobre el estrado frente a la entrada, una repisa donde aparecían las Tablas de la Ley, imitación de las que Moisés bajó del Sinaí, pero labradas en madera por las hábiles manos de Yhosep, el querido artesano de Nazareth. El gran libro de las Escrituras Sagradas y un candelabro de siete cirios completaban el altar hogareño, que aún parecía conservar los vestigios de las manos líricas del Maestro hojeando aquellos viejos pergaminos.

Esbozado el escenario, entramos lector, a ese templo familiar pleno de santos recuerdos y de ternuras inolvidables, donde todo estaba santificado por la augusta presencia del Cristo que muchas veces habíase

desbordado allí su alma en explosiones de amor y de Luz Divina, en horas de íntima unión con la Divinidad.

Myriam fue silenciosa a sentarse en su sitio acostumbrado, a la izquierda de la repisa-altar, dejando el sitio de la derecha que siempre ocupó Yhosep y después Yhasua... ¿Quién podía atreverse a ocupar aquel sitio en aquellos momentos, en que la querida memoria de los amados ausentes se hacía tan intensa y viva, que en todos los ojos brillaba como un cristal de lágrimas no derramadas, sino esfumadas en silencio?

Y el estrado fue poco a poco llenándose de seres silenciosos que se movían sin ruido, como sombras austeras y graves, absorbidas por pensamientos profundos.

Las esposas buscaron el acercamiento a sus maridos, los hijos a sus padres, los amigos a sus más íntimos amigos y compañeros. El tío Jaime se había colocado junto a su hermana, siguiéndole Pedro, José de Arimatea, Simónides, Zebedeo y Hanani, los Ancianos de Betlehem, Elcana, Eleazar, Josías y Alfeo. Les seguían algunos terapeutas del Santuario del Quarantana con Jacobo y Bartolomé que en su gran modestia, bella herencia de Bethsabé y Andrés, hubiesen querido estar en la contigua sala de la hoguera, pero allí estaban los Servidores del Tabor y del Carmelo, ubicando a todos en sus respectivos sitios. Y el sitio primero de la derecha quedaba siempre vacío.

Nicodemus se ubicó en el sitio siguiente, después el Scheiff Ilderín, Gamaliel y Nicolás, Boanerges con los jóvenes que hospedara él en su habitación.

María de Mágdalo sintiéndose demasiado sola y no encontrando quizá ningún lugar a su gusto, tomó un pequeño tapiz y se sentó a los pies de Myriam, que intensamente emocionada desde el principio se limitó a acariciarle la cabeza sin hablar palabra.

Visto esto por otras de las compañeras jóvenes, fueron haciendo una segunda fila y María de Betania y Dina de Sebaste, se sentaron también a los pies de Pedro y de Jaime.

La Druidesa Gala Vercia y los suyos, invitados a participar de la gran asamblea, ocuparon el ángulo de la izquierda mientras Ana, Noemí, Nebai, Thirsa, Martha y las más ancianas, ocuparon el ángulo de la derecha.

En los escaños alrededor de la mesa central sobre la que aparecía extendida una gran carta geográfica con el diseño de los países civilizados de entonces, se sentaron Judá, Marcos, Faqui, Stéfanos, de la escuela de Yohanán el Profeta del Jordán, y Felipe el joven, ambos de origen griego y a quienes Pedro había tomado como escribas particulares de los Doce.

Eran pues cinco escribas que dominaban cinco idiomas de los más vulgarizados en aquella época: el latín, idioma oficial romano que era

como decir mundial, por el dominio que ejercía Roma sobre la mayor parte del mundo, el árabe, el hebreo, el sirio-caldeo y el griego, tan desarrollado en Antioquía y casi en toda la parte norte de Siria y el sur de la Mesopotamia.

Junto a los cinco escribas, tomaron puesto los dos Ancianos venidos del Gran Santuario de Moab, donde desempeñaban el cargo de Archiveros, Eleazar y Ezequías, y los Servidores del Carmelo y del Tabor.

Y el sitio primero a la derecha de la repisa-altar de las Tablas de la Ley y los Libros de los Profetas, iquedaba siempre vacío!

El anciano Esenio Eliezer de Esdrelón recitó en hebreo y con emocionante ternura, el Salmo 23 en que el alma sumergida en el Infinito Océano Divino, se abandona en confiado amor a la Eterna Potencia Creadora, con aquellas dulces palabras:

“Dios es mi pastor y nada me faltará”.

“Entre delicados pastos me hará pacer”.

“Junto a mansas aguas me vigilará”.

“Confortará mi alma y me guiará a sendas de justicia por amor a su Nombre”.

“Aunque camine por valles de sombras de muerte, no temeré mal ninguno, porque tú, mi Dios estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento”.

“Aderezarás mesa delante de mí en presencia de mis perseguidores, pues ungiste mi cabeza con tu óleo y mi copa está rebosante de tu elixir de amor”.

“El bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida y en tu casa, ioh, Jehová!, moraré hasta el último de mis días”

—Así sea por siempre —contestó a coro la multitud.

—Myriam, mujer escogida, vaso de amor y de llanto, —dijo el anciano— que trajiste a la vida terrestre el Verbo de Dios, di en su nombre la primera palabra que inicie nuestra asamblea.

Y la tierna y dulce madre del Cristo Divino, con su débil vocecita de alondra herida, dijo como en un gemido:

—¡Que Dios misericordioso y el amor de mi Hijo sean en medio de esta santa convocación!

El silencio propio del hondo llanto contenido en el pecho por cuantos estaban presentes, se extendió como una onda suave de ternura y de dolor por el vasto Cenáculo donde casi hubiera podido sentirse el latir de los corazones.

La quietud era inmensa como un abismo tibio de suavidad infinita. Nadie se movía y en la penumbra violácea de los cirios comenzó de pronto a extenderse una rosada claridad como de lámparas invisibles que fueran encendiéndose unas en pos de otras.

La onda de luz vertía resonancias como si a lo lejos, muy a lo lejos, pulsaran laúdes y cítaras acompañando voces que cantaban salmos en lenguas desconocidas.

Y todos recordaron en silencio que igual fenómeno vieron realizarse la noche inolvidable en que el Divino Mártir se había despedido de todos para ir hacia la muerte, hacia el tremendo holocausto que empezado en su agonía de Gethsemaní terminó en las tinieblas del Gólgota.

Un llorar silencioso y extático se extendió con gran intensidad en el ambiente y pequeños focos de luz, como temblorosas luciérnagas se posaron un momento en todas las cabezas inclinadas sobre el pecho, y en el sitio vacío del estrado, a la derecha de la repisa-altar, apareció una estrella radiante de los colores del iris que llenó el Cenáculo de tan viva claridad, que siendo imposible resistirla a las humanas miradas, todos debieron cerrar los ojos deslumbrados.

—¡Es la Luz Divina de Cristo que guía los pasos de quienes seamos capaces de seguirle por la senda del amor y del sacrificio señalada por Él! —dijeron los ancianos Esenios que presidían aquella primera convocación del Cristianismo naciente.

La tradición oral, precioso cofre de oro de la alborada cristiana, ha llamado a esta magnífica manifestación espiritual: “La venida del Espíritu Santo”, designación admirable en su místico significado y más admirable aún en la realización a que dio lugar entre todos aquellos que tuvieron la feliz oportunidad de presenciarla.

¿Quién podría en adelante claudicar de un pacto sellado de tan elocuente manera con Aquél que les había amado y les amaba hasta más allá de la muerte?

¿Quién podría pronunciar la primera palabra después de lo que habían visto y oído?

Todos se precipitaron hacia aquel sitio vacío antes y donde temblaba suavemente como suspendida de hilos invisibles la estrella radiante de luz que iba esfumándose suavemente, como suavemente se había encendido a la vista de todos.

—¡Él nos guía!

—¡Él está en medio de nosotros!

—¡Es el Reino de Dios que comienza en la tierra para los que hemos reconocido a su Hijo! ¡Es el paraíso de Dios que baja a los oscuros valles terrestres!...

—¡Ya no habrá más dolores, ni enfermedades, ni muerte, porque la tierra se ha convertido en cielo y todo será luz y gloria para los amadores del Cristo, Hijo de Dios!

Y los emocionados clamores de amor y de júbilo continuaban en todos los tonos y entremezclados con tiernos abrazos y efusiones de ternura,

de dicha suprema en que ninguno era dueño de dominar su entusiasmo y alegría interior.

¡Los Ancianos Esenios de Moab miraban a través del llanto que empañaba sus ojos, aquel sublime cuadro de amor y de fe que les hacía creerse dueños de los cielos de Dios, cuando aún hollaban la tierra en que tanto y tanto deberían padecer, llorar y morir durante veinte centurias largas, que tenían como plazo para terminar la siembra de amor fraterno comenzada por el Verbo de Dios!

7

LA ASAMBLEA

Eliezer, el mayor de los Ancianos venidos del Gran Santuario de Moab se puso de pie y pidió silencio para exponer su pensamiento:

—Desde los escabrosos montes que habitamos, hemos bajado Ezequías y yo para acompañar al Verbo de Dios en su holocausto final, en nombre y por mandato de los setenta guardianes de la Ley y servidores de Dios y de la humanidad.

Hemos presenciado con alma temblorosa de angustia, el tremendo drama de la inmolación suprema del Cristo, en aras del Ideal sustentado por Él en todos los momentos de su vida, consagrada por entero a la realización de la Idea Divina entre los hombres de esta Tierra.

“Hemos compartido con vosotros la inmensa dicha de verle entrar glorioso y triunfante en su Reino Eterno, donde nos espera después de haber cumplido valerosamente las jornadas terrestres que nos quedan por andar.

“Ha llegado, pues, el momento de medir nuestras fuerzas, de pesar nuestras aptitudes y capacidades para obrar como a nuestro Divino Conductor le sea más agradable. Y llegada es también, la hora de cargar cada cual con la enorme responsabilidad que significa el haber escuchado su enseñanza, el haber visto de cerca su vida y de haber presenciado su heroico sacrificio por sostener y glorificar su Ideal Supremo: la fraternidad universal.

“Yo sé muy bien que en el correr de los siglos y de las edades, vosotros y yo olvidaremos más de una vez, lo que junto al Ungido de Dios hemos visto y oído.

“Yo sé muy bien, que la ambición, el orgullo, la sensualidad y el egoísmo, pondrán sombras en nuestra inteligencia y cadenas a nuestro corazón para que uncidos al carro de todas las iniquidades humanas, demos a los cielos de Jehová el triste espectáculo de discípulos perjuros y traidores; de amigos infieles a la amistad, al amor y a la fe aceptada hoy

con espontánea voluntad. Nuestro Divino Conductor y Maestro lo sabe también y por eso deshojó como un rosal de amor su parábola del Hijo Pródigo, abriéndonos de antemano la puerta del alcázar paterno que nuestra miseria y nuestra inconsciencia han de cerrar innumerables veces.

“Os invito, pues, a mirar así de frente nuestra miseria y debilidad que más de una vez nos hundirá en abismos, de los cuales la mano divina del Cristo nos sacará nuevamente diciéndonos aquellas sublimes palabras tuyas:

“¡Venid a mí los que habéis caído agobiados por vuestras cargas!... ¡Venid a mí, que Yo os aliviaré!”

“Y os invito también a que durante todos los días de esta vida feliz y venturosa en que hemos convivido con Él, le repitamos nuestras promesas de fe inquebrantable y de amor eterno, aun sabiendo..., imiseros de nosotros!..., que hemos de faltar a ellas, como miserables esclavos de todas las ruindades humanas.

“¡Señor!, digámosle con el corazón en la mano, que la fe de hoy, que el amor y las promesas de hoy vibren para siempre ante Ti como las notas de un arpa que jamás extingue sus sonidos, para que su permanente recuerdo intensifique tu piedad y tu misericordia cuando nos veas aplastados por toda suerte de iniquidades y de miserias en el avance de los siglos que han de venir.

“Digámosle con la fe de hoy ardiendo como una llama:

“Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador de cuanto existe en los Cielos y en la Tierra.

¡Creo en Ti, Cristo Divino, su Hijo, descendido a la Tierra por un prodigio supremo del amor!

“¡Creo en la grandeza sobrehumana de tus obras, que hemos visto deslizarse como una corriente de agua de vida y de salud sobre todas las miserias humanas; como un astro radiante iluminando las tinieblas de la vida y las angustias de la muerte!

“¡Creo en el heroísmo de tu amor a la humanidad, por la que diste tu sangre y tu vida en holocausto eterno a la Idea Divina, que vino contigo a la tierra en mensaje de verdad y de luz!

“¡Creo en tu salida gloriosa del sepulcro, por que te hemos visto luminoso y radiante como un sol de amanecer, que se enciende y que se apaga cuando el amor se desborda de tu seno y te das en oblación a todos los que te hemos amado y seguido!

¡Y que estas protestas de nuestra fe en Ti, sean como la eterna luz de un faro en todas las tormentas y borrascas que azotan nuestra barquilla, en las centurias largas que hemos de correr hasta el final de este ciclo!

“¡Hermanos míos, que mis pobres palabras parpadeen como un cirio eterno en la mística soledad de vuestro santuario interior!”

El anciano Eliezer ocupó de nuevo su asiento y un silencio profundo se estableció nuevamente.

Era que todas las almas congregadas en aquel recinto, penetraban a tientas en el camarín secreto de su yo íntimo que en un instante de clarividencia preveía acaso algo del oscuro porvenir; y temblando de pavor y de incertidumbre repetía las protestas de fe y de amor que en alta voz había proclamado el austero maestro Esenio.

El anciano Ezequías interrumpió el largo silencio con estas palabras:

—Tened en cuenta que mi compañero y yo somos simples espectadores en esta asamblea, terminada la cual volveremos a nuestra morada en la montaña.

“Tomad, pues, la iniciativa los que quedáis en medio de la humanidad y que el Divino Espíritu del Cristo sea el inspirador de todas vuestras resoluciones.

José de Arimathea habló el primero.

—El Mesías, nuestro excelso Maestro, tuvo su Escuela íntima y creo que en su pensamiento estaba la idea de que ellos fueran los continuadores de su obra. Y todos nosotros estamos para colaborar con ellos en segunda fila en cuanto resuelvan realizar en beneficio de la obra común.

Y todas las miradas y los pensamientos convergieron sobre los de la Escuela íntima del Cristo que eran los Doce, en ese instante convertidos en Once por la separación de Judas.

Pedro tomó la palabra y explicó brevemente el drama íntimo del infeliz discípulo que llevado por su ambición había caído en la celada tendida a todos por el Sanhedrín. Reclamó piedad y perdón para él, y expuso la necesidad de nombrarle un reemplazante.

Entre los discípulos de Yohanán, el Profeta del Jordán, había dos que compartieron con los Doce, tareas que la epidemia de Séphoris les ocasionó durante muchos días y que se internaron en el Monte Carmelo juntamente con los setenta recogidos por el Divino Maestro, como huérfanos de aquella horrorosa tempestad de dolor y de muerte. Eran éstos, Matías de Nicópolis, primo de Nicodemus, y José de Bethlaban. Ambos habían conquistado el afecto de todos los presentes con la abnegada solicitud observada desde la gran tragedia del Gólgota. Se habían constituido en enfermeros y servidores de los más apesadumbrados.

Sobre ellos dos cayeron las miradas de todos, y al hacer una votación, resultó elegido el mayor de los dos: Matías, que de inmediato fue considerado como uno de los Doce en reemplazo de Judas.

A Pedro le resbalaron dos gruesas lágrimas por su barba cana, recordando al infeliz hermano que por sus celos y ambición de ser más grande que sus hermanos había abierto él mismo un abismo de soledad y desamparo a sus pies.

Cuando Matías se acercó a él para abrazarle antes que a los demás, observó el dolor de Pedro y le preguntó:

—¿Estás desconforme de que entre yo a formar parte de los Doce? ¿Querías a José y no a mí?

—No, amigo mío. Estoy conforme contigo. Pensaba en el infeliz al cual tú reemplazas desde este momento.

“Si hubiera estado el Maestro, Él le habría vuelto entre nosotros. Pero en nosotros no hay aún el amor bastante para perdonar a Judas.

Y Pedro, abrazando a Matías, lloró a grandes sollozos que los más sensitivos interpretaron en toda su realidad.

Y este pensamiento corrió entre la multitud como una misteriosa esencia que se hubiera derramado en aquel recinto:

“La presencia de Matías entre los Doce nos recordará siempre la desgracia de Judas”. En los más adelantados surgió la compasión como una triste cineraria de la losa de un sepulcro; y en los de más escasa evolución se levantó la indignación como un cardo silvestre lleno de espinas.

El Anciano Esenio Eliezer, que había captado las ondas vibratorias del recinto, dijo en alta voz y como una plegaria que absorbiera todos los pensamientos:

—¡Que tu Amor Misericordioso! ¡Oh, Padre Divino de las almas, se derrame sobre el hermano muerto, y guíe los pasos del que viene a ocupar su lugar!

Estas discretas palabras del Anciano Eliezer, fueron quizá el origen de la creencia generalmente aceptada de que Judas había muerto trágicamente. Sólo Pedro y los esenios sabían que Judas vivía agobiado por su culpa, pero muerto estaba para la naciente Congregación Cristiana en medio de la cual no podría jamás actuar.

Pedro había dicho una gran verdad: No había en ellos el amor bastante para perdonar el pecado de Judas. ¡Cuán difícil es perdonar a quien nos ha herido en nuestros más íntimos sentimientos!

De aquí surge la reflexión sobre la grandeza sublime del precepto del Cristo: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”, tan breve y sencillo en sus palabras pero tan grande en su significado y más aún en su alcance.

Entre aquella multitud de un centenar y medio de almas enamoradas del Cristo del amor, no habría nadie que hubiera perdonado al culpable tan completamente que hiciera posible su vuelta al nido que había perdido por su propia culpa.

Las sabias palabras del esenio amortiguaron en todos los ánimos la

aversión al culpable, ya que el velo gris de la muerte pareciera esconder todas las culpas del que ha desaparecido tras ella.

—Vemos completa la Escuela del Maestro —dijo Nicodemus—, y creo que es hora de que resolvamos algo antes de separarnos. Para Él fue siempre Pedro considerado como mayor, no sólo por su edad, sino por su capacidad de amor y de bondad para con todos sus compañeros. Pero es tan modesto, que lo sé incapaz de tomar la iniciativa, si no le animamos todos con una especie de imposición suave que le diga: *Aquí debes comenzar tú*.

—¡Muy bien!... ¡Muy bien!... —se oyó varias voces repitiendo entre la multitud.

El bueno y sencillo Pedro, tenía viva aún la herida de haber negado al Maestro tan cobardemente, y al oír aquellas palabras se estremeció con un espanto interior casi incontenible.

—¡Yo!... —exclamó—. ¡Tan luego yo he de ser!...

—¡Tú, sí, tú! —dijo el tío Jaime saliendo de su silencio—, pues todos recordamos que Yhasua cuando tenía que ausentarse, a ti te encargaba del cuidado y tutela de todos y en todo sentido. Más de una vez me dijo: “Tío Jaime, préstale ayuda a Pedro que dejo en mi lugar para cuidar de todos”.

—Paréceme —añadió la dulce vocecita de Myriam— que esto será lo más agradable para Él.

Pero las lágrimas de Pedro continuaban cayendo silenciosamente y casi inadvertidas en la suave penumbra de la luz mortecina de los cirios.

—Bien está —dijo por fin—. Pero como no me siento capaz de ocupar el sitio vacío que ha dejado el Maestro... —Y Pedro rompió a llorar de tan desconsolada manera que la ola de llanto se extendió por todo el recinto.

La serena calma del anciano Eliezer, se impuso a la emoción de todos diciendo:

—En verdad, hermanos, no hay ninguno entre nosotros que pueda sustituir cumplidamente al Cristo, Hijo de Dios vivo. Según esto, deberemos dejar morir su obra por falta de capacidad en nosotros...

—¡No, eso no, jamás! —gritó Pedro el primero y sucesivamente otras voces siguieron a la suya.

El Anciano sonrió bondadosamente ante la reacción de Pedro, acentuada por todos los demás que tan espontáneamente habían expresado su más íntimo sentir.

—¡Bien, muy bien! —continuó el Anciano Esenio—. Unamos todas nuestras incapacidades con el fuerte lazo de amor fraterno que Él nos legó como herencia, y algo bueno y grande haremos en su nombre.

“Pedro, ¡hermano mío!, resígnate a la voluntad de todos y ocupa el lugar vacío que dejó el Maestro.

Y el Anciano tomó la mano de Pedro y lo llevó a sentarse a la derecha de la repisa-altar de las Tablas de la Ley.

Una ola de ternura se extendió en el ambiente entristecido un momento por el recuerdo de Judas; y la jubilosa alegría del comienzo en que irradió la mística estrella claridades de iris, retornó al viejo cenáculo nazareno lleno aún de recuerdos y de nuevas esperanzas para el porvenir.

—¡Notarios a trabajar! —dijo el esenio Ezequías—, pues aquí debe saberse qué huertos de entre los campos del Señor va a cultivar cada cual.

—Yo ofrezco nuestras grutas —dijo el Servidor del Carmelo—, y todo cuanto tenemos a los que quieran dedicar sus esfuerzos a esa parte de la provincia Galilea.

—Y yo ofrezco todo nuestro apoyo a los que se establezcan en las cercanías del Tabor —añadió el Servidor, Daniel de Tolemaida.

—Yo —dijo Pedro—, pensaba volver a Judea, porque aunque es cierto que esa provincia fue la más adversa a nuestro Amado Maestro, hay allí muchas almas que le sirvieron y le amaron, y no está bien abandonarlas por la maldad y la injusticia del Sanhedrín. Si algunos quieren acompañarme...

—¡Yo! —dijo Santiago decididamente.

—¡Y yo! —dijeron a la vez Andrés y Matías.

Los notarios iban copiando las palabras que se vertían en aquel ambiente de viva expectativa y de anhelos comunes a todos.

—Contad con nuestro apoyo en todo y para todo —dijo José de Arimathea—, pues, aunque no volveré pronto a Jerusalén, en mi pueblo natal Arimathea, estaré para serviros en cuanto me sea posible.

—Lo mismo os digo yo —añadió Nicodemus—, Nicópolis queda a una jornada de Jerusalén y quizá esto pueda ser de utilidad si la ciudad de los tiranos os trata mal. Además, el camino real de Jerusalén a Joppe, uno de nuestros principales puertos de mar, pasa por mi ciudad natal.

—Y en Joppe —dijo el Anciano Simónides—, está una gran Agencia comercial que yo administro y que pongo a disposición de todos los servidores del Soberano Rey de Israel, con el acuerdo completo de mi superior inmediato, el Príncipe Judá. ¿Es así, niño?

—No necesitas preguntármelo —contestó Judá—. Yo añado que en Joppe habrá siempre anclado uno de los buques de nuestra flota y con pabellón de Roma, por si los malvados jueces del Sanhedrín quisieran hacer con vosotros lo que hicieron con nuestro Rey Mártir.

La aprobación de todos respondió a las palabras del príncipe Judá.

—Y para los que bajen más al sur de la provincia de Judea —añadió el Anciano Simónides—, tenéis en Ascalón y en Gaza, Agencias de negocios del Scheiff Ilderín que trabaja con barcos de nuestra flota...

—Y que será para todos vosotros como vuestra propia casa —interrumpió Judá—, pues el Scheiff antes de partir me ha encargado manifestarlo así. El árabe generoso y gentil pone a vuestra disposición el campamento de la cordillera Jebel y en los Montes Basán buenos alojamientos y fortalezas de piedra para defensa de los vasallos del Rey de Israel que los necesiten.

—Si Yhasua a quien todos amamos —dijo el Hack-Ben Faqui— estuviera entre nosotros, diría su frase habitual en caso como éste: *“Gracias te doy, Padre mío, porque florecen en la tierra los rosales del amor que sembré en tu nombre”*.

—Lo digo yo que soy su madre, en nombre suyo —respondió la tierna voz de Myriam.

María de Betania, Nebai, Ana, Vercia y por fin todas las mujeres jóvenes presentes rodearon a la Madre heroica, cofre sagrado de recuerdos y de llanto, como si quisieran servirle de escudo y fortaleza cuando su voz de alondra se quebraba en un sollozo y adivinaban en ella el revivir de su angustia.

Juan, el hijo de Salomé, se acercó al grupo femenino y arrodillándose ante Myriam y besando sus manos heladas, le decía con infinita ternura:

—El Maestro me dijo la noche de su despedida: *“Cuando yo me vuelva al Padre, tú serás el pequeño hijo de mi madre en lugar mío”*. ¿Me recibes tú?

Un rumor de sollozos se extendió en la vasta sala ante el cuadro con tintes divinos de los brazos maternos de Myriam, estrechando sobre su pecho la cabeza rubia de Juan.

—Si me permitís expresar mi programa a seguir —dijo el Príncipe Judá—, os diré con toda verdad cuán odiosa me es la vida en los sitios en que vi el fracaso tremendo de mis ideales como hombre de la raza de Abraham y quisiera huir de esta tierra que los de mi raza regaron con la sangre del Hijo de Dios. Amaré este suelo que me vio nacer, pero le amaré como se ama un muerto, porque me cuesta imaginar la luz y la vida en quien apagó la vida y la luz del Gran Ungido, anunciado desde siglos por nuestros Profetas. El precepto divino que tantas veces repitiera nuestro dulce Yhasua: *“Ama a tu prójimo como a ti mismo”*, me es por el momento imposible de concebir y comprender. ¿Cómo puedo amar a los malvados jueces que le condenaron a muerte sabiendo que era inocente? ¿Cómo puedo amar a esa piara de miserables esclavos y asesinos que se vendieron por un puñado de oro para pedir a gritos que fuera crucificado? ¡No puedo ni pensarlo porque me siento enloquecer!

¡Yhasua, mi Rey Eterno, amado sobre todas las cosas!... ¡Si desde tu trono glorioso de Hijo de Dios, oyes la voz de este amigo que hubiera dado la vida por ti, perdona mi rebeldía a tu mandato, porque no puedo amar a tus asesinos, a tus verdugos, a los miserables traidores a la patria, a la religión, al Altísimo que te envió!...

El anciano Eliezer intervino y tomando las manos crispadas de Judá que estremecidas se levantaban a lo alto, le dijo, dando a sus palabras suavidades paternas:

—Príncipe Judá. Cuando la herida está aún viva y sangrando no le acerques una ascua ardiente porque enloquecerás de dolor. Piensa solamente por hoy, en que el Ungido de Dios te ha dicho: *“que eres el árbol fuerte que cobijará a susavecillas errantes”*. ¿Puedes obedecer a estas palabras? Con eso sólo, basta.

Judá se abrazó al Anciano como un niño herido a mitad del camino y sus sollozos conmovieron a toda aquella asamblea.

Sus ardientes palabras de protesta en contra de la injusticia y de la maldad encontraban eco en la mayoría de los presentes, y un ambiente caldeado de aversión y de rebeldía se extendió en aquel cenáculo, donde nunca habían resonado otras notas que las suavísimas de las ternuras familiares y religiosos pensamientos con sabor de plegarias...

Las mujeres lloraban silenciosamente y la voz de Myriam deshojó madre selvas de paz en las almas atormentadas por el amargo recuerdo, con las sublimes palabras de Job:

—El Señor nos lo dio... El Señor le ha llevado a su Reino... ¡Él le amaba más que nosotros!...

“¡Bendigamos su Santo Nombre!

Un largo silencio impregnado de angustia muda, daba la impresión de una completa soledad.

—Perdonad mi debilidad —dijo Judá, ya sereno y dueño de sí mismo—. He resuelto irme con los míos a mi Villa del Lacio a la orilla del mar donde quisiera establecer la primera Congregación Cristiana a las puertas de Roma. Más no creáis que olvidaré el encargo de Nuestro Rey y Señor. En mi casa de Jerusalén habrá siempre quien vele por los que necesiten de mí, igualmente que en todos los sitios adonde llegue la previsión de nuestro irreemplazable administrador Simónides, aquí presente. Los que de vosotros quieran seguirme a la otra orilla del Mar Grande, al Lacio, compartiremos la satisfacción y la gloria de llevar el nombre de Yhasua a las puertas mismas de Roma.

—Yo iré contigo, príncipe Judá, —dijo de inmediato José de Bethlaban—, porque mi antiguo maestro el profeta del Jordán me había anunciado que cruzaría el Mar Grande para llevar la doctrina del Cristo a la capital del mundo. Y creo que ésta es la oportunidad.

—También los míos y yo iremos contigo, príncipe Judá —dijo Vercia la Druidesa—, para ocultar bajo tu sombra a mis hermanos perseguidos en la Galia esclavizada.

Dos de los Doce, Nathaniel (Santiago el menor) y Felipe demostraron también su resolución de cooperar con Judá a la formación de la primera Congregación Cristiana en la región del Lacio.

—Yo retornaré a mi tierra natal, Cirenaica, en el África del Norte —dijo el Hack-Ben Faqui—, que los valles del Nilo y el desierto de Sahara es campo fértil y benévolo para los que quieran llevar allí las enseñanzas del Hijo de Dios.

“Tampoco olvidaré esta tierra que me fue dulce y suave como una segunda patria, donde encontré el amor y la amistad, esas dos alas blancas que levantan al hombre a regiones de luz, de paz y de ventura.

“Me ofrezco en cuanto tengo y soy, para los fieles súbditos del Rey Mártir que nos ilumina a todos.

—Yo iré contigo —dijo Zebeo—, si te agrada mi compañía.

—Y yo, igualmente —añadió Matheo—, me siento como arrastrado hacia aquellas tierras que en siglos atrás estuvieron vinculadas a nuestra historia milenaria.

—El África os será propicia —contestó el vehemente africano—, como lo fue a nuestro dulce Yhasua, que vivió días de gloria entre las arenas de nuestro desierto.

Bartolomé de Séphoris y Tomás de Tolemaida que contaban con parentela en Persia, se habían unido para llevar a dicho país la enseñanza del Cristo Hijo de Dios.

—Creo que todos los demás —observó Hanani, que hasta entonces sólo había sido un silencioso espectador—, tenemos trabas de familia que nos impiden movernos del sitio en que nos encontramos.

“Pero si hay otros designios de nuestro Rey sobre nosotros, el tiempo lo dirá y creo que todos sabremos obedecer y cumplir como fieles súbditos suyos.

—Es verdad, es verdad —se oyeron varias voces en distintos puntos del vasto recinto.

Gamaliel y Nicolás cuyo decaimiento era notorio, al ser interrogados, manifestaron que aún no tenían resuelto nada definitivo.

—Yo deberé retornar a mi ciudad natal —dijo Nicolás—, aunque soy de Israel por la raza, pero la tierra de promisión se ha vuelto tierra de maldición y su repudio para nosotros no es fácil de soportar. Acaso podremos formar una Congregación que responda al pensamiento del Verbo de Dios.

—Lo que Nicolás desea realizar en Damasco —dijo Gamaliel—, desearía

yo realizarlo en Siracusa, en cuya gran Escuela de conocimientos superiores estuve años atrás acompañando a mi tío. Cuento allí con algunas buenas amistades que quizás respondan a nuestro Ideal.

—¿Y vosotras, mujeres esenias que tan valerosamente habéis acompañado al Mesías hasta su último momento? —interrogó el Anciano Ezequías—, ¿no exponéis vuestro programa a seguir?

Todas ellas se miraron unas a otras, con esa timidez e incertidumbre propia y natural en quienes dependen de la voluntad de otro.

—Comprendo —añadió el Anciano—, que las esposas seguirán a sus maridos, las madres a sus hijos, las hijas a sus padres. Pero..., ¿las demás?

Las griegas Polinia y Heraclea, madre e hija, anunciaron que volverían a la Grecia lejana, a sus montañas de Argólide, a donde llevarían el recuerdo del Hombre de Dios que había roto sus cadenas de esclavas en la ciudad de Damasco.

Varias miradas se fijaron en María de Mágdalo que permanecía muda como una estatua, lo cual causaba cierta extrañeza dado su temperamento tan decidido y vehemente.

Sin duda alguna debió percibir el calor de aquellas miradas, pero no rompía su silencio.

Boanerges que esperaba ansiosamente su palabra para orientar su propia vida, se atrevió a decirle acercándose hasta ella:

—¡Señora!... Si tú no hablas, tu ruiseñor cautivo no sabe a donde tender su vuelo.

—¡Perdón! —dijo como si despertara de su sueño—. Sabiéndome sola en el mundo no pensé en que nadie esperase nada de mí. Tú no eres mi cautivo Boanerges, bien lo sabes; pero si quieres permanecer en mi Castillo, no pienso por el momento dejarlo. Es para mí como un cofre de grandes y tiernos recuerdos que serán mi único horizonte mientras me dure la vida.

—Hija mía —le observó Myriam—, muchas veces me has llamado madre, y tú eres para mí un relicario de recuerdos que jamás apartaré de mi corazón. Nuestra amada Galilea es todo un templo de recuerdos puros y santos, y en este templo vive Él en todo el esplendor de su ternura y de su bondad. Su amor nos unió a entre ambas como dos florecillas en una misma rama y ni tú estás sola en el mundo porque estoy yo, ni yo estoy sola porque nos rodean todos cuantos le amaron a Él.

“Llenemos con su amor nuestras vidas, y habremos traído el cielo a la tierra”.

María se volvió hacia ella y puesta de rodillas la abrazó estrechamente, sintiéndose hija de la Madre augusta del Cristo-Hombre que tanto y tanto había amado.

Boanerges seguro ya de su nido, confidenció con Jehiel y sus jóvenes amigos de las orillas del lago a los que había ofrecido el calor de su alcoba y la ternura de su corazón.

Los cuatro amigos de Betlehem que con Simónides formaban un quinteto de la más venerable antigüedad, anunciaron que en aquella lejana ciudad habían presenciado el nacimiento del Verbo de Dios y en ella esperarían sus últimos días, siendo siempre como “libros vivos” en que estaba escrito la grandeza y la gloria del Ungido de Dios.

—Nuestro camino está marcado hace tantos años como los que tenemos de vida —dijo Jacobo, el mayor de los guardianes del Santuario del Quarantana.

—Allí moriremos al pie de nuestra montaña —añadió Bartolomé—, y cualquiera que necesite de nosotros, allí nos encontrará para servirlo.

—Yo soy el más joven de los Doce —dijo Juan—, y no abandonaré la ribera del Mar de Galilea mientras vivan mis padres. Después..., el Divino Maestro me conducirá a donde le plazca.

—Que hablen los notarios —insinuó José de Arimathea—, pues es de importancia que sepamos lo que ellos piensan.

—Solo faltamos Felipe y yo —contestó Stéfano—, y por mi parte quedaré en Judea a la ribera del Jordán, en la misma gruta que habité mientras el Profeta Yohanán fue mi maestro.

—Y yo —dijo Felipe—, tengo estrechas vinculaciones con el Santuario del Monte Ebath en Samaria, y en aquella provincia trataré de hacer cuanto me sea posible en seguimiento del Ungido de Dios.

El Anciano Esenio Eliezer dijo entonces la última palabra:

—Hermanos muy amados en el Cristo que acaba de ser glorificado por la Suprema Potencia Creadora.

“Animados todos de la mejor buena voluntad, hemos cumplido el sagrado deber de marcar en conjunto el itinerario a seguir, sin que esto signifique una forzada obligación que deba pasar por encima de las posibilidades de cada cual.

“Somos prisioneros de la materia y muchas veces nos servirá de impedimento a los vuelos ansiosos del espíritu. Pero estamos ciertos de que si nuestra vida está encausada dentro de la Ley Divina, de ella misma nos vendrá la defensa, la fuerza y la luz, para que nuestros pasos en la vida sean como una prolongación de la senda seguida por el Hijo de Dios en su vida de hombre encarnado en la Tierra.

“No olvidéis nunca que vais a un mundo extraño a vosotros, cuyos ideales, costumbres y maneras de pensar y de sentir son muy diferentes a los vuestros y que una gran prudencia y discreción deberán presidir todos vuestros actos.

“No olvidéis tampoco las palabras del Divino Ungido:

“No será el discípulo mejor tratado que el Maestro. No hagáis como los fariseos hipócritas que cuelean un mosquito y tragan un cangrejo. No miréis la paja en el ojo ajeno y dejéis una viga en el vuestro. No seáis como sepulcros de mármol y de jaspe por fuera y dentro lleno de podredumbre, porque no con palabras y fórmulas exteriores se enseña y redime a las gentes sino con las obras dignas de hijos de Dios. Que la mentira, la farsa, el engaño y el interés no son la moneda con que se compra la salvación de las almas”.

“¡Avecillas errantes de Dios que vais a tender el vuelo por ignorados caminos, valles y montañas! No olvidéis tampoco que entre los montes fragorosos de la Palestina, en humildes grutas escondidas de los hombres, quedan vuestros Hermanos Esenios con el pensamiento tendido a los cielos como un hilo de luz, invocando a los grandes soles que dirigen la evolución de los mundos, para que seáis fieles mensajeros del Cristo de la Paz, de la Santidad y del Amor.

“Que la Luz Divina sea con vosotros y que nuestro excelso Maestro os bendiga y os guíe”.

Un hondo silencio de evocación y de religioso fervor siguió a estas palabras y pasados unos momentos, una suave ola de alegría y de ternura se extendió por aquel cenáculo vibrante de esperanza y de fe.

Al día siguiente y después de una comida en conjunto, se iniciaron las despedidas y comenzó la retirada de cada uno hacia su nido hogareño.

—No usemos nunca el adiós —dijo Ezequías cuyo temperamento emotivo en extremo, aparecía siempre dispuesto a la ternura y al amor—.

“Digamos sólo: ¡Hasta luego, hermanos!”

Y los pobrecitos muy ancianos, decían también “hasta luego”, sabiendo de cierto que no se verían mas sobre la tierra.

Salomé, Zebedeo y sus dos hijos Juan y Santiago, María con tres de sus compañeras, Raquel, Clelia y Fatmé, acompañadas de Boanerges y Jehiel tornaron a la ribera del Mar de Galilea, lo mismo que Hanani con su familia.

Los esenios a sus respectivos Santuarios y los Doce entre su parentela desde donde partirían a sus respectivos destinos.

Los de Betlehem tomaron rumbo al sur, por el trillado camino de las caravanas, mientras el Príncipe Judá, Faqui, Marcos y sus familiares, más los viajeros de la Galia tomaban el camino de Tolemaida, el puerto más cercano a Nazareth y desde el cual tenderían el vuelo definitivo.

—¡Bien decía Yhasua! —exclamó el tío Jaime cuando en el gran portalón de la casa de Nazareth les despedía a todos—. Bien decía Yhasua: *“¡Muerto el pastor se dispersarán las ovejas!”.*

“¡Tronchado el árbol que les daba sombra, las golondrinas tenderán su vuelo!”.

“¿Qué vientos soplarán para ellas en las regiones donde posen?...

Y el buen tío Jaime, enjugó una lágrima furtiva que se había asomado sin su permiso y cerrando el portal, tornó a la sala de la hoguera donde la pobre Dina, la huérfana que el amor del Cristo había adoptado en el hogar, ponía gruesas ramas en la hoguera que ardía de nuevo en vivas llamaradas.

8

EL VUELO DE LAS GOLONDRINAS

La bandada era grande y no todas tomaban la misma ruta, por lo cual, lector amigo, tú y yo iremos buscándolas de una por una a fin de que no perdamos de vista a ninguna de ellas.

“Que no se pierda ni una sola de las almas que me fueron confiadas” –decía el Divino Maestro y prendiéndonos del hilo de luz de su mirada que las alumbra a todas, sigámoslas sigilosamente a través de valles y montañas, de mares y desiertos, en las soledades y en medio de las muchedumbres.

Vistamos la blanca túnica de los buscadores sinceros de la Verdad, limpiemos la mente de viejos prejuicios, de ideas preconcebidas y de irrazonables fanatismos, para merecer que los sagrados Archivos de la Eterna Luz se abran para nosotros y nos entreguen sin reticencias sus secretos más ocultos..., sus historias milenarias..., sus poemas de inefable belleza, sus dramas y sus tragedias, que indudablemente las hubo, toda vez que el anuncio del Cristo Mártir no podía fallar:

“No serán los discípulos mejor tratados que su Maestro”.

Y siendo Judá y Faqui los primeros que tienden el vuelo hacia ultramar, los seguimos en primer término a ellos que en dos grandes carrozas de viaje tomaron el camino de las caravanas hacia Tolemaida.

Judá y Faqui dirigían las cuadrigas de robustos mulos que arrastraban los carros, mientras Isaías y Othoniel, Eliacín y Shipro cabalgaban junto a las portezuelas según la costumbre de la época en los viajes de familias de posición.

Un silencio de muerte envolvía a los viajeros como un sudario frío, generador de imborrables recuerdos, pues cada uno llevaba en el fondo del alma un retazo del estupendo drama de amor heroico y de inaudita perversidad que habían presenciado en la patria de Israel, de la cual huían desesperadamente.

Simónides que había querido acompañarles hasta el puerto, rezagado en un rincón de la carroza guiada por Judá, dejaba hablar su pensamiento, no tan floreciente de optimismo como cuando tenía al

lado a su soberano Rey de Israel. Y así que vio que la sombra negra de la tristeza quería apoderarse de él, tomó a su biznieto Jesuá Clemente para que la vivaz alegría del pequeño reanimara el fuego casi apagado de su corazón.

Nebai con el pequeño Ithamar recostado en sus rodillas recordaba que años atrás, había viajado con los mismos compañeros de Antioquía a Tolemaida; pero ahora faltaba uno: Yhasua..., aquel dulce y afable Yhasua de los veintidós años, que la había consolado de la única angustia de su vida..., la de saberse esclava del Príncipe Judá.

Aquel tierno Yhasua que bajo un rosal blanco, en un jardín de Antioquía le había diseñado el camino de la paz y la dicha humana, como esposa de un hombre honorable y justo que no traicionaría sus esperanzas y su fe.

Vercia, silenciosa igualmente bajo sus velos, rememoraba su llegada a Tolemaida tres lunas antes, llena de esperanza en un triunfo cercano al amparo del Salvador de los oprimidos que había bajado a los valles de Palestina. Y en su grande alma luchadora infatigable por un Ideal, se encendía de nuevo el fulgor de una lámpara eterna que no debía apagarse jamás; la Idea del Gran Hesus traída a la tierra por su hijo: el Amor Universal que reunirá un día a todos los hombres en el infinito seno de Dios.

Su tío el Bremen, en su hosco y tenaz silencio saboreaba la indecible amargura del fracaso irremediable. Para él no resplandecía fulgor ninguno porque en su horizonte solo se esbozaban sombras de muerte, más pavorosas aún que las que le habían envuelto hasta entonces.

Parecíale sentir ya retumbar en su corazón los pasos sigilosos de la loba romana que traspasaba las ondas azules del Dordoña y las doradas del Loira que ponían cerco a su Gergovia amada, escondida entre montañas.

En la otra carroza guiada por Faqui reinaba también el silencio..., ipero un silencio de recogimiento, de devoto fervor, casi de unción religiosa, porque la dulce Noemí de los cabellos blancos y los ojos de gacela leía a media voz los salmos más emotivos y tiernos, aquellos que evocan la misericordia divina como la única esperanza y consuelo único del alma sumida en tristezas de muerte! Leía para sí misma y para Amra, la amante sierva que sentada en un banquillo a sus pies hilaba tranquilamente un suave velloncito de lana, pues que sus laboriosas manos no sabían estarse quietas.

Thirsa atendía su mimosa muñequita endeble que aparentaba un año menos de los que en realidad tenía.

Y Marcos se esforzaba en consolar a Ana, que había hecho un supremo esfuerzo sobre sí misma para decidirse a salir de la casa de Nazareth, dejando en ella a Myriam, su madre de tantos años casi como los que tenía

de vida, y dejándola sin Yhosep su padre, sin Yhosuelín su hermano..., sin Yhasua..., ¡el gran hijo que había sido la luz única de su vida!

—Yo no me opuse a que te quedaras, Ana —decíale Marcos a media voz—, bien lo sabes.

—Ella es una santa heroica, Marcos —contestaba Ana—, y cuando le anuncié que me quedaría, ella me dijo: “—No, hija mía, ¡no! Anda con tu marido porque la esposa debe seguir al esposo aunque se le rompa el corazón en muchos pedazos. Dios llenará mi soledad con la presencia espiritual de mis amados del cielo. Estoy llena de la vida de ellos. Estoy llena de su recuerdo y de su amor que no puede morir jamás”. —Y recordando estas palabras con que la había despedido Myriam, Ana secaba sus lágrimas de ternura más que de dolor—.

“¡Es una santa heroica! —repetía—. Después de haber perdido a Yhasua, ¿qué pueden significar para ella estas otras pérdidas?”.

Cuando llegaron a Séphoris, casi anochecía, y el anciano Simónides indicó la conveniencia de pernoctar en aquella ciudad donde el “soberano Rey de Israel” había instalado una sede de la Santa Alianza, cuando la epidemia asoló esa región y allí podían pasar la noche.

—Ciertamente —dijo Marcos—. Es un prosélito romano quien está encargado de ella, y tiene además un recinto de oración consagrado al “Dios Invisible”. Se llama Lucio Marcelo de Módena. Ha sido sacerdote de Apolo, y ahora dice que es sacerdote del Profeta Nazareno.

—¡Cómo! —exclamó Judá—. Un extranjero nos ha llevado la delantera abriendo templo en homenaje a Yhasua, y nosotros aún no hemos hecho nada.

—Pero lo haremos y bien pronto, niño —intervino Simónides.

—A eso vamos cada cual a su tierra —añadió Faquí.

—Guíanos, Marcos, y veamos tu prosélito romano —añadió de nuevo Simónides.

Era una granja entre risueñas colinas al noroeste de la ciudad y a orilla misma del arroyo Tubarin que atravesando gran parte de la provincia Galilea corría impetuosamente a desembocar en el mar. El buen prosélito romano como le habían llamado, vivía con un matrimonio de edad madura, y tres siervos jóvenes, todos esclavos suyos traídos desde su tierra lejana.

Judá que dominaba a la perfección el latín se enfrentó con él.

Cuando supo que los viajeros eran, puede decirse, la familia misma del Profeta Nazareno, que venían de la casa de su madre, y trayendo entre ellos una hermana del Profeta, el buen hombre creía que algo más que los dioses del Olimpo bajaban a su casa, y encontró pequeña la portada de su casa para darles entrada por ella. Y el buen viejo Simónides decía con íntima satisfacción:

—¡Ya se ve!, ya se ve que nuestro Rey de Israel no ha muerto sino que vive y es Él que nos hace abrir todas las puertas.

La casa modesta y sencilla pero de puro estilo romano, tenían su gran pórtico, su peristilo o galerías formando un cuadrado al gran patio con una fuente y un surtidor de agua. El tablinum u oficina del dueño de casa era el templo o santuario del Dios Invisible del Profeta Nazareno.

Las habitaciones se abrían bajo el peristilo o galerías y allí se instalaron las mujeres de inmediato. La pobre Noemí con su Amra inseparable, se sentían terriblemente cansadas. Thirsa que parecía una convaleciente de larga enfermedad tomó posesión del primer diván que encontró a su alcance.

Marcia la esclava, ama de casa, se multiplicaba para atender a aquellos viajeros, y en su lengua mitad siria y mitad latina les preguntaba si venían de más allá de los desiertos africanos.

Tres días permanecieron en Séphoris para complacer al buen prosélito romano, que no quería dejarles marchar sin que pasaran revista a todo cuanto había realizado la Santa Alianza, nombre que ya comenzaba a ceder ante otro que debía imponerse bien pronto: Congregación Cristiana.

El amor al Cristo Ungido de Dios, recientemente desaparecido de la tierra, reclamaba sus derechos en el corazón de los que le amaron; y a toda reunión de seres en su nombre parecían que debían llamarse con su nombre. Y de esta necesidad del corazón, comenzaron a surgir los nombres de Congregación Cristiana, Hermandad Cristiana, Iglesia Cristiana. Y por eso Marcelo de Módena llamó siempre al Tablinum de su casa-quinta: “Ecclesia nostrum”, Nuestra Iglesia.

Este recinto era lo que luego fueron los pequeños oratorios cristianos del siglo I: Una sala grande o pequeña con una repisa al frente, con las Tablas de la Ley, las Escrituras Sagradas y un candelabro de siete luces. Con los estrados alrededor y una mesa al centro rodeada de bancos para los lectores y comentaristas de las Escrituras.

Al día siguiente y cuando el sol se levantaba en todo su esplendor, Judá invitó a Faqui a salir al bosque que aparecía a las orillas del arroyo.

—¡Me ahogan los recuerdos, Faqui! —le dijo cuando estuvieron solos—. ¡No los resisto más!... ¡Me vuelvo loco!

—¡Pero hombre!... ¿Qué quieres hacer?

—Aquí..., aquí en este mismo sitio, sobre este peñasco en el que parece apoyarse el tronco de este cedro se sentó Yhasua, cuando hicimos un descanso en aquel viaje hacia Antioquía. ¿No lo recuerdas tú? —preguntaba Judá, con su voz que temblaba mientras daba con el puño cerrado sobre el peñasco, como si quisiera hacer surgir de él la dulce imagen aquella que vivía en su retina.

—Sé que estuvimos aquí, pero no conservaba en mi memoria ese detalle —contestó Faqui.

—Tú estabas entonces lleno con tu naciente amor —dijo Judá—. Pero yo que aún tenía abiertas en mi corazón todas las heridas que abrió en él la maldad de los hombres, lo recuerdo muy bien.

“Este peñasco me es testigo de una profecía que aquí me hizo Yhasua, y que aún espero parte de su cumplimiento.

“—Yo sé —me dijo —que tú no llegarás a comprenderme en la misión que traigo a este mundo hasta después de mi muerte.

“—¿Hablas de morir cuando empiezas a vivir y tienes menos años que yo? —le dije.

“—Tú ignoras el final de mi camino —añadió—, pero como yo lo he visto, pido a mi Padre Celestial el poder de abrir tu camino en la vida con una felicidad tan completa que colme todas tus aspiraciones de hombre terrestre.

“Y una voz interna me lo ha prometido”.

—¿Y con todo esto quieres decirme —interrumpió Faqui— que Yhasua te anunció el encuentro con Nebai en Antioquía?

—Justamente; y todo eso se ha cumplido al pie de la letra. Pero mis aspiraciones de hombre de la raza de Abraham no se han cumplido aún.

“La patria sigue esclavizada y su Salvador ya se volvió a los cielos infinitos. Pienso que la voz interna que le habló a él, no puede fallar.

—Tú corres mucho, amigo mío, en la búsqueda de tus ideales; y a veces es necesario esperar años y aún siglos —contestó Faqui.

—Cuando estaba cautivo como esclavo en las galeras del César ya esperaba —contestó Judá.

—¡Y debes confesar que has conseguido mucho!... Además debemos comprender que el Cristo Ungido de Dios no puede ser sólo para salvar tu pueblo y tu raza, Judá. El Salvador del mundo debe ser para todos los seres de la Tierra; y creo que aún no podemos ver ni tú ni yo, hasta dónde podrán llegar los efectos y las consecuencias de la Obra que Él ha realizado, y de la tremenda inmolación que ha aceptado por su Ideal y por la salvación de los hombres que abracen ese Ideal.

—¡Faqui!, antes de partir de este lugar quiero inmortalizar en este peñasco el recuerdo de aquellas palabras de Yhasua. ¿Cómo podré hacerlo? Mil ideas bullen en mi mente causándome tan grande confusión interior, que no acierto con lo que sea mejor.

El príncipe africano comenzó a observar todos los detalles de aquel peñasco sobresaliente de la colina.

—Podemos hacer aquí, bajo el espléndido dosel del cielo azul el primer altar en homenaje al Ideal Divino de Yhasua —dijo Faqui reflexionando.

—¿De veras? Pues sería magnífico. ¿Cómo lo harías tú?

—Óyeme: cortamos el tronco de este joven cedro a la altura donde comienzan las ramas. La más gruesa de ellas despojada de hojas la atravesamos en la parte superior. ¿No eligió Yhasua para el sacrificio por su Ideal, un madero con un travesaño en lo alto, que en el mundo se llama una cruz?

—¿Y qué más? —preguntó Judá—, porque eso solo no basta. Manos criminales, piratas y bandoleros también murieron en una cruz.

—Déjame concluir mi pensamiento —insistió Faqui—. Sobre este peñasco y apoyada en el tronco del cedro que será la cruz, pongamos un bloque de piedra blanca con esta inscripción “Ama a tu prójimo como a ti mismo”. ¿No es esto un verdadero jeroglífico que en dos troncos cruzados y un bloque de piedra sintetiza el Ideal del Cristo-Mártir? El amor a sus semejantes como a sí mismo le llevó hasta la muerte sobre una cruz.

—¡Magnífico Faqui! —contestó Judá.

Y sin esperar ni un segundo más, buscaron un picapedrero y un hachador que en el menor tiempo posible echase abajo la copa frondosa del árbol elegido como víctima y le aplicase el travesaño en lo alto, mientras el artesano de la piedra grababa en el bloque elegido la sublime frase aquella que resumía en pocas palabras el gran Ideal por el cual el Cristo había entregado su vida.

Y cuando dos días después estuvo hecho a gusto de los dos amigos, todos los compañeros de viaje, más el romano Lucio Marcelo de Módena, vertían lágrimas de íntima emoción ante aquel peñasco mudo, en que estuvo sentado el Cristo vivo, y en el que aparecía vivo y eterno su Ideal sublime por el que entregó su vida de hombre: *Ama a tu prójimo como a ti mismo*.

Fue el primer altar levantado en homenaje al dulce profeta Nazareno sembrador eterno del amor entre los hombres. Y cuando toda la población de Séphoris pareció darse cita para ir a reverenciar aquel humilde y rústico altar de un peñasco sin pulir y el tronco de un árbol, Judá se abrazó a su gran amigo africano y entre sollozos le dijo:

—¡Acabo de convencerme Faqui de que Yhasua será Salvador de todo este mundo!

Y los viajeros partieron hacia Tolemaida cuando a la mañana siguiente se levantaba el sol en el horizonte.

Aquel peñasco mudo en que nadie había parado su atención, aquel árbol mutilado y con un travesaño encima, aquellas palabras grabadas sobre una piedra, bastaron a calmar la febril ansiedad de Judá que sentía viva en su corazón la incurable herida: su Rey de Israel se había ido sin salvar su país del yugo extranjero.

La situación era la misma. ¿Qué fenómeno había pasado como un

rayo de luz fugitivo por el alma de Judá decepcionado antes y ahora optimista?

Hay instantes decisivos en el alma humana, en que una circunstancia cualquiera, parece iluminar un vasto horizonte haciéndole entrever el triunfo definitivo en un futuro cerca o lejos, de un Ideal perseguido con febril ansiedad.

—¡Bendito peñasco y bendito mil veces ese joven cedro del bosque de Séphoris! —decía Nebai, viendo otra vez que el optimismo desarrugaba la frente de Judá y animaba sus ojos con el brillo de la juventud.

Y ella que como ayudante de su padre en dibujar croquis y planos había adquirido mucha práctica, cuando estuvieron en su villa del Lacio dibujó un croquis del rústico altar del bosque de Séphoris, y las copias se multiplicaron y repartieron entre los primeros amigos y discípulos del Cristo Mártir, que desde la gloria de su Cielo de los Amadores vería aquel humilde altar no como un peñasco y un tronco de árbol sino como un monumento grandioso, hecho de corazones que le amaban y que eran con toda verdad los legítimos herederos del legado eterno del Padre.

Llegados sin mayores incidentes al Puerto de Tolemaida buscaron de inmediato la casa en que estaba establecida la Santa Alianza, y no fue pequeña la sorpresa de Isaías y Othoniel el encontrar como encargado de ella al tío Manoa, admirablemente rejuvenecido y fuerte. Estaba con él, su hija viuda y tres nietecitos que eran toda su gloria, según él decía.

—No os asombréis tanto —les decía el buen hombre—, que no he ascendido a doctor de la ley. Soy únicamente guardián de esta casa y de cuanto en ella se encierra. Aquí viene el amo de todo el comercio honrado de este país.

Y el viejo Manoa se confundió en un gran abrazo con Simónides, mientras los demás se asombraban de tan estrecha amistad.

Y era que nuestro amigo, el gran comerciante, estaba siempre en acecho “para encontrar las perlas perdidas entre el rastrojo” y “los pozos de agua dulce en los salobres desiertos”.

Y habiendo tenido conocimiento años atrás por Judá, del noble desinterés de Manoa al recoger sus dos sobrinos ciegos e inútiles, pensó con acierto que ese hombre era un excelente colaborador para la obra que realizaba por el Soberano Rey de Israel. ¿No había guardado durante once años bajo una loza del piso de su covacha el tesoro dejado por su sobrino para el Mesías Ungido de Dios?

El dirigente principal de la Santa Alianza en Tolemaida era aquel bardo Efraín que hemos conocido en Arquelais, y que por conveniencias familiares debió trasladarse a la ciudad puerto donde acababan de llegar nuestros viajeros.

Dos días después llegaba desde Antioquía un barco de la ya conocida flota marítima perteneciente al príncipe Judá y que administraba tan hábilmente Simónides. El velero Ithamar uno de los mejores equipados y más perfectos de la época era mandado por aquel Capitán al cual el Divino Maestro, el Yhasua salvador de todos los oprimidos le había comprado en Tiro ciento sesenta y ocho esclavos para darles la libertad, hecho que recordará bien el lector.

Se llamaba Priamo de Pafos y estaba al servicio de Simónides desde aquel tiempo. El sagaz anciano que no perdía las oportunidades de hacer resplandecer ante todos las cualidades del Soberano Rey de Israel, lo llamó ante el grupo de viajeros y le habló así:

—¿Ves aquí este joven señor? Él, es el Príncipe Judá hijo de Ithamar, el dueño de este barco y de todos los que lucen el pabellón amarillo con estrella azul.

El buen marino se inclinó profundamente ante Judá, y éste se acercó a él y le estrechó la mano.

—Ya sé toda aquella historia de cuando nuestro Rey-Mártir te pagó los esclavos que ibas a conducir a lejanos puertos. Nosotros formamos parte de su numerosa familia y vas a llevarnos hasta las costas de Italia.

El marino se sentía embargado de profunda emoción rememorando aquel hecho lejano y la mirada radiante del Genio salvador de los esclavos que nunca pudo olvidar.

Recordaba bien sus palabras: “Yo te daré un amo que no comercia con carne humana viva y bajo su mando tendrás el pan en abundancia y la dicha en tu corazón”.

Y esa palabra se había cumplido al pie de la letra. Había mejorado grandemente la situación de su hogar formado años antes con una honrada doncella siria, había logrado sacar de la cárcel a su hermano mayor, preso por una deuda; podía tener sus ancianos padres a su lado; había recogido a la madre viuda de la que era su esposa. El buen Genio le había concedido salud y vida para sus niños que eran cuatro; y en un hermoso paraje de las afueras de Tiro se había comprado un solar de tierra, donde entre viñedos y plantaciones estaba su nido hogareño lleno con todos los amores que pueden hacer dichoso a un hombre de bien.

—¡Oh, el buen Genio!... —exclamaba aquel hombre de mar—, jamás podré olvidarle porque Él me hizo vivir de una vida nueva que yo no conocía. Desde entonces he puesto el amor por encima del dinero, y es cuando tengo dinero de sobra para cubrir todas las necesidades de la familia y aún para socorrer a los necesitados que protege la Santa Alianza. ¿Cómo es que no pudo salvarse de las garras de los malvados, Él que salvaba a los demás?

Y el emocionado marino oyó muchas voces que contestaron a la vez:

—¡Él quiso morir!...

—Por su Ideal de Fraternidad, de Igualdad, de Justicia, de Libertad para todos los hombres —añadió a las voces de todos, Vercia la Druidesa gala, para quién era tan claramente comprensible aquel divino Ideal más sublime y grande que todas las cosas de la tierra.

El barco se hacía a la vela a la madrugada siguiente y esa noche, a la orilla del mar, y en la misma rinconada que formaba los grandes peñascos de la costa, donde en otra hora el viejo Manoa encendía su fuego para hacer el pescado de la cena, la Druidesa preparó la piedra del fuego sagrado para encenderlo por última vez en la tierra bendita a donde el Gran Hesus había hecho nacer en carne mortal a su hijo.

—¡Porque esta vez es única en mi vida —les dijo—, os dejaré asistir a todos cuantos habéis amado al Hombre Luz que vino a traerla a la Tierra, y que aún muerta su carne, la encenderá más viva aún para todos los que quieran verla!

La llama perfumada se levantó en la oscuridad de la noche y el suave viento del mar la extendió por toda la pequeña ensenada en que se encontraba el fervoroso grupo de los amantes de Yhasua. Iba prendiendo en los cardales silvestres, en las espadañas hirsutas, en los juncuales trémulos que sobresalían de las aguadas tranquilas de la orilla...

Y Vercia sumida en honda meditación, semejaba una estatua de mármol blanco sentada sobre un peñasco tan inmóvil como ella misma.

Todos miraban con asombro y emoción que las llamas doradas iban rodeando el peñasco en que la Druidesa continuaba inmóvil; pero la fuerza poderosa del estado psíquico en que todos se encontraban parecía anudar la voz en la garganta y ninguno hablaba. La presencia divina se sentía tan profundamente que cada cual llegó a imaginarse que estaba bajo las naves grandiosas de un templo donde el fuego santo de los cielos consumía toda la escoria de la tierra.

¡Oh, divina alma humana! ¡Divina Psiquis, cuán poderosa eres y cuán desconocido es tu poder soberano por la mayoría de los hombres de esta tierra!

El solo pensamiento evocador de Vercia, la Druidesa Gala, había bastado para producir todo aquel conjunto de fervientes pensamientos, de sagrados recuerdos, de anhelos hondos y fuertes que hacían latir aceleradamente los corazones de cuantos rodeaban el rústico altar del fuego sagrado, en que se plasmaban para ella las divinas visiones que la ayudaban a vivir la vida terrestre con esperanza y con fe.

Por fin la vieron que abrió los ojos..., que volvía a la vida cuando las llamas doradas iban apagándose lentamente. Y haciéndoles aún señal de silencio miraba fijamente la piedra del fuego.

Una blanca visión se materializó sobre ella, en la cual reconocieron todos a Yhasua a través de los mil resplandores que como iris sobrepuestos le envolvían irradiando después hasta larga distancia.

Y a través de esos velos irisados que temblaban como agitados por el viento, vieron infinidad de cruces entre rosales rojos que formaban un bosque que se perdía a lo lejos, a lo largo de la costa y sobre las olas del mar.

Cuando todo aquello se esfumó en la niebla marina que empezaba a levantarse, Vercia habló con su voz quebrada por los sollozos:

—Ya lo habéis visto todos: El Hijo del gran Hesus sólo nos promete sacrificios y Amor.

Y cuando los arreboles de la aurora daban al amanecer la impresión de que los rosales rojos de la nocturna visión se habían deshojado sobre los peñascos de la costa y sobre las aguas del mar, el barco soltaba amarras y desplegaba todas sus velas rumbo al occidente mientras la tripulación cantaba el estribillo del himno del mar en lengua siria para no herir los oídos de los amigos de Roma:

*“Mar que besas las orillas
De las tierras de Abraham,
Oye el clamor de sus hijos
Que piden la libertad”*

9

ILUSIÓN DE AMOR

Sólo tres personas quedaron en la costa agitando los pañuelos blancos de la despedida: El anciano Simónides, Othoniel que de mayordomo había subido a Secretario del Príncipe Judá, y el viejo Manoa cuyo tranquilo bienestar le había quitado al parecer veinte años de encima.

El viejo administrador de los tesoros del Rey de Israel, según él decía, quiso llegar una vez más a Antioquía de la cual estaba ausente desde hacía varios años.

Era el centro de la vastísima red comercial que manejaba y quiso cerciorarse bien de su buena marcha.

Othoniel había obtenido un permiso por tres lunas de su complaciente superior el príncipe Judá, pasadas las cuales se reunirían nuevamente con él en su Villa del Lacio. El motivo expuesto era asuntos familiares que debía resolver en ese tiempo, pero nosotros, lector amigo, podemos averiguar el motivo verdadero que le retenía en Galilea. Y ya que Simónides se embarca para Antioquía, y Manoa vuelve al local de la Santa Alianza en Tolemaida, sigamos los pasos de Othoniel que retorna a Séphoris, y

de Séphoris a la orilla del Mar de Galilea a la casa de Hanani con quien tenía una buena amistad.

Este había manifestado en la gran Asamblea que por el momento no podía dejar su casa de los suburbios de la fastuosa ciudad de Tiberias de donde sacaba los medios de vida para toda su familia; y había planeado la formación de una Congregación Cristiana como las que empezaban a formarse en aquel entonces. Pero es necesario decir toda la verdad. No era éste el pensamiento íntimo de Othoniel. Había en el fondo de su corazón otra idea más fuerte que la de constituir la Agrupación Cristiana. Él no pudo olvidar nunca a la Castellana de Mágdalo que no había puesto en él más atención que la que rige una buena amistad. Al único a quien había confiado tiempo atrás su secreto, era al Príncipe Judá que buscando elevarlo de posición para ponerlo a nivel del ideal que sustentaba, lo había hecho su Secretario particular y jefe del personal adherido a su casa.

—¿Cómo quieres que ella ponga su amor en ti si lo ha dado todo al Ungido de Dios? —le había observado Judá cuando le hacía Othoniel su confidencia.

—Ya lo sé —le contestaba éste—, pero el Ungido de Dios es sólo un resplandor de su infinito poder y grandeza. Me has referido que fue él mismo quien te acercó a Nebai tu esposa, porque él no había venido para tomar una esposa. ¿No es esto una verdad?

—Sí, que lo es Othoniel, tal como te lo he dicho.

—¿Entonces?... Mientras Él estuvo con vida de hombre sobre la tierra, cualquier mujer de gustos delicados y de elevado mirar, tenía por fuerza de lógica que enamorarse de él. Esto lo comprendo muy bien y lo comprenderás tú también.

“¿No podría suceder que al igual que Nebai, tu esposa, aceptase María otro amor habiendo desaparecido de la vida material, el hombre superior y único que colmaba su anhelo?

—¡Podría suceder, es cierto! Pero algo hay en mí mismo que me hace ponerlo en duda —le contestó Judá—. Hace tiempo, cuando yo adiviné tu inclinación a ella, fue que te propuse dejar la mayordomía de mi casa para que fueras mi Secretario Gerente, y lo hice con la amplia aprobación de Simónides, que conserva un gran afecto a la hija del griego Hermione. Ya sabes que nuestro viejo Administrador elige sus amigos y colaboradores con el mismo cuidado con que analiza el oro puro y el que está mezclado con otros metales de inferior calidad. Parece que el griego era oro puro por su honradez y generosidad.

“Cuando te hice mi Secretario Gerente, le confié a él tu secreto. ¿Y sabes lo que me contestó?

—Dímelo y lo sabré.

—“¡Cuán difícil es ponerle un reemplazante al Soberano Rey de Israel, en el corazón de una mujer como la hija de Hermione!”.

—¿De veras te dijo así?

—De veras. ¿Qué interés puedo tener en desfigurar la verdad? Esto no obstante, puede suceder que la abrume el pensamiento de la soledad. ¡Triste cosa es para una mujer joven el vivir de un recuerdo y llorando sobre una tumba, como decía el mismo Yhasua! De todos modos, cuenta conmigo para realizar tu gran sueño de amor, si es que está en lo posible”.

Después de este breve relato, comprenderá bien el lector por qué Othoniel tomó de nuevo el camino hacia la casa de Hanani en la ciudad de Tiberias. ¡La ilusión le prestaba sus alas doradas, y el camino le parecía que se alargaba indefinidamente ante el galope de su caballo comprado en Tolemaida, para acortar más y más la distancia!

¡Oh, el amor que inyecta potentes energías en el alma humana y la lleva con febriles delirios hacia el objeto de su ansiedad!

¡Por amor hemos visto correr a Pedro con ansia suprema las largas millas que separan el Mar de Galilea de los suburbios de Jerusalén!

¡Por amor vemos correr a Othoniel desde Tolemaida a la ciudad de Tiberias asentada muellemente a la orilla del Mar Galileo!

Y por amor, sólo por amor, veremos correr a unos y otros de los amantes de Yhasua, que tejen y destejen las hebras doradas del divino Ideal que Él hizo desbordar como un río salido de cauce sobre todos cuantos se le acercaron.

Y al recoger las aguas vivas de ese divino desbordamiento, cada uno lo comprendía a su manera, lo diseñaba en su horizonte mental conforme a su comprensión, a su capacidad y a las necesidades de su íntimo yo,

¡Qué infinita piedad, qué amorosa ternura, debió sentir Yhasua en su cielo glorioso de los Amadores, viendo la santa fiebre de amores que había dejado tendida como un manto de luz y de flores sobre las almas que en la tierra le amaron!

Cuando Othoniel llegó a la casa de Hanani, era una espléndida mañana y muy cercano el medio día.

Estaba allí Juan, el hijo de Salomé, Felipe, hijo de Parmenas, y el pequeño Adín, que era ya un crecido adolescente y lo llamaban Policarpo, como el llorado abuelito de su niñez.

También se alojaba allí Zebeo, uno de los Doce desde que Pedro con otros se marcharon a Jerusalén.

Cuando terminó la comida del mediodía, Hanani dijo a sus huéspedes:

—Veo latente en todos vosotros el mismo deseo: Hacer de mi casa el centro de una Congregación Cristiana. Zebedeo quizá lo deseará también en su casa para los inmediatos del lago.

—No es así —observó Juan—. Santiago, mi hermano, se fue con Pedro y los otros. Con mis padres estoy solo y tres criados que cuidan el huerto. La concesión del pescado fue vendida en acuerdo con Pedro y Andrés, teniendo en cuenta las palabras del Maestro: “*Seréis pescadores de almas*”.

—¿Y qué harán los necesitados que vivían de vuestro reparto de pescado? —preguntó Hanani inquieto ante el espectro del hambre para aquellas gentes.

—Ayuno estás de noticias, hermano Hanani —le contestó Juan—.

“Los más fuertes comerciantes del Mercado de Tiberias compraron la concesión del pescado y tan a buen precio que hicieron posible el cumplir la palabra del Maestro: “*Seréis pescadores de almas*”. Con la parte correspondiente a mi padre tienen para vivir hasta el fin de sus días. Y en acuerdo con Pedro y Andrés, hemos donado una barca a cada familia que sea capaz de utilizarla en la pesca, lo cual les permitirá contratarse a jornal con los nuevos concesionarios.

—¡Magnífico! —dijo Hanani—. Y ¿quién os aconsejó tan hermosa obra?

—¡Quién va a ser sino Él, que nos prometió que estará con nosotros hasta que venga el Reino de Dios! —respondió Juan lleno de alegría y de firmeza en su fe.

—Yo no puedo desentenderme de mis faenas de tapicero, pero como quiero cooperar en las Obras del Reino de Dios, es que pongo a disposición de todos los obreros del Señor, mi casa y cuanto soy y tengo.

—Era lo que esperábamos de ti Hanani, ya que no contamos con otro local indicado para centro de una agrupación de estudio y de oración —dijo Zebeo.

—Naturalmente —añadió Felipe—, pues su proximidad a Tiberias la hace apta para este fin.

—El Castillo de Mágdalo —insinuó Othoniel—, es también un sitio ideal. Su dueña es una ferviente discípula del Ungido del Señor, y estoy seguro que ya habrá pensado hacer de su casa un santuario a su memoria. Creo que dos sitios de reunión a este fin no perjudican a nadie.

—Al contrario —afirmó Felipe—. Cuanto más agrupaciones de oración se formen será mayor el bien que realicemos en cumplimiento de la enseñanza de nuestro Señor y Maestro.

—Puede ser más adelante —afirmó Hanani—. Mi hija Fatmé, que vive el mayor tiempo allí, me dice que la Castellana se ha encerrado en un mutismo y encierro de luto riguroso.

—Es así de verdad —dijo Juan—. No recibe a nadie. Desde el día de la Asamblea en Nazareth no he vuelto a verla aunque he ido allí varias veces. Se ha excusado de recibirme. Parece que no desea ver a nadie.

—Habrá fijado plazo de luto como si el muerto fuera su padre —añadió Felipe—. A mi padre, griego de origen, le oí decir que en su país el plazo de luto por un padre era de tres a seis lunas, según la edad del difunto, o sea más largo plazo cuanto más joven. Y como nuestro Maestro Yhasua sólo tenía treinta y tres años...

—¡Pobre muchacha! —exclamó Othoniel—. Con enterrarse viva de esa manera sólo conseguirá languidecer y morir como una flor en un sepulcro. Inutilizar así una vida, no creo que sea agradable al Cristo Ungido de Dios, cuya enseñanza estaba fundamentada en las obras de amor al prójimo.

—Quizá el dolor la lleva a equivocarse el camino —dijo Felipe.

—¿Qué os parece —interrogó Othoniel— si entre todos vosotros, que sois sus vecinos, puede decirse, lográis convencerla de que no es así como agrada más al llorado Profeta Nazareno? También os acompañaría yo para reforzar vuestras razones.

—Y yo, como padre de Fatmé, que goza de la confianza de ella, me ofrezco a acompañaros también.

Y a la primera hora de esa tarde los cinco hombres ya mencionados emprendieron camino hacia el Castillo de Mágdalo, que sólo quedaba a media milla escasa de Tiberias.

Y la conversación de todo el trayecto versó sobre las esperanzas y proyectos que pensaban convertir pronto en realidad.

Boanerges había sido elevado a la categoría de Bibliotecario y Archivero del Castillo. Jehiel, el joven aquel que el Maestro salvó de morir apedreado por blasfemo en Arquelais, era el Mayordomo. Fatmé desempeñaba las funciones de Ama de llaves, en reemplazo de Elhida, muy achacosa y anciana, y con las doncellas que aun quedaban en el Castillo cuidaban de algunos ancianos y niños huérfanos sin familia que se alojaban allí.

Era otoño avanzado, casi entrada de invierno y el caer de las hojas amarillas y secas, los árboles descarnados, los jardines sin flores, todo en fin parecía respirar una infinita tristeza que estrujaba el alma, no bien se llegaba a aquel gran portalón de verjas que tiempo atrás aparecían pintadas de azul y oro, y ahora se veían enmohecidas y trepando por ellas la apagada hiedra de las ruinas y de los sepulcros.

¿No era acaso un sepulcro vivo la infeliz dueña de aquella mansión señorial? Fatmé, la ama de llaves, Boanerges, bibliotecario y archivero; Jehiel, mayordomo, se quedaron sin palabras ante los cinco visitantes que pedían ser recibidos por la obstinada ermitaña que no quería saber nada con nadie. ¡Todo había muerto para ella y todo lo había olvidado: parientes, amistades, compromisos sociales, negocios, protegidos, pobres, ancianos, enfermos, huérfanos..., todo! Todo había desaparecido

como al soplo de un mágico embrujo en el alma de aquella mujer en la cual sólo vivía un recuerdo y un amor: el Profeta Nazareno que la había fascinado con su mirada genial y con la infinita belleza de su alma de Ungido de Dios.

¡Y ella le había visto morir como un ajusticiado sobre un patíbulo de infamia! Le había buscado en el sepulcro en el amanecer tercero después de su muerte y no le había encontrado.

¡Se le había aparecido como un retazo de sol en la negra soledad de su vida!

Aquellos ojos divinos le habían hablado en el mudo lenguaje de su mirar sobrehumano. ¡Le había visto ascender como un haz de rayos luminosos a orillas del Mar de Galilea en un ocaso inolvidable!..., ¡pero ya no estaba más sobre la tierra ni volvería a verle ni oírle jamás! ¡Jamás podría ungir con sus perfumes su cabellera bronceada, ni sus manos llenas de bendiciones de salud y de vida, ni sus pies infatigables para correr en pos de los doloridos de la tierra!...

Si bajaba a la orilla del mar o le recorría en su velero, en todas las barcas le buscaba y sólo encontraba rostros extraños..., ¡ninguno era el suyo! ¿Qué podía, pues, buscar en la vida? Y, hosca, taciturna y silenciosa se encerró entre los muros de su viejo Castillo, y aún más, casi de continuo en el reducido círculo de su alcoba solitaria.

En tal estado de ánimo estaba la dueña del Castillo cuando llegaron a la verja los cinco visitantes.

¿Cómo no habían de quedarse paralizados y absortos los tres personajes que cuidaban de aquella casa como tristes guardianes de un panteón sepulcral?

—¿Pretendéis que os reciba cuando pasa sus días encerrada en su habitación sin hablar ni aun con nosotros? —preguntábales tristemente Boanerges, que había ensayado en vano todos sus recursos de trovador favorito a cuyos cantares dulces y tiernos respondía siempre la Castellana con un nuevo regalo, con un nuevo don para el *místico* cantor que había transformado en armonías y en rimas hasta el murmullo de las ramas agitadas por el viento, según ella misma decía.

El amor sugirió a Othoniel lo que a ninguno se le había ocurrido pensar.

—Decidle —dijo de pronto—, que vienen cinco discípulos del Profeta Nazareno a rogarle que nos permita hacer en su Castillo un monumento a su memoria.

Boanerges corrió con el mensaje, mientras los cinco visitantes pensaban:

—¡Que el Cristo, Hijo de Dios, incline la voluntad de esta mujer a nuestro deseo!

Ella había oído la petición y había callado.

El silencio duró unos minutos y Boanerges vio que gruesas lágrimas silenciosas rodaban por aquel rostro pálido y se perdían entre los pliegues de su túnica gris.

—¡Señora! —le dijo—, iten piedad de todos nosotros, que lloramos dos muertos y no podemos hacerles vivir! El Profeta y vos, señora, que habéis muerto con Él... —Y un sollozo quebró la voz de Boanerges, que calló de nuevo.

Por fin ella habló:

—Está bien, Boanerges..., ¡viviré para Él, viviendo para vosotros! Haz pasar los visitantes al cenáculo que allí les recibiré.

El joven trovador bajó corriendo la escalera y no paró hasta el portalón donde esperaban los visitantes.

—¡Otro milagro del Profeta! —les dijo jubilosamente—. La señora os recibirá, aunque para ello he pasado el tormento de ver de cerca la angustia que la está matando. Pasad que en el cenáculo os recibirá.

—¡Gracias al Profeta Nazareno y a todos los profetas de la corte celestial! —exclamó Othoniel, que había pasado un terrible momento de ansiedad hasta que Boanerges apareció con la buena noticia.

—¡Hombre! —díjole Hanani—. ¡Ni que hubieras esperado la resurrección de tu padre!... Parece que aquí hay algo más fuerte que el deseo de fundar una Congregación.

—Hace ya rato que lo sospechaba —dijo riendo Zebeo.

—Veo que yo anduve más listo que ustedes —añadió Felipe—, pues que lo sé desde aquel viaje en que el Maestro Yhasua nos deshojó como un rosal de amor la parábola del Hijo pródigo.

—Y yo veo que estoy en descubierto —confesó Othoniel—, pero creo que no es ningún delito un amor a los treinta años.

—¡No, hombre, qué ha de ser! —díjole Hanani—, y estamos todos para ayudarte, aunque sólo sea con el buen deseo.

Iban caminando hacia la casa, y sólo Juan y Boanerges no habían dicho ni una sola palabra al respecto. Diríase que les hacía daño la sutil ironía con que se trataba el asunto. Ambos de temperamento profundamente emotivo y místico guardaban todos sus sentimientos en el profundo y secreto relicario del alma...

Para Juan y para Boanerges era algo así como pecado el descubrir un amor en presencia de terceros.

El *tablinum* de los romanos y los griegos, era el despacho o salón de recibo de los tiempos modernos; pero la dueña del Castillo de Mágdalo queriendo adaptarse a los usos y costumbres del país en que había nacido el Profeta Nazareno, lo había transformado en Cenáculo tal como el Maestro lo había arreglado en su casa paterna de Nazareth.

Era el de Mágdalo un imponente salón de techos artesonados y muros recubiertos de tapices y de frescos de los buenos artistas del pincel y del telar provenientes de Persia y de Bombay.

Mucho tiempo debía haber transcurrido sin abrirse porque las flores de los jarrones y ánforas estaban resecas, y un ambiente de casa vacía parecía estar tendido como una bruma helada en aquel inmenso recinto.

—Perdonad —dijo el mayordomo Jehiel al abrirles las puertas—. Esto parece más bien un panteón sepulcral que un Cenáculo. La señora ordenó que no se cambiara nada de cuanto había.

—Está todo muy bien —se apresuraron a decir los visitantes.

—Es que ella quiere conservar este Cenáculo como estuvo la última vez que el Profeta Nazareno visitó este recinto. ¡Y pasaron ya tantas lunas!... —añadió con tristeza Boanerges.

—No hagáis una tragedia de lo que es perfectamente natural —observó Hanani con su habitual expresión conciliadora—. Conque seamos recibidos estamos satisfechos.

Y entre todos ayudaron al mayordomo a abrir ventanales y correr cortinados. Una explosión de luz dorada de la tarde penetró como un torrente en aquel recinto tanto tiempo cerrado. Los visitantes quedaron solos en el gran salón y comenzaron a examinar los hermosos tapices que cubrían los muros y que para ellos eran completamente inexplicables.

En el claro de un bosque frondosísimo, un joven dormido debajo de una encina y envuelto en un manto blanco como una toga romana o un himatión de los griegos. Los hermosos matices del tejido representaban su sueño: un ser casi transparente y vestido igual que el durmiente, cortaba con una hoz de oro una planta de muérdago y se la entregaba.

Y al pie del tapiz podía leerse en griego: “La visión de Rama”. “Recibe de un Genio celeste el muérdago sagrado que cura las enfermedades y da una muerte feliz”.

Felipe, hijo de griego y familiarizado con el idioma de su padre, pudo traducir las inscripciones.

Otro tapiz representaba al mismo joven que dormía bajo la encina, en el momento en que el mismo Genio celestial le entregaba una antorcha y una copa de transparente cristal. Y Felipe volvió a leer al pie del tapiz:

—“Rama recibe la antorcha de la Luz Eterna y la copa de la Vida y del Amor”

—Ahora me lo explico todo —dijo Hanani pensativo—. Todo esto debe significar la religión o creencias de estas buenas gentes que los israelíes llamamos idólatras y paganos, hijos de satanás. Pero a la verdad, los demonios deben ser muy hermosos, pues no veo aquí diablos con colas largas ni con cuernos amenazadores.

—Nuestro Maestro —dijo Juan—, nos explicó todo esto en cierta

ocasión que estuvimos aquí con Él. Todo esto es grande y Él decía que nosotros seríamos quienes descubriéramos a los hombres de la nueva Era, la sabiduría oculta de los hombres del pasado. Mirad aquel tapiz entre los dos ventanales...”

Todos se volvieron a él. A fuerza de sutiles hebras de hilo y seda, cromos inimitables, estaba diseñado un monte imponente, coronado de bosques de encinas impenetrables. Y entre ellos se destaca un Santuario ciclópeo como si fuera obra de gigantes. En su peristilo de columnas dóricas está un hombre de cabellos de oro y ojos azules. Vestido de lino blanco y coronado de mirto y de ciprés está en actitud de recibir a un jovencuelo que se acerca tímido hasta él. Y la inscripción en griego antiguo que traduce Felipe, decía:

—“El templo de Júpiter, sobre el monte Kaukaión, donde Orfeo, el Pontífice Luz de la Grecia prehistórica, recibe a su discípulo para iniciarlo en los divinos misterios”.

Tan absortos estaban los visitantes en este conjunto de exóticas bellezas, indescifrables para ellos, que no sintieron una cortina del fondo del salón que se había levantado dando paso a una mustia sombra gris que les miraba en silencio.

Era la Castellana vestida como las mujeres esenias para entrar al Santuario. Una túnica gris, sujeta a la cintura por un cingulo blanco y la cabeza cubierta con una toca de blanco lino.

La mirada fija de ella, debió hacer el efecto de un llamado porque los cinco visitantes se volvieron hacia ella a un mismo tiempo.

—¡Señora! —dijo Othoniel acercándose el primero y haciendo ademán de tomarle una mano para besársela, como una manifestación de respeto, según el uso. Pero ella dio un paso atrás y escondió sus manos entre las anchas mangas de su túnica.

—¡María! —dijeron Juan y Hanani más familiarmente en su cariñosa expresión. Felipe y Zebeo se limitaron a una grave inclinación de cabeza. Los recuerdos revivieron para todos en aquel instante en que seguramente todos pensaron al unísono:

“No está ya entre nosotros Aquél que deshojaba paz y dulzura en todos los ambientes”.

Y María, como si fuera el eco de aquel pensamiento, dijo con tenue voz cargada de tristeza:

—No está ya entre nosotros Aquél que deshojaba paz y dulzura en todos los ambientes. ¿Qué buscáis vosotros aquí?

—María —díjole Juan, que conociéndola desde niño podía permitirse alguna mayor confianza con aquella mujer a quien el dolor había tornado esquiva y huraña—. ¿Por qué hacer de la vida una tortura cuando Él nos dijo que estaría con nosotros por la fe y por el amor?

—¿Qué buscáis vosotros aquí? —volvió a preguntar la Castellana como si no hubiera oído las palabras de Juan.

—Os hicimos anunciar —dijo Hanani—, que deseábamos levantar aquí un monumento en homenaje al Profeta Nazareno, Ungido de Dios, y solicitamos vuestra aprobación.

—Él no quería monumentos sino sólo amor —contestó la mujer. Y alzando la voz como en un grito quebrado en sollozos añadió—: ¡Y sólo amor habrá para Él en esta casa mientras yo viva!

—Si me lo permite, terminaré el pensamiento expresado por Hanani —dijo Othoniel—. No pensamos en un monumento de piedra, ni de oro, ni de plata, sino en un Santuario o recinto de congregación de cuantos le seguiremos amando hasta el fin de la vida. Sabiendo tu amor por Él, señora, hemos pensado en esta casa”.

La Castellana se sentó en un pequeño taburete, y les indicó con la mano que lo hicieran igualmente en los *klismos* o sillones cubiertos de tapices que había diseminados entre mesillas de tres pies muy usadas entre los griegos para colocar vasos o bandejas ante cada visitante.

Parecía tener gran dificultad en hablar.

—Yo tuve una extraña energía que casi puedo llamar audacia mientras Él vivía y sufría. Ahora Él no necesita nada de mí, y nada me siento capaz de hacer. Si vosotros necesitáis de esta casa para hacer algo que os lo siga recordando, hacedlo libremente, como si fuera vuestra casa. Yo no necesito de nada para recordarlo, porque todos los días que me restan de vida los viviré llorando su muerte...”

Y así diciendo, se echó el velo de la blanca toca sobre el rostro y estremeada por los sollozos se perdió entre los cortinados y no la vieron más. Un doloroso silencio de llanto contenido, corrió como una ola de angustia entre todos y por un momento nadie se movió de los asientos.

Juan, como más de la casa, se levantó y dijo:

—Llamaré a Boanerges y Jehiel, y arreglaremos con ellos cuanto queramos, si estáis de acuerdo.

—¡Vaya un recibimiento! —dijo Felipe—. ¡Pobre mujer, creo que es incurable!

—No podemos quejarnos —dijo Hanani—, porque en medio de su dolor, nos da libertad para tomar su Castillo como nuestro y hacer en él lo que queramos en recordación del Mesías.

—En verdad es así —añadió Zebeo—. Nosotros no podemos quizá comprender estos temperamentos, mezcla de arte y de misticismo, en que la intensidad llega a extremos inconcebibles lo mismo en el amor que en el dolor.

Othoniel estaba aplanado, como si una montaña le hubiera caído encima.

—¡Pobre mujer! —dijo por fin—. Si todos, cuantos amamos al Profeta y recibimos sus dones hubiéramos quedado como está ella, sería un salmo de dolor y no un apostolado de enseñanza lo que haríamos en su nombre.

—En efecto —dijo Juan—. Y creo que nuestro deber es aprovechar la autorización que ella nos da sobre su casa, que quizá más adelante reaccione y se una a nosotros. Veamos a Boanerges.

Juan salió, volviendo al breve rato con Boanerges, Jehiel y Fatmé.

—¡Cómo! —dijo ésta—. ¿Estáis solos? ¿María no os atendió?

—Nos autoriza para hacer cuanto queramos en recuerdo del Profeta Nazareno, pero sin contar con ella, que no se siente capaz de hacer nada.

—Ya habéis conseguido mucho con eso —observó Boanerges—. Creo que es un principio de curación. Dejémosla en paz. Y puesto que os da su permiso, contad con nosotros tres.

—¿Qué queréis hacer?

—Hacer de esto un Santuario de congregación para meditar las enseñanzas del Maestro y prepararnos a difundirlas por el mundo —dijo Zebeo—. Con sólo llorar su muerte no cumplimos sus mandatos, según me parece.

—¿Estáis solos en el Castillo? —preguntó Othoniel.

—Están conmigo tres doncellas más: Raquel, Clelia y Zafira; una hebrea, otra griega y la otra árabe. Además los criados a jornal pues son todos libertos desde que el Profeta de Dios pasó por esta casa.

—¿Y los refugiados se marcharon todos? —preguntó Hanani a su hija.

—El Profeta los curó a todos y se fueron a sus pueblos nativos. Quedaron solo nueve, sin familia: seis mujeres y tres hombres, todos ancianos. Pero ellos habitan en el pabellón de los telares que antes era para juegos y ensayos de las Canéforas que nos enseñaban danzas clásicas.

—Por lo visto todo ha cambiado en nuestro mundo interno y externo con la presencia del Ungido —observó Felipe.

—Y espero que continuará cambiando —añadió Othoniel—, pues sabemos que en este mundo todo se transforma día a día.

Mientras esta conversación con Fatmé, Juan y Zebeo habían hecho un aparte con Boanerges y Jehiel.

—Dime Boanerges —díjole Juan— ¿No se te ocurre la forma de vencer la obstinada tristeza de esta mujer? Porque creo que debemos hacer algo para salvarla de ella misma.

—Me sentía impotente para intentarlo —contestó—, pero desde que vosotros habéis venido, pareciera que una fuerza nueva invadiera todo mi ser dándome el valor necesario. Aquí hace falta alguien que represente

una autoridad para ella. Tú que eres casi como un hijo para la Madre del Profeta Nazareno, ¿no podrías conseguir que ella viniera aquí, o que llamara a la señora como si necesitara de ella?

—¡Qué inspiración hermosa has tenido, Boanerges! ¡Yo puedo reunir-las, y lo haré; sí que lo haré!

—Mientras tanto —observó Zebeo—, podríamos ir realizando lo que teníamos proyectado.

“Y puesto que sois vosotros los que estáis al frente de la casa, ¿no podríamos quedar aquí algunos de nosotros para dar firme realidad a lo que tenemos pensado?”

—Claro que sí —contestaron de inmediato Jehiel y Boanerges—.

—El ala izquierda del Castillo toda es nuestra —añadió Boanerges—. Con que ya veis, todo promete arreglarse a vuestro gusto.

De esto resultó que quedarían en el Castillo Zebeo, Felipe y Othoniel. Hanani y Juan volvieron a sus respectivas moradas, pues que al uno le esperaba la familia y su taller de tapicería, y a Juan le esperaban sus padres, ancianos, tristes y solos. Ellos dos acudirían al Castillo todas las tardes para ayudarles en la transformación espiritual y material de aquella casa y de su dueña, que parecía decidida a convertirla en un panteón sepulcral.

Más de una vez volveremos lector a este mismo escenario donde se desarrollaron silenciosos poemas de angustia, de resignación y de amor supremo, que los historiadores no recogieron y que la tradición oral los hizo vivir en el siglo I, pero desaparecieron en el segundo como el perfume de flores secas en un templo abandonado. El mundo sólo recuerda a los que brillan sobre los tronos, o por relumbrantes hazañas de guerra y de conquistas, a los que resplandecen como relámpagos siniestros por sus crímenes aterradores; pero olvida fácilmente a los que lloran y aman en silencio, y más a los que viven su vida conforme a aquella simbólica frase del Divino Maestro:

“Que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha”.

10
EN LA CASA DE LÍA

Volvamos lector amigo a la vieja ciudad que había visto el martirio del Cristo Ungido de Dios, como el de tantos Profetas y justos, servidores suyos y de la humanidad.

Habían transcurrido casi tres lunas desde la muerte del Santo, y la mayoría del pueblo parecía no recordarlo más.

¡Pero había en medio de ese pueblo indiferente y sólo entregado con afán a la satisfacción de sus necesidades materiales, almas agradecidas y buenas que recordaban y amaban!

Allí estaba aquella virtuosa Lía cargada con sus ochenta y nueve años, viuda y sin sus hijas ya casadas y con muchos hijos a su alrededor, vivía con su soledad silenciosa y sus vivos y dolorosos recuerdos.

Sus tres hijas, Susana esposa de José de Arimathea; Ana casada con Nicodemus de Nicópolis, y Verónica con Rubén de En-Gedí, le habían dado una decena de nietos, pero todos ellos en cumplimiento de la severa ley hebrea, los varones aprendían una profesión o un oficio; mientras las nietecitas mujeres que sólo eran cuatro, ayudaban a la madre en el gobierno de la casa y en los múltiples deberes hogareños tan complicados y penosos en aquella época, en que la mujer debía comenzar desde hilar la lana, el algodón o el lino para procurarse vestido y abrigo.

Dos hijos de José de Arimathea y tres de Nicodemus eran marinos, no en las flotas del César, sino en la de Ithamar, administrada por Simónides. Los de Verónica y Rubén eran ganaderos en una hacienda que la familia poseía en las cercanías de Jericó. Y los nietos menores de la viuda Lía estaban en Alejandría en la Escuela del Príncipe Melchor y de Filón, el filósofo alejandrino. Alguna de las nietecitas mujeres le acompañaba por turnos y la buena anciana forjada en la abnegación de las mujeres de antaño, anteponía el deber de todos los suyos a la complacencia que su compañía pudiera traerle. Y se había abrazado heroicamente a la tristeza de su soledad que sólo se veía interrumpida cuando llegaban las fiestas reglamentarias y los familiares acudían a la vieja ciudad para llevar al Templo sus ofrendas y sus plegarias.

Y entonces era de ver a la viejecita de cabellos blancos y alma fresca de niña, repartir entre todos el pan de la mesa y los dones que les habían preparado sus laboriosas manos, que aún eran ágiles para el huso, la rueca y hacer mover con rapidez el telar.

Y en su Cenáculo había levantado también el altar familiar con el candelabro de siete brazos, la Tablas de la Ley y la idea inmortal y divina

que tanto había escuchado vibrar como un arpa eterna en los labios y en el corazón del Hijo de Dios:

“Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo”.

“Gloria a Dios en los cielos infinitos y paz a los hombres de buena voluntad”.

Y las flores se renovaban continuamente en aquel altar hogareño, al cuidado de una anciana octogenaria que al primer albor de la aurora y al último resplandor del ocaso, se la veía como una estatua de marfil en su viejo sitial, completamente sola en aquel gran Cenáculo encortinado de damasco púrpura mientras el incienso de su pebetero se esfumaba en espirales, y las plegarias hondas de su alma se derramaban junto con sus lágrimas como un hálito de esperanza y de amor sobre todos los que su corazón amaba.

—Recibe, Señor, mi tristeza, mi soledad y mi amor como la única ofrenda que os puede presentar mi ancianidad, a cambio de tus dones generosos para todos los que amo y me aman..., también para todos los que me olvidan y te olvidan, Señor...”

Y la viejecita volvía junto a la hoguera donde una criada condimentaba la comida frugal, y también solitaria en aquella gran mesa hogareña donde tantas veces había bendecido el pan el Maestro Ungido de Dios y lo había repartido entre todos los familiares y amigos que la rodeaban...

¡Y mientras tomaba sus viandas cuántas veces los recuerdos como una llama viva dieron calor a su endeble materia y luz de cielo a su mente, diseñándole en visiones fugaces escenas de santa dicha que habían pasado como ángeles de amor en su vida y que no podían volver jamás!

Hasta que un día..., allí mismo le encontró la criada, con su cabeza blanca doblada sobre la mesa, inmóvil y fría... ¡Porque el Señor la había llevado a su Reino donde no estaría nunca sola, nunca triste, nunca olvidada!

Fue la primera de los amigos de Yhasua que le siguió a la gloriosa vida en la Luz y en el Amor.

Las escenas que siguieron al vuelo sereno de Lía hacia el plano espiritual puede el lector imaginarlas.

Susana, Ana y Verónica no sabían como consolarse, de que aquella madre tan amada y tan amante hubiera partido sin decirles *adiós*, sin verles por última vez, sin que sus labios dejaran un beso postrero en aquella frente venerable, coronada de cabellos blancos.

—¡Madre, madre! —clamaba Ana, la más vehemente de las tres—. ¿Por qué no nos esperaste?... ¿Por qué te fuiste sin darnos tu adiós?...

Susana, más serena, más dueña de sí misma, dejaba correr sus lágrimas silenciosas que iban a caer sobre la cabeza muerta mientras le alisaba los cabellos y besaba su frente.

Y Verónica era la estatua de la contemplación, sentada en el suelo a los pies de su madre como solía hacerlo siempre, buscando recostar su cabeza en el regazo materno y que aquellas laboriosas manos, dejaran un momento la rueca y el huso para acariciarla...

Los esposos, que desde la muerte del Maestro no habían vuelto a Jerusalén, donde no querían dejarse ver para evitar las represalias del odio del Sanhedrín que tenía espías por todas partes, se acercaron al caer la noche y con toda la cautela posible.

Eleazar de Jericó, bisabuelo de Yhosep, esposo de Myriam, lo era también de Lía, pues ambos descendían a través de largas generaciones, de la estirpe de David. Ya es bien conocido el respeto de los hebreos de pura sangre para la genealogía de las familias. Debía pues ser sepultada en el vetusto panteón de David, y era el príncipe Sallun de Lohes quien tenía los derechos de dueño por encontrarse dicho panteón en un solar de tierra que le pertenecía.

Y al conducir el cadáver a su última morada, encontraron en la hornacina que guardaba los restos de Yhosep, un jarrón lleno de flores frescas que la buena anciana Lía había depositado un día antes de que su cuerpo físico fuera a dormir allí el último sueño. Y aun ardía la lámpara de aceite encendida por ella como un tierno símbolo de amor a su pariente desaparecido hacía tantos años. ¡Era su amor, de aquellos que comienzan y no acaban nunca!, sino que viven siempre como una vieja lámpara votiva dando luz y calor más allá de la vida y de la muerte. Los recuerdos conmovieron de nuevo los corazones, pues al conducir los restos de la anciana Lía todos rememoraron las veces que habían acompañado a Myriam y Yhasua a orar junto al sarcófago de Yhosep.

Al abrir el testamento de la anciana encontraron que ella solicitaba de sus hijas que en su vieja casa de Jerusalén se albergasen viudas desamparadas y doncellas sin familia, lo cual dio motivo a que José de Arimathea y Nicodemus hicieran del Cenáculo de Lía, que fue la cuna florida de sus amores de la juventud y donde tantas veces el Hijo de Dios habitara por largas temporadas, la primera Iglesia Cristiana en Jerusalén, donde el Cristo Mártir había sellado con su sangre su legado eterno a la humanidad: *el amor fraterno por encima de todas las cosas*.

Pedro y aquellos de los Doce que le acompañaron fueron los únicos que asociaron su pena a los familiares de la buena anciana, que pensando en su día postrero tuvo un tierno recuerdo para la mujer solitaria y desamparada. Sabía por experiencia propia lo que es la soledad y el desamparo a que la vida misma condena a los seres de largos años, y que después de haber cumplido sacrificadas misiones como esposas, como madres, como hijas..., van viendo quedar vacío el viejo nido paterno donde aún sigue ardiendo el fuego del hogar, y más aún esa otra misteriosa llama

que en ciertas almas no se apaga jamás mientras alienta la vida, ¡porque así es el amor de la madre que si sabe perdonar todos los olvidos, ella es incapaz de olvidar!

El lector recordará que la casa de Lía quedaba muy cercana al Templo, y Pedro con sus compañeros, encontraron que aquel hogar sin dueña era un cómodo sitio de observación para poder acudir al Templo cuando los altos personajes del clero se habían retirado de él. Antes de lanzarse abiertamente a continuar la enseñanza de su Maestro debían asegurarse del sitio que pisaban.

Además..., parecían que el Padre Celestial no podía estar bajo aquellas doradas techumbres que habían escuchado la infamante condena del Ungido, enviado por Él con su mensaje de amor a la humanidad.

Y una tremenda resistencia había en su corazón para el Templo de Salomón al cual se limitaban a mirar desde las terrazas de la casa de Lía donde fueron reuniéndose poco a poco para orar, recordar, y amar al que sólo amor había sembrado en su breve pasaje sobre la Tierra.

11 ALMAS GEMELAS

Mientras ocurrían las escenas anteriormente relatadas, otras vidas, otras almas tejían redes de amor, de tiernos afectos en la plácida y umbrosa Nazareth donde aún parecían resonar las risas de Yhasua niño, sobre todo en los alrededores del pozo en el camino de las caravanas, donde Él acudiera tantas veces prendido a la túnica de su madre cargada con las ánforas del agua.

Sus pasos mesurados y serenos, la vibración de su mirada confundida con la luz y con el éter, la resonancia musical de su palabra, cuando ya joven calmaba los altercados y disputas que a veces tenían lugar entre los vecinos concurrentes a la fuente.

Aquella amorosa familia de Betania: Martha, Lázaro y la pequeña María, se encontraban aún junto al Mar de Galilea, hospedados en la casa de campo de Eleazar el fariseo, aquel ilustre doctor de la Ley que el Maestro había curado de la lepra. Su esposa era hermana de Martha y ambas conservaban vivo en el alma el agradecimiento al Profeta Nazareno del que tanto bien habían recibido.

—Mi vida era un martirio continuado al lado de Eleazar —decía Ruth—, hasta que tuvo la dicha de encontrar al Hombre de Dios en su camino. Para beber el agua, para comer el pan, para sentarse, acostarse o andar, era preciso tener la Ley en la mano porque en todo encontraba culpa. Y ya lo ves ahora. Diríase que la mansedumbre del Profeta se la dejó

en herencia y hoy vivimos la vida en la tranquila paz que Él derramaba como un óleo santo en todos los corazones”.

Lázaro con Eleazar habían marchado a Tolemaida por cuestión de intereses familiares, y Martha y la pequeña María esperaban su regreso para volver a Betania.

La niña, triste y meditabunda más que antes, pasaba largas horas bajo el cobertizo del pequeño muelle de piedra, cuya rústica escalera iba a hundirse entre las mansas olas del Lago.

Su imaginación ardiente y viva la mantenía casi de continuo sumergida como en un cielo de deliciosos pensamientos, de santos recuerdos, de ensueños divinos que la apartaban de las crudas realidades de la vida material.

Sentada en la rústica escalera de piedra, con un velloncito de lana en el regazo, hilaba, pensaba, a veces lloraba..., y siempre..., siempre, irecordaba y amaba!

Sus diálogos del alma con lo invisible eran continuos, y poco o nada veía del mundo exterior.

Estando la granja de Eleazar en el suburbio norte de Tiberias quedaba muy cercana al viejo Castillo de Mágdalo, cuyas torres y almenas ella veía sobresalir de entre el bosque que le rodeaba.

Era el mismo momento en que la Castellana, después de recibir los visitantes que conocemos, había huido del cenáculo con la desesperación en el alma, buscando de nuevo la soledad de su alcoba.

Y la pequeña María sentada en la escalera del muelle, creyó sentir una dulce voz que le decía:

“—*María necesita de ti. Anda con ella*”.

¡Era la voz del Profeta!... ¡La conocía tan bien! Miró a todos lados y no le vio por ninguna parte. Pero era Él que le había hablado. No podía dudarle.

Y sin pensar nada más envolvió en su delantal el velloncito de lana, la guardó en la cesta, y echó a correr por el senderillo que entre los cerros y el Lago llegaba hasta la verja misma del portalón del Castillo.

Y caminando en puntillas de pies para no hacer ruido avanzó por la avenida de la entrada, y cuando llegaba a la escalera, saliendo Boanerges del Cenáculo la vio, con gran asombro como es natural.

Ella le hizo señal de silencio colocando el índice sobre los labios y empezó a subir.

—¡Pequeña María! —le dijo él tomándole una mano—. Es inútil que subas. Ella no quiere ver a nadie.

—¡Pero a mí, sí, porque el Profeta me ha mandado venir! —le contestó con tanta seguridad, que Boanerges habituado ya a aquellos días de estupendas apariciones del Maestro, soltó aquella mano y la dejó subir.

Escuchó los tenues pasitos en la terraza, luego el suave abrirse de una puerta...

—¡Otro milagro del Profeta! —pensó, y volvió a llamar a los criados que esperaban en el Cenáculo para iniciar la limpieza de los artesonados del techo y de las enormes lámparas y candelabros que pendían de él.

Grande fue la sorpresa de Martha y Ruth cuando llegando hasta el muellecito de piedra no encontraron allí a María, y sí solo su delantal envuelto con el velloncito de lana entre su cestilla de labor.

—¡Qué desgracia! —clamaba Martha. —Esto nos faltaba para que el luto fuera completo. Seguramente se habrá caído al mar... ¿Qué diré a Simón cuando venga?

—¡No puede ser! —argüía Ruth—, es una niña muy seriecita y no es capaz de travesura ninguna.

—Pero como ella tiene esas visiones que la sacan de quicio, ¡quien sabe, si por seguir un misterioso impulso de esos tan frecuentes en ella, haya caído al agua!

Y las dos mujeres recorrían las orillas del Lago a uno y otro lado del muelle.

Como de ordinario el lago se desbordaba a veces por las noches, se formaba algún lodo en el camino, y pronto vio Martha, marcados los menudos pies de la niña en los sitios en que el sendero no era pedregoso.

—¡Mira, mira! —gritó a su hermana—. Se ha ido por aquí.

Y siguieron encontrando de tanto en tanto las huellas de María. Ya estaban a solo cien brazas del Castillo y decidieron volverse.

—Seguramente está allí —dijo Martha señalando al viejo edificio—. Quiere mucho a la Castellana y ella le quiere también. Pero no está bien irse así sin darnos aviso.

—Si al ponerse el sol no ha vuelto iremos por ella —dijo Ruth.

Aún no habían llegado al muelle cuando sintieron el correr de un hombre tras de ellas. Era un criado del Castillo que jadeante por la carrera les decía:

—La niña está en casa y la señora os ruega que se la dejéis por esta noche.

—¡Está bien, está bien!, a tu señora no podemos negarle nada.

—Dice que ella la traerá mañana a esta misma hora.

—Bien, bien. De ocaso a ocaso será la visita —contestó Martha al criado que dando media vuelta retornó al Castillo.

* * *

Cuando la niña entró a las habitaciones de María, no la vio por ninguna parte.

De puntillas y con el índice aún sobre los labios parecía continuar llamando al silencio que se hacía cada vez más profundo.

Por fin descubrió a la Castellana sentada sobre un tapiz en el pavimento, contemplando con fija mirada un rizo de cabellos bronceados entre un velo blanco manchado de sangre.

En el rincón más escondido y detrás de su diván de reposo con grandes colgaduras, ¿quién podría encontrarla y más en la penumbra del ocaso que se iba haciendo lentamente?

Observó que murmuraba palabras que no podía entender; pero sí comprendió que sufría, que lloraba ante aquellas muertas reliquias de un amor que había pasado como un sueño de luz y de gloria desvanecido para siempre.

La pobre niña comprendió más: comprendió que aquel rizo de cabellos era del Maestro, y la sangre que manchaba aquel velo era su sangre recogida por María la tarde de su muerte, cuando estuvo ella misma debajo de aquellos pies heridos que destilaban sangre...

Y fue tan vivo y fuerte el recuerdo que revivió en la niña, ya de suyo tan sensitiva y endeble, que cayó sin sentido en la mitad de la alcoba produciendo el consiguiente sobresalto en la absorta María que no la había sentido llegar.

Estrechando aún sobre el pecho los preciosos recuerdos corrió a ver quien había osado penetrar en la intimidad de su alcoba sin su permiso. Y al descubrir a la pobre niña exánime, como muerta tendida en el suelo, tuvo una reacción tan poderosa, que ocultó en su seno aquellos amados recuerdos, y levantando a la niña la recostó en su lecho.

Tomó frasquitos de sales, de perfumes, de esencias y con maravillosa actividad comenzó a aplicarlas a la frente, a las sienes, a las manos, al corazón, a los pies de la enferma buscando una rápida reacción; pero todo inútil. La niña parecía muerta. Desesperada la Castellana corrió a las alcobas de sus compañeras, pero ninguna estaba en ellas.

Se sentía un vago rumor de voces quedas en la planta baja, hacia el lado del gran salón del pórtico donde seguramente trabajaban los visitantes que solicitaran permiso para hacer allí un recinto de oración.

Y la pequeña no daba señales de vida.

No le quedaba pues a María otro camino que bajar la escalera o tocar la campana de alarma cuyo cordón de seda quedaba pendiente sobre el propio diván en que descansaba la niña. Y lo hizo.

Fatmé, Raquel, Clelia acudieron en el acto y tras de ellas Boanerges, Othoniel, Juan, Felipe, Zebedeo, Hanani, ¡todos!

¿Qué pasaba allí?

María cubierta de nuevo con sus velos, de pie al lado del diván, les señalaba con la mano la pobre criatura que continuaba inmóvil, como una muerta.

Boanerges que sentía un grande amor por aquella criatura tímida

y suave como una tórtola, se arrodilló junto al diván y le tomó una mano.

—¡Señora!... Tomadle la otra mano y llamemos todos juntos al Profeta Nazareno para que la vuelva a la vida.

Una ola de intenso amor hizo asomar lágrimas a todos los ojos, mientras los pensamientos como olas de luz subieron hacia el Cristo Divino en demanda de vida para aquella dulce niña que tanto le había amado.

De pronto la pequeña María abrió los ojos y se incorporó en el diván con el rostro iluminado por una íntima felicidad.

—¡He visto al Señor, glorioso y feliz, y vosotros estáis llorando! Aún no voy a morirme —añadió mirando a todos—, porque dice que aún veré florecer otras veces los almendros de mi huerto.

“¡María! —le dijo—, tu padecer me hizo daño y enfermé por eso. ¡Si quieres que yo viva, no padezcas más!

Y saltando del diván con una energía nueva, comenzó a dar abrazos a todos cuántos estaban allí presentes, mientras decía llena de dicha y de amor:

—¡Fui a Él y volví! ¡Qué hermoso y radiante está!

María se abrazó de la niña, riendo y llorando como presa de una crisis histérica.

—¡Házmelo ver, niña mía, y nunca más padeceré por su ausencia!

—¡Señora! —díjole Felipe para cortar aquella escena que a todos les hacía daño—. Sé que os llaman la *griega* porque es aquella la tierra de vuestro padre. Parecéis ignorar la vida eterna de la Psiquis Humana que en seres como el Profeta Nazareno, viven la vida gloriosa del amor y de la luz.

“¿Por qué pues llorar la divina felicidad de un ser tan amado y tan feliz?

María guardó silencio.

—Vamos —dijo de pronto Boanerges—, que aquí ya no tenemos nada que hacer. Lo que el Maestro ha comenzado, Él lo terminará.

Othoniel se arriesgó a decir una palabra más.

—Mañana inauguramos el primer templo del Hijo de Dios en Galilea. ¿No bajaréis, señora, a nuestra celebración?

Antes que la Castellana contestara se le anticipó la pequeña María que estaba como ebria de felicidad:

—¡Sí! ¡Claro que sí! Y cantaremos todos juntos:

“¡Oh, Pastor de Israel escucha!... ¡Tú que pastoreas tus ovejas, que estás entre querubines y resplandeces, déjanos ver tu rostro y seremos dichosos para siempre!

“¿Es verdad María que tú y yo cantaremos así?”

—Tú lo has dicho, niña mía, y tu boca es verdad y es inocencia. Cantaremos así... ¡Y Él vendrá a nosotros!...

Y aquella mujer se dejó caer extenuada sobre el diván como si hubiera hecho un gran esfuerzo para acceder a lo que la niña quería.

—He aquí que una débil criatura ha conseguido lo que no hemos podido nosotros todos juntos —dijo Hanani a media voz, y saliendo de la habitación seguido de los demás.

—¡Misterio es el alma de la mujer! —dijo Othoniel—. ¡Misterio es empeñarse en amar un imposible!... ¡Misterio el correr detrás de una estrella que nunca se alcanzará!...

Y Boanerges con su estro genial de inspirado trovador terminó la frase de Othoniel:

*¡Misterio es el alma humana
Que busca felicidad
En esta tierra poblada
De tristeza y nada más!*

Y bajaron todos en silencio la vieja escalera de mármol pensando en la verdad que encerraba la melodiosa estrofa de Boanerges, el ex pastor, músico y trovador.

Las dos Marías quedaron solas en la alcoba mirándose a lo profundo de los ojos como interrogándose recíprocamente.

—“¿Por qué has venido?” —parecía preguntar la una.

—“Porque *Él* me mandó venir hacia ti” —contestaba la otra. ¡Era el lenguaje del pensamiento claro, nítido, que no miente nunca!

La pequeña María se acercó a la Castellana que continuaba inmóvil y muda como una estatua. Le tomó ambas manos y le dijo:

—Al entrar a esta alcoba he comprendido todo cuanto padeces y que tú quieres seguir padeciendo sin que nadie te consuele.

—El padecer sin consuelo es el único consuelo de los grandes dolores irreparables —le contestó María—. ¡Déjame pues morir en esta alcoba solitaria que será mi tumba! ¡Sola en el mundo! ¿Para qué quiero yo la vida?

—Y yo, ¿no soy nadie para ti? —preguntó la tierna vocecita de la pequeña al mismo tiempo que estrechaba a María y refugiaba su cabecita de bucles oscuros en el pecho de aquella—.

“¡Déjame contigo! ¡Yo te quiero mucho! ¡Tanto, tanto como *Él* te quería!...

Ante estas palabras de la amorosa criatura, la estática inmóvil se conmovió toda y abrazándose de la niña como enloquecida, rompió a llorar quizá como nunca había llorado.

Cuando la tempestad se evaporó en aquel ambiente saturado de soledad y de tristeza, la Castellana habló:

—¡Está bien, niña mía!... Quédate conmigo todo el tiempo que quieras.

Y como una tierna madrecita que consuela a un niño que llora, la pequeña María se levantaba sobre la punta de los pies para besar las mejillas, los ojos, la frente de aquella mujer que tan querida era a su corazón sin que ella misma supiera por qué.

Para nosotros, lector amigo, que hemos logrado levantar una punta del velo que oculta los misterios del Eterno Invisible, no hay enigma ni misterio alguno en el intenso amor que unía a esas dos almas como dos gotas de agua en el fondo de una copa.

Y remontándonos a las edades remotas, perdidas en la noche de los tiempos, encontramos un verso grabado en oscuros jeroglíficos en un dolmen de piedra en lo que fue la Atlántida de Anfión y de Odina. Y traduciendo ese verso a la lengua hispana encontramos que decía:

*“Un pastor y una zagala
De un beso de amor nacieron
Y por las praderas fueron
Buscando flores y nidos.
¡Silencio que están dormidos
Del sueño largo y pesado.
Los que en vida se han amado
Aún detrás de la muerte
Permanecen siempre unidos!”*

Venían amándose y siguiéndose desde largas edades, y en los distintos y múltiples aspectos y circunstancias que brinda la vida humana a las almas de eterno vivir. Amigos, hermanos, esposos, amantes, madre e hijo, en la larga cadena de la evolución humana... Y nuestra mente corriendo a lo largo de la senda eterna que ignoramos cuándo comenzó y cuándo ha de terminar, cuántas veces podríamos encontrar dos flores gemelas en un mismo jardín: ¡dos garzas iguales flotando en un mismo lago sereno! ¡Una pareja de tórtolos arrullándose en la rama de un árbol en que tejieron su nido!

Para quien ha logrado levantar una punta del velo sagrado que esconde al vulgo los secretos divinos, no hay misterio ni enigma en esas grandes alianzas de las almas que unidas se encontraron por leyes ineludibles en la noche de los tiempos.

Y ya en los orígenes de la Civilización Adámica los encontramos de nuevo en Joheván y Sophía, prófugos de Nohepastro el poderoso Rey Atlante que se creía como todos los soberanos autócratas, que tenía el derecho de mando sobre el alma de sus súbditos.

La Divina Ley se abre paso por encima de todas las autocracias, tiranías y despotismos que la soberbia humana y su inaudita inconsciencia extiende como férrea cadena alrededor de todas las sociedades humanas.

El Cristo del amor debió tender sus redes de luz sobre aquel grupo de sus amadores, porque Martha y Lázaro consintieron en dejar la niña en el Castillo de Mágdalo cuando ellos retornaron a Betania pocos días después.

12

LA GLORIA DE BETLEHEM

Con igual epígrafe desglosamos en el primer tomo de “Arpas Eternas”, el encanto divino de la ciudad cuna del Rey David al recordar la entrada del Cristo al plano físico terrestre.

Las inteligencias celestiales deshojaron sobre ella rosas blancas de paz; “Paz a los hombres de buena voluntad” y hoy contemplamos a Betlehem cuando comienzan a brotar en ella los rosales de amor sembrados por Yhasua, el dulce Profeta Nazareno como fue llamado en la hora primera del Cristianismo.

Los cuatro amigos betlehemitas que escucharon el canto de los cielos y percibieron las visiones divinas de aquella noche de gloria alentaban aún con una vida cansada bajo el peso de los años.

Josías perdía la luz de sus ojos día por día, lo cual no alteraba sus sentimientos ni lograba apagar la antorcha de su fe en la grandeza divina que había visto.

Y con gran calma y serenidad decía a sus compañeros:

—Con mis ojos o sin ellos seguiré el camino del Mesías aunque sea a tientas. No es desgracia que se apaguen mis ojos después de haber visto la gloria del Hijo de Dios. —Y la Ley Divina, justa y piadosa siempre, trajo a su lado su nietecita Elhisabet de diez años de edad que por muerte prematura de sus padres había quedado sola en el mundo.

Y los ojos de la niña reemplazaron a los de Josías que fueron apagándose lentamente.

Alfeo, que a más de los años, soportaba el peso de un reuma que sin ser de carácter agudo le obstaculizaba mucho el andar, por lo cual estableció en su vieja casona de piedra un gran Cenáculo, mezcla de Sinagoga y de Templo para que los amantes de Yhasua pudieran congregarse a recordarle y meditar su enseñanza. Y los esenios del Santuario del Quarantana acudían allí todas las semanas a instruir y consolar a los discípulos del Cristo, habitantes de aquella región.

Elcana y Eleazar, que se mantenían más vigorosos y fuertes continuaban al frente del molino aquel, restaurado por voluntad de Yhasua con el tesoro encontrado en el ruinoso sepulcro de Raquel.

El amor del Maestro en aquella hora lejana le había presentado la visión de que el hambre y la miseria huirían de Betlehem restaurando el viejo molino paralizado años atrás por la inconsciente maldad humana. Y el amor del Hijo de Dios maravillosamente fecundo, continuaba espantando el hambre y la miseria de la población betlehemita mediante el viejo molino que pagaba buenos jornales y proporcionaba el blanco pan hasta en la humilde mesa de los pastores y leñadores.

Los hijos mayores de Eleazar eran los agentes comerciales que llevaban al molino los cereales de toda aquella comarca, extendiéndose así los beneficios que rendía con creces el vetusto edificio, mientras el hijo menor, Efraín, cuya infancia se deslizó al mismo tiempo que la de Yhasua, se ocupaba con decidida constancia de arrancar piedra a las áridas rocas del desierto de Judea, para construir viviendas a los pobladores de Betlehem cuya dolorosa pobreza anterior les había obligado a vivir en los establos de paja y ramas que se hacían para resguardar a las bestias de los vientos y de la nieve.

¡Qué noble desinterés florecía en la naciente hermandad cristiana como si aún flotara sobre ella el amoroso aliento del Profeta Nazareno! Nadie pensaba en atesorar sino en dar, en compartir, en derramar sobre todos el bien que cada uno tenía.

“Ama a tu prójimo como te amas a ti mismo”, parecía resonar con vibraciones de clarines de oro en todos los corazones de quienes habían amado y escuchado al Maestro. Diríase que el cielo había bajado a la tierra en todos los parajes donde residía un puñado de discípulos de Yhasua.

¡Qué fuerza maravillosa tuvo el amor del Hijo de Dios en aquel siglo I del Cristianismo naciente!

¿Cuánto tiempo duraría? ¿Cuánto tiempo tardaría la incompreensión humana en levantar de nuevo su cabeza de bestia ciega para pisotear aquellos jardines en flor y sepultarlos para siglos en la ciénaga envenenada de sus odios y venganzas?

En la silenciosa En-Gedí dormida al pie del Monte Quarantana se cernía también como perfume de lirios silvestres, el aliento suave y tierno del Verbo de Dios, que niño, adolescente y hombre visitó con amor aquella árida región de la Judea.

En el Santuario del Quarantana vivían los solitarios Esenios aumentados en número con dos hijos de Jacobo y Bartolomé, con algunos de los discípulos de Yohanán el Bautista, y con muchos de los seguidores de Yhasua que quisieron plasmar la enseñanza recogida del Maestro en la obra benéfica que realizaban los terapeutas Esenios.

El Gran Consejo de los Setenta Ancianos de Moab había decretado que los terapeutas fueran libres de formar su hogar con una única esposa elegida entre la misma hermandad. Con ésta medida se abría la puerta a todos aquellos que no eran aptos para la vida célibe, y se ensanchaba inmensamente el campo de acción de la Fraternidad, que fue eclipsándose lentamente como una esencia que se diluye en otra. De *Esenia* fue transformándose en *Cristiana* por la fuerza invencible de aquel nombre único: Cristo, Hijo de Dios.

Debido a esto, el Santuario del Quarantana se había poblado de numerosos moradores que luego de dos años de enseñanza y de prueba, salían al mundo exterior, elegían la compañera de su vida y formaban su hogar bajo la protección del Santuario en que se habían educado espiritualmente.

Se repetía así la obra educadora de los Kobdas de la prehistoria, que tuvieron la gloria de llevar su elevada cultura moral y social a tres Continentes.

Y en los Santuarios del Carmelo y del Tabor en Galilea, en el de Ebath en Samaria, en el del Monte Hermón en Siria, ocurrió de idéntica manera, y esto fue la razón única de la rapidez con que se extendió el Cristianismo como una marejada de óleo santo que fue invadiendo las poblaciones costaneras del Mediterráneo oriental primero, hasta llegar en pocos años a la orgullosa capital del mundo de entonces: Roma, conquistadora y materialista de los Césares.

Los primeros terapeutas de este nuevo orden salieron del Santuario del Quarantana, escuela de educación moral y social de toda la comarca betlehemita. Tal fue la *gloria de Betlehem* en la primera hora del Cristianismo.

13 EN EL LACIO

Volvemos a encontrarnos con amigos que dejaron hondamente grabado su recuerdo en nuestra mente.

En la pintoresca región del Lacio, a media milla de los muelles de Misenum se alzaba como un blanco palacio de alabastro entre exuberantes jardines, la *Villa Astrea*, heredada por el príncipe Judá de su padre adoptivo Quintus Arrius, el glorioso Duunviro vencedor de los piratas del Archipiélago Egeo.

En homenaje a su generoso protector, nada había querido cambiar Judá de cuanto encerraba en tesoros artísticos y bellezas naturales aquella espléndida posesión cuya proximidad a la Roma de los Césares aumentaba considerablemente su valor real.

Desde varios años atrás no había visitado su Villa, encomendada todo este tiempo a la fiel servidumbre heredada también de su ilustre padre adoptivo, si bien sus agentes comerciales le tuvieron al tanto de todo cuanto ocurría en ella. La dicha del Príncipe Judá hubiera sido completa si al penetrar en ella con Nebai y sus pequeños hijos, Clemente e Ithamar, hubiera podido llevar con él a Yhasua, su *Rey Inmortal* como él le llamaba.

Y al recorrer muy de mañana sus jardines, sus amplios atrios, sus peristilos adornados de plantas exóticas, los pilones o fuentes de aguas serenas y perfumadas con el deshojarse silencioso de jazmines y de camelias, el príncipe Judá sentía el hálito frío de una ausencia inexplicable al principio, pero clara y manifiesta después.

Él era israelita de raza, de religión y de gustos, y su *Villa Astrea* era puramente romana y en toda ella se respiraba junto a las exuberantes bellezas naturales, las costumbres, los gustos, los hábitos de la Roma pagana y materialista de la época. Estatuillas de dioses y de diosas de todas las jerarquías y de diversos tamaños, en las múltiples epopeyas de que los rodeaba la fanática admiración de sus devotos, llenaban salas, jardines, pórticos y galerías.

En los cinco años que vivió allí mismo al lado de su protector no sintió el choque profundo que experimentaba en esos momentos. Arrancado en aquella hora a las duras condiciones de la esclavitud en las galeras del César, encontró suavidad y belleza en todo cuanto puso a su disposición aquel noble y glorioso romano que lo llamó su hijo. Pero había pasado mucho tiempo respirando el aire nativo impregnado de la mística irradiación de su tierra de profetas.

Su religión austera del Eterno Invisible Único en el corazón del pueblo hebreo chocaba bruscamente con todo aquel complicado mundo de dioses, de genios y de musas.

Iba a llamar a los numerosos criados que le seguían a distancia esperando manifestaciones de agrado, por el esmero con que habían cuidado celosamente aquella joya arquitectónica, aquellos jardines de ensueño, aquel conjunto de arte y belleza..., iba a llamarles para que en un abrir y cerrar de ojos hicieran desaparecer todo aquello que hería sus sentimientos...

Y al volverse vio a Nebai que le seguía de cerca y que adivinando sus pensamientos, movía la cabeza negativamente mientras se acercaba hasta él.

—¿Qué quieres significar con ese oscilar de tu cabeza de derecha a izquierda? —Le preguntó Judá con esa expresión entristecida que nunca más se borró de su faz.

—¡Que no debes hacer eso que estás pensando! —le contestó ella.

—¡Y! ¿Qué sabes tú lo que yo pienso?

—Estás dolorido porque encuentras que todo esto choca con tus convicciones y tus modos de ver y de comprender las viejas y las nuevas ideas.

—¡Es cierto! ¿Y no te ocurre a ti lo mismo?

—¡No, Judá, no! Educada en mis primeros años por un padre macedonio y después en mi juventud por un sacerdote de Homero en Ribla, hay tal amplitud de miraje en mí misma, que comprendo muy de otra manera toda esta belleza que nos rodea.

“Yhasua mismo nuestro Rey Inmortal nos lo ha enseñado así.

“¿No recuerdas la lección que dio a María de Mágdalo cuando mandó abrir una fosa para enterrar las estatuas de sus jardines, los tapices de sus muros y las hermosas vestiduras de las danzas de sus canéforas griegas?

—Recuerdo, sí, el relato que nos hizo Boanerges, repetido cien veces, de aquel pensar y sentir de Yhasua. Pero nuestra Ley milenaria emanada de Moisés dice: “No adorarás figura alguna hecha por mano de hombre, ni de oro, ni de plata, ni de madera, ni aún de barro”.

—Y bien, Judá ¿no hay enorme distancia entre *adorar* una estatua o tenerla como un simple adorno o un recuerdo en tus jardines o en tus salones?

“Son ellas manifestaciones de la vida misma, y del talento o el genio de un hombre que quiso perpetuar en el mármol o en el metal el recuerdo de seres de la tierra o de los cielos que realizaron obras de admiración”.

“Tales fueron las palabras de Yhasua escritas por Boanerges en su *“Álbum de recuerdos”*, que algún día nos servirá a todos nosotros para escribir la verdadera enseñanza del Mesías a la humanidad.

“Lo esencial y profundo de la eterna idea suya es la adoración al Dios Único sobre todas las cosas y el amor al prójimo como a nosotros mismos. ¿Acaso esas mudas estatuas nos impiden la adoración al Supremo Creador y el amor a nuestros semejantes?

—Tienes razón, Nebai. Tú estás más cerca que yo de la Idea divina del Cristo, Hijo de Dios vivo. Tú has comprendido a Yhasua mejor que yo.

“Veo que me ha deslumbrado su grandeza y me ha encadenado su amor, hasta el punto de encerrarme en el círculo estrecho de mi religión hebrea, cerrada a todos los vuelos de la inteligencia y de la razón...”

—Piensa un momento, Judá, que en ese círculo estrecho estuvo encerrado el Sanhedrín judío cuando condenó a muerte al hombre más puro y más santo que ha pisado la tierra.

“Y no miremos a Yhasua como otro Rabino Judío que busca eternizar ideas inconcebibles a la inteligencia e inaceptables a la razón, cristalizando en dogmas de pretendido origen divino, burdas y simples ordenanzas de alcance puramente material.

“¿No repudió Yhasua la lapidación de los blasfemos y de las adúlteras? ¿No repudió la esclavitud con todas sus consecuencias, y humillantes condiciones? ¡Oh, Judá, mi querido Judá!... Es hora que dejes de ser un príncipe judío para convertirte en un valeroso heraldo de la enseñanza de Cristo”.

Este interesante diálogo entre los esposos, dichosos poseedores de la magnífica *Villa Astrea*, fue interrumpido por un criado vestido con la lujosa librea azul y amarilla de la antigua casa de Hur, tal como la usaron los lejanos antepasados del fallecido príncipe Ithamar de Hur.

—¡Señor!... —dijo el criado—. El Tribuno Lucio Marcelo Galión os pide unos momentos de atención.

—¡Lucio Marcelo Galión! —dijo Judá como avivando sus recuerdos.

—Sí —dijo Nebai—. Aquel oficial tan joven que fue mandado a dirigir la ejecución del Gólgota en aquel tremendo día, Judá, ¿no lo recuerdas?

—¡Ah sí!... El que huyó aterrado ante el horrendo crimen que había ordenado Pilatos... ¿Y a qué viene a avivar como una llama el recuerdo de la tragedia? ¿Viene solo?

—No, señor. Le acompaña un esclavo griego. Demuestra gran interés en hablar contigo, señor.

—¿Le esperamos aquí? —preguntó Judá a Nebai.

—En el despacho del Duunviro Arrius es más prudente, pues ignoramos si él es o no de los nuestros.

El criado salió a cumplir la orden.

Y los dos esposos volvieron sus callados pasos al interior de la casa.

En el *tablinum* o despacho del dueño de casa encontraron al joven Tribuno, Lucio Marcelo, hijo del notable Senador Galión, antigua familia patricia romana de rancio abolengo.

Un franco abrazo unió a los antiguos amigos.

—Supe de tu llegada porque entre tu antigua servidumbre está un tío de mi esclavo de confianza —fueron las primeras palabras del visitante.

Nebai después de un breve saludo pidió permiso para retirarse y se perdió tras de un cortinado hacia el interior.

—¿Qué te trae por aquí, Marcelo? —le preguntó Judá.

—Lo que te ha traído a ti a las puertas de Roma —le contestó Galión.

—¿Y qué sabes tú de lo que yo haré en Roma?

—Lo deduzco de tu actitud aquella tarde fatal en que casi perdiste la vida.

Judá que estaba sentado ante la enorme mesa de su despacho, tomó un punzón como distraídamente y trazó unas líneas sobre un pergamino.

Marcelo se inclinó sobre la mesa y tomando otro punzón terminó el grabado comenzado por Judá: la perfecta figura de un pez apareció en el blanco fondo del pergamino.

Los dos se miraron a lo profundo de los ojos, y sin decir palabra, estaban comprendidos.

Una ola de emoción se extendió en el ambiente silencioso y casi místico.

—Estamos de acuerdo —dijo Marcelo cuando pudo hablar—. A ambos nos encadenó aquella tarde la serena mirada del Profeta mártir.

—A mí —dijo Judá—, me había encadenado varios años atrás. Yo le conocí y le he seguido de cerca cuando él tenía veintiún años y yo veinticinco.

—¡Cómo! Y siendo tan amigos, compañeros de estudios, de armas, de academia, ¿no fuiste capaz de decirme nada? —preguntó casi con indignación Marcelo.

—Obedecí a la consigna ordenada por el Profeta mismo. Él amaba la libertad de ideas, de conciencia, de pensamiento, tanto como la luz del sol. Él decía:

“Por muchos caminos se puede llegar al Padre”.

“En todos los caminos se puede amarle y amar al prójimo como a nosotros mismos”.

“Yo no sabía si tú aceptarías una doctrina que echa por tierra el servilismo, la esclavitud, la explotación del hombre por el hombre, el antagonismo de razas, de clases, de religiones, etc.

—Una sola cosa quiero saber de ti, Arrius, amigo mío. ¿Es cierto que estabas muerto y el profeta te resucitó? ¿Es cierto que Él salió vivo y radiante del sepulcro? ¿Es cierto que se ha hecho ver de todos los que lo seguían de cerca?

—Los médicos me habían desahuciado como un caso perdido para la vida. Se esperaba de un momento a otro que el corazón dejara de latir. Y Él me volvió a la vida.

“En cuanto a la salida del sepulcro; es capítulo aparte, amigo mío, y aún no me creo capaz de explicarte el enigma en forma que tu inteligencia lo comprenda y tu razón lo acepte. Pero es verdad que muchos, incluso yo mismo, lo hemos visto como un cuerpo resplandeciente flotando en el aire, como un sol de amanecer con forma humana.

“Día llegará en que si tú lo quieres yo te ponga en contacto con los solitarios Esenios del Monte Hermón en el primer viaje que hagamos a aquellas tierras benditas que Él holló con sus pies.

—¡Espero ese día, Quintus Arrius! Mientras, pasemos a otra cosa. ¿Sabes que acaban de llevarse los diablos el alma negra de Tiberio César?

—¿Cuándo? ¿Cómo? Nada sabía. Hace dos días que llegué y no he salido de aquí.

—Ha muerto anoche en su palacio encantado de la isla de Capri. Pero eso no es lo peor que ha sucedido.

—Lo mejor querrás decir, pues la muerte del pobre César, loco y viejo, no es del todo una desgracia.

—¡Cierto, Arrius, cierto! Lo peor es que la astuta emperatriz se las arregló para que su nieto Calígula entrase a la cámara mortuoria donde estaban varios Senadores y entre ellos mi padre, y la astuta vieja aseguró que los últimos gruñidos de la agonía del viejo César decían que su nieto Calígula debía ser su sucesor. Y ya tenemos un loco beodo constituido Emperador de Roma, capital del mundo.

—¡Qué espanto! —exclamó Judá—, habiendo tantos hombres honorables que están sacrificándose por la patria en tierras lejanas, al frente de las legiones que van a conquistar el mundo.

“Esto significa Marcelo que ha terminado el período romano y que se acerca el Reinado de Dios, anunciado por Yhasua”.

Como en ese instante entró un criado con una bandeja de pastas y vinos, Judá se levantó y llenando dos copas del rojo vino de Chipre y puestos ambos de pie, exclamó:

—¡Lucio Marcelo Galión! ¡Brindemos por el advenimiento del Reinado del Cristo sobre la faz de la tierra!

Cuando las copas quedaron vacías, habló de nuevo el visitante.

—Quiere decir que hemos celebrado el ascenso de un niño loco al trono de los Césares.

—Justamente —contestó Judá—, porque es el mejor indicio de que el imperio de los Césares se hundirá para siempre y dará lugar al resurgimiento de una era de paz, de justicia y de libertad.

—Los dioses te oigan, pero mi padre asegura que la más espantosa locura de crímenes y de sangre enlutará al mundo dentro de poco.

—¿Más aún que lo que el mundo ha presenciado en tiempo de Tiberio? Mira que toda mi vida se ha desarrollado bajo el grillete de Tiberio, y mi familia y yo hemos sufrido hasta el máximo su duro yugo.

—Es verdad, pero el Senado piensa que Calígula vale como diez Tiberios para la corrupción y el crimen. Roma será una orgía sangrienta. Ahora es mi familia y yo que comenzamos a padecer.

—¿Por qué? Cuéntame todo —dijo Judá, disponiéndose a escuchar.

—Tu larga estadía en Palestina te ha vuelto casi como un extranjero en Roma. Yo sólo estuve diez meses confinado por Druso en el fuerte de Minoa que es la cloaca de las fortalezas de las provincias romanas. Pero muerto él, mi castigo se levantó a medias.

—¿Por qué a medias? —preguntó Judá.

—Esto precisa explicación aparte. Antes de partir a la Judea estaba comprometido con Diana, hija del General Galo y de Paula, noble matrona romana de la antigua stirpe.

“En momentos que Tiberio concedía honores a Galo, la hija le pidió

mi traslado desde Minoa, y el Emperador cobró tal afecto a Diana que la pidió a su padre para tenerla en su mansión de la isla de Capri. Hasta llegó en su locura a mandarle construir una Villa a todo lujo como regalo de boda. Todo marchaba bien hasta que un adulón de Cayo Druso le dijo que yo había perdido el juicio, por la magia diabólica de un profeta galileo que Pilatos condenó a morir crucificado.

—¡Bárbaros..., salvajes!... —gritó Judá cerrando los puños.

—Cálmate —le interrumpió Marcelo—, que apenas he comenzado el esbozo de mi tragedia.

“El viejo César tenía a mi novia como su mascota. Si recorría los jardines tomando sol, en el brazo de ella se apoyaba. Si quería escuchar algún poema satírico de sus bufones, o conocer algún nuevo vaticinio o profecías de sus milagreros astrólogos y adivinos, ella se los había de leer y explicar.

“Esto, como puedes figurarte despertó los más rabiosos celos de la emperatriz Julia que se puso como un basilisco llegando hasta planear la forma de deshacerse de Diana”.

—¡Y tú confinado al otro lado del mar!... —exclamó Judá comprendiendo lo grave de la situación en que estuvo su amigo.

—Ya verás. Si yo creyera aún en los dioses te diría que me fueron propicios, pero como hoy he cambiado fundamentalmente mi modo de pensar, digo, que el Dios Único del pueblo de Israel extrajo de mi destierro al Fuerte de Minoa, la joya preciosa de la Verdad, hasta el punto de que si yo no hubiera sido desterrado por Cayo Druso, no hubiera llegado a conocerla.

—¿Cómo fue o cómo te ocurrió tal maravilla? —preguntó de nuevo Judá.

—Yo había recibido de mi padre el regalo de un esclavo griego el día que la asamblea de los Cónsules me nombró Tribuno Militar ante el Senado y el pueblo. Pero, ¡qué esclavo, Judá amigo mío, qué esclavo! Valía diez veces más que yo mismo. Era hijo de un magistrado del Areópago, que fue asesinado y sus hijos vendidos como esclavos. Tenía mi edad, y no sólo no fue para mí un esclavo, sino que fue un amigo, un hermano. Me ha salvado la vida en dos oportunidades, y finalmente me ha salvado de mi mismo, que hubiera cometido mil disparates cegado por el orgullo y por la ira al verme pisoteado y humillado por Druso el hijastro de Tiberio, entronizado en Roma como Príncipe Regente”.

—¿Acaso fuiste tú el asesino de Druso? —preguntó Judá.

—¡Hubiera querido serlo!... Fue un esclavo de Seyano para vengar la deshonra de la hija de su amo. Con ese asesinato el esclavo compró su libertad, pero Seyano pereció a manos de un favorito del César.

“Quintus Arrius, tú ignoras lo que ha sido Roma en estos últimos años. ¡Una cloaca de lodo y sangre!

—Pues te digo —replicó Judá—, que el asesinato de Druso partió en pedazos mi trabajo de diez años, para organizar mi país como nación libre con un Rey de nuestra raza y ese Rey hubiera sido el Profeta Galileo, Yhasua de Nazareth...

—¿El que tú y yo vimos morir ajusticiado sobre el Gólgota?

—¡El mismo! Seyano me conseguía el asentimiento del César para derrocar la dinastía de Herodes el usurpador idumeo y proclamar un Rey de la dinastía de David.

Un penoso silencio se estableció entre los dos amigos. Marcelo fue el primero en hablar.

—Creo que haremos mejor en no remover el lado trágico de este asunto que a ambos nos hace daño. Mi deseo era saber de tu boca ciertas cosas que parecen no ser de este mundo.

—Habla que te oigo, —respondió Judá abstraído de nuevo por el pensamiento doloroso y tenaz de lo que fue su ilusión de diez años, y la cruda realidad que la destrozó como voluta de humo que se lleva el viento.

—Aquella tarde fatal, tú estabas en absoluto consagrado a mantener a raya a los bárbaros jueces del Sanhedrín, y no me cansaré de lamentar que tú llevas en tus venas la sangre de esa raza maldita. Según la vieja costumbre de la soldadesca romana que lleva a cabo una ejecución, se reparten por suerte los haberes de los condenados a muerte. Y las tres túnicas fueron sorteadas. El Centurión Paulo de Sicilia, fue el favorecido con la vestidura del Profeta Galileo y diez días después desapareció de la escena, y detrás de él siete soldados de su Centuria.

—¿Y a dónde fueron? —interrogó Judá—. La deserción sin motivo justificado lleva en sí la pena de muerte.

—Diríase que la tierra los ha tragado —continuó Marcelo—. Mi esclavo griego, Demetrio de Corinto, encontró un compatriota cuando me acompañaba en mi destierro al desierto de Judea: Stéfanos de Falerea, el cual confesó a mi esclavo conocer el paradero de Paulo y sus compañeros y..., óyeme bien Arrius, óyeme bien, le dijo que sobre la túnica manchada de sangre del Profeta habían jurado los siete huir de las legiones romanas, asesinas de justos, y disfrazados de marineros se habían alistado en la tripulación de un buque de carga que zarpó de Gaza con rumbo a los países del Nilo.

—Y ¿qué fue de la túnica del Profeta?... —preguntó Judá.

—La poseen en sociedad, Stéfanos y mi esclavo Demetrio, pero no termina aquí la historia.

—Te oigo, continúa.

—No sé si te has apercebido de que a pesar de mi rigidez y dureza de militar tengo en lo profundo de mí ser una sensibilidad extrema y que en ocasiones me ha perjudicado en mi carrera.

—Es verdad, y en esa cualidad que nos es común, pienso que está cimentada la amistad que nos unió en nuestros días de estudiantes y nos sigue uniendo ahora. Continúa Marcelo que tu historia comienza a interesarme.

—No sé si fue curiosidad o una oculta fuerza que me hizo pedir a Demetrio la vestidura del Profeta. Debo confesar que el Centurión Paulo fue muy noble conmigo. Él comprendió aquel día el horror, la vergüenza y la cólera que me causaba que yo, un Tribuno romano, laureado por sus triunfos en la esgrima, hijo del Senador Galión, hubiera sido confinado a la más ruin Fortaleza provinciana y que debido a eso el Procurador Pilatos me hubiera designado para dirigir la bárbara ejecución de un inocente indefenso, entre dos bandoleros judíos. Y Paulo me libró de la infamia y cargó con ella. La desertión de él y sus compañeros, no sé por qué, la asocié al asco que debió tener el Centurión de cumplir la vergonzosa ejecución. Es lo cierto que cuando Demetrio me puso la vestidura sobre la mesa en que yo escribía, sentí renovarse la profunda impresión que los ojos del Profeta me causaron, cuando él se detuvo en lo alto de la colina y me miró con piedad y con lástima de que fuera yo tan bárbaro como para quitarle la vida. Así lo interpreté yo.

“Estrujé la túnica entre mis manos crispadas y sin saber cómo pronuncié estas palabras: “Por los dioses del Olimpo, también abandonaré las legiones romanas matadores de inocentes”. ¡Y ya estaba dicho!”.

“Mi esclavo que presenciaba esta escena me dijo:

—¡Señor! La túnica del Profeta tiene magia de amor a la humanidad y quien la toca no puede matar jamás en su vida.

“Por eso han huído Paulo y sus compañeros. Yo me quedé anonadado durante un largo rato.

“Y hoy me dice Demetrio: —Señor, tu prometida está en grave peligro. Peor que la muerte.

—Ya sabes —añadió—, que la ignominia de la esclavitud nos hace solidarios y amigos, y una esclava de ella, corintia como yo, ha venido a decírmelo.

“No bien ha cerrado los ojos el César Tiberio, que el nuevo Emperador Calígula la codicia para él, y la Emperatriz, su abuela, lo secunda en sus planes. Esta noche la hará cenar en intimidad con él y tu sabes, señor, lo que son las cenas íntimas de los emperadores con una joven doncella...”

—¿Y tú estás tan tranquilo refiriéndome todo esto mientras tu novia está en peligro inminente? —preguntó Judá levantándose agitado y nervioso.

—La fuerza y la paz que irradia la vestidura del Profeta-Mártir me da esta calma que te asombra, Arrius, amigo mío.

—Está bien, será como dices, pero es necesario hacer algo para salvarla.

—Todo lo que se podía hacer está hecho —contestó Marcelo—. Lo único que me falta es tu cooperación, y sabiéndote un amigo del Profeta he venido hasta ti.

—¡Cuenta conmigo! ¿Qué es lo que quieres?

—Que me prestes tu velero, el más pequeño de los que tienes anclados en tus muelles, porque apenas cierre la noche estaré junto al acantilado de la isla maldita, donde la Emperatriz y su nieto loco fingen llorar al César muerto; y planean crímenes en la sombra.

—¡No irás solo! Yo te acompañaré —dijo resueltamente Judá.

—¡No, Arrius, no! Tú tienes una esposa y dos hijos pequeños, y no puedo consentir que expongas tu vida en esta empresa tan peligrosa.

“Préstame tu velero, con marineros de tu confianza y déjame sólo con mi esclavo Demetrio que él vale por diez”. —Y Marcelo se puso de pie—.

—En el muelle me espera Demetrio y es urgente salir de inmediato.

—Te daré un auxiliar que vale más que yo y aquí le tienes —díjole Judá señalando a Gimel su Escriba Gerente que revisaba la correspondencia recién llegada—. Fue un compañero de esclavitud en las galeras del César y sabe de remos y de naufragios. Ya ves pues si será un buen marinero.

—Amigo, acércate —dijo Judá al esclavo griego, cuya belleza física y distinguido porte indicaba bien claro que la misma desgracia que él sufriera años atrás había caído sobre aquel joven que no tendría más de veintitrés años de edad—. Siendo yo descendiente de nobles antepasados, Roma me hizo esclavo y desde entonces repudio la esclavitud como la mayor infamia que puede cometer un hombre contra otro hombre”. —Y así diciendo estrechó la mano a Demetrio—.

“¡Marcelo! —dijo con aire solemne y grave—. Si de verdad eres amigo del Profeta Nazareno, no está en ley que tengas esclavos a tu lado y menos a un joven como Demetrio.

—Mi padre tiene firmada la carta de manumisión. Yo he querido dársela también y él la ha rechazado. Tendrá seguramente un motivo —contestó Marcelo.

Judá miró a Demetrio como interrogándole.

—Príncipe Arrius..., perdona. Yo amo como todo hombre la libertad pero la quiero en un momento oportuno que pronto ha de llegar.

—Muy bien, amigo. Aquí tienes a Gimel, que secundará todo tu esfuerzo para la empresa que os lleva a la Isla Imperial.

Demetrio que había ya estudiado y formado su plan de salvamento sobre el terreno mismo, les explicó la forma en que lo harían y añadió al final:

—Pienso que el velero conviene dejarlo en una ensenada solitaria que he descubierto llegando a Arpino y donde tengo un compatriota amigo

que nos servirá de vigía. Llegaremos a la isla en un bote que fácilmente podemos ocultar entre las rocas del acantilado hasta el momento oportuno. He convivido con los pescadores de Capri desde que la señorita Diana habita la isla.

—Sí —afirmó Marcelo—. Yo le hice llegar por su madre Paula, la noticia de que Demetrio velaba por ella, al pie del acantilado hacia donde da el extremo de una avenida de pinos que arranca desde los jardines de la mansión imperial.

“Un billetito atado a una piedrecilla en el extremo de una cuerda sería el aviso a Demetrio cuando hubiera peligro.

“Aquí está. —Y Marcelo extendió el billetito de su novia ante Judá.

Decía así: “El momento ha llegado. La Emperatriz me hará concurrir a una cena íntima con Calígula en su pabellón privado la noche siguiente de terminar los funerales, y eso será pasado mañana. Yo estoy esperando tu señal”.

—Te anticipo, Arrius —añadió Marcelo—, que Diana está en vías de hacerse discípula del Profeta Nazareno porque Demetrio y Stéfano la han conquistado, y eso en las barbas mismas del Emperador, en cuyo palacio entraron conduciendo las maletas de un astrólogo persa, que Tiberio había llamado para que le adivinara cuantos años tenía aún de vida.

—¡Oh, Yhasua, Yhasua! —exclamó Judá con infinita ternura—. Desde tu Reino Eterno sigues siendo el mago del amor. Ahí tenéis el velero pequeño y el bote que elijáis —añadió—. Y que el Dios del Profeta sea con vosotros.

Marcelo, Demetrio y Gimel saltaron a bordo y los marineros soltaron la amarra.

—Tened en cuenta que es cosa mía lo que estos amigos van a buscar —gritó Judá a los marineros que le despedían agitando alegremente sus gorros.

Judá quedó en el muelle mirando su velero “*Fidelis*” que se alejaba rápidamente cortando las olas serenas, y pensaba: “La fidelidad va con ellos en el nombre del velero y en la nobleza de ese esclavo griego con alma de héroe y de santo. ¡Yhasua, salvador de los oprimidos! ¡Sé con ellos Tú, que amaste la justicia y la honradez!”

Y lentamente volvió hacia la mansión señorial donde Nebai acababa de levantar a sus dos niños, que puestos de pie ante el altar hogareño repetían el salmo acostumbrado:

—“*Guárdame, oh, Dios porque en ti he confiado.*

“*Escucha mi oración hecha por labios sin engaño.*

“*Sustenta mis pasos en tus caminos porque mis pies no resbalen.*

“*Guárdame como a la niña de tus ojos, escóndeme con la sombra de tus alas*”.

Judá contempló enternecido el hermoso cuadro y uniendo su plegaria a la de su esposa y sus hijos, exclamó pensando en los que salían mar adentro para salvar de inminente peligro a una avecilla cautiva:

—Sálvalos o Jehová por tu misericordia infinita.

Judá y Nebai pasaron esa noche en vela ya paseando bajo las pérgolas florecidas, ya sentados en la glorietta de rosales que había próxima al muelle.

Nebai no conocía a la joven Diana prisionera de los caprichos de una anciana Emperatriz ambiciosa, y de un jovenzuelo epiléptico y vicioso que ella había nombrado Emperador como medio de ejercer ella misma el poder supremo. Pero siguiendo el lema sagrado del inolvidable Yhasua, Ungido de Dios, aquel “Ama a tu prójimo como a ti mismo”, sentía en carne propia la angustia de la pobre joven que se veía en poder de tan indeseables guardianes.

—Si yo estuviera en su lugar —decía Nebai hablando con Judá—, desearía ansiosamente que hubiera corazones capaces de sacrificio para salvarme de la deshonra. ¡Yhasua, Yhasua!... ¡Sálvala por tu santo nombre, por tu heroica muerte y por tu gloriosa vida en tu Reino de Luz y de Amor!”

Y la dulce Nebai tan amada y tan amante de Yhasua rompió a llorar como si Diana fuera una hermana, una hija suya que se hallase en grave peligro.

Y era que la Telepatía había tendido sus hilos de plata entre la isla de Capri y la Villa *Astrea* a la orilla del mar. Era el mismo momento en que Diana la cautiva se deslizaba desde la avenida de pinos en lo alto del acantilado, por una cuerda que Demetrio el esclavo griego había atado al tronco del último pino, y el grácil cuerpo de la joven se balanceaba como un péndulo en el vacío hasta caer en una red que sus salvadores sostenían sobre el botecillo en que hacían el salvamento.

Al caer en la red, la joven se desmayó, ya por el mismo terror que había sufrido como por la intensa emoción de encontrarse con Marcelo, a quien no veía en más de un año que había transcurrido.

Demetrio se acercó a ella y poniéndole la mano en la frente le dijo en griego a media voz: “El Profeta Nazareno está contigo”.

La crisis nerviosa cesó de inmediato y una serena calma como un sueño muy suave continuó en la niña, mientras los marineros remaban desesperadamente alejándose de la isla rumbo al continente, cuya línea oscura se veía cercana a la opaca claridad de las estrellas. Marcelo se sentía preso de una conmoción terrible, pues en lo alto del acantilado que dejaban atrás, se veían arder varias antorchas que buscaban en la oscuridad.

Seguramente los centinelas que rondaban por las costas de la isla

debieron sospechar la fuga de alguien que estaba celosamente guardado. O acaso el Chambelán de la Emperatriz que era un espía profesional lo había descubierto antes.

Marcelo respiró cuando el botecillo alcanzó la oculta enseada en que esperaba el “Fidelis” y todos se embarcaron en él. Entonces Demetrio dijo a Marcelo:

—Señor, que la señora vista esta túnica y oculte su cabellera en este gorro de pescador por si tienen la mala idea de seguirnos.

Era la túnica azul del Profeta Nazareno que Marcelo vio morir sobre el Gólgota y que veía en ese instante a la pálida luz de las estrellas cubriendo el cuerpo alto y grácil de la dulce mujer que iba a ser su esposa.

Su emoción fue tan intensa que cayó ante ella y se abrazó a sus rodillas pareciéndole que el Profeta mismo estaba ante él.

—¡Señor! ¡Perdón para tu verdugo!... ¡Los hombres del poder me pusieron ante ti para quitarte la vida, y tú vienes a mí para salvar mi prometida de la deshonra y de la muerte!

—¡Marcelo!... —exclamó la joven Diana—. ¿Qué estás diciendo que no te comprendo?

Demetrio intervino.

—Es el final de la historia que te he referido, señora, del hombre único que quiso morir por amor a todos los hombres.

La calma se estableció a bordo del velero Fidelis que ya casi al amanecer entraba en la enseada del Lacio y echaba anclas junto a los muelles de la *Villa Astrea*.

Cuando Marcelo ayudaba a desembarcar a Diana, el gorro puntiagudo de los pescadores resbaló de su cabeza y su rubia cabellera le cayó sobre los hombros.

Cubierta con la túnica azul de Yhasua, la última que Él había vestido, para Judá y Nebai resultó un recuerdo demasiado vivo. Revivió para ellos el Yhasua de los veinte años, allá bajo un rosal blanco en un jardín de Antioquía cuando él los había unido en ese gran amor que perduraría para toda la vida y acaso más allá de la vida.

Nebai la recibió en sus brazos, profundamente conmovida. Judá no podía pronunciar una palabra y con sus ojos llenos de llanto contenido miraba aquella vestidura en la que aún se veían pequeñas manchas de sangre.

La voz de Demetrio les volvió a la realidad.

—¿Qué hacemos con el velero, que de habernos seguido puede ser reconocido?

—No temáis —dijo Judá—. Poned la vela mayor, el pabellón y el escudo del Duunviro Quintus Arrius y nadie supondrá que “Fidelis” ha protegido la fuga de la hija del General Galo que mandó decapitar a su padre.

—¡Cómo!... —exclamó aterrado Marcelo— ¿Y tú, hijo de Quintus Arrius salvas a la hija de Galo?

—¡Si! Yo y con mucha satisfacción... ¿No está sobre todos nosotros el amor del Profeta Nazareno que borra los agravios, las ofensas y vence a la muerte?

Los marineros se apresuraron a realizar la transformación parcial del velero ordenada por Judá, mientras seguían todos en silencio a Nebai que conducía a Diana hacia el interior de la casa.

Y Judá entristecido profundamente se hacía a sí mismo esta reflexión: —Yhasua no entró en esta Villa del Lacio, pero entra su túnica azul, la última que cubrió su persona de hombre... La túnica salpicada con su sangre de mártir.

Y seguido de Marcelo, Demetrio, Gimel y Aquiles, Capitán del *Fidelis*, entraron al *tablinum* o despacho y Judá les dijo:

—Según la Ley Romana, yo represento aquí la autoridad civil del país y por tanto puedo legalizar una unión matrimonial como una orden de prisión o una sentencia de muerte.

“Tribuno Lucio Marcelo Galión, aquí en mis posesiones del Lacio y bajo el techo de mi Villa Astrea, quiero legalizar tu desposorio con Diana de Pozzuoli, hija del General Livio Galo y de Paula de Capua.

“¿Aceptas? Tú que como Tribuno Militar conoces las leyes romanas, sabes que es la única forma de poner a tu prometida fuera del alcance del Emperador”.

—Acepto —contestó Marcelo—, porque en efecto, hoy, es lo único que aún ha sido respetado: el fuego sagrado del altar de Himeneo.

Y una hora después, el vasto y suntuoso *tablinum* de la Villa Astrea resplandecía de luces y de flores, y todos los moradores de la hermosa mansión señorial vestidos de gala llenaban sus ámbitos, en medio de un ambiente saturado de alegría, de amor, de fraternidad.

La multitud de esclavos, convertidos en servidores libres a salario, que eran marineros, o pescadores, o guardabosques, jardineros y pastores, llenaban aquel recinto en que todos se sentían al mismo nivel bajo la mano pródiga y justiciera de un príncipe judío y a la vez Tribuno Romano, Judá hijo legítimo de Ithamar de Hur y adoptivo del Duunviro Quintus Arrius; Judá que había bebido del corazón del Profeta Nazareno el agua santa del amor fraterno que dice: “Ama a tu prójimo como te amas a ti mismo”.

Nebai entró al final llevando de la mano a Diana cubierta con los blancos velos ordenados por la costumbre y coronada de mirtos y de rosas.

En el guardarropa de la mansión del celebrado Duunviro Quintus Arrius que había entregado a Roma los trofeos de cien victorias sobre los piratas del Mar Egeo, había lujosas vestiduras para los actos solemnes en la vida de un romano ilustre.

Y Judá había obsequiado espléndidos trajes de ceremonia a Marcelo, Demetrio, Gimel su Escriba y Aquiles, Capitán del *Fidelis*. Y cuando todo resplandecía como un cortejo real, Judá con honda emoción que quebraba su voz en un sollozo les dijo:

—Más que un príncipe judío y un Tribuno Romano, jefe de esta casa, soy un sacerdote del amor del Cristo Hijo de Dios, y vosotros me vais a permitir vestir la túnica azul de Yhasua de Nazareth para consagrar el desposorio del Tribuno Lucio Marcelo Galión con Diana de Pozzuoli.

Nebai dio las primeras palmadas de un aplauso que resonó jubilosamente bajo el artesonado de plata y ébano del Tablinum de la Villa Astrea.

Y el mago del recuerdo esbozó en todas las mentes y en el éter sereno de aquel ambiente empapado de amor, la dulce imagen de Yhasua tan fuertemente evocado, mientras dos hilos de lágrimas corrían por el hermoso rostro de Judá cuando uniendo las manos de Diana y Marcelo, decía:

“Tribuno Lucio Marcelo Galión: en nombre de la Justicia, de la Ley Romana y del Amor de Yhasua de Nazareth, Hijo de Dios Vivo, te entrego como esposa única para toda la vida a Diana de Pozzuoli; hija del General Livio Galo y de Paula de Capua”. Un hosanna jubiloso resonó como una clarinada.

Marcelo se abrazó de Judá y los sollozos de aquellos dos hombres jóvenes y fuertes conmovieron hondamente a toda aquella multitud.

Marcelo creía abrazar al mismo Profeta Mártir al cual vio por primera y última vez de pie sobre el Gólgota, cuando le quitaban aquella misma túnica para tenderle sobre la cruz.

Entre sollozos y con frases entrecortadas Nebai explicaba a Diana lo que significaba para ellos aquella túnica azul, que había vestido el día de su muerte el Hombre de Dios, que el esclavo Demetrio le había hecho amar sin conocerlo nada más que por las obras de amor realizadas por Él en todos los días de su vida y en todos los pueblos por donde había pasado.

Y mientras que en la *Villa Astrea* se celebraba el fausto acontecimiento, la Emperatriz Julia y su nieto Calígula presas de terrible cólera por haber sido burlados en sus delictuosos deseos, soltaban sus lebreles de caza en busca de la fugitiva.

El fuerte cordel tejido pacientemente por Demetrio al pie del acantilado que había medido y estudiado día por día, allí aparecía fuertemente atado al último pino, lo cual demostraba que por esa costa del mar huyó Diana de su cautiverio.

Se interrogó a los pescadores juzgando que ellos hubieran cooperado a la fuga por dinero; pero allí estaban todos los botes y todos sus dueños

recogiendo sus redes a la primera luz de la madrugada. Primeramente les ofrecieron azotes a todos cuantos pescaban en esa costa de la isla. Los infelices temblando de miedo juraban por todos los dioses del Imperio que nada habían visto ni sentido puesto que al caer la noche tendían sus redes y se retiraban a sus chozas situadas en la bahía sur de la isla, donde la costa bajaba al nivel del mar.

Después les ofrecieron dinero si delataban a los autores de la fuga de Diana. Por fin un grumete declaró que un esclavo griego que pescaba con anzuelo le había comprado muchas veces cáñamo a cambio de ricos manjares y frutas que una esclava le arrojaba desde la avenida de los pinos. Y que el cordel que aparecía pendiente sobre el mar fue tejido por él. Las esclavas del servicio inmediato de Diana fueron interrogadas y amenazadas.

Se vio que faltaba una de ellas, Rhode la griega. Ella debía ser la culpable y habría huido con Diana. Calígula quería desahogar su ira de leopardo burlado en las infelices esclavas, en los centinelas, en los pescadores y hasta en los flamencos y garzas de los jardines que no dieron graznidos de alarma cuando así se burlaba la suprema autoridad imperial.

Pero su augusta abuela que estaba muy a gusto con su servidumbre y que no gustaba oír gritos de dolor, le convenció de que no valía la joven doncella ni la más ligera de sus rabetas y que ya le traería ella la más hermosa princesa del mundo que le llevara en dote tanto oro como para hacerle un establo del precioso metal a su caballo Cincinato, al cual su primer acto de Emperador había sido darle el título de *cónsul*.

En la imperial residencia volvió de este modo la calma; pero Rhode la infeliz esclava que por amor a Demetrio protegió la fuga de Diana, se hallaba oculta en una estrecha gruta de la costa norte de la isla, a donde Demetrio le había aconsejado huir en caso de verse en peligro. Había acompañado a Diana hasta el momento de comenzar el descenso por el cordel, y con un pequeño fardo de ropa a la espalda y un saquillo de pan y frutas había huido a esconderse en el refugio a donde estaba segura que Demetrio la buscaría.

Y éste cuando vio que su amo estaba seguro y feliz, se le acercó al siguiente día y le dijo:

—Señor, he cumplido con mi deber velando por la honra de tu prometida que ahora es tu esposa. Tu esclavo tiene también un corazón dentro del pecho y ha dejado su amor en la isla de Capri. Si ella ha logrado escapar del castigo que seguramente habrán dado a toda la servidumbre, estará oculta en una gruta que yo he descubierto y le he señalado. Te pido tres días para ir en su busca y cuando haya vuelto con ella aceptaré la libertad que me tienes prometida.

Marcelo conmovido le tendió su mano y le dijo:

—Sí, amigo mío, tienes mi permiso y cuanto necesites para salvar a tu novia.

—Iré por tierra desde aquí hasta Arpino donde alquilaré un asno que me lleve hasta Nápoles.

—Y una vez allí, ¿qué harás? —preguntó Marcelo.

—Cualquier pescador me cruzará hasta la costa norte de la isla donde creo que encontraré a Rhode.

Marcelo le entregó un bolso con monedas y después de despedirse de Diana y demás compañeros de tragedia, quiso apretar a su pecho la túnica azul, en la cual había encontrado él la extraordinaria lucidez, serenidad y fuerza con que obraba en todo momento.

—A mi vuelta la recogeré —le había dicho al Príncipe Judá—. Por ahora sois vosotros los dueños de mi tesoro.

14

JUNTO AL FUEGO DE NAZARETH

Con la misma velocidad con que va el pensamiento en un instante a enormes distancias, podemos ir nosotros, amigo lector, desde la riente costa de Italia hasta la orilla oriental del Mediterráneo a las tierras de larga historia donde cantó Salomón a Zulamita la pastora y amó a Saba, la heroína, Reina de Etiopía.

¡Oh!, el pensamiento, ala blanca ultra poderosa con que el Eterno Creador dotó a la divina Psiquis cautiva en la materia, el inestimable tesoro de la criatura humana que a veinte siglos de la iniciación de la Era Cristiana, aún no aprendió a utilizarlo en beneficio propio y de toda la humanidad.

Y en aquellas tierras que desde la hora de Moisés había sido escenario de sangrientas luchas fratricidas, y de incontables infamias y delitos, buscamos una dulce fontana de serenas aguas, un tranquilo huerto donde se arrullan las palomas y gorjean las alondras al amanecer.

“Nazareth de los mirlos azules,

“De dulce trinar...

“De las tardes rosadas que inundan

“¡Las almas de paz!...

Estrofa cantada por un místico bardo del siglo II y que describe en breves frases llenas de suaves armonías, lo que era la tranquila ciudad nazarena designada por la Ley Divina para morada hogareña del Mesías anunciado por los profetas.

Allí continuaba residiendo Myriam, la madre heroica, la *Mater Admirabilis* cantada tan fervorosamente por sus amadores latinos. El soberano amor del Hijo excelso, había dejado sobre ella y alrededor de ella ese maravilloso resplandor de oro y luz que invisible e impalpable rodea y envuelve a las grandes almas que han atesorado en sí mismas por una larga evolución, cuanta belleza puede conquistar el espíritu humano en el transcurso de los siglos y de las edades.

Diríase que todos los grandes amores conquistados por el Hijo fueron como absorbidos por aquella dulce y silenciosa mujer, la de los ojos de avellanas mojados de rocío, la de las manos de tórtolas corriendo sobre el telar, la que llevaba en el alma tesoros inagotables de paz, de ternura, de abnegación sin límite ni medida...

Un medio siglo de vida había pasado sobre ella, y en el oriente a esa edad, la mujer de ordinario aparece agostada, marchita, con una pobre energía que apenas si le da fuerzas para soportar su propia vida.

Pero como encierra una gran verdad que el físico es un claro reflejo del alma que la anima, podría decirse que los años no se atrevieron a grabar en aquel cuerpo de santa, las duras señales de su paso por ella.

¿Quién no hubiera pensado que los enormes padecimientos sufridos destrozarían hasta aniquilarla, aquella endeble materia física en que realizaba Myriam esa etapa de su vida eterna?

Su infancia feliz y dichosa entre los rosales de Jericó, fue bien breve por cierto, pues en plena adolescencia vio deshecho el nido paterno por muerte prematura de Ana su madre, cuya endeble naturaleza hizo quizá un esfuerzo supremo para dar a este mundo otra vida a cambio de la suya que pronto debía extinguirse. Fue sin duda el primer dolor que sorprendió el alma de Myriam, niña todavía, que en los umbrales desconocidos de la vida, se vio de pronto sin aquella sombra dulce y fiel que viera siempre a su lado desde el despertar en la cuna.

La austera y taciturna personalidad de su padre no podía nunca llenar el vacío dejado en su horizonte por aquella estrella serena de la niñez, la madre dulce y buena que la había enseñado todo cuanto sabía con inaudita premura, como si su corazón maternal presintiera que pronto dejaría sola en la vida a aquella blanca flor exótica aparecida en su jardín, aquella silenciosa ave del paraíso que Jehová dejó bajar a su tejado...

Y también su anciano padre Joachin dejó vacío su lugar en el hogar, y ya eran dos las sepulturas que guardaba Myriam en una gruta de las verdeantes colinas de Jericó.

La desolada tristeza del nido deshecho pudo llenar de helado pesimismo al alma pura de la adolescente y romper de un golpe las cuerdas doradas de su cítara creadora de armonías y de salmos..., los místicos salmos de Myriam que entrelazaron su ritmo al rumor de las palmeras

y los rosales de Jericó. Del solitario nido deshecho, la avecilla huérfana voló a las austeras penumbras del claustro sagrado donde otras aves solitarias, las viudas de Israel, servían de amparo a su doliente orfandad.

Y cuando unas nupcias no buscadas sino inesperadamente encontradas cubrieron de azahares y rosas blancas su frente casta, la virgen de Jericó pulsaba su laúd de acentos jubilosos y su alma se transformaba en un himno cálido y tierno ante la belleza del nido nuevo que la vida brindaba a la ternura de su corazón.

La gloria de un hijo ciñó su frente con la aureola augusta de la maternidad y algo así como un desbordamiento de estrellas fue para Myriam su nido de Nazareth. Pero ella había venido para los grandes martirios del alma; y el dolor ese incansable hachador que va echando a tierra uno por uno los árboles de nuestro camino, tronchó también los que daban sombra y frescura a los pasos serenos y callados de Myriam sobre la tierra.

Primero, el místico y dulce Yhosuelín para quien su alma había tenido los más tiernos mimos de madre; luego Yhosep el gran compañero que adivinaba sus pensamientos y era hábil piloto para llevar su barquilla por suaves corrientes y por fin aquel hijo, su gloria, su luz y su amor..., su grande y único amor...

¡Oh, cielos!..., también ese joven árbol de su huerto solitario había sido tronchado cruelmente, inhumanamente, dejando su corazón deshecho..., su vida sin vida..., su pobre alma sin luz, sin calor, sin una mísera flor en su senda de guijarros y de espinas..., sin una sola estrella que diera luz al árido y hosco camino de su vida...

¡Ella había venido para los grandes martirios del alma!... ¡Para ver secarse todos los rincones de su huerto, secarse todas las fuentes y apagarse en sollozos todas las armonías del hogar, de la familia, de la vida!

¡Había venido para los grandes martirios del alma, y abrazada heroicamente a esa cruz interior!, tan pesada y cruel como aquella en que vio morir a su Hijo único, allí estaba en su vieja casa de Nazareth secando su llanto silencioso con los blancos velloncitos de lana que sus manos de tórtola seguían tejiendo para abrigar a los niños indigentes, que el dolor había dejado también como aves sin nido, deshechos y míseros tirados a lo largo de los caminos de la vida...

Y cuando la noche caía con su sombra y su misterio, Myriam guardaba su cestilla de lana mojada de lágrimas para dar a su alma herida el consuelo de recordar...

¡Oh, las perlas blancas del recuerdo!...
“Místicas, suaves, calladas
Rodando del corazón,

*Ya como gotas de fuego
O ya como el dejo amargo
¡De una doliente oración!*

Y como una sombra se deslizaba por su vieja alcoba y sus manos palpaban la cunita de cerezo en que el niño descansaba de sus risueñas correrías tras de sus corderitos y de sus palomas...

La pequeña alcoba de Ana su hijastra, la más amada, que allá lejos a la orilla del mar, en la lejana Joppe vivía feliz al lado de Marcos su marido...

Más allá el viejo diván de Yhosuelín, con su libro de los Salmos, las Escrituras Sagradas, el último manto que lo había cubierto...

El libro de cuentas y detalles del justo Yhosep, el viejo llavero de cobre cargado de llaves de las distintas dependencias de los talleres...

Y las silenciosas perlas del recuerdo seguían rodando del corazón doliente de Myriam que se sentaba por fin, extenuada, sobre su viejo diván de reposo, y apretándose el pecho con ambas manos murmuraba su oración de la tarde:

—¡Oh, Señor fortaleza mía! ¡Roca en que se apoyan mis manos, castillo en que se refugia mi soledad! ¡Escudo que me defiende en mi desamparo! ¡Atiende el clamor de mi alma sumida en angustias de muerte!

“¡Los dolores del sepulcro me rodean y torrentes de perversidad llenaron mi alma de espanto!

“¡En mi angustia suprema te invoco y te llamo, Dios de mis padres, de mi esposo, de mi hijo! ¡Oye mi voz que te clama desde la hondura de mi abismo y que mi clamor llegue a Ti, Señor, como el piar de esta avecilla tuya herida en los caminos largos y oscuros que ha recorrido!

“¡Señor, ten misericordia de mí y envuélveme en el manto sagrado de tu piedad y de tu amor!”

El tío Jaime y Dina le esperaban junto al hogar que ardía amorosamente, y la dulce Myriam, la madre heroica, la mujer del silencio, de la infinita paciencia y de la ternura inagotable tenía aún el valor de sonreír diciéndoles:

—¡Perdonadme si os hice esperar mucho para venir a compartir con vosotros el pan de cada día!

“Me es a veces tan duro y difícil arrancarme a los recuerdos que reviven con más vigor cada día, que olvido a menudo que me estáis esperando”.

Y el viejo nido deshecho luchaba por tomar de nuevo el aspecto de reconstruido, aunque las ramas que lo sostenían crujían resacas con el rodar silencioso de los recuerdos que pasaban y pasaban como una larga

caravana silenciosa en el anchuroso desierto donde en vano buscaban los ojos un oasis para descansar.

Un discreto llamado al portalón de entrada llamó la atención de los mustios comensales.

El tío Jaime salió para abrir y al poco rato volvió seguido de Juan, Felipe y Boanerges. Los tres se acercaron a Myriam y besaron su frente con filial devoción.

Ella al punto les hizo lugar alrededor de la mesa, mientras Dina añadía leche y miel a las fuentes y pan a la cestilla.

Como los visitantes no hablasen palabra, Myriam les interrogó:

—¿Traéis en el corazón una tristeza nueva?

—Acaba de morir mi madre —respondió Juan con su voz temblorosa próxima al llanto.

—¡Cómo! ¡Estuvo tan contenta hace dos días aquí!... —exclamó Jaime asombrado.

—Estaba hoy muy de mañana haciendo el pan, y cayó de pronto junto al hogar y no se levantó más.

—¡Feliz de ella! ¡Que ya no tendrá el tormento de los recuerdos porque ha llegado al Reino de Dios!... —dijo Myriam con admirable serenidad—. Así diréis vosotros cuando yo termine mi vida sobre la tierra”.

Esa noche comenzarían las preces funerarias que duraban siete o nueve días.

A la mañana siguiente la llevarían al sepulcro familiar y deseaban ser acompañados por los parientes y amigos.

Y Myriam la madre mártir, tuvo el valor de decir a Juan que lloraba silenciosamente:

—Llévame hoy contigo, Jhoanín, para orar junto al féretro de Salomé, y no te creas tan solo, hijo mío, porque aún te queda mi corazón para refugio de tu orfandad. —Y le abrió sus brazos llena de piadosa ternura.

Juan se arrodilló ante ella y ocultó su rubia cabeza en aquel seno materno que su Maestro le deparaba como supremo consuelo en la hora de su dolor.

Anocheecía y una pequeña luna nueva esparcía su mortecina luz, cuando salió de la vieja casa de Yhosep el artesano, la pequeña caravana familiar del tío Jaime, Dina y los tres mensajeros, conduciendo a Myriam montada en un asnillo que Juan llevaba de la brida, a la oración funeraria de la que había partido al Reino de Dios. Y diez días después, Juan ocupaba en la casa de Nazareth la alcoba que había sido de Yhasua y Yhosuelín, sintiendo que su orfandad estaba acompañada siempre por suaves ternuras maternas y grandes compensaciones de orden espiritual.

Su Maestro le acogía en su hogar nazareno y le daba por madre, su propia madre.

Zebedeo no se sintió con valor de continuar su vida en el hogar de la orilla del Lago sin las abnegaciones y las solicitudes de su vieja compañera, y fue a refugiar sus últimos años en el Santuario del Monte Carmelo, donde era Servidor un hermano de Salomé, y en la Cabaña de las Abuelas al pie del célebre Monte, aún vivía la anciana Sabá, hermana suya con su hija viuda Bethsabé, y ambas ofrecerían solicitudes y cuidados a su quebrantada salud.

Hanani el tapicero de Tiberias se encargó de la vieja casa de Zebedeo y Salomé a las orillas del Mar de Galilea donde pronto se estableció un oratorio y refugio de huérfanos, ancianos y viudas que se encontrasen sin techo y sin pan.

La irradiación divina del Cristo del Amor y de la Esperanza continuaba esparciéndose por las márgenes del viejo Lago de Genesaret o Mar de Galilea donde cada mata de césped y cada rama de árbol debía conservar el irresistible influjo de aquellos pensamientos ultra poderosos que habían obrado allí mismo tan maravillosas transformaciones en las almas y en los cuerpos de las multitudes que le escucharon.

15 EN ÁFRICA DEL NORTE

Con las alas sutiles y ligeras de la imaginación, nos trasladamos, lector amigo, a la antiquísima Cirene o Cirenaica patria de Buya-Ben y de Faqui y de la dulce reina Selene, último retoño de la célebre Cleopatra y de la gloriosa dinastía de los ptolomeos que fue el eslabón final de la inmensa cadena de faraones del Nilo. Pero antes hagamos escala en Alejandría.

El Hack-Ben Faqui con Thirsa y sus dos hijitos Selene y Abu-Yhasua, la dulce abuela Noemí con su fiel Amra, desembarcaron en dicha ciudad una radiante mañana del tibio invierno africano, luego de una travesía de seis días desde el puerto de Gaza en Palestina.

Dos viejos amigos les esperaban amorosamente como a golondrinas hermanas que venían a colgar su nido en el norte africano: El Príncipe Melchor y Filón de Alejandría. Alejandría edificada sobre las ruinas de Neghadá de los Kobdas de la Prehistoria donde el recuerdo, ese mago rebelde al tiempo, diseñaba escenarios y siluetas, y hasta desgranaba como interminable collar de perlas, las dulcísimas vibraciones de un divino ruseñor que bajo las palmeras y a la sombra de las Pirámides había prendido las melodías inefables de su alma hecha de piedad y de amor: ¡Yhasua de Nazareth, huésped de la ciudad de los obeliscos catorce años atrás!

Todo este mundo de radiantes y gloriosos recuerdos invadieron la

mente de Faqui al desembarcar en el puerto de Alejandría, y sentirse estrechado por los brazos del austero filósofo alejandrino y del Anciano Príncipe Melchor de Horeb.

Ninguno de los tres necesitó de palabras para vibrar al mismo tono y acariciar el mismo pensamiento.

¡Yhasua estaba en medio de los tres como un astro sereno llenándoles de claridad, de paz y de infinito amor!

¿No había dicho Él: *“Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”*?

¡Oh! ¡Qué grande excelso es el Amor que así une las almas y enlaza los corazones por encima del tiempo y la distancia, por encima de las tristezas, de la muerte y del sepulcro!

El luminoso recuerdo de Yhasua resplandecía en el iris de los ojos cristalizados de llanto, en el brillo de lágrimas que corrían en silencio, en las miradas que se encontraban en el éter y que en mudo lenguaje expresaban la misma idea: “Desde su gloriosa inmortalidad está con nosotros”.

Juntamente con el Hack-Ben Faqui, llegaban también al África Norte, dos de los Doce íntimos del Divino Maestro: Zebeo y Matheo, que en las silenciosas noches del desierto, a la sombra de las palmeras del Oasis de Baharije, escribiría este último el relato de la vida apostólica del Profeta Nazareno; y Zebeo venía directamente a colaborar en la obra idealista que desarrollaban en conjunto Filón y el Príncipe Melchor.

Ambos habían oído de labios de su Maestro la grandeza que encerraban en sus muros silenciosos la Escuela de Filón en Alejandría y en el Lago Mariotis, y las que Melchor tenía en Tebas, en el Monte Sinaí y sobre la cima del Monte Hor donde el Maestro mismo lo había visitado juntamente con Gaspar de Srinagar y Abbas de Pasagarda sucesor de Baltasar.

Venían también aquellos dos humildes esclavos, Eliacín y Shipro, que el Príncipe Melchor dio a Yhasua como auxiliares en la reconstrucción de la noble familia del Príncipe Ithamar de Hur, padre de Judá.

Ya no eran esclavos, sino hombres libres, *libertos* como se les llamaba en aquel entonces porque tanto Melchor como Judá les habían otorgado la Carta de Manumisión que les devolvía todos los derechos que da la libertad en los países civilizados.

Querían continuar voluntariamente entre los servidores de la familia de Ithamar cuyo jefe era el Príncipe Judá, el cual les había dado una licencia de seis meses para visitar su tierra nativa, Sinah, perdida entre las montañas y el oasis del mismo nombre situada al pie de la meseta norte del desierto de Libia.

Terminado ese plazo debían volver a Jerusalén, pues Eliacín era el mayordomo del Palacio de Ithamar y Shipro el Notario, encargados

ambos de prestar auxilio y amparo en toda circunstancia a los discípulos del Profeta Nazareno, que por una causa u otra se vieran en una situación difícil.

Y como en resguardo y escudo de defensa ante el Sanhedrín judío, su propietario había mandado colocar en el frontispicio de dicho palacio estas frases latinas que era la lengua de Roma: “*Nolo bellum sed pacem*” que traducida al castellano dice: “No quiero guerra sino paz”. Y el nombre en grandes letras doradas sobre fondo de ébano: *Quintus Arrius*.

Y en el pórtico de entrada en una placa de cobre, estas otras: “*Quisquis es hoc adis justa ac si trater meus, esset*”, que traducidas dicen: “Ven acá quien quiera que seas lo mismo que si fueras hermano mío”. Y otra vez el nombre: *Quintus Arrius*.

Y los nobles ex esclavos se sabían con la fuerza necesaria para sostener en todo momento lo que esas inscripciones significaban en aquella gran casa encomendada a su custodia.

Hechas estas aclaraciones respecto de los cinco hombres que habían desembarcado en Alejandría, y de los cuales allí quedaban Matheo, Zebeo, Eliacín y Shipro; seguiremos pasados dos días al velero “Albatros”, de la flota marina administrada por nuestro viejo amigo Simónides.

El final de la ruta sería la ciudad puerto del país de Barca en cuya capital, Cirene, les esperaría el Cheig Buya-Ben con una lucida escolta de lanceros, tal como correspondía a su hijo el Hack-Ben Faqui, a quien la Reina Selene había ascendido a primer ministro de su gobierno.

Situada Cirene en la parte más elevada de aquella cabeza enorme de gigante que avanza sobre el mar, o sea muy próxima a lo que es hoy *Derna* uno de los mejores puertos de aquella región, goza de tan hermosos panoramas, que para nuestros viajeros acostumbrados a los pobres puertos de Palestina, aquello debía resultar de una magnificencia extraordinaria.

Entramos con el lector a la opulenta Alejandría de las palmeras y los obeliscos, de los Templos enormes llenos de silencio y de penumbras donde los austeros hierofantes se deslizan como sombras mudas, con pasos que no hacen ruido.

Zebeo y Matheo se inclinaban a explorar esos sitios de historia milenaria, de igual manera que las Escuelas de Filón, la una en el centro de la gran Capital y la otra entre las palmeras y los platanos del Lago Mariotis.

Saben ellos de cierto que no encontrarán bajo aquellas naves que han soportado el peso de muchos siglos, nada más grande, más bello y puro que la que bebieron del corazón del Divino Maestro; pero es verdad también que para los espíritus inclinados a la investigación, al descubrimiento de bellezas más y más grandiosas, que el Divino Conocimiento

puede aportar a su insaciable archivo es casi una necesidad el remover ruinas y escombros de un lejano pasado, para descubrir las borrosas huellas de la *inteligencia humana* abriéndose paso con inauditos esfuerzos hacia un futuro ignorado, para lo cual le sirve acaso de poderoso impulso el bagaje recogido entre las ruinas de un pasado remoto.

Dejémosles pues, buscar, observar, inquirir, averiguar, y cuando cada uno de los discípulos de Yhasua haya llenado hasta el borde su ánfora interna, les volveremos a encontrar.

El más humilde de los viajeros interesa a nuestro lector amigo y seguiremos sus pasos, antes que a los demás: Shipro, el ex esclavo, el que Yhasua de veinte años consoló en el desierto, en el valle de las Pirámides..., en una noche de luna que brillantaba las arenas de las orillas del Nilo y hacía proyectar sobre ella la sombra oscura de las tiendas.

Vemos a Shipro, hombre ya de treinta y tres años que ha desembarcado en el puerto de Alejandría, y llevado su pequeño equipaje a la casa de Filón, vuelve al *Albatros* anclado allí por dos días para ayudar a desembarcar a la familia de su amo que es como su propia familia, y a su anciana madre, la Amra fiel que no ha querido aceptar su carta de manumisión y que solo pide servir a su señora hasta el último día de su vida.

Y en sillas de manos o literas descubiertas, alquiladas en el puerto, entre él y Faqui las llevaron a un alegre recorrido por los sitios más pintorescos de la ciudad de Ptolomeo.

Entre el laberinto de obeliscos, de monumentos, templos y jardines encuentran hermosos kioscos de venta de frutas deliciosas y delicados manjares propios de la región. Y en un ameno compañerismo como sólo en los viajes es posible encontrar, se sientan, en plena avenida de Alejandro Magno, ante las clásicas mesillas griegas rodantes a comer las incitantes viandas y frutas que les ofrece una mujer originaria de Tebas que, aparte de los mejores dátiles y las más llamativas pastas de huevos de avestruz entre dorado almíbar, tiene hermosos ejemplares de los grandes y perfumados lotos de Tebas, cuyas relucientes hojas sirven de abanico a las señoras excursionistas y dan sombra suave y fresca a lo más hermoso que los viajeros encontraron en la pintoresca tienda de la vendedora de Tebas.

Era su hija, jovencita de diecisiete años que cuando se acercaban clientes a la tienda de su madre, ejecutaba dulces melodías en su pequeña guzla de ébano y marfil para amenizar la comida de los que favorecían su pequeño comercio, mientras varios tordos de reluciente plumón negro con pecho de oro, la acompañaban desde su jaula con sus maravillosos gorjeos. (Es el ave que en los países occidentales se conoce por rey del bosque).

Aquella linda criatura cuya dulce fisonomía se confundía con el blanco mate de los lotos que casi la cubrían, era ciega, pero sus ojos de un castaño claro como sus cabellos aparecían limpios y brillantes, a pesar de no percibir nada del mundo que la rodeaba.

Noemí fue la primera en sentirse atraída hacia la dulce cieguita con quien de inmediato entabló conversación.

Supo que se llamaba Ninofre, que había quedado ciega por efecto de la caída a un precipicio, lo cual casi le costó la vida; su padre había muerto tres años hacía, y sola con su madre, la ayudaba con la atracción de su música a ganar para ambas el sustento diario. Vivían en el establo de un palacio en ruinas, en un suburbio de Alejandría, en el cual se cobijaban muchos que como ellas se sentían abandonadas a sus propias fuerzas.

El ingenio y el hábito de una vida mejor les habían dado fuerzas para transformar el establo de adobe y madera, en una limpia y confortable habitación en la cual nadie les había molestado en los tres años que llevaban de habitarlo.

Noemí, piadosa de corazón como la conoce el lector, quiso ver aquella pobre vivienda, y cuando llegó la hora de cerrar la tiendecilla del kiosco, la cieguita misma les sirvió de guía mientras su madre recogía los enseres y guardaba todo bajo llave.

Caminaron unos doscientos pasos por la avenida de Alejandro, hasta llegar a una gran balaustrada de mármol que cerraba los jardines de una mansión señorial. La cieguita palpó el grueso pilar esquinero y dobló por la callejuela que en él se abría, y al término de la cual estaba la imponente mole del palacio en ruinas, sobre la cual había innumerables leyendas de un pasado nebuloso y de trágicos recuerdos. Pero para los desamparados y huérfanos, todo eso es de segundo término, basta tener un techo que los cobije de la intemperie.

Faqui y Shipro seguían de buena voluntad a la piadosa Noemí, que recordando lo que el Hombre Santo hizo por ellas en la terrible hora de sus angustias, no podía ver el dolor de los demás sin que su corazón la forzara a remediarlos.

La madre de la cieguita cuyo nombre era Thames, no sabía como atender y obsequiar a las distinguidas damas que honraban con su presencia su mísera vivienda, en la cual el único lujo estaba en la limpieza y en las exuberantes plantas de lotos, de begonias y gardenias, que cual lascias colgaduras de esmeralda, embellecían todos los rincones. Y la linda cieguita, la dulce Ninofre, iba recogiendo a tientas las flores bien abiertas, los capullos prematuros para ofrecerlos a las visitantes, mientras Noemí abstraída en sí misma oraba sin palabras: “¡Señor, Dios de mis padres!... ¡Mesías ungido de Jehová!... ¡Haced que me sea concedida la dicha inefable de hacer felices a estas criaturas vuestras!...

Y se lo concedió la Bondad Divina, seguramente por intermedio del Hombre del Amor, de la Esperanza y de la Paz: Yhasua de Nazareth.

Parecióle oír que en el fondo de su alma resonaba la dulce voz de Yhasua diciéndole una de sus habituales frases: *“Espera y confía, que la hora de Dios llega para todo el que con fe la pide”*.

Cuando las visitantes quisieron retirarse, Thames y Ninofre las acompañaron hasta el barco, sobre cuya cubierta los niñitos de Thirsa jugaban alegremente bajo la vigilancia de su aya.

Noemí obsequió a la madre y a la hija con un pequeño bolso de seda que contenía monedas de oro y plata como para sustentarlas un año, y les prometió en nombre de Dios que no las olvidaría nunca.

Y al caer de esa misma tarde, Eliacín y Shipro se despidieron de la familia que debía continuar viaje a Cirene, y se encaminaron como distraídamente hacia extramuros de la populosa capital. Las amarillentas arenas del valle de las Pirámides comenzaban al pie mismo de las imponentes murallas.

Y en el alma buena y sencilla de aquellos dos hombres comenzó a levantarse como una bruma lejana el recuerdo de otros días, de otro tiempo..., de catorce años atrás cuando un doncel rubio de claros ojos, de túnica blanca y manto azulado, les prendía el alma de su adorable persona hasta el punto de no poder explicarse ellos mismos la irresistible fascinación. Y en silencio seguían caminando. La noche descendía sobre las tibias arenas del Nilo, murmuraba canciones como un suave romperse de cristales cuando los remos de algún botelero castigaban sus aguas, la claridad de la luna diseñaba en sombras sus dos siluetas sobre la arena, y ellos no detenían la lenta marcha silenciosa.

—¡Era aquí! —dijeron los dos al mismo tiempo.

—¡Sí, era aquí! —añadió Shipro, con la voz temblorosa por la intensa emoción que lo sacudía fuertemente.

Y sin poderse contener cayó de rodillas y doblando su esbelto cuerpo, hundió su frente en la arena.

Un profundo sollozar agitaba dolorosamente aquel cuerpo doblado sobre la arena, mientras Eliacín le miraba con sus ojos húmedos de llanto que no dejaba correr.

Él no conocía ni nunca supo la escena aquella de Yhasua y Shipro que lloraba abrazado al cuello de su camello, pero comprendía muy bien que la emoción de su sobrino tenía por única causa el recuerdo imborrable del Profeta Nazareno que años atrás y en una noche como esa había abierto la tienda del Príncipe Melchor donde Él se cobijaría; que sobre ese mudo mar de amarillenta arena, había Él paseado silenciosamente en una noche de insomnio, dejando flotar sus pensamientos como alas de luz que subían y bajaban desde las tibias arenas a la azul inmensidad infinita.

De pronto vio a Shipro levantarse y mirar con azoramiento hacia atrás, tal como si hubiera sentido que una invisible mano lo alzaba del suelo...

—¡Qué alucinación la mía! —exclamó—. ¡Creí que el mismo Príncipe de David, me mandaba levantar!...

—¡Cuán lejos está de nosotros! —dijo Eliacín—. Y tú, siempre niño sentimental, te das a alimentar ilusiones que nunca pueden llegar a la realidad. Ya has pasado de las tres decenas de años y debes pensar seriamente en el porvenir.

“Tu madre no vivirá siempre, ni tampoco yo, y cuando no tenemos ya la atadura de seda de unos amos. ¿Qué harás de tu vida solitaria en adelante?

—¿Acaso no estamos destinados a cuidar y conservar el palacio de Ithamar en Jerusalén? Allí es nuestra casa —respondió Shipro.

Hubo un silencio de meditación en que ambos interlocutores huían de mirarse el uno al otro. Un mismo pensamiento se les había clavado en la mente, pero ninguno tenía el valor de expresarlo con palabras.

Era el recuerdo y la imagen de la dulce cieguita del kiosco de Alejandría tocando la guzla y de su madre Thames que la contemplaba con tristeza y con amor. ¿Por qué les venía como un rayo de luz aquel pensamiento? ¿Quién diseñó en esos momentos en su horizonte mental aquellas dulces y a la vez austeras imágenes?

Y Shipro, de gran imaginación y de viva sensibilidad, seguía recordando escenas emotivas y tiernas en que el Príncipe de David, como él llamaba a Yhasua, había actuado como un arcángel de amor y de luz reuniendo corazones y vidas... Allá en Antioquía donde vio celebrar en el suntuoso comedor de un palacio de Epífanos convertido en la hospedería “Buena Esperanza”, los esponsales del Príncipe Judá con Nebai; del Hack-Ben Faqui con la amita Thirsa. Saliendo de pronto de su meditación silenciosa y como si hablara embelesado con alguien que sólo él veía, clamó con una voz que lloraba:

—¡También para mí tienes, señor, rosas y mirtos de Antioquía!..., ¡también has encontrado un amor para mí!...

—¿Qué estás diciendo, Shipro, y con quién hablas si no es conmigo?

—¡Yo solo me entiendo, tío Eliacín! ¡Acabo de pensar en que debo pedir a Thames la mano de su hija Ninofre para compañera mía!

—¡Pero, hijo mío..., esa pobre cieguita!...

—¿Y qué hay? ¡Desde que Él subió a los cielos yo estoy llorando mi soledad y no encontré nunca nada que pudiera suavizarla hasta este momento en que parece que este lugar, estas arenas mudas, este rumor del río, la sombra de las pirámides, hubiera traído de nuevo aquí mismo al Príncipe de David que contesta a mis amargas quejas con la

imagen de la dulce niña ciega, sola y desamparada en la vida! ¿No estás de acuerdo, tío Eliacín?

—¡Shipro... Shipro!..., la vida es larga y es dura para vivirla en soledad. Si ese es el único camino que has encontrado para defenderte de la soledad..., échate a andar por él, y que Dios sea contigo.

Ya adivinará el lector, la feliz terminación de este romance iniciado en la soledad de una noche en el desierto del valle de las Pirámides, entre las arenas silenciosas plateadas por la luna y la nostalgia de amor de un joven, que fue un doliente esclavo y que en la plenitud de su vida pedía a los cielos un mendrugo de dicha y de amor para su vida humillada y solitaria.

Las bodas de Shipro con la dulce cieguita Ninofre las bendijo el anciano Príncipe Melchor, en el gran recinto de oración que Filón había instalado en su propia morada, anexa al Museo y Biblioteca de Alejandría. Y cumplido el plazo concedido por el Príncipe Judá, tío y sobrino con su esposa y Thames su madre, regresaron a Jerusalén donde la frase aquella grabada en bronce por el Príncipe Judá en el pórtico de su palacio, adquiriría resplandores de claridad divina: *“Ven acá, quien quiera que seas, lo mismo que si fueras un hermano mío”*.

¿Quién sino el divino amor de Yhasua, podía decir esas frases al oído de aquellas dos mujeres abandonadas a sus propias fuerzas?

Las palabras del Hijo de Dios dirigidas a una doliente muchedumbre desde una colina galilea se cumplían una vez más. *“Si amáis a vuestro Padre Celestial y camináis por su Ley, de los guijarros del camino sacará el pan si faltase en vuestra mesa”*.

Sigamos a Hack-Ben Faqui dos días más tarde hasta Cirene donde según ya dijimos le esperaría el Cheig Buya-Ben, su padre, y una escolta de Lanceros, de aquellos mismos que un año antes estuvieron en Palestina para subir al Trono de David y Salomón al Profeta Nazareno que quiso ir a la muerte para sellar con su sangre la doctrina del amor fraterno que había predicado con su verbo de fuego y con sus obras maravillosas.

La capital del país de Barca o Cirenaica era en aquel tiempo una ciudad pequeña y pobre en monumentos comparada con Alejandría, que los viajeros acababan de visitar; pero la exuberancia de la vegetación que corona sus montañas y dan sombra suave a sus honduras y valles, suple en gran parte la escasez de monumentos grandiosos, obra del hombre. Las casitas blancas escalonadas en montañas y colinas hasta perderse de vista a lo lejos daban risueño aspecto a Cirene, que por entonces era la ciudad-puerto de la brava raza tuareg y la puerta, digámoslo así, por donde esa nación perdida entre las arenas del gran desierto de Sahara se comunica con el mundo exterior.

Todo su poderío estaba concentrado en el Desierto. Más allá de la

meseta de Cirenaica nadie sabía lo que había entre el impenetrable laberinto de rocas gigantescas que se levantan entre las ondulantes dunas como ciclópeos monumentos que una raza de gigantes hubiera levantado al solo capricho de su voluntad y por arte de magia. Ya eran promontorios negros cortados a pico como si fueran recortes de un misterioso templo abandonado o de fortalezas erigidas en la noche de los tiempos, y que cataclismos desconocidos por la historia los hubiera resquebrajado sin conseguir destruirles por completo.

Para los que contemplamos estos panoramas desde otro punto de vista y con otros lentes, la imaginación nos lleva de inmediato a las lejanas edades prehistóricas, cuando el continente africano aún no había emergido por completo del seno de mares ilimitados, en cuyas profundidades se gestaron aquellas moles gigantescas que miles de años después formarían el anchuroso e impenetrable Sahara donde se refugiaron los sobrevivientes de la destrucción de Cartago.

En estas ásperas regiones de arenales interminables y de ciclópeos peñascales, pretendía el Hack-Ben Faqui sembrar los místicos rosales de amor de Yhasua a quien él llamaba *lirio de Jericó*.

¿Qué maravillosos prodigios debería realizar el amor de los que quisieron empujar el arado para abrir los primeros surcos?

¿Con qué contaba Faqui para realizar esa obra estupenda?

Soñaba sin duda con que la Hija del Sol, la mujer blanca y rubia de vestido azul aparecida sobre el peñón de Corta Agua en edades que el tiempo había borrado de la memoria de los hombres, volvería sin duda a su llamado para plasmar en las arenas y en los peñascos de esa tierra el sueño genial del Profeta Nazareno: “el amor fraterno que hará la dicha de la humanidad”.

Y la mujer de túnica azul, Solania la Matriarca de Corta Agua se acercó a Faqui, instrumento de la Eterna Ley de esa hora para la iluminación del Continente Africano. Y los místicos rosales del Cristo fueron sembrados y cultivados hasta su florecencia maravillosa, entre las arenas interminables y los monstruosos peñascos que formaban aquel impenetrable laberinto de rocas.

Apenas llegado el Hack-Ben Faqui a su tierra natal, contemplando desde la terraza de su casa-fortaleza la vasta extensión del desierto que se extendía al pie de la meseta roqueña en que se asienta Cirene, en un suave y dulce anochecer, se sintió como transportado fuera de su cuerpo a un sereno ambiente que trascendía a cielos de amor y de claridad deslumbrantes.

Le pareció que soñaba y que su sueño estaba iluminado por dos presencias ultra-estelares, supra-terrenas: Yhasua de Nazareth y Solania... la Hija del Sol, como los Tuaregs la llamaban, y ambos en el desierto y

los peñascos, y ante sí veía un arado negro de hierro y un voluminoso saco de semillas prontas para la siembra.

Cuando salió de su meditación, ¡quién sabe cuánto tiempo había pasado!, la luna estaba en el cenit y su luz diseñaba claramente la amarillenta sabana del desierto sin fin, salpicada de puntos negros como fantasmas tétricos con el capuchón calado.

Eran los peñascales monstruosos que en las futuras edades servirían de refugios y fortalezas donde los primeros ermitaños de Cristo se esconderían de los lobos voraces que despedazando cuerpos y segando vidas, creían matar la idea divina de Cristo: la igualdad, la fraternidad, el amor sobre todas las cosas de la tierra.

Algo más encontró Faqui al despertarse de su sueño: a su hijita Selene que le seguía a todas partes y que no quiso dormir sin dar a su padre el beso de la noche. Y habiéndole encontrado tendido a medias en un canapé en el kiosco de la terraza, se tendió a sus pies y se quedó dormida.

—He aquí la primera conquista —dijo Faqui a media voz, al ver a la niña.

Y ella sin despertarse le contestó: “—Sí, la primera que abrirá la puerta de un Templo cristiano y formará discípulos capaces de morir por la fe de Cristo”.

Faqui se arrodilló ante el canapé y le tomó las manitas que estaban muy frías.

—¡Selene! —le dijo muy bajito, casi en un susurro— ¿Quién te hace hablar así?

—Esos dos que viste en tus sueños. ¿Tú que sentiste sobre tu espalda el peso de la cruz de Cristo, no tendrás la fuerza para soportar la carga del sembrador entre las arenas y los peñascos?

El príncipe africano abrazó llorando a su hija, mientras le decía suavemente al oído:

—Sí, Selene, tendré fuerzas..., mucha fuerza porque tú, ángel mío, irás guiando mi arado.

La niña se despertó y ambos bajaron al primer piso, donde estaban las alcobas. Después de dejar a Selene en su lecho, Faqui continuó su paseo solitario por la galería, cuyos arcos bajos y gruesos pilares cortaban con anchas franjas de sombra el pavimento de blancas losas. No podía apartar de su mente la visión de su sueño. Y el sueño había huido de sus ojos y viendo luz en el pabellón que ocupaba su padre, se dirigió hacia allá.

Le encontró sentado ante la enorme mesa de su despacho en la que tenía extendidos algunos mapas, en los cuales hacía señales con un punzón.

—Vienes a punto, hijo, para darme luz, tú que vienes de ver al que trajo la luz a este mundo —le dijo Buya-Ben.

—¿Qué pasa? —preguntó Faqui, inclinándose sobre los mapas que su padre revisaba.

—Tengo aviso que una caravana de Nubios de la tercera Catarata avanza sobre el desierto, después de una sangrienta riña entre varias tribus que se disputan la supremacía de esa región.

“La tribu vencida es la que avanza hacia nosotros. Son de Dongola y traen un buen contingente de lanceros y abundante rebaño, por lo cual es de suponer que pensarán acampar junto al Oasis de Kufra, pues que no hay otro lugar de agua para beber.

Faqui miraba y callaba.

—¿Nada dices tú? —le preguntó su padre viendo que el silencio se prolongaba.

—Pienso —dijo Faqui—, en que para llegar al Oasis de Kufra, deben pasar por nuestra zona de unión en el desierto de Sahara. ¿No es así?

—Justamente.

—Y piensas mandar un escuadrón de nuestros lanceros para que les impidan la entrada.

—No un escuadrón, diez escuadrones y otros tantos de arqueros —respondió enérgicamente Buya-Ben, levantándose nervioso ante la pasividad de su hijo que parecía no dar mayor importancia al asunto.

—¡Padre!... ¿Irás tú al mando de ellos?

—Si tú no quieres ir, iré yo. Sabes que la nación Tuareg ha confiado a nosotros la vigilancia de la entrada al Desierto, que es la única patria que nos ha quedado y el Oasis de *Kufra* es la segunda puerta de entrada. La primera, *Audjila*, está bien guardada, pero la de Kufra está casi desguarnecida, pues estando tan adentro, no se esperaba invasión de los vecinos. Es urgente proceder.

—Iré yo al mando de las tropas —dijo sencillamente Faqui—. ¿Cuándo hay que salir?

—Mañana al salir el sol.

—Estaré listo. Creo que puedes descansar en mí. No quedarás descontento.

—Gracias, hijo. Nuestros jefes confían más en ti que eres joven, que en mí que ya me blanquea la cabeza. Y ellos esperan que tú irás al frente. Todo está preparado para el amanecer.

—Bien, padre. Hasta la vuelta.

—No, hijo; hasta luego, porque yo les despediré en los cuarteles.

—Hasta luego, padre —respondió Faqui saliendo de la habitación.

—Creí que su corazón se había vuelto de miel con el acercamiento al Príncipe de David —murmuró—. ¡Yhasua, Yhasua!... ¡Los lobos te devoraron porque eras un vaso de miel!... ¡Los lobos precisan la flecha, el hacha y la lanza, porque si sangre quieren beberán la suya propia!...

¡Arcángel de Amanai!... ¡Hija del sol, invencible como las rocas de nuestro desierto!... ¡Sea con mi hijo para exterminar a todos los lobos de la faz de la tierra!”

Y exhalando un gran suspiro Buya-Ben apagó los cirios de su despacho y pasó a su alcoba de reposo.

Faqui penetró en la suya y sin desvestirse se tiró en su diván.

Sentía la suave respiración de Thirsa y de sus hijitos dormidos. Ellos ignoraban que a la madrugada siguiente él saldría rumbo al desierto a marchas forzadas, al frente de veinte escuadrones de arqueros y lanceros a enfrentarse con otros tantos guerreros, que sin pedir licencia de pasaje pretendían penetrar en sus dominios de arenales y de peñascos. Eso solo habían dejado a los Tuaregs los invasores de la civilizada Europa, y hasta eso les disputaban hombres de su propio continente. Pero este pensamiento, no alteró la tranquilidad de Faqui.

Pensó en el sueño que había tenido esa misma noche y le pareció que aquel negro arado de hierro y aquel gran saco de simiente era un presagio del trabajo que debía realizar dentro de pocos días.

De Cirene al Oasis de Audjila, tenía cinco días de marcha y de allí a Kufra, siete días más. Dentro de doce días estaría frente a las tribus dongolesas que expulsadas de su tierra nativa, en las cataratas del Nilo, pretendían establecer sus tiendas en los dominios Tuaregs.

Y no obstante la tenacidad dura de estos pensamientos, Faqui se quedó dormido.

Y la visión de la primera hora de esa noche volvió a presentársele, aunque con detalles diferentes; vio de nuevo a Yhasua de Nazareth tal como le vio a la orilla del Mar de Galilea cuando se despidió de todos para entregarse al seno del Infinito, al Reino de Dios.

Estaba de pie con la mano luminosa puesta sobre el negro arado de hierro, mientras la mujer blanca y rubia del vestido azul tenía en su diestra una antorcha de dorada luz y ambos en actitud de emprender la marcha.

Y Faqui comprendió que le decían: –“Vamos contigo”.

Se despertó y de un salto se puso en pie porque la gran claridad le anunciaba ya muy entrado el día. Pero era sólo el reflejo de su sueño..., el resplandor dejado en el subconsciente por la antorcha de Solania, pues aún la noche luchaba con los primeros albores de la madrugada.

Apresuradamente vistió su ropa de campaña y mirando un momento a los suyos que dormían, salió sin hacer ruido hacia los cuarteles. En el trayecto encontró a su padre que con sus dos más fieles asistentes, caminaba también hacia los cuarteles.

Los guerreros en alegres corrillos, comían apresuradamente junto a las hogueras y Faqui compartió con ellos el sustancioso desayuno: carneros

asados y huevos de avestruz cocidos al rescoldo, con buen vino de Creta que el viejo Buya-Ben reservaba para estas ocasiones culminantes, en que según él se jugaba la vida de la nación y de la patria.

Y comenzó la partida de dromedarios y camellos cargados con pan y carnes saladas, quesos y frutas secas lo bastante hasta llegar a Audjila y Taiserbo únicos sitios en que podían renovar la provisión.

Faqui, los asistentes y oficiales hacían las travesías en caballos de Arabia, pequeños, veloces y resistentes, y el resto de la tropa en mulas, asnos y camellos, según el rol que desempeñaban en la campaña.

—¡Hijo mío! —le dijo Buya-Ben a Faqui al abrazarle en el gran portalón de la Fortaleza—. No sé si te mando a la muerte o a la vida, pero sé de cierto que te mando a la gloria. A tu ingenio están confiadas las puertas de nuestra patria: el desierto. ¡Si sabes guardarlas, Amanai, la Reina y la Nación te cubrirán de gloria!

“¡Que Amanai sea contigo!”

Faqui sin hablar, besó la frente de su padre y saltó sobre su caballo, que salió a carrera tendida por el camino del sur.

Muchos siglos antes, la Maga de los cielos, la Luz Divina, había recogido esa misma visión, pero arrancando desde las murallas que rodeaban el Santuario de Mujeres Kobdas en Neghadá sobre el Delta del Nilo. Muchos siglos separaban esos dos escenarios pero el personaje central era el mismo: Marván, caudillo de Artinón y Faqui de Cirene.

¡Oh! la divina Psiquis, eterna viviente, ante quien resbalan los siglos como bolillas de cristal que dejan en ella apenas un leve rastro, tal como las arenas del desierto en la Esfinge de Gizeh.

Cuando calculó Faqui que ya no se percibían los torreones de la fortaleza donde quedaba su nido hogareño, detuvo la marcha de su caballo y se apeó para tomar un breve descanso. Los dos asistentes de su padre le doblaban la edad y comprendían el esfuerzo de aquel joven muchacho para dejar cuanto de halagüeño tenía en su vida y lanzarse a una peligrosa campaña en pleno desierto. Se extrañaban grandemente de verlo alegre y confiado.

—¿Tienes el augurio de triunfo? —le preguntaban.

—Sí, y el más completo que puedo tener en mi vida —contestaba él.

Al llegar a la montaña de Djarabu, rica en cacería, los arqueros hicieron buena provisión de cabras salvajes, codornices y gallinetas, y ya no debían detenerse sino para comer y dormir hasta el Oasis de Audjila, uno de los más grandes y hermosos a la entrada del desierto. Era la primera puerta donde una buena guarnición ocupaba el fortín.

Allí tuvieron la noticia de que las tribus nómades estaban acampadas a la altura de la segunda Catarata, a cuarenta millas al sudeste de Cebabo, población situada al sur del oasis de Kufra, formada por elementos

dispersos de varias razas y tribus. Dicha población era amiga de los Tuaregs que la defendían de posibles agresiones de los vecinos, y que vivían de la cacería en las montañas vecinas. Continuaron la marcha hacia el sur seis días más hasta Kufra.

Encontraron que una tercera parte de la población estaba atacada de una epidemia que allí le llamaban cólico negro, y que seguramente provenía de ingerir carnes de animales salvajes mal condimentadas o en estado de descomposición.

Faqui recordó en el acto su estadía con Judá al otro lado del Jordán, donde se albergaban los fugitivos de Judea, y pensó como entonces había pensado: “Si estuviera aquí Yhasua, el hijo de Dios, qué maravillas obraría entre estos infelices que se van muriendo uno a uno sin que nadie detenga su mal”. Y se sentó sobre una piedra y apoyó la cabeza entre sus manos. De pronto percibió esta idea, que parecía tener alma y voz:

—*¡Cúrales tú, que bien puedes hacerlo en nombre mío!*”

Se levantó prontamente y miró a su alrededor. No vio a nadie, pero una oleada poderosa de amor lo hizo estremecer en una conmoción profunda, hasta el punto de que abundantes lágrimas corrían de sus ojos.

—“Él está aquí –pensó– y me dará el poder de salvar a todos estos infelices”.

Y sin detenerse un momento más, mandó llenar odres y cántaros con agua del oasis y ayudado por sus guerreros fue haciéndoles beber a todos los atacados de la epidemia a los cuales decía:— “Ha bajado a la tierra que acabo de visitar un arcángel de Amanai que alivia todos los males. Creed en él y amadle, y yo os juro por Amanai que seréis todos curados”.

Al siguiente día los enfermos no se quejaban de dolor alguno y la salud volvía la alegría a todos los corazones.

Los guerreros de Faqui estaban tan maravillados como los pobladores de Cebabo y decían:

—Este hijo de Buya-Ben aprendió la sabiduría de un antiguo rey de Palestina que se llamó Salomón, que fue amado por la más grande reina del África, Saba, la heroica”.

Los más íntimos, o sea los oficiales Tuaregs, decían a su vez: “¡Qué necesitamos nosotros de la sabiduría de un rey extranjero si tenemos la Hija del sol que convirtió en Oasis los peñascos del desierto!”

Sólo Faqui callaba, porque era el único que sabía la verdad: El amor del Cristo, Hijo de Dios, se extiende lo mismo en las doradas ciudades que en las miserables aldeas, y ha visitado Cebabo con su piedad infinita y les ha salvado a todos porque ha comenzado la siembra en los peñascales del desierto.

Todos querían saber cómo deberían hacer para establecer relaciones con ese arcángel de Amanai que tan piadoso se mostraba con ellos.

Y Faqui tuvo la idea feliz de colocar en el mismo Oasis de Kufra una gran piedra plana sobre dos soportes de granito, a la sombra de la más grande palmera cercana a la fuente de dulces aguas. Y con dos troncos de árboles formó una cruz recordatoria del sacrificio de amor que el Salvador de los oprimidos había ofrecido a Amanai en defensa de la fraternidad entre los hombres. Y dijo a la población: “Aquí vendréis a resolver vuestras cuestiones sin sangre, a elegir vuestros jefes y a orar para que vuestros muertos entren en la luz de Amanai. A ese precio pagáis el beneficio de la salud y la vida que acabáis de recibir”.

Había llegado Faqui al término de su viaje y el Oasis de Kufra se pobló de tiendas, de lanzas, de mástiles en que ondeaban gloriosamente las banderas de los veinte escuadrones de caballería que le seguían. Tres días y tres noches llevaban entre los ardientes arenales y los peñascos mudos cuando uno de los centinelas avanzados llegó con la noticia de que las tribus dongolesas se habían puesto en marcha hacia el oeste y que una delegación de ellas se acercaba a toda carrera levantando nubes de arena.

Faqui dio las órdenes del caso y sus diez mil guerreros formaron como una muralla viva al pie del laberinto de peñascos que marcaban el lindero a media milla al este del Oasis de Kufra.

Faqui, como una estatua de bronce, envuelto en su manto azul, esperaba sentado bajo su dosel de campaña. Su pensamiento rememoraba sus sueños de aquella última noche en Cirene y pensaba sin palabras: “Yhasua, hijo de Dios, has grabado a fuego en mi corazón tu mandato: No matarás. Acabas de devolver la vida a los apestados de Cebabo para enseñarme lo que valen las vidas humanas. ¿Cómo pues los acontecimientos me ponen en el caso de cortar vidas humanas por unos estadios de arenas y peñascos? Ante este terrible dilema juro, Yhasua, que haré como tú, me entregaré a la muerte antes de ordenar la muerte para esos millares de seres que corren hacia mí”.

Y su serenidad se hizo más profunda. Él mismo llegó a creerse que se había convertido en un peñasco como esos que le rodeaban.

—Que se acercan..., que ya se les distingue claro, que ya se les puede contar —le decían inquietos y bravíos los jefes de escuadrón—. Ordena cargar, por Amanai, que si no, nos arrollarán.

—Dejadles llegar —decía Faqui tranquilamente.

Cuando estaban a trescientas brazas, vieron que la delegación delantera levantaba banderas blancas que el viento del desierto agitaba como cien oriflamas. Entonces Faqui arrojó la lanza en que estaba apoyado y sin pensar que le rodeaban muchos centenares de hombres, cayó de rodillas sobre la arena y levantando al cielo sus brazos exclamó con la voz estremecida por la emoción:

—¡Yhasua, hijo de Dios!... ¡Acabas de salvarme la vida que te había ofrecido por cumplir tu mandato soberano y eterno: *No matarás!*

Y sobreponiéndose a la profunda emoción que le embargaba, mandó levantar también bandera blanca y sentándose nuevamente bajo su dosel, esperó.

Venía el Sfaz mayor de las tribus con un centenar de guerreros y precedido de seis hombres trayendo un cofre de piedra blanca que pusieron en tierra delante de Faqui.

El Sfaz, joven aún, se acercó a Faqui y le tocó el pecho con la punta de su lanza. Era el saludo de amistad.

Faqui le tendió sus dos manos y el apuesto guerrero dongolés se las besó con entusiasmo diciéndole en su lengua nativa:

—*Soy tu hermano.*

A Faqui se le llenaron los ojos de lágrimas y le contestó también:

—*Soy tu hermano.*

Todas las lanzas cayeron a tierra y los dos Jefes deliberaron.

El dongolés abrió el cofre de piedra, y Faqui y sus oficiales vieron con asombro que estaba lleno de barras de oro y de piedras preciosas, que brillaban como ojillos inquietos a la luz radiante del sol.

—Es nuestro homenaje para la Reina Selene a la cual pedimos nos acepte como pueblo amigo que ocupará en el desierto el lugar que ella nos marque. En esta piedra firmamos la paz —y del fondo del cofre sacó una delgada lámina de mármol y un punzón de hierro y estampó su nombre bajo unas frases que decían:

“Súbditos de la Reina Selene hasta la muerte”.

Faqui firmó también y un gran abrazo unió a las dos razas, bajo el sol del desierto de Sahara.

* * *

Sigamos, lector amigo, los pasos de los dos discípulos íntimos del Divino Maestro, Zebeo y Matheo, que quisieron por libre voluntad desenvolver sus actividades en el África Norte.

Con el anciano Príncipe Melchor y Filón de Alejandría por guías más inmediatos en el escenario en que se encontraban, podemos pensar que una buena orientación encaminó sus primeros pasos.

Ambos sentían ese deseo incontenible de explorar campos ocultos, desconocidos, porque la palabra de fuego de su Maestro les había hecho entrever maravillosos enigmas en el vastísimo campo relacionado con el Infinito y con las almas emanadas de Él. ¡Y los países del Nilo eran ese campo!

En las palabras finales pronunciadas al oído por el Maestro la noche de su despedida, después de la última cena en el palacio Henadad, les había dicho a cada uno de ellos dos:

“Yo os acompañaré a abrir surcos y sembrar mi doctrina en la tierra en que nació la Civilización Kobda, donde vosotros y yo la hemos sembrado en aquellas edades. Allí encontraréis los rastros de nuestra propia huella”.

Estas palabras que el Maestro les había dicho en secreto cuando iba a entregarse a la muerte, tenían para ellos la fuerza de un mandato supremo, al cual ellos no podían nunca dejar de obedecer.

He ahí porque tenían para ellos irresistible atracción los países que riega el Nilo, los oasis y las arenas del desierto, la legendaria tierra de los templos como fortalezas y de los mausoleos monumentales que el tiempo ha respetado y millares de siglos se deslizaron sobre ellos sin herirlos, tal como el agua de las lluvias resbala suavemente por un plano inclinado de transparente cristal.

Melchor y Filón sabían bien lo que significa para el discípulo la insinuación de un Maestro como aquél, que al oído, en secreto, y casi al borde de la tumba, les dejaba en recuerdo suyo esa dulce promesa: *“Yo os acompañaré a abrir los surcos y sembrar mi doctrina en la tierra en que nació la Civilización Kobda, donde vosotros y yo la hemos sembrado en aquellas edades”*.

Y así encontraron ellos en ambos maestros el más firme apoyo para cumplir valerosamente la insinuación del Divino Maestro.

Y podemos ver al príncipe Melchor, que llevado en litera porque sus cansados pies se negaban a sostenerle, sirviéndoles de conductor a los milenarios templos de Menfis y Tebas, que ruinosos algunos y medianamente restaurados otros, aún podían ofrecer entre las reminiscencias de pasados esplendores, los misterios y secretos de la más antigua Sabiduría. La misma Sabiduría que alumbró bajo las tiendas movibles a los Patriarcas nómadas allá en la noche remota de los tiempos que fueron, a la vera de los oasis del desierto, o bajo la sombra de las palmeras, o en la cima de los montes donde levantaban su ara de piedra para quemar incienso de adoración al Altísimo, a la luz del amanecer o al crepúsculo vespertino.

La misma Sabiduría que alumbró las noches meditativas de Moisés, el hijo oculto de la princesa Thimetis, en la aurora de su vida misionera de la Verdad, de la Justicia y del Amor.

La misma Sabiduría que muchas edades atrás hizo grabar a Hermes, primer maestro de la Escuela Egipcia, en frases que las piedras han conservado:

“Escuchad en vuestro interior y fijaos en lo infinito del Espacio y del Tiempo. Allí resuena el canto de los Astros, la voz de los Números, la armonía de las Esferas”.

La misma Sabiduría que llenó de gloriosa luz la vida de Pitágoras el sabio de Samos, que bebiera en los templos de Menfis y de Tebas la divina

claridad con que iluminó a Grecia antigua, la desposada de Orfeo y de Apolo, en los éxtasis radiantes bajo las naves del Templo de Delfos.

El Árbol Genealógico del Príncipe Melchor lo presentaba a los asombrados ojos de Matheo y de Zebeo como una rama directa del Gran Sacerdote de Menfis, Membra, el que inició a Moisés en los caminos de la Divina Sabiduría. Membra, el Pontífice de Osiris, estuvo unido por amor en su primera juventud con una hermana de Ramsés I, lo cual le hacía tío político de Ramsés II sobre el cual tuvo gran ascendiente. En la larga nómina de progenitores de Melchor aparecía al final este nombre: Pthamer, Hierofante de Menfis, y como hijo único suyo *Melchor Amasis de Heliópolis*. Por la línea materna su genealogía se remontaba más lejos, hasta los lindes nebulosos de la Prehistoria y había una mezcla en su sangre.

Descendía de una nieta de Beni-Abad el Caudillo-Kobda, origen de la civilización de la Arabia de Piedra. Esta descendiente de la dinastía de los Abad del Arab prehistórico se llamaba *Zurima*, que tomada como esclava en una invasión de guerreros del Mediodía europeo, fue esposa del príncipe Elhizer de Ethea, descendiente de los Samoyedos del Ponto Euxino, que reinaron en Hisarlik, la opulenta capital de la antigua Troya.

Y al extremo de una ramilla de su árbol genealógico materno aparecía entre un rojo capullo el nombre de su madre, hija tercera de Aramed, rey de Arabia Pétreo.

Del príncipe samoyedo Elhizer, traía Melchor sus ojos de ámbar de dulce mirada que contrastaban con su piel trigüeña mate, de viejo papiro antiguo. Era pues descendiente por línea materna de una princesa árabe de la primera dinastía de los Abad y de un príncipe sardo de los Samoyedos fundadores de Hisarlik sobre el archipiélago Egeo. Tenía pues en su naturaleza física la mística profundidad de los hierofantes egipcios, la vehemente emotividad de los árabes y la suave dulzura de los bardos de Hisarlik.

Esta disertación genealógica de Melchor de Heliópolis viene para que el lector pueda comprender cómo podía ser él, un introductor fácil en los antiguos templos de Menfis y Tebas, para nuestros dos humildes discípulos de Yhasua de Nazareth.

Él había introducido también a Filón, cuando supo que éste soñaba con escribir para el mundo futuro, la historia de Moisés desde los comienzos de su grandiosa misión de conductor de almas.

¿Dónde podía encontrar la huella luminosa del gran Taumaturgo, del iluminado Legislador, sino en los antiguos templos de Menfis y de Tebas donde él se había formado en su faz espiritual?

Y así, en calidad de visitantes, no de aspirantes a novicios, introdujo a Zebeo y a Matheo hasta donde la ley del Templo permitía a los que no

tenían la idea de permanecer allí, bajo las severas pruebas de los que aspiraban al Sacerdocio.

—Vosotros sois ya sacerdotes del Cristo, triunfador eterno por encima de todas las religiones del más remoto pasado —deciales Melchor, mientras descansaban en los primeros pórticos donde una estatua de Isis cubierta por el velo aislador del mundo externo y con el índice sobre los labios, era un símbolo de mármol de la soledad y del silencio, primera prueba que debían aceptar los aspirantes a la iniciación en los misterios de la Antigua Sabiduría.

A pesar de tales palabras, no podía libertar por completo a los visitantes palestinos de la fascinación poderosa que ejercían en su espíritu aquellos templos monumentales, aquellas naves de mármoles enmohecidos por el hálito de los siglos, aquellas columnas gigantescas, al lado de las cuales un hombre parecía una hormiga deslizándose sin ruido y sin que nadie apercibiera su presencia entre aquellas penumbras silenciosas, como si fueran la emanación de tantos bloques de piedra fría y muda que les rodeaba por todas partes.

Grabados en columnas y galerías, hierofantes blancos encapuchados de los cuales no aparecían ni rostros ni manos, símbolo del anulamiento absoluto y completo; cariátides veladas de ojos cerrados y coronadas de lotos, la flor de la castidad; todo, absolutamente todo les hablaba de silencio, de soledad, de renunciamiento tan absoluto y profundo que parecía querer llevarles al aniquilamiento, a la nada, a dejar de ser. ¡El alma sentía frío, espanto y terror!

Todo tenía allí la rígida serenidad de las Pirámides, el enigma impenetrable de la Esfinge. Un hálito de misterio se cernía por todas partes y algo así como el roce imperceptible de alas que se agitaban en la sombra iba produciendo en ambos visitantes una soledad de agonía, de sepulcro, de muerte. Y Zebeo, más joven y más sensitivo se arrodilló a los pies de Melchor sentado en su sitial, y posando la cabeza sobre sus rodillas lloró silenciosamente

—¡Príncipe Melchor! —le dijo a su vez Matheo—. Esto no es la orilla del Mar de Galilea, ni las grutas del Tabor, ni el Cenáculo de Yhasua en Nazareth... Aquello era la vida glorificada por el amor del Maestro y esto es la muerte. Salgamos de aquí, porque creo que lloraré también como Zebeo. ¿Y qué haríais con dos niños llorando?

El anciano príncipe, que había abrazado la cabeza de Zebeo y estrechaba la mano de Matheo, les dijo, lleno de emoción:

—Sabía yo muy bien que esta tremenda impresión recibiríais aquí, pero accedí a vuestro deseo, para que vosotros, misioneros de Yhasua, el Cristo del Amor, de la Esperanza y de la Fraternidad, seáis capaces de comprender la infinita sabiduría de la Ley Divina que da a cada etapa

de la Evolución lo que puede asimilar y es adaptable a la humanidad de esa época.

“Aquí no está la dulce vibración de Yhasua, el serafín del Séptimo Cielo de los Amadores. Aquí no está la vibración tiernísima del laúd de Myriam cantando salmos como gorjeos de alondras...

“En esta espantable grandeza de piedra, templó Moisés su alma de hierro que lo hizo más fuerte que los Faraones, y más duro que la dura cerviz del pueblo de Israel que le sería entregado por la Ley Divina a su salida de este templo.

“Y aquí mismo solucionó él los enigmas del Eterno Invisible de cuyo hálito soberano emergieron como átomos vivos todos los mundos que ruedan por el espacio infinito y todos los seres que palpitan y viven en esos mundos que no se pueden contar.

“De aquí salió resuelto a escribir su gran libro, el *Libro de los Principios*, que él grabó en jeroglíficos y que a nosotros nos ha llegado con el nombre de *Génesis*, nombre abreviado de aquel original, marcado por él. Conmigo termina el árbol genealógico del Gran Sacerdote *Membra* porque yo soy su último heredero, que morirá sin herederos, y por eso he depositado bajo la tutela de Filón, en la Biblioteca de Alejandría, todos los papiros de Membra y de otros hierofantes de la familia que llegaron también al supremo Pontificado y tuvieron en sus manos por ley del templo, todos los libros secretos de la más antigua sabiduría, encerrados en el arca de oro que se venera en lo más oculto del Santuario, a donde sólo llegan los sacerdotes acompañando al Pontífice, único que puede abrirla. Ya veis pues, hijos míos, hasta qué punto, este ser, montoncito de huesos y piel, que veis aquí a vuestro lado como un manojo de raíces, está al tanto de lo que ha significado hasta hoy para la humanidad de este planeta, este enorme monumento de piedra, menos grande, desde luego, que los secretos del *Eterno Invisible* guardados aquí.

“Sabemos que en el largo período Neolítico que abarcó millares de siglos, empezó la Divina Sabiduría a levantar la punta de su velo sagrado, porque una que otra águila blanca aparecía volando por encima de las ciénagas, de los pantanos, de las sabanas de hielo que cubrían gran parte de la tierra. Y se llamaron Flámenes en los mares del Sur donde la Lemuria dormía aplastada por una humanidad que poco se diferenciaba de las manadas de enormes monstruos marinos y terrestres que representaban el reino animal de aquel entonces.

“¿Quién sino esas escasas águilas blancas volando muy alto podían escuchar la voz queda de la Sabiduría buscando ansiosa una Inteligencia en quien depositar sus eternos secretos? Y un Flamen de nombre Pthermes, fugitivo de las aguas bravías del mar que sepultaron la última isla de Lemuria, logró llegar después de largos años de peregrinaje a

los picos más altos del Revenzora a cuyo pie duerme nuestro gran río legendario.

“Encontró otros fugitivos de otras tierras que se hundían bajo las aguas en Occidente. Algunos nombres conservan los papiros de Membra, mi antecesor: Mizraim, Beth-Emis, Elotos, Pap-Hiros, Ben-Nilo y otros que no recuerdo en este momento. De estos, Mizraim fue el fundador de la raza egipcia porque tomó esposa entre los fugitivos de Occidente, y Beth-Emis, que más tarde y debido a las traducciones se transformó en Bethermes primero y Hermes después, fue el recopilador de lo que iban descubriendo en el levantar de su velo la Eterna Sabiduría. Y sobre esas bases se formó la gran Fraternidad Kobda de la prehistoria.

“El Verbo de Dios, Yhasua de Nazareth, a sus veinte años, trajo al valle del Nilo la copia de los ochenta rollos de papiro que conservaba en su Archivo de Ribla un Sacerdote de Homero.

—Todo eso lo conocemos por los solitarios del Santuario del Tabor —respondió Matheo—.

“Aquella sabiduría es como una dulce y casta virgen que nos sonrío bajo su velo y entrega sus secretos como un niño el globo dorado que lo embelesa. Mas, aquí..., ¡Santo cielo!, el misterio y la muerte se cierne como una helada llovizna de invierno y es necesario ser de piedra para no desfallecer.

—Cada cosa a su tiempo, hijo mío —respondió el anciano príncipe—. ¡En la Edad de Piedra hasta las almas se forjaban en la piedra!...

“Vosotros sois los invitados a las bodas del Verbo-Luz con la Reina ciega que ha recibido por fin el don de la vista.

“Por eso os espantan estos ciclópeos monumentos de piedra, en que los sabios de la antigüedad escondían los grandes y eternos secretos que producían la locura o la muerte a las tiernas vidas que empezaban a latir en las tinieblas de lo desconocido.

Nuestros tres personajes habían atravesado el pórtico exterior del gran templo de Amón y se hallaban en el dintel de la puerta cerrada de la *Sala Hipóstila*, que era el templo propiamente dicho. El anciano Príncipe y sacerdote consagrado en aquel templo, sacó de entre los mantos que lo cubrían un martillo de plata y dio siete golpes sobre un disco de cobre que brillaba entre los decorados y bajorrelieves de las molduras que ornamentaban la gigantesca puerta. El disco se abrió para adentro y un rostro grave apareció en él. Miró a Melchor y sin una palabra, descorrió como por un riel una parte de aquella puerta.

El portero vestía ropa talar de burda lana blanca y un turbante púrpura que le formaba marco al rostro y caía por detrás sobre la espalda. Ayudó a Melchor a levantarse de su silla de manos y a subir la grada de entrada.

—Ellos entran conmigo —dijo el anciano, tomando las manos de Matheo y Zebeo.

Los nubios que conducían la silla quedaron en el pórtico.

Los dos discípulos del dulce Rabí Nazareno se quedaron paralizados de estupor.

Aquellas grandiosas dimensiones sobrepasaban a cuanto ellos habían visto en toda su vida. El Templo de Jerusalén era como un pulcro gabinete dorado. Los palacios de Herodes, en el Monte Sión; el palacio Asmoneo, el Paselus, el Circo, la Naumaquia, el Torreón de Goliath, la Torre Antonia misma eran casas de muñecas comparadas con aquella estupenda grandeza de piedra.

Aquella sala monumental tenía trescientos cincuenta codos de largo por trescientos de ancho y divididos en tres espacios por dos filas de enormes columnas de setenta codos de altura y treinta de contorno.

Cuando el portero se alejó por la nave central, al término de ella se le veía como un niño de seis años.

Y paso a paso seguían a Melchor como si fueran contando las lozas del pavimento.

—¡Quince siglos han corrido desde Moisés hasta aquí! —dijo el anciano deteniendo sus pasos—. Y antes de él, no sabemos cuántos transcurrieron sobre este monumento. ¿Podremos espantarnos ahora de aquel gigante de la Teurgia vencedor del Faraón y conductor de un numeroso pueblo de *dura cerviz*, según sus propias palabras?

“¡Oh, genial Moisés, que escribiste la Ley de Dios en páginas de piedra, símbolo eterno de que no se borraría jamás del corazón de los hombres!”

Ante aquella formidable evocación, las frentes se doblaron en reverente actitud y parecía que la Meditación, como la Isis de mármol de la entrada al pórtico, ponía también su índice sobre los labios llamando a silencio.

Por la imaginación de aquellos dos israelitas de pura cepa, cruzaron en procesión fantástica los recuerdos de la historia de Moisés y de sus auténticos libros, que los Ancianos del Tabor les habían explicado en los setenta días de retiro, a que el Maestro les sometió al comenzar su apostolado,

Bajo aquellas naves gigantescas cargadas de silencio y de penumbras bajo aquella estupenda grandeza de piedra, sólo grandes pensamientos cabían y ambos discípulos pensaban al mismo tono.

—“Somos dos hormiguitas imperceptibles que en un sendero ignorado entre el césped, vamos recogiendo estambres caídos de las flores marchitas, pedúnculos tronchados por el viento, tiernos pétalos desprendidos de la corola en que nacieron. ¿Qué podremos hacer nosotros en la senda gloriosa y eterna del Hijo de Dios?”

El Anciano Melchor, sensitivo en alto grado y buen sujeto telepático contestó a ese pensamiento:

—Es la hormiga un insecto muy pequeño, pero puede derrumbar un edificio para edificar el suyo propio; puede matar la vida de un árbol cuya raíz perjudica a sus nidales; y es capaz de secar los jardines más primorosos.

“Y vosotros que tan pequeños os sentís bajo este enorme monumento de piedra, podéis como las hormigas abrir senderos largos entre la ignorancia y el egoísmo de la humanidad, a los cuales podéis derrumbar y aniquilar con la Verdad y el Amor del Verbo-Luz que os escogió para continuadores de la obra que apenas deja comenzada.

—Habéis leído en nuestro pensamiento —expresó Matheo asombrado.

—Efectivamente —afirmó Zebeo—. Sólo en nuestro Maestro encontré tan admirable facilidad para captar la onda de un pensamiento.

—¡Él lo hacía desde antes de los treinta años y yo he aprendido a hacerlo en el ocaso de mi vida! —contestó el Anciano.

Y como siguieran caminando lentamente a lo largo de la nave silenciosa, de pronto preguntó Zebeo: —¿Qué hay más allá de aquella puerta de mármol negro?

—La bajada a la Cripta o Cámara de los Misterios —contestó el Anciano—, a donde hemos descendido todos los que hemos querido hacer el renunciamiento absoluto de nosotros mismos para quedar reducidos a una aspiración al Infinito. Allí bajó también Moisés, joven de treinta y siete años, y durante siete días con sus noches escuchó las voces celestiales con que Aelohin le descubría el secreto de las almas en relación con el Eterno Invisible. De allí salió sabiendo cuál era su misión al frente de aquella raza fundada por Abraham.

—¿Bajamos? —preguntaron los dos discípulos al mismo tiempo.

—¡No! —contestó secamente el anciano Melchor—. Vuestro Maestro el Verbo-Luz tampoco bajó a esa Cripta, de oscuridad y de silencio. Para Él como para vosotros las voces de lo alto se hacen sentir en la superficie, a la luz del amanecer o del crepúsculo vespertino, en lo alto de los montes o a orillas del mar, en los huertos poblados de flores y de pájaros, de bellezas tiernas y de santos amores... ¿No os he dicho que sois los cortesanos en las bodas del Verbo-Luz con la Reina ciega que comienza a recibir el don de la vista?...

“Lo que habéis visto y oído, basta para que abráis con valor vuestra senda en estas tierras que riega el Nilo. Salgamos”.

Y el Anciano ya fatigado por haber realizado más esfuerzo del que su débil materia podía, se tomó de los brazos de los dos apóstoles del Cristo y a pasos lentos llegó hasta la puerta.

Allí esperaba como una estatua de piedra blanca con turbante púrpura el portero que les abrió a la llegada.

Melchor le alargó un bolsillo de monedas diciéndole:

—Para los criados que sirven a los ancianos sacerdotes que ya no pueden andar por sus pies.

El acólito portero le besó la mano, y cerró tras ellos sin ruido alguno la enorme puerta de hierro.

Al ver de nuevo la luz dorada del atardecer y sentir la frescura suave de la brisa que venía del río, el cantar de boteleros y las risas de las mujeres y los niños en la plaza del mercado que ya levantaban sus tiendas, les pareció que volvían desde el fondo de una tumba o de otro mundo diferente de aquel en que siempre habían vivido.

Acompañaron al Anciano a su despacho en el Serapeum que allí tenía, y donde ellos se hospedaban en el pabellón de los extranjeros.

Se sentaron uno frente al otro, sin palabra.

—El silencio y el misterio hicieron presa de nosotros —dijo por fin Matheo.

—Es verdad —contestó Zebeo—. Tengo tal sensación de asombro, casi de espanto, que hasta temo volverme loco.

—Se cumple la afirmación del Príncipe Melchor: “la locura y la muerte le espera al hombre de nuestro tiempo que quisiera vivir como los hombres de ese remoto pasado, que acabamos de entrever de puertas afuera” —arguyó Matheo—.

“¡Oh! nuestro excelso Maestro sabía bien lo que hacía cuando nos llevaba a orar a lo alto de las colinas nazarenas, o a orillas del Mar de Galilea a la luz de la luna en las serenas noches de estío...”

—¡Oh, sí!... —respondió Zebeo—. Era la oración del amor, de la adoración, de la dulce entrega del alma al abrazo eterno del infinito.

Pocos días después ambos amigos y compañeros de ideales y de escuela, se separaban con un adiós que ellos ignoraban si sería para siempre o para más breve tiempo.

Matheo se unió a una caravana que salió de Alejandría y hacía escala en el oasis de Baharije, donde Filón tenía una pequeña posesión o huerto de descanso y que según él, se asemejaba notablemente al panorama de las colinas galileas, con sus palmeras, sus bosques de sicomoros y su lago de dulce agua. Quería respirar un aire semejante al suyo y vivir en medio de la naturaleza, entre árboles y aguas cristalinas, viendo florecer los huertos y cantar los pájaros, sintiendo la vida libre, sana, con luz de sol y brisas de montaña. Llevó rollos de papiro, cartapacios de escribir, manuscritos enormes que le facilitó Filón, y todo cuanto creyó necesario para la vida de asceta que comenzaba, con la idea de que allí escucharía las voces celestiales con que algún Aelohin bondadoso orientaría su camino a seguir.

Montado sobre un camello y llevando un asno cargado con su equipaje de mantas y papiros, le vemos con las lentes de la Luz astral, camino del sur por el desierto de Libia durante seis días que tardaba la caravana en llegar al Oasis de Baharije, a la falda del mismo nombre.

Y al salir de Alejandría pensaba con el llanto en los ojos y el corazón estremecido: Por segunda vez he sentido en mi vida la música divina de su voz que me ha dicho: “¡Matheo!... ¡Déjalo todo, ven y sígueme!...”

Y como un sonámbulo inconsciente, Matheo se dejaba conducir por la mansa bestia, cuyo andar lento y silencioso le permitía dejar que la blanca madeja de sus pensamientos continuara desenvolviéndose a lo largo de la senda, entre amarillentas arenas...

Zebeo le había despedido en la puerta del sur, llamada de las *Pirámides* porque se abría sobre el valle en que ellas se levantaban, como mudos centinelas en el escenario de las Tumbas reales.

Le vio partir sin volver la cabeza atrás con esa decisión inquebrantable del que tiene conciencia de cumplir un deber.

—Es más valiente que yo —murmuró Zebeo a media voz porque hablaba consigo mismo—.

“¡Maestro!... —exclamó con una voz que sollozaba—, ¡que yo tenga ese valor cuando haya sentido tu voz que me señala el camino!...”

—Siguió con la vista a Matheo hasta que lo perdió de vista entre la penumbra del amanecer y de la dilatada sabana gris del arenal desierto. Atravesó ya solo la puerta de la ciudad y rápidamente se dirigió a su alojamiento en la casa de Filón, anexa a la Biblioteca y Museo de Alejandría.

—Cara de muerto traes, amigo —le dijo el filósofo al verle.

—He perdido en él, no un amigo sino un hermano en todo el gran significado de esta palabra —contestó Zebeo, aún bajo la emoción profunda que la separación le había causado.

—Hubieras debido irte con él —insinuó Filón— ¿Por qué no lo hiciste?

—No sé, a decir verdad. Matheo va buscando en la soledad la curación de su alma que ha soportado estoicamente varias desgracias y muertes en la familia. Su compañera había muerto un año antes de encontrar al Maestro y dos años después murió la hija única que le quedó de ella. Sus dos hermanos se alistaron entre los guerreros partos por ambición de fortuna y perecieron en un encuentro desfavorable con las huestes del Rey Hareth, mientras sus familias desaparecieron de la Palestina y nadie le pudo dar razón de ellos. La terrible muerte del Maestro que trajo el fracaso de cuanto esperábamos para la nación y para la patria, cayó en el alma de Matheo como una losa sepulcral. Él busca curarse en la soledad y en el olvido...

“Y yo..., yo no tengo nada de qué curarme después que fui curado por el

Maestro de mis dolores íntimos, pero sí tengo aún mucho que aprender. Y he creído Maestro Filón que a tu lado puedo aprender cuanto necesito saber para colaborar en la obra iniciada por mi Maestro. Te ruego pues que te sirvas de mí en todo cuanto creas que pueda serte de alguna utilidad”.

La humildad infantil de Zebeo conmovió al gran hombre, cuya fama de sabio llenaba no solamente a la célebre Alejandría de Ptolomeo sino a todas las capitales que eran entonces emporio de las Ciencias y de las Artes, y estrechándole afectuosamente las manos, le dijo:

—Bienvenido seas a mi corazón y a mi casa Zebeo, discípulo de Yhasua, niño adolescente y joven, ¡que amé hasta donde puede amar un corazón de hombre! No un amigo, un hijo encontrado en el ocaso de la vida serás para mí, que consagré mis años en absoluto a la Ciencia y nunca pensé en los jardines del amor, ni en las dichas de un hogar, ni en las ternuras de la familia.

“¡Solo como el ciprés de una tumba abandonada dejé llegar el ocaso, sin amor, sin ternura, sin alegría, con una precaria satisfacción buscada en la aridez de la Ciencia entre los pergaminos polvorientos y las mil y mil riquezas arqueológicas de este Museo que huele a momias y a sepulcros! ¡Tú llegas a tiempo, Zebeo de Yhasua, como una perla de su diadema, como un recuerdo que hace llorar!...

El llanto quebró la voz en la garganta del sabio de Alejandría, y Zebeo se abrazó a él llorando también como un niño.

Había sofocado valientemente la amargura del adiós de Matheo, y la desahogó sobre el pecho de un nuevo amigo, casi de un padre, que en los umbrales de la ancianidad le pedía de limosna un mendrugo de amor filial para su corazón cansado de soledad. Y Zebeo fue desde entonces, el escriba, el secretario, el hijo del gran filósofo, historiador de Moisés.

16

IDINEN O MONTE DE LOS GENIOS

Después de seis días de lenta marcha, la caravana que conducía a Matheo hacía alto en el Oasis Baharije, donde se detenía medio día para dar lugar a que bebieran a satisfacción hombres y bestias, y también para cargar agua y nuevas provisiones, que sólo se reducían a carnes saladas de cacería que vendían los pobladores de la aldea, y los excelentes frutos de palmera, melocotones, higos, nueces y aceitunas.

Matheo que ya se había familiarizado con algunos de los viajeros, sintió como encogersele el corazón al desmontar de su camello, recoger su equipaje y quedar solo, de pie junto al enorme pozo en cuyo brocal de piedra se sentó maquinalmente.

La caravana se alejaba hacia el sur bajo el sol ardiente de la tarde y semejaba una cinta oscura oscilante cuyo extremo delantero parecía ir enterrándose en las caldeadas arenas. Y Matheo pensó en sí mismo y en la extraña aventura en la cual buscaba el olvido de lo que él llamaba los desastrosos fracasos de su vida.

—Como si fuera poco lo que he padecido —murmuraba a media voz— me empeño en sepultarme vivo en esta soledad.

El pozo estaba sombreado de grandes palmeras que formaban bosque. Tupidos cañaverales y encinas enanas se prolongaban a lo lejos, escondiendo en su enmarañado ramaje el pobre caserío que se veía apenas gris y amarillento como los arenales inmensos que se extendían a la distancia hasta perderse de vista.

Recordó en tal instante a todos sus amigos y compañeros dejados tan lejos allá en Galilea y a los cuales no volvería a ver. Recordó a Zebeo, al Príncipe Melchor, a Filón que quedaban a seis días de distancia.

¿Por qué había huido de todos los que amaba y le amaban?

Quería blindar de piedra su corazón que por haber sido demasiado emotivo y blando había padecido tanto. El cruel y terrible suplicio a que vio sometido a su Maestro, su gran amor, su último amor, le había destrozado de tal manera, que Matheo se juró a sí mismo hacer el mayor esfuerzo imaginable para tornarse en un bloque de piedra por encima del cual resbalase todo sin dejar rastro.

Le sacaron de su íntimo mundo de recuerdos dos muchachitos adolescentes que seguidos por un cervatillo joven, llegaron con sus cántaros al hombro a llevar agua.

Debieron comprender la tristeza de aquel viajero solitario, y algo tímidos y retraídos, se pusieron ante él.

—Si no hay nadie que os espere, señor viajero, podéis venir con nosotros.

—Nadie me espera amiguitos, pero traigo la llave de una cabaña que llaman *Idinen*, y si me hacéis el bien de guiarme os daré buena recompensa.

—Sí, sí, está más allá de los cañaverales, junto al lago. La cuida el viejo Al-Iacud.

—Dejamos en casa los cántaros y estamos aquí enseguida para cargar tu equipaje —añadió el otro.

Y los dos muchachitos seguidos del cervatillo se perdieron entre la arboleda.

A poco rato volvieron seguidos de una mujer joven todavía, que Matheo juzgó sería su madre.

—Si necesitáis quien os sirva, señor viajero, podéis venir a mi casa. Somos pobres, pero no nos falta pan y lumbre.

—Gracias, mujer. Con que tus hijos me guíen a la cabaña *Idinen*, me habréis hecho un gran servicio.

—¡Ah, sí, la cabaña de piedra! —dijo la mujer—. No está lejos, a la vera del lago detrás de los cañaverales. Pero, ¿qué harías allí con el pobre viejo Al-Iacud y Agades la paralítica?

—No importa —respondió Matheo, no sin pensar en que la perspectiva se ennegrecía más y más hasta ponerse sombría y pavorosa.

—Guiadle, hijos; pero no echéis en olvido nuestra oferta por si os podemos ser útiles. Mi marido es de los tuaregs de allá adentro —dijo, señalando hacia el desierto que se extendía a lo lejos—, anda siempre entre el laberinto de la montaña negra cazando fieras para sacarles la piel. De eso vivimos. En casa estamos solos mis dos muchachitos y yo. Este se llama Bujema y aquel Belcri. Yo soy Zerga. Con que ya sabéis.

—Gracias, mujer, gracias por tu noticias —le contestó Matheo, que estaba cierto de no recordar palabra de cuanto le había dicho. Con su alma deshecha y su corazón sangrando, ¿qué podía interesarle todo aquello?

Pero la mujer no paraba de hablar. —Yo soy hija de una esclava antigua del Maestro Filón que la hizo libre y la tiene como ama de su casa en Alejandría. Somos Berberiscos de Muzurk, pero mi marido es de los tuaregs..., es targui de los guías para el gran desierto.

“Aquí es nuestra casa que está a tu disposición, señor viajero, que si vienes aquí por amistad con el amo de mi madre es porque serás una gran persona.

—Soy un amigo del maestro Filón —contestó Matheo.

—¡Oh! Es bueno como el pan y cuando de tarde en tarde viene por aquí, todos estamos de fiesta. Nunca viene con menos de seis camellos cargados. Nos conoce a todos y es amigo de todos.

—Sí, sí, me ha dicho que sois buenas gentes y que podía estar tranquilo.

—Ya lo creo, aquí nunca reñimos y nadie se muere si no es que comió “faleste” por descuido.

—¿Qué es faleste? —interrogó Matheo, andando al lado de la mujer.

—Es lechuga venenosa que solo nosotros distinguimos de la buena. ¡Cuidado señor viajero!...

Por fin terminó el camino entre cañaverales y apareció el lago como un espejo de plata. Parecía un trozo de río cortado por dos enormes peñascos negros que en parte brillaban como mármol bruñido. Era sin duda el comienzo de los peñascales negros característicos del gran desierto de Sahara que se entreveía allá muy lejos, en la línea del horizonte—. Pues ahí tenéis la cabaña del Maestro Filón —dijo la mujer, al tiempo que los dos muchachitos dejaban el fardo de Matheo sobre un banco de piedra

rústica adherido al negro peñasco. Un viejecito, pequeño y flaco, ponía el pan a cocer en un hornillo de barro cocido, trasladable de una parte a otra y muy común entre las gentes de la región.

—Al-Iacud —dijo Zerga—, este señor es amigo del Maestro Filón que le manda a hacerte compañía.

El viejecito que por añadidura a sus males era algo sordo, movía la cabeza y se acercaba a la mujer cuyas palabras no comprendía.

Esta que no se cansaba de hablar, se las repitió al oído, y el buen viejecillo dejó asomar una sonrisa en su boca vacía de dientes, mientras con los panecillos en un paño blanco hacía grandes reverencias a Matheo.

—La silla del Maestro, por favor, muchacho, que si tardo con los panes, el horno se enfría —decía el viejecito a los dos chicuelos, que se apresuraron a sacar de la casa una butaquita de madera sin pintar forrada de cuero de antilope.

Matheo se sentó. Harto lo necesitaba pues la caminata por la arenosa senda le había cansado de verdad.

—Vecina Zerga —dijo el viejecito a la mujer—. Si puedes déjame uno de los muchachos para que sirva al señor viajero y lo acompañe cuando quiera salir.

“¿Qué podría hacer solo conmigo, sino entumecer el corazón de pena?”

—No te preocupes, buen hombre, que allí traigo con qué entreteñerme. —Y Matheo señaló los sacos de su equipaje.

Los dos muchachitos comenzaron a pelearse por quedar con el extranjero. Hasta que Matheo conmovido intervino:

—No haya riña entre vosotros por causa mía. Idos ambos con vuestra madre, y si ella lo permite venid los dos al caer la tarde, cuando hayáis terminado vuestra faena.

—¡Oh, qué santa palabra la tuya, señor viajero! —exclamó Zerga—. Lo mismo lo hace el maestro Filón cuando está aquí.

Y repitiendo de nuevo sus ofrecimientos, se alejó con sus dos muchachos.

El viejecito sacó una mesilla que cubrió con un blanco paño, encima del cual puso panecillos calientes, un jarro de vino y una cestilla con dátiles recién sacados.

Lo acercó a Matheo y le invitó a comer.

—Si lo compartimos, buen anciano, será mejor —le dijo.

—Cuando termine con el hornillo te haré compañía, viajero —le contestó. Matheo observaba la extraña arquitectura de aquella casa labrada en el propio peñasco. Recordaba las grutas de los esenios en el Monte Tabor y en el Carmelo, allá en su lejana Galilea y el recuerdo le conmovió profundamente.

Había huido a tierras lejanas abruptas y peñascosas buscando endurecer su corazón y matar su sensibilidad, y encontraba que hasta un recuerdo del suelo nativo le hacía daño.

—¡Miserable condición humana! —pensó—. ¿Cuándo aprenderé a ser fuerte como estos peñascos que no tiemblan ni sienten nada?

De pronto le pareció que una voz muy íntima dentro de sí mismo decía: “*Los peñascos no pueden amar a Dios y al prójimo como a sí mismos*”. “*Amar es vivir. Amar es sufrir y es morir para vivir nuevamente. En amar está encerrada toda la grandeza y la gloria de Psiquis la divina desterrada*”.

Los ojos de Matheo se llenaron de llanto y sin hablar pensó:

—¡Maestro!... Gracias por tu lección. Falta me hacía porque los peñascos empezaban a entrarse en mí.

—Come, señor viajero —decía el viejecito Al-Iacud—, que el viaje ha sido largo y estarás fatigado.

De una de las puertecitas de la casa de piedra, salió una suave voz de mujer que cantaba en una lengua extraña para Matheo. Solo percibía la amorosa dulzura de aquella voz.

—Es mi nieta Agades —dijo el anciano viendo que el huésped prestaba atención—. En su desdicha la pobrecilla se entretiene cantando al compás de la guzla.

—¿Y qué canta? —preguntó Matheo.

—Una canción de los Tuaregs que se llama: “*Anti vaos*” que quiere decir: *El que va adelante*.

—¡Original tema es ese para una canción! Me gustaría saber lo que dice.

—Ella te lo explicará, señor, que tiene bastante ingenio para ser una pobre aldeanita.

Matheo había comido algo y preguntó; —¿Puedo verla?

—Sí, señor, sí, señor. —Y acercándose a la puerta dijo—: Agades, hay un señor viajero que quiere verte.

El canto calló de súbito, y Matheo estaba de pie en la puertecita de troncos. Era aquella una endeble jovencita que semejava un lirio blanco entre duros peñascos.

Matheo se acercó, y ella dulce y tímida como una tórtola de la montaña le tendió la mano.

—Es muy hermosa tu voz, niña —le dijo—, y aún puedes agradecer a Dios que tienes tu música y tus canciones para suavizar tu vida.

—Sí, señor viajero —contestó Agades—, yo nunca me quejo de la vida porque el amor del abuelito me la hace demasiado hermosa. Hoy no obstante me olvidó un poco. A esta hora hace rodar mi silla y salgo a cantarle al lago, a las gaviotas y cisnes que vienen al atardecer, y

a las primeras estrellas que se clavan en el agua como planchuelas de oro.

—Pues si él te olvidó por atenderme a mí, yo llevaré tu silla —le contestó Matheo, acercándose hacia la espalda donde una lustrosa madera indicaba que muchas manos se habían posado allí para empujar la silla.

—¿Hace mucho que estás impedida de andar? —le preguntó.

—Desde que vine a este mundo me veo así —contestó la niña—. Cuando yo era pequeña mi padre murió en un encuentro fatal entre los berberiscos y los targui. Mi madre murió de tristeza tres años después. Y ya veis que no me quejo de la vida pues encuentro en ese anciano cuanto él puede darme de solicitud y de cuidados. Y esto ya es mucho para mí.

Matheo pensó con dolor que esa pobre criatura, sin la Luz Divina que a él le había alumbrado y sin cultivo espiritual, con la sola aceptación de la desgracia que pesaba sobre ella, había llegado a la perfecta unión con la voluntad divina.

Ella amaba la vida tal como la Suprema Voluntad se la daba.

—¡Gracias, Maestro bueno por esta nueva luz que enciendes en mi camino!... —pensó Matheo, mientras hacía rodar cuidadosamente el rústico sillón de Agades, que no tenía palabras bastantes para agradecer la solicitud de aquel extranjero.

Una barrera baja de piedras amontonadas con descuido, formaban cerco al hermosísimo lago, que entre los encantos naturales que adornaban el Oasis de Baharije, quizás era el más bello y atractivo.

Y Matheo se sentó sobre esa cerca frente al sillón de Agades.

La tarde iba muriendo y detrás de los grandes peñascos resplandecía un purpurino ocaso, tiñendo las aguas del lago de amatista subido.

No tardó en poblarse el lago de sus habituales visitantes, que encrespando las tranquilas ondas pugnaban por acercarse más y más hacia la orilla, en que Agades y Matheo estaban sentados.

—Ellos vienen por interés de mi don —dijo ella, viendo el asombro del extranjero por la intimidad de aquellos esbeltos cisnes negros, que casi se podían tocar con la mano desde la orilla. Y sacó de entre sus ropas un bolsillo lleno de migas de pan y trigo pisado.

Las grandes aves se arremolinaron bruscamente haciendo saltar copiosas chispas de agua en todas direcciones.

—Hay un pobre enfermito como yo —dijo Agades—, y hay que darle su parte por separado.

Y Matheo vio que un cisne de menor tamaño que los otros, nadaba trabajosamente buscando acercarse a tiempo para alcanzar parte de la ración.

Pero la jovencita le esperaba y cuando le tuvo bien a la orilla se inclinó sobre el agua y le tomó en brazos, para darle las migas en su propia mano.

Los ojos de la niña brillaban de felicidad, y Matheo mirando aquella escena, se sentía cada vez más pequeño ante aquella linda criatura inválida, a quien tan poca cosa bastaba para ser feliz.

Se daba toda en amor hacia aquel débil ser inferior, que a no ser por sus cuidados habría muerto por falta de alimentación.

—“Es tal como la Divinidad se da a nosotros, que somos para Ella mucho menos que ese cisne enfermo es para esta pobre niña, que le ama extremadamente” —pensaba Matheo, mientras seguía mirando el inusitado espectáculo del amor de una niña inválida para un ave acuática incapaz de valerse por sí misma.

Los ojos iluminados de Agades se fijaron resplandecientes en Matheo mientras decía:

—Ya está alimentado; ahora vuelve a la fresca corriente y después se esconde a dormir en un hueco de las piedras. El pobrecito no puede volar y siempre queda de centinela en el lago.

Matheo estaba mudo. No encontraba palabras que pronunciar; pero su pensamiento hilvanaba a velocidad su propia vida pasada y se encontraba muy inferior a la pobrecita inválida, perdida en un Oasis del desierto de Libia.

—“Yo que tuve todo en mis manos, no he sabido vivir la vida —pensaba—. ¡Cuánta verdad encerraban las palabras de mi Maestro, cuando decía: “*Yo sembré en vosotros el amor, pero aún no ha florecido!...*”

Y sin pensar que tenía un testigo de vista, Matheo apretó con ambas manos su pecho y mirando la cima de los peñascos como si esperase una divina aparición, exclamó con voz estremecida:

—¡Señor!..., ¡me has traído a la soledad del desierto para encontrarme conmigo mismo, entre la infinita grandeza de Dios que no fui capaz de sentir fluyendo de Ti como de un manantial inagotable!

La jovencita que no entendía el sirio hablado por Matheo, comprendía no obstante que él oraba, y se puso seria y grave mirándole con asombrados ojos.

—¡Cuánto amas a tu Dios, extranjero! ¿Es *Amanai* de los Tuaregs o *Alá* de los berberiscos?

—¡Es uno solo, niña! sino que las diversas lenguas habladas por los hombres, le dan nombres diferentes —contestóle Matheo, aún bajo la impresión sentida por él en aquel momento—. Y de esto tenemos mucho que hablar.

—Yo te escucharé tan contenta, como oigo cantar los pájaros entre estos árboles y murmurar el lago entre las piedras —respondió la niña con infinita ternura.

En el alma de Matheo hosca y taciturna hasta entonces, iba encendiéndose una rosada claridad como si al morir el ocaso detrás de los

negros peñascos, le transfiriese sus postreros resplandores. Y él se dejaba sumergir en esa frescura de brisa matinal que iba adueñándose suavemente de todo su ser.

—¡Mira, extranjero, mira! —exclamó de pronto Agades, señalando un punto fijo del lago—. Amanai clavó en las aguas la primera planchuela de oro..., y luego clava otras hasta que todo el lago está sembrado de ellas...

Eran las primeras estrellas que desde el terso azul de los cielos se reflejaban en el profundo azul de las aguas. ¡Qué de veces en sus treinta y siete años había visto Matheo aparecer las estrellas y reflejarse en el agua! ¡Pero nunca le parecieron tan radiantes y bellas como en ese anochecer en que las veía a través del alma pura de una niña inválida, a quien su propio dolor le había enseñado a encontrar y amar la belleza en todo cuanto la rodeaba!

Y callaba porque la emoción apretaba su garganta, y su voz se hubiera quebrado en un sollozo pues se sentía próximo a llorar.

—En tus ojos escondes una tristeza muy honda, extranjero —dijo de pronto la niña—, y yo me estoy prometiendo a mí misma hacerla escapar de allí...

Matheo tuvo que sonreírse. Pero no habló.

El anciano Al-Iacud se acercó a compartir la confidencia vespertina.

—Esta tarde mi niña prolonga su visita al lago. ¿Quieres ya tu alcoba?

—¡Aún no, abuelito! ¿No ves que nuestro huésped tiene tristeza en el alma y la alcoba con sus sombras la agrandan más todavía?

—¡Qué ingenio más agudo y vivo tiene tu niña, anciano! ¿Cuántos años ha vivido?

—Catorce años ha visto madurar el fruto de estas palmeras —contestó el anciano—. Sin ella no sé si podría soportar la vida.

—Naturalmente..., ¿qué silla harías rodar de un lado a otro? ¿Quién devoraría tus panecitos dorados, y bebería la leche espumosa y calentita de nuestra cierva?

Y al decir así, hacía graciosamente el movimiento de recoger un beso de sus labios para depositarlo en la frente rugosa del viejecito. Una dicha inefable pasó como un halo místico de luz por aquella faz macilenta coronada de cabellos blancos.

—¡Nunca creí encontrar la dicha en estos parajes revestidos de arenas interminables y de abruptos peñascos! —exclamó Matheo, mirando el cuadro de infinita paz y suavidad que se iba adueñando lentamente de todo su mundo interno.

—El desierto es suave y dulce para quienes le aman —dijo la niña—. Ya lo iréis comprobando día por día.

—Pero aún no conoces por dentro la morada en que habitarás extranjero —dijo Al-Iacud.

—Me suena duro ese nombre. Llamadme os ruego por el mío propio. Me llamo Matheo.

Les hablaba en árabe para ser comprendido por ellos.

—Ya os enseñaré mi lengua siria que es armoniosa y dulce como el canto de las alondras.

Y unos momentos después Matheo llevaba rodando de nuevo el sillón de Agades hasta la puerta misma de su alcoba de rocas.

El viejecito había ya acomodado su equipaje en la habitación principal de la casa que era a la vez comedor y escritorio. Tenía grandes dimensiones, y aunque excavada en la montaña de negro basalto, estaba por dentro revestida de cedro y ostentaba como ornato pinturas murales de vivos colores, tales como las que Matheo había admirado en los muros del Museo y Biblioteca de Alejandría. Algunos de ellos se referían claramente a la vida de Moisés. Otras, Matheo no sabía interpretarlas.

Pero veía claro por todas partes asomar el gusto, la inclinación, la vocación, digámoslo así, de Filón por los conocimientos arqueológicos. Allí, todo era el pasado remoto cobrando nueva vida, al influjo de los recuerdos evocados por el sabio a fuerza de largas noches de estudios y de cavilaciones.

En aquella morada de reposo a la vera de un lago de azules aguas entre dos murallones ciclópeos de negro basalto, a la sombra de un bosque de palmeras y entre el rumor de ondulantes cañaverales, Matheo encontraba no solo el retrato de Filón sino el suyo propio. También él se sentía ansioso de conocimientos, de claridad, de horizontes nuevos.

Al faltarle el sereno resplandor del astro que durante más de tres años le había alumbrado, su alma parecía haberse hundido en una hondonada profunda donde se debatía en vano para encontrar de nuevo la divina claridad perdida.

—¡Maestro mío!... ¡Señor!... —clamaba en su soledad Matheo, cuando cerradas puertas y ventana de su gran alcoba de piedra estaba seguro de que nadie escucharía su lamento—. ¡Señor!... —continuaba la voz temblorosa que era un gemido y un sollozo—. ¿Qué es lo que quieres de mí? Un día me dijiste que *“tuviera doble vista para escribir en un rollo de papiro las maravillas que el Padre obraba por ti”*.

“¡Tú lo ves, Maestro, tú lo ves! ¡Mi corazón está deshecho! ¡Mi alma es un harapo tirado en el camino y no tengo fuerzas para hacerla revivir!...

“¡Déjame morir, Señor, porque no puedo vivir la vida si tú no estas en mi vida!...

Y Matheo se dejó caer como a morir sobre la estera de cáñamo que cubría las losas del pavimento.

Sintió la vocecita de Agades que cantaba en árabe con la marcada intención, sin duda, de que él la comprendiera. Era su “*Anti vaos*”: “*El que va adelante*”, y la estrofa tan sugestiva y adaptada al momento, que Matheo no pudo más y rompió a llorar a grandes sollozos.

*“El que va adelante doblado de penas
Encuentra bien llenas
De amor y piedad
Alondras de seda en el pecho amigo
Que cantan: conmigo
Tu paz hallarás.*

*El que va adelante con paso ligero
Percibe primero
La luz del hogar,
El fuego sereno del techo materno
¡El nido más tierno
Que puede encontrar!”*

A poco rato y sin que Matheo hubiera sentido ni el más leve ruido, oyó una suave respiración cerca de él. Al incorporarse sobre la misma estera, vio el endeble cuerpo de Agades que arrastrándose sobre sus rodillas, a falta de sus pies que no podían caminar, había entrado por la puertecita interior que comunicaba con la cocina porque había escuchado los sollozos desgarradores del extranjero.

—¡Niña! —le dijo—, ¿por qué has venido?

—Porque tú llorabas —le contestó ella con sus dulces ojos garzos llenos de llanto.

Se sostenía medio sentada y haciendo un supremo esfuerzo.

Matheo la levantó en brazos como a una criatura y la sentó en la butaca forrada de piel de antílope. Olvidó su angustia..., su desesperada angustia ante el amor supremo de aquella criatura que apenas le conocía y que no quería verle sufrir...

—Esto no lo harás más, Agades, te lo ruego por tu anciano abuelito —díjole Matheo, arrodillándose ante la niña que comenzaba a llorar.

—Lo haré una y otra vez, si de nuevo te siento llorar —contestó con gran firmeza la niña—. Tú vienes del mundo civilizado y traes la muerte en el alma. ¡Sabrás tantas cosas y yo no sé nada!... Pero a mí me habla una voz que viene no sé de donde, si del viento de la tarde o de los pájaros que duermen o del lago donde voy a cantar; y esa voz me trae paz y me avisa cuando alguien tiene penas cerca de mí...

Matheo la escuchaba en silencio.

—A mí no me podrás engañar nunca porque esa voz amiga me lo cuenta todo. Vamos con abuelito que está orando por ti. —Y la niña hizo el movimiento de bajarse sobre la estera para andar arrastrándose en las rodillas y en las manos.

—¡No, niña, no! —gritó Matheo, aterrado del esfuerzo supremo que aquella criatura se disponía a hacer por segunda vez—.

“Si no soy demasiado torpe, yo te llevaré”.

La niña le tendió los brazos alrededor del cuello y dócilmente se dejó llevar hasta el sillón de ruedas.

—Tengo un abuelito y un papá fuerte y hermoso, como era el papá mío de la niñez —decía Agades que ya no lloraba, sino que reía porque el extranjero estaba consolado de su pena.

—Mucha honra es para mí ser tu papá. ¿Cómo has podido ocupar con un desconocido el lugar reservado en tu corazón a tu padre?

—¡Oh!... Tú no eres para mí un desconocido. ¡Yo te esperaba Matheo, yo te esperaba!

—¿Y por qué habías de esperarme? ¿Acaso el maestro Filón anunció mi venida?

—No, no, nada de eso. Que lo diga abuelito —dijo la niña viendo llegar a la cocina al anciano que miró a Matheo con los ojos aún llorosos.

—Veo que he venido aquí a traer tristeza —dijo Matheo, condolido de verdad de lo que veía.

—No, señor extranjero, tú no. Es la niña que con sus cantos hace llorar al pobre viejo que no sabe como hacerla feliz.

“Es el caso que esta niña tiene alucinaciones y oye voces que no son de la tierra. Y una semana antes de tu llegada, me dijo: Aquí vendrá un hombre que tú y yo vamos a querer mucho. ¿Cómo lo sabes? —le pregunté—. La voz me lo dijo... Y ya ves, señor viajero, que la voz le dijo una verdad”.

—El maestro Filón —preguntó Matheo—, ¿sabe algo de *esta voz* que le habla a tu niña?

—Sí que lo sabe.

—Y, ¿qué dice él que sabe tantas cosas? —volvió a preguntar Matheo.

—Dice —contestó el anciano—, que *el Señor de arriba* —y señalaba al cielo—, sabe muy bien lo que hace y que “*a Él nadie le pide cuentas*”. Que le dejemos hacer y esperemos.

Matheo guardó un largo silencio que el anciano y la niña respetaron. El Apóstol del Cristo pensaba en la sabiduría de su palabra eterna: “Dios da su luz a los humildes y la niega a los soberbios”. ¿Qué mayor humildad que la de aquella florecilla silvestre que nadie había cultivado, y que a no ser por el amor de una madre dolorida y la abnegación de un pobre anciano, hubiera muerto de desolación y debilidad? Y sabía era también la respuesta de Filón de Alejandría al decirles que “dejasen hacer al *Señor de arriba* su obra y que esperasen”.

—“*Por los frutos conoceréis el árbol*”, dijo también mi Maestro —pensó en su largo silencio Matheo—. Ni en la Galilea donde nací, ni en las ilustres Sinagogas de Jerusalén, ni en su dorado templo pude encontrar mi paz, Maestro, desde que te fuiste, y he venido a encontrarla en este ignorado rincón del desierto, entre un anciano sin letras y una niña inválida que es una tórtola de las peñas.

“¿No estarás tu aquí, Maestro mío, en el alma de esta criatura para volverme a la vida que en una lenta agonía iba a escaparse de mi?...”

Matheo hacía inauditos esfuerzos para contener el llanto porque una ola tremenda de emoción le ahogaba.

Agades cerró suavemente sus ojos y con una solemne majestad en la actitud y en la voz dijo: —*Matheo!... ¡Ya es la hora! ¡Estoy esperando que comiences a cumplir tu pacto conmigo!*

—¡Maestro!... ¡Maestro! —exclamó Matheo, poseído de extraña ansiedad y cayendo de rodillas ante la niña dormida.

El anciano se arrodilló también, sin saber lo que pasaba.

El Apóstol del Cristo dobló su frente sobre el pavimento y un tranquilo llorar se llevó para siempre sus últimas desesperaciones.

—¿Qué haces allí, Matheo? —preguntó la niña despertándose.

—Es que *la voz* me ha hablado esta vez a mí, Agades, como suele hablarte a ti; y yo he podido saber quién es el que me ha hablado.

—¿Y yo no puedo saberlo? —preguntó Agades mirando alternativamente a Matheo y al anciano.

—¡Hijita!... yo sé menos que tu; sólo sé que aquí hay cosas que andan mucho más arriba de mi cabeza... —contestó Al-Iacud, poniendo nuevos troncos de leña al fuego que ya se moría.

—El Hijo de Dios ha bajado a esta cabaña —dijo Matheo con la voz que aún temblaba de emoción—. Y ha bajado para darme una lección y recordarme una promesa.

Después de la frugal cena de esa noche elaborada con trozos de gallinetas montaraces y queso de cabra con higos secos y dátiles recién cortados, Matheo se despidió de sus nuevos amigos y encerrándose en la gran alcoba-escritorio de Filón, puso sobre la mesa los útiles de escribir y comenzó su trabajo de esta manera:

Libro de Yhasua el Cristo – Hijo de Dios
Capítulo I
De su generación según la carne

Y comenzó la larga serie de los antecesores de Yhasua de Nazareth, que los hombres sabios del Templo de Jerusalén habían desconocido como el Mesías anunciado por los Profetas y que por los labios de una

niña, humilde flor de montaña acababa de recordar a Matheo su pacto diciéndole: *¡Ya es la hora!*

Palabra solemne, grandiosa y eterna que fue para el decaído espíritu del Apóstol el formidable ¡excelsior! de bronce que lo hizo volver a la vida.

—La voz me ha resucitado —decía él, sintiendo que una energía nueva circulaba en su ser como la savia en la raíz, el tallo y las ramas de un árbol moribundo.

Fue Matheo el primero de los cronistas de la vida excelsa del Cristo y pudo bien aplicarse el significado de las dulces canciones de Agades que en lengua tuareg se llamaba: “*Anti vaos*”: *El que va adelante*.

*El que va adelante con pecho valiente
Primero a la fuente
Se llega a beber.
La fuente le brinda la suave frescura
De sus aguas puras
Más dulce que miel.*

Y la fuente divina encerrada en el corazón del Cristo Hijo de Dios vivo inundó la mente y el corazón de Matheo y se desbordó sobre el Oasis, sobre las arenas del desierto, sobre los peñascales abruptos y fragorosos.

Y la marcha triunfal del Cristo esbozado en los pergaminos de Matheo mientras sentía la fresca brisa del lago, el rumor de las palmeras y el dulce cantar de Agades, su “*Anti vaos*”, ya no se detuvo, sino que fue volando Nilo arriba hacia el sur como un blanco ánade que fuera posándose para descansar en los oasis del camino.

De Baharije al Oasis de Farabreh, al de Dakel, al de Kargh, al de Cureur y luego a Kjandaj y Dongola a la altura de la cuarta catarata donde el Nilo truena ensordecedor en la época de los grandes desbordamientos.

Y el *Anti vaos* escuchado por Matheo y vaciado del corazón de Agades la humilde aldeanita inválida del Oasis de Baharije, tuvo el poder de llevarle hasta la montaña de Gondar a la orilla del Lago Tana en la lejana Etiopía.

Era una de las vertientes madres del gran río legendario, y allí fue a detenerse Matheo a los seis años de haber salido de Alejandría con la muerte en el corazón y el más helado pesimismo que puede abatir el alma de un hombre.

Pero llevaba consigo a Agades curada por él de la parálisis de sus pies, y al anciano Al-Iacud fortalecido y renovado en su alma y en su cuerpo por la vibración poderosa de amor que el Hijo de Dios, el dulce Rabí Nazareno extendió como una marea invisible en la cabaña *Idinen o Monte*

de los genios, a donde Filón mandó a Matheo como un muerto que anda y donde encontró la resurrección y la vida, la fe en sí mismo y en Aquel que por la boca de Agades hipnótica le había dicho: *¡Ya es la hora!*



Y yo digo también, lector amigo, que *ya es la hora* de que sepamos de una vez por todas que cuando un alma responde fielmente al llamado divino, toda la grandeza de los cielos superiores se desborda sobre ella como un manantial incontenible.

Tal es el secreto de la rapidez maravillosa con que se extendió la idea divina del Cristo en el África del Nilo en el siglo primero de nuestra era, no obstante la incomprensión, las persecuciones y las mil dificultades que el amor de los amigos de Yhasua tuvieron que afrontar. La marcha larga y heroica de Matheo el primer cronista de la vida de Cristo, fue a detenerse por fin al pie de los muros de Nadaber (Hoy Ankober) fortaleza real donde Egipto, rey de Etiopía y la reina Candace lo acogieron como a un maravilloso mago que volvía a la vida al joven heredero atacado del “mal de la tristeza”, como llamaban a la tuberculosis pulmonar aguda en último grado. De él volveremos a ocuparnos más adelante.

Por hoy basta con lo referido, y sólo resta añadir que cuando Matheo quiso partir del Oasis de Baharije por el impulso interno que sentía cada vez que Agades cantaba su canción favorita “*Anti vaos*”, la dulce niña le dijo:

—Llévame contigo, Matheo, mi papá hermoso y fuerte que me trajo el Genio bueno del Jordán. ¡Llévame contigo! Me devolviste la vida del cuerpo, y yo te di la vida del alma... Llévame contigo y te cantaré siempre *Anti vaos*.

—¿Y el abuelo? —preguntóle Matheo.

El ancianito que había escuchado este diálogo asomó la cabeza desde la puerta de la cocina donde cuidaba el pan en su hornillo y dijo risueño y feliz:

—El abuelo irá también contigo, Matheo, porque tendrás necesidad de mi pan y de mis guisos para seguir adelante.

Y aquí tenemos, lector amigo, el maravilloso fruto del amor de tres vidas humildes que se hicieron una sola bajo la mirada radiante del dulce Rabí Nazareno.

17

EN JERUSALÉN

Volvemos a la ciudad de la gran tragedia en seguimiento de los cuatro Apóstoles que decidieron volver a ella: Pedro, Andrés, Santiago y Matías.

Todo un mundo de encontrados pensamientos los agitaba dolorosamente. Conservaban vivos los recuerdos de los últimos días vividos allí entre el terror y el espanto, a los cuales siguieron las divinas compensaciones del Cristo glorioso que se les presentaba de improviso en los momentos de amorosa recordación de su persona, de su vida y de sus obras.

Pero en el alma humana parecen grabarse más profundamente, los acontecimientos dolorosos que fueron como un desgarramiento terrible que hizo sangrar nuestro corazón.

Y a los cuatro amigos de Yhasua que volvían a Jerusalén les ocurrió de igual manera. Las radiantes visitas del Divino Amigo parecían esfumarse en el alma como un dulce recuerdo; pero los dos últimos días de su vida, o sea desde su prisión hasta su muerte, se les clavaban en el corazón como un cortante estilete que le atravesara de parte a parte.

Llegaron a mitad de la tarde, pero decidieron esperar que llegaran las primeras sombras de la noche para entrar a la ciudad por la última puerta que se cerraba, que era la del oriente llamada entonces de *Las Ovejas* porque daba al Valle del Cedrón donde los pastores de la Judea tenían cercados para los ganados traídos a los mercados de la ciudad.

Era, desde luego, la puerta menos vigilada, pues de ordinario allí sólo estaba el guardián en su casilla, y en las horas del día el cobrador del tributo que los ganaderos debían pagar por la entrada de bestias a la ciudad.

Por un agente especial de Simónides, Pedro había tenido noticia de que el Sanhedrín, en previsión de represalias o venganza de parte de los amigos del justo que tan inhumanamente escarnecieron y martirizaron, tenía una policía aparte y secreta para descubrir cualquier movimiento en tal sentido.

Y debido a estos temores fueron a dejar sus pequeños fardos de equipaje en el antiguo sepulcro de Absalón lo más cercano a las murallas de Jerusalén que pudieron encontrar. Sabían además que era ese un lugar de refugio usado por los peregrinos terapeutas cuando les sorprendía la noche y encontraban cerradas las puertas de la ciudad. Pero ellos ignoraban por completo que ese vetusto panteón sepulcral, guardaba el gran secreto sólo conocido por los Sacerdotes Esenios, según recordará el lector, o sea que allí tenía salida el "*Sendero de Esdras*" cuyo comienzo estaba en la sala de los incensarios, en el Templo mismo, que era la inexpugnable fortaleza desde donde el Sanhedrín ejercía su despótica autoridad sobre el humillado pueblo de Israel. Pareciera una simbólica coincidencia que aquel sendero subterráneo por el cual salvaron su vida tantos justos anteriores y posteriores al Ungido Verbo de Dios, y, aún Él mismo cuando comenzó la persecución del clero Judío, tuviera comunicación y salida al panteón sepulcral de Absalón, hijo del Rey David, tronco del árbol milenario de donde surgió la persona humana del Mesías enviado al país de Israel.

Era aquel panteón como todas las tumbas reales de aquella remota época, o sea un amontonamiento formidable de gruesos bloques de piedra ensamblados unos con otros en forma de resistir al embate de los siglos y de todas las contingencias humanas.

Habían pasado sobre las ciudades y campos de Israel las terribles invasiones asirias cegando vidas de reyes y vasallos, destruyendo ciudades, pueblos, templos; desbastando campos entregados al saqueo y a las llamas, y esos monumentos funerarios resistieron las tremendas furias de los enemigos de Israel. Allí no había tesoros que incitaran al robo y al pillaje, sino blancos huesos o heladas cenizas de los que un día ciñeron coronas reales y entonces nada significaban en la vida.

Sólo el amor fraterno de los esenios podía encontrar beneficio en ellos, para todos los perseguidos por la injusticia de los poderosos de la tierra.

Y en el siglo I de la era cristiana fueron los sepulcros y los cementerios, lugares de espanto para todos, los que brindaron amparo y refugio a las golondrinas errantes que desde la cruz del Cristo sacrificado volaron hacia todas las regiones de la Tierra.

En aquella vasta sala de piedra enmohecida por los siglos, pero limpia y ornamentada con las sencillas comodidades usadas por los esenios,

fueron a refugiarse los cuatro discípulos del Cristo hasta que llegada la noche pudieran entrar en la ciudad.

Grandes sacos de esparto llenos de paja servían de lechos de reposo; y la resquebrajada mesa de piedra para el embalsamamiento de cadáveres y las tinajas para el lavado y los bancos de los operadores, eran todo el mobiliario del sombrío y austero recinto donde nada había que pudiera suavizar la adusta perspectiva. Las inscripciones de las hornacinas y nichos aparecían borrosas y gastadas por el roce mismo del tiempo que al pasar va dejando su rastro bien marcado aún sobre la dura piedra.

Pedro y Matías eran de temperamento más sensitivo y un imperceptible escalofrío los estremeció ligeramente al penetrar en aquel recinto sepulcral. Por las ojivas abiertas en lo alto de los muros penetraban débilmente los postreros resplandores del sol poniente y las últimas golondrinas del otoño entraban y salían enseñando a volar a sus hijuelos, listos ya para abandonar el nido.

Pedro los miraba fijamente y sus ojos enrojecieron próximos al llanto.

—Creo que hemos hecho mal en volver tan pronto a Jerusalén —dijo Matías, que percibió la amargura reconcentrada de Pedro—. No haremos más que reavivar los dolorosos recuerdos y aplastar la poca energía que las últimas visitas del Señor dejaron en nuestro espíritu.

—En efecto —respondió Pedro—. Y estas avecillas que desesperadamente entran y salen apremiando a sus hijuelos a tender el vuelo es un símil perfecto de nuestra situación actual. Nuestro Maestro fortaleció las alas de nuestro espíritu y nos apremia a volar por todas las regiones de la tierra, pero nosotros nos encerramos en este sepulcro a la espera de la noche para entrar en la ciudad que le dio muerte y que acaso nos recibirá con azotes y lapidación.

De pronto los cuatro se quedaron suspensos, con los ojos muy abiertos y el oído atento... Y los cuatro cayeron de rodillas porque juntos percibieron estas suaves palabras como si fueran un eco que resonaba en lo hondo del corazón: *“En Jerusalén encontré la muerte y en Jerusalén volví a la vida gloriosa en el Reino de mi Padre”*.

—¡Maestro!... ¡Señor!... ¡Ordena a tus siervos y haremos cuanto mandéis!... —clamó Pedro el primero, dejando correr abundantes lágrimas de emoción. Los demás lloraban silenciosamente sumergidos en ese místico arrobamiento del alma que siente en torno suyo la presencia divina.

Siguió ese dulce silencio de meditación que perdura en el ambiente y en las almas cuando ha pasado por ellas un hálito de Divinidad.

Un eco rumoroso que parecía proceder de las entrañas de la tierra, les sacó de la dulce quietud; y un tanto alarmados prestaron atención al sordo ruido que se acercaba. Estuvieron a punto de echarse a correr

cuando vieron que una hornacina vacía en un rincón de la cripta se abría lentamente y aparecía un hombre joven vestido con el oscuro sayal de los terapeutas y llevando en la mano una cerilla encendida. También él se sorprendió al encontrar huéspedes en el panteón, pero pronto se reconocieron y fraternales abrazos sucedieron al asombro y al temor.

Era el joven sacerdote esenio Imer, aquel que por tener un gran parecido al Maestro se vistió y peinó sus cabellos como Él, aquel día del primer sermón suyo en el Templo repudiando las viciosas prácticas del Sanhedrín en cuanto a las ofrendas y los sacrificios de sangre en el ara del altar.

—¿De dónde venís? —fue la primera pregunta que le hicieron los cuatro discípulos.

—Del templo vengo, obedeciendo el consejo de nuestro padre Eliseo. En la oración de la hora nona, Eleazar, que estaba de turno ante el altar de los Perfumes oyó la voz que le decía: *“Conviene saber lo que pasa en la cripta de Absalón”*. Y fui yo el designado para venir a averiguarlo. ¿Qué os pasa, hermanos del Señor?

—Que somos muy cobardes —le contestó Pedro—. Hemos llegado de Galilea a la primera hora de la tarde y esperábamos aquí la llegada de la noche para entrar en la ciudad.

—Eso no es cobardía sino precaución —contestóles Imer—. Andan los espías del Sanhedrín como lebreles de caza husmeando presas para devorar.

—Ellos saben que mataron al Mesías anunciado por los Profetas, y están viendo siempre a su espalda el fantasma amenazador de una venganza que no saben de donde ha de venir.

—Creí que esos asesinos de inocentes no se acordarían más del crimen cometido —dijo Andrés.

—¡Oh!, no lo creáis así. Es que han sucedido y siguen sucediendo cosas terribles en el Templo, y el Sanhedrín hace ayunos y viste sacos de penitencia y de cilicios para aplacar la cólera de Jehová.

—El Maestro nos dijo que no hay cólera ninguna en Jehová —arguyó Santiago.

—¡Justo, hermano!..., esa es la doctrina del Hijo de Dios, pero no la del Sanhedrín. Para ellos existe la ira de Jehová porque saben que asesinaron al Justo enviado por Él.

—Y, ¿se puede saber qué es lo que pasa en el Templo? —preguntó Matías con marcada curiosidad.

—Pues que aparecen frases escritas con múrice rojo, que fueron dichas en otros siglos por los Profetas que anunciaron las vejaciones y tormentos que había de sufrir el Hijo de Dios. Y aparecen dentro del Templo y en sitios donde no es posible que entre persona alguna después que el

Comisario del Templo ha cerrado puertas y ventanas y se ha guardado las llaves.

—Y, ¿quién escribe esas frases? —preguntó Pedro estupefacto.

—Ese es el secreto que el Sanhedrín quiere descubrir.

“Últimamente han aparecido estas frases: “Será llevado como un cordero al matadero y él no abrirá su boca”. “Será llamado varón de dolores”. “Toda verdad saldrá de su boca y será llamado el Justo, el Fuerte, el Hijo del Altísimo, el Príncipe de la Paz”. Y aparecen con el nombre del Profeta que lo dijo varios siglos antes de su llegada.

“Pero hablemos de vosotros —dijo Imer—. ¿Qué pensáis hacer por el momento?

—Ya te lo hemos dicho: entrar en la ciudad cuando caiga la noche.

—¿Y después? —volvió a preguntar el sacerdote.

—Somos pobres gentes de Galilea, pero tenemos aquí palacios como hospedaje —dijo Pedro, sonriendo de lo que él mismo juzgaba como un motivo de vanidad—. Y en esos palacios hay mayordomos encargados de proveer de cuanto sea necesario a los discípulos del Señor.

—Sois, pues, muy afortunados —añadió Imer—, y me alegro mucho de ello. Creo que Ithamar y Henadad serán vuestras casas.

—Justamente —contestaron los cuatro a la vez.

—Pues bien, ahora me toca el turno de haceros participantes de todos los secretos que los sacerdotes Esenios tenemos, y los que iremos descubriendo en adelante.

—¿Secretos? —interrogaron los discípulos de Cristo.

—¡Tendremos tantos! —añadió Pedro—, ya que nosotros mismos somos *secretos vivos*, puesto que tendremos que vivir como búhos, ocultos de la luz del día y ambulantes con las sombras de la noche.

—¡No os quejéis de la vida! —exclamó con gran dulzura el esenio—. ¡No tenemos derecho a quejarnos después de lo que hemos tenido ante nuestros ojos!

—¡Es cierto! —exclamaron los cuatro.

—Y yo soy el más cobarde de todos —añadió Pedro.

—Te aseguro que no lo seréis ninguno en adelante.

—Empezad con los secretos —dijo Santiago, que estaba inquieto por conocerlos.

—En primer lugar debéis saber que esa hornacina que me dio salida, es la puerta de un largo túnel que llega hasta la sala de los incensarios. Ya sabéis dónde está.

—Sí, sí —contestaron—, en la nave lateral de la derecha anexa a la sala de los ornamentos.

—¡Justo! Este camino subterráneo, que data desde la reconstrucción del Templo por el Profeta Esdras, se llama “*Sendero de Esdras*”, y es

completamente ignorado por el Sanhedrín y por todo el personal administrativo del Templo. ¿Vale el secreto?

—¡Oh, oh!, y qué gran secreto es ese.

—Y, ¡cómo hay que guardarlo! —exclamó otro.

—¡Hasta con riesgo de la vida! —afirmó el Sacerdote—. Por él se salvaron los Sabios del Oriente hace treinta y cuatro años, cuando yo acababa de venir a este mundo. Por él se han salvado muchas veces nuestros Ancianos sacerdotes y por él se salvó el mismo Ungido de Dios cuando el Sanhedrín mandó a prenderlo en el Templo mismo, terminado su primer discurso. Y he recibido hoy, la orden de nuestros Ancianos de ponerlos en conocimiento de este secreto, ya que sois los continuadores directos del Maestro ante este mundo, que Él os ha dejado en herencia para cultivar.

—Entiendo con esto que nosotros podemos hacer uso de ese camino subterráneo en caso de necesidad —dijo Pedro.

—Justamente, hermanos, y para eso os lo he revelado. Y esta misma noche, en vez de entrar a la ciudad por la Puerta de las Ovejas, entraréis conmigo por el *Sendero de Esdras*, cuando el Comisario ha hecho la última inspección del Templo y se ha retirado con las llaves.

—Pero no podremos salir de allí nuevamente, puesto que el Templo estará cerrado y las puertas de la ciudad también —observó Matías.

—Debemos hacer un salvamento esta noche. Dejados hacer y vosotros sois nuestros cooperadores del exterior. ¿Tenéis algo de comer? Porque el camino es largo y debéis fortaleceros antes de marchar.

Los cuatro discípulos echaron mano a sus saquillos de provisión, y entre todos dieron cuenta de lo poco que les quedaba.

—Vuestros equipajes quedan aquí más seguros que en ninguna parte. Y ahora vamos andando, porque en lo que resta de luz antes de la noche no recorreremos todo el camino.

De entre una de las tinajas vacías sacó Imer varias torcidas de hilos encerados, los encendió y entregó a sus compañeros de subterránea excursión. Se puso adelante y en fila cerrada entraron por la hornacina que fue nuevamente clausurada y comenzó la marcha. Pedro y Matías eran de alta estatura y debían doblar la cabeza para no chocar con las filosas salientes de la áspera techumbre.

¡También aquel tenebroso subterráneo les recordaba al divino Amigo que todo era luz, amor, paz y claridades de cielo, y que en los últimos días de su vida terrestre había salvado por ese mismo camino!

Llegados que fueron a la sala de los incensarios les sobrecogió el ánimo las profundas tinieblas del Templo. Y más aún el nauseabundo olor de sangre, carne y grasas quemadas en los sacrificios del día, que al cerrarse puertas y luceras quedaba concentrado allí dentro en tapices y cortinados.

Antes que un santuario de oración y templo santo del Dios Invisible, parecía un antro mal oliente de bestias muertas y de grasas quemadas.

—¡Luz, luz!, por piedad —decían los cuatro apóstoles, habituados al aire puro de Galilea, a las brisas de su lago dorado y al perfume de las flores, los frutos y las mieses.

—¡No sé cómo soportáis esta vida! —decía Pedro.

—Los amigos íntimos del dulce Rabí Nazareno que oraba sobre los montes o a la vera de los lagos, no podéis comprender que los sacerdotes Esenios podamos orar entre esta nauseabunda atmósfera donde todo respira la pesadez de la animalidad.

Imer apagó las cerillas después de haber hecho sentar a los cuatro compañeros en el estrado de la nave lateral en que estaban.

—Ahora —añadió en voz muy baja—, haced de cuenta que estáis muertos, pues vuestro silencio debe ser absoluto.

Después de unos momentos de espera, sintieron un leve ruido en la techumbre, hacia la nave de la izquierda o sea frente a donde ellos estaban.

Vieron un disco de claridad y comprendieron que era una ojiva que se abría desde afuera. Por ella penetró una grácil personita que vestía túnica blanca y el rostro cubierto a medias con la toca y el velo usado por las vírgenes del Templo. Y comenzó a deslizarse suavemente alrededor de la nave hasta llegar a la gruesa vara de plata en que se sostenía el Gran Velo del Sancta Sanctorum. Empezó a correrlo hacia ella lentamente evitando que las anillas produjeran ruido. Y cuando todo estuvo descorrido se dobló sobre él, y abrazándose de aquel grueso rollo de blanco lino se deslizó por él hasta el pavimento del templo. Entonces encendió una de las lámparas menores y comenzó su trabajo silencioso. Escribió sobre el velo del templo con un pincel mojado en múrice rojo las últimas palabras que pronunció Moisés antes de morir:

“Israel ha traicionado a su Dios. Será dispersado a los cuatro vientos del cielo. Palabras de Moisés”.

Los discípulos de Cristo observaron que aquella virgen tenía los ojos cerrados cual si estuviera dormida.

Y continuó escribiendo en el pavimento del Sancta Sanctorum ante el altar mismo en que estaba el Arca de plata con querubines de oro, en que se guardaban las Tablas de la Ley y los sagrados textos:

“Cuando los tiempos sean venidos, el Eterno os enviará un Profeta como yo de entre vuestros hermanos, y pondrá su Verbo en su boca, y ese Profeta os dirá lo que el Eterno le haya ordenado”.

“Y a quien no escuche las palabras que Él os diga, el Eterno le pedirá cuentas” —Moisés en el capítulo 18 del Deuteronomio—. “Y el Sanhedrín de Israel ha despreciado la palabra del Enviado y le ha dado

muerte sobre una cruz. Y el Sanhedrín de Israel ha merecido la terrible maldición de Moisés”.

Hasta aquí había llegado la silenciosa virgen cuando la vieron que apagó la lámpara y se encaminó al gran velo que estaba doblado en numerosos pliegues, tal como ella lo había dejado, e iba a abrazarse de él para volver a subir hacia la ojiva por donde entró, cuando sintieron que dio un suspiro prolongado casi como un gemido y se despertó.

—¿Qué es esta oscuridad, Dios mío? —clamó con doliente voz. Imer se le acercó suavemente.

—Rhoda, Rhodina, virgen de Jehová, no temas de mí que quiero salvarte la vida. Pasada la media noche vendrán los Comisarios y Jueces del Sanhedrín porque quieren descubrir quién escribe palabras terribles de Moisés y los Profetas, y te condenarán a muerte por encontrarte aquí...

—¡Oh, sí!, sácame de aquí que no sé qué espíritu diabólico me ha traído a este lugar —y temerosa y temblando, se tomó de la mano de Imer.

Este dijo a sus compañeros:

—Corred sin ruido el velo del Templo como antes estaba, y volvamos enseguida por donde hemos venido.

Y él condujo a la niña hacia la sala de los incensarios.

Cuando todos estuvieron reunidos allí en completa oscuridad, el sacerdote esenio les dijo:

—Tened dispuestas las cerillas, pero no las encendáis hasta que yo os avise.

A poco rato de espera sintieron ruido de cerrojos en los patios interiores, y luego rumor de voces apagadas que se acercaban.

—Era verdad el anuncio de que hoy vendrían. Ya están aquí. Salgamos —abrió Imer la puertecilla secreta del Sendero de Esdras, practicada en el fondo de una alacena con ropas de los Levitas, y haciendo salir a todos se quedó el último para cerrar la oculta abertura. Encendieron las cerillas y el joven sacerdote les guió a un recodo que formaba el camino y donde había bancos para descanso y un cántaro con agua.

La jovencita aparecía blanca como la toca y velo que la cubrían, y sus ojos llenos de espanto miraban aquellos hombres desconocidos que la llevaban por aquel antro de tinieblas y de horror.

Pedro se llenó de compasión por aquella débil y misteriosa criatura, a la que había visto realizar un hecho de prodigioso esfuerzo y valor en estado durmiente y que ya despierta estaba temblando de timidez y de espanto.

—No temas nada de nosotros, querida niña, que no intentamos hacerte daño ninguno —le dijo con paternal ternura.

La jovencita se abrazó a él y comenzó a llorar silenciosamente. Un

temblor convulsivo agitaba su cuerpo y por fin su cabeza lacia como una flor tronchada cayó sobre las rodillas de Pedro, que la sostenía.

Imer le hacía aspirar una redoma de esencia y le salpicaba el rostro con el agua del cántaro. La reacción tardaba y el débil cuerpo empezaba a enfriarse en las extremidades.

Los hombres se quitaron los mantos apresuradamente y la cubrieron toda.

Ninguno comprendía por completo aquel enigma y ninguno hablaba. Pero todos ellos tenían el mismo pensamiento: “¡Señor!... ¡Cristo Ungido de Dios! ¡Ten piedad de esta criatura que fue tomada como instrumento por la Divina Justicia para despertar a los malvados que te dieron muerte!”

La evocación silenciosa de Pedro fue tan formidable que de pronto se puso de pie; todos los mantos cayeron al suelo y con la niña en brazos la levantó a la altura de su cabeza como si fuera una grácil figura de cera y dijo con una voz que lloraba:

—¡Maestro mío, Hijo de Dios vivo! ¡Te ofrezco el cuerpo de esta virgen del Templo de Jehová como una hostia de propiciación a cambio de que le vuelvas la vida!...

La niña dio un gran suspiro y se incorporó en el regazo de Pedro.

Todos habían pasado un momento terrible.

—Gracias a Dios —dijo Imer—, todo ha sido salvado. Ahora continúemos nuestro camino.

—Pero esta criatura no podrá andar por sus pies —observó Matías.

—Sí que puedo —dijo ella, y se tomó confiadamente de la mano de Pedro.

—Yo guiaré —observó Imer—, y cuando te canses, Rhodina, nos avisas y por turno te llevaremos en brazos.

—¿Adónde me lleváis y por qué me sacáis del Templo?

—Ya te lo explicaremos después —contestaba Imer—. No tengas miedo que nada malo te ocurrirá.

Como advirtió Pedro que su endeble compañera acortaba sus pasos y recién estaban a un tercio del camino, le dijo suavemente:

—Ya no puedes más, hija mía, te llevaremos en brazos. Yo soy fuerte, ya lo ves.

Era tiempo, en efecto, pues a la pobre niña se le doblaron las rodillas y quedó sentada en el camino de piedra.

Santiago y Andrés formaron silla de manos y Pedro puso en ella a Rhodina, afligida y llorosa.

—¿Por qué me habéis traído?... ¿Qué vais a hacer conmigo?... —murmuraba la niña, buscando en aquellos rostros iluminados por la opaca luz de las cerillas la respuesta que ninguno le daba.

Por fin llegaron al panteón sepulcral de Absalón, donde apresuradamente encendieron un buen fuego, pues que todos sentían que el intenso frío del camino subterráneo parecíales haberles penetrado hasta los huesos; el sacerdote Imer, que conocía todos los escondrijos de los terapeutas peregrinos, dueños de aquel lugar, sacó una ánfora de vino y otra de miel que calentadas al fuego pronto reanimaron las decaídas fuerzas de todos, no tanto por el esfuerzo realizado como por las impresiones sufridas.

Recostaron a Rhodina en uno de aquellos lechos de paja, la abrigaron convenientemente y Pedro le dijo:

—Descansa y duerme, hija mía, que yo, el más anciano de todos te guardo y velo tu sueño. La paz sea contigo.

Sentados todos en los lechos de paja guardaron profundo silencio a una señal que Imer les había hecho. Y cuando estuvieron ciertos de que la niña dormía, se apartaron al más retirado ángulo del panteón y el sacerdote Esenio les dijo:

—Os debo una explicación de todo lo que habéis visto y ahora os la daré.

Andrés y Matías acercaron sus bolsos de provisiones consistentes en pan, queso y frutas secas, y los invitaron a compartir la frugal cena de media noche.

Pedro puso nuevos troncos de leña al fuego y todos rodearon a Imer para escuchar lo que debía decirles.

Empezó así su relato:

—Esa pobre jovencita tiene una historia penosa que nos conmueve a cuantos la conocemos. Diríase que es una privilegiada del dolor, que ella soporta con una serenidad casi estoica. No cuenta más que diecisiete años y es huérfana de madre. Su padre, casado con otra mujer, se vio obligado a desprenderse de la hija, que tuvo la desgracia de inspirar celos y odio a su madrastra. Una tía, hermana de su madre, vive como viuda sin fortuna refugiada en el Templo y es la encargada del cuidado de túnicas y mantos sacerdotales, minucioso y penoso trabajo con que ella paga la manutención y hospedaje en un pabellón de los claustros sagrados. Allí cobijó a su sobrina Rhoda, desde los doce años. Era enfermiza y sufría desmayos frecuentes. Los médicos diagnosticaron histeria aguda y algunos, epilepsia.

“Uno de nuestros Ancianos sacerdotes, algo pariente de la tía Susana, comenzó a observarla y empleó tratamientos de nuestra terapéutica en procura de su curación, pero todo fue en vano. Hasta que un día en una de las veces que el Mesías Ungido de Dios vino a Jerusalén, tuvo la idea de que la tía y la sobrina estuvieran cerca de la puerta del Templo por donde Él debía entrar y salir. Y llegado el momento y a indicación del Anciano sacerdote Ismael, que lo conocía, la niña Rhoda se arrodilló ante

Él y le dijo: “Cúrame, Señor, que vivo muriendo de muchos males y Tú tienes poder para hacerlo”. La niña tenía entonces quince años. El Hijo de Dios la miró como sólo Él sabía mirar a las dolientes criaturas que le pedían piedad. Le tomó la cabeza con ambas manos, la miró fijamente a los ojos hasta que ella se durmió y dormida habló así:

“¡Gracias, Señor, Ungido del Altísimo! Ya no estoy enferma y comprendo lo que me dice tu pensamiento. Seré lo que tú me mandas que sea: un instrumento del Poder Divino para despertar a los dormidos”.

“Y el Maestro, cuando la vio despierta, le dijo: *“Mi Padre te ama y yo te bendigo en su nombre, hija mía. Hazlo como acabas de prometerlo y yo te recordaré siempre”*. Desde ese día no tuvo mal ninguno y tan animosa y decidida se tornó, que conquistó para el Cristo Divino a todas las viudas y vírgenes del Templo que son cuarenta y siete. Cuando supo la prisión del Ungido del Altísimo sufrió una terrible crisis y durmió durante tres días seguidos, en los cuales no tomó ni una gota de agua. Se despertó el domingo a mitad de la mañana con un cansancio como si hubiera hecho un enorme trabajo. Le fue pasando poco a poco y siguió su vida normal. Incansable para el trabajo y el estudio de los Libros Sagrados vive la vida de una mujer madura y no de una jovencita; y cuando acompaña los cánticos con su cítara y canta los solos, hace llorar a las piedras porque su alma y su vida toda la dan en su expresión y su palabra.

“Y últimamente, en estado de durmiente ha comenzado a hacer lo que vosotros habéis visto esta noche, y que sólo los sacerdotes esenios conocemos por el aviso de la tía Susana, que la veía levantarse y la seguía en las primeras noches. El Sanhedrín está en ascuas sin poder descubrir lo que pasa, atribuyéndolo a fuerzas diabólicas y a magia negra. Hasta que en la asamblea de ayer dispusieron penetrar cautelosamente en el Templo a media noche, con los jueces y Comisarios, soldados y guardias, y quedó ya condenado a azotes y lapidación si era un ser de carne y hueso; y que se harían exorcismos mayores si era obra de espíritus infernales. Todos los que por el Sanhedrín fueron excluidos de la condena del Ungido, han renunciado con diversos pretextos desde que comenzaron a aparecer las misteriosas escrituras en diversas partes del Templo, y han pensado que todo esto es anuncio de que se acerca la justicia de Dios por el horrendo crimen cometido por el Sanhedrín. Y han tomado las misteriosas escrituras como el terrible *Mane-Thecel-Phares*, que apareció a Baltasar, rey de Persia y que le descifró el Profeta Daniel como anuncio de la terrible invasión enemiga que le costó el trono y la vida.

“Por eso os dije cuando esta tarde os encontré aquí, que teníamos que hacer un salvamento. Y ya está hecho. La niña ésta, no puede ni debe volver al Templo y hemos convenido con su tía Susana y su pariente, el sacerdote Ismael, que se dirá si alguien pregunta, que la joven tomará

esposo y quedará en su nuevo hogar. Ahora os pregunto a vosotros. ¿Podéis hospedarla en vuestro hospedaje?”

Pedro contestó enseguida:

—Claro que sí y es un deber ineludible. En el palacio Henadad, del cual tengo llaves y que está destinado a albergar a los amigos de nuestro Señor y Maestro, puede estar Rhoda y acaso con más derecho que muchos, por cuanto el Señor le dio su protección y su amor. Eso está solucionado. Déjalo por mi cuenta, que este humilde servidor del Mesías será, desde hoy, como su padre.

—No esperaba menos de vosotros, discípulos del Hijo de Dios. Bien cumplido fue el aviso de nuestro Padre Eliseo que nos mandó a la Cripta de Absalón a saber lo que pasaba en ella.

—Era que unos pobres hombres del pueblo, aprendieron del Verbo de Dios el amor fraterno que remedia todas las necesidades —dijo conmovido Matías.

Y cuando a la madrugada se encaminaron a la Puerta de las Ovejas, llevaron a Rhoda cubierta con un manto oscuro para ocultar su blanca túnica que hubiera llamado la atención, y como a una hija endeble Pedro la llevaba de la mano,

El Sacerdote Imer se dirigió por otro camino a casa de sus ancianos padres, que estaban alarmados porque en toda la noche él no había vuelto a su casa.

A Rhoda le esperaba en el palacio Henadad, hogar de los amigos de Yhasua, la amistad de muchos hermanos y el amor del compañero que la Ley divina le tenía destinado.

Al siguiente día muy de mañana cada uno de los cuatro discípulos se lanzó a las calles de Jerusalén aún sumida en la quietud de la noche. Sólo en la plaza del mercado y en las puertas de la ciudad se percibía algún movimiento de vendedores ambulantes que conducían al hombro o sobre asnos sus mercaderías para la venta.

Pedro se dirigió de inmediato hacia la Puerta de Joppe para salir al campo y volver a ver la trágica montaña donde murió su amado Maestro. Quería mirar de nuevo aquel sepulcro en que su sagrado cuerpo estuvo dos días y dos noches. Quería comprobar si no había sido encontrada la cruz en que Él entregó al Padre su glorificado espíritu y que él con José de Arimathea y otros discípulos habían enterrado en un sitio que sólo ellos sabían.

Grande fue su sorpresa cuando al llegar al pie de la colina trágica la encontró transformada por completo.

Había desaparecido la escabrosidad del montículo como si una guadaña gigantesca hubiera cortado a ras las aristas y salientes rocas de los barrancos pedregosos.

Aparecía sembrado de verde césped y una cerca rústica de piedras rodeaba todo el montículo hasta llegar al sepulcro aquel en que el augusto Mártir fuera sepultado,

Y Pedro se quedó paralizado de asombro y sentándose sobre el césped en el sitio mismo en que estuvo la cruz de su Señor, se fue sumiendo en honda meditación hasta que una emoción profunda inundó sus ojos de llanto y su alma de infinito amor.

¿Quién había obrado aquella gran transformación? Y cuando pasado el primer momento de oración, de amor y de lágrimas, empezó a observar los alrededores, se dio cuenta de que muchas sepulturas habían sido abiertas en los peñascos que aparecían continuando la cerca que encerraba el montículo tapizado de verde césped. Y en el sitio mismo de la crucifixión habían levantado un pequeño obelisco de bloques de piedra blanca y en el que había esta sola inscripción en árabe y en latín: PAZ.

Pedro continuaba pensando. De pronto se dio una palmada en la frente y dijo:

—¡Simónides! ¡Aquí anduviste tú, Simónides! —Pedro había acertado a descifrar el enigma.

En la semana siguiente a la crucifixión, el sagaz anciano que era un lince para realizar estupendas combinaciones, había mandado al Scheiff Ilderín a comprar al Gobierno romano la pequeña colina del Gólgota que sólo tendría unos doscientos metros cuadrados.

Le horrorizaba que continuara siendo el infame Monte de las Calaveras donde se ajusticiaba a todos los bandidos de la Palestina. Su corazón enamorado de su soberano Rey de Israel le exigía transformar aquel paraje en algo sagrado, venerable, santo.

Simularían que esa tierra era comprada para sepulturas de los residentes árabes que morían en Jerusalén.

Y a tal fin lo compró para Simónides el Scheiff Ilderín, que mantenía buenas relaciones con el Gobernador Pilatos, representante del Gobierno Romano. Lo menos que pudo suponer Pilatos era que tal adquisición la hiciera un servidor y amigo del Profeta Nazareno que él dejó crucificar. Fue satisfacción para él hacer entrar buen oro a las arcas del César por una tierra estéril e inútil que todo ser viviente despreciaba y maldecía. Pedro cayó de rodillas al pie del blanco obelisco y se abrazó como si hubieran sido los pies sangrantes de su amado Maestro, sacrificado en aquel mismo lugar.

El despreciado Monte de las Calaveras o Gólgota había sido transformado por el amor de los amantes de Yhasua, en un recinto de paz, de sosiego y de oración: en un humilde jardín-cementerio, última morada donde terminan las vidas humanas.

18
EL APÓSTOL ZEBEO

Nuestro lector recordará que dejamos a Zebeo en el despacho de Filón, desahogando su pena en el noble corazón del sabio que tan oportunamente se le brindaba como un padre en la soledad de su vida.

El dolor de aquel adiós mudo de Matheo, el último amigo y compañero de la tierra natal que le quedaba, estrujó el corazón de Zebeo hasta producirle esa terrible sensación de abandono, de soledad absoluta, de punto final de una tragedia que había comenzado en un huerto de olivos centenarios en las afueras de Jerusalén y venía a terminar para él en el Valle de las Pirámides faraónicas, recordatorio de piedra de lo que había sido y no era ya más. Y pensando en la similitud que veía entre los monumentos y su propio corazón, dijo a media voz, enjugándose dos gruesas lágrimas que temblaban en sus ojos:

—¡Tampoco en mí mismo existe ya nada más! Paréceme que comienzo a ser una momia que anda —y cuando dio media vuelta para tornar a la ciudad que aún dormitaba en la quietud de aquel amanecer, percibió una blanca claridad en la sombra formada por los gruesos pilares que flanqueaban la puerta, al mismo tiempo que en su yo íntimo se levantaba como un enérgico desmentido de aquellas frases que había dicho a media voz al ver perderse a Matheo camino del desierto:

—*“¡Existo yo, viviendo en ti mismo y esperando el cumplimiento de nuestros pactos eternos!”*

—¡Maestro!... —gimió Zebeo—, ¡perdón!..., esta infeliz materia olvida siempre lo que es eterno y divino para aferrarse como raíz a la tierra, a lo pasajero y deleznable.

La escena referida ya entre el sabio y el Apóstol del Cristo nos pone de manifiesto la comprensión y afinidad que se estableció de inmediato entre ambos. Diríase que el Divino Amigo desaparecido seguía tejiendo redes de amor entre los que le amaban.

—¡No me digas nada, Zebeo! Yo sé también lo que es dar un adiós como el que tú acabas de dar. Pero a los sesenta años se saben más cosas que a los treinta y siete que tienes, y por tanto puedo hablarte con experiencia de la vida y de las cosas.

“El amor es un incansable creador de bellezas en pensamientos, en obras, en hechos de una sublimidad que nos asombra y maravilla. Pero si al amor se le une en compañía el dolor, créeme, Zebeo, que el hombre por lento que corra en la senda del Ideal, se transforma en un creador gigantesco e invencible.

El amor y el dolor, para ser fecundos han de marchar siempre unidos en el alma humana, a la cual le sirven de alas poderosas para escalar las cumbres del Conocimiento y de los internos poderes a que está llamada la Divina Psiquis desde que la Eterna Energía encendió su lámpara inmortal.

—¿Sabemos acaso, ni tú ni yo, Zebeo, lo que podrá producir en un futuro cercano todo ese amor tuyo sacrificado al deber que significa para ti el haber sido hecho un Apóstol del Cristo en la hora final de su Mesianismo?

—A veces pienso que Él se equivocó al elegirme —contestó con sinceridad Zebeo, en quien predominaba el sentimiento de su pequeñez e incapacidad.

—¡No!... Él no se equivocó, Zebeo, te lo aseguro yo. “Dios da su luz a los humildes y la niega a los soberbios” decía el Divino Maestro y Él conocía la humildad de tu corazón y que merecías por ello la Divina iluminación. Quizás Él tuvo esa misma visión en sus doce elegidos.

—¿Y cómo es que falló en el infeliz Judas? —preguntó Zebeo, temeroso de que en él mismo hubiera fallado la visión del Maestro.

—Tú también lo piensas así y la mayoría lo pensará como tú.

“La noche misma de la tragedia de Gethsemaní, acudió Matheo a mi habitación en el palacio de Ithamar y al referirme la actuación de Judas comprendí la terrible tragedia de esa alma atormentada por los celos.

“¿Qué son los celos? Es el sobresalto, la inquietud, el espanto del alma ante la posibilidad de no ser correspondido en un gran amor. Judas vivió con el terror y el espanto de que su Maestro no le amase en la medida que él lo deseaba. Ha debido sufrir indecibles tormentos en el tiempo que ha vivido a su lado. Comprendiendo que su hosco y huraño temperamento no era apto para merecer las ternezas suavísimas del Gran Elegido. ¡Pobre Judas! En la locura de su gran amor no correspondido, dio un salto sobre el abismo aunque semiinconsciente de lo que arriesgaba y de lo que podía perder.

“Creyó hacer la obra cumbre con que todo Israel soñaba: levantar a Yhasua sobre el trono milenario de David y Salomón. Y apresuró la subida al patíbulo de infamia que el Cristo había vislumbrado a sus veinte años en la víspera de su consagración como Maestro de almas en el Gran Santuario de Moab.

“Ahora bien. Vuelvo a mi teoría de que el amor unido al dolor hace volar a las almas a cumbres no soñadas.

“El gran amor de Judas hacia su Maestro: estaba sólo, no era fecundo y sólo le producía celos, espanto, sobresalto, inquietudes.

“Ahora se le ha unido el dolor, el terrible dolor de haberle apresurado al martirio y de aparecer ante sus compañeros y ante toda la humanidad

como un vil traidor al gran Ungido que le había curado sus heridas del alma y lo había admitido a su escuela íntima formando con Él una sola familia.

“¿Sabes Zebeo lo que será para Judas este dolor? Y si este dolor no lo enloquece o lo mata, lo hará, no lo dudes, el más sublime y heroico de los doce apóstoles del Cristo. Y lo será en la sombra, en el olvido, sin que nadie lo sepa..., ignorándole para siempre toda la Humanidad que durante siglos y siglos le aplastará con su odio y su maldición. Judas será el monstruo horrendo, símbolo eterno de todo lo más malo que haya salido de la humana criatura. Y él lo sabe, lo siente en todas las fibras de su carne y en todas las percepciones de su espíritu...”

—¿Pero, tú has estado con él después de la tragedia? —preguntó asombrado Zebeo ante las afirmaciones que escuchaba.

—¡No!..., no le he visto más. Te asombras de que haga el detalle de cuanto le pasa. ¿No te dije al iniciar esta conversación que a los sesenta años de estudio sobre la vida y sobre las almas, se puede saber de todo ello algo más que a los treinta y siete que tú tienes?

—¡Es verdad, maestro Filón!... Había olvidado eso. Ahora comprendo por qué nuestro Maestro no tuvo ni una palabra de condenación para Judas, cuando luego de la última cena íbamos al Huerto a la oración acostumbrada. “*¡Pobre amigo! no sabe lo que hace*”, fue lo único que el Maestro dijo.

La palabra se cortó en los labios de Zebeo y sus ojos se cristalizaron de llanto.

—¡Y yo lo he condenado! —dijo luego en un hondo clamor...

—El mal pensar nos rodea y nos envuelve de tal manera en nuestro plano físico, que solamente los seres muy evolucionados pueden susstraerse a él —contestóle Filón—. Tú condenando a Judas, llevado por las apariencias has obrado como todos. Lo que debe absorber todo tu interés desde este momento, es el lograr ponerte a tono con el augusto Maestro que te eligió para su intimidad.

—¡Ponerme a tono con Él!..., iyo con Él!... —exclamó con supremo desaliento Zebeo.

—Sí, itú a tono con Él! No hay otro camino para conseguir las grandes realizaciones con que soñamos siempre los que buscamos ese algo superior a todo lo visible que llamamos Luz Increada, Eterna Idea, Verdad Única.

“Para ti, Yhasua de Nazareth es la Estrella polar, porque a su contacto divino ha despertado tu conciencia. Para mí lo fue Moisés, cuarenta años atrás, cuando sólo contaba yo veinte años de edad. Más feliz que yo, tú has vivido al lado del Maestro en cuerpo físico y has sentido el calor de su aliento, has estrechado sus manos y has reposado tu cabeza

en su corazón; te has mirado en sus pupilas mansas, y has escuchado la cadencia suave de su voz.

“Moisés se me presentó a mí como el genio tutelar de mi raza, lo amé sin conocerlo, cuando habían pasado sobre su vida de hombre quince largos y pesados siglos. Más, como el amor desinteresado y puro atrae al amado con un cable de oro y diamantes, atraje yo pequeña hormiga terrestre, al gran Genio transmisor de la Ley Divina a la humanidad. Y Moisés fue conmigo desde la altura de sus cielos de luz.

“Si eres perseverante a mi lado te daré a leer los originales de los dictados sobre su vida, sus libros, sus largos estudios en los Templos de Menfis y su iniciación en los misterios ocultos de la antigua sabiduría de los hierofantes egipcios.

“Lo que relata el pergamino de Caleb, hijo de Jephone, que encontró Yhasua en la Sinagoga de Nehemías, es una brevísima síntesis de la biografía del gran hombre que en su época fue tan incomprendido, mucho más aún que lo es la augusta personalidad de Yhasua.

“Como me elevó Moisés a ponerme a tono con él para hacerme capaz de servirle de instrumento de manifestación de la verdad, te elevará Yhasua a ti y a todos sus íntimos elegidos para continuadores de su obra a través de las edades y de las incomprensiones humanas.

“La humanidad padece error cuando encuentra distancias insalvables entre los grandes de ayer y los que siguiéndoles, pueden ser grandes hoy, entrando de lleno con fe y amor en la onda vibratoria en que ellos viven eternamente en lo Infinito.

“El Universo es Unidad, es Solidaridad, es Armonía perfecta; Unidad, Solidaridad y Armonía perfecta entre los millares de millones de soles y estrellas que pueblan los abismos siderales, y entre las millares de Inteligencias Superiores que impulsan la evolución de las humanidades que los habitan.

“Y todo ese admirable conjunto, sumergido en la misma Luz Increada, viviendo de la misma Eterna Energía, desenvolviéndose al impulso de la misma Potencia Creadora que les vivifica y anima con el mismo amor, y conforme a la evolución de cada chispa emanada de su infinita fecundidad.

“¿Dónde están, pues, las distancias insalvables, las imposibilidades invencibles, las puertas infranqueables?

“Zebeo, mi hijo de la vejez, tú has oído alguna vez a Yhasua, tu Maestro, que *“El Amor es el mago divino que salva todos los abismos”*. Abel lo decía también a sus Kobdas de la prehistoria, y Moisés me lo mandó grabar a punzón sobre un bloque de basalto que conservo a la cabecera de mi lecho.

“¿Has comprendido, Zebeo, lo que este nuevo padre tuyo ha querido decirte?”

—Sí, maestro Filón, lo he comprendido. Me falta solamente ser a tu lado un hijo fiel y perseverante para seguir a mi gran Maestro con igual decisión con que tú seguiste al tuyo.

Después de esta conversación, llevó Filón a Zebeo hacia la galería anexa a la Biblioteca, donde se abrían las Celdas de los Estudiantes que desde lejanos países acudían por temporadas o permanentes a buscar la Verdad Divina, bajo la dirección del sabio alejandrino. Una de aquellas celdas era la alcoba del propio Filón, y abierta de par en par puerta y ventana, le permitió a Zebeo observarla ligeramente.

Era la alcoba austera de un anacoreta, de un idealista, de un pensador. Todo revelaba en ella al hombre de meditación y de estudio.

Un Moisés meditabundo y solitario sentado en un peñasco en el sombrío valle de Horeb, era la pintura mural que aparecía tras el respaldo de un pupitre lustroso por los años y por el uso.

Aquel Moisés estremecía el alma porque su imponente figura irradiaba fuertemente una ansiedad febril, una angustia de muerte, mezcla indefinible de cansancio, de decepción, de anhelos insatisfechos, de interrogantes sin respuesta... Era la encrucijada terrible, el instante crítico y supremo en que el alma del gran hombre ya cargado con todos los misterios y arcanos de su larga Iniciación en los Templos de Tebas y de Menfis, sentía la interna voz que le llamaba a la Vida activa de creador y organizador de una humanidad apta para recibir el gran legado del Eterno Invisible: la Ley que había de formar la conciencia de esa Humanidad. Y en derredor suyo sólo aparecían montañas escabrosas y abruptas..., ovejas silenciosas que pastaban; cisnes y gaviotas que flotaban en la aguada azul cercada de juncales y de lotos...

Y Zebeo creyó encontrar marcada similitud entre el momento aquel de Moisés de la pintura mural y su propio momento actual.

Y se quedó como clavado sobre el pavimento con sus ojos fijos en la sombría mirada de aquel Genio que parecía escrutar el horizonte y seguir el vuelo de las gaviotas..., y aspirar ansioso la aparición de la primera estrella.

Por fin con la voz trémula de emoción preguntó a media voz:

—¿Qué piensa ese Moisés?..., ¿qué quiere..., qué busca en esa soledad?

—Lo que pensamos y queremos todos los soñadores del Ideal Eterno, en esos rudos y tremendos instantes en que sentimos la voz interna del Ego que nos impulsa a la acción y nos vemos aherrojados por todas las impotencias a que nos condena la materia, el medio ambiente que nos envuelve y la egoísta humanidad que nos cierra todos los caminos —le contestó Filón, con ese fuego que da la convicción de estar sintiendo y diciendo la verdad—.

“Todo es grande en los grandes hombres –continuó el sabio con creciente fervor–, pero ningún momento lo es más en mi concepto, que el momento culminante y único en que el alma encuentra su verdadero camino y se lanza por él, decidida a no abandonarle nunca hasta haber llegado a la meta de todas las realizaciones.

–Yo me veo en ese momento –dijo tímidamente Zebeo–, y pido a mi Maestro desde el fondo del alma que su luz me descubra la senda que Él me tiene preparada.

–Medita en soledad como ese Moisés en Madián, y allí serás iluminado –díjole el sabio, siguiendo por la galería de la celdas para indicar a Zebeo cuál sería la suya. Varias puertas entornadas indicaban estar algunas ocupadas.

Por fin llegaron a una con puerta y ventana abiertas, y por sobre el pupitre de las meditaciones ostentaba también un Moisés que a la puerta de la gruta de sus grandes visiones encontraba un hilo de agua brotando de un peñasco, y él bebiendo con esa sed intensa del que siente abrasadas sus entrañas.

–¡Esta será la mía! –gritó Zebeo entrando decididamente–. ¡Gracias, Maestro Yhasua, porque aquí me darás de beber!

Filón emotivo en extremo, abrazándole con ternura paternal, le dijo:

–¡Bien, hijo mío! Te dejo pues en tu casa para todo el tiempo que quieras habitarla. –Y el sabio le dejó solo.

Hasta el mediodía que fue llamado a la comida lo ocupó en revisar cuanto tenía a su disposición en aquella vasta celda que, como todas, más parecían salas de estudios y recintos de oración que alcobas de habitación cotidiana.

Un diván de reposo, semioculto por una pesada cortina de damasco en el más lejano ángulo del recinto, una mesa adosada a una estantería en otro ángulo, en la cual se veían punzones, compases, escuadras, plaquetas de arcilla, telas enceradas, pergaminos en gruesos rollos, cartapacios de abultado volumen y extendido en la muralla inmediata un gran mapa de los continentes, pueblos, ciudades, ríos y montañas conocidas entonces. Un fuerte taburete de trabajo frente a la mesa, un sillón tapizado de piel de antílope ante el pupitre y un grueso esparto sobre las lozas del pavimento, era cuanto había en la habitación de que tomaba posesión Zebeo.

Todo serio, austero, con cierta belleza solemne..., pero por sobre todo aquello, el Moisés sediento bebiendo con ansia indefinible del hilo de agua cristalina que brotaba a la puerta de la gran caverna de sus visiones, tenía como electrizado al futuro Apóstol de Yhasua a quien parecía asustar la grandeza austera de Moisés, y el recuerdo le traía la dulce

figura de Yhasua, su Maestro, y con el pensamiento se refugiaba como un niño medroso entre aquel manojó de lirios de Jericó que tan suave y tierno fuera a su corazón.

—¡Maestro Yhasua!... ¡Mi Maestro! —murmuró a media voz sintiendo su corazón estremecido de amor—. ¡Tú serás todo para mi en el camino que inicio en seguimiento tuyo: báculo en mis andanzas por los desiertos, piloto en mi barca sobre el mar, antorcha en las selvas tenebrosas y estrella polar en todos los horizontes a donde alcanza mi vista de eterno peregrino en medio de la humanidad!”

Y sin poderlo evitar cayó de rodillas en medio de la sala y su cabeza se dobló sobre el pavimento, mientras sus labios sollozantes murmuraban en entrecortadas frases casi ininteligibles: —¡Soy un montoncito de tierra a tus plantas soberanas, Maestro Yhasua, y sólo pido en este instante: tu luz, tu paz y tu amor!

Sintió la frescura de un aliento divino sobre él y como si una extraña fuerza le levantara de su postración.

¡Era Él que acudía a su llamado intenso y ferviente!

—“*¡Zebeo! ¡Mi montoncito de tierra!..., ¡que vengo a fecundar para que me rinda el ciento por uno de flores y de frutos para la inconsciente humanidad que sacrifica a todos los que la aman y buscan redimirla! ¡No vaciles ni temas que yo voy ante ti para ser todo cuanto has pedido, báculo, antorcha y estrella polar en todos tus caminos y bajo todos tus horizontes!*”

La inundación de luz, de paz, de amor infinito, se fue diluyendo suavemente en la penumbra dorada que entraba a medias por la entornada ventana de la celda, sombreada de grandes palmeras donde cantaban los mirlos en la gloria de aquel esplendente sol de mediodía.

La campana llamó suavemente, y por aquella larga galería silenciosa y severa como un claustro, desfilaron los estudiantes con sus túnicas pardas y pelerina blanca que los igualaba a todos: príncipes y vasallos, labriegos o pastores en forma que en las aulas del sabio de Alejandría, sólo eran estudiantes, buscadores de conocimientos y de sabiduría.

El comedor de los estudiantes, discípulos de Filón, era modesto y austero como todo lo demás. Largas mesas cubiertas de blanco mantel, cómodos bancos dobles, de alto respaldo en que cabían dos personas holgadamente, y sobre las mesas aparecían las viandas en grandes fuentes y cestillas de donde cada cual se servía a satisfacción y gusto. Era el sitio y la hora de compañerismo, de amenas conversaciones que no disminuían su alegre locuacidad ni aún el día sábado, en que comían junto con ellos el maestro Filón y los profesores que lo ayudaban en las tareas de la enseñanza: el profesor de latín, la lengua de Roma, señora del mundo por entonces. El profesor de griego, el idioma del país de

Ptolomeo, fundador y sostenedor de la Escuela, Biblioteca y Museo de Alejandría, y cuya memoria vivía imborrable a pesar de las centurias transcurridas. Los profesores de Historia y Ciencias Naturales, y por fin el Arqueólogo y arquitecto del Museo, y los dos Bibliotecarios, que satisfacían gustosamente todas las curiosidades sobre nuevos hallazgos en el Valle de las Tumbas Reales, en los jeroglíficos de las criptas y en los viejos papiros que llegaban de todas las partes del mundo destinados a la célebre Biblioteca de Alejandría.

El día que nos ocupa, tuvo la comida un incidente más: la presentación de Zebeo a todos los estudiantes que serían en adelante sus compañeros de estudios y de vida. Venía de la Escuela íntima del Profeta de Israel, del Genio Bueno del Jordán, del Mesías Instructor de la Humanidad que habían anunciado desde seis siglos antes los profetas, augures y videntes de todas las Escuelas de Divina Sabiduría existentes en el mundo de entonces; el que habían anunciado los astros en la admirable y maravillosa conjunción de Júpiter, Saturno y Marte la noche de su nacimiento...

En esta solemne presentación estaban, cuando un nuevo comensal apareció en la puerta del gran comedor vestido también con la túnica parda y la pelerina blanca que usaban todos, profesores y alumnos, de puertas adentro en las severas aulas del maestro Filón: era el Anciano príncipe Melchor de Heliópolis que invitado por Filón para ese día de la incorporación de Zebeo a las aulas, no podía faltar, y apoyado en el brazo de su criado y en su bastón de encina saludó desde la puerta a todos y buscó con la mirada profunda al Apóstol de Yhasua que corrió hacia él y cayendo a sus pies, se abrazó de sus rodillas.

El Anciano le hizo levantar y abrazándole tiernamente le dijo:

—En ti abrazo nuevamente a Aquél que fue y será el centro de nuestros grandes amores.

Filón le hizo sentar en la cabecera de la mesa, y él y Zebeo se colocaron a ambos lados del anciano.

Era pues aquél un día de gloria para el estudiantado de aquella célebre Escuela, conocida ya en todo el mundo civilizado de entonces como la meta de todas las aspiraciones científicas y de los más elevados conocimientos a que podían llegar los más ansiosos buscadores de Verdad y de Sabiduría. La Escuela de Alejandría era el broche de oro que cerraba toda carrera intelectual en aquella época.

La escena de ternura entre Melchor y Zebeo puso la nota íntima de intensa emoción en todos los que estaban presentes en aquel comedor, cuarenta y siete estudiantes de diversas ciudades y países, una decena de profesores, algunos celadores y auxiliares, y entre todos ellos el príncipe Melchor, Hierofante de los Templos de Tebas y de Menfis y el Director vitalicio de todos aquellos establecimientos de Ciencias y de Artes, era

pues un selecto núcleo que lastimaba la extrema modestia de Zebeo en obsequio del cual se hacía aquella demostración.

Y con temblorosa voz, sólo pudo decir: —Os doy las gracias a todos, pero sé muy bien que no es a mí a quien lo hacéis, sino a mi gran Maestro sacrificado por la verdad, Yhasua de Nazareth.

Melchor y Filón se pusieron de pie con la diestra levantada en el signo de bendición de los Maestros. Los demás les imitaron y todos los ojos se clavaron en Zebeo sobre el cual parecía resplandecer la divina irradiación del Cristo.

19

EN LA ALDEA DEL LAGO MERIK

Otra vez las dunas amarillentas del desierto que riega el Nilo con sus caudalosas corrientes, haciendo surgir verdes praderas, frescos oasis donde los hombres y las bestias se resguardan de los ardientes rayos del sol.

Este comienzo de su nueva vida no pudo ser más acogedor y estimulante para Zebeo. Y no obstante de reconocerlo así él mismo, su alma seguía entristecida y con una sensación de vacío, de desolación y abandono.

Aquella entusiasta acogida de parte de todos le enterneció obligándole a la más profunda gratitud. Pero aquel ambiente le era extraño y sentía que su espíritu no podía sinceramente responder a tan espontáneas manifestaciones de afecto.

Encontraba que allí todo era solemne, majestuoso, imponente como la Esfinge y las Pirámides del Valle de las Tumbas Reales, como los templos colosales de Osiris y de Amón-Ra en Menfis y en Tebas; como las criptas sombrías que resonaban en cien ecos a cada paso que se daba en ellas; como los hierofantes de cabezas cubiertas de tiaras y de mitras. Y de nuevo los recuerdos se erguían ante él como anacoretas tristes y encapuchados reclamándole sus derechos a convivir con él de aquella otra vida que había terminado con la última despedida del Maestro en un suave atardecer a la vera del Mar de Galilea, cuyas riberas tapizadas de césped se iluminaban con las pequeñas hogueras que se iban encendiendo unas después de otras para asar el pescado de la frugal cena en común.

Y su túnica parda y su pelerina blanca se humedecían diariamente de lágrimas cuando sentado en su celda ante el pupitre respaldado por el Moisés sediento, volaba su alma en íntima comunicación con el Maestro que había subido a su Reino dejándole solo en la tierra.

Para él no había consuelo posible. El Egipto de los grandes misterios, de los herméticos hierofantes guardianes de las ocultas fuentes de la

Sabiduría Divina era para Zebeo mudo como su Esfinge impenetrable, como sus Pirámides, como sus desiertos calcinados de sol y cortados por intrincadas cordilleras de peñascos.

Así transcurrieron varios días largos y grises hasta que llegó el sábado cuarto de cada mes, que en el Instituto alejandrino era libre y los estudiantes podían disponer de él desde el primer albor hasta la media noche. Era una ordenanza de discreta tolerancia para que en tal día pudiera cada cual procurarse las expansiones que por religión o por costumbres civiles o sociales en que nacieron les reclamaran sus derechos. Con tal medida, se unificaban todas las tendencias ideológicas, con la elevada Sabiduría que todos buscaban allí.

Y Zebeo, sin un programa determinado, tomó el bolso de provisiones que el mayordomo entregaba a todos al salir y echó a andar hacia el sur por la desierta orilla del Nilo, donde al claro oscuro del amanecer sólo encontró las barcas vacías de los pescadores que aún no habían acudido a recoger las redes, echadas al río la noche anterior.

En tal día los estudiantes vestían las ropas del país de origen o las usuales en Alejandría. Y Zebeo vistió el oscuro ropaje de los terapeutas Esenios que era el menos llamativo y el que mejor lo igualaba a los humildes y pacíficos habitantes de cualquier pueblo de la tierra.

En una pequeña y desmantelada barquilla, se levantó de pronto un chicuelo de unos doce años al parecer, adormilado y soñoliento con una corta túnica raída que casi era un harapo.

—Señor paseante —le dijo con voz quejumbrosa—, si necesitas de una barquilla toma la mía, te ruego, que no he comido desde dos días atrás y tengo hambre.

Zebeo olvidó su soledad y sus penas y se acercó al chicuelo, bajando del hombro su bolso de provisiones.

—¿Y por qué no has comido? —le preguntó—. ¿No tienes padres ni hogar?

—¡Oh, señor!..., soy hijo de una esclava que murió hace diez días de un mal contagioso, y los amos me arrojaron de casa porque puedo tener el mal de mi madre.

—Y, ¿es tuyo este barquillo? —le preguntó Zebeo.

—Sí, señor, es la única herencia que pudo dejarme mi madre.

—¿Me resistirá a mí?

—Oh, sí, señor, podemos embarcar hasta cuatro hombres en él. No tengas miedo. —Y el chicuelo plantó su remo en la arena y Zebeo saltó a bordo.

—Aquí traigo comida para varios como tú y vamos a comer juntos para iniciar nuestra amistad —dijo Zebeo, abriendo el bolso que era una sorpresa para él, pues ignoraba su contenido.

Apareció primeramente una bolsita de blanco lienzo que contenía pan. Luego un cestito cerrado con queso, dátiles, higos y uvas secas. Otro cestillo cerrado con huevos de ganso cocidos, trozos de aves asadas y un pan de miel con nueces y almendras, muy usado en el país como obligado adorno en toda comida.

El chicuelo palmoteó de alegría y pareció olvidarse hasta de su madre muerta diez días antes.

—Come, hijo, come —le dijo Zebeo.

—Dame tú, señor, lo que quieras —contestó el pobre niño sin atreverse a tocar nada.

Y el Apóstol del Cristo, por primera vez desde que estaba en Egipto tuvo una sonrisa de satisfacción en su rostro.

Y al partir el pan para darlo al niño, pensó en que innumerables veces su Maestro lo había partido con él; y sea la magia divina del recuerdo fuertemente evocado, sea la fuerza poderosa del pensamiento saturado de amor y de fe, Zebeo vio que en el escuálido niño del Nilo aparecía la imagen astral de su Divino Maestro que tomaba el trozo de pan que le alargaba, mientras lo miraba al fondo del alma con esa divina mirada suya que hacía bajar en un instante los cielos de Dios al oscuro valle terrestre.

—¡Maestro! —gritó Zebeo, abrazando aquella imagen querida que tan profundamente grabada llevaba en su retina y más aún en su corazón.

El instante divino pasó y el Apóstol del Cristo se encontró con el pobre niño entre sus brazos, que lo miraba asustado creyéndolo loco o accidentado.

—¿Tienes un mal señor y por eso lloras? ¡No te mueras como mi madre, que ya empecé a quererte como la quise a ella!

Y el pobre niño, con el borde de su túnica rota, le secaba el llanto que la emoción le arrancaba.

—No tengas pena —díjole Zebeo cuando pudo hablar—, no tengo mal ninguno y viviré para ti mientras el Señor me conceda la vida. Come y boguemos hacia el sur que tengo ganas de remar fuerte porque he vivido a la vera de un mar y tienen las olas una dulce música para mí.

Y de un poderoso impulso, el barquichuelo saltó como un corzo al centro del río, cuyas serenas aguas aparecían teñidas del rosa y oro de aquel espléndido amanecer.

La alegre locuacidad de su compañero, refrescaba el alma de Zebeo como si fuera un baño de agua vivificante. Llegaron por fin al gran canal que lleva el agua hasta el Lago Merik, abierto en pleno desierto tantos siglos atrás y que aún existía, aunque no con el exuberante esplendor que tuviera seguramente en la época de los Faraones que lo crearon y de la princesa Thimetis, madre de Moisés, que habitó en el Castillo-Fortaleza de su isla encantada.

—¿Quieres que entremos por el canal? —preguntó el chico.

—Entremos si se puede, pero dime antes cómo te llamas que aún no lo sé.

—Petiko —dijo simplemente el niño.

—Bien, Petiko, yo me llamo Zebeo y soy de Palestina.

—¡Oh! Aquel país debe ser dichoso si todos los hombres son tan buenos como tú.

Zebeo pensó en la terrible tragedia que puso fin a la vida de su Maestro y una suprema angustia reflejó su semblante.

—Hombres malos y buenos hay en todas partes, amiguito mío; y cuando seas capaz de comprenderlo, te referiré una historia que hace llorar mucho.

—¡Oh, por favor!... No me la cuentes ahora hasta que se me vaya el recuerdo de lo que vi sufrir a mi madre, que por cada beso que a escondidas me daba recibía un latigazo si la descubrían.

—¡Pobrecito! —díjole Zebeo, acariciándole la cabeza de negros cabellos enmarañados—. Conmigo serás dichoso, ya lo verás.

“Pero no me gusta ese nombre Petiko. Te llamaré Pedrito que me recuerda a un hombre todo corazón y amor que me es muy querido.

—¡Oh, sí, señor! ¡Pedrito, Pedrito para toda la vida!...

“¡Qué bien suena Pedrito! —Y el chiquillo palmoteaba de alegría como si aquel nombre nuevo fuera para él anuncio de dichas desconocidas.

El canal era corto y como corría con un marcado declive a más bajo nivel, el trayecto fue muy breve, pues la rápida corriente les llevó sin esfuerzo alguno.

Había muchas tiendas y chozas en las riberas. A lo lejos, y casi al centro del Lago se veía una tétrica fortaleza negra por efecto de la humedad y de los siglos. Algunas de sus torres tenían las almenas rotas. La hiedra casi la cubría toda y un poderoso trirreme de muy viejo estilo se veía anclado en sus muelles.

—¿Qué es aquello? —preguntó Zebeo señalando al vetusto edificio que aparecía en la pequeña isla central como un trozo de negra montaña.

—Los pescadores del lago dicen que es una escuela de magos que hacen crecer el río cuando hay sequía y que amansan el viento del desierto y las tormentas cuando vienen bravas.

“Les llaman *Thawanos* y el más viejo se llama *Rhes-Kaph*, es el padre de la tormenta y cura todos los males. Mi madre no pudo llegar aquí y tuvo por eso que morirse”.

Zebeo escuchaba con atención a Pedrito y presentía que un fondo de verdad debía existir entre su confuso relato.

Entre las mejores instalaciones de las orillas del Lago vio Zebeo

algunas tiendas que exhibían mercancías para la venta y otras de comestibles varios y productos del país.

Compró túnica y calzas nuevas para Pedrito y un gorro tejido de lana verde y rojo, puntiagudo y con borla como los que usaban los boteleros de su lago inolvidable en Galilea.

Cuando el niño vistió sus ropas nuevas, se puso serio y casi triste:

—Ahora iré a visitar a mi madre —dijo— y no me reconocerá con esta ropa nueva que tú me has comprado, señor.

—¿Visitar a tu madre? ¿No me has dicho que murió hace diez días?

—Sí, señor, pero en la sepultura vuelve a vivir y me mira sin que yo la mire. Así lo enseñan en esta tierra.

—También en otras tierras se enseña así, pero eso tiene otras explicaciones que por el momento son demasiado largas para ti. Lo que comprendo es que por aquí está la sepultura de tu madre. Vamos pues a visitarla.

El chicuelo se internó por una cerca, de espinosos áloes, altos y fuertes más que un hombre de elevada estatura, detrás de la cual se levantaba un cañaveral de rumorosas hojas que parecían cantar con el roce de los vientos. En un pequeño claro del brillante cañaveral vio Zebeo muchos montoncitos de piedra.

—Este es un cementerio de los esclavos —dijo el niño con apagada voz—. Y allí es la sepultura de mi madre.

Todas las tumbas tenían una piedra mayor sobre las menudas y desiguales piedras que formaban el humilde túmulo. Y en esa piedra mayor se veían unas figuras o signos hechos con brea. Era el nombre del muerto.

Sobre la piedra sepulcral de la madre de Pedrito, vio Zebeo los signos que, en jeroglífico popular, quería decir: *Kiopi o Chiopi* que había sido el nombre de aquella mujer.

Con una tierna devoción que conmovió a Zebeo, el niño se dobló sobre el montón de piedras para besar el nombre de su madre, y con los ojos llenos de lágrimas tuvo que escuchar este diálogo:

—Madre..., soy yo..., yo mismo, tu Petiko, sólo que ahora tengo ropa nueva que me compró este señor, y él me llama Pedrito porque así le gusta más, pero soy yo mismo, madre, que te quiero siempre como antes. No pases más pena ni cuidado por mí, porque este señor que está aquí conmigo, ¿lo ves?, me da muy bien de comer y me quiere mucho. Me dice que seré dichoso con él y que vivirá siempre conmigo. ¡Está tranquila madre y no olvides que tu Petiko se llama ahora Pedrito! ¿Lo oíste, madre? ¡Pedrito!

Y un segundo beso más largo que el primero humedeció la reseca piedra en que aparecía el nombre de la esclava *Chiopi*.

Zebeo tenía el corazón estrujado de angustia y no pudo menos que arrodillarse junto a la humilde sepultura y decir entre sollozos esta intensa plegaria: –¡Señor!..., ideshoja también tus rosas blancas de paz y de amor sobre el alma que animó este cuerpo y que tu Reino de Luz sea también para ella!

Y el Apóstol del Cristo besó también el nombre de la humilde esclava.

En silencio salieron ambos del cementerio de esclavos, mientras Zebeo meditaba en la horrible aberración humana que ni aún ante la inexorable muerte renunciaba a su soberbia y egoísmo.

–¡Cementerio de esclavos... Valle de tumbas reales! –murmuraba Zebeo con implacable indignación–. ¡Oh, Egipto, Egipto de los Templos como fortalezas, de los Hierofantes sabios, de los grandes Sacerdotes faros de oculta sabiduría!... ¿Qué hiciste de la amorosa fraternidad de los Kobdas de toga azul, del amor inefable de Abel, de Bohindra, de Adonai y Solania que respiraron este mismo aire y sintieron el rumoroso cantar de tu Nilo milenario?...

–¿Qué es lo que dices, señor, que yo no te comprendo? –preguntó el niño inquieto por el disgusto que comprendía en su compañero–. ¿Te enojaste con mi madre y conmigo?

–No, querido mío –le contestó Zebeo acariciándole la cabeza–. Pensaba en cosas muy lejanas de aquí.

“¿Me enseñarás el Lago, Pedrito, que debe guardar muchas bellezas?” –preguntó.

–Sí, señor, y te haré conocer mis amigos..., quiero decir los amigos de mi madre. Casi todos son esclavos que ya no sirven para el trabajo y viven de la pesca porque el lago es abundante de buen pescado. Los magos que viven allí –y señaló el oscuro torreón de la isla–, sembraron el buen pescado como se siembra el trigo en los campos. Más rico pescado que éste, no lo hay en ninguna parte.

–¡Hola Petiko!... –le gritaban algunos al pasar–. ¿Prosperas, eh?

–¿Es un rico extranjero tu nuevo amo? –decíanle otros.

Y el chicuelo miraba a Zebeo sin atreverse a dar contestación ninguna como no fuera con movimientos de cabeza, con forzadas sonrisas o miradas furtivas de sus ojitos llenos de inteligencia.

Por fin se acercaron a un tenducho donde exhibían cantarillos de leche fresca, fuentes de manteca y de quesos.

–Leche fresquita de camella, amo, deliciosa como un jarabe –expresó mimosamente una linda adolescente, con su delantal muy blanco y la correspondiente diadema de lotos que lucían casi todas las doncellas de las orillas del Lago.

Zebeo se acercó a la tienda llevando a Pedrito al lado.

—Dos tazones de leche —expresó, poniendo sobre la mesa una moneda de plata.

La joven les sirvió al momento y acariciando la cabeza del niño le dijo:

—La suerte vino a tu encuentro, Petiko, y te felicito de veras.

—Gracias, Tabita, pero ya no me llamo Petiko, sino Pedrito.

—¿Cómo?

—Sí —intervino Zebeo—. Le he adoptado como hijo y le he dado un nombre de mi país.

—¡Oh, dichoso tú!... ¡Ya no eres esclavo!... ¡Si te viera tu pobre madre!...

—¡Ya se lo conté todo! —se apresuró a contestar Pedrito—, y debe estar muy contenta.

—Bebe la leche y vamos —díjole Zebeo, temeroso de que en su alegre charla el niño dijera alguna inconveniencia.

En eso apareció apoyada en dos muletas una mujer enflaquecida en extremo y con una gran fatiga que parecía ahogarla por momentos.

—¡Mira madre a Petiko!... ¡Si tuviera yo la suerte de él! Este señor lo adoptó por hijo y le ha cambiado hasta el nombre. Ahora se llama... ¿Cómo era?

—¡Tontuela!... ¡Pedrito, Pedrito, Pedrito para toda la vida!

Zebeo tuvo que reírse de la fogosidad de su pupilo para anunciar su nuevo nombre.

Tan gran alboroto promovió entre aquellas pobres gentes la transformación de *Petiko* en *Pedrito*, con túnica y gorro verde y rojo, que lo asemejaba a un granado en flor, que pronto se vio Zebeo rodeado de una porción de hombres, mujeres y niños que lo miraban como a un personaje extraordinario.

Su hermoso tipo de sirio-libanés, sus dulces ojos castaños como su cabellera y su barba, unido todo ello a su flamante vestidura color nogal oscuro con amplia pelerina y gorro-cilindro, fue tomado por un Escriba sagrado del Templo de Osiris, o un médico extranjero de las Escuelas de Siracusa.

Zebeo oyó innumerables voces que decían:

—En este rincón del Lago, todos somos esclavos, Señor, arrojados por los amos... ¡Ten piedad de nosotros como la tuviste de Petiko!

Y sobre todas las voces, Zebeo reconoció la de la vendedora de leche de camella que decía:

—¡Mi madre tiene los días contados y quedaré sola en el mundo!...

Volvió el Apóstol la vista hacia ella y la vio que llorando socorría a su madre, que presa de una horrible convulsión se retorció entre un charco de su propia sangre, pues sufría de hemorragias intestinales.

Con el alma estremecida de horror, Zebeo quedó como clavado en aquel lugar. Una inmensa onda de amor le invadió de pronto y exclamó:

—¡Maestro, Señor mío!..., itu montoncito de tierra sólo es capaz de absorber como agua turbia todo este dolor que le rodea!...

Y se acercó a la mujer enferma que había caído en tierra y se debatía en el convulso estertor de su terrible agonía. Con sus grandes ojos dilatados lo miraba fijamente mientras le señalaba su hija que lloraba desesperada a su lado. Tenía úlceras cancerosas intestinales que terminaron por fin con su dolorosa vida. Unas horas después otro montón de piedras detrás de la cerca de áloes en el cementerio de los esclavos, indicaba que allí dormía la infeliz esclava, madre de Tabita, al lado de la madre de Pedrito.

Cuando llegó el mediodía, el Apóstol del Cristo se encontró dueño de una veintena de chicuelos, varones y mujeres, amigos todos del dichoso Pedrito, que suplicaban a Zebeo en todos los tonos que tuviera compasión de ellos.

Sucios, harapientos, con el hambre y el mal estado físico bien marcado en todo su aspecto, el recién llegado Estudiante de Alejandría no sabía qué camino tomar.

—¿He de adoptar a todos como hijos míos? —se preguntaba en silencio a sí mismo.

Y en ese preciso instante le vino a la mente el recuerdo de la epidemia de Sevthópolis cuando su Maestro, después de curar a los que podían ser curados y de enterrar a los muertos, se hizo cargo de sesenta y dos huérfanos de aquella horrorosa tempestad y sin vacilar ni un momento se encaminó con ellos hacia las grutas del Monte Carmelo.

Algo así como una voz íntima que le hablara dentro de sí mismo le decía:

—*“Es el comienzo de tu camino que se abre ante ti como tú lo has pedido. Es el cimiento de la obra que quieres construir en mi nombre. De las arenas del desierto brotan hijos de Dios que esperan de ti la luz y la vida”.*

Y mientras Zebeo prestaba atención a esta íntima voz que le hablaba, se había quedado firme de pie a la vera del lago, en cuyas doradas olas se reflejaba su hierática figura como una escultura de negro basalto.

Los chicuelos le miraban asustados temiendo el enojo del extranjero ante sus reiteradas exigencias, y algunos comenzaban a retroceder a pasitos lentos. ¡Había allí mismo tantas cañas tiradas por la arena, y ya creían ver que aquel señor tomaría la más fuerte y larga de todas para librarse a latigazos de aquella bandada hambrienta y haraposa que le tenía cercado!

Pero Zebeo era un Apóstol del Cristo del amor, que les había repetido hasta el cansancio: “*Ama a tu prójimo como a ti mismo, que esa es toda la Ley*”, y mansamente les dijo a todos:

—¡Está bien!... ¡Puesto que así lo queréis, todos sois hijos míos! ¡Venid! —Se acercó a la tienda de la vendedora de leche de camella y agotó los cantarillos dando de beber de ella a todos. Tabita la repartía sin control ninguno. ¡Era hija también del piadoso extranjero y todos aquellos niños lo eran así mismo!

Pedrito miraba todo esto con azorados ojos. Y cuando Zebeo llevó a todos a la tienda de ropas para que dejaran sus harapos y vistieran de limpio, se acercó al Apóstol con los ojitos llorosos y la voz angustiada, y tirándole de la manga para llamar su atención le dijo:

—¡Señor!... ¡Yo era tu hijo!... Y ahora, ¿qué seré entre tantos?

—¡Pobrecillo! ¡Siempre eres mi hijo..., mi primer hijo! —le contestó conmovido el Apóstol, mientras el niño se abrazaba fuertemente de él sintiéndose de verdad el primer hijo de Zebeo Apóstol de Yhasua.

¿Qué hará Zebeo con aquella veintena de criaturas varones y mujeres y veintiuno con Pedrito su primer hijo adoptivo? —preguntará el lector.

Y esa misma pregunta se hacía él sentado sobre el tronco de un árbol, mirando como el lago se poblaba de gaviotas y de cisnes que picoteaban las hierbas de la orilla donde anidaban larvas y lombrices.

—“El Padre Celestial alimenta a todas sus criaturas aún esas que no siembran ni siegan, como decía mi Maestro”, —pensaba en silencio, mientras los chicuelos rientes y felices habían invadido la tienda de Tabita y comían pan, queso y manteca de la venta.

Zebeo se les acercó y viendo los nobles sentimientos de la niña que nada mezquinaba de cuanto tenía, le dijo:

—Hija mía, como Pedrito, eres mi primera hija, y si tienes sitio en tu pobre tienda, no negarás un rincón a cada uno de estos otros hijos míos.

—¡Todo cuanto tengo es tuyo, Señor! —dijo la niña abriendo una puercecilla interior que dejó ver la cocina, y detrás un cobertizo donde dos camellas con crías rumiaban las tiernas hojas del cañaveral vecino.

—¿Son tuyas? —preguntóle Zebeo.

—Sí, señor; fue todo lo que nos dejó el amo cuando despachó a mi madre por su enfermedad. De ellas hemos vivido hasta hoy.

—No fue tan mal amo —dijo Zebeo—. Tú eres la mayorcita de mis hijas mujeres que sois cuatro. Tú eres pues la hermana mayor a la cual obedecerán todos en ausencia mía. Y vosotros todos chiquilines que apenas levantáis tres codos del suelo, seréis dóciles y sumisos con vuestras cuatro hermanas que cuidarán de vosotros hasta que yo vuelva de aquí a pocos días. Mientras tanto todos a trabajar.

Y el Apóstol del Cristo con su numerosa prole se dedicó a traer lienzos de heno y paja seca para los lechos; hojas de caña y apio siempre verde para las bestias que debían alimentar aquella inesperada familia que el Padre Celestial ponía bajo su tutela.

Viendo la noble acción del extranjero, los vecinos del lago acudieron a ofrecerse a él para cuanto creyera que podían serles de alguna utilidad.

Ya comprenderá el lector que aquella pobre aldea de esclavos inútiles, de mendigos inválidos y de huérfanos sin techo ni hogar, tuvo la fuerza y la virtud de producir en el alma del noble Zebeo tan maravillosa reacción que él mismo se desconocía.

Una alegría vehemente le dio nuevas energías, a tal punto que apenas pasado el medio día, había puesto en movimiento a toda aquella infeliz porción de humanidad, escoria y deshecho de la otra humanidad: ¡fuerte, feliz, triunfadora!...

Los unos cortaban cañas y juncos para hacer nuevos cobertizos. Los otros sacaban tierra mojada de las orillas del Lago para mezclar el pedregullo que los más fuertes arrastraban en retazos de velas que los pescadores arrojaban en la costa, y con lo cual levantarían las paredes de las nuevas chozas que iban a construir.

Los niños arrancaban hierba tierna para las pocas bestias que tenían como única fortuna: el uno, dos o tres cabritas, o cuatro o cinco ovejas, otros algunos asnos viejos que cargaban el saco de los mendrugos recogidos de semana en semana en los mercados de Alejandría, otros media docena de gansos o patos silvestres que les daban la ofrenda de sus huevos, único lujo en sus pobres comidas.

Y Tabita la más afortunada entre aquella porción de pobres, pues tenía dos camellas con cría, era la *flor de loto* de la mísera aldea, que el Divino Maestro daba a Zebeo como cimiento de su obra de Apóstol que debía realizar.

Si un espectador imparcial hubiera observado aquel heterogéneo conjunto, habría reído y llorado a la vez. ¡Habría extraído el más profundo conocimiento del alma puesta al contacto de fuerzas benéficas que actúan en determinados momentos: transformando, modificando, resucitando, digámoslo así, lo que parecía destruido para siempre, aniquilado, deshecho, muerto!

Los que antes caminaban con dos muletas, dejaban una para que un brazo les quedara libre y apto para recoger las cañas y los juncos que los sanos cortaban.

Los que dormían siempre tirados sobre una piel de cabra porque sus piernas paralíticas no se movían, se sentaron entre pilas de hojas de palmeras que convertían en fuertes fibras para atar las cañas, y formar los techos que cubrirían luego de palmeras y de tierra.

Y Pedrito..., el ex Petiko, como si le hubiesen inyectado mercurio en el cuerpo, corría y saltaba como un monito que era todo ojos y oídos para atender a todo cuanto pedían los que no podían moverse.

Y Zebeo era el coloso fatigado, impulsando a todos al trabajo fértil, pues recordaba que antes de media noche tenía que estar a la puerta de la austera Escuela del maestro Filón.

Antes de anochecer quería dejar armado y listo un gran cobertizo que sirviera de dormitorio común para todos los hijos varones que quedarían bajo la tutela de algunos mendigos viejos, mientras las mujercitas en la tienda de Tabita con dos viejas esclavas cojas por el reuma, estarían regularmente guardadas hasta mejores tiempos.

El comerciante que vendía telas, ropas y calzados, se movió a compasión viendo el desinterés y nobleza de Zebeo que así se sacrificaba por aquellos pobres seres a los cuales recién conocía, e hizo donaciones de importancia en ropas, calzado y lonas para abrigar la nueva tienda.

Era la mitad de la tarde cuando vieron que una lancha se desprendía de los muelles del negro Castillo y remaba hacia la orilla ocupada por los mendigos.

Como Zebeo prestase atención, uno del grupo le dijo:

—No te alarmes, amo, que es el portero del Castillo que nos trae el pan.

—¿Ah, sí? ¿Os traen el pan?

—Sí, amo, todos los días a esta misma hora nos traen una gran cesta de pan que lo hacen allí mismo.

—Y si no, amo, ¿cómo habríamos de vivir con solo el pescado del lago, los que no podemos salir a pedir limosna?

—¡Oh, el Padre Celestial! —exclamó el Apóstol del Cristo—. ¡Cuán grande y bueno es el Padre Celestial que cuida de todos!

—Ese buen señor será quien te mandó a ti, amo, a venir a nuestra aldea —dijo un viejo que había escuchado la exclamación de Zebeo.

—Seguramente, no lo dudéis —contestó el Apóstol.

—¡Y se llama *Padre Celestial!* —añadió el anciano—. Bueno sería que le traigas por aquí, amo, cuando vuelvas otra vez. Es justo que le conozcamos y le demos las gracias porque te mandó a venir a socorrernos. En el barquillo de Petiko cabrá también él, aunque sea grande y gordo.

Zebeo no pudo menos que sonreírse disimuladamente ante la completa ignorancia de aquellas gentes, que jamás habrían oído el clásico nombre, tan sagrado y familiar en su tierra natal: "*Padre Celestial*".

El Apóstol se sentía verdaderamente cansado y su recuerdo le traía la visión de la ruda jornada de Damasco, la hermosa capital árabe, a donde acompañó al Maestro años atrás. Aquel era un numeroso pueblo de jornaleros y esclavos; y su Maestro..., su incomparable Maestro,

tuvo el amor bastante para hacerlos felices a todos, para enternecer el corazón de los poderosos magnates en beneficio de las clases humildes y desposeídas, para hacerles abrir sus arcas repletas de tesoros incalculables, que tan solo les producían el placer enervante y sibarita de saberse dueños de ellos. Y más aún para hacer florecer la esperanza en millares de hombres, mujeres y niños, a quienes era insuficiente el mezquino salario que recibían de los ricos terratenientes.

¿Por qué no había de ser él capaz de remediar la dolorosa situación de esa mísera aldea de esclavos y mendigos, deshechos de la sociedad que les abandonaba como a animalejos muertos?

Mientras Zebeo descansaba unos instantes con aquellos grandes y santos recuerdos, la barquita del portero del castillo ancló en la orilla y bajó la gran cesta de pan que era la diaria y pobre esperanza de aquellos infelices.

—Cara de fiesta tenéis esta tarde —díjoles el buen hombre comenzando el reparto.

—Tenemos un amo bueno que nos dio hoy de comer y nos vistió de nuevo... —gritaban todos a la vez.

—¡Ya lo veo!..., ¡ya lo veo! —deciales el portero del castillo y echaba miradas escrutadoras a Zebeo, que continuaba sentado sobre el tronco de un árbol.

—Eres un Escriba del Templo y piadoso de corazón —díjole por fin, deseando saber qué hombre era aquel que hacía el bien a gentes de las que nada podía esperar.

—De todo un poco, amigo, —le contestó Zebeo—. También tú eres de buen corazón que traes pan a los que no lo tienen.

—Me mandan de allá adentro —y el hombre señaló al Castillo.

—Soy extranjero en Alejandría —añadió Zebeo—, y todo aquí me llama la atención. ¿Quién vive en ese viejo Castillo que parece un monumento del tiempo de los Faraones?

—Y es así, señor..., y lo habéis adivinado. Pero no sé si me creeréis, aunque digo la pura verdad, no sé quien vive allí, ni he visto jamás ningún rostro humano, y conste que hace doce años que hago los oficios de portero.

—¡Pero, hombre! ¿No acabas de decir que te mandan de allí a traer el pan?

—Si, señor. Alguien de adentro hace girar un gran torno y sale la cesta con pan. Hace doce años cuando vine por primera vez por la recomendación de un sacerdote de Osiris —y el hombre hizo una gran reverencia—, ya vine sabiendo todas mis obligaciones entre las cuales estaba la de traer esta cesta de pan y repartirla entre esta gente de aquí. Cuando un hombre sabe su deber no es necesario recibir nuevas órdenes. El torno

gira y sale de allí lo que tiene que salir. El torno vuelve a girar y yo pongo en él todo lo que del exterior entra para los habitantes del Castillo. Supongo que no deben ser muchos porque lo que hago entrar por el torno es bien poco. Cada tres lunas unos sacos de harina, un cántaro de miel, una cesta de quesos, un fardo de cera y dos cántaros, de aceite uno y manteca el otro.

—¿Son hombres o mujeres los recludos allí? —volvió a preguntar Zebeo que estaba asombrado de lo que oía.

—Tampoco puedo satisfacerte en esto, señor, porque no lo sé. Te parecerá mentira pero es la pura verdad.

—Y estás todo el día a la puerta de ese Castillo.

—Todo el día, sí, señor. Gira el torno y sale mi comida que alcanza para mi vieja compañera y un perrito que vive con nosotros. Gira otra vez el torno y devuelvo el cesto en que me la mandaron.

“No se precisa hablar. Cada luna acudo a la puerta de un mayordomo del Templo y recibo el salario convenido por mis servicios y a veces algún buen regalito para mi mujer. No puedo quejarme.

—En efecto, es como dices. Gracias amigo por tus noticias. Yo soy Zebeo, Estudiante de la Escuela del Maestro Filón en Alejandría y he resuelto hacer lo que pueda por esta gente en mis días libres. Si en algo puedo servirte...

—Gracias, señor. Yo soy Malecio el Portero del Castillo del Lago Merik.

Se había terminado el reparto de pan, y el buen hombre saltó a su barca y volvió la proa hacia el negro promontorio, que empezaba a esfumarse entre las sombras del bosque que le rodeaba y las tenues claridades de la tarde que moría.

Era por suerte una noche de luna creciente, lo cual ayudó a Zebeo a permanecer en la aldea una hora más hasta dejar terminado el cobertizo-alcoba para los niños varones.

Regresaría en el barquillo de Pedrito, único que podía seguirle hasta la ciudad.

—¡Mi primera noche sin madre!... —exclamó en un hondo sollozo la infeliz Tabita cuando Zebeo se despedía de ella—. ¡Señor! ¿Por qué no me llevas contigo como a Pedrito?...

—No puedo, hija mía, porque donde yo vivo solo entran los hombres y aún no sé si podré entrar allí a Pedrito. Pero no temas nada, que yo volveré por ti.

—¿Tardarás mucho tiempo en volver? —tornó a preguntar la niña.

—No lo sé, hija mía, pero estoy cierto de hacerte llegar con Pedrito un mensaje de aquí a tres días. Y entonces te diré cuando he de volver.

Dos hilos de lágrimas corrían por el pálido rostro de la jovencita para

quien era dura pena no tener ya su madre, y ver que se alejaba aquel hombre bueno que se había compadecido de ella. Zebeo sufría también.

—¡Valor, hijita! —le dijo—, puesto que eres la mayor y la primera de mis hijas, quiero que seas valiente para que puedas ayudarme a serlo yo también.

La pobre niña se arrodilló a sus pies y se abrazó de sus rodillas llorando como enloquecida.

Todos los que miraban esta dolorosa escena estaban enternecidos. Las dos viejas esclavas intervinieron, viendo el dolor de aquel hombre bueno que tenía prisa de volver y se veía retenido por el desesperado dolor de Tabita.

Con suaves palabras de consuelo y de esperanza, Zebeo logró calmarla y dándole un beso en la frente, saltó al barquillo de Pedrito que se balanceaba en el canal, a donde todos habían acudido para despedirle.

El amor agradecido de aquel grupo de seres dolientes para su inesperado benefactor, de tal modo conmovió a Zebeo que durante un largo rato no pudo articular palabra.

Remaron fuertemente en contra de la corriente y Pedrito muy práctico en los canales del Delta del Nilo, enderezó la proa por el canal que pasaba rozando con la muralla oriental de la ciudad, con el fin de que su protector llegase más pronto a su destino.

Los Estudiantes de la Escuela de Filón tenían libre entrada por la puerta del sur, con solo dar el nombre del instituto a que pertenecían. En el Pórtico de la entrada encontró Zebeo a cuatro de sus compañeros de aulas que habían llegado unos momentos antes que él.

El portero les dijo que aún no había sonado la campana de la media noche y que por tanto encontrarían todas las galerías abiertas.

—¿Puede entrar a mi alcoba este niño huérfano que encontré a orillas del río? —preguntó al portero.

—¡Oh, sí! Señor Estudiante, eso es muy común por aquí. Basta que mañana arregléis el asunto con el Maestro Director.

—¡Eso está claro! —contestó Zebeo—. Gracias y hasta mañana.

Y sigilosamente penetraron todos a su respectiva galería, no sin comentar en secreto con sus compañeros la extraña aventura de que en su primera salida, volvía el estudiante sirio con un huérfano de la mano.

Y durante los días subsiguientes, en la desolada Aldea de los Esclavos inútiles, hubo una desbordante alegría unida al recuerdo del hermoso extranjero cuyos dulces ojos castaños lloraban compartiendo sus angustias, y tenía en su boca palabras de miel que hacían nacer la esperanza y florecer el amor. Quién sería y de qué extraño país habría venido como traído por genios tutelares y bajado de una estrella lejana para dar luz a sus tinieblas.

Y les amaba a todos ellos que sólo habían recibido latigazos en su vida de dura servidumbre, y al final de la cual se veían allí arrojados como escoria de muladar.

Todos trabajaban afanosamente y hablaban más aún, repitiendo cien veces iguales comentarios sobre aquel hombre extraordinario.

Sólo Tabita callaba, y su triste y permanente silencio comenzó a ser un misterio y un enigma que ninguno allí sabía interpretar.

Cuando había ordeñado sus camellas y les había dado su ración de pasto tierno, colocaba en la mesilla de su tienda los cantaritos de leche, el tazón de manteca y los pocos quesos que le quedaban. Se colocaba el blanco delantal y la diadema de lotos y se sentaba con su ovillo de esparto para tejer sandalias a la puerta de su tienda desde donde sus ojos tristes miraban al pequeño muelle del canal donde siempre amarraba Petiko su barquillo... La pobre niña esperaba y soñaba..., tenía dieciséis años y en todos ellos sólo había conocido el dolor, la miseria, la maldad humana en todo su refinamiento de egoísmo y de crueldad. ¡Su alma inocente y pura estaba entumecida de espanto y de frío! ¡Pero tenía alas que parecían querer desplegarse a los rayos del sol y tenderse a volar como las gaviotas y los cisnes que se acariciaban bogando sobre el lago sereno!...

Sus compañeritos y las dos viejas esclavas que el extranjero puso a su lado, atribuían aquel silencio y tristeza a la reciente muerte de su madre, y refiriéndole tiernas leyendas sobre la dicha de las almas que "*el buen piloto del barco de oro*" lleva a otro mundo, buscaban alegrar su corazón y obligarla a salir de su hosco silencio.

¡Todo inútil!

Cuando pasó el día tercero y bajaba el sol detrás del negro promontorio del Castillo y las sombras del anochecer comenzaban a ennegrecerlo todo. Tabita fue a sentarse en el rústico muelle del canal, donde Petiko amarraba su barquillo todas las tardes cuando su madre vivía. Le traía la limosna que le habían dado, los sobrantes del mercado, las frutas que pudo recoger en algún huerto abandonado. Y la pobre niña lloraba silenciosamente esperando en vano el mensaje que el extranjero le había prometido enviar con Petiko al día tercero.

Empezaba a levantarse la luna envuelta en redecillas de plata y Tabita sintió lejos aún, el chasquido de remos en el agua. Se levantó sobre la piedra más alta y escudriñaron sus ansiosos ojos las aguas del tortuoso canal, cuyas orillas cubiertas de enormes álces y espesos juncales no le permitían ver a lo lejos.

Pero demasiado pronto y cuando menos lo pensaba, el barquillo estaba allí, tocando la orilla y el extranjero clavando en la costa un remo, saltaba sobre las piedras del muelle.

El grito de alegría que se escapó de los labios y del corazón de Tabita resonó en las chozas de la aldea, y los que aún no dormían corrieron a saber la novedad.

La pobre niña había caído de rodillas a los pies del Apóstol y abrazada a sus rodillas decía entre lloros y risas:

—¡Volviste, señor, volviste! ¡Oh! ¡Qué santa promesa fue la tuya y qué genio benéfico el que te trajo de nuevo a la pobre Aldea de los Esclavos!... —Zebeo la miró asombrado y conmovido por aquel espontáneo y emotivo recibimiento.

—¡Me esperabas, pobrecilla! —dijo acariciándole la cabeza—. ¡Al faltarte tu madre, te derramas toda entera sobre mí! ¡A descargar, Pedrito! —añadió—, y pronto, que tu barquillo no resiste mucho tiempo.

Y el niño que ya se creía todo un capitán de galera, saltó al muelle y amarró su botecillo. Varios esclavos se acercaron a descargar fardos, sacos, cestas, y una porción de herramientas de trabajo, sierras, hachas, martillos, guadañas y hasta un telar con su correspondiente bolsa de lanas en ovillos listos para tejer.

—¡Santo Osiris!..., ¡madre Isis! —gritaban los esclavos.

—¡Genios del Nilo nos hacéis nacer de nuevo en esta tierra de miseria y esclavitud!...

—¡Callad, callad —decía Zebeo ayudando en la descarga—, y llevemos todo a la tienda para que celebremos con una espléndida cena, no a Osiris ni a Isis sino al Maestro Nazareno que me abrió su Reino sobre la tierra que baña el Nilo!

El bullicioso grupo de chiquillos jubilosos acabó por despertar a los que dormían, cansados de las tareas extraordinarias que habían cumplido y Pedrito corría a cada instante hacia el pequeño muelle con una antorcha de cáñamo encendida.

—¿Se puede saber qué esperas Pedrito en el muelle del canal? —le preguntó uno de los esclavos del grupo.

—¡Oh!..., esa era la sorpresa, pero no aguanto más sin soltarla a volar. Mi señor y yo, tenemos invitados que no tardarán en llegar.

En efecto, a poco sintieron todos los alegres cantares de voces juveniles y en idioma extranjero. Eran los dos vecinos de celda de Zebeo, más un joven estudiante originario de Arcadia que cobró afecto de hermano al sirio-libanés de tan suave carácter. Los dos vecinos de celda eran el uno de Marsella y el otro de Cartagena. Los tres de países diferentes, o sea un arcadio de la antigua Grecia, otro de la Galia y el tercero de la Iberia, todos súbditos de la Roma de los Césares, señora del mundo de entonces.

La original aventura de Zebeo les había sugestionado, y Filón mismo al conocerla pensó que el humilde Apóstol del Cristo tenía fibras de acero

en el alma como para extraer filones de oro puro aún de los peñascales desnudos del desierto.

Los tres que bajaban en el pequeño muelle del canal eran: Lastenio de Arcadia, Clodoveo de Marsella y Ginés de Cartagena. Hoy diríamos un griego, un francés y un español.

Eran justamente los que más extranjeros se sentían en las aulas del Maestro Filón, y los que desde el primer encuentro sintieron la honda simpatía hacia el modesto y afectuoso sirio, que irradiaba tanta bondad y compañerismo que atraía a todos, más aún a aquellos que sentían la nostalgia de la patria lejana y esa fría soledad que de ordinario sigue como una sombra al que vive en un medio ambiente que le es extraño y lejos de sus familiares.

Dejamos a la imaginación del lector el pintarse él mismo la comida aquella a orillas del lago, con la algazara de los chiquillos y la pobre y tardía satisfacción de aquellos dolientes seres que en el ocaso de sus torturadas vidas..., vidas de esclavos y de mendigos, transcurridas entre el odio y el desprecio, veían acaso por primera vez que un hombre extranjero les abría su corazón, les prodigaba amor, ternura, conmiseración y les decía en su lengua siria dulce como el canto de las alondras: “De hoy en adelante sois mi familia, y viviré para vosotros hasta que consiga haceros conocer la paz y la dicha en vuestra vida”.

Los niños jugaban en alborozado conjunto. Solo Pedrito y Tabita no habían podido separarse un momento de Zebeo.

Ambos comían del cestillo en que él comía, y las castañas y nueces se las ofrecían peladas y limpias. Sentados sobre el césped, era de ver el cuidado de Pedrito de que siempre estuviese con vino la escudilla de barro de Zebeo y la ternura con que se la ofrecía: —¡Bebe, padre! ¡Bebe!

Mientras la niña cuidaba de que el blanco paño que ella pusiera sobre las rodillas de Zebeo se mantuviera con la mayor pulcritud.

Los amigos de la Escuela le decían bromeando:

—¡Mago sirio! ¿Qué sortilegio tienes para conquistarte el amor? —Y él riendo afablemente les contestaba:

—Lo que se siembra, eso se recoge. Desde que llegué aquí estoy sembrando rosas..., y rosas estoy recogiendo.

Después de la frugal cena en conjunto, los viejos y los niños se durmieron, debido acaso al buen vino que quizá por primera vez en su vida habrían tomado.

Era llegada la hora de las confidencias para los cuatro amigos, de los cuales Zebeo era el mayor. Le seguía Clodoveo de Marsella que contaba treinta y cuatro años, mientras Ginés de Cartagena y Lastenio de Arcadia apenas llegaban a los treinta.

Los cuatro vibraban a un mismo tono, pero Zebeo tenía la superioridad de haber bebido en las fuentes divinas del Cristo en su reciente vida terrestre.

—Habéis visto el escenario y los personajes —dijo Zebeo iniciando la conversación—. ¿Creéis como yo que podemos hacer obra con tan pobres elementos?

—Después de nuestra confidencia con el anciano Príncipe Melchor y con el maestro Filón sobre esto, creo, sí, poder esperar que no sea perdido nuestro tiempo —contestóle Clodoveo.

Habían elegido la lengua latina para hablar, que era la única conocida por los cuatro. Y así, no comprendiendo nada, Pedrito fue cayendo lentamente bajo el dominio del sueño y hecho un montoncito junto a Zebeo se quedó dormido.

Sólo Tabita velaba y su costumbre de no tener las manos quietas, la indujo a recorrer la orilla del lago recogiendo todas las flores de junco y de loto que encontraba abiertas.

Embebidos los cuatro amigos en su interesante conversación no ponían su atención en ella. De pronto la sintieron lanzar un grito de espanto y que sin soltar las puntas de su delantal blanco lleno de flores, corría hacia las pobres tiendas de su refugio.

—¿Qué pasa, qué pasa? —le preguntaron los cuatro amigos a la vez.

Y como el espanto no le permitía hablar, Zebeo se le acercó hasta ponerle su mano en el hombro, mientras le decía afectuosamente:

—¿Qué tienes Tabita, qué tienes?

Con una respiración fatigosa y los ojos muy abiertos miraba hacia el Castillo casi sin poder hablar. Por fin, cayendo al suelo sin aliento pudo decir:

—¡Los magos de allí..., han salido y a nado vienen hacia aquí! ¡Huyamos, huyamos que pereceremos todos si nos ven!...

Los cuatro amigos se miraron y volvieron la vista hacia el castillo, que a la luz blanca de la luna resaltaba más su negra silueta destacándose del bosque que lo rodeaba.

—Esto coincide con las revelaciones que sobre ese asunto te hizo ayer el Príncipe Melchor —dijo Ginés.

—¡Es cierto! —confirmaron los demás.

—Tranquilízate, hija mía, que no recibiremos daño alguno —dijo Zebeo a la niña—, pero es bueno que entres a la tienda con tus compañeras y nos dejes solos, para atender a esos infelices que ya se perciben a la luz de la luna los primeros que se acercan.

—¡Te matarán a ti, padre, y otra vez estaré sola en el mundo! —murmuró llorando Tabita.

—¡No tengas miedo, no sufriré daño alguno!... Te llamaré de nuevo cuando debas salir. Ve a la tienda.

La niña obedeció no sin mirar con terror hacia el lago donde ya se percibían claramente los que a nado se acercaban a la orilla.

Para nuestro lector que estará ansioso de conocer las causas de este inusitado acontecimiento, daremos las necesarias explicaciones.

Promovidas por la original aventura de Zebeo con los esclavos y mendigos del lago Merik, habían tenido lugar algunas confidencias con el anciano Príncipe Melchor, el más antiguo y respetado Consultor de las Escuelas de Filón, y el que más obligado se consideraba a proteger al Apóstol del Cristo, que acaso Él mismo ponía bajo la tutela espiritual del anciano amigo que le reconoció en la cuna.

A las justas indagaciones de Zebeo sobre el vetusto y tétrico Castillo del Lago Merik y de sus invisibles moradores, el Príncipe Melchor que no obstante su vieja vinculación con el antiguo culto del sacerdocio egipcio, su alma lúcida se había abierto a la nueva orientación que el Mesías trajo a la tierra y se había dedicado a seguirla en todos sus aspectos de sencillez, de fraternidad, de igualdad, dio en presencia de Filón las siguientes explicaciones:

—La severidad en las leyes de los Templos, no es hoy más que una sombra de lo que fue en los tiempos remotos de su esplendor y grandeza. Los aspirantes al conocimiento de los más ocultos misterios de la Sabiduría divina, venían por decenas en cada luna; y venían hasta de las más apartadas regiones del mundo. Se dio el caso repetido varias veces de llegar a los Templos, espías piratas, bandoleros pagados por los déspotas reyes Asirios o de otros pueblos semibárbaros, para averiguar a fondo la causa de la fortaleza invencible y del supremo poder del Sacerdocio Egipcio que imponía sus normas a los Faraones, que les moderaba en sus actos de gobierno y hasta les destituía si se excedían en sus poderes o no cumplían debidamente su mandato.

“Las invasiones extranjeras que por varias veces avasallaron al Egipto, fueron originadas por la facilidad y benevolencia con que el Alto Consejo de los Hierofantes había accedido a la entrada a los Templos a los falsos aspirantes a la Iniciación. De ahí vino la ruda severidad de las leyes del Templo, entre las que se promulgó la pena de muerte para el aspirante que habiendo sido aceptado a las primeras pruebas y conocido algunos de los secretos tan celosamente guardados, fallaba a la mitad de camino o era descubierto en relaciones con gentes del exterior.

“Y os espantaríais de ver la llamada *Cripta de los traidores*, los esqueletos decapitados que están adheridos al muro sosteniendo en sus huesosas manos su propio cráneo donde anidan los murciélagos o tejen sus redes las arañas.

“Pasados los siglos, los Grandes sacerdotes, siempre estudiando al

Eterno Invisible, y sintiendo la cálida influencia de su Amor Universal para todo ser viviente, volvían a suavizar la rigidez de su justicia para aquellos que aspiraban a conocer las leyes de la Suprema Potencia y a mitad de camino le faltaban las fuerzas. Y la pena de muerte fue anulada para siempre, quedando en su lugar la reclusión perpetua y absoluta para todo aquel que habiendo penetrado a los claustros sagrados, realizado algunas pruebas y escuchado las siete primeras enseñanzas, se volviera atrás en el camino emprendido.

“Esa resolución es tan severa que prohíbe ver, hablar, escribir, ni aún hacer conocer su existencia a persona alguna de la tierra. A este precio conservan su vida.

“En la última centuria hubo para el Sacerdocio Egipcio un grande descubrimiento. En la más profunda cripta del templo que adosado al Castillo de la isla, puede verse hacia el sur, dando toda la vuelta al lago, fueron hallados unos papiros entre tubos de plata y éstos entre un cofre de mármol que habían sido guardados allí por la princesa Thimetis, hija única del Faraón Ramsés I y de su primera esposa la princesa Epuvia, hija del Gran Sfaz de Mauritania, que se apellidaban *Hijos del sol*. Allí refería su vida, la muerte de su madre, su soledad en la Corte, su secreto amor con un joyero hebreo de la Tribu de Leví, con el cual se unió en matrimonio celebrado ante los Ancianos de Israel; el nacimiento de su hijo único, *Osarsip*, en jeroglíficos egipcios y que traducido al antiguo hebreo resulta *Moisés*.

“En la continuación del relato, los Hierofantes vinieron a saber que ese hijo de una princesa real, gran aliada del sacerdocio, y nieto del Faraón Ramsés I, era el *Moisés*, Profeta y Taumaturgo, iluminado vidente al que el Eterno Invisible dio la Ley Única escrita en tabla de piedra, y entre cuyos diez mandamientos, aparecía éste: “*No matarás*”.

“En las milenarias crónicas del Templo aparecía como un modelo de aspirantes a la Divina Sabiduría, el hijo de esa princesa real, o sea el *Moisés*, que la Nación de Israel se adjudicaba como propiedad exclusiva suya.

“Y un hijo de los Faraones, de los célebres Ramsés, un Sacerdote de sus templos había sido elegido por el Supremo Invisible para dictarle su Eterna Ley a los hombres. Y esa Ley decía en su lengua de piedra: “*No matarás*”.

“Fue entonces que la pena de muerte quedó anulada en el Templo para siempre. Y la figura de *Osarsip* pasó de inmediato a la galería de los excelsos Pontífices venerados como Genios Protectores de los países y pueblos en que aparecieron con vida de hombres.

“De ese modo vino la reclusión perpetua a ocupar el lugar de la pena de muerte, para los profanadores o traidores del Templo.

“Y fue designado el Castillo del Lago Merik, como Fortaleza inexpugnable, para esos reclusos perpetuos, a donde solo entra una vez cada año el Gran Sacerdote de Osiris o un delegado suyo, para averiguar por sí mismo lo que pasa en aquella tumba de vivos.

“Cuando ocurrió la conjunción planetaria del nacimiento de nuestro Señor, el Cristo –continuó el anciano Melchor–, dos Hierofantes Ancianos tuvieron revelación en sueños de que la conjunción anunciaba la vuelta al plano terrestre de aquel gran ser, que había recibido la Eterna Ley del Infinito Invisible para la humanidad.

“Pero volvía para preguntar a los hombres qué habían hecho de aquella Ley que decía:

“Me amarás con todas las fuerzas de tu alma.

“No harás en mi nombre juramentos falsos.

“Me consagrarás un día de descanso y oración.

“Honrarás a tus padres.

“No matarás.

“No cometerás adulterio.

“No hurtarás.

“No levantarás falso testimonio.

“No desearás la persona de otro.

“No codiciarás los bienes ajenos.

“Y comenzó la formidable lucha entre los dos Sacerdotes que recibieron la revelación y los demás del severo Consejo Sacerdotal.

“Uno de aquellos dos que era segundo en la jerarquía pasó a ocupar el lugar del Pontífice que falleció siete años después de la conjunción planetaria.

Y yo, Melchor de Heliópolis, entré a formar parte del Consejo Supremo del Templo.

“El Gran Sacerdote de Osiris me tomó como su Notario, y poco a poco fui teniendo el valor y la oportunidad de revelar al austero anciano que yo había visitado en la cuna al Ungido recién llegado.

“La lucha sacerdotal recrudeció tan viva en los mas fanáticos de las arcaicas restricciones penales, que se llegó a un Concilio para decretar la muerte del Pontífice y de quienes le apoyaban en sus ideas de renovación.

“La tormenta se calmó cediendo el Gran Sacerdote al voto de la mayoría.

“En el Consejo éramos nueve, y solo cuatro estábamos por la renovación. Y transcurrieron cinco años más.

“El Mesías Ungido del Eterno contaba doce años, y el deslumbramiento

que produjo su Verbo de fuego entre los sabios sacerdotes y doctores del Templo de Jerusalén tuvo repercusiones fuertes en el Templo de Osiris, y la lucha sacerdotal tornó a enardecerse.

“Había fallecido otro de los adversarios, y el Sacerdote que entró al Consejo era grande amigo mío que compartía mi pensar y mi sentir.

“La cuestión subió de nuevo a la Mesa Redonda y esta vez hubo empate de votantes: cuatro y cuatro.

“El Pontífice podía inclinarse a un lado u otro. Estaba harto de aquella lucha en la sombra y recordó viva como una llama la visión que tuviera la noche de la conjunción planetaria. Habían pasado ya veinte años.

“En el Gran Santuario Esenio de Moab, el Ungido se consagraba Maestro de Divina Sabiduría deslumbrando con la Luz Divina que le asistía. En los Templos de Pasagarda y de Suleimán, Baltasar y Gaspar habíanlo consagrado entre sus adeptos como al Verbo Eterno hecho hombre. Y el Pontífice Photmes, inclinó el platillo y fue aceptada en los Templos egipcios la renovación de las leyes penales antiguas.

“Los castigados reclusos del Lago Merik debían pues dar por terminada su dura expiación.

“Pero ese asunto se dejó dormir por muerte del Gran Sacerdote, muy anciano ya.

“Además, los reclusos miran desde las ojivas de sus vetustas torres ambular como fantasmas de miseria y de hambre a los infelices esclavos y mendigos de las orillas del Lago. ¿No sería lanzarse ellos mismos a esa mísera vida sin amparo de nadie, pues que todos ellos son de pueblos distantes donde hasta su recuerdo se habrá borrado?

“En su forzado cautiverio tenían el techo y el pan asegurado. La mayoría de ellos llegan al medio siglo de vida.

“¿Qué ideales, qué esperanzas, qué ilusiones pueden alimentar para lanzarse a una vida incierta, de zozobras y soledad sin un ser que les tienda la mano, sin una voz amiga que les aliente en el camino?

“¡Zebeo, Apóstol del Ungido del Amor! –exclamó el anciano Melchor, después de unos momentos de silencio–. ¿No entrará en el programa que te ha diseñado tu Maestro, tender esa mano amiga y dar esa voz de aliento a los infelices reclusos del pavoroso Castillo del Lago Merik?

–El tiempo me lo dirá –contestó el interrogado–. Bueno será que vosotros, a quienes me cabe la honra de tener como guías y maestros, penséis este asunto en la Divina Presencia, y que mi Maestro me dé la luz y la energía necesarias para obrar conforme a su voluntad.

Tal había sido la confianza de Zebeo con sus sabios amigos.

Por eso, él no se alarmó mayormente cuando Tabita les anunció que los magos del Castillo, se acercaban a nado a las orillas del Lago.

Y Zebeo con sus tres compañeros se acercaron con serenidad para recibirles cuando les vieron llegar fatigados a la costa.

Eran ocho y llegaban unos después de otros, con la túnica de burda lana de oveja chorreando agua y lodo, y la cabeza rapada sin asomo de cabello ni de barba.

—Ten piedad de nosotros, como la tuviste de los esclavos inútiles y de los mendigos inválidos —le dijeron de inmediato a Zebeo, en cuya faz conmovida, veían claro la conmiseración más espontánea.

¡Y Zebeo la tuvo! ¿Cómo no había de tenerla, él, que oyó decir al Cristo su Maestro desde lo alto de aquella montaña testigo de sus desbordamientos de amor divino?:

“¡Bienaventurados los misericordiosos porque aquellos alcanzarán misericordia!”

20

LAS RUINAS FLORECEN

Cambiarles las ropas mojadas por otras secas y darles un tazón de vino caliente fue la primera medida que tomaron con aquellos nuevos refugiados. Y Zebeo habló al primero para decirles:

—Amigos, si queréis compartir la vida de trabajo, de sacrificio y de pobreza que aquí se hace, os recibimos con los brazos abiertos. Desde vuestro torreón habréis visto el esfuerzo de todos para mejorar las condiciones de vida de los habitantes de la aldea.

—Porque lo hemos visto es que nos hemos decidido a venir —contestó el que parecía tener superioridad sobre los otros—. Primeramente os rogamos que no nos toméis como delincuentes que hemos escapado del presidio donde fuimos puestos en castigo de nuestros delitos.

“Fuimos aspirantes a la sabiduría oculta de los sacerdotes del Templo de Osiris y vinimos en nuestra juventud a la edad de veinticinco años. Fuimos débiles al llegar a las más duras pruebas a que se somete a todos los aspirantes, y la reclusión fue la pena para esa debilidad. Ya está referida toda la historia de nuestra vida y espero que deis fe a mi palabra, atestiguada por éstos que me acompañan. —Con sólo afirmaciones con la cabeza, apoyaron los otros siete lo dicho por el compañero.

—Sí, amigo, sí, os creemos pues estamos al tanto de las leyes penales de los Templos egipcios. También somos buscadores de Sabiduría, pero no la buscamos en los Templos sino en la Escuela del Maestro Filón de Alejandría —contestó Zebeo.

—La época de los Misterios Herméticos, ya pasó, y ahora se busca la Sabiduría a la luz del sol y ante la belleza suprema de todas las obras del Creador —añadió Lastenio de Arcadia.

—Tengo entendido —dijo nuevamente Zebeo—, que vuestra condena terminó hace años. ¿Cómo es que tardasteis tanto en aprovechar la libertad que se os daba?

—Por varias razones —contestó el excautivo del Castillo—. Una de ellas era el temor de lanzarnos a la vida sin los medios y sin las condiciones para vivirla después de treinta años de reclusión en el más deprimente ostracismo.

“Extranjeros en una tierra que nos fue tan hostil, donde nunca vimos otra cosa que la rigidez de una justicia implacable, ¿qué podíamos esperar ni buscar de nadie?”

“La otra razón era que había entre nosotros siete ancianos de ochenta, noventa y más años, que encontramos a nuestra llegada aquí y que han ido muriendo uno tras otro.

“Ellos consolaron nuestras desesperaciones de jóvenes recién llegados, y no era justo abandonarles en los últimos años de su vida y cuando ellos se habían encariñado tanto con nosotros.

—¿Y ahora les abandonasteis? —preguntó Zebeo.

—Hace dos días sepultamos al último que quedaba.

—Hay muchos esqueletos, muchas sepulturas y muchas riquezas que no sirven para nadie —contestó otro de los excautivos.

—¿Entonces no queda nadie en el Castillo? —preguntó Clodoveo.

—Y en el Templo que está anexo al Castillo, ¿quién vive? —preguntó nuevamente Zebeo.

—¿Conocías eso también? Es el Retiro de los sacerdotes que han cometido algún delito y voluntariamente se someten a durísimas pruebas hasta conseguir de nuevo la Luz Divina que por su culpa perdieron. Uno de ellos era el Delegado del Consejo Superior para visitarnos una vez cada año.

—¿Y ahora? —preguntó Ginés.

—A medio día le avisamos que esta noche salíamos y sólo nos dijo: “Que la Suprema Inteligencia os guíe”. Y se hundió tras la puerta secreta que se abre en la techumbre de nuestra cripta. Y aquí estamos.

—¿Estáis resueltos a quedar aquí? —les preguntó nuevamente Zebeo.

—Sí, señor, aunque sea como jornaleros o como esclavos —contestaron varios.

—Ni como jornaleros, ni como esclavos —díjoles el Apóstol—. Aquí seremos todos compañeros y hermanos que lucharemos juntos para sustentar nuestra vida y ser útiles a nuestros semejantes.

—Se me ocurre una idea —dijo Ginés de Cartagena. Todos prestaron atención—. Puesto que ese Castillo queda solo y abandonado, ¿no podríamos conseguirlo para habitación, escuela y taller de todos los habitantes de la aldea?

—¡Oh! ¡Esa es la idea cumbre! —afirmó Lastenio de Arcadia—. Pero a quién se le pide si toda esa gente parece haber perdido el uso de la palabra

—Sería como llamar con los nudillos en la Pirámide de Gizeh —afirmó riendo Clodoveo de Marsella.

—Me parece que yo sé el modo de hacerles hablar —afirmó Zebeo—. Está el Príncipe Melchor de por medio y está el Maestro Filón cuyo hermano Alejandro es Alabarca de Egipto nombrado por el Gobierno Romano.

—¡Oh! —exclamó Ginés de Cartagena—. Son dos buenos espolones que harán hablar hasta a los obeliscos de Ramsés.

Los excautivos se mantenían silenciosos como si en el largo tiempo de ostracismo y de abandono hubieran muerto todas sus energías.

Acaso les parecía haber hecho demasiado con la resolución de escapar a nado de aquel penoso cautiverio. Parecían tener miedo de hablar. Treinta años enterrados vivos entre las cuatro murallas de la Torre central de aquel Castillo, subiendo y bajando cien veces la escalerilla de caracol para mirar el cielo y el campo desde el último piso, única concesión que les era permitida, habíase obrado en ellos ese complejo atroz de recelos, desconfianza, temor, incertidumbre..., todo junto, aplastándoles el alma como entre dos ruedas de molino.

El noble corazón de Zebeo se estremecía de horror, de conmiseración, casi de espanto pues que su desarrollada facultad intuitiva estaba leyendo en la psiquis de aquellos hombres. Su pensamiento voló muy alto a desglosar recuerdos..., los tiernos recuerdos muy cercanos aún de cuanto vio hacer al Maestro..., su divino Maestro, en casos análogos a éste.

¡Sintió que en su mente parecía encenderse una lámpara votiva de luz maravillosa y que en su corazón desbordaba como un torrente, un elixir de fuego capaz de incendiarlo todo!

Comprendió que aquellos ocho hombres estaban gravemente enfermos del alma..., heridos de muerte y era necesario resucitarlos..., volverlos a la vida que es luz, amor y esperanza.

Se levantó de pronto y comenzó a dar agitados pasos a la orilla del lago.

—Si somos un problema sin solución para ti —dijo uno de los excautivos—, dejadnos marchar y que la fuerza de nuestro aciago destino, nos lleve donde podamos llegar.

—¡No, amigos, no! —exclamó Zebeo—. La Ley que me ha hecho un hombre consciente, me manda amar a mi prójimo como a mi mismo; y si yo hubiese querido en igualdad de circunstancias haber encontrado amistad sincera, lealtad, esperanza y amor, debo ser capaz de daros todo eso. ¡Y si no, no valgo nada, no sirvo para nada, soy menos que estas

pedras que ruedan a mis pies y que solo sirven para túmulo de humildes sepulturas de esclavos!

“Y si yo tengo necesidad de compañerismo, de afectos recíprocos, de bondades, de ternuras que me hagan amar la vida, vosotros lo necesitáis también. Habéis tenido una madre, una hermana, una novia acaso..., habéis saboreado en vuestra juventud la dulzura de un hogar, de una familia, y también habréis soñado con el triunfo en vuestra carrera tras de la Sabiduría, después del cual pudierais aspirar lógicamente a colgar vuestro nido en la cumbre de una montaña..., o a la vera de un lago como este, donde el rumor de las olas se mezclara a dulces vocecitas que os llamaran: *ipadre!*... ¡Todo eso es humano, todo eso es Dios en nosotros mismos, todo eso es la realidad, es la vida!...

“¡La Ley de los Templos de Osiris no es ciertamente la ley que ha sonado en mis oídos y ha encontrado ecos profundos en mi corazón!... ¡Por eso los Templos quedan vacíos con sus mármoles y su oro..., se agrietan y se derrumban como el de Karnak, y el eco de los pasos en sus criptas solitarias va repitiendo incesantemente: nada, nada, nada!

“¡Maestro, Maestro mío! –clamó Zebeo como presa de un delirio febril–. ¡Tú solo vivirás con tu Ley Eterna por encima de todas las ruinas, de todos los prejuicios, de todos los fanatismos y errores humanos, porque tú solo eres la luz, la vida y el amor! –Y Zebeo se cubrió el rostro con ambas manos y un hondo sollozar resonó en el silencio de la noche.

Tabita salió corriendo de su tienda y cayendo de hinojos a sus pies le decía llorando amargamente:

–¡Señor..., Señor, acuérdate que yo vivo junto a ti, que no tengo más que a ti..., que todo lo espero de ti!... ¡No llores, no sufras, no padezcas así que tu eres un buen genio bajado de los cielos para consolar mi soledad!...

Pedrito se despertó también y ante aquella escena que no comprendía rompió a llorar a lastimeros gritos y se encaró furioso con los amigos de Zebeo.

–Decís que sois amigos de él y le dejáis padecer solo, para eso vinisteis... ¡Y vosotros malos buitres de la noche! ¡Idos de aquí todos!... Yo soy el más viejo de esta Aldea de los Esclavos donde vine solo con mi madre. ¡Idos!

Ante la fuerte reacción de Tabita y del niño, Zebeo reaccionó también de la crisis que la situación de aquellos ocho hombres y su propia interna rebeldía contra las injusticias de las leyes humanas le había producido su extremada sensibilidad, unida a su temperamento emotivo fue tomada de sorpresa por aquel conjunto de pensamientos y de recuerdos.

–Perdonadme todos –dijo serenándose nuevamente–.

“El amor salva todos los abismos”, dice la antigua filosofía que me ha

hecho hombre. ¡Y si somos capaces de amar sin egoísmo y sin interés, ninguno está aquí demás, y para todos alcanza la Aldea de los Esclavos!

Tabita y Pedrito se apretaron junto a Zebeo como si quisieran ambos defenderle de todos los demás.

—¡Pobrecillos! —díjoles el Apóstol del Cristo, enternecido por aquel gran amor que había encontrado perdido como una piedra preciosa entre los guijarros de una aldea de mendigos y de esclavos. Les envolvió en un abrazo conjunto que unió las dos cabecitas sobre su pecho, mientras decía—:

“No temáis, que aquí todos son mis amigos..., nuestros amigos y compañeros... ¡Pedrito, hijo mío!..., ¡y tú les llamaste buitres de la noche! Eso no está bien, hijo mío...

—¡Padre! yo pensé que todos ellos te habían hecho daño... —Y el niño sin esperar más se volvió hacia todos y con su vocecita temblorosa les dijo—:

“Este señor es mi padre, no tengo más tesoro en este mundo y si alguien le hace daño, me pongo furioso...

Los tres amigos de Zebeo se le acercaron riendo, y Ginés, jugueteando con él, le decía:

—Ya lo hemos comprendido, Pedrito, ya hemos comprendido que te vuelves un tigrecito para defender a tu padre.

—Muy bien, muchacho, muy bien —decían los demás, buscando cambiar aquel ambiente de honda emoción.

El maestro Filón había hecho una excepción en obsequio del Apóstol de Yhasua, y había concedido licencia por una semana a los cuatro Estudiantes de su aula, tiempo en el cual debían dejar regularmente ordenada la pobre gente de la Aldea de los Esclavos.

Pero había surgido el inesperado incidente de los excautivos del Castillo. Y no bien se levantó el sol del nuevo día, tornaron a la ciudad, Clodoveo de Marsella y Lastenio de Arcadia, para dar el informe al Príncipe Melchor y al maestro Filón.

—Hoy no cortamos cañas ni hachamos árboles —ordenó Zebeo—, hasta que los compañeros vuelvan. Si el Padre Celestial nos da el Castillo abandonado para refugio y taller, ¿qué necesidad tenemos de echar abajo el cañaveral y destrozar los juncales? Hoy nos dedicamos a pescar y que haya comida abundante para todos. ¡Mañana, veremos!

Los ocho excautivos empezaban también a reaccionar.

Sus pobres almas petrificadas por ese cruel pesimismo del que se ve cercado por lo irremediable, por lo irreparable, comenzaban a expandirse suavemente como queriendo entrar de nuevo en el mundo de los vivos, en ese concierto admirable de la amistad, del compañerismo, de la convivencia con sus semejantes, sentimientos que son innatos en el

alma humana que no fue creada para el aislamiento y la separación, sino para la unión que es vida y es amor.

Pronto trabaron amistad con las pobres esclavas que preparaban la comida para todos, con los viejecitos inválidos a los cuales había que acercarle los alimentos, y algunos ni aún podían llevárselos a la boca porque sus brazos secos por la parálisis, no podían doblarse. Y el alma buena de Zebeo contemplaba de tanto en tanto su cuadro, y recordando la santa y divina palabra de su Maestro, la repetía con la voz que la emoción quebraba en su garganta y humedecía de llanto sus ojos:

—¡Tu amor, Maestro mío, hace florecer mis rosales!

21

TABITA DE ALEJANDRÍA

Debido a todo lo anteriormente relatado, el lector siente ya parpadear en su íntimo yo, como una luz difusa, la sutil intuición de lo que será la continuación y final de las actuaciones de Zebeo, *el montoncito de tierra*, como él se llamaba, que ha pasado desapercibido para los biógrafos del sagrado Colegio Apostólico del Cristo, como si en realidad hubiera sido *un montoncito de tierra* que no mereciera ser tenido en cuenta.

Fue su vida como él quiso que fuera, sin el brillante resplandor de prodigios que enciende la admiración de las gentes a quienes entusiasma lo maravilloso, lo que sobrepasa el nivel común en todo lo que sus sentidos físicos perciben.

Por la influencia del Príncipe Melchor fue entregado a Zebeo y sus compañeros el Castillo y el Templo del Lago Merik para Escuela, Taller y vivienda de todos los que se uniesen a él.

Los inválidos y enfermos en general fuéronse curando, no de súbito, no por imposición de manos o por acción maravillosa del agua u otros elementos, sino lenta y paulatinamente a medida que la Luz Divina despertaba la comprensión en las conciencias y animaba la voluntad hacia el sublime Ideal del amor fraterno, que el Apóstol iba infiltrando lentamente en las almas de todos aquellos que sinceramente lo amaron y lo siguieron.

Y queriendo cooperar con más eficiencia en el alivio de males crónicos y de enfermedades rebeldes, el dulce Zebeo les exhortaba a la paciencia diciéndoles:

—Aún no eres todo lo bueno que el Divino Maestro quiere de ti. Aún no amas al prójimo como te amas a ti mismo. Aún buscas lo mejor para ti, lo más precioso para ti en todo cuanto está a tu alcance. Cuando llegues a ser capaz de dar a tu hermano lo mismo que eliges y quieres

para ti, entonces curarás tu mal. Mientras vivas pensando en que tú eres primero en todas las cosas, en que tienes a tu favor todos los derechos, todas las preferencias, todas las prerrogativas, tus llagas seguirán abiertas, tus brazos y piernas continuarán torcidos, porque antes que en el cuerpo, tus males están profundamente gravados en tu psiquis, en esa alma Inmortal y Eterna que el Altísimo te ha dado para que la eleves a la altura de un arcángel de su cielo y tú te empeñas en tenerla siempre como un gusano entre el lodo.

Tal era la instrucción moral que daba el Apóstol Zebeo a todos cuantos llegaban hasta él.

Su vida sin prodigios y sin maravillosas manifestaciones, no le atrajo el odio, ni la envidia y los celos que despiertan naturalmente en las almas ruines y mezquinas las maravillosas obras con que otras vidas se vieron glorificadas por divinos designios de la Eterna Ley; que no tenemos los humanos ni autoridad ni capacidad para comprender.

Quizá debido a esto, al Apóstol Zebeo no le llegaron las persecuciones del primer siglo de la Era Cristiana. Las espantosas crueldades que comenzaron con Calígula y Nerón, no llegaron hasta su retiro del Lago Merik, acaso porque el suave montoncito de tierra, inadvertido de todos, no presentaba blanco a las flechas enemigas y los potentados amigos de los Césares no dieron valor ninguno a aquel hombre que había consagrado su vida a la ínfima clase social: a los arrojados por inútiles, a los mendigos, inválidos y a los niños sin hogar, a los *hijos de nadie* que vagan por las aceras y por las ruinas, buscando en vano un rostro amigo a quien llamarle *ipadre!*

A lo sumo le llegó alguna vez como un salvazo, la despreciativa frase de la insolencia y del orgullo: “El filósofo del Lago Merik, buscador de basuras..., recogedor de piltrafas...”

A los astros del paganismo, adoradores de los dioses del Imperio, no les hizo sombra ni les estorbó aquel hombre que según ellos, limpiaba la inmundicia de las ciudades llevándolas todas a las solitarias orillas del Lago Merik. Más, no creas, lector amigo, que los días del Apóstol Zebeo sobre la tierra fueron como un collar de perlas sobre un cuello de alabastro... ¡No!

Tuvo como el Divino Maestro, su Huerto de Gethsemaní, el de la tristeza como una agonía. Tuvo su calle de la amargura, su cruz a cuestras y también su Calvario... Pero todo ello se desarrolló silenciosamente, en lo profundo de su alma plena de esperanzas y de ideales; en lo más vivo de su corazón de carne..., corazón de hombre donde van a llamar con vibraciones tremendas los más intensos sentimientos de que es capaz una criatura encarnada.

Su alma noble y buena se abrió como un loto blanco al rocío de la

noche, ante la belleza de la amistad, ante la dulzura inefable del amor. Y todo le fue negado..., mejor dicho, se lo negó él mismo para consagrarse en absoluto al divino Ideal que lo había hechizado: El Cristo y su doctrina.

A los dos años de iniciar su apostolado, el Príncipe Melchor fue llamado al Reino de Dios. Cinco años después, dejó también el maestro Filón su sitio vacío en el plano físico. Sus tres amigos íntimos de Apostolado se fueron alejando llamados por sus familiares los unos, por elección de sendas más descubiertas y amplias los otros. Le quedó fiel la masa doliente de mendigos y de esclavos mientras tuvieron temor de lanzarse a la vida en busca de mejores horizontes. Pero los ricos mercaderes que mandaban sus inmensas caravanas llevando y trayendo mercancías del Yemen, del Mar Rojo, de la Eritrea y la Etiopía, de las márgenes del Río Níger, regiones donde refulgía el oro entre las rocas y las piedras preciosas brillaban entre el carbón como estrellas en el abismo azul, ¿quién podía resistir a aquellas poderosas sugerencias de acumular siquiera un pequeño tesoro para la vejez cuando se sentían con fuerzas y deseos para intentarlo?

Y Zebeo comprendía que aquello era justo y razonable. No había en ello nada de censurable ni de malo. Y a cada uno que se marchaba de su lado le decía siempre la misma palabra:

—Vete, bendito de Dios, pero no olvides lo que aprendiste aquí: amar al prójimo como te amas a ti mismo —y con eso los despedía en la puerta del ruinoso castillo de la Princesa Thimetis.

Y les veía alejarse sin volver la cabeza, con la misma tristeza con que vio alejarse a Matheo diez años antes.

La escuela era frecuentada por los niños de la aldea que había aumentado en población. El taller de tejidos era dirigido por las mujeres y los ancianos, y sacaban de ello el sustento.

Pedrito había llegado a Notario y era un esbelto joven de veintidós años. Tabita era una dulce y linda mujer de veintiséis años, y era, a más, el ama de la casa y la maestra en el taller de los tejidos.

Era la mujer discreta y laboriosa pintada en el Libro de la Sabiduría. Era la vid sombreando la puerta del hogar. Era la columna de mármol blanco que podría resistir el peso de cabezas doloridas, de brazos cansados... Y lluvias de lágrimas podrían resbalar sobre ella sin dejarle señales.

Ginés de Cartagena se la había pedido a Zebeo para esposa y de su parte la había concedido. Pero Tabita se negaba hasta oír hablar de tales proposiciones.

Un rico mercader que llegó a la aldea a contratar jornaleros para su caravana, la pidió también para su hijo. Igual aceptación de Zebeo e igual

negativa de Tabita. No obstante, la sutil intuición de Zebeo le decía muy fuerte: “Tabita tiene días de honda tristeza”. “Tabita llora en su alcoba cuando nadie puede verla”. “Tabita se consume como un cirio sobre un altar, como una planta de loto que nació sobre un barranco y que nadie se acuerda de regar”.

Y comenzó este asunto a ser una preocupación para el Apóstol del Cristo. Había soñado hacerla feliz y ella sufría... La felicidad había llamado a su puerta y ella la había rechazado.

Hasta que un día Zebeo la llamó a su despacho, el austero cenáculo que fue de la Princesa Thimetis.

—Tabita, hija mía, después de la oración de esta noche, tenemos que hablar. No te retires tan pronto y espera que se retiren los demás.

—Está bien —dijo ella y cambiando de tema rápidamente, añadió—: Las dos mejores obreras del Taller van a casarse y habrá que darles la dote que el santo Príncipe Melchor nos dejó encargado para las jóvenes que formen su hogar.

—Entéralo hoy mismo a Pedrito, que él es quien lleva nota de las rentas que dejó con ese fin nuestro inolvidable amigo —le contestó Zebeo. Y Tabita salió.

Cuando pasada la cena de ellos tres con los pocos huérfanos y obreras del taller que vivían allí, pasaron todos juntos al Oratorio contiguo al despacho del Apóstol, las mujeres se cubrieron con el velo blanco acostumbrado por las mujeres esenias; costumbre que Zebeo había implantado allí como una manifestación de pudoroso respeto ante la grandeza de la Divinidad a la cual iban a acercarse en la oración.

La oración de Tabita era siempre oración de lágrimas que a la sombra del velo blanco cayendo sobre su rostro, pasaban desapercibidas y se esfumaban en el secreto de su corazón. Y esa noche lloró más que nunca. Tenía miedo y espanto de la vida sin saber por qué. En diez años que llevaba vividos al lado del Apóstol del Cristo, nunca le había hablado como esa tarde, o sea con el anuncio previo de una confidencia reservada y muy grave al parecer. ¿Qué podría ser?... ¿Anuncio de algún nuevo pretendiente al cual el Apóstol pensaba entregarla para quedar él libre de la carga que ella suponía ser para la libertad de un hombre consagrado a la divulgación de una doctrina sublime como la suya?...

¿Sería acaso una reprensión, la primera que escucharía en diez años de los labios de aquel hombre justo, noble y bueno que sólo bondades le había brindado en su dolorosa orfandad? Temblaba como una hoja cuando la hora pasaba lenta... lenta. Y cuando Zebeo puesto de pie recitó en alta voz la plegaria final que era una absoluta entrega del alma a la Divina Energía en beneficio de toda la humanidad, la pobre joven no pudo sostenerse de pie y se quedó sentada sobre el esparto del pavimento.

A la oración nocturna concurrían todos los habitantes de la aldea que no vivían en el Castillo, y que no podían entregarse tranquilos al descanso si no habían oído el “*Dios te bendiga y hasta mañana*” con que el Apóstol les despedía a la puerta del oratorio.

Como era Pedrito quien cerraba la puerta porque su alcoba estaba contigua a la de Zebeo, se acercó a Tabita para recordarle que debía irse a la suya, pero Zebeo le dijo:

—Tabita y yo nos quedamos en el oratorio porque tengo que hablarle. Tú puedes ir a descansar —el joven besó la mano de su padre adoptivo y dando las buenas noches se marchó.

Tabita era una estatua inmóvil sobre el pavimento y casi al pie del antiguo sillón de caoba que demostraba en sí mismo su vida de siglos y que ocupó siempre el Apóstol desde que entraron en el Castillo.

Zebeo se sentó en él.

—Tabita, hija mía, te veo esta noche más deprimida que de ordinario. Y hoy voy a exigirte lo que no te he exigido nunca: que te franquees conmigo, que me abras tu corazón porque te confieso que empiezas a ser un enigma para mí. ¿Quieres ocupar este asiento a mi lado?

—Si me lo permites, estoy bien aquí —y se quedó sentada sobre el esparto a los pies del Apóstol.

—¿Puedo saber, Tabita, por qué no eres dichosa, por qué lloras siempre? ¿Quién te hace sufrir? ¿Qué congoja es esa que pone círculos violeta alrededor de tus ojos, y que irradia una amargura que ha llegado a atormentarme y perturbar la serenidad de mi espíritu? Me siento responsable de ti, hija mía, y creo no ser injusto haciéndote esta averiguación. Tú sabes que desde mí llegada al lago, hace diez años, me he preocupado en toda forma de hacerte feliz, y veo con dolor que no lo he conseguido... ¡Habla, Tabita!..., dime toda la verdad, no me ocultes nada y ten la seguridad de que no me sorprenderé de nada que me digas y que sabré comprenderte. —Y así diciendo y con suave ternura, Zebeo levantó el velo que caía sobre el rostro de la joven y vio que aparecía bañado de lágrimas—.

“¡Siempre llorando!... ¿Por qué, Tabita, por qué?...”

Devorando con valor su llanto ella le contestó:

—No puedo decírtelo, padre, no lo diré nunca, jamás, ni a la hora de mi muerte.

Se dobló al suelo como un junco azotado por el huracán y sollozó amargamente sin que Zebeo hiciera el más mínimo movimiento.

Después de un momento, la joven se enderezó y plegando sus manos sobre el pecho clamó en una desesperada súplica:

—¡Sé aún más bueno de lo que fuiste conmigo desde la primera hora y déjame llevar al sepulcro mi secreto!... ¡Es lo único que pido y aspiro de ti!

Zebeo quedó pensativo y un hondo silencio reinó por unos momentos. La sutil intuición que le reveló siempre todos los secretos y le hizo leer en todas las almas como su Divino Maestro había leído en la suya, comenzó a esbozar en ese oculto santuario de cristal de la subconciencia, algo que, por lo inesperado, le tomaba de sorpresa, y que le costaba mucho creer y más todavía aceptar como una realidad.

Después de aquellos momentos de angustioso silencio para Tabita, el Apóstol le puso su mano sobre la cabeza inclinada y le dijo:

—Un grande amor está llenando tu corazón y destrozando tu vida. ¿Por qué no apagaste esa llama cuando comenzaba a encenderse?... ¿Por qué la dejaste crecer hasta llegar a consumirte y devorarte como a un jardín en flor cuando el huracán agita la llama?...

—¡Perdón, perdón! —clamaba Tabita de rodillas, con las manos juntas y con los ojos que eran dos fuentes de lágrimas.

El Apóstol la seguía mirando con una mirada fija y sus ojos iban llenándose también de llanto.

—¡Pobre criatura inocente! —le dijo tomándole la cabeza con ambas manos—. ¡No hice más que brindarte amor y ternura y me asombro de que haya florecido en ti la ternura y el amor!... ¡He sido un inconsciente! ¡He obrado como un chiquillo!... Jamás pensé en que esto pudiera suceder, dada la forma en que me presenté a ti y llevándote yo veinte años de edad... ¡Tabita!... ¿Por qué te has dejado llevar de este insensato amor?

Los ojos dolientes y ruborosos se escondían bajo la sombra del velo blanco... La casta mirada virginal se refugiaba en los rincones, buscaba en qué fijarse, huyendo de los ojos garzos, dulcísimos, de Zebeo que a los cuarenta y siete años de su vida aspiraba el perfume de un amor puro y casto como lo había soñado siempre y como jamás lo pudo obtener...

Y tomando por fin a Tabita de la mano para levantarla del suelo la condujo ante el altar de las Tablas de la Ley donde aún ardían los cirios que alumbraron la hora de la oración, y ardía en los pebeteros el incienso compañero inseparable de la adoración al Infinito, y arrodillándose ambos ante el ara santa, Zebeo recitó con su voz que temblaba de emoción la intensa plegaria en que entregaba su alma y su vida a la Suprema Voluntad que en la tarde de sus días terrestres le brindaba el amor virginal, puro y casto que soñó en su primera juventud:

—¡Señor, Dios Supremo del amor y de la vida!... ¡Si de ti ha surgido el amor que consume el alma de esta virgen, haz que sea yo para ella lo que Tú quieras que sea!

Pasado un momento de hondo silencio, Zebeo besó con delicada ternura la frente de Tabita y bajándole el velo sobre el rostro le dijo:

—¡Virgen del Señor!... ¡Al pie de su altar, y a la sombra de su Ley Eterna, evoquemos tú y yo el recuerdo sagrado de un amor que en lejanos tiempos fue lámpara votiva que dio luz a toda la humanidad, fue el himno sagrado que arrulló el sueño de fraternidad de una civilización que nacía!...

—¡Bohindra y Ada! —exclamó Tabita, que había escuchado tantas veces aquellas crónicas milenarias.

—¡Sí! ¡Bohindra y Ada! —afirmó Zebeo, conduciendo a Tabita de la mano hasta la puerta de la alcoba donde la joven había llorado tanto su grande amor sin esperanzas.

El Apóstol la dejó allí con un “*Dios sea contigo*” como todas las noches y tornó al oratorio donde se dejó caer al pie del altar como un hombre herido de muerte. ¿Qué pasaba en el alma noble de Zebeo en ese instante supremo?, preguntará seguramente el lector.

Haciendo un minucioso estudio de la Psiquis iluminada de este humilde Apóstol del Cristo, se descubre a primera vista el profundo sentimiento que le animaba.

Mientras vivió encarnado el Divino Ungido entre los hombres, su potente irradiación, los fascinadores atractivos de su augusta personalidad, tuvieron a Zebeo y a todos los sensitivos como él en una especie de estado extático permanente. ¡Él lo llenaba todo! ¡Lo absorbía todo! No quedaba en las almas que lo amaron ningún lugar vacío para nada ni para nadie. Después de veinte siglos de admirarle, aún nos sentimos subyugados por esa belleza moral tan perfecta que no admite comparación con ninguna belleza creada. ¿Cómo puede asombrarnos que sus fervientes amadores de entonces se entregaran también vencidos por esa poderosa fascinación?

Fracasado Zebeo en el amor primero de su juventud, la herida se curó fácilmente al contacto divino del alma del Cristo y no pensó más en otro amor que no fuera el suyo que lo absorbía por completo.

Mas..., cuando el astro magnífico desapareció del plano físico y sus efluvios fueron como un perfume lejano y sus resplandores sólo hacían sentir desde lejos el suave calor de sus ternuras, las almas sensitivas debieron sentir muy intensa y honda la soledad y un angustioso sentimiento de abandono..., de ausencia perenne..., de adiós sin regreso.

Varios de ellos estuvieron a punto de muerte..., algunos al borde de ese abismo de tinieblas que se ha llamado *dementia* y los menos sensibles cayeron en ese frío pesimismo que deja lo irreparable en las almas de mediana evolución. Fue necesario que Él mismo, el adorable ausente, desde su Reino de Luz se hiciera sentir innumerables veces para volverlos a todos a su estado normal. Y en la noble alma de Zebeo debió aparecer como una sombra fatídica la idea de que desalojaba el amor

a su Divino Maestro dando libre entrada a otro amor en su corazón. El vacío de aquel primer amor fracasado, se ensanchó sin duda como un abismo, y al apercibirse del intenso amor de Tabita, su corazón de hombre le reclamó de nuevo aquel derecho renunciado en la juventud. Por eso Zebeo se tiró al pie del altar de su Oratorio como un hombre herido de muerte. Se sentía sin energías para luchar y sin fuerza de voluntad para hacer una segunda renuncia que atormentaría dos corazones, dos vidas a la vez.

Y en su angustia suprema clamaba al cielo entre desgarradores sollozos:

—¡Maestro mío!..., imi Señor, mi Luz, mi Cielo y mi vida! ¿Por qué me has abandonado?...

Sobre el altar de las Tablas de la Ley se encendió una gran claridad. Eran las palabras finales de la Ley *“Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo”* que ardían como una llamarada viva dando luz de sol de medio día a todo el recinto sumido en penumbras, Zebeo se quedó deslumbrado y absorto contemplando aquel prodigio aunque sin comprender a fondo lo que con eso querían significarle. Pero bien pronto comenzó a diseñarse una blanca silueta inconfundible delante del altar, aquella silueta de luz multicolor, como si fuera un iris humano, tenía ojos que miraban y una voz que decía tendiendo las manos al Apóstol arrodillado:

—*¡Zebeo!..., imi montoncito de tierra! ¿No te anuncié que yo fecundaría esa tierra para que diera el ciento por uno en flores y frutos para la humanidad? Porque “eres un montoncito de tierra” necesitas el riego de un grande y puro amor que sea el agua del torrente impulsor de todas tus energías, de todas tus actividades como Apóstol mío sobre esta tierra que baña el Nilo. Porque me amaste mucho Zebeo en esta hora y en aquella otra del Moisés Visionario y Taumaturgo es que te doy por compañera eterna a la dulce Thimetis que por amor se relegó toda su vida a la soledad de este Castillo. Fue madre de Moisés y ahora nació esclava. ¿No la recibirás? Amram de ayer y Zebeo de hoy..., de nuevo se te entregan joyas de incalculable valor, no para adornar cabezas que mueren sino para transformarlas en pan, calor y lumbre en los hogares abrumados por la miseria y el hambre. Esclavo o Rey, príncipe o vasallo..., esa será tu carrera en todas tus vidas terrestres”.*

Por esta palabra del Cristo la desolada Europa del siglo XVII vio a Vicente de Paúl recogiendo por las afueras de las suntuosas capitales o de las más ruinosas aldeas a los *hijos de nadie* que una tardía y criminal vergüenza materna, arrojaba a los barrancos y a los pantanos para que fueran devorados por las fieras. Así devolvió siempre el Apóstol Zebeo a la Majestad Divina las joyas que le fueron confiadas.

Reanimado por la maravillosa bondad de su Maestro, el Apóstol recobró la serenidad y la calma.

Y una semana después condujo a Tabita al Serapeum que fuera del Príncipe Melchor dirigido años hacía por el maestro Yusufu-Dan, colocado al frente de aquel Santuario por su inolvidable fundador.

El lector recordará al mencionado maestro que fue consagrado en el Santuario del Monte Hor, en aquella reunión de Maestros presidida por el Mesías Ungido de Dios. Y fue Yusufu-Dan quien bendijo la unión de Zebeo y Tabita en la soledad del austero Santuario-Escuela alejandrino, sin más testigos que Pedrito y dos ancianas viudas que cuidaban de las discípulas mujeres.

22

LA ESPOSA IDEAL

La felicidad de Tabita llenó el viejo Castillo de cantos, de música y de flores. Quiso formar y formó un coro de doncellas como el que había en el Serapeum de Alejandría donde fue bendecida su boda. Su principal auxiliar en esta tarea fue Pedrito que comenzó a llamarla “mamita”, dulce diminutivo de “madre”.

—¿No te suena mejor así? —le preguntaba graciosamente—. Este viejo Tabita resuena como dos tabletas que se golpean —Zebeo reía francamente al ver la dicha más completa en sus dos hijos adoptivos del primer momento

—Tú y yo somos las piedras fundamentales de la obra del Apóstol del Cristo Divino —decía muy seria Tabita a Pedrito—, y todo será poco de cuanto hagamos para llenar esa misión.

—¿Qué quieres, pues, hacer?... ¿Quieres que reconstruyamos las torres del Castillo que los siglos estropearon? —preguntábale Pedrito.

—¡No, eso no! ¿No es verdad, padre, que son otras las obras que nos corresponde hacer? —la tímida doncella continuaba llamando *padre* al Apóstol Zebeo, como si aquella austera ceremonia de bendecir el Hierofante sus manos unidas, no significara nada más que la certeza de que ambos se pertenecían hasta la muerte.

Era lo único que a ella le interesaba.

Cuando al caer de la tarde dejaba en orden su Taller, corría al despacho del Apóstol del Cristo que hasta el último rayo de luz trabajaba en traducir al latín, la lengua universal de entonces, los escritos que le dejara en herencia el maestro Filón. Ponía en orden todos los rollos de pergamino, los viejos papiros amarillentos, láminas de piedra o de madera, plaquetas de arcilla que habían servido de ilustración al obrero

de la pluma. Y cuando nada faltaba por ordenar, acercaba el sillón al ventanal que daba sobre el lago dorado por el resplandor purpurino del ocaso. Tiraba al suelo un cojín de esparto y se sentaba a descansar al pie del sillón que ella había preparado para Zebeo. Era la hora del descanso después de la ruda labor cumplida por ambos durante todo el día. Era la hora de las confidencias en que las almas se vaciaban una en la otra y ambas en la fuente límpida del Ideal Divino que acaso por centésima vez les unían en la eterna peregrinación de la vida.

Zebeo ocupaba aquel sillón y la joven cruzando las manos sobre sus rodillas, hilvanaba la historia, la dulce historia de la tarde anterior, porque ella no olvidaba el punto en que había quedado.

—Era cuando Myriam y Yhosep con el Mesías-niño se internaban por los caminos poblados de bosques que conducen al Monte Hermón.

—Es verdad, quedamos allí —decía el Apóstol echando su cabeza atrás, mientras evocaba los tiernos recuerdos que parecían hacer revivir de nuevo a su Maestro. Y la dulce Tabita, como en una contemplación extática, lo escuchaba sin hablar palabra.

Terminada la narración venía la confidencia íntima.

—¡Tabita!..., ¿por qué ahora eres dichosa y antes llorabas siempre? —le preguntaba Zebeo, deslizando su mano por aquella cabecita de bucles negros y ensortijados que caían sobre los hombros.

—¡Oh! —exclamaba Tabita—, ¡porque ahora estoy cierta de que ningún hombre vendrá a pedir mi mano y porque tú no podrás ya nunca alejarme de tu lado!

—¿Por eso solamente? —preguntaba Zebeo, gozándose en las aflicciones de la joven que de inmediato creía haber incurrido en falta. ¡Era tan tímida!

—Quise decir también otra cosa más... Porque soy yo quien tiene el deber y el derecho de cuidar de ti, padre, porque soy yo la dueña..., y nadie te puede llevar de mi lado.

—¿Nunca has pensado que un Apóstol del Cristo se debe a toda la humanidad?... Cuando la historia que te voy contando llegue al tiempo en que Él fue mayor, verás que dejó todo, hasta a su madre para ir a lejanas tierras a llevar el mensaje divino del Padre.

—Y ¿por qué no la llevó con Él? ¡Oh! ¡Zebeo, padre mío!... ¡Y ahora esposo mío!..., ¡eso no lo harás conmigo porque yo iré a donde quiera que tu vayas!... ¡Soy tu sombra!... ¡Soy la piedrecilla de sílex en que encenderás tu fuego! ¡Soy el polvillo de tierra que levantan tus pies al caminar!... ¡No me podrás nunca dejar!...

—¿Y si tengo que cruzar el mar..., un gran mar inmensamente más grande que dos Nilos juntos?... —volvía a preguntar Zebeo.

—¡Oh, yo conozco el mar! He visto las golondrinas cansadas de volar

posarse en el palo mayor de los grandes barcos... He visto la espuma que se forma detrás de ellos cuando avanzan rompiendo las olas... Yo seré como esas golondrinas cansadas siguiéndote... Yo seré como esa blanca espuma que se prende a los barcos que corren sobre las olas...”

Y la pobre Tabita, harta de dolor y de tanto haber llorado, hundía su frente en las rodillas del Apóstol como temerosa de que alguna extraña fuerza pudiera arrebatarse el bien que había conquistado con diez años de sufrimiento.

—¡No temas, Tabita!... Nunca te dejaré, niña mía, porque la abnegación de tu amor es tan grande, que te ha constituido en una aliada irremplazable en mi apostolado. El Cristo Divino, mi Maestro, tiene dos apóstoles en vez de uno. Yo soy su “montoncito de tierra” y tú eres el rosal blanco que ha nacido, crecido y florecido en él. ¿Estás contenta ahora?

La humilde niña no contestaba nada, pero tomaba entre las suyas las manos de Zebeo y las apretaba muda a sus labios.

—¡Mi princesa Thimetis!... —decía él, como viviendo de nuevo de otra vida lejana...

—Soy hija de una esclava que de la isla de Rodas vino a padecer y morir en esta tierra —contestaba Tabita—. La Princesa Thimetis fue la dueña de este Castillo y un día tendrás que traducirme esas figuras que ella grabó en aquel menudo librito de marfil, que yo encontré en el muro donde anidan las cigüeñas...

—¡Ya está traducido!...

—¿Sí?... ¿qué dice? ¿Lo puedo saber yo?

—Todo lo sabrás porque así que termine de contarte la vida de mi Maestro, Yhasua de Nazareth, he de contarte otra historia, Tabita, muchas historias, porque vivirás más tiempo que yo, y deberás ser el tomo segundo de este libro...

Y el Apóstol señalaba su pecho.

—¿Tienes allí un libro?

—El libro soy yo, querida niña mía, porque cada ser es como un libro donde hay escritas innumerables cosas buenas o malas, bellas..., quizá más que todas las bellezas que contemplan nuestros ojos; y feas hasta el horror y el espanto...

—¡Oh! —exclamó con devoción la joven—. ¡Tu libro debe estar lleno de bellezas, padre, porque todo tú eres una belleza! ¡Así te vi desde el primer día!... ¡Y así te amé tanto sin poder remediarlo!...

—¡Pobre niña mía!... ¡Ojalá fueran todas las páginas de este libro mío como tú lo imaginas!... Soy un montoncito de tierra que los viandantes pisan al pasar... Así se lo dije siempre a mi Maestro... Tú me ayudarás a cultivarlo y que sea un vergel de flores y frutas para quien me hizo encontrarte en el camino...”

La púrpura y el oro de aquel ocaso oriental se reflejaba en el terso espejo del Lago y Tabita se levantó como fascinada por aquella belleza que no parecía real sino soñada; tomó la mano de Zebeo y suavemente lo obligó a levantarse y seguirla.

Tan grácil y menudita de cuerpo, con su amplia túnica blanca que agitaba el viento de la tarde y su negra cabellera suelta, a Zebeo le pareció una de aquellas garzas blancas con alas negras que al atardecer bajaban al Lago un instante y remontaban el vuelo a los pinares del Oasis de Baharije, donde Matheo había colgado también su nido.

El recuerdo del amigo ausente lo enterneció casi hasta el llanto.

—Las garzas se van —dijo—, ¿y tú, que te pareces a ellas, no me dejarás también un día para volar a lo alto de los pinares?...

—¡Oh, Zebeo!... Tienes más años que yo, pero pareces un niño y yo parezco ser tu madre... Viví diez años temblando de miedo de que tú me entregaras como esposa a otros hombres y ahora que fuimos unidos para siempre, ¿me preguntas si te dejaré algún día?...

“Las garzas se van porque tienen su nido, sus hijuelos y todo su amor en los pinares de Baharije, pero mi nido está aquí..., mi amor está aquí donde tus ojos me vigilan, donde tu boca me cuenta hermosas historias que me hacen vivir sueños divinos que no son de esta tierra... Dime, Zebeo, ¿puede separarse tu sombra de ti mismo? ¿Puede separarse la llama del cirio que la produce? ¿Puede separarse el agua del ánfora de cristal en que la pusiste?... ¿No ves que tu sombra soy yo, que la llama de tu cirio soy yo, que el agua de tu ánfora soy también yo?...

Y para decirle todo esto que a ella le parecía un gran discurso digno de los Sabios del Areópago, detenía sus pasos, y se sentaban sobre un trozo de pedestal de piedra ennegrecida por los siglos y que había sido el basamento de la estatua del Faraón que hizo abrir el lago en pleno desierto y construir el Castillo para guardar segura la joya de un primer amor.

¡Sabía bien el Apóstol que aquella almita de lirio abierto para él en la tarde de su vida, no se apartaría jamás de su lado!... Pero las almas sensitivas como la suya y huérfanas de amores grandes durante casi toda una vida, pareceles un sueño de otros mundos el verse caminando por esta tierra de egoísmos, de corrupciones y de odios..., y dueños de un amor semejante...

Creía no haber hecho nada aún y ya recogía el galardón...

¡Había comenzado apenas la siembra y ya veía su rosal en flor!...

—¡Oh, Maestro... Maestro mío! —exclamaba Zebeo—, ¡qué grande y bueno es el Padre Celestial que me hiciste comprender y amar!... ¿No podré hacer yo que toda la humanidad le comprenda de igual manera?

—¡No te apesadumbres, padre! —suplicaba Tabita—. Ya me lo hiciste

comprender a mí, a Pedrito y a todos los que estuvimos a tu lado. ¿No es eso bastante?

—¡No es bastante, niña mía, no es bastante! Al Padre Celestial deben comprenderlo y amarlo tal como es, todos los seres que viven en esta tierra. ¿No sabes tú que tras de este mar que se mira desde el puerto de Alejandría hay inmensos países llenos de pueblos, hombres, mujeres, ancianos y niños, pobres y ricos que se debaten como fieras o como lobos por quitarse unos a otros el pan, la tierra, la lumbre, los mares, los ríos, los lagos, los caminos, los bosques y se disputan hasta los negros y áridos peñascales del desierto?... ¿Y hasta las sabanas inmensas de nieve de las estepas heladas donde sólo pueden vivir los pingüinos y las focas? ¡Y todo eso, por no conocer al Padre Celestial que cuida de todos, que nos ama a todos, que da a todos cuanto necesitamos para nuestra vida!...

—¿Qué podemos hacer, entonces padre, para que todos conozcan al Padre Celestial? —preguntó afligida la joven mirando a Zebeo con esa pena íntima del que no sabe cómo remediar un mal.

En ese lento andar llegaron hasta el muelle y vieron a Pedrito con todos los jovencitos, sus hermanos de común adopción, a bordo del viejo trirreme anclado allí desde quién sabe cuánto tiempo.

Zebeo y Tabita se quedaron quietos mirándolos... Desplegaban las velas, sacaban jarcias, cables y sogas. Desprendían la triple fila de bancos de los remeros... Parecía que pensaban destruirlo todo.

—¿Qué hacéis con el pobre barco que va muriendo de viejo? —les preguntó riendo el Apóstol—. ¿Por qué no lo dejáis morir tranquilo?

—¡Oh, padre! —díjole Pedrito, que se había constituido jefe de aquella cuadrilla de obreros—. Hemos descubierto que está aún muy bueno este barco y que no debe ser tan viejo como parece.

“Queremos transformarlo en una barcaza de carga para llevar por el canal los productos de nuestra aldea y recoger de regreso a todos los esclavos arrojados por los amos y a todos los mendigos que no pueden caminar. ¿No es para eso que nos hemos reunido aquí?

—Sí, hijo mío, es para eso —le contestó Zebeo disimulando la emoción que las palabras de su primer hijo adoptivo le habían causado, y que le demostraban claramente cómo habían prendido en él sus lecciones de amor fraterno.

Cuando aparecieron los bancos de los esclavos remeros y cada uno con la cadena y anilla de hierro con que eran amarrados para evitar la huida, el Apóstol se apoyó en el hombro de Tabita como si fuera a desfallecer. Le vino el recuerdo de cuando vio a su Maestro realizar en la Naumaquia de Tiro, el prodigio estupendo de libertar a los infelices esclavos destinados a perecer en la tremenda lucha de trirremes, por la conquista del oro prometido a los triunfadores...

—¿Qué tienes, padre, qué tienes que te has vuelto pálido y tus ojos están llenos de llanto? —le preguntó Tabita asustada.

—¡Un recuerdo!..., ¡un vivo recuerdo! —exclamaba el Apóstol del Cristo con la voz emocionada del que vuelve a vivir un momento supremo.

23

EL CAPITÁN PEDRITO

Zebeo y Tabita subieron a bordo donde los esforzados muchachos hacían prodigios de ingenio y de fuerza para dismantelar el viejo coloso del mar y transformarlo en barcaza de carga.

Allí les refirió con el vivo colorido que solo un grande amor puede dar a una narración, el relato aquel que conoce y recuerda el lector cuando el Profeta Nazareno, usando del poder supranormal de *ubicuidad*, puso en libertad a un mismo tiempo los esclavos de ocho trirremes a la vez. ¡Les sabía condenados a perecer y Él era Cristo, Salvador de los oprimidos!

Pasada la emoción del relato del Apóstol, continuaron su tarea los incansables obreros.

Y comenzaron los hallazgos en el armario del puente de mando y en algunos camarotes.

Por grabados en planchetas de cobre, comprendieron que el trirreme había sido construido en los astilleros de Cantón, puerto del Mar de la China y había zarpado de la isla Hong-Kong con rumbo a Egipto. Las maderas incorruptibles de que estaba construido decían bien claro que fue hecho expreso para quien podía pagar su costo. Y en el puente de mando una placa de cobre decía que el trirreme *Amasis* inauguraba el gran canal que el Faraón Nechao de la XXVI Dinastía hizo abrir desde el Nilo al Mar Rojo.

Era de muy poco antes de la dominación griega en Egipto, pues el trirreme en borrosas letras de cobre enmohecido por la humedad y el tiempo, ostentaba en su alta proa este nombre en signos jeroglíficos "*Amasis*". Pero ese nombre había sido cubierto por un disco que decía "*Cleopatra*".

Aparecía claro que una soberana de buen gusto había viajado en el trirreme, pues que en el mejor de todos los camarotes, había restos de cortinados de púrpura y oro, desgastados por el tiempo, instrumentos de música, redomas de ámbar y de alabastro de las usadas para guardar ricos perfumes, posa pies de fino ébano tapizados de damasco, y cofrecillos escondidos en ocultos rincones estratégicos.

El único que podía comprender y descubrir algo de todo aquello era Zebeo que por algunos de sus maestros Esenios entre ellos Tholemi

originario de Alejandría, y por el maestro Filón se sabía de memoria la historia de los últimos tiempos del Egipto milenario.

En los cofres había billetitos escritos en signos jeroglíficos, solo usado por la alta clase social y por los Sacerdotes, puesto que el vulgo, el bajo pueblo, hablaba un dialecto mezcla de berberisco y de sudanés, o el dialecto nubio bastante vulgarizado en las cercanías del Delta.

Para nuestro asiduo lector que seguramente merece todas las satisfacciones, daremos una reseña de los últimos días de gloria para el viejo trirreme anclado tanto tiempo junto al ruinoso castillo del Lago Merik. Las pocas reinas que por herencia y por dura necesidad del país sustituyeron a veces a los Faraones, en los últimos siglos del Egipto Faraónico, fueron tres. La reina Hatasu de gloriosa memoria por el amor que tuvo a su pueblo, y que perteneció a la dinastía de los *Thotmes*; la reina Amasis, última de la dinastía de los *nechaos*, y Cleopatra, último vástago de los *ptolomeos*, cuando llegó con Alejandro la dominación griega que añadió el brillo del arte a la grandeza de los Faraones.

La reina Hatasu que llegó al trono de Egipto por muerte de su padre Thotmes III del cual no quedó heredero varón, para no entregar el trono a un príncipe extranjero tuvo que entregarse al vencedor de Maggedo, gloriosa victoria obtenida en la conquista de Siria en los últimos días de su padre.

Amasis, reina por igual causa que Hatasu, hizo una abdicación disimulada de convenio con el generalísimo de los ejércitos gloriosos de Alejandro Magno, que llegó a Faraón de Egipto con el nombre de Ptolomeo I, mientras el nombre de Amasis la esposa ficticia, se desvanecía como un perfume en el solitario retiro del Lago Merik. Había nacido Reina, pero no reinaba y moría en la tristeza de un forzado destierro.

Y Cleopatra, el último retoño en flor de los ptolomeos, después de muchas huidas y fugas desesperadas, se quitaba la vida ella misma al convencerse que había perdido su trono y el más grande amor de su vida. Y las tres desventuradas reinas habían elegido para morir las tranquilas y dulces soledades de la isla del Lago Merik.

Por eso había poemas, odas y tragedias sobre aquel pintoresco rincón de las orillas del Nilo, que los trovadores del pueblo cantaban en las fiestas populares, en las procesiones de lanchas que se organizaban en el gran río y seguían por el canal hasta la *"Isla de los Misterios de Amor"* como en esos poemas se llamaba a la que Zebeo ha venido a conocer con el pobrísimo nombre de *Aldea de los Esclavos*.

Y el Apóstol del Cristo, hilvanando esta historia con los documentos, grabados y billetes perdidos en el trirreme y en el Castillo, exclamaba tristemente en presencia de sus hijos adoptivos que le escuchaban silenciosos:

—¡En esto vienen a parar las efímeras grandezas humanas!

“Cuatro princesas egipcias de sangre de Faraones vivieron su tragedia, su dolor, en este castillo hoy desmantelado y ruinoso: Thimetis, Hatasu, Amasis y Cleopatra. ¡Y ahora vengo yo, “montoncito de tierra” del *Salvador de oprimidos* a convertirlo en refugio, solaz y paraíso de mi amor otoñal y de una porción de esclavos desechados por inútiles, de mendigos sin techo y sin pan, de huérfanos sin padre ni madre, que equivale a decir perrillos sarnosos que el hambre y la miseria van matando lentamente!...

“¡Oh, Maestro... mi Maestro!... ¡Por encima de todas las hecatombes y tragedias humanas, sólo tú permaneces incólume en tu gloria incorruptible por encima del dolor y de la muerte!”

Pedrito se le acercó compadecido:

—¡Padre, por favor!..., no te pongas triste con todos esos recuerdos. Si sabía no te dábamos todos esos carcomidos papiros y vestigios encontrados aquí. Trabajamos con tanta alegría pensando en lo fuerte y grande que será nuestra barca y si te pones triste, todo se echa a perder...”

Tabita muy disimuladamente se había apartado y nadie echó de ver su corta ausencia.

Volvió trayendo al brazo una gran cesta con dátiles y pastelillos y jaraebes que las mujeres refugiadas allí habían preparado para los esforzados obreros, que transformaban el trirreme principesco en una barcaza para recoger los mendigos inválidos, los esclavos sin dueño y los huérfanos sin techo ni hogar!...

—¡Oh, Zebeo!..., ¡el dulce y soñador Zebeo! —exclamaba Tabita en el colmo de su dicha—. ¡Ahora no podrás decir que tus hijos y tus amigos del Lago no aprendieron las lecciones de amor fraterno, que te enseñó a ti ese gran Maestro que nos enseña a amar!...

Zebeo recibió en sus brazos abiertos a aquella dulce criatura que por su grande amor se ponía tan a tono con sus más íntimos sentimientos.

Un grande aplauso de los muchachos para Tabita la pequeña y tierna *madrecita* de todos, puso el broche de oro a las escenas de aquella tarde.

Tres semanas después salía del lago por el Canal, la barcaza “*Amare Victum*” nombre escrito en su proa en idioma latino, lo cual la ponía disimuladamente a tono con el gobierno romano. “*Amare Victum*” frase latina que significa: “*Amar es vencer*”.

Habían elegido para la inauguración un día grande pero de tierna y a la vez solemne recordación: ¡un veintiocho de Marzo!, aniversario de la partida del Cristo-Salvador a su Reino de Luz Eterna; aniversario del día solemne en que el Apóstol había bautizado en las orillas del Lago a todos los moradores de la Aldea de los Esclavos, tal como lo hiciera Yohanán el Profeta Mártir en las aguas del Jordán, y aniversario también

de aquel cuarto sábado de la luna de Marzo en que Zebeo había llegado a la orilla del Lago como un genio benéfico para llenar de luz y de amor la oscura tristeza de tantas vidas.

Eran pues tres grandes aniversarios inolvidables y la barcaza de la Aldea salía a la vida del mundo con el grandioso nombre “*Amare Victum*”, “*Amar es vencer*”.

Su pabellón azul con una estrella de cinco puntas color de oro subido entre vivos resplandores podía tener un doble significado. Para los esenios, discípulos del Cristo era su Estrella, la Luz Divina traída por Él a la tierra. Para los profanos podía ser el sol, astro benéfico amado por todos los seres que reciben su calor que es fecundidad, vida y energía.

Zebeo era el hombre de la paz, de la concordia, de la perfecta armonía entre todos sus semejantes.

—“*Amare Victum* –repetía siempre–. *Para vencer, es necesario amar*, y el amor es una ánfora de oro en que caben muchas bellas y delicadas flores: la malva-rosa de la tolerancia, la madre selva de la concordia, la rosa blanca de la paz, los junquillos de la amistad y las rosas rojas del sacrificio por los amados”.

Tal era la teoría del Apóstol sobre el amor duradero, invencible y fuerte más que la muerte.

De los camarotes principescos del antiguo trirreme que ostentaba en su proa los nombres de dos Reinas, se había formado una cómoda cabina que podía dar cabida a treinta pasajeros. Lo demás estaba ocupado por banquillos para remeros y un regular espacio cubierto para la carga de los productos de la aldea y mercancías en general.

En la entrada de la cabina se veía una placa de madera con este grabado latino: *Ecce tibi frater tuus*, que en idioma castellano diría: “*He ahí tu hermano*”.

Difícil resulta describir fielmente las actividades de esas tres semanas en el Castillo y en la Aldea del Lago Merik.

Iba a salir la primera carga de productos de la Aldea y ésta consistía en cortinas de junco para toldos, en bancos y mesillas de caña, en alfombras pequeñas de esparto, en colchones de fibra de palmera, de diferentes formas y tamaños, y que podían ser aplicados lo mismo para sentarse que para dormir; en calzas de esparto y en frazadas y cobertores tejidos por las mujeres de la Aldea.

El lector podrá suponer que mucha parte de tales trabajos eran el fruto de los esfuerzos y abnegación de Tabita, que en su gran temor de que su padre adoptivo “la entregase a otro hombre como esposa”, según ella decía, realizaba inauditos esfuerzos, prodigios de ingenio para serle útil, necesaria, irremplazable...

¿Cómo no había de decir Zebeo “*Amare-Victum*”, “*Amar es vencer*”,

si estaba viendo y palpando los prodigios del amor en sus dos primeros hijos adoptivos y en todos los que le rodeaban y le amaban?

Era la corona del triunfo de Zebeo en diez años de asidua labor.

—¡Qué gloria!..., ¡qué triunfo el tuyo, padre!... —exclamaba Tabita, de pie al lado de Zebeo en el pórtico del Castillo, cuando Pepino y Sachin los dos grumetes soltaban la amarra de la barcaza que piloteaba Pedrito, convertido con toda verdad en un gallardo Capitán de veintidós años.

Zebeo no pudo contestarle porque una honda emoción apretaba su garganta y llenaba de llanto sus ojos.

Sobre el puente de mando por encima de la cabeza de Pedrito estaba percibiendo como tejida de rayos de sol la silueta del Maestro que le miraba sonriente, repitiendo el nombre de la barcaza que salía aguas afuera en busca del dolor del prójimo: *iAmare Victum!*, “*Amar es vencer*”.

Los niños palmoteaban de alegría, los ancianos y las mujeres reían y lloraban, las doncellas hacían coro a los veinte remeros que cantaban las canciones de los boteleros del Nilo.

*iRema, rema, botelero!
iHurra, bravo capitán!
Que el sol en su carro de oro
A tu encuentro sale ya.*

*iBoga, boga, botelero!
Que el Nilo cantando está
Porque la aurora ha tejido
Para él su rubio cendal.*

*Como un rosal florecido
El cielo teñido está,
Con la púrpura y el oro
De los Montes de Havilá.*

Tabita caía de hinojos a los pies de Zebeo y se abrazaba de sus rodillas diciéndole:

—¡Mi mago..., mi hermoso mago que lo vence todo y triunfa de todo!...

Y Zebeo seguía con la mirada cristalizada de llanto a la barcaza que se alejaba por el canal, mientras sus manos levantaban del suelo a Tabita y estrechaba sobre el pecho su cabecita de rizos negros que destejía suavemente la brisa del amanecer.

LOS CAUTIVOS DE LAS RUINAS

Cuando la barcaza se perdió de vista, Zebeo volvió sus pasos hacia el pórtico del Castillo, vio apoyados en las arcadas a los excautivos que miraban también desde segundo plano aquel triunfo, al que ellos silenciosamente habían cooperado.

—¡Oh, amigos! —exclamó gozoso el Apóstol del Cristo—. También este triunfo os pertenece. ¿No os causa alegría acaso nuestra victoria común?

—Paréceme que ya pasó el tiempo en que podríamos alegrarnos por algo —contestó el que siempre de entre ellos tomaba la delantera en todas las cosas, y cuyo nombre era Dionisio de Caria.

—¿Por qué, amigos míos? —insistió Zebeo—. ¿Acaso creéis que sois los únicos en el padecer?

“¿Pensáis por ventura que todos los demás somos triunfadores perpetuos de la vida? Si llamáis fracaso irreparable a lo que os ha acontecido, ¿qué diríais de un hombre toda luz, amor y bondad que alimentó su vida con la sola idea de llevar la humanidad a la dicha, a la paz y al amor, y murió colgado de un madero como un vulgar malhechor?

—¡Oh!... —exclamaron todos—. Eso no se ve en un nacido de mujer —añadió Dionisio—. Porque de haber sucedido, el pueblo habría deshecho entre sus uñas al tribunal que le condenó.

—Pues os aseguro por mi honor, que eso sucedió a mi Maestro, el Avatar Divino descendido en Palestina, por la cual pasó colmando de bien y de amor a cuantos se le acercaron”.

Estas palabras de Zebeo abrieron las almas a la amistad y a las confidencias.

—¡Puede ser!... —dijo otro pensativo—. Cuando Espartaco y los seis mil esclavos que le siguieron fueron sacrificados, el pueblo de Roma no levantó un dedo para defenderlos ni se dio por enterado de la bárbara inmolación.

—Los pueblos fueron embrutecidos de mil maneras —añadió otro—, y hoy una vida humana vale menos que un puercoespín cuyo olor apesta el aire... Si las leyes tiránicas y crueles llegaron a los templos donde el hombre se acerca a buscar a Dios. ¿Qué puede esperarse de los hombres sin Dios y sin ley?

—A veces hasta dudo de que exista una Inteligencia Suprema, un Poder Absoluto que permita impasible tamañas aberraciones humanas, —dijo de nuevo Dionisio de Caria.

—Hemos olvidado lo que deseábamos decir al Maestro —dijo uno que no había hablado hasta entonces y que parecía ser el de menos edad.

—¡No me llames Maestro, por favor! Mi nombre es Zebeo, originario de Palestina, la que tiene muchas glorias en su pasado y muchos crímenes pasados y presentes. Llámame sencillamente Zebeo, vuestro amigo y compañero de lucha. ¿Qué era lo que veníais a decirme? —preguntó.

—Uno de los sacerdotes reclusos en el Templo, está enfermo. Y como el portero fue retirado y se marchó no hay lo necesario para ellos.

—¡Cómo! Pero, ¿no quedó todo esto vacío? —volvió a preguntar Zebeo.

—Debía haber quedado vacío pero no fue así. Los reclusos parece que eran cinco y solo tres se volvieron al Templo de Osiris de Alejandría. Dos quedaron y allí están. Desde la que fue nuestra torre les veíamos andar entre los árboles del patio interior. Ayer vimos que uno de los dos que han quedado, cayó desfallecido mientras recogía verduras silvestres para alimentarse. El otro lo levantó y como pudo le llevó a la celda.

“Esta mañana me atreví a llamar al torno y pregunté por él. Me contestó una voz muy dolorida: “Está enfermo. Si podéis, traedle algún alimento, siquiera un tazón de leche porque otra cosa no podrá tomar”. Tomando parte de nuestra ración diaria les hemos llevado lo que hemos podido.

—¡Amigos!..., iesto no debe pasar en la pobre Aldea de los Esclavos!... —exclamó dolorido Zebeo—.

“Tabita, hija mía, prepara una cesta de alimentos y entrégala enseguida a uno de estos amigos. Mientras tanto, haced el favor de conducirme a ese panteón sepulcral, que no otra cosa me parece ser.

Dionisio de Caria tomó la iniciativa como mayor y más antiguo en aquellos impenetrables misterios de piedra, donde hasta las almas parecían petrificarse. Y atravesando el lago en un pequeño bote, llegaron al muelle donde daba a la entrada al Templo. Por entre esfinges y obeliscos carcomidos y algunos ruinosos y ennegrecidos por el tiempo, llegaron al severo pórtico que la hiedra cubría casi por completo y Dionisio tiró de la cadenilla que pendía tras de una estatua de la diosa Isis, que como en todos los Templos egipcios aparecía cubierta con su velo de mármol que los admirables artistas de la piedra sabían darle una transparencia inimitable. Un velo de mármol que dejaba transparentar vagamente un hermoso y austero rostro de mujer con el índice sobre los labios, como diciendo: ¡silencio!...

No oyeron sonido de campana, pero unos suaves golpes en el interior del gran torno les demostraron que habían sido oídos.

—Sombra viviente —dijo Dionisio.

—Habla —contestó la voz desde adentro.

—De la Aldea de los Esclavos, vienen hermanos a traerlos socorros, y prestar atención al enfermo si podéis abrírnos la puerta.

Después de unos momentos de silencio, la gran puerta de encina cercana al torno comenzó a crujir como si fuera un ser vivo que se quejaba.

—Empujad por favor —dijo de nuevo la voz—, porque las fuerzas no me dan para abrirla.

Zebeo y Dionisio, únicos que habían ido, aplicaron los hombros al oscuro maderamen sobrecargado de planchas y enormes clavos de cobre, y la gran puerta fue cediendo poco a poco hasta dar fácil entrada al cuerpo de un hombre.

Dionisio entró primero y Zebeo tras él.

—Por favor dejad abierto —dijo el Apóstol—, que tras de nosotros viene otro con los alimentos necesarios.

El hombre encapuchado con su largo sayal de lino blanco que sólo dejaba ver sus enflaquecidas manos y el extremo de su barba gris, asintió con la cabeza.

Zebeo se sintió observado a través de los dos agujeros que el capuchón tenía en dirección a los ojos del hombre cubierto. Y su alma de piedad, de amor, de sencillez, de franca cordialidad, miró también hacia el fondo de aquellos agujeros donde sabía que ojos dolientes que habrían llorado mucho, recibían su mirada llena de conmiseración, de lástima y hasta de llanto contenido.

—¡Hermano! —le dijo con su voz más dulce—. Soy un extranjero en esta tierra y no entiendo de otra cosa que de piedad y amor para los que sufren.

“¡Por favor!..., iredíbeme también con un corazón de hermano que se abre a la piedad y al amor!”

La vibración de estas palabras empapadas del fervoroso calor de una alma que bebió del Cristo encarnado la intensidad de un fuego divino, debió ser tal que el hombre encubierto tiró de su capuchón hacia atrás, dejando descubierta una hermosa cabeza de momia, con dos ojos oscuros hundidos, una cabellera gris y una larga barba que le cubría el pecho.

Zebeo temblando de emoción dio un rápido paso adelante y le abrazó en silencio por un largo rato. Aquel hombre seguía inmóvil y mudo como una estatua, en la cual sólo aparecía la vida en dos surcos de lágrimas que corrían de sus ojos y se perdían en su barba cana.

Cuando la emoción pasó entre ellos como una ola de angustia, a la vez que de ternura y de piedad, el Apóstol del Cristo preguntó:

—Y el enfermo, ¿dónde está?

El sacerdote de Osiris señaló con su descarnada mano un claustro sombrío y de gruesas columnas encortinadas de hiedra, hacia donde

empezó a andar con pasos vacilantes, aún cuando se veía claro que no tenía mucha edad.

De pronto se detuvo ante un torno de igual sistema que el de la entrada pero muy pequeño, y con los nudillos de los dedos llamó. A la segunda llamada, contestó una voz apagada al mismo tiempo que el pequeño torno giró y apareció una llave. Con ella el sacerdote abrió la pequeña puerta que estaba al lado. Y entraron. El recinto era amplio, todo lozas de piedra, techumbre, muros, pavimentos, el estrado, el cántaro, la pequeña mesa, la copa de beber, el tazón, el plato... ¡Todo piedra!

Y entre toda esa helada y dura piedra, un ser humano vivo, tendido sobre una colchoneta de paja, con un rollo de esparto como almohada y un oscuro jergón de pieles de oveja como cubierta.

Aún sostenía en sus manos escuálidas el extremo de la cadenilla que desde el torno llegaba al lecho en el estrado.

A Zebeo y Dionisio les pareció que aquel hombre tenía pocos días de vida. Una gran fatiga que dificultaba su respiración, hacía subir y bajar su pecho en un movimiento de ritmo igual y pesado. A pesar de su mal estado físico, demostraba ser más joven que su compañero y de más sensible y débil naturaleza. No había podido resistir la tremenda austeridad de aquella vida de dura penitencia que él mismo se había impuesto.

Zebeo se arrodilló ante el estrado y le tomó las manos blancas, lacias, casi sin vida. El enfermo le miraba con sus dolientes ojos color de hoja seca, pero sin hablar palabra. Mirándole fijamente, Zebeo pensaba: “Es un hermoso cadáver que pronto llevaremos a la sepultura...” Y para disimular su emoción inclinó su frente hasta el pecho del enfermo y escuchó los latidos de su corazón. Había aprendido mucho de los terapeutas esenios del Quarantana y del Hermón donde se formó desde su primera juventud, y debido a eso pudo apreciar bien el estado en que se hallaba el enfermo que a primera vista parecía un moribundo. Comprobó que el corazón latía regularmente y que el sistema circulatorio funcionaba con normalidad. Y el Apóstol pensó: “Es un enfermo del alma, mucho más que del cuerpo. ¡Maestro mío!... ¡Yo estaba herido de muerte en mi alma y me has hecho vivir veintisiete años desde aquel día de mi encuentro inolvidable contigo! ¡Dame el poder de volver a la vida esta criatura de Dios que va muriendo lentamente por la angustia de terribles recuerdos!...”

En ese momento llegó otro de los excautivos del Castillo con la cesta de alimentos que Tabita había preparado. Nada faltaba en aquella cesta tan exquisitamente dispuesta por la amorosa mujercita que el Divino Amador había dado en ofrenda al más humilde de sus elegidos, a su *montoncito de tierra*: la leche caliente en su cantarillo, el tazón de miel, el pan dorado en el hornillo, los peces recién asados, la espumosa crema de huevos con vino, las manzanas asadas con miel.

Había allí comida para tres o cuatro personas.

Zebeo tomó leche y miel, y dio de beber al enfermo, al cual consiguió sentar mediante nuevos rollos de esparto aplicados a la espalda.

Pensaba con dolor en que aquella cama no era ciertamente la que necesitaba un hombre tan agotado como el que tenía ante la vista.

—¡Tenemos en el Castillo tantas buenas camas!... —exclamó, mirando a Dionisio y al sacerdote que les dio entrada y que permanecía silencioso a su lado. Y no bien había terminado de decirlo cuando entró Tabita con una de las mujeres del Castillo cargadas ambas de almohadas, colchonetes, frazadas y calcetines—.

“¡Oh, hija mía! ¡Tenías que ser tú quien recogiera mi pensamiento! —exclamó Zebeo al verlas entrar.

El que trajo la cesta de alimentos había ido a referir la austera desnudez de la alcoba del enfermo, y aunque la joven no recibió indicación de acudir, hubo un momento en que se acallaron todas sus vacilaciones y solo pensó en que Zebeo desearía vivamente auxiliar con más eficacia al solitario enfermo, y sin detenerse un momento cargó con cuanto pudieron llevar entre ella y la más decidida y fuerte de sus compañeras.

Cuando el enfermo fue debidamente acomodado, Zebeo invitó a comer al silencioso sacerdote que miraba sin hablar. Pero él hizo una señal negativa con la cabeza.

—Creeré que me niegas tu amistad si no comes junto conmigo —le dijo dulcemente Zebeo—.

“Ya está el sol en el cenit, y es casi el mediodía.

“Comeremos todos juntos aquí. ¿No te es agradable nuestra compañía?”

El sacerdote miró fríamente a su compañero enfermo que alimentado ya y muellemente recostado en blandas almohadas, comenzaba a dormitar.

—¡Dejémosle solo por unos momentos! —dijo—, y puesto que lo quieres tú, vamos a otro lugar y comeremos juntos. —Y les llevó a otra sala también toda de piedra y tan desnuda como la alcoba del enfermo.

En ella no se veía más que una mesa de piedra al centro y bancos de piedra alrededor.

Tabita y su compañera habían desaparecido con la rapidez de fantasmas alados y no tardaron en regresar con nuevas cestas de alimentos.

—¿Y cómo es que tan pronto vas y vienes del Castillo, aquí? —le preguntó Zebeo.

—¡Oh, padre!... —dijo ella sin parar en su trabajo de ir colocando sobre la mesa todo cuanto contenían las cestas—. Yo soy como una hormiguita que se abre camino por un agujerito de la muralla. Alguien me enseñó la puertecita de comunicación entre nuestro Castillo y el Templo, que

está justamente detrás del pabellón de tejidos y por allí hemos venido, ¿qué necesidad tenemos de cruzar el Lago?

—Ciertamente —contestó Zebeo.

—¿Me quedo contigo, padre, o me voy? —preguntó Tabita cuando había dispuesto todo sobre la mesa. El sacerdote le seguía con la mirada grave, fría, casi muerta.

Zebeo lo miró como consultándole si era de su agrado que la joven se quedara, y añadió: —Es mi esposa desde hace dos lunas.

Un relámpago fugaz de ternura pasó por los ojos hundidos de aquel hombre y dijo con una voz suave llena de bondad.

—Puede quedarse, aunque no entiendo como sea tu esposa y te llama padre.

—La vida está llena de sorpresas, amigo, y en esta joven hay como en todos, historias que parecen cuentos de hadas. Espero que la amistad que inicio contigo me permita explicarte por qué me llama padre cuando hace dos lunas que el hierofante del Serapeum de Alejandría bendijo nuestras manos unidas.

La comida fue bastante silenciosa pues el “dueño de casa” como podríamos decir estaba bien contagiado del mutismo de las piedras, de los muros, de la piedra pegada a ellos y de todo cuanto se veía en aquel enorme panteón sepulcral.

Zebeo y Tabita hacían esfuerzos inauditos por romper la dura cortina de silencio, pero sus esfuerzos se estrellaban contra aquella vida de piedra sin vibraciones al exterior, aunque a intervalos se hacía sentir una ola de angustia, de dolor desesperado, aplastante, como de algo que fuera irreparable.

Lo único que ambos podían ver con claridad era que aquel hombre parecía sentir necesidad de mirar casi sin disimulo a Tabita y en esa mirada había interrogación, intranquilidad, temor, a veces espanto hasta tal punto manifiesto, que llegó a pasarse la mano por la frente con ese ademán del que busca apartar una idea, un recuerdo penoso y torturante. La joven empezó a sentirse molesta y Zebeo se dio cuenta de ello. Para distraerla, le habló:

—Nuestros muchachos deben estar en plenas actividades en el mercado de Alejandría —dijo—. Y espero que al regresar esta noche nos traigan las noticias del triunfo completo.

—Me figuro ver que *Amare Victum* viene llena completamente, —le contestó ella esforzándose para tranquilizarse. Como la comida se hubiese terminado, dijo ella a su compañera—: ¿Nos vamos?...

En ese preciso instante el austero y silencioso sacerdote de Osiris preguntó a Zebeo, con su voz apagada y lejana:

—¿Cuántos años cuenta tu esposa?

—Un cuarto de siglo cumplido poco antes de nuestra unión.

—¿Cuál es su nombre?

—Tabita, para servirte, señor —contestó ella misma.

—¿Tienes madre? —volvió a preguntar, dulcificando su voz y al parecer complacido de que ella misma le contestase.

—No, señor. Mi madre murió hace diez años, el mismo día que conocí a mi padre adoptivo que ahora es mi esposo.

El hombre dejó escapar un suspiro y pareció que le faltara el aliento. Zebeo le observaba en silencio y la intuición, esa inquieta maga audaz, iba tejiendo en su yo íntimo una misteriosa tragedia, mezcla indefinible de amor, de pasión, de locura, de crimen.

—¿Sabes de dónde era originaria tu madre?...

La ansiedad del sacerdote aumentaba aunque muy contenida por aquel temperamento de piedra.

—De la isla de Rodas. La pobrecita fue muy desventurada y yo lo fui también a su lado hasta hace diez años que este hombre bueno me hizo feliz.

La mirada del sacerdote se fijó en Zebeo y éste comprendió que en aquella fría mirada había un perfume suave de agradecimiento y de amor.

Y la intuición seguía tejiendo su malla finísima de firmes nudillos y con hebras resplandecientes.

¿Qué misteriosos enlaces habría en todo aquello?

—Si tu benevolencia es tanta, me perdonarás la última pregunta: ¿Cómo era el nombre de tu madre?

—¡Livia! —contestó la joven con sus ojos llenos de llanto.

Un tremendo suspiro como un quejido lastimero se exhaló de los labios de aquel hombre, que dejó caer su cabeza sobre la fría mesa de piedra mientras sus manos se retorcían una con otra, como si quisieran destrozarse a sí mismas.

Zebeo creyó llegado el momento de intervenir y se acercó a él buscando aliviarle.

—Cualquiera que sea la causa de tu pena, —le dijo—, cuenta que tienes un hermano a tu lado, en quien puedes confiar plenamente.

Pero el sacerdote de Osiris llevaba años de vivir vida de piedra y demostró ser más fuerte que la terrible tempestad interior que se había desatado en él.

Y levantando de nuevo su arrogante cabeza de pensador hecho a triunfar de sí mismo, casi se avergonzó de aquel momento de debilidad.

—Perdonadme —dijo quedo, con su voz helada y lejana—. Aún me falta mucho para ser una de estas columnas de piedra que sostienen las bóvedas de este claustro.

—¡Amigo!... —le dijo Zebeo—, lamento decirte que somos de muy diferente modo de pensar tú y yo. Pero no obstante, espero que una grande amistad nos una pronto.

—La justicia de la Ley Eterna, es implacable —añadió el sacerdote—. Lo que Ella une, el hombre no puede separarlo. Lo que Ella decreta, el hombre no puede estorbarlo. Es menos que un gusano y se cree omnisciente. Es un halo de negra tiniebla y se juzga una luz...

—Grande cosa es reconocerlo, amigo —dijo Zebeo—, y en cuanto a esto, estamos en un completo acuerdo. Y ahora si me lo permites seré yo el que hace preguntas. ¿No es verdad que has encontrado la punta de un hilo en cuya madeja estás tú, Tabita y su madre?

El sacerdote sin inmutarse esta vez y con aterradora calma contestó:

—Estas en lo cierto. He encontrado la punta de ese hilo con que tejí para mi desgracia el cordel de mi horca...

—Cuando el Eterno Poder te ha salvado de ella, señal es de que puedes aún reparar lo que hasta hoy creías irremediable —contestóle el Apóstol del Cristo.

—Tienes la luz de una sabiduría que seguramente no la bebiste como yo en los Templos egipcios, donde Psiquis se torna de piedra y debe tejer sus alas con oro derretido al fuego. Eres un discípulo de Sócrates y Platón que llevas dulzura de miel en tu vida y en tus obras.

—Aunque mucho les venero por sus obras y su vida, no soy discípulo de sus Escuelas que no he frecuentado nunca. Soy discípulo de un mago sublime del amor, que nació en Palestina mi tierra natal y que murió hace once años sacrificado por predicar el amor fraterno de los hombres. Fue crucificado como Espartaco y sus esclavos.

—Así compensa la humanidad a los que se dan demasiado a ella —contestó el Sacerdote.

25

LO QUE EL AMOR HA UNIDO...

Una semana después el sacerdote enfermo dejaba el lecho y se fortalecía visiblemente día por día, debido a los cuidados de Zebeo y de las ancianas esclavas que acompañaron diez años la soledad de Tabita. El amor del Cristo que inundaba el alma de Zebeo y de ella, se transmitía vigorosamente a los que le rodeaban escuchando sus sencillas enseñanzas, fue la savia divina que hizo resurgir a nueva vida al sacerdote que encontraron casi moribundo por agotamiento físico y más aún por las angustias que torturaban su espíritu.

La Ley Eterna, sabia, justa y amorosa a la vez, había decretado la terminación de las severas penalidades que aquellos dos seres humanos se habían impuesto a sí mismos por graves delitos cometidos en su vida.

Ambos reconocían estar agobiados por el mismo célebre pecado del Rey David que lo obligó a pasar toda una vida llorando de arrepentimiento, que soltó a las alas de los vientos en su clamoroso *Miserere* y en casi todos sus Salmos, gritos del alma prosternada ante la Divinidad clamando misericordia y perdón.

Acaso nada sabrían ellos de los clamorosos salmos del Rey David, grande para los pueblos de su raza y religión, pero ignorado por el gran mundo de entonces, que solo era capaz de apreciar el brillo del oro sobre los tronos, las legiones guerreras avanzando como olas humanas embravecidas destruyéndolo todo, las ciudades ardiendo en llamas, los millares de hombres fuertes y libres reducidos a la esclavitud y atados a los carros de guerra de los vencedores. Pero los grandes pecados de los hombres se asemejan aunque las distancias y los siglos les separen en absoluto.

Y los dos sacerdotes que voluntariamente se sometieron a dura penitencia en las criptas pavorosas del abandonado Templo del Lago Merik, habían tenido en su vida una *Bethsabé* que inconscientemente les incitara al delito y un *Urías* a quien quitarle la vida para poseer lo que era suyo.

Según la Ley de sus Templos, las torturas físicas y morales, la privación de toda alegría era el único medio de lavar sus delitos y tornar a la posesión de las facultades superiores que habían perdido.

El mismo género de delito, la misma intensidad en el dolor desesperado de lo irreparable, los unió a los dos como con una cadena de hierro. Se habían encontrado huyendo ambos del espectro aterrador de su propia conciencia que les gritaba: ¡asesino! ¡falsario! ¡seductor! ¡infame!

Ambos nacidos en cunas de plata, de ilustres familias de sangre azul como el mundo llama a los que ostentan en sus progenitores filiación de realeza, llevados por la vanidad de tener también el timbre de *sabios* escalaron las áridas cumbres de la Iniciación en los Templos egipcios. Y desde aquella altura habían caído al fondo del precipicio como un águila con las alas rotas, chorreando sangre y sin fuerzas para levantarse.

Habían saboreado la efímera dulzura de su pecado y queriendo aún vivir en él, una fuerza más potente que ellos les quitaron de los labios el ánfora de miel, dejándoles tan solo el amargo acíbar del remordimiento, el odio de sus víctimas y el anatema inexorable de la Ley.

Era ley para los Sacerdotes de Osiris que habían cometido un delito, que el mal estaba borrado, limpio, cuando cesaba el remordimiento y la calma reinaba de nuevo alrededor de Psiquis atormentada. Debemos

atribuir a esa ley el hecho de que los otros tres compañeros de delito habían vuelto al Templo, y éstos dos habían quedado en su voluntario calabozo.

En tal estado de espíritu les encontró el suave y dulce Apóstol del Cristo que solo sabía según él, de amar a los que padecen y de consolarles en sus terribles angustias.

Él había oído repetidas veces a su divino Maestro consolar a los pecadores con estas solas palabras:

“¿Ninguno de tus jueces te ha condenado?... Yo tampoco te condeno. Vete en paz y no peques más”. Así habló a la mujer que llevaban a apedrear por su infidelidad conyugal, después de haber dicho a los jueces que lo consultaban: “Aquel de vosotros que se halle sin pecado que le arroje la primera piedra”.

“Tus pecados te son perdonados porque has amado mucho, mujer” –le dijo a aquella que derramaba esencia de nardos sobre sus pies y los secaba con sus cabellos.

“¡Ven Sedechias!... Yo quiero que vengas a mí” –dijo al fariseo que reconociendo sus errores de Secta y los prejuicios dogmáticos que endurecían su corazón, descansaba su frente humillada sobre las manos santas y puras que acariciaban su cabeza gris.

Estos imborrables recuerdos estremecieron el corazón de Zebeo y desbordó en él la piedad a tal punto que cuando ambos sacerdotes delincuentes quisieron relatarle su delito, él les dijo poniendo el dedo índice sobre sus propios labios:

—Como la Isis de la entrada a vuestro templo, os digo también yo: ¡silencio! Para que entre mi pequeñez al templo de vuestro corazón que fue purificado por el arrepentimiento, no necesito saber cual fue vuestro pecado.

“Sólo os digo que no es con maceraciones del cuerpo ni tormentos en el alma como se lavan los pecados de los hombres sino reparando el mal que se ha causado al prójimo con ellos.

“Uno de vuestros más grandes y nobles Hierofantes, el príncipe Melchor de Heliópolis, descendiente en línea recta del Pontífice Membra que inició a Moisés en la oculta sabiduría de los Templos, cometió un delito de amor. Le quitó a un zagal la zagala que debía ser su esposa, causando la muerte de ambos que se arrojaron al precipicio. Para reparar tal delito se negó para toda su vida la dulzura del hogar, y destinó gran parte de su fortuna a dotar a las doncellas que se preparan a ser esposas y madres. Y aún ha pensado en ellas para después de su muerte, y soy yo depositario administrador de la renta perpetua dejada por él para este fin.

El amor del Cristo que irradiaba su Apóstol, triunfó sobre aquellas almas petrificadas por la implacable dureza de las leyes en que habían

vivido, y con profunda emoción le dijo el mayor de ellos, Leandro de Caria:

—Tu sabiduría es el amor; tu ley es el amor... tu vida es el amor... ¿De qué escuela, templo o estrella viniste que pareces no ser un hombre de esta tierra que es hierro y piedra amasados con sangre?

—Nací a la vida del espíritu en el alma genial de un hombre que era Dios del Amor, de la Esperanza y de la Paz. Era el Avatar, soñado por los Devas del Lejano Oriente, el Hombre Luz de la Persia de Zoroastro, el Mesías de los Profetas Hebreos, el dulce Rabí Nazareno que oraba sobre los montes y colinas, que hablaba a las muchedumbres desde una barca de pescador, que hacía florecer rosas entre las ruinas y lirios en los sepulcros, y con su voz vibrante de clarín que anuncia la victoria decía a las almas desoladas y caídas como las vuestras: “¡Levántate y anda!”. El amor y la fe te prestan sus alas, la esperanza te viste de nuevo, la vida te sonríe como una virgen coronada de mirtos y de olivos que va arrancando una a una las viejas espinas de tu corazón”.

Este amoroso discurso de Zebeo parecía una llama de dulce calor para sus almas heladas de soledad y de espanto, y ambos sacerdotes Leandro y Narciso se le habían acercado tanto hasta tomarse de sus manos como náufragos de una marejada de escarchas, que vieran de repente ese único medio de salvación.

El Apóstol al sentir ese contacto volvió en sí del vibrante estado psíquico que el vivo recuerdo de su excelso Maestro le había ocasionado. Estrechó efusivamente aquellas manos enflaquecidas que se prendían de las suyas y tirando de ellas les atrajo a sí mientras les decía:

—Estabais muertos y el amor os ha resucitado ¡Venid conmigo y os enseñaré a vivir la vida como el Cristo mi Maestro me enseñó a vivirla!

La divina irradiación del Cristo a través del alma de Zebeo les hacía llorar esas dulces lágrimas que son descanso de las almas doloridas y les prestan alas ligeras de paz y de luz para remontarse de nuevo a la inmensidad de lo infinito de donde habían caído a fuerza de terror, de espanto de sí mismos, y de la impenetrable oscuridad que les rodeaba.

Era la mitad de la tarde y Zebeo les condujo a los talleres improvisados en diversos recintos del ruinoso castillo donde habitaba. Aquello era una colmena humana donde cada abejita elaboraba su miel. Leandro el sacerdote mayor miró en todas direcciones como buscando algo. Y al fin su vista reposó en el rostro de Tabita inclinada sobre su labor.

—¿Me permites hablarle? —preguntó a Zebeo. Y se acercó a ella—.

“Niña —le dijo— si a tu alma buena le interesa que yo tenga paz en la mía, deberás permitirme unas palabras a solas”.

Tabita buscó enseguida los ojos de Zebeo que le hizo con la cabeza una señal afirmativa.

Se apartaron a un ángulo del enorme pabellón y el sacerdote le habló así:

—¡No me temas por piedad, que eres lo único que puede unirme de nuevo a la vida! Veo el espanto en tus ojos y se que nunca tendré tu cariño... De tus contestaciones a mis preguntas he adquirido la certeza de que fui el causante de toda la desventura de Livia, tu madre. No quiero herir tu corazón con un relato espantoso. Solo te digo que Livia tu madre, a la cual te pareces como una lágrima a otra de las que están cayendo de tus ojos, fue el único amor de mi vida tan fuerte que por tenerla a ella y a ti conmigo, quité de su camino al que debió ser tu padre. Y el padre de mi mujer, un poderoso príncipe de Caria, la vendió como esclava en venganza de mi traición, a su hija. Ni Livia nació esclava ni tampoco tú, pero los poderosos de la tierra satisfacen sus venganzas a costa de vidas humanas que en su criminal prepotencia jamás supieron respetar”.

A través de sus lágrimas, Tabita veía a Zebeo a diez pasos de distancia y con sus miradas que ella comprendía tanto, le infundía serenidad y valor. El sacerdote Leandro continuó su confidencia:

—Sé que en la persona de tu madre no puedo reparar el daño causado, porque la muerte le dio la paz y la dicha que yo no supe darle. Pero puedo repararlo en ti, hija mía... ¡Déjame llamarte así, ahora que voy a desaparecer para siempre de tu camino!... ¡Toma! Aquí está mi testamento, mi última voluntad.

—Y le extendió un pergamino enrollado y sellado.

Ella dio un paso atrás y buscó de nuevo a Zebeo. Pero él se había retirado hacia el oratorio que comunicaba con el Taller.

La pobre joven se echó a llorar desesperadamente causando la consiguiente alarma entre los que estaban al otro extremo del pabellón de trabajo. Leandro semejaba una estatua de mármol con el brazo extendido hacia ella, sosteniendo el pergamino.

Zebeo sintió el llanto de Tabita y acudió en el acto.

—Hija mía —le dijo con la mayor ternura—. ¿Por qué te desesperas así, sabiendo como sabes que nadie ni nada te separa de mí si es tu voluntad permanecer a mi lado?”

Y acercándola de nuevo a aquel desventurado padre a quien las consecuencias de su delito lo habían privado del cariño de su hija, les dijo a entrambos:

—El amor es lo único que puede salvar este abismo y lo salvará. Tabita es mi esposa y tú eres su padre. Ambos cabemos en el corazón de ella, que está educada en la enseñanza del Cristo, mi Maestro, que vino a reafirmar en bases de diamante la Ley Divina que dice: “Honra a tu padre y a tu madre”. Ni tú puedes hablar de desaparecer para siempre del camino de tu hija, ni ella puede rehusar el reconocerte como padre. El

amor del Cristo es más grande y fuerte que todas las tragedias y miserias humanas y si la Divina Ley corona su obra uniendo lo que la maldad humana había separado, ¿quiénes somos las criaturas inconscientes para estorbar su mandato?”

Leandro aún con el brazo extendido ofreciendo el pergamino, se acercó a Zebeo.

—Yo no puedo esperar ni pedir amor a una criatura que jamás lo recibió de mí; pero sí os puedo pedir a ambos que no me estorbéis el reparar en parte los daños causados por mi delito. Y en este pergamino está esa reparación.

—Está bien —dijo Zebeo tomándolo—. También yo como esposo de tu hija creo tener el derecho de pedirte que aceptes nuestro hogar como tu hogar y toda esta numerosa familia nuestra como tu propia familia. Porque si tú reclamas para ti la tranquilidad y la paz de tu conciencia, también la reclamamos tu hija y yo, para quienes sería insoportable tormento recibir tu legado y dejarte ambular solo en el mundo”.

El Apóstol del Cristo envolvió en su mirada ardiente de amor a Leandro y Tabita que tan cerca estaban de él. La joven se le acercó hasta descansar la cabeza en su hombro, y Leandro inclinó la suya hasta tomar la mano del Apóstol y apretarla a sus labios.

Pero él había bebido del eterno y divino manantial del corazón del Maestro, que dijo al despedirse:

“Si sois capaces de amaros como yo os amo, el Padre y yo haremos morada en vuestro corazón”.

Y fue así que la cabeza gris de Leandro y la de negros bucles de Tabita, se encontraron unidas entre los brazos de Zebeo que les estrechaba sobre su pecho.

El austero y grave sacerdote de Osiris pasó a ser el Director de la Escuela que en la gran Sala del Consejo, en el abandonado Templo del Lago Merik, fundara el Apóstol del Cristo para consolar a los humildes desgraciados de la sociedad con la divina palabra de su Maestro.

“Bienaventurados los pobres, los que lloran, los que son perseguidos, porque de ellos es el Reino de los cielos”.

Sintiendo estoy la interrogación del lector sobre qué había sido del sacerdote que encontramos enfermo en su fría y desmantelada estancia, o sea Narciso de Lidia.

Era un temperamento diferente de su compañero y debido a eso su naturaleza física resistió menos a la vida de duras penalidades que a sí mismo se impuso. Y a no ser por la oportuna intervención del Apóstol Zebeo, hubiera muerto pocos días después. Más abierto, más expresivo, se rindió más pronto a la fraternal solicitud de Zebeo el cual le decía:

—Me has arrebatado a la muerte como la madre arrebató a su hijo de

las olas bravías que iban a tragarlo, –y aunque contaba sólo seis años menos que el Apóstol, se sintió en verdad como un hijo del hombre bueno que le salvó la vida. Nacido a orillas del Mar Egeo, hijo del príncipe soberano de Lidia, había ingresado en su primera juventud en una Escuela de Atenas que dependía del Templo de Delfos, uno de cuyos sacerdotes la regenteaba.

Las leyes de los Templos de la antigua Grecia no fueron nunca tan duras e implacables como en los Templos de Menfis y de Tebas. El arte, la poesía, la música, suavizaron los cultos realizados muchas veces como en torno a la Fuente de Castalia, sintiendo el rumor de los arroyuelos saltando entre riscos y flores, o en rumorosos vallecitos donde cantaban los pájaros y sollozaba el viento en las ramas de los cipreses y de los laureles. Narciso decía que un genio maléfico le había perseguido desde sus primeros años, en la intrigante personalidad de una madrastra que trató siempre de alejar del país y del hogar al primogénito de su marido Pausanias, padre de Narciso, buscando su propio beneficio y el de sus hijos. Y cuando el príncipe murió envenenado, ella, mediante el vil soborno de los Consejeros se hizo nombrar Regente del Principado con la excusa de la minoría de edad de Narciso que era el heredero legítimo del príncipe Pausanias, su padre.

Con la astuta adulación de su fingido amor, convenció al jovencito que sólo contaba diecinueve años, de que le convenía viajar para conocer los hombres y el mundo y prepararse así para gobernar el país en sustitución de su padre.

El joven viajó por las grandes capitales de la costa Mediterránea e inclinado por naturaleza al estudio visitó las Escuelas de Pafos, de Tarsis, de Siracusa y de Alejandría, donde decidió quedarse atraído por la dulce bondad de una joven que embarcó en Pafos acompañada de un tío suyo y que se dirigían también a la célebre ciudad de los templos como fortalezas y de los obeliscos cuya cúspide subía hasta las nubes.

Fue este el cable de hierro que lo llevó a su desgracia.

Narciso y Liana se amaron en contra de la voluntad del tío que conducía a la joven para desposarla con un hijo suyo, residente en aquella capital. Separados bruscamente encontraron medios de reunirse en secreto. Narciso ingresó entre los aspirantes a la Iniciación en el Templo de Osiris al amparo de un hermano de su madre muerta que formaba parte del Alto Consejo sacerdotal. Soñaba crearse una elevada posición, preparándose con los más altos conocimientos para gobernar un día los dominios de su padre, contando desde luego con las promesas de Liana de que no se casaría sino con él. Y Liana se afilió a las doncellas de la Escuela de un Serapeum destinado a la cultura femenina que estaba anexo al Templo de Osiris del cual dependía. Después de tres años de dura

resistencia, Liana comunicó a Narciso que seis días después la casaban con el primo y si no obedecía la vendían como esclava a los mercaderes que con tal fin llegaban desde el lejano Oriente.

—Yo lo estorbaré —le había contestado él— aunque deba arriesgar mi vida.

Y la arriesgó, pero no ganó la partida.

En la terrible lucha por libertar a Liana, hirió gravemente al tío y mató al recién casado, pero la mujer amada desapareció sin que el pudiera encontrarla jamás. Consciente ella de que sería madre en breve tiempo, no quiso presentarse en tales condiciones al hombre que había amado y huyó a refugiarse en un mercado de esclavos, donde únicamente no sería buscada ni nadie se asombraría de su miseria.

Una mujer vendedora de frutas la tomó a su servicio y allí le nació su hijo y allí vivió hasta que su ama se marchó a otro país, dejándola al servicio de unos parientes. La consunción y la anemia hicieron presa de ella cuando el niño contaba siete años y dándole una carpa, un botecillo pescador y las ropas necesarias para ella y su hijo la despidieron de casa.

Cuando se refugió en el mercado de esclavos dejó su nombre de nacimiento y tomó el de Chiopi, muy común entre las pobres gentes de esa clase y a su niño lo llamó *Petiko*, que en la lengua de su país significaba *pajarillo sin nido*.

Hemos llegado lector amigo, a dilucidar el misterio que envolvía al joven sacerdote de Osiris, a quien consumía la tristeza de su vida fracasada en todos los caminos que había emprendido: fracasado en su familia, en su carrera y en su amor.

Era el “asesino” del padre de *Petiko*, el pobre niño que Zebeo encontró en su botecillo a orillas del Nilo y de aquel amor de su juventud sólo quedaba el montoncito de piedra que en el cementerio de los esclavos tenía este nombre como inscripción: *Chiopi*.

Era cuanto quedaba de aquella dulce belleza pálida que él conoció en Pafos y que se llamaba Liana. Él mismo ignoraba este final de su drama que sólo Zebeo conocía por los escasos documentos que *Petiko* había conservado de su madre y que los entregó a su padre adoptivo aquel primer día que él llegó a la Aldea de los Esclavos.

Y Narciso de Lidia en íntima confidencia con Zebeo se quejaba amargamente de su suerte.

—Mi compañero ha podido reparar el daño causado, mientras yo, ni aún ese alivio puedo dar a mi atormentado espíritu.

Zebeo lo dejaba hablar y en su alma lúcida y llena de piedad para el dolor de su prójimo, reconstruía ese terrible pasado del cual sólo podía extraer nuevos dolores para aquel pobre corazón tan cruelmente atormentado.

Y con un tacto y prudencia que sólo el amor puede dar, fue revelándole poco a poco el final de aquella tragedia de su juventud.

¿Cómo decirle: yo tengo a mi lado al hijo de Liana y de su esposo que asesinaste? ¿Cómo decir a Pedrito que aquel triste enfermo del Templo del Lago Merik era el asesino de su padre y el causante de todas las desventuras de su madre?

—¡No! —decía en sus cavilaciones Zebeo— ¡Pedrito no debe saberlo nunca! No debe saber que Narciso, con quien viviremos en familia fue el causante de todas sus desventuras. Pero sí debe saberlo éste, para que su espíritu descansa en la reparación de su mal. No vive Liana para recibir en su amor la compensación a sus dolores, pero está su hijo en quien puede Narciso tranquilizar su conciencia y aquietar su espíritu atormentado.

Se dirigió al oratorio, que era el lugar más silencioso y solitario del Castillo, que estaba convertido en un ambiente de actividad y de trabajo. Los huertos y jardines cubiertos de zarzales y de hierbas inútiles se iban transformando en largos surcos de hortalizas y de legumbres, en hermosos ramilletes de flores. Con esta suave visión en el alma, el Apóstol llegó al Oratorio y ocupó su sillón habitual.

La última luz de la tarde penetraba por el ventanal de occidente y resplandecía sobre el altar de las Tablas de la Ley.

A Zebeo le vino el recuerdo de cuando las últimas frases se habían iluminado de una llama viva y cerrando los ojos, la imaginación se las pintó de fuego otra vez: *“Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo”*.

—¡Maestro!... —llamó con la voz profunda de las evocaciones supremas— ¡Dame que sea tu instrumento para devolver la paz y el sosiego interior a ese hermano atormentado!”

Su frente se inclinó en oración silenciosa y profunda esperando la respuesta.

Tan absorto estaba que no sintió la llegada de la barcaza y sólo se enteró de ello viendo entrar a Pedrito con su rostro iluminado de gozo que le buscaba.

—Padre —le dijo—. Tus ojos tienen tristeza y yo vengo con el alma rebozando de alegría. ¿Qué pasa?

—¡Pedrito, hijo mío!... —contestóle Zebeo vacilando aún—. Tú eres ya un hombre que a través de mis enseñanzas has llegado a comprender como pocos la ley divina del amor al prójimo y más al prójimo atormentado por ocultos dolores.

—Sí, padre. ¿He faltado acaso en eso?

—No, hijo mío; pero creo llegado el momento de que ese amor sea tan fuerte y tan poderoso que no te permita volver atrás si encuentras una barrera ante ti.

—No sé lo que quieres decirme, pero veo que algo grave ocurre.

—Sí, hijo mío. Siéntate aquí a mi lado y óyeme.

Y le refirió todo cuanto había ocurrido ese día con los dos sacerdotes que en voluntaria expiación de sus culpas habitaban la pavorosa aridez del Templo abandonado.

Supo con asombro el descubrimiento hecho referente a Tabita y su madre muerta, y cómo aquel desventurado padre quería desaparecer para siempre después de legar a su hija cuanto tenía como reparación de los sufrimientos causados.

—¿Tabita está contenta? —preguntó.

—No del todo, por el momento; porque su amor hacia mí hubiera querido que su corazón no tuviera a nadie más a quien amar. Mas..., espero que llegue a ponerse a tono con nuestra ley del amor al prójimo y no mezquinará su cariño al padre que la trajo a la vida, aunque nunca la conoció hasta ahora.

Pedrito no contestó, pero quedó muy pensativo.

—Si a ti te ocurriera algo semejante, hijo mío, ¿serías capaz de obrar como un verdadero discípulo de ese divino Maestro de los hombres?

El joven miró a Zebeo con sus expresivos ojos llenos de asombro y de interrogantes, y Zebeo sostuvo esa mirada con la suya llena de dulzura y de piedad.

—¡Padre!... —exclamó Pedrito— espero que no irás a decirme que también a mí me ha brotado en el camino otro padre fuera de ti.

—Tranquilízate, hijo, que no te diré eso, pero sí te digo que uno de los pobres recluidos en ese Templo abandonado, fue el primer amor de tu madre que le fue arrancada por la fuerza y casada con otro hombre que ella no amaba.

—¡Pobre madre mía! ¡También tuvo ese tormento!... —murmuró muy quedo Pedrito, que sentía sus ojos húmedos de llanto— ¡Malo!..., muy malo debía ser ese hombre que tomaba por la fuerza un corazón que no lo quería —añadió con la voz que temblaba de indignación.

—Perdónalo porque ese fue tu padre, que murió antes de nacer tú, quedando tu madre en el mayor desamparo y esperando tu llegada a la vida huyó a ocultarse en el mercado de esclavos de Alejandría, no atreviéndose a presentarse en ese estado al hombre que tanto ella había amado y que la buscó enloquecido, sin encontrarla jamás.

—¡Ese hombre debió haber sido mi padre! —gritó Pedrito con su voz quebrada por un sollozo— y no el otro egoísta y cruel que tomó a la fuerza lo que no querían darle... Pero yo te tengo a ti, padre mío —añadió tomando la mano de Zebeo y estrechándola entre las suyas como si temiera que alguien se lo arrebatara.

—¡Sí, hijo mío, me tienes a mí para toda la vida, pero yo creo que en

tu corazón grande y generoso cabe también ese desventurado hermano nuestro que tanto amó a tu madre y que hoy sólo encuentra de ella un montoncito de piedras en el cementerio de los esclavos!...

El joven se cubrió el rostro con ambas manos y la suave penumbra del oratorio se llenó con sus dolientes sollozos.

El Apóstol del Cristo se puso de pie y estrechó a su corazón aquella cabeza juvenil, dolorida y sollozante.

—¿Serías capaz de consolarle con tu cariño, hijo mío? —le preguntó cuando le vio serenarse y descubrir su rostro húmedo de lágrimas.

—¡Sí, padre, sí! Lo amaré como amé y amo a mi madre, que desde el cielo verá contenta que quiero al único hombre que ella amó. ¿No es así acaso el amor que enseñó el Divino Maestro de los hombres y que tú me enseñaste a mí?

—Sí, hijo mío, es así —contestó Zebeo—. Y como ese hombre está muy enfermo a fuerza de tanto padecer por su amor a tu madre que perdió, me acompañarás a su aposento porque él suspira por conocerte.

—Vamos ahora mismo —dijo Pedrito levantándose—, que esto es más urgente que describirte nuestro primer viaje y nuestro feliz regreso.

Y mientras todo era movimiento en el viejo Castillo con la llegada de *Amare Victum*, Zebeo y Pedrito se perdían en los oscuros claustros, buscando la celda del pobre enfermo.

Lo encontraron con su compañero, sentados ambos en un estrado de piedra adosado al claustro, contemplando en silencio el último resplandor del ocaso y la primera estrella que asomaba tímida en el infinito azul.

—La paz sea con vosotros —díjoles el Apóstol acercándose a ellos—. Narciso de Miquele, príncipe de Lidia —dijo Zebeo emocionado—. Aquí tienes al hijo de Liana que viene a ti sintiéndose también hijo tuyo.

Narciso intentó ponerse de pie para abrazarlo, pero no pudo hacerlo por su extrema debilidad. Sus hermosos ojos claros se inundaron de llanto y Pedrito doblando una rodilla lo abrazó efusivamente.

—¡Hijo de Liana!..., ¡hijo de Liana que debió ser mi hijo! —exclamó entre sollozos el desventurado Narciso—. ¡Y cuánto te pareces a ella! —continuó mirándolo con los ojos fijos del que ve una imagen que nunca borró de su retina.

—El buen Padre Celestial ha querido que encuentres un retazo del corazón de Liana en su hijo —díjole Zebeo—. Y espero que este feliz encuentro ayudará a tu pronto restablecimiento, hermano.

—¡Oh, sí!... os lo aseguro a todos vosotros que pronto seré un hombre nuevo porque tiene ahora un gran motivo mi vida: vivir para el hijo de Liana en memoria suya.

“Aunque no me hubieras hecho ver los documentos que se conservan

de ella, este es el mejor documento –decía Narciso acariciando la cabeza de Pedrito–. Y la naturaleza te ha hecho imberbe para que tu rostro sea aún la más viva imagen del suyo”.

El joven se sentó a su lado, mientras Zebeo hablaba con el sacerdote Leandro.

–¿No son éstas, combinaciones prodigiosas que hace la Bondad Divina en beneficio de sus hijos? –le preguntaba Zebeo.

–Es tal como dices –contestó Leandro– pero estas combinaciones se realizan con éxito cuando un gran amor desinteresado y puro se ha constituido, consciente o inconscientemente, en hilo conductor de esa maravillosa fuerza de cohesión, de unión que se llama Unidad del Gran Todo. Y eres tú el hilo que nos ha unido a mí con Tabita y a Narciso con el hijo de Liana. ¡Sea bendita por siempre la Eterna Unidad Divina!

–Ahora, para celebrar este maravilloso acontecimiento –dijo Zebeo–, propongo que celebremos en el gran comedor del Castillo una cena en conjunto. ¿Aceptáis?

–Aceptado –contestó Leandro– aunque no sé si mi compañero tendrá fuerzas para llegar hasta allí.

–Ahora sí –dijo Narciso poniéndose de pie ayudado por Pedrito y Zebeo. Apoyado en ambos y lentamente cruzaron la puertecilla que daba al Taller que era el gran comedor.

Una hora después habían sido replegados en un ángulo el telar y demás enseres de los tejidos quedando el recinto, no como debió ser el gran comedor de la Princesa Thimetis, pero sí un sencillo comedor de grandes dimensiones, adornado con palmeras y guirnaldas de madre-selvas en flor.

Zebeo ocupaba la cabecera de la gran mesa de roble y a uno y otro lado suyo, Tabita y Pedrito, a quienes seguían los dos sacerdotes, Leandro junto a Tabita y Narciso al lado de Pedrito, el hijo de Liana.

En todos los rostros había paz, contento y alegría, y la numerosa familia de Zebeo se había aumentado con seis huéspedes más llegados recientemente en la barcaza de carga.

26
LOS TREINTA Y TRES

La barcaza *Amare Victum* había regresado trayendo un esclavo ya mayor, brutalmente herido por azotes recibidos del amo que lo había despedido. Le acusaba de haberle envenenado una garza de la colección que tenía en sus jardines. Le había amenazado matarle de una paliza y arrojarle al muladar si no se conseguía la curación de la garza enferma. Y cuando ésta murió, el esclavo fue duramente apaleado y tirado al muladar. Arrastrándose hacia los barrancos que rodeaban aquel repugnante lugar de inmundicias, el infeliz esclavo había obtenido piedad de una mujer de igual condición que acudía allá a arrojar basura de la casa de sus amos. En ese estado le había recogido uno de los compañeros de Pedrito al ir recorriendo los suburbios más pobres y apartados de la gran metrópoli. Los otros pasajeros de la gloriosa *Amare Victum* eran: un esclavo joven, pero ciego y por tal causa arrojado por sus amos; dos ancianas mendigas con las manos retorcidas por el reuma, y finalmente dos esclavas jóvenes con sus hijos pequeños en brazos que les habían nacido contrahecho el uno y el otro con el cuerpecito lleno de pústulas infecciosas. Ambas víctimas de la lascivia de amos brutales, se veían arrojadas a la calle por el mal que traían sus hijos.

El joven capitán de la barcaza había logrado vender en el mercado los productos de la Aldea, y tan buena aceptación habían tenido que recibió nuevos pedidos, por lo cual compró gran provisión de cáñamo para tejer esteras y de lanas para frazadas.

Entre sus remeros iban tres de los jóvenes muchachos de la Aldea que estaban encargados de la siembra y plantaciones, de la cual sacaban el sustento para todos y éstos hicieron buena provisión de simiente para ampliar cuanto pudieran los cultivos.

Los mueblecitos de caña y juncos fueron vendidos todos, y entonces el Apóstol del Cristo mandó a los que eran carpinteros construir tantas arquillas como obreros había y cada una llevando el nombre de su dueño. Allí se depositaba la mitad del valor en que fue vendido el objeto construido por él, y la otra mitad se depositaba en la caja común para el sustento de todos los obreros de la colmena.

Conociendo Zebeo de que no todos habían llegado al superior grado de evolución que hace al ser indiferente a la idea de posesión de bienes materiales, obró con gran acierto al disponer las arquillas individuales para que cada uno guardase lo suyo, o sea la mitad de lo adquirido por su trabajo.

Fue un estímulo tan fuerte, que la producción de la aldea se aumentó al cien por cien, lo cual obligó a la barcaza *Amare Victum* a salir aguas afuera cada treinta o cuarenta días.

Y llegó por fin, un solemne y memorable día para la Aldea de los Esclavos. Después de largas meditaciones del Apóstol del Cristo en la soledad del Oratorio, pidió a Tabita, Pedrito, sus veinte compañeros, los dos sacerdotes y los excautivos del Castillo que acudieran a una reunión que era necesario realizar para el bien de todos.

—Son en total treinta y dos personas —decía el Apóstol—, y conmigo treinta y tres... ¡Oh, Maestro mío!... Treinta y tres años duró tu vida sobre esta tierra, y tú solo hiciste una obra de amor tan grande que ni mil hombres la hubieran hecho. Tu *montoncito de tierra* se propone hacer algo que sea de tu agrado con treinta y tres almas de buena voluntad. ¡Maestro!, si es digno de este pensamiento mío, bendícelo desde tu Reino Eterno y dame fuerza para vencer todas las dificultades que se me opongan.

Una grande paz llenó hasta rebozar su alma después de esta plegaria, y el Apóstol, conocedor de las íntimas condiciones de todos aquellos corazones que habían confiado plenamente en él, les llamó una tarde a la asamblea en el Oratorio. Les habló de esta manera:

—Prosternados todos ante la Eterna y Divina Presencia que percibe los latidos de nuestro corazón y las aspiraciones de nuestro espíritu, tratemos de resolver y encaminar todas nuestras actividades como entendamos sea más justo y conducente al bienestar espiritual y material de todos los que estamos reunidos en esta Aldea bajo la única ley que resume todo el mandato divino: “Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo”.

“Los dos sacerdotes que fueron del Templo de Osiris han aceptado el cargo de maestros directores de nuestra Escuela que hemos llamado “*Janua Celi*” (Puerta del Cielo). Los ocho amigos que vivieron años recluidos en este Castillo, por voluntaria elección, quedaron al frente de los diversos trabajos y actividades que desempeña nuestra colmena de laboriosos obreros y algunos se prestan a colaborar con aquellos en la enseñanza de nuestros alumnos.

“Sabéis todos que hemos descubierto y comprobado que Leandro de Caria es padre de mi esposa Tabita. Y poseyendo valiosas posesiones en su país ha hecho donación de las rentas a nuestra Escuela-Taller y Refugio de huérfanos y desamparados y a la vez nombra heredera legítima de sus bienes a esta hija suya que había perdido apenas nacida y que por una de esas sabias combinaciones de la Ley Divina ha venido a encontrar en nuestra Aldea de los Esclavos. El hermano Narciso de Miquele, poseedor único del principado de Lidia, hace asimismo donación de sus rentas

particulares a nuestra Escuela-Taller y Refugio, y nombra heredero de sus bienes a mi hijo adoptivo Pedrito de Alejandría, hijo de Liana de Pafos, que le fue arrebatada por la fuerza antes de nacer su hijo. Estas declaraciones que hago en presencia de todos vosotros nos ponen en el caso de resolver en conjunto lo que hemos de hacer en adelante.

“El Alabarca Alejandro nos ha entregado con escritura de posesión este solar de tierra con su ruinoso Castillo y su Templo abandonado.

“Vivimos bajo su techo cincuenta y dos personas, y somos, además, el alma que anima y da vida a toda nuestra humilde Aldea. Los abandonamos a todos y nosotros, que somos treinta y tres, ¿nos vamos a los dominios de estos dos hermanos donantes y cuyas posesiones colindan una con otra en los Países de Caria y de Lidia del otro lado del mar? ¿Continuamos todos aquí engrandeciendo la Aldea y siendo instrumentos de la Eterna Potencia Divina para velar por todos los desamparados de Alejandría?

“Tales son las dos preguntas que pongo ante vosotros, pidiendo que tengamos todos la Luz Divina para resolver esta cuestión.

“Pedrito, hijo mío –añadió Zebeo–. Aquí tienes treinta y tres piedrecillas blancas y treinta y tres piedrecillas negras. Entrega una blanca y una negra a cada uno de los presentes y que después de haberlo meditado en la presencia de nuestro Señor el Cristo, cada uno deposite la que quiere en aquel cofrecillo que he colocado sobre el altar, al pie de las Tablas de la Ley. Las piedrecillas blancas significarán que nos quedamos aquí. Y las piedrecillas negras, que nos vamos a trabajar en los dominios de los hermanos Leandro y Narciso”.

Y el Apóstol entregó a Pedrito una bolsita de blanco lienzo que guardaba todas las piedras.

Todos contenían el aliento y Pedrito, pálido como un muerto, temblaba al ir entregando a cada uno las dos piedrecillas ordenadas. Tabita, sentada junto a Zebeo dejaba correr sus lágrimas silenciosas.

¿Por qué habría tomado el Apóstol tan grave determinación sin consultarla para nada? Tanto ella como Pedrito pensaban con honda angustia en los dos montoncitos de piedra que cubrían los pobres restos de sus madres muertas. Era lo único que de ellas les quedaba. ¿Habían de abandonarlo también?

Cuando Pedrito terminó de repartir las piedrecillas tomó las dos suyas y ocupó su asiento entre Zebeo y Narciso, y el Apóstol del Cristo habló de nuevo: –Os pido unos momentos de silencio para que todos pensemos ante nuestro Señor y Maestro el Cristo, representante eterno y vivo de la Voluntad Divina, y conforme a lo que nuestra conciencia nos diga, obraremos.

El silencio fue tan profundo que el Oratorio parecía estar vacío en

absoluto. Por fin el Apóstol se levantó y acercándose al altar dejó caer una piedrecilla que resonó en el fondo del cofre. Lo siguió Leandro de Caria, Narciso de Lidia, Tabita, Pedrito, luego uno por uno, todos los demás.

Otro momento de silencio y durísima espera. Zebeo mismo estaba profundamente emocionado. Pedrito seguía pálido como un muerto y Tabita llorando en silencio.

Zebeo se dirigió de nuevo al altar y tomó el cofre.

—*¡Todas son blancas!*—exclamó, con los ojos inundados de lágrimas y cayendo de rodillas al pie del ara santa, repitió con la voz quebrada por un sollozo—:

“¡Gracias, Maestro mío! porque todos los que me rodean han sentido tu voz que les decía en el fondo del alma: “¡Lo que hicieréis con cada uno de estos pequeños que os he dado, conmigo lo hacéis! ¡Bienaventurados los pobres, los que lloran porque de ellos es el Reino de los cielos!”

Pedrito se abrazó al Apóstol y lloró como cuando era niño y se abrazaba al cuello de su madre. Tabita a su vez le tomó la mano y la apretó muy fuerte a sus labios.

Leandro y Narciso se estrecharon las manos, mudos por la emoción y el primero dijo al segundo:

—Nos unió un día la desgracia y hoy nos une la felicidad de lo que hemos encontrado en la tarde de la vida.

Narciso, más emotivo, no pudo articular palabra y se limitó a mantener apretada la mano de su compañero.

La emoción y alegría de todos se descargó en un alud de palabras, de frases, de exclamaciones y el oratorio se llenó de ecos, de rumores, de comentarios. Los muchachos jóvenes, compañeros de Pedrito comentaban el duro momento transcurrido, pues varios de ellos estaban unidos por un amor íntimo y secreto con algunas de las doncellas del coro formado por Tabita. Nadie conocía ese detalle pero ese día quedó al descubierto y alrededor de ello, Zebeo, con paternal ternura, hacía un gracioso comentario:

—Temíais abandonar las golondrinas ocultas en las acacias de nuestro huerto y la piedrecilla blanca os aseguró que “lo que el amor une, nadie lo puede separar”.

Al siguiente día, Leandro y Narciso retiraron de su banquero de Alejandría los depósitos en oro que allí tenían provenientes de las rentas que cada año les habían sido remitidas de sus países, y propusieron a Zebeo realizar la debida restauración del Castillo y del Templo en forma que prestaran las comodidades y los servicios a que estaban destinados, y el Apóstol estuvo de acuerdo.

Una semana después, Tabita y Pedrito vieron con asombro llegar por

el canal una barcaza trayendo láminas de mármol blanco que brillaba a la luz del sol. Eran dos pequeños mausoleos que Narciso había encargado para cubrir los montoncitos de piedra que cubrían los restos de las madres muertas. En el artístico placard de la cabecera de la tumba leyeron en negras letras de ébano que resaltaban sobre la blancura del mármol: “*Liana*” – “*Livia*”.

Zebeo, que parecía vivir pensando en lo que pudiera complacer más a los seres que lo rodeaban, había insinuado a las doncellas compañeras de Tabita que tejieran dos coronas de lotos y junquillos para ese día y que las llevaran a las sepulturas en el momento en que ya terminada la colocación de los sarcófagos, los dos hijos de las amadas muertas, acudieran allí para orar.

Se les había adelantado Narciso, que en las pequeñas hornacinas del placard estaba colocando dos lamparillas de alabastro, que él quería que ardiesen siempre como un símbolo del perenne amor que acompañaría a las dos humildes sepulturas.

27

DIEZ AÑOS DE LABOR

Habían pasado diez años y seis meses desde el día que Zebeo llegó con Pedrito a la Aldea de los Esclavos.

¡Cuántas transformaciones había obrado el amor en aquel paraje olvidado de todos!

El Castillo de la Princesa Thimetis, y más tarde refugio de la Reina Amasis, y después de la destronada Cleopatra que fue a buscar allí su trágica muerte, se había convertido con las reparaciones hechas, en Taller de trabajos manuales, en un salón de estudios, un gran comedor, un Oratorio, un recibidor despacho y hacia el interior las alcobas de las ancianas, de las jóvenes del coro, de todo lo cual Tabita era regente en el pequeño mundo femenino.

Los claustros del templo abandonado, fueron ocupados por los hombres, que instalaron también sus talleres de trabajo, sus salas de estudio y de clases, para lo cual debieron bajar a las criptas las cariátides que representaban los números, y los signos del alfabeto sacerdotal; las estatuas de hierofantes encapuchados, los sarcófagos en que antes de consagrarse se tendían durante siete días, representación de la muerte para todos los placeres de la vida material.

El Apóstol del Cristo les había dicho:

—Tenemos que vivir aquí la ley de amor traída por Él a la tierra y el amor es suave, es dulce, es piadoso. Es canto de alegría en la virgen,

salmodia de abnegación en la esposa, canción de cuna en la madre, marcha triunfal en el hombre de esfuerzo y de trabajo.

El recinto del Templo propiamente dicho se convirtió en sencillo oratorio con el altar de las Tablas de la Ley, tal como Zebeo recordaba el que Yhasua joven había instalado en la vieja Casa de Nazareth.

Los libros de los Profetas, los pergaminos arrollados del Patriarca Aldis, la vida de Moisés escrita por Filón de Alejandría, los pergaminos en que el Príncipe Melchor relataba la vida del Mesías desde que recibiera el anuncio de los astros y las clarividencias de su propio espíritu.

Era sencillamente un lugar de retiro, de silencio y oración donde el alma podía buscar en soledad la solución de sus problemas íntimos y en contacto con la Suprema Energía, adquirir la fortaleza para vivir la vida perfecta de los hijos de Dios.

Zebeo recordaba vivamente la misión de su Maestro en Damasco cuando transformó el Templo de Molok y el presidio del Peñón de Ramón en oratorio, talleres y alcobas para los que habían sido cautivos encadenados.

Recordó lo que Él había hecho con los blancos esqueletos de las víctimas humanas sacrificadas bárbaramente al dios Molok.

Todo un día les ocupó el recoger de las más profundas criptas los esqueletos de los condenados a muerte por las antiguas leyes del Templo, y llevarlos al humilde cementerio de los esclavos, donde los sepultaron entre los álces gigantesco y el brillante cañaveral rumoroso.

En esta limpieza general de criptas y cámaras descubrieron la entrada a un enorme túnel que se perdía a lo lejos y que tenía numerosos cruces de caminos subterráneos que bajaban más hondo, hasta llegar a comprender que aquellos sombríos corredores pasaban por debajo del lago.

Y el sacerdote Leandro, decía a Zebeo:

—Este es, seguramente el célebre *Laberinto del Lago Merik* que hizo construir el Faraón Amenemes III para salvar las vidas de los suyos con sus incalculables riquezas, en caso de producirse las invasiones extranjeras a sangre y fuego que sufrió el viejo Egipto en diversas ocasiones.

Y debía estar en lo cierto, pues encontraban salas amuebladas, alcobas, cocinas, salas de baño, patios de juego, establos, caballerizas, pesebres, salas de armas, toda una ciudad subterránea con sus claraboyas para el aire y la luz, tan hábilmente disimuladas al exterior por un tronco de árbol ahuecado o una roca horadada que nadie podía sospechar que aquello fue intencionalmente colocado.

Y Zebeo fue de opinión que aquel descubrimiento debían mantenerlo secreto entre los treinta y tres de la asamblea de las piedrecillas blancas y negras, que habían formado una fuerte alianza para enseñar a los hombres a vivir la vida de acuerdo con la sabia enseñanza del Cristo Hijo de Dios.

Parecía que en ese instante el Apóstol Zebeo tuvo la intuición de que aquella vacía ciudad subterránea salvaría innumerables seres, cuando en ese mismo siglo I desató Nerón la primera matanza en masa no sólo de *cristianos*, como se ha creído ordinariamente, sino de todos los pobres, mendigos, lisiados; gentes indefensas que sin culpa ninguna eran arriados en montón como bestias de consumo, para que el César diera a su pueblo de Roma espectáculos sangrientos que sobrepasaron a todo cuanto se había visto hasta entonces.

Pensó en todos sus hermanos de Palestina, que se habían derramado por el mundo como golondrinas viajeras llevando la buena nueva de que el Amor había vuelto a la Tierra en la persona del Cristo Hijo de Dios.

La Bondad Divina le había colmado a él de todo, hasta de una ciudad subterránea, creación de un poderoso Faraón, para salvamento en casos de emergencia.

Le llegaban noticias de convulsiones en Judea, de que el Gobernador Marcelo de Pozzuoli, que sustituyó a Pilatos dejaba amplias libertades al Sanhedrín dominado aún por el astuto Hanán para aplastar toda innovación en ideas religiosas; que el Emperador Claudio, sucesor de Calígula, había convertido en Reinos cada una de las regiones de Palestina, lo cual equivalía a dividir más y más a los hermanos de raza y religión, o sea la nación Israelita.

—Todo Reino dividido será desolado —decía Zebeo repitiendo las palabras que oyera a su Divino Maestro—.

“Páreceme que se acerca el día en que se cumpla la frase sacrílega que gritaba el populacho enfurecido pidiendo la condena del Hijo de Dios: “Caiga su sangre sobre nosotros, sobre nuestros hijos”.

Esteban ó Stéfanos uno de los siete Diáconos nombrados por los Doce para repartir los socorros a los necesitados había sido condenado a lapidación.

Herodes Agripa, nieto de Herodes el Idumeo, había sido proclamado Rey de Judea y de Samaria, y al regresar de Roma se detuvo tres días en Alejandría, para hacerse reconocer como Rey de los judíos residentes en esta gran capital. Pero su desmedido orgullo y el lujo deslumbrador de que se rodeó, causaron gran disgusto a la mayoría del pueblo que se abstuvo por completo de colaborar en los homenajes. Aún no se había secado en las calles de Jerusalén la sangre de Esteban, muerto a pedradas, y poco después la del Apóstol Santiago decapitado, y los israelitas de Alejandría habían emigrado de la patria justamente espantados del terrorismo con el que el Sanhedrín aliado con el nuevo Rey, quería hacer más duro aún el pesado yugo con que la invasión romana aplastaba a la nación.

Todas estas tristes y desoladoras noticias recogieron los marineros

de la barcaza *Amare Victum* en uno de sus viajes a la gran ciudad. Y el Apóstol Zebeo reunió en el Oratorio del Castillo a los treinta y tres amigos fieles de su alianza, para orar por los padecimientos de sus hermanos de raza y dar gracias a su Maestro porque había salvado a Pedro, el primero de los Doce, de su prisión en la Torre Antonia aunque ignoraba las causas de esa prisión y la forma en que obtuvo la libertad.

Como allí tenían todos voz y voto, Pedrito fue el primero en hablar.

—Padre —dijo con gran firmeza y resolución—. Tu me impusiste el nombre que llevo con orgullo y con amor, en memoria de ese hombre justo que ha sufrido el calabozo en un presidio de Judea. Yo propongo que le mandes buscar, padre, y le traigas aquí donde gozamos de plena libertad y tenemos además a la ciudad subterránea que puede contener centenares de discípulos de Cristo sin que nadie pueda encontrarles.

—Muy bien, hijo mío. Me place sobremanera el ver como florecen en tu corazón los sentimientos fraternales que he sembrado en él. Pero tú no sabes, hijo mío, que los discípulos de Cristo no temen la muerte si ella viene por defender y enseñar la doctrina que bebieron de su Corazón. El Apóstol Pedro, con Santiago, Andrés y Matías eligieron la Judea para enseñar en ella la Doctrina de Fraternidad humana traída por el Cristo a la tierra, como Matheo y yo elegimos estas regiones del África del Norte

“Han pasado diez años y así como nadie ni nada me arrancaría a mí de este sitio donde me ha traído mi voluntad de acuerdo con la Divina Voluntad, sé de cierto que nadie arrancaría a Pedro de Judea mientras no vea en ello un designio superior. Por eso os pido que oremos al Eterno Dueño de las vidas y de los seres para que cada uno de los discípulos del Cristo del Amor que seguimos, tenga la fuerza y el valor necesarios para no volverse atrás en el camino empezado.

Y los treinta y tres discípulos del Cristo reunidos con Zebeo en el Oratorio del Castillo unieron sus pensamientos en ferviente plegaria como una sola espiral de incienso elevada hasta Él, que desde su Reino de Amor veía florecer en amor los rosales sembrados con su vida luminosa y con su muerte heroica.

Leandro y Narciso, expusieron la idea de hacer llegar a los hermanos de Palestina la noticia de que aquí contaban con los medios necesarios, para proteger las vidas de los que quisieran unirse a ellos bajo el mismo Ideal de fraternidad humana.

Y el Sacerdote Leandro, más fuerte, más sereno y también más conocedor de las sociedades humanas y de los pueblos en general, se ofreció como mensajero de los hermanos de Alejandría para los hermanos de Palestina.

Por aclamación fue aceptado el ofrecimiento, y Zebeo comenzó a

escribir una serie de epístolas con todas las indicaciones necesarias, para que Leandro pudiera entregarlas en manos propias a quienes iban dirigidas.

Antes de separarse los amigos de Yhasua del Cenáculo de la Casa de Nazareth donde celebraron aquella gran Asamblea, resolvieron de común acuerdo que los mensajes o epístolas provenientes del África Norte debían ser dirigidos al puerto de Joppe, a Marcos, agente general del Príncipe Judá representado en Palestina por el anciano Simónides.

Y Marcos debería hacerles conducir a los distintos pueblos o ciudades donde residieran los destinatarios.

Su primera epístola fue para Pedro, la segunda para Myriam y la tercera para Juan, su íntimo compañero de los años felices que juntos pasaron en torno al amado Maestro.

En todas tres, el alma de Zebeo evocó los más tiernos recuerdos ya lejanos y se derramó en amor, en ternura, en gratitud para el Divino Amigo desaparecido, que desde su Reino de Amor y de paz vigilaba atento su bandada de palomas mensajeras que corrían por el mundo llevando su eterno mensaje de amor.

Dejamos que el asiduo lector nos ayude con su imaginación a intuir y tejer la minuciosa red de detalles, crónicas y relatos, de cuanto le había ocurrido en aquellos diez largos años de separación.

Y al final les ofrecía con todo su corazón vaciado al papel cuanto tenía: su pobre aldea convertida ya en pintoresco villorrio, el viejo Castillo restaurado y convertido en taller de trabajo, y hogar de mujeres desamparadas y de niños huérfanos, el viejo templo abandonado en Escuela y Talleres, el Lago donde abundaba el buen pescado y anidaban en sus riberas las gaviotas y los cisnes; la barcaza *Amare Victum* que les esperaba en el puerto de Alejandría para conducirles al hogar común, y por fin y con mucho secreto les ofrecía también la ciudad subterránea últimamente descubierta, y donde podrían ocultarse los que se vieran perseguidos.

¿Qué más podría ofrecerles el corazón de Zebeo que se desbordaba para todos aquellos que fueron amados y amantes de su Divino Maestro?

Y al final de la epístola a Myriam de quien al igual que Juan se sentía también como hijo, le decía con esa tierna sencillez de un niño que hace mimos a la madre inolvidable:

“Ven, madre buena, si es de tu agrado. Aquí tenemos dos mansas camellas con sus hijos, seis asnos, una docena de ovejas y una infinidad de gansos y de gaviotas que nos despiertan con sus gritos al amanecer. Las camellas te llevarán por el desierto, por las orillas del Nilo, inmensamente más grande, pero no más querido que nuestro humilde Jordán”.

Tres días después se embarcaba Leandro de Caria en Alejandría en la galera “*Ithamar*” de la gran flota perteneciente al Príncipe Judá, lo cual avivó en Zebeo todo ese mundo de recuerdos que adormidos vivían en su corazón. El viajero iba cargado de dones para los amigos ausentes. Los más primorosos tejidos, las más suaves frazadas, las mejores alfombras, los más exquisitos dátiles llenaban cestas y formaban fardos que el *Amare Victum* llevaba al puerto orgullosa de su carga. El capitán de la galera “*Ithamar*” era uno de los hijos de José de Arimathea convertido entonces en un experto marino; y su segundo uno de aquellos jóvenes árabes de la tragedia de Abu-Arish, que el Divino Maestro había vuelto a la alegría de vivir, en su estadía en el Monte Hor.

Entre ellos dos ampliaron las noticias escasas que Zebeo tenía de la tierra natal. Supo allí que Pedro estaba en Antioquía desde hacía dos lunas. Ellos mismos le habían llevado oculto en la bodega de su barco. Andrés, su hermano se hallaba en la ciudad de Heraclea; puerto importante del país de Bitinia en la costa sur del Ponto Euxino. Al Apóstol Felipe le había desembarcado la galera “*Jordán*”, cuyo capitán era hijo mayor de Nicodemus, en el puerto Crisópolis en el golfo de Propóntide. A Bernabé le habían conducido al puerto de Tarso, con destino a Licaonia, y se encontraba en Iconio. A Judas, hijo de Tadeo, le habían dejado en el puerto de Pilas en la Siria Norte, desde donde pasó a Thipsa sobre el Éufrates. A Tomás le habían llevado al puerto de Pasiliglos en el Golfo Pérsico desde donde se había conducido a Persépolis y Pasagarda en Persia.

—¡Muerto el pastor, se dispersaron las ovejas!... —exclamó con honda amargura Zebeo—. ¡Tronchado el árbol que les daba sombra, volaron las golondrinas hacia los cuatro vientos del cielo!... ¡Maestro, Maestro!

“¿Por qué no vuelves a reunirnos a todos entre tus brazos?...”

Zebeo se cubrió el rostro con ambas manos y lloró silenciosamente. Una hora después la galera *Ithamar* se hacía a la vela llevándose otra golondrina más, que iba cargada de noticias y dones para los que aún permanecían en el viejo nido abandonado.

28
LA CIUDAD SUBTERRÁNEA

Mientras ocurría todo esto en el puerto de Alejandría despidiendo al viajero hacia Palestina, tres de los excautivos del viejo Castillo habían llevado bolsos de provisiones y cantarillos de agua, y se habían aventurado por los tortuosos corredores de lo que ellos llamaban la “*ciudad subterránea*” recientemente descubierta.

Dionisio de Caria había sido el iniciador del arriesgado viaje.

—De todos modos —decía a sus compañeros—, no tenemos nada que perder, ni hay tampoco nadie que nos llore si morimos. Me urge saber dónde termina este endiablado camino bajo tierra.

Encontraron en varias encrucijadas que formaban plazoletas, pozos de agua dulce que podía sacarse con unos cubos de madera mediante una hábil combinación de poleas sostenidas por fuertes caballetes de madera y piedra.

Llevaron la cuenta de que durmieron cinco noches y caminaron cinco días sin encontrar salida al exterior, y solo dándose cuenta del día y de la noche por la luz que entraba a través de luceras y claraboyas. Caminaban solamente por el túnel central, sin atreverse a distraer tiempo y fuerzas en registrar los caminos travesaños que eran innumerables. A la tarde del sexto día vieron frente a ellos un disco luminoso por donde penetraba la dorada luz como un velo de oro.

—¡Por fin!... ¡Por fin!... —exclamaron los tres al mismo tiempo. Llegados al disco de luz, vieron que daba sobre un hermoso lago, y esta salida estaba hábilmente disimulada entre dos salientes de la roca negra y lustrosa de unos enormes peñascos donde crecían pinos, encinas enanas y viñas silvestres.

Extranjeros en esta tierra, los tres exploradores ignoraban en qué sitio veían de nuevo la naturaleza viva que les brindaba sus encantos. Pero tú y yo, lector amigo, podemos saber que habían llegado al Oasis de Baharije a la margen oriental de su hermoso lago, en cuya ribera norte se encontraba la cabaña de piedra donde años atrás Agades y Matheo, contemplaban reflejarse las estrellas como planchuelas de oro en sus aguas límpidas y serenas.

Costeando el lago llegaron a poco andar a la casita de piedra donde encontraron una mujer de edad madura, fuerte y vigorosa que partía leña para su fuego.

—Que la paz sea en esta casa —dijeron los tres.

—Y en vuestra vida, señores —contestó amablemente la mujer.

—Si nos permites descansar sobre este banco —dijo Dionisio de Caria—. Que es grande nuestra fatiga.

—Sentaos, sentaos, y tomaréis leche de mis cabras, con miel de mis colmenas —contestó la buena mujer que demostró ser muy hospitalaria.

Durante la conversación, ella supo que venían a pie desde Alejandría, y ellos supieron que ella se llamaba Alihosa y era la ama de casa que tenía Filón de Alejandría, que al morir le dejó en herencia la cabaña de piedra con cuanto había en ella.

Y cuando le comunicaron que vivían con Zebeo de Palestina, que tenía Escuela, Talleres y Refugio de ancianos y huérfanos, la buena mujer se conmovió profundamente, pues en el tiempo que Zebeo permaneció al lado y en contacto con su amo Filón, ella le había tomado cariño por la dulzura de su carácter, igualmente que a Matheo que antes de partir le dejó un hermoso manto como recuerdo suyo.

—En esta cabaña estuvo él mucho tiempo —continuó diciéndoles Alihosa—, y en la alcoba de mi amo vivió sus horas largas de soledad y de tristeza. Se fue hacia el sur con mi hermano Al-Iacud y mi sobrina Agades, a quien Matheo curó de la parálisis. Y yo les espero aquí porque en sueños he visto su vuelta a esta cabaña.

Les hizo entrar en la gran cocina donde ardía el fuego y se condimentaba la cena, y pidió tantas noticias del estudiante Zebeo, como ella decía, que los viajeros se vieron obligados a satisfacerla mientras bebían los tazones de leche y miel, que la buena mujer les había brindado.

Tres días descansaron en la gran alcoba que fuera reposo del maestro Filón y también de Matheo. Y demostraron haber aprendido bien las lecciones de amor fraterno que oyeron de los labios del Apóstol Zebeo, pues pagaron el buen hospedaje de la hospitalaria Alihosa dejándole en su cocina una gran pila de leña, cuidadosamente acondicionada para su fuego hogareño.

Y a fin de que Alihosa no se apercibiera que no salían por el camino usado por todos los viajeros, dejaron la cabaña antes del amanecer.

La buena mujer les había llenado los bolsos de provisiones, y ellos mismos se habían provisto de buenas piezas de cacería que allí abundaban: conejos, patos silvestres y peces del lago.

Le dejaron escrito con brea sobre una piedra de la cerca del Lago, los nombres de los tres y el lugar donde vivían: Dionisio de Caria — Marcelo de Ostia — Livio de Marsella. Isla del Lago Merik.

Y un pequeño bolso con monedas de plata.

No olvidaron llevar un cantarillo de brea de la gran tinaja que tenía Alihosa para curar la techumbre cuando la lluvia penetraba, y a la amarillenta luz de la luna menguante que aparecía hasta cerca del amanecer, se dirigieron silenciosamente a la entrada del túnel por donde habían

venido. Por una acertada precaución amontonaron troncos y piedras que desde adentro hicieron rodar en forma de dejar más disimulada aquella salida.

Cuando pasaron diez días de su salida del Castillo, Zebeo y los demás que conocían la excursión emprendida, comenzaron a alarmarse por la tardanza creyéndolos perdidos en la ciudad subterránea. Los otros cinco de los excautivos que conocían bien la capacidad, el arrojo y la fuerza física de los tres exploradores, acabaron por infundir calma a los demás. El Apóstol Zebeo en su meditación repetía la plegaria oída de su Maestro: ¡Señor!... ¡Que yo no pierda ninguna de las almas que Tú has puesto en mi camino!

Muy gozosos los excursionistas habían tomado acertadas disposiciones. Fueron marcando con brea los caminos travesaños que se les iban presentando, comenzando por el número *uno* que encontraron a trescientos pasos de la entrada.

A la vez iban marcando con punzón en un pergamino el croquis de todos aquellos caminos que se bifurcaban del túnel central.

—Por vía de observación empezaron por el sendero *número uno* que se dirigía hacia oriente. Y a poco andar, una cavidad enorme les cortó el paso. En ella había grandes estanques llenos el uno de carbón, otro de azufre, otro de betún, y colgados de los muros, rollos de sogas de esparto, alambres de cobre, hachones de cáñamo, flechas y lanzas.

Y dentro de un arcón de madera de encina, una porción de hachas y puñales de diversas formas, tamaños y estilos. Era aquello un depósito de material de guerra o de defensa para caso de ataque por la cercana puerta de salida. Volvieron hacia el túnel central y continuaron grabando sobre el muro: número dos, tres y hasta veinte donde se abría un nuevo camino.

Y en el pergamino iba apareciendo a la vez un excelente croquis, para poder orientarse en adelante y hacer más minuciosas exploraciones de los senderos travesaños de aquella grandiosa ciudad subterránea.

En el camino que marcaron con el número ocho encontraron que a diez brazas de la entrada tenía una pequeña puerta de barrotes de hierro. Entraron por un callejón estrecho en el que había dos bancos de piedra, y más adelante otra puerta igual que daba a una gran cavidad redonda que a primera vista delataba lo que ella era: un presidio o cámara de torturas. Había látigos de alambre, mordazas, cepos de diversos tamaños, una horca, cadenas y argollas empotradas en la muralla y en un rincón una profunda cisterna cuyo fondo no se veía, pero que dejaba percibir el rumor de una corriente de agua poderosa.

Allí debían arrojarse los cadáveres de los que eran ajusticiados.

Los tres exploradores dieron marcha atrás y volvieron al túnel central.

Estaban exhaustos y en la primera plazoleta que se les presentó se sentaron a descansar y a comer. Allí refrescaron el alma recordando a la buena Alihosa que les había obsequiado con tan buenas provisiones.

—Con razón el Egipto y sus Faraones —decía Livio de Marsella—, han pasado a la historia con relieves de leyenda fantástica y pavorosa.

—Por eso incitaba la codicia de todos los ambiciosos del mundo —respondía Dionisio.

—Son el demonio para mantener secretos escondrijos —añadió Marcelo de Ostia—, y debido a eso ha subsistido su inmenso poderío durante tantos siglos.

Poco podrían caminar ya, pues observaban que iba acentuándose la oscuridad y buscaron en una de las salas de esa plazoleta comodidad para pasar la noche. Encontraron un cuartucho lleno de fibra de palmeras casi hasta la techumbre.

Es el material para colchonetas propio de la región y allí pasaron la noche.

Y en esta forma hicieron el viaje de regreso que les tomó siete días por las excursiones que hicieran hacía los senderos travesaños. Notaron que las habitaciones eran mejores a medida que se acercaban al Templo del Lago Merik.

Y en los senderos diecinueve y veinte que eran los más inmediatos a la cripta de entrada que estaba ubicada bajo el pavimento del Templo mismo, encontraron en el de la derecha un Templo pequeño pero todo de granito rosado, con las columnas que terminaban en capiteles de oricalco en forma de lotos. Una enorme lámpara de plata pendía de la techumbre justamente en lo alto de un hermoso grupo de mármol blanco: una Isis sentada con el velo a la espalda y en su regazo el pequeño Horus al cual Isis-madre le sonreía mientras Osiris, el padre, de pie a su derecha, apoyaba la diestra sobre un cofre o arca en que Isis descansaba la espalda. Aquel cofre tenía su tapa de oricalco dentro del cual aparecían varios rollos de pergamino entre tubos de plata con estas inscripciones grabadas al exterior:

“Libro de los muertos” — “Libro de los números” — “El mandato de los astros”

Aquel hermoso grupo de mármol blanco encerraba todo el simbolismo secreto y profundo de la más antigua sabiduría de los hierofantes egipcios: *La Triada Divina* que equivale a la *Trinidad* de la Teología Cristiana, o sea la Potencia Activa, la Pasiva y ambos dando vida al Amor Eterno del cual surge la Creación Universal.

En las columnas aparecían grabados los Números desde el uno hasta el cero. Las columnas eran diez.

Detrás y a los lados del pequeño templo se veían cámaras de regular

dimensión, con alcobas al fondo divididas con el muro que formaba un arco. Debían ser habitaciones para los sacerdotes, pues había dos salas de baño, comedor y en la plazoleta un pozo de agua. Contaron veinte cámaras iguales con su alcoba con el estrado al fondo, y en la parte delantera una mesa y sillón de piedra negra, una gran alacena excavada en el muro y un candelabro de mármol sobre la mesa.

En el camino de la izquierda o sea el número veinte fue una sorpresa mayor para los excursionistas.

A los doscientos pasos de la entrada estaba una enorme puerta que ocupaba todo el ancho del camino, y tenía en su parte superior un postiguillo pequeño para que los ojos pudieran mirar al exterior. Al abrir la puerta producía un sonido metálico que hería los oídos y producía una fuerte sensación de alarma.

—¡Oh! —exclamó Dionisio—. Esto debe estar destinado para su divinidad el Faraón.

Todo lo indicaba así. Allí todo era mármol y pórfido, oricalco y plata.

La *Sala del Juicio* en primer término con un trono de pórfido que brillaba como sangre fresca sobre el blanco mármol de los muros, y sobre el cual pendía de gruesas cadenas de plata la tiara triple de los Faraones que significaba *soberanía del Bajo Egipto, soberanía del Alto Egipto* y la serpiente de oro y esmeraldas enroscada en la parte inferior que se ajusta a la cabecera y que significa *soberanía divina*: El Faraón, hijo de los Dioses.

—¡Y con tantas soberanías se hundieron todos en el polvo! —exclamó Livio de Marsella subiendo las gradas del trono y sentándose en él, que era tan grande que podía darles asiento a ellos tres.

—Venid, venid, seamos Faraones de Egipto por unos momentos —les dijo a sus compañeros, que tenían más prisa de llegar a la Aldea que deseos de subir aquel graderío. Miraron rápidamente por los alrededores de aquella sala y era todo como un palacio subterráneo de extraordinaria riqueza. La alcoba de su majestad, mármoles rosados y oricalco, luceras de cristal de roca o cuarzo pulido en finas facetas que brillaban como espejos a la luz de las antorchas.

El lecho era un estrado de brillante pórfido con altos relieves de oricalco, y en el muro al exterior hornacinas profundas para los guardias que velarían el sueño de su majestad.

Comedores, salas de baño, con estanques de mármol, alcobas innumerables de mayor o menor lujo, salas de música y de danza, y al final pabellones para la numerosa servidumbre.

El ansia de llegar por fin a la Aldea no les permitió detenerse en más observaciones. Sólo habían examinado ligeramente el camino de los

calabozos, el del Templo y el de la Cámara Real. Les faltaban dieciocho caminos para explorar. ¿Que habría en todos ellos?

Salieron por fin a la pavorosa cripta del Templo y buscaron sus alcobas particulares. Estaban rendidos por la fatiga y por la escasez de alimentos.

Los compañeros estaban entre las hortalizas o en los talleres o en las aulas. Narciso que reemplazaba a Leandro en su ausencia, daba clase a los alumnos más adelantados.

La inadvertida presencia de los exploradores fue una agradable sorpresa que pronto llegó hasta Zebeo, padre espiritual de toda aquella numerosa familia.

Era la mitad de la tarde y antes de ser llamados a la cena, el Apóstol reunió en el Oratorio a sus *treinta y tres* como él los llamaba, aunque faltaba uno que fue a Palestina con el mensaje de amor enviado por él.

Debían presentar al Divino Maestro su homenaje de agradecimiento porque estaban reunidos de nuevo en su Nombre, dispuestos a continuar la tarea emprendida.

En aquel humilde oratorio y a puertas cerradas, explicaron los excursionistas cuanto habían descubierto en su larga andanza de dieciséis días.

Por un acuerdo común la asamblea les autorizó a los tres o sea *Dionisio de Caria, Marcelo de Ostia y Livio de Marsella*, a continuar las exploraciones, tomar las anotaciones convenientes y perfeccionar los croquis esbozados ligeramente, con el fin de utilizar aquellos grandes subterráneos si fuera necesario en el futuro.

29

EN PALESTINA

Al cambiar de escenario, el lector sentirá acaso un choque brusco y penoso. Las brisas suaves de amor y fraternidad que hemos respirado junto al Apóstol Zebeo, no serán ciertamente las que nos reciban en la vieja Palestina, aunque ella fue tan elogiosamente llamada "*Tierra de Promisión*", que es como decir tierra de dulces promesas y de santa esperanza.

Siguiendo a Leandro de Caria, el sacerdote de Osiris, convertido en discípulo de Cristo, y enviado con epístolas de Zebeo, haremos nuestra silenciosa entrada a esa tierra de profetas que eligió el Hijo de Dios para encarnar en ella, encender en ella el fuego sagrado de su amor eterno y morir sacrificado, allí mismo donde vació todas las ternuras de su corazón de hombre.

La Judea era la principal provincia de Palestina en razón de que en su capital, Jerusalén, se encontraba el Templo, centro a donde convergía el pensamiento de todo israelita Y en el Templo, el Sanhedrín, la suprema autoridad de la nación. Allí estaba también la autoridad civil representante de Roma de la cual Palestina era tributaria.

Desde el sacrificio de Cristo, Judea y gran parte de la llamada *Tierra de Promisión* fue un verdadero polvorín que explotaba a cada instante y por las más insignificantes circunstancias.

El Gran Colegio, establecimiento docente, el más importante del país, había llegado a una decadencia completa en cuanto a los elementos de verdadero valor intelectual.

Allí no estaba ya la sabia prudencia de Hillel, ni el elevado miraje de José de Arimathea, Nicodemus y Gamaliel.

El Sanhedrín respondiendo siempre al estrecho y mezquino espíritu de Hanán, entre cuyos familiares íntimos estuvo siempre el Pontificado durante casi cuarenta años, cerraba cada vez más el círculo estrecho de sus intolerancias dogmáticas y de prejuicios arcaicos, basados en ordenanzas y prescripciones disciplinarias creadas en distintas épocas y que nada tenían que ver con Moisés a quien maliciosamente las atribuían, dándoles así el prestigio necesario para atemorizar a un pueblo ignorante e incapaz en absoluto de un razonamiento lógico y de un análisis profundo.

Debido a esto, los apóstoles que más sufrieron las consecuencias de este estado de cosas fueron los cuatro que eligieron la Judea para desenvolver en ella sus actividades. Y ellos fueron como dijimos antes, Pedro, Andrés, Santiago y Matías.

Varias veces el Sanhedrín les hizo conocer los calabozos de la Torre Antonia o de la Fortaleza de la Puerta de Jaffa. Pero en ambas estaban aún al frente de las guarniciones que guardan el orden, aquellos dos Tribunos militares amigos del Profeta Nazareno; el que fue curado por Él de sus graves heridas en el Circo de Jericó, y el padre de Paulo Cayo, el joven leproso curado también por el Profeta. Y a esto se debió que en distintas oportunidades los Apóstoles encarcelados a la mañana por la noche salían libres, sin que el Sanhedrín pudiera explicarse el hecho que comenzó a atribuir a fuerzas demoníacas que ellos llamaban magia.

Esto dio origen a que el Sanhedrín comprase con oro la voluntad de Herodes Agripa, nieto de Herodes el Idumeo, el perseguidor de Yhasua-Niño, como recordará el lector. Este Rey, digno nieto de su abuelo en lo cruel y arbitrario, fue dócil instrumento del Sanhedrín que autorizó la lapidación del diácono Esteban que en un valiente discurso les echó en cara la muerte del Mesías anunciado por los Profetas y les recordó la profecía de Moisés en su última hora en Monte Nebo: *“El pueblo de Israel, infiel a Dios, será esparcido a los cuatro vientos del cielo”*.

Y sin esperar la sanción del gobierno romano representante del César, le arrastraron fuera de la ciudad y le mataron a pedradas. El oro del Templo vaciado a las arcas de Herodes Agripa cubría estas extralimitaciones en los poderes del Sanhedrín.

El Gobernador Marcelo de Pozzuoli que sucedió a Pilatos se mostró complaciente con las exigencias del Sanhedrín, quizá temeroso de caer en desgracia como su antecesor a causa de la dura resistencia que les opuso en muchas oportunidades.

La muerte de Esteban fue la clarinada de alarma para los discípulos de Yhasua, y muchos de ellos emigraron a la otra ribera del Jordán a los dominios del Scheiff Ilderín, a Damasco, a Palmira, a Ribla por el norte, mientras otros partían hacia Alejandría y Cirenaica siguiendo los pasos del Hack-Ben Faqui, de Matheo y de Zebeo. Otros se dirigieron a Antioquía, teniendo como dirigente a Halevi, el amigo de Yhasua adolescente, en su viaje a Ribla. Halevi que fue después llamado Bernabé.

Esta dispersión produjo la divulgación rápida de la *“buena nueva”*, como ellos llamaban en su lenguaje simbólico, a fin de no ser comprendidos por los enemigos.

El Apóstol Santiago fue víctima de su firmeza en divulgar la doctrina del Maestro en la Judea que voluntariamente eligió para desarrollar allí su misión. Se preparó para ello durante seis meses haciendo vida de anacoreta en la Gruta de Jeremías, a donde su Maestro concurría a veces cuando deseaba realizar trabajos espirituales muy delicados, tales como desdoblamientos de su personalidad para transportarse en espíritu a largas distancias.

Trabajos que exigen un silencio y quietud absolutos.

Su apostolado duró breves años y como eligiera los pórticos del Templo de Jerusalén, o los pórticos del Gran Colegio para propagar el Mesianismo del Profeta Nazareno y el crimen horrendo del Sanhedrín al condenar a muerte al Hijo de Dios, al Verbo encarnado, pronto el Sanhedrín le mandó callar con la amenaza de ponerle en presidio si no acataba la orden. Entonces comenzó a hablar en las Sinagogas más concurridas de Jerusalén y sobre todo en las de Nehemías y en la de Zorobabel, donde su Maestro había sido acogido con tan grande amor y veneración.

José de Arimathea y Nicodemus, ambos retirados a sus castillos de las tierras natales, eran la voz serena que calmaba los ardorosos fuegos de los que imprudentemente se lanzaban a pecho descubierto contra las flechas enemigas.

—¿Qué haréis con caer en presidio o morir en el comienzo apenas de vuestro apostolado? —les decían—. Nuestro Divino Guía no os dijo:

“*Marchad a la muerte por mí*” sino “*Id a derramar mi doctrina del amor fraterno por todas las naciones de la Tierra*”.

“¿No habéis visto como Él durante treinta años ocultó cuanto pudo su augusta identidad, y fue a países lejanos que le ponían fuera de la zona de peligro, diciendo siempre que aún no era su hora de morir? Por eso se esquivaba de la muerte”.

Estas confidencias las tenían en la ignorada Gruta de Jeremías o en las Tumbas de los Reyes, o en el panteón de David, lugares que quedaban fuera de los muros de Jerusalén. Y las realizaban los sábados a la segunda hora de la noche.

La inmensa casona llamada Palacio Henadad que era la vivienda, hospedaje y refugio de los discípulos del Cristo en la ciudad de los Reyes, estuvo siempre vigilada desde los días trágicos de su muerte. Era un confortable y tranquilo hogar para todos los que no lo tenían. Era asilo de la ancianidad desvalida, de los huérfanos sin techo ni pan, era hospicio para los enfermos.

Y el vigilante anciano Simónides cuidaba de que allí, de nada careciesen los súbditos del soberano Rey de Israel, que debían llevar hasta los confines de la tierra, el resplandor divino de su realeza. Tal era la orden que tenía de su amo, que era a la vez su hijo, el Príncipe Judá.

El Palacio de Ithamar era como una oficina central de la vasta red tendida por la Santa Alianza en todos los pueblos de Palestina, Siria, Arabia e Idumea. Era invulnerable para el Sanhedrín. No podía atacarlo porque tenía en su frontispicio este nombre: *Quintus Arrius*.

Pero vigilaba quienes entraban y salían.

De tanto en tanto, Simónides enviaba a las Guarniciones de la Torre Antonia y de la Fortaleza de la Puerta de Jaffa, cántaros de los mejores vinos de los viñedos de Ithamar en Hebrón, en Jericó, en Joppe y Anatot. Mientras que los Tribunos militares de ambas fortalezas recibían de año en año algún cofrecillo con barrillas de oro o finas alhajas para sus esposas. Y siempre acompañados de una frase más o menos como esta: “*Los amigos del Profeta Nazareno agradecidos a sus protectores*”.

Y el sagaz anciano decía en secreto, de oído en oído:

—No es muriendo como serviremos a nuestro Rey sino viviendo una vida justa, recta, intachable. Porque más que las palabras enseña el ejemplo.

No insultando, no agraviando, no echando en cara el crimen sacrílego, que con palabras no lavaremos la sangre de nuestro Divino Mártir.

Tal era la política de anciano Simónides.

En todos resplandecía el amor, el inmortal amor al Divino Maestro; pero cada cual lo demostraba a su manera y lo encauzaba por un camino

diferente según su modo de ver, según su temperamento, y los vuelos más o menos audaces y atrevidos de sus anhelos y sentimientos.

Varias de las Sinagogas en que Pedro, Andrés, Santiago y Matías proclamaban el divino Mesianismo del Profeta Nazareno, y la criminal injusticia de su muerte, fueron clausuradas por el Sanhedrín, y en ordenanzas de esta naturaleza el gobierno romano nunca intervenía. Las cuestiones religiosas estaban reservadas a la autoridad religiosa de la nación Israelita.

Llegada tal situación, Pedro y Andrés habían marchado al Puerto de Joppe. Matías bajó al sur y quedó en Beerseba donde tenía parientes y una pequeña propiedad heredada de sus mayores. Lejos de Jerusalén asesina del Justo, pero siempre en Judea, continuarían enseñando en su nombre la doctrina del amor fraterno como única Ley dictada por Él.

El Apóstol Santiago quedó en Jerusalén y asumió la dirección de los discípulos residentes en dicha ciudad.

Desde la Gruta de Jeremías su residencia habitual acudía a Jerusalén todos los sábados y unas veces en la gradería que daba acceso al Hípico, o en la plazoleta delantera de los grandes palacios como el Paselus, el Asmoneo, el de Monte Sión, o a la entrada del gran Mercado de la puerta de Jaffa, subido a una cátedra portátil fustigaba duramente a los asesinos del Enviado Divino, del Mesías anunciado por los Profetas, del Salvador del mundo, el cual traía el eterno mensaje de amor, de dicha y de paz que el Padre le había encomendado. Un fuego divino parecía abrazarle y con tal fuerza se irradiaba de su voz, de su mirada, de toda su persona que una sugestión colectiva se apoderaba de quienes le escuchaban y empezó a darse el caso de curaciones bien manifestadas entre los oyentes. Esto aumentó el concurso de gentes hasta provocar nuevas alarmas del Sanhedrín, que reclamó la fuerza pública para disolver a las muchedumbres. Más, los soldados romanos comprados por las generosidades de Simónides, paseaban mansamente en torno a los oyentes del Apóstol Santiago aconsejándoles suavemente irse a sus casas, pero dando lugar a que el orador terminara sus discursos y con su humilde cátedra al hombro se marchase tranquilo y satisfecho de haber cumplido con su deber.

Y un buen día, dos jueces del Sanhedrín con una docena de soldados del Rey Herodes Agripa, se llegaron cautelosamente a la cátedra del Apóstol, le tomaron prisionero juntamente con los íntimos suyos que quisieron defenderle, y les llevaron a la cripta del Templo, donde les degollaron como a indefensos corderos.

La voz de la oscura tradición de aquellos primeros años sólo anuncia la muerte del Apóstol Santiago como el primer mártir del Colegio Apostólico; pero fueron diecisiete los asesinados juntamente con él.

Entre ellos estaban tres de los Diáconos compañeros de Esteban: Prócoro, Timón y Parmenas.

Este último era el esposo de aquella niña sonámbula prodigiosa que escribía terribles sentencias en el velo del Templo, en el pavimento, en las cubiertas de lino de los altares: Rhoda.

El lector debe recordarla con ternura y devoción. Era un cactus de oro en la ruda aspereza de aquella hora. Era una dulce tórtola de místico arrullo. Era la suave madre selva que enredaba los corazones unos con otro y que tornaba las divergencias en salmos de piedad y de perdones eternos...

Y cuando supo la terrible noticia, sin un grito, sin una queja, sin entregarse a inútiles lamentaciones, buscó entre las mujeres que vivían con ella en el palacio Henadad, dieciséis mujeres que la acompañasen a postrarse a la salida de la cripta del templo por donde se sacaban los cadáveres para ser arrojados a la cisterna del muladar. Cada una llevaba un sudario nuevo y el ánfora de los perfumes para ungir los cadáveres según la costumbre.

Rhoda que había crecido y vivido en los claustros del Templo conocía bien todas las formas de obrar del Sanhedrín en casos como el presente. Era pasada la media noche cuando la puerta de la cripta que daba salida hacia los barrancos de la meseta del Monte Moria en que se asentaba el Templo, se abrió con los duros chirridos de sus goznes enmohecidos y comenzaron a arrojar desde adentro, como se arroja un saco de basuras, los diecisiete cadáveres de los ajusticiados esa noche.

El grupo de mujeres veladas formó círculo en torno a los amados restos tan inhumanamente tratados.

Y Rhoda con su dulce voz que temblaba dijo a los esbirros:

—Soy la esposa de uno de los muertos, y estas compañeras son madres, hermanas, hijas y esposas de los demás. Si sabéis lo que es el amor de una esposa, de una madre, de una hija, dejadnos cargar con lo único que nos queda de todo esto que fue nuestra vida y nuestro amor.

El siniestro personaje que hacía de jefe de la macabra tragedia, le contestó:

—Haced lo que queráis con ellos. Creo que siendo bien muertos no faltó a mi deber entregándolos a vosotras, en vez de arrojarles yo mismo a la cisterna del muladar.

—Gracias. Que Dios os dé la paz —fue la contestación de Rhoda.

La puerta de la cripta se cerró y ahogados sollozos estremecieron las espinosas ramas de los zarzales y cardos silvestres, única vegetación que crecía entre la aridez de los barrancos resecos. Aquel doliente grupo de mujeres había caído de rodillas, formando círculo a los cadáveres que brutalmente arrojados, estaban unos encima de otros y con las ropas

enrojecidas de sangre. Todos tenían el cuello abierto de una feroz cuchillada.

Rhoda encendió una antorcha y la levantó en alto tres veces. Al punto salieron de los resecos matorrales un grupo de hombres con diecisiete parihuelas.

A la luz de las antorchas fueron buscando entre aquellos rostros ensangrentados cada cual al amado ser por el cual había venido.

Dejamos que con piadosa serenidad imagine el lector la dolorosa escena aquella, entre barrancos y espinosos zarzales, a la sola claridad de las estrellas que alumbraban débilmente el poderoso escenario.

Cada cual identificó al mártir que buscaba, y la fúnebre procesión inició su marcha a la sombra de los murallones de la Torre Antonia, anexa, como se sabe al Templo. Era la misma oscura callejuela por donde años atrás fueron sacados del calabozo la madre y la hermana del Príncipe Judá, simulando ser cadáveres que iban a ser arrojados a la cisterna del muladar.

La evocación silenciosa al Divino Maestro debió ser intensa y viva en todas aquellas almas, que lloraban un ser querido tan cruelmente asesinado.

Y no bien anduvieron los primeros pasos, una radiante silueta humana descendió en medio del fúnebre cortejo, haciéndoles sentir el suavísimo efluvio divino tan conocido y familiar para todos.

Una misma frase surgió a media voz en todos los labios.

—¡Maestro!... ¡Maestro! ¡Ten piedad de todos nosotros!

La radiante silueta luminosa los acompañó hasta el pórtico del Palacio Henadad, donde por fin se desvaneció como una suave niebla que se esfuma a la salida del sol.

El pórtico estaba profusamente iluminado y muchas voces temblorosas iniciaron el canto del Miserere.

En aquel gran cenáculo donde el Divino Maestro celebró la última cena y se despidió de todos los suyos para ir a la muerte, fueron depositados los diecisiete cadáveres para ser lavados y ungidos conforme a los rituales de práctica.

Y a la media noche siguiente fueron conducidos silenciosamente al humilde cementerio que Simónides había hecho construir en la que fuera la trágica montaña del Gólgota.

Allí había muerto el Señor, y allí iban a descansar los despojos humanos de los que tanto le habían amado hasta morir por Él.

¡PAX! —Decía el pequeño obelisco de mármol blanco colocado en el sitio mismo que ocupó la cruz del Redentor; y “PAZ” decimos nosotros sobre el santo recuerdo de estos primeros mártires del Ideal divino del Cristo.

EL MENSAJERO DE ZEBEO

La llegada de Leandro de Caria al puerto de Joppe a bordo de la galera *Ithamar*, fue un hermoso acontecimiento y un bálsamo de paz y de amor para los amigos de Yhasua, residentes entre el terror y espanto de la desventurada Judea.

El sacerdote de Osiris que sólo llevaba un año de haber escapado al tremendo rigorismo de las leyes del Templo y que rápidamente se aclimató a las suaves ternezas de la nueva ideología, se encontró desanimado y abatido al conocer con detalles la penosa situación de los hermanos de ideales del *buen maestro* Zebeo, como él le llamaba.

Era como salir de un nido de pluma y seda para caer en una covacha de basiliscos.

Pensó si venía a aquella tierra para encontrarse con la muerte, ahora que le había sido devuelta su única hija, la hija de Livia, la dulce y mística Tabita, que era como un manojo de lirios sobre un altar.

—¡Dios de Zebeo!... ¡Dios del amor, de la paz y la dicha de los hombres! —exclamó desde el fondo del alma—. ¡Defiéndeme de la maldad humana porque ahora amo la vida que me diste, para vivirla junto a ella, bebiendo en la luz de sus ojos, en la cadencia de su voz, en la suavidad de toda su persona, aquellos días felices de mi lejana juventud al lado de Livia, único amor de mi vida!

Marcos y Ana le recibieron afablemente. Los jóvenes árabes Ahmed y Osman, amigos de Zebeo, desde la misión del Divino Maestro en Damasco, lo acosaron a preguntas sobre los últimos días del Príncipe Melchor y del Maestro Filón; y sobre el amigo inolvidable, el dulce Zebeo que en la posada damascena "*Ánfora de plata*" tuvieron con ellos tan íntimas confidencias.

Y Leandro de Caria les esbozó la personalidad y la obra de Zebeo con tan vivos coloridos, que al terminar su minucioso relato, los oyentes se miraron unos a otros y un tanto perplejos decían:

—Demostraba ser el más tímido y menos capaz de los discípulos de Cristo y ¡con qué prudencia y sabiduría ha sabido dar realidad a los pensamientos sublimes del gran Maestro!

—Señor Gerente —decía Osman a Marcos—. ¿No sería razonable dar un vuelo desde Joppe a la Aldea de los Esclavos?

—Claro está que sería razonable, pero no sé si sería justo —contestó Marcos—. El Príncipe Judá y su representante Simónides, nos han colmado a vosotros y a mí, de toda suerte de bienes y mucho temo no poder

encontrar justicia en abandonar puestos que hemos gozado ampliamente durante tantos años.

—Es verdad —afirmaba Ahmed—. Tendría que ser una circunstancia de fuerza mayor que nos obligara a salir de aquí. ¡Judea huele a sangre y a fuego desde hace años!

—Y hoy por hoy —decía Leandro de Caria—, las orillas del Nilo huelen a flores de loto, a junquillos y madre selvas en flor.

“Traigo epístolas del maestro Zebeo para sus íntimos de Palestina, y sé que en todas ellas los invita a compartir con él la paz y la dicha que ha encontrado lejos de la tierra natal.

—Ya veremos —dijo pensativo Marcos—. Por ahora, lo primero que haremos será presentarte al anciano Simónides, que es aquí jefe supremo de esta cruzada heroica en cuanto a la situación material de todos.

—Mi única misión en este país —dijo Leandro—, se reduce a entregar en mano propia las epístolas que traigo, y espero tengas a bien facilitarme los medios de hacerlo tan pronto como sea posible. Tengo prisa de volver. Estos aires me ahogan y voy dando tumbos como si una penosa asfixia aplastara todo mi ser.

“¡Oh, nuestra Aldea de los Esclavos! —exclamó—. Allí canta el amor en todos los tonos y hace florecer hasta las ruinas.

—Ahmed —dijo Marcos—, conviene que pidas a tu esposa que os sirva la comida lo más pronto posible, y mientras prepara los caballos y acompaña a este hermano hasta Jerusalén.

—Convendría saber dónde viven los destinatarios de las epístolas que a de entregar —observó Ahmed.

Leandro sacó su carpeta de bolsillo y dijo mirando las cubiertas:

—Una para el Apóstol Pedro, otra para el Apóstol Juan, y la tercera para la augusta Madre del Profeta Mártir.

—Bien. Tú, Ahmed, acompañarás a este amigo hasta que haya terminado su encargo en nuestra tierra, cuidando de que él se confíe sólo en quienes son de verdad nuestros. Tú conoces bien el campo que pisamos.

—Descuida, señor Gerente, que sabré cumplir tu mandato.

—Pedro está en Antioquía. Quien está aquí es su hermano Andrés, que pronto irá a reunirse con él, según creo. Ningún conducto más seguro que ese para hacerle llegar la epístola a Pedro.

Pocas horas después el viajero se encontraba en el palacio de Ithamar, tan conocido de nuestro lector y el cual evocará los más bellos y tiernos recuerdos. Siguiendo las indicaciones de Zebeo y después de Marcos, Leandro confió ampliamente en el noble anciano dándole todas las informaciones que él le pidió.

—No podía nuestro Soberano Rey inmortal dejar rota la cadena espiritual que unía esta desventurada Judea con la tierra de Melchor

y de Filón. Y tú, hermano Leandro, me traes de nuevo el eslabón de unión que en este caso es el buen Zebeo, el dulce *Nathaniel*, de quien nuestro Rey decía que era un israelita sin doblez en su corazón.

—Nunca le conocí por *Nathaniel* —dijo extrañado Leandro.

—¡Oh!..., es que tú no conoces lo antojadizo y económicos que somos los de esta tierra. Ahorramos hasta las palabras y las letras. Tu maestro, a quien veo que mucho amas, es *Zebeo de Edihita*, ciudad galilea, y su padre se llamó Nathaniel. Es costumbre aquí para distinguir a un individuo de otros que lleven su mismo nombre, decir, por ejemplo *Zebeo hijo de Nathaniel*, pero a veces, para economizar sílabas, al andar del tiempo viene a quedar en *Zebeo Nathaniel... o Nathaniel* solamente. ¡Oh, amigo! En las tierras de Salomón somos muy originales y a veces también muy malvados y criminales. Que no te espante mi franqueza, ¿eh?, pero ante todo debemos confesar la verdad.

—Malvados hay en todas las latitudes —contestóle Leandro—, y no creas que la maldad humana sea cosa desconocida para mí. ¡Tengo cuarenta y cinco años de edad y siento dentro de mí como si tuviera setenta! ¡Tanto y tanto he padecido en mi vida! Al maestro Zebeo le debo el conocer unas migajas de felicidad en la tarde de la vida.

—Y yo uniré mi esfuerzo a Zebeo para hacerte conocer otras más —díjole el anciano, mirándole al fondo de los ojos en los cuales el inteligente viejo *de ojos de lince*, como decía el Divino Maestro, había encontrado lealtad, nobleza y una buena capacidad para desempeñar misiones de gran alcance y difíciles de realizar—. ¡Leandro de Caria!..., dime, ¿no tienes tú algo que ver con *Cleon de Mileto*? —le preguntó de pronto el anciano.

Leandro se sonrió ligeramente.

—Tengo mucho que ver, pues era mi padre.

—¡Por el patriarca Abraham! —exclamó Simónides, dando un golpe de puño en su mesa—. No se podían equivocar mis ojos aunque están viejos. En mis noventa y un años me conozco medio mundo, amigo, y muy pocas serían las fortunas de las costas mediterráneas que no hayan tenido que ver conmigo. Tu padre heredó el principado de Mileto y parte del Parnaso, ¿no es así?

—Es así —contestó Leandro—, pero esta parte hubo que cederla a un hermano menor que se creía muerto y apareció después.

—Tú vienes de una familia de escultores y de músicos, y por tu padre conseguí esculturas finísimas de alabastro y de ónix para este palacio que fue saqueado por Valerio Graco hace años, y una colección de estatuas de mármol para un griego amante de la belleza que tenía su Castillo en Mágdalo de Galilea. Serías un chiquillo entonces. Yo, a mi vez, le proporcioné sedas de la India y alfombras de Persia para un grande que era su socio en Esmirna. Hemos hecho buenos negocios con

Cleon de Mileto, y si vive debe acordarse con satisfacción de Simónides de Antioquía, nombre con que él me conoció.

—Murió hace veintidós años —contestó Leandro, y su rostro se nubló de tristeza por lo cual Simónides cambió de tema.

—Ya que hemos averiguado quiénes somos, tendrás a bien referirme todo lo relacionado con Zebeo, que es un hijo de nuestra tierra y a más uno de los íntimos de nuestro Rey y Señor, el que venció a la muerte y vive siempre en torno a los que lo amamos.

Y entre copa y copa de su vino de Hebrón, mejor, según Simónides, que el de Corinto y Chipre, escuchó la detallada relación de todo lo sucedido en Alejandría y en la Aldea de los Esclavos desde que Matheo y Zebeo habían llegado a tierra africana, hasta llegar al descubrimiento de la ciudad subterránea.

—Confianza has tenido y confianza te doy —dijo el anciano cuando Leandro terminó su relato—. Hemos llegado a un tiempo en que se cumple la palabra de un filósofo de tu tierra: *“El hombre es un lobo para el hombre”*, y los que no somos lobos debemos cuidarnos mucho de ellos. Le dirás a Zebeo de mi parte, que mantenga absoluto secreto de esa ciudad subterránea, porque muy pronto será necesaria para refugio de los que no somos lobos. El Príncipe Judá heredero del nombre y fortuna del príncipe Ithamar de Jerusalén, su padre, a quien yo administro y represento, me envió epístola desde el Lacio en la semana pasada y me refiere un importante descubrimiento hecho al reparar una antigua propiedad suya en Roma, que heredó con otras más de su padre adoptivo, Quintus Arrius. Está sobre la muralla de la puerta que da al Puente Sulpicio por el cual se pasa a los prados que han llamado jardines de César. En el fondo de un estanque o aljibe, han encontrado una rampa que lleva a una gran estancia subterránea por la cual se puede bajar al Tíber y salir al mar. En esa estancia, que contiene numerosos *cubículos*, como llaman los romanos a lo que nosotros llamamos excavaciones o cuevas, hay varios botes de salvamento y muebles y diversos utensilios de estilo actual, lo que hace suponer que eso no data de largo tiempo. Y como esa excavación llega hasta pasar por debajo de una casa edificada en un altiplano del Monte Aventino, anexo a la muralla occidental, Judá ha comprado esa casa a fin de asegurarse de que toda la extensión de la planta subterránea quede en propiedad suya. ¡Oh, amigo Leandro! Nuestro Rey inmortal vigila su grey desde su Reino Eterno y va proporcionando a los suyos los medios para no ser devorados por los lobos, si saben ser prudentes y hábiles para esquivarse de ellos. Yo no apruebo ese temerario valor que lleva a algunos a arrojarse a la boca del lobo. Supongamos que la Santa Alianza es el ejército de amor y de paz fundado por nuestro Divino Rey. Todo jefe de un ejército mira por la vida de sus soldados y no las arriesga así nomás, imprudentemente. Cada soldado

muerto es una fuerza menos. Yo pienso que los buenos súbditos de este Rey Celestial no son, precisamente los que se arrojan a las fauces del dragón, sino los que fortalecidos por su fe y amparados en la esperanza del triunfo cercano de su Ideal santo de fraternidad entre los hombres, hacen lo posible por no irritar a la bestia con exageradas manifestaciones exteriores que hacen notoria su existencia, en un mundo que hoy está dominado por la fuerza bruta. ¿Qué necesidad tenemos los amigos del Señor de hacer notar al enemigo que existimos y que somos una gran muchedumbre? Ellos tienen por hoy la fuerza y nos segarán como a los espigas de un trigal maduro.

—El maestro Zebeo piensa exactamente como tú, buen anciano, que aún conservas la clara inteligencia de los cuarenta años. Y en casi once años que lleva de activa labor en seguimiento del Divino Maestro, nadie le ha estorbado su camino hasta hoy.

—Pues aquí, hubo ya feroces matanzas que no dejan otro recuerdo que jóvenes viudas en desamparo, ancianos sin hijos, e hijos sin padre. Y el odio de los enemigos más y más rabioso, buscando nuevas víctimas para devorar. Nuestro apostolado, por ahora, debe ser, a mi juicio, silencioso y prudente, como lo han hecho los esenios desde que vino la dominación extranjera al país. Razón tuvo el gran Moisés de llamar de “*dura cerviz*” a nuestro pueblo que no escarmienta con las terribles lecciones de esclavitud y de sangre que recibió tantas veces. No ha sido bastante ser llevado cautivo en masa por dos veces a Babilonia, después de haberle degollado como a ovejas sus reyes, sus príncipes, sacerdotes y jefes militares. ¿Qué más necesita sufrir este pueblo para comprender cómo es necesario marchar en la hora actual y en todas las épocas de la vida, para no atraerse el odio y el furor de las fieras inconscientes que casi siempre dominan en este mundo? Algunos arguyen que nuestro Soberano Rey dio el ejemplo al arrostrar la muerte con un sereno valor pocas veces visto, ¡Oh, amigo mío! Es tan distinta la posición de Él ante este mundo y ante los cielos de Dios, que no admite comparación. Él vino a cambiar la faz espiritual y moral de la humanidad y el salir triunfante de la muerte y del pecado, era, a mi juicio, el precio con que Él conquistaba el eterno poder en su Reino *donde es uno solo con el Padre*, según sus propias palabras al despedirse de todos los suyos, en aquel inolvidable atardecer a orillas del Mar de Galilea... —la emoción quebró la voz del anciano en un sollozo contenido fuertemente y cambiando de tema añadió—: Ahora vamos a las caballerizas y veamos de elegir dos buenos caballos que os conduzcan a Galilea. Visitaréis a la Santa Madre del Señor y a Juan y Jaime que viven con ella. Espero que volváis aquí antes de tomar el barco que te lleve a Alejandría...

—Va a servirse la cena —anunció un criado en la puerta del despacho del anciano.

—Bien, vamos allá. Aquí se viaja mejor de noche cuando el invierno se ha ido.

Y después de dar las órdenes necesarias para el viaje, el Anciano seguido de Leandro entró al gran Comedor del palacio de Ithamar, donde ya estaba su hija Sabad, que era el ama de casa, Ahmed, el joven árabe, y seis secretarios y escribas que tenían a su cargo los libros de la vasta red comercial que dirigía Simónides con noventa y un años de vida.

—¡Han pasado once años desde que Él partió a su Reino Eterno y aún no ha ocupado nadie ese lugar donde tantas veces estuvo Él sentado en este Cenáculo y ante esta misma mesa! —exclamó el anciano, mirando tristemente el sitio de honor de la mesa donde brillaba un hermoso jarrón de plata lleno de rosas encarnadas.

—Entre sus rosas de amor está Él, seguramente —le contestó Sabad mientras servía a los comensales.

Y se hizo un suave silencio en el cual sólo se oía el ruido que producía la vajilla y los pasos de los criados que entraban y salían.

31 EN GALILEA

Entre el claroscuro del atardecer salían Leandro y Ahmed por el gran portón de las caballerizas que tan conocido es para el lector, apoyado en su bastón de encina el Anciano les despedía, luego de entregar a Ahmed un paquete cerrado y lacrado diciendo:

—Entrégalo a la Madre de nuestro Rey.

Antes de salir de Jerusalén quiso Ahmed hacerle conocer a Leandro los hermanos que vivían, desde años atrás, en el palacio Henadad, y para quienes Marcos le había dado mensajes de afecto y condolencia relacionada con la última desgracia ocurrida: “*la caída de los diecisiete*”, como dieron en llamar al cruel sacrificio del Apóstol Santiago y sus compañeros.

La desolada tristeza de aquella casa se percibía no bien ponía sus pies el visitante en el umbral de la puerta. Y Leandro se quedó inmóvil y mudo en el gran pórtico de entrada.

Hubo siempre dolor y tristeza en aquella casa desde la noche terrible de la prisión del Señor. Y ahora, con motivo del trágico suceso que puso punto final al ardiente apostolado de Stéfanos y Santiago se había intensificado nuevamente. Allí quedaban madres, esposas e hijos, de los asesinados en las criptas del Templo, entre ellas Rhoda, que habiendo muerto ya la tía Susana que la recogiera en su primera infancia entre las vírgenes del Templo, se encontraba sola en el mundo.

Su esposo muerto, con quien la uniera Pedro a los pocos meses del oportuno salvamento que hicieron de la joven sonámbula guiados por el sacerdote esenio Imer, era hijo mayor de aquel griego Parmenas, padre del Diácono Felipe, personaje ya conocido por el lector de “Arpas Eternas”.

Ni Parmenas, el hijo mayor, ni Felipe, el menor, habían crecido junto al padre, que por las actividades peligrosas y fuera de ley a que se dedicaba, les había recomendado a parientes cercanos.

La ley hebrea ordenaba que un hermano soltero o viudo debía unirse a la viuda de su hermano y en tal caso, la orden correspondía al Diácono Felipe, pero éste, de origen griego y compenetrado últimamente con la amplia enseñanza del Cristo que dejaba en segundo término tales prescripciones de orden social, no deseaba ligarse con el matrimonio que seguramente le obstaculizaría en parte sus actividades misioneras. Ya no estaba en la tierra el Apóstol Santiago, que de todos los Doce era el más estricto cumplidor de las ordenanzas de la Ley hebrea.

Además, la pobrecita Rhoda no estaba en estado de ocuparse de un segundo matrimonio, pues la espantosa muerte que habían dado a su esposo, le causó un histerismo agudo que la tenía entre la demencia y la lucidez, entre la vida y la muerte.

No estaba allí el paternal y dulce Apóstol Pedro, que era para ella un verdadero padre. No estaba tampoco aquel sacerdote esenio Imer, que tanto había comprendido la extrema sensibilidad y las extraordinarias facultades psíquicas de que estaba dotada.

Los sacerdotes que eran Esenios habían pedido retiro de las funciones del Templo y se habían refugiado en los Santuarios de roca, en las grutas silenciosas de las montañas, cuando se persuadieron de que el Sanhedrín les cortaba todos los caminos de contacto y acercamiento al pueblo. Los sacerdotes de filiación Esenia habían dado prueba más de una vez de estar en completo acuerdo con la doctrina del Maestro que el Sanhedrín llamaba pomposamente *sacrílega innovación del Profeta Nazareno*, cuya semilla veían claro, había prendido y arraigado en gran parte del pueblo israelita.

Le habían dado muerte infame y oprobiosa para infamarle ante el pueblo y borrar hasta su recuerdo de la faz de la tierra; y encontraban que hasta el mismo patíbulo en que lo colgaron como a un malhechor, comenzaba a ser venerado como un sacro símbolo que llevaba a sus adeptos hasta la capacidad de una inmolación igual, si había de ser para la gloria de su excelso Maestro.

En el pavimento de los atrios exteriores del Templo y aun en los claustros interiores, habían comenzado a aparecer cruces pintadas con brea. Del Templo habían pasado a los muros de los palacetes habitados por los grandes sacerdotes y sus familiares, y en los más destacados lugares de la ciudad.

Los magnates del Sanhedrín veían cruces negras en las piedras de sus muros, en las lozas de sus patios, en el mármol de sus fuentes y hasta en el pavimento de las calles por donde ellos debían necesariamente pasar para concurrir al Templo a la hora de los oficios.

Y aquello les exasperaba hasta el punto de que una hidrofobia colectiva les había dominado por completo.

Tal era el estado de Jerusalén a la llegada de Leandro de Caria, a la silenciosa y entristecida casa llamada Palacio Henadad.

Mujeres llorosas, hombres taciturnos y pensativos, fueron los que recibieron al enviado del Apóstol Zebeo,

Y como ocurre siempre en los grandes dolores irreparables, aquellas almas atormentadas por el espanto y la incertidumbre, intensificaron su llanto, sus quejas, sus dolorosas lamentaciones ante aquel hermano extranjero que les traía de tan lejos el amor del hermano ausente, del dulce Zebeo que en tierra extraña tenía paz, sosiego y amor, mientras ellos en la tierra nativa vivían temblando entre el terror y el espanto. De pronto unos gritos lastimeros hirieron los oídos de los que formaban un gran círculo alrededor de Leandro y Ahmed.

Como sus miradas interrogasen, una de aquellas dolientes mujeres explicó:

—Es una infeliz hermana nuestra que recibió dura impresión viendo el cadáver de su esposo degollado junto con otros en la cripta del Templo. Hace ya cuarenta días, y dos o tres veces cada día la vemos en la agonía de esas crisis terribles que nos desesperan a todos.

—Si me permitís verla —dijo Leandro el sacerdote de Osiris—, acaso yo tenga los medios de aliviarla. Fui sacerdote de los Templos egipcios donde se nos obliga a ser maestros en la ciencia difícil de conocer la Psiquis humana. Y la enfermedad que padece vuestra hermana es del alma y no del cuerpo.

Le llevaron a la alcoba de Rhoda que había caído del lecho y se retorció en una convulsión horrible.

Leandro, alto, fuerte, sereno, se inclinó prontamente y levantó con gran suavidad el frágil y menudo cuerpo de Rhoda que temblaba como una hoja. Se sentó sobre el lecho, teniéndola sobre sus rodillas tal como la madre cobija a un niño en su regazo. Los clamores cesaron y los estremecimientos de la crisis fueron calmándose lentamente.

Sin abrir los ojos, la enferma murmuró:

—¡Viniste, padre mío, porque en mi dolor te llamé tantas veces!

Una voz susurró: —Cree que eres el Apóstol Pedro al que la pobrecita llama su padre.

—Conviene que siga creyéndolo —contestó Leandro y haciendo a los presentes señal de silencio se recogió en sí mismo y dejó que su alma forjada en piedra..., en hierro fundido al fuego, absorbiera todo el dolor

de aquella débil almita atormentada, que en ese instante excitaba su compasión y ponía en actividad todas las fuerzas latentes y vivas desarrolladas por largos años de consagración a su cultivo interior.

Y Rhoda se quedó profundamente dormida.

La recostó en su lecho y la dejaron sola en la habitación.

—Cuando se despierte —dijo Leandro—, cosa que ocurrirá mañana a esta misma hora, cuidaréis de alimentarle la ilusión de que ése a quien llamaba en su dolor estuvo a su lado y curó su mal.

“Estoy de paso a Galilea donde debo entregar epístolas importantes del maestro Zebeo. De regreso, volveré por aquí y según sea el estado de la enferma, dispondremos lo que creamos más conveniente.

—Aquí llega el diácono Felipe, hermano de su marido —dijo uno de los presentes—. Es el único familiar de la pobre Rhoda.

El recién llegado venía de Sebaste con urgencia por la enfermedad de su cuñada. El nuevo personaje, muy conocido del lector, no necesita presentación. Desde que partió Pedro de Jerusalén, a raíz de la muerte de Stéfanos, Felipe y Nicanor, con Adín o Policarpo, que era ya un apuesto jovenzuelo, habían partido a Samaria, donde tratarían de trabajar para el sustento del cuerpo y a la vez enseñar con prudencia la doctrina fraternal del Divino Maestro.

La desgracia ocurrida a su hermano Parmenas, esposo de Rhoda, le fue avisada, y él acudía en socorro de su cuñada viuda.

Felipe conocía algo de lo que eran los Hierofantes egipcios a través de algunos discípulos de la Escuela de Pitágoras que iniciado en la Sabiduría Oculta de los Templos de Osiris, la llevó a la Grecia con la fervorosa devoción que el sabio de Samos supo poner en todas las manifestaciones de su privilegiado espíritu.

Simpatizaron grandemente con Leandro que viendo en Felipe un campo fértil para sembrar las grandezas de la Sabiduría oculta, le prometió una larga conversación sobre la materia, a su regreso de Galilea dentro de breves días.

—Si te es posible —le dijo Leandro—, espérame aquí mismo, donde yo vendré.

Al día siguiente, al atardecer, se apeaban Leandro y Ahmed a la puerta de la *Casa de Nazareth* como llamaban todos a la casa de Myriam, como si en aquella humilde ciudad galilea no hubiera otra casa más que aquella.

La sensibilidad sutil del sacerdote egipcio percibió de inmediato el ambiente dulcemente tranquilo de aquel hogar nazareno.

—Esto no es Jerusalén —dijo discretamente a oído de Ahmed.

—Esta es la casa santa por excelencia —le contestó el árabe—. Aquí vivió su infancia, su adolescencia, su juventud y su edad viril el Mesías Ungido del Altísimo, el Soberano Rey de Israel, como dice nuestro Jefe Simónides.

Pero nadie acudía al llamado hecho en el portalón por lo cual repitieron la llamada con más fuerza.

Al rato vieron venir por el sendero sombreado de nogales y cerezos que ya deshojaba el otoño, una mujer vestida de oscuro azul, tocada de blanco y con un niño que corría a su lado prendido de su mano.

—¡Es ella!..., ¡ella misma!... —exclamó el vehemente árabe, con una devoción tal que Leandro preguntó:

—¿Quién es ella?

Ya estaba a pocos pasos y el venerable rostro dulce y pálido les sonreía.

—Pasad, pasad —dijo abriendo sin esfuerzo una hoja de la puerta.

El árabe, que nunca olvidó la gentileza de su maestro Melchor, dobló una rodilla en tierra y besó la mano que ella le tendía.

Leandro hizo una profunda reverencia silenciosa porque una gran emoción le impidió articular palabra.

—¡Es la Madre de Él!... —volvió a decir Ahmed.

—Ya lo he comprendido —le contestó Leandro, mirando fijamente aquel dulce rostro, respetado por el tiempo y embellecido por la irradiación interior de cuanta belleza ultra terrena puede encerrar la psiquis humana.

—Hacía tiempo que no venías, Ahmed —dijo ella—. ¿Qué me dices de Ana? ¿Cuándo viene a buscar a este lucerito que dejó en mis sombras? —y ella acarició la cabecita oscura del chiquitín prendido a su vestido, que se ocultaba en sus pliegues.

—Soberana señora... —murmuró el árabe—, ella deja aquí a su pequeño Yhasua sabiendo que le ha dejado en el paraíso.

Entraron en el gran cenáculo que era un templo de santos recuerdos y de pensamientos inefables.

Aquel ambiente de cielo en la tierra estremecía el alma de infinita ternura. Se percibían presencias invisibles suaves y dulces como las más dulces y suaves caricias, y Leandro sin poderse contener dobló sus rodillas mirando el altar de las Tablas de la Ley y los Libros Sagrados, iluminados por una lámpara de aceite que pendía de la techumbre.

Ahmed se quedó de pie junto a la puerta y Myriam se sentó en un sillón con su nietecito apoyado en sus rodillas.

Cuando la muda impresión de Leandro pasó, se puso también de pie y miró a Myriam cuyos ojos entornados denotaban también la muda plegaria.

—Seáis bienvenidos a este templo de mis recuerdos y de mi soledad poblada de amores ausentes —dijo ella con su voz musical—. Sentaos y decidme que acontecimiento os trae por aquí.

Leandro se le acercó y después de una segunda reverencia, le entregó dos paquetes cuidadosamente envueltos en paño de lino y entre una petaquilla de antílope con cerraduras de plata.

—Es mi humilde ofrenda, noble señora, pero dentro de ella vienen

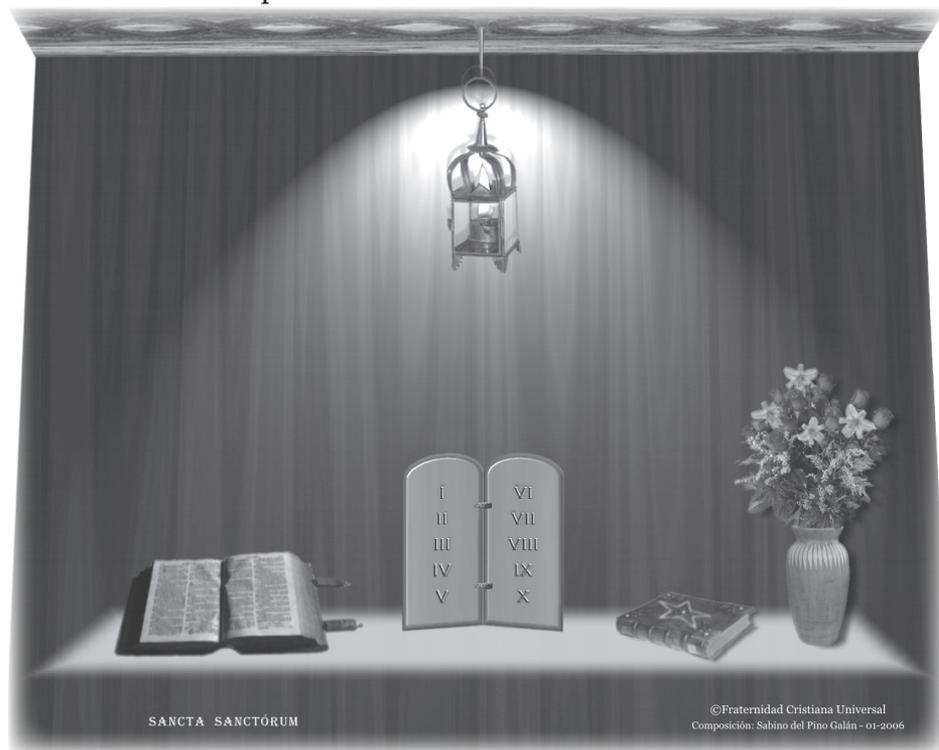
epístolas del maestro Zebeo, mi gran amigo.

—¿Entonces vienes de Alejandría?... ¡Oh, gracias, gracias! —añadió, mirando a Leandro con aquella mirada suya que infundía deseos de arrodillarse a sus pies y decirle con el alma asomando a los labios—: ¡Madre!... ¡Madre mía!...

Pero Leandro se mantuvo de pie, sereno y erguido, no sin que acudiera a su mente, la visión divina que había tenido años atrás cuando ninguna pasión violenta turbaba la quietud de su alma, y se entregaba todo entero, en absoluta renunciación, al Eterno Invisible..., y pensó: “Aquella visión era intangible y etérea, ésta palpita y vive con un corazón de carne”. —Mientras el sacerdote de Osiris pensaba así. Ahmed había entregado a Myriam el paquete enviado por Simónides.

Ella se levantó y les dejó solos. El chiquitín de cuatro años, hijo de Marcos y de Ana, la siguió.

Sentados ambos en uno de los estrados guardaban silencio. La luz de la lámpara que iluminaba las Tablas de la Ley, vertía su resplandor dorado sobre un ánfora de arcilla hasta desbordar de rosas bermejas recién cortadas, y de lirios blancos que parecían temblar con la oscilación de la llama de oro que alumbraba el altar.



—¡Qué de veces estuve aquí sintiendo la palabra cálida de amor del Cristo, nuestro Señor! —exclamó por fin, Ahmed—. Este altar fue hecho

por él y esas Tablas de la Ley, deben conservar el rastro de sus manos al grabar a punzón cuanto aparece escrito en ellas. ¿Cómo pues no ha de vivir esta santa y heroica madre toda una vida de amor y de recuerdos?

—¡Amigo mío!... —dijo Leandro a media voz—, todos los que hemos prendido muy alto el velo sutil de nuestros ideales, llevamos en el corazón un pequeño templo de amores y de recuerdos, que nos obligan en momentos dados a obrar como si aquellos recuerdos fueran presencias invisibles pero vivas, que miran nuestras acciones y recogen una a una las perlas de nuestro pensamiento.

“Pero el caso de esta sublime mujer es diferente. El amor y el recuerdo que vive en ella son como un poderoso reflector cuya luz permanente la mantiene envuelta siempre en un halo divino porque es emanación de la Divinidad misma. Ese hijo que recuerda y que llora, es el Avatar Divino, el Verbo Eterno, el Eterno Amor hecho hombre, por un prodigio de amor bajado hasta ella.

“¿Cómo pues no ha de estar semidivinizada esta mujer al contacto maravilloso de ese recuerdo y de ese amor permanente?

“Y así se obra en ella lo que aparece al vulgo como un prodigio, o sea su asombrosa conservación física. El tiempo la respeta. Los años, resbalan sobre su cuerpo como agua mansa y pura porque ningún sentimiento innoble puede llegar al sacrario de su alma, llena toda de aquel amor y de aquel recuerdo. Si de tal modo se adueña la Divinidad de una Psiquis humana, las sensaciones torpes y groseras que atrofian, desequilibran y desgastan el cuerpo físico, no se acercan a ella ni a distancia. Es una ley. Es la Ley Divina viviendo en un ser humano. ¡Es el Amor Eterno consumiendo todo el polvo de la tierra!

“Es un tabernáculo de cristal, a través del cual podemos percibir todos la Divina Presencia Eterna, multiplicada en inefables presencias invisibles y amadas que se acercan y se alejan, que vienen y que van en una silenciosa ronda de amor, de esperanza y de fe en torno nuestro.

“¡Si hubiera sobre la faz de la tierra un millar de seres como esta augusta mujer, de cierto te digo que la humanidad se tornaría buena, que el odio y el egoísmo serían aventados lejos como se lleva el vendaval las arenas del desierto!”

Myriam apareció sola, por una puerta interior, porque el pequeño Yhasua dormía en aquella cunita de cerezo, donde había dormido sus sueños de niño aquel otro Yhasua Divino que ya no vivía en la tierra.

—Dentro de unos momentos —dijo—, llegará mi hermano Jaime con su esposa y Juan, que anduvieron todo el día repartiendo los dones de la Santa Alianza a los necesitados de toda esta comarca. Ellos son los encargados de hacerlo.

“Y nos acompañaréis en la cena. Espero que honraréis mi casa con vuestra presencia todos los días que sean de vuestro agrado.

—Gracias, venerable señora, —contestóle Leandro—. Por mi parte no tengo fijados los días, pero no podrán ser muchos porque algunas obligaciones me esperan lejos de aquí.

—Tampoco a mí me han determinado los días, pero cuanto más pronto regresemos a nuestro punto de partida, mejor cumplimiento damos.

Vieron que Myriam se levantó y encendió otra lámpara de aceite y la cubrió con un cubo de cristal. Después abrió un pequeño ventanillo excavado en la parte más alta del muro que daba hacia la entrada de la casa y colocó la lamparilla en el hondo hueco como una hornacina cerrada por dentro.

Un leve suspiro sintieron exhalarse de sus labios y un velo de tristeza se derramó sobre aquel sereno semblante, orlado con la blanca toca de las mujeres esenias.

—Hace cuarenta años —dijo—, que enciendo esta lámpara que alumbraba el camino hasta larga distancia. Al principio la encendía para Yhosep mi esposo, que siempre volvía al anochecer por su trabajo o por los mil motivos que a un artesano lo llevan fuera del hogar. Después la encendía para mi hijo que en sus andanzas misioneras, se olvidaba siempre de que le esperaba la madre con la mesa puesta. Y la sigo encendiendo aun cuando no haya ninguno fuera de casa, porque el corazón no soportaría esa luz apagada. ¡Me parecería que les olvido a ellos!... ¡Oh, el recuerdo!..., ¡el corazón de la madre le espera siempre, siempre!... Más ahora..., se consume todo el aceite, mi lamparilla se apaga sola, ¡pero Él ya no viene!..., ¡no puede venir porque en la tierra ya no hay fe, ni esperanza, ni amor!... Hay solo odio y Él no puede llegar entre el odio.

La voz dulce que destilaba miel se rompió en un sollozo y dos gruesas lágrimas se deslizaron por aquel rostro de marfil.

—¡Señora!... —exclamó Leandro acercándose a ella y arrodillándose a sus pies—. ¡Señora! Si el amor eres tú, si el amor vive en ti y fluye de ti como un suave manantial que nos inunda a todos, ¿cómo dices que no hay amor cerca de ti?

Los ojos dulces de Myriam se posaron en el rostro transfigurado de Leandro al mismo tiempo que ella le tendía sus manos. Él las tomó con devoción y las llevó reverente a sus labios. Myriam posó la diestra sobre la cabeza inclinada de aquel hombre, y le dijo con la voz temblorosa que lloraba:

—¡Yo te bendigo en su Nombre!

Ahmed se había arrodillado también y ahogaba el llanto con inauditos esfuerzos. ¡Un halo de divinidad inundó el cenáculo! Una presencia divina se hizo sentir con fuerza de ola que lo domina todo, que lo sumerge todo en su irresistible potencia.

¡Y también la amante Madre, lámpara viva de amor y de recuerdos unió sus manos de lirio sobre el pecho, dobló su frente y esperó en hondo silencio!...

La presencia divina se condensó en una blanca visión transparente y luminosa junto a las rosas del altar en penumbras... Ella la percibió al momento y fue anhelante hacia allá cayendo también de hinojos...

¡Las rosas fueron cayendo suavemente entre los brazos de Myriam tendidos hacia Él, mientras sus ojos bebían luz, esperanza y amor de aquellos otros ojos que no eran de carne, pero le traían la gloria divina de un amor inmortal, impercedero y eterno!...

Los tres sintieron una resonancia suavísima que era vibración, pensamiento, idea flotando en el éter, y expresaba así: *“La cruz a la que subí por amor a la humanidad debe ser para mis amados, cruz de rosas y espinas, amor y sacrificio por sus hermanos”*.

Leandro y Ahmed habíanse doblado tocando el pavimento con la frente, porque la mirada de aquellos ojos que no eran de carne, no podía ser resistida sin sentir el anonadamiento absoluto, el desvanecerse como polvo, el morir de anhelo y de amor arrastrados como en un irresistible vértigo hacia la ultraterrena grandeza de la Divina Presencia.

Cuando volvieron a ser dueños de sí mismos, encontraron a Myriam siempre de rodillas al pie del altar apretando a su corazón las rosas y lirios que la aparición de su Hijo hizo caer entre sus brazos. Parecía dormida y Leandro, conocedor de las redes sutiles que muy rara vez se abren paso en las pesadas y bajas corrientes fluídicas terrestres para formar contacto con el aura mental de seres determinados, esperó unos momentos en silencio profundo, y con su fuerte pensamiento puesto en acción le dijo:

—¡Augusta madre de Cristo!... Aún vives sobre la tierra —ella dio un gran suspiro y se despertó.

—¡Estaba tan triste y Él me llevó a su cielo por unos momentos! —dijo. Y volvió a colocar con infinito amor las rosas y los lirios en el ánfora de arcilla que estaba vacía sobre el altar.

32

EL HUERTO CERRADO DE JUAN

Pocos momentos después llegaba el buen tío Jaime, con su hijo, Jaime también, pero que, para distinguirlo de su padre, le llamaron familiarmente con el diminutivo Jaimín. Con ellos venía Dina, esposa de Jaime, y Juan, hijo de Zebedeo y Salomé que, según ya dijimos, vivía en la Casa de Myriam desde la muerte de su madre.

Los cuatro traían consigo un cansancio que se advertía a primera vista. Se dejaron caer sobre el gran estrado cubierto de esteras de esparto que aparecía a todo lo largo de la gran *sala del fuego*.

—Tenemos visitas —les dijo Myriam.

—Perdón —dijo el tío Jaime—. Casi quedamos a dormir en el camino y no sé si soy yo o es mi ánima la que vuelve a tu casa, Myriam.

Ahmed se acercó a saludarles.

—Ya lo comprendemos —dijo—, habréis corrido por toda Galilea. Este amigo viene desde Alejandría en nombre de Zebeo —añadió presentando a Leandro, que estrechó las manos de todos.

—Por epístolas del maestro Filón a Nicodemus tuvimos noticias de él —contestó el tío Jaime—. Creíamos que nos había olvidado.

—Él no olvida a ninguno —repuso Leandro—, y tan es así que yo vengo sabiendo la historia de vuestras vidas casi como si hubiera vivido siempre aquí. Y todo lo encuentro tal como el maestro Zebeo me lo había referido. Tú eres Juan, el íntimo suyo —dijo Leandro, mirando al joven Apóstol, en cuya faz se leía a primera vista una infinita tristeza.

—Has acertado —respondió Juan.

—Para ti traigo de tu amigo ausente una larga epístola —y Leandro se la entregó.

—Estoy enterado del dolor que te acompaña por la muerte de tu hermano Santiago y de todos los compañeros que fueron sacrificados con él. Si es para ti un consuelo el saber que soy un hermano en el dolor, aquí estoy a tu lado.

—Gracias —contestó Juan con la voz que temblaba de emoción.

Myriam sentada en su silloncito de madera y junco hecho por Yhosep, escuchaba en silencio, hilando un blanco velloncito de lana, mientras Dina daba los últimos toques al arreglo de la mesa que estaba hacia el ángulo opuesto de la cocina-comedor.

En el fuego hervían las marmitas y Jaimín vertía un rojo licor en tantos vasos como personas había.

—Es nuestro vino de uvas nazarenas —dijo, sirviendo a Leandro y Ahmed primeramente.

Pero éste se levantó con su copa y fue a ofrecerla a Myriam que la recibió sonriendo.

—Haces honor a la abuela —dijo dulcemente.

—A la santa madre de todos —contestó el árabe, tomando la segunda copa que le ofrecía Jaimín.

Y comenzaron las preguntas y las respuestas, las confidencias, breves, concisas al principio, pero en las cuales se adivinaba esa sincera cordialidad que hacía presentir la confianza absoluta que vendría después.

—El maestro Zebeo me habló de la ciudad de Tiberias donde vive un amigo suyo de nombre Hanani, y de un Castillo de Mágdalo habitado por una mujer que Zebeo cree que habrá muerto porque antes de partir al África, tuvo noticias de que estaba muy enferma.

“Me pidió también que tratara de averiguar si un joven trovador de nombre Boanerges vivía aún en las orillas del Mar de Galilea. Otras personas me ha mencionado con mucho interés, pero creo que no habitan esta comarca, sino en las cercanías de Jerusalén.

—Será en Betania —dijo Juan.

—Justamente; creo que es un matrimonio y una doncella hermana del esposo.

—Están muy cerca de aquí —dijo el tío Jaime—. Se vieron obligados a dejar su vieja casa solariega encomendada a parientes y amigos. Lázaro, el jefe de la familia, se vio perseguido para obligarle a desmentir un hecho que causó revuelo en el Sanhedrín hace años. Es una historia larga. Ya te la referiré.

—Creo que la sé —dijo Leandro—. ¿No es Lázaro el resucitado?

—El mismo. Veo que nuestro hermano te ha enterado de todo.

—Somos buenos compañeros —contestó Leandro—, y una gran comprensión hay entre nosotros.

La cena fue servida, y durante ella se habló poco.

La tristeza de Juan era tan honda que se transmitía a todos los comensales.

Se iniciaba una conversación y se esfumaba en el triste silencio, apenas comenzada.

Así que la comida hubo terminado, Juan se levantó para retirarse a su alcoba.

—Hijo..., espera un momento —le dijo dulcemente Myriam—. También yo he recibido epístola de nuestro Zebeo, y creo que debemos compartir las impresiones que nos vienen de tan lejos y de un corazón amigo.

Juan la miró con sus azules ojos llenos de ternura y de lágrimas, y fue a sentarse cerca de ella.

—Aún no leí la mía —añadió Myriam—, pero creo que siendo todos una sola familia..., la familia de mi amado ausente, podemos permitirnos la confianza que nos acerca más unos a otros.

—Ciertamente —afirmó Leandro—, y es en las horas de dolor donde los amigos son necesarios.

Dicho esto tomó asiento en el estrado al lado de Juan.

Las epístolas de Zebeo fueron leídas en alta voz por el tío Jaime, que en ellas se veía mencionado con cariño varias veces. El amor del Apóstol ausente se desbordaba como una ola cálida de afecto, y llamándose siempre a sí mismo el “*montoncito de tierra*” de su Divino Maestro, les ofrecía a todos cuanto tenía en la *Aldea de los Esclavos* y terminaba diciéndoles:

“Creo que no nos está mal este nombre, pues vosotros y yo somos esclavos voluntarios del amor eterno de Él, que nos dejó la promesa de

hacer su morada en nuestro corazón si somos capaces de amar como Él nos ama...”

Como posdata de la epístola a Juan decía: “Confiad en el portador de estas epístolas porque aparte de todas sus nobles cualidades morales, es el padre de la esposa que el Maestro me ha confiado en tutela espiritual para toda mi vida”.

Debido a estas palabras, Leandro deshojó como pétalos de rosas blancas cuantas noticias conocía en la lejana Aldea de los Esclavos, que fueron bálsamo suave de consolación y de esperanza para los corazones heridos que encontraba en su camino.

Cuando el sacerdote de Osiris terminaba su relato, Juan le dijo:

—Puesto que vienes en nombre de Zebeo, que fue el más íntimo de mis compañeros, te ruego me des oportunidad de tener una confidencia contigo.

—Estoy a tu disposición —le contestó Leandro afectuosamente.

Pocos momentos después se retiraban todos al descanso de la noche, y Juan y Leandro pasaban al Cenáculo-Oratorio, donde debían penetrar juntos al *huerto cerrado de Juan*.

Ante aquel sencillo altar de las Tablas de la Ley y de los libros de los Profetas, entre el perfume de rosas y de lirios que desde el ánfora de arcilla se difundía por el ambiente dorado por la suave claridad de la lámpara, ¡cuán fácil era abrir el alma dolorida a las confidencias más íntimas y lacerantes!... Juan comenzó a desgranar las perlas de sus recuerdos...

—Hace apenas dos horas que conozco tu rostro y no sé qué fuerza de simpatía me impulsa a vaciar mi alma en la tuya.

—Puedes estar cierto de que yo te comprenderé —contestó Leandro.

—Mientras el Maestro vivió como hombre cerca de mí, no supe de nada, absolutamente de nada más que de amarle, de servirle, de vivir pendiente de su mirada, de su palabra... ¡Era como un abrojo que se hubiera prendido en su túnica blanca y que no pudiera desprenderse más! ¡Viví la vida de un niño que va siguiendo una estrella sin pensar nada más que en seguirla y seguirla! ¡Y tenía ya veintiún años!... Era un hombre, pero yo no lo sabía ni lo sentía, ni me interesaba saberlo. ¡Creía que aquella vida de serena inconsciencia la viviría siempre! ¡Era tan dulce, tan bello, tan inefable vivir sólo para amarle y servirle! Pero cuando llegó la hora tremenda de que la estrella que yo seguía desapareció de mi horizonte, sentí como hundirme en un abismo de tinieblas que se fue haciendo más y más hondo. Han pasado diez años largos. He visto desaparecer de mi lado a mi madre; los amigos y compañeros han ido alejándose uno en pos de otros, todos siguiendo las rutas que les ha marcado su deber de discípulos del excelso Maestro... ¡Sólo yo

pareciera que he perdido el camino..., y aún no puedo encontrarlo! ¡Se apagó aquella lámpara maravillosa que alumbró veintiún años de mi vida!... ¡Y no ha vuelto a encenderse jamás! Si no hubiera sido el amor santo de la augusta Madre de Él, yo me hubiera arrojado al mar con una piedra atada a mis pies... ¿Para qué serviría mi vida?... Ella me salvó de esa catástrofe pero no de mi terrible soledad interior”.

Juan guardó silencio y Leandro lo guardó también. La voz sin ruido de la meditación se puso entre ambos, acaso para dar lugar a que se hiciera la luz. Y la luz fue encendiendo sus cendales de oro tan suave y lentamente como para no herir a aquel corazón lacerado, hecho ya a vivir entre tinieblas.

—Juan, mi nuevo amigo —dijo Leandro con la mayor suavidad que pudo hallar en su alma, que por tanto tiempo vivió como una piedra—. ¡Juan!..., tienes treinta y un años. Yo tengo cuarenta y seis, pero siento como si tuviera setenta, porque más que tú, mucho más, he sabido de tinieblas, de soledad, de abandono, de helada sepultura en que estaba como enterrado vivo. Creo, pues, estar capacitado para comprenderte. En el hondo vacío de tu corazón, hubieras necesitado un amor, un ser que precisara de ti para vivir, que necesitara el calor de tu juventud, de tu fuerza, el fuego de tus ojos, la vibración de tu palabra para reanimar su agotamiento, su agonía... ¡Entonces todo tú hubieras revivido para transmitir vida, energía, fortaleza a ese otro ser! Tú te pareces a Zebeo como una gota de agua a otra gota. A él le hubiera pasado igual si la Bondad Divina no hubiera hecho brotar en su camino humildes flores silvestres, que sin el riego de su ternura hubieran perecido irremediablemente. Es tremenda y difícil la encrucijada de la soledad en tinieblas, después de haber andado largo tiempo con el deslumbramiento de un astro maravilloso. Aún estás a tiempo de encender una luz nueva en tu camino. Encendámosla juntos para ti, amigo mío, y yo te aseguro que tu alma batirá sus alas nuevamente y te remontarás a la cumbre...

—Está esa luz, pero mi alma se niega a verla —dijo Juan tristemente y a media voz, como si su alma, avechillada y entumecida de frío en las tinieblas, temiera dejar escapar un débil gorjeo—. ¡Mi alma se niega a verla y hasta huye de ella!... ¿No sería traicionar el dulce recuerdo de la grandiosa estrella que alumbró veintiún años de mi vida?

—¡No, y mil veces no! —exclamó Leandro con vehemente energía—. ¡No dejes por Dios, de mirar la luz nueva que Él te enciende para que encuentres de nuevo el camino! ¡Es la tabla de salvación en tu naufragio! ¡Es el hilo de oro tendido desde el Corazón del Maestro a tu corazón!... ¡Es el perfume del místico narciso abierto en tu huerto interior, para curar tu herida profunda y devolverte a la vida sano, optimista y feliz! ¿Me comprendes, Juan?

—Te he comprendido, Leandro, enviado a mi lado por Zebeo para esclarecer el tenebroso laberinto de mi mundo interior. ¡Te he comprendido! No sé si será demasiado tarde. ¿Querrás acompañarme mañana a una aldea cercana, donde puede ser que tu clara visión perciba esa estrellita moribunda de la cual he huido todos estos años? Y si tú la encuentras sin yo decírtelo, te prometo dejarla entrar en mi templo y encenderse sobre mi altar.

Cuando salieron para buscar cada uno su diván de reposo, vieron adosada a la sombra del muro, ese humilde arbusto que han llamado *galán de la noche*, o *flor de la luna*, porque su flor, como una blanca copa de marfil, sólo abre sus pétalos cuando las sombras extienden sus negros cendales en la pradera dormida.

Brillaba esplendorosa y blanquísima a la luz de la luna menguante.

Y Leandro, a quien el dolor de tantos años de vivir amurallado en un sepulcro, le hacía comprender el dolor de la soledad, se detuvo ante la sugestiva aparición de la flor misteriosa...

—Ves, Juan, tu alma es como esta flor. Se abrirá tímida y medrosa en la noche de misterio, y esta misma luna menguante alumbrará la flor blanca de una nueva esperanza. Que Dios acompañe tu sueño.

—Que la paz sea contigo.

Y se separaron.

Leandro se tiró en su diván y durmió tranquilo hasta el amanecer. Juan no tenía sueño a pesar de su cansancio.

Sacó el silloncito de junco de Myriam y se sentó a la sombra del muro junto a la *flor de la luna*. Solo consigo mismo, con sus pensamientos y sus recuerdos, tenía necesidad de deshilar hebra por hebra la enredada madeja que iba oprimiendo cada vez más su corazón.

—*Ella* me ha buscado siempre para consolarme, para asociar su dolor a mi dolor, para ensayar a volar juntos tras del gran amor que se esfumó en nuestro horizonte... Y he tenido miedo de que en mí se despertara otro amor... En mi Santuario estaba Él..., isólo Él!... ¿Cómo era posible que otra imagen se pusiera ante la suya?... ¿Que la mirada divina suya, aquella última de sus ojos garzos, se perdiera tras de otra mirada? ¿Que el roce de sus brazos alrededor de mi cuello en su última despedida, se borrara con el roce de otro abrazo?... ¡Oh, nunca!..., ¡nunca podría ser!...

“¡Ay de mí!... ¡Soy muy ignorante!... No veo más allá de la sombra que proyecta mi cuerpo y todo lo materializo, lo empequeñezco, lo reduzco a granos de polvo, ¡menos aún!..., ¡imperceptible ceniza! ¡Cuán necio soy! ¿Qué amor, qué mirada, qué abrazo podrá borrar el amor, la mirada y el abrazo del Hijo de Dios que al mirarme por última vez con sus ojos de carne, me enloquecí de ternura, de dolor y salí del Huerto

de los Olivos corriendo como un loco que no sabe de dónde viene ni adónde va? ¡María!..., ¡pequeña María!... ¡En esta noche tormentosa y oscura de mi vida, serás una estrellita misteriosa, blanca y pura como esta flor de la luna, que marcarás de nuevo mi senda con menudas chispitas de claridad y de luz!... ¡Perdona a este infeliz ciego y egoísta que inconsciente de lo que es y de lo que tú eres, ha vivido sin vivir, acercándose y huyendo, temeroso de un fantasma irreal, midiendo el amor excelso del Hijo de Dios por mi propio amor: pequeño, egoísta, incapaz de darse y pensando siempre en recibir!... ¡Oh, Maestro mío!... ¡Mi luz, mi guía, mi estrella polar en el mar desconocido de la vida!... ¡Tuviste para mí, amor de preferencia y era de verdad el que menos lo merecía! ¡Han pasado diez años y aún no encontré el camino!...

“¡Oh, Señor!... ¡Llévame de la mano hacia él y dame la fuerza necesaria para seguirlo sin miedo, sin vacilación!...

La luna menguante asomaba y se escondía entre las ramas rumorosas de los nogales y castaños. Y por fin desapareció tras del cedro gigantesco que poblaba de sombra el tranquilo huerto de la Casa de Nazareth. Juan miró por última vez la blanca flor silenciosa que tomaba relieves de nácar en la delicada penumbra que dejó la luna menguante al esconderse en el horizonte. Y en profundo silencio desapareció por la puerta entornada de su alcoba solitaria.

A la segunda hora de la mañana siguiente, Juan y Leandro se encaminaban hacia aquella casa de campo de Eleazar el fariseo, donde años atrás fuera invitado el Divino Maestro a una reunión de hombres de letras y de leyes, rabinos ilustres en el país, que por diversas causas se hallaban de paso en aquel lugar de descanso. El Maestro había concurrido con sus Doce íntimos y Juan lo recordaba muy bien, nuestros lectores lo recordarán también, porque los discursos, las polémicas filosóficas, morales o teológicas, fueron interrumpidos por la aparición de una mujer velada que llevaba un pebetero encendido quemando incienso y una redoma de esencias con que ungió reverente al Señor.

En esta casa de campo se hallaban hospedados desde hacía tiempo, la familia de Betania, o sea Lázaro con su esposa Martha y su joven hermana, María. Las inquietudes y los terroríficos aires de Judea que ardían como un volcán les habían obligado a tal determinación. La esposa de Eleazar era hermana de Martha, y coheredera con ella del hermoso dominio que en las cercanías de lo que fue ciudad de Lazarón, se hallaba encerrado como un nido apacible entre cedros gigantescos, nogales y cerezos.

Eleazar no era ya más el rigorista fariseo de antaño. La lección del Cristo Ungido de Jehová recibida aquel día de santa memoria, lo había transformado en ferviente discípulo suyo. Sus tres hijas habían ingresado

al grado primero de la Fraternidad Esenia, y con la “pequeña María” al lado, hicieron grandes progresos en la suave doctrina de amor del Divino Maestro.

Esbozado ligeramente el escenario y los personajes, sigamos a Leandro y Juan cuando entran a la casa de campo, por la gran avenida de nogales y cerezos que terminaba en una glorieta o kiosco de rosas té, de exhuberancia maravillosa, donde las cuatro doncellas se entretenían en confeccionar ropas de abrigo para ancianos y niños pobres que lo esperaban seguramente en el próximo invierno.

—¡Jhoanín!... ¡Jhoanín!... —resonó como una nota de clarín repetida cuatro veces.

—Creí que no te veríamos más —dijo una de ellas, la más pequeña de estatura, la de los ojos oscuros y de dulce mirar, la que tenía en su frente transparencia de lirio y en su palabra, suavidades de arrullo. Era María, llamada la *pequeña María* para distinguirla de todas las que llevaban su mismo nombre. Leandro, el psicólogo Leandro, iba decidido a observar con el solo fin de poder ser útil a Juan en la transformación que deseaba. Su pesimismo, su desaliento, su lenta agonía, el ex sacerdote de Osiris quería transformarlos en iluminado optimismo, en actividad, en vida, en florecimiento de fe, de esperanza y de amor.

¿No había florecido como un rosal en primavera su propia alma, hecha piedra por largos años de vivir ahogando todas las emociones; acallando todas las voces íntimas de la naturaleza afectiva, estrujándose el corazón y quemándolo como se quema una raíz viva y lozana hasta convertirla en ceniza?

Y, ¿cómo y por qué había florecido? Porque un Apóstol del Cristo del amor le hizo sentir su amor; porque encontró en su camino a Tabita, un retoño del gran amor de su juventud, porque huérfana y sola rodando por el mundo como un guijarro en una cantera, había encontrado el amor de un extranjero que cobijara su desamparada soledad. Y su dormido pero no muerto corazón se despertó lentamente y vio que había alguien en el mundo a quien debía amor, solicitud, protección y ternura.

¿No había florecido el corazón del Apóstol Zebeo helado como las arenas de las orillas del Nilo por donde vagaba con inciertos pasos, cuando encontró a Petiko, el niño mendigo que le ofreció su botecillo porque hacía dos días que no comía?

¡Oh!... Leandro conocía fibra por fibra el corazón humano a través de su propio corazón, y sabía muy bien que un corazón casi muerto revive al contacto de otro corazón que sufre, que espera, que vive en la desolada agonía de no tener quién le ame ni a quién amar.

Y esperaba hacer revivir en el corazón de Juan, en el cual adivinaba tesoros maravillosos, manantiales inagotables de inteligencia, de amor,

de desinterés, de extraordinaria sensibilidad, cualidades todas que harían de él un arpa eólica de la Suprema Inteligencia.

Juan hizo las presentaciones usuales del amigo de Zebeo que venía a Palestina, como portador de afectos, de ofrecimientos, de todo cuanto guardaba de grande y bello el alma noble del hermano ausente.

Y Leandro hizo un relato conciso de la obra del Apóstol en los diez años que había pasado en las tierras del Nilo.

Martha y Lázaro acudieron a escucharle; Eleazar y su esposa, llegaron después. Todos conocían y recordaban a Zebeo, y todos repetían lo mismo:

—¡Quién hubiera sospechado en Zebeo tal capacidad, decisión y energía!, ¡que elegía siempre el último lugar y las pequeñas ocupaciones!...

Todos escuchaban atentos, pero sólo la pequeña María dijo al final con la vocecita dulce que temblaba de emoción:

—¡Qué buenos serán Petiko y Tabita cuando nuestro Divino Maestro les ha elegido para hacer florecer los corazones muertos!... ¡Yo le pedía el poder de hacer revivir un corazón muerto también, pero hasta hoy no lo he conseguido! —y sus dulces ojos cristalizados de llanto miraron largamente a Juan.

Leandro le miró también y debió ir un dardo de fuego en su mirada, envolviendo a los dos en una cálida onda que hubiera podido quemar las piedras. Juan, que estaba cerca de María, le dijo, casi alegremente:

—Lo has dicho por mí y lo he comprendido bien. Pero creo que anoche he vuelto a la vida desde el país de las sombras, en el cual has sido tú como Petiko y Tabita a la vez.

—Si lo que dices es verdad, doy gracias mil al Maestro porque quiso escuchar mi ruego —respondió la joven, bajando los ojos a su labor para disimular las gotas de llanto que habían humedecido la palidez de su rostro.

—¿Has visto algo Leandro bajo esta glorieta de rosas té? —preguntóle Juan a media voz, entre el murmullo de comentarios que todos hacían.

—Sí, amigo mío..., he visto una estrellita radiante que el Cristo del amor encendió hace tiempo para ti y que tus ojos cerrados no vieron nunca hasta hoy.

Hubo de ser un poema grandioso y sublime, la afinidad de las almas de Juan y de la pequeña María. ¡Qué explosiones de luz, de amor y de armonías divinas se hubieran producido desde años atrás, si Juan hubiera escuchado el cantar de la alondra en su huerto interior!

—Las palabras iluminadas del Profeta Isaías que tanto usaba en sus discursos el Divino Maestro, se cumplen casi sin excepción en todas las almas que buscan la vida espiritual —dijo Eleazar—.

“Los caminos de los hombres —dice Jehová— no son mis caminos, ni sus pensamientos son mis pensamientos”. Y así no debe extrañarnos

que Juan haya tardado en encontrar el camino de Jehová y en sentir su pensamiento”.

Se leyeron, allí mismo, las epístolas de Zebeo que levantaron un revuelo como si un centenar de palomas hubieran aleteado bajo el rosal en flor que sombrea la glorieta.

—Nos pide que vayamos a su lado, que allí florece el amor y la paz —decía Martha entusiasmada, pensando en la hosca tempestad de sangre y odios, de espionaje y delaciones que tronaba en Judea, de donde tuvieron ellos que huir para no morir de terror y de angustia.

Todos exponían sus puntos de vista esperanzados en aquel lejano país, donde Matheo y Zebeo llevaban en alto su divino Ideal como un glorioso pabellón de fe, de esperanza y de amor.

La única que callaba era la pequeña María, que continuaba haciendo pasar la aguja en la blanca camisita para niño que atentamente cosía.

Juan se acercó a su lado y le preguntó:

—¿Qué dices tú a todo esto? ¿Te gustaría que fuéramos a la tierra del Príncipe Melchor y del Maestro Filón..., donde vive Zebeo con Petiko y Tabita?

Ella prendió la aguja en su costura y se quedó pensativa.

—Yo soy endeble y delicada —dijo—, y no sé si el cambio de clima apresuraría lo que creo que debe suceder pronto.

Leandro que no la perdía de vista se acercó también, y todos los demás que conocían el temperamento neurótico de la joven y su permanente deseo de morir, se alejaron con un pretexto u otro para dejarla a solas con Juan y con Leandro. Habían comprendido que el visitante sabía mucho, y María y Juan eran dos claveles del aire, que habían desfallecido en la furia del huracán que les azotaba a todos desde la muerte del Justo.

Aquel hombre sabio conocedor de todas las enfermedades del alma, podría curar aquellos dos corazones agonizantes.

Ambos vivían pensando deseando terminar la vida, que para ellos no tenía razón de ser. Suprasensibles, Juan y María, habían soportado un dolor mucho mayor que su capacidad de sufrimiento y una inmensa desesperanza, como un otoño prematuro y áspero les había sacudido cruelmente, arrebatándoles hasta la última flor de esperanza y de fe en el porvenir.

Si el Maestro con todos los poderes y la grandeza divina de Mesías Ungido de Dios no había establecido su Reino a la faz de todo el mundo, qué podían hacer ellos, aunque llenos de amor por Él, desprovistos de todo aquello que superabundaba en el Verbo Eterno de Dios

Tal era el pensamiento de Juan, en el cual se habían estrellado todos los optimismos que los amigos y compañeros quisieron despertar en él.

LAS ROSAS SE VAN...

Leandro se sentó junto a la joven, mientras Juan levantaba algunas lascas ramas del rosal que, demasiado bajas, interceptaban el paso.

Eran las últimas rosas, que al despedirse de su efímera vida de solo una breve temporada, parecían esforzarse en dar de sí, en belleza y perfume cuanto era capaz su débil y fugaz existencia.

“Las rosas se van –pensó Juan–, y las espinas quedan. Habría que encontrar el modo de que las rosas se quedaran siempre y que las espinas no fueran tan agudas”, y mientras así pensaba, cortó algunas que empezaban a abrirse y las dejó en silencio sobre la costura que estaba en las rodillas de María.

—Las rosas –dijo–, se parecen a la vida... Tienen prisa de vivir y se van, mientras nos dejan las espinas que no se van nunca. ¿Por qué ha de ser esto así?

—Amigo mío, todas las vidas, ya sean vegetales, animales o humanas tienen el mismo camino para recorrer. Las rosas se van cuando han cumplido su etapa de existencia, pero ellas volverán en la próxima primavera y en este mismo lugar, si no viene una mano criminal que corte el rosal a ras de tierra y quemé luego sus raíces.

“Tal como la Psiquis humana, la divina chispa que se enciende y se apaga, para aparecer de nuevo acaso en el mismo lugar donde se extinguió la vez anterior o en otro elegido a su gusto u ordenado por un designio superior”.

Leandro, al hablar así, pensaba intensamente en que María comprendiera que tanto él como Juan estaban haciendo un símil entre la vida fugaz de las rosas y la vida de ella misma, que sólo por un esfuerzo grande de su voluntad podía hacerse más duradera.

El joven Apóstol se sentó también junto a la joven, y Leandro inició la conversación suavemente, buscando hacer vibrar las cuerdas sutiles de la simpatía entre los tres, como medio de hacer reaccionar a Juan y de despertar en María el deseo de vivir.

—¿Se puede saber, niña, por qué has dicho que el clima de África podría apresurar lo que según tu creencia *debe suceder pronto*?

“Si merezco tu confianza, te pregunto de nuevo ¿qué es lo que *debe suceder*?”

—Desde que se fue el Señor a su Reino tengo la idea de que lo seguiré pronto y así se lo ruego todos los días– contestó dulcemente María.

—Y, ¿por qué tu deseo de abandonar la vida física, en la cual puedes

tener su augusta presencia en cada momento que tu amor le llame?
—volvió a preguntar Leandro.

—¡Oh, Señor! —exclamó la joven—, tu pregunta es difícil de contestar y a más, ¡muy larga! ¿Qué interés hay en ello?

—¡Mucho interés, María! —intervino Juan—. ¿Yo no valgo nada para ti?

—Vales mucho, Jhoanín, pero si ves que en diez años nada he podido hacer por ti, ¿se puede esperar que lo haré en adelante?

—¿Y por qué no? —preguntó Leandro—. ¿Acaso hay un plazo fijo para realizar nuestras obras en beneficio de nuestro prójimo?

“Juan se ha encerrado, a mi modo de ver, en un círculo estrecho y equivocado: su incapacidad para realizar ninguna obra digna de su Maestro. ¿Es así, amigo mío?

—Es así —contestó Juan—, y sigue siendo así.

—Según eso —observó Leandro—, tendremos que convenir en que el excelso Maestro, Instructor de la Humanidad, Enviado del Altísimo, se equivocó al elegirte como su Apóstol, y así mismo al elegir a los demás. ¿Te parece que en buena lógica, podemos aceptar esa idea? ¿Podemos pensar ni por un momento, que sea posible una equivocación semejante en una Inteligencia llegada a la perfección, y ya en la antesala de la Divinidad misma?

—¡Es verdad! —dijo Juan—. No había pensado el asunto bajo ese aspecto. Y no sé cómo hermanar la elección hecha por el Maestro, con la completa nulidad que encuentro en mí mismo.

—Trataré de explicártelo yo —dijo Leandro—. Estoy enterado por Zebeo que el Maestro les repetía en los últimos días de su vida: *“Velad y orad para no caer en la tentación, porque el espíritu pronto está, pero la materia es débil y produce oscuridad”*.

“El Maestro no hablaba seguramente de que la tentación se os presentara como incitación al homicidio, al robo, a la lujuria, a la blasfemia, porque conociéndoos como os conocía, no podía temer nada de eso en vosotros. ¿Entonces cuál podía ser la tentación de que Él quería preveniros? Seguramente la que ha hecho presa de ti, Juan, amigo mío: el desaliento, el pesimismo, la falta absoluta de fe en ti mismo que, al desaparecer de tu horizonte la estrella radiante que deslumbrado seguías, te hundiste en la sombra y nada hiciste para salir de ella.

“Creíste que tu vida había perdido su objeto y su fin con su partida. El dolor de perderlo, de no tenerlo a tu lado, de no oír su palabra, de no convivir con él, anuló en ti todo razonamiento lógico y hasta borró el recuerdo de sus enseñanzas y de las promesas solemnes pedidas por Él, y otorgadas por vosotros para los veinte siglos que os esperaban, y en los cuales y mediante vuestra capacidad y vuestro esfuerzo quedaría

establecido su reinado de amor fraterno sobre la tierra. Tu amor hacia Él, demasiado humano, tenía mucho de egoísmo como todo amor humano, en el cual entra por mitad o más aún, *el vivo deseo de posesión*. Lo querías y considerabas *tuyo* al Divino Maestro; *tuyo* para amarlo, para servirlo, para correr tras de él como el niño que habiendo encontrado en sus andanzas por la pradera un ave del paraíso, la cree suya, completamente suya y pone su esfuerzo, su vida toda en complacerle, en agradarle, en hacerse indispensable, digámoslo así, para aquel ser cuya posesión completa es la suprema aspiración que le mueve. De ésta era la tentación de la que os prevenía el Divino Maestro.

“¡Pobre amigo mío! ¡No sólo tú caíste vencido por ella! ¡Zebeo hubo de caer también, pero él tuvo la suerte de encontrar en las orillas del Nilo un pobrecito niño mendigo que vestía de harapos, que estaba solo en el mundo y tenía hambre!... ¡Y Zebeo, creyendo como tú que su vida era inútil y que no tenía capacidad alguna, sintió en su alma y en su carne el dolor desesperado de aquel abandono, de aquella orfandad y reaccionó, y quiso vivir para el niño mendigo, solo, desnudo y hambriento! ¡Aún estás a tiempo de anudar el hilo de tu vida y devanar de nuevo la madeja, si en verdad quieres cumplir noblemente los pactos con el Ungido de Dios para esta etapa de tu vida terrestre!

¿Quieres partir conmigo hacia Alejandría?

Se hizo un breve silencio durante el cual Juan buscó los ojos de María.

Pero ella no recibió esa mirada porque la tenía fija en las rosas a medio abrir que estaban entre sus manos. Parecían absorberle toda su atención aunque en realidad era el pretexto para ocultar más fácilmente sus emociones y sus pensamientos. Leandro comprendió el silencio de ambos jóvenes y añadió:

—Todo se puede arreglar maravillosamente. María podía venir también si quieren sus familiares lo mismo, pues el anciano Simónides me ha dicho que pondrá uno de los barcos de la flota que administra, a disposición de los súbditos del Rey de Israel que por una causa u otra quieran alejarse del país.

—¿Iremos, María? —preguntó Juan tímidamente.

—Si yo no voy, ¿tú no vas? —preguntó ella levantando por fin sus ojos de las rosas que acariciaba.

—Creo que no —dijo Juan.

—¿Por qué?

—No sabría de cierto por qué. Me asalta el temor de que te vayas como se van las rosas en el otoño y que cuando yo vuelva, sólo encuentre las espinas punzantes y reseca.

—¡Señor!... —dijo ella prontamente dirigiéndose a Leandro—, ¿crees

que en aquel país el alma de Juan revivirá de nuevo para ser un verdadero Apóstol del Divino Maestro?

—Sí, niña, lo creo.

—Entonces iré —dijo ella con gran firmeza.

—¡Oh! —exclamó Leandro con una mirada de triunfo—. Las rosas se van en el otoño, pero vuelven en la primavera. Las almas tienen su triste otoño que las deshoja y su helado invierno que las consume y las seca, pero reviven de nuevo cuando el agua clara de la esperanza y el calor suave del amor hace circular savia desde el fondo de la tierra, que sepulta su raíz hasta la más grácil ramilla que se balancea en el espacio.

—¿Y ya no temes que te haga daño aquel clima? —volvió a preguntar Juan.

—Yo no pienso en mí, sino en ti, Juan —dijo la niña—. El Apóstol del Cristo eres tú y no yo. Y siempre he creído que el objeto de mi vida era ayudarte a cumplir tu deber como Apóstol del Maestro, y si acompañándote a ese viaje, he de servir a ese fin, iré, claro que iré. Será una pequeña colaboración mía en su obra de Salvador de los hombres”.

Juan y Leandro estrecharon con efusión aquellas manos pequeñas y lacias que acariciaban las rosas a medio abrir, y cosían ropas de abrigo para los niños huérfanos y los ancianos desamparados.

¡Qué bella les aparecía la pequeña María, débil, transparente y capaz de aquella grande y firme resolución!

Leandro quiso hablar de inmediato con los jefes de familia, y viendo a Lázaro y Eleazar en la columnata que rodeaba la casa, fue hacia ellos a exponerles la situación.

Quedémonos, lector amigo, junto a Juan y María, y estudiemos en los corazones de ellos nuestro propio corazón, que de seguro encontraremos puntos de contacto que nos harán ver cómo obra el amor verdadero, y la enorme diferencia que hay entre un amor pasional, grosero y rudo, llamada que se enciende como un volcán y se apaga en cenizas, y un amor radiante y soberano como el lucero de la mañana que nunca se extingue en nuestro cielo, y que viene a ser estrella polar en la vida, en la muerte y más allá de la muerte!...

—¡María!... Tú tienes un alma grande y fuerte en ese cuerpo tan débil y pequeño, y te creo capaz de perdonar. ¿Es así?

—Si mi alma es grande o pequeña, no lo sé, Juan, ni me he detenido nunca a pensarlo; pero capaz de perdonar sí sé que soy. Y me adelanto a decirte que ya sé quién es el que debe ser perdonado... —Y al decir así, la joven miró a Juan con una larga y tierna mirada...

—Sí, María, soy yo. ¿Quién otro podría ser? Yo soy el único que he sido capaz de hacerte sufrir con mi desaliento, con mi pesimismo y desgano de todas las cosas. No tenía más con quien desahogar mi pena

que contigo, María, y fuiste tú sola la que bebiste toda la hiel que había en mi corazón.

“No podía dársela a beber a mi madre, cuyo corazón estaba herido de muerte. No puedo tampoco dársela a beber a la augusta Madre de mi Maestro, porque si soy incapaz de consolarla, no debo aumentar su angustia más grande que todos nuestros dolores juntos. Y vivo disimulando ante ella el veneno que me roe el corazón.

—Pero a Ella no la engañas ni la has engañado nunca; tenlo por seguro, Juan. ¡Cuántas veces ella me ha dicho!: “Entre las tres Marías, la de Mágdalo, la de Betania y la de Nazareth, tenemos que curar la pobre alma de nuestro Jhoanín que amenaza volar antes de su hora...”

“No una sola vez... varias veces.

—¿Eso te dijo la Madre?... ¿Eso te dijo?... —preguntó Juan alarmado—.

“Creí que ella no se daba cuenta de mi estado interior aunque muchas veces me sorprendió llorando en mi alcoba...”

—¡Juan! tú olvidas que estuviste con fiebre, con delirios, con una terrible crisis que hacía temer a todos la pérdida de la razón y hasta la vida... Tu pobre madre que descansa en paz lo refería a todos.

“Sabíamos que te querías arrojar al mar con una piedra atada a los pies, y cuando te ibas a pescar, nunca te dejaban solo... ¡Oh, Juan!..., nos has hecho padecer a todos, pero yo sé que todos te perdonamos porque el motivo de tu incurable dolor, lo llevamos todos como una herida que no se puede curar.

—Me avergüenza pensarlo —dijo él a media voz—. ¿Por qué María, por qué he sido yo el más débil e incapaz de todos? Hasta tú que eres endeble y delicada como un clavel del aire, has tenido fuerzas para soportar la suprema angustia de verle morir...

—Oye, Juan: En los dolores irreparables, siempre hay un rayito de luz que alumbrá nuestras tinieblas...

—Para mí no hubo rayito alguno —interrumpió Juan.

—Déjame hablar... No lo quisiste encontrar debes decir; pues el rayo de luz vino para todos seguramente porque nuestro Maestro no podía hacer injusticia alguna. Si hasta vino el rayo de luz para Judas que estaba enloquecido de horror y de espanto de él mismo, ¿cómo no había de venir para ti? Lo que pasó en ti fue lo siguiente: te encerraste en un aislamiento y soledad sin querer hablar con nadie ni recibir consuelo de nadie. Recién ahora empiezas a ocuparte de aliviar el dolor del prójimo y debido a eso comienzas a reaccionar.

“¿No recuerdas la despedida del Maestro y lo que nos dijo y prometió esa noche fatal y gloriosa al mismo tiempo?

“Si amáis como yo os amo, el Padre y Yo vendremos a vosotros y haremos nuestra morada en vuestro corazón.”

“¿Cómo podría cumplirse en ti esa divina promesa, si te encerraste en ti mismo y no querías saber nada de nadie, ni te importaba de nadie más que de tu propio dolor?

“Lázaro y Martha se ocuparon tanto y tanto de mí que me hicieron revivir en los tres años que viví en agonía porque mi corazón no quería seguir latiendo. Estuve como muerta dos días, hasta que el dolor de Lázaro y Martha conmovió al Señor que me mandó de vuelta a la vida por otros años más. Y la clara visión de esos dos días, ino se me olvidará nunca! Es por eso, Juan..., querido Juan, que tengo prisa que tu alma reaccione, tienda de nuevo sus alas y vuele por el mundo despertando a todas aquellas almas que fueron encomendadas al Maestro y que Él debe salvar.

“¿No nos dijo Él que a cada uno nos dejaba una porción de almas para salvar? ¿Y la porción tuya, Juan, dónde está? ¡Ni siquiera te has ocupado de encontrarla!

—Tus palabras, María, van cayendo en mi espíritu como los pétalos de estas rosas que se van, y aunque caen suaves y sin ruido pareciera que me obligan a despertar para recogerlas y guardarlas...

“¡No sabes cuánto bien me hace escucharte!... Estás pensando que antes no deseaba escucharte”.

—Hace rato que he pensado en eso Juan y, ilo pensé tantas veces!...

—Déjame decirte toda la historia de mi tragedia íntima y verás María, como en el fondo de un pozo de agua, donde había lodo y sangre en vez de agua. Y así estaba mi alma sin poder salir de ese abismo.

“¿Cómo caí en él? Ya lo verás. La noche de la tragedia en el Huerto de Gethsemaní sufrí la más horrible sorpresa. El ver a Judas guiando a los que venían a prender al Maestro, fue una espantosa revelación que me aturdió casi hasta hacerme perder el sentido... ¡Cielos! ¡Tal infamia en uno de sus Doce! ¡No podía creerlo!... Sentí a Pedro y Tomás gritar coléricos, choque de espadas y de lanzas, el Maestro atado y llevado rápidamente. Y nosotros como un montón de corderos asustados, mirando su blanca silueta que se perdía a lo lejos. Después el correr enloquecidos, sin saber a dónde, sin rumbo fijo como infelices chicuelos sorprendidos por una piara de lobos...

“Nos perdimos de vista unos a otros, nos buscábamos y ninguno se encontraba..., ¿qué se hizo de la gran unión y compañerismo que habíamos tenido durante más de tres años de convivir en torno al Maestro?

“Éramos doce hombres robustos, sanos, fuertes, algunos jóvenes y ninguno viejo incapacitado para la defensa. ¡Y los doce fuimos cobardes, incapaces, inútiles!..., iy le dejamos maniar y llevar al presidio, y cargar con su propio patíbulo y levantarle sobre él, y morir como un malhechor!...

“Vi como el Príncipe Judá y el Hack-Ben Faqui, le defendieron de la turba de esclavos y bandoleros soeces que querían escupirle y apedrearle en el camino hacia el Calvario..., y ¡que el africano cargaba con la cruz para aliviarle a Él que se doblaba bajo su peso!... ¡Ellos no eran de los Doce! ¡Y nosotros!..., ¿qué hacíamos nosotros?... María, ¿qué hacíamos? ¡Mirarle de lejos como embrutecidos por el miedo, por el susto, por el espanto!...

“¡Hasta vosotras las mujeres, llorando, desmayándose, agonizando de angustia llegasteis hasta el pie de su patíbulo, y recibisteis las lágrimas que caían de sus ojos y la sangre que manaba de sus manos y pies!...

“El Scheiff Ilderín desbandaba al populacho a empellones con su caballo, la Druidesa gala les aterrorizaba con las llamaradas rojas de cien fuegos que encendía en los barrancos...

“Y sus Doce..., sus íntimos, sus elegidos para continuar su obra redentora del mundo..., ¿qué hacíamos?..., ¿dónde estábamos? ¡Santo cielo! ¡Judas le había entregado!... ¡Pedro le había negado!..., ¡y todos por fin, entre los barrancos y abrocales del monte, como gamos asustados, no fuimos capaces de hacer nada por Él en aquella hora suprema de su dolor!...

“¿Cómo no había de aplastarme, María, la convicción profunda de mi incapacidad, de mi nulidad, de mi torpeza, de mi absoluta *nada*, puesto que nada era capaz de hacer?

“Cuando Él era ya muerto y el monte quedó vacío..., aparecimos para ayudar a sepultarle..., a gemir sobre su cadáver, a transportarle a la gruta que sería su sepulcro... Todo este desfile trágico de escenas, de sucesos, de personajes, fue pasando lentamente como las perlas negras engarzadas en mi collar de recuerdos, y fue agrandándose día a día el negro abismo de la propia miseria y debilidad hasta el punto de dejarme reducido a un muerto que anda...

“Si a todo esto añadimos el terrible interrogante que me hice la misma noche en que sepultaron al Señor: ¿Es esto el glorioso Reino de Dios que se iba a establecer en el mundo? ¡Creo que hay causa más que suficiente para que un corazón de veinte años se destrozara a pedazos, y el más negro pesimismo hiciera presa de mí!...

Se hizo entre ambos un penoso silencio. María lo rompió por fin.

—Comprendo bien todo esto, Juan, y desde el principio lo había comprendido, a través de mi propio corazón. Y estoy segura que todos, quien más quien menos, hemos pasado por parecidas luchas, dudas y terribles estados de ánimo en general. Pero todos los demás han reaccionado hasta encontrar el camino elegido para desenvolver sus actividades como misioneros de Cristo... ¡Hasta Judas!... ¡Pobre Judas!... ¡Ha encontrado el modo de castigar su delito de ambición y deseos de grandeza,

haciéndoles de criado a los leprosos de las grutas, y disputándoles a los perros hambrientos los cadáveres de los ajusticiados, recogiendo del muladar para darles tranquila sepultura!...

—¿Cómo has llegado a conocer eso, María?...

—Pedro nos lo dijo en Betania. Ha hecho más todavía: ha excavado debajo de su cabaña de piedra en Acéldama y ha formado una cripta con salida a unos barrancos inaccesibles, y en ella alimenta y oculta a los perseguidos y condenados a muerte, en memoria de su Maestro al cual entregó a la muerte, creyendo que lo entregaba para hacerlo Rey de Israel.

“También para Judas, las rosas se van y sólo quedan las espinas. Para Zebeo lo mismo. Para Matheo igual...; Santiago, tu hermano regó con su propia sangre el rosal del Maestro. Breve fue su camino y trágico y sangriento su fin..., pero lo había encontrado y lo seguía valientemente...

—Solo falta que me digas, María, que soy yo solo el retardado, que solo yo no trato de borrar mi nulidad de ayer con mi capacidad presente...

—Te lo digo, Juan, es cierto. No te ofendas por mi franqueza... Dime ¿te importa que yo viva unos años más?... —Y los dulces ojos oscuros de la joven se clavaron fijos en el rostro de Juan.

—Sí... María..., ¡me importa mucho!..., ¡no quiero que te vayas detrás del Maestro y me dejes solo!... ¡Nos iremos juntos cuando suene la hora! ¡Ahora no, por favor!... ¡Tengo que encontrar mi camino antes que las últimas rosas se vayan!...

María contempló un momento el frondoso rosal que cubría la glorieta y llegaba hasta el suelo cubierto de césped...

—¡Aún hay muchos capullos sin abrir!... —murmuró como hablando consigo misma—. Tienes tiempo, Juan, si comienzas hoy mismo.

—¡Pues ya comienzo!... ¿Quieres ir conmigo junto a Zebeo?...

—Si la Madre te deja partir y Lázaro me lo permite a mí, ¡quiero ir a aquel país donde espero que dejes de ser cobarde!...

—¡María!..., ¡qué dura es tu palabra y que merecida la tengo!...

—El conocer lo poco que somos es el primer paso para llegar a ser algo —dijo Leandro, presentándose de improviso en la glorieta—. He conseguido arreglar magníficamente vuestra excursión al país del Nilo.

“Conformidad absoluta en todos. Lázaro, Martha y María. Eleazar con su esposa y sus tres hijas. Y como aún me falta visitar al tapicero Hanani y al Castillo de Mágdalo, acaso se aumenten los viajeros y las golondrinas galileas emigren juntas en bandada a la tierra de los Faraones. Aquí, ya lo has dicho, Juan, las rosas se van con el otoño, pero en el Lago Merik las rosas de Ipsambul viven hasta en el invierno...

Juan comprendió el símil que hacía Leandro entre la vida de las rosas y la vida de María, y contestó con tristeza:

—Iremos allá donde las rosas viven más largo tiempo.

María lo había comprendido también, y para ocultar sus pensamientos miraba fijamente las rosas a medio abrir que tenía entre sus manos... Por fin dijo con su vocecita apagada:

—Que las rosas se vayan o se queden, no es de gran importancia. ¡Lo que sí importa mucho, Juan, es que el rosal interior de un Apóstol del Cristo florezca siempre..., siempre..., sin marchitarse jamás!

34

GOLONDRINAS GALILEAS EMIGRAN

En la apacible tarde de aquel otoño de Nazareth, Juan se acercó a Myriam que a la sombra de los nogales tejía calzas de lana hilada y teñida por ella. Se sentó a su lado y le dijo:

—Madre buena..., ¿me permites ir por un tiempo a Alejandría con nuestro hermano Zebeo?

Ella le miró sonriente antes de contestarle.

—La avecilla agonizante revive y quiere tender el vuelo —dijo, dejando en sus rodillas el tejido, dispuesta a la conversación iniciada por Juan.

—¡Sí, Madre!... Parece que mi alma revive como si nuestro Señor estuviera haciendo conmigo igual que con los inválidos a los que decía: “*¡Levántate y anda!*”

—¡No lo dudes, hijo mío! Él estará haciendo contigo tal como dices. Y no sé, Juan, como tardaste tanto en sentir la fuerza de su amor impulsándote a vivir. Has pasado diez años como en un sepulcro, y no sabes cuánto he rogado a Él para que te volviera a la vida como hizo con el hijo de Myrina, la viuda de Naím.

“Y si este viaje que proyectas ha de ser para una reacción completa, claro está que mi corazón te deja partir, pues me imagino que ha sonado para ti el “*Levántate y anda*”, con que mi Hijo hacía andar a los que vivían tendidos en una piel de cabra o en una silla de ruedas.

—Irá también Lázaro con Martha y María, y no sé si algunos más... Esperamos ver allí también a Matheo que hay noticia de que vuelve de Etiopía y se ha detenido en Ipsambul desde donde subirá hasta Alejandría.

“¡Madre!... ¿Tú no querías ir también allá? El viaje es corto y no ofrece peligro alguno. Nuestro gran amigo Simónides nos pone un barco a disposición.

—¡Oh, no, Juan..., eso no! ¡Os veo contenta correr vosotros por todo el mundo, pues Él lo quería así! pero yo, hijo mío..., yo soy como la vieja lámpara de este hogar que fue su hogar, y donde Él me dejó, quiero vivir

y apagarme aquí mismo, como se apaga una luz que ha consumido todo el aceite. Podéis ir todos muy tranquilos que cuando volváis, aquí mismo me encontraréis. Mi Yhosep me ha dicho en sueños que él está encargado de avisarme cuando se acerque la hora de la partida, para que tornéis todos a mi lado a despedirme... No es todavía, hijo, no te alarmes... Aún encenderé muchas veces la lámpara que alumbraba el camino por donde siempre le espera mi corazón aún sabiendo que no vendrá... Mi gozo es hacerle ver que le espero... ¡que le espero siempre!

—Aunque es verdad que he estado como un muerto que anda, no olvidó Madre mi promesa de vivir en tu hogar hasta el último día de tu vida en la tierra. Es lo único que estoy seguro de cumplir. Iré a Alejandría y volveré a tu lado, no para aumentar tu pena como hasta ahora, sino para ser tu fortaleza y tu alegría en los últimos años de tu vida.

“Y cuando vuelas al Reino de Dios... ¡Oh, Madre!...

—No me iré, Jhoanín..., pequeño Jhoanín, hasta que te vea fuerte y seguro en tu camino de Apóstol del Verbo de Dios... Me parece verte aún, el día que llegaste a la vida en el ruinoso Santuario de Silo hace treinta y un años. ¡Quién nos había de decir, Jhoanín, en aquel entonces, que todos los que estaban con nosotros, habían de partir al eterno descanso, dejándonos en soledad a ti y a mí a llorar juntos la larga ausencia de los amados!

“¿Cómo había yo de pensar que ese chiquitín rubio que nacía en las ruinas del viejo Santuario de las glorias de Samuel, sería un día mi compañero de soledad?

“Te doy pues mi permiso, y mandaré contigo grandes bendiciones para los hijos ausentes tan amados de Él..., y también de mi corazón, Matheo y Zebeo, a quienes mi Hijo gustaba de llamarles *Leví y Nathaniel*, recordando los nombres de sus padres que fueron tan siervos de Dios y del prójimo. Ambos habían sido terapeutas Esenios del Tabor, hasta que ya en la edad madura tomaron esposas elegidas entre las doncellas coristas del Santuario.

—Parece que en el país del Nilo les conocen por Zebeo y Matheo de Palestina simplemente y los creen hermanos consanguíneos— añadió Juan.

La aparición de Jaime y Leandro acompañados de Lázaro interrumpió la conversación.

—La paz sea con vosotros —dijo Lázaro—. Madre Myriam, parece que volamos lejos...

—Ya lo sé y estoy contenta de ello; ¿sabes por qué?

—Todos sabemos por qué —contestó Jaime—. Los pajarillos débiles se agostan en nuestra tierra y bueno es que busquen climas serenos.

—Es verdad —afirmó Lázaro—. Nuestra pequeña María no recobra

fuerzas. Este hermano extranjero cree que viendo otros horizontes volvería a ella el deseo de vivir con lo cual ganaría mucho su organismo físico. Y vamos a probar.

—Está bien pensado —dijo Myriam—. Es indudable que hay un penoso ambiente de tristeza en nuestra tierra que se hace más y más notorio cada día. Las llamas del odio encendido en el Templo que fue siempre Santuario de consolación y de paz para todo buen israelita, no puede menos que extender sus reflejos por todo el país. Nuestro santo Templo se ha convertido en cámara de torturas y de muerte. Es espantoso pensarlo. Las santas viudas y las vírgenes han huido espantadas desde la retirada de los Sacerdotes que eran Esenios. Una de ellas originaria de Nazareth, ya anciana, y que fue compañera mía en mi juventud lejana, vino a verme de paso a la Cabaña de las Abuelas en el Tabor, donde se ha refugiado.

“Ya no es sólo sangre de animales la que corre en el Santo Templo sino también de seres humanos.

“Los sagrados claustros han sido manchados con sangre de hermanos. El odio ha separado a los que antes comían a la misma mesa. Desde que un vástago del viejo Herodes se apoderó del trono, estamos peor que con los gobernadores romanos. No sé, hacia qué desventurado abismo corre este país.

—Nuestra Tierra de Promisión —añadió Jaime— se ha tornado en tierra de maldición.

—Hay una inexorable Ley de transformación evolutiva —dijo Leandro—, y ella se cumple en los pueblos, en los países, en los continentes y en los mundos, como igualmente en los seres que los habitan.

“A mi modo de ver, vuestro país está pasando por uno de esos estados.

“De aquí a tres días, venerable señora, partimos de vuestro país a las riberas del Nilo, donde por hoy se puede vivir en paz. Nos detendremos sólo un día en Jerusalén, de visita y despedida; y otro viajando a Joppe donde nos espera el barco que nos llevará al país de los Faraones.

—Todos estos que tú llevas de mi lado, son mis hijos —continuó Myriam—, y me fueron dejados en herencia por ese gran Hijo que desapareció de nuestro horizonte como el sol se esfuma en el ocaso.

“Espero que me los devolveréis sanos y salvos, con las almas llenas de esperanza y de fe.

—Vuestras palabras son santas, y han de cumplirse en todo su alcance —le contestó Leandro.

Tenía él un documento firmado por el Alabarca de Egipto, representante del Gobierno Romano y que estaba en buenas relaciones diplomáticas con Herodes Agripa. Esto y la secreta amistad que el oro de Simónides alimentaba con los funcionarios romanos de Jerusalén,

daría a los viajeros todas las facilidades necesarias para salir del país sin que nadie les molestara.

En esta reunión familiar estaban cuando llegó Boanerges, el joven trovador del Castillo de Mágdalo, donde estuvieran Leandro y Ahmed el día anterior.

María les había recibido afablemente aunque el psicólogo Leandro descubrió en ella una angustiada desolación interior, que se transmitía viva y cortante como un puñal agudo que llevara clavado en el corazón.

En nombre de Zebeo le había manifestado su invitación para ir a Egipto, si había de encontrar placer en ello; pero ella había rehusado salir de su retiro de Mágdalo.

—Aún es demasiado pronto para buscar una nueva vida en el olvido —había contestado ella—. Diríase que los grandes dolores celebran con el alma que los sufre un desposorio eterno que la sigue hasta más allá de la muerte.

“El alma se resiste a todo consuelo y si alguno hay para ella es el de seguir padeciendo ese mismo dolor.

“Un viaje a países desconocidos acaso me traería el olvido. Y mi corazón no quiere olvidar.

Buscando amenguar ese dolor que a Leandro le hacía daño, le había dicho que su gran amor a un ser que era un resplandor de la divinidad misma debía hacerle sentir su presencia en todo cuanto le rodeaba.

—Esa divina presencia está en vos misma y encontrándola allí, como perpetua posesión vuestra, el alma se aquieta y no la busca más en el mundo exterior.

Pero aquella mujer había encontrado el supremo Ideal de su amor en el Profeta Nazareno, al que había ungido con perfumes y ofrecido el incienso ardiente de su adoración profunda, no había subido aún el sagrado altar de todas las renunciaciones, y no podía sentir en el fondo de su alma la invisible presencia de su amor divinizado.

Era demasiado pronto aún para que ella comprendiera y sintiera, eternamente vivo, al Ideal divino que la había hechizado.

Leandro comprendió perfectamente el estado de alma de aquella mujer y le dijo al despedirse de ella:

—Las heridas de amor, solo las cura el amor. Seguid amándolo, señora, y el amor le hará vivir para vos.

—Gracias —le contestó ella—, es eso lo único que comprendo.

Leandro había visitado también la casa de Hanani el tapicero y encontró duelo en la familia. Había fallecido su esposa y esto le traía complicaciones y problemas que hacían allí indispensable su presencia y que sólo él podía solucionar.

Dijimos que la reunión familiar en el huerto de Nazareth, fue interrumpida por la llegada de Boanerges el trovador del Castillo de Mágdalo, que solicitó hablar con el mensajero de Zebeo, Leandro de Caria. Este se levantó enseguida y le guió a la glorieta del rosal té que era como un santuario pequeño, con suaves penumbras y un cálido ambiente propicio a las confidencias.

—Yo parto contigo —fue la frase inicial del joven poeta y músico, que durante tantos años hiciera con su lira y con sus versos el encanto espiritual del viejo castillo.

—¡Muy bien amigo! Me place tu resolución —le contestó Leandro—. ¿Puedo saber a qué se debe el cambio de resolución? Ayer no estabas dispuesto a partir.

—Me dispuse anoche —contestó Boanerges—. La señora del Castillo ha tenido grandes bondades conmigo en los diez y seis años que he vivido allí, tal como si hubiera sido un hermano menor al cual debía ella protección y amparo. No podía dejarla sola con el inmenso dolor que va consumiendo su vida lentamente.

“Es verdad que tiene amistades y servidumbre que la rodean con amor, pero mi laúd y mis canciones formaban parte de su vida solitaria, y no creí justo privarla de ese pobre consuelo por el placer mío de viajar al extranjero.

“Y me había resignado a seguir sufriendo la agonía de vivir tan cerca, viéndola todos los días y retorciendo mi corazón que se quejaba en lo hondo de mi pecho...

“Pero ella misma me aconseja que parta contigo...

Leandro oyó, pensó y guardó un rato de silencio.

—¿Puedo saber la edad que tienes?

—Veintinueve años, ¿qué falta hace saber la edad para viajar contigo?

—Para viajar, no hace falta, pero sí necesito saberlo para comprender lo que me acabas de decir —contestó Leandro—. Me has explicado las grandes bondades que tuvo para ti la Castellana de Mágdalo, dándote el trato de un hermano siendo que sólo eras un servidor... Luego añades que estabas resignado a continuar sufriendo el tormento de vivir a su lado, viéndola y debiendo retorcer tu corazón...”

—Si ignorando tú mi tragedia interior, puedes aceptarme como compañero de viaje lo agradeceré inmensamente... Acaso un día..., allá en tierra extranjera pueda confiarme a ti. En catorce años de guardar un secreto se ha hecho carne en mi corazón y no sale de allí con facilidad. Perdóname...

—Lo comprendo muy bien, amigo, síguelo guardando hasta que tu joven corazón necesite descargarse de él; en mí tienes un amigo verdadero, y más aún, me atrevo a decir un hermano mayor.

“Voy viendo que en esta tierra las almas son silenciosas, concentradas y valientes..., muy valientes para la inmolación de sí mismas, para el renunciamiento, para el sacrificio... Acaso por esto, el Avatar Divino eligió esta tierra para vivir su vida de hombre.

—Traigo aquí el dinero para mi viaje —y alargó a Leandro un bolso pequeño de seda púrpura.

—Guárdate tu dinero, que el viaje de los súbditos del Rey de Israel, según el anciano Simónides, se carga al tesoro del Rey...

—La señora ofrece la carroza grande del Castillo porque sabe que viajan mujeres y entre ellas la pequeña María que es muy delicada —dijo Boanerges.

—Es verdad y te ruego darle las gracias de mi parte y en nombre de todos los viajeros.

—Así lo haré, ¿cuándo partimos de aquí?

—Mañana a la segunda hora, o sea antes del mediodía.

Se unieron a los demás viajeros bajo la sombra de los nogales, y Boanerges dijo en alta voz:

—También yo doy un vuelo hacia el país del Nilo.

—¿Tú?... —interrogó la pequeña María—. ¡Y lo dices casi llorando!...

—Es otra golondrina enferma que busca curarse en lejanos climas —dijo el tío Jaime, mirando afectuosamente al joven.

—¿Qué hará el Castillo de Mágdalo sin trovador? —preguntó tiernamente la *venerable señora* como la llamaba Leandro, y al mismo tiempo hacía ella señal de acercarse a Boanerges. Él se acercó y dobló una rodilla en tierra para quedar a la altura de ella, sentada en su silloncito de junco.

—Dirás a María que también yo quedo sin mi Jhoanín y que quiero que unamos nuestras soledades que se van haciendo cada día más grandes.

La mano maternal de Myriam acarició la cabeza castaña de Boanerges, diciéndole como siempre:

—Te bendigo en su Nombre, hijo mío. —El joven besó aquella suave mano que le bendecía y antes de alejarse dijo:

—La señora se despide por intermedio mío de los viajeros, porque no se encuentra con ánimo de hacerlo personalmente. —Y dicho así se alejó.

—Ya lo suponía —observó Lázaro—, cuando no contestó a mi anuncio de visitarla.

—Así pasan los años —observó Myriam—, ¡ese corazón no revive más!

—Desde hace diez años, esta es la tierra de los corazones muertos —dijo el tío Jaime—. ¡Oh, Yhasua... Yhasua! ¡Seguramente nunca pensaste dejar tras de ti un surco de dolor tan profundo! —se hizo un gran silencio.

Un pálido sol de otoño se hundía detrás de las colinas lejanas y un ruiseñor desgranaba las perlas de cristal de su gorjeo melancólico, desde lo alto del cedro, mientras las bulliciosas alondras buscaban en los nogales el tibio refugio de los nidos.

A la mañana siguiente, a la segunda hora salían de Nazareth nuestros viajeros con rumbo al sur por el trillado camino de las caravanas.

Lázaro y las mujeres viajaban en carroza, de las pesadas y grandes carrozas usadas en aquel tiempo para largos viajes de ancianos, mujeres y niños; y Leandro, Juan, Boanerges y Ahmed a caballo, le hacían escolta.

Cuando vieron de lejos los formidables muros de Jerusalén, Juan perdió el aspecto de infantil alegría que le había animado desde la salida de Nazareth.

—¡Cuanto daría —dijo deteniendo su caballo—, por no traspasar la puerta de esa ciudad de muertes y de odio!...

—No entres —le contestó de inmediato Leandro—. ¿Qué necesidad tienes de atormentarte así?

—Puedes esperarnos en la posada “*Domus Aurea*” que está en el Valle del Hinom, y que guarda la salida de los almacenes de la Santa Alianza en el subterráneo de la Fortaleza del Rey Jebuz. ¿No lo recuerdas, Juan? —Y al decir así, Ahmed acercó su caballo al de Juan, que se había puesto intensamente pálido.

—¿Qué he de saber de la posada “*Domus Aurea*” si desde que se fue el Maestro no volví a Jerusalén?

—Pues hace varios años que nuestro jefe Simónides instaló esta posada que en sus bodegas oculta la salida de la fortaleza subterránea. Fue mi primer hogar en esta tierra, mi segunda patria, cuando el Señor nos trajo del Monte Hor y nos distribuyó como pajarillos huérfanos entre sus amigos de Jerusalén.

—Empiezo a vivir ahora y no debe sorprenderte mi ignorancia sobre este particular —le contestó Juan.

Ahmed dio las órdenes al mayoral de la carroza para que con Leandro y Boanerges entraran a la ciudad por la puerta de Sión y fueran directamente al palacio Ithamar, y él y Juan se apartaron por el camino de las canteras al norte de la ciudad dirigiéndose al Valle Hinom profundo y sombrío al pie del Monte Sión que sostenía como ciclópeo pedestal a la ciudad de David y Salomón. Al llegar a un pintoresco cerro cubierto de higueras, de encinas enanas y de amarillentas vides, Ahmed hizo alto para señalarle a Juan un punto determinado.

—Allí está la Gruta de Jeremías donde el Señor nuestro, acudía algunas veces y donde habitó tu hermano Santiago los diez años de su apostolado en Jerusalén. ¿Quieres que lleguemos allí a orar un momento?

—Sí —dijo Juan—. Vamos...

Y dejando el trillado camino se desviaron un poco hacia el sur. Conservaba el aspecto de un sitio salvaje y poco frecuentado en los alrededores.

—Todo este cerro y la campiña que le rodea —dijo Ahmed—, es propiedad de Helena de Adiabenes, la viuda del rey Abenerig que tiene ahora su palacio en Jerusalén y ha restaurado las Tumbas de los Reyes que están dentro de sus tierras administradas por nosotros bajo las órdenes de Simónides. Yo vengo por aquí con frecuencia y más allá, por los olivares del príncipe Jesuá, en la época de la cosecha. También Simónides administra a su viuda y a sus hijos que hoy residen en el golfo de Nápoles, en Gaeta.

—Este buen Simónides, es el *genio del comercio honrado*, como decía nuestro Maestro —observó Juan—, y me asombra su energía a los noventa años de vida.

—Efectivamente es admirable. Me ha tomado gran confianza, por lo cual me obliga a venir de Joppe dos veces al mes, para ponerme al tanto de toda su vasta red de los negocios a su cargo, a fin de que cuando él falte de este mundo, podamos sucederle con ventaja entre los diez muchachos que el Señor puso bajo sus órdenes, cuando el Príncipe Melchor nos entregó bajo su tutela en Monte Hor. Después de la tragedia del Gólgota fuimos bautizados por el Apóstol Pedro y adoptamos nombres romanos, cuando el príncipe Judá consiguió para nosotros carta de ciudadanía romana. Mi nombre romano es *Marcio de Astrea*. A todos nos ha sido dado como apellido el nombre de las Villas que están entre las posesiones del príncipe Judá en el Lacio.

—Antes —dijo Juan—, éramos tan enemigos de Roma y de todo lo que fuera romano, y la triste realidad de hoy nos lleva a buscar seguridad y protección en Roma, porque los enemigos están en casa. ¡Cuán triste es todo esto, Ahmed!

—Es así para ti, que no has salido aún de tu tierra natal, pero para los que hemos recorrido un poco de mundo, la cuestión cambia mucho. Para los que recibimos la educación espiritual del Príncipe Melchor y después del Cristo Ungido de Dios no hay ni debe haber preferencias para ningún país.

—Es verdad —dijo Juan—, y es también lógico, puesto que la eterna ley de las existencias múltiples nos hace habitantes de diversas regiones de la Tierra. ¡Oh!..., el Maestro cambió para nosotros la faz de la tierra, trazó nuevos caminos, enderezó los viejos, y abrió uno breve, luminoso desde la tierra a su Reino Eterno.

Se desmontaron en la espesura del bosque de higueras y encinas que escondían la Gruta de Jeremías.

Al penetrar en ella por la rústica puertecilla de troncos que ya conoce el lector, la emoción de los recuerdos asaltó a Juan tan intensamente que a un paso de la entrada cayó de rodillas y se dobló con la frente sobre el pavimento de tosca piedra.

¡Las veces que había estado allí mismo con su Maestro, con Pedro, Zebeo, Andrés y Matheo, o todos juntos los Doce, después de haber asistido a las ceremonias del Templo en las fiestas reglamentarias! ¡Y ahora, sólo con un extranjero y en momentos que huía de la patria ensangrentada por los odios y ardiendo en discordias y tiranías, su alma sensitiva en extremo, sentía como si algo muy profundo se arrancara de su pecho!...

Ahmed fue abriendo puertecitas interiores que daban paso a puertecillas que Juan desconocía.

—Esta fue la habitación de tu hermano Santiago —díjole el árabe abriendo otra puerta más interior—. Está como él la dejó.

Desde la puerta, Juan la recorrió con la mirada. Una túnica roja estaba sobre el lecho y el libro de los salmos.

—Dejo el mío y tomo el suyo —dijo Juan—, cambiando su libro por el de su hermano. Así tendré un recuerdo suyo.

—Esto fue transformado poco después de la muerte del Señor.

“Nuestro jefe Simónides no se deja sorprender por los acontecimientos, y allí donde él puede poner la mano y preparar refugios seguros para los que se vean perseguidos, no lo retarda un momento. Y antes de cumplirse un año de aquella gran tragedia, hizo ampliar estas grutas y en distintos lugares alrededor de Jerusalén hay refugios como éste, que son ocultas y cómodas viviendas hasta para familias enteras.

Llegaron al pequeño Santuario, donde años antes había orado el Maestro, los ancianos Esenios que solían acompañarle en su juventud, los Doce íntimos suyos cuando convivía con ellos y por fin su propio hermano, el mártir Santiago, que habitó aquellas grutas durante diez años consecutivos. Las flores de las ánforas estaban marchitas, los pebeteros apagados, los cirios a mitad consumidos. Sólo ardía una gran lámpara de aceite colgada de la techumbre ante las Tablas de la Ley y los Libros de los Profetas.

—¡He aquí lo único que vive! —exclamó Juan—. ¿Quién la enciende?

—Un terapeuta esenio que cuida de los leprosos y que viene aquí cada tres días a renovar el aceite.

Se hizo un profundo silencio, que pareció poblarse de suaves presencias invisibles que acompañasen a los vivos en la melodía sin notas de la adoración y la plegaria.

—Parece que me despido de todos estos lugares que tan amados me fueron —dijo Juan cuando salían de las grutas.

—Apresuremos la marcha —dijo el árabe—, porque nuestros compañeros ya estarán en el palacio Ithamar. —Sus buenas cabalgaduras les llevarán en breve tiempo a través del bosque de sicomoros que sombreaban el profundo valle del Hinom, a la posada *Domus Aurea* que daba entrada a la Sede Central de la Santa Alianza en Jerusalén.

En aquella gran sala subterránea que parecía la sala *hipóstila de un templo egipcio*, según la calificara el Maestro en aquella gran Asamblea de su inauguración, Juan encontró a dos antiguos amigos: a aquel Santiaguito de los años adolescentes del Maestro, y a Nelio el ex giboso curado por Él en un arrabal de Antioquía, quienes eran los guardianes y escribas de aquel gran local, donde los mendigos de Jerusalén dejaron de ser mendigos desde que el Soberano Rey de Israel fundara la Santa Alianza, esa vasta Institución de socorros y ayuda mutua.

A mitad de la tarde llegó el anciano Simónides, llevado en litera para economizar fuerzas, según él decía.

—¡Oh, pajarillo enfermo! —le dijo a Juan, abrazándolo con ternura de padre—. No quería que partieras sin verte y a eso he venido. ¡No quieres ver Jerusalén porque el recuerdo te consume la vida! ¡No tienes, pobrecillo, la corteza dura de este viejo que resiste todas las tempestades!

“Seguramente estás apenado porque te faltan tus padres y ahora también tu hermano mayor; pero yo te haré ver que nuestro Rey Inmortal te ha dado tanto como has perdido. Te ha dado por madre a su propia madre, y si quieres un padre inamovible y duro como un cedro viejo arraigado en la peña, aquí me tienes a mí, a quien no arrastran ni veinte yuntas de bueyes, cuando yo no quiero moverme”.

Juan estaba tan conmovido que no podía pronunciar palabra.

—Es grande mi agradecimiento al Maestro —dijo por fin, cuando pudo hablar—, por los padres que pone junto a mí en la soledad; pero valgo tan poco que mucho temo defraudar a los que así me aman sin merecerlo.

—¡Hombre! eres el Benjamín de nuestro Soberano Rey —dijo el Anciano—, y tal como ese hijo del Patriarca Jacob, podemos pensar que tu papel en la vida sea dejarte amar hasta que el amor te haga fuerte y vigoroso para honra y gloria del Maestro que te eligió. No te apesadumbres por eso, que cuando sea la hora ya te crecerán las alas y ¡quién sabe si no volarás más alto que los demás!

“Como ya sabes que yo soy el administrador de los tesoros de nuestro Rey, aquí tienes lo que Él te asigna como renta anual para tus necesidades en tierra extranjera. —Y le alargó un bolsillo de seda azul con monedas de oro—. Es moneda romana que te sirve en todos los países donde reina la loba... ¡Oh, la loba romana, me la comería cruda con su César y sus legiones si pudiera comer carne de animal inmundos..., pero el amor de

mi Rey Eterno me obliga a morderme yo mismo, a fin de proteger a los que Él ama y ha dejado a mi cuidado!...

“¡Toma, hijo, toma!, ¡que no soy yo quien te lo da sino Él! ¿Vas a despreciar su don?”

Juan ya no resistió más y ahogando un hondo sollozo se abrazó del Anciano y rompió a llorar como un niño.

El viejo se sintió de verdad padre y abuelo, y estrechó la rubia cabeza de Juan sobre su viejo corazón que creyó abrazar en ese instante la adorada cabeza de su Rey de Israel.

Dos días después el hermoso velero blanco “*Quintus Arrius*”, soltaba amarras en el puerto de Joppe y se hacía a la vela rumbo al occidente. Se habían sumado a los viajeros galileos los diáconos Felipe, Nicanor con Adín o Policarpo que era ya un apuesto jovencuelo y la pobrecita Rhoda otra avecilla enferma de tristeza que buscaba paz y consuelo en las tierras que baña el Nilo.

35

A BORDO DEL “QUINTUS ARRIUS”

Para los viajeros galileos que nunca salieron de la tierra natal, la vista del mar con su anchurosa inmensidad, era en verdad un espectáculo grandioso que en los primeros momentos les exaltó casi hasta el delirio.

Era un hermoso amanecer de otoño, sereno, tranquilo, con la radiación oro y púrpura del sol naciente que deshojaba rosas encarnadas sobre la inolvidable superficie del Mar Grande en calma.

Y nuestro irremplazable Simónides había dado las órdenes necesarias para que el Capitán del velero aceptase solo mercancías livianas y ningún pasajero, con el fin de que los súbditos de su Rey Eterno, según él decía, se sintieran como en su propia casa.

El “*Quintus Arrius*” era un barco pequeño de los usados para viajes ligeros, sin tener que detenerse para cargar y descargar en los puertos en que hiciera escala, sólo por el placer de los viajeros en conocer tierras extrañas.

El Capitán era uno de los hijos de aquel tío Gabes que el Maestro sacó de la prisión, mediante la reconstrucción de la destrozada estatua del rey Herodes llamado *el Grande*. Su padre había muerto el año anterior, y Simónides providencia viviente de sus compatriotas y más aún de la larga parentela de su Rey, los había empleado a todos en las vastas actividades del comercio honrado que era su vida propia, y les había trasladado a Tiro con el fin de preservarles de los odios de la tierra natal y también para facilitarles las tareas que había asignado a unos y otros,

sin dejar inactiva a la viuda y sus hijas mujeres que eran las encargadas de la Santa Alianza en aquella capital.

Tenía el joven Capitán solo veintinueve años y su nombre era Saúl. Era el mayor de los hijos del segundo matrimonio de Gabes, y como es natural tenía sobre sí el peso y la responsabilidad del sostenimiento de la familia.

Había tenido un duro desengaño de amor que juntamente con la reciente muerte de su padre habían transformado su carácter de expansivo y alegre en taciturno y reconcentrado en sí mismo. Pero una oportuna epístola de Simónides recomendándole muy especialmente los pasajeros que conduciría hasta Alejandría, hizo que el joven Capitán reaccionara un tanto para hacerse amable a los viajeros.

Iba allí una porción de gente joven, si bien cargados todos de preocupaciones y dolores, como es natural en seres que llevaban en sí mismos tragedias terribles y que huían de la tierra natal donde hasta el aire estaba saturado de terror, de espanto y de sangre.

Los hombres jóvenes subieron de inmediato a la cubierta con Leandro. La pequeña María y Rhoda que ocupaban la misma cámara se tendieron en sus lechos porque un principio de mareo, muy propio del que nunca ha viajado por mar, las invadió luego de salir del puerto. Enterado Leandro del pequeño incidente, les hizo beber un jarabe y mentalmente les mandó dormir durante una hora.

Martha y Lázaro, muy apegados al terruño donde quedaba todo su mundo de amores y de recuerdos, entraron a su cámara y durante un largo rato la emoción de la partida no les permitió articular palabra.

A momentos les parecía una ligereza, una imprudencia, el haber abandonado su tierra, su hogar, sus intereses, para saltar como pájaros perseguidos por los buitres, a un país extranjero del cual apenas llegados estarían deseando volver.

Por fin, Lázaro que veía a la muerte perseguir de cerca a su adorada hermanita, que era como su hija única, pues quedó sola con él de pocos años a la muerte de sus padres, reaccionó con ese doloroso recuerdo...

—Martha —le dijo—, piensa que lo hacemos únicamente por María.

“Si con esto podemos retenerla un poco más en la vida al lado nuestro, ¿debemos arrepentirnos de este viaje, hecho sólo con ese fin?”

—¡Tienes razón, Lázaro!... Por un momento he sido un poco egoísta pensando en lo que dejo y no en lo que deseamos conseguir. Nuestro Divino Maestro esperaba mucho de María, y en efecto: enferma y toda la pobrecilla ha hecho revivir a otros que parecían más fuertes que ella.

“Pedro y todos los demás, tú sabes bien en el estado de desaliento en que estaban cuando el Señor partió a su Reino y cesaron las apariciones, y vieron partir al Príncipe Judá, al Hack-Ben Faqui, al Scheiff Ilderín,

a Vercia... Y de aquella confianza secreta que tuvieron con nuestra pequeña María en el Cenáculo de Betania salieron como transformados. Tú debes recordarlo bien.

—Sí, Martha, sí, y nunca he podido darme cuenta de lo que aquello pudo ser. Interrogué a María como tú sabes, pero ella sólo sabe decir que se pusieron en oración y ella se quedó dormida profundamente.

“Cuando se despertó que todos se abrazaban llorando y después, de hinojos, daban gracias al Señor por la fuerza, la luz y el amor que habían recibido en aquellos momentos de oración.

“Lástima grande que entonces no estuvo Juan allí, que acaso se hubiera reanimado también.

Y mientras los esposos departían confidencialmente, subamos a cubierta, lector, y observemos lo que allí pasa.

Era la mitad de la mañana y el sol brillaba como una lámpara de oro sobre el mar.

Juan con Felipe y Nicanor, conversaban a media voz apoyados en la balaustrada del barco que corría velozmente con sus blancas velas desplegadas al suave viento del sudeste que lo impulsaba en la marcha. Se habían quedado en la popa y seguían mirando la lejana costa de la tierra nativa, que se iba perdiendo de vista hasta quedar convertida en una línea oscura que se hundía en el mar. Leandro con Boanerges y el joven Capitán, formaban hacia la proa un grupo aparte, semejando un padre austero y grave que abriendo las puertas de la Vida, señalara a sus jóvenes hijos los mil y mil senderos que se habría ante ellos y en todos los cuales podían encontrar innumerables tropiezos.

Era el primer viaje que hacía el Capitán y su barco hacia otros continentes, pues siempre viajó desde Joppe a Antioquía, como correo y pasaje simplemente.

En sus largos años de estudio y de perseverantes ejercicios atrevidos y audaces en los Templos egipcios, había dado Leandro un alto vuelo a sus facultades superiores, lo cual le permitía un regular dominio de las leyes, enigmas y misterios del mundo invisible en relación con los encarnados en el plano físico. Y así pudo darse cuenta cabal del estado de decepciones y de profunda pena de Saúl el joven Capitán, como así mismo de la angustia muda y torturante del joven trovador de Mágdalo.

El aura mental de ambos jóvenes era para Leandro un lienzo blanco en que esbozaban ellos mismos con sus pensamientos, todo cuanto vivía y palpitaba en lo más oculto de su mundo interno.

Y su alma como un bajel fuerte y sereno, que ha logrado dominar muchas y bravías tempestades, se llenó de infinita compasión al descubrir que tenía ante sí, dos corazones nobles y buenos, dos claras inteligencias propicias para sembrar en ellas la Verdad, la Ciencia, la

Sabiduría..., toda la belleza de las eternas leyes del Cosmos que podía hacer de ellos grandes hombres conductores de pueblos, en medio de la desorientación y el pánico que se extendía como incontenible marejada en la humanidad.

Y vio a Boanerges como una hermosa ave del paraíso caído en un valle desierto, con sus alas rotas, deshecho y moribundo, sin que hubiera alma viviente que conociera el secreto mal que minaba su existencia y entorpecía las grandes facultades de su espíritu.

Y al joven Capitán del “*Quintus Arrius*”, como un tierno roble arraigado en un árido peñasco, en un clima de sequía, donde no llega a sus raíces el agua fresca del arroyuelo que serpentea por el valle, ni los rayos de un sol benéfico que derrita los hielos de un largo y pavoroso invierno.

Estas reflexiones ocuparon la mente de Leandro durante el silencio que se hizo entre los tres, mientras miraban sin ver la magnificencia del día tiñendo de oro y azul las tranquilas aguas del Mediterráneo.

El pensamiento de Boanerges flotaba como una luz difusa por los jardines de Mágdalo, solitarios y tristes, sin más notas ni más ecos, ni más sonidos que el canto de los pájaros en la verde espesura de sus bosques y el arrullo de las palomas en las arenas doradas por el sol y en los bordes de las fuentes.

El pensamiento de Saúl revoloteaba con ansias de muerte, como una mariposa enloquecida, en torno a la verja de un jardín de Antioquía, donde un príncipe extranjero retenía la mujer de sus sueños conquistada con la magnificencia de su oro, poder fatal contra el cual un joven sin fortuna no podía luchar.

Leandro se sabía fuerte y sereno, pero no pudo evitar que ante tales clarividencias sus ojos se humedecieran de llanto, y su corazón oprimido tuvo necesidad de exhalar un largo suspiro.

Ambos jóvenes salieron de su abstracción y le miraron al mismo tiempo.

—¿Qué os pasa? ¿Os sentís mal? —preguntó el Capitán.

—Creo que sois vosotros dos los que os sentís mal con lo mucho que padecéis, sin beneficio para nadie y con gran daño para vosotros mismos— contestó el interrogado.

—El corazón humano por lo general no entiende de razones..., ¡porque sólo sabe amar!..., y a veces ama lo que nunca podrá conseguir —dijo Boanerges, desviando su mirada al lejano horizonte.

—Y también el corazón humano —añadió Saúl—, ama a veces lo que no merece ser amado.

—Y en ambos casos, el amor se convierte en tormento, en decepción, en un negro pesimismo que entorpece la inteligencia y corta las alas a la voluntad —contestó Leandro, después de lo cual se hizo nuevamente

un largo silencio. El fresco viento del sudeste se había paralizado por completo y una inmensa quietud se extendía sobre el mar, teñido de oro y turquí por el doble resplandor del sol que subía al cenit y del azul celeste del espacio infinito.

Saúl se dirigió paso a paso hacia la proa y subió al puente de mando donde hizo sonar la campana de los remeros. Aún no se había extinguido en el aire el eco del último toque, cuando el “*Quintus Arrius*” se estremeció en un poderoso impulso hacia adelante, porque un centenar de remos quebraron de pronto la quietud de las olas y el blanco velero reinició su marcha veloz hacia occidente.

En el grupo de viajeros que se ubicaron en la popa, sólo para continuar mirando las costas de la tierra nativa que se iba perdiendo en la lejanía del horizonte, el tema de la conversación no era de orden sentimental. Juan con Felipe y Nicanor, rememoraban los trágicos acontecimientos de los últimos años en las provincias de Palestina; mientras el jovenzuelo Adín estrechaba amistad con dos grumetes, ágiles, fuertes y alegres como son de ordinario los que han nacido y vivido entre las jarcias, las velas y los remos.

En su interminable charla, los grumetes dejaron bien informado a Adín de cuanto hubiera querido saber referente al Capitán y su Segundo de abordó, del contramaestre, de los remeros, del cocinero y hasta el lavacopas. Toda la tripulación era originaria de Antioquía, de aquel pintoresco arrabal de Gisiva y Carandama, donde el buen Simónides había recogido todas las víctimas de la prepotencia de los invasores.

De pronto aparecieron sobre cubierta Rhoda y María, como avecillas asustadas ante la imponente inmensidad que las rodeaba.

—¡Cielo y agua! —exclamaron ambas tomándose de la mano, como para protegerse en su pequeñez y debilidad.

—¿Sabes Rhoda lo que pienso?... que tú y yo somos como dos mariposas que flotamos sobre una hoja de plátano en este abismo azul, que es agua y cielo.

“En sueños había visto el Mar Grande, pero encrespado y resonante como si un millar de dragones se revolvieran en su seno.

Los amigos que la vieron llegar se acercaron con tierna solicitud a ellas, comprendiendo que un gran asombro las sobrecojía el alma ante aquella inmensa manifestación de fuerza, de poder, de estupenda grandeza en medio de la cual el velero que les conducía era en verdad como una hoja de plátano llevando imperceptibles insectos.

Felipe habló breves palabras al oído de Adín, y éste bajó rápido la escalerilla hacia los camarotes.

Y cuando volvió a subir llevaba en la mano el laúd de Boanerges que se absorbía de nuevo en su silenciosa contemplación del cielo y del mar.

—Me mandaron que te traiga esto —dijo el jovenzuelo, entregándole el laúd..., su precioso laúd de ébano con incrustaciones de nácar.

Y Boanerges cantó en el grandioso silencio de aquel radiante medio día, entre el cielo y el mar, lo que la inspiración susurró a sus oídos y recogió en su corazón:

*“¡Como avecilla cantando en las ramas,
Desgrana a los vientos su queja de amor,
Así llora mi alma bebiendo
El suspiro del último adiós!...*

*“Y la avecilla como enloquecida
Porque la tormenta todo lo llevó.
El árbol, la rama y hasta aquel nidillo
¡Que guarda su amor!*

*“Y así la avecilla volando muy bajo,
Al dormir la tarde cuando el sol se va,
Cansada y sin fuerza cayó en un peñasco
Y ya nunca pudo volver a volar.*

*“¡La nieve y el frío de aquel abandono,
Sin árbol, sin rama, sin nido de amor,
Abiertas las alas, toda estremecida,
También dio a la vida su último adiós!*

*“El hombre y el ave son dos peregrinos,
Que en vuelos gigantes se lanzan con fe...
Llega la tormenta que abaten sus alas
¡Y caen vencidos por última vez!*

Un murmullo de afectuosos comentarios se hizo en torno del joven trovador y mientras deshojaban todos para él las dulces madre selvas de una sincera amistad, Leandro tomó el laúd de Boanerges y le dijo:

—Ven conmigo a popa y preguntemos a este laúd *por qué ha cantado así*. —El joven cantor sonrió ligeramente y siguió a Leandro que fue a detenerse en la balaustrada de popa, examinando muy atentamente el laúd de Boanerges—. Es un auténtico Vughi-Dana de Bombay. ¿Cómo lo has conseguido?

—Fue un regalo de un príncipe extranjero a la señora del Castillo —contestó.

—Dime niño... ¿No es verdad que en tus trovas sales tú mismo al aire y al sol?

—¡A veces sí y a veces no!

—¿Cómo explicas tú eso?

—No es tan fácil explicarlo —contestó pensativo el joven cantor— pero probaré de decir algo para complacerte. En primer lugar, no creas que yo pueda cantar cada vez que me ponen el laúd en las manos. A veces es mi garganta la que emite las voces, pero las ideas y los pensamientos vienen de algo que en ese instante ha penetrado sigilosamente en mi cabeza y en mi corazón. ¿Por qué penetró? ¿De dónde vino? ¿Cómo tomó forma y melodía? Yo mismo no lo sé.

—Analicemos —dijo Leandro—. El símil que has hecho en tus trovas es maravilloso y exacto. Pero esa última estrofa esboza mi propia vida con tal exactitud que si no supiera que recién ahora me conoces, diría que has querido pintar mi tragedia íntima. Y lo has conseguido.

—Creí que tú eras el hombre-montaña, a quien no conmueven vientos ni tempestades —dijole Boanerges admirado de lo que oía.

—En verdad, hijo mío, algo de peñasco he llegado a ser después de años de soportar huracanes internos y externos. Mi corteza es muy dura, es granito sin pulir, pero en lo hondo del alma vibra también una lira con cuerdas sutiles que a veces gimen, se quejan y se rompen...

“Y hubo un día en que yo pude decir como tu estrofa final:

*“El hombre y el ave son dos peregrinos
Que en vuelos gigantes se lanzan con fe...
Llega la tormenta que abaten sus alas
¡Y caen vencidos por última vez!*

“¡Sí!..., ¡por última vez!... Pero hay una fuerza soberana, un oculto poder que está muy por encima del alma humana y que en un momento determinado obra en ella, transformando sus tinieblas en una esplendorosa claridad.

“Y a mi me ocurrió esto al contacto de tu compatriota Zebeo, que abrió la puerta de mi cárcel interior y por ella entró en mí la claridad de un nuevo día. Llamemos a esa claridad, iluminación interior que llega a la Psiquis cautiva encadenada por intermedio de seres, de almas, que acaso nos están ligadas con cables de oro que cuentan siglos. Lo cierto es que creí haber caído vencido por última vez, y he aquí que de nuevo me veo de pie con un santo y bello Ideal que ha retoñado desde el fondo de una oculta raíz, convenciéndome de que aún puedo ser capaz de crear, de generar, de producir. ¿Qué he de crear, generar y producir?

“Los campos de la vida son inmensos, no tienen límite ni medida... ¡Y por mucho que corras, no llegas al final jamás!...

“Y como fui yo un caído, un vencido, hay muchos caídos y vencidos a lo largo de los caminos interminables de la vida, en la cual no abundan los Zebeos que enciendan de nuevo la lámpara y den la mano al que en su oscuridad no encontraba una salida. ¿No podré yo tejer de nuevo la red de ilusiones deshechas y pisoteadas, encender el cirio de la fe y del optimismo apagado por el viento, regar con agua clara el huerto abandonado y que de nuevo surja allí la vida en plantas, flores y frutas para quienes tengan sed de belleza y hambre de amor y de dicha?

“Tú te crees también un vencido y eso a los veintinueve años de tu vida. El capitán que aquí viene, se cree también un vencido. Juan, tu amigo, lo mismo..., y esa pobre joven enlutada que acaba de ver al compañero cruelmente asesinado por los hombres del templo y del altar, que la enseñaron a adorar al Dios Creador de todos los seres..., que le enseñaron la Ley que dice: ¡No matarás! ¡Amarás a tu prójimo como a ti mismo!

“¡Se comprende bien que el cirio bendito se haya apagado para ella y que por sí misma no pueda nunca encenderlo!...

¿Qué es un amor incomprendido, ignorado, que sólo vive en lo más hondo del corazón que le dio vida? Como la *“flor de la luna”*, sólo la noche y ella misma conoce el misterio de su vida...

“Tú estás en este caso, hijo mío, lo he comprendido bien. Y con la experiencia que da la propia vida te digo: Si ese oculto amor entra en el campo de las realizaciones humanas permitidas por una Ley Superior, tendrás un éxito completo pero si no, esa misma Ley te dará compensaciones equivalentes o que excedan quizás a cuanto ese amor humano hubiera podido darte en dicha personal”.

Boanerges continuaba en silencio. Después de breves momentos Leandro reanudó el hilo de sus pensamientos:

—No quiero que pienses mal de mi insistencia en querer penetrar en tu jardín interior y por eso te haré una confidencia íntima: El deseo de conocer a fondo lo que es el ser humano, su vida y las causas y orígenes de esa vida, me hizo abandonar Caria mi tierra natal y sepultarme en los austeros claustros de los Templos de Osiris. Los libros secretos de Pitágoras me habían hecho vislumbrar los resplandores de sol dejados como una huella eterna en los antiguos templos de Menfis y de Tebas por Hermes, el iniciador de la Sabiduría Egipcia, por Asklepios su primer discípulo, por el gran Sacerdote Membra, Maestro de Osarsip, el Moisés hebreo, y por Moisés mismo que no fue seguramente el menor de los grandes Iniciados en los templos de las orillas del Nilo.

“La frase que aparece en el frontispicio del Templo de Delfos: *“Conócete a ti mismo y conocerás el Universo y a los dioses”*, produjo en mí la misma interna sacudida que en el ilustre sabio de Samos. Y como él, en busca de ese conocimiento, atravesé el Mar Grande y me sepulté por diez años en el Templo de Osiris. Salí con la primera Consagración: era *Pastóforo*; y

debí volver a mi tierra natal por muerte de mi padre. Primogénito de la familia, fui reclamado por ella y obligado por las leyes del país.

“Allí me esperaba la tormenta cuyas consecuencias han perdurado doce años, de las cuales me ha libertado la Ley Divina por intermedio del dulce Apóstol Zebeo, cuando el ocaso de mi vida ha hecho ya declinar el sol en mi horizonte. Fui delincuente. El más grande amor de mi vida y el deseo de salvar a la que lo había encendido en mí, me puso en el trance de quitar la vida a un hombre. Según las leyes del Templo yo no podía recobrar la antigua situación espiritual o sea la Luz de Osiris, la Paz de Isis, la Sabiduría y el Amor, sino sometién dome a la dura prueba del ostracismo absoluto hasta reparar el daño causado con mi delito. Yo buscaba esta reparación en la austeridad de una vida ascética, de penitencia y de privación completa de todo goce del cuerpo y del alma.

“Me sepulté vivo en un viejo templo abandonado en la soledad de una isla del Lago Merik, donde esperaba pacientemente el perdón de Dios y del hombre que fue mi víctima. El Ideal divino del Apóstol Zebeo encendió una luz nueva en mi horizonte sombrío, y hoy..., empiezo de verdad a reparar mi delito por un sendero sembrado de flores, en el cual voy recogiendo las más grandiosas compensaciones. Es sólo por esto, que busco solucionar los problemas íntimos de todas las almas que se cruzan en mi camino. Y como tú te has cruzado en él...

—Ahora comprendo en su verdadero y noble significado, lo que en el primer momento pude calificar de simple curiosidad, de un psicólogo ansioso de ampliar más y más sus experiencias —dijo Boanerges, estrechando las manos de su nuevo amigo, al cual comenzaba a mirar como envuelto en un aura de amor paternal. Y no obstante, el trovador de Mágdalo cerró con doble llave su corazón herido por un amor, que juzgaba atrevido y audaz al extremo de hacerlo imposible.

Leandro creyó haber leído en aquella hermosa faz contraída y en aquellos ojos de ámbar que esquivaban su mirada, la resolución invencible de que su secreto amor muriese con él, y le dijo con gran ternura:

—Tú eres de aquellos que hacen del amor un cirio ardiente que se consume sobre un altar... Y como yo tengo que reparar las consecuencias fatales de un delito de amor, he de hacer con el favor divino, que tu cirio ardiente ilumine un sendero cubierto de rosas, que tú irás recogiendo una por una para tejer con ella tu vestidura de gloriosa inmortalidad.

Los ojos de Boanerges se fijaron en el torbellino de espumas que como un ancho camino dejaba el velero al cortar velozmente las olas, y con una sonrisa llena de melancolía dijo a media voz:

—¡Ahí está el camino!... Siémbrale de rosas y verás como se van deshechas al fondo del mar.

—¡Oh, niño pesimista! —exclamó Leandro—. ¡Tus veintinueve años no

vieron aún la fortaleza de Psiquis, cuando bajo su velo teje sus alas y en un momento dado tiende el vuelo que nada ni nadie puede detener!

“¡Te emplazo para ese día! ¿Acudirás a la cita?”

—Acudiré aunque sea envuelto en un sudario.

Era el medio día y sonó alegremente la campana que anunciaba a los pasajeros del “*Quintus Arrius*”, que era llegada la hora de la comida.

En su afán de observación, Leandro se hizo a un lado cerca de la escalerilla para verles bajar a todos de uno en uno. Felipe hacía bajar cuidadosamente a Rhoda de cuyo semblante había desaparecido la palidez enfermiza y el círculo oscuro de sus ojos. Juan y María quedaron los últimos y Leandro les dijo:

—¿Se van las rosas o se quedan?

—Creo que florecen de nuevo —contestó la jovencita con una dulce alegría de colegiala en vacaciones.

—¡Oh! —dijo Juan—, ¡el mago de Osiris es bien capaz de hacer florecer hasta un leño seco!

Antes de iniciar el descenso, el ex sacerdote de Osiris miró el cielo azul dorado por el sol de medio día, y pensó con el alma henchida de agradecimiento: “*¡Suprema Inteligencia, dueña soberana de cuánto alienta en la vida!... ¡Sólo Tú podías hacer fecunda la siembra de amor con que borro mi delito para siempre!*”

36

ENTRE CIELO Y MAR

Sobre la cubierta de un barco, a la opaca claridad de las estrellas, en el imponente silencio de una tibia noche de otoño se abrían las almas a las confidencias íntimas; y el amor tejía también sus redecillas de seda entre las cuales se curaban heridas dolorosas, y nacían ilusiones y esperanzas blancas y puras como flores del aire que se abren en la montaña.

¡Oh! ¡Las divinas compensaciones emanadas de la Infinita Sabiduría como un manantial caudaloso sobre las almas nobles y justas que saben esperar!...

Eran tres los grupos de viajeros que sobre la cubierta del “*Quintus Arrius*” sostenían animadas conversaciones, que creo de interés para nosotros, lector amigo: Leandro con Boanerges y el Capitán Saúl; Juan con la pequeña María; y Rhoda con los diáconos Felipe y Nicanor.

Una mansa brisa nocturna hinchaba suavemente las velas y sólo una docena de remos allá abajo rompían las olas haciendo más rápida la marcha hacia occidente. El piloto al timón; el vigía en su alto puesto de observación. Y todos los demás entregados al sueño.

—He estudiado a fondo vuestros problemas sentimentales íntimos —decía Leandro a sus dos jóvenes amigos—. Y como todo el que busca en la amorosa inmensidad de Dios encuentra lo que busca, yo lo he encontrado para vosotros, que por el momento no queréis buscar porque desgraciadamente, os encontráis en ese estado de ánimo en que el alma rehúsa todo alivio porque encuentra un amargo placer en seguir padeciendo.

Como ninguno contestara, Leandro continuó deshojando las madresevas de la paz y del consuelo sobre aquellos corazones atormentados.

—Tú, Boanerges, te has encerrado en la celdilla de pórfido con cerraduras de hierro de tu amor imposible. Mientras tú, Saúl, contemplas tu amor primero enlodado, pisoteado y deshecho, por el bárbaro privilegio del oro sobre las más nobles y bellas cualidades del ser humano. Y aunque a ti no te lo parezca tu caso es más fácilmente curable que el de Boanerges, y te daré enseguida la explicación:

“Pasada la dolorosa ofuscación del primer momento, la reflexión como intangible visión meditativa y silenciosa se acerca a ti y te dice: el ser cuya pérdida lloras no vale nada, estabas equivocado al elegirlo como lo único capaz de darte la dicha que anhelas. Buscabas amor y allí no había amor, porque el amor es fiel, inmensamente fiel, incapaz de desviarse ni un ápice de derecha a izquierda del camino.

“Es como la flecha que una vez arrojada va derecha hacia el punto que le fue marcado. Es el tiro de una blanca piedrecilla que atraviesa en línea recta el aire y cae donde debe caer. Es el hilo de agua cristalina que desciende de tu copa al cáliz de la flor que quieres regar.

“Ni la flecha dorada ni la piedrecilla blanca, ni el hilo de agua cristalina se detienen en su camino, ante el brillante plumaje de las aves que cruzan el horizonte ni de las bestias que caminan por la tierra chapoteando los pantanos... Al amor no le interesa nada de eso, porque al amor solo le interesa el amor. Cuando tu corazón dé entrada en sí mismo a este razonamiento, correrá, él mismo, el telón de tu pasado escenario, y la Divina Bondad esbozará para ti un nuevo diseño que te mostrará el amor verdadero, surgiendo para ti como una maravillosa revelación cuando menos lo pienses y cuando menos lo esperes. Tal es, amigo mío, lo que nos enseña la experiencia recogida en los años vividos, si hemos tenido el acierto de escuchar sus lecciones. El mal nuestro radica justamente en que por lo general no tenemos en cuenta esa Inteligencia Suprema, esa Sabiduría Eterna, poder y fuerza invisible que obra silenciosamente en nosotros y fuera de nosotros, brindándonos a cada instante de nuestra vida, todo cuanto nos es necesario para alcanzar los fines que nos trajeron a la vida física.

“El que estudia música, por ejemplo, ¿qué hace para obtener el éxito en la carrera que inicia? Se somete a las leyes que rigen el pentagrama

y obedece al profesor que le explica esas leyes y le enseña a ponerlas en práctica. Y la norma es idéntica en todo aprendizaje de las ciencias y de las artes que, tanto las unas como las otras, son alas que se teje la divina Psiquis para ayudarse a volar a las cumbres y abarcar la inmensidad, el Infinito, el Gran Todo Universal.

“¿Cómo es, pregunto yo, que sólo para obtener el hombre su paz, su bienestar interior, su dicha íntima, que lo es y lo será todo en su vida, no consulta ni practica ley ninguna, ni medita a solas consigo mismo en la posible o no posible realización de lo que anhela?

“¡Esto lo quiero!, se dice, y se lanza a veces con ímpetu de huracán desatado en un desierto de movedizas arenas, sin contar para nada con esa Luz Increada y Eterna que tan dispuesta está siempre para iluminar nuestras vacilaciones en las tinieblas, para responder a nuestros interrogantes en los días largos y pesados de incertidumbres y de dudas...”

—¡Cuán doloroso me es reconocer —dijo por fin el Capitán Saúl—, que todo cuanto acabas de decir es cierto, perfectamente cierto!

—¡Y tan cierto como que lo he vivido yo mismo con todas las consecuencias y dolores que trae aparejado nuestro insensato modo de obrar! —afirmó nuevamente Leandro—. ¿Qué dices Boanerges, no estás de acuerdo con mis experiencias?...”

El joven trovador dio un gran suspiro como si ello le aliviara de un penoso cansancio interior.

—En mis veintinueve años —dijo—, también he recogido experiencias y certidumbres íntimas y convicciones profundas. He comprendido así mismo que hay leyes ocultas a la comprensión humana, o mejor dicho, que tienen su acción y su cumplimiento independiente de nuestra voluntad, de tal modo que uno mismo percibe y siente los efectos pero desconoce la causa. Y desconociéndola, no puede impedirla ni destruirla y a veces tampoco huirla. Y es así como los efectos de esa causa desconocida e incomprensible ganan terreno día por día en nuestro mundo interno, hasta que un acontecimiento de grandes proporciones sacude fuertemente nuestro yo íntimo, y cae un telón que deja al descubierto la causa aquella que por tantos años ignoramos.

“Y entonces comienza para el alma la tragedia íntima y secreta que ha de acompañarle hasta la tumba”.

Se hizo un hondo silencio sobre la cubierta del “*Quintus Arrius*”, tal como si las palabras serenas y suaves de Boanerges hubieran tenido el poder de adormecer todas las ideas y de acallar todas las voces.

El sereno azul estrellado parecía haber descendido a la mansa superficie del mar en calma, y las radiantes estrellas de primera magnitud parpadeaban inmóviles en lo infinito, dando aún más la sensación de insignificancia y pequeñez de las tres criaturas humanas, que en alta mar y sobre la cubierta de un débil barco a vela, estaban enredadas y

envueltas en una red sutil de ideas, de ansiedades y de inquietudes, y también de certidumbres llegadas a un punto muerto que no podían borrar de su campo visual.

De pronto Boanerges extendió su mano y tomó de las rodillas de Leandro su laúd de ébano y nácar, y al contacto de sus dedos que apenas se movían, las cuerdas fueron desgranando arpegios suavísimos, casi imperceptibles en el hondo silencio de la noche otoñal. ¡Era como el caer de agua cristalina sobre una fuente de plata! ¡Era el gemir de un pájaro moribundo al borde de su nido solitario! ¡Era el rumor de alas cansadas buscando en el desierto, un árbol donde esconderse a morir!...

Y la dulce voz del trovador de Mágdalo se elevó en las alas del silencio como si fuera su propia alma que volaba cantando entre el cielo y el mar:

*“Yo a nadie pedí la vida.
Y ella a mi quiso venir,
Con pasos tan sigilosos
Que no los pude sentir.*

*No sé de dónde ha venido,
La trajo una tempestad,
Y entre tormentas bravías
La vida viviendo va...*

*¿Qué viene a pedir la vida
Al errante trovador,
Que va corriendo incesante
Tras una visión de amor?*

*¡Vagabunda mariposa
Ve a posarte en un rosal,
Donde florezcan las rosas
En la mañana estival!...*

*Yo nada tengo que darte
Porque nada tengo en mí...
¡No hay agua fresca en mi fuente!
Ni hay flores en mi jardín!*

*¡Oh, vida, vida has venido
Buscando luz y calor,
A un seco espino en que nunca
Se posó un rayo de sol!*

El último arpegio del laúd se esfumó en el suave rumor producido por el espolón de proa rompiendo incesantemente las olas, y Leandro fue el primero en hablar.

—Hijo mío —le dijo a Boanerges—, son tus rimas un agua clara a través de la cual se percibe la fuente de donde salió. Y tú mismo nos has dejado beber en esa fuente maravillosa.

Tu visión de amor inalcanzable te ha bajado a un valle oscuro y profundo; como una inaccesible garganta entre montañas que interceptan toda claridad. ¿Quieres que yo te haga ver el prisma de la vida de diferente manera que hoy lo ves?

—Dudo que puedas hacerlo, a menos que, como dice Juan, el ex mago de Osiris sea capaz de hacer florecer un leño seco.

—¡Es que tú no eres un leño seco sino un hombre en pleno vigor de juventud y de vida!

“¿Crees que si tu alma fuera un leño seco cantarías como cantas? ¿Por qué estás así atormentado? Porque un gran amor te consume la vida.

“¿Acaso puede amar un leño seco? El amor es en la vida, un florecimiento maravilloso de todo lo más noble y mejor que esconde en sí misma el alma humana; y un grande amor inalcanzable y no obstante encendido como un cirio en un altar durante años y más años, demuestra hasta la evidencia una exuberante explosión de vida, de energía, de poderosa voluntad. Y tu problema íntimo, hijo mío, debe ser analizado y resuelto por otros medios que los usados por ti hasta hoy. Y creo haber descubierto esa causa ignorada y desconocida por ti, que te ha producido los efectos que percibes y comprendes.

“Tu amas a un ser que ignora tu amor porque sólo ha tenido alma, corazón y vida para correr a su vez tras de otra visión de amor inalcanzable también. Y ambos habéis caído en la misma letárgica agonía y ambos necesitáis comprender el amor de una manera diferente que lo habéis comprendido hasta hoy. ¡El amor es vida y trae consigo potentes manifestaciones de vida!

“Habéis vivido días y años de gloria junto al Amor hecho corazón de hombre, al Amor convertido en una vida humana gloriosa, heroica y sublime y os permitís pensar que vivís muriendo en una penosa inacción, tras de visiones inalcanzables.

“Eres un sujeto sensitivo más que regular; eres algo así como tu laúd, un auténtico Vughi-Dana de Bombay. Creo que el símil es bien claro. Y como a ti te responde tu laúd, tú me responderás a mí en una experiencia metapsíquica que puedes hacer, si tú te prestas a mí como tu laúd se te presta de buena voluntad.

“¿Quieres que probemos?”

—¿Puedo yo presenciar esa experiencia? —preguntó Saúl.

—Creo que entre vuestras almas y la mía, hay la suficiente confianza mutua y comprensión recíproca, para que no guardemos secretos en éste sentido —contestó Leandro.

—Es verdad —dijeron ambos jóvenes.

—Permitidme entonces dar algunas indicaciones a mi segundo, referente al cambio de turno en los remeros que pronto será la hora.

—Bien, bien. Hazlo mientras yo empiezo a *templar mi laúd vivo*.

—De modo —dijo Boanerges animándose visiblemente—, que vas a poner de manifiesto tus poderes maravillosos de mago.

—¡No, no! ¡Nada de magia! ¡Ciencia pura!..., realidad viva de las fuerzas y aptitudes latentes en el alma humana: la divina Psiquis como decimos en los Templos de Osiris.

—¿Qué tengo yo que hacer? —preguntó Boanerges.

—Sencillamente quedarte quieto y sereno como cuando oras, cuando te entregas a la adoración al Infinito, al Amor Eterno, a la Luz Soberana. Así..., como una lámpara ardiendo silenciosa sobre el altar, como una flor abriendo sus pétalos a la caricia del rocío en un jardín solitario y silencioso. —La voz de Leandro se hacía cada vez más suave, más tenue, más apagada.

El capitán volvió caminando en puntillas, a una señal de silencio que Leandro le hizo...

—Así..., tranquilo y confiado como un niño que se duerme al dulce arrullo de la madre que le abraza en su regazo... Así como vibra tu laúd al contacto de tus dedos y al soplo cálido de tu alma que vacía en sus cuerdas el hondo sentir del corazón... Así, como el alma se entrega al Infinito en la adoración extática y profunda en que solo vive el Infinito para ella, y el Infinito la atrae, la absorbe, la sumerge en Sí Mismo en esa nupcia eterna, ¡Única del alma con Dios y Dios con el alma!...

Boanerges estaba dulcemente dormido y su hermosa cabeza coronada de oscuros bucles, echada hacia atrás, se apoyaba en la balaustrada de la cubierta; en su rostro de marfil, caía como un velo transparente la suave claridad de las estrellas.

Leandro tomó un capote de marinero olvidado sobre un rollo de sogas y cubrió a Boanerges hasta los hombros.

Luego se cerró bien la capa, se caló el capuchón y sentado frente a él se concentró tan profundamente que el Capitán Saúl pensó: “Duermen los dos”.

Como si este pensamiento le hubiese llegado a Leandro con cierta alarma del que lo emitió, abrió los ojos y en secreto le dijo:

—Debes estar tranquilo y quieto. Yo velo.

Boanerges en verdad parecía un muerto sentado sobre cubierta. La

oscura capa con que Leandro lo había cubierto hacía resaltar aún más la blanca palidez de su rostro. No se percibía ni aún su respiración.

La radiante estrella solitaria que llegada al cenit, suele marcar a los marineros la media noche, resplandecía directamente encima del “*Quintus Arrius*”, y aún parecía como si le fuera guiando en su majestuoso correr sobre las olas del mar, cubierto de un tenue resplandor plateado.

¡Miles y miles de lamparillas de oro brillando en los cielos y brillando en el mar alumbraban tímidamente el desprendimiento de una Psiquis humana, que en busca de paz y sosiego había dejado su materia abandonada y corría hacia atrás desandando las edades, restando los siglos, desenterrando continentes hundidos en el océano, removiendo ruinas de ciudades milenarias convertidas en colinas cubiertas de césped y de flores silvestres!

¡Oh! ¡Cuán fuerte y poderosa es la Divina Psiquis, diminuta chispa de luz destinada a ser imagen y semejanza del Omnipotente Creador de los mundos, de los seres y las cosas!...

Al Capitán Saúl le pareció que largas horas habían transcurrido cuando Boanerges exhaló un profundo suspiro y abrió los ojos, que de inmediato buscaron algo a su lado.

—¿Dónde está? —preguntó—. ¿Por qué huye, visteis hacia dónde fue?...

—Amigo mío —le dijo Leandro—. El Capitán y yo estamos aquí mismo, a tu lado. —Boanerges guardó silencio.

—Había olvidado —dijo sonriendo—, que me entregué a tus bellas artes de mago, que me has hecho vivir sueños maravillosos. ¡He sido tan dichoso, tan feliz que no sé si será posible sentir de nuevo el peso de la vida, después de haber visto y poseído lo que yo he visto y poseído en mi sueño!

—Pero eso es tan solo un sueño —dijo el Capitán, asombrado de que un muchacho inteligente como Boanerges, diera tan cabal importancia a un simple sueño aunque fuera el más hermoso de todos los sueños.

—¡Oh, no!... —exclamó el trovador en cuyos ojos brillaba una radiante felicidad—. ¡Esto no es un simple sueño! Yo he hablado con la señora del Castillo de Mágdalo y he visto su cuerpo dormido en su alcoba, y que su doble etéreo se levantaba ágil y sonriente y tomándose de mi mano me decía: “Salgamos de aquí y vamos a un jardín de reposo donde podamos hablar libremente”. Como yo me extrañase de su familiaridad desusada para conmigo, volvió a decirme: “¡No te asustes! Ni estamos muertos ni vivimos en la carne en estos momentos. Ambos obedecemos a una inteligencia encarnada que nos ama a ti y a mí desde hace siglos, cuando un día siendo tú y yo, hijos de un pescador de perlas de Pasiliglos en el

Golfo Pérsico, le salvamos de morir devorado por los tiburones. ¡Después él quiso ser nuestro padre y la Ley se lo concedió cuatro veces!”.

Leandro escuchaba atentamente el relato de Boanerges, que parecía estar dispuesto a hablar y más hablar, contrariamente a su hábito de guardar casi siempre un obstinado silencio. Y continuó así:

—Luego, ella se fue y quedé solo. La busqué y no la encontré. Y cuando pensaba en dónde podría estar, se me acercó un esbelto joven que me abrazó tiernamente llamándome padre. Le miré asombrado y me miré a mi mismo, ¡aquí ardió Troya! ¡Yo era un anciano de cabello y barba blanca que tocaba la lira y cantaba para ese hijo que había perdido y lo encontraba de nuevo! Y me sentía transportado de dicha por haberle encontrado.

“Y cuando se calmaron mis transportes de júbilo, pregunté al muchacho si había visto a la señora del Castillo que estaba allí mismo conmigo y se echó a reír; y más aún se atrevió a decirme: “¡Oh, padre tontuelo, parece que chocheas!... ¿No ves que soy la misma avecilla con otro plumaje?”

“¿No es mucho más bello un muchacho que te llama padre y al cual puedes abrazar, besar y aún cascar a tu gusto y sabor, que una dama a la cual sólo puedes mirar de lejos y llamarla ceremoniosamente señora?”

“¡Oh, padre Bohindra, mi poeta rey y cantor, tan grande y excelso ayer, y estás hoy como un pajarito mojado hecho una burbuja de plumas rotas, en vez de volar por la inmensidad infinita!”.

“Como yo no conseguía volver de mi asombro, el lindo muchacho me abrazó, me besó en la frente, en los ojos, en las manos, en la boca y me dijo:

“¡Eres todo mi querer! y sólo hay un amor más grande que éste: ¡El Cristo Salvador de la humanidad!”. De nuevo me llevó a la alcoba de la señora del Castillo de donde salí apresuradamente, temblando de que alguno de la servidumbre pudiera verme en tan insolente y atrevida situación. Creí que el muchacho salía conmigo, pero parece que él quedó allá... ¿Por qué se quedaría allí?”

“¡Ahora me veo solo, aquí, entre el Capitán y este maravilloso mago que me ha hecho vivir una hora de locura, pero debo confesar que fue una hermosa locura!”

Y el joven trovador se puso de pie y empezó a dar agitados paseos de un lado a otro de la cubierta.

—¡Calma, hijo mío, calma! —le dijo Leandro con infinita ternura—. No olvides que debajo de nosotros todos duermen, y acaso tengan en este momento sueños tan hermosos como el tuyo. Y el amor fraterno que me hizo encontrar Zebeo, me obliga a no privarles de ese rinconcito de cielo.

A los comienzos de este capítulo estaban también sobre cubierta, Juan con María; Rhoda con Felipe y Nicanor.

Y nuestro lector preguntará acaso qué pensaban y hacían ellos, mientras prestamos toda nuestra atención a los tres primeros personajes.

Juan y María sentados de espalda a la balaustrada, hablaban a media voz. María muy arrebujaada en su manto azul marino de suave lana, escuchaba en silencio la voz de Juan que decía tan quedo como si sólo hablase para sí mismo:

—He vivido como un niño hasta los veintiún años. Mi grande amor al Maestro no me dejó pensar en los años que corrían con tanta velocidad. Convencido de que no tenía nada más que hacer que amarle, servirle y obedecerle, no pensé nunca en lo que sería mi vida si me faltase su presencia. El Hijo del Altísimo, el Mesías anunciado por los Profetas y augures de todos los Templos de Sabiduría, debía ser exceptuado de todos los males de los hombres. Nuestros Libros Sagrados dicen que Elías Profeta fue preservada de la muerte. Henok igualmente. Daniel arrojado a un foso lleno de fieras hambrientas, fue encontrado ileso..., cantando himnos de acción de gracias.

“¿Cómo pues podía yo pensar que el Hijo del Altísimo estuviera sujeto a la muerte?

“Y cuando ésta ocurrió..., ¡oh, María!..., ¡no puedes comprender tú hasta qué abismo de espanto se hundió mi espíritu!...

“Durante todo el viernes y el sábado con sus terribles noches que nunca terminaban, no pude pensar ni creer que existía Dios más allá de este inmenso azul que nos envuelve.

“¡En el mundo no existía para mí nada más que la maldad humana y después la muerte, el sepulcro, las cenizas, la nada!

“Los Sagrados Libros me causaban indecible horror.

“¿Qué Jehová le hablaba a Abraham con promesas eternas y maravillosas, y dejaba que un puñado de viejos egoístas y malvados arrastraran a su Hijo a la infamia y a la muerte, cuando en un abrir y cerrar de ojos y con un soplo de su poder soberano podía reducirles a polvo?

“¿Qué Jehová habló a Moisés que abatió al Faraón, y hundió en las olas del Mar Rojo a los poderosos ejércitos que perseguían a Israel?

“Perdóname, María, pero yo dije y grité y repetí cien veces: ¡mentira, mentira, mentira!

“¿A qué Dios Poderoso clamaba en sus salmos el Rey David pidiéndole misericordia y que le salvara de sus enemigos y le perdonara sus pecados?...

“¡Oh, María!... Aquel viernes y aquel sábado, creo que fui renegado, ateo, blasfemo, ¡todo!..., ¡porque me era imposible concebir un Dios en los cielos, y su Hijo muerto y escarnecido en la tierra como un malhechor!...

—Pero el domingo al amanecer comenzaron las apariciones del Señor, y aunque es verdad que nuestra fe y nuestra esperanza cayeron a tierra, florecieron de nuevo en aquel glorioso amanecer —dijo María llena de místico fervor que casi era un arrobamiento.

—Fue un éxtasis demasiado breve para equilibrar en mi yo íntimo la magnitud del dolor, de la amarga decepción, de la depresión moral que había sufrido. ¡Ni aún eso, María, ni aún eso pudo borrar el horror y el espanto de aquella muerte! ¡Oh, aquella muerte!...

Juan se cubrió el rostro con ambas manos como temeroso de volver a ver la espantosa visión de aquella hora.

María lloraba silenciosamente.

—¡María! —continuó Juan a media voz—. Yo quiero rehacer mi vida. Yo quiero borrar todo aquel horror, todo aquel espanto pensando solamente que Él vive glorioso y feliz en el Reino de Dios. ¡Ayúdame María!... ¡Ayúdame a desear la vida, a amar la vida, a creer que esta vida mía puede servir para algo que merezca la pena de vivirla!...

María se secó las gotas de llanto que corrían en silencio y después de unos momentos habló con acento tan suave, tan tímido que Juan tuvo que inclinarse hacia ella para oírla.

La dulce niña había apoyado su cabeza cubierta con el manto, en el brazo de Juan para evitar su mirada:

—¡Juan! —le dijo—, yo te daré el motivo para amar tu vida, para creerla hermosa, útil y necesaria.

Y levantando un poco la voz que adquirió la solemnidad de un augurio, de una profecía, continuó—: ¡Yo necesito de tu vida, Juan, para vivir!... ¡Yo te pido que vivas para mí!... ¡Yo quiero que vivas y yo viviré hasta que hayas amado de nuevo la vida y quieras vivirla grande, fuerte, hermosa, llena de promesas, de luz y de gloria! ¡Quiero que vivas para amarme y yo viviré para ti!...

Y rodeando con sus brazos el cuello de Juan, le dio un beso intenso, largo y mudo, en el cual aquella débil y bella criatura dejó toda la fuerza de su heroica voluntad de dar del inagotable tesoro que guardaba su alma grande, pura y fuerte encerrada en tan frágil envoltura carnal.

Fue un esfuerzo demasiado grande. Se había sobrepuesto a su natural pudor y timidez, para hacerle a Juan aquella franca y abierta declaración que a ningún hombre le hubiera hecho en su vida, con el único fin de que él amara de nuevo la vida creyendo que alguien en el mundo necesitaba de él para vivir.

Juan estrechó a su corazón la cabeza de María, mientras le decía con voz temblorosa de emoción:

—¡Sí, María..., mi pequeña María! ¡Viviré para ti, viviré para ti, único ser que necesita de mi vida, de esta pobre vida que quiere huir de la tierra a cada instante!”

Pero María no pudo oír hasta el final tan dulces promesas porque había caído en uno de esos desvanecimientos, tan frecuentes en las naturalezas neuróticas.

Este incidente ocurría mientras en el otro extremo de la cubierta, Leandro tenía aquella confianza íntima y secreta con Boanerges y el Capitán Saúl. El momento de angustiosa espera que pasó Juan con la jovencita desmayada en sus brazos, no es para describirlo...

—¡Maestro mío! ¡Que ella viva para mí!... —clamaba Juan dejando correr sus lágrimas que sólo el viento de la noche recogía—.

“¡María es el único lazo que me une a la vida después de tu partida al Reino de Dios! ¡Me dejaste solo, Señor, y sólo ella necesita de mí!... ¡Te ofrecí mi vida tantas veces, Maestro, y no aceptaste mi ofrenda!..., ¡que ella viva para mí!..., ¡y yo viviré para ella!...”

Después de unos momentos que a Juan le parecieron horas, María abrió los ojos y se apartó rápida de Juan.

—¿Por qué lloras, Juan?... ¿Te hice daño con mis palabras?

—No, María. Me has hecho mucho bien y lloro de agradecimiento al Maestro y a ti. Tus desmayos me asustan mucho, porque se parecen a la muerte y yo no quiero tu muerte sino tu vida...

“¡Me has prometido vivir para que yo viva, María!

—¡Sí, Juan, sí! ¡Yo viviré para que tú vivas!... ¡El Maestro me hará vivir para que tú vivas! Vamos con Rhoda, que tengo frío y quiero bajar a nuestra cámara.

Se acercaron al grupo de Rhoda, Felipe y Nicanor.

—Acabamos de celebrar un pacto —dijo Felipe muy animado...

—Lo celebraremos todos juntos abajo, en la cámara, porque María no se siente bien y tiene frío —contestó Juan.

Y apercibiéndose de la confianza íntima de Leandro con los dos muchachos, bajaron lo más discretamente que les fue posible, y Felipe que había practicado varios meses con los terapeutas del Santuario del Monte Ebath, en Samaria, preparó un licor tónico para María, buscó fuego en la cocina, nueces y castañas en su bolso de viajero y entre asar castañas y romper nueces, y la charla amena de aquella juventud que despertaba, continuaron la amistosa y cálida velada comenzada en la cubierta a la luz de las estrellas.

El pacto de Felipe con Rhoda y Nicanor, consistía en que vivirían los tres en una granja que Felipe tenía en las cercanías de Sebaste, herencia de su padre. Serían tres hermanos, y Adín, hijo de los tres. Rhoda sería el ama de casa para cuidar de ellos, y ampliarían la Congregación que ya tenía fundada Felipe, aunque muy modesta y pequeña por falta de una mujer de confianza que hiciera de ama de casa para cuando Nicanor y él acudieran a la ciudad y aldeas vecinas en busca del dolor del prójimo y a enseñar la doctrina del Maestro.

—Juan y yo hemos hecho también un pacto allá arriba a la luz de las estrellas —dijo María, que se había reanimado por completo.

—¿Y ese pacto es?... —preguntaron Felipe y Nicanor.

Juan sonreía mirando a María y deseando que ella hablase primero.

—Nuestro pacto consiste en la promesa de vivir, Juan para mí y yo para él —dijo con toda franqueza la pequeña María.

—¡Hola! —exclamó Felipe alegremente— ¡Nupcias en el horizonte, muchachos!

—¡No! —dijo tranquilamente María— ¡nada de nupcias!

“Para ayudarnos a vivir uno al otro no se necesitan las nupcias, pediré a Lázaro que me deje vivir en la Casa de la Madre Myriam y cuidaré de la vida de Juan y él cuidará de mi vida. ¡Y las rosas de Nazareth no se irán más de nuestro jardín y los mirlos cantarán con nosotros trinos hermosos, salmos de amor y de gloria para el Maestro que juntos hemos amado!

“¿No es esto, Juan, tener el cielo en la tierra?

—¡Tú lo has dicho, María! —le contestó Juan con el rostro iluminado por una nueva luz—. Contigo a mi lado es como si volviera a vivir el Maestro porque tú eres María, ¡un pedacito de su corazón!...

“¡Y ya no podré pedirle nada más a la vida!... ¡Nada más!...

—¡Bravo, Jhoanín!..., ¡te despertaste, por fin!... —decía Felipe, dando palmoteos de alborozada alegría, contagiosa para los demás que aplaudían también. Juan sonreía como avergonzado al ver que todos se habían dado cuenta del estado en que estuvo durante tanto tiempo.

María, muy seria y grave, como una matrona de cincuenta años dijo:

—¡No veo la necesidad de que hagas tanto aspaviento, Felipe! ¡No es ninguna cosa del otro mundo!

—¡Claro que no es del otro mundo, sino de éste! ¡Y bien de éste!... —continuaba Felipe, como si una explosión de gozo le forzara a desahogarlo—. ¡Miren que dos tórtolos que se arrullan es cosa muy de este mundo! ¡Por el Rey Salomón!... ¡Que fue tan enamorado!...

—Bueno, ¡basta ya! —ordenó María, como una madre que pone orden en un alboroto infantil—. Aquí no tratamos de los amores de Salomón ni de cosa que se parezca. Cuando te haces el loco, Felipe, ¡eres inaguantable! Dame castañas, que hasta ahora no me diste ninguna.

—¡Perdón, madrecita!... ¡Olvidé que el amor despierta el apetito! —exclamó mimoso Felipe.

—Si no te muerdes la lengua me voy —dijo María levantándose entre las risas contenidas de todos.

—¡No, no, por favor!... ¡Que ya me muerdo la lengua, me la trago y me hace la digestión!

—¡Parece mentira que seas el Diácono Felipe!... Repréndelo Rhoda,

tú que eres la viuda de su hermano mayor –arguyó María, esforzándose por mantener su gravedad.

—Es que tú no conocías a Felipe en intimidad –intervino Juan, temeroso de que una tensión de nervios le hiciera daño a María—.

“Si aún en presencia del Maestro jugaba así. No te preocupes. Es su carácter.

—¡Gracias por la defensa, amigo Juan!... ¡Te mereces cuatro castañas!... ¡Toma!

Leandro entraba al comedor, seguido de Boanerges y el Capitán.

—¡Gracias a Dios que veo, por fin, caras de fiesta! –dijo mirando a todos uno por uno—.

“¿Qué vientos habrán rozado las blancas velas de nuestro barco? –añadió sonriente.

—¡El vientecillo divino del amor, Maestro Leandro!... –contestó de inmediato Felipe, que estaba en vena humorística y no podía cambiar.

—¡Oh, muy bien! –exclamó Leandro—. Nuestro Capitán dice que mañana, antes del mediodía estaremos en el puerto de Rafia y allí lo celebraremos como es debido. ¿Y quiénes son los que hicieron florecer el mirto?

—Juan y María –dijo de nuevo Felipe, señalándolos con un ademán muy expresivo.

—¡Señor!... –intervino grave y seria María—. Felipe es un chiquillo juguetón y sólo busca contagiarnos a todos con su alegría. No le haga caso, señor...

—Creo que hay algo más que juego –dijo Boanerges sentándose al lado de Juan—. Te veo más animado..., y también lo estoy yo, te lo aseguro.

—Parece que mi velero –añadió el Capitán—, trae suerte a los que viajan en él. Que me la dé a mí también y le haremos vela de púrpura –y los negros ojos de Saúl buscaron los de Rhoda, que los había bajado a las ardientes ascuas que brillaban en el brasero.

Desde el primer día de viaje, al joven Capitán le había llamado la atención aquella suave belleza pálida, enlutada y silenciosa, que no atendía a nada más que al fino encaje que sus pequeñas manos tejían. Para ella no existía más que su libro de salmos y su cestilla de labor.

La curación de almas enfermas emprendida valientemente por el ex sacerdote de Osiris, iba dando flores y frutos al ciento por uno. Y hablando consigo mismo, se decía:

—¡Creo que cuando terminemos el viaje el único enfermo seré yo!... ¡Oh, Divino Maestro del Apóstol Zebeo, acuérdate también de mí que soy el más enfermo de todos!

EN EL PUERTO DE RAFIA

Tal como anunciara el Capitán Saúl, a mitad de la mañana siguiente el “Quintus Arrius” echaba anclas en el hermoso puerto de Rafia, flanqueado al oriente por peñascosas colinas, últimas derivaciones de la cordillera que baja desde el alto Líbano hasta la Arabia de Piedra y remata en el histórico Monte Sinaí, sobre la costa del Mar Rojo.

Un hermoso sol de otoño ponía tintes de oro en las movibles olas y en las copas de los árboles que a su vez, se teñían del ámbar y carmesí que precede a la inevitable caída de su verde esplendor. Y nuestros viajeros aceptaron la invitación del Capitán Saúl para visitar el puerto y la ciudad, que ostentaba con orgullo viejos esplendores de otra época de florecimiento, que terminó con la triste derrota del Faraón Saba Akón por los ejércitos invasores del Rey Sargón de Asiria.

El puerto y la ciudad de Rafia, parecían conservar aún a través de siete siglos los vestigios como recuerdos vivos de la barbarie inaudita de Sargón y de sus huestes guerreras, piratas organizados para la devastación de ciudades, pueblos, con tan refinada crueldad que durante muchos siglos fueron el terror de los países más civilizados.

El Contramaestre del “Quintus Arrius” era originario de Rafia y había obtenido plaza en la flota de Ithamar por recomendación del Príncipe Melchor. Fue, pues, el experto guía para la excursión de nuestros viajeros en este importante puerto de Arabia Pétrea.

Tenía allí su madre viuda y cuatro hermanos menores, tres varones y una mujer. Su situación era, pues, igual que la del Capitán Saúl, o sea que sobre él pesaba toda la responsabilidad de la familia. Era una de las características de nuestro amigo Simónides, el tomar con preferencia como colaboradores suyos en la vasta red comercial que manejaba, a aquellos que por circunstancias especiales atendían a la manutención de una familia sin padre. El joven Contramaestre que sólo tenía veinticinco años fue trasladado de un barco mercante al “Quintus Arrius” en su primer viaje al África. Y este traslado obedecía a dos motivos de importancia: a su pericia en la navegación de esa ruta y a que se le acordó una licencia de treinta días por grave enfermedad de su madre.

El “Quintus Arrius” hacía un viaje que puede llamarse de recreo y que no tenía prisa alguna de regreso. Todos estos pequeños detalles hacen ver a nuestro lector cuán razonables eran las afirmaciones del Anciano Administrador de la fortuna colosal de la Casa Ithamar, cuando le decía

a su Soberano Rey de Israel, años atrás: “Mis subordinados me sirven bien porque pago mejor aún que paga el César”.

Simónides, no olvidaba nunca que sus subordinados tenían corazón dentro del pecho y sabía ponerse a tono con las afecciones, necesidades y anhelos de todos los seres humanos.

En viajes de esta naturaleza surge espontáneo el compañerismo y una amistad tan franca y familiar, que nuestros viajeros al bajar en Rafia quisieron visitar la familia del Contraamaestre, y más aún teniendo conocimiento de la enfermedad de su madre.

Lo primero que se presentaba a la vista del viajero, allí, y como formando parte de las peñascosas colinas, eran las ruinas de una antiquísima fortaleza que había sido el centinela avanzado que los Faraones de la vigésima quinta dinastía pusieron frente al mar y a la entrada de los caminos que venían del norte. Aquella Fortaleza en ruinas era también panteón sepulcral venerado por los rafianos, pues se conservaba la tradición de que allí se refugió el Faraón y su familia, y allí quedaron sepultados, cuando las hordas asirias derribaron sus altivas torres y sus blancas almenas que se hundieron entre la humareda y las llamas del incendio devastador. A más de panteón sepulcral, era refugio de mendigos, de viejos paralíticos, de chicuelos raquíuticos y sin padres, y de perrillos sin dueño. Y estos míseros despojos de la sociedad humana, como raposas en sus cuevas, vivían bajo los escombros pues que la fortaleza de aquellas construcciones aún en ruinas, son capaces de proteger de la intemperie a los que carecen de un techo que los cobije. Merodeaban por las inmediaciones del puerto a la espera de la piedad de los viajeros. Y esta vez no esperaban en vano. Leandro al verles pensó en la *Aldea de los Esclavos*, y en el gozo que tendría el capitán Pedrito si pudiera recogerles en su barcaza “*Amare Victum*”, llevarles al vetusto Castillo del Lago Merik y decirles: “Vivid felices entre el amor y la paz. Yo fui un mendigo como vosotros y el amor de un hombre bueno me dio la dicha”.

Nuestros amigos galileos pensaban a su vez en la Santa Alianza de su tierra natal y decían:

—Allí no hay ya mendigos ni enfermos abandonados porque el amor del Hijo de Dios les dio a todos, trabajo honrado, pan, lumbre y techo para que vivan su vida.

Todos fueron socorridos, y nuestros viajeros les prometieron hacer algo más por ellos en el tiempo que permanecieran en Rafia.

En la casa familiar del Contraamaestre encontraron inquietud, ansiedad, y un dolor no disimulado ante la grave enfermedad de la madre y la ausencia del hijo mayor. Leandro y Felipe intervinieron de inmediato cerca de la enferma que sufría ahogos horribles y dolorosos espasmos. Era cardíaca, y su débil corazón afectado de muerte amenazaba paralizar

sus latidos de un momento a otro. Esperaba la llegada del hijo para morir tranquila, según ella decía. Era originaria del Estrecho de Mesina, sobre el Mar Jónico, y su familia de elevada posición en otros tiempos, había emigrado al África huyendo de luchas políticas y guerras civiles que les hicieron imposible la vida. En Rafia se había casado con un marino, un excelente hombre que la dejó viuda con cuatro hijos de poca edad, con el añadido de una hermanita menor suya, que venía a ser como otra hija, pues era de la misma edad de su única hija mujer. Pero esta niña era muda de nacimiento.

El Contraamaestre hizo las presentaciones de su numerosa familia a sus amables compañeros de viaje que tan piadosamente compartían su dolor. Su madre se llamaba Cecilia de Regio, ciudad puerto del Estrecho de Mesina; pero su hermanita Amada, lo mismo que todos sus hijos habían nacido en Rafia, donde ella encontró al que fue su marido.

Leandro, que había sido Pastóforo en los Templos de Osiris, tenía avanzados conocimientos en la Terapéutica de aquellos tiempos y sobre todo en las enfermedades mentales y relacionadas con el sistema nervioso. Felipe, con una larga práctica como auxiliar de los terapeutas Esenios y más con cierta facultad intuitiva y fuerza magnética natural, pudieron darse cuenta de inmediato de que la muerte rondaba de muy cerca a la madre de Lucrecio, el Contraamaestre, trataron de aliviarla asimismo de los ataques de ahogos que la acometían a cada instante.

La situación financiera, sin ser desesperante, era algo estrecha, pues sólo trabajaban con eficiencia para el hogar los dos hijos mayores. El tercero era pequeño, y la hija mujer, con la niña muda, atendían el hogar y a la madre enferma.

Era una familia de marinos y de músicos. Nazario el hijo segundo era Oficial primero en un velero destinado a correo y pasaje entre los puertos de Rafia, Pelusio, Canope y Alejandría. Amada, hermana de Cecilia y casi su hija, pues que la crió desde la cuna donde quedó recién nacida a la muerte de su madre, tocaba admirablemente el arpa acompañada por la sobrina de su misma edad y por el niño menor de trece años, que ambos dominaban regularmente la cítara y el laúd. Y Boanerges, no obstante el ambiente de inquietud y de tristeza de la casa, se sintió en un rincón de cielo entre aquellos tres compañeros de arte.

En la tristeza dulce y suave de Amada la pobrecita muda, que no pudiendo expresar con palabras sus sentimientos lo hacía con las cuerdas doradas de su arpa, encontró el trovador de Mágdalo tal similitud con su propio sentir que se estableció de inmediato entre ellos una dulce corriente simpática. Era una lánguida belleza tropical de cabellos y ojos castaño claro, que eran el precioso ornato de una delicada fisonomía blanco-marfil que el rubor teñía suavemente cuando tocaba el arpa en presencia de extraños.

Y mientras Leandro y Felipe con el médico de cabecera y el Contramaestre conferenciaban aparte sobre el estado de la enferma, Amada y Boanerges junto a su lecho le daban una magnífica serenata, como si siempre, de toda la vida, se hubiesen acompañado en un dúo maravilloso.

Olvidando Boanerges que era muda, le hablaba expresándole su admiración por lo magníficamente que tocaba el arpa. Ella lo miraba tristemente limitándose a señales que querían significar su agradecimiento y colocaba su frágil manita sobre las cuerdas como mandándole callar.

—¡Qué tristeza no poder hablar! —exclamó Boanerges de pronto y como desesperado.

Amada movió la cabeza negativamente, pero no obstante sus ojos se cristalizaron de lágrimas.

La enferma que los observaba le dijo:

—Si escribes la lengua de Roma, ella lee y escribe. A más, se expresa muy bien en el lenguaje mudo. Amada —dijo—, pregúntale a este joven cómo se llama y de dónde viene.

Ella se sonrojó visiblemente y miró a su hermana con una mirada de suave reproche.

—Es sólo para que él vea cómo es el lenguaje mudo —añadió la enferma. Entonces Amada hizo una serie de rápidos movimientos con sus dedos ágiles y finos.

—Le pregunta en qué país nació y cómo es su nombre.

—Nací en Siria Norte, a orillas del río Abaná; pero como desde niño he vivido en Mágdalo de Galilea, me llaman Boanerges de Mágdalo.

—¡Oh, de Mágdalo! —exclamó la enferma—. Allí vivía una hermana de mi madre casada con un griego ilustre descendiente de los homéridas; pero murió muy joven dejando una hijita de pocos años; mi madre era de Lucania, en el Golfo de Tarento, pero mi padre era de Regio, en Mesina, y las hermanas se separaron para siempre.

“La vida nos separa inexorablemente. Mi madre recordaba siempre con inmenso cariño a su hermana menor Nelía, que el griego se la llevó al otro lado del mar.

—Me cabe la satisfacción —contestó Boanerges—, de decirle, señora, que el Castillo de Mágdalo, donde fui acogido de niño, era la casa de esa hermana de su madre y que hoy lo posee su hija, Nelía María, como única dueña pues su padre murió hace varios años.

—¡Oh, qué maravillosa casualidad! —exclamó gozosa la pobre enferma—. A mi madre la afectó mucho la muerte de Nelía y pensaba siempre en lo que sería de su hija sin madre. ¡Oh, qué cruel es la vida que nos separa siempre! ¿Y es dichosa Nelía María? ¿No se ha casado? ¿Qué clase de mujer, es?

Eran muchas preguntas para contestar así, de improviso, y además el sensible trovador de Mágdalo venía luchando por curar su vieja herida de amor, que inconsciente la pobre enferma desgarraba de nuevo.

—Tiene mucha fortuna. La aldea de Mágdalo con los campos y bosques que le rodean son suyos. Hasta hoy no ha querido casarse, aunque ha tenido buenas oportunidades de hacerlo. Su alma era toda de la Grecia de Orfeo y de Homero. Y en su Castillo se respiraba el aire de la Fuente Castalia y del Monte Parnaso. Pero después..., pasó por la Siria un personaje que los griegos de Delfos llamarían Apolo..., algo así como un Dios de Amor que obró en ella una completa transformación.

—¿Pero es feliz? —volvió a preguntar la enferma.

—Eso..., eso señora sólo puede saberlo ella misma. Vive sola con su servidumbre, entre la cual me he contado yo hasta hace siete años en que ella me hizo notario auxiliar de su Administrador general.

—No sé por qué me parece que no es feliz la pobrecita. Si vuelves a Siria, quisiera acercarme a ella. ¡Pero soy tan enferma!

—Tal como yo la conozco a ella, creo que le daríais una grande alegría y ¡quién sabe!... Acaso fuera conveniente para ambas ese acercamiento —contestó Boanerges.

La entrada del médico con el Contraamaestre puso fin a la conversación. Boanerges y Amada se retiraron hacia el interior de la casa a un amplio patio sombreado de acacias que perdían las hojas, donde Leandro y Felipe conversaban animadamente; mientras Rhoda y María, con Juan y Nicanor, se divertían con dos pequeños antílopes que jugueteaban sobre el verde césped más allá del jardín.

Una infinita compasión ponía su nota suave de ternura en la voz y los ojos de Boanerges mientras caminaba junto a Amada sin hablar palabra. ¡Ella era muda!

—Yo hablaré para ti, si es de tu gusto —le dijo. Ella hizo con la cabeza señal afirmativa.

—Me gustaría mucho aprender a interpretar las señales de tu lenguaje. ¿Querrás enseñármelas?

“¿Desde cuándo tocas el arpa?

Amada contó los cinco dedos de su mano izquierda y luego dos de su derecha.

—¿Siete años? —preguntó Boanerges.

La cabecita castaña de sedosos bucles afirmó que sí.

—¿Sufres mucho por no poder hablar?

La jovencita no contestó, pero miró a Boanerges con sus dulces ojos llenos de tristeza y de lágrimas.

—Tu hermana acaba de decir que vuestra madre era hermana de la madre de María de Mágdalo. ¿He comprendido bien?

Amada afirmó que sí.

—En tal caso, tú eres prima de ella y hasta creo que te le pareces bastante. ¿Te gustaría ir a verla?

Una ráfaga de luminosa alegría apareció en los dulces ojos de Amada y fue bastante clara contestación para Boanerges.

—¿Quieres que te llevemos hacia ella a nuestro regreso?

Contestó con movimientos de cabeza que sí.

—¿Cuántos años tienes de edad?

La joven puso ante Boanerges sus dos manos con los dedos abiertos. Luego cerró las manos y las volvió a abrir en igual forma. Luego levantó el índice solo.

Boanerges contó mentalmente: dos veces diez y más uno.

—Veintiún años —dijo. La niña afirmó que sí.

Boanerges refirió a la joven tan claramente como le fue posible el inmenso dolor en que vivía su prima desde diez años atrás debido a la espantosa tragedia de injusticia y de crimen que terminó en el Gólgota. El joven trovador deshojaba como perlas negras, como hojas secas de un rosal muerto los dolorosos recuerdos que vivían intensos en su alma sensitiva, y su mirada se perdía a lo lejos como enredada en las amarillentas copas de los árboles del huerto que el viento del otoño iba desnudando lentamente.

Sintió un hondo sollozo a su lado y volvió la cabeza. Vio el rostro de Amada bañado en llanto que ella dejaba correr en silencio...

—¡Perdón! —clamó Boanerges—, ¡no creí lastimarte tanto!..., ¡pobre niña que tienes demasiado con tu propio dolor! Y aún vengo yo a aumentarlo con una historia de angustia.

La joven se sentó en un banco del jardín y puso su mano en el espacio vacío, mirando a Boanerges con su sonrisa que aún lloraba. Él comprendió la señal y se sentó a su lado.

—Veo Amada —le dijo—, que tú padeces más que yo, doblemente más, porque estás impedida de expresar con palabras lo que siente tu corazón.

La muda afirmó que sí.

—Tú piensas en que al desaparecer tu hermana, cuyo mal es muy grave, quedas sola en el mundo, ¿no es verdad?

El bello rostro de Amada se contrajo en una angustia suprema y sus labios temblaron como los de un niño que va a llorar desesperadamente.

—Lo he comprendido bien —continuó Boanerges—. Los hijos de tu hermana seguirán sus caminos por el mundo, y tú ¡pobre niña!, sin voz, sin palabra..., muda. ¿Qué podrías hacer para afrontar la vida?

Ella tomó suavemente una mano de Boanerges y buscó sus ojos con tan indefinible mirada de súplica, de ruego, de infinita angustia, que él

no pudo contenerse y arrodillándose ante aquella atormentada criatura, estrechando sus frágiles manitas heladas entre las suyas, le dijo con voz quebrada en la garganta por la emoción que le embargaba:

—No padezcas así, ¡te lo ruego! ¡Yo sufro también, y soy quizá más pobre que tú, más insignificante que tú, más humillado por la vida que tú, porque no conocí jamás a mis padres, ni sé de dónde vine, ni por qué vine, ni adónde voy!... ¡Pero así como soy, te juro por este sol que nos alumbraba que yo velaré por ti y cuidaré de ti, ¡todos los días de mi vida!... ¿Aceptarás mi ofrecimiento?...

La pobre niña, ahogada por los sollozos, reposó su cabecita orlada de bucles castaños sobre aquel pecho amigo que tan noblemente le ofrecía amparo a su soledad. Y sus pequeñas manos que temblaban, se apretaron más a la diestra franca y generosa del extranjero desconocido, que así le brindaba amparo cuando estaba al borde de un abismo.

Cuando aquella explosión de dolor se hubo calmado, Amada se levantó haciendo a Boanerges señal de seguirla. Le condujo a una pequeña salita al fondo de la cual caía hasta el suelo una pesada cortina que él pensó escondía una alcoba. Como respaldo de un pupitre de caoba había un lienzo pintado al óleo, que representaba dos bellas jóvenes ataviadas con los trajes típicos usados por las mujeres del Golfo de Tarento en la fiesta clásica de la primavera.

Aparecían coronadas de rosas y llevando cada una al brazo una cesta tejida de cintas, llena de palomas blancas cuyos negros ojillos vivos y atrevidos daban la impresión de un ansia inquieta de tender el vuelo. Aquellas imágenes sonreían felices ante la vida que era de seguro para ellas una interminable primavera.

Boanerges contempló aquel lienzo y meditó en silencio. La intuición acudió en su ayuda.

—¿Quién pintó este lienzo?

Amada se señaló a sí misma con una palmadita en su pecho.

—Entonces eres música y pintora

La niña sonriendo graciosamente afirmó que sí, y le hizo ver unos cuantos lienzos de paisajes regionales que había en los marcos y algunos en un rincón de la salita.

Boanerges volvió a mirar el gran lienzo, encontró que las dos jóvenes, una era rubia y la otra de cabello castaño, muy parecidas entre ellas.

Se veía claro que eran hermanas. Y Boanerges dijo sin temor de equivocarse:

—Esta debe ser tu madre; y esta otra es la madre de María de Magdalo. ¿Acerté?

Una viva expresión de júbilo en el rostro de Amada le contestó que era así.

—Si tú accedes a venir con nosotros a Palestina llevaremos este lienzo a la señora del Castillo. ¿Estás de acuerdo?

La niña muda contestó que sí.

Luego entró detrás de la cortina que ocultaba la alcoba y sacó un cofrecito lleno de documentos y en el fondo brillaban unas cuantas monedas de oro. La joven ató los documentos con una cinta. Los envolvió en un fajo de tela de lino y se lo dio.

—¿Qué hago con esto? —preguntó Boanerges.

La niña pensó, vaciló un momento, lo miró a los ojos y luego con un ligero temblor en las manos, abrió en el pecho el cierre de la túnica de Boanerges y escondió allí el fajo de documentos. Lo volvió a mirar como para asegurarse de que no lo había disgustado.

—Está bien, está bien— le contestó él.

La jovencita tomó las monedas de oro que eran diez, las escondió en un bolsillo pequeño y tomando la mano de Boanerges, lo puso en la palma y cerró los dedos.

—¡No! ¡Esto no! —le dijo él—. Esto guárdalo para ti, es tuyo y puedes necesitarlo.

Ella demostró inquietud y deseo de ser comprendida. Vacilaba..., pensaba, y por fin hizo una señal con la mano como a larga distancia.

—¡Ya comprendo! —le dijo él—. ¿Piensas que estas monedas son para pagar tu viaje?

La niña rió contenta de ser entendida.

—No es necesario, querida mía. En Palestina formamos una Hermandad en la cual tenemos cuanto necesitamos si somos fieles al Ideal sustentado por ella. El velero en que viajamos es pues como nuestro y no pagamos nada.

El rostro bello y suave como un lirio tomó una expresión de gozo divino y dejó caer el pequeño bolso en el cofre, como convencida de que en aquel extraño país, el oro no era necesario para la vida.

—También en Alejandría y en algunas capitales de Arabia el Príncipe Melchor fundó la misma Hermandad.

“Él conoció al hijo de tu hermana, que por recomendación de él está al servicio de nuestra Hermandad.

La muda hizo señal afirmativa y rápidamente descubrió un lienzo que estaba en su soporte, y se lo señaló a Boanerges.

Era un retrato del Príncipe Melchor con la vestidura de los Hierofantes del Templo de Osiris.

—¡El Príncipe Melchor! —exclamó Boanerges— ¿Cómo has pintado esto? —La niña le enseñó un pequeño rectángulo de loza en que aparecía en miniatura la misma imagen que ella había copiado en el lienzo.

Mientras ocurría esto en un rinconcillo apartado de la casa, el Capitán

con Nicanor, Juan, María y Rhoda, paseaban por el hermoso parquecito que la rodeaba circundado por una buena balaustrada de piedra.

María con Juan y Nicanor caminaban muy despacio y a ratos se sentaban en el borde de una fuente o en alguno de los bancos solitarios sobre los cuales se deshojaban los árboles, cuidando de no fatigar a María.

De pronto les alcanzó Felipe en cuyo alterado semblante conocieron que algo grave ocurría en la casa.

—¡Ya terminó todo! —les dijo—. ¡Qué triste augurio para un viaje! ¡Venir a presenciar una muerte!

—¡Pobres hijos! —exclamó María, y se dejó caer sin fuerzas, sobre un banco.

Sabiendo Felipe que de todos los presentes, ella era el punto más débil se le acercó enseguida.

—No te impresiones, no te asustes, domina tu sensibilidad. Bebe esto —le dijo y la joven obedeció.

— Llévala al barco Juan, que nada bueno puede sacar de las escenas que aquí verá —añadió Felipe.

—¡No! —dijo María—. Sería una cobardía imperdonable no compartir con el Contramaestre y sus hermanos el dolor de este momento. No, no me iré.

—¿Y si te enfermas? —preguntó Juan todo asustado.

—Nuestro Divino Señor me dará la fuerza necesaria para consolar a los que sufren.

El Capitán tomó de la mano a Rhoda que tampoco se demostraba muy serena.

Advirtiéndolo Felipe, la obligó a beber el tónico que había bebido María.

—Vamos todos allá —dijo. Pero Rhoda se quedaba atrás vacilante.

—¿Te sientes mal? —le preguntó Saúl.

—Hace tan poco —dijo ella—, que presencié dolorosas escenas de muerte y de llanto que no me siento con valor.

—¿Quieres volver al barco? —le preguntó de nuevo Saúl.

—Sería mejor —dijo ella—. Yo no significo nada aquí en estas circunstancias y creo que la familia comprenderá este momento mío de debilidad.

El puerto quedaba a doscientos pasos escasos y Saúl se disponía a llevar a Rhoda, cuando apareció Leandro a buscarlo.

—Capitán Saúl —le dijo—, creo que es necesaria tu presencia. El Contramaestre se quiere matar sobre el cadáver de su madre y su hermano lucha con él. —Saúl corrió desesperado y Leandro se encargó de Rhoda, y llamó a Juan y a María—.

“Ninguna de ellas dos —dijo—, deben entrar en la alcoba mortuoria. Quédate aquí con ellas, que Felipe, Nicanor y yo hacemos falta allá adentro... —Y rápido se fueron los tres.

Boanerges y Amada entraban al mismo tiempo a la alcoba por una puerta interior. La pobre niña se acercó lentamente al lecho y miró con sus ojos espantados muy abiertos el cadáver de su hermana, un grito agudo como un quejido se exhaló de sus labios y cayó de rodillas junto al lecho descansando su cabeza sobre la mano tibia, laciamente abandonada por la vida. Y una tempestad de sollozos sacudió aquel frágil cuerpo arrodillado que en ese instante no era más que un montoncito de angustia, ante el triste despojos de la muerte. Boanerges se acercó a ella y le dijo al oído buscando consolarla:

—Piensa que no estás sola en el mundo, porque yo estoy aquí.

En ese momento se le acercó el hijo menor, de doce años, y abrazándose del cuello de Amada le dijo entre su llanto:

—Ya no tengo madre, Amada. ¿No serás tú la madre mía de hoy en adelante?

La niña muda lo miró con asombrados ojos llenos de llanto, y miró luego a Boanerges que estaba a su lado. Este comprendió lo que esa mirada significaba y contestó al niño angustiado:

—¡Sí, hijo mío, ella será tu madre! —Y fue entonces que el llanto contenido durante tanto tiempo se desbordó como un torrente del corazón de Boanerges, y abrazando las cabezas unidas de Amada y del pobre niño sin madre, lloró como hacía diez años que no lloraba.

Había llorado con igual angustia cuando vio morir al Divino Maestro, que había sido el árbol frondoso que le diera sombra desde su niñez desvalida y solitaria. Sólo Él supo comprender las ansias infinitas y jamás satisfechas de su corazón de visionario, de soñador, de incansable buscador de algo que en la tierra no había para él. La angustia de aquel niño que perdía la sombra augusta y piadosa de su madre, le despertó vivo y desgarrador todo el mundo de dolorosos recuerdos que desde diez años atrás dormían en su yo íntimo, y todo ello unido a ese oculto amor que vivía como una llama encendida en un sagrario, ignorado, incomprendido de todos, era ya demasiado para que él tuviera la fuerza de aquietarse y ocultarlo.

Y entonces fue Amada, la pobre niña muda quien le devolvió sin hablar la misma frase de consuelo que él le había dado cuando dijo: “Piensa que no estás sola en el mundo porque yo estoy aquí”.

Se acercó a él, le apartó del rostro las manos que lo ocultaban y lo obligó a mirarla. La hermosa cabeza del trovador como un pájaro herido que busca un sitio para morir, se apoyó sobre el hombro de Amada, mientras le decía a media voz:

—Te he comprendido. Ya sé que estás a mi lado para unir tu soledad a la mía.

Dos días después aquella casa quedaba cerrada al cuidado de antiguos criados fieles, y partían todos juntos hacia Alejandría, donde en quietud

y reposo, organizarían de nuevo la vida aquellos a quienes la muerte había dejado sin madre.

Durante los dos días que estuvieron en Rafia, Felipe se dio cuenta de que al Capitán Saúl no le era indiferente su cuñada, la dulce Rhoda que tanto merecía el amor y la confianza de un hombre noble, inteligente y fiel.

Y con su chispa habitual que se despertaba de nuevo después de las tristezas mortuorias que acababan de pasar, le decía en secreto a Leandro con el cual había hecho una firme amistad:

—Parece que el Capitán Saúl me exime con ventaja del deber que me impone la Ley. Creo que no seré yo el nuevo esposo de Rhoda.

—Así lo creo también. —Le contestaba Leandro con grande satisfacción de los dos.

Antes de partir de Rafia, Juan, Felipe y Nicanor, visitaron el recinto de la Santa Alianza que en Arabia se llamaba "*Espiral de Incienso*", fundada por el Príncipe Melchor cuando el Divino Maestro le visitó en su Gran Santuario del Monte Hor.

Era director el Maestro Nerebín, que conoció el Cristo Ungido de Dios en su estadía en el Santuario del Monte Hor. Por entonces era sólo uno de los discípulos adelantados de esa Escuela de Divina Sabiduría, en la que fue consagrado Maestro dos años después.

Le secundaban eficazmente en su tarea de enseñanza espiritual y moral, los alumnos de una de las Escuelas de enseñanza superior que el Príncipe Melchor tenía fundada en Rafia, desde veinte años atrás.

Esta cordial visita de los hermanos de Palestina estrechó los vínculos entre ambas Instituciones cuyos principios eran iguales, como lo eran así mismas las obras de misericordia que constituían su principal objetivo. Y la "*Espiral de Incienso*", precioso recuerdo del Príncipe Melchor, envolvía amorosamente a los mendigos y huérfanos, que nuestros viajeros encontraron entre los escombros cubiertos de hiedra de la Fortaleza del Faraón Saba Akón.

Y el Maestro Nerebín decía a Juan, Felipe y Nicanor:

—Creedme que nos cuesta aclimatar en nuestros Refugios, a estasavecillas vagabundas que parecen hallar placer en andar por las calles exhibiendo su dolor y su miseria. No les es fácil adaptarse a una vida metódica y ordenada, después de haber pasado años comiendo cuando encontraban un mendrugo y durmiendo cuando les vencía el sueño.

“La extrema escasez y miseria en que han vivido, ha creado en ellos hábitos de tal egoísmo y mezquindad, de hurto y de rapiña, que cuesta mucho convencerles de que en los Refugios, no tienen necesidad ni de acaparar, ni de robar comestibles o ropas, pues que de todo se les provee cuando lo necesitan. Hechos a vivir en una triste promiscuidad de edades

y sexos, encuentran un excesivo rigorismo en las ordenanzas y disciplina que necesariamente se imponen, en toda institución tendiente a educar y moralizar a las muchedumbres.

“No sé si a vosotros os ocurrirá lo mismo en Palestina –terminó diciendo el maestro Nerebín.

–De nosotros tres –respondió Felipe–, soy yo el que más he intervenido en los protegidos de la “Santa Alianza”, y puedo decir que las costumbres hebreas se han mantenido hasta hoy un poco más elevadas, creo, que el resto del mundo.

“Y pienso que esto se debe en gran parte a la obra silenciosa y desconocida de los terapeutas Esenios, que alrededor de cada Santuario oculto en las montañas, ellos han acercado las familias humildes del bajo pueblo; y la esperanza del Mesías prometido desde años atrás, y después el contacto con el mismo Divino Ungido que anduvo entre ellos remediándoles sus necesidades y aliviándoles su miseria y su dolor, ha debido influir necesariamente en esa masa popular, modificándola y purificándola.

–Es indudable –dijo Nerebín–, que el pueblo escogido por el Señor para tomar allí cuerpo físico, debía ser algo superior a los demás pueblos. Esperemos que su doctrina de salvación se haga carne en todos los pueblos de la tierra. –De pronto se absorbió mirando sobre la cabeza de Juan con gran fijeza–.

“Me parece –le dijo–, que tú estás destinado a volar muy alto”.

–¿Yo? –preguntó Juan extrañado–. Pues hasta ahora estuve a menor altura que todos porque la terrible tragedia que puso fin a la vida de nuestro Señor y Maestro, me ha tenido enfermo del alma durante diez años.

–Lo comprendo. Nuestro Maestro Melchor que era fuerte como un roble vino muriendo y costó hacerle reaccionar. Te lo he dicho porque hubo un momento en que vi detrás de tu cabeza dos alas como dos llamas de fuego. Y en nuestro simbolismo esotérico, eso significa “un gran vuelo espiritual”.

–Juan es uno de los Doce íntimos del Divino Maestro –dijo Felipe–. Es el más joven de todos ellos.

–Sí –dijo Juan–, y también el que no hizo nada por Él, hasta ahora.

–Ya lo harás en adelante –añadió el Maestro Nerebín–. Y cuando esas alas de fuego se tiendan a volar, acuérdate de mi, quiero entonces estar a tu lado.

–No lo olvidaré –dijo Juan estrechando la mano que Nerebín le tendía.

Durante esta conversación Nicanor había buscado y traído a los mendigos y chicuelos harapientos que encontraron en las ruinas, para

dejarles ya seguros al amparo de aquella Institución de socorros, hermana de la “Santa Alianza”.

Después de visitar los distintos pabellones de los refugiados, se despidieron prometiendo una segunda visita al regreso de Alejandría.

38

EL CAPITÁN PEDRITO ESPERABA

Dos días antes de zarpar el velero “*Quintus Arrius*” del Puerto de Joppe, Leandro entregó a un buque de pasaje y carga, una epístola para Zebeo dirigida a la Escuela que conservaba el recuerdo y el nombre del maestro Filón. El antiguo portero, visitante asiduo de la Aldea de los Esclavos, se la haría llegar. En ella anunciaba el regreso acompañado de los viajeros galileos.

Los viajeros que se añadieron en Rafia serían una sorpresa inesperada, pero en el viejo castillo de la princesa Thimetis transformado en Escuela-Refugio y Santuario, estaba seguro Leandro de que todos habían holgadamente. Y en el corazón de Zebeo, ino se diga!... Era un huerto de amor donde cabían todos los que buscaban amor, consuelo y esperanza.

Y desde que la epístola de Leandro llegó a manos de Zebeo, el Capitán Pedrito con su barcaza “*Amare Victum*” y sus veinte remeros anclaban en el puerto de Alejandría a la espera de los viajeros. Sabían que venían hermanos de su padre Zebeo; lo veía a él ebrio de gozo cada vez que mencionaba los nombres de Juan, de la pequeña María, de Martha y Lázaro de la Aldea de Betania, el reposo dulce del Divino Maestro, del trovador Boanerges el de las canciones como gorjeos de ruiseñores en el dormido silencio de las noches de luna, de Felipe, Nicanor y Adín formando un alegre trío dispuestos a la jovialidad propia de los corazones sanos, sinceros y nobles.

¿Cómo no habría de estar Pedrito con el corazón como una flor de esperanza y con ansia loca de conocer aquellos hermanos sirios de su buen padre Zebeo? La barcaza como una matrona antigua vestía de toda gala, y sus cabinas habían sido adornadas de cortinillas nuevas, de nuevos espartos en el piso, de lindas cubiertas recién tejidas sus divanes, mesas y bancos de reposo.

Las habitaciones del Castillo brillaban de limpias. El oratorio rebosaba de flores y de cirios nuevos; el Comedor como un jardín de invierno poblado de helechos y begonias, y los viejos muros orlados de guirnaldas de madreselvas y rosas.

Tabita y Pedrito eran felices, con el gozo de su padre Zebeo que a los

diez años de dejar su tierra natal recibía de su Maestro la divina compensación del abrazo de sus hermanos.

La Aldea de los Esclavos, se veía por vez primera en víspera de una fiesta, y el humilde caserío y las tiendas ostentaban en mástiles plantados de expofeso pabelloncitos amarillos con una estrella azul al centro.

Con inauditos esfuerzos entre todos los hombres habían trasladado los obeliscos pequeños que desde innumerables años servían de adorno en el parque del Castillo, y con ellos habían formado un frente a la entrada a la aldea, intercalados con palmeritas nuevas que le daban el lucido aspecto de entrada a un parque de recreo.

El director de estos trabajos de embellecimiento de la humilde Aldea era Narciso el compañero de Leandro, que por su amor al hijo de Liana, se sentía capaz de remover el mundo.

—¡Oh, los prodigios del amor!, —decía Zebeo, contemplando como en un éxtasis las transformaciones de las almas al impulso poderoso del amor ofrendado con absoluto desinterés.

Y por fin, a mitad de una dorada mañana otoñal, tibia y risueña, avistaron de lejos la barcaza “*Amare Victum*” que se acercaba majestuosamente por el canal, con todas sus velas desplegadas y flameando en el palo mayor el pabellón de la estrella azul, que era la señal convenida de que volvía con los viajeros abordo. Toda la Aldea y los habitantes del Castillo rodeaban el pequeño muelle y en la borda del “*Amare Victum*” se agitaban muchos pañuelos blancos como alas que ansiaban volar.

El abrazo de Juan y Zebeo era digno de ser inmortalizado en un lienzo. ¡Se habían amado tanto en los años felices que vivieron juntos en torno al Divino Maestro y hacía diez años que no se veían!...

Cuando se desprendieron uno de otro, ambos tenían el rostro bañado en llanto. Y después desfilaron por los brazos de Zebeo: Lázaro, Martha, Boanerges, la pequeña María, Felipe, Nicanor, Adín...

—¿Y para mí ya no queda nada? —preguntó Leandro acercándose sonriente a Zebeo su gran amigo de última hora.

—¡Oh, también alcanza para ti el montoncito de tierra! —le contestó el Apóstol, abrazándole cariñosamente.

Después vinieron las presentaciones habituales. Pedrito ya se había hecho amigo de todos y estaba encantado de los hermanos de su padre Zebeo.

Con los de Rafia, que estaban aún tan doloridos por la reciente muerte de su madre, naturalmente la entrevista primera tuvo dejos de tristeza y de amargas. No obstante, a Pedrito le cayó muy en gracia el Contramaestre Lucrecio, por su pericia como marino del cual podía tomar buenas lecciones.

Las tres jóvenes, María, Amada y Alvina, le parecieron hadas de algún

paraíso escondido que tendría el Padre Celestial quien sabe dónde..., ¡oh, todos eran una maravilla para el noble y sano corazón de Pedrito!

¡Nunca se vio la Aldea de los Esclavos con tanta felicidad como aquel día!

Tabita, a su vez, como ama de casa, con todas sus compañeras del coro y de los talleres, se multiplicaban para hacer dulce y amable la llegada de los viajeros.

—¡Zebeo, hermano mío!... —decía entusiasmado Juan—. ¡Todo esto que veo es un maravilloso prodigio, un estupendo milagro que has hecho en homenaje a nuestro divino Señor!...

—O que lo ha hecho Él, para levantarme a mí que estaba como un lagarto dormido en un pajonal —le contestaba Zebeo—. ¡Oh, Juan! ¡Tú no sabes como yo estaba!

—No estarías seguramente peor que yo, aletargado en completa inercia durante los diez años largos que han pasado.

—¿Y ahora?... —preguntó Zebeo.

—Ahora vengo a contagiarme de tu optimismo, de tu esperanza... Vengo para que me ayudes a vivir de nuevo Zebeo, ¡para Él..., sólo para Él!

Las doncellas del Coro compañeras de Tabita se llenaron de júbilo al ver el arpa de Amada, la cítara y los laúdes de Boanerges, Alvina y Fidel. ¡Toda una familia de músicos!

—¡Oh! ¡Nuestra aldea hasta puede organizar un concierto rival del que nos brindan todos los días los ruiseñores del parque al amanecer!

Pero cuando supieron que la jovencita del arpa, era muda, en todos los rostros murió la alegría y hasta en algunos ojos aparecieron lágrimas.

—¡Pobrecita!... —fue la frase que sonó en todos los labios.

Boanerges que estaba a su lado, pasó el brazo por su espalda como en un suave abrazo de protección y dijo:

—Ella habla con el arpa y si vierais, ¡qué bien se hace comprender!

Tabita se le acercó maternalmente y le dijo acariciándola:

—¡No importa! El hablar no es toda la dicha de la vida. Y aquí hemos aprendido del Apóstol Zebeo a hacer dichosos a todos, ¡aún a los que no saben hablar! Que lo diga sino mi padre Leandro que os ha traído a todos y también el maestro Narciso que ninguno de los dos hablaban.

Todos festejaron la oportuna alusión de Tabita, y como una bandada de golondrinas se dispersaron por el Castillo, por el parque, y pasaron al viejo templo convertido en Refugio de ancianos y taller de carpintería, a los huertos tapizados de frescas hortalizas, a los pequeños botes de cruzar el lago, a los depósitos de leña preparada para arder en las estufas en el próximo invierno y hasta visitaron el gran horno, donde se doraba el pan familiar que habían de ver sobre la mesa del festín en ese mismo día.

El ambiente de paz, de compañerismo, de fraternal amor que se respiraba a pleno pulmón en la Aldea de los Esclavos, fue el más poderoso fortificante para las almas deprimidas y tristes que habían venido de tierras lejanas, donde el veneno del egoísmo y del odio iba envenenando lentamente los corazones.

El lector se pintará por sí mismo imaginativamente lo que fue la comida del mediodía.

La llegada al comedor fue una sorpresa tan admirable, que los dejó a todos en suspenso, agrupados en la gran puerta de entrada abierta de par en par por Zebeo.

Aparecía al frente un lienzo pintado al óleo por el maestro Aldebarán, uno de los alumnos del Príncipe Melchor que se consagró Maestro en el Monte Hor poco después de la estadía del Verbo de Dios en dicho Santuario. Había conservado en su retina la visión de aquella fisonomía única y sobre todo su mirada llena de luz y de dulzura infinita.

Representaba al Maestro de frente y de pie sobre una verde colina, con sus manos tendidas hacia adelante como invitando a acercarse a Él. Y al pie del lienzo estas palabras suyas pronunciadas ante una multitud doliente a orillas del Mar de Galilea: “*Venid a Mí los que estáis cansados porque lleváis pesadas cargas y yo os aliviaré*”.

Zebeo le había escuchado decir esas palabras, y fue el inspirador de ese lienzo en tal actitud.

Los tres más aventajados discípulos del Príncipe Melchor: Yusufu-Dan, Nerebín y Aldebarán, fueron tres fuertes báculos para Matheo y Zebeo en el desenvolvimiento de su apostolado en el África.

El cambio de escenario y de vida fue de tanta eficacia para los viajeros, aun para los que tenían la honda pena de la reciente muerte de la madre, que seis días después organizaban una excursión al Valle de las Pirámides.

Les condujo el Capitán Pedrito en su barcaza “*Amare Victum*”, saliendo muy de madrugada con la idea de pasar allí todo el día y regresar a la noche con la luz de la luna.

En todos los corazones se atenuaron las penas y el más dichoso de todos era el Apóstol Zebeo viendo aquel florecimiento de amor y de esperanza que era para él como una divina compensación de su Maestro, a lo poco que había podido hacer *su montoncito de tierra*.

Los músicos llevaron sus instrumentos y en el Valle de las Pirámides escuchando el rumor de las olas del Nilo, organizaron un concierto que tuvo profundas repercusiones en tantos corazones jóvenes, que esperaban el amor con la misma placidez y quietud con que los antiguos patriarcas nómades esperaban a la puerta de sus tiendas las primeras brisas primaverales y la vuelta de las golondrinas en busca de las tibiezas del estío.

Y el amor llegó para ellos a la dulce sombra del alma de Zebeo, Apóstol del Cristo, en la que tan hondamente quedara grabada la Idea Divina del Verbo Luz del mundo: *“El Amor salva todos los abismos”*.

Boanerges fue designado director de orquesta y desempeñó su papel con la eficiente cooperación de Amada, de su sobrina Alvina, del pequeño Fidel, de algunas de las doncellas del Coro que tocaban la ocarina, la cítara y el laúd.

El Capitán Pedrito había olvidado su barcaza y cuanto a ella concernía, y sentado en la arena de la playa estaba en éxtasis escuchando el concierto maravilloso de las cuerdas y sintiendo el concierto más maravilloso aún de los corazones que vibraban al unísono.

Boanerges cantó a dúo con Alvina una antigua canción que él había compuesto en los jardines rumorosos de Mágdalo, cuando aún vivía en la tierra el Divino Maestro:

*“Sosiega el alma y descansa
Cuando ha sentido al amor
Que viene sembrando rosas
Del color de su ilusión.*

*El rosal perdía vida
Sus capullos el color...
Todo moría en el huerto
Porque faltaba el amor*

*Hoy la lámpara ha encendido
Su radiante claridad
Que nunca los vendavales
Podrán de nuevo apagar.*

*¡Estaba seca la fuente
Y ha brotado el manantial
Que la llena de agua clara
Hasta hacerla desbordar!...*

*¡Canta el alma como el ave
En las ramas del pinar
Cuando siente al ave cercana
Que responde a su cantar!”*

Un estruendo de aplausos premió a los trovadores.

El Nilo seguía murmurando canciones, el sol de otoño resplandecía

como polvo de oro sobre los viejos monumentos funerarios de los Faraones, y en algunas almas que en éxtasis bebían las tiernas estrofas de Boanerges, aleteaba febrilmente la ilusión..., y el hada blanca de la esperanza tejía su guirnalda de mirtos y de rosas para anudar corazones que lloraban en la soledad... ¡Oh! ¡Caprichos traviesos de la traviesa casualidad!...

Sin que nadie supiera cómo ni cuándo, la canción del trovador de Mágdalo había llevado al Capitán Saúl junto a Rhoda, a Juan junto a María; en las rodillas de Boanerges se apoyaba el arpa de Amada, y el Capitán Pedrito jugueteaba distraídamente con el borde del manto color violeta que cubría los hombros de la dulce Alvina, sentada en la arena mientras cantaba...

¡Oh! El Capitán Pedrito había esperado tantos días en la rada de Alejandría y ahora..., esperaba que el alma hermana..., irespondiera a su cantar!...

El Apóstol Zebeo sentado junto a Tabita, su lamparilla de amor abnegado y silencioso que se daba entero sin pedir nada; con Leandro y Narciso al lado, parecía un sereno patriarca de otras edades que contemplaba aquellos cuadros de ternura como miniaturas luminosas en la grisácea inmensidad del desierto, mientras su voz temblando de emoción, repetía a sus dos compañeros de apostolado las palabras que ocho mil años atrás, dijera Bohindra, el Rey Kobda de la prehistoria:

— “¡Basta Señor, basta!..., ¡que en este corazón de arcilla no cabe ni una gota más!”

Tales son las divinas compensaciones, cuando el alma entregada a la Suprema voluntad manifestada en la Ley Eterna y en los acontecimientos no buscados sino encontrados como una perla entre guijarros, camina sin desviaciones, sin interés y sin cálculos egoístas, por el iluminado senderillo de los designios divinos!...

Cuando el sol comenzaba a declinar, aquella alborozada juventud que por breves horas olvidara sus tristezas del momento, aquietaba las alas blancas y tenues de la fantasía, y sentándose en parejas o en grupos en los bloques removidos de los viejos monumentos funerarios, se abstraían en serias meditaciones provocadas por los recuerdos que ellos despertaban.

Juan y la pequeña María, Lázaro y Martha, recordaban muy bien haber escuchado de los labios del Divino Maestro el relato de su breve estadía en el Valle de las Pirámides, donde abrieron las tiendas con el Príncipe Melchor, el maestro Filón y el Arqueólogo del Museo de Alejandría. El amor daba vida nueva a aquellos recuerdos, y los de más viva imaginación, creían verle a momentos aparecer con su túnica blanca y su manto azul a la sombra de los grandes colosos faraónicos, que fueron

testigos de sus luminosos pensamientos y de sus desbordamientos de amor para sus semejantes.

La imaginación de Juan empezó a revolotear como un pajarillo enjaulado y de pronto, se levantó sin decir palabra, y comenzó a medir con largos pasos desde la gran pirámide hacia occidente en línea recta. Cuando contó cincuenta pasos se detuvo y quedó allí plantado como una estatua.

María se levantó a su vez y fue hacia él, adivinando la borrasca que de nuevo se levantaba en el mundo interno de Juan.

—¿Puedo saber yo lo que estás pensando, Juan? —le preguntó dulcemente.

Con una voz queda y trémula que casi lloraba le contestó:

—En este mismo sitio donde estamos parados tú y yo, estuvo la tienda donde nuestro Señor vivió, comió, durmió durante algunos días y estas movibles arenas frías y mudas, no han guardado las huellas de sus pies, ni el aire el eco de su voz, ni la luz su imagen querida...

“¡Oh, María!... ¡Tengo que convencerme de verdad que a mi Maestro no lo tengo más!..., ¡que pasó como un luminoso cometa por mi oscuro horizonte, y que de Él solo me queda el recuerdo!

“¡Oh!, ¿por qué, María?... ¿por qué no está Él con nosotros?”

Juan apoyó su cabeza dorada por los últimos resplandores del sol, sobre la cabecita tocada de blanco que estaba a su lado y en la cual fueron cayendo las gotas ardientes de su llanto silencioso. Las lágrimas de ambos cayeron sobre aquellas mudas arenas que los pies del amado Maestro habían hollado...

Algo así como un vivo resplandor del ocaso les envolvió de pronto, produciéndoles un gozoso deslumbramiento y entre ese sutil velo de oro que les envolvía, percibieron la faz resplandeciente del Cristo que les sonreía mientras sus brazos etéreos unían las dos cabezas de carne a la suya intangible, y una voz muy honda, dulce y suave resonaba en lo más profundo de sus almas: “*No lloréis con tanta amargura que yo estoy con vosotros*”.

Los dos cayeron de rodillas sobre la arena con las manos enlazadas para aprisionar la imagen querida que estaba entre ellos.

Lázaro y Martha que habían estado mirándoles desde que caminaron los cincuenta pasos hacia occidente, no les vieron de pronto. El sol del ocaso parecía haberlos envuelto en un resplandor de oro. Sus ávidos ojos miraban ansiosamente hacia aquel sitio, donde a poco aparecieron Juan y María, de rodillas y como absortos en una contemplación extática.

Lázaro y Martha se les acercaron con ojos inquisidores.

—¿Qué os pasa? ¿Qué hacéis?

—¡Le hemos visto!..., ¡estuvo aquí!..., ¡aquí mismo!... —contestó María entre un mar de lágrimas... Juan los miraba sin hablar con los ojos inundados de llanto.

Cuando la ola intensa de emoción hubo pasado, Lázaro dominando también su emoción, les dijo:

—El Señor bendice en la soledad inmensa del desierto, la unión de vuestras dos almas, para que Juan responda de una vez a lo que Él espera de ti.

—¡Ahora responderé!... Lo prometo a la última claridad de este sol poniente entre cuyos resplandores habló a mi alma la voz divina del Hijo de Dios —contestó el joven Apóstol, como el que pronuncia un voto solemne, un juramento sagrado, una profecía que cortaba el aire como el eco de una clarinada de triunfo.

Y fue en verdad el corte definitivo de todas las vacilaciones, los pesimismo y desalientos de Juan. Desde esa hora feliz e inolvidable de su vida, el dilecto Apóstol del Cristo, comenzó a extender sus alas dormidas que ya no sintieron el cansancio de volar, que ya nunca se cerraron hasta escalar la cima luminosa de la unión íntima con la Divinidad.

Los cuatro se acercaron al grupo patriarcal de Zebeo, Leandro, Narciso y Felipe, que ya había vuelto de la Esfinge con la respuesta esperada.

—La Esfinge piensa como yo —dijo—, ¡o sea que la Justicia Divina tardará aún unos pocos años, pero cuando llegue será como un huracán de sangre y fuego que no dejará piedra sobre piedra, tal como lo dijo nuestro inolvidable Señor!

—Exacto, Felipe, exacto —dijo Zebeo.

Al mismo momento que Juan y María escuchaban la voz íntima del Divino Maestro que en el fondo de sus corazones respondía a su llorar por Él, otros corazones anhelantes de unos mendrugos de dicha que todos indistintamente buscamos, se interrogaban en silencio a sí mismos:

“¿Realizaré ésta unión?” “¿Me traerá la felicidad o la desdicha?” “¿Deberé realizarla cuando el alma conserva vivo el recuerdo de otro amor?” “¿Tendré la capacidad de hacer la felicidad del corazón que se me entrega tan absoluta y confiadamente?” “¿Será ese corazón perseverante en sus sentimientos hasta el final de la vida?”

El sol descendía en el ocaso, la suave penumbra de esa hora solemne, melancólica, que tiene mucho de místicas resonancias, y de invisibles presencias de santuario solitario, pareció aquietar todas las jubilosas alegrías que una hora antes llenaban el aire del desierto Valle de las Pirámides, con risas cristalinas y voces que llamaban o que reían.

—Entre los nativos de este país —dijo de pronto el Capitán Pedrito—,

hay una tradición antigua y popular, y consiste en preguntar a esta colosal Esfinge, eternamente echada sobre sus patas mirando al mar, si los pensamientos más importantes y decisivos de la vida traen consigo la felicidad.

—¡Vaya una ocurrencia! ¿Y qué respuesta puede dar esa gigantesca mole de piedra? —arguyó Nicanor.

—Si fuera posible que de ese monstruo de piedra saliera alguna voz —dijo Felipe—, yo preguntaría dos cosas: ¿Cuándo terminarán los poderes extraños en nuestro país y la prepotencia del viejo Hanán y el Sanhedrín?.

—¿Te gustaría que preguntáramos algo, Rhoda?, —interrogó el capitán Saúl.

Y antes de que ella contestara, el Capitán Pedrito que ese día esperaba importantes soluciones dijo:

—Preguntemos todos y que nadie averigüe el contenido de las preguntas.

—¡Aceptado! —dijeron muchas voces a la vez, y al mismo tiempo se cruzaron miradas inteligentes de ojos que sonreían, al ver como el rubor coloreaba los semblantes femeninos. Boanerges intervino:

—También preguntaremos nosotros, ¿quieres Amada? —moviendo el índice de un lado al otro, ella contestó que no—. ¿Por qué?... ¿Tienes miedo de la respuesta?”

Otra vez dijo que *no*.

La niña muda se apartó hacia atrás de la Esfinge y con un palillo escribió en la arena: “*Ya resolvimos todo*”.

Boanerges leyó lo que Amada había escrito y una dulce alegría pasó rápida por su rostro lleno siempre de melancolía.

—¡Es cierto! —dijo tomándole la mano mientras ella borraba con el pie la escritura sobre la arena.

—Tú no quieres que la Esfinge modifique lo que ya tenemos resuelto, ¿verdad Amada?

Ella movió un rato con señal negativa su cabecita lánguida de lirio invernal.

—Yo tampoco quiero nada de la Esfinge. La piedra no nos dirá nada más de lo que hay aquí dentro —respondió el trovador tocando con la punta de sus dedos el pecho de la joven, cuyo rostro se iluminó con una ráfaga de ternura indefinible. Boanerges se inclinó hacia ella para besar su frente que se tiñó de suave carmín, Amada echó a correr alrededor del coloso de granito hasta aparecer por el lado contrario donde tropezó con Alvina y Pedrito, que con los ojos cerrados como dos estatuas inmóviles esperaban junto a la Esfinge.

Como el que huye de sorprender un secreto, la joven siguió corriendo

al volver en redondo al sitio de partida, se encontró con Boanerges que la esperaba.

—La Esfinge es de piedra —dijo él—, pero nos ha contestado. Huiste de mí y al volver me encuentras en el sitio donde me dejaste. —Ella se arrojó y escribió de nuevo en la arena: ¡Es el corazón quien contesta!

—Acabas de decir una gran verdad —le contestó él, y tomándose de las manos siguieron caminando hacia la orilla del Nilo, donde los pescadores recogían las redes y amarraban sus botes para tornar al hogar llevando la pesca del día.

Mientras tanto el Capitán Saúl y Rhoda habían subido a sentarse entre las patas delanteras de la gran Esfinge, donde se abría un pequeño templo y unos bloques de piedra sacados de su sitio les ofrecían cómodo asiento.

—Rhoda —dijo Saúl—, yo te he referido la historia de mi corazón sin omitir nada, y tú me has referido los fenómenos raros que te ocurren a veces durante el sueño. Estamos en igual caso. Yo no soy tu primer amor puesto que tuviste un esposo por tan breve tiempo; ni eres tú el primer amor mío, por cuanto fui olvidado por la mujer que amé en la primera juventud. Así y todo, no pienso como tú que levantamos el santuario del hogar sobre un montón de ruinas.

“Un verdadero amor hace florecer las ruinas, Rhoda, y en el alma humana pueden retoñar los rosales muchas veces. No estoy de acuerdo con los que dicen que se ama una sola vez en la vida”.

—En cuanto a eso estoy de acuerdo contigo —le contestó ella—, pero la ley de mi raza ordena a la viuda que desea casarse, hacerlo con un hermano del esposo fallecido. Pero el amor no habló al corazón de Felipe ni tampoco al mío. Por eso habíamos resuelto vivir bajo el mismo techo, acompañados por Nicanor y Adín, para dar cumplimiento aparente a la Ley. Es verdad que para los discípulos del Mesías Ungido de Dios, las ordenanzas de la Ley han perdido su fuerza en gran parte, porque Él nos ha enseñado que la única Ley Divina es el Decálogo traído por Moisés. Todo lo demás es creación de los hombres como disciplina social para los pueblos.

—En vez de hacerle preguntas a la Esfinge, te las hago a ti misma Rhoda porque tu voz me sonará mejor que el crujido de piedra de este monumento milenario. ¿No crees tú que sea yo el que merezca la respuesta de tu corazón?

Los ojos de Rhoda miraron a lo lejos la inmensa soledad del desierto. Como esa soledad era de inmensa la suya.

Miró hacia arriba los ojos de piedra de la Esfinge que miraban al mar lejano, inmenso también y mudo como el desierto. Su almita débil tembló ante tantas soledades y volviendo sus ojos, en los que temblaba

una lágrima, hacia Saúl que esperaba una respuesta, le tendió su mano en silencio, y él la estrechó ansiosamente:

—Como la vida de la Esfinge —dijo ella a media voz—. ¡Para siempre!

—¡Oh, amada mía! ¡Como la vida de nuestras almas que no mueren jamás! —exclamó Saúl con amorosa intensidad. Y tomados de la mano, de pie sobre los bloques de granito a la puerta del milenarismo monumento, contemplaron el dorado disco del sol que derramaba sobre el desierto y el río los últimos resplandores, que parecían condensarse como una aureola de oro sobre las cabezas juveniles.

Al mismo tiempo, Pedrito palmoteaba con infantil alegría saliendo del otro lado de la Esfinge, mientras Alvina continuaba como extática mirando hacia la enorme bóveda de piedra que era la cabeza del gran coloso. Al tiempo que ellos quietos y con los ojos cerrados esperaban la respuesta de la Esfinge, una pareja de mirlos azules aleteando alegremente se posaron juntos allí, y entonaron un vibrante gorjeo a dúo que interrumpió su silencio de espera.

—¡La respuesta de la Esfinge! —gritó Pedrito—. ¡Los mirlos cantan cuando llega el amor! ¡Bravo!

La niña siguió mirando como se acariciaban los pajarillos, y preguntó con encantadora ingenuidad:

—¿Así contesta la Esfinge?

—¡Sí, Alvina querida! Así contesta la Esfinge —dijo con gran solemnidad el Capitán Pedrito.

Y siguieron todos juntos hacia el muelle donde estaba anclada “*Amare Victum*”, cuya planchuela de embarque tendieron los grumetes, que con los remeros habían corrido largas carreras de botes celebrando alegremente la quietud serena del río y la dulce paz de todos los corazones.

Las almas florecían de promesas, de augurios, de dulce esperanza. Y la barcaza se deslizaba majestuosamente por el canal hacia la Aldea de los Esclavos.

El Capitán Pedrito en el puente de mando, sentía que el corazón no le cabía en el pecho y quería desahogar en alguien aquella inmensidad que le ahogaba.

Zebeo que parecía adivinarlo se le acercó, y el joven bajando un escalón le dijo al oído:

—¡Padre!..., yo estoy loquito por ese ángel de Dios que se llama Alvina, y ella lo está a medias también por mí. ¿Qué dices a esto?

—¡Pues que esa locura sea completa en los dos, hijo mío, y yo les bendigo con todo mi corazón!...

Pedrito saltó de nuevo a su puesto y gritó con todas sus fuerzas:

—¡A cantar muchachos!

Y los veinte remeros golpeando las aguas serenas del canal entonaron un cantar jubiloso de los boteleros del Nilo:

*“¡Rosas de oro sobre el río
El sol poniente dejó,
Y aquí en el corazón mío
Un nuevo sol se encendió!”*

39

LA HORA DE ACADEMIA

El Apóstol Zebeo, siempre fiel a las normas de vida que aprendiera de su Divino Maestro, tenía presente en todo momento el viejo axioma de la Sabiduría:

“El orden es fuerza constructiva. El desorden es fuerza destructora”. Había pues, días y horas de expansión y de joviales entretenimientos, horas de estudio, de trabajo y de meditación.

La vida en el Castillo del Lago Merik no era vida monástica, pero sí era una vida ordenada, laboriosa y útil.

Cuando volvieron de la excursión era la hora de la comida nocturna realizada en la más franca y cordial alegría, pasada la cual se acallaban todas las voces, las risas, los murmullos.

Las lámparas del Oratorio se encendían y sin ningún llamado previo, acudían todos a aquel silencioso y tranquilo recinto de oración.

Zebeo, Narciso o Leandro eran casi siempre los lectores que iniciaban la hora de meditación con una evocación a la Divinidad, con la lectura de un salmo, de un pasaje de Moisés o de los Profetas, y después se hacía el silencio para que cada alma a solas con Dios, tratase de conocerse a sí misma para corregir sus faltas y disponerse a la purificación mediante el amor a Dios y al prójimo como a sí mismo.

Después sonaba suavemente un laúd y las doncellas del Coro cantaban el salmo de alabanza y acción de gracias por los beneficios recibidos durante el día.

Y cuando había resonado la última nota de la canción y de la música, recitaba el Apóstol Zebeo la oración enseñada al pueblo por el Divino Maestro:

“Padre Nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu Reino y hágase tu Voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánoslo hoy; perdona nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores; no nos dejes caer en la tentación y líbranos de todo mal. Así sea”.

Los ancianos y los niños se retiraban a sus habitaciones, las mujeres más jóvenes y las doncellas del Coro a sus labores manuales durante una o dos horas más. Y aquellos que deseaban estudiar, conocer, saber algo más de las leyes divinas y de las historias de los mundos y de las humanidades, acudían a la Biblioteca, que era también sala de estudio y despacho del Apóstol Zebeo y de sus auxiliares, en la obra que realizaba para gloria de su Divino Maestro el Verbo de Dios.

Y era a esta hora de estudio, de comentarios, de lecturas, lo que llamaban: La hora de Academia.

Tenía allí el Apóstol Zebeo un nutrido material que muy poco tiempo había tenido para revisar y estudiar.

Los escritos todos del Maestro Filón y los del Príncipe Melchor, las Escrituras del Patriarca Aldis que el Maestro Yhasua llevara como obsequio al filósofo Alejandrino en la visita que le hizo a los veinte años de edad; y todavía los rollos de papiros antiguos que en aquella misma visita del Mesías, descubrieron entre los sarcófagos del hipogeo de Mizraim, era más que suficiente para ocupar noches y más noches en la austera sala de estudio del viejo Castillo de la princesa Thimetis.

Allí podía verse la magnitud de la obra literaria, filosófica, histórica, mística de Filón de Alejandría.

Todos eran tratados pequeños en cuanto a su formato, pero muy grandes en su contenido. Sólo era extenso su libro *“La vida de Moisés”* y *“Comentario del Pentateuco”*, también sus estudios históricos con el título: *“La humanidad en el Planeta”*.

Su libro apocalíptico titulado *“Las Profecías”*, era como un destejer redes sutiles para poder apreciar debidamente la naturaleza de los hilos, de las hebras, de las doradas cuerdas con que fueron tejidas, y detrás de las cuales aparece siempre la Divina Sabiduría marcando derroteros a la humanidad; el Amor Eterno creando, impulsando, transformando sus propias creaciones con majestuosa lentitud durante el lento rodaje de las edades y de los siglos.

Su biografía del Patriarca Abraham fundador de la raza hebrea, titulada *“Los días de Abraham”*, es una emocionante apología de la sencillez y honradez de vida de aquellos hombres de gran corazón y de alma pura, que merecieron captar la onda de amor y de paternal providencia de la Divinidad sobre sus criaturas. Era Dios hablando al corazón humano. Era Dios haciéndose sentir de las almas sin doblez, sin engaño. Era su Eterna Voluntad grabada en el alma humana limpia de falsedad y de mentira, que desde la aurora hasta el ocaso, convivía con la Naturaleza, obra de Dios, y no añadía ni quitaba ni una brizna de paja a lo que en el corazón humano había escrito el Supremo Creador de los mundos, los seres y las cosas.

Sus “*Alegorías Sagradas*” que comprendían los maravillosos *Seis días* de la Creación y su interpretación más conforme con la lógica y con la razón. “*Alegorías de las Leyes Divinas*” que son un estudio y a la vez meditación sobre las manifestaciones de Inteligencias Superiores que el autor llama “*Querubines de la espada de fuego*”, “*Arcángeles*” y “*Potestades*” en relación con el hombre terrestre.

“*El Heredero de las cosas Divinas*” es una brillante apología del Verbo de Dios, del Divino Logos que el autor presintió desde sus días tempranos y vio después con ojos de carne tal como lo había soñado.

Su libro “*La vida que Dios quiere*”, es un admirable tratado de moral que diseña al hombre perfecto, al verdadero santo. En él se explaya en consideraciones sobre Abel y Caín como prototipos del hombre puro y del hombre ruín.

Estudia todas las debilidades humanas, las tentaciones, las asechanzas del mal para destruir el Bien, las causas y daños de la prostitución, de la embriaguez, y en general de los vicios más comunes en el linaje humano, basándose siempre en hechos reales y vividos por hombres y mujeres de la antigüedad. Las desviaciones morales conocidas y que tienen una triste celebridad, como la embriaguez de Noé, las desviaciones morales del Rey David, del Rey Salomón, la ambición y corrupción de las reinas Jezabel y Atalía, las debilidades de hombres buenos de corazón pero flojos de voluntad, entran en el círculo y visual del admirable psicólogo alejandrino.

Y finalmente su libro de la ancianidad que él llamó: “*Acercándome a Dios*”, relata con maravillosa claridad hasta donde él pudo llegar a la comprensión y conocimiento de Dios. Es como un sumergimiento completo en la grandeza infinita del Poder Creador, del Amor inefable y de la Suprema Bondad, océano ilimitado sin principio ni fin, donde el autor confiesa humildemente que se desvanece y se pierde, tal como un viajero en la inmensidad del desierto en una noche nublada, sin luz de luna ni claridad de las estrellas. Y como notas difusas y prolongaciones del mismo asunto, trata de los sueños que a veces pueden ser revelaciones vagas, lejanas, incoloras, de esa misma infinita grandeza; y estudia así mismo las alianzas de las almas desde antes de comenzar sus encarnaciones conscientes en los planos físicos, y con fines de instrucción, de ayuda mutua y de progreso. Trata también de las compensaciones divinas que la Divina Bondad derrama abundante y generosamente sobre aquellos que se mantienen dentro de la ruta que la Ley y su propia elección les marcó, desde antes de descender a la vida en la carne.

Lástima grande que tal tesoro de conocimientos de todo orden hayan sido destruidos por la barbarie o incomprensión humana, ya reducidos

a cenizas entre las llamas de devoradores incendios, o destrozados por la humedad en archivos subterráneos donde no puede llegar la avidez de conocimiento y de sabiduría de las almas sinceras que buscan ansiosamente el bien, la verdad, la justicia y la luz.

Pero el Apóstol Zebeo, el Nathaniel que decía el Maestro, sin dobleces en su corazón, tuvo esos tesoros de sabiduría en sus manos; el Apóstol Juan también se empapó en ellos y ¡quien sabe!, si con ellos crecieron las alas espirituales de Juan que fue calificado “*Águila*” por la altura a que se elevó, entre todos los que trataron de diseñar aunque vagamente la excelsa grandeza del Hijo de Dios.

Magnífica herencia que el gran hombre dejó al *hijo de su vejez*, como él llamaba a Zebeo, que aún en medio de las penosas y rústicas tareas que se impuso en el primer tiempo de la organización de los humildes elementos con que contaba en la mísera Aldea de los Esclavos, supo encontrar horas libres en el día o en la noche para acudir al cenáculo del Maestro Filón a escuchar la lectura de sus libros.

Juan, María, Felipe, Amada, Tabita, Boanerges y Nicanor, fueron asiduos concurrentes a aquellos estudios en los que Leandro, Narciso y Zebeo, tenían a su cargo las directivas. La Aldea de los Esclavos era también un pequeño Liceo.

Los manuscritos originales estaban en lengua hebrea, pero algunos de ellos, el mismo Filón los había hecho traducir al copto antiquísimo, que era el idioma usado en la liturgia y ciencias sacerdotales del antiguo Egipto. Otros habían sido traducidos por él mismo, al armenio, al sirio y al arameo, lenguas que él dominaba perfectamente.

El príncipe Melchor a su vez, había dejado como recuerdo suyo a Zebeo y Matheo, los dos Apóstoles del Cristo que llevaron su doctrina al África, copias de todos sus escritos y una renta vitalicia para que ellos la empleasen en proteger la orfandad, la ancianidad y con preferencia la dotación de doncellas pobres que quisieran formar hogar.

Las Escrituras del Príncipe Melchor consistían en un volumen escrito en árabe y que era la *Biografía del caudillo prehistórico Beni-Abad*, fundador de la raza árabe, y civilizador de la región costanera del Mar Rojo y de la montañosa península denominada hoy Arabia de Piedra, que en pasadas edades se llamó País de Arab.

La *biografía de Mizraim*, el fundador de la raza egipcia y que era la más directa prolongación o reflejo de los *Kobdas del Nilo*, aquella gran Fraternidad de filántropos sabios que en un milenio y medio de años extendieron la *Ciencia de hacer el Bien* por tres Continentes. La *biografía de Hermes Thoth*, el descubridor del mundo Ideal, del mundo invisible, desconocidos e insospechados para la humanidad inmediata posterior al período Neolítico.

Hermes y Mizraim descendientes directos de discípulos de la Escuela Antuliana, hicieron del Egipto antiguo, la Escuela Madre de la Iniciación a los superiores conocimientos de la Suprema Potencia, como Causa Única de todo cuanto existe; y de las inteligencias todas como reflejos y derivaciones suyas en los globos siderales llegados a la edad conveniente para albergar seres orgánicos.

“*Historia de mis años terrestres*”, era su propia autobiografía con el relato de la fundación de los Santuarios, Escuelas, Serapeum y Refugios que estableció en distintos parajes de Egipto y de Arabia, países a los cuales estuvo ligado íntimamente por sus progenitores, siendo su madre una princesa árabe y su padre un Hierofante egipcio.

En la segunda noche de Academia cuando estaban todos absorbidos en la tarea de ordenar aquel inmenso número de rollos, manuscritos, carpetas de telas impermeables, llenas de escrituras en diversos estilos, lenguas y formas, resonaron en el lago ruidos de remos y silbidos de llamada. Era una canoa que traía tres viajeros con varios fardos de equipaje que ya empezaba a descargar en el muelle, el marinero.

Pedrito con Adín y algunos de los muchachos remeros de la barcaza acudieron al llamado. Era un hombre alto y fuerte, vestido como un berberisco, una joven embozada con un manto oscuro y un anciano con casacón y capucha.

—¿Qué deseabais? —preguntó Pedrito.

—Hablar con Zebeo de Palestina —contestó el hombre, haciendo bajar a la joven y al anciano.

Uno de los muchachos fue a dar el aviso. El viajero pagó al hombre de la canoa que dio media vuelta hacia el canal. Esto hizo comprender a Pedrito que los viajeros pensaban ser huéspedes del Castillo.

Zebeo salió inmediatamente pensando encontrarse con gentes de Alejandría.

—¿Quién me llama? —preguntó levantando el farolillo que llevaba en la mano.

—Yo, Matheo, tu hermano —le contestó el viajero.

El farolillo rodó por el suelo porque Zebeo abrió los brazos para estrechar al gran compañero y hermano de otras horas, de entonces y de siempre. Aquel largo abrazo mudo en el muelle del Lago, a la opaca claridad de las estrellas, con los sollozos contenidos de aquellos dos hombres que tanto se amaban y después de diez largos años de ausencia, no es fácil describirlo con frías y breves palabras que nunca expresarían fielmente el lenguaje de los corazones.

La joven también comenzó a llorar en silencio, y el anciano se soltó a llorar a llantos que parecían lamentos hondamente sentidos.

Cuando los amigos se separaron, Matheo habló el primero:

—Mi hija adoptiva y su abuelito —dijo, indicando a los que les acompañaban.

Zebeo abrazó al anciano y a la joven, y mandó a Pedrito a dar aviso de tan importante acontecimiento.

Unos momentos después se producía el encuentro con Juan, con María, Lázaro, Martha y Boanerges.

—¡Oh! —exclamaba Matheo—, itoda la familia del Maestro!

—Faltan muchos aún —contestaba Zebeo, llorando lágrimas de gozo, de ternura, de inmensa gratitud al Maestro que así colmaba su copa de inesperada felicidad.

La llegada de Matheo aumentó considerablemente el interés a la *Hora de Academia* que desde entonces dejó de llamarse hora para decir: *Noches de Academia*, pues casi siempre los trabajos de ese orden, se prolongaban desde terminada la oración hasta la media noche.

También traía él importantes copias y algunos originales de relatos y poemas antiguos encontrados en los archivos de los Reyes de Etiopía, desde la Reina Saba, tan amada por Salomón Rey de Israel, que fue la época en que se estableció ordenadamente y sin interrupción la dinastía real de aquella nación del África Oriental.

Pianchi, Saba Akón y Taharquá, Reyes Sacerdotes que hicieron sus estudios y recibieron la Iniciación en los Templos de Luxor y de Ipsambul, establecieron su corte y su sede en Napata, capital de la Etiopía de entonces o sea entre el octavo y séptimo siglo antes de la era cristiana. Estos tres Faraones, los más notables de la época preponderante de la Etiopía sobre el país del Nilo, dieron un gran impulso a las ciencias sagradas, a las artes y a las letras en general, y enriquecieron sus grandes bibliotecas y museos con los más antiguos manuscritos provenientes de las *Torres del Silencio* de Bombay, de los Santuarios de las montañas del Nepal en la India, de los Templos y Archivos de Caldea bajo las ruinas de Nínive, de Calach y Babilonia, transportados a los Templos subterráneos de Ipsambul erigidos por los últimos Faraones Ramsés de la vigésima dinastía.

Y el Faraón Saba Akón que tuvo especial predilección por el pueblo de Israel, su historia, sus costumbres, sus leyes, sus profetas y sus reyes, de los que fue aliado contra Asiria, había hecho prolija recolección de toda escritura hebrea: Salmos, Poemas, historias de guerra y romances de amor, Profecías y libros de ciencias sagradas y de liturgia.

Y el Apóstol Matheo, en dos años de convivencia con los últimos sacerdotes del único Templo, que en Ipsambul se mantenía en condiciones de ofrecer habitación en sus viejos claustros solitarios, se adueñó de todo este tesoro de ciencias antiguas, religiosas y profanas que por la muerte de los dos postreros guardianes, quedaban abandonados al azar.

Durante esos dos años Matheo se constituyó en hijo, médico y enfermero de los dos ancianos sacerdotes cuya edad cercana a los cien años, les había permitido ver la decadencia y precaria situación de los Templos y del Sacerdocio egipcio, que en sus gloriosos tiempos de esplendor fueron la cuna de mármol y de oro de la Sabiduría para los países de occidente.

Cuando en compañía de Zebeo y de Juan, Matheo revisaba enseñándoles los viejos papiros, decía:

—He aquí tres israelitas de pura cepa que venimos a conocer nuestras propias escrituras, en país extranjero, en los Archivos de Templos ajenos a nuestra fe, a nuestras leyes y costumbres.

—¡Oh, “los caminos de Dios no son los caminos de los hombres, ni son sus pensamientos como los nuestros” dijo el Profeta Isaías! —recordó Zebeo ante la extraña circunstancia observada por los tres.

Las escrituras de Salomón Rey de Israel estaban completas, y Matheo las había obtenido en los Archivos de Nadaber, importante ciudad de Etiopía, donde la Reina Candace tenía su palacio y su Templo particular, siguiendo la antiquísima tradición de que en él vivió en soledad y retiro la *Reina Saba, la heroica*, cuando, su hijo único David, hijo del Rey Salomón, asumió el gobierno llegado a su mayoría de edad.

La Reina Candace y su hija Ifigenia mantenían la fe de sus remotos antepasados, en un Dios Único, Eterno, Invisible, que Salomón Rey de los Hebreos había hecho comprender a Saba, su gran amor de la tarde de la vida.

Debido a todo esto, Matheo pudo realizar en Etiopía con relativa facilidad su apostolado, pues la Reina y su hija lo acogieron con tan grande benevolencia como si de muchos años le conocieran y le esperasen.

Todo esto y mucho más refería Matheo en la *Hora de Academia del Castillo* del Lago Merik; hora que fue atrayendo poco a poco a los moradores del viejo Castillo y aún de la Aldea, o sea los que Zebeo, Leandro y Narciso creyeron capacitados para comprender y guardar tales enseñanzas.

La Ley divina había reunido en la pobre Aldea de los Esclavos, olvidada y despreciada de las grandes capitales, a tres de los Doce íntimos del Cristo Ungido de Dios, y esta reunión providencial no podía menos que ser una base fuertemente solidaria y bien fundamentada como lo demostraron los siglos I, II y III en que aparecieron en el África del Norte, como luminarias de primer orden en el cielo del Cristianismo, hombres de gran talento, filósofos, escritores, teólogos, místicos y santos.

Zebeo Nathaniel, Matheo el Levita y Juan de Tiberíades, formaron entre el Colegio Apostólico, una admirable y solidaria tríada que dio el ciento por uno en flores y frutos en los tres primeros siglos de la Era Cristiana.

CUANDO LAS ALMAS SE ENCUENTRAN

—¿Te quedarás para siempre conmigo, Matheo? —preguntaba Zebeo una noche a su hermano de fe y de ideales, mientras se encontraban solos en la Biblioteca y sala de estudios, a la espera de que fuera la hora de Academia reglamentaria en que concurrían los demás.

—Tal sería mi más vivo deseo, pero creo que no podré. Aún no te he dicho ciertos compromisos contraídos con otros servidores de nuestro Maestro y Señor, —le contestó Matheo con un dejo de tristeza y de inquietud.

—¿Qué te pasa? —inquirió Zebeo—. Acaso yo pueda ayudarte y cuenta con que lo haré con toda la voluntad y amor que tuve siempre para ti.

—Estoy encantado Zebeo de verte convertido en un vaso de amor tal como nuestro Señor quería. Y estoy cierto que en ti se cumple su promesa eterna: *“Si amáis como yo os amo, el Padre y Yo haremos nuestra morada en vuestro corazón”*. En ti vive el Padre Celestial y su Divino Hijo.

“Y yo ipobre de mí!, también he querido convertirme en un vaso de amor. Mi primera conquista fue mi fiel Agades y su anciano abuelo que por nada del mundo se desprenden de mí. Su absoluta dedicación a mí, me hizo comprender que yo podía hacer algo bueno y útil en esta vida, a pesar de no tener ya la mano del Maestro apoyando la mía, ni su sabiduría divina que iluminaba hasta el fondo del alma.

“En la lejana Etiopía hice también algunas conquistas de amigos y de enemigos.

“La muerte del Rey Egipto ocasionó una espantosa lucha entre los partidarios de su hijo Pafnucio y los de su hermano Hitarco, triunfando estos últimos, por lo cual la Reina Candace y sus dos hijos Ifigenia y Pafnucio, se han visto obligados a expatriarse por temor a las represalias del usurpador. Por medio de los procedimientos que aprendimos de los terapeutas Esenios yo pude devolver la vida al hijo de los Reyes y este hecho me conquistó su absoluta protección. La Reina Candace y sus dos hijos, con sus servidores fieles, salieron secretamente de Nadaber a los pocos días de salir yo. Su viejo Castillo empotrado en la montaña de Ankober, tiene un gran túnel excavado en la roca misma y el cual tiene salida al brazo del gran Río que le llaman Nilo Azul por el color de sus aguas. Yo les esperaba en una caverna junto al nacimiento del río, con un velero que nos pasara a tierras de Egipto, y pudiéramos llegar a Sangha donde la Reina tiene un tío paterno, fundador y dueño de esa

Aldea que lleva su nombre. Con ella, sus dos hijos Ifigenia y Pafnucio que estaba amenazado de muerte, hemos navegado más de dos meses Nilo abajo hasta llegar a Ipsambul, único sitio donde ellos podían ocultarse y permanecer seguros.

“Ya me era conocido el Templo subterráneo y los Sacerdotes que lo guardaban, y que diez años hace eran cuatro, o sea cuando yo me fui de Alejandría y me separé de ti.

—Y allí has dejado oculta a esa Reina y sus hijos.

—Allí están con catorce servidores fieles que los han seguido. Me han secundado en la tarea de cuidar de la enfermedad y muerte de los últimos Sacerdotes del antiguo culto egipcio, que quedaban en esa región del Nilo.

—¿Y hace tres años que estáis con ellos allí? —preguntó Zebeo.

—Tres años cumplidos en la luna pasada —contestó Matheo—. Bien ves hermano mío, que no puedo abandonar esos seres que han puesto toda su confianza en mí.

—Bien lo comprendo, como no puedo abandonar yo mi Aldea de los Esclavos. ¡Qué claro está para nosotros el camino que nos marca nuestro Maestro!

“¿Y tenéis allí medios de vida? —volvió a preguntar Zebeo.

—¡Desde luego, hermano! Las riberas del Nilo son muy ricas en todo sentido, y con el oro que la Reina trajo con ella hay de sobra para que sus servidores se abran camino. Naturalmente que Ipsambul no es lo que fue en la época en que el Faraón Ramsés I la engrandeció con magníficas construcciones, y restauró los Templos subterráneos que habían sido clausurados; pero es una ciudad de bastante comercio.

“La explotación de los cañaverales de bambú, de junco y la pesca dan lo suficiente para la vida. Y también, aunque en menor escala, la fibra de la palmera para colchonetas de galeras y la preparación del papiro muy buscados por los escribas.

—Más o menos lo mismo que por aquí —observó Zebeo.

—Te hablaré de mis esperanzas y de lo que más o menos preveo para un futuro cercano. La princesa Ifigenia que tiene diez y nueve años, fue pedida en matrimonio por su tío Hitarco, el usurpador, que es todavía joven, pues no pasa de los treinta años. La princesa es de muy buen talento y de mejor juicio, pues ha comprendido que no la pretende por amor sino para asegurar de ese modo la posesión del reino en sus manos. Y siendo así, se ha negado a aceptarlo. De ahí que el amante desairado empezara sus represalias. Mandó poner guardias en todas las puertas del parque inmenso que rodea el Castillo de Nadaber como para hacer sentir a la familia real que es prisionera y que ha perdido su libertad. Otros servidores han llegado después de la salida secreta de la Reina y

los suyos, y por ellos sabemos que el usurpador Hitarco ha instalado en el Castillo de Nadaber su corte de concubinas con toda su servidumbre, apenas tuvo conocimiento de que la familia real había huido.

“La princesa Ifigenia que me ha oído tantas veces referir que en el Templo de Jerusalén y en los Santuarios Esenios hay viudas y doncellas consagradas de un modo especial al servicio del Señor, al estudio de los libros sagrados y a los himnos de liturgia, quiere hacerlo así ella misma con sus doncellas y camareras, y con otras doncellas virtuosas que tengan ese mismo ideal de vida. En Ipsambul nadie sabe que ellas son la viuda y la hija del Rey Egipo, de Etiopía. Sólo saben que es una familia pudiente venida del sur, que han comprado todo el solar de tierras donde está el antiguo Templo. Los labriegos, los leñadores y pescadores de esa zona los consideran como sus amos y les han cobrado gran afecto.

“De modo que allí hay para la siembra de la doctrina del Divino Maestro tanto campo como tú tienes aquí, Zebeo, ¿No crees tú que Él me ha marcado bien claro el camino?

—¡Demasiado claro! —exclamó Zebeo—, y no puedes hacer otra cosa sino seguirlo.

La hora de la Academia había llegado y la gran sala comenzó a llenarse.

Los viajeros de Palestina y de Rafia acudían todos, y los viejos sillones de telas gastadas y respaldos lustrosos que fueron de Cleopatra y que rodeaban la mesa central, se iban ocupando por los hombres que ordenaban los rollos, las carpetas y todo aquel mundo de escrituras antiguas. Los estrados murales los ocupaban los numerosos oyentes, entre los cuales podemos ver las jóvenes parejas a quienes había respondido tan favorablemente la Esfinge de Gizeh.

Pudo notarse claramente la íntima amistad que se despertó entre Tabita, María y Agades. Las tres habían sido elegidas por la Ley Divina como instrumentos para curar las almas enfermas de tristeza y soledad, de tres Apóstoles elegidos del Ungido Divino que al desaparecer del plano físico, quedaron sumidos en sombras de muerte que por sí solos no podían despejar. Fue necesario el calor de un amor santo; el agua dulce y fresca de una ternura femenina, que tenía en sí misma los reflejos divinos del amor maternal. Y las tres estaban tiernamente enamoradas de aquellas otras tres almas, que habían hecho revivir para la obra excelsa del Cristo, al que todos venían siguiendo.

Era de oír las secretas e íntimas confidencias que las tres jóvenes se hacían sobre los prodigios de amor, de abnegación, de ternura y de olvido de sí mismas, que les fue necesario hacer ante la desolada tristeza y desamparo del alma de aquellos tres hombres, jóvenes, fuertes, sanos,

y que al faltarles la divina fortaleza del Cristo, pareció faltarles todo, la fe, la esperanza y hasta la vida misma.

—Hubo momentos —decía María—, en que Juan se arrebujaba en su manto y como un montoncito de trapos se ocultaba en cualquier matorral de las riberas del Lago, y pasaba todo un día sin ver a nadie y sin querer saber de nada, ni aún comer para sustentar la vida...

—Y Matheo —decía Agades—, se encerraba a llorar en la alcoba del maestro Filón en el Oasis de Baharije, y no había medio de hacerle salir de allí, hasta que tenía yo que entrar arrastrándome con mi parálisis, por una oculta puertecita de la cocina que él no conocía y que yo podía abrir desde fuera. Que si no, allí se habría dejado morir sin comer ni beber días y más días.

—En cuanto al Apóstol Zebeo —decía Tabita—, casi no puedo atribuirme el haber sido yo que le hizo revivir su verdadera vida, porque antes que yo fue el pobre niño abandonado Petiko, ese mismo que ahora es el *Capitán Pedrito*, el piloto de nuestra barca. El saberse necesario al infeliz huérfano, fue en verdad lo que hizo reaccionar a Zebeo. Más bien, puedo decir con toda verdad que él me hizo revivir a mí. Él vio morir a mi madre, lo único que tenía en el mundo y fue tal mi desolación que a no haber sido por él, yo me habría dejado morir de hambre. Su bondad, su solicitud para conmigo me llevó hasta amarle en tal forma que tenía espanto de que él me diese como esposa a otro hombre, y me separase de él. Y hoy vivo porque sé que le soy útil y hasta necesaria en su vida. Tengo energía, fortaleza, buen ánimo y hasta una gran alegría de vivir porque he llegado a comprender que de todo esto necesita él, para llevar a cabo su apostolado del amor fraterno.

Estas tres jóvenes mujeres, encarnación viva del amor abnegado, leal, desinteresado y noble, son la prueba más evidente y real de que el amor es la savia de toda vida, y que en el origen, o en la iniciación de toda obra grande, heroica y sublime realizada entre las humanidades, está siempre como un divino germen, algún grande amor oculto o manifiesto a las miradas de los hombres.

“Si os amáis como yo os amo, el Padre y Yo vendremos a vosotros y haremos nuestra morada en vuestro corazón”. ¡Qué bien conocía el divino Maestro la fuerza sobrehumana del amor!

¡El Padre y Él estaban en las almas puras de María, Agades y Tabita que así se convirtieron por amor, en madre selvas de paz, de bondad y de ternura para aquellos que morían por la soledad y tristeza de sus vidas sin amor!

La augusta palabra del Cristo se cumplía en estos tres Apóstoles suyos como se cumple en todas las almas que desinteresadamente se acercan a Él en busca de su amor inmortal.

“¡No os dejo huérfanos..., porque Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los tiempos!”

¿Quién estaba sino Él, en el santo y puro amor de esas tres criaturas de Dios, que así se olvidaban de sí mismas para solo pensar en que los Apóstoles del Señor, debían cumplir una larga y penosa jornada en medio de la humanidad incapaz de comprenderles?

María de Betania, la dulce pequeña María como la llamaban sus íntimos, sentada entre sus dos nuevas amigas, les diseñaba la personalidad augusta del Hijo de Dios en su triple aspecto físico, moral y divino. Tabita y Agades no lo habían conocido. Pero lo conocieron y lo amaron a través de las palabras ardientes de amor y de fe de la *dulce siria*, que desgranaba para ellas las perlas vivas del recuerdo de todo cuanto había visto en el Divino Maestro.

—El más despreciable mendigo le interesaba, y se desvivía por él —continuaba la voz suave de María.

“Sentía de lejos el clamor de un leproso a quien le era prohibido acercarse a los humanos, y Él corría anhelante como si un huracán de fuego le impulsara a remediarle.

“¡Nadie le oyó nunca decir que estuviera cansado y que no podía atender a la multitud de doloridos, enfermos, esclavos, viejos o niños, que el dolor humano reunía en torno suyo como una turbia marejada capaz de espantar de horror a cualquiera que no fuera Él!

Y cuando la pequeña María había agotado sus fuerzas y no su repertorio de sublimes bellezas vistas en la vida del Cristo, estrechaba a su pecho las cabezas de Tabita y Agades, y se echaba a llorar con indecible angustia, con amorosa ternura, porque en su débil corazón de carne no cabía más aquella soberana inundación de amor que la hacía vibrar como una arpa eólica suspendida en un pinar.

Y de estas dulces confidencias salían las tres convertidas en llamas vivas de amor a los que padecían desamparo, soledad, enfermedades.

¡Cuán cierto es que un alma desbordante de amor noble, desinteresado y puro puede atraer sobre la tierra los dulces y suaves esplendores del cielo!

La gran sala de Academia del Castillo del Lago Merik, fue uno de los más bellos escenarios del amor del Cristo, florecido en las almas de sus seguidores como exuberante rosal bajo un sol de primavera.

Boanerges lo hacía florecer en el alma sencilla y pura de Amada, cuya confiada ternura iba curándole aquella honda herida de amor que le hacía amarga y pesada la vida.

Rhoda lo hacía florecer en el alma de Saúl que aunque se contaba entre la numerosa familia carnal del Maestro, sus estudios en las Aca-

demias militares de Antioquía, lo mantuvieron alejado y absorbido por actividades ajenas, a la vida apostólica del Ungido.

Y cuando llegó la sexta noche de Academia, los tres Apóstoles del Cristo, más Leandro, Narciso y los tres excautivos que con tanto afán exploraban las interminables galerías de la ciudad subterránea, tenían ya bien organizado el abundante material de estudio que los viejos papiros de Nadaber, de Ipsambul y los que Zebeo había heredado del maestro Filón y del Príncipe Melchor, les habían venido providencialmente tal como si fuera una tarea que les estuviera destinada desde largo tiempo.

Era también un florecimiento del amor encendido por el Verbo de Dios, aquellas largas noches de vigilia que se imponían para buscar a través de las escrituras arcaicas, las sendas de luz que el Instructor y Guía de esta humanidad había abierto siglo tras siglo, con inauditos esfuerzos y hasta con el sacrificio de la propia vida suya y de aquellos que le habían seguido.

¡Más todavía! Por la Eterna Ley de la preexistencia, las almas iban encontrándose alrededor del Hombre Luz, en etapas sucesivas como los eslabones de una cadena nunca interrumpida y eternamente renovada.

Leyendas, dramas, historias, poemas y tragedias surgían como borbotones de luz de las viejas escrituras donde las almas, chispas de luz de eterna vida iban dejando algo de sí mismas en cada existencia para encontrarlo en la siguiente y continuar así la obra empezada en siglos anteriores.

En las escrituras traídas por Matheo aparecían las de Salomón en primer término, obsequio hecho por él mismo a Saba, Reina de Etiopía. Y Saba estaba encarnada en la princesa Ifigenia.

En el pesado rodaje de los siglos y de las edades surgía la luz, y las almas volvían a encontrarse como saliendo de entre los polvorientos papiros, donde otras almas compañeras habían estampado sus vidas, sus acciones buenas o malas, sus amores, sus angustias y toda esa enredada madeja que forma una vida humana.

Cuando los tres Apóstoles terminaron de verificar los diversos encuentros de ellos mismos en las pasadas edades perdidas ya en la noche de los tiempos, se dijeron unos a otros con íntima satisfacción:

—Sea Dios bendito mil veces, porque siempre fuimos compañeros y amigos siguiendo de lejos o de cerca, felices o desventurados, grandes o pequeños, príncipes o esclavos, siguiendo siempre al Hombre Luz, Ungido del Eterno Poder como Guía de la humanidad terrestre.

EL APÓSTOL PEDRO

Mientras en la gran biblioteca del Lago Merik descubren nuestros amigos el contenido de los numerosos rollos de papiro y carpetas de telas enceradas o de pieles de cordero, en que de remotos tiempos se venían escribiendo los hechos y vidas humanas, volvamos a la Palestina que había dejado de ser la *tierra prometida* a Israel, para tornarse en tierra de persecución y de muerte.

Desde la gran Asamblea de resoluciones definitivas en la casa de Nazareth y debido al manifiesto deseo de todos los hermanos reunidos, Pedro había sentido caer sobre sus hombros gran parte de la responsabilidad de orden espiritual y material respecto de sus hermanos.

Las violencias inauditas del Sanhedrín y del Rey Herodes Agripa, nieto del Idumeo, que culminaron en el asesinato del Diácono Stéfanos, apedreado en la plaza hasta morir convertido en un montón de carne y huesos deshechos entre un charco de sangre, la degollación del Apóstol Santiago y de sus diecisiete discípulos en las criptas del Templo de Jerusalén, eran más que suficiente para que Pedro tomase medidas de seguridad, no solo para él sino para todos aquellos que oyeron la voz del Maestro Divino y seguían la senda de amor fraterno marcada por Él.

Fue en el año treinta y siete que se iniciaron las emigraciones en grupos desde la provincia de Judea, la más azotada por el odio y el furor de exterminio que movía como una máquina de destrucción al Sanhedrín judío, que por medio de numerosos agentes iba extendiendo sus garras hasta más allá de los límites de Palestina.

La persecución llegó por el norte hasta Damasco, a donde fue enviado Saulo de Tarso, joven fariseo, ardiente perseguidor de los amigos del Cristo, que fue el delator de Stéfanos, y de Santiago y sus compañeros, sacrificados con él.

Y en secreta confidencia con Simónides el proveedor de todos los súbditos del Soberano Rey de Israel, dispusieron las nocturnas huidas de todos los que quisieron escapar de aquella piara de lobos enfurecidos.

Los unos hacia Raphana, Gerasa y Filadelfia, limitando con el desierto de Arabia, bajo la protección del Scheiff Ilderín.

Hippos y Pella no ofrecían mayor garantía a los amigos del Cristo porque dependían del otro hijo de Herodes, el Tetrarca Felipe. Muchos de ellos solo se sintieron seguros entre las grutas de la cordillera Jebel o en los fértiles Montes Basán, con sus oasis deliciosos y sus bosques de palmeras, bajo las cuales abrían sus tiendas, volviendo a la vida

nómada de los antiguos Patriarcas. Los más pudientes huyeron hacia Tiro, Sidón y Antioquía, porque sus oficios como artífices del oro y la plata, o tejedores de púrpura y de lino, o comerciantes en ricas telas traídas de otros países, sólo en las grandes capitales del Mediterráneo podían continuar sus actividades.

La patria del Hack-Ben Faqui, Cirenaica, atrajo también a muchos de los fugitivos; y los puertos de Rafia, Pelusio, Alejandría y Cirene en el África Norte, atrajeron a los primitivos cristianos, debido a la generosa intervención de Simónides que con los barcos de la flota administrada por él, puso en seguridad a la mayoría de los fugitivos de la tierra natal.

Diríase que este doloroso peregrinaje hubiera entrado en los anchuros campos del designio divino, con los fines de más rápida difusión del divino Mensaje del Cristo Redentor, como fue en efecto.

Cada cristiano fugitivo en extranjera tierra era como un heraldo suyo que llevaba su mensaje de amor y la gloriosa noticia del Reino de Dios establecido en la Tierra.

Pedro y Simónides eran los últimos que despedían a los fugitivos, y entre ambos se decían:

—Tú y yo somos *Simón* o sea “*pedra*”, “*fundamento*” según lo interpretaba nuestro Rey y Señor. Tú eres piedra fundamental de su divina Idea de amor universal —decía Simónides, o Simón de En-Rogel como era su verdadero nombre.

—Y tú —decíale Pedro— eres piedra fundamental de cada familia cristiana que deja la patria poseída por fieras sanguinarias, para buscar su pan y su vida en tierras extranjeras.

Al decir así, Pedro aludía a los bolsos de monedas de oro que Simónides entregaba a cada familia que emigraba, munida además de epístolas recomendatorias para agentes comerciales suyos o amigos particulares de la conocida Casa de Ithamar que administraba.

—Cuando las “*golondrinas del Señor*” estén en seguridad —decía tristemente Pedro—, será llegada la hora de pensar en mi propia seguridad.

—Y harás perfectamente bien —decíale Simónides—, porque no es muriendo descuartizados por estos bárbaros chacales como hemos de divulgar la enseñanza de nuestro Rey, sino viviendo y convenciendo a los hombres que solo de Él, puede esperar esta humanidad su salvación y su entrada en el Reino de Dios.

Y Pedro partió para Joppe después de haber escapado por dos veces de los calabozos de la Torre Antonia, y la última vez, estando ya sentenciado a ser degollado a la madrugada y arrojado al muladar como lo hacían con todos los caídos bajo la cuchilla de los esbirros del Sanhedrín.

Y ellos eran los celosos guardianes de la Ley de Moisés, cuyo quinto mandato expresa: *No matarás*.

¡Así se ciegan los hombres cuando la ambición de oro y de poder encadena la inteligencia y la voluntad, hasta convertirles en vampiros de sangre y de vidas para colmar sus insaciables deseos!

En Joppe le esperaban Marcos y Ana, con todos los discípulos del Señor que residían en torno a ellos, viviendo discretamente sin mayores alardes de su fe y su amor en el Cristo Ungido de Dios, a fin de no encender más el odio de los tiranos de Israel. La sede de los discípulos del Señor estaba detrás de los grandes almacenes de mercancías de la Santa Alianza, a los cuales tenían libre acceso todos los protegidos por ella. Y fue allí donde Pedro se puso en contacto con todos los discípulos de aquella primera hora. Y después de visitar las congregaciones de Lyda, Accarón, Jamia y Arimathea, volvió a Joppe para dejar a Marcos las instrucciones necesarias para representarle en su ausencia.

Pedro, José de Arimathea y Marcos, formaban también una triada de alianza en beneficio de la causa que defendían, como la que formaron allá en la costa norte del África, Matheo, Zebeo y Juan.

Entre aquellos tres amantes discípulos del Cristo nació la idea de que Marcos, con los fieles datos de José de Arimathea que conoció al Cristo desde su primera niñez, y los de Pedro que le acompañó día por día en los tres años de su apostolado, más los de Ana su esposa, que tan de cerca lo vio en su vida de familia en Nazareth, escribiera en un libro el minucioso relato de su vida sublime de amor a los hombres y de entrega absoluta a su Padre Celestial. Difícilmente podrían encontrarse datos más exactos y fieles, a los cuales aún podían añadirse los que guardaba en su corazón como en un sagrado relicario, la heroica madre del justo sacrificado por el odio del Sanhedrín.

Lector amigo, que me sigues con interés en este deshojar para ti, hojas y más hojas de este árbol gigantesco de la Obra del Cristo Divino en medio de la humanidad, ¿has pensado acaso en que no haríamos la obra completa relatando escuetamente las escenas, anécdotas y episodios relacionados con Él y con los que fueron sus continuadores inmediatos, sin que a esos relatos deba ir unido el estudio de las almas que actuaron en ellos?

Yo lo he pensado profundamente y como hemos estudiado a los personajes que han ido desfilando por estas páginas, continuaremos haciéndolo con los que deben pasar ante nuestra vista en lo sucesivo hasta el final de nuestros relatos.

Durante los años que el Apóstol Pedro vivió al lado de su adorable Maestro, su alma era como un vaso de agua cristalina que rara vez se agitaba y que nunca se ponía turbia. Un rayo de sol la traspasaba dándole el colorido vivo de su dorado resplandor. El alma sencilla y noble de Pedro descansaba en Él, vivía en Él y para Él.

No conoció complicaciones, ni problemas, ni tormentas.

Una brisa primaveral impulsó con mansas olas su barquilla de blancas velas.

Pero cuando aquel Piloto insustituible desapareció de su vista, a Pedro le pareció que el mundo se volvía al revés, y hasta creyó presentir que todo el universo se desquiciaría y que un espantoso caos vendría como lógica consecuencia del crimen estupendo, único, sin que nada le igualase en maldad, en perversidad. Y fue entonces que terminó de golpe la infancia tranquila y dulce del alma de Pedro para pasar de un salto a la madurez, donde la incertidumbre, las vacilaciones, el recelo, la desconfianza, el temor, comenzaron a plantearle problemas y complicaciones, huracanes y tormentas que era necesario afrontar serenamente y vencer.

Y la voluntad unánime de sus hermanos lo había puesto a él..., itan luego él! ¡Como en reemplazo y sustitución de aquel Piloto insustituible!... Toda una luna larga y pesada le duró a Pedro el atolondramiento desde que le vio desaparecer para siempre en aquel ocaso inolvidable junto al Mar de Galilea.

Y no bien hubo vislumbrado su espíritu un resquicio de claridad, en la tiniebla que se había hecho en su vida, un hálito de calor y de vida en aquel frío de sepulcro y de muerte que le rodeaba, su primera súplica al amado Señor que se había ido a su Reino dejándole tan solo fue ésta:

—¡Señor!... ¡Maestro mío!... ¡Hazme capaz de amar a mis hermanos como Tú nos amaste a todos!... ¡Solo así podré ocupar sin espanto tu lugar en medio de ellos! ¡Señor!... ¡Hazlo conmigo así, por piedad de todos los que has dejado como hijos sin padre, como ovejas sin pastor!...

“¡Que sea yo capaz de amarles con tu mismo amor, con tu mismo corazón!... ¡Si así no lo haces Señor, no podré ser tu piedra angular, tu cimiento, el fundamento de tu Obra, Señor, porque reconozco no ser más que un grano de arena en la inmensidad del desierto de esta vida!... —Y el dolorido Pedro se doblaba sobre las lozas de piedra del pavimento de su alcoba y lloraba hasta quedar desfallecido y sin fuerzas nada más que para clamar: *¡Señor, mi Señor!*...

Pero una tarde, ¡oh, que tarde aquella!... El sol se hundía en el ocaso y la alcoba de Pedro en la casona de la orilla del Mar de Galilea, se sumía lentamente en las penumbras del anochecer.

El Apóstol repetía llorando su oración habitual. ¡Su alma no sabía decir otra! Su voz no acertaba a decir nada más, ni había en su corazón otro clamor sino éste, desde que tuvo la certeza de no tener al Maestro a su lado y de que sus hermanos lo habían designado en solemne asamblea para ocupar su lugar.

¡Su clamor fue interrumpido de pronto por una invisible presencia que llenaba su alma de paz y de vida!

Y al levantar del pavimento su faz inundada de llanto, vio al Maestro ante él, que le tendía las manos y le abría los brazos en un supremo anhelo de estrecharlo a su corazón.

¡Y Pedro fue hacia Él y dejó caer su cabeza blanca entre aquellos brazos que lo llamaban, sobre aquel pecho sereno, santuario de la divinidad!

Y allí, Él le dejó llorar hasta que su llanto se agotó, se esfumó en esa divina y santa alegría que han llamado éxtasis, iventura suprema, posesión completa de Dios en un instante de inefable comunión con Él!

Y la esplendorosa visión sólo le dijo estas palabras:

“En verdad te digo que amarás a tus hermanos tanto, que querrás morir como Yo para darles la vida eterna de dicha y de amor”.

Tal fue el origen de la sobrehumana fortaleza del Apóstol Pedro, que adquirió desde ese instante supremo, muy semejantes poderes supranormales a los que manifestara su Maestro y Señor sobre los más terribles males que afligen a la humanidad.

Y como poseído de una fuerza nueva comenzó a visitar todos los hogares donde había discípulos del Señor, y volviendo luego al palacio Henadad, trató de inducir a los que aún quedaban de los más íntimos, que no habían determinado con precisión el país o donde debían dirigirse, que lo hicieran cuanto antes.

Habían pasado tres años de la partida del Señor a su Reino, y Jerusalén cada vez más endurecida en su soberbia y en su intransigencia, no pensaba sino en aniquilar hasta el recuerdo del hombre justo que había sacrificado, creyendo matar con Él su divina idea de fraternidad, de libertad y de igualdad humana.

El período de gobierno de Caifás como Sumo Sacerdote del Sanhedrín había terminado, y le sucedió Jonathan, hijo del viejo Hanán, alma de chacal que solo con sangre y muertes se encontraba satisfecho.

El Legado Imperial de Siria era Lucio Vitelio, el cual envió a Pilatos a Roma, obedeciendo a las quejas del Sanhedrín contra él porque no les daba libertad para perseguir y matar a los discípulos del Cristo.

Con la subida de un hijo de Hanán al supremo poder, se desató la primera persecución, que dio como fruto sangriento el asesinato de Stéfanos, de Santiago y sus discípulos íntimos.

La perspectiva no podía ser más negra para los cristianos de Judea, que por insinuaciones de Pedro se dispersaron en las otras provincias de Palestina. El Monte Carmelo, el Monte Tabor y el Monte Hermón hospedaron a aquellos de los Doce que aún no habían salido de la tierra natal. El Monte Quarantana que pertenecía a la provincia de Judea, era un paraje inhospitalario y pobre, donde no había mayores facilidades ni abundantes medios de ganar la subsistencia para los que no eran nativos

de aquella región, y por tanto carecían de un solar de tierra, de una casa que les cobijara y donde pudieran trabajar.

A pesar de esto, los terapeutas Esenios condujeron a muchas familias de Jerusalén que tenían sus ahorros y que a más vendieron cuanto poseían, a resguardar sus vidas en las grandes cavernas de minas explotadas siglos atrás y que los hermanos Jacobo y Bartolomé encontraron años antes, cuando aún vivía en la tierra el Divino Maestro.

Y cuando el Sanhedrín comenzó las primeras hostilidades con Él, ellos, sus hijos, con los esenios del Santuario y los cuatro amigos betlehemitas, Josías, Eleazar, Efraín, su hijo artesano de la piedra, Alfeo y Elcana con sus jornaleros y sus criados, habían hecho de aquellas cavernas una fortaleza subterránea que si no tenían las hermosas decoraciones con que Simónides adornara la Fortaleza del Rey Jebuz, ofrecía comodidades y seguridad para salvar la vida al Maestro y los suyos.

También todos ellos soñaron con salvarle de la muerte y dispusieron los medios adecuados. Pero ya lo dijo el Profeta Isaías y repetimos su frase lapidaria: *“Los pensamientos de Dios no son los de los hombres, ni sus caminos son iguales”*.

Aquellas enormes cavernas que fueron preparadas para salvar al Maestro, dieron amparo y refugio a muchas familias de Jerusalén que espantadas con la muerte de Stéfanos, de Santiago y sus discípulos, *sacudieron el polvo de sus pies* a las puertas de Jerusalén, como decía el Divino Maestro que debieran hacer cuando la Verdad había llamado a una ciudad o pueblo, y se negaran a escucharla.

Nadie conoció tanto como Pedro, toda esta tremenda tragedia que ha quedado perdida en el silencio y en la sombra, que envolvió como en un manto de tiniebla impenetrable a la mayoría de los discípulos íntimos del Cristo.

Podemos decir que el siglo II y III fueron como un inmenso sepulcro en el cual quedaron sepultadas crónicas, leyendas, historias y tradiciones.

Los cronistas cristianos escribieron mucho en el siglo I que fue fecundo en la fe, heroísmo, abnegación y amor hacia el Cristo Salvador de la Humanidad.

Y fue Pedro el confidente de todas las angustias, zozobras, vacilaciones y dudas, que se agitaron como alas fatídicas de terror y espanto sobre la grey del Maestro.

¿No le había pedido a Él que lo hiciera capaz de amar a todos sus hermanos como Él les había amado? ¿No se lo suplicaba llorando en todas sus plegarias de aquellos primeros años?

Y tan completamente se lo concedió Él, que Pedro no tuvo sosiego ni descanso de día o de noche cuidando la vida de todos los que su Maestro le había confiado.

Había recibido el don divino del poder para curar enfermedades incurables, crónicas, o de nacimiento; y sobre todo esto, alguna crónica de aquel tiempo lo refiere sucintamente. Pero yo pienso que la grandeza y santidad del Apóstol Pedro, no está precisamente en esas obras hechas mediante el don divino que había recibido. Está en el inmenso amor que demostró a todos sus hermanos, imponiéndose enormes sacrificios, día tras día durante diez años, para que ninguno pereciera bajo el puñal asesino de los que se apellidaban *guardianes de la Ley de Moisés*.

Las grandes dificultades por la lentitud de los medios de transporte de aquella época, debió significar para el Apóstol que ya estaba en el ocaso de la vida, un penoso esfuerzo de voluntad. Disfrazado de terapeuta peregrino, con el capuchón calado y el bolso al hombro, Pedro recorría de noche las calles sombrías de Jerusalén, ya bajo los hielos del invierno o bajo el sol abrasador de medio día en los meses de estío. Cuando la necesidad lo obligaba a salir a las ciudades o pueblos vecinos, corría al palacio Ithamar donde Simónides tenía siempre en los establos: caballos, mulos o asnos en previsión de mensajes urgentes. Y Pedro, siempre encubierto con el oscuro sayal de los terapeutas, corría a disputarles a los esbirros espías del Sanhedrín, las vidas de sus hermanos que sabía en peligro.

¿Cómo él podía enterarse de las disposiciones secretas de los jueces de Israel para acudir a tiempo a realizar estos salvamentos?

Había suplicado tanto a su Maestro y Señor amar a sus hermanos como Él les amó, que entre sus facultades superiores se manifestó en Pedro la *auditiva* y la *visión a larga distancia*. En la oración oía voces íntimas, profundas, cual si las escuchara en su mundo interno, y a veces las captaba del mundo exterior, como si ellas flotaran en la atmósfera que le rodeaba, en el vientecillo de las noches tibias o en el rumor de los árboles agitados por las brisas del atardecer.

Creyó al principio que sólo se trataba de su propia imaginación inquieta y perturbada por la terrible amenaza de castigos y de muerte bajo la cual vivían; pero no tardó en convencerse que aquellas voces le anunciaban una verdad, una realidad, puesto que llegado al lugar del anuncio, encontraba todo como *la voz* le había dicho.

¡Qué de veces frustró las asechanzas, las celadas que Saulo de Tarso, agente del Sanhedrín, tendía a los cristianos de Palestina, cuando aún no habíase transformado de perseguidor en ferviente seguidor del Cristo!

Y cuando en diez años largos consiguió el Apóstol Pedro poner a salvo todas las *golondrinas del Señor*, según él decía, creyó llegada la hora de pensar en si mismo, pero antes tenía otro sagrado deber que cumplir; visitar antes de partir a la madre augusta de su Maestro y Señor. Y fue a Nazareth, donde permaneció con ella y con Jaime su viejo amigo, durante dos semanas.

Las veladas en el gran cenáculo después de la oración habitual, las empleaban en anotar todos los recuerdos que Myriam conservaba de la vida de su Hijo, de niño, adolescente y joven; anotaciones que tomaban Jaime y Pedro a la vez para que ambos relatos fueran iguales y uno saliera al exterior y otro quedase archivado en el arca de la Casa de Nazareth.

Durante su permanencia allí, Pedro visitó la vieja casa de las orillas del Lago, arrendada a una familia de pescadores de las favorecidas por ellos cuando el Maestro vivía sobre la tierra, y visitaba con tanto amor aquellos parajes inolvidables.

Visitó el Castillo de Mágdalo, triste y solitario con sus parques amarillentos y desnudos de verdor, con sus grandes ramas descarnadas como los largos brazos de esqueletos que se mantenían de pie.

Entró sin llamar, por aquella gran avenida de cedros que le era tan conocida y que estaba interceptada por la glorieta de mirtos y rosales rojos de Irania, donde años atrás estuviera él sentado junto al Maestro que dialogaba con la Castellana.

El rosal rojo dejaba caer sus últimos pétalos como las postreras gotas de sangre de un ser que moría poco a poco.

Un gran silencio lo envolvía todo como un sudario ceniciento por el gris del espeso nublado de aquella tarde sin sol.

Pedro no tenía nada de sentimental ni de romántico, y sin embargo se sentía como dominado de algo extraño a su temperamento sereno, fuerte, bien equilibrado.

Caminó lentamente por aquella larga avenida, dio vuelta a la glorieta del rosal y a pocos pasos se halló ante el gran pórtico del Castillo.

Todo estaba igual que lo vio antes, o sea doce años atrás. Sobre cuatro pedestales de mármol negro, los bustos en mármol blanco de Hermes, de Sócrates, de Orfeo y de Pericles.

Hacia un lado la amplia escalera que subía al piso superior, y del otro una espléndida puerta de cedro con relieves y recuadros de brillante cobre y que se hallaba apenas entreabierta.

Pedro la empujó suavemente hasta abrir una hoja..., y se quedó paralizado, mudo de asombro, mientras sus azules ojos se fueron cristalizando de llanto...

En el centro del espacio que había entre la puerta y una pesada cortina de damasco púrpura estaba sobre una plataforma de pórfido, una estatua de Yhasua tallada en madera, a tamaño natural y delicadamente pintada también al color natural, con su túnica y manto blanco, ceñida la frente por la diadema de siete estrellas de los Maestros de Divina Sabiduría.

Pedro lo contempló en silencio un largo rato, y cuando no pudo más, cayó de rodillas, bajó hasta el suelo la frente y se echó a llorar a grandes sollozos.

De atrás de la cortina salió una mujer que también en silencio contempló al hombre postrado hasta el suelo que tan amargamente lloraba. No veía de él más que el oscuro manto y la cabeza blanca. Y le seguía mirando hasta que de sus ojos castaños empezaron también a correr lágrimas silenciosas.

Cuando el hombre levantó la cabeza, ambos se miraron a través de sus lágrimas. Y se reconocieron.

—¡María! —exclamó él dando un paso hacia la joven.

—¡Pedro! —susurró ella entre un hondo sollozo que fue a morir sobre el noble pecho del Apóstol, el cual la estrechó a su corazón como lo hubiera hecho con una de sus hijas.

Cuando la poderosa ola de emoción se hubo calmado, ella habló primero...

—¡Pedro!..., hoy debemos conformarnos con una imagen fría, muda, sin vida..., porque Él ya no existe más en este mundo...

Y la joven se echó a llorar nuevamente y se dejó caer de rodillas abrazada a los pies de la imagen del Profeta Nazareno.

Pedro no pudo olvidar nunca, en su larga vida, el cuadro de dolor y de angustia suprema que vio aquella tarde.

Creyó volver a vivir la escena inolvidable de años atrás, cuando esa misma mujer fue a la casa de campo de Eleazar, el fariseo, y postrada a los pies del Maestro, los ungió con sus perfumes y los secó con sus cabellos, llorando desconsoladamente. El acto era el mismo, y la mujer era también la misma. Sólo el Profeta era una estatua muda, fría, sin más vida que la hábilmente simulada por el artista griego que la hizo, y que parecía haberla reconcentrado en los ojos claros de dulce mirar, que imitaban con toda realidad los divinos ojos del Profeta Nazareno.

Pedro intervino por fin.

—¡María!... El Maestro vive y tú lo lloras como a un muerto... ¿Es que no tienes fe en que Él vive?

Ella levantó su rostro bañado en lágrimas y le contestó:

—¡Yo sé que Él vive más allá de las estrellas que alumbran por las noches la desolada tiniebla de mi vida solitaria! Yo sé que vive entre el esplendor radiante de su Reino Eterno merecido por sus obras, por su santidad, por su tremendo sacrificio..., pero yo no le tengo más cerca de mí en este negro desierto que es la vida sin Él, sin la luz de su mirada, sin el sonido de su voz, sabiendo que nunca más volveré a verle ni oírle, ni seguirle por los caminos de la llanura, ni en los senderos de la montaña, ni sobre las aguas del mar...

“¡En todas partes le busco! ¡Y la brisa en las llanuras y los rumores del bosque, el murmullo de las olas me gritan hasta enloquecerme!: ¡nunca más!..., ¡nunca más!

Y la angustiada mujer se desvaneció en un largo sollozo. Su cabeza quedó laciamente apoyada sobre los pies de la estatua, y su larga cabellera se extendió sobre el pedestal de pórfido que la sostenía. Pedro miró hacia dentro de la cortina y vio que aquello era un Santuario con el altar de las Tablas de la Ley, el candelabro de siete cirios y la lámpara cuya luz mortecina esparcía su dorada claridad. Los grandes estrados laterales estaban cubiertos de tapices y almohadones. Entonces se acercó a María y levantando su cuerpo exánime y frío, lo recostó en el estrado más inmediato, y se sentó allí a orar esperando que despertase.

—¡Maestro, Señor mío! ¡Hazle sentir que vives y ella se consolará de tu muerte!...

Fue la única oración de Pedro que se adormeció también plácidamente. No podía precisar el tiempo que estuvo dormido; pero cuando se despertó vio a María sentada ante la mesa central, escribiendo en un libreto de pergamino unido por un cordón azul.

Escribía rápidamente y seguía llorando. Sus lágrimas iban cayendo sobre el pergamino, silenciosamente, y ella seguía escribiendo.

Cuando terminó, levantó la cabeza y vio a Pedro que la miraba con curiosidad.

Con el rostro sonriente, aunque bañado de lágrimas, ella le dijo, señalando el libreto en que había escrito:

—¡Una epístola del Maestro! ¡La primera que me ha escrito en diez años que hace que lloro por Él! ¡Vive, Pedro, vive, y aún se acuerda de mí! —Y rompió a llorar nuevamente.

Pedro fue a la mesa, tomó el libreto y leyó, escritas en sirio caldeo, estas dulces palabras:

“¡María!..., imi María!... Tu desesperación y tu poca fe interceptan mi acercamiento a ti. La llegada oportuna de Pedro ha tendido un puente de cristal para llegarme hasta ti y decirte: piensa en la Vida, ino en la muerte!

“¡Piensa en mi amor eterno, que llena todas las soledades y ante el cual no hay desamparo, ni hay olvido, ni hay ausencia, ni hay adiós!

“¡Mujer!... Ten fe, esperanza y amor y me sentirás siempre a tu lado.

“Te bendigo en nombre de Dios. YHASUA”.

La misiva amorosa y tierna evaporó la tristeza y el llanto como fugaces nubes negras que vienen y que van.

Y sentados Pedro y María sobre el estrado, comenzaron a deshojar confidencias, recuerdos, noticias de los hermanos todos y esperanzas o temores para el futuro.

A momentos lloraban con suprema angustia, luego se consolaban, volvían a llorar, ¡y continuaban recordando, pensando, amando y padeciendo!...

Ambos habían hecho de la personalidad adorable de Yhasua el más noble y puro ideal de sus vidas humanas, y no sabían cómo podían seguir viviendo después del tremendo arrancón que fue para ellos su terrible muerte.

No obstante el sereno temperamento de Pedro y su bien equilibrada mentalidad, al contacto de la vehemencia de María que así en el dolor como en el amor vibraba con una intensidad extrema, hubo momentos en que el Apóstol creyó vivir de nuevo las horas angustiosas, desesperadas de la prisión de su Maestro en Gethsemaní, del patio del palacio de Caifás donde negó por tres veces su vinculación con Él..., del camino doloroso hacia el Gólgota, donde le vio suspendido en lo alto del patíbulo, entre el fragor de truenos y relámpagos y las llamas de los cien fuegos sagrados que encendió Vercia, todo lo cual formaba un concierto de horrores a tono con la tempestad interior de todos los corazones enamorados del Cristo, que creían morir junto con Él!...

Y sintiéndose desfallecer, Pedro clamó en alta voz:

—¡Maestro..., mi Señor!... ¡Si tu poder infinito no manda callar nuestro dolor..., voy a morir aquí mismo y aún no he hecho nada por Ti!...

Tomó suavemente la mano de María y acariciando con su diestra aquella cabeza enloquecida por el recuerdo, le dijo como un padre a un hijo pequeño:

—¡María!..., ¡tengamos piedad de nosotros mismos y no lloremos más la muerte del Maestro! ¡Él no quiere que pensemos en su muerte sino en su vida eterna, gloriosa y feliz!... ¡Me apena mucho dejarte sola aquí con seres que no son capaces de comprenderte y consolarte!...

“¿Por qué no te vienes conmigo, y me acompañas en todas mis andanzas sembrando los campos del Señor?”

“Diremos a todos que eres mi hija. ¿No puede ser esto así? ¿Has de pasar llorando toda tu vida sola con tus criados, en este viejo Castillo poblado de recuerdos y de trágicos pensamientos?”

¡María seguía llorando en silencio!

—Mira que el Maestro ha querido que yo, aunque el más indigno de todos, ocupe su lugar entre sus golondrinas viajeras y puedo mandarte en su Nombre. ¿Serás capaz de obedecerme por amor al Maestro?

Ella secando sus lágrimas, lo miró con inmensa ternura y le contestó:

—Sí, Pedro, soy capaz de obedecerte por amor a Él, pero no me pidas que deje de llorar su muerte porque eso es superior a mis fuerzas. Llorar y padecer por Él, es el único consuelo que me ha quedado. No sé si tú podrás comprender esto, pero es así.

—Sí, hija mía, te comprendo y padezco y lloro como tú, pero el Maestro no quiere nuestro llorar por Él, sino que continuemos la obra de Él, y

le probemos de ese modo nuestro amor. Si accedes a venirte conmigo, cooperarás en todo cuanto yo debo hacer cumpliendo la voluntad del Maestro. Y te prometo traerte yo mismo cuando tú quieras volver.

Al sentir María la ternura paternal de Pedro, le pareció que tenía de nuevo ante ella al Maestro mismo, porque sólo Él había derramado ternura igual sobre ella, y dejándose caer de rodillas ante el Apóstol que lloraba con ella, le dijo con su voz entrecortada por los sollozos:

—¡Sí, Pedro, iré contigo a donde quieras llevarme porque siento que el divino Maestro está dentro de ti!

Y dobló su rubia cabeza sobre las rodillas del Apóstol, que continuó pasando suavemente su mano sobre aquella hermosa cabellera con la que un día ella había secado los pies de su Maestro.

Después de un breve silencio, Pedro levantó a María y le dijo:

—Me quedaré hoy y mañana aquí, para darte tiempo a prepararte para nuestro viaje. De aquí iremos a la Casa de Nazareth a despedirnos de Ella; después a ver a Simónides, el gran padre de todos los hijos del Señor, y de allí a Joppe, donde nos embarcaremos para Tiro, Sidón y Antioquía. ¡Tenemos mucho que hacer, hija mía, para glorificar al divino Maestro!

“Y mientras tú te preparas, iré a visitar al buen compañero Hanani, que no le veo desde la muerte de su esposa. Él quedará a cargo de los hermanos que quedan en Tiberias y a los cuales no puedo descuidar.

María tocó una campana en el pórtico llamando a los moradores del Castillo para que vieran al Apóstol Pedro, a quien todos amaban con reverente amor, ya por ser el de más edad entre los Doce íntimos del Señor, como porque sabían que era él quien le representaba entre sus amados de la Tierra.

Entre las doncellas compañeras, las viudas refugiadas, los huérfanos y los criados eran treinta y siete personas.

Pedro, enternecido casi hasta el llanto porque sentía dentro de sí el amor del Cristo su Señor y Maestro, que lo impulsaba a ser para sus hermanos lo que Él había sido para todos, les abrazó uno por uno y se interesó por sus vidas venturosas o desdichadas, y tuvo para ellos palabras de ternura paternal, de consuelo y esperanza que inundaron las almas de jubilosa alegría.

Fatmé quiso tener una confidencia con él, un aparte en secreto, y mientras las doncellas compañeras —sólo habían quedado tres—, se ocupaban de hacer preparar la frugal comida de la noche, Pedro y Fatmé se retiraron al Cenáculo.

—Como sé que eres tú, hermano Pedro, quien está al frente de la Congregación del Señor, creo que tu palabra será la que deba orientarnos a todos en la oscuridad en que hemos quedado después de su partida.

“María me ha puesto al frente de su casa desde la muerte de Elhida, su vieja aya, tarea en la cual me ayudan las tres doncellas, que no han querido tomar esposo. El Administrador es mi padre, con Boanerges el Notario y Jahiel el Mayordomo. En cuanto a esto, todo ha marchado en un orden admirable.

“Pero, ioh, hermano Pedro!, siento decirte esto pero lo único que anda aquí mal es María, la pobre María que no tardará en volverse loca por completo.

—¡Ya lo sé, hija mía! Todo lo sé... —contestó Pedro.

—¿Cómo lo sabías si estabas lejos de nosotros?

—Othoniel, de paso para el Lacio a reunirse con el Príncipe Judá me lo contó todo. El pobrecito se fue con el corazón deshecho porque la amaba de verdad, desde hacía tiempo y ella se negó a escucharlo.

—Es verdad —dijo Fatmé—, ¡pero eso no es todo!

—¿Qué..., hay más? —interrogó con cierta alarma Pedro.

—Que el hijo del Tetrarca Felipe vino también con proposiciones de matrimonio, y María creyendo que se trataba de intereses por cuanto Galilea está bajo su dominio, hizo que mi padre lo atendiera, y cuando él le participó el motivo de la visita, le mandó con él mismo su negativa pero en forma tan dura, que mi padre se vio en grande apuro para que no se diera por ofendido.

“Lo atribuyó a la magia negra que había sembrado el Profeta Galileo, y estuvo a punto de hacer denuncia al Sanhedrín para que nos dispersaran de aquí a todos y dejáramos sola a María a fin de dominarla por la fuerza. Se veía claro que estaba interesado en ella por la fortuna que tiene.

“Mi padre tuvo que inventar una historia que no es real, a fin de salvar la situación. Hizo llegar al interesado de indirecta manera la noticia de que María había vendido todas sus propiedades y derechos a la Aldea de Mágdalo a *Quintus Arrius*, porque ella abandonaba el país para trasladarse al Lacio donde iba a desposarse con un hijo del Senador romano Lucio Galión. Esto nos salvó de ir a parar a los calabozos del Sanhedrín. Pero es la verdad que vivimos temblando que se descubra que en toda esta historia no hay nada real.

—Esta bien, hija mía, lo que hizo tu padre, pero no tengáis ningún temor en adelante. Yo me llevo a María...

—¿De veras? Y nosotros, Pedro, ¿qué haremos sin ella?

—Seguir aquí, como antes. Nuestro Señor vela por todos, hija mía, y Él sabe las tristezas de todos.

“Yo me llevo a María buscando hacer desaparecer de su espíritu ese estado mórbido, producido por la angustia desesperada de haber perdido el único amor de su vida, y por el espanto de presenciar tan de cerca el cruel martirio a que fue sometido nuestro Maestro y Señor.

“¡Fue en verdad bastante para volvernos locos a todos!

—Es tal como dices —afirmó la joven—, y aquí hemos padecido todos lo indecible.

—Desde hoy, nuestro Señor quiere que viváis completamente tranquilos. Yo pediré a Simónides que extienda un documento en su calidad de Apoderado General en Palestina de *Quintus Arrius*, por el cual, nombra oficialmente a tu padre como representante suyo en la Aldea y Castillo de Mágdalo.

“El actual Emperador Claudio ha renovado bajo su firma el salvoconducto, autorización y licencias que firmó Tiberio para todo cuanto pertenece al hijo del Duunviro Quintus Arrius. De modo que nuestro príncipe Judá es invulnerable. Claro está que estos privilegios no han sido en homenaje a la memoria del Duunviro muerto, porque los Césares no respetan ni a los muertos ni a los vivos. Todo es debido a los talentos de oro que Simónides ha mandado a las arcas ministeriales. Simónides tiene documentos secretos firmados por el César y sellados con su sello, con toda clase de franquicias para sus actividades comerciales, y para los que dependen de él. También esto te lo digo en secreto, a fin de que estéis aquí en paz y tranquilidad; secreto que sólo queda entre tú y tu padre, al cual se lo diré ahora, cuando le visite.

“Y a no preocuparse por María, que estará a mi cuidado y cuando la vea curada, os la traeré de nuevo.

—¿Y sabes, hermano Pedro, cuándo vuelve Boanerges?

—Pronto, ¡muy pronto! En Joppe espera a María una epístola de él. Las noticias que ha mandado Juan son muy buenas, y parece que nuestro Señor va despertando a todos los que estaban dormidos al pie de su cruz de mártir.

Cuando llegó la hora de la comida nocturna, todos se sorprendieron de que María fue guiando a Pedro hacia el comedor y después de hacerlo sentar en el sitio de honor, se sentó ella a su lado.

En diez años que habían transcurrido, nunca pudieron conseguir que asistiera a las comidas, pues lo hacía sola en la salita de vestirse anexa a su alcoba dormitorio.

En el muro del comedor frente al sitio en que Pedro estaba sentado, y ocupando todo el recuadro del muro aparecía un hermoso paisaje tomado de una parte del bosque del Castillo donde estaba la fuente de las palomas. Había en el lienzo un solo personaje: el Maestro dando de comer a la multitud de palomas que lo cercaban por todas partes y algunas se habían posado en su hombro, y otra en su brazo izquierdo donde sostenía la cestilla llena de trigo, mientras con la diestra derramaba el grano alrededor de la fuente.

Fatmé, Gehiel, las doncellas y el Escriba auxiliar de Boanerges

rodeaban la mesa, mientras dos criadas iban y venían sirviendo a los comensales.

—¡Y este lienzo!... —dijo Pedro, contemplándolo con indecible amor.

—Lo pintó a indicaciones mías el mismo que esculpió la estatua que está en el Cenáculo —dijo María—. Él es mucho más bello aún; pero, ¿quién puede copiar la luz de aquellos ojos y la irradiación divina de bondad que resplandece en toda su persona?

—¡Es verdad, hija mía! Para pintar al Maestro tal como era, se necesita llevarlo en el corazón.

—Te haré ver el que está en mi salita de estudios, y que lo he pintado yo que aunque tengo condiciones de aficionada, no me considero profesional.

—Acaso ése estará de acuerdo a la realidad —contestóle Pedro—. Pero come, hija, porque hemos hablado, pero ni tú ni yo hemos comido.

La conversación se hizo general, porque las miradas llenas de inteligencia y de bondad de Pedro, les insinuaban la conveniencia de formar un ambiente de sencilla familiaridad.

Al día siguiente Pedro fue a Tiberias, en uno de cuyos suburbios tenía Hanani su casa taller de tapicería. Ya no era aquel hogar lleno de ternezas y alegrías, con una abuela que lo preveía todo, con una madre que ponía su nota de plácida cordialidad en todo momento; con unas hijas que cuidaban de que las flores y los pájaros embellecieran el hogar. Era sencillamente la casa de un hombre solo que vivía con una veintena de obreros de confianza durante el día, y cuando caía la tarde, los talleres se cerraban y los *hermanos* diseminados en la resplandeciente ciudad, llegaban a la oración conjunta de la noche.

La madre y la esposa de Hanani habían muerto, la hija menor se había casado y Fatmé vivía en el Castillo de Mágdalo, en calidad de dama de compañía de la Castellana.

La llegada de Pedro fue un gran acontecimiento, y aquellas dos cabezas blancas se confundieron en un largo abrazo.

El día les fue corto para darse recíprocamente las noticias tristes o felices que cada uno tenía.

—Hanani —le dijo Pedro al dueño de casa—. Yo debo ausentarme de nuestra amada Galilea quizá por un tiempo largo, y no sabes cuánto me duele esta ausencia.

—Han pasado cuatro años sin verte, Pedro, y me hablas de nueva ausencia ¿Es que los galileos no somos también la grey del divino Maestro?

—¡Sí, hombre!..., lo sois más que ninguno porque en esta bendita tierra parece vibrar todavía su amor, como si estuviera prendido en las

ramas de los árboles y en las velas blancas de las barcas que flotan en nuestro Lago.

“Pero precisamente porque en esta tierra no se agitan los aires envenenados de odio y de sangre, es que gozáis aún de una relativa tranquilidad, y yo debo dedicar todas mis fuerzas a socorrer a las víctimas de la maldad y odio que serían innumerables si entre Simónides y yo no hubiéramos hecho prodigios de sagacidad y prudencia para anularlos en parte.

“¿Cómo andan por aquí las cosas?”

—Regular, no del todo bien —contestóle Hanani—. Cierto que aún no han ocurrido por aquí los graves atentados y crímenes en contra de nuestros hermanos, como ha ocurrido en Jerusalén; pero empiezan a germinar antagonismos y celos entre los hermanos que a veces llegan a distanciarse y formar bandos con tendencias, no malas, pero que dividen y eso a mi juicio no está bien.

—Pero, ¿cuál es la causa de todo eso? El Padre Celestial es uno solo. Su Hijo, su Verbo, el Cristo que hemos visto morir por amor de todos, es también uno solo. ¿Dónde pues encuentran base para una división? —preguntó Pedro, que soñaba con que en su amada Galilea no podía haber ninguno que se apartara del camino.

—Hay una desorientación muy grande, Pedro, desde que desapareció el Maestro de en medio de nosotros.

“Luego la ausencia de aquellos que junto al Señor nos parecían tan grandes, como José de Arimathea, Nicodemus, Jaime, el Príncipe Judá, el Hack-Ben Faqui, los maestros Esenios, tú mismo, Pedro..., todos se eclipsaron de nuestro horizonte. Los Doce desaparecieron como si la tierra los hubiera tragado. Todo esto vino a raíz de la muerte de Stéfanos y de Santiago.

“Y todos los que frecuentan este Oratorio, el de Mágdalo y otro que fundó Eleazar en su casa de campo, preguntan lo mismo: “¿Qué haremos?... ¿Quién es vuestro jefe si los que había se han ausentado?”

“Y si esto pasa aquí, ¿qué será entre los que han emigrado al otro lado del Jordán, a los montes de Arabia y hacia países más lejos aún?”

Pedro se había sumido en profundo silencio. Se veía claro cuanto le afectaban las palabras de Hanani que encerraban toda la verdad.

Después de un largo silencio Pedro habló y su voz destilaba tristeza y amargura.

—¡Cuán pequeños somos, amigo mío, para continuar la obra grandiosa de nuestro Maestro y Señor!

“Pero si Él nos eligió a nosotros para continuarla, debe haber estado seguro de lo que hacía. ¡Es el Hijo de Dios Vivo y no podemos pensar que Él pueda equivocarse nunca!

—En cuanto a eso estoy en pleno acuerdo contigo, hermano Pedro;

pero creo que si Él no se equivoca, somos nosotros los que con valentía y firmeza debemos tomar los caminos adecuados para mantener la unión armónica y fuerte de todos los seguidores del Cristo Hijo de Dios.

—En verdad —dijo Pedro—, yo estuve absorbido por completo en salvar las vidas de los discípulos de Judea donde no han cesado el espionaje y la persecución desde la muerte de nuestro Señor. Pero conseguido esto nos consagraremos en absoluto a su obra. Hoy me acompañarás al Oratorio de Eleazar, y vendrás conmigo a Mágdalo, para dejar establecido que tú con Jaime y Eleazar, en acuerdo con la Madre del Señor, formaréis como un Consejo de gobierno para esta parte de la provincia de Galilea. Y así deberemos hacerlo en las demás regiones de la Palestina. Es necesario establecer este orden para evitar la desorientación de todos.

“Judas Tadeo, Matías y Felipe, están en el Santuario del Tabor; Tomás, Andrés y Bartolomé están en el Carmelo. Aquellos velarán por el norte hasta Cesarea de Filipo. Y los otros que veré al pasar para Antioquía, se encargarán de los que habitan los pueblos costaneros del Mar Grande.

“¡Cuán pequeños somos para tan grande obra, Hanani!... Entre todos no somos capaces de llenar el vacío de un día solo de la vida de nuestro Maestro y Señor.

“Somos buenos para morir como corderos que llevan al matadero; pero necesitamos vivir y hacer florecer los campos del Señor con el amor fraterno, la justicia, la verdad, la igualdad de derechos y de deberes entre todos los hombres porque todos somos hijos de Dios que no hizo esclavos ni príncipes, sino criaturas suyas con igual origen, y con el mismo destino inmortal y eterno...

La tarde caía silenciosamente, y Pedro y Hanani caminaban por la orilla del Mar de Galilea dirigiéndose al Castillo de Mágdalo.

Un silencio de meditación les embargaba a los dos de tal manera que ni una sola palabra acudía a sus labios. Pedro iba a alejarse de esos lugares santificados por la presencia del Maestro y acaso por largo tiempo. Los recuerdos se erguían vivos y fascinantes, como hijos queridos que luchasen por retenerlo atado a ellos con lazos de flores que tenían resistencia y fuerza de hierro.

Aquí una verde colina coronada por un grupo de sicomoros a donde el Maestro subía con frecuencia a orar, mientras ellos en la playa asaban pescado para la frugal comida de la noche...

Más allá un bosquecillo de encinas donde en los ardientes días de estío se resguardaban con Él, de los abrasadores rayos del sol, mientras escuchaban su voz musical enseñándoles algo más de las grandezas divinas y de las pequeñeces humanas con que debe luchar el alma que aspira a ser grande en los caminos de Dios.

En la bifurcación de dos caminos, las ruinas de una vieja cabaña,

sombreada por algunas higueras y vides, donde Pedro recordaba bien haber tendido las colchonetas de su barca para que el Maestro descansara, después de una larga andanza para curar a los dementes del Cerro Abedul.

Y Pedro no pudo dar un paso más y se sentó sobre el tronco de un árbol caído.

—¿Ves, Hanani, como es cierto lo que te dije antes? ¡Que somos buenos para morir pero flojos para vivir su vida y su obra de amor entre la humanidad mezquina y egoísta! ¡Cuánto no daría yo por morir suavemente bajo estas higueras y vides, donde el Maestro durmió sueños divinos, para que su alma de Hijo de Dios tendiera su vuelo al Infinito o recorriera el mundo destruyendo el odio y sembrando el amor!

—Pedro, hermano mío —le dijo Hanani—, eres el mayor entre nosotros y si tú te dejas vencer por la fuerza de los recuerdos, ¿cómo nos alentarás a nosotros a continuar los caminos que nos conducirán al éxito, que el Señor desea y que nosotros debemos querer también?

—¡Es cierto, amigo, es cierto!... Pero tú no has vivido con Él íntimamente durante más de tres años largos..., tú no le tuviste en tus rodillas de niño, ni le viste vivir como yo su adolescencia y primera juventud en el Tabor, donde mi padre era guardián de la entrada.

“¡Oh, Hanani!..., imi alma toda es un cofre de sus recuerdos y no puedes llegar a comprender cuánto me cuesta apartarme de estos lugares, y acaso para no volver! Pero Él quiso poner sobre mi espalda la carga enorme de todos los que amó y le aman..., y yo, ¡pobre de mí!, tengo que correr como un caballo desbocado a enfrentarse con todos los odios, con todos los egoísmos y ferocidades humanas para tratar de salvar a todos los que a Él le fueron confiados.

Hanani estaba visiblemente conmovido y guardaba silencio.

—¡Y cuando yo esté lejos de aquí —continuó Pedro, con una voz que lloraba—, tú harás que todos los hermanos que contigo se reúnen a la oración, tengan un pensamiento de amor para este viejo discípulo del Señor, que lleva una carga tan grande cuando es el más flojo y cobarde de todos!

—Así lo hemos hecho, Pedro, desde aquella gran Asamblea que te confió a ti la carga que llevas —le contestó Hanani—. Y pienso que aunque tus hermanos fuéramos incapaces de ayudarte, el Cristo Señor nuestro, es bastante para hacer de ti un gigante invencible al frente de sus seguidores.

—Que el Señor te compense por el aliento que me das. Vamos, que el sol acaba de esconderse y aún nos falta camino que andar hasta Magdalo.

Anohecía cuando Pedro y Hanani entraban al viejo Castillo sumido en

penumbras. Sólo se veía el mortecino fulgor de la lámpara del Oratorio
Y una que otra hebra de luz escapándose de algún resquicio de ventana
entreabierta o de cortina corrida. Abrieron y cerraron la gran puerta de
la verja de entrada.

El silencio era imponente; y la suave penumbra del anochecer parecía
poblada de presencias invisibles, acariciantes y suaves que llenaban el
alma de infinita ternura.

Cuando se acercaron al pórtico sumido en penumbras, sintieron la
melodiosa sinfonía de los laúdes y de las doncellas en el Oratorio.

Era la hora de la oración de la tarde. Y con voces suaves, y tiernas llenas
de honda melancolía. Pedro y Hanani escucharon esta dolorida canción:

*Mírame ¡Oh, Señor!
Con tus ojos dulces llenos de piedad,
¡Que tú sólo sabes
Como quiere mi alma
Tu dulce mirar!*

*Oscura es la senda
Sin los ojos tuyos pródigos de luz;
Reseca la fuente, sin flores el prado,
¡Cubierto de sombras
El inmenso azul!*

*Desde que te fuiste
A ese Reino tuyo, vivo sin vivir...
Como ave perdida en hoscas breñales...
¡Un hueco quisiera
Donde ir a morir!*

*¿Por qué me dejaste
Señor en la vida
Si Tú ya sabías de mi hondo sentir
Si Tú eras la vida de la vida mía
¿Qué quieres que sea mi vida sin Ti?...*

*¡Te espero, te llamo
Te busco en la aurora
Cuando viene el sol!...
Al lago y al bosque que besa la luna
Les pido tu vida...
¡Tu vida, Señor!...*

*¡Y nadie responde
A las ansias mías
Desde que te fuiste tan lejos de mí!...
¡Déjame encontrarte una vez tan solo,
Mirarme en tus ojos
Y después morir!*

Aquellos dos hombres fuertes, recios y serenos, no pudieron resistir la vibración tremenda de amor y de dolor que irradiaba aquella canción, y ambos habían caído de rodillas entre las densas penumbras del pórtico y dejaban correr su llanto silencioso que se perdía en las guedejas de plata de su barba cana.

Y era que aquellas estrofas y aquella melodía de cuerdas y voces que en conjunto lloraban, era la viva expresión de lo que sus propias almas sentían.

Cuando se hizo el silencio profundo de la oración, Pedro y Hanani entraron en el Oratorio sin ruido alguno y advirtiendo que el recinto estaba lleno con los aldeanos, pastores y labriegos, se quedaron en el pequeño estrado junto a la efigie del Maestro, ubicada en el lado de la cortina de púrpura que cerraba el Oratorio propiamente dicho.

Una lámpara de plata pendiente de la techumbre daba una tenue claridad al rostro de la imagen que en la suave penumbra parecía adquirir vida propia. Sus pies desaparecían entre una ánfora de anémonas rojas cual si fueran corazones vibrantes de vida y de amor que pugnaban por subir hasta Él, pues algunas de aquellas flores, más audaces que las otras, casi llegaban a tocar las líricas manos abiertas hacia adelante en esa dulce y sugestiva actitud de espera y llamada al acercamiento... ¡Todo aquel simbolismo sagrado hablaba muy alto del Amado ausente viviendo en todas las almas que se le habían entregado en absoluta ofrenda de amor y de fe!...

Y como punto final de la oración de la tarde, la voz de Ezequiel el Escriba que reemplazaba a Boanerges, recitaba con pausada y tranquila voz la profesión de Fe, que los Doce reunidos habían compuesto para todos los seguidores del Cristo, y finalmente cantaban a coro con las doncellas el “*Miserere*” con lo cual terminaba la oración de la tarde.

Tal se hacía en todos los Oratorios cristianos de aquella primera hora del Cristianismo, siguiendo las indicaciones de los Doce antes de esparcirse por la tierra, herencia dejada a ellos por el Divino Maestro.

Al día siguiente cuando el sol asomaba sobre las copas de los corpulentos cedros y nogales que daban sombra al vetusto Castillo de Mágdalo, salía por la gran puerta de la verja que daba sobre el camino del Lago un carro de viaje llevando a Pedro y María por el sendero de Nazareth.

La túnica castaño oscura de los esenios viajeros y la blanca toca que apenas aparecía bajo el manto de igual color, ocultaban la espléndida cabellera dorada con que en otra hora secara la Castellana los cansados pies del Peregrino eterno.

Ahora ya no era más la sacerdotisa de Apolo y de las Musas, alrededor de cuyas estatuas danzara envuelta en velos color del iris. Ahora era la hija de Simón, Pedro, el pescador del Mar de Galilea, que acompañaba a su padre en un largo viaje. Y su vieja herida de amor, parecía dolerle menos sintiendo la suave presión de la voluntad de ese Anciano, que la amaba como si fuera su padre y al cual voluntariamente se sometía.

Y Pedro mientras recorría el hermoso trayecto de Mágdalo a Nazareth, observaba a su compañera de viaje y pensaba:

—¡Cuán grande era la sabiduría de nuestro divino Maestro cuando decía: *“El amor salva todos los abismos”*! ¡Quién me había de decir que yo, un viejo pescador de Galilea, podría ejercer dominio sobre la poderosa voluntad de esta mujer habituada a ser absoluta dueña de sus actos desde la adolescencia!

Y es que Pedro, sencillo como un niño que no tiene aún la experiencia que da el roce con las almas humanas, no sabía que los seres más sensitivos y vehementes son los que más necesitan de la dominación de un amor fuerte y poderoso en el cual ellos puedan descansar plenamente.

Precisamente ese fue el escollo en que tropezaron los amantes de Yhasua cuando Él desapareció de su vista. ¡Su amor fuerte y sereno, inmovible, invariable y eterno había sido el descanso, el sosiego y la paz absoluta de las almas más vehementes y emotivas que se habían prendido de Él, como débiles mariposillas en las frondosas ramas de un rosal en flor!

Ya en la suave quietud de la Casa de Nazareth, a los pies de la tierna y santa Madre de todos, ambos viajeros vaciaron en su gran corazón cuantas incertidumbres, zozobras y dudas pudieran agitarles.

—Ve, hija mía, vete con Pedro a sembrar la semilla que Él nos dejó a montones. Y vosotros podéis llevarla hasta muy lejos, mientras yo entregada a mi silenciosa vida de oración y de lágrimas, *os sirvo de resguardo* en todos los peligros de cuerpo y alma en que podáis encontraros. ¿Qué otra cosa puedo hacer a mis años, sino permanecer aquí como una lamparilla encendida siempre en el altar santo de su recuerdo y de su amor?

Así habló la dulce Madre del Cristo Divino al abrazar a Pedro y a María que fueron a despedirse de ella antes de partir.

Y en un aparte con Jaime, le dejó encargado que con Hanani y Eleazar, y el consejo de Myriam, tendrían el deber de servir de orientación a los hermanos de aquella parte de la provincia de Galilea.

Partieron al mediodía por el viejo camino de las caravanas hacia Jerusalén, adonde María no había vuelto en los diez años transcurridos.

—¡No me hagas atravesar la ciudad, te lo pido por favor, Pedro! —había suplicado María cuando se acercaban a las murallas.

—Ya sabía yo eso —le contestó Pedro—, y había pensado dejarte en el khan del camino a Joppe donde el matrimonio portero es un viejo conocido mío. En nuestro carro de viaje iré a ver a Simónides y enseguida estaré de vuelta para seguir viaje.

Pero el valiente anciano Simónides tenía que ser el que despidiera a todos los sembradores de su soberano Rey de Israel, y así que vio a Pedro y se enteró de que había conseguido arrancar a María de su tenaz apartamento en completa soledad, subió con él al vehículo y fueron hacia la puerta de Joppe.

—Por esta misma puerta salimos con el Señor acompañándole hacia la muerte —dijo Pedro con honda amargura.

—También lo pensé yo sin querer expresarlo por no hacerte daño —contestó el Anciano, esforzándose por no dar salida a un sollozo que lo ahogaba.

—Veamos niña —decía Simónides a María—, si entre dos viejos que te quieren como a una hija, somos capaces de desalojar la tristeza que ha hecho nido en tu corazón. Todos sentimos lo que tú sientes; pero comprendemos que solo los viejos podemos acercarnos a tu corazón sin causarle nuevas heridas. ¿No es verdad, hija mía, que el amor de estos dos viejos no te hace daño?, ¿comprendes lo que quiero decir?

—¡Oh, sí que lo comprendo muy bien y encuentro así mismo una gran verdad en cuanto dices, Simónides!

—¡Bien, bien! Vete tranquila y confiada que vas con un buen guardián, y dejas aquí otro para velar por tu casa y tus intereses.

“Yo tomaré todas las medidas para que nadie moleste a tu gente de la Aldea de Mágdalo.

“Hanani sabrá llevar todos los asuntos en perfecto acuerdo conmigo”.

El hábil y experto administrador de los tesoros del Rey de Israel entregó a María y a Pedro, letras a cobrar de los agentes suyos en Tiro, Sidón y Antioquía para los *“gastos que les ocasionara la siembra que harían en los campos del Señor”*. Fueron sus palabras textuales.

El fuerte Anciano, erguido y firme, apoyado en su bastón, les vio partir por el camino de Joppe y cuando una nube de polvo que levantaba el galope de los caballos, le ocultó los pañuelos blancos que se agitaban diciéndole adiós, solo entonces dejó que dos gruesas lágrimas corrieran de sus ojos llevándose la honda tristeza de su viejo corazón.

—¡Mi soberano Rey de Israel! —exclamó con un acento de indecible

angustia—. ¡Sólo por tu amor, por tu gloria, porque sea eterna tu memoria en la tierra, quiero vivir aunque sea arrastrando este viejo cuerpo que tú, Señor, fortaleciste quizá, para que fuera el baluarte en que se estrelle el odio de tus enemigos!

La nube de polvo que envolvió a los viajeros ya no se veía más, y el anciano apoyado en su bastón tornó paso a paso a la puerta de la ciudad, por donde unos momentos antes había salido la carroza que llevaba a Pedro y María.

Era poco después del mediodía y el mercado aparecía en esa relativa quietud después de la febril actividad de la mañana.

Unos cuantos mendigos a la sombra de las tiendas, se ocupaban en recoger de los cestos de desperdicios aquello que aún podía ser utilizable.

El Anciano se les acercó.

—Dejad esos cestos en paz —les dijo—. El hombre aunque sea viejo y pobre no debe jamás disputarles a los perrillos de la calle lo que ellos necesitan para vivir.

“¿Sois nuevos en Jerusalén que no sabéis que la “Santa Alianza” tiene casa y comida para los que no pueden ganarse el sustento?

—Hemos llegado hace dos días de Herodium donde han tirado abajo un castillo en ruinas donde vivíamos de las castañas, higueras y moreras que allí había. Aquí no tenemos donde cobijarnos.

—¡Ya veo, ya veo!... Muchos mármoles y muchos palacios aquí, pero los que ayudaron a construirlos cuando tuvieron fuerzas, deben hoy ambular por los mercados comiendo los mendrugos disputados a los perros.

Vio en ese instante un carro que acababa de descargar sacos de legumbres y cántaros de vino y de aceite en una tienda, y que cobrado el costo de su trabajo iba a marcharse.

—Amigo —le dijo al carrero—, si quieres ganarte algo más antes de volver a tu casa, llévame estos viejecillos a mis almacenes “*Estrella Azul*”, detrás de la Torre de Goliat.

Encantado el carrero hizo subir a su carro la media docena de ancianos mendigos, y Simónides subió con ellos, con gran asombro de todos, de que un señor que vestía hermosa túnica color canela y manto de cachemira azul, con cinturón de plata y bastón de ébano, se sentara en un carro de carga al lado de seis mendigos.

Y él muy tranquilo seguía en su prédica sobre la dignidad humana.

—¡Pues, sí señor!... Nunca debe un hombre por viejo y pobre que sea, quitar a los perros de la calle lo que ellos precisan para vivir. ¿Tenéis otros amigos mendigos como vosotros?

Algunos dijeron que sí, otros que no.

Les miró las manos a todos con gran cuidado.

—Todavía vuestras manos pueden escardar lana y ovillar esparto. Aún podéis ganar un pequeño jornal diario, comer buen pan y buen vino y abrigar el cuerpo debidamente. Yo soy viejo como vosotros pero la vida no ha podido conmigo. ¡No, señor! El hombre de bien debe trabajar hasta el último aliento de su vida. Ya veréis, Ya veréis como yo os voy a enseñar a vencer a la vida como se vence al caballo que nos lleva en su lomo.

Los mendigos lo miraban asustados quizá pensando que los haría esclavos. Pocos momentos después se veían bien instalados entre otros muchos en el Refugio que la “Santa Alianza” tenía en la vieja Fortaleza que fuera del Rey Jebuz.

42

EN EL LAGO MERIK

Los tres Apóstoles del Cristo, Zebeo, Juan y Matheo, con Leandro, Narciso y Boanerges, pasaban las horas largas en la sala biblioteca, sumidos entre rollos de papiros, pergaminos y cartas geográficas en un estudio a fondo de las milenarias historias, poemas, leyendas, tragedias humanas de épocas remotas, perdidas en la noche oscura de los tiempos que fueron.

Querían continuar y dar término a la obra comenzada por el Divino Maestro: reconstruir la historia de la humanidad a través de las edades y de las incontables vicisitudes y cataclismos que habían llevado a la humanidad terrestre hacia abismos y precipicios, por cumbres y llanuras, por peñascales desiertos y por praderas vestidas de flores.

Él había recolectado abundante documentación en los Archivos de los Santuarios Esenios, en los Archivos de Ribla, de las ruinas de la antigua Tadmor a extramuros de Palmira, y de los viejos templos de Tampsaco y de Belesis que los solitarios del Monte Hermón, le dieron a revisar en una de sus visitas, y por último los que recogieron juntamente con Filón de Alejandría y el Príncipe Melchor en el hipogeo de Mizraim en el Valle de las Pirámides cuando Él contaba veinte años de edad.

Esa recolección monumental, estaba aumentada con la documentación recogida por Matheo en Nadaber, en el viejo torreón fortaleza que fuera morada de la Reina Saba de Etiopía, más lo recogido en el Templo subterráneo de Ipsambul a la muerte de los dos últimos sacerdotes que lo guardaban, y los que Filón y Melchor habían dejado en herencia a Zebeo, eran más que suficiente para llenar, no los días y las horas de seis hombres, sino para una veintena de académicos ansiosos de levantar el pesado velo de edades pretéritas y desentrañar la verdad encerrada en ellas desde los comienzos de la especie humana sobre la Tierra.

Resolvieron dividir el trabajo en tres porciones, y cada porción sería revisada y estudiada por cada grupo formado entre los más capaces de realizarlo, estando en cada grupo uno de los tres Apóstoles del Señor.

Llamaron pues a Felipe y Nicanor que también conocieron y escucharon al Divino Maestro en sus grandes enseñanzas, pues estaban entre los setenta y dos discípulos que Él llevó al Monte Carmelo el día de su despedida de los solitarios de dicho Santuario. Felipe además estuvo en contacto con Él desde niño en que unos pastores dependientes del Santuario del Tabor habían protegido su orfandad.

Fueron llamados también a reforzar la Academia, Dionisio de Caria, Marcelo de Ostia y Livio de Marsella, los tres excursionistas de la ciudad subterránea, que habían demostrado no sólo su capacidad como intérpretes y traductores de lenguas muertas sino su gran entusiasmo por la historia, la antropología, la arqueología, ciencias atrevidas y audaces que levantando velos y removiendo escombros y sepulcros y montañas, han conseguido leer todo cuanto escribieron en la piedra las edades que pasaron.

Las traducciones de lenguas muertas las tomaron Leandro, Narciso, Dionisio, Marcelo y Livio, que en sus largos años de estudio en los Templos de Menfis y de Tebas estaban muy familiarizados con las originales formas de expresión y ocultos símbolos con que las arcaicas escrituras expresaban el pensamiento.

Los tres Apóstoles, Juan, Matheo y Zebeo, con Boanerges, Felipe y Nicanor se dedicaron a la revisión de los escritos del maestro Filón, del Príncipe Melchor y a los que Matheo había traído de Nadaber y de Ipsambul.

La Aldea de los Esclavos, con su viejo Castillo y su Templo milenario, se había transformado por obra y gracia del amor en una maravillosa colmena donde no había manos quietas ni aburrimiento en las almas, pues que grandes y pequeños habían llegado a convencerse de que todos eran allí necesarios porque el trabajo por hacer alcanzaba para todos y aún sobraba.

Lázaro y Martha se creían vivir en su vieja granja de Betania y tomaron con gran entusiasmo la tarea de hacer bajar de los huertos del Templo del Castillo los frutos otoñales para guardar en las bodegas; arrancar de la tierra los bulbos de las hortalizas que debidamente acondicionadas se conservarían hasta el invierno.

Las mujeres jóvenes refugiadas en el Castillo y las que vivían en la Aldea hacían funcionar los telares, o se movían activamente en las cocinas, en los lavaderos, en la sala del pan donde el gran horno tragaba cargas de leña y ardía en vivas llamaradas para cocer el pan, que había de alimentar a la numerosa prole que el Apóstol Zebeo reuniera en torno suyo.

Y las viejecitas y los ancianos en la sala del hilado, contando cuentos y leyendas, escardaban lana, hilaban, tejían, ovillaban esparto...

Hacia diez años que Zebeo soltó a volar sobre la Aldea, en el Lago, en el Castillo y en el Templo, en los jardines y bosques que les rodeaban, el mago del amor que aún seguía ensanchando sus redes envolviendo más y más corazones, adueñándose de todas las voluntades, generando vidas vegetales y animales. Y despertando en los habitantes humanos, ansias supremas de amistad, de compañerismo, de amor a tal punto, que al terminar cada luna, el Apóstol del Cristo preguntaba a Pedrito y Tabita sus dos íntimos auxiliares en el gobierno y administración de su colonia:

—¿Cuántas bodas tenemos para el próximo mes?

Y cuando le contestaban que habría bodas y nacimientos, decía muy satisfecho:

—Parece que anduvo por aquí nuestro padre Abraham y de nuevo le promete el Señor aumentar su descendencia, como las arenas del mar y las estrellas del cielo.

Los viajeros venidos de Rafia, que como dijimos era toda una familia de músicos se consagraron con toda el alma a la adaptación de los salmos, plegarias, invocaciones, poemas con las innumerables melodías de su repertorio, y a enseñar a las doncellas y muchachos que tuvieran vocación para el divino arte, de expresar con notas musicales los más vivos sentimientos del alma.

Y por fin dejó al lector en la dulce tarea de imaginar lo que en tan propicio ambiente, debía pasar por los jardines interiores de las jóvenes parejas, a las que la Esfinge de Gizeh les había contestado con tanta benevolencia y comprensiva ternura, a pesar de estar hecha de granito y tener muchos miles de años.

¡Oh! La vetusta y milenaria Esfinge de Gizeh, debía tener un grande y tierno corazón en sus entrañas de piedra, que así había aceptado la complicidad con el mago divino del amor para unir corazones que lloraban en la soledad, y coronar de mirtos y de rosas las frentes ensombrecidas por la angustia de ilusiones tronchadas por el olvido o por la muerte.

Pero ni los mirtos ni las rosas hacían olvidar a Tabita, María, Rhoda, Amada y Alvina, sus deberes fraternales para con aquel grupo de hombres que en la sala-biblioteca fatigaban su cerebro, su vista, sus facultades todas puestas al servicio de estudios, traducciones y aclaraciones que redundarían en gloria y amor para el gran Profeta de Palestina, encarnación del Verbo Eterno, a través del cual el Amor se hacía sentir de nuevo en los ásperos valles terrestres.

Aquellas abnegadas y jóvenes mujeres de la primera hora, acudían de

tanto en tanto a la Biblioteca con ánforas de vino y pastelillos de nueces y miel, que ellas mismas les servían con solicitud maternal.

Y una vez Tabita se aventuró a decir:

—¿Y nosotras no podemos aprender algo en todos esos pergaminos que desarrolláis hora tras hora?

—Cuando los tengamos ya listos, con ellos haremos nuestras veladas y vosotras escucharéis también —le contestó Zebeo, mientras le recibía la copa que ella le ofrecía.

Amada en silencio se acercó a Boanerges y se apoyó en el respaldo del sillón.

—¿También tú quieres escuchar lo que va surgiendo de estos viejos rollos amarillentos? —le preguntó él. Ella se limitó a sonreírle.

—También yo —dijo María—, quiero saber de todos estos prodigios de sabiduría que han resucitado a mi Apóstol muerto. ¿No es verdad que sigues vivo Jhoanín y que no te morirás más?

—A pesar de estos prodigios de sabiduría creo que moriré algún día María, pero por ahora sigo vivo. Puedes estar tranquila.

Celebraron el chiste de María, que demostró a todos que la joven había vencido su melancolía habitual; y un aspecto de salud, de optimismo y de alegría realzaba notablemente su lánguida belleza siria.

El Capitán Pedrito con el Capitán Saúl, el Contramaestre Lucrecio, Rhoda, Albina y alguna de las doncellas compañeras, más los marineros del “Amare Victum” se habían ido a Alejandría pues era día de compras en la ciudad y de buscar la correspondencia que guardaba el portero de la Escuela del Maestro Filón, que llegada la ausencia definitiva de él, comenzaron a llamarla “Academia de Ciencias y Letras”.

Les interesaba conocer la ciudad de los ptolomeos y de la reina Cleopatra y sobre todo el célebre Museo, tan rico en obras de arte antiguo, y donde se exhibía un gran salón lleno de momias de una antigüedad remotísima.

El antiguo arquitecto del Museo, que fuera compañero de tareas científicas con Filón y el príncipe Melchor, era el Director del Museo y de la Biblioteca de Alejandría. Mientras la dirección de la Academia, estaba desempeñada por el Maestro Yusufu-Dan, del santuario del Monte Hor, pero que entonces tomó el nombre que le era propio, según las costumbres de la época y del país: Yusufu de Asuán, su ciudad natal.

Tanto uno como otro habían conocido al Ungido de Dios nacido en la Palestina, parte de Siria y vecina de Arabia, y debido a eso les eran queridos los viajeros que venían de aquel país privilegiado donde el ruiseñor divino había querido colgar su nido en la tierra.

Y Rhoda que tanto le amó desde adolescente, decía a ambos Directores que recordaban todos los detalles relacionados con él:

—El Mesías quiso nacer y vivir entre nosotros, pero Él amaba a todos los seres de la Tierra, y sabía que Él había venido para todos los países del mundo.

El portero de la Academia les guardaba una nutrida correspondencia de la patria lejana. Epístolas de Pedro, de Myriam, de Marcos y de Simónides, para los tres apóstoles del Cristo residentes en Alejandría. Dos epístolas de María de Mágdalo, para la pequeña María y para Boanerges.

—Yo no dejé allí a nadie sino a mis muertos —dijo Rhoda con tristeza—

“Y ellos sólo me escriben por mi propia mano” —pensó después; pero este pensamiento no se cristalizó en palabras porque los Maestros Eesenios le habían enseñado a no hablar de esos secretos.

El arquitecto del Museo, amable y gentil con los discípulos del Gran Maestro que conoció cuando Él tenía veinte años, y juntos pasaron días de exploración en el hipogeo de Mizraim en el Valle de las Pirámides.

Les llevó a su casa particular donde vivía con una hija viuda, y dos nietas jovencitas que eran el consuelo de aquellas dos vidas solitarias.

Y el anciano Director al presentarlas a los viajeros les decía graciosamente aludiendo a su hija y sus nietas:

—Mi ama de casa y mis dos secretarias.

Efevia y Fioriza eran sus nombres. Ambas nacidas en Alejandría, pero eran sus antepasados originarios de Narbona a orillas del Mediterráneo, o sea la parte de la Galia conquistada por los romanos. Frente a frente de Marsella, era Narbona en aquella época el segundo puerto sobre el Golfo de León.

Para mantener su soberanía en la Galia, todo el territorio llamado Provincia Romana, era una serie de fortines, un gran campamento militar donde a fuerza de extrema vigilancia y de duras medidas restrictivas, podía Roma dominar la heroica resistencia de los galos por conservar su libertad. Debido a esa situación muchos habitantes de esa región costanera emigraron al África Norte, y entre ellos el estudiante de Ciencias Naturales, Aimond de Narbona, que ya en Alejandría se vio forzado a dedicarse a la más lucrativa industria en el país de los Faraones: los descubrimientos arqueológicos, los sepulcros milenarios, los sarcófagos, las momias, las ruinas de antiguos templos, el pasado, en fin, que salía a la luz del sol ansioso al parecer de ocupar un lugar prominente en lo que era actualidad.

La mayor de las nietas del Arqueólogo, Efevia, de diecinueve años de edad, era una bella flor de oro de la Galia legendaria y de un temperamento tan dulce y delicado, que el herido corazón del Contramaestre Lucrecio sintió que esa hermosa criatura podría consolarle de la reciente

pérdida de su madre, que tanto le había afectado. Y en un aparte con su hermana Alvina, le dijo:

—Tú te has curado el alma con el amor del Capitán Pedrito; pero yo aún no tuve ningún calmante para la pena acerba de ver morir a mi madre.

—¿Qué me quieres decir con eso, Lucrecio? —le preguntó alarmada la joven.

—Que debes ayudarme a conquistar a Efevia, porque mi corazón fue hechizado por ella —le contestó muy gravemente.

—Y, ¿qué quieres que yo haga? ¡Recién nos conocemos!

—Sólo quiero saber si su corazón está libre. Yo haré lo demás.

Alvina quedó pensativa.

—¿No te atreves? —le preguntó él.

—Estoy pensando como haré... Me parece haber encontrado el medio.

La madre de ella dijo que comiéramos con ellos y que luego pasearíamos por los jardines y salones del Museo. Entonces le hablaré de la Esfinge que contesta a las preguntas que le hacen los enamorados, y quizá por ahí encuentre algún resquicio por donde espiar para adentro. ¿Sabes?

—¡Muy bien, Alvina muy bien! Te prometo el aderezo para tu boda si me averiguas ese importante dato.

Era la primera misión de importancia que Alvina cargaba sobre su pequeña humanidad y le pareció justo compartirla con Pedrito, a quien ella tenía por un gran hombre de prudencia y de consejo. ¿Acaso no había oído decir a Tabita que Pedrito a los doce años había salvado al maestro Zebeo de morir de tristeza y de soledad? Y si eso pudo hacer a los doce años, ¿qué no podría ahora que tenía veintidós y entrado a los veintitrés?

Y llamó aparte a su prometido

—Pedrito: mi hermano Lucrecio está que no vive por Efevia, la nieta mayor del Arqueólogo. ¿Cómo haré para saber si tiene novio o no? Porque me ha encargado que yo lo averigüe y no sé cómo he de hacer.

—¡Oh, mi pobre palomita sin hiel! Aun no saliste del nido —le decía Pedrito conteniendo la risa—. Pues es muy sencillo: cuéntale que yo soy tu prometido, y que el Capitán Saúl lo es de Rhoda. Y luego le preguntas sin rodeos si ella está también prometida a..., algún príncipe azul, o rojo, o verde. Y ya está hecho todo. Te dirá sí o no.

—¡Oh, Pedrito!..., ¡qué bien me aconsejas!... Tú eres un sabio... ¡Lo sabes todo!... ¿Dónde aprendiste tanta sabiduría?

Pedrito muy serio como un Maestro de la Academia de Ciencia, contestó:

—¡Todo sale de aquí! —y tocó su frente con el índice de su mano derecha. Alvina, la inocente y cándida Alvina, se quedó estupefacta.

—Ahí vienen con tu hermano y Rhoda —dijo Pedrito a media voz—. Mezclémonos en el grupo y a soltar los anzuelos, ¿eh?

Alvina se tomó de la mano de Efevia y fueron a sentarse en uno de los bancos tras de la balaustrada, que daba hacia la plazoleta de un Templo que quedaba frente a su casa.

Siguió al pie de la letra el consejo de Pedrito, de lo cual resultó que una hora después Lucrecio estaba enterado de que la nieta del arqueólogo tenía el corazón libre y solitario como un ánade recién echado a volar, por lo cual el Contraamaestre que había salido de Rafia con el corazón enlutado, volvería a ella lleno de ilusiones y de esperanzas, si seguía los consejos del sabio Pedrito e iba también a preguntar a la Esfinge.

—Ya verás, ya verás —le decía—, como te cantarán los mirlos en la cabeza de la Esfinge como cantaron para mí.

Otra escena muy diferente se desarrollaba al siguiente día en la Aldea de los Esclavos. Era la hora del crepúsculo vespertino, y María con Rhoda y Tabita que se habían hecho muy compañeras, habían dado vueltas al lago juntando flores de trébol y de loto para el altar del Santuario.

Los cendales de oro y púrpura del ocaso africano, absorbieron la atención de María y de Rhoda, y para contemplarlo a satisfacción se sentaron sobre un trozo de columna o pedestal de granito tirado en el suelo.

La magnificencia del espectáculo sideral, las inundó a las tres de esa mística ensoñación que se adueña de las almas sensibles llevándolas suavemente a un estado psíquico tan sutil que puede llamarse meditación, adoración, plegaria.

Rhoda dio un gran suspiro, sus ojos se cerraron y recostó su cabeza dormida sobre el hombro de María.

María, educada entre los esenios, conocía bien estas manifestaciones, y con una señal tranquilizó a Tabita, que ocupó de nuevo su sitio, quedando Rhoda entre las dos.

María tomó con gran suavidad una mano de la sonámbula y empezó el interrogatorio:

—¿Dónde estás?

—En el país de Ethea vigilando a dos pobres mujeres náufragas con dos criaturas pequeñas. No tienen más amparo que la Providencia Divina manifestada en los renos que domesticué en mi larga vida en la caverna. Las bestias son también criaturas de Dios. Y obedecen al mandato de la Ley. Sophía de Otlana..., no temas morir de abandono y de hambre que el Eterno mandará a mis bestias que te alimenten a ti, a tu esclava y a tu hija.

El pensamiento de María interrogaba: ¿Quién eres?

—¿No me ves? Soy Gaudes, el Solitario de la Caverna de Ethea, que viví aquí medio siglo enviado por mis hermanos los Dakthylos del Monte de las Abejas, para esperar la llegada del que debe venir a este lugar de la tierra.

“Te extrañas de que te reconozca y te llame por tu nombre, princesa Sophía. No importa que te encuentres en esta caverna y vestida con túnica mía y envuelta en mi manto.

La sonámbula hablaba con María y hasta ese momento parecía no haberse percibido de la presencia de Tabita.

María le hizo señal de tomar la otra mano de la sonámbula, que de inmediato dijo:

—No te sentí llegar, ¿cómo viniste desde el Refugio? ¿En un camello? ¡Oh, Vhada!..., no hacía falta tanto sacrificio por el solitario enfermo.

“Ahora estoy perfectamente bien, y no necesito ya de tus cuidados. Pero ya veo que vienes con grandes noticias: las voces celestiales siguen hablando a tu hermano Abraham, y ahora te convences de que no son una ilusión. ¿Que se marchó de la casa paterna y sale del país con rumbo a occidente? ¡No te alarmes, Vhada!... Dios es el dueño de todos los seres y Él los manda ir y venir a donde Él los necesita.

“A mí me mandó salir del Ática y de mi montaña querida y venir a esta caverna a la orilla del mar. ¿Qué más da? Vivir aquí o allá, basta vivir donde el Eterno Dueño quiere que vivamos. Tu hermano tendrá algo grande que hacer en aquellas tierras. Le has instruido en la Ley, que tú aprendiste en el Templo de la Luz, y has cumplido con él. Si el Señor del mundo le lleva lejos de ti, será que le ha encontrado ya maduro para dar cuanto espera de él. Será la semilla de una raza nueva de adoradores del Soberano Rey de la Creación, y a ti te cabe la gloria de haber cuidado y aderezado esa semilla que nació en tus manos y que acaso llenará toda la tierra.

“Y, ¿te quejas Vhada?

“¡Sophía y Vhada! La ley las une de nuevo, y como ayer colaborasteis en la creación de razas nuevas de adoradores de Dios, ahora colaboráis en la obra que deben hacer los misioneros de Él, en esta hora de la vida planetaria.

La sonámbula abrió los brazos y estrechó fuertemente a María y a Tabita. Rhoda continuó dormida unos momentos más, y exhalando otro largo y hondo suspiro despertó.

—Me dormí —dijo—, y soñé muchas cosas bellas. Nuestro padre Pedro, me tiene mandado escribir mis sueños.

—Tendrás que obedecerle —dijo María—, porque él ocupa el lugar de nuestro Divino Maestro.

—Vamos con nuestras cestas de flores —dijo Tabita—, que tenemos que arreglar el altar antes de la oración.

Y en silencio meditativo y hondo se encaminaron hacia la Aldea donde encontraron a Juan y Boanerges con Amada y Saúl, que iban en el bote a buscarlas y cruzarlas al muelle del Castillo.

Y en un aparte y a media voz, María dijo a Tabita:

—Ya te explicaré todo. No estés así preocupada.

—Pensaba contárselo a Zebeo —contestó ella.

—Sí, harás bien, porque él sabe lo que significa esto.

Y Zebeo, con su paternal amor, y la luz del Cristo Divino que le alumbraba, habló esa noche después de la oración sobre esta especie de manifestaciones del alma humana, que posee las condiciones necesarias para transformarse, en determinados momentos, en un receptor vivo del pensamiento emitido por Inteligencias, residentes en los múltiples planos espirituales del mundo invisible a los sentidos físicos del hombre.

Para los que habían recibido educación espiritual y moral en los Santuarios Esenios, no eran nuevos estos conocimientos.

Del mismo modo que los conocían a fondo los que durante años permanecieron en los Templos de Menfis y de Tebas, en los que estos conocimientos eran considerados como Ciencia Sagrada oculta, reservada solamente para los que tuvieran la noble capacidad de comprenderla, asimilarla y guardarla bajo un hermetismo absoluto, asegurado además, con un juramento cuyo quebrantamiento se pagaba a veces con la vida.

—Nuestro Divino Maestro —dijo el Apóstol para terminar su disertación de esa noche—, levantó un tanto los espesos velos, pues considerándose esposo místico de la humanidad quiso hacer con ella como un desposado el día de su boda; levanta el velo que cae sobre el rostro de la amada y ambos se miran a los ojos y al fondo del alma, quedando con esto unidos y aceptados recíprocamente y para siempre. Pero Él mismo, con su sabiduría divina, nos dejó marcada la huella que hemos de seguir al levantar el velo.

“Él lo hizo sólo para sus íntimos que sabía capacitados para comprenderle; mientras que a las muchedumbres sólo les habló del infinito amor del Padre a sus criaturas, de su Providencia Eterna usando de los elementos y fuerzas de su misma Creación Universal, para acudir a sus necesidades y remediar sus males, si ellos conforman sus vidas con las sabias leyes de la Naturaleza, obra de su Poder Infinito.

Siguiendo la costumbre ya establecida, terminada la oración vespertina se trataban allí mismo, asuntos relacionados con la vida de apostolado que todo discípulo del Cristo estaba obligado a realizar en la medida de su capacidad y posibilidades. Y en cuanto a esto, todos tenían derecho a emitir sus opiniones.

Pero el recinto estaba lleno con las gentes de la Aldea, y el apóstol Zebeo recitó la acción de Gracias acostumbrada para terminar la oración y su frase final “Que Dios nos bendiga y sea con nosotros su paz”, fue la despedida y los que no eran habitantes del Castillo, se retiraron a sus cabañas y tiendas de la Aldea.

—Ahora podemos hablar con entera libertad —dijo el apóstol Zebeo. Después de un breve silencio, habló el ex sacerdote del Templo de Osiris, Leandro de Caria.

—Creo que es llegada la hora de que hagamos lo que hizo el gran Ungido del Señor, y que en este humilde recinto de oración levantemos el velo a nuestra desposada eterna: la Verdad, a fin de que compartamos en reciprocidad fraternal las luces y claridades divinas que vengan de lo alto a nosotros.

“Que hagamos de nuestro recinto de oración una cátedra espiritual y moral que sea un fiel exponente de la Verdad y de las Leyes Divinas, en absoluto acuerdo con las enseñanzas del Divino Logos que ha pasado por nuestro plano físico dejando en él, un rastro imborrable de sabiduría y de amor.

—¡Muy bien! ¡Aceptado! ¡De acuerdo!

Fueron palabras repetidas por todos los presentes a excepción de la pobre muda que oía, sentía y pensaba sin hablar.

Pero Boanerges que estaba a su lado, vio el movimiento de su mano derecha dando tres suaves golpecitos sobre el dorso de la izquierda que era el sí, el conforme de su yo, sin palabras.

Y él se inclinó hacia ella y le dijo:

—Así lo haremos cuando vayamos al Oratorio del Castillo de Mágdalo. Y el dulce rostro de Amada se iluminó de intensa alegría.

Quedó establecido que tres veces a la semana, alguno de los hermanos hablaría sobre las grandes Verdades Divinas y las eternas leyes que las rigen, a fin de ponerse todos en condiciones de dar a los más conscientes de la humanidad la enseñanza del Cristo en su parte esotérica o sea oculta, y no apropiada para todas las mentalidades.

La primera cátedra la daría Leandro de Caria y versaría sobre este tema: “La Presencia Divina en todas las Edades de la humanidad”

* * *

Las cartas o epístolas entre seres como los personajes de este relato, son manifestaciones exactas de los más íntimos sentimientos de las almas. A través de ellas puede el lector hacerse la idea de que está analizando al descubierto, el alma de cada cual.

Leamos primeramente la epístola de Myriam a los tres íntimos discípulos de su amado Hijo, que residían por entonces en el África Norte, en tierras de Egipto.

“A mis amados hijos: Matheo, Zebeo y Juan. Paz, salud y amor.

“Desde el silencio y soledad de su casa de Nazareth, vuestra madre os sigue con la mirada de su alma por esas lejanas tierras a donde os ha

llevado el amor de Aquél, al que tanto amamos, y que mientras aliente la vida en nosotros, no podremos nunca olvidar.

“El corazón me dice que seréis fieles hasta la muerte a su recuerdo, a su amor y a su enseñanza, y que os amaréis como Él os ama para merecer que el Padre y Él vengan a morar en vuestro corazón, según la promesa que nos hizo a todos la noche inolvidable de su despedida.

“Han pasado diez años y aún me veo viviendo aquella hora de tremenda angustia en que todos queríamos retenerle, y Él..., ¡heroico hijo mío! ¡Sabía que su deber le mandaba morir!... Morir por su Dios, por su Ley, por la Verdad Divina enseñada a la humanidad.

“También yo he muerto con Él para todo cuanto en este mundo se agita y vive fuera de Él, que fue representación viviente de la Ley de Dios, de sus poderes infinitos y de su misericordia eternamente renovada sobre la criatura humana.

“Espero pues que los que vuelvan a nuestra Galilea, me traerán las noticias de todo cuanto hagáis en su Nombre..., el dulce Nombre de nuestro Amado, que nos ha precedido en la posesión del Reino de Dios y a donde mi alma suspira por ser llamada cuanto antes, hasta el punto de que cada cirio que enciendo en mi altar hogareño, me figuro que al consumirse, se consumirá también esta vida mía, que vivida sin Él, es como una muerte repetida cada día.

“Daréis mis memorias y cariños a Martha, Lázaro, María, Boanerges, a los que salieron de Jerusalén que no sé con certeza quienes son. Para todos los que a Él amaron y le aman, vaya como un ave mensajera el amor de la madre de Él que lo es vuestra porque Él lo quiso así. *Myriam*”.

¡He ahí el alma de la madre heroica vibrando de amorosa ternura por el Hijo de su corazón!

¡Es el aleteo febril de la purificada alma de Myriam, en el ara santa del más tremendo sacrificio que se le puede pedir a una madre revestida de carne viviendo sobre la tierra!

Y no obstante, su epístola irradia admirable serenidad, y esa dulce quietud de la fuente cristalina que besa el resplandor de la luna y reflejan las estrellas en las noches serenas del estío.

Serena quietud de las almas purificadas que han trascendido ya todas las tempestades, tormentas y huracanes propios de las vidas humanas en el plano terrestre.

La epístola de Pedro era como sigue:

“A mis amados hermanos: Zebeo, Juan y Matheo, salud y paz de nuestro Señor.

“Escribo para vosotros en Joppe en casa de nuestro Hermano Marcos, que por hoy se encuentra afligido con la poca salud de Ana, su esposa.

“En el nombre de nuestro Señor y Maestro he podido confortarla un tanto pero mientras oraba sobre ella, me pareció percibir que la Divina Voluntad le acuerda poca vida. Es a mí entender un fruto maduro que dio de sí lo que el Señor quería. La Luz de lo alto vive en ella, y es una Myriam joven que mucho se le parece. No fue hija según la carne pero la es de su espíritu. Orad por ella, pero más por Marcos que está apesadumbrado en extremo y pide acabar su vida si pierde a su Ana.

“De aquí partiré pasados diez días para Cafar, Cesarea, Monte Carmelo, Acre, Tolemaida, Ecdipa, Tiro, Sarepta, Sidón y Antioquía calculando una semana en cada parte, a excepción de Cesarea, Tiro y Antioquía donde ignoro el tiempo que permaneceré.

“Me llevo conmigo a Andrés, Bartolomé y Tomás, más una hija que en la vejez me ha venido, María, que estaba muerta y nuestro Señor la ha revivido.

“Por intermedio de Marcos os haré saber siempre donde estoy para que tengáis a bien mandarme todas vuestras noticias, y tratad de que estemos unidos en espíritu en la oración de la hora primera después de ponerse el sol, y los sábados en la bendición y partición del pan de la cena. Esto ya lo sabéis que es en memoria de nuestro Señor. Sus palabras no debemos olvidar: “Haced esto en memoria mía”. Aún me parece estar sintiéndolo decirlas.

“En su nombre os bendigo y deseo paz para vosotros y todos los que os acompañan. *Pedro*”.

Las letras de Simónides eran del orden siguiente:

“Sea la paz a todos los amados súbditos de nuestro soberano y glorioso Rey, que residen por hoy en tierras de Egipto: Matheo, Juan, Zebeo y demás que con vosotros viven.

“Espero de todos vosotros que no pensaréis que por ser yo tan viejo, me vea incapacitado de tener mis manos tendidas hacia todos mis hermanos de ideales y de raza, a fin de que se tomen de ellas si alguno naufraga en las andanzas de sembradores de la simiente, que nuestro Rey y Señor quiso dejar encomendada a todos los que le amamos y servimos aún a costa de la vida misma.

“Todo esto significa que no debéis padecer ninguna clase de necesidad material, sabiendo como lo sabéis, que soy el administrador de los tesoros de nuestro Rey, y que Él me pedirá cuentas si he permitido el sufrimiento en cualquiera de su amigos y servidores.

“Diréis al Capitán del “Quintus Arrius”, que no pase cuidado porque se prolongue la espera del velero en el puerto de Alejandría, que los intereses de nuestro Rey representados por los viajeros, valen mucho más que cuanto el barco pudiera ganar viajando.

“Conque Jhoanín, María, Rhoda y el trovador del Rey vuelvan sanos de alma y de cuerpo; el soberano Rey, su Ministro Judá, y yo su Administrador, consideramos hecho un negocio de más ventaja que si por un denario hubiéramos comprado las minas de oro de Havilá.

“Conque ya sabéis: tranquilos todos a gozar del buen sol, del buen aire y de los mejores dátiles y melocotones del Nilo, de los cuales me traeréis una buena cesta o dos o cuantas queráis, de modo que me alcancen hasta el día de mi entierro, que Dios quiera no llegue hasta que me esté deshaciendo solo.

“Ya veis pues que aún hay fibra para decir chistes.

“Que nuestro Rey y Señor sea con vosotros y os bendiga”. *Simón de En-Rogel*”.

La epístola de Marcos era del tenor siguiente:

“Salud y paz de Dios a los Hermanos, huéspedes de la Alejandría de nuestro inolvidable Príncipe Melchor, y bien querido maestro Filón.

“A Zebeo, Matheo, Juan, y todos los que os acompañan en esa hermosa tierra que fue mi escuela de la primera juventud.

“Si hubiera podido contar con la salud de mi querida Ana, acaso fuera a vuestro lado, pero ella no quiere alejarse de su Madre y yo no puedo alejarme de ella. De aquí a tres días la llevaré a Nazareth porque aquella vieja casa y su dueña, son la salud y la vida de mi compañera. Mi pequeño Yhasua nos espera allá, es el mimado de la abuela, y nuestra Ana María que es el tomo segundo de su madre, sólo quiere lo que a ella le contenta. Estaré pues en Nazareth una semana o dos, dejando a Ana y los niños allá por todo el tiempo que ella quiera. Se reanima y revive al lado de esa incomparable Madre; y yo estoy tranquilo dejándola en su viejo nido de la niñez.

“Comprendo muy bien lo que ha sido para su corazón delicado y tierno el soportar tres muertes de quienes eran todo para ella: su padre, Yhosuelín y por fin Yhasua, que nos dejó con el alma deshecha para toda la vida. Yo mismo que no puedo compararme con la ternura y sensibilidad de Ana, veo que después de estos diez largos años, y con treinta y seis de edad, aún no he reaccionado por completo del derrumbe espantoso que significó para mí el sacrificio cruel y terrible de nuestro adorable Yhasua.

“Hermanos muy amados: Sólo pido y quiero de todos vosotros, vuestras oraciones por la salud y la vida de Ana, que parece haber perdido la voluntad de vivir como si nuestros hijitos y yo, no fuéramos lazos suficientemente fuertes para retenerle a nuestro lado en la tierra.

“El poder espiritual que el Cristo de Dios ha dado a Pedro, la ha reanimado mucho; pero he comprendido que él mismo piensa que Ana es flor de corta vida. Orad para que yo sea capaz de aceptar la voluntad

Divina en cualquier forma que se manifieste para mí. Será el más grande beneficio que podéis hacerme. Y contad siempre con mi casa, conmigo y los míos, para cuanto os podamos servir.

“Vuestro siempre. *Marcos*”

La epístola del buen tío Jaime es como todas las ya conocidas, fiel reflejo del alma noble y buena del tío providencia como le llamaba nuestro Divino Maestro.

Hela aquí tal como la maga radiante de los cielos, la entregó a nuestra visión:

“Salud y paz para ti, querido Jhoanín, y para todos los Hermanos que están cerca de ti.

“A tu partida te prometí unas letras, y te cumplo la promesa.

“Mucha tristeza abunda por esta, tu tierra y tu vieja casa, aunque unos y otros tratamos de ocultarla recíprocamente, ella saca a cada instante su faz escuálida y sombría de fantasma sepulcral. ¡Todo nos falta desde que Él falta!

“Y si añadimos a esto el duro tormento de los recuerdos que en diez años no han podido morir... Pero tonto de mí que te digo esto, cuando tú más que nadie fuiste llevado casi al borde de la tumba por la agonía de los recuerdos. Lo cierto es que el corazón no quiere calmar su padecer, acaso porque juzga que la terminación del dolor es el olvido. Y, ¿dónde podrá encontrarse un corazón que se resigne a olvidar a nuestro adorable Yhasua?

“Pasemos a otro campo: cumpliendo tu mandato hice llegar a Zebedeo tu padre, el valor del arrendamiento de vuestra casa y huerto.

“El Hermano terapeuta que lo llevó, volvió dos días hace y sé por él que tu padre está bien de salud, fuerte todavía y como le ocultan las tragedias de Judea, se figura que todo está como una balsa de aceite, con lo cual vive en paz. Él no vio lo que nosotros vimos y le ha sido más fácil consolarse. Los recuerdos que él conserva son las apariciones radiantes de Yhasua glorioso en el Reino de su Padre Celestial, y no hace más que repetir esos relatos a los solitarios viejecitos que lloran escuchándole. Los jóvenes de los Santuarios han salido casi todos y se han desparramado por las islas del Mar Grande: Chipre, Creta, Rodas, y se sabe ya que algunos han llegado hasta las islas del mar Egeo, y aún a Siracusa del mar Jónico. Van como peregrinos y se nombran terapeutas de Moisés para no despertar recelos y desconfianza.

“Nuestro valiente viejo Simónides les hace llevar con su flota a donde ellos quieren ir. Casi todos vinieron a despedirse de Myriam y pedirle su bendición, y por medio de los terapeutas que han quedado, nos llegan las noticias que los peregrinos mandan a su respectivo Santuario.

“Con estas noticias termino esta epístola esperando que a tu regreso

vengas hecho un hombre nuevo, capaz de llevar sepulcros en el corazón, y mostrar una faz serena a los ojos de todos.

“En esta hora, Jhoanín, debemos ser capaces de hacerlo así.

“Los Hermanos de nuestros tres Oratorios te mandan recuerdos y afectos. Myriam te escribe. Dina y yo te abrazamos con amor.

“Tuyo siempre. *Jaime*”.

Y por fin enterémonos de la epístola que María de Mágdalo escribía a Boanerges, en contestación a la que encontró de él a su llegada con Pedro a casa de Marcos, en el puerto de Joppe:

“Salud y paz de nuestro Maestro y Señor, para ti mi fiel trovador y querido Hermano Boanerges. Llegada a Joppe en compañía de Pedro, encuentro tu epístola de la que recojo las noticias que me das respecto de parientes míos encontrados en Rafia. Todo cuanto me dices es la verdad, y me apena mucho que la primita Amada haya resultado muda. De niña supe que no hablaba hasta los cinco años, época en que tuve la última noticia. Después nos perdimos en las escabrosidades de la vida unos y otros, y no supe más de ellos. La muerte de Cecilia la deja en desamparo, bien lo comprendo, y tú me pides autorización para traerla a Mágdalo.

“No solo a ella, sino a todos los pequeños que necesiten el calor de un hogar, puedes invitarles a venir aún cuando este país no es lo que era año atrás.

“No sé el tiempo que faltaré de la Aldea, ni sé hasta cuando mi nuevo padre Pedro me tendrá en su compañía. Pero en el Castillo todo seguirá como antes, y en ausencia mía, tú como mi Notario y Fatmé como mi dama de compañía, son mis mandatarios de confianza.

“Ezequiel nuestro Escriba, te reemplaza, al lado de Hanani, y ambos hacen tu labor esperando tu regreso.

“Esto no quiere decir que debas apresurarte a volver. El inmenso dolor que todos llevamos como una llaga viva e incurable en el corazón, quizá se alivia un tanto respirando otro aire, viendo otros horizontes, dejando flotar el alma más allá de donde pueden los recuerdos asestarnos puñales a cada instante. No sé, Boanerges, si tu dolor habrá llegado hasta igualar al mío, pero tus trovas me dijeron siempre que sentías como yo sentía y llorabas lo mismo que yo.

“Leyendo entre líneas, me parece ver tu predilección por la pobrecita muda que toca el arpa y pinta hermosos cuadros. No debo insinuar-te nada, pero si tu corazón te inclina a ella, déjalo libre, que al amor verdadero no se le ponen trabas, porque es lo único que hace a la vida terrestre digna de ser vivida. Si así lo haces..., ¡pobre niño poeta lírico y soñador!, me aliviarás de la honda angustia que era para mí, el sentir que tu alma buena me seguía como una sombra, sin comprender que seguías a otra sombra que no podrá jamás revivir, porque he muerto

con Él, pero no me ha sido dado resucitar con Él. Era como tú me decías allá, a tus catorce años:

“Vive como un hombre pero no es un hombre”. ¡Tenías razón y eras un niño! No era un hombre y por eso la muerte no ha podido destruirlo. Él venció a la muerte porque era un Dios nacido entre los hombres. Pero se fue de nuestro lado..., a su Reino de los Cielos, y no puedo consolarme de su ausencia eterna. Así y todo, te repito que al amor, aunque a veces sea un tormento no deben ponérsele trabas porque él vale más que todas las grandezas de la tierra.

“Me darás pues una satisfacción, si un día me dices que amas a mi prima Amada, que toca el arpa y pinta lienzos... ¡No importa que sea muda! Para un grande amor, las palabras sobran. Eres dueño de tu corazón y puedes darlo a quien te dé el suyo. Y ya sabes que mi casa seguirá siendo tu casa por todo el tiempo que quieras habitar en ella.

“¡Cuando oras, no pidas a Dios que yo me consuele de haber perdido mi único amor grande sobre la tierra!... ¡No se lo pidas por favor! ¡Yo no quiero consolarme! ¡Yo no quiero olvidar!

“¡Quiero padecer con su recuerdo y con su amor hasta morir, porque mientras siento el dolor, estoy convencida de que el amor por Él sigue viviendo de mi propia vida!

“Seas tú feliz, muy feliz querido niño de las dulces trovas y del alma tierna como una flor.

“Nuestro Maestro te amaba con piadosa ternura, y yo debo amarte de la misma manera.

“Darás a María y sus familiares todas mis ternuras. A ella le mandaré epístola antes de partir de Joppe.

“Que el Dios Único adorado por nuestro divino Profeta nos bendiga a ti, a mí, y a todos los que nos hemos prendido de su manto blanco para siempre. *María de Mágdalo*”.

Apenas Boanerges hubo leído esta epístola se levantó silenciosamente y se encaminó hacia la espesura de un bosquecillo de pinos nuevos, entre cuyos tallos las madre selvas habían formado una gruta de verdor. A poco de su llegada al Castillo había descubierto aquel apacible retiro, sombrío y silencioso, donde no llegaba ruido ni rumor alguno de vida.

Casi diariamente se retiraba allí cuando estaba seguro de que nadie le echaría de menos. Su corazón herido profundamente por lo que él llamaba su imposible amor, le pedía soledad, retiro, para hacer revivir la amada quimera, la ilusión blanca y celeste de su adolescencia y primera juventud; ¡para continuar esbozando las dulces visiones que el mago del recuerdo tejía y destejía en su viva y ardiente imaginación de lírico soñador!

Había llevado él mismo, uno de los muchos bancos rústicos labrados

de troncos de plátanos que se encontraban en el inmenso huerto, que rodeaba al antiguo templo presidio de los sacerdotes delincuentes, sometidos a penitencia.

Encantado de aquella apacible morada donde podía recordar, pensar, y hasta llorar sin ser visto, el joven trovador no se apercibía que iba entregándose insensiblemente a esa melancolía enfermiza que acaba por producir una terrible obsesión al espíritu, inutilizándolo para toda actividad, puesto que lo inmoviliza en un pensamiento solo. Era el mismo estado espiritual en que había caído Juan, luego de la desaparición del Divino Maestro.

Leía y releía algunos pensamientos de la epístola que había recibido...

“No debo insinuarte nada, pero si tu corazón se inclina a ella, déjalo libre, que al amor verdadero no se le ponen trabas, porque es lo único que hace a la vida terrestre digna de ser vivida. Si así lo haces..., ¡pobre niño poeta lírico y soñador!, me aliviarás de la honda angustia que era para mí, el sentir que tu alma buena me seguía como una sombra, sin comprender que seguías a otra sombra que no podrá jamás revivir, porque he muerto con Él, pero no me ha sido dado resucitar con Él”.

Después había otro párrafo: “...te repito que al amor, aunque a veces sea un tormento, no deben ponérsele trabas, porque él vale más que todas las grandezas de la tierra”.

Boanerges leyó dos, tres veces esos pensamientos de la epístola de María, en que ella se retrataba a sí misma en su apasionada vehemencia que hubiera colmado la copa de la anhelada felicidad del más fervoroso amador...

“Al amor verdadero no deben ponérsele trabas...”, repetía Boanerges las palabras de la epístola y las comparaba con la cruel realidad que él devoraba desde tantos años atrás, como un dulce veneno que lo corroía lentamente.

—¡Pero yo tengo que ponerle trabas y mordazas y barreras!... —dijo con sorda voz y estrujando la carta con su mano crispada, hundió en la blanda mata de madre selvas su hermosa cabeza de bucles castaño oscuro, que se enredaban en las perfumadas y frágiles florecillas de estambres rojos y delicados como hilos de seda que ningún artista del pincel o del encaje hubiera podido imitar.

Y un tropel de amontonados sollozos que parecían romper su pecho, lo agitaron en convulsiones sordas y dolorosas. En ese triste atardecer otoñal, Boanerges hacía la completa renuncia de aquel amor que había torturado inútilmente su corazón juvenil.

“Inútilmente no —le decía la voz serena de su yo superior—, porque todo dolor presente responde a un ayer lejano en que otro corazón sufrió

igual tormento causado por ti. Has pagado una deuda. Ahora quedas libre. Levanta tu frente purificada al espacio azul, y encontrarás que un nuevo sol resplandece para ti”.

Una gran serenidad llegó desde muy lejos a su alma dolorida. Levantó la cabeza y se encontró con los dulces ojos de Amada llenos de lágrimas, que lo miraban asustados.

Una ola de rubor enrojeció su rostro. Había creído estar solo con su dolor en la hora de su renuncia, y le avergonzaba en extremo que una débil criatura humana hubiera sido testigo de su debilidad.

—¡Amada!..., ¿qué haces aquí?

La brusquedad de su pregunta asustó aún más a la tímida niña, que rompió a llorar angustiosamente.

Boanerges reaccionó de inmediato. Ella no podía defenderse ni explicarse con palabras. Se defendía y se explicaba elocuentemente con su angustioso llorar.

—¡No llores, Amada! —le dijo tiernamente, tomándola de la mano—. No quise ofenderte sino que me sorprendí de verte en este apartado rincón del bosque.

La sentó en el banco a su lado y siguiendo la dirección de la mirada fija de la niña, vio la epístola estrujada y caída en el césped.

La recogió y dobló cuidadosamente. La intuición le decía que Amada relacionaba con esa carta el dolor que sin querer había sorprendido en él.

La vio que seguía llorando en silencio, y de nuevo la intuición le dijo el motivo de ese dolor.

—¡Querida niña! Amada, tú piensas que tu prima de Mágdalo se opone a que te lleve conmigo a tu casa. ¿Verdad? —Ella hizo señal afirmativa—. Te equivocas Amada. Te leeré esa parte de esta epístola escrita en lengua siria.

Amada extendió la mano y tomó la carta, dándole a comprender que ella misma la leería. Boanerges no deseaba que la leyese toda. Le dio la hoja donde estaba lo relacionado con ella.

—Ya ves como ella desea tu presencia y la del pequeño Fidel en su casa, y mira con agrado que yo una mi vida a la tuya.

“¿No te pones contenta al saberlo?”

Amada contestó que no, moviendo de derecha a izquierda el índice de su mano derecha.

—¿Por qué?

Ella sacó de su pecho el pequeño librito de tela y con su punzón escribió:

“He comprendido que amas a mi prima y yo no acepto ponerme entre tú y ella, solo por tu compasión por mí”.

Boanerges leyó, y quedóse por unos instantes con su mirada como sumergida en los ojos de Amada. Le parecía increíble que ella hubiese entrado tan hondo en su mundo interno.

La joven sostuvo firme su mirada profunda en la cual expresaba: “*No temo haberme equivocado*”.

Boanerges sintiéndose vencido, fue sincero y leal para la noble criatura que así se relegaba a un último término en el corazón del hombre que amaba por primera vez en su vida. Y tomando entre las suyas las pequeñas manos que temblaban, le dijo con la más suave ternura:

—¡Amada!..., imi blanco lirio de la tarde! Tu nobleza me obliga a ser franco contigo. Es verdad que he amado con inconsciente amor a tu prima, que no pudo responder a él porque su alma estaba llena en absoluto con el amor al Profeta Nazareno, del que tanto y tanto oyes hablar desde que estás entre sus amantes seguidores. Es verdad y no puedo negarlo. Pero, ¿será eso un motivo para que tú, querida niña, me niegues tu amor dejándome solo en la vida, como un ave errante que no tiene una rama donde posar su pie? El haber sabido tú que no eres el primero y único amor de mi vida ¿puede matar en tu corazón todo cariño hacia mí?

“Piénsalo bien, Amada, y sé sincera conmigo como lo soy yo contigo.

“Acabo de hacer la absoluta renuncia a aquel primer amor de mi vida. En mi corazón queda sólo una inmensa y pavorosa ruina que acabaría por sepultarme en sus escombros si no estuvieras tú a mi lado.

“¿Te negarás tú a tenderme tus manos para no morir aplastado por esas ruinas?...

El librito de Amada había caído de sus rodillas al suelo. No escribió ni indicó nada más. Hundió la mirada tímida de sus ojos llenos de lágrimas en los ojos suplicantes de Boanerges y reposó su cabecita rubia en el noble pecho del hombre que le robaba el primer amor de su vida.

El bosquecillo de pinos nuevos en cuyos tallos esbeltos enredaba la amorosa madre selva sus ramas florecidas, recogieron el silencioso llover de aquellas dos criaturas humanas que buscaban en el alma amiga, el amparo a sus soledades y una nueva esperanza que floreciera en sus vidas.

Por la divina ley de las compensaciones para los justos, en el preciso momento de su gran renuncia, Boanerges recogía en su camino solitario, el loto sagrado de un amor sin egoísmo, en el cual descansaría el corazón fatigado de su larga andanza persiguiendo una quimera.

En aquel solitario rincón del huerto de un viejo templo presidio de sacerdotes penitentes, Amada y Boanerges celebraron sus humildes sponsales, pues allí se prometieron uno al otro en un grande y único amor que debía perdurar para toda la vida.

Una semana después celebraban en la más perfecta modestia esenia el feliz acontecimiento de tres bodas en una misma y emotiva ceremonia: Boanerges y Amada; el Capitán Saúl y Rhoda; el Capitán Pedrito y Alvina.

Leandro de Caria, el mayor de edad de todos los que podían actuar de Oficiantes, sería el que los uniese en nombre del Eterno Dueño de todas las vidas humanas, y se celebraría según el ritual de Moisés, ya que todos obedecían su Ley de la cual el Cristo Ungido de Dios había dicho explícitamente: *“No vengo a derogar la Ley traída por Moisés sino a confirmarla y a cumplirla”*.

Ese ritual exigía uno o dos testigos que asegurasen con juramento haber presenciado la ceremonia nupcial, y los testigos de Boanerges fueron el Apóstol Juan y Lázaro de Betania; los del Capitán Saúl: Felipe y Matheo; los de Pedrito: Zebeo y Narciso de Lidia.

Tabita, María y Agades, con las doncellas del coro quisieron rendir su homenaje de melodías y de flores a las blancas novias ataviadas a la usanza de las mujeres esenias, cuando daban su mano al compañero elegido para toda la vida, –que consistía en una túnica blanca y un velo de lino que cayéndoles sobre el rostro las cubría por completo–. Y era costumbre que la mujer de más edad les colocara en la cabeza la corona de mirtos y rosas blancas. Y fue Martha la encargada de este detalle.

El oratorio del Castillo que fuera de la Princesa Thimetis madre de Moisés, resplandecía de luces y madre selvas; y las doncellas cantaban al compás de sus laúdes los más emotivos versículos del Cantar de los Cantares, ese tierno poema brotado del corazón del Rey Salomón para Zulamita su pastorcilla amada.

“¡Oh, si me besaras con el beso de tu boca!

“¡Dime tú, a quien ama mi alma, el lugar donde reposas con tu majada al medio día!

“¿Por qué he de andar vagando yo tras los rebaños de tus compañeros?

“¡Oh, hermosa entre todas las doncellas! ¡Apacienta tus cabritas junto a las cabañas de los pastores!

“¡Qué hermosa eres amada mía y cuán bellos son tus ojos de paloma!

“¿Quién es ésta que se muestra como el alba, hermosa como la luna, esclarecida como el sol?

“–Yo soy la rosa de Sarón y el lirio de los collados.

“Al huerto de los nogales descendí a ver los frutos del valle, a ver si brotaban las vides y florecían los granados. No supe encontrarlos porque mi alma se ha extraviado.

“¡Tórnate Zulamita, tórnate y que yo pueda mirarte!

“¡Toda tú eres hermosa, amada mía, y en ti no hay mancha!

“Ven conmigo al Líbano. Mírame desde la cumbre del Amaná y del Hermón.

“¡Aprisionaste mi corazón, amiga mía! Hermosos son tus amores y como panal de miel destilan tus labios.

“¡Como huerto cerrado seas esposa mía y como fuente sellada!, como pozo de aguas vivas que corren desde el Líbano. Y ponme como un sello sobre tu corazón, como una marca sobre tu brazo, porque el amor es fuerte como la muerte. Es fuego y llama ardiente, que no apagarán las muchas aguas, ni ahogarán los ríos desbordados.

“¡Paloma mía escondida en el huerto de la peña! ¡Muéstrame tu rostro y hazme oír tu voz porque dulce es la voz tuya y hermoso tu rostro!

“Ven, amada mía, al huerto de los nogales a recoger nardos y azucenas, mirra y áloe, canela y azafrán.

“¡Has preso mi corazón con tus ojos y no puedo libertarle más!

“¡Muchas bellas hay en mis jardines y palacios!... ¡Más una sola es la paloma mía, la perfecta mía, la escogida mía, a quien todos llamarán bienaventurada por los siglos!”

Cuando las últimas notas del poema bíblico, símbolo de los más grandes y puros amores se hubo extinguido, las tres novias fueron conducidas ante el altar de las Tablas de la Ley Divina, donde les esperaban sus prometidos y los testigos y Oficiante de la Ceremonia.

Un observador sutil hubiera podido percibir claramente que de las tres parejas sólo Pedrito y Alvina se acercaban al altar con el alma rebo-sante de alegría, de seguridad plena, de confianza absoluta. Eran como dos niños de corazón sano que ignoraban el desengaño, la decepción, la ingratitud. Recogían la flor primera encontrada en el camino liso y llano de sus vidas sin problemas ni preocupaciones. En una pradera florecida se habían encontrado juntos en la mañana azul de vidas que comienzan... Los mirlos azules habían cantado para ellos sobre la gigantesca cabeza de piedra de la esfinge de Gizeh, y sin volver la cabeza atrás llegaban sonrientes al pie del altar de Dios.

Boanerges y Saúl, habían amado antes con un amor profundo como un abismo al cual se habían entregado con toda la potencia de su voluntad como al más bello santo ideal de la vida. Y la amargura de la renuncia ponía una nota de melancolía y de tristeza en sus rostros juveniles, no obstante el deseo y el esfuerzo de ocultarlo a los demás.

Rhoda y Amada, ocultas bajo los amplios pliegues de los mantos blancos, meditaban, oraban y más aún recordaban...

¡Oh! El cirio vivo del recuerdo llameante y tenaz, parpadeando en silencio como espejos magos, las hacían estremecerse ligeramente mientras eran conducidas ante el altar de Dios.

¿Serían ellas felices con ese amor? ¿Harían la felicidad del hombre elegido?

En el fuero interno de la pobrecita niña muda, el interrogante se

tornaba oscuro y pavoroso. Aún antes de que la intuición le dijera que Boanerges amaba a su prima de Mágdalo, Amada había averiguado a la pequeña María *cómo era ella*, y allí, ante el altar de Dios, bajo su amplio manto blanco de desposada pensaba con inmensa amargura:

“¿Cómo puedo esperar amor, yo, pobre de mí, que ni aún poseo el don de la palabra?”. Hubo un momento para ella de tan terrible espanto que estuvo a punto de echarse a correr fuera del sagrado recinto y huir..., huir lejos..., muy lejos, para no cometer el crimen de encadenar a su triste vida de muda, a un hombre como Boanerges.

Pero también la maga de la intuición era muy sutil en el joven trovador y captó la onda de los amargos y crueles pensamientos de Amada. Se inclinó a ella, y le dijo a media voz y tomándole la mano como para retenerla a su lado:

—No te atormentes con pensamientos impropios. Debes estar tranquila.

Todos, absolutamente todos los presentes, tenían un mismo pensamiento de amorosa compasión para Boanerges, que aceptaba el martirio para toda la vida, de una esposa muda.

Y ese pensamiento fue ampliado en esta forma:

“Si el Cristo Divino estuviera entre nosotros, le daría a la pobre muda la voz y la palabra”.

Todos se habían encariñado vivamente con el dulce trovador de Mágdalo que tenía miel en su boca y en sus ojos para cuantos le trataban de cerca. ¿Por qué tan luego él debía merecer el tormento diario de una compañera muda para todos los días de su vida?

Y a medida que se acercaba el momento de la unión solemne y para siempre, el pensamiento aquel era más intenso y vivo hasta hacerles llorar lágrimas mudas pero hondamente sentidas, al ver a Boanerges tan hermoso, tan gentil con su blanca túnica plisada y su amplia clámi-de púrpura, a la usanza griega como era su costumbre, que tranquilo y sereno esperaba ante el altar de Dios, su hora solemne y para siempre.

Leandro de Caria vestido con la túnica y manto de lino de los esenios en días de solemnidad, inició la emocionante ceremonia tomando entre sus manos las Tablas de la Ley, y acercándose a cada uno de los desposados para que con la diestra colocada sobre ellas, repitiera las palabras del ritual teniendo a su lado la compañera elegida.

—Ante el altar del Señor y sobre las Tablas de su Ley Eterna, tomo por compañera y esposa a...

Y cada uno pronunciaba el nombre de su desposada.

Entonces el oficiante se la entregaba con estas palabras:

—“El Dios de los cielos y de la tierra te entrega esta mujer como esposa, compañera y madre de tus hijos, bajo el amparo de su Ley y para siempre”.

El desposado levantaba entonces el velo que cubría el rostro de la novia y le decía sencillamente:

—Eres mi esposa.

—Para siempre —contestaba ella, entregando su diestra al esposo.

Sobre las manos unidas el oficiante pronunciaba la solemne bendición de Moisés:

—“Seáis benditos del Señor en el sol que os ilumina, en el aire que respiráis, en la tierra que os dará el pan de vuestra mesa, en vuestros hijos, en vuestros parientes y amigos, en todo cuanto forme la santidad del hogar y la saciedad de vuestros anhelos”.

Y los testigos y asistentes respondían: —“Así sea para siempre”.

Pedrito y Alvina fueron la primera pareja unida ante el altar de Dios con el ritual ya conocido.

Eran dos niños que se habían encontrado jugando juntos en una pradera iluminada de sol y regada por azules aguas cristalinas; y lo reflejaban en sus rostros resplandecientes de alegría.

Les siguieron Saúl y Rhoda, cuya seriedad grave y severa denotaba la aceptación voluntaria de una unión que ambos necesitaban, como reparación para sus corazones atormentados por dos especies de muerte: la muerte física del primer esposo de Rhoda, y la muerte moral de la novia primera de Saúl, que despreció al amor por el oro de un poderoso magnate.

Ambos buscaban en un nuevo amor, la paz de sus corazones duramente atormentados en la primera juventud.

Boanerges y Amada fueron los últimos y cuando terminó el oficiante las palabras de entrega de la esposa al esposo, y él levantó el velo de ella y le dijo:

—*Eres mi esposa*, —ella le contestó con voz clara y dulce que todos oyeron con profunda emoción:

—*¡Para siempre!*

—¡Ha hablado!

—¡El Cristo la hizo hablar!

—¡Él le devuelve la voz! —fue un clamoreo vibrante que llenó todos los ámbitos del vasto recinto de oración.

La pobrecita niña muda se había abrazado de Boanerges y ambos lloraban con emoción profunda.

Los tres Apóstoles del Cristo lloraban también, pues habían presentido que sucedería así, dado el ambiente cálido de amor que el pensamiento de todos había formado como una bóveda psíquica fuerte y unida, en torno a Boanerges al cual tiernamente amaban.

Cuando se calmó la tempestad de entusiasmo, Zebeo pidió atención por unos momentos y subiendo las gradas de la plataforma del altar, y con palabras que la emoción entrecortaba y hacía temblar, explicó

sencillamente las palabras base de la doctrina de su Divino Maestro: “El amor salva todos los abismos”.

—La palabra del Ungido de Dios —dijo—, se ha cumplido una vez más. El amor de todos para nuestro hermano Boanerges ha hecho el prodigio que todos juntos, en un solo grito del alma pidiéramos al Señor: “Que la desposada recobre la voz para el compañero que la ha elegido”; y Él escuchó nuestro grito de amor que así lo pedía en un ruego supremo.

“Hemos sido hoy capaces de amar como Él nos amó a todos hasta morir, y nos ha cumplido su promesa eterna, de hacer su morada en medio de nosotros.

“Cantemos juntos el himno de acción de gracias porque hemos sido capaces de amar al Hermano como a nosotros mismos.

Y un coro formidable de voces unidas llenó el recinto con el clásico canto del salmista en alabanza y gloria al Señor:

“Alegrémonos en el Dios que todo lo puede.

“Celebremos la gloria de Dios con salterio y decacordio.

“Cantemos canción nueva tañendo el arpa con júbilo en el alma. Con la misericordia de Dios está llena la tierra.

“Nuestra alma esperó en Él y vino su ayuda y fortaleza.

“En Él se alegra nuestro corazón porque en su Santo Nombre hemos confiado.

“¡Sea tu misericordia oh Dios, sobre nosotros que esperamos en Ti para siempre!” (Versículo del salmo 33)

El trovador de Mágdalo sintió su alma impregnada del amor de todos los que habían atraído sobre él y su compañera el don divino, que él en su modestia jamás hubiera esperado.

Sentía la vocecita de Amada, dulce y suave como el arrullo de una tórtola, que le repetía una y mil veces:

—¡Boanerges!..., imi poeta, mi trovador!..., imío para siempre!

Antes de que se dispersaran los asistentes a la ceremonia nupcial, Boanerges, solo, de pie ante el altar arrancó de su laúd de ébano una sentida melodía que acompañó con su espléndida voz de barítono, desgranando como perlas de cristal estas vibrantes estrofas brotadas de su alma agradecida al Cristo, Hijo de Dios:

Gracias Señor porque en la senda mía

¡Brilló tu claridad!...

Era yo aquel viajero que moría

¡Cansado de esperar!

Era yo el vagabundo peregrino

¡Que buscaba en el yermo alguna flor!...

Y a tu voz han brotado en mi camino

¡Las rosas del amor!

*Gracias Señor porque encendiste cirios
¡En mi helada y oscura soledad!...
¡Oh, que blancos y puros son los lirios
Que deshoja en mi alma tu piedad!...*

Fue aquel inolvidable día, una explosión de amor al Cristo Divino, cuya invisible presencia habían sentido todos, como un ala de raso que pasó acariciando todas las frentes inclinadas a la adoración del Eterno Poder, manifestado a sus criaturas de tan elocuente manera.

—En este día nadie trabaja —anunció solemnemente el Apóstol Zebeo—. ¡Es nuestro día de fiesta!

“Es el día glorioso del Maestro.

“Es el día del amor.

“Pensad un momento en la fecha que este día nos recuerda”.

Juan y María fueron los primeros que recordaron:

—Diez años hace que un día como hoy fuimos al sepulcro del Señor y encontramos el sudario en que le habíamos envuelto —dijo Juan.

—¡Cierto!... —dijeron todos y un profundo silencio llenó el sagrado recinto de pensamientos graves, profundos, mezcla de alegría y de llanto, de plegarias dolientes, y de cantares de gloria.

¡Hosanna! ¡Aleluya! ¡El divino Mártir salió del sepulcro y nos bendice desde el Reino de Luz! —exclamó el Apóstol Matheo—. No cabe hoy la tristeza en nuestro corazón.

“¡Es nuestro día de gloria y de amor!

Y desde entonces quedó establecido en el Castillo del Lago Merik como la gran fiesta anual, el cuarto domingo de la primera luna de Otoño.

Martha con Lázaro, Felipe y Nicanor estaban encargados del festín de bodas de mediodía. Y las tres parejas de desposados devolverían el homenaje con una velada musical por la noche.

Los ángeles de Dios debieron contemplar con infinito deleite aquella inefable felicidad floreciendo en todos los corazones.

Es injusta la humanidad en general en sus juicios hostiles para los seres consagrados de lleno a la vida espiritual, suponiéndolos sumidos siempre en desolada tristeza.

La alegría sana y pura de los justos no puede ser comprendida ni valorada por los adoradores del becerro de oro; como no comprendieron aquellos de los días lejanos de Moisés, que reían y danzaban en torno a su ídolo, mientras el gran Profeta en el éxtasis supremo de la Divina Presencia sobre el Monte Sagrado de la gloria y del amor, recibía en el límpido espejo de su mente la Eterna Ley del Sinaí.

LA VELADA

Por la magia poderosa del amor, el ruinoso Castillo donde floreció la dichosa niñez de Moisés al amparo de una madre abnegada hasta el heroísmo, se había transformado en un rincón de cielo imposible de describir con nuestro pobre lenguaje humano.

Después del festín de mediodía, las mesas fueron levantadas y el vasto comedor de las reales personalidades que lo habitaron muchos años atrás, quedó convertido en un amplio salón donde cabía holgadamente un centenar de personas.

Debiendo ser aquella noche dedicada a una velada musical, Boanerges como director en la materia, se apartó con Amada, Agades, Lucrecio, Alvina, Fidel y las doncellas del coro que tocaban la cítara, en aquel delicioso rincón de los pinos y madre selvas, donde él hiciera una semana antes su gran renuncia y aceptara la voluntad divina que le brindaba el loto blanco del amor de Amada.

Allí ensayarían libremente sin que nadie les escuchase ni interrumpiera, pues los demás moradores del Castillo estaban dedicados a la debida decoración del salón.

Desde el antiguo templo fueron trasladados los dos clavicordios, grandes instrumentos músicos muy semejantes a los órganos de hoy. Narciso de Lidia y Marcelo de Ostia eran consumados maestros en su ejecución, pues habían pertenecido a la gran orquesta de los Templos egipcios para los días de solemnidad.

Entre los treinta y tres de Zebeo, habían resuelto iniciar esa noche las cátedras de enseñanza y divulgación de los conocimientos superiores, que el Divino Maestro diera a sus íntimos en el último año de su vida, y que ellos acababan de ver corroborados en muchas antiguas escrituras que estudiaban.

La velada musical sería intercalada con la disertación de Leandro, cuyo tema lo anunciamos anteriormente: "La Presencia Divina en todas las Edades de la humanidad".

El ambiente de amor y de fe, de fervoroso recuerdo del Cristo Ungido de Dios, en que se desarrollaron todos los acontecimientos de ese día, era en extremo propicio a los pensamientos graves y profundos que el ex sacerdote de Osiris ofrecería a sus oyentes, como un haz de ramas luminosas extraídas de las ruinas del más remoto pasado.

Y comenzó su disertación en medio del más profundo silencio:

—Aspirantes a la Divina Sabiduría, traída por el Verbo de Dios a la Tierra en la noche lejana de los tiempos que pasaron.

“Bien sé, que no es precisamente a vosotros a quienes es necesario demostrar que la Presencia del Eterno Invisible estuvo siempre viva, como una llama en medio de la humanidad terrestre, porque vosotros no comprendéis ni concebís la vida si no es bajo la influencia y el poderoso impulso de la Suprema Energía, dando aliento y vida a todo cuanto existe debajo del sol y más allá de donde alcanzan los rayos de nuestro sol.

“La reciente presencia del Pensamiento Divino hecho hombre, ha dejado en todos vosotros el aliento vivo de Dios, del que su espíritu soberano era un resplandor inextinguible. Pero teniendo en cuenta que todos vosotros habéis pactado con Él, en alianza solemne de amor, llevar su antorcha luminosa por toda la faz de la tierra, es conveniente que sepáis demostrar y convencer a la humanidad que lo ignora, de que la Verdad que le dais a beber no ha comenzado con el Profeta Nazareno en su reciente estadía en medio de los hombres, sino que Él ha levantado el velo más alto que los demás. Y el feroz egoísmo de los poderosos engrandecidos por la ignorancia de los pueblos, se ha espantado con la visión de su derrota inevitable con el triunfo de la Verdad Divina.

“El Instructor de la Humanidad Terrestre ha levantado una vez más la antorcha radiante de la Verdad. Y la humanidad representada y dominada siempre por los hombres del oro y del poder, ha creído aplastar a la Verdad de Dios dando muerte a su Enviado heroico y glorioso, para quien la muerte física no es más que la divina consagración del Amor.

“En pos de Él, habéis quedado vosotros y otros tantos como vosotros, y mil y mil más que surgirán como chispas brillantes, de las arenas del desierto, de las espumas del mar, de la grama de los campos, donde un discípulo del Cristo abra su tienda o plante su cabaña.

“A través de todas las edades la Verdad de Dios ha resplandecido como un faro en las tinieblas de las generaciones primitivas, que incapaces de comprenderle le adoraba y le sentían en las conmociones espantables y tremendas de un globo en formación.

“La Divina Idea, desde los remotos comienzos de la humanidad consciente sobre la tierra, puso en ella el resplandor soberano de su Verbo Eterno en cada continente, que emergía en millares de años del seno de las aguas.

“Y fue Juno, el mago de las tormentas, el creador de los Flámenes heroicos, llamados *hombres de fuego*, quienes en la perdida Lemuria de los orígenes de la conciencia humana en la tierra, encendieron la lámpara eterna de la Verdad en medio de la humanidad en pañales. Y fue Numú y Vesperina con Glauko y sus hermanos, quienes pasados largos milenios abrieron de nuevo las entrañas de las rocas de ese mismo continente; y

de nuevo el eterno luminar de la Verdad, la Divina Presencia, se hacía sentir de los hombres que en la lucha espantosa de los elementos y de las enormes bestias de la tierra y del mar, encontraban los furores divinos en toda fuerza más poderosa que la suya.

“Los cráteres de cien volcanes tendiendo a los aires su cabellera de llamas, eran dioses iracundos y justicieros azotando a los campos, a los mundos, a las bestias y a los hombres con látigos de fuego.

“Y a falta de palabras, de idiomas que no existían, millares de aullidos, gritos, lamentos y gemidos, eran la plegaria de los hombres de las cavernas huyendo despavoridos ante la espantable fuerza del Poder Desconocido.

“Era también la Presencia Divina en medio de la humanidad primitiva, que sólo por el terror de una potencia formidable, incomprendida, desconocida pero real y verdadera, podía sentir en sí misma la ineludible necesidad de rendirse, de someterse y entregarse; pidiendo, suplicando, llorando como un niño enloquecido de espanto.

“En medio de tan tremendas crisis de horror, de locura, de vértigo, la Divina Presencia tomaba de pronto una forma humana suave, dulce, amorosa, que pasaba como una esencia de flores celestes entre los pueblos más conscientes de lo que eran sobre la faz de la tierra.

“La humanidad empezaba a discernir entre la fuerza formidable que aterra y espanta, y el poder benéfico de los ríos desbordados regando los campos que se cubren de verdor y madurando las mieses y los frutos de huertos, valles y praderas.

“Y el río benéfico se convertía en Dios al que le cantaban himnos, bendiciones y loores, y en las aguas sagradas veían refundidos todos los bienes de la vida.

“La misma historia repitieron los siglos de Atlántida donde la Presencia Divina deshojó sus eternas flores de luz, por el Verbo de mansedumbre y de amor de un joven príncipe de razas de augures y de profetas: Anfión de Orozuma, hijo de Senegaldo, Profeta de Orozuma, y de Wilfrida, hija del Patriarca del país de Theos-Kandia.

“El país de Otlana que fue designado por la Eterna Ley para recibir al Avatar Divino en esa hora de la humanidad, tenía como dirigentes Profetas Reyes, adoradores de una Inteligencia Invisible que se manifestaba en la lluvia, en la nieve, en el sol, en los astros de la noche y en las cuatro estaciones del año que eran las grandes fiestas celebradas con música, himnos y danzas, y con júbilo extraordinario.

“Para la fiesta del Estío, la vid que a la puerta de todas las casas extendía sus guías protectoras aparecía engalanada de lazos, pabellones y banderas de enormes collares de corales y de perlas, de antorchas y de cirios, y hasta de pájaros prisioneros en jaulas de oro, de plata o de caña según la capacidad financiera de sus dueños.

“Era la vid cargada de dulces frutos el símbolo sagrado del Eterno Invisible en la época del Estío.

“Cuando llegaba el Otoño, se elegía en cada hogar, el árbol más alto y frondoso, cuyas ramas amarillentas iban desnudándose lentamente. Esta fiesta era de solemne tristeza y estaba consagrada a la memoria de los antepasados, que descansaban en la tumba abierta desde la fundación de la familia y a gran profundidad bajo el árbol sagrado que era llamado *el altar de los muertos*. Casi siempre era un olivo o un nogal el árbol elegido para representar al *Dios Oculto*, que no podía ser visto por criatura viviente, y que guardaba en sus templos de negro basalto esmaltados de estrellas, las almas justas de los antepasados que partieron de este mundo. Y alrededor del árbol de los muertos, lloraban, gemían, lo cubrían de velos grises, blancos y negros, de collares de cuentas de cristal cuyo número igualaba a los años de cada muerto querido llorado por la familia. Y el padre o el abuelo, patriarca y sacerdote del nogal, encendía su antorcha, la de la esposa y la de los hijos y servidores, y todo un día y una noche velaban, lloraban y gemían por turno en torno al árbol querido que cobijaba a los antepasados.

“El Invierno era fiesta de alegría y de amor. Se levantaba en cada hogar una torre de nieve y en torno a ella celebraban con jubiloso estruendo a los esposos, padres de numerosa prole.

“Era el día del pan familiar por excelencia, y en grandes hogueras se cocía el pan en abundancia para todos los habitantes de la casa, y para los leprosos y apestados que ambulaban por las cuevas de los desiertos o de los bosques lejanos. Y el pan de ese día era reverenciado con ósculos de amor, y lo comían silenciosamente en torno a la torre de nieve, en la cual se escondía como en una fortaleza de cristal el *Dios Oculto*, para que no muriesen sus criaturas si le viesen.

“Y por fin la fiesta de la Primavera consagrada a la niñez y a la juventud, era la gloriosa fiesta de las flores, con las que hacían una tienda al aire y al sol, un verdadero toldo o dosel de las flores más perfumadas y hermosas. En aquella tienda cerrada, sin abertura alguna, estaba el *Dios Oculto*, recibiendo los homenajes de cantos, danzas, flores y perfumes, que los niños y los jóvenes y doncellas le ofrecían un día y una noche. Era usual en tal día la celebración de esponsales y bodas en torno a la tienda florida, habitación del *Dios Oculto* que bendecía a sus hijos.

“Aquel pueblo, aquella gran raza de profetas y de patriarcas era algo semejante a lo que fue la raza aria y la raza hebrea de siglos posteriores.

“La Eterna Ley previsoras y sabia, tuvo siempre preparada y alerta una raza, una dinastía o familia escogida de seres más adelantados, que pudieran ofrecer cuna pura y limpia al Ungido que bajaría como un rayo de luz entre las sombras densas de humanidades primitivas.

“Siguiendo las deducciones lógicamente afianzadas en las versiones antiquísimas que estudiamos en nuestras horas de academia, podríase formar un croquis muy aceptable, aún científicamente hablando, para ubicar los sitios precisos en que Anfión y Antulio desarrollaron sus misiones apostólicas, en las dos épocas en que con esos nombres, el Avatar Divino estuvo encarnado en ese Continente.

“Pocos años después de desaparecido Anfión el Rey Santo, de entre una humanidad que en su mayor parte no lo comprendió ni lo aceptó, se desató sobre la hermosa Atlántida, llamada *la perla de los mares* por los bardos de su tiempo, el primer gran cataclismo que hundió una tercera parte de sus fértiles tierras, praderas de encanto, vestidas de bosques y de flores pobladas de todas las formas de vida conocidas entonces.

“El divino pájaro azul había desaparecido pero dejaba tras de sí una legión de amadores, reducida si se quiere, pero capaz de mantener encendida la lámpara del Maestro por siglos y siglos. Sus discípulos fueron llamados más tarde *Profetas Blancos* por el color de sus vestidos, tejidos por ellos mismos de blanca lana de ovejas.

“Y cuando nuevos milenios fueron desgranando sobre la tierra sus siglos y sus años, y las lámparas de la Verdad amenazan extinguirse en las cavernas de los montes donde se refugiaron huyendo de la devastación de Santuarios y de Escuelas, por los que siempre quisieron mantener a los pueblos en la ignorancia y en la humillación, otra vez el Eterno Invisible, el *Dios Oculto*, envió un nuevo resplandor de su luz soberana en la persona de un joven filósofo y taumaturgo al país llamado “*Manantiales de Zeus*”, no el más rico ni grande de los diez países que quedaron después del primer cataclismo, pero sí el que mantenía más la vieja tradición del pasado.

“Un sabio astrólogo, geólogo y explorador cuyo nombre era Athaulfo, estaba unido a una doncella, hija del Patriarca de la populosa Manh-Ethel, capital del país. Se llamaba *Walkiria* y era hermosa de alma y de cuerpo como “*un sueño de dioses*”, según el decir de las viejas escrituras que tenemos a la vista. Pero no tenían hijos.

“Hasta que un día, soñó que se veía a sí misma envuelta por un velo de luz esplendoroso que la dejaba como un sol flotando por encima del mundo. Cuando se lo comunicó a su marido, éste le dijo:

—“Júpiter y Saturno se acercan a la Tierra. Algo grande deben traer por que ellos no se mueven así por pequeñas cosas.

“Y llegó el hijo deseado que sería gloria y martirio de los felices seres, elegidos como progenitores del Verbo Eterno de Dios.

“Huérfano de padre en la adolescencia, Antulio recibió la primera educación de su madre y de su abuelo, el Patriarca que conocía las

Cavernas de los Profetas donde estaba la luz del Eterno Invisible. Y allí fue con su nieto a beber sabiduría y santidad. Resurgieron los Profetas Blancos aunque por breve tiempo. El egoísmo de los poderosos, dragón de siete cabezas, extendía de nuevo sus garras y destrozaba a los emisarios de la Luz.

“La muerte de Anfión en el destierro y en la oscuridad; la muerte de Antulio por la copa de veneno para ahogar su doctrina de fraternidad en la hermosa Atlántida, fueron seguidas de un segundo cataclismo que hizo desaparecer de la faz de la tierra la mayor parte de la celebrada *perla de los mares*, quedando solamente *Poseidonia*, tres grandes islas montañosas emergiendo solitarias y tímidas de las olas del mar que sepultó a sus hermanas.

“Pero Antulio dejó discípulos que se diseminaron por el mundo, y su secretario Dakthylos fue fundador de una nueva legión de Profetas, guardianes de la lámpara eterna de la Verdad en el Ática prehistórica. Sus compañeros: Rham, Nehusa, Yima y Aesheil, la encendieron en las tierras que baña el Ganges y rodean el Himalaya de roca y nieves eternas.

“Diez hombres jóvenes, fuertes, heroicos, prófugos del océano devorador y de los tiranos asesinos de profetas y de sabios, se refugiaron en las grandes cavernas de las montañas del África y dieron vida, luz y agua clara a las tierras que baña el Nilo.

“Estos eran: Karnain, Pap-Hiros, Elotos, Pitson, Pihabiro, Beth-Emis, Gion-Zeber, Buthathis, Bipeset y Ben-Nilo, los más jóvenes de la Escuela Antuliana, los novicios a Profetas Blancos, y fundaron la gran Fraternidad Kobda que hizo brillar la Luz Divina de Juno, de Numú, de Anfión y de Antulio en tres continentes.

“Y entre la áspera mata de cactus color de sangre surgidos de los peñascos y de las cavernas de tierras solitarias, el pájaro azul colgó de nuevo su nido para ofrecer a la humanidad la canción divina de la Verdad y del Amor; que los egoísmos humanos habían casi extinguido entre el clamor de los esclavos, uncidos como bueyes a los arados, a los carros de guerra, de viaje o de paseo de los reyes y magnates, mientras veían sacrificar a sus niños como cabritos o lechones para los festines diarios de los gobernantes de pueblos.

“Y fue Abel, hijo de Adamú y Evana, como un cisne blanco entre los Kobdas de toga azul, quien levantó más alto aún que los demás la llama viva de la Verdad Eterna, que escribía con letra de fuego en el cielo de tres continentes:

“Dios Padre Universal es uno solo Indivisible y Eterno. Todo ser viviente es hijo suyo. Cada continente emergido de las aguas profundas ha producido una raza humana, millares de especies de animales y millares de especies de árboles, arbustos, musgos y flores.

“Todos somos como uno solo en el seno ilimitado del Infinito. ¿Por qué pues la lucha, por qué la guerra, por qué el odio como un dragón insaciable devorando a unos en beneficio de los otros?...

“El tiempo no se detiene... Las edades avanzan en caravana interminable y los siglos, sus hijos, van surgiendo unos en pos de otros y traen consigo la vieja tara hereditaria propia del atraso y deficiencia de todos los comienzos.

“¡Y la llama viva de Abel y sus Kobdas se extinguió también! El viejo dragón levantaba de nuevo su cabeza feroz de fauces triplemente dentadas y el inmundo aliento de su boca apagaba todos los cirios del altar de Dios, todas las lámparas de Profetas, Patriarcas y Maestros; y la humanidad maniatada, en las tinieblas, era uncida de nuevo al carro de la ignorancia y de la miseria impotente.

“¡Los cielos de Dios se abren de nuevo! Y el ave divina, el ave del paraíso como un loto de oro se asienta en las gradas de un trono milenario, en la India legendaria, *la tierra donde nace el sol*, según la frase de la humanidad de entonces. ¿Quién es el que ahora llega a salvar a la eterna proscripta, a la desesperada cautiva en cadenas forjadas por ella misma y que por sí misma no puede romper?

“Fue Krishna, hijo de Vasuveda Atharva, príncipe de Madura, y de Devanaguy, hija primogénita de Gandharva de nombre Baya-Dana y de Sakmy-deva, elegida entre las vírgenes de las grutas del Himavat.

“El ave celeste elige su progenie entre los hijos de la fe, adoradores del Único Eterno Invisible, señores de los sentidos, hijos de la carne, y amantes de Psiquis hija del cielo. Las estrellas en su campo azul, los guijarros en los caminos de tierra.

“Las águilas en las cumbres blancas de nieve dorada por el sol. Los insectos en el húmedo césped de las aguas estancadas.

“Así buscan los Hijos del Cielo salvar de la ciénaga a los hijos de la tierra.

“La caravana eterna de las edades y los siglos continúa su marcha ininterrumpida, y cuando las sombras se han extendido de nuevo sobre la faz de la tierra como oscura noche de tormenta, los cielos tornan a abrir sus puertas de nácar y de cristal por tres veces más, las últimas, las postreras, que cierran la Cadena del Amor en que envuelve el Eterno Invisible a sus hijos terrestres que han querido ser salvos, purificados y eternamente vivos y gloriosos.

“Con intervalos de milenios largos, dolorosos y pesados aparece de nuevo el Avatar Divino, *el pájaro azul* de la mística leyenda de los siglos y fue Moisés, Buda y Yhasua.

“Y Moisés dejó tras de sí sus Esenios silenciosos, y Buda sus Anacoretas mendicantes, y Yhasua sus Misioneros del Amor.

“¡Las larvas, los gusanos, los guijarros les lastiman los pies, les muerden y les hieren de mil maneras y hasta de muerte!

“Son larvas, gusanos y guijarros, ¿cómo pueden comprender a la luz que los ciega y los deslumbra?

“En esta humilde asamblea de adoradores de la Luz en la personalidad augusta de Yhasua de Nazareth, postrera visita del ave divina bajada de los cielos de Dios en vuelo heroico a la tierra de sus sacrificios, he podido expresarme en el lenguaje figurado del esoterismo antiguo al que estoy habituado a causa de mi vida transcurrida entre las piedras milenarias de los Templos egipcios, donde la Sabiduría del pasado dejó escrita la historia de la evolución humana a través de los siglos.

“Por esta noche he terminado”.

Una nutrida salva de aplausos fue como una corona de lotos para Leandro de Caria, ex sacerdote de Osiris a quien el Profeta Nazareno, Ungido de Dios atrajo a su lado por mediación de Zebeo, su Apóstol de la hora final.

Una hermosa sinfonía, creación de Boanerges en los días ya lejanos de su adolescencia fue ejecutada por toda la orquesta en pleno, que con el doble acompañamiento de dos clavicordios, resultó de tan solemne majestad que el Castillo de la princesa Thimetis parecía envuelto en el glorioso esplendor de su lejano pasado.

Los pensamientos evocadores corrieron siglos atrás, y los unos creían ver a Moisés en plena juventud vestido de blanca túnica, conducido por su madre al Templo de Amón-Ra, el dios símbolo de la Vida Eterna, para ser consagrado Maestro de Divina Sabiduría.

Otros creían hallarse ante la coronación de la Princesa Thimetis, el día que fue presentada al pueblo como heredera del trono de Egipto.

Y hasta hubo quien pensó en la sinfonía que acompañó la muerte de la desventurada Cleopatra, último vástago de los ptolomeos, cuando sus ejércitos vencidos por el romano, le aseguraban la esclavitud de su patria.

¡Oh, los recuerdos!..., ¡los recuerdos del pasado cual sombras silenciosas que se yerguen de pronto como muertos vueltos a la vida, para hacernos saborear el dulzor amargo de lo que fue grande y hoy es polvo, de lo que fue magníficamente bello y hoy es un helado espectro que inunda el corazón de tristeza!

La sinfonía se titulaba “*El rosal de las ruinas*”, y sus melodías se esfumaban a veces en una suavidad infinita como si fuera el susurro del céfiro entre las rosas abiertas; y luego adquirían sordos rumores, ecos pavorosos y hondos como lamentos venidos de lejos, o como el temblor de nuevos derrumbamientos en las ruinas milenarias. Era el Trovador de Mágdalo, un artista de las cuerdas, el que había tejido aquella filigrana de notas y sonidos imposibles de describir con palabras.

Era el alma viviendo el doloroso pasado y soñando con un futuro de paz, de luz y de amor, que únicamente podían sentirlo como en un éxtasis de místico arrobamiento.

La sinfonía se extinguió en un trino suavísimo como un gemido y no hubo aplausos sino un silencio de meditación, de evocación, casi de plegaria en un templo solitario y al pie de un altar iluminado de cirios y perfumado de rosas. Había lágrimas en los ojos y tensión vibrante en las almas, que hubieran querido retener indefinidamente aquellas notas y sonidos, a través de los cuales creían estar viendo al misterioso rosal color de los velos de la aurora, enredando sus guías florecidas en los muros negros y resquebrajados de un viejo castillo en ruinas.

Después y como final de la velada, Amada y Boanerges cantaron un dúo acompañados del arpa de ella y de la lira de él. Había costado trabajo convencer a la jovencita de que podía cantar, no obstante llevar sólo una semana usando la voz que el amor de todos, unido al amor Supremo del Cristo le habían devuelto.

Era dulce y tímida voz de una criatura de diez años, que más tarde fue adquiriendo el tono firme y vibrante propio de su edad.

Y ante la expectativa amorosa de todos por oír cantar a la que unos días antes era muda de nacimiento, Amada y Boanerges cantaron con profunda emoción este dúo compuesto por él:

Él.—

Nací en las praderas

Y rientes colinas

Del río Abaná;

No tuve el regazo de la madre buena

Ni arrulló mi ensueño

Su dulce cantar.

Ella.—

Al pie de las ruinas

De un viejo castillo

En Rafia nació.

Nací de la muerte de la madre mía

Nunca vi sus ojos

Ni su voz oí.

El arpa de Amada parecía llorar como en convulsos sollozos mientras la lira de Boanerges trinaba como un rruiseñor en una noche de luna.

Y el dúo continuaba:

Él.—

*De lejanos mundos vine
Persiguiendo una visión
Cuya voz vibraba alada
En mi propio corazón.*

*Nubecilla rosa y oro
Que por el éter bogáis
Y aunque vais
Siempre corriendo
Al final nunca llegáis.*

*Imagen sois de mí mismo
Que corriendo siempre fui
En pos de un ideal eterno
Que parece huir de mí.*

Ella.—

*Detén viajero tu marcha
Que has corrido más que yo
Y descansa un breve tiempo
¡En este oasis de amor!*

*¡Áspera ha sido tu senda
Sangrando llevas los pies,
El Cielo te da una fuente
Para que apagues tu sed!*

Los dos.—

*Bebamos juntos
Como palomas
De esta agua pura de manantial,
Tendamos vuelo
Por este cielo
Que es todo nuestro para volar.*

*Corramos juntos
Hacia la aldea
Que nos espera besando el mar.
Y allá en el huerto de los nogales
Levantaremos entre rosales
El ara santa
De nuestro altar.*

La melodía se esfumó como en un suspiro y la sala estalló en un delirio de júbilo y de amor.

La pobrecita Amada temblaba de emoción y reía llorando, sin acabar de convencerse de que había oído su propia voz cantando las estrofas compuestas por su poeta, por su trovador, para celebrar sus nupcias y el maravilloso encuentro de almas que por un prodigio de amor del Cristo, entraban juntas en una nueva faz de la vida terrestre.

44

LOS PAPIROS DE NADABER

Las Escrituras encontradas por el Apóstol Matheo en el viejo torreón y fortaleza de Nadaber, capital de la Etiopía de aquella época, fueron los primeros en estar listos para las horas de Academia, que continuaron sin interrupción apenas pasadas las emotivas alegrías de las fiestas nupciales.

Estas escrituras eran de épocas apartadas unas de otras, en lenguas diferentes y revelando usos y costumbres también diversos.

Había un cartapacio que eran veinte trozos iguales de piel de cordero curtida en blanco, y escritos en lengua copta de la prehistoria o sea en signos jeroglíficos, que Narciso y Leandro habían traducido al árabe para facilitar la lectura y comprensión para todos.

Eran de la remota edad en que la Etiopía era conocida en el mundo de entonces como *País de Artinón*, que se extendía: por occidente hasta la orilla misma del Shior –el Nilo tenía entonces ese nombre–, por el sur hasta los grandes lagos que le dan nacimiento, por el oriente hasta el inmenso océano Índico o Mar Sereno de aquellos tiempos, y por el Norte hasta el Mar Rojo que era como un largo brazo o entrada profunda del Océano, que hoy se denomina Golfo de Adén.

La montañosa región que rodea al Mar Azul que hoy se denomina Lago Tana, era la que en la época de este relato fue llamada Gondar que comprendía a Nadaber, Samara, Dashan y Akasún. Era Nadaber la ciudad imperial, y Akasún la ciudad sacerdotal donde residía el Patriarca Kopto, prolongación de la gran Fraternidad Kobda de Neghadá en el Delta del Nilo.

Estas dos potencias, o sea la real y la sacerdotal, nunca estuvieron en pugna en la legendaria Etiopía, la tierra de las altas cumbres y de los ríos numerosos que la surcan en todas direcciones.

La escritura conservada en un cartapacio de piel de cordero era el poema heroico de un Caudillo que por sus hechos extraordinarios era casi como un ser fantástico, una especie de mito divinizado por los bardos de edades pretéritas.

Le llamaron “*Marván el taciturno*”, y la leyenda cantaba que “*llegó al país misteriosamente, en un esquife de siete velas bogando en el Mar Azul encajonado en montañas inaccesibles. Que llegó siendo blanco, de ojos verdes y cabellos rubios; y una tragedia de amor le tornó moreno y de negros cabellos*”.

Cada país tiene sus leyendas fantásticas y sus poemas épicos consagrados por el tiempo y por el entusiasmo popular, que tiende siempre a divinizar las acciones heroicas, los hechos humanos que sobrepasan de lo vulgar.

Pero detrás de toda esa fantasía que es como los velos dorados que preceden a la aparición del astro rey, el investigador anhelante encuentra bien pronto la verdad oculta buscada afanosamente; y así les ocurrió a los estudiosos de la Academia ignorada y humilde, abierta por el Apóstol Zebeo en el viejo Castillo del Lago Merik.

Pronto identificaron en el épico personaje de la leyenda del País de Artinón, a Marván el kobda que abandonó el Santuario de Neghadá y la toga azul, por la casaca de piel blanca y el collar de oro y esmeraldas de los poderosos caudillos de las tierras donde nace el Nilo. Las Escrituras del Patriarca Aldis hicieron luz sobre el cartapacio de pieles de cordero; y cerniéndose como un águila blanca sobre el país del Mar Azul, ese espejo de zafiro encajonado entre altas montañas, adivinaron a la Matriarca Solania en la “*maga color del cielo*” que amansaba las furias del poderoso caudillo y lo tornaba como un corderillo de las praderas del Takazzé.

¿De cuál otra podía decir la leyenda que?...

*“Llenó de mieles doradas
El corazón de Marván
Y dio a los niños esclavos
La vida y la libertad”*

¿A quién sino a ella que exigió a Marván el bienestar de su pueblo a cambio de la felicidad anhelada, podía referirse este otro verso de la gloriosa epepeya:

*“Le hizo abrir las arcas reales,
Derribar la esclavitud
Y luego colgó la maga
Su nido en el alto Akasún”.*

Y los estudiosos de la Academia interpretaron razonablemente, que los tesoros del Estado aliviaron el hambre y la miseria del pueblo esclavo, y que una colonia y Santuario Kobda se estableció en la montaña Akasún donde es hoy la ciudad sacerdotal residencia del Patriarca Kopto, cuyo Santuario y Fortaleza practicados en la roca viva de la montaña, demuestra claramente los largos siglos que rodaron sobre ellos.

Y la epopeya en gráficas pinceladas que eran sangre de un corazón y heroicas luchas por la conquista de un paraíso de ensueño, esbozada con simbolismo atrevido y audaz la valentía de aquel hombre, un semidiós que en vértigos de una locura de amor se destrozaba a sí mismo por llegar a la posesión de la visión perseguida.

Las viejas Escrituras del Patriarca Aldis que el Divino Maestro recogiera en su primera juventud, en el viejo Archivo de Ribla, herencia de un sacerdote de Homero, tenían la debida comprobación de auténticas en el canto épico del lejano país de Artinón, la Etiopía heroica de la Reina Saba, el imposible amor del Rey Salomón que pudo cantarle en su despedida eterna:

*¡Adiós, Saba, reina mía
Que mía no puedes ser
Por haber nacido reina
En tu feliz Nadaber!*

*¡El último esclavo tuyo
Es más dichoso que yo
Porque se mira en tus ojos
Y es libre de darte amor!*

*Besan las perlas tu cuello
Y la diadema tu sien
Tus babuchas de brocado
Besando viven tus pies.*

*¡Y este corazón amante
Que solo vive por ti
Estrujado entre dos piedras
Deshecho debe morir!*

*¿Por qué, pregunto a los cielos
He nacido hijo de un rey?...
¿Por qué, Saba, amada mía
Eres Reina en Nadaber?*

*¿Por qué, pregunto a los cielos
No vine de un leñador
Y tú, Saba, amada mía
No viniste de un pastor?*

*Corriendo por la pradera
Tú zagala, yo un zagal
Tejiéramos nuestro nido
A la sombra de un nogal.*

*¡Malditas sean tus perlas
Maldito mi oro de Ofir
Y malditas las coronas
Que me separan de ti!*

El libraje enorme de piel de cordero era como un álbum de las glorias pretéritas del país donde nace el Nilo. Y después de la leyenda prehistórica del caudillo Marván con la *Maga color del cielo*, aparecía como un nenúfar del Mar Azul, el poema de Salomón y Saba, comenzando entre una cascada de perlas traídas por ella en ofrenda al joven rey sabio, y terminado entre el clamor desesperado de dos seres humanos a quienes la dura ley de las razones de Estado, separaba irremisiblemente y para siempre. ¿Por qué?, preguntará el lector, como preguntaron aquellos que rodeaban la mesa de la Academia, y que desconocían la vieja historia de dos jóvenes reyes que se amaban y no podían unirse porque ambos nacieron hijos de rey.

Y Narciso de Lidia leyéndoles la traducción, contestó al interrogante:

—Saba, primera heredera de Dashan, quedó viuda en el festín de bodas en que fue asesinado el usurpador que la obligó a casarse con él. Y como ella y su abuelo armaron el brazo del matador, Saba coronada reina temía a los genios protectores de Kastala el usurpador, y emprendió largo viaje en caravana a través de montañas y desiertos, para consultar con el Rey Sabio que edificó templo de oro a Jehová, cómo podría vencer los ocultos poderes de los magos negros de su enemigo.

“Se figuraba encontrar un anciano rey, puesto que la sabiduría es tesoro de los ancianos según se creía en aquellos tiempos remotos, y su sorpresa fue grande al encontrarse con un rey en la plenitud de la vida, con la Luz Divina chispeando en sus ojos y la belleza varonil envolviendo de encantos su persona toda.

“Y Salomón viendo llegar a su palacio y acercarse hasta su trono de oro y marfil, aquella belleza exótica con túnica tejida de perlas en hebras de oro y su diadema de perlas y de nácar, preguntó como deslumbrado:

“¿Quién es ésta que sube del desierto como una visión de los cielos de Jehová?

“Pero Salomón tenía como primera esposa a la hija del Faraón de Egipto, que de inmediato hizo llegar a su padre la noticia del peligro

inminente que significaba para ella, la joven y bella Reina viuda que su-
bía del desierto como una estrella bajada entre los peñascos de Etiopía.

“El Faraón había entregado a su hija en prenda de alianza eterna con
el país de Israel, y su ejército se extendió como una serpiente formidable
a todo lo largo de la frontera con el país de Abraham.

“Y el Rey sabio tuvo que retorcer mil veces su propio corazón porque
la voz misteriosa que le dictó sus libros de sabiduría, le dijo al oído:

*“Valen más los millares de vidas que perderías con una guerra que la
posesión de una reina que lo será en tu corazón hasta que hayas apurado el
néctar de su boca, y la harás a un lado después, porque cien más vendrán
como luciérnagas a tus jardines dorados. En este mundo todo pasa y todo
es vanidad. Flor que recoges hoy, la olvidas mañana y se seca después”.*

“Pero el Rey Salomón no cederá a la vista de los poderosos ejércitos
del Faraón, ni tampoco a la voz que le habló palabras de Sabiduría.

—El amor es más fuerte que la muerte —continuaba repitiendo el Rey,
mientras se paseaba nervioso por la terraza de su palacio desde donde
veía la hamaca con dosel de púrpura donde dormitaba Saba, mecida
por sus esclavos en el bosquecillo de arrayanes y de palmeras, allá en el
pabellón de los baños.

“¡El amor es más fuerte que la muerte!... ¡Mucho más que los vientos
y que el mar! ¡Más fuerte que un ejército ordenado!

“¡Oh, que fuerza tremenda es el amor!

“Y porque era en él tremenda la fuerza de amar, estaba resuelto a
desafiar la cólera del Faraón mal dispuesto a la humillación que sig-
nificaría el repudio de su hija, y la ruptura de la alianza con el país de
Israel, que por entonces era poderoso y dominaba desde Idumea hasta
Ribla y Hamath en las praderas del Éufrates. Y los mensajeros del Rey
Salomón salieron en todas direcciones para levantar en armas a todos
los países aliados y tributarios.

“¡La apasionada vehemencia de su amor le ordenaba que millares de
hombres debieran defender ese amor con la vida, con la ruina de sus fami-
lias, con el desamparo de sus padres, con la orfandad de sus hijos!

“¿No era acaso el amor más fuerte que la muerte?...

“Saba..., la bella Saba lo sabía todo. ¡Lo había adivinado todo!...

“Y mientras se dejaba mecer blandamente por sus esclavas en su
hamaca encortinada de púrpura, meditaba, oraba al Dios Invisible y
Eterno conocido y amado en el Santuario de rocas de Akasún, donde el
Patriarca Kopto la había educado para ser un día soberana justa de su
numeroso pueblo.

“Las esclavas viendo los ojos cerrados de su Reina, atenuaban los
trémolos suavísimos de sus laúdes y guzlas para no despertarla de su
sueño, y hacían aún más blando el vaivén de la hamaca.

“Pero Saba no dormía sino que escuchaba la voz sin ruido del Patriarca Hosarsua, cuyo espíritu en desdoblamiento consciente acudía a su llamado desde el lejano Santuario perdido entre las montañas de Akasún. Y esa voz sin ruido que tan hondo hablaba a su alma agitada por tan tremenda lucha, le decía:

“—Saba, no olvides que te debes a tu pueblo. Por salvarle de las garras de un usurpador feroz y sanguinario que manchó sus manos con la sangre de tus progenitores, que ultrajó a las doncellas de tu patria y hasta tu propia hermana, armaste el brazo del matador. ¿Abandonarás a tu pueblo por el amor del Rey Salomón?

“El alma de Saba, contestaba sin hablar, en un diálogo mudo, pero las esclavas que mecían su hamaca veían rodar lágrimas por su rostro dormido:

“—¡Padre mío, Hosarsua!... ¡Yo le amo y daría hasta mi vida por él! ¿Por qué tu Dios Invisible me dejó atravesar el desierto para encontrar los ojos y la voz de este hombre al que no puedo resistir?

“Y la voz lejana y sin ruido se le hacía sentir nuevamente en el fondo del alma.

“—Por ese amor fatal, ¿entregaréis tres países al dragón feroz de la guerra?

“—¡Padre Hosarsua!... ¡Yo le amo! ¡Que tu Dios Invisible que adoro, detenga la guerra como detiene los huracanes, los incendios, las bestias enfurecidas y los embates del mar!..., ¡pero que no haga morir este amor que es la luz que me alumbra y la vida que me alienta!...

“¡Padre Hosarsua!... ¡No quiero la vida sin él! ¡No la quiero!

“La voz íntima callaba y por el rostro dormido de Saba seguían corriendo lágrimas...

“Las esclavas continuaban meciendo la hamaca, y los laúdes y guzlas gemían suavemente en trémolos que se extinguían como suspiros en la suave brisa del atardecer. La voz íntima, lejana, de mucho más allá de donde tronaban las cataratas del Nilo —para el alma desprendida en libre vuelo no hay distancia—, volvió a resonar serena y honda en el alma de Saba:

“—Si este amor es para ti más que la vida, y no quieres la vida sin él, sólo hay un camino para que el Dios Invisible permita ese amor a cambio de no desatar el incendio de una guerra.

“Saba Reina de Etiopía, humilla tu frente y si quieres que viva tu amor, olvida por breve tiempo tu trono y tu corona, y sé para Salomón como la hija de un pastor que apacienta sus majadas.

“Una boda secreta..., una segunda esposa..., ¡humíllate Saba, y vivirá tu amor sin arrastrar pueblos a la guerra!

“Entonces dejaron de correr lágrimas mudas por el rostro dormido de la Reina, y las esclavas vieron que abría los ojos y sonreía feliz.

“—¡Libia! —llamó a la azafata de sus esclavas—. Ven, debo confiarte un secreto que guardarás con tu vida.

“Por unos días vas a vestir mis ropas y ocupar mi lugar. La reina serás tú.

“—¡Mi señora!... —arguyó la azafata inclinándose en profunda reverencia.

“—¡Calla y escucha! Debo hacer un viaje que todos ignoren fuera de este pabellón.

“Búscame las ropas de una pastora hebrea en día de fiesta y vísteme con ellas.

“—¡Mi señora!... ¿Qué es esto que haces?

“—Calla y obedece. La guerra arderá en tres países si yo no lo hago así.

“Y Saba, vestida como una pastora hebrea y llevando un corderillo en brazos, se presentó a los guardias de la puerta de la sala de audiencia popular donde el Rey Salomón recibía las ofrendas o las quejas de su pueblo.

“—Traigo esta ofrenda al Rey y quiero ofrecérsela yo misma si me dejáis pasar —dijo a los guardias. ¿Cómo negárselo si era tan bella y lo pedía con su voz tan dulce, tan suplicante?...

“Y entre dos filas de guardias con jabalina al hombro, atravesó Saba el pórtico y todo el largo de la sala hasta llegar al trono de Salomón que hosco y taciturno, parecía un espectro de dolor y de ansiedad.

“—¿Y tú, qué quieres pastora? —le dijo malhumorado.

“Ella dobló la rodilla en la primera grada del trono donde dejó el corderito maniatado y levantó el velo que le cubría el rostro.

“— Señor..., por amor tuyo, Saba se ha hecho pastora. ¡Así no habrá guerra en nuestros países!... —Salomón hizo un esfuerzo supremo para contenerse y poniéndose de pie, gritó a sus guardias—:

“Idos todos y que nadie entre hasta que llame. Esta mujer trae un secreto de Estado.

“La sala quedó vacía y los papeles se cambiaron.

“Salomón levantó a Saba y la sentó en su trono.

“Él se arrodilló a sus pies y tendiéndole los brazos, le decía:

“—¡Oh, si me dieras un beso de tu boca que matara este áspid de dolor que me roe el corazón!

“—La Reina de Etiopía no puede darte ese beso porque desataría el huracán de la guerra, pero sí puede dártelo Saba la pastora, sin que de ello se entere ni el aire que agita nuestros cabellos.

“—¿Es posible Jehová de los ejércitos..., es posible? —gritó el Rey como enloquecido.

“—Llama a Nathan, tu gran Sacerdote —continuó Saba—, que bendiga tu matrimonio con otra esposa secundaria, una pastorcilla de En-Gedí.

“Una hora después las esclavas de los jardines de palacio ungían de perfumes y engalanaban a la humilde pastora, que llegaba a ser segunda esposa del Rey, a causa de un grave secreto de Estado que había traído al soberano del vasto país de Israel.

“La voluntaria humillación de una Reina por un amor, detuvo el huracán de la guerra.

“Ni aún la esposa Reina, hija del Faraón de Egipto se enteró de que el Rey había tomado una esposa más. ¡Era cosa tan insignificante que un Rey de aquellos tiempos se enamorase de una pastora y la hiciera una de sus esposas!

“Mientras Salomón y Saba entregados a la gloria de su amor triunfante se olvidaban del mundo entero, Nevasthé, la Reina, hija del Faraón, hacía vigilar de lejos el lujoso pabellón asignado como habitación a la Reina de Etiopía. Y sus espías le traían siempre la misma noticia.

“—La Reina de Etiopía vive siempre entre la música y las danzas de sus esclavas, y el Rey Salomón en su palacio de gobierno está absorbido por graves asuntos de Estado y sólo llegó hasta él, Nathan el gran Sacerdote.

“Y Nevasthé, la hija del Faraón, envió emisarios a su padre el cual retiró de la frontera su numeroso ejército convencido de que para el Rey Salomón valía mucho más su hija y la alianza pactada con él, que la hermosa y joven Reina de Etiopía, vestida de perlas y con la doble corona de Reina y heroína, salvadora de su pueblo de la tiranía de Kastala el usurpador.

“El grande amor de Salomón Rey de Israel había triunfado de la soberbia, de los egoísmos y de las razones de Estado, porque era tal como él había cantado.

“¡El amor es más fuerte que la muerte! ¡Mucho más que los vientos y que el mar!

“Más fuerte que un ejército ordenado.

“¡Oh, qué fuerza tremenda es el amor!

“Seis lunas después, la Reina Saba de Etiopía en suntuosa y lucida asamblea se despedía del Rey Salomón en el vasto salón del trono, en presencia de la Reina Nevasthé, de toda la corte y jefes del ejército y escolta que debía acompañarla hasta la entrada al desierto de Shur.

“Y pasada la asamblea, fue Salomón Rey de Israel quien olvidó su trono y su corona vistiendo el uniforme de jefe de la escolta, con el casco dórico que cubre todo el rostro con solo dos aberturas para los ojos, siguió a Saba a través del desierto de Shur, hasta la orilla del Mar Rojo.

“La vehemencia de su amor quería prolongar indefinidamente el momento del adiós supremo.

“Para obligarlo a volverse, Saba se vio forzada a prometerle que tres

años después se encontrarían en ese mismo lugar. La siguió con la mirada desde lo alto de su carro hasta que se perdió de vista la caravana al doblar costeando el brazo del mar Rojo, y en esos tres largos años, luna tras luna, partía un mensajero suyo a Etiopía, que iba a llamar a las puertas blindadas de cobre del palacio fortaleza de Nadaber. En el primer año de ausencia, a Saba le había nacido el primer hijo del Rey Salomón, al que ella llamó David.

“Para su pueblo ella seguía siendo la Reina viuda, y su hijo, el hijo de Kastala, hermano de su padre.

“Los soberanos de pueblos les hacen mirar al mundo por el prisma de su deseo y conveniencia.

“El secreto de Estado del matrimonio oculto de Salomón con Saba quedó entre ellos dos y el gran sacerdote Nathan, únicos que sabían que el heredero del poderoso reino de la Etiopía de entonces no era hijo de Kastala el usurpador sino de Salomón, hijo de David y Rey de Israel.

“Y por fin pasaron los tres años de plazo que la Reina Saba dio a Salomón para encontrarse de nuevo en la margen oriental del Mar Rojo en el desierto de Shur. Allí la esperaba el Rey con Nathan gran Sacerdote y una escolta de fieles servidores. Habíase levantado una gran tienda encortinada de púrpura y de tapices de Persia. Y cuando llegó Saba con su heredero de tres años cumplidos el Rey le tomó en sus brazos y lloró sobre su cabeza. Le puso su collar de oro, le ciñó su espada a la cintura, y Nathan le bendijo como a hijo del Rey.

“—Saba, amada mía —díjole el Rey, abrazando a aquella esposa siempre ausente de su lado aunque presente en su corazón—. Porque has sido fiel a mi amor más grande de todos los amores, yo te digo en nombre de Jehová, que este hijo de nuestro amor será el eslabón primero de una dinastía nueva, que reinará sobre todo el Egipto desde Etiopía hasta las bocas del Nilo.

“Y fue el encuentro postrero de Salomón Rey de Israel con Saba Reina de Etiopía.

“En su lecho de muerte supo Salomón que la anarquía se había desatado en Egipto. Que hasta los más lejanos vástagos de la dinastía de los Ramsés fueron asesinados por el pueblo sublevado, el cual llamaba al joven príncipe heredero de Etiopía para reinar en Egipto. Y fue proclamado el hijo de Saba con el nombre compuesto de David-Saba Akón. Fue la dinastía que siguió a los Ramsés, y la incompleta historia de aquellos tiempos solo menciona un Saba Akón pero fueron cuatro Reyes-Sacerdotes descendientes del hijo de Saba y Salomón.

“Ya en su lecho de muerte, el Rey murmuraba como en un delirio de agonía: ¡Oye, Saba, amada mía!, te veo en el rayo de sol que asoma por mi ventana. ¡Y el viento que viene del sur me trae tu voz como canto de alondra!

“El amor es más fuerte que la muerte. ¡Mucho más que los vientos y que el mar! ¡Más fuerte que un ejército ordenado!... ¡Oh, qué fuerza tremenda es el amor!

“¡Saba, amada mía! ¡Porque era fuerte nuestro amor ha triunfado!

“¡Gracias!..., ¡gracias, Dios de Israel!

“Su cabeza cayó pesadamente y durmió para siempre.

“Seis años después Saba, en el ocaso ya de su vida y reinando su hijo en Napata donde se estableció la sede de los Faraones de Egipto, pasó de incógnito a visitar Jerusalén, la gloria de su amado Rey. Israel estaba duramente azotado por la guerra civil, que llamaron “*la anarquía de las Diez Tribus*”. El país era como cien volcanes estallando al mismo tiempo. Saba acompañada de fieles siervos visitó el panteón real de David y envolvió en un manto de púrpura el sarcófago de Salomón su Rey, y en su gran carroza tirada por caballos blancos lo transportó a través del desierto a su palacio fortaleza de Nadaber, en la lejana Etiopía, donde se conservan entre una arca de mármol negro en cuya cubierta está grabado así:

“*El amor es más fuerte que la muerte. Y debajo y como formando un monograma de oro las iniciales de sus nombres: Salomón-Saba*”.

Allí terminaba el cartapacio de pieles de cordero. Pero en un bolsillo de su tapa estaba una escritura en fina tela de lino que eran los consejos del Rey Salomón para su hijo *David de Nadaber*.

Un tiernísimo amor se adivinaba en esa escritura, en antiguo arameo y con tinta de pez.

“*Oye, hijo mío, la doctrina de tu padre y no desprecies la dirección de tu madre.*

Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón, hijo mío, porque de él mana la vida.

Hijo mío, está atento a mis palabras; inclina tu oído a mis razones.

No se aparten de tus ojos; guárdalas en medio de tu corazón.

Sea bendito tu manantial; alégrate con la mujer de tu juventud.

Como gacela amada y graciosa, te satisfaga en todo tiempo, y en su amor recreáte siempre.

Guarda, hijo mío, el mandamiento de tu padre y no dejes la enseñanza de tu madre.

Átalos a tu corazón; enlázalos a tu cuello.

Te guiarán cuando anduvieres; cuando durmieres te guardarán; y hablarán contigo cuando despertares.

Porque el mandamiento de tu padre es como una antorcha; y la enseñanza de tu madre es luz que alumbra el camino de tu vida.

Guárdalos, hijo mío, como a la niña de tus ojos; lígalos a tus dedos y escríbelos en la tabla de tu corazón.

Bienaventurado el hombre que halla la sabiduría y cultiva su inteligencia. Ella es árbol de vida a los que bajo ella se cobijan.

Guarda la Ley y oye el consejo. Y será vida de tu alma y gracia a tu corazón.

El hijo sabio es la alegría de su padre, y el hijo necio es la tristeza de su madre.

Porque mejor es la sabiduría que las piedras preciosas y nada se puede comparar con ella.

Hijo mío, guarda mis razones y encierra dentro de ti mis mandamientos. Guárdalos en medio de tu corazón”.

“Salomón Rey”.

Los estudiosos de la Academia llegaron a la conclusión de que en la lejana Etiopía, se conservaba todavía un resplandor de la luz lejana de los Kobdas de Neghadá en las bocas del Nilo.

Y fundaban sus conclusiones en que aparecían entre la nómina de los grandes reyes y patriarcas que eran gloria, ejemplo y estímulo para los dirigentes de pueblos, como los nombres de Adonai, de Bohindra, de Tubal, de Sisedón, de Beni-Abad, de Mizraim.

Se encontraban entremezclados con los rituales de entonces, himnos de la época de los Kobdas como el himno del amanecer, el himno de la tarde, las plegarias para bendecir un nuevo Santuario.

Es muy cierto que la Ley Eterna no deja perder la semilla de la Verdad, por más que la inconsciencia humana haga cuanto pueda, por sepultarla bajo las ruinas de todo lo grande y bello que destruye en su pasaje por la tierra.

La Omnipotente Voluntad encuentra el medio de dejar una luz encendida y a veces oculta, que va ensanchándose lentamente hasta el momento oportuno de manifestarse de nuevo en medio de la humanidad, que en su inconsciencia e ignorancia del pasado, la recibe como un principio nuevo cuando sólo es una continuación de la misma Eterna Verdad Única, manifestada en distintas épocas de la evolución humana.

Los Archivos inextinguibles de la Luz, nos dicen, lector amigo, que cuando las tribus bárbaras invadieron el Delta del Nilo y desbastaron la ciudad sagrada de los Kobdas, *Neghadá*, los que pudieron salvar su vida, se dispersaron por los desiertos y montañas llevando con ellos la lámpara santa de la Verdad, que habían descubierto como un tesoro escondido bajo las bóvedas del viejo Santuario Kobda, inundado de la Presencia Divina, generadora de la paz, la abundancia y la felicidad que por un largo milenio había florecido en tres continentes.

Y así se encuentran estos rastros luminosos entre las arenas de los desiertos, entre montañas inaccesibles.

Así los encontró Moisés en la península de Sinaí, donde grabó en

piedra las Voluntades Divinas marcando rutas imborrables a la humanidad terrestre.

Así los encontró el Apóstol de la Arabia en las montañas de Yemen, y en ellos fundamentó sus estatutos para las razas del desierto.

Y así mismo los encontraron los apóstoles del dulce Maestro Nazareno, Matheo y Zebeo, en Nadaber de Etiopía y entre el ruinoso Castillo y Templo del Lago Merik.

La Verdad de Dios es eterna e indestructible como Él mismo, y contra ella no han podido jamás, ni las más grandes hecatombes humanas, ni los cataclismos siderales, ni la maldad de los hombres ciegamente empeñados en oscurecerla, destruirla y hacerla desaparecer de la faz de la Tierra.

45

EL MÍSTICO HUERTO DE FILÓN

Por fin, Leandro y Narciso, anunciaron a los compañeros de la Academia que los escritos del maestro Filón se hallaban listos para ser comentados y estudiados. Algunos estaban en latín, lengua que la mayoría de ellos leían correctamente; otros en sirio y alguno en arameo.

Leyéndolos se podía penetrar fácilmente al huerto místico y secreto del gran hombre, que tan incomprendido fuera por la mayoría de los estudiosos de su época.

Alma de anacoreta, Filón había vivido su intensa vida espiritual en absoluta soledad consigo mismo, y había escrito sin pensar en ser escuchado por alma ninguna sino solo por esa íntima satisfacción del verdadero místico, al desahogar sobre las blancas páginas la explosión incontenible de sus pensamientos, de sus anhelos que en vuelos atrevidos y difícilmente igualados, se van por lejanías azules y se internan en laberintos de luz, de armonías, de ideas que ellos sólo saben comprender y sentir.

Encontraron en un amarillento pergamino este interrogante, que él se contestaba a sí mismo:

“¿Quién es el heredero de las cosas divinas?”

“El que las busca hasta encontrarlas. El que las desea hasta llegar a amarlas. El que les consagra toda la vida y es como una lámpara eterna ardiendo al pie de un altar.

Más aún: es el que se ha convertido en tabernáculo donde mora la Divinidad.

¿Cuál es el camino que ha de seguir el alma para llegar a este punto final de su eterno vivir?

Es el yermo áspero y solitario.

Mas, este yermo, no es el desierto de peñascales pavorosos y de arenas ardientes que abrasan los pies. No es el apartarse de sus semejantes, y el huir de las ciudades, ni vestir sayal y capuchón.

No es el ayunar a pan y agua, y someter el cuerpo físico a torturas y maceraciones.

Es el vivir entre los humanos incapaces de comprenderle.

Es el vivir entre el torbellino del egoísmo, del odio, de la maledicencia, de la impudicia, de la falsedad, de la hipocresía, de todas las ruindades en que vive la criatura humana, ignorante de quién es, de dónde vino y a dónde va.

Tal es el yermo áspero y solitario en que vive el heredero de las cosas divinas.

Allí tendrá sed y no encontrará una fuente de aguas limpias para beber.

Allí tendrá hambre y no encontrará sino guijarros cortantes y zarzales espinosos que harán sangrar sus labios y sus manos.

Sentirá el cansancio y la fatiga, y no habrá un árbol que le ofrezca su sombra para descansar, ni una gavilla de heno para reposar su cabeza ardiente de fiebre.

Sentirá el frío de la intemperie, la nieve cayendo sobre sus carnes desnudas y no habrá quien comparta con él su techo, ni quien le ofrezca la mitad de su manto, ni una piel de bestia para cubrir su desnudez.

Sentirá la necesidad de un pecho amigo para desahogar la tristeza de su vida, pero no encontrará quien comparta su sentir, ni quien llegue a comprender el por qué de sus ansias, de su búsqueda, de sus insaciables anhelos.

Es así el yermo áspero y solitario que ha de atravesar el heredero de las cosas divinas.

¡Oh, desventurado peregrino incansable! ¿Por qué no vuelves pie atrás y tomas la senda florida de los que ríen, de los que cantan, de los que danzan eternamente alegres y felices? ¿No les tienes envidia? ¿No les ves sonrosados y dichosos, satisfechos de la vida, corriendo siempre tras del placer? ¿No puedes hacer tú lo mismo?

Así aullará la voz del mal como silbo de serpiente, enroscada en las arenas del yermo, acechando el andar vacilante del peregrino entristecido.

Pero cuando todo esto haya sido soportado heroicamente y vencido; cuando todo esto haya quedado atrás y allá muy lejos de tu senda, ¡oh feliz caminante de las sendas de Dios! entonces verás que se enciende

tu estrella en lo alto de una colina verde y florida, donde los pájaros cantan y se arrullan las tórtolas; donde la fuente abre el cristal de sus aguas serenas, y las dulces palmeras te abanicán con sus hojas, te alimentan con sus frutos; y el suave heno de los campos alfombra la senda de tus pies, y las mieses te brindan sus espigas, y como corona merecida para tu afiebrada cabeza, la mano suave de un amigo, las rosas frescas de un amor, los lirios de la amistad..., un corazón abierto a tus confidencias, dulce a tus penas, miel a tu boca lastimada de espinas, de zarzas, de guijarros cortantes.

El dolor, la soledad, el abandono, la incomprensión, la ingratitud, el engaño, te habrán purificado; te habrán acrisolado hasta dejarte convertido en una lámpara eterna ardiendo al pie de un altar, en un tabernáculo vivo donde toda la Majestad Divina reposará con infinito deleite.

Recién entonces vendrá a ti el poder que te hará dominar las furias del mar embravecido, la avalancha de los huracanes que pasan devastando campos y ciudades; la voracidad destructora de los incendios; las bestias enfurecidas, los asesinos asestando puñaladas en la sombra. Entonces los ángeles de Dios bajarán hasta ti a dialogar contigo, a traerte mensajes celestiales, a llenar tu alma de paz y de consolación. Y como a Moisés desde los velos de nubes de nácar te dirán: “Golpea con tu vara ese peñasco y el agua saltará cantarina y fresca para calmar tu sed”.

¡Y la Divina Presencia se hará sentir en lo profundo de ti mismo como una sinfonía angélica en que perderás la noción del mundo y de la tierra, de los seres y de las cosas porque sólo vivirás para aquella intensa felicidad vibrando en ti mismo como cien arpas eólicas suspendidas desde los cielos sobre tu ser divinizado!

Recién entonces comprenderás que eres un ángel de Dios desterrado en este valle de las angustias de muerte.

Y volviendo tu mirada hacia atrás por las sendas que has recorrido, te asombrarás de haber pasado por las llamas de todas las corrupciones sin quemarte; por las ciénagas pantanosas de los vicios humanos sin manchar tu vestidura; por el yermo áspero y pavoroso de todos los egoísmos, desamor, ingratitud, abandono, soledad, pobreza, traiciones, sin haber claudicado en tu Yo íntimo con tu Eterno Padre Invisible.

Y caminando entre los hombres, o caminando en las soledades, dormido o despierto, orando o trabajando escucharás siempre esta misma melodía:

“Bienvenido tú, hijo mío, que me has amado sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo.

“Eres dueño de tu vida y mandas sobre la muerte.

“Cuando quieras entrar en la posesión de la herencia eterna que has conquistado, este Reino mío que es tuyo, ven a mis brazos que te espera mi amor para coronarte de amor”.

¡Oh, feliz heredero de las cosas divinas! Lo que mucho vale mucho cuesta. No lo olvides cuando vagando solitario y triste por este valle de las angustias de muerte, sientas desfallecer tu corazón y caer sin alientos tus brazos ante la matadora incomprensión humana.

No lo olvides cuando el desamor y el abandono siembren de escarchas y nieves tus caminos en los que tú sembraste para otros rosas y madre selvas. No lo olvides cuando todas las luces de la tierra se hayan apagado para ti, allí mismo donde tú encendiste luminarias para alumbrar a los viandantes de los caminos de la vida.

Lo que mucho vale, mucho cuesta; y no es de las criaturas más míseras y pequeñas que tú de quien debes esperar nada, absolutamente nada, sino de tu Eterno Padre Invisible que te sigue con la mirada, que sonríe con tus triunfos, que recoge con amor tus renunciamentos heroicos y los escribe con fuego divino en sus archivos de luz; que te envía sus ángeles que te guardan como a la niña de sus ojos porque eres su heredero eterno en quien tiene sus complacencias.

Todo esto y más, mucho más, que la pluma no sabe estampar, ni el pensamiento humano alcanza a percibir a través de la vasta inmensidad de cristal en que se plasma la Idea Divina, es la herencia eterna tuya comprada con todos los vencimientos y renunciaciones que habrán estrujado como fruta madura tu corazón; con todas las lágrimas que habrás llorado en tus múltiples existencias terrestres, sin que ninguna mano amiga las haya secado, ni ojos humanos las hayan visto, ni corazón de hombre haya compartido tu sufrir.

¡No lo olvides!... Para llegar a ser heredero de las cosas divinas, es necesario a veces dar saltos en el vacío, aún ignorando que los ángeles de Dios te sostendrán en sus brazos para evitarte la caída al abismo. ¡Los ángeles de Dios que velaron sobre Jacob pastoreando día y noche ganados que no eran suyos! Los ángeles de Dios que velaron las peregrinaciones largas y dolorosas de Abraham, que levantaba un altar en cada jornada y en su oración silenciosa preguntaba llorando a Jehová: “¡Señor! ¿Adónde me llevas?” Los ángeles de Dios que envolvían de luz y de fuego la persona de Moisés, cuando calmaba la furia de su pueblo enloquecido de hambre y de sed, cuando su dedo de diamante abría grietas en la roca y saltaba el agua en torrente incontenible, cuando escribía en láminas de piedra la eterna Ley del Sinaí.

¡Tu fe vacilante podrá sugerirte alguna vez que tú no eres Jacob, ni Abraham, ni Moisés, y la desesperanza se adueñará de tu alma como helada agonía!...

¡Oh, feliz heredero de las cosas divinas!, eres un nuevo Jacob, un nuevo Abraham, un nuevo Moisés andando por su misma senda, saboreando el mismo amargo acíbar, atravesando el mismo páramo solitario y pedregoso sin más calor que el de tu propio corazón agonizante... sin más agua que las de tu llanto que nadie secará sino el viento silbando entre los peñascos...

¿Crees acaso que ellos conquistaron a menor precio la eterna herencia que te está destinada?...

¡Ya clarea tu día de gloria, de paz y de amor!... ¡Cuán feliz serás viendo en tu mano las cosas divinas, los poderes supremos de tu Eterno Padre Invisible, morador de tu tabernáculo interno..., aquel que le has formado con las cien columnas de alabastro de la pureza de tu vida; con el oro resplandeciente de todos tus sacrificios, con los velos de púrpura de la sangre viva de tu corazón renunciando a todo cuanto halagaba tus sentidos empobreciendo tu espíritu!...

¡Excelsior!..., ¡peregrino eterno de los siglos y de los mundos!... ¡Eres grande porque caminas sin apoyarte en nada! ¡Eres fuerte porque has vencido todo, y hasta a ti mismo!

¡Eres el heredero de las cosas y poderes divinos porque tienes a Dios en ti mismo y para siempre!

¡Comprende!... ¡Oye! ¡No lo olvides nunca: eres por fin un Hijo de Dios y ese Eterno Padre Invisible tiene en ti sus complacencias infinitas!”

* * *

La lectura de este pergamino del Maestro Filón les dejó a todos sumidos en profundo silencio.

Le habían escuchado de la dulce voz de Narciso de Lidia, y fue corriendo de mano en mano, pues los oyentes al palparlo creían poder encontrar al trasluz o entre líneas, fibras del alma que se había vaciado confiadamente y sin recelo alguno al viejo pergamino, precioso estuche de oro en que el gran hombre con alma de anacoreta, había encerrado su propio corazón.

Cada uno pensaba en su propia situación espiritual ante el “*Eterno Padre Invisible que le seguía con la mirada*”; y a través de ese profundo pensar, aparecían como de relieve los desperfectos, los errores, las claudicaciones, los egoísmos manifiestos o disimulados que cada uno encontraba ocultos en su yo íntimo como dañinos insectos, temerosos de salir a la luz, pero que la lectura del pergamino del místico Filón, arrastraba con fuerza hacia la plena claridad.

Nada quedó oculto, ni olvidado ni borroso en la conciencia de los oyentes.

Para Leandro y Narciso se diseñaron con tintes vivos color de sangre el delito de su juventud con todas las terribles consecuencias de dolor y de miseria, de abandono y de muerte para aquellos a quienes les alcanzaron de más cerca o de más lejos. Si ellos hubieran sido capaces de vencer la pasión amorosa que les llevó al delito, ni Tabita ni Pedrito habrían sido arrastrados a la esclavitud con sus madres en plena juventud, muertas hacía años, de dolor, de abandono y de miseria, y cuyos huesos descansaban en el humilde cementerio de los esclavos detrás del cañaveral.

Los tres Apóstoles del Cristo recordaron con amargura las disensiones y rencillas que en sus años de convivencia con el Hombre Luz, genio divino de la paz y del amor, habían surgido entre ellos por pequeñas divergencias en los modos de ver de cada cual. Recordaron sobre todo aquella vez que el Maestro, con su dulce suavidad, les anunciara que los discípulos de Yohanán el Bautista pedían unirse a ellos a la muerte de su maestro; tan manifiesto y cruel fue el desagrado de todos, que Él pronunció aquella dolorida frase:

“Sembré en vosotros el amor y la simiente se ha secado”.

Aquellos ocho cautivos de las rígidas leyes del Templo vieron surgir en la penumbra lejana, sus ancianos padres desolados en su abandono, esperándoles siempre con la lámpara encendida sin que ellos volvieran jamás, ni aún para cerrar sus ojos en la hora de morir. Y eso, por el mísero dulzor de un placer, por una debilidad, o por el orgullo y la soberbia de pretender escalar cumbres de sabiduría para lo cual no estaban preparados. La ambición de renombre y de fama en el campo de las Ciencias Ocultas, les habían llevado al tremendo fracaso, causando con ello la amarga desolación y angustia en sus desventurados padres que los vieron partir del hogar plenos de juventud, de ilusiones y de vida y no les vieron volver jamás. Y el Eterno Padre Invisible tenía grabado en su Ley: ¡Honra a tu padre y a tu madre todos los días de tu vida!

Y cada uno encontraba en su mundo interno algo de qué reprocharse, algo de mezquindad, de injusticia, de egoísmo, en que había sacrificado la lealtad debida al amigo, la fidelidad al amor, la conmiseración al hermano desamparado, el culto para sí mismo y el olvido para los demás; lo más grande y bello para sí..., lo despreciable que sobra para el hermano que camina penosamente al lado.

Todo esto surgía a flor de agua del pozo profundo de la propia conciencia, a la llamada viva del pergamino del maestro Filón.

El silencio de honda meditación se prolongaba, y aquellos en cuyas vidas breves y dolorosas no se levantaba ninguna voz acusadora, sentían la vibración de angustia, de zozobra que irradiaban los demás.

La intuición de Zebeo fue la primera en manifestarse al exterior.

—Hermanos —dijo con su voz entrecortada por la emoción—. El

Maestro Filón nos ha hecho bajar esta noche a lo más profundo de nuestro mundo interno, en el cual hemos encontrado seguramente muchas larvas y orugas dañinas, y muy pocas flores dignas de ser presentadas al altar de Dios.

“No olvidemos la parábola del *hijo pródigo*, que nuestro Divino Maestro deshojó para nosotros en un dulce anochecer en la Aldea de Bethsan, mientras viajábamos con Él a Jerusalén. En esa parábola brotada como un rosal de amor del corazón del Divino Maestro, está encerrada nuestra esperanza de redención, de resurgimiento a una vida nueva de perfecta equidad que nos convierta en *herederos de las cosas divinas*, en verdaderos *hijos de Dios*.

La sala biblioteca estaba anexa al Oratorio, y llegaron trémulos y dolientes los versículos del Miserere cantados por el coro de las doncellas compañeras de Tabita:

“Ten misericordia de mí, Señor, que clamo a Ti desde el profundo abismo en que me encuentro...”

Ya comprenderá el lector hasta qué punto ese doliente cantar del Rey David penetró en las almas de los concurrentes a la Academia.

Pasaron todos en silencio al Oratorio y prosternados ante el altar de las Tablas de la Ley, dejaron que el llorar del verdadero arrepentimiento, los purificase para siempre de todo cuanto podía hacerlos indignos de *herederos de las cosas divinas*.

Si las leyes que rigen los cielos de luz en que moran los justos permitieren al místico Filón, percibir el efecto causado en los primeros lectores de su pergamino, es lógico pensar que la bienaventuranza conquistada por él, debió adquirir maravillosas proporciones.

Tal es el premio y corona de los humildes que dejan tras de sí estelas radiantes de su talento privilegiado, de su genio creador de incomparables bellezas, brotadas silenciosamente del alma como suprema aspiración al Infinito, sin haber pensado jamás en su engrandecimiento personal.

LOS DESTERRADOS Y LAS ALIANZAS

Un segundo pergamino del maestro Filón les llevó a la noche siguiente hacia horizontes tan vastos..., de tan soberana amplitud, que les parecía por momentos quedar convertidos en pequeñas luciérnagas, que de los humildes jardines terrestres fueran transportados por las poderosas alas de un águila gigantesca hacia regiones luminosas de la inmensidad infinita.

Las edades quedaban como cendales de sombras. Los siglos como puntos oscuros marcados en una hoja de papel.

El tiempo desaparecía en la Eternidad, ese algo sin principio ni fin que la mente humana no alcanza aún a comprender.

Era cosmogonía y cosmografía pura. Se veían sumergidos en el Cosmos, en el Gran Atmán, Causa Primera y Única, Alma viva y eterna de los mundos.

El pergamino titulado: *“Los desterrados y las alianzas”*, les llevó a recordar unas palabras memorables del Divino Maestro: —*“En la casa de mi Padre hay muchas moradas. No todo os puedo explicar ahora porque no me comprenderíais. Pero día llegará en que todas las cosas sean claras como la luz del día para vosotros”*.

Y ellos comprendieron que ese día había llegado en el pergamino que acababan de desarrollar.

Comenzaba así:

“Desde la eternidad sin principio, la Eterna Potencia tejió con su aliento inmensas nebulosas, cargadas de fuerzas estupendas, de actividades maravillosas que esparcieron como puñados de arenillas de oro, soles y estrellas a millares de millones por la inmensidad infinita. Y así surgieron los mundos enlazados unos con otros por vínculos indestructibles y eternos, que en danzas gigantesas y giros vertiginosos perfeccionan sus vidas como el artista del pincel perfecciona su lienzo, y el escultor modela una estatua hasta hacer de un trozo de mármol una figura humana, que emite el pensar, el sentir, el sufrir y el querer de un ser con vida propia.

“Nada queda por hacer al Eterno Artífice de los mundos, que se van poblando de vidas paulatinamente a medida que adquieren la capacidad necesaria para producir, conservar y perfeccionar esas vidas.

“Y en ese infinito y maravilloso rodaje, unos aventajan a los otros como eternos viajeros del Infinito que corren más y más hasta alcanzar el ideal supremo de vida perfecta, de igual manera que las humanidades y vidas sostenidas y alimentadas en ellos.

“La caravana eterna y grandiosa de los mundos se asemeja a las pequeñas caravanas en los caminos de la Tierra, se mueven continuamente ya en agrupaciones que los hombres han denominado “*Sistemas*”, ya aisladamente en pequeños grupos íntimos como si entre los inmensos soles que resplandecen en la inmensidad hubiera también afinidades, amistades, familias.

“Es fácilmente visible para el observador inteligente, la solidaridad que existe entre los globos de un mismo sistema y aún de todos los sistemas de un determinado campo sideral.

“Y como se observa esta invariable solidaridad entre los mundos, la hay igualmente entre las Inteligencias Superiores que les guían, dirigen y encauzan su progreso incesante, su evolución eterna a través de incontables edades.

“Son como hermanos nacidos de un mismo seno materno, cobijados bajo un mismo techo, alimentados por el mismo pan.

“Concretándonos tan solo a nuestro universo de mundos visibles desde la Tierra, en que ruedan majestuosamente muchos *Sistemas* grandes o pequeños, compañeros o vecinos del nuestro, podemos decir que Setenta Inteligencias Superiores llamadas *Mesías*, vigilan incesantemente las humanidades que los habitan.

“Cuando el alumno de una Escuela ha llenado en absoluto el programa de un año de estudio, es llevado a un aula de enseñanza superior; de igual modo ocurre en los mundos con las almas destinadas a encarnar en ellos. Evolucionan los globos y evolucionan las almas. Y los Maestros de estas grandiosas Escuelas hacen de tiempo en tiempo, o sea de ciclo en ciclo, la debida selección a fin de que la evolución de las humanidades esté a tono con la evolución del globo que habitan.

“Y de esta ley, ineludible y eternamente en vigencia, viene a resultar, que al hacer los Maestros la debida selección, encuentran parte de una humanidad retrasada en relación con el adelanto del globo que habitan. ¿Qué harán con esa porción de almas retardadas en su progreso eterno? No pueden abandonarlas porque el Amor es ley universal en todos los mundos. Las entregan a la tutela del Maestro o Guía de un mundo de inferior evolución, a donde van con la consigna de colaborar con él para la instrucción y elevación de aquella humanidad más primitiva. Y este es el origen de las grandes e indestructibles alianzas entre esas almas retardadas, recogidas con infinito amor por un Maestro, a cuyo sagrado manto se prenden con locuras de amor llamándole su padre, su salvador, su conductor, su guía para toda la eternidad.

“Lo que refiero en términos generales debo concretarlo con referencia a nuestro globo terrestre.

“Había llegado la hora solemne y grandiosa en los anales eternos del Planeta Venus, en que la Ley Suprema del Amor, debía reinar en absoluto.

“Donde el Amor reina, todas las leyes sobran –dice el viejo proverbio. Allí terminan las prisiones, las cadenas, las esclavitudes, las tiranías, las penalidades de toda especie. Es el Reinado eterno del Amor.

“Pero en Venus había una porción de almas retardadas, en quienes estaba vivo y fuerte el egoísmo de *lo tuyo y lo mío*.

“Estaban pues fuera de tono para la evolución del planeta Venus. Debían ser conducidas a otro globo inferior. El Mesías de aquel Planeta llegado a la morada de paz, de sabiduría y de amor, la dulce Odina, comparada por los más sutiles clarividentes a un ser tejido con hebras de luz estelar en un vergel de lirios blancos, llamó en su auxilio a su hermano gemelo de evolución, el Mesías de la Tierra, mundo de inferior progreso, para que tomase en tutela a los retardados de Venus. Y desde esa hora grandiosa y solemne, una legión de espíritus venusianos bajo la égida soberana del Mesías de la Tierra, entraron en su esfera astral para tomar una nueva existencia carnal en el plano físico terrestre.

“He ahí el origen de la gran alianza de amor de los retardados venusianos con Yhasua, el Mesías del amor, de la paz, de la fraternidad en esta Tierra adonde fueron traídos para colaborar íntimamente con Él, en la redención de esta humanidad. Por esta razón se puede pensar dentro de una buena lógica que todos los fervientes amadores del Instructor o Mesías terrestre, que en casos determinados arrojaron hasta la muerte por Él y por su doctrina salvadora, serán seguramente aquellos retardados venusianos que trajeron de su patria de origen la vehemencia en el amor; la impetuosidad a veces inconsciente al emprender cualquier obra de relativa importancia sin detenerse a pensar en el éxito, ni temor al fracaso, como si un poderoso impulso les arrastrara a saltar por encima de todo, para llegar al fin que se propusieron. De esa atrevida legión venusiana que supo valorar el amor con que el Mesías Terrestre les cobijaba entre sus brazos, salieron sin duda alguna los valerosos mártires de todas las épocas en que hubo luchas entre la libertad y la tiranía; entre la tolerancia y la intolerancia; entre la cruel arbitrariedad de leyes injustas, y la equitativa solución de los problemas humanos.

“La humanidad originaria de la Tierra tiene una deuda grande para saldar con esa legión valerosa de desterrados venusianos, que han fecundado con su sangre los valles terrestres donde han vaciado generosamente lo mejor y más noble de las numerosas encarnaciones realizadas, unas en pos de otras, en páramos estériles a sus esfuerzos de siglos viéndose incomprendidos y maltratados de visionarios o de ilusos a causa de sus mirajes más amplios, más altos, más generosos. Es

necesario comprender que los retardados para Venus, eran Inteligencias adelantadas para la humanidad terrestre, llegada apenas al primer despertar de la conciencia.

“Y siguiendo por el campo maravilloso de las deducciones lógicas debemos comprender también que existe en el corazón divinizado del Logos o Mesías Terrestre, un amor grande, pleno de predilecciones tiernísimas para los nobles desterrados de Venus, su patria de origen, que aunaron esfuerzos, fatigas y anhelos para hacer de esta Tierra otro jardín venusiano en que reine para siempre el amor, la paz, la verdad y la justicia.

“Entre los desterrados de Venus deben estar seguramente los maestros de la armonía, los artistas de las cuerdas, del pincel, de la poesía, de la forma plástica.

“En nuestro Sistema Planetario es Venus el globo en que ha florecido el amor con mayor exuberancia y brillantez. Desde allí traen los ángeles de Dios como ofrendas florales los más bellos poemas de amor, que nuestros vates estampan en sus libros o en maravillosas creaciones musicales.

“Yhasua era el gran desterrado del Sistema de Sirio, el Divino Logos, y los desterrados de Venus, fueron sin duda alguna los colaboradores de la primera hora con que contó el Mesías de la Tierra para la redención de esta humanidad.

“¡Mártires sublimes del amor, el amor será vuestra recompensa eterna!...

“Otros siglos pasaron, lentos para el plano físico y para los encarnados en él, pero demasiado rápido para la Eternidad en la cual todo es *hoy*. Y por idéntica causa que en el planeta Venus, el Mesías terrestre recogió también con amor otras legiones de desterrados: de Mercurio, de Júpiter, de Saturno. Y entonces, a la ola de amor que llegó desde Venus, vinieron a unirse varias corrientes de aspecto diferente, pero todas encaminadas a la evolución y progreso de la humanidad primitiva de esta Tierra.

“Es así de magnífica y certera la visual soberana de la Suprema Inteligencia Creadora y Conservadora de los mundos.

“Cuando en la primitiva humanidad terrestre brillaban los primeros destellos de la inteligencia y de la razón, llegaban desde mundos lejanos a encarnar en medio de ella, espíritus cultivados en los múltiples conocimientos que forman hoy el vasto campo de las ciencias conocidas, en primer término la astrología y la botánica, que eran a la vez religión y terapéutica.

“El Mesías Terrestre fue pues el Director supremo del numeroso núcleo de maestros, que bajo su tutela inmediata darían a la humanidad niña del planeta Tierra, las enseñanzas adecuadas al grado de evolución

de las distintas razas y porciones de humanidad, que iban apareciendo en los Continentes surgidos a través de edades y de siglos del seno profundo de los mares azules.

“La más antigua sabiduría de los hierofantes egipcios, disimulada hábilmente bajo símbolos que sólo ellos sabían descifrar, había estampado en los primeros templos de Menfis y de Tebas este grandioso y magnífico poema-símbolo:

“Un gran manto azul extendido en la techumbre abovedada de la sala hipóstila, sostenida por setenta columnas enormes, representación en mármol de los Setenta Instructores o Genios Tutelares de este Universo de mundos visibles desde la Tierra. Y en el inmenso manto azul turquí diseñados en oro, el hemisferio celeste norte y el hemisferio celeste sur, con los soles y estrellas que en aquellas remotas edades se habían dado a conocer a los pocos e ignorados hombres, capaces de comprender qué eran y qué papel desempeñaban en el infinito azul esas gotas de luz y de fuego, que brillaban incandescentes como lámparas eternas en la azulada inmensidad del espacio. Y suspendido de un cable de oro, un globo de cristal enorme que simbolizaba el planeta Tierra, en el cual estaban diseñados y visibles los océanos inmensos, y los continentes que tímidos y medrosos iban surgiendo del seno de las aguas.

“Del globo de cristal pendían de cuatro cadenillas de oro, cuatro cubos de piedra: una carmesí, otra negra, otra amarilla y otra blanca. Eran símbolo representativo de las cuatro razas originales que formarían en el futuro toda la humanidad terrestre. La raza llamada *Rot* o roja; la *Amu* o amarilla; la *Halasín* o la negra, la *Taman* o blanca.

“La raza *Rot*, representada por el cubo de pórfito que había surgido en el Continente Atlante, que al desaparecer devorado por el mar dejó parte de sus ramas fecundas, prófugas de las olas bravías que se refugiaron en el Atlas gigantesco, y fue la Mauritania, hija del sol, en el noroeste africano.

“La raza *Amu* o amarilla originaria de Lemuria devorada también por los mares, cuyos restos dispersos se agruparon en las montañas de Asia Oriental.

“La raza *Halasín* originaria del Archipiélago *Pcélebes*, que fuera Continente gemelo de Lemuria y desaparecido antes que ella, estaba simbolizado en la piedra negra, un brillante cubo de basalto negro, reluciente como diamante al rayo solar.

“Y por fin la raza *Taman* o blanca, surgida de entre los hielos del norte solar, imagen viva de las nieves eternas y del iris tornasol de las auroras boreales.

“Los hundimientos de grandes porciones de tierra y las invasiones de unas razas contra otras, traían como consecuencia lógica las

emigraciones en masa o en grupos, de prófugos de las olas devoradoras o de las hordas bárbaras que ya del Norte o del Sur, del Oriente o del Occidente se precipitaban sobre las tierras más fértiles en busca del mejoramiento en sus condiciones de vida.

“Cuando la hermosa y fértil Atlántida se hundía bajo las olas del mar en la parte sur de sus vastas extensiones, tuvo lugar la primera emigración de una Tribu de la raza de *Thoth*, llamada roja por el rubio cobre de sus cabellos y el rosado vivo de su piel. Dicha Tribu estaba gobernada por un Patriarca que era Iniciado en la Sabiduría Oculta de los Profetas Blancos de Anfión: llamado el Rey Santo de Orozuma, primera encarnación terrestre del Avatar Divino en el Continente. Su progenie descendía en línea recta de un hijo de Senegaldo, padre de Anfión.

“Era de la fe y de la sangre del gran Rey, heraldo eterno del Amor fraternal entre los hombres por lo que sufrió el penoso destierro de treinta años, en que terminó su vida heroica, dejando como único testamento estas palabras escritas con un punzón al rojo sobre una lámina de madera: *“He soportado un destierro de treinta años por evitar una guerra destructora de vidas humanas y con ello he predicado a los hombres la grandeza divina del Amor Fraterno”*.

“El Patriarca de esta Tribu prófuga de las olas, se llamaba Trismegisto, que recibió el anuncio del cataclismo que se avecinaba, del gran Patriarca de los Profetas Blancos a quien asistió en su lecho de muerte

“Él le había dicho en sus últimas horas: “No está en la ley que tú pezezas con los de tu sangre en el avance de las aguas que se producirá de aquí a seis lunas. Emplea cuanto tienes en adquirir lo necesario para una peregrinación larga a través de Poseidonia hasta llegar a Los Gigantes –la cordillera Atlas en Mauritania, África–, donde puedes reposar tranquilo hasta buscar tierras de regadío que encontraréis caminando siempre hacia el oriente”.

“Y el Iniciado Trismegisto había obedecido al anuncio, y de Poseidonia había pasado a Mauritania donde se abrigó con su Tribu en las grutas de “Los Gigantes”, en cuyas inmediaciones había pobladores de oscura piel y de muy contrarias costumbres, por lo cual continuó su peregrinación lenta y penosa hacia el Oriente.

“¡Mi santo Rey Anfión! –clamaba Trismegisto en su desolado abandono–. Si desde tu Reino Invisible puedes ver mis angustias y mi deseo de conseguir un suelo fértil sin disputárselo a nadie, guía mis pasos, no por mi vida sino por la de mis hijos y los hijos de mis hijos, y los siervos fieles que llegamos entre todos a una centena.

“Y cuando llevaba diecisiete años de peregrinaciones continuas, su Rey Santo le guió a un Oasis de grandes dimensiones, donde un bosque de palmeras le brindaba su sombra y sus frutos, y un lago azul de dulces

aguas hacía florecer el valle cubierto de abundantes pastos. El lago estaba alimentado por un río que venía de lejanas tierras del Sur, perdidas allí muy lejos detrás de grandes montañas.

“Le llamó *Shior* que en su lengua significaba *Salvador*. Era el río Nilo que desembocaba en el lago azul del bosque de palmeras porque en aquel entonces no existía el Mar Grande o Mediterráneo, cuyo seno se abrió cuando el gran cataclismo que hundió a Atlántida, rompió las montañas y el Océano invadió los valles.

“A los diecisiete años de duro peregrinaje encontró el Iniciado Trismegisto una tierra de paz donde abrir su sepultura. Contaba setenta y siete años y tenía catorce hijos, treinta y cuatro nietos, veintiún bisnietos, y varias veintenas de servidores con hijos y familiares.

“Un descendiente del Patriarca Trismegisto, cuyo nombre era Potemis, descubrió en la otra ribera del lago, un pequeño grupo de hombres vestidos de pieles de animales que hablaban una lengua semejante a la suya. Eran sólo diez y no tenían mujeres ni hijos, pero tenían la fuerza necesaria para edificar un altar bajo una choza de troncos y de hojas de palmeras.

“Cuando Potemis regresó a la Tribu con la noticia del encuentro que había hecho, el viejo Patriarca Trismegisto, con noventa años de vida se hallaba casi ciego y sus cansados miembros no le sostenían de pie, por lo cual estaba siempre sentado sobre una piel de león que era también su lecho.

“Al escuchar la noticia de su tataranieto, Potemis, exclamó lleno de santo gozo: “Ahora cerraré tranquilo mis ojos a la vida de la carne porque los míos encontraron a los hijos de Numú, el pastor de vida eterna y con ellos será el comienzo de la vida nueva que me fue anunciada. Trismegisto murió como muere toda carne, y fue sepultado en un sitio escogido del valle sobre una colina de basalto.

“Los que le habían amado en unión con los diez prófugos del feliz encuentro, erigieron un monumento que era templo y panteón sepulcral, y que encerraba en su estructura misma el gran símbolo de la verdad oculta, que sólo ellos conocían en aquel entonces: la gran Ley de la evolución de la Naturaleza, de todo cuanto tiene vida. El monumento al exterior era un enorme monstruo de trozos de roca, echado sobre la colina-sepultura de Trismegisto, mirando al lago azul que alimentaba el río *Shior*. Las extremidades de la enorme bestia eran garras de león; el cuerpo era de un gigantesco toro; sus costillares estaban cubiertos por enormes alas de águila y sobre su cuello erguido como una columna, se levantaba una cabeza humana con toca sacerdotal como la usada por Anfión el Rey Santo y sus Profetas Blancos. Bajo el monumento la colina fue excavada, y allá muy adentro y a mucha profundidad se erigió el

altar, y debajo de él fue guardado el sarcófago de basalto negro en que descansaban los huesos del Patriarca Trismegisto, primer poblador del valle del Shior.

“Pronto apareció un gran amontonamiento de bloques de piedra a la orilla misma donde el río se sumergía en el lago. Y los años posteriores vieron levantarse un enorme cubo de piedra que al correr de los siglos y cuando el gran cataclismo devoró el Continente Atlante, era ya un Templo Escuela y Refugio de perseguidos y abandonados.

“La gran Cordillera se había partido en dos como una granada madura; las aguas del mar invadieron el valle, y lo que habían sido fértiles campos de mieses, quedó convertido en un gran mar cercado de costas bravas en todas direcciones por lo que se le dio el nombre de Mar Grande primero y Mar Mediterráneo después.

“Y el Templo-Escuela quedó a su orilla y a poca distancia del monumento funerario del Patriarca Trismegisto primer poblador de los valles del Shior. El tiempo tiene a veces poder para cambiar muchas cosas de la faz de la tierra y así, las generaciones que siguieron llamaron *Esfinge* a la gran bestia con cabeza humana, cuyo origen desconocían; y al Shior le llamaron *Nilo*; y al gran cubo de piedra, Templo, Escuela y Refugio, lo llamaron *Neghadá* que en la primitiva lengua iniciática de aquella hora lejana significaba: *Vida de paz*.

“¿Qué diría el espantoso monstruo o sea la enigmática Esfinge a las generaciones que fueron apareciendo como granos de arena en el valle del Nilo?

“Los primeros Iniciados de las Ciencias Sagradas lo descubrieron de inmediato: Significaba la Evolución de la chispa divina emanada del Eterno Poder, que recorre todos los aspectos de la vida en el reino animal primero, hasta llegar al humano adelantado y sublimizado por la Sabiduría, simbolizada en la toca sacerdotal que corona la cabeza de la Esfinge.

“Todo estaba escrito, simbolizado y demostrado con piedra, en aquella remota edad que por eso fue llamada la *Edad de Piedra*.

“La humanidad primitiva de la Tierra, en su gran mayoría, se manifestó hostil a las legiones de desterrados de los globos hermanos que durante largas edades debieron soportar tremendas angustias, martirios, suplicios, muertes. La Ley es inexorable y perfectamente justa. Cuando ellos fueron la porción de humanidad retrasada en sus planetas de origen, había sometido a idénticos sufrimientos a los seres evolucionados que luchaban por implantar la Ley Divina con todo su magnífico cortejo de verdades, de bellezas, de supremas realidades.

“Más..., el alma que ha llegado a levantar un tanto el velo tras del cual guarda el Eterno Invisible sus arcanos y sus designios, no debe

asombrarse de esta lucha milenaria, promovida por la *ignorancia* en contra de la *Verdad* revelada a los capacitados para comprenderla.

“Es verdad que entre las legiones de ignorantes y de retrasados, se encuentra una tercera clase de espíritus, instrumentos voluntarios y conscientes del mal, que con audacia increíble luchan por mantener a las masas populares en completa ignorancia de la Verdad, como medio de perpetuar el dominio sobre ellas en provecho propio.

“Estos son los adoradores del becerro de oro que impulsaron a Israel en el desierto hacia la idolatría, para anular así la Ley del Sinaí, que en ese mismo momento recibía y grababa Moisés en tablas de piedra.

“Estos son los tiranos, los déspotas que en todas las épocas de la evolución humana ahogaron con sangre la voz de los profetas, de los mensajeros de Dios, de los heraldos de la Verdad, del Bien, de la Sabiduría.

“Esta porción de espíritus conscientemente malvados, no son muchos, y son siempre los mismos que encarnan en épocas determinadas en un continente o en otro, en una raza o en otra, produciendo cataclismos, derrumbes de dinastías y de civilizaciones, hasta hundirse ellos mismos en la destrucción completa de su individualismo como un *Yo pensante*, para volver al informe conglomerado de *gérmenes vivos*, que deberán comenzar de nuevo esa larga cadena de vidas rudimentarias entre el polvo de la tierra o en lo profundo del mar.

“En las remotas épocas prehistóricas llamadas por los geólogos y paleontólogos: *período paleolítico y período neolítico*, estos seres conscientemente malvados, encarnaron en los continentes *Pcélebes y Lemuria* en una raza o dinastía que se llamó *Sierpe-roja*, y apareció de nuevo en Atlántida en la *raza Azteca*. Ya en la época de la Historia, hicieron su aparición entre la *raza Asiria*, en la cual fue el tristemente célebre Nabucodonosor, el monstruoso ejemplar de maldad.

“Y a través de los siglos han ido quedando terribles retoños en diversos países y civilizaciones, como para mantener alertas a las legiones del bien evitándoles dormirse sobre los viejos laureles.

“Mientras el globo terrestre no pase de mundo de expiaciones y de aprendizaje, su deficiente evolución dará siempre lugar a esas infiltraciones del Mal, en medio de humanidades que aún no adquirieron la clara conciencia y discernimiento del Bien y del Mal, puesto que para ellos todo bien está en la satisfacción de sus instintos y sus deseos, y todo mal en la negación de ellos.

“De tal manera que el acumular tesoros materiales que proporcionan vida regalada y placentera es el solo bien que buscan y que aspiran. Y el carecer de todo esto, es el único mal que temen.

“Se explica pues, fácilmente, que entre tales humanidades puedan

triunfar por un tiempo esas inteligencias conscientemente malvadas, que han producido tan desastrosos acontecimientos y que han puesto en evidencia y sobre pedestales de gloria a tantos mártires de la Ciencia, de la Verdad, y del Bien”.

* * *

Terminada la lectura de este segundo pergamino del maestro Filón, comenzaron los comentarios suscitados por él.

Encontraban versiones comprobatorias de las viejas “*Escrituras del Patriarca Aldis*”, miembro y testigo ocular de la actuación que tuvo la “Fraternidad Kobda” en la civilización prehistórica del Éufrates y del Nilo; y como miembros descollantes de ella: *Bohindra*, el creador de la Gran Alianza de Naciones Unidas; *Adamú y Evana*, progenitores del Avatar Divino de aquella hora: *Abel*, llamado el *Santo*, en la antiquísima *Tabla Abydos*, que se dice fue mandada grabar en jeroglíficos en la época del Faraón Seti I, que fue aquel que hizo Virrey de Egipto a José, hijo de Jacob, vendido como esclavo a mercaderes egipcios por sus propios hermanos. En dicha Tabla, indestructible documento de piedra, aparece Adam-Mena como el primer Faraón de las dinastías conocidas por la Historia. Las “*Escrituras del Patriarca Aldis*”, el que acompañó a su hijo Adamú al Gran Santuario de Neghadá, lo da como el último *Pharahome* que hizo guardar la Ley de los Kobdas.

—Pareciera —observó el Apóstol Matheo—, un mandato superior que el progenitor del Avatar Divino de aquella hora, fuera el broche que cerrara la era gloriosa de la Civilización sostenida durante más de un milenio, por la Fraternidad Kobda.

—En efecto —afirmó Leandro de Caria—, porque después de Adam-Mena, vino la primera invasión de los Hicsos de la cual sólo quedaron en pie la Esfinge, las Pirámides y el Templo subterráneo de Ipsambul. En mis largos años de estudio en el Templo de Osiris, el *dios de los muertos*, según le llaman los hierofantes egipcios, encontré versiones referentes a los más antiguos monumentos del país y a viejas historias grabadas en piedras; pero nunca pude tener ante mi vista los comprobantes de esas versiones; pues para eso se necesita haber merecido llegar a la alta jerarquía de Hierofante Concejal, que son los candidatos al Supremo Pontificado. Y yo no escalé esas cumbres.

—Hermano Leandro —observó el Apóstol Zebeo—, creo que sin ser yo Hierofante ni haber tocado el cordón de sus sandalias, poseo algo que a ti no te dejaron ver.

—¡Cómo!... Tú has llegado ahora, cuando los Templos son ya una cosa muerta —dijo Leandro.

—Es verdad, amigo mío; pero el Cristo mi Maestro me acercó al corazón de un Hierofante de alta jerarquía, hijo de un Gran Sacerdote del Templo de Amón-Ra.

—¡El Príncipe Melchor! —dijeron varias voces a la vez.

—¡Habéis acertado! —volvió a decir Zebeo—. Ya sabéis que él me hizo heredero de muchos de los documentos de su archivo, y administrador de un legado perpetuo que hizo a favor de todas las doncellas pobres que quieren formar hogar.

“Por hoy, demos por terminada la tarea, y mañana si os parece revisaremos juntos esos viejos documentos que forman un legajo bastante voluminoso.

47

EL ARCHIVO DEL PRÍNCIPE MELCHOR

Esa misma noche el Apóstol Juan se hizo cargo de la carpeta que contenía los escritos del maestro Filón, para estudiarlos individualmente.

Una extraña e íntima afinidad existía en lo profundo de su yo con el filósofo alejandrino que había hablado muy poco en público, pero que había vaciado su pensar y su sentir en numerosos pergaminos que eran por sí solos toda una escuela de altos conocimientos.

Eran estudios áridos y penosos para la mayoría de los miembros de la humilde Academia del Lago Merik, y se dedicarían privadamente a ellos, los tres apóstoles del Cristo con Felipe, Leandro y Narciso.

Con los demás hermanos revisarían los relatos y los descubrimientos arqueológicos del Archivo del Príncipe Melchor en el cual había numerosos croquis, mapas, rutas marítimas y terrestres, de diversas tierras de Arabia, de Mauritania, del desierto de Sahara dominio de la gran raza tuareg, del África del Este y del África Sur.

Por pura vocación, Melchor, a más de astrólogo había sido un arqueólogo consumado. Por lo cual estudiando su Archivo se podía conocer regularmente las costumbres, las creencias, la evolución de las razas y las rutas seguidas por ellas en las emigraciones generales o parciales de los pobladores de continentes o países determinados.

La sangre de dos razas se hallaron mezcladas en él: la árabe por su madre y por su padre la egipcia, y ambas estaban bien marcadas en el carácter y en la vida toda de ese gran amigo de Yhasua: la resistencia dura y firme de la Arabia de piedra y la dulce frescura de las praderas rientes del Nilo.

Con igual perseverancia y amor había recorrido a lomo de camello las montañosas regiones del Mar Rojo, de Madián y el Sinaí en busca de

los rastros de Beni-Abad, fundador de la raza árabe, como las márgenes frescas y fértiles del Nilo hasta su nacimiento en las montañas de la lejana Etiopía buscando en las arenas calcinadas y en las grutas milenarias las huellas de Mizraim el fundador de la raza egipcia. Tenía pasión por conocer el origen de todas las cosas, su camino a través de los siglos y el fin que habían tenido.

En eso sólo, había gastado su vida que casi llegó a los cien años.

Y su autobiografía que él llamó "*Memorias de un solitario*", comenzaba así:

"No he vivido para mí sino para mi indomable deseo de conocer el principio y el fin de todo lo que existe debajo del sol y alrededor del sol".

Las *Memorias* de este sabio y santo hombre que se llamó Melchor de Horeb, no fueron seguramente escritas con el deseo de dar a conocer su vida de la cual bien poco se ocupaba en ella, y así lo juzgaron nuestros amigos de la Academia del Lago Merik.

Dichas *Memorias* eran más bien el relato minucioso de todos los descubrimientos arqueológicos que había hecho, y a través de los cuales pudo hacer magníficas deducciones y muy lógicas hipótesis referentes a las distintas razas y civilizaciones, creadas por ellas en las más lejanas edades y en los continentes en que florecieron esas civilizaciones y que yacían hundidos en lo profundo de los mares.

Su padre debió transmitirle ese implacable deseo de conocer el origen de todas las cosas y su marcha progresiva y su final, y tuvo los medios de satisfacerlo puesto que llegado a Gran Hierofante del Templo de Amón-Ra, fue dueño de examinar el arca de pórfido que guardaba todas las Escrituras Sagradas del Antiguo Egipto. El hijo, o sea Melchor, heredó aquel milenario Archivo, y tanta fue su fiebre de comprobar, de palpar, de ver con sus ojos lo que su anciano padre sólo había visto en las Escrituras del arca de pórfido, que su vida fue la de incansable viajero. En las montañas y desiertos de la Arabia de Piedra, no sólo había encontrado las huellas recientes puede decirse de Moisés, sino que halló las de Beni-Abad, el noble Caudillo que después de fundar una raza y crear muchos pueblos, se retiró en el ocaso de su vida al seno de la Fraternidad Kobda buscando el descanso de su espíritu en el acercamiento a Dios.

Y en las *Escrituras del Patriarca Aldis* que le obsequiara Yhasua de Nazareth, a sus veinte años, pudo comprobar que sus descubrimientos no eran una ilusión sino una realidad.

En el viejo y secreto archivo de su padre encontró un diminuto libro de láminas de marfil unidas por un anillo de oro, en las cuales había numerosos grabados en extraños signos, figuras, rayas, puntos. Envolviendo el pequeño libro estaba la traducción en una tela de lino que los avezados

lingüistas del Sacerdocio egipcio habían interpretado, de acuerdo al valor que daban a los signos los hombres de las pasadas edades.

Era el relato hecho por dos Flámenes lemures que al frente de una Tribu o familia habían emigrado a través de los mares del Sur, hacia Occidente, cuando las aguas comenzaron a subir a su país que nombraban *Nukulandia*.

Ese relato era un rastro perdido en la noche de los tiempos y que interesó enormemente a los *discípulos del Señor*, como ellos se llamaban, pues allí debían encontrar sus huellas luminosas en las lejanas personalidades de Juno y de Numú, de que hacían referencia las “*Escrituras del Patriarca Aldis*”.

El amor tiene curiosidades sublimes. Y Matheo, Juan y Zebeo, sentían aún la llaga viva de la muerte de su Maestro, y todo cuanto pudiera engrandecerle y glorificarle, significaba para ellos un poderoso calmante, un lenitivo al hondo dolor de haberle perdido.

La traducción en kopto antiguo pudo ser leída por Leandro, y traducida al hebreo que era familiar a todos.

El relato comenzaba así:

“El Atmán Soberano fue con nosotros en el desamparo de las aguas traidoras que devoran tierras y hombres. Nosotros, Keril y Kinde, Flámenes de la vieja Escuela que llega hasta Juno el buen genio del mar y hasta Numú el pastor de los esclavos, grabamos en hojas de marfil la azarosa aventura de nuestra vida. En unión con los siervos del gran Atmán que quisieron seguirnos, emigramos de nuestra tierra amada Nukulandia que se hundía bajo las aguas del mar. Los *sueños reveladores* nos dijeron que bogando al occidente encontraríamos una tierra fértil y rica, con montañas como altas murallas y con valles regados por buenas aguas. Y cuando las estrellas nos avisaron el buen tiempo, en tres balandros y seis pailebotes nos lanzamos al mar sin más amparo que el Señor de los cielos, y sin más guía que los astros amigos de los hombres. Pasadas cuarenta y dos lunas en tragedias inexplicables, vimos las montañas como murallas de la tierra desconocida, al pie de las cuales se vaciaba un gran río en el mar. –En la costa del África Sur, el río que hoy se llama Zambeze que desemboca en el Océano Índico–.

“Éramos treinta y siete hombres y veintitrés mujeres, esposas de algunos, y hermanas de otros.

“Desembarcamos en aquella costa brava y nos refugiamos en una caverna cuya entrada daba hacia la embocadura del río.

“Con la misma luz encendida en el último fuego de la tierra nativa, encendimos la primera hoguera de la patria nueva que llamamos Nukulandia, y Ofir llamamos al río que nos brindaba el agua dulce para nuestra sed. Siguiendo la tradición, cortamos un trozo de roca lo más

largo que nos fue posible y lo plantamos a la puerta de la caverna junto a la hoguera. Era nuestra ofrenda de gratitud al Gran Amo del mundo que había amansado las olas donde bogaron tranquilas nuestras débiles embarcaciones. Este *Menhir* –Monumento y altar que en la remota prehistoria levantaban en todos los pueblos–, aseguraba para nosotros una estabilidad feliz y duradera en la patria nueva, que tenía mucha semejanza con la hermosa Nukulandia que nos quitó el airado mar.

“Entre nuestros seguidores había dos clases de trabajadores: los mineros y los cazadores de mamut, y habían traído los elementos necesarios para ello.

“Quince lunas nos llevaron el recorrer la nueva tierra y el construir las cabañas para cada familia, en derredor del Menhir y de la caverna que fue nuestro templo.

“El sitio elegido para nuestra patria, estaba cercado de montañas inaccesibles y a poco fuimos descubriendo que por las márgenes del río había grandes bosques y tierras de verdes pastos donde abundaban grandes mamut, grandes ciervos y caballos de río –hipopótamos–, que eran una gran promesa para nuestros cazadores.

“El marfil de los unos, y las pieles y carnes de los otros era la seguridad de nuestra vida.

“Pero, ¿qué haríamos con la riqueza del marfil si no había con quien comerciar? Caminando lunas y más lunas por las márgenes del río encontramos una tribu de nativos de color oscura la piel y pequeños de estatura, que huían con espanto de nosotros al vernos de doble tamaño que el suyo. Unos se llamaban Zumbaleses porque su tierra se llamaba Zumba; otros Matopos y otros Chirvanos. Por miedo se nos hicieron amigos, y aprendieron de nosotros la cacería del mamut y el arte de romper las rocas y sacar los tesoros que ellas guardan.

“Al principio nos llamaron los gigantes del río grande, al que nosotros llamamos Ofir. Nuestros mineros descubrieron mucho hierro amarillo en aquellas montañas y piedras de luz –diamantes–, que fuimos almacenando en la gran caverna que nos cobijó a nuestra llegada. Esperábamos salir por la costa del mar en busca de pobladores con quienes establecer relaciones comerciales, ya que nuestro gran tamaño nos abría todas las puertas porque todos nos tenían miedo y algunas tribus de nativos se sometieron voluntariamente y trabajaron con nosotros.

“Estas gentes no pueden vivir a gusto si no tienen un amo que los gobierne y pronto buscaron uno entre nuestros seguidores. Nosotros dos nos reservamos el derecho de maestros, para enseñarles la justicia del bien obrar; y entre todos eligieron como Caudillo al más alto y fornido de los *gigantes*, como nos llamaban, que era un hombro de ciento ochenta y seis lunas que estaba recién unido en matrimonio con una hermana

nuestra, pues nosotros dos, Flámenes de la vieja Escuela de Ofir, capital de Nukulandia en Lemuria, somos hermanos por la sangre y hermanos de escuela espiritual, y trajimos con nosotros nuestras dos hermanas doncellas que quedaron solas a la muerte de nuestros padres.

“Escrito a cuarenta lunas de nuestra llegada a este país.

“*Keril y Kinde*

“Posdata a ciento ochenta lunas de nuestra llegada.

“Ahora sabemos que esta tierra la llaman Tierra Negra, por el color moreno de la mayoría de las razas que la pueblan.

“Hemos conseguido poner a flote un gran barco velero encallado en nuestra costa, con el cual pensamos salir mar adentro en busca de compradores para la gran cantidad de hierro amarillo, de piedras de luz arrancadas a estas montañas, y del más bello marfil del mamut que abundan en estos bosques.

“Por nuestro río Ofir llegan navegantes que hablan de grandes países hacia el norte y de un río inmenso que hace producir a las praderas dos cosechas en doce lunas.

“Que el Eterno Atmán Invisible nos tenga siempre a la vera de nuestro luminoso Emigorio –genio tutelar–, dominador de las tormentas y pastor de los humildes, para que como Él hagamos de los tesoros que nos brinda la tierra, la dicha y la paz de nuestros semejantes.

El librito de hojas de marfil estaba concluido y el silencio de la Academia, significaba que todos estaban absorbidos por sus pensamientos.

Por fin habló Matheo.

—A través de esta lectura –dijo–, se descubren varias cosas que estaban ocultas.

—En efecto –afirmó el diácono Felipe–. A ver si coincidimos en lo que hemos descubierto.

—En los relatos que nuestro pueblo conserva referente al Rey Salomón se menciona muy marcadamente, el *oro de Ofir* que traía en sus barcos desde lejanas tierras, y con él cubrió altares, columnas, cornisas, techumbres, zócalos y todos los utensilios destinados al culto. Nadie hasta hoy pudo indicar el sitio preciso de ese célebre *Ofir*, tan pródigo en el codiciado y valioso hierro amarillo, como dice este escrito en un libro de marfil.

—El mismo pensamiento he tenido yo. Claro está que este relato es de muchos siglos anterior a nuestros reyes de Israel; pero eso no se opone a que este Ofir del sudeste de África, sea la fuente de donde el Rey sabio se proveyó de tanto oro y marfil, como no se ha dicho de ningún otro rey de su tiempo.

—También el Rey Darío de Persia derrochó oro y marfil hasta en las puertas de sus caballerizas –observó Matheo–, pero también éste puede

haberlo traído de los depósitos hechos durante siglos por aquellos pobladores gigantescos venidos de Lemuria.

—Yo he creído ver en ese *Emigorio luminoso* o genio tutelar que esos Flámenes mencionan, al *Juno mago de las tormentas* y al *Pastor Numú* de que hablan las escrituras del Patriarca Aldis —dijo el Apóstol Zebeo.

—Justamente —afirmaron varias voces.

—¡Siempre el gran Maestro iluminando las Edades, las Civilizaciones y los pueblos! —exclamó Boanerges, como si viera a lo lejos la visión magnífica y radiante del Mesías terrestre con una antorcha encendida iluminando las tinieblas de esta humanidad.

—Aquí aparece una vitela antigua, amarilla por los años, con un salmo del Rey Salomón —dijo Zebeo, revisando el gran cartapacio del Príncipe Melchor—.

“Está escrito en arameo, lengua de la cual gustaba mucho el Rey de los Cantares de amor. Oídlo; —y Zebeo leyó—:

“Jehová me hizo Rey de un numeroso pueblo.

Jehová me hizo amigo de muchos Reyes poderosos desde el Nilo hasta el Éufrates y en ambas costas del Mar Grande.

Jehová me dio el oro, el marfil y los diamantes de las cuevas del Ofir, cuna de los hombres gigantes.

Jehová me colmó de bienes y de gloria.

Sólo un mal me hizo Jehová: me dejó el corazón dentro del pecho en vez de darlo como alimento a los buitres.

iOh, Jehová grande, eterno y poderoso!... ¡Pude edificar un grandioso templo de oro y marfil para Ti!

iPude levantar palacios y jardines para la esposa, hija del Faraón!

iPude cubrir de oro y diamantes a los reyes amigos, a mis favoritos, guerreros y servidores!

Pero no pude nunca hacer callar mi corazón que buscaba amor, lealtad, sinceridad, desinterés.

Y cuando le he encontrado como una corona de brillantes perdido entre lejanas montañas, lo alejaste para siempre de mi lado, y soledades de muerte envolvieron mi vida como un sudario.

iOh, Jehová sabio y poderoso! ¡Tú sabes lo que es un corazón de hombre pues fue hecho por Ti!

iTú sabes que cada fibra suya es un grito que pide amor!

Y si Tú formaste con fibras de amor el corazón del hombre, ¿por qué le mandas disecar esas fibras y quemarlas a fuego lento como un miserable insecto en la luz de una candela?

iOh, Jehová santo mil veces y justo otras mil! ¡No puedo comprender a veces tus pasos cautelosos en torno de esta vida febril y tempestuosa que me haces vivir!

¡Me diste mucho oro, numerosos pueblos, riquezas que jamás terminan, sembraste palmas de gloria en mi camino!

¡Me diste sabiduría, me descubriste el secreto de tus creaciones todas del universo, pero me has quitado el amor que era la luz y la vida de la vida mía!...

¡Oh, magnífico Señor de todo lo creado! ¡Eres el dueño del amor! ¡El amor te rodea, te glorifica, está en Ti y fuera de Ti! ¡Eres el Amor mismo!...

Y yo que soy tu criatura hecha por Ti a semejanza tuya, ¿he de vivir sin amor?

¡Oh, Jehová mil veces bueno y piadoso otras mil!

¿Por qué me has quitado el amor y me has envuelto en el sudario helado de la soledad del corazón?

Y si me has quitado el amor, ¿por qué me dejas la vida en esta helada soledad, más fría y triste que la muerte?

¡Oh, Jehová, Señor de los mundos y de los seres grandes y pequeños!

No puedo comprender a veces tus pasos silenciosos en torno mío.

¡Has sido generoso conmigo! ¡Todo me has dado menos el amor que yo amaba!

¡Yo sé que eres justo y bueno y piadoso!

¡Ten piedad de tu indefensa criatura hecha de amor y sin amor! ¡Oh, sácame el corazón del pecho, y que viva yo como las rocas duras y frías donde se estrellan las olas del mar y se rompen tus tempestades!...

El candelabro de siete cirios que había sobre la mesa de la Academia, hizo brillar como diamantes al rayo de sol, muchas lágrimas silenciosas que se deslizaron por algunos de aquellos rostros, cuyos dueños sentían sin duda a su propio corazón quejarse, con la misma queja tierna y profunda brotada de la pluma y del alma del Rey Salomón.

* * *

A la siguiente noche de Academia revisaron otro manuscrito en la misma lengua que aquella del pequeño libro de marfil. Pero éste aparecía escrito en un libretto de pieles de antílope curtidas y recortadas prolijamente. Tenía este epígrafe: “*Antes de nuestra partida*”. Parecía ser una especie de testamento de los dos Flámenes lemures, que habían guiado la tribu de los gigantes prófugos de Nukulandia en la desaparecida Lemuria.

Comenzaba así este relato:

“Nosotros dos, Keril y Kinde, habiendo vivido en la carne una centuria, pensamos que debe estar cercana la hora de la partida y debemos decir lo que no hemos dicho hasta ahora.

“El Atmán Supremo es poderoso y fuerte y bate a sus criaturas como a las olas del mar y unos chocan contra otros como las olas furiosas contra las rocas que estorban su paso.

“Los Flámenes creados hace millares de lunas por Juno el marino, y por Numú el pastor, en torno del fuego sagrado encendido por Él sobre su altar de piedra, nos dispersamos en un día ya borrado por los siglos, porque *sierpe roja* puso sobre nosotros un *Gran Flamen* de su estirpe que infiltró el veneno de la discordia, la ambición y el orgullo en nuestras filas. Como una fruta madura, seca y podrida, las semillas se esparcieron en muchas direcciones. Había que huir para que *sierpe roja* no nos estrangulara a todos los rebeldes a su voz. Dos veces éramos prófugos: de las olas que subían y de *sierpe roja* que nos estrechaba en sus poderosos anillos.

“Dejamos nueve discípulos entre la tribu ya numerosa, y cada uno de esos nueve, lleva inoculado hasta la médula, la ley de Juno y de Numú que dice:

“La llama de mi fuego destruye la corrupción y purifica lo que es divino.

La llama de mi fuego, enciende y alimenta el fuego de todos los hogares y dora el pan y cuece los alimentos y caldea el aire en todas las cabañas.

La llama de mi fuego enciende todos los hachones, las antorchas y las lámparas para que ninguna choza ni tienda, ni cabaña permanezca oscura”.

“Estos nueve serán los maestros, cuando nosotros hayamos partido hacia el Fuego Eterno de Atmán. Y toda la Tribu deberá obedecerles y dejarse guiar por ellos si no quiere verse disgregada y deshecha, como nosotros nos vimos dispersados al igual que semillas arrojadas a los cuatro vientos.

“Nada hemos sabido de aquellos de los nuestros que huyeron a tierras del norte creyéndolas más seguras que éstas de occidente, de pocos siglos aparecidas a flor de agua.

“Nosotros dos, Keril y Kinde, pensamos que en tierras nuevas sería más fácil arraigar la plantación nueva también, de nuestras leyes y costumbres. Nuestra inspiración fue certera porque antes de partir hacia la luz de Atmán, Él nos ha dejado ver, numerosas tribus hacerse amigas y hermanas de la nuestra.

“Toda esta tierra es como un conjunto de islas grandes entre muchos lagos de aguas amargas y ríos de aguas dulces. Y esto es una prueba de que no hace muchos siglos que estas tierras estuvieron sumergidas en el mar, que un día lejano levantó sus entrañas a la luz del sol, y son estas ricas montañas cuajada de hierro amarillo y de piedrecillas de luz.

“El mar es mudo y guarda celosamente grandes secretos; pero Atmán dio a su criatura semejante a Él, una chispa de su fuego radiante, y su criatura piensa y arranca al mar y a las montañas, parte de sus grandes secretos.

“Nuestros mineros encontraron al romper las montañas restos de enormes peces convertidos en piedra. Un monstruoso nuevrasos –pulpo–, rojizo y reluciente hecho todo una sola piedra, como esculpido de pórfido. Una verdosa celdaña enorme –especie de cangrejo–, semejan-do cadenas tejidas de esmeraldas. Todo hecho piedra. ¡Qué espantoso cataclismo desató Atmán en el mar que le hizo vomitar sus entrañas de piedra en revuelto amontonamiento de picos que se enredan con las nubes y de cavernas para refugios de los hombres! ¡Y esta es la nueva Nukulandia que hemos venido a habitar tus prófugos hijos del fuego de Juno el marino y de Numú el pastor!... ¡Ten piedad de nuestra pequeña vida como una luciérnaga en tus jardines eternos; oh, Atmán poderoso y fuerte que con solo tu pensamiento cambias de sitio las montañas y los mares, los ríos y los bosques!...

“En la entraña de un monte de tres grandes picos que cubre eterna nieve y al pie de los cuales serpea un riacho de dulces aguas, hemos abierto una cueva que será nuestro panteón sepulcral donde descansarán nuestros huesos y los de todos los maestros de la tribu nukulana. Allí se guardarán los tesoros sobrantes de las necesidades de todos para construir en un día lejano quizá las Cuarenta Torres del Silencio. Santuario-Refugio y Escuela de todos los continuadores de Juno el mago de las tormentas salvador de vidas humanas, y Numú el buen pastor de los esclavos.

“Hacedlo así, hijos de Juno y de Numú, y jamás toquéis el tesoro guardado en los sepulcros de vuestros padres mientras saquéis de vuestra labor diaria lo necesario para vuestra vida.

“Que el gran Atmán y su divino Mensajero sean con vosotros para que cumpliendo su ley, vuestros pensamientos y toda vuestra vida, sea una continuación de la que visteis vivir a vuestros padres y maestros.

Keril y Kinde.

“ACERCÁNDOME A DIOS”

Los mismos comentarios que hará nuestro lector ante los archivos de Melchor y de Filón, los hicieron hasta la medianoche nuestros amigos de la humilde Academia del Lago Merik.

Hasta que una noche propuso Matheo:

—Oír leer estas maravillas de antigua sabiduría es mucho y es grande; pero creo que hay algo más que podemos hacer nosotros.

—Dilo, y lo haremos —dijeron varias voces a la vez.

—Nuestro destino es separarnos —prosiguió Matheo—. Este paraíso de nuestro hermano Zebeo es un oasis en el desierto árido y penoso de nuestras vidas. Cuando sintamos el corazón encogido de penas, y que el alma llora a gritos por su destierro, vendremos al viejo Castillo del Lago Merik donde Thimetis lloró tantos años la ausencia de su bienamado hijo Moisés. Pero eso será tan sólo un paréntesis a nuestras tareas apostólicas, breves descansos a nuestras fatigas y tristezas de la vida.

“Y estando todos convencidos de que debemos separarnos para seguir cada cual su camino, propongo que algunos de nosotros nos preocupemos de sacar buenas copias, añadiéndoles los comentarios que aquí mismo hemos hecho todos en conjunto.

—Es una gran idea la tuya, Matheo —exclamó el primero Zebeo, siguiéndole los demás, sin que hubiera ninguno en desacuerdo.

Matheo, Juan, Leandro, Narciso y Felipe se encargaron de las copias.

Dionisio de Caria, Marcelo de Ostia y Livio de Marsella, los tres excursionistas de la ciudad subterránea, tomaron a su cargo la copia de croquis, de mapas, de rutas diversas y diseños que abundaban en el Archivo del Príncipe Melchor.

Resuelto esto, tomó Zebeo del cartapacio de Filón unas hojas de pergamino unidas con una cinta de púrpura.

—Dos noches hemos gastado en lectura de comentarios de orden prehistórico antiquísimo. Creo que será agradable para todos recoger en el huerto místico del maestro Filón algunas rosas de esas que no se secan nunca porque hay en ellas, soplos del aliento divino.

“Pero esto será el programa para mañana.

Todos aplaudieron la idea, y Zebeo continuó.

—Como yo conozco el pergamino que leeremos mañana, propongo que terminemos esa velada con algo hermoso que pueda darnos la orquesta de Boanerges. Las almas venusianas estamos siempre sedientas de armonía y de amor.

—¡Aprobado! ¡Magnífico! ¡Muy bien! —fueron las frases que acogieron la indicación de Zebeo.

—¡Oh, mi gran padre! —exclamó Tabita, acariciando la cabeza de Zebeo—. Tú siempre aciertas con lo que María, Rhoda y yo queremos.

—¿Y a mí me dejáis fuera del trío? —preguntó Amada con su voz infantil.

—¡Oh, querida! —le contestó Tabita—, ¡tú tienes el rui señor al lado y estás envuelta toda en sus cantares de amor!

Boanerges y Amada se miraron sonriendo y él prometió:

—Os prometo para terminar la velada de mañana un retazo de nuestro poema de amor.

A la hora de costumbre a la noche siguiente, y en medio de un religioso silencio, Zebeo abrió los pergaminos del Maestro Filón, y buscó la hoja que comenzaba así:

“Acercándome a Dios”

¡Energía que mueves los mundos creados y arrancas de Ti Mismo las chispas que formarán los mundos que hoy sólo existen en tu eterna idea! ¡Esencia sutil, infinita, de flores inmortales desconocidas del hombre terrestre! ¡Luz inextinguible de las esferas radiantes que alumbran las noches de los valles de la Tierra!...

¡Sinfonía eterna que vibra en el aire, en la luz, en los vientos, en los mares, sin enmudecer jamás en las edades y los siglos!...

¡Quiero comprenderte aunque sólo soy una chispa errante de Ti Misma! ¡Quiero sentirte aunque no soy más que una fibra del cordaje de oro de tus arpas invisibles!

¡Quiero conocerte, aunque mis alas de luciérnaga se consumen como polvo en la llama viva de tu vida Eterna!

¡Comprenderte, sentirte, conocerte, es y será la gloria del alma que te ha presentado. Visión Divina que huyes siempre..., que te esparces como un perfume, que te diluyes como el Iris en el azul infinito..., y te apagas como el sonido de una melodía que se aleja y se aleja indefinidamente!...

¡Yo era niño y te encontraba en los ojos de mi madre que me sonreía en la cuna! ¡En el rumor del arroyuelo que saltaba espumoso entre las piedras!... ¡En el perfume de las rosas asomando por mi ventana!... ¡En el canto de los pájaros jugueteando en el huerto familiar!...

¡Fui adolescente y soñé entre cortinas y velos de opalinas transparencias!... ¡Fui joven y viví y deseé y lloré y corrí en muchas direcciones, buscándote sin encontrarte porque debí ser una momia sonámbula errante, andariega, hecha de cristal de piedra!

¡Pero llegó un día!... -Si ojos humanos revisan esta escritura, que

el alma de esos ojos beba en el agua de mi vida, en la sangre de mi corazón-.

Dos grandes y santos amores encontré en mi desesperada carrera buscando a Dios.

La madre que me sonreía en la cuna dormía en el sepulcro de sus mayores cuando yo apenas dejaba la cuna.

Mi padre se absorbía en el gobierno de los pueblos, y en grandes combinaciones comerciales por la tierra y por el mar.

La soledad fue mi nodriza y mi tutora, y fue también mi maestra, mi novia y mi esposa. ¡Todo fue para mí la soledad!...

Una niña pastora de antílopes se presentó a mi vida solitaria en el oasis de Baharije, como un blanco nenúfar de la fuente. Mis diecisiete años la recibieron como una visión del paraíso. Y nació el amor entre ambos como una caricia de la luz de amanecer, como el perfume de los lotos que bordaban las orillas de la fuente, como el ruido de alas de cisnes sacudiéndose en las ondas cristalinas.

Y en la austera Escuela de Alejandría donde estaba pupilo, otro amor apareció en mi soledad. Era la hermana mayor del Director del Gran Establecimiento docente, el más célebre de ese tiempo.

La niña del oasis de Baharije era un amor de doce años.

La mujer de la Escuela de Alejandría que podía ser mi madre, tenía treinta y cinco años, era un amor protector, previsor, dulce y suave como una canción de cuna.

Ambas eran hermosas con esa doble hermosura del cuerpo y del alma, que es como un privilegio de Dios sobre la tierra, y ejercieron en mi vida tan poderoso influjo que por ellas dos llegué a ser lo que soy. Por ellas dos me acerqué a Dios, sentí a Dios, lo comprendí, lo conocí y lo amé.

¡Elba y Noa!... ¡Visiones amadas de mi primera juventud!... Mirando ya cercano el sepulcro rememoro vuestros nombres y os bendigo para siempre. Me precedisteis en la entrada a la feliz eternidad...

¡Salidme al encuentro, os ruego, cuando los ángeles de Dios abran para mí la puerta dorada, y formaremos entonces la más feliz trilogía de amor que haya florecido en los cielos de Dios!

Vime como un navegante a merced de las olas del inmenso mar de aquellos dos amores.

Mi corazón de hombre se lanzaba alegre como un cervatillo en las praderas, hacia las olas saltarinas y azules de la fuente fresca que era para mí el tierno amor de Elba, la pastorcilla de antílopes del oasis de Baharije.

¡Y la leche, la manteca y el queso de su rebaño, el dorado pan de su fuego, la miel de su colmena, los frutos de su huerto, las gardenias y

junquillos de su lago, eran para mí tan dulces como los castos besos de sus labios que reían siempre, y como la tierna mirada de sus ojos de gacela, que no lloraban nunca!...

Me maravillaba verla siempre feliz en su pobreza y en sus afanes del trabajo diario. —¿Cuál es el secreto niña de que ríes siempre y no lloras nunca? —le pregunté un día.

Hizo un gran silencio y sonriendo siempre, pero con sus dulces ojos negros mojados de llanto, me contestó así:

—Río siempre cuando tú me miras; pero lloro siempre cuando te vas de mi lado.

¡Tales palabras descorrieron el velo! Tras de ese amor estaba Dios escondido para mí. En ese amor de doce años que no pedía nada, que no tenía el interés de la posesión ni la esperanza de la recompensa, que amaba por amar, como las flores al darnos sus perfumes, como el vientecillo de la noche al refrescar nuestra frente abrasada por el sol, como la fuente al brindarnos la frescura de sus aguas estaba Dios, el Eterno Dador de todo cuanto hay de grande, bello y bueno en la vida del hombre sobre la tierra.

Y la amé con infinita locura y ansias supremas de amor. Debía ser la esposa que mi corazón de carne reclamaba.

Y mirándonos ambos en la fuente en que el sol de ocaso se miraba, le dije tomando sus manitas en las mías: —Cuando seas mayor, te haré mi esposa.

—¿Qué es ser la esposa? —me preguntó con deliciosa candidez su inocencia de niña.

—Es vivir juntos siempre; es no apartarme nunca de tu lado; es vivir tú solo para mí, y yo para ti —le contesté.

Y fijando en mis ojos sus ojos asombrados, grandes, llenos de luz y de interrogantes, me contestó:

—Debe ser bueno, muy bueno ser la esposa que tú dices. Entonces sí tendré risa para ti siempre y no podré llorar nunca más porque nunca te irás de mi lado.

Yo besé sus manos, su frente, su boca que reía, y eché a correr al desierto como un ciervo feliz que bebió en la fuente cuanta agua necesitaba su sed.

Y cuando estuve solo en el desierto, vi que anochecía, y que la primera estrella, el lucero de la tarde, estaba rosado como una brillante amatista.

¡Lámpara hermosa de Dios! —le dije— ¡Yo también tengo resplandores de lámpara en mi corazón, en mi rostro, en mis ojos, en mi boca porque encontré el bien, la luz, la paz y el amor, y todo eso es Dios en su criatura humana! ¡Es Dios en el hombre creado por Él a semejanza suya!

Volví a la Escuela más tarde que de costumbre porque la dicha de vivir para este amor me hizo vagar como enloquecido por entre los peñascos y las dunas, hasta que otro compañero se unió a mí y me avisó que íbamos retrasados.

Todo era sombra y silencio en los claustros y columnatas de la Escuela de Alejandría.

Dejé a mi compañero en su alcoba solitaria y pasé a la mía, en la columnata de la izquierda habitada por los alumnos menores.

En mi alcoba había una lamparilla encendida; un mantelito blanco sobre mi mesa de estudio; una cestita de pan, queso y dátiles, un jarro de vino con miel y una esquelita que decía: “He pedido todo esto al cocinero para ti porque te veo tan débil y no te está bien acostarte sin cenar. Come tranquilo y bendice a Dios que te da una madre para velar por ti. Noa”.

Ver todo esto y echarme a llorar como un chiquillo, fue todo uno y en el mismo momento. Cuando pasó el acceso de llanto me vino un aluvión de grandes pensamientos.

—He aquí otro amor bello y sublime que me sale al paso y en el cual también está Dios. ¿Por qué Noa hará esto conmigo y no con los demás? ¿Será porque sabe que yo no tengo madre y que mi padre pasa tiempo sin venir a verme?

El compañero que acaba de venir conmigo no tiene padre ni madre, y su alcoba estaba a oscuras y su mesa vacía.

Todo esto es el bien, la paz, la dicha y el amor. También está Dios en el amor de Noa, porque ella hace esto porque me ama.

¿Por qué me amaré Noa, si yo nada soy para ella? ¿Qué puede esperar de mí? Su hermano, Director de la más célebre Escuela de Ciencias y Letras, es un gran personaje de renombre bien merecido. Reyes y Príncipes le confían sus hijos. Ella, su hermana, tan ilustre como él, está mirada como una estrella de éste y del otro lado del Mar Grande. Estuvo en las gradas del trono de Cilicia, prometida esposa al heredero fallecido en vísperas de la boda. ¿Por qué ha de amarme a mí una mujer de tal altura?...

Después de tejer todos estos pensamientos, comí lo que ella había puesto sobre mi mesa y pasé a mi alcoba. Allí encontré otro desbordamiento de su amor.

Las blancas cortinas de mi lecho estaban limpias y recién colocadas. El tapiz del pavimento era nuevo y mullido como lanilla de los corderos de Persia. Mi túnica parda y mi pelerina blanca tendidas sobre el diván eran nuevas y de preciosas telas de Cachemira. Todo admirablemente ordenado y hasta un ánfora de cristal con rosas de Ipsambul en una repisa de bronce que yo no había colocado.

—Todo esto —me decía yo mismo—, es el bien, la dicha, la alegría, la paz y el amor. Y Dios es todo esto para su criatura que vive la triste vida de la tierra. ¿Por qué ha de amarme Noa, si ella es tan grande, tan noble, tan amada de todos, y yo soy un jovenzuelo sin ningún valor porque aún no he tenido tiempo de conquistarlo?

¡He aquí otro amor como el de la pequeña Elba, que no pide nada, que no espera compensación, que ama por amar como las flores, que se dan sin pedir nada, como la luz del día, como el agua de la fuente, como el gemir de los pinos cuando el viento los sacude!

¡El amor que no pide ni espera recompensa porque de nada necesita, es Dios envolviendo a su criatura en la infinita suavidad de su esencia que es luz en el éter, frescura en el agua, perfume en la brisa que pasa rumorosa por los jardines en flor!...

Y vencido por el sueño y el cansancio de aquel día de asueto, me dejé caer al lecho y quedé dormido.

Soñé que dos hadas muy bellas, velaban tranquila y dulcemente mi sueño. Y acercándose la una, me decía: “Yo te amo porque soy la esposa que reclama tu corazón de hombre”. Y la otra se acercaba también y me decía: “Yo te amo porque fui en otra hora la esposa que reclamó tu corazón de hombre; y hoy debo ser una luz en tu sendero, agua fresca en tu fuente; mano piadosa en que te apoyas para subir la cuesta, abrigo para el frío de tus decepciones, escudo de diamante que te defienda de las flechas enemigas; llave de oro que te abra el templo de la ciencia, ala de plata que te suba a la cumbre”.

—¡Qué sueño magnífico! —exclamé al despertarme. Pero entonces no fui aún capaz de comprender su significado. No había aún cumplido los diecisiete años y era más niño que hombre.

Dos años después, Elba moría víctima de una fiebre maligna que la llevó al sepulcro en treinta y tres días, sin que ningún médico de Alejandría le pudiera conservar la vida. Por amor a mí, la trajo Noa a su casa y fue una madre para ella. Yo fui como el cirio que velaba junto a su lecho y cuando todo terminó, fui una lámpara de su tumba y la siempreviva esparcida sobre la losa que la cubría.

Mi corazón de hombre no reclamaba ya ninguna esposa, porque la que hubo de serlo me había dejado dentro del pecho su corazón palpitante y vivo al partir, y sintiendo yo su vivir dentro de mí, no quería ya otro corazón.

El amor de Noa, se hizo más grande y suave como el mar en calma, para llenar él sólo, el vacío de la que ya no estaba en la vida. Pero sabiendo bien que no podía llenarlo, pintó para mí su imagen, a la orilla de una fuente bordeada de lotos y con cisnes que sacudían sus alas sobre la mansa corriente. Y los negros ojos de aquel amor mío de doce

años, siguieron mirándome en la penumbra de mi alcoba solitaria, y Noa siguió colocando ante el lienzo día a día, el ánfora de cristal con rosas de Ipsambul.

Este santo y desinteresado amor me fascinaba, casi hasta enloquecerme.

—¡Noa! —le dije un día cuando cumplía mis veinte años y la muerte de mi padre me dejaba dueño de un nombre honorable y de grandes bienes de fortuna.

“¡Noa! ¿Piensas pasar toda tu vida en soledad?”

—No estoy sola —me contestó—, pues tengo a mi hermano que me ama y a ti que también me amas.

“¿Crees acaso que puedo pensar en un marido cuando tengo el amor de mi hermano y también el tuyo?”

—Es que puedo yo ser tu esposo y seguirás teniendo a tu hermano y a mí.

Ella me miró asombrada y sus dulces ojos color de topacio se llenaron de luz y de interrogantes, tal como tres años antes los ojos oscuros de Elba me habían mirado cuando le hablé de hacerla mi esposa.

—¿Y qué necesidad tenemos ni tú ni yo de atarnos con un lazo que nos imponga el amor obligado ante las gentes, cuando es más verdadero, noble y grande el amor sin mandato que le obligue, el amor que se da sin pedir nada, sin esperar recompensa y sólo por la dicha inmensa de amar? ¿Te ha faltado algo para tu carrera, tus estudios, tus viajes, para el cuidado de tu persona y de tu vida?”

—¡Es verdad, Noa! Has pensado en todo y no has dejado faltarme nada.

“Creí que tu corazón podía echar de menos la compañía de un esposo.

—Calla niño —me dijo—, que aún no sabes lo que dices. Tu consagración a la Ciencia, tu ansia de conocimientos y de Divina Sabiduría, tus éxitos prematuros, tu tierno amor por mis solicitudes, tu delicada comprensión de lo que soy para ti, sobrepasa la medida de cuanto anhelo en esta vida mía.

“Además, mi edad dobla la tuya y aún viven los que me oyeron decir al cerrarse la losa funeraria del único hombre con quien pensé desposarme: “Serás mi esposo en el recuerdo todos los días que me restan de vida”.

“Yo no pienso que las palabras dichas sobre el sepulcro de un ser querido, se las lleva el viento sino que ellas viven tanto como dura nuestra vida.

—¿Qué eres entonces, Noa, para mí? —osé preguntarle acaso como un insensato.

—¿Qué soy yo? ¡Oh, mi amado Filón, niño grande de veinte años, pero niño siempre! ¿No has comprendido que soy para ti como la lamparilla que arde siempre en tu mesa de estudio, como la caricia materna que endulza tu vida, como la guardia fiel que impide llegar hasta tu pecho las flechas enemigas?

“¿No ves que yo aparto las piedras de tu camino y tiendo puente-cillos invisibles para que vades sin enlodarte los arroyos cenagosos de la vida?

—¡Es cierto, Noa! Es cierto —le dije, cayendo de rodillas a sus pies, mientras ella sentada en mi salita de estudio me miraba amorosamente.

“¡Mujer admirable! —le dije—, que vives la grandeza del amor sin mezquinos intereses, sin deseos, sin egoísmos de ninguna especie; que vives el amor que es Dios en la criatura humana. ¡Qué es Dios en la vida del hombre! Si un millar de mujeres como tú estuvieran esparcidas en el mundo, no habría tiranos, ni conquistadores, ni corrupción, ni esclavitudes, ni miseria, ni dolor, porque este amor tuyo que es soplo de Dios en la tierra, aniquilaría para siempre todo lo que no es de Dios.

Noa estrechó mi cabeza sobre su pecho y me dijo con su voz que temblaba de emoción:

—¡Bendita sea esta hora en que me das la dicha suprema de haber comprendido que hay un amor más alto, más noble y puro que el amor de los sentidos, tan fugaz y pasajero como una ráfaga de viento!

Cinco años después cuando yo llegaba a los veinticinco años de mi vida, esta gran mujer, prototipo y símbolo del amor sin interés, que se da sin pedir nada, abandonaba la vida física en la cual seguramente nada más podría hacer que fuera más grande, bello y puro que lo que había hecho.

Era otra tumba abierta en mi camino que se hubiera tornado pavoroso y desesperante si no hubiera llegado el mismo día a mi lado, un Melchor de Horeb que me dijera:

—Ha bajado el Amor a la tierra. Ha nacido el Avatar Divino en el país de Israel. ¿Quieres venir como Escriba mío a buscarle para llenar con Él todos los abismos que abrió la vida en tu corazón y en el mío?

—Sí, vamos —le dije—, ¡vamos ahora mismo, salgamos de este lugar donde dos tumbas han sepultado mi corazón para siempre!

—No hables así, Filón —me dijo él—. Solo tienes veinticinco años y a esa edad el corazón no muere para siempre. El Amor ha bajado ahora a la tierra y Él sacará tu corazón de la tumba.

—El corazón del hombre muere —le dije con voz quebrada por el dolor—, pero no muere nunca el amor.

Busqué al Eterno Invisible en todas las cosas y le encontré escondido en las dos mujeres que amé y me amaron con el más grande desinterés que pude jamás soñar que encontraría en mi vida.

Le referí la historia breve y luminosa de mis dos amores, y cuando hube terminado el Príncipe Melchor se abrazó a mí, llorando angustiosamente mientras me decía:

—¡Feliz de ti que encontraste a Dios oculto en tus santos amores! ¡Mientras que yo causé la muerte de dos criaturas de Dios por un amor que no era santo!

Por tercera vez encontré a Dios en el alma justa, noble y sincera del Príncipe Melchor, que desde ese instante me brindó su amor de amigo, de confidente y de padre hasta el último instante de su heroica vida, que no solo es heroísmo el morir por una causa justa sino también el vivir una vida de sacrificio y de amor consagrada al Bien, a la Justicia, a la Verdad.

Y fue la tercera tumba abierta en mi camino después de haberme dado esas tres vidas, lo más grande, lo más hermoso, lo más excelso que puede esperar la humana criatura en su pasaje terrestre: me han hecho sentir a Dios; me han acercado a Dios, tanto..., tanto, que en los soles refulgentes creo ver su vestidura, y su aliento en el céfiro nocturno, y su amor inefable en el amor desinteresado y puro de todas las madres de la tierra.

¡Oh, hermosa trilogía de amor! ¡Elba, Noa, Melchor! ¡Estrellas doradas de mi cielo que sostuvisteis mi vacilante vida hasta que pude ver con mis ojos de carne y palpar con mis manos de carne al Hijo de Dios hecho hombre, con un corazón de carne como el mío y ansias supremas de vida imperecedera, de luz inextinguible, de amor infinito y Eterno!

¡Por ellas tuve al Dios-Hombre al alcance de mi voz, de mis miradas, de mis brazos!...

Y es Él la más viva imagen del Eterno Invisible, su Pensamiento, su Idea, su Verbo Divino.

¡Cuán grande es el amor desinteresado y puro que nos hace sentir y comprender a Dios!... ¡Que nos acerca a Dios y nos lleva hasta morir en Dios!

La lobreguez de la tumba, la losa de sus sepulcros, no tuvieron fuerza ni acción ninguna sobre aquellos dos grandes amores de mi primera juventud.

Quiero creer que me velaban durante el sueño, pues en él les vi muchas veces y más aún en momentos, horas y días en que tuve que vencer grandes dificultades.

En mis penosos y largos viajes a través de desiertos y peñascales

pavorosos, se me presentaban en el sueño para avisarme a veces de un peligro de muerte, o para indicarme el sitio preciso en que encontraría la entrada a una antigua cripta bajo un templo derruido, donde creía encontrar preciosos documentos de sabiduría antigua.

Como me tuviese algo intrigado esta vigilancia espiritual ejercida hacia mi persona, así que me encontré con el Ungido Divino ya joven de veinte años, le referí lo que me sucedía deseando oír de su boca si esto podía ser algo real y verdadero o era solamente una consecuencia de mi vivo recuerdo de ellas. Y Él me contestó:

“—El amor del Padre tiene ternuras maternas para sus hijos, y algunos de estos hicieron merecimientos para que Él les conceda como ángeles guardianes a aquellos seres que mucho les amaron y fueron amados de ellos”.

El pergamino de Filón había concluido y de nuevo el silencio profundo se establecía en la sala, como si estuviera vacía completamente.

Pasados unos momentos, oían en un rincón de la vasta sala donde las penumbras formaban como un suave cortinado de oscuros pliegues las primeras notas del laúd de Boanerges acompañado del arpa de Amada.

Y luego se alzaba la voz de barítono, plena, suave, cristalina del trovador que cantaba en cumplimiento de su promesa de la noche anterior:

*iAmar como aman las flores
Que perfuman las praderas,
Como ama el ave en los bosques
Y en el cielo las estrellas!...*

*Nada reclaman las rosas
Cuando nos brindan esencias,
Y el iris de sus colores
Y su radiante belleza.*

*Nada reclaman las aves
Que nos dan sus melodías
Desde la umbrosa arboleda
Que sombrea las colinas.*

*Y las estrellas nos brindan
Con amor sus resplandores
Cual si fueran en los cielos
Palpitantes corazones.*

*Y la fuente la frescura
De su linfa cristalina
Y los montes gigantescos
La alba nieve de su cima.*

*Sólo el hombre pide siempre
Recompensa por su amor
Y ambulante va en la vida
Buscando compensación.*

*Amar por amar es agua
Que no conocen los hombres;
Amar por amar es agua
Que sólo beben los dioses.*

La voz de cristal calló, pero el laúd y el arpa continuaban la rima suave de las estrofas como si esperasen una nueva palpación del corazón de Boanerges, que parecía ser una inagotable fuente de vida, de armonía y de amor.

—¡Oh, Boanerges! —le dijo Zebeo— ¡Cuánto vamos a echarte de menos en la humilde Aldea de los Esclavos, cuando tiendas tu vuelo hacia la patria lejana!

—No sólo yo partiré —contestó emocionado él—. Somos varios los que volaremos hacia aquellas tierras. Pero si tanto vais a sentirlo, Amada y yo os prometemos volver, si el Capitán Saúl quiere traernos en su barco.

—Ya lo sabéis —contestó éste—. Cada dos lunas mi barco suelta amarras en Joppe y boga hacia Alejandría.

—Y cada luna —dijo el Capitán Pedrito—, nuestra barcaza “Amare Victum” amarra en el puerto de Alejandría esperando viajeros.

—Verdaderamente —añadió Matheo—, somos tan pequeños que la grandeza de esta Tierra nos hace daño. Estaríamos más a gusto en un pequeñito globo de cien estadios donde nunca tuviéramos que decirnos adiós.

—Entonces le encontraríamos pequeño para nuestras ambiciones —dijo Leandro—. Hay que convencerse que el alma humana vive insatisfecha siempre, y siempre deseando lo que no puede tener.

—Hay que pensar en lo que sucedería en este mundo si nadie deseara nada —observó Felipe.

—Pues que todos nos volveríamos de piedra como la Esfinge y entonces, ¿quién trabajaría? —dijo con mucha gracia el Capitán Pedrito.

—No, no —dijo Juan—. Nada de irse a los extremos en ningún asunto. Los términos medios son los mejores.

—¿Y lo dices tú, querido Jhoanín? —interrogó María—. Esto quiere decir que olvidaste por completo los diez años que pasaste como una piedra que nada quiere de nadie ni con nadie.

—Justamente porque lo recuerdo bien, es que digo que todos los extremos son malos, o sea, desear mucho y no desear nada.

—Entonces para entendernos —observó Narciso—, debemos querer y desear lo que es razonable y justo querer y desear. Entonces el equilibrio será perfecto entre nuestros deseos, nuestra posibilidad y el bien que de realizarlos pueda resultar.

—¡Justo! Esa es la tecla que faltaba por sonar.

Aquella memorable velada fue a terminar al Oratorio contiguo, al pie del Altar de las Tablas de la Ley con una breve plegaria mental en que cada alma buscó en el Amor Supremo, en la Eterna Energía lo que creía necesitar para el fiel cumplimiento de los deberes voluntariamente aceptados.

49

LOS CAMINOS DE DIOS

Para seguir los pasos de otros amigos de Yhasua de la primera hora, nos es necesario lector amigo, volver la vista atrás y desandar el tiempo andado.

O sea que debemos retroceder al día aquel que en la Villa Astrea del Lacio, el Príncipe Judá unía en matrimonio a Diana de Pozzuoli con el Tribuno Militar Marcelo Galión.

En el viejo Castillo del Lago Merik dejamos grandes amigos y un hermoso campo de acción de los obreros de Cristo, y a su debido tiempo volveremos a encontrarles y apreciar el progreso en sus silenciosos y meritorios trabajos.

Para que nuestro cuadro sea completo debemos andar por los caminos que todos ellos anduvieron sin dejar olvidado a ninguno.

Recordará seguramente el lector, al esclavo griego Demetrio de Corinto que se despidió de su amo el Tribuno Marcelo y del Príncipe Judá, y volvió a la isla de Capri a recoger a la esclava griega Rhode, que lo ayudó en la salvación de Diana.

Demetrio era medio hermano por su madre, con Stéfanos, uno de los Siete Diáconos de la Congregación Cristiana primitiva de Jerusalén.

Y habiéndonos sido preciso retroceder al año dos después de la muerte del Cristo Hijo de Dios, no habían comenzado aún las terribles persecuciones del Sanhedrín contra los discípulos del Gran Mártir, si bien había una tenaz vigilancia y espionaje sobre ellos.

Demetrio alquiló un asno entre los labriegos dependientes de la Villa Astrea y se dirigió a Gaeta por la amplia carretera desde Roma a Nápoles. Allí se vistió como un labrador, alquiló otro asno que cargó de ropas y comestibles y marchó directamente a Nápoles donde contaba con un amigo griego también, que tenía un comercio de vinos y frutas secas de Corinto. Allí guardó los asnos y alquiló una canoa con cabina para cruzar hasta la costa norte de la Isla imperial donde esperaba encontrar a Rhode en el refugio que le había aconsejado.

El mar batía con fuerza las olas cuando Demetrio, a bordo de su canoa, remaba desesperadamente tratando de cortar con la proa el alterado oleaje. Cerraba la noche oscura y sombría, pues el menguante era avanzado y la luna salía muy tarde. La marea estaba muy alta lo cual favorecía la empresa, pues no tendría Demetrio que trepar tan largo trecho del áspero acantilado para llegar hasta la gruta refugio de la esclava Rhode. Ella desde su escondite vio la luz de la linterna que Demetrio enfocaba de tanto en tanto en esa dirección como un aviso de su llegada. Pero la infeliz joven estaba herida en la espalda, por una flecha que le había disparado uno de los guardias de la isla en los momentos que descubrieron la huída de Diana. Y en tres días sin curarse la herida, aunque no era mortal le había producido fiebre. Así la encontró Demetrio.

—No podemos esperar ni un momento más —le dijo—, porque al salir la luna podemos ser vistos desde arriba. Los guardias tendrán órdenes terminantes.

—Hubiera sido mejor morir —le contestó Rhode—, pues ahora sólo te serviré de estorbo en tu fuga.

—¡Rhode! —exclamó espantado Demetrio—. Desde que te conozco te vengo hablando de un hombre-genio que fue sereno a la muerte para enseñar a la humanidad el amor de los unos a los otros, ¿y tú me hablas así?

A la luz de la linterna examinó la herida, y él como estudiante adelantado de las Escuelas de Medicina de Atenas, comprendió enseguida que no era mortal pues aparecía en el lado derecho casi llegando al hombro. Pero estaba inflamada y le producía intenso dolor.

—Si tuviera aquí la túnica del Santo esto desaparecería en un abrir y cerrar de ojos —murmuró a media voz. Recordó en ese instante las palabras que oyó decir al Apóstol Pedro, su maestro en la Escuela de Cristo: “*Si tienes fe y amor, todo lo puedes*” y doblando su cabeza sobre el hombro herido de Rhode pensó fuertemente:

—Te amo, Señor, y tengo fe en Ti.

Un suave sopor le invadió como un sueño que no pudo precisar el tiempo que duró. Tampoco Rhode se movía. Ambos estaban como sumidos en un suave letargo.

El chisporroteo de la linterna que se apagaba les despertó.

Demetrio la llenó de nuevo de aceite y a la viva llamada que ardió, examinó el rostro de Rhode que le sonreía. Tocó su frente y ya no tenía fiebre. La herida no aparecía inflamada y el dolor había desaparecido.

—Creo que he dormido —dijo Rhode—, y me he despertado bien.

—¡El Señor te ha curado! —exclamó Demetrio—. Sólo Él podía hacerlo. Vamos, vamos enseguida. Te bajaré en brazos a la canoa.

—No es necesario —dijo ella—. Baja tú primero. El agua ha subido tanto que la canoa casi llegó a la gruta.

Demetrio asió la sogá y la acercó más aún, saltó a ella con el pequeño fardo de ropas de Rhode, y la recibió en brazos cuando ella se arrojó desde el último escalón de la roca.

Así realizó un segundo salvamento de otra cautiva del despotismo de los poderosos. Remó vigorosamente y cuando la luna salía estaban entrando al Golfo de Nápoles.

La luz de la luna menguante envolvía en su amarillento velo la gruesa columna de humo que subía del Vesubio, claramente destacándose sobre el azul del cielo como una cabeza de gigante con un penacho de negras plumas.

Las primeras luces del amanecer les encontraron llegando a la ciudad en uno de cuyos suburbios estaba el comercio del compatriota de Demetrio. Entraron por la puerta de la caballeriza, y allí donde los asnos y unas cabras descansaban rumiando la ración de la noche, Demetrio y Rhode se dejaron caer sobre un montón de heno seco donde esperarían el amanecer.

Allí en una mísera caballeriza, entre el fuerte respirar de las bestias, aquellos dos seres humanos, proscriptos de la sociedad de los hombres, encontraron paz, sosiego y casi alegría.

Ninguno de los dos había nacido en la esclavitud. Demetrio hijo del magistrado Heracleo de Corinto y de Fedra, viuda de un general ateniense, había recibido una esmerada educación y últimamente estudiaba Medicina en uno de los mejores Institutos de la ciencia de Hipócrates. Fue hecho esclavo por la felonía de un cónsul romano, a quien su padre falló en contra en un litigio que más bien era una estafa declarada. Su padre fue asesinado y el hijo vendido como esclavo en un mercado de Roma. Su madre murió juntamente con él, y su hermano mayor, Stéfanos, que no fue persona grata a su padrastro, residía desde tiempo en Tiro donde conoció a Yhasua en su última estadía en dicha capital, y se afilió a la Santa Alianza. El lector habrá comprendido que Stéfanos medio hermano de Demetrio, es el mismo diácono Esteban, que el Sanhedrín Judío mató a pedradas pocos años después.

Rhode había nacido entre el poderoso laberinto de serranías de los Montes Pindo, en la región de Ambracia, sobre el golfo de este nombre.

Y su niñez transcurrió serena y feliz entre aquel soberbio paisaje de montañas cubiertas de olivos, de naranjos, de vides, y las rumorosas aguas del Golfo de Ambracia que recibía en su seno al Río Dodoma venido del norte.

Pero su padre era un artista de la cerámica y en general de toda obra de alfarería, y fue contratado por una empresa marmolera de Beocia y del Ática para establecer un gran comercio internacional de urnas funerarias, vasos, ánforas, cofres de mármol, de cristal, de oro y de plata que producía grandes riquezas.

Es por demás sabido que la ambición de fortuna ha traído muchas veces la ruina de innumerables familias y aún ciudades, pueblos y países.

Trasladarse desde el Golfo de Ambracia a la Beocia y al Ática, en aquella época era como trasladarse a otro continente a través de grandes montañas, de arriesgados desfiladeros y turbulentos riachos que estorbaban el paso cuando bajaban desbordados de las altas cumbres.

Por tal camino llegó Rhode con trece años a Helicón sobre el Golfo de Corinto, residencia del General Filemón, uno de los propietarios de las montañas de mármol, y esposo de Atenea, padre del que fue Stéfanos, el primer mártir del Cristianismo naciente, más conocido por el Diácono Esteban que con Felipe, Parmenas, Nicanor y otros fueron grandes auxiliares de los Doce en la primera hora después de Cristo. A la muerte del general Filemón, su viuda Atenea se había casado por conveniencias materiales con su cuñado Heracleo, socio de su difunto marido en la propiedad de las canteras de mármol. Este Heracleo fue el padre de nuestro amigo Demetrio, el cual quiso hacer un hombre de letras como él lo era, que había llegado al alto cargo de magistrado de Areópago.

Habíale hecho estudiar en Liceos y Academias, buscando despertar en él una vocación bien definida, con el fin de que siguiéndola llegara a destacarse, a descollar en una alta y distinguida posición.

Por fin el joven Demetrio, que había desempeñado correctamente los años en Éfeso –estudiante de gimnasia, esgrima y artes militares en general–, se decidió por la Medicina.

En esta situación se encontraron con Rhode en la ciudad de Corinto sobre el Golfo de este nombre, y natural y fácilmente hubo una gran amistad entre las familias de Aristarco el artista de alfarería, y la de Heracleo, el magistrado y propietario de la empresa marmolera ya mencionada.

El mismo delito de asesinato y despojo que ejecutó en Judea el procurador romano Valerio Graco con la familia del príncipe Ithamar, lo cometió el Cónsul Vitelio Casio con estas dos familias, a las que despojó de sus riquezas y asesinó a los padres que podían reclamarlas.

Los jornaleros y servidores fueron vendidos como esclavos y esparcidos por distintos mercados del mundo de entonces. Demetrio y Rhode para salvarse de la muerte se confundieron entre la servidumbre, y como todos ellos, fueron llevados a Roma y vendidos como esclavos de precio por su físico y educación.

Por ese entonces Stéfanos había llegado desde Tiro hasta la Judea poco antes de la muerte del Cristo y Demetrio y Rhode habían sido comprados como esclavos por el Senador Galión que los ofreció como regalo a su hijo el Tribuno Marcelo y a su novia Diana de Pozzuoli.

De esta manera se unieron de nuevo los caminos de Demetrio y Rhode, cumpliéndose en ellos el viejo adagio: *“Lo que Dios ha unido nadie lo puede separar”*.

¿Cómo llegó a conocer el esclavo Demetrio al Mesías Ungido de Israel? Poco antes del asesinato de Cayo Druso, el heredero de Tiberio César, en los días azarosos aquellos en que el príncipe Judá esperaba que el César firmara la aceptación de Yhasua como Rey de Palestina, llegaba a la Judea el tribuno Militar Marcelo Galión, con destino al fuerte de Minoa en Gaza, como una venganza de Cayo Druso porque Galión había conquistado a Diana que él quería para sí. El General Galo, su padre, era por entonces el primer Jefe Militar del Imperio Romano, respetado y admirado por todas las legiones; y como el viejo César tenía ya poca vida, su heredero planeaba ya la alianza de seguridad futura casándose con la hija del celebrado militar. A veces la Ley Divina utiliza estas innobles y egoístas combinaciones para conducir a los que deben ser sus apóstoles misioneros al lugar o sitios en que ellos deben actuar.

El tribuno Galión llevaba consigo a su esclavo Demetrio, que desde el primer momento fue el amigo de confianza para su amo, que supo comprender y valorar su capacidad y sus méritos, de la misma manera que Diana comprendió y amó a su esclava Rhode por sus finos modales y la dulzura de su carácter.

¡Cuál no sería la amargura de Stéfanos que presenció el desembarco en Gaza del Tribuno Marcelo Galión, cuando vio a su hermano Demetrio cargando las maletas de viaje de su amo, sus armas y llevándolos al carro que del Fuerte habían mandado a esperarle!

En pocas palabras, Stéfanos lo comprendió todo, y condolido hondamente decía abrazando una y otra vez a su hermano menor:

—Esta desgracia la ha traído la soberbia y la dureza de tu padre que tan cruel e injustamente me apartó de nuestra madre, por el vil interés de los bienes materiales que no quería dividir conmigo, ¿qué tiene ahora?

—¡Nada! —contestó Demetrio—. Una mísera sepultura en el hueco de una roca, donde descansa con nuestra pobre madre que pereció junto con él, la terrible noche del asalto a nuestra casa.

“En medio de tanto mal, he tenido la suerte de caer en una buena casa; la del Senador Galión, antigua familia patricia de las que ya quedan pocas en Roma.

“Aunque soy un esclavo, no me tratan como a esclavo.

—Yo pagaré tu rescate —dijo de pronto Stéfano—. Pertenezco a una institución que va siendo poderosa en Palestina y que al parecer dispone de grandes capitales, pues rescatan esclavos por centenares. Hay aquí acontecimientos grandes que tú desconoces. ¿Dónde podremos encontrarnos nuevamente?

—Yo voy con el Tribuno Galión al Fuerte de Minoa. Es lo único que puedo decirte —contestóle Demetrio.

—Y yo me hospedo en este barracón a orillas del mar, y soy el escriba del curtidor Simónides que provee de pieles a todos los ricos de Judea.

Todo este relato que acabo de hacer era el tema de conversación a media voz que hacía Demetrio y Rhode sentados sobre el montón de heno en el establo del suburbio de Nápoles, donde se refugiaron después del peligroso salvamento de la segunda cautiva en la isla de Capri.

El lector habrá comprendido que Demetrio había vuelto de la Palestina acompañando a su amo, y refería a Rhode los acontecimientos en el país de Israel.

Pocas veces y a hurtadillas como vulgarmente se dice, habían podido hablar de lo que les había acontecido a ambos durante la separación, siendo esclavos de amos diferentes.

En la Isla imperial nada se sabía de los últimos acontecimientos de Palestina. ¿Quién podía ocuparse allí del Mesías enviado por el Eterno Dueño de los Mundos para liberar de sus cadenas de ignorancia y de atraso a la humanidad terrestre? Allí sólo se comentaban los gloriosos triunfos de las legiones romanas en los países conquistados; los millares de esclavos que entraban mes a mes por las puertas de la gran metrópoli, señora del mundo, de las luchas de los gladiadores; de los héroes victoriosos en las carreras de cuadrigas del Circo Máximo, de las intrigas políticas entre Senadores, Cónsules y Tribunos, de los amores clandestinos de la nueva aristocracia que relegando hacia un lado el viejo y noble patriciado romano con sus austeras matronas y sus honrados caballeros, imponía sus depravadas costumbres, copia del lejano oriente en decadencia.

¿Quién podía ocuparse allí de un Rabí Galileo que repudiaba la esclavitud, las tiranías, las autocracias, el insultante lujo de los ricos junto a la miseria hambrienta de los pobres?

Y avivando dolorosos recuerdos, Demetrio iba deshojando tristezas como flores marchitas que guardaba cuidadosamente en el cofre de su corazón. Quería llevar a Rhode a las mismas grandes convicciones, que

él tenía desde que su hermano Stéfanos le había hablado de ese hombre genial, que arrastraba muchedumbres con su palabra y al cual no resistían ni las más terribles enfermedades, ni aún la muerte misma.

Y cuando Demetrio refería con detalles el día trágico del martirio de aquel Genio del bien y del amor, Rhode indignada y casi llorando le preguntó:

—¿Y el tribuno Marcelo y tú le dejasteis abandonado así, entre esos chacales enfurecidos?

—Tú no sabes, Rhode, la fuerza que tiene en aquel país el fanatismo religioso unido a la ambición de oro y de poder. El Gobernador Pilatos no quería condenarle pero los príncipes sacerdotales del Templo de Jerusalén le amenazaron de tal manera que el hombre tuvo miedo de caer en desgracia del César y sabiéndole inocente, firmó la sentencia. Y el hombre de los ojos puros y de la palabra que destilaba miel sobre todos los dolores humanos, fue colgado de un madero como los esclavos rebeldes, como los bandoleros asaltantes de caminos, como los piratas asesinos en alta mar”.

Rhode, enternecida, comenzó a sollozar.

—¡Y Él tenía madre, Rhode!..., ¡era ella la imagen de la piedad sentada sobre un trozo de roca a diez pasos del madero donde agonizaba su hijo! ¡Y tenía amigos enloquecidos de dolor, y mujeres que lloraban a grandes lamentos!...

—¡Calla, Demetrio, calla por favor, que me siento morir de espanto! ¡No me digas nada más que me arrepentiré de no haberme tirado al precipicio desde el alto acantilado de la isla de Capri!

“¿Quién puede amar la vida entre los salvajes hombres de la tierra?

—¡Cálmate, Rhode! No todos son salvajes y malvados. Vi a mi amo el Tribuno Marcelo que mandaba obligado la ejecución de aquel hombre, beberse una bota de caña india, y beodo como enloquecido emprenderla a fustazos con cuantos se le pusieron delante. Vi otro Tribuno de gallarda presencia montado en un corcel negro que parecía tener fuego en sus patas, arremeter contra un pelotón de populacho que vociferaba impulsado por los príncipes sacerdotales que habían pedido la muerte del hombre santo. Y un caudillo árabe lo secundaba en la dura refriega de azotes y sablazos contra aquella piara de chacales hambrientos de sangre como tú dices.

“Los cielos, Rhode, se volvieron negros, y el trueno retumbaba en los espacios y los relámpagos escribían con fuego la tremenda maldición del Dios del Profeta mártir, para los malvados que le quitaron la vida.

“Fue algo espantoso que no se me olvidará jamás. En todos los barrancos alrededor de la montaña del suplicio ardían llamaradas que subían hasta las nubes ennegrecidas. El fuego hacía saltar las piedras,

se desmoronaban trozos de roca donde había grutas que eran sepulturas viejas de ajusticiados en aquella montaña, y saltaban huesos de muertos, cráneos blancos, trozos de esqueletos, que se despedazaban al chocar de nuevo contra las piedras.

“La multitud corría despavorida temiendo ser aplastada por aquel terrible cataclismo de los cielos, de los barrancos que saltaban en pedazos, de las llamas que se extendían como las olas embravecidas de un mar sangriento.

“¡Oh, Rhode! ¡Aquel hombre era el Hijo de Dios y la naturaleza toda estallaba de furor por su muerte!

—¿Y ese Dios que tú dices no tenía poder para impedir que su Hijo fuera así martirizado y muerto?

—Ese es el misterio y el enigma que aún no he podido comprender —contestó Demetrio con profunda amargura.

—Apenas levante el sol partiremos hacia la Villa Astrea en el Lacio donde nos esperan nuestros amos que ahora son esposos. Ya tienen allí preparadas nuestras cartas de manumisión que nos harán libres, a ti y a mí.

“El dueño de la Villa Astrea es el gallardo Tribuno que azotaba al feroz populacho el día que ajusticiaron al Santo, y él debe saber muchas cosas que yo ignoro en este asunto. Enseguida que me vea hombre libre, volveré a Palestina para que los maestros de mi hermano Stéfano, me aclaren todo cuanto ignoro y necesito saber.

—¿Y yo, Demetrio? —preguntó Rhode desconsolada—. ¿Vas a dejarme sola otra vez?

—Yo he velado por ti cuanto he podido mientras eras esclava como yo. Ahora que serás libre, elige tu camino, Rhode. Yo no puedo obligarte a nada.

Se hizo un breve silencio.

—Muy bien, Demetrio. Si soy libre, elijo mi camino y me obligo yo misma. Iré contigo a Palestina.

Demetrio, en silencio, hondamente conmovido le tomó las manos y las besó con un beso largo y mudo mientras se secaba con ellas dos lágrimas que rodaban de sus ojos..., eran las únicas que había llorado en presencia de otra persona desde el día que fue vendido como esclavo.

¡Qué fuerte lo había hecho el dolor tan estoicamente soportado!

Al anoecer del mismo día llegaban a las altas verjas de la Villa Astrea, dos muchachos labriegos con los gorros campesinos atados bajo la barbilla y montados en asnos, con abultadas alforjas. El uno alto y fuerte; el otro de menor talla y al parecer endeble y delicado.

Al guardián portero de los jardines pidieron hablar con el Tribuno Marcelo Galión y su esposa, por un importante mensaje que debían entregarles.

Temeroso el mayordomo de que se encerrara una celada, ya que todos estaban al tanto de lo que ocurría en Roma en aquellos días, hizo las averiguaciones del caso.

Rhode no pudo soportar más y sacándose el gorro dejó caer su rubia cabellera.

—¡Una mujer! —exclamó asustado el mayordomo.

—Es mi novia —dijo tranquilamente Demetrio, quitándose el gorro y dejando al descubierto su rostro.

—¡Oh, valiente Demetrio! —gritó el mayordomo al reconocerlo—.

“¡Pasad, pasad!, que los señores han comentado ayer y hoy tu aventura, y temían que no volvieras”.

Ya se imaginará el lector, la escena que siguió después en la Villa Astrea, la hermosa mansión señorial del Príncipe Judá. Todos habían cobrado un sincero afecto a Demetrio y Rhode, por la lealtad y nobleza con que habían obrado en todo momento, aún bajo la humilde condición en que tan injustamente se veían sumidos.

El príncipe Judá y su anciana madre Noemí, que años atrás habían soportado el mismo inicuo atropello, comprendían y valoraban la fuerza de voluntad de aquellos dos jóvenes de veinticuatro años él y diecinueve ella, con que supieron triunfar de las maldades humanas y conquistar el afecto de aquellos que les conocieron de cerca.

—Es justo que demos gracias al Señor por la feliz terminación de toda esta terrible aventura —insinuó la anciana Noemí, cuyo profundo sentimiento religioso se manifestaba en todas las oportunidades.

Y cuando Demetrio y Rhode se habían despojado de sus disfraces y tomado sus trajes habituales, la anciana tomó a ambos de las manos y les acercó al altar de las Tablas de la Ley.

Sobre el altar estaba extendida la túnica azul del Cristo Mártir y sobre ella dos rollos de pergamino atados con cintas rosadas. Todos habían elegido a la anciana abuela para hacer de sacerdotisa en esta sencilla ceremonia de justificación y de amor.

De pie ante el altar y teniendo a ambos jóvenes a su lado, recitó con honda emoción el salmo de acción de gracias que repetían todos en alta voz.

Cuando se extinguió el eco de la plegaria, la anciana tomó los dos pergaminos y entregándolos a sus dueños, les dijo con la voz que temblaba y los ojos llenos de llanto:

—Ahora no sois más esclavos. El Cristo del Amor os ha hecho libres y dueños de vuestras vidas.

Diana sollozando se precipitó hacia Rhode y la estrechó fuertemente a su corazón. El Tribuno Marcelo Galión se acercó a Demetrio y estrechando sus dos manos, le dijo:

—¡Amigo!... Este momento lo he deseado desde que mi padre te puso junto a mí. Y como no creo terminado mi deber para contigo, te ofrezco a mi lado el puesto de Secretario privado si quieres continuar conmigo; o que aceptes mi ayuda para abrirte camino en la vida, si quieres marchar solo.

Demetrio tardó un poco en reponerse para contestar.

—Acepto ser tu secretario Tribuno Marcelo Galión, pero quiero antes hacer un viaje a Palestina llevando a Rhode conmigo, para ser ambos bautizados por el Apóstol Pedro, de quien recabaré muchas explicaciones que mi conciencia reclama.

—Muy bien, Demetrio, muy bien. A tu vuelta serás tú quien me instruya a mí, que estoy tan necesitado como tú de saber muchas verdades —le contestó el Tribuno.

—Demetrio —dijo el Príncipe Judá—. Marcelo y yo hemos convenido que tú eres el hombre indicado para secundarnos en una empresa, mitad idealista y mitad material que comenzaremos pronto.

—¿Puedo saber de qué se trata? —preguntó él.

—Todo gira alrededor del Cristo Hijo de Dios, que hemos visto morir heroicamente en Palestina. ¿Aceptarás?

—Acepto aunque deba morir como Él —contestó serenamente Demetrio.

Judá le estrechó las manos emocionado, mientras le decía:

—Hemos nacido juntos el día de su muerte, al pie de su cadalso de mártir.

Nebai y Diana se habían llevado a Rhode al interior de la casa para vestirle de manera conveniente, mientras Demetrio haría lo mismo, pues en la cena de esa noche celebrarían los esponsales de ambos, a fin de que hicieran el proyectado viaje, siendo ya prometidos esposos.

La austera corrección de costumbres de la antigua aristocracia romana, judía y griega, así lo exigía.

EN EL PALACIO HENADAD

Para los lectores este escenario es bien conocido.

Flota dentro de sus muros y bajo sus soberbias arcadas, algo así como un vapor de lágrimas mezclado al perfume inextinguible de los más hondos recuerdos.

En su gran cenáculo tapizado de seda color naranja, tuvo lugar la última cena del gran Maestro con sus Doce íntimos. Allí fue su despedida, el tremendo adiós de su corazón de hombre, momentos antes de entregarse a la muerte en el huerto de Gethsemaní.

Aquellos muros, aquellos cortinados debieron quedar saturados de dolor, de suprema angustia de madre entregando a su adorable Hijo al sacrificio; zozobra, dolor, incertidumbre, desesperación de lo inevitable, todo quedó allí recogido y flotando como cendales color ceniza, impalpables y fríos, que aún años después, nadie que entraba allí podía eludir el sentirlos como un roce doloroso en el corazón. A este recinto de dolor y de amor supremos, entremos de nuevo, lector amigo, con Demetrio y Rhode que van en busca del Apóstol Pedro.

Para seguridad de los discípulos del Maestro que se albergaban allí, Simónides, administrador de esa propiedad, le había mandado colocar sobre su gran portada una lámina de mármol en la que se leía:

“Hospedería Internacional – Sucesión del Duunviro Quintus Arrius”.

Y mediante sus ocultos donativos a la guarnición de la Torre Antonia, había conseguido que en la primera boca-calle cercana, tuviera garita de parada un representante de dicha guarnición que guardaba el orden.

Esto era alguna garantía de seguridad para los habitantes de aquella mansión, pero no impedía el espionaje ordenado por el Sanhedrín desde la muerte del Profeta Nazareno.

Los siete Diáconos auxiliares de los Doce se hospedaban en el palacio Henadad, juntamente con Pedro, Santiago, Andrés y Matías, cuyos trabajos apostólicos se habían reducido hasta entonces a enseñar a los adeptos dentro de los muros de la gran mansión, o en el palacio de Ithamar; o en la que fue casa de la viuda Lía, convertida en Oratorio y Refugio de huérfanos y ancianos sin hogar, como así mismo en la casa paterna de Nicodemus donde vimos celebrar reuniones a los dirigentes de la Santa Alianza en los últimos años de la vida del Mesías, Ungido de Dios.

Estos eran los Oratorios principales y puntos de reunión de la primitiva

Congregación cristiana de Jerusalén, cuando nuestro amigo Demetrio hacía su entrada en ella, llevando consigo a su prometida Rhode.

Stéfanos, su hermanastro, le recibió con indecible amor, y tomó a su cargo la instrucción de Rhode en los principios de la nueva Doctrina como preparación a su ingreso en las filas de los amantes de Cristo.

Era Stéfanos de una belleza varonil tan perfecta que en su patria lejana fue tomado muchas veces como modelo de los Apolo, de los Adonis, que los artistas más notables esculpían para los templos paganos.

El segundo casamiento de su madre y el rudo tratamiento que recibió de su padrastro, fue lo que lo impulsó a viajar hacia la opuesta ribera del Mediterráneo, donde su padre, el general Filemón, había permanecido largo tiempo en su juventud.

Entre su testamento, el viejo militar había dejado un pliego cerrado y lacrado para su hijo único Stéfanos, que su madre le entregó sin abrir.

Allí le decía entre otras cosas para su gobierno, que hiciera por llegar al país de Palestina y siguiera el curso del Jordán hasta la ciudad de Cesarea de Filipo unida con el puerto de Tiro por una hermosa carretera.

“A una milla al este de Cesarea encontrarás la *Villa Dóride* entre un bosque de cipreses, olivos, vides y naranjos. Es mía y es mi herencia para ti. Adjunto está el título que lo acredita. Preséntate con él al Administrador residente en Antioquía, el naviero Simónides, el cual te pondrá en posesión de la Villa y de todo cuanto ella ha producido desde hace veintisiete años. En Cesarea, tomé como segunda esposa una doncella persa, hija de un alto jefe militar que estaba proscrito con su familia.

“Cuando se enteró a su vuelta de una campaña, no estuvo conforme y mandó asesinarme en mi residencia de la Villa Dóride. Teníamos ya un niño dos años menor que tú, al que su madre Decelia llamó *Boanerges*. Los asaltantes me impidieron toda defensa y se llevaron a la madre y al niño. Nunca he podido saber nada de ellos. El reuma me imposibilitó de viajar y mis agentes no obtuvieron jamás una noticia favorable. Si después de mis días recorres aquellos países y la fortuna te favorece, y encuentras ese hermano tuyo, parte con él la herencia de tu padre como he partido yo mi cariño entre tú y el hijo perdido, si acaso no fue muerto con su madre en aquella noche fatal”.

Y fue este el segundo motivo que impulsó a Stéfanos hacia los puertos de Siria. Había encontrado la *Villa Dóride* perfectamente cuidada y en plena producción. Sus tierras estaban regadas por un afluente del caudaloso río Nahr-el-Awaj que circundaba el Castillo como una defensa natural. Pero no encontró ni a Decelia, segunda esposa de su padre, ni al niño Boanerges. El único dato que le dieron fue que el Administrador Simónides residía entonces en Jerusalén. Su representante en Antioquía reconoció los derechos de Stéfanos, pues estaba al tanto del negocio del

General Filemón, y al entregarle sus rentas, le dio la noticia de que el anciano Simónides residía en Jerusalén, pero el joven se recluyó en su Villa Dóride. Tal fue el camino que hizo antes de ser el jefe de los Diáconos elegidos como auxiliares por los Apóstoles del Señor, Stéfanos de Corinto, que pocos años después fue el primer sacrificado por enrostrar al Sanhedrín judío el asesinato del Mesías Hijo de Dios.

Este ferviente amador del Cristo, era el alma, digámoslo así, de la organización de las primitivas agrupaciones cristianas por su preparación, por sus dotes intelectuales y morales, y más aún por la poderosa atracción que ejercía su palabra de fuego, su brillante oratoria que convencía y subyugaba.

Era además un artista del clavicordio y era el organizador de los coros de doncellas, que tan importante papel desempeñaban en los sencillos cultos de la primera hora cristiana, en que todo se reducía a leer los libros de los Profetas y explicarlos, y el canto de los Salmos.

También tenían los Siete Diáconos el cargo de instruir a los neófitos de origen griego, que aún no comprendían ni hablaban el sirio ni el hebreo. Fue de este modo que Demetrio y Rhode se encontraron en el palacio Henadad en medio de una escuela cristiana que hablaba la lengua nativa.

Stéfanos como artista de la armonía, se apercibió enseguida de la hermosa voz y buenas condiciones de Rhode, para los solos del coro que cantaba los Salmos, y se esmeró en cultivarla.

Este roce continuado y la atracción natural que ejercía Stéfanos sobre cuantos le trataban, hizo que Rhode le tomase gran afecto, al cual ella se dejó llevar sin temor alguno por tratarse del hermano de su prometido esposo. Demetrio en cambio se entregó de lleno a inquirir y escuchar de los testigos oculares de la vida del Cristo, todo cuanto podía fortalecer sus convicciones sobre la grandeza sobrehumana de aquel hombre extraordinario que él vio morir sobre la montaña del Gólgota.

La mirada dulce y profunda de aquellos ojos llenos de dolor parecía seguirle a todas partes. Y no perdía oportunidad de pedir relatos sobre Él, a Pedro, a Santiago, a Andrés y Matías, que eran los cuatro apóstoles que residían en el palacio Henadad. Le dijeron que en Nazareth de Galilea vivía aún la augusta madre del Señor. Que en Betlehem vivían una tranquila ancianidad, los que le conocieron desde la noche de su nacimiento. Que en los Santuarios Esenios del Quarantana y del Tabor vivían aún algunos ancianos que fueron los maestros de la adolescencia y juventud del Mesías Ungido de Dios.

Que en el palacio de Ithamar en la misma Jerusalén vivía el anciano Simónides que tanto conoció al Divino Maestro.

Demetrio se sintió como invadido de una ansia loca, que casi era fiebre de hablar con todas aquellas personas.

El Apóstol Pedro no podía dedicarle mucho tiempo porque se veía siempre rodeado de enfermos de toda especie que acudían a él por alivio a sus males. Estaba ya reconocido como poseedor de los poderes del Señor para aliviar los dolores humanos. Los otros apóstoles tenían a su cargo la enseñanza en los demás Oratorios, que muy discretamente funcionaban en la ciudad de los Profetas Mártires.

Hasta que un día, en íntima conversación con su hermano Stéfanos y su prometida Rhode, les dijo Demetrio:

—Mientras dura la enseñanza de Rhode, y ya que ella está bien guardada en esta casa entre las ancianas y las doncellas, yo haré algunos viajes, primeramente a Nazareth de Galilea a visitar a la Madre del Señor y otras personas que me han indicado residentes por allá.

“A mi regreso, será la ceremonia de nuestro bautismo y casamiento. ¿Estáis conformes?”

—Por mi parte lo estoy —contestó Stéfanos—. Rhode hablará por ella misma.

—Si es tu deseo Demetrio, también estoy conforme yo. Basta que no te ocurra nada desagradable y que vuelvas pronto.

Y Demetrio partió hacia Galilea llevando epístolas para las Congregaciones de aquella región.

En el gran Cenáculo de la última cena del Cristo Divino con sus discípulos, convertido en uno de los primeros santuarios cristianos, continuaba a la mañana y a la noche el fervoroso canto de los salmos, el relato de las más bellas parábolas del Divino Maestro, la lectura de las crónicas facilitadas por los esenios referentes a muchos pasajes de la vida que en medio de ellos había vivido Él, de niño, de adolescente y de joven.

El coro del palacio Henadad, compuesto de veinticuatro doncellas con Rhode como solista y Stéfanos como director y maestro de clavicordio, había comenzado a atraer numerosa concurrencia no sólo de los demás oratorios sino de personas que sin estar afiliados a tendencia religiosa determinada, gustaban de aquellas solemnes sinfonías, que eran una manifestación artística de muy buen gusto.

A esto se añadió la palabra vibrante del orador plena de encantos, de belleza y de verdad.

De esta manera fue conocido como músico y orador, Stéfanos el griego, como le llamaban vulgarmente.

Un día hablando el Apóstol Santiago con él, le dio a leer una canción escrita en sirio. Stéfanos la encontró hermosa y llena de tal sentimiento de adoración al Señor que preguntó quién era el autor. El Apóstol le contestó:

—Es un extraño y hermoso muchacho que nació pastor y llegó a

trovador. Le llaman el trovador de Mágdalo porque vive allí casi desde niño. Su nombre es Boanerges.

Stéfanos saltó en su asiento como si hubiera visto caer un rayo a su lado.

—¡Boanerges! —dijo— ¡Boanerges!...

—¿Tanto te asusta ese nombre? —le preguntó Santiago.

—Llevo cinco años en esta tierra buscando a un Boanerges sin haberle encontrado, y tú me das una canción escrita por *Boanerges*. ¿Dónde está?

—Ya te lo dije: en el Castillo que domina la aldea de Mágdalo. ¿Es algo tuyo? —Y al decir así Santiago clavó sus ojos en el hermoso rostro de Stéfanos.

—¡Es algo mío! —contestó éste muy pensativo.

—Y a decir verdad te le pareces mucho, con la diferencia de que tú eres rubio y ojos verdes, y él es castaño de cabellos y ojos oscuros. Y viste siempre a uso griego como todos los habitantes del Castillo.

—¿Y tú de qué le conoces?

—Éramos vecinos de las orillas del Mar de Galilea —contestó Santiago—. En el Castillo hay un oratorio de los nuestros, y tu hermano Demetrio irá seguramente por allí.

—De haber sabido esto antes, hubiera ido yo con él o le habría recomendado de hablar con él.

—Aún estás a tiempo. Vete ahora mismo.

—No puedo porque cuido a Rhode que pronto será la esposa de mi hermano y la preparo para el bautismo en la próxima luna. Iré en cuanto termine mi obligación.

Stéfanos no declaró nada más ni el Apóstol le hizo pregunta alguna.

Mientras tanto en el alma pura y vehemente de Rhode se iba levantando como tenue luz difusa, una intensa admiración para su maestro de canto y de la doctrina del Cristo. Ella no alcanzó a conocer a ese hombre genial, único, que oyó mencionar tanto a Demetrio, y continuaba oyéndolo en todos los labios desde que había llegado a aquella tierra que Él holló con sus pies.

Stéfanos mismo hablaba con entusiasmo de la belleza divina del *Señor*.

Y Rhode con sencilla candidez, le preguntó:

—Pero..., ¿era más bello que tú?

Stéfanos la miró asombrado y al ver que un subido rubor tiñó aquel rostro, creyó adivinar lo que no hubiera pensado jamás, y gravemente le contestó:

—Yo soy un simple mortal, y Él era el Hijo de Dios.

Y aparentando no dar importancia a ese breve cambio de palabras,

continuó su ensayo con el coro de los himnos que cantaría en la oración de esa noche.

Cuando esa noche llegó el momento de la meditación que de ordinario se hacía sobre algún punto de la moral enseñada por el Cristo. Stéfanos tomó este tema: “No debes hacer a tu hermano lo que no quieres que te hagan a ti”.

“Es el fundamento, el esquema, la esencia del mandato divino, ley universal: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”.

Stéfanos hablaba con un fuego que traspasaba los corazones de parte a parte, porque él se hablaba a sí mismo, como si quisiera inyectar en su propio corazón el mandato divino que todo el mundo conoce pero que muy pocos en el mundo lo practican cumplidamente.

“—Traspasa y pisotea ese mandato divino, fundamento de la moral del Cristo Señor Nuestro —decía Stéfanos con ardiente vehemencia—, lo mismo el que quita un manto, una túnica, un denario a su hermano, que el que le quita el amor de la mujer elegida para compañera o del hombre aceptado como esposo; que mayor pérdida es la del amor del ser amado, que la pérdida de un pedazo de tierra, de un buey, de un asno, de un talento de oro o de un cofre con perlas y diamantes”.

Stéfanos veía en todas partes los ojos dulces y amorosos de Rhode que le seguían como dos luceros en los sombríos caminos de la vida.

“—No hagas a tu hermano lo que no quieres que te hagan a ti” —se repetía constantemente como si fuera la queja, el reproche de su noble espíritu, al *yo inferior* que se deja deslumbrar por la efímera belleza de la materia.

Y al amanecer de una fría mañana nebulosa se dirigió a la puerta de Jaffa y salió fuera de la muralla de la ciudad. Se dirigía al Monte Gólgota convertido entonces en tranquilo cementerio de todos los que morían en las filas de los amantes del Cristo.

Abrió la puertecita de gruesos barrotes de hierro y se quedó quieto, mirando el pequeño obelisco de mármol plantado en el mismo lugar en que estuvo el patíbulo del Divino Salvador.

El corazón le sollozaba en lo hondo del pecho y su alma le repetía con la nota aguda del clarín que despierta a los dormidos: “No hagas a tu hermano lo que no quieres que te hagan a ti”.

Corrió hacia el obelisco, cayó de rodillas y se abrazó a él.

Su hondo sollozar hubiera conmovido hasta a los menos sensibles, pero allí no había más que el enorme círculo de rocas grises y peladas, y las losas que cubrían la entrada a las sepulturas.

Allá en la penumbra del oratorio, Rhode lloraba también. Se sentía triste y asustada sin acertar el porqué. Era la hora de la acostumbrada oración y allí faltaba Stéfanos que era quien dirigía los cultos en

el palacio Henadad. ¿Qué podría ocurrir? Le reemplazó otro de los diáconos.

Mientras tanto, Stéfanos de rodillas al pie del obelisco, iba encontrando lentamente la quietud interior que le faltaba.

—¡Señor!... ¡Señor! —clamaba a media voz—. Soy un predicador de tu ley, de tu divina enseñanza y mi corazón se ha prendido de la prometida esposa de mi hermano. ¡No quiero ser traidor a tu mandato, a tu doctrina, a tu ideal divino del amor al prójimo como a mí mismo!

“¡Defiéndeme, Señor, por tu muerte heroica, por tu santo Nombre, por la gloria de tu Reino, por tu vida eterna de luz y de amor! ¡Y córtame la vida con un soplo de tu aliento soberano si he de traicionar un día tu divino ideal!

La paz había vuelto a su agitado espíritu, y paso a paso se encaminó hacia la ciudad. Al llegar al cruce de las calles convergentes al palacio del Monte Sión residencia del Sumo Sacerdote, vio a un guardia del palacio azotando ferozmente a un galileo casi anciano. Stéfanos tomó la defensa del infeliz poniéndose entre ambos.

—Es vergüenza que un guardia del Gran Sacerdote representante de Dios, maltrate así a un pobre anciano —le dijo severamente.

—Es un miserable blasfemo que sube al trono de Jehová al galileo impostor que ha trastornado a los estúpidos de esta tierra.

Antes de terminar la frase inicu, aquel guardia rodaba por el suelo del tremendo bofetón que Stéfanos le aplicó dando lugar así a que el anciano escapara.

La dignidad, la actitud de Stéfanos, su apariencia exterior de príncipe extranjero y más que todo, la fuerte irradiación de poder y de dominio que emanaba de su persona, de su voz, de su mirada, de tal modo asustaron al guardia que no fue capaz de contestar ni una palabra, y Stéfanos siguió su camino hacia el palacio Henadad.

Cuando llegó estaban terminando el culto de la mañana. Penetró al Oratorio colocándose en último lugar junto a la puerta de entrada casi detrás del cortinado.

Todos los asistentes fueron saliendo silenciosamente. Por fin el recinto quedó vacío.

Entonces vio Stéfanos salir de la penumbra de un rincón una silueta fina, alta, grácil como una vara de nardo. Aquella silueta vestía túnica azul oscuro y en la cabeza el velo blanco de las doncellas esenias. La vio caer de rodillas ante el altar de las Tablas de la Ley, al pie de las cuales aparecía en letras doradas sobre una lámina de mármol negro la frase amada del Divino Maestro:

“Ama a tu prójimo como a ti mismo”.

Vio que aquella delicada silueta de mujer se doblaba como un junco al

choque de los vientos y hondos sollozos rompieron el profundo silencio del Oratorio.

Stéfanos reconoció a Rhode y suavemente se acercó a ella.

—¡Rhode! —le dijo—. ¿Por qué lloras?

—¡Stéfanos, hermano mío!..., ¡creí que no volvías más! —exclamó la joven secando su llanto.

—Y, ¿por qué no había de volver? Mi deber está aquí. Y como me siento responsable de ti ante mi hermano Demetrio tu prometido esposo, es que te pregunto Rhode, ¿por qué lloras?

—¡Es largo de explicar! —respondió ella con una forzada sonrisa.

—Ven, siéntate aquí a mi lado y hablemos como dos buenos hermanos.

—Y Stéfanos la ayudó a levantarse y junto al altar se sentaron.

—Anduve desde el amanecer por nuestro Cementerio —continuó Stéfanos—, porque necesitaba visitar otra vez el sitio del gran holocausto del Cristo Redentor, para hacer allí mismo el mío. Y una vez hecho estoy tranquilo Rhode y no quiero verte sufrir por mí.

Ella se estremeció toda como en un escalofrío y con sus grandes y dulces ojos color topacio, nublados de llanto, lo miró sin contestarle porque en su garganta se anudó un sollozo que se esforzaba en contener.

Por fin dobló la cabeza velada de blanco sobre el hombro de Stéfanos y rompió a llorar con indecible angustia. Él tomó entre las suyas aquellas lacias manos, frías como mármol y le habló con la voz de un inspirado:

—Rhode, hermana mía: nacidos tú y yo en la Grecia del Amor, de la Belleza y del Arte, no podemos librarnos de la sugestión de esos tres grandes poderes de la vida humana: el Arte, la Belleza y el Amor. Todo en nosotros se ha unido para caer vencidos por esas tres potencias, pero no seremos vencidos, Rhode, porque hay en nosotros algo mucho más fuerte que el Arte, la Belleza y el Amor. Y ese algo es esta frase divina que vemos grabada sobre el altar y que brotó del alma del Cristo como una rosa de sangre que no ha de morir jamás.

“Ama a tu prójimo como a ti mismo”, que significaba: “*No hagas a tu hermano lo que no quieres que te hagan a ti*”.

“No merecemos el nombre glorioso de *cristianos* si no somos fieles cumplidores de ese único mandato del Cristo. ¡Fue su testamento, su herencia, su legado eterno, el único precio puesto por Él a sus grandes promesas de amor, de dicha perdurable, de inefable bienaventuranza!...

“¡Seamos valientes para el sacrificio Rhode como lo fue el Señor que en plena juventud lo renunció todo!..., todo cuanto puede amar el hombre en su vida terrena. ¡Y eso, no por un ser querido, sino por una humanidad embrutecida en la corrupción y el vicio, ciénaga inmundas

de todas las aberraciones e iniquidades a que puede descender la larva humana, que aun arrastrándose en el polvo sabe morder, herir, despedazar a su hermano!

“De ese sacrificio fue capaz el Cristo Señor Nuestro, sabiendo que la gran mayoría de la humanidad no comprendería nunca la grandeza sublime y única de su sacrificio.

“Voluntariamente te has prometido como esposa a mi hermano Demetrio que es un vaso elegido de bondad, de nobleza, de lealtad y de amor.

“Y voluntariamente cumplirás tu promesa y seré yo mismo quien te entregue a él, que te ama y te espera como la única compensación de todos sus padecimientos.

“Las teclas del clavicordio bajo mis manos, te hicieron subir en alas de la armonía a un mundo azul de visiones doradas de luz multicolor; como las vibraciones de tu voz de ángel me llevaron a mí a un paraíso de querubines con alas de sol y jardines de estrellas... La Grecia de la Belleza y del Arte, despertó al niño de las flechas de oro que dormía en nosotros...

Ahora estamos despiertos de nuevo, Rhode, a la Luz Divina de la mirada del Cristo que colocado entre tú y yo nos dice: “*Os hago parte de mi sacrificio para que la tengáis también en mi gloria*”.

“¿La rechazaremos, Rhode?...”

Ella cayó arrodillada ante Stéfanos y llena de emoción le dijo en entrecortadas frases:

—¡Te vi hermoso en tu físico, en tu música que habla, ríe y llora; pero te veo más hermoso aún en tu nobleza y lealtad, en la grandeza de tu alma para renunciarlo todo!

Stéfanos estrechó a su pecho la bella cabeza tocada de blanco, besó sus ojos que lloraban y dijo a media voz: —¡La visión querida se esfuma entre los brazos del Señor!

“Ahora sólo vives tú, la prometida esposa de mi hermano ausente. Y yo te guardo para él como a la niña de mis ojos”.

Ella salió del Oratorio y Stéfanos se sentó al clavicordio para desahogar en torrentes de armonía la tragedia íntima de su alma, la angustia del renunciamiento, la tremenda soledad a que acababa de condenar a su propia vida.

Y tuvo entonces la más hermosa visión que hubiera podido esperar.

Sus finas manos marfileñas corrían sobre el teclado en una explosión de melodías que ya eran el rugido del mar chocando en la costa brava del istmo de Corinto, o el gemido de los vientos en los cipreses de su tierra nativa, o el rumor de los arroyuelos saltando entre los peñascos.

Y de sus ojos verde jade, corrían dos raudales de lágrimas que

humedecían su plisada túnica blanca y al embozo de su clámide púrpura, en que iban a esconderse los bucles dorados de su cabellera.

Una luz intensa le cegó de pronto y al levantar la mirada buscando la causa de aquel resplandor, vio de pie junto al clavicordio a Yhasua, joven, bello, resplandeciente, como le había conocido en Tiro la tarde aquella de la lucha de trirremes en la Naumaquia, cuando Él salía triunfante y feliz por haber salvado tantas vidas humanas expuestas a perecer por la ambición de los poderosos.

La visión llevaba entre las manos abiertas muchas rosas rojas y lirios blancos, y dejándolas caer sobre el teclado pronunciaba estas palabras:

—“Has triunfado de ti mismo, Stéfanos, que es el mayor de los triunfos y aquí tienes la primera recompensa”.

Y poniéndole la mano intangible y luminosa sobre la cabeza, se esfumó la visión.

El clavicordio seguía vertiendo melodías suavísimas como susurros de alas invisibles y Stéfanos continuaba derramando su llanto que no era ya de angustia sino de esa íntima felicidad del alma que ha sentido un momento la Divina Presencia.

¡No estaba más en la tierra!... Sentíase flotar en un ambiente de luz y de paz infinita adonde una fuerza superior le había subido, acaso para hacerle sentir cuán poco valen los goces materiales comparados con los que al alma le esperan en la posesión del Reino de Dios.

¡La melodía suavísima que sus propias manos iban arrancando maquinalemente del teclado como un autómatas, hacía el efecto de onda sutil que intensificaba y prolongaba aquel estado semiextático de su espíritu, suspendido entre el cielo y la tierra como un celaje de luz que fluctúa entre descender de nuevo hasta el polvo o subir hasta sumergirse en la Luz increada!

Se vio a sí mismo, anciano venerable en una gruta iluminada por cuarenta cirios de dorada claridad rodeado de otros tantos ancianos que escuchaban su palabra. Era un Santuario en el Monte de las Abejas, en su Grecia eterna y gloriosa. Y se despedía de sus compañeros de soledad y de ideales porque una visión radiante, la misma que acababa de ver de pie junto al clavicordio le había anunciado que esa noche al llegar la luna llena al cenit, se desprendería de la vida para entrar en las moradas eternas del amor y de la luz, comprendió que era el mayor entre sus compañeros que le amaban y padecían por su partida...

Oía sus voces sollozantes que le decían: —“*iBidkar!..., no olvides nuestros pactos y vuelve a este monte otra vez.*

“*iAtlas que tuviste en tus brazos al bienvenido!... recuérdale sus promesas para sus Dakthylos del Monte de las Abejas*”

La sinfonía del clavicordio seguía y seguía como el concierto maravilloso de cien liras unidas, y Stéfanos con la mirada fija en la techumbre solo sentía el amor en torno suyo, la claridad que le envolvía, la esencia de muchas flores que exhalaban sus perfumes para él, y el fresco de una brisa deliciosa de alas que se agitaban, de olas de luz que iban y venían, de voces divinas que cantaban a la dicha inefable de vivir y vivir eternamente en la paz y en el amor.

Aquella maravillosa armonía no acostumbrada a esa hora, atrajo al Santuario a las doncellas del coro y luego a otros de los moradores de aquella casa.

Rhode llegó también, y todos en profundo silencio fueron acercándose hasta rodear el instrumento mago y al mago de las cuerdas que le hacía vibrar tan maravillosamente.

Rhode se acercó más aún, y si no hubiera sido por el suave movimiento de las manos sobre el teclado, habría creído que Stéfanos se había convertido en un hombre de mármol blanco... ¡Tan blanco parecía su rostro inmóvil coronado de cabellos de oro! ¡De pronto le sintieron exhalar un gran suspiro y un vibrante acorde final puso silencio al clavicordio, que había trinado como cien ruisseños en un rosedal en flor!

Y la cabeza del músico cayó pesadamente sobre sus manos apoyadas aún en el teclado.

—¿Qué pasa aquí? —se oyó la voz de Pedro que acababa de llegar después de tres días de ausencia.

—¡Padre mío!... —gritó Rhode—, ¡Stéfanos se ha muerto!... ¡Despiértale a la vida tú que puedes hacerlo en el nombre del Señor!

El anciano se acercó al joven Diácono y le llamó por su nombre. A la segunda vez, Stéfanos levantó la cabeza y Pedro vio su bello rostro bañado de lágrimas.

—¿Qué pasa, hijo mío? —le preguntó con el dulce acento paternal que Pedro usaba con todos.

—He vivido una hora de cielo, y me veo de nuevo en la tierra —contestó Stéfanos abrazándose del viejo Apóstol del Cristo, que Él había dejado en lugar suyo para consolar todos los dolores de los que dejaba en la tierra.

Desde la partida del Mesías Hijo de Dios, venían presenciando sus amadores fervientes esta clase de manifestaciones, en muchos de aquellos seres que por su extrema sensibilidad y la vehemencia de sus sentimientos están siempre más predispuestos para ellas.

Pedro ya conocía todo esto y no se alarmó en modo alguno. Y con una breve disertación trató de tranquilizar a todos, haciéndoles comprender que así premiaba el Señor, los sacrificios hechos por seguir los caminos marcados por Él.

—Nuestro Diácono Stéfanos, ha estado unos momentos con nuestro Rey inmortal en su Reino de Luz, a donde Él le ha permitido subir en compensación, sin duda, de algo muy grande que él ha sacrificado —dijo Pedro, con una intuición maravillosa de lo que debía ocurrir en el alma noble y pura de Stéfanos—.

“A todos nos puede pasar algo semejante, cuando haciéndonos superiores a las inclinaciones de la materia o a las sugerencias de este depravado mundo en que vivimos, seamos capaces de presentar al Señor la ofrenda de todo cuanto queremos, que esté en contra del mandato que nos ha dejado: *“No hagas a tu hermano lo que no quieres que te hagan a ti”*.”

Pedro amaba a Stéfanos como se ama a un hijo, y éste le devolvía su afecto con una ilimitada confianza en el anciano Apóstol.

Le llamaba *padre*, y cuando todos se hubieron retirado del Oratorio, Pedro le dijo:

—Hijo mío, yo sé que en tu alma tienes una desolación profunda porque la siento gemir junto a mi corazón como una tórtola herida de muerte.

“El Señor, nuestro Rey Eterno, me ha dado el poder de curar los cuerpos enfermos. ¿No me dará también el de curar tu alma que me es tan querida?”

El joven Diácono se sentó junto a él, pero durante unos momentos la emoción no le dejaba articular palabra. Cuando pudo serenarse habló:

—Padre —le dijo—, si te digo lo que me sucede, temo que mueras de espanto.

—No, hijo mío, no temas. Desde que tuve la inmerecida dicha de vivir en contacto con nuestro Divino Maestro, he aprendido a conocer todas las tempestades del alma y ya nada puede espantarme.

—Mi desdichado corazón de hombre se ha prendido con un amor insensato de la prometida esposa de mi hermano; y aunque hice a nuestro amado Señor el sacrificio de ese amor, él sigue viviendo en mí, y me abrasa todo con su llamarada viva. ¿Dónde está el Señor que no recibe mi holocausto, ni oye mis lamentos pidiéndole la paz interior que he perdido?

“Empiezo a creer que hay leyes supremas que desconocemos los hombres, debido a las cuales, las Inteligencias libres de la materia no pueden percibir los quejidos de dolor de sus hermanos desterrados.

“¡Padre!... Tú has presentido mi lucha interior y la angustia que me devora, y te apresuras a darme el consuelo y a buscar para mí, la quietud perdida. ¿No lo haría lo mismo el Señor, y otros de los amados del espacio infinito si pudieran hacerlo?”

“¿Cómo me explicas tú el silencio pavoroso de los cielos en la honda tragedia de un alma llena de buena voluntad que se debate en la impotencia?”

“¡Yo no he buscado esta barrera que se interpone en mi camino!”

“¡Yo no quiero lo que la ley de Cristo no quiere!

“Yo acepto llevar en mi vida el estigma de todos los dolores con que quiera cargarme la Ley, pero no quiero traicionar el ideal divino del Cristo nuestro Señor. No quiero ser traidor, no quiero ser perjuro, no quiero ser falso, llamándole *Maestro mi Señor* con los labios y que los actos de mi vida me desmientan como a un falsario, como a un hipócrita, como a un vulgar embustero...”

—Ten paz en tu alma hijo mío y escucha las palabras toscas y sencillas de este viejo discípulo del Señor: Yo le acompañé en la noche del Huerto de Gethsemaní, adonde Él iba sabiendo que iba a la muerte. Y en el silencio de esa noche pavorosa, bajo la sombría bóveda de los olivos centenarios, le escuché quejarse en suspiros que partían del alma.

“Su voz lloraba porque lloraba su corazón y le oí decir:

“¡Padre mío! pase de mí este amargo cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya”

“En ese instante supremo, Él sufría la soledad de alma que tú sufres hoy, hijo mío, y de la cual te quejas tan amargamente.

“¿Por qué el Padre le dejaba solo? ¿Por qué los Seres Superiores, sus hermanos de evolución y de ideales le dejaban solo?... No podemos pensar que no le vieran, ni le oyeran, ya que sabemos por Él mismo que en el mundo espiritual y el mundo físico, aunque están separados, no existen entre ellos barreras al pensamiento humano cuando tiende su vuelo al Infinito impulsado por un amor grande, desinteresado y puro. Toda la vida excelsa de nuestro Señor y Maestro estuvo día por día bajo la divina vigilancia sin que ella le faltara ni un solo momento.

“¿Podemos pensar que en la hora de sus angustias no fuera protegido ni escuchado?”

—Y si era escuchado —observó Stéfanos—, ¿por qué estando ya pendiente de la cruz dio aquel tremendo clamor que hizo desmayar a las piadosas mujeres y enloquecer a los hombres que le oyeron?

“¡Padre mío! ¿Por qué me has abandonado?”

—Ya sabía yo que llegarías a esto y estoy preparado para contestarte. Hijo mío, cada alma tiene su ley propia, la que ella misma aceptó de antemano al venir a este mundo.

“El Señor nuestro Maestro, vino a la tierra a enseñar a esta humanidad a vivir de acuerdo con la Divina Ley, y a enseñarle a morir si era preciso por sostener el ideal que le trajo a la vida material.

“Al enseñar y practicar la Ley, se puso frente a frente con los poderes constituidos en esta humanidad, los cuales luchan rabiosamente por sostener sus privilegios y todas las ventajas materiales, que la ignorancia de las muchedumbres les ha permitido tomar de siglo en siglo a través de las edades.

“Todo esto el Señor lo sabía, lo había querido y aceptado desde antes de encarnar en este mundo.

“Para entrar en la posesión absoluta del Reino de su Padre, para ser uno con Él, le faltaba la última prueba de Amor Supremo, del Amor llevado a lo infinito, a lo ilimitado, y esa prueba debía darla Él y quiso darla, y la dio tan completamente que antes de expirar tuvo la inefable visión de su holocausto aceptado y glorificado, y por eso exclamó con el alma que se le escapaba ya del cuerpo: *“¡Todo fue consumado! ¡Padre mío! ¡En tus manos entrego mi espíritu!”*

“¡Todo esto nos lo ha explicado Él mismo después de su gloriosa libertad del sepulcro, en las muchas apariciones del Señor en los momentos de nuestra oración de lágrimas y tristeza por la soledad en que Él nos dejó!

“¡Cuarenta días, Stéfanos!, cuarenta días después del martirio y del sepulcro duró su divina enseñanza para sus amantes de la tierra.

“¿No es esto una solemne respuesta a tus dudas de que las Inteligencias libres de la carne no puedan ayudar a sus hermanos desterrados en el plano material?

“¿No podemos pensar que tú, al elegir tu camino a seguir, has pedido para ti algunas de las pruebas de amor supremo que nuestro Señor pidió para Sí? ¿No somos todos nosotros cooperadores suyos en la redención de esta humanidad?

“Si hemos actuado junto a Él en sus gloriosas jornadas mesiánicas, viéndole vivir y morir heroicamente, ¿no habremos tenido alguna vez el valor de pedirle participación en sus sacrificios en beneficio de esta humanidad?

“Si hemos vivido entre los Profetas Blancos de Anfión, el Rey Santo; entre los Flámenes de Juno y de Numú; entre los Dakthylos de Antulio; entre los Kobdas místicos de Abel; en las Torres del Silencio de Krishna; entre los errantes peregrinos de Buda; entre los esenios de Moisés.

“¿Qué alianzas, qué promesas, qué pruebas no habremos pedido en el deslumbramiento producido en nosotros, por las heroicas vidas de amor que habremos visto tan de cerca en el Eterno Ungido del Supremo Hacedor?

“Lo que a ti te ocurre, hijo mío, es sólo una chispa de fuego que hizo una llaga en tu corazón y que no tardará en secarse, curada por tu misma voluntad.

“¿No sientes ya la voz del Señor que te dice: *“Confía y espera, que llegaré a ti cuando menos lo pienses?...”*

Stéfanos dio un gran suspiro, y poniendo su mano en las del Anciano le contestó:

—Sí, padre mío..., creo sentir en lo hondo de mí mismo su voz divina que me dice: *“Ya tengo abierta la entrada para ti. Pronto estarás conmigo en mi Reino, preparado para los que viven y mueren en la Ley y en el Ideal”*.

Y desde ese instante solemne en la vida de Stéfanos, comenzó su ferviente apostolado en seguimiento de Cristo.

51

STÉFANOS DE CORINTO

Queriendo llenar su mente y su corazón con los dolores y tragedias del prójimo, como medio de pensar menos en las suyas propias, se lanzó Stéfanos con ardor a la busca de los mártires de la vida: los leprosos, los incurables en general, los proscritos de la sociedad humana, los dementes que entonces llamaban endemoniados.

Para esto debía salir extramuros de la ciudad, a las cavernas de los áridos peñascales del desierto de Judea, donde entre viejas sepulturas olvidadas se refugiaban los que no tenían cabida entre la sociedad de los hombres; Stéfanos había sustituido su elegante vestidura estilo griego, por la rústica túnica y capuchón oscuro de los terapeutas peregrinos para pasar desapercibido.

Saliendo de Jerusalén hacia el sudoeste, en esa época se encontraba un lugar pavoroso y tétrico formado en el peñascoso rincón en que se juntaban los tres valles que rodean el Monte Sión sobre el cual se asienta Jerusalén: El Valle del Hinom, del Cedrón y del Tiropeón.

Hay cierta similitud entre un ser humano agitado por una tormenta interior y ciertos parajes de la tierra, que parecen revelar en su trágica aridez y en el desconcertante conjunto de sus detalles, una pavorosa tragedia lejana como de volcanes que estallan, de conmociones que abren de pronto las montañas, en forma que donde se alzaba un cerro aparece un precipicio o viceversa.

Allí fue Stéfanos a detener sus agitados pasos.

En su bolso de peregrino llevaba la botija del agua, pan, queso y frutas secas.

Se sentó sobre un trozo de roca a la sombra de una encina raquítica y destrozada por los vientos, y se sumió en la meditación.

Creía haber equivocado en parte su camino que hasta entonces había corrido como entre surcos de flores.

Su hermano Demetrio había sufrido la humillación de la esclavitud durante tres largos años. Su hermano Boanerges que aún no conocía, era hasta entonces *un hijo de nadie* soportando la orfandad, la miseria,

el abandono propio de la situación en que llegó a la vida: un pastorcillo de cabras, lo más ínfimo que podía ser.

Y comparaba la vida de ellos con la suya propia. La visión de la tierra natal se presentaba a su mente, y se veía a sí mismo en las solemnes fiestas organizadas por los hierofantes y sacerdotes del Templo de Delfos, a orillas del Golfo de Corinto. Y se veía a sí mismo un rubio y hermoso adolescente entre los mystos –postulante a la iniciación–, de Dionisio –Baco–, vestidos de blanca túnica de lino, coronados de hiedra y con la copa de la vid en la mano, siguiendo la grandiosa procesión hacia el Parnaso, compuesta de todos los que sentían el ansia de acercarse al Dios Invisible, Desconocido y Eterno, que creían encontrar en los rumores del viento entre los bosques de cipreses y de encinas, en el canto de las olas, en la rutilante luz de las estrellas, o en las gasas plateadas de la luna.

Se veía luego sentado en los clavicordios de los pórticos sagrados entre los amantes de Orfeo el de la lira inmortal, mientras veía pasar la interminable fila silenciosa de las sombras blancas a lo largo de la alameda que circundaba el Templo: las diaconisas y doncellas aspirantes a la iniciación en los misterios de Eleusis, que entraban una a una y se perdían en la sombra de las naves pobladas de armonías, de canciones a media voz, de perfume de cirios consumiéndose en los altares.

Y si había abandonado todo aquel esplendor arrastrado por la magia divina de los ojos de un hombre bello más que un dios del Olimpo, y bueno y amante como Él solo y único pudo hacerlo, ¿qué hacía, qué esperaba para lanzarse como un águila a colgar su nido en lo alto de las montañas, allá donde los cielos se unen con la tierra, y detrás de cuyas colgaduras y arreboles de aurora y púrpuras de ocaso, debía encontrar el Reino eterno de gloria y de amor prometido por el Señor, a sus decididos seguidores?

Sumido Stéfanos en estos pensamientos, apenas si percibió las sombras oscuras y vacilantes de seres humanos que salían, de entre los sombríos peñascos y matorrales, con un cantarillo a recoger agua de una pequeña vertiente que corría a pocos pasos de él.

Y una de esas sombras que sostenía a otras dos sombras encorvadas y temblorosas que apenas podían sostenerse en pie, se detuvo cerca de él al pasar, para preguntarle:

–Hermano, ¿eres también un enfermo?

–No, hermano, por bondad de Dios –contestó Stéfanos–. ¿Puedo servirte en algo?

–Si quieres cargar con uno de estos hermanos que ya no pueden andar por sus pies, les llevaremos más pronto a refrescarse en la fuente porque les abrasa la fiebre.

Stéfanos se despojó del manto y se acercó al grupo.

De inmediato se dio cuenta que se trataba de enfermos del pecho como se decía entonces de los atacados de tuberculosis avanzada. Eran hombres jóvenes a lo sumo de veinticinco a treinta años.

Cargaron con ellos y fueron a sentarles sobre el césped, a la orilla del pequeño remanso que se había formado con la débil filtración de agua, que brotaba de la grieta de un peñasco.

Stéfanos se sentó silencioso, sin atreverse a iniciar conversación alguna por ignorar completamente entre quienes se encontraba. El otro sujeto callaba también.

Por fin uno de los enfermos mientras recogía agua con un tazón y se humedecía con ella, las manos, el rostro, el pecho, dijo:

—Si estuviera en vida el Profeta que hacía bajar el ángel a la Piscina de Siloé, esta fiebre maldita no quemaría así nuestras carnes.

—Ya os he dicho —contestó el que les cuidaba—, que uno de estos días vendrá el anciano Pedro, que tiene poder en sus manos para curar los males de los hombres. Tened un poco más de paciencia.

—Es que nos estamos muriendo —dijo con voz afónica el otro enfermo.

—El Profeta que hacía bajar el ángel de la salud a la Piscina de Siloé —dijo Stéfanos—, no ha muerto, sino que vive en su Reino de Luz y de Amor para siempre.

—¡Lo mismo que nada! —contestó el otro—, pues no podemos ir hasta Él.

—Si le amáis y creéis en Él, Él vendrá a vosotros —afirmó Stéfanos.

El cuidador de los enfermos, levantó un poco su capuchón que le caía hasta la nariz y miró a Stéfanos, de cuyo rostro solo veía la boca fina y la barbilla apenas cubierta con un ligero vello rubio.

—Tú no eres creo de los terapeutas esenios —dijo como interrogando.

—No, hermano. Soy un hombre del montón que se conduce de los que sufren —le contestó.

—Estoy seguro que vienes aquí por primera vez pues nunca te vi por aquí, y yo vengo cuatro veces cada semana.

—Estás en lo cierto. Es la primera vez que vengo; pero sabiendo que puedo ser útil, vendré con frecuencia. ¿Hay muchos enfermos?

—¡Oh, muchos! Del cuerpo y del alma —contestóle aquel hombre—. Así que se levante más el sol, los verás por tus propios ojos.

En efecto, fueron apareciendo poco a poco como surgidos de entre las breñas y vericuetos de los peñascales, un buen número de lisiados, tullidos, contrahechos, ciegos, cancerosos, etc. etc.

¡Qué macabra procesión aquella, tan diferente de la que Stéfanos acababa de recordar, en sus días felices de la adolescencia, allí en su tierra lejana a orillas del Golfo de Corinto, encaminándose durante tres noches al Templo de Delfos!

De pronto sintió como una voz íntima, dulcísima que conmovía hasta el llanto:

“—*Si me amas y crees en Mí, cúrales a todos ellos, que te doy poder para hacerlo*”.

Sintió como una llamarada de fuego que recorría todo su cuerpo, y echando atrás su capuchón, de pie sobre un peñasco, abrió sus brazos sobre aquel crecido grupo de enfermos, y dijo con la voz solemne de un inspirado:

—¡Cristo Ungido de Dios! ¡Si es tu voz la que he oído, demuéstralo, Señor, y seré para Ti, lo que Tú quieres que sea!

Los infelices enfermos que estaban sentados en derredor del remanso, fueron cayendo sobre el césped sumidos en un suave sopor.

Stéfanos y el cuidador de ellos se miraron mudos de asombro.

—Eres un hombre de Dios —le dijo emocionado este último—. El poder del Señor ha bajado hasta ti.

“¡Cura mi alma te ruego de la incurable herida que me atormenta! —Y aquel hombre cayó de rodillas ante el Diácono, asombrado de lo que oía.

—Hermano —le dijo Stéfanos—. También yo tengo una herida en el alma y no la puedo curar. ¿Cómo he de curar la tuya?

—¡Ninguna herida puede ser más grande y terrible que la mía! ¡Yo entregué al Señor a la muerte!...

—¡Judas!... —exclamó Stéfanos.

—¡Sí, Judas!... —fue el grito sordo de esa alma atormentada, y sus sollozos rompieron el silencio de los peñascales desiertos.

Ambos hombres se habían abrazado con la desesperación del dolor que cada cual sentía en lo profundo del alma y no podían separarse más. ¡Cuán fuerte es el lazo que anuda el dolor entre las almas capaces de comprenderlo!

Y olvidando a los enfermos que tranquilamente dormían en el suave sopor de la curación, ambos se sentaron en un peñasco, y después de calmada la intensa emoción, Stéfanos habló el primero.

—El Apóstol Pedro, nuestro padre común —le dijo—, me ha referido en la intimidad, pues soy un hijo para él, toda la tragedia sufrida por los que amaron al Señor y convivieron con Él. Yo sé tu drama íntimo Judas y admiro tu fortaleza y tu valor para seguir viviendo. Como Pedro, comprendo la herida incurable de tu corazón...

—¡Tú también lo dices!... Es incurable mi herida y he de verla sangrar y atormentarme hasta el último aliento de mi vida. Pero aún así quiero vivir, años, muchos años, cientos de años para sentir siempre ese tormento horrible que es para mí el repetirme en todo momento: “*Yo entregué al Señor a la muerte*”. Y aquella palabra suya, la última

que oí de sus labios me persigue sin cesar: “¿Con un beso me entregas a mis enemigos?...”

Y Judas enredaba sus dedos crispados en sus cabellos castaños como si quisiera arrancarlos de su cabeza.

—¡Cálmate, hermano! —le dijo Stéfanos, tomando suavemente aquellas manos crispadas, ásperas, deshechas por el rudo trabajo de escarbar piedras a que se había sometido él mismo—. ¡Cálmate! Lo mismo hubiera muerto el Señor ese mismo día aunque tú no hubieras guiado a sus enemigos al Huerto de los Olivos.

—¡La ambición me perdió!..., la ambición me aturdió, me enloqueció. Quise subir de un salto y caí al abismo. ¡Quise ser más grande que mis hermanos ante Él, ante el mundo entero y caí aplastado como una larva bajo un peñasco!... ¡Lo he merecido, Señor!..., ¡lo he merecido! ¡Sólo te pido que no sea mi crimen más fuerte que yo!... Que sea mi vida una tremenda expiación que dure años y años, que me despedace cien veces, que me estrelle contra todos los peñascos, contra todas las barreras..., ¡que no haya nadie que me compadezca, ni nadie que me ame nunca jamás!

—Nada de eso podrá ser, Judas, hermano mío, mientras vivan en la tierra amadores de Cristo que le oyeron decir: “*Ama a tu prójimo como te amas a ti mismo*” —contestó Stéfanos—. Pedro te ama con entrañable amor, Judas; y yo también te amo con esa íntima comprensión del que lleva en su conciencia un pecado del cual debe redimirse y lavarse como de una negra mancha recogida en el camino.

“¡Ante la excelsa pureza del Señor, Judas, todos estamos cubiertos de llagas, de heridas que sangran, de fiebres que nos abrazan, de angustias que se nos clavan como puñales en el corazón!... Somos de carne que es barro, lodo, ciénaga de los caminos, retazos de pantano en las hondonadas sin luz y sin sol... Aves errantes en climas desconocidos, sin nido propio, anidando en los peñascos áridos, en los desiertos sin agua, entre barrizales donde duermen los reptiles...”

“El alma del hombre, chispa de amor, nacida del Amor Inconmensurable y Eterno se olvida siempre de su origen y su destino; y en su ansia infinita de amor, se prende a un cendal de espuma que se lleva la corriente; a una voluta de humo que se desvanece con el viento, a una flor abierta en el huerto cerrado del hermano que camina junto a nosotros y entonces..., Judas, somos también como aves de rapiña en el jardín ajeno y arrebatamos la flor que tiene dueño, y hasta queremos prenderla en nuestro pecho y llevarla al ara de nuestro altar interior donde sólo el Eterno Invisible debiera morar.

“¿No es esta la verdad desnuda de lo que somos las criaturas humanas aun cuando creemos vivir la vida del Ideal Supremo, la vida del Cristo,

Señor nuestro, que nos dijo: Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo?”

—Tú hablas así para consolarme —dijo Judas—, para que yo vea el pecado en vosotros y me parezca menos grave el mío. Pero dime, ¿no es terriblemente atroz, desesperante, enloquecedor, que amando a un extraordinario ser como yo amaba al Maestro, por una estúpida ambición le haya entregado a la muerte apareciendo ante el mundo como un traidor vulgar, como un cínico descarado que entrega a su propio Maestro con un beso sacrílego?

“¿Qué ley terrible y qué tremenda maldición pesaba sobre mi vida para que fuera yo el desventurado, elegido como instrumento de un crimen semejante?”

—Hay misteriosos enigmas para la mente humana en la grandeza infinita del Eterno Invisible, Judas, y creo que el mejor camino a seguir es doblar la frente al polvo de que estamos formados y dejar al alma sumergirse en el mar ilimitado del Eterno Amor que nos dio la vida, para amarle sobre todas las cosas hasta que el amor nos haya purificado como el ardiente crisol purifica el oro. *¡Amar y dejarse amar! con el santo y puro amor del alma que no espera ni pide satisfacción a los sentidos sino que se da generosamente, desinteresadamente,* como se ofrendan las flores para ser colocadas sobre un altar, como se ofrenda el agua de la fuente para apagar nuestra sed, como se ofrenda la luz del faro que alumbraba al navegante, como los pájaros nos brindan sus cantos y los niños sus risas de cristal.

“Pienso que no todos estamos en la vida para crear una familia y dejar herederos de nuestro nombre, de nuestros bienes materiales, pero todos estamos para amar y ser amados. De este modo entiendo yo el precepto fundamental del Cristo, nuestro Señor:

“Si sois capaces de amar como yo os amo, el Padre y Yo vendremos a vosotros y haremos nuestra morada en vuestro corazón”.

“Esta palabra suya encierra, Judas, una promesa solemne de suprema felicidad, puesto que promete la posesión perfecta de Dios. ¿Cómo pues has dicho que no quieres que nadie te compadezca ni te ame nunca jamás?”

“¿No comprendes que te pones así, fuera del mandato divino y debido a eso es más cruel tu padecer?”

“¡Oh, Judas, hermano mío!... ¡El amor cura todos los dolores humanos!...”

“Ama y déjate amar con el desinteresado y santo amor con que nos amó el Señor, hasta morir por todos, y verás como tu honda herida se cicatriza poco a poco hasta llegar a sentir un secreto gozo por haber sido tú el designado para cargar con el oprobio de infame y de traidor ante el

mundo, que ve las apariencias pero ignora el secreto de tu corazón. En ese íntimo gozo tuyo hay una noble ofrenda de amor para tus hermanos que fueron libres de tu oprobio y tu baldón, porque tú cargaste con él. ¿No hay para ti consuelo en estos pensamientos que mi amor deshoja en tu corazón como humildes florecitas de mi jardín interior?”

—Sí, hermano..., me has consolado mucho. Nunca había pensado nada semejante a lo que acabas de decirme. ¡Amar y dejarme amar! Pero, ¿a quién he de amar yo y quién ha de amarme a mí?

—El dolor te ha cegado hasta hoy, Judas, y pienso que el Cristo nuestro Rey está tomando mis manos para sacarte la venda de los ojos. ¿Preguntas a quién has de amar?

“Mira todos esos pobres seres que dentro de unos momentos se despertarán curados por el amor del Cristo, ¿no han vivido hasta hoy porque tú le diste amor?”

“¿Y cuántos habrán pasado ante ti en más de dos años que han transcurrido desde que llevas esta vida oscura, de sacrificio desconocido por amor a tus semejantes?”

“¡Tus manos encallecidas y lastimadas están gritando tu amor!

¡Tu espalda encorvada de tanto cargar enfermos para cuidar y muertos para sepultar, están gritando tu amor!

“¡Oh, Judas! Has llegado a amar heroicamente, desinteresadamente y no lo comprendiste hasta hoy.

“¿Quién te amará, preguntas? ¡Deja que despierten todos esos que allí duermen y luego me dirás si puedes preguntar: ¿quién podrá amarte?!”

La dulzura de la voz musical de Stéfanos tocó las fibras íntimas del entumecido corazón de Judas, y dos hilos de lágrimas comenzaron a rodar de sus ojos entornados.

Por fin se inclinó hacia el amigo que tan dulcemente deshojaba sobre él flores de esperanza y de consuelo, y dejó caer su cansada cabeza sobre el noble pecho del joven griego, que la estrechó con ternura, y ambos guardaron un largo silencio.

Un suave murmullo de voces les sacó de sus silenciosas meditaciones. Los dormidos comenzaban a despertarse llenos de animación y de vida. Luego fue un alegre concierto de bendiciones, de risas, de manifestaciones de dicha, de paz y de amor.

Uno de aquellos dos tuberculosos tenía allí mismo su madre casi ciega, que viendo a su hijo curado se abrazaba a él llorando de alegría.

Una anciana reumática que apenas podía andar, que vivía en una gruta con su hija demente, la contemplaba en un éxtasis de dicha viéndola curada de su mal, que lavaba su rostro y su cabellera en el remanso, y cortando hiedra y junquillos que allí había, se coronaba con ellos y besaba a su madre curada también del viejo reuma que la tenía imposibilitada de andar.

Stéfanos y Judas, miraban estas escenas mudos de asombro.

Pronto se vieron rodeados por todos aquellos seres que se durmieron sabiéndose castigados con males incurables, y se despertaban sanos..., con la inmensa dicha de tener vida y salud.

Judas continuaba llorando en silencio sin poder analizar sus complejos sentimientos.

Stéfanos se puso de pie y les habló:

—Hermanos, dad gracias al Profeta de Nazareth que hizo bajar el Ángel de la Salud como en la Piscina de Siloé para curar vuestros males.

“Aquí tenéis a vuestro cuidador que sufre en su alma dolores de muerte como sufríais vosotros en vuestro cuerpo. Vosotros le podéis curar con vuestro amor, con vuestra gratitud, con vuestra dulce compañía.

“Necesita de vuestro cariño para vivir su vida en beneficio de otros muchos que sufren como vosotros sufríais.

—Él nos trajo el pan en nuestra miseria..., él curaba nuestras llagas..., él nos llevaba al remanso para beber..., nos encendía lumbre..., nos traía leña para el fuego...

Y seguía y seguía como una sarta de perlas, el agradecido clamor enumerando las piedades del desconocido que les sirvió de ángel tutelar en todas sus desventuras.

El llanto silencioso de Judas seguía cayendo, también como una hilera de perlas de cristal que se perdían en su barba castaña y en su oscura túnica color de avellana.

—Está enfermo de soledad, de tristeza, de abandono, de olvido —continuaba diciendo la voz armoniosa de Stéfanos, con una vehemencia que iba subiendo de tono.

Se apercibió de inmediato que una onda de amor se extendía en torno del solitario atormentado pues en todos los ojos brillaba una lágrima contenida, hasta que del grupo se apartó la joven ex demente llevando de la mano a su madre. Ambas se acercaron a Judas y arrodillándose ante él, la joven le dijo con la voz que sollozaba:

—Mi madre será tu madre y yo seré tu hermana, señor, si eso ha de consolar tu soledad.

Judas ya no pudo contenerse más. ¡Se cubrió el rostro con ambas manos y lloró como lloran los niños cuando perdieron su madre y vuelven a encontrarla de nuevo! Ambas mujeres sentadas a sus pies lloraban silenciosamente. Stéfanos dejaba volar su pensamiento al Cristo del Amor y decía:

“¡El amor cura todas las heridas del alma y hace brotar flores en los desiertos, entre las ruinas, y hasta en los sepulcros!...”

El sol descendía lentamente y se perdía tras de las montañas cuando Stéfanos se despedía de Judas, dejándole entre el amor y la gratitud de

los enfermos curados que afanosamente recogían sus ropas y enseres disponiéndose a volver a la aldea nativa, después de curados de enfermedades infecciosas.

Y el joven griego alcanzó a oír la voz de Judas, que les decía:

—Los que no tengáis hogar, venid a mi casa que alcanza para todos.

—Mi madre y yo señor, no tenemos techo que nos cobije —dijo la joven ex demente con su vocecita llena de tristeza.

Stéfanos se detuvo y volvió sus ojos hacia el campamento de los enfermos tratando de escuchar.

Y de nuevo oyó la voz de Judas, que le traía suavemente el viento de la tarde:

—¿No acabas de decirme que tu madre es mi madre y tú eres mi hermana? Pues mi cabaña será vuestro hogar.

El Diácono exhaló un gran suspiro y dijo a media voz:

—¡Gracias Maestro, Señor nuestro, porque ha bajado tu amor sobre los cuerpos y las almas enfermas!”

Y apresuró sus pasos para llegar al Oratorio del Palacio Henadad antes de comenzada la oración de la noche.

Vio al entrar en el pórtico, que allá en el patio, bajo la columnata, las doncellas, las viudas y algunos de los Diáconos repartían las provisiones, ordenadas para cada familia de las que no vivían en la casa sino en sus hogares propios.

Una alegre algazara de niños le indicaba la paz que allí reinaba.

Pero su alma necesitaba silencio, meditación, sosiego, y sin ser apercibida su presencia entró a la sala biblioteca y recibidor que estaba inmediato al pórtico.

Desde allí podía pasar al Oratorio, sin ser visto. Por allí andaba Rhode con otra doncella arreglando las cubiertas de lino del altar, las ánforas con flores y eligiendo los salmos que cantarían en la oración de esa noche. ¡Con qué piadoso amor le miraron aquellos dulces ojos de color topacio!

—¡Stéfanos! —exclamó—. Tu palidez asusta. ¿Qué estuviste haciendo que desde la mañana no te hemos visto?

—Salí fuera de la ciudad. Había muchos enfermos allá en el valle Hondo y no pude venir antes.

—Tú no has comido —dijo ella.

—Pero he bebido muchas lágrimas y eso alimenta como el pan —le contestó.

—Pronto servirán la cena. Ya dispuse los salmos que más te agradan.

“Vamos allá que todos se alegrarán de verte.

—Ahora déjame aquí solo unos momentos, que luego iré con todos.

Ambas doncellas se retiraron.

Stéfanos sentía algo extraño en sí mismo que nunca le había acontecido. Le parecía que un sueño pesado le invadía y se dejó caer sobre el estrado tapizado de pieles.

Aquel misterioso sueño le venció por fin y se quedó dormido. Era una hipnosis profunda que él no conocía.

En tal estado se puso de pie y caminó hacia una mesa que había en un ángulo del vasto recinto; sacó una hoja de pergamino y se sentó a escribir. Cuando terminó se dirigió al clavicordio y colocó la hoja escrita en el soporte de los salmos.

Volvió al estrado y se sentó nuevamente. A poco se despertó.

—¡Qué sueño más extraño!... —dijo—.

“He soñado con ese hermano que no conozco y que se llama Boanerges. Será efecto de que pienso tanto en él y tanto deseo verle. Me parecía ver que me escribía una epístola. ¡Qué extraño es todo esto!”

Y al dirigirse al clavicordio para ver qué salmos había preparado Rhode, encontró en el sostenedor, la hoja que él acababa de escribir en estado de hipnosis.

Reconoció su propia letra; pero él no lo había escrito. Eran estrofas, y él no era trovador. Y lo daba vueltas y vueltas sin entender aquello. Por fin se puso a leerlo. Estaba escrito en puro y elegante griego como sólo se escribía en las Academias de Atenas, de Tesalia, o en los Templos de Delfos. Y leyó a media voz:

*¡Gracias Señor porque en la senda mía
Has abierto una fuente de salud
Para el alma que avanza solitaria
Cargada con su cruz!*

*Consuelo y esperanza has derramado
Sobre aquellos que sufren más que yo...
Si ellos vuelven felices a la vida
¿Qué importa mi dolor?...*

*Llevar la paz al que de angustias muere
Llevar la vida al que se ve morir,
¡Oh, Señor, es la gloria que te pido
Si tengo que vivir!*

*¡Yo quiero ver que de mi pena brota
Un raudal infinito de piedad
Para aquellos que nada en esta vida
Les puede consolar!*

*¡Acéptame, Señor, como una ofrenda
A cambio de la paz y del amor
Para aquellos que nunca recogieron
En su vida una flor!*

Boanerges

Stéfanos se quedó perplejo cuando leyó ese nombre al pie de las estrofas. ¿Qué significaba todo esto? Todo lo habría comprendido si hubiera podido ver que a muchas millas de distancia, allá a orillas del Mar de Galilea, en el Oratorio del Castillo de Mágdalo, resonaban las cítaras y laúdes en la oración del anochecer, y que el Trovador de Mágdalo, su hermano Boanerges, se había *desdoblado*, y su doble espiritual había corrido a su lado obedeciendo a su constante evocación. Al contacto de su aura mental, comprendió y sintió el amor agradecido de Stéfanos, por todo el consuelo y la paz que derramó esa tarde sobre Judas y cuantos le rodeaban; y de todos esos elementos tomó el motivo para sus tiernas y conmovedoras estrofas.

Pensó profundamente y a poco se fue haciendo en él la claridad.

—¡Señor!..., ¿qué son las distancias para las almas de tus amigos, de tus discípulos, de tus amadores?

“Y, ¿qué es el alma humana sino un rayo de luz que se enciende donde quiere, donde puede, donde vibra el Amor Supremo, la Energía que es Vida Eterna en todos los mundos surgidos de tu poder soberano?”

Pedro entró a buscarle, sabiendo por Rhode que el Diácono estaba allí.

—¿Qué ocurre, hijo? —le preguntó viéndolo tan excitado.

—¡Oh, padre nuestro! —exclamó Stéfanos, alargándole la hoja de papiro—. Ocurre que me estoy convenciendo de que el alma del hombre es un reflejo de Dios, un retazo de Dios; y corre como una bestia al pasto y al barro, sin pensar en que sus alas poderosas pueden escalar las más altas cumbres.

—Así es, hijo, así es. Quizá conviene que así sea, para que el hombre aprenda a humillarse hasta del barro de donde salió.

Y ambos salieron en silencio hacia el comedor donde esperaban a Pedro para que bendijera la mesa y partiera el pan.

Y Stéfanos continuó con creciente fervor su vida de misionero de Cristo. Las elegantes y delicadas prendas de su traje griego desaparecieron en el fondo de los enormes guardarropas del Palacio Henadad. Lo sustituyó con el burdo sayal de los terapeutas peregrinos que según él creía, le daría más libertad de acción y le pondría más a tono con las necesidades del momento por que pasaban los discípulos del Profeta, que fuera muerto como un vulgar malhechor.

Además, con su fino tacto de observador y psicólogo comprendió que los adeptos de origen extranjero para Israel, no acababan de conquistarse la confianza de sus hermanos de ideales que eran de raza y de religión hebrea. Y creyó que desapareciendo en absoluto su indumentaria de griego de cuna ilustre, se acercaba más a la mayoría de los discípulos del Señor, casi todos provincianos galileos.

Stéfanos no tenía en cuenta que su larga evolución, con bases morales y espirituales tan fuertes, unidas a la educación y cultura de la vida actual, le daba una superioridad tan destacada, que el modesto ropaje de los esenios no era bastante para ocultar.

Andrés, uno de los cuatro Apóstoles residentes entonces en Jerusalén, observando el cambio, le preguntaba en una reunión privada con los Diáconos:

—Stéfanos, ¿es que reniegas de tu patria de origen? ¿No la amas más?

Y él contestaba:

—Mi Grecia inmortal es una visión hermosa de mi pasado. Pero ya no soy discípulo de Orfeo, ni aspiro a los misterios de Eleusis, ni a la iniciación en el Templo de Delfos. Ahora soy estudiante en la Escuela del Profeta de Nazareth, encarnación del Cristo, del Mesías Ungido del Eterno Creador. Y pienso que tanto en el exterior como en mi mundo interno debo ponerme a tono con el nuevo sendero que he tomado.

Siendo Stéfanos el hermano mayor entre los Diáconos, todos fueron siguiendo su ejemplo. Felipe y Nicanor que desde niños vivieron entre las provincias de Samaria y Galilea, hacía tiempo que habían adoptado muchas de sus costumbres. Parmenas las adoptó también al desposarse con Rhoda, la joven sonámbula que aterró al Sanhedrín con sus extraordinarios fenómenos.

El mismo día que Stéfanos abandonó sus vestiduras griegas, tuvo el asentimiento del Apóstol Pedro y sus compañeros para que Stéfanos y Felipe se encargaran de la enseñanza de la doctrina del Cristo, tal como ellos la oyeron de sus labios. Felipe fue enviado a las Sinagogas particulares de Samaria, y Stéfanos se hizo cargo en las de Jerusalén.

Pronto fue conocida en Jerusalén la destacada personalidad de Stéfanos cuya elocuencia y galano decir atraía numerosa concurrencia. Y no tardó mucho tiempo en llegar a miembros del Sanhedrín que un desconocido orador, discípulo del Profeta Nazareno ajusticiado por ellos tres años atrás, atraía a numerosos israelitas hacia la doctrina enseñada por Él. Y el fuego ardiente de su palabra iba encendiendo la chispa del amor fraterno y de la igualdad de todos los hombres ante la majestad de la Ley Divina enseñada por el Profeta Galileo.

Y el Sanhedrín nombró tres de sus miembros como inspectores delegados para escuchar y estudiar las predicaciones del flamante filósofo; y también para invitarlo a acercarse al alto cuerpo sacerdotal, con la promesa de que si sus conocimientos y sabiduría estaban a la altura de ellos, podían concederle el título de Ley, y formar con ellos la suprema autoridad Legislativa y judicial que gobernaba la Nación de Israel.

Primeramente fueron designados para esta misión, tres jóvenes doctores de los últimamente egresados de las austeras aulas del Gran Colegio de Jerusalén, donde años atrás ocuparon puestos destacados los grandes amigos de Yhasua: José de Arimathea, Nicodemus y Gamaliel, los cuales fueron expulsados de las aulas y del Templo a causa de su oposición a la muerte del Maestro, y de su ardiente defensa de Él y de su doctrina.

De esta primera inspección y estudio de los delegados, resultó que los tres volvieron con la noticia de que el novel orador era un mago de la palabra, que atraía y subyugaba tan poderosamente, que los oyentes no podían en modo alguno resistir a la sugestión de su vibrante oratoria. Ellos habían querido suscitar debates según era costumbre, y de tal manera les había respondido, y explicado los puntos en cuestión, con una lógica tan clara e irresistible, con una tan marcada evidencia en todas sus afirmaciones, que los tres jóvenes doctores enviados por el Sanhedrín confesaban plenamente su convicción de que el nuevo orador, les sugería la idea de ser el mismo Profeta Nazareno resucitado o uno de los antiguos Profetas, reencarnando nuevamente.

Para colmo de dudas, Stéfanos era rubio y hermoso como hermoso y rubio era el Profeta Nazareno. Y el viejo Hanán que aún vivía y mandaba en el Sanhedrín porque su hijo Jonathan era el Pontífice, se llenó de terrible espanto, recordando como se vio aplastado por la superioridad moral de Yhasua de Nazareth, aquel día de la curación del niño sordomudo que él quería proclamar Mesías de Israel. Recordó que su úlcera cancerosa fue curada por Él y aún seguía con plena salud, recordó todas sus viles intrigas y maquinaciones para perder al Justo. Había pagado con el oro del Templo a los presidiarios cedidos por Herodes, para que ahogaran la voz del pueblo con su infernal griterío, pidiendo la muerte infame de la cruz para el hombre santo que le salvó la vida que el cáncer devoraba. El fantasma del mártir heroico y sublime se levantaba de nuevo, acaso para descargar sobre él la justicia de Jehová.

Y los delegados fueron sustituidos por otros más atrevidos y audaces a su juicio, para promover debates y polémicas con el nuevo orador popular que levantaba su voz en defensa de lo que él..., el prepotente amo de Israel había querido hundir en el polvo del olvido para siempre.

Les dio dos semanas de plazo para volver, trayéndole la noticia de haber aventado como polvo al viento las nuevas teorías que exaltaban

la pobreza, el desprendimiento de los bienes materiales, la anulación de lo *tuyo y lo mío*, la anulación de privilegios y de castas, la anulación de la esclavitud, en cumplimiento de una ley de amor y de igualdad; que llamaba *latrocinio* el acrecentar enormes riquezas producidas por el sudor y la miseria de las clases trabajadoras; que execraba la compra venta de esclavos como el más espantoso atentado contra la dignidad del hombre, creación cumbre del Eterno Hacedor, con infinitos destinos a su eterno Reino de dicha y de amor, lo mismo el rey que el mendigo, lo mismo el más poderoso magnate que su desventurado esclavo.

Y los nuevos delegados regresaron diciendo que la lógica del hermoso orador era invencible, que sus argumentos eran de hierro y estaban fundamentados en las auténticas escrituras de los más antiguos Profetas, en la tradición de los primeros Patriarcas de Israel cuyas vidas las tenía el orador en la punta de su lengua que quemaba como un dardo de fuego. Era imposible luchar con él y más imposible aún vencer aquel coloso de la palabra, fortalecida con las verdaderas leyes de Moisés que quién sabe por qué arte mágica, las había desenterrado del archivo milenario de Hur, el fiel compañero de Moisés en el éxodo del desierto, el primer mártir de la adoración de un solo Dios Verdadero, arrastrado por el pueblo enloquecido ante el becerro de oro.

Y el alto Consejo del Sanhedrín se reunió con la misma mala fe con que lo hizo tres años atrás, para buscar los medios de hacer callar la voz del Ungido Divino.

Primeramente fueron clausurando una tras otra las sinagogas particulares que habían puesto sus cátedras a disposición del Diácono Stéfanos. Esto solo constituía un inaudito atropello, puesto que aquellos recintos no dependían ni eran costeados por el Sanhedrín.

Algunas de ellas como las Sinagogas de Nehemías y la de Zorobabel tan preferidas por el Divino Maestro y consagradas con su presencia años atrás, fueron respetadas durante un tiempo, en atención a la gloriosa tradición que las envolvía como una aureola desde varios siglos, pero fueron amenazadas de ser clausuradas si continuaban permitiendo la *escandalosa prédica* que atentaba contra viejos principios establecidos como dogmas.

Conocedor nuestro inolvidable amigo Simónides de estos abusos de autoridad de parte del Sanhedrín, se puso en campaña para pararles los pies.

—Aquí no está ya mi soberano Rey de Israel que tenía marcado el día para reunirse con su Padre Celestial en su reino eterno y nos mandaba callar cuando levantábamos nuestra voz de protesta —decía él—. Ahora estamos nosotros como defensores de sus derechos y no han de ser esos perros rabiosos quienes hagan callar la voz de los misioneros del Señor.

Ya me olvidé de mis miembros dislocados por orden de Valerio Graco, oprobio de Roma. Y hoy es más noble el corazón de un romano, que la entraña de hiena de esos renegados hijos de Satanás y no de Abraham.

Y de acuerdo con los dueños de las dos Sinagogas nombradas y de otras tres, no tan célebres como esas pero sí muy concurridas, simularon una compra-venta por la cual los mencionados edificios pasaban a ser propiedad de la sucesión del Duunviro Quintus Arrius.

Lucio Vitelio, padre del que más tarde fue emperador, era por entonces delegado imperial de Siria, el mismo que quiso librar a Pilatos de las garras del Sanhedrín y lo sustituyó por el Cónsul Marcelo de Toscana.

Y hasta él llegó Simónides, para refrendar con su autorización la escritura de compra de las cinco Sinagogas mencionadas, en las cuales debían instalarse salas-hospicios para huérfanos, viudas y ancianos sin recursos y sin familia y con el carácter de *Internacional*, donde podían pedir albergue individuos de todos los países sometidos y amigos de Roma. Añadía a esto el pago de los impuestos correspondientes a diez años por adelantado.

Y en el cofre mismo de las monedas de oro con el busto de César con que efectuaba el pago, iba un cinturón de red de oro cuajado de rubíes, destinado al uso del Delegado Imperial Lucio Vitelio.

Ya comprenderá el lector que todo fue hecho a gusto y paladar de nuestro viejo amigo.

Y acto seguido apareció sobre los mencionados edificios esta leyenda grabada sobre una placa de mármol:

“Hospedería Internacional Duunviro Quintus Arrius”

El viejo Hanán y la jauría que le acompañaba en el Sanhedrín, bramaban de rabia y de coraje como toros furiosos al contacto de las picas.

—Que los diablos se lleven al maldito viejo que siempre se interpone en el camino de la justicia —rugía Hanán, viéndose nuevamente vencido por el consecuente servidor del Soberano Rey de Israel.

Pero todos conocemos la tenacidad y astucia diabólica de que están animados los seres que a más de un ciego fanatismo, son adoradores de sí mismos en forma tan desmedida, que su ambición de oro y de poder no reconoce límites.

Una vez que han conseguido adueñarse del poder civil o religioso por los más innobles y a veces delictuosos medios, tratan de perpetuarse en él, a ser posible durante toda su vida. Y entonces se inicia el rápido descenso al abismo de todos los atropellos, vejaciones y crímenes para apartar del camino y acallar toda voz que pueda poner un freno a su desmedida ambición.

El Sanhedrín judío creía haber sofocado para siempre la voz del dulce Rabí Galileo, que hacía revivir el olvidado precepto de la Divina Ley: *“Ama a tu prójimo como a ti mismo”*.

Esa voz que desenterraba de entre el polvo de los siglos, la voz del Profeta Isaías que clamaba en nombre de Dios: “¡Harto estoy de holocaustos ofrecidos por manos que destilan sangre!”

Y veían y oían que otra voz semejante a aquella, se levantaba de nuevo con iguales tonalidades de clarín despertador de durmientes; y esta voz era una amenaza nueva para sus poderes vitalicios, como los de un amo sobre un rebaño que le pertenece hasta la muerte.

Ya no mandarían delegados jóvenes a discutir con aquel audaz amotinador de pueblos, porque se dejaban seducir por él y se agrupaban en torno a su bandera, llamada de amor y de paz; y era de discordia y de insurrección por cuanto levantaba a las clases bajas contra sus mandatarios y dirigentes, a los esclavos contra los amos, a los jornaleros contra sus patrones... ¡Oh, no! ¡Esto no podía consentirse nunca jamás!

Y fueron designados otros tres delegados elegidos entre los hombres maduros que formaban el Alto Consejo del Sanhedrín, para escuchar a Stéfanos a la segunda hora de la mañana cuando disertaba sobre la Ley y los Profetas en una u otra de las Sinagogas transformadas en “*Hospederías Internacionales*”, y adquiridas en propiedad por la sucesión del *Duunviro Quintus Arrius*. ¡Qué de anatemas y maldiciones vomitaron sobre el ilustre y glorioso marino que limpió el Mediterráneo de piratas y asesinos, y que aun después de diez años de muerto su nombre se levantaba como una valla de acero en defensa de profetas espurios, perturbadores del orden y la sumisión del pueblo para sus mandatarios legales!

Y nuevamente comenzaron a aparecer cruces pintadas con brea en muros, puertas y pavimentos, en las inmediaciones del Templo, en los claustros del Gran Colegio, en las Sinagogas oficiales que el Sanhedrín sostenía en los diversos barrios de Jerusalén. Y los zelotes del Templo recorrían por las noches aquellos lugares para borrar con brochazos de cal aquel insulto mudo que les resultaba como el grito fatídico de: *¡Asesinos!*

El alma ingenua y sencilla de Pedro, se refugiaba en la oración y exhortaba a todos los hermanos a la fortaleza sin violencias, a la calma sin debilidad, porque él presentía una nueva borrasca como la que abatió a los amigos del Maestro en los días aciagos de su muerte.

Las doncellas, las viudas, los ancianos y los niños se constituyeron mensajeros de los consejos y advertencias de los Apóstoles del Señor, para el caso de que el Sanhedrín desatara sus lebreles de caza contra los amigos del Maestro.

Pedro suplicaba que no se provocaran las iras del Sanhedrín con la aparición de las cruces de brea, pero esa lucha sorda continuaba entre los zelotes del Templo que las borraban por las noches con un brochazo de cal, y aparecían al día siguiente pintadas de nuevo.

Para nuestro asiduo lector descubriremos el secreto misterio de las cruces de brea. El lector recordará muy bien a los guardianes del Santuario del Quarantana: Jacobo y Bartolomé, y recordarán también a Efraín el hijo menor de Eleazar, uno de los cuatro betlehemitas que fueron testigos de la aparición del Avatar Divino sobre la tierra.

Los hijos varones de Jacobo y Bartolomé con Efraín el artesano de la piedra, vivían por entonces en el palacio de Ithamar, contratados por Simónides para las reparaciones continuas de las numerosas propiedades, administradas por él en la ciudad y fuera de ella. Ellos eran los autores de las cruces de brea en determinados lugares de Jerusalén.

Habían bebido del alma de sus padres, como un licor de indignación y rebeldía contra los asesinos del Hombre de Dios, que pasó por la tierra como una bendición, y habían reunido secretamente algunos de aquellos fuertes montañeses galileos adiestrados en la milicia por el Príncipe Judá, con la idea de servir de protección a los misioneros del Señor, cuando se vieran en peligro. Eran todos ellos trabajadores dependientes de Simónides, que fue el pan sobre la mesa para todos los servidores del Rey de Israel, como él decía.

Y cuando algunos se encontraban libres de trabajos materiales, acudían a los sitios donde los Apóstoles o los Diáconos explicaban la Ley Divina y los Profetas, interpretándolos según la enseñanza del Mesías enviado de Dios.

Llegados a este punto, comenzaban las discusiones, pues las autoridades del Sanhedrín habían declarado formalmente que el Mesías aún no había venido al mundo, y que todo aquel que lo afirmase era un blasfemo, un idólatra que inducía al pueblo a rendir a un simple mortal la adoración de que sólo se debía al altísimo Dios, adorado por Abraham, Isaac y Jacob, los grandes Patriarcas de Israel.

52

LA TEMPESTAD SE AVECINA

Un día, sucedió que Pedro y Andrés fueron con Stéfanos a la Sinagoga de Zorobabel, que estaba muralla de por medio con la vetusta Torre de Goliat reconstruida, y que ya no era presidio sino cuartel de un destacamento de legionarios romanos.

Ese día debieron recibir el bautismo y la iniciación en la Congregación Cristiana numerosos neófitos que estaban ya preparados. Stéfanos no llevaba intención de hablar, sino que iba como director del Coro de doncellas que llegarían luego en grupos de dos o tres para no llamar la atención.

Debían cantar salmos y dar lectura a algún pasaje de los Profetas. Stéfanos se sentía como ebrio de inspiración y para desahogarla se sentó al clavicordio, por vía de ensayo de la música sagrada, con que acompañarían la tierna ceremonia de verter el agua sobre las cabezas inclinadas de los que se consagraban discípulos del Señor. Las doncellas del coro le acompañaban con sus cítaras y laúdes.

Aquel concierto maravilloso en que los instrumentos vibraban a tono con las almas elevadas con vehemente fervor al Infinito, comenzó a atraer concurrencia, pues era libre la entrada. Y entre esa concurrencia llegaron algunos por simple curiosidad; otros por el gusto de oír aquella armonía exótica digámoslo así, pues que la música de Stéfanos tenía mucho de la de su tierra natal. Y también llegaron algunos personajes adheridos al Templo y al Sanhedrín.

La ceremonia del bautismo había terminado y Stéfanos desde la misma tarima del clavicordio recibió el libro del Profeta Isaías, en el cual buscó la lectura que correspondía: Era el capítulo V –versículo 20 y siguientes que son como sigue: —“¡Ay de los que a lo malo dicen bueno y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce y lo dulce por amargo! ¡Ay de los que dan por justo al impío y al justo quita justicia! ¡Por tanto, como la llama de fuego consume las aristas y devora la paja, así será consumida su raíz, y su flor se desvanecerá como polvo porque desecharon la Ley de Jehová y abominaron de la palabra del Santo de Israel! Por esta causa, se encendió el furor de Jehová contra su pueblo y extendió contra él su mano y lo hirió. Y se estremecieron los montes y los cadáveres fueron arrojados en medio de las calles.

“Y alzaré pendón de gloria a gentes de muy lejos, y llamaré con silbos al que está en el cabo de la tierra, y he aquí que vendrán pronto y velozmente. No habrá entre ellos ninguno cansado; a ninguno le vencerá el sueño, ni se le desatará el cinturón, ni se le romperá la correa de sus sandalias.

“Vendrán con sus saetas afiladas y sus arcos entesados; las uñas de sus caballos serán de pedernal y las ruedas de sus carros como torbellino desatado. Su bramido como de león rugirá rechinando los dientes y arrebatará la presa que nadie se la quitará.

“Y bramará sobre Israel en aquel día como bramido de la mar enfurecida; entonces mirará en su angustia hacia la tierra y la verá sumida en tinieblas de tribulación; mirará hacia los cielos, y en ellos se oscurecerá la luz.

“Hasta aquí los versículos del capítulo V del Profeta Isaías, desde el 20 al 30, –dijo Stéfanos, cerrando el libro que dejó sobre el clavicordio y miró hacia la tribuna creyendo ver en ella a Pedro dispuesto a explicar

la lectura que acababan de oír. Pero el Apóstol había sido llamado hacia la sala-hospedería donde habían refugiado un joven herido gravemente y que se desangraba en una terrible hemorragia. Era el hijo mayor de Jacobo de En-Gedí, que sorprendido por un zelote del Templo pintando la cruz de brea en un portalón del palacio de Hanán, le asestó un tremendo golpe de hacha en la espalda que lo dejó como muerto.

Por este motivo, debió ser Stéfanos quien diera la explicación de los versículos del Profeta Isaías.

El salón-oratorio estaba lleno de gente. Stéfanos observó un momento a su auditorio y vio en primera fila tres rostros desconocidos que lo miraban con mucho interés. Elevó su pensamiento al Cristo Ungido de Dios, y ese pensamiento decía: “Señor, sed conmigo en este instante y que sean mis palabras iguales a las que hubieras pronunciado Tú”.

Y comenzó su discurso:

—Hermanos, hijos de Israel y extranjeros de todas las naciones de la tierra que llegáis a este recinto para escuchar la Verdad divina traída por los grandes Profetas del pasado.

“Hoy, es el clarín de oro de Isaías el que ha resonado para nosotros bajo las naves austeras de la Sinagoga de Zorobabel. Y sus notas son tan claras y nítidas que la mayoría de vosotros no necesita de mis palabras para comprenderlas y sentir las.

“Ellas encierran como veís, la tremenda visión del Profeta sobre la Nación de Israel y su grandiosa capital, la Jerusalén magnífica fundada por David y engrandecida por Salomón, y glorificada por diez siglos de grandes acontecimientos, dolorosos o felices según que los dirigentes de este pueblo fueran obedientes a la Ley Divina o desoyeran la voz de los Enviados por Ella.

“La visión profética de Isaías que acabáis de escuchar está para cumplirse, y su eco formidable resuena sin intermitencias desde la hora fatal en que *“fue desoída la palabra del Santo de Israel”*, como lo especifica tan claramente el Profeta Isaías.

“Y al mencionar al *Santo de Israel* se diseña en vuestra mente como al conjuro de un pincel mago, la figura excelsa y única del Mesías Ungido de Dios, que pasó por esta tierra como un astro benéfico, dejando en pos de sí cuanto hay de grande, bello y bueno en la creación del Eterno Hacedor.

“De igual manera se dibujó en la mente de Isaías, seis siglos atrás, y su arpa de oro le cantó himnos inmortales, que aún siguen resonando en nuestros corazones como llamado eterno a la equidad, a la justicia, a la obediencia de la Ley de amor fraterno recibida por Moisés entre los relámpagos del Sinaí, y revivida por el Profeta de Nazareth, encarnación del Mesías, que vencedor de la muerte y triunfador del sepulcro, reina

glorioso en su cielo de luz desde donde vigila y alienta a sus seguidores, que buscarán también la muerte como única puerta que se abre al hombre para llegar a la inmortalidad del Reino de Dios.

“¡Pueblo fiel a la voz del Mesías, Hijo de Dios! ¡No os alcanzan a vosotros las visiones terribles del Profeta Isaías, que caerán como huracán de fuego sobre aquellos que despreciaron su voz y le llevaron a la muerte!

“¡Ay de los que dan por justo al impío, y al Justo quitan justicia!”
¡Exclama Isaías como si viera surgir de la bruma de seis siglos, la imagen doliente del Santo sacrificado por los que se llaman justos y santos!

“¡Piadosas mujeres que le seguisteis en su vía de dolor, de humillación y de muerte! No lloréis ya por Él, que vive eternamente feliz en la gloria de su Reino, desde el cual verá la Justicia Divina caer sobre sus asesinos y verdugos tal como la anuncia el Profeta Isaías, cuando dice:

“... Como la llama de fuego consume las aristas y devora la paja, así será consumida su raíz; y su flor se desvanecerá como polvo porque desecharon la Ley de Jehová y abominaron de la palabra del Santo de Israel”

“¡Discípulos enamorados del dulce Rabí de Nazareth, pero nacido en Betlehem de la Judea y de la estirpe de David, para que ni ese detalle faltara en su vida de todo cuanto anunciaron los Profetas del pasado!... No tiemble vuestro brazo ni se estremezca vuestro corazón al contemplar ya cercano el cumplimiento de los terribles anuncios de Isaías, porque no a vosotros herirá la Justicia Divina, sino a aquellos que habiendo visto y reconocido las obras de amor y de misericordia derramadas por el Mesías Ungido de Dios, en todos los años de su vida en su país y fuera de él, no vacilaron en condenarle como a un malhechor porque su voz descubría sus perfidias, sus maldades, sus latrocinios, sus despojos de las clases humildes que dejaban retazos de sus vidas en los surcos de sus sembrados, en la guarda de sus rebaños, en el cultivo de sus viñedos y olivares que sombrean las tierras de Israel!

“¡Esperad y confiad todos los que le amasteis y le seguisteis; los que aún derramáis vuestro llanto al recuerdo de su martirio y de su muerte! El Profeta Isaías lo dice bien claro y preciso: *“Por esta causa se encendió el furor de Jehová contra su pueblo y extendió su mano y lo hirió. Y se estremecieron los montes y los cadáveres fueron arrastrados por las calles”*.

“Como fueron salvados los elegidos del Señor, de las plagas de Egipto en la hora gloriosa de Moisés, así seréis salvados los amadores del Mesías, en la hora de las tinieblas y de la muerte que se avecina para los que hacen de su ambición la única ley, y olvidan la del Eterno y Único Dios que dice: “No levantarás falso testimonio. No hurtarás. No matarás. Amarás a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo”.

“¡Piadosos hijos del justo Abraham!..., ¡que peregrinó años y años con su tribu y sus rebaños por no quitar ni un pie de tierra a sus semejantes, desechad todo temor y toda angustia porque no a vuestra puerta llegarán los arcángeles de Justicia cuando la hora de las tinieblas sea llegada, sino a aquellos que despojan de la honra, de los bienes y hasta de la vida a quienes les estorban en su camino de usurpaciones, de despotismo y de muerte!

“Tened en cambio atento el oído para escuchar la voz del Mesías, hijo de Dios, que aparecerá resplandeciente en las nubes del cielo y os dirá su palabra dulce y suave como esencia de rosas de Jericó: “¡Venid benditos de mi Padre a poseer el Reino que os tengo preparado por vuestras obras de misericordia, por partir vuestro pan con el hambriento, vuestro techo con el huérfano abandonado, vuestro manto con el que tiembla de frío, y el amor de vuestro corazón con el que va solo y triste por el mundo!”

“¡Que la paz de Dios sea con vosotros en vuestra vida, en vuestra muerte y en vuestra gloriosa eternidad!”

Dicho esto, se sentó Stéfanos al clavicordio, y se escuchó sonoro y vibrante el acorde primero del preludio con que comenzaba el himno de Acción de Gracias, que cantaron a coro las doncellas con el pueblo.

Cuando todo hubo terminado y las gentes se fueron retirando, Stéfanos se arrodilló en el entarimado del altar de las Tablas de la Ley y apoyó su cabeza sobre el ara cubierta de blanco paño de lino.

Sentía honduras de vértigo en su alma hambrienta de inmensidad y de infinito. Parecíale que alas poderosas le sumergían en un ilimitado piélago de amor, de ternura, de suavidad de pétalos cayendo sobre las heridas que le había hecho la vida entre las criaturas humanas. Su alma se dejaba acariciar por esa inefable suavidad que no era de la tierra áspera, fría, punzante como cardales silvestres, como espinosos cactus estériles de flores y de frutos...

Y su alma llena de vehemencias de amor y de fe, gemía en silencio:

“¡Señor!... ¡Yo no quiero la vida en la carne!... ¡Yo quiero la muerte que me sustrae a la materia, que aniquila ambiciones, apaga los fuegos fatuos y el aullido de todos los deseos del hombre terrestre!... ¡Señor!..., ¡no quiero esta vida que es tempestad interminable, que es huracán que destruye los jardines en flor, que es odio, egoísmo, lascivia, nidal de larvas inmundas que dejan su asquerosa baba en los ropajes de luz de este yo interno, hecho a semejanza tuya!...

“¡Señor!...”

Stéfanos sintió que una mano se posaba en su hombro y volvió la cabeza. Era uno de aquellos tres personajes desconocidos que vio en primera fila al comenzar su discurso. Años atrás fue el Hazzan de la sinagoga de Naím allá en Galilea y conoció personalmente al Profeta

Nazareno el día inolvidable del festín en la casa de campo de Eleazar el fariseo, en que fuertes polémicas alteraron el ambiente, más aún cuando una mujer cubierta, entró sin ser llamada, a ungir con esencia de nardos la cabeza, las manos y los pies del Divino Maestro.

En la actualidad era vicerrector del Gran Colegio y desde comienzo de año sustituía al viejo Rector, cuñado de Hanán, el amo de Israel, que se hallaba impedido por una parálisis en las extremidades inferiores.

Desde el día aquel en que conoció y oyó al Maestro, este hombre luchaba consigo mismo, fluctuando como un infeliz viajero desorientado en el cruce de varios caminos. No sabía cual elegir. Se llamaba Ismael de Ascalón, y el Sanhedrín creyéndole firme en sus convicciones y decididamente adherido a sus principios, usos y costumbres, echó mano de él en la escasez de elemento joven entre el profesorado para el único establecimiento docente de enseñanza superior.

Desde las grandes batallas idealistas en los días del Rabí Galileo, se habían alejado muchos jóvenes doctores de la Ley que fueron discípulos aventajados de José de Arimathea, Nicodemus, Gamaliel y Nicolás de Damasco.

Y después de tres años de muerto Aquel, veían surgir otro Rabí de fuego, que ni aún era de Israel, sino de origen y religión pagana, de las Escuelas de Atenas y de Corinto, trayendo ráfagas poderosas de la Ciencia de Pitágoras, de Sócrates y Platón.

Ismael de Ascalón y Stéfanos de Corinto se miraron un instante al fondo de los ojos, y el joven griego preguntó con suave y dulce voz:

—¿Qué deseáis de mí?

—Que me digas la verdad, toda la verdad. ¿El Rabí Galileo, Yhasua de Nazareth, ajusticiado por el Sanhedrín hace tres años y que desapareció de su sepulcro al tercer día, ha vuelto a la vida material y eres tú mismo?

—Tu pregunta me deja perplejo —contestó Stéfanos—. ¿De dónde has sacado una idea semejante?

—¡Eres tan semejante a él en tus pensamientos que son una luz viva, en tu palabra que es de fuego, en las vehemencias tuyas que son como un huracán de amor y de fe, de convicción y de lógica que nadie que razone y piense puede resistir!

Stéfanos le hizo sentar allí mismo, y después de un momento le contestó:

—Es verdad que entre los grandes misterios y enigmas de que el Supremo Creador ha rodeado al alma humana, está la trasmigración de la Psiquis de un cuerpo a otro, en casos raros y de absoluta necesidad para la terminación de una gran obra, que absorbe más tiempo que una sola vida. Creo que tu pregunta está basada en esto. Pero no es mi

situación actual la que tú crees. Yo conocí al Profeta de Nazareth en los años últimos de su vida, pero casi de lejos puedo decir porque los viajes, los estudios, las inquietudes de la primera juventud no me permitieron estudiar a fondo al extraordinario hombre, encarnación del Mesías, del Avatar Divino, del Pensamiento Eterno, del Verbo de Dios.

“¡No sería mi hora!

“No digo que he llegado tarde, porque nunca es tarde para el alma de origen divino y de un destino eterno. La Luz Increada está siempre encendida para el que la busca y la quiere. Si encuentras una semejanza que mucho me honra entre mi palabra y la del Santo entre los santos, será porque su ley, su doctrina, su enseñanza toda, siento que está como esculpida a fuego en mi yo íntimo desde hace mucho tiempo..., siglos y edades que me pierdo en su inmensidad.

“No soy de Israel, pero su vida, su historia, sus glorias y sus grandezas, como sus desvaríos, prevaricaciones y locuras, me han interesado siempre. Sus grandes Profetas y Patriarcas, sobre todo Isaías, Elías, Jeremías y Ezequiel me atraen como el imán al hierro. Abraham, Jacob y José me deslumbran con la heroicidad de sus virtudes que casi sobrepasan las fuerzas humanas. Y ¡qué decir de Moisés, el astro-rey de la clarividencia, de la fuerza moral, de la clara visión de los designios de Dios para un lejano futuro, de la perseverancia sobrehumana en una lucha tan tremenda para mantener el orden, la fe, la convicción en un pueblo nómada de seiscientas mil almas, en la desolación hosca y dura del desierto abrasado por el sol, sin agua, sin pan, sin una brizna de hierba, con los huracanes de arena azotando a los hombres y a las bestias!... Tanto, tanto ha penetrado todo esto en mi yo íntimo como debía estar en el alma excelsa del Mesías, y yo que bebo de Él, cuanto expresa mi palabra, debe ser eso sólo lo que la hace semejante a la suya.

—Tres vinimos a ti como adversarios a escuchar tu palabra —dijo de nuevo Ismael de Ascalón—. Mis dos compañeros se van confundidos no pudiendo acusarte y sin valor para seguirte.

—¿Y tú? —preguntó Stéfanos.

—¿Yo?... Espero volver a tu lado y que el Dios de Israel me perdone si ante Él aparezco como un desertor. Traíamos el mandato de invitarte a una asamblea semanal que cada sábado celebra el Sanhedrín en la Biblioteca del Gran Colegio. ¿Aceptas? Debo llevar tu contestación.

— No puedo dártela de inmediato sin consultar con nuestro hermano mayor, que es Pedro, el Anciano Apóstol del Mesías.

Stéfanos se retiró unos momentos y volvió con Pedro.

—Te reconozco, Ismael —le dijo el Anciano—. Dos recuerdos vivos conservo de ti. Estabas en el festín de Eleazar en su granja de Lazarón, y estabas en el entierro del hijo de la viuda de Naím, vuelto a la vida por

el Maestro, mi Señor. ¿Por qué vienes a tentar a este hijo mío, que es el joven paladín de esta batalla de fe y de amor en pos de nuestro Señor y Maestro que nos espera en su Reino?

—Yo cumplo órdenes —contestó humildemente Ismael—. Acaso los que me enviaron, desean también la luz de la verdad.

—¡Mucho lo dudo! —exclamó Pedro—. Pero como nuestro Señor vive y vela por los que ha dejado; como Él jamás retrocedió ante sus enemigos, tampoco nosotros debemos retroceder. Stéfanos, hijo mío, sigue en este momento tu inspiración. Tienes mi asentimiento. Haz lo que Él te mande.

—Iré —dijo Stéfanos—, a la asamblea del próximo sábado.

Ismael de Ascalón salió, y Pedro y Stéfanos quedaron solos en el Oratorio. El Anciano miró al joven Diácono con ojos llenos de lágrimas. Se sentó en el estrado y Stéfanos se arrodilló a sus pies.

—¡Padre mío! —le dijo—, presiento que nuestro Señor, el Cristo, quiere recogerme en su Reino.

—También lo presiento yo, hijo mío —contestó con temblorosa voz el Apóstol y estrechando a su pecho aquella hermosa cabeza juvenil, lloró silenciosamente.

Cuando se hubo serenado exclamó:

—¡Maestro, mi Señor!... ¡Tú eres el único dueño de nuestras vidas y sabes lo que haces! Pero este hijo que recién comienza su senda en seguimiento tuyo, es una de las grandes esperanzas de este viejo discípulo, cuya carga de años le impedirán realizar la obra que él podía hacer en tu causa, Señor, que es la de todos los que te hemos comprendido y amado...

Los sollozos le ahogaron la voz en la garganta y de nuevo se abrazó del cuello de Stéfanos, que continuaba arrodillado a sus pies.

—¡Padre mío! —le dijo, acariciando los blancos cabellos de Pedro—. Tu paternal amor me hace inmensamente feliz. El Maestro me da la compensación al sacrificio de mi vida antes de haberlo hecho. Si he sido elegido para morir el primero en defensa del Mesías Ungido de Dios, ¿qué más puedo desear? Lo único que pido es que desde este instante oremos día a día, para que Él sea conmigo en la defensa que debo hacer de todo cuanto a Él se refiere.

Y sentados ambos en el estrado, Stéfanos inició una serie de preguntas sobre algunos detalles de la gloriosa vida que ellos habían visto vivir al Cristo, desde su salida del sepulcro hasta su desaparición final en las orillas del Mar de Galilea.

Suponía que sería atacado vigorosamente sobre ese punto que era el que más escandalizaba a los sabios de Israel.

Sus extraordinarias obras de taumaturgo ya fueron anatematizadas

y condenadas como fruto de *magia diabólica*, y lo que más dolía a los mandatarios de Israel era el nombre de *Mesías Hijo de Dios*, que continuaban dando sus discípulos al Rabí Galileo, que ellos habían mandado al patíbulo como a un malhechor.

Pedro hablaba y Stéfanos escribía.

En todos los Oratorios y agrupaciones se iniciaron oraciones diarias, para que el Divino Maestro pusiera en la mente y en los labios de Stéfanos las palabras que había de pronunciar.

Era la primera vez que uno de ellos era invitado por la autoridad religiosa y civil de la Nación a salir a la palestra en defensa del Cristo y de su doctrina. Hasta entonces sus discípulos habían pasado casi ignorados y olvidados, por considerarlos demasiado insignificantes para que el Gran Consejo de setenta sabios doctores de la Ley, se ocupasen de ellos.

Pero este joven extranjero con una audacia sin límites, se proponía hacer revivir la tragedia aquella, a la que ellos creyeron poner punto final llevando al Profeta a la cruz de los esclavos rebeldes y de los piratas y bandoleros de la peor especie. Y eso no había sido bastante para matar hasta el recuerdo de aquel hombre, que después de tres años de muerto en tan denigrantes condiciones aún se levantaban voces para continuar su prédica y glorificar su nombre.

En las Congregaciones cristianas no hubo ya la menor duda de que la tormenta llegaba, y era necesario prepararse para resistirla o emigrar los que por ser padres de numerosa familia o por las mil razones que tiene la vida, se sabían necesarios e insustituibles en el desempeño de sus obligaciones.

Las doncellas del coro que dirigía Stéfanos, en unión de los Diáconos compañeros de él, idearon programas, trabajos, combinaciones mil para formar una red de defensa y protección en torno a Stéfanos.

Rhoda, la sonámbula, que estaba casada recientemente con el Diácono Parmenas, ofrecía su facultad inconsciente para amedrentar al Sanhedrín, como ya lo hiciera antes con las terribles inscripciones que aparecieron en los interiores del Templo.

Esta clase de alarmas iban siempre a llegar hasta el Anciano Simónides, gran organizador como sabemos de defensas sin armas. Y una tarde se hizo llevar en litera cubierta al Palacio Henadad, donde conferenció con Pedro y los otros Apóstoles residentes allí; con Stéfanos y los demás diáconos; con las doncellas del coro y todos los discípulos jóvenes, viejos, mujeres y niños. El valiente Anciano se sentía general en jefe de los amigos de su soberano Rey de Israel. Quedó resuelto esa tarde que conseguiría del Comandante de la Torre Antonia, que los Centuriones de todas las guarniciones y destacamentos de la Ciudadela de la puerta de Jaffa y del Torreón de Goliath que estuvieran allí, para reprimir todo

desorden y abuso de autoridad. Un nuevo reyezuelo vasallo de Roma ocupaba el palacio Asmoneo, celebrando sus orgías en medio de un lujo escandaloso, como para hacer honor a su prosapia pues era un nieto de Herodes, el sanguinario constructor de palacios y destructor de vidas y de honras. Había comprado a Roma el derecho de llamarse Rey, con la ayuda pecuniaria de los más ricos miembros del Sanhedrín, que buscaban tener en esa forma quien apoyase su despótica autocracia sobre el pueblo de Israel. Tomó el nombre de Herodes Agripa I y fue el más refinado hipócrita que se hacía ver en las grandes solemnidades del Templo, y en su palacio a puertas cerradas se entregaba a escandalosos festines burlándose de los austeros preceptos de las leyes de Israel.

Convencido el Sanhedrín que jamás podrían obtener de las autoridades romanas una intervención directa en sus litigios religiosos buscaron alianza pagada con oro con ese príncipe vil y rastrero sin ideales de ninguna especie, heredero de todos los vicios y ruindades conocidas de su raza. Su padre Antipas y su digna prima Herodías habían desaparecido de la escena y sus cuerpos devorados por el cáncer descansaban en el lujoso mausoleo de mármol que el viejo Herodes el Idumeo usurpador del trono de Israel se hizo construir para sí mismo y su dinastía en el hermoso bosque de encinas, acacias y palmeras donde la tradición decía que estuvo el palacio de la hija del Faraón, esposa de Salomón.

Con este breve detalle queda el lector en condiciones de comprender perfectamente los sucesos que detallaremos después y en los que actuaron de verdugos el Sanhedrín judío en alianza con este nieto de Herodes hecho rey con el oro del Templo y por su bien marcada disposición y cualidades de sátiro y asesino.

Hanán y Agripa formaron pues una alianza de crimen, como la habían formado en la hora del Cristo con su antecesor Antipas. Se odiaban uno al otro, pero se necesitaban.

Eran los buitres que se aprestaban a devorar las palomas mensajeras del Cristo del Amor y de la Paz.

UN VISTAZO AL ESCENARIO

La entrada a la gran asamblea no era libre. Se necesitaba haber solicitado antes el derecho de entrar al recinto y de esto se había encargado Simónides, que continuaba sosteniendo que “*el oro es muy necesario para comprar la voluntad de los miserables*”.

Había adquirido más de trescientas entradas que repartió hábilmente entre *personajes de lustre* como él decía, sin dejar olvidados por cierto a los discípulos y amigos del Rey de Israel, a quienes proporcionó vestiduras adecuadas para no desmerecer ante la aristocracia judía que se creía dueña, digámoslo así, del gran establecimiento donde se educaban sus hijos.

Helena de Adiabenes viuda del rey Abenerig y madre del sucesor Izate, vieja dinastía reinante en Azhur en los valles del Éufrates y muy conocida de los lectores, estaba establecida en Jerusalén desde antes de la muerte del Cristo. Ella con toda su corte asistiría a la reunión. Los Comandantes de las Fortalezas de Jerusalén, de Jericó, de Cesarea, de Arquelais y Tiberias asistirían también con sus familiares y amistades. Todo el viejo Doctorado que se retiró del Sanhedrín a la muerte del Justo por solidaridad con José de Arimathea y Nicodemus y por sostener sus principios de justicia y equidad, asistirían también, lo mismo que los Escribas de Simónides, los diez jóvenes árabes de las Escuelas de Melchor que el Divino Maestro pusiera bajo la tutela del anciano amigo.

Y por lo que *podiera ser*, como él decía, aquellos bravos *amigos de la montaña* con que contaba el Príncipe Judá, se pasearían por los patios y claustros del Gran Colegio, por las entradas, pórticos y veredas adyacentes. El viejo amator de Yhasua había desplegado fuerzas que el Sanhedrín desconocía. Marcos y Ana vinieron desde Joppe, llamados por él, pues no podían desperdiciar la fuerza moral que significaba para la naciente congregación cristiana la presencia de Marcos, que tan altos precedentes dejara como Escriba Mayor durante muchos años, en el Gran Colegio de Jerusalén equivalente en aquella época a lo que hoy llamamos una *Universidad*, o sea una especie de Templo donde tienen sus cátedras todos los mayores conocimientos de entonces.

Desde la partida del Señor a su Reino, era ésta la primera batalla idealista a que habían sido provocados sus invariables amigos y seguidores de su Obra, y para todos ellos significaba esto un gran acontecimiento. Y Simónides el insustituible celador de la gloria de su Rey inmortal, había despachado las carrozas del palacio Ithamar a buscar a los ancianos betlehemitas que habían presenciado la llegada del Avatar Divino a la tierra,

Alfeo, Elcana, Josías y Eleazar, que aún vivían esa dulce melancólica vida de los más grandes e imborrables recuerdos. Otra carroza había partido a Galilea en busca de la Madre del Señor y de los ancianos del Tabor y del Carmelo, y de todos aquellos que se vieran impedidos por sus años de realizar el viaje en otra forma. Acompañándola acudieron a aquella cita de honor, tres de los Maestros de Yhasua adolescente: Harmodio, Tholemi y Melquisedec; el inolvidable tío Jaime, el fiel y consecuente Hanani y por fin Boanerges, bien ignorante por cierto de que el héroe de aquella jornada era un hermanastro suyo que nunca supo que existía.

Estos eran los que podrían entrar al vasto salón de asamblea debido a las entradas que Simónides pudo conseguir con sus hábiles estrategias, reforzadas con oro desde luego, pero era numeroso el público estacionado en los alrededores, atrios y claustros del Gran Colegio.

Todo este movimiento tuvo lugar en los ocho días que siguieron a la invitación que hiciera el Sanhedrín a Stéfanos, para ocupar una tribuna en el salón de actos del Gran Colegio.

Mientras tanto, el joven héroe de esta jornada pasaba sus días recluso en el Oratorio del palacio Henadad entre las armonías del órgano, el canto de los salmos, y el cantar silencioso de su alma que buscaba en lo Infinito todo cuanto había renunciado en la tierra.

Dos días antes del esperado acontecimiento, llegó la venerable Madre del Señor con todos sus acompañantes a la *morada de los hermanos*, como llamaban al palacio Henadad.

Era la vez primera que la madre mártir volvía a la ciudad que sacrificó a su Hijo, y declaró que lo hacía sólo por amor a Él y por cooperar a su obra, a su doctrina, a su gloria. Y su primera visita fue al gran cenáculo convertido en Oratorio, donde ella presencié tres años antes la tierna despedida de su Hijo, la noche aquella en que se entregó a la muerte.

Stéfanos sentado en el clavicordio ensayaba con las doncellas del coro el salmo 106, cuya letra comenzaba así:

“¡Mi corazón está dispuesto, Señor! para cantar tu gloria hasta el último día de mi vida. ¡Despiértate salterio y arpa, despiértate al amanecer!

“Para alabar a Dios entre los pueblos.

“Para cantar salmos entre las naciones.

“Porque grande más que los cielos es su misericordia y hasta los cielos cantan su verdad”.

Boanerges que entró el último se acercó a las filas del coro y acompañó con su lira al clavicordio cuyas notas solemnes, profundas, parecían resonancias del espacio infinito que envolvían toda la tierra. La lira del trovador de Mágdalo era el cristalino gorjeo del ruiseñor, que derramaba como perlas sus trinos temblorosos sobre la seda ondulante de las armonías que exhalaba el órgano bajo las manos de Stéfanos. Se

apoderó de Rhode una intensa emoción que la hacía llorar en el preciso momento en que debía cantar un solo. Boanerges muy acostumbrado a ver estos pequeños accesos de sensibilidad en las doncellas de su coro de Mágdalo, la miró haciéndole comprender que la reemplazaría él. Y su voz de barítono dulce y vibrante se elevó como un gemido del alma que busca el Ideal Supremo en la inmensidad infinita.

Stéfanos conmovido profundamente por aquella voz que oía por vez primera..., voz sobrecargada de sentimiento, de ternura, de infinito amor, no pudo resistir sin volver la cabeza a su lado derecho de donde aquella voz brotaba, limpia, serena, con suavidades de un hilo de agua fresca que llenaba el alma de recogimiento y de quietud.

“*Mi corazón está dispuesto Señor para cantar tu gloria hasta el último día de mi vida*”, repetía la dulce voz de Boanerges, y Stéfanos que creía estar muy cerca de su muerte, tomó estas palabras para sí mismo..., le faltaron las fuerzas para dominar su emoción y con un vibrante acorde final como cuerdas que se rompen por exceso de vibración, terminó de tocar y dejó caer su cabeza sobre el sostenedor de los salmos. Boanerges que había sentido viva simpatía hacia él se acercó rápidamente y le preguntó:

—¿Qué tienes?

Quedaron mirándose uno al otro como tratando de adivinar o comprender algo. La intuición habló al oído de Stéfanos:

“Ahí tienes a tu hermano Boanerges”.

Ambos abrieron sus brazos y se estrecharon apretadamente.

—La música nos hace hermanos —dijo Boanerges, al desprenderse de aquel abrazo pleno de vehemencias y emociones.

—También el ideal que ambos sustentamos —contestó Stéfanos.

—Otro músico trovador de tu país y no le conocíamos —dijo Rhoda a Stéfanos, y las doncellas le rodearon llenas de alegría.

—Sólo mi vestidura es griega —dijo Boanerges—, porque el castillo de Mágdalo es un retazo de la Grecia transportado a las orillas del Mar de Galilea.

El Apóstol Santiago que conocía el secreto de Stéfanos, intervino porque comprendió lo difícil de ese momento para el joven Diácono, cargado como estaba con la preocupación de la tormenta que se avecinaba.

—Boanerges fue desde años nuestro trovador galileo, como lo es Stéfanos de la Judea —dijo.

No era el momento oportuno para descubrir tan grave secreto de familia en presencia de todos, y las conversaciones se hicieron generales.

De inmediato se formó un gran círculo en torno a la madre del Señor, que varios de ellos conocían recién. Marcos y Ana, huéspedes del palacio Ithamar, llegaron apresuradamente con sus dos hijitos y

corrieron a buscar aquellos suaves brazos de madre, que tanto echaban de menos en su obligada residencia en Joppe.

Stéfanos se acercó a ella conducido por Pedro, que emocionado en extremo le decía:

—Aquí tenéis, Madre Myriam, al que será héroe en esta jornada. Que vuestra bendición le acompañe para que sea digno discípulo del Divino Maestro, y sea capaz de glorificarlo con su palabra ante el mundo entero.

Stéfanos dobló una rodilla en tierra ante aquella sublime y heroica madre, que soportó sin quejas el supremo dolor de presenciar el martirio de su Hijo amado sobre todas las cosas.

Con sus dulces ojos llenos de lágrimas puso ella su mano sobre la cabeza inclinada de Stéfanos, y le dijo:

—Yo te bendigo en nombre de mi Hijo, que te bendice desde su Reino de amor y de luz, donde te espera para coronarte como Él fue coronado.

—¡Gracias, Madre santa! —exclamó Stéfanos besando sus manos—. Tus palabras son para mí el anuncio de una próxima victoria.

Todos deseaban mostrarse alegres y esperanzados; pero algo como una amenaza de tempestad parecía difundirse en el ambiente.

Las grandes salas del palacio Henadad estaban llenas con los hermanos que iban llegando, atraídos por la noticia de que la Madre del Señor se encontraba allí, juntamente con algunos Ancianos de los Santuarios del Tabor y del Carmelo, aquellos antiguos Santuarios de las montañas galileas, donde unos y otros encontraron desde muchos años atrás la solución de sus problemas íntimos, y más de una vez la paz y la salud perdidas.

Aquella santa mujer, madre augusta del Mesías de Israel, del Ungido de Dios, les parecía una gran fuerza protectora en esos momentos en que se veían amenazados de una nueva tormenta, la que seguramente no pasaría sin dejar algunas víctimas.

La palabra serena llena de claridades y de esperanzas de los Ancianos maestros del Tabor y del Carmelo, sería para ellos como batir de alas protectoras y sus consejos les marcarían los caminos a seguir en la hora de tinieblas que se avecinaba.

Y ella, la madre heroica, les seguía a todos con su mirada plena de amor y de bondad.

Los recuerdos revivían con una fuerza en ella, lastimando de nuevo su corazón. Se veía rodeada de ternuras, de inefables amores, pero ya no estaba Él, y su ausencia de aquel recinto donde tantas veces le había visto siendo el centro de todos los afectos, de todos los entusiasmos, significaba para ella un vacío casi infinito que nada podía llenar.

La emoción aumentó inmensamente cuando todos se sentaron a la mesa y Myriam ocupó el lugar en que el Maestro se había sentado siempre.

Una de las doncellas colocó ante ella una gran cesta de dorados panecillos para que ella los repartiera entre los comensales. Los ojos de Myriam estaban llenos de lágrimas al levantar el primer pan y darlo a Pedro que estaba a su derecha. En ese preciso momento, vieron todos un suave resplandor dorado detrás de ella, que fue tomando forma lentamente hasta diseñarse la imagen clara del Divino Maestro con sus manos tendidas, en actitud de bendecir la mesa y a todos los que estaban alrededor.

—¡El Señor está aquí! —Fue el clamor unánime de todos.

Y Myriam que sintió vivamente la presencia divina de su Hijo, echó hacia atrás su cabeza tocada de blanco porque sintió que Él se inclinaba sobre ella para darle la suprema bendición de su amor.

Fue aquello como un deslumbramiento, como el infinito gozo del éxtasis de las almas que sentíanse envueltas en la Divina Presencia.

Algunas de las doncellas del coro, sensitivas en alto grado, no podían volver en sí del estado de hipnosis en que se habían puesto por la fuerte influencia espiritual que tan vivamente se hizo sentir; y Tholemi, el más Anciano de los esenios presentes, se acercó a cada una de ellas y con un intenso llamado mental les hizo volver al plano físico, del que habían huido en seguimiento de la aparición radiante del divino huésped que les visitaba.

—El cuerpo físico no resiste largo tiempo estas intensidades propias de los cielos de Dios —dijo el Anciano—. La Voluntad Divina que nos retiene en la tierra nos manda soportar las exigencias de la materia y debemos obedecer su mandato.

—Eso quiere decir que debemos pensar en comer cuanto hay sobre esta mesa —dijo Felipe con su buen humor habitual.

—Justamente, hijo mío —afirmó el Anciano—. Al Señor se le complace orando, trabajando y amándonos unos a otros. Pero es su gozo también que seamos sumisos a la ley de la Naturaleza que también es obra de su infinito poder. —Y sentándose al otro lado de Myriam, recibió de sus manos el pan que ella le ofrecía.

Mucho se tenía en cuenta allí los privilegios de la ancianidad, y así fueron ocupando los asientos alrededor de la mesa, Melquisedec, Harmodio, Elcana, Alfeo, Josías y Jaime, Hanani, Eleazar, Lázaró, Andrés, Santiago, Matías, a quienes seguía toda aquella florida juventud, que no vacilaba en consagrar su vida recién comenzada al supremo ideal de la paternidad universal de Dios y de la hermandad de todos los hombres.

Y como unidos estuvieron alrededor de esa mesa frugal y sencilla,

lo estuvieron cuando dos días después acompañaron a Stéfanos, a la invitación que había recibido de ocupar una tribuna entre los oradores que hablarían en las aulas del Gran Colegio.

—¡Cuidado! —dijo Hanán a los celadores y mayordomos del establecimiento—. El griego trae un cortejo como aquel del día de las palmas que acompañó al Rabí Galileo.

Ismael de Ascalón, el vicerrector del Gran Colegio se encontraba como sobre ascuas, por la difícil posición en que se encontraba. Con el mismo afecto debía recibir a todos los que hablarían esa tarde, y más a los magnates del Sanhedrín aunque en su fuero interno nada quería ya con ellos.

Era costumbre comenzar allí todo acto público con el canto de un salmo de invocación al Supremo Creador. Ismael de Ascalón pensó que si el Sanhedrín escuchaba a Stéfanos en el órgano, coreado por los alumnos y la numerosa concurrencia, se suavizaría más en sus ideas de represalias contra él.

Y así fue que lo invitó a sentarse al clavicordio, que fue rodeado por los alumnos mayores del Gran Colegio.

El viejo Hanán se deshacía en atenciones con la Reina viuda de Abernig, que desde la muerte del Cristo se había mantenido en completo retiro. Era manifiesto que el astuto anciano se esforzaba en reconquistarla. Igual ocurría respecto de Simónides.

—Este es un coloso que quisiera aplastar —pensaba Hanán, cuando le vio ocupar su sitio junto a Helena de Adiabenes.

Pero su asombro fue mayor cuando vio aparecer al Príncipe Hartat de Damasco, al Scheiff Ilderín con una bizarra escolta de lanceros árabes, aumentada con los ex discípulos del príncipe Melchor, a José de Arimatea, Nicodemus y Gamaliel. Y poco faltó para exhalar un grito de pánico al ver entrar al gran salón de actos al Comandante de la Torre Antonia, juntamente con varios Tribunales militares que mandaban las Fortalezas de Joppe, de Minoa, de Jericó, Arquelais y Cesarea.

Medio amoscado el viejo, susurró al oído de su hijo Teófilo:

—Ya no falta aquí mas que el César y acaso pronto le veremos llegar.

Mas, no llegó Tiberio César que estaba muriéndose en la isla de Capri, pero llegó su Legado Imperial Lucio Vitelio, luciendo en su lujoso traje el cinturón de oro y rubíes obsequio de nuestro amigo Simónides.

Mientras tanto, Stéfanos, como si hubiera sido transportado a un cielo de luz inundado de divinas melodías, las arrancaba del órgano con admirable profusión llenando las almas de tan fervoroso entusiasmo, que los alumnos, las doncellas y parte de la concurrencia iniciaron el canto del himno sagrado aún antes de que se diera la señal. Y Boanerges

cantó un solo tan maravillosamente, que la concurrencia le ofrendó un nutrido aplauso cuando el himno hubo terminado.

En ese preciso instante se percibió un tumulto en los pórticos y alrededores y los gritos de: “¡Viva el rey! ¡Viva el César! ¡Hosanna al Mesías de Israel!”

El Comandante de la Torre Antonia salió al momento y con él algunos de los Tribunales militares.

El astuto Hanán sonrió maliciosamente y susurró algo al oído de su hijo Teófilo que debía hablar esa tarde.

El lector conoce el viejo odio existente entre los soldados herodianos en contra de todo cuanto fuera de la tierra y de la raza del Rey Hareth de Arabia. Eran resabios de los odios sembrados por Herodías en contra de la casa reinante en Arabia, desde que ella se unió con Antipas repudiando éste a su legítima esposa Berenice, hija del Rey árabe.

La fervorosa juventud betlehemita, al frente de la cual estaban los de En-Gedí, de la Granja de Andrés, Jacobo y Bartolomé, con sus hijos y jornaleros de aquel viejo molino que por iniciativa del Maestro se puso en movimiento con los tesoros encontrados en el sepulcro de Raquel, y toda esa masa de pueblo organizada en esos ocho días precedentes, por Efraín hijo de Eleazar secundado por los Diáconos Felipe y Nicanor, se encontraron sin esperarlo en la gran plazoleta del Colegio con un destacamento de soldados herodianos, que azuzados por agentes del Sanhedrín buscaban formar alboroto con los árabes de la escolta de Ilderín.

Seguramente la finalidad del astuto Hanán en un principio había sido contar con los soldados pedidos a Agripa, para el caso de verse precisado a hacer allí mismo “*un escarmiento*” –como él decía–, con los audaces nazarenos envalentonados con su milagroso Mesías y con el favor que les dispensaban los militares romanos. Pero ni él ni nadie habían supuesto que se reuniría aquella masa de pueblo, ante la cual nada significaba el destacamento herodiano de cuarenta soldados.

El amo de Israel estaba pues sobre ascuas.

Juntamente con el Comandante había salido también José de Arimatea, a calmar a los excesivamente entusiastas amadores del Cristo, con prudentes reflexiones a las cuales obedecieron de inmediato.

Mientras esto sucedía en el exterior, en el interior del gran salón eran los tres Ancianos Esenios quienes emitían con fuerza su pensamiento, a fin de que aquellas fuerzas contrarias no rompieran la bóveda psíquica que necesitaba Stéfanos para el éxito de su misión en esos momentos.

Ellos habían conferenciado largamente con el joven Diácono, y se habían convencido de que era un sensitivo de grandes facultades y de una superior capacidad de percepción y de transmisión del pensar y sentir de las Inteligencias Superiores, que orientan y encausan la voluntad

humana. Lo cual, hacía de él un valioso instrumento de los designios divinos sobre las porciones de humanidad entre las cuales ejerciera sus actividades.

En los dos días precedentes a la asamblea y que estuvieron en contacto con él hicieron meditaciones íntimas, con la presencia de Myriam y de los cuatro Apóstoles del Señor que residían allí. Stéfanos ignorando en absoluto las experiencias que los Ancianos solitarios querían hacer con él, les dio pruebas convincentes de que cuanto habían presentado respecto a él, era una realidad.

Por la hipnosis del joven Diácono se les había manifestado el Espíritu-Luz en la personalidad de Moisés, encareciéndoles la necesidad de insistir ante la humanidad, en que la Ley del Sinaí, es *Ley Moral* emanada de la Divinidad directamente; y las ordenanzas sobre las ceremonias y rituales del culto *provenían tan sólo de la mente de Moisés*, que veía la necesidad de su pueblo de ver, oír y comprender la excelsa grandeza del Eterno Invisible a través de la majestuosa solemnidad de rituales y ceremonias, de que se rodeaban los instantes supremos de acercamiento entre Él y el pueblo que le rendía adoración.

Y el *Espíritu de Verdad* decía por la hipnosis profunda de Stéfanos: *“El hombre terrestre ha hecho una confusión lamentable de los preceptos de la Ley moral encerrada en el Decálogo y grabada a fuego en cada corazón humano, con la ley humana sobre las ceremonias y rituales del culto dado por los hombres a la Divina Potencia. Y yo hablaré por su boca porque es uno de los elegidos como instrumento mío para exponer la Verdad a los dirigentes de almas, aun a costa de la vida”*.

En alguna de estas íntimas meditaciones, obtuvieron desdoblamientos de su espíritu, y comprendieron que era Stéfanos una encarnación del Profeta Ezequiel, pues los tres videntes lo vieron con sus vestiduras sacerdotales, sentado a orillas del río Chebar, en los campos de Caldea, sumido en meditación y habló de esta manera:

“Soy Ezequiel, hijo de Buzi, soy el sacerdote de Jehová, que me hizo ver visiones terribles en contra de Israel. Y me dijo: “Así dirás a Jerusalén: ciudad derramadora de sangre que te has contaminado de avaricia y de soberbia. En la sangre que derramaste has pecado y has hecho acortar tus días y abreviar tus años. ¡Oh, Jerusalén! Tus príncipes y Sacerdotes han derramado en ti sangre inocente. Al huérfano y a la viuda despojaron en ti. Mi santuario fue menospreciado y profanado. Calumniadores hubo en ti para derramar sangre de justos. Precio recibieron en ti para derramar sangre inocente. Con usura y lucro al prójimo defraudaron con violencia.

“La casa de Israel se me ha tornado en escoria –dice Jehová–. Sus príncipes y sus ancianos son plata, estaño, hierro y plomo para el horno

y yo les junto en medio de Jerusalén y soplaré sobre ellos el fuego de mi justicia y los consumiré.

“Sus sacerdotes violentaron mi ley y contaminaron mi Santuario; entre lo santo y lo profano no hicieron diferencia. Como lobos que arrebatan la presa derramando sangre y extraviando almas para dar pábulo a su insaciable avaricia”.

Y mientras así hablaba el sensitivo en el desdoblamiento de su espíritu, los tres videntes le veían vestido con la túnica de blanco lino, y de pie a la orilla del río Chebar, mientras un tempestuoso viento de aquilón batía con furia su manto y sus cabellos desordenados.

El sensitivo se despertó entre la consternación de los pocos que le escuchaban, todos los cuales comprendían que de nuevo el profeta Ezequiel reencarnado en Stéfanos, anunciaba terribles desgracias a la ciudad de Jerusalén que bebiera la sangre del santo entre los santos, del Mesías Ungido de Dios, anunciado desde seis siglos antes por los grandes profetas del pasado.

Afirmando las predicciones trágicas de este nuevo Ezequiel, estaba la frase pronunciada por el Divino Maestro poco tiempo antes de su sacrificio:

“¡Jerusalén! ¡Jerusalén que matas a los Profetas que te son enviados! ¡Pronto llegará el día en que no quede de ti piedra sobre piedra!”

54

¡Y LLEGÓ LA HORA!...

Mientras la concurrencia se ubicaba debidamente y se acallaban los alborotos exteriores, el vicerrector Ismael, buscando acortar distancias, invitó a un nieto de Hanán, hijo de su hijo Jonathan, Sumo Sacerdote por entonces, que tocaba muy bien el arpa, a formar un trío con Stéfanos y Boanerges con su maravillosa lira.

Esto fue indicación muy disimulada por cierto, de los Ancianos Esenios, que conocían bien la importancia de la música sagrada para consolidar una bóveda psíquica, tan duramente amenazada de romperse como lo estaba la formada por ellos esa tarde.

Un antiguo bardo de Israel había compuesto música a los Trenos del Profeta Jeremías y esa música que reflejaba todas las variaciones del alma ferviente y dolorida del Profeta, fue ejecutada con soberana maestría por el órgano que suspiraba como un ser humano próximo a llorar, bajo las manos de Stéfanos, por la lira de Boanerges que trinaba como un ruiseñor en las noches de luna, y por el arpa del joven Samuel, que ya gemía con el alma del Profeta de los Trenos o cantaba con el viejo bardo de Israel.

Los Ancianos Esenios medio ocultos en los cortinados que daban sombra a los ventanales y a la tribuna destinada a Stéfanos, lloraban silenciosamente de emoción, presionados por la suave corriente espiritual que descendía como una bruma dorada envolviendo los ámbitos del salón y acallando todos los rumores, los sonidos, los ecos más lejanos. Y pudieron observar asimismo, que el joven Samuel, hijo del Pontífice Jonathan y nieto de Hanán, era un alma atormentada por el ambiente frío, duro y egoísta en que se veía sumergido. Comprendieron que vaciaba sus sentimientos y descargaba de angustias su corazón en las vibraciones de su instrumento, que se ponía a tono como él mismo con sus dos compañeros de ejecución.

Cuando la música terminó le vieron acercarse a su adusto abuelo y hablarle al oído. Aquella alma de hiena adormecida en su avaricia y su soberbia, se dejó conmover por la palabra de su nieto, que le decía:

—Si tomáis a esos dos maestros de la armonía para acompañarme en las fiestas del Templo y del Gran Colegio no me iré a Grecia como he pensado.

—¡Bien hijo mío! Quisiera prometértelo porque no quiero que te vayas... ¡Ya veremos!

Stéfanos había pedido a Ismael de Ascalón ser el último en hablar, por la razón de estar muy ajeno a la forma y modo como se encaraban allí las cuestiones a tratar. Deseaba oír a los otros para orientarse él mismo.

Un Doctor de la Ley, hombre maduro que representaba unos cuarenta y siete años subió a su tribuna para desarrollar este tema elegido por él mismo: *“Israel, maestro de pueblos”*.

El tema era halagador en extremo para el fuerte partido conservador de viejas tradiciones y de principios convertidos en dogmas. Pero el que lo trataba no pertenecía por entero a la secta fanática de los Fariseos, y era uno de los tres personajes enviados por el Sanhedrín, días antes, a escuchar a Stéfanos en la Sinagoga de Zorobabel. Su nombre era Absalón de Jericó, y el lector recordará que Ismael el vicerrector, había dicho: “Se retiran sin argumento para contradecirte, pero sin valor para seguirte”.

Y fue así su discurso con esa vaguedad fluctuante que pone al descubierto un ser que busca la verdad y distingue lo justo de lo injusto, lo verdadero de lo falso, pero sabe muy resbaladizo el terreno en que camina y en el cual quiere sostenerse aunque deba mantener para ello difíciles equilibrios.

Demostró su convicción de que el pueblo de Israel liberado por Moisés de la esclavitud en Egipto, fue señalado por el designio divino para ser maestro de pueblos y prototipo y heraldo de la Justicia, de la Solidaridad y de la Paz, que aparecen concentradas como una exquisita esencia en la gran Ley del Sinaí.

Pero el orador lamentó sobremanera que Israel estuvo muy lejos de ser digno ejecutor del designio de Dios, puesto que aun viviendo su gran conductor y guía, le amargó terriblemente sus horas, entregándose a horrendas prevaricaciones, aun en torno del Santuario nómada construido en pleno desierto con el esfuerzo de todos, y siguiendo las instrucciones precisas de Aelohin, el intérprete divino que hablaba a Moisés en los deslumbramientos del éxtasis, entre los resplandores del Monte Sagrado, a donde subía ebrio de luz y de amor, impulsado por esa fe inquebrantable, como huracán de estrellas y de soles que lo arrebatan hasta lo Infinito.

Y para que su disertación no se convirtiera en absoluto en una crítica dura y tenaz para Israel, el orador trajo a la memoria las grandes virtudes de los Patriarcas y Profetas que salvaron en parte la honra de Israel, y atenuaban las manchas de lodo y sangre que el pueblo inconsciente había arrojado sobre sí mismo, olvidando los preceptos de la Ley moral recibida en Sinaí, para prestar mayor atención a las ordenanzas civiles de orden jurídico, higiénico, litúrgico y social.

Al evocar con amor reverente los nombres de los grandes Patriarcas, Profetas y justos de Israel, emitió una grande y piadosa idea, muy digna de la Bondad y Misericordia Divina:

“La claridad –dijo–, de estas estrellas de primera magnitud en el cielo de Israel, nos producen deslumbramiento y acaso nos impiden ver en toda su horrenda fealdad, las prevaricaciones y desvaríos de nuestros hermanos de raza y de religión, que designados por Dios para las cumbres, han preferido arrastrarse por el polvo”.

El orador bajó de su tribuna entre una ovación de aplausos.

Un segundo orador disertó sobre la misión del Gran Colegio en medio de la Nación Israelita, manifestando la necesidad de que el profesorado antiguo y joven no tomasen otros rumbos hacia el extranjero, dejando las aulas de la tierra nativa sin maestros, lo cual significaba, en su sentir, una ingratitud grande para con el Establecimiento docente en cuyo seno se habían formado, y adquirido todo el conocimiento que les hacía hombres capaces de engrandecer y dignificar la patria, transmitiendo su ciencia a las nuevas generaciones.

Si el discurso anterior no fue muy halagador para la secta dominante, éste lo fue menos, porque la mayoría de los presentes recordaban muy bien que con José de Arimathea, Nicodemus, Gamaliel y Nicolás de Damasco, expulsados del Sanhedrín y del Templo, y obligados a renunciar del Gran Colegio, se había retirado más de la mitad de la juventud estudiosa, que fue al extranjero a continuar sus estudios o cortaron la carrera para dedicarse a diversas profesiones o industrias.

Los miembros del Sanhedrín que estaban presentes como presentes

estaban José, Nicodemus y Gamaliel, temieron que alguno de ellos recordara los motivos por que se habían retirado. El vicerrector y algunos profesores observaron las miradas fulminantes de Hanán para el imprudente orador, que pareció no comprenderlo, y terminó su discurso invitando a los capacitados en las artes o en las ciencias a prestar cooperación al gran Instituto, donde la nueva generación se preparaba para ocupar su puesto en el concierto de las naciones más cultas de la época.

A la terminación se promovió una discusión amistosa entre los dignatarios de Israel, tomando en cuenta la invitación hecha por el último orador, y encontrando muy conveniente tomar como profesores de música sagrada a los dos músicos griegos, que acababan de demostrar sus aptitudes sobresalientes como maestros en el divino arte de la armonía.

—¡Todo se andará! —contestó Hanán, que era quien ponía siempre el punto final—. Tiempo al tiempo —añadió.

Y todos comprendieron que el astuto anciano esperaba escuchar primero a Stéfanos antes de dar un paso adelante.

Por fin el vicerrector se acercó al joven diácono y le invitó a ocupar la tribuna.

En el acto se levantaron José de Arimathea, Nicodemus, Gamaliel, Marcos, el Scheiff Ilderín y el joven que tañía el arpa, y le condujeron a la cátedra que acaso fuera para el joven diácono como un cadalso, en que exponía su vida por la gloria del Señor.

Una corriente intensa de simpatía le envolvía como una ola de luz, de ternura, de admiración.

Su juventud, su belleza, su continente lleno de dignidad y de serena calma, tenían una atracción irresistible aun para aquellos que pudieran mirarlo con prevención.

La generosidad de Simónides y su refinada política, le había obligado a vestir un regio traje al uso de su país: túnica blanca larga y plisada que los griegos llaman *chitón*, y el *himatión* o manto amplio de púrpura que se emboza de diferentes maneras.

El Anciano inteligente y sagaz, sabía bien cuanto vale el adagio vulgar para gentes como los que formaban el Sanhedrín judío: “*Tanto tienes, tanto vales*”. Y en cuanto a esto impuso su voluntad y consiguió que los amigos del glorioso Rey de Israel fueran vestidos como correspondía a la honra de tal Soberano. Y la dulce benevolencia de Pedro no tuvo que violentarse para complacer a Simónides.

—No le falta más que la diadema de mirto y de narcisos a nuestro orador para asemejarse a Orfeo subiendo al templo de Delfos —dijo un anciano Escriba que había viajado por la patria de Aquiles y de Ulises.

Quedaron de pie junto a la tribuna el Scheiff Ilderín, Marcos y el joven Samuel, que tañía el arpa.

El vicerrector del Gran Colegio anunció en alta voz el tema según costumbre:

“La Ley del Sinaí, gloria de Israel”.

Y Stéfanos comenzó así su discurso:

—Amigos y honorables señores que me escucháis:

“Antes de comenzar mi discurso imploro vuestra benevolencia para mi condición de extranjero que pudiera incurrir en equivocaciones no intencionadas, que espero os dignaréis observármelas para que al bajar de esta tribuna honrada por tan ilustres maestros, lleve yo un conocimiento más de la milenaria historia de Israel que se pierde en la noche oscura de los tiempos.

“Mi juventud e inexperiencia no me hubieran permitido jamás el pensamiento de ocupar una tribuna en vuestro Gran Colegio, pero me ha obligado la amable invitación de sus autoridades aquí presentes.

“He elegido este tema demasiado grande y excelso para mis capacidades porque de todas las grandezas y glorias de Israel, es la gloria inmutable, incommovible y eterna que trasciende los límites de lo terreno para resplandecer como una luz solar envolviendo todo el universo: *La Ley del Sinaí*.

“Y fue Israel, vagabundo en la aridez del desierto quien primero la escuchó de los labios del glorioso taumaturgo, confidente de la Eterna Potencia que descendió hasta él para confundir la soberbia y prepotencia de un Rey que desconocía lo que es y lo que significa la grandeza del hombre, creación divina, chispa de luz emanada de su seno infinito y dotado, a semejanza suya, de una inteligencia creadora, de un pensamiento que penetra los abismos y corre como el rayo de luz; de una voluntad capaz de abrir las montañas y desecar el mar cuando un ideal sobrehumano le empuja como el huracán a los témpanos de hielo en los mares del Norte.

“El vértigo invade la mente humana cuando trata de comprender el éxtasis del gran Moisés, extático entre los resplandores ardientes del Sinaí, al sentir la voz del Infinito que dictaba el divino mandato como un legado eterno, como una alianza inmutable que lo hacía dueño de ese pueblo y al pueblo dueño de su Dios, como dueño es el padre del hijo que trajo a la vida, y el hijo dueño del padre que le dio el ser. Y nace de allí como una flor de luz inefable la ley sublime y justa del amor entre el Dios de ese pueblo, y el pueblo de ese Dios.

“Mas, triste es reconocerlo: solo Moisés midió, analizó y comprendió la grandeza eterna de esa unión inefable. ¡Dios con su pueblo! ¡El pueblo con su Dios!...

“Moisés el descendiente de los Faraones, el joven noble nacido y criado a la corriente del Nilo milenario, bajo las naves pobladas de misterio, de ciencia y de sabiduría de los Templos de Amón-Ra y de Osiris, Dios de los vivos y Dios de los muertos; lo había abandonado todo, las gradas de un trono secular, el esplendor inigualado del sacerdocio egipcio, las glorias de la milicia triunfante, las dulzuras del amor, todo, absolutamente todo para responder a la voz divina que le llegaba como el soplo del viento en sus horas de meditación, como luz difusa en la sombra temblorosa de las naves solitarias, como el eco de un canto lejano que ondulaba entre los rumores del río sagrado, que emergía de la sombra proyectada en la arena del desierto por las Pirámides mudas, por la Esfinge silenciosa...

“Nuestra alma pequeña y débil tiembla de espanto contemplando la lucha titánica del gran vidente, con el dolor de abandonarlo todo para seguir la visión de un porvenir incierto.

“¡El ideal triunfó de la materia! ¡La visión intangible, se impuso a los sentidos! ¡La voz divina fue más poderosa que todos los halagos humanos!

“¡Y el gran visionario se lanzó al desierto como un fantasma de locura y de amor supremo!

“¡Cuán pequeños somos los seres humanos para comprender esos vértigos deslumbradores que el Eterno Invisible desata en el alma de sus elegidos, como un torrente de luz multicolor que teje visiones, que diseña escenarios en horizontes y mundos nunca vistos sino en el sueño extático de la contemplación interior!

“Y entre los peñascos solitarios de Madián, en los valles poblados de silencio y de sombras, entre majadas de ovejas que diseñaban relieves de marfil en el verdor de las praderas y compartían con él los frutos silvestres y el agua de las vertientes, el místico ermitaño vio deslizarse los años que fueron haciendo más clara y vívida la visión del porvenir.

“Sentado sobre un peñasco, él recordaba...

“Allá muy lejos la madre solitaria, la princesa anacoreta convertida en sacerdotisa de los templos, evocaba también en ensoñaciones celestes la imagen querida del hijo ausente...

“Bajo las naves solitarias que fueron su escuela y el nido tibio de sus primeras visiones, sus maestros y compañeros echaban de menos la silueta inmóvil, hierática, pensativa del joven hierofante para quien fueron pequeños, áridos y fríos los grandiosos templos de mármol y de oro, iporque sentía en su alma alas de águila, hambrientas de inmensidad, de luz y de infinito!...

“¡El solitario seguía recordando!... ¡Y los recuerdos como pinceladas de mago continuaban esbozando sin piedad ternuras de nido, piedades de madre, canciones de cuna, esplendores de tronos!...

“¡Y se levantaba de pronto como un gigante herido de imprevisto y que se despierta de un sueño!

“Un viento de fuego arrastró una majada al pie de una montaña agreste que se alzaba hasta las nubes... Y él corrió tras de su majada, única vida que daba vida a su soledad. Era aquel el Monte Sagrado en cuya cima se plasmarían en realidades grandiosas, sus visiones de la juventud. En aquel Monte estaba la culminación de su vida; la solución de su problema íntimo; la respuesta a todos los interrogantes que se venía haciendo desde sus años primeros.

“¿Por qué, Señor?... ¿por qué?” –había preguntado tantas veces.

“¡Oh! ¡Cuán retardados andamos los hombres para reconocer la voz divina, que nos anuncia la hora de cumplir los pactos eternos del alma eterna con Dios!...

“¡El gran vidente no estaba formado de una pasta diferente que la nuestra, pero su alma!... *¡Oh! ¡Su alma comprendía y amaba a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo, aún antes de que el fuego del Sinaí se lo hubiere esculpido en tablas de piedra!*

“Su alma de elegido, serafín del séptimo cielo, se había anticipado al mandato divino que por su intermedio daría a los hombres y lo venía sintiendo desde la niñez como un dardo de fuego que le quemaba el corazón.

“Sobrecargado de todos los poderes divinos en su primera visita al Sinaí volvió a las riberas del Nilo como huracán del desierto, y sembró el espanto en la tierra de los Faraones con estupendas manifestaciones del poder que había recibido. Y arrancó al pueblo de Abraham, de Jacob y de José de las garras de la más espantosa esclavitud y le arrastró en pos de sí como una marejada humana, atravesando lagos, mares, desiertos hasta llevarle al pie del Monte Sagrado de sus visiones de gloria.

“La grandeza del Infinito se desborda como un río caudaloso después de consumado el sacrificio de sus elegidos, y Moisés que tanto había llorado en la soledad, en el desamparo, en el abandono de cuanto ama el hombre sobre la tierra, sintió que todo el cielo era suyo, que la gloria de Dios era su gloria, que la infinita dicha del Amor Increado era también su dicha; ¡que la Luz Eterna era suya y que todo lo podía y todo lo tenía en su inefable unión con el Eterno Poder!

“El Divino Padre había contestado a todos sus interrogantes y ya no necesitaba preguntar: ¿Por qué, Señor..., por qué?

“Y la sublime Ley del Sinaí cayó en el alma extática de Moisés como el divino abrazo de Dios a la humanidad terrestre.

“¡Amarás a tu Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como te amas a ti mismo!”

“¿Qué genio humano podría esbozar en la amplitud de un lienzo ilimitado los esplendores maravillosos del Sinaí durante el diálogo divino del Eterno con su elegido?

“¡Pueblo de Israel, favorecido el primero con el espectáculo indefinible de los cielos confundidos con la tierra!...

“¿Cómo has podido pecar después de lo que tus ojos vieron y tu corazón sintió, estremecido de espanto, de asombro, de dicha y de amor?...

“¿Cómo has podido amargar los días y las noches de ese hombre genial, de ese hombre luz, de ese Ungido de Dios, que se empapó de divinidad y te la trajo como un don para ti, pueblo escogido como primer legatario de su mensaje de amor?

“¿Cómo has podido manchar tus manos con sangre inocente, con sangre de Profetas, con sangre de mártires?

“¡La eterna Ley de la preexistencia nos dice que los que vivimos en la carne hoy, fuimos también de antes, de ayer y de todas las edades que pasaron, y acaso estuve también yo entre los que vieron y palparon los esplendores de Dios y la gloria del Sinaí, y tan pronto la olvidaron para lanzarse sin freno a la vorágine de todas las pasiones humanas, que embrutecen al hombre y lo rebajan a un nivel inferior a veces que las bestias!...

“Y esta Ley eterna de la preexistencia hace morir todo reproche en mi boca, con un interrogante que cae en el corazón como gotas de hierro hirviente:

“¿Estás seguro de no haber estado tú entre los que vieron las glorias del Sinaí y tan pronto las olvidaron?...

“¡Cuán doloroso es, amigos míos, el pensar, el meditar y comprender la pequeñez del hombre para asimilar, sentir y obrar el bien; y cuán fuerte es para inventar, asimilar y obrar el mal!

“Las grandes y extraordinarias virtudes de Moisés, como las maravillosas glorias del Sinaí, atraídas y merecidas por Él, no fueron una fuerza suficiente para mantener aquella multitud de seres en los límites del marco augusto de esa Ley Soberana.

“Otros Moisés con diferentes nombres y en diversos países y épocas, han continuado visitando las playas terrestres, sembrando sus valles de flores divinas, encendiendo faros que alumbran sus caminos, derramando estrellas en sus sendas tenebrosas, y la humanidad en general busca con predilección las pendientes que bajan antes que los senderos que suben a las cumbres.

“¡Y aún hace más..., mucho más! ¡Y lloremos hermanos sobre nuestra propia desdicha, pues somos parte de esta humanidad que delinque, que busca las ciénagas inmundas y desprecia los jardines en flor!... Que olvida a su Dios, sus promesas eternas, sus mandatos divinos, y se vuelve

rabiosa como bestia enfurecida contra los Enviados por Él, que le dicen con piedad infinita:

“¡Ama para que seas amado! ¡Siembra el bien para que recojas el bien!

“¡No arrojes piedras para que nadie te las arroje a ti!

“¡No hagas llorar a nadie para que tú no tengas que llorar jamás!...

“Permitidme hermanos cerrar esta página gloriosa de Israel porque no debo abusar de vuestra gentil benevolencia. Y la cerraré pidiendo a la Luz Increada y eterna que descienda sobre vosotros, sobre mí, sobre todos los pueblos de la tierra para que no devolvamos ingratitud, perfidia, sufrimiento y muerte a cambio del inefable amor que vienen a traernos de los cielos de Dios, los Antulios, los Hermes, los Orfeos, los Krishnas, los Moisés, los Sócrates, los Yhasua de Nazareth! ¡Que la paz sea con vosotros!...”

Pedro, el dulce Apóstol del Cristo se precipitó a la tribuna y recibió a Stéfanos en sus brazos cuando descendía de ella. Y detrás de Pedro, le rodearon todos los amigos de Yhasua que le habían escuchado, y que sintieron la vibración divina de Él en la palabra del joven diácono, como si fuera Él mismo quien hablaba por su boca.

La venerable madre del Señor había llorado silenciosamente desde el comienzo del discurso de Stéfanos, porque en determinado momentos llegó a percibir la adorable imagen de su gran Hijo, flotando como una nube de luz dorada por encima de la tribuna del orador.

Cuando pudo abrirse camino, Stéfanos fue a ella y doblando una rodilla le tomó ambas manos y las besó con reverente amor, mientras ella sin poder pronunciar palabra, le puso la diestra sobre la cabeza y le besó en la frente.

—¿Quién es esa mujer? ¿Es su madre? —preguntó Hanán al vicerrector.

—Como si lo fuera —le contestó éste—. Es la Madre del Profeta Nazareno, que sus discípulos veneran como al Mesías anunciado por los Profetas.

—Creo que hubiéramos salido ganando, si le hubiéramos reconocido también nosotros —contestó a media voz el astuto anciano, que indirectamente gobernaba al pueblo de Israel—. Pero ya es tarde —añadió—. Y algo me está diciendo que esa gente triunfará algún día y nosotros nos hundiremos.

El vicerrector Ismael lo escuchó asombrado pero creyó prudente no decir una palabra.

—¿Qué dices abuelo después de haberlo oído? —le preguntó su nieto Samuel, el que tocaba el arpa.

—¡Vale mucho!, no lo puedo negar. Pero hay valores terribles que son

una amenaza, hijo mío. Tienes el permiso para invitarlo a acompañarte en la dirección de nuestros músicos del Templo; pero te aconsejo no intimar con él.

También Hanán y otros magnates de su corte se acercaron al joven diácono, pues no pudieron sustraerse de la poderosa atracción que él ejercía.

—Amiguito —le dijo Hanán—, mucho sabes de Israel para ser extranjero y tener tan pocos años. ¿Quién fue tu maestro, si nunca viniste al Gran Colegio?

—El Profeta Nazareno, señor, que amaba mucho a este pueblo y a todos los pueblos de la tierra —contestó Stéfanos con gran naturalidad y sin ninguna vibración de ironía ni de reproche en su voz.

—¡Bien!..., muy bien. Tenemos que hablar mucho, amiguito, y poner muy en claro ciertas cuestiones que no deben ser tratadas en público.

“Has hablado de la preexistencia: ¿Conoces el Libro del Profeta Ezequiel?

— Conozco todos los Profetas, señor, pero Ezequiel es mi favorito.

—Y, ¿por qué es tu favorito? —volvió a preguntarle el anciano con tal vehemencia que sorprendió a Stéfanos.

—No lo sé yo mismo, señor, pero hay algo que me induce a pensar que debí estar muy cerca de él en esa hora y que acaso fuera un maestro mío que me colmó de bondades, por lo cual mi alma se siente muy unida a la suya.

—Aquí está uno de nuestros Escribas que mientras tú hablabas, te vio tal como el Profeta Ezequiel aparece en su visión relatada por él mismo, *de las ruedas resplandecientes y de los querubines de llamas que corrían con ellas*. ¿Sabes tú algo de eso? —Y los ojos de Hanán como dos carbones encendidos quemaban el rostro de Stéfanos.

—No, señor, no sé nada. Pero confieso que esa visión del Profeta viene siendo asunto de mis cavilaciones desde hace mucho tiempo. ¿Qué explicación tendrá ella?

—Trata de averiguarlo si puedes y cuando lo hayas descubierto ven a decírmelo.

—Así lo haré, señor.

Y el diálogo de Hanán con Stéfanos terminó con la presencia de Marcos, el cual mandó Pedro que se acercara temiendo alguna celada del viejo lobo del Sanhedrín.

EL HUERTO ILUMINADO

Sigamos lector al joven héroe de esta jornada, Stéfanos de Corinto.

—Has triunfado, hermano, sobre los lobos del Sanhedrín —decíanle la mayoría de sus hermanos.

—Todavía no —contestaba él—. Apenas hemos comenzado a desdoblar el mantel. Cuando esté abierto sobre la mesa, veremos.

Pero los Ancianos como Simónides, Pedro, José de Arimathea y Nicodemus, concedores de los entretelones del Sanhedrín y de la dura intransigencia de sus autoridades, no veían en Stéfanos un triunfador humanamente hablando, pero sí un triunfador al estilo del Cristo Ungido de Dios, heroico paladín de su ideal, en cuyas aras consumió todo cuanto pudo dar en su vida, en su muerte, y también después del sepulcro.

El joven Diácono también lo comprendió así. Y cuando dispersados todos los hermanos cada cual a su residencia particular, él volvió al palacio Henadad, compartió la cena con todos ellos y acompañó con el órgano el canto de los salmos y la oración de la noche.

Agotados por las emociones de la tarde, ancianos y jóvenes se retiraron al descanso.

Pero Stéfanos volvió al Oratorio y se sentó en el más apartado rincón del estrado, adonde llegaba apenas una débil claridad de la lamparilla de aceite encendida ante las tablas de la Ley.

Había dado de sí mismo cuanto puede dar de energías y de amor un ser humano que ama el Ideal Supremo encontrado a lo largo del camino eterno.

¡Había dado tanto y necesitaba recibir! ¡Sentía el alma despojada, hambrienta, devorada de sed!

Entristecido su corazón hasta lo sumo, el desconsuelo le envolvió en sus velos helados como un sudario, y Stéfanos comenzó a llorar silenciosamente.

En aquel tibio vapor de lágrimas, se fue esfumando lentamente toda su amargura, y sintió que su alma se revestía de nuevo de algo que hubiera dejado como una vestidura prendida en los zarzales del camino.

Su sed ardiente se iba apagando, como si un agua dulce y fresca fuera derramada gota a gota en sus labios.

Intangibles manjares sin color ni forma saciaban su hambre casi infinita, y un suavísimo descanso invadía todo su ser.

Parecióle que su alma se había cubierto de nuevo con una vestidura muy suave y tibia. ¡Y ya no tenía frío, ni hambre, ni sed! Sintió que se

había recuperado espiritualmente y una alegría intensa como el reír de los niños se desbordó sobre él en ondas suavísimas, indefinible mezcla de esencias, de armonías, de rumores...

Se sintió de nuevo fuerte, lleno de energía y de valor. Y el pensamiento comenzó su tarea.

Entró en el huerto iluminado de la meditación buscando a tientas al Ideal Supremo, a la Luz Increada, al Amor Eterno.

Y le encontró de inmediato. Le estaba esperando. Porque Él sale al encuentro del que le busca y se da sin medida al que con amor se le entrega.

El pensamiento de Stéfanos recorrió toda su vida.

A los doce años vio morir a su padre y recordaba bien todas las tristezas de la inhumación en la necrópolis de Atenas, entre los mil sarcófagos en que reposaban las cenizas de gloriosos militares del pasado. La triste vuelta al solitario hogar de Corinto donde veía el continuado llorar de su madre.

Le había sido arrancado el amor de su padre que no era ya más que un puñado de cenizas.

Y dos años después, la situación económica obligaba a su madre a contraer segundas nupcias, por temor al derrumbe de que se veía amenazada y en el cual creía arrastrar a su hijo, que estudiaba Ciencias y música en la Academia de Platón.

La madre enamorada de su hijo, no pudo darse por completo al segundo esposo; y el descontento empezó a romper las dulces redes de armonía de la familia. El padrastro no pudo amar al hijastro ni estuvo de acuerdo en compartir con él, los cuidados y el amor de la esposa elegida.

El tesoro moral y material que significaba aquella mujer, lo quería solo para él. Y ese egoísmo en crescendo comenzó a ser amargura para la madre y para el hijo.

Stéfanos vio con dolor que le sería también arrancado el dulce amor de su madre, a la cual pidió permiso para viajar por las ciudades en que existían Escuelas notables, en las que podría ampliar mucho sus conocimientos y perfeccionarse en la música a la que era notablemente inclinado. Tenía dieciséis años.

Su madre le entregó cuanto pudo de su herencia paterna, junto con un pergamino cerrado y lacrado que su padre dejara para su hijo Stéfanos, cuando fuera mayor.

La muerte le había obligado a su primer renunciamento: el amor de su padre. La vida le obligaba también al segundo más doloroso aún: el amor de su madre.

Con su alma herida y deshecha, partió Stéfanos de Corinto a Atenas, de Atenas a Samos donde aún resplandecía medio oculta la ciencia de

Pitágoras; de Samos pasó a Pérgamo. Ya estaba el mar Egeo entre su madre y él. Las epístolas eran menos frecuentes. Le había nacido el primer hijo del segundo matrimonio: Demetrio.

A través del mar que los separaba, le seguía el amor materno como una luz mortecina envuelta en una niebla de llanto, pero le seguía siempre. En cada carta materna encontraba Stéfanos una rosa encarnada, un cactus rojo, o una ramita de mirto. Y últimamente, encontró en ella un ricitito de cabello negro del hermanito de tres años.

De Pérgamo bajó a Esmirna, de Esmirna a Rodas, siempre a orillas del mar desde donde miraba la costa de Grecia, sus altas montañas de mármol coronadas de cipreses, de mirtos y laureles...

Su corazón se iba desprendiendo poco a poco. De Rodas dio un salto hasta Pafos en la isla de Chipre. Y de Pafos a Siria, donde resplandecía aún oculta la luz del Avatar Divino que empezaba a clarear en Palestina.

Llegó a Tiro cuando el Divino Maestro se encontraba en dicha capital con el tío Jaime y Zebeo.

Le conoció la tarde del gran torneo en la Naumaquia y quedó preocupado. Recordó a Hermes y pensó si sería un Hermes reencarnado.

Recordó a Orfeo y pensó si los dioses del Olimpo habían traído de nuevo a la tierra al místico bardo de la antigüedad para anular el frío egoísmo de los hombres. Una vez le oyó hablar en una sinagoga particular en Tiro y se sintió como deslumbrado.

Después le perdió de vista como si el astro se hubiera ocultado detrás de una nube parda.

En su carta póstuma, su padre le refería la existencia de una heredad en Siria, en el valle de Damasco, donde se extiende la red de afluentes del Río Abaná. Era la *Villa Dóride* donde él había tenido un segundo amor, y un hijo que conoció apenas nacido. Sus deberes militares le habían llamado a la patria, y cuando regresó no encontró más que la heredad solitaria, un paraíso abandonado, del cual se había apoderado la hiedra, la selva vigorosa y las gacelas y las gaviotas del valle de Abaná.

El pensamiento de Stéfanos seguía y seguía recorriendo el sendero largo y triste de su vida.

Las epístolas maternas habían tenido el epílogo profundo del silencio. Un compañero de academia le avisó de su muerte.

Ya no pudo llorar más de lo que por ella había llorado. La separación por el egoísmo de un hombre y la separación por la muerte, poca diferencia tenían. Nuestro lector conoce ya lo demás que seguiría pensando Stéfanos, en la solitaria penumbra del Oratorio, donde rememoraba todos los pasos de su vida que a él le parecía muy larga, pero que no era más que de veintinueve años.

Se detuvo por fin en el pensamiento del hermano que acababa de

conocer: Boanerges; y en Demetrio que pronto regresaría de su viaje por Galilea y Samaria, a reclamar a Rhode que le había dejado en custodia y la que había significado para él otro renunciamiento más en aras del sublime ideal encerrado en estas palabras: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. “No desearás para ti la mujer de tu hermano”.

Pensó profundamente acerca de Boanerges. ¡Qué hermoso tesoro de belleza, de bondad y de amor significaba para él, que sentía su alma lastimada aún por el último renunciamiento!

Su amor sería como un bálsamo para su alma herida.

A través de sus trovas llenas de dulce melancolía que destilaban a veces gotas de llanto, le adivinaba tal como Boanerges era: alma de bardo, mezcla de amor y de anhelos inalcanzables, enamorado de la armonía del verso y de la armonía de las cuerdas, con su lira esbozaba su propio retrato...

¡Cuán amable era este hermano a su corazón!

Pero en la lucidez serena de la meditación, Stéfanos veía su fin muy cercano. Estaba ya enredado en el zarzal donde dejaría su vida como un rosal bermejo, en plena floración en aras del Cristo, visión de luz y de gloria que lo había deslumbrado.

¿Por qué iba a destrozar esa otra vida más breve que la suya, dándose a conocer como hermano para abandonarle pronto con una muerte acaso espantosa, que le quedara en el corazón como un tormento eterno?

¿No era más noble, más generoso, más fraternal dejarle ignorar el vínculo de la sangre que les unía hasta pasada la tormenta que se avecinaba?

—Si la Divina Ley —decía Stéfanos—, me permite iluminar a los dirigentes de esta nación, entonces me dará a conocer a él y continuaremos juntos la senda de nuestra vida, si él se complace en vivir a mi lado en nuestra *Villa Dóride*.

“Si he de entregar mi vida en esta jornada, en esta encrucijada que yo no he buscado y que me ha salido al encuentro, le dejaré una carta póstuma como me dejó mi padre, haciéndole dueño de lo que él me dio para ambos, y así llegaré al Reino de Dios sin deuda alguna, sin llevar ningún abrojo, ninguna mancha de lodo en la vestidura nupcial con que debo presentarme a las bodas divinas”.

Así pensó Stéfanos en su meditación de esa noche.

Nadie sabía su secreto, pues sólo al Apóstol Santiago le había hablado de Boanerges por ser vecinos de las orillas de Mar de Galilea.

“*Ese nombre andaba buscando*” había dicho él, pero nadie le preguntó por qué le buscaba, ni él dio razón ninguna de ello.

Cuando llegara el momento encargaría a su compatriota y compañero de Academia y de Apostolado: Parmenas, que fuera el depositario de su secreto y trasmisor de su voluntad respecto del joven trovador.

En la diáfana lucidez de aquella meditación solitaria, el joven Diácono hojeó toda su vida como un libro abierto y cuando hubo tomado todas las resoluciones que creyó justas para no dejar ningún hilo sin anudar, ninguna hoja sin repasar y corregir, dio un gran suspiro como si se descargara de un peso enorme.

— ¡Señor!..., ¡dueño de todas las vidas y de todas las cosas!... He puesto sobre tu altar soberano todos mis renunciamientos como un ramo de flores de mi humilde huerto espiritual, todos mis sacrificios y dolores. Y pongo también todas mis debilidades, mezquindades y egoísmos, conocidos e ignorados. ¿Cuáles pesarán más?

“Señor, sea tu Bondad Divina quien juzgue y reciba mis dos ofrendas: lo bueno y lo malo de mi vida... ¡Señor!... ¡Que tu claridad divina caiga como lluvia de estrellas sobre mi huerto interior y que él sea iluminado por Ti con claridades eternas!”

Y Stéfanos salió del Oratorio y atravesando el claustro solitario bañado por la luz de la luna, entró silenciosamente en la alcoba donde descansaba el Apóstol Pedro, que era su compañero de habitación.

En la unión con la Divinidad, su pobre alma había descansado, y en el sueño físico descansó también su materia.

A la primera hora de la mañana siguiente: Stéfanos y Boanerges se quedaron solos en el Oratorio cuando después de la acostumbrada oración del amanecer, se retiraron los demás.

El trovador de Mágdalo deseaba tener copias de las composiciones musicales de Stéfanos. Allá en la Aldea de la orilla del Mar de Galilea, era él quien dirigía el coro del Oratorio. Y el diácono a su vez, quería copias de las canciones compuestas por Boanerges.

Tal era el motivo por qué se buscaban recíprocamente. Almas de artistas, de grandes anhelos, de ensoñamientos irreales en este mundo, pero muy reales y verdaderas en otros planos de vida superior, la atracción en ellos era lógica y natural.

Y se cambiaron entre ellos las carpetas respectivas.

Hojando Stéfanos las trovas de Boanerges, encontró esta:

*“Amar como aman las flores
Que perfuman las praderas
Como ama el ave en los bosques
Y en el cielo las estrellas;
Amar por amar es agua
Que no conocen los hombres...
Amar por amar es agua
Que solo beben los dioses”.*

La leyó y releyó varias veces, mientras Boanerges examinaba las composiciones musicales.

—¿Me quieres explicar por qué escribiste esto y hasta dónde llegaba tu pensamiento al escribirlo? —preguntó Stéfanos al joven trovador.

—Es una honda pregunta la que me haces y algo difícil de contestar, hermano, pero creo que te sabré responder aunque no vuelo tan alto como tú.

—Eso es lo que crees —díjole Stéfanos—, pero este verso me indica que aunque eres tan joven, tus alas son capaces de subir a gran altura.

—Este verso —dijo Boanerges—, encierra un pensamiento que nació en mí, al convencerme de que yo amaba y que nunca sería correspondido. Y entonces ensayé hacer de ese amor un idealismo puro que vive de sí mismo, sin necesidad de encontrar en el ser amado, la vibración, la nota, el eco que responde a ese amor. No sé si me comprendes.

—¡Oh..., te comprendo tanto! Y me afirmo en lo que antes te dije: eres muy joven pero tus alas son fuertes y vuelan alto. ¿Dónde has estudiado?

—En la biblioteca del Castillo de Mágdalo donde vivo desde que tenía doce años. Allí todo es griego y romano. Un maestro griego de las Escuelas de Atenas, de Samos, de Pafos y de Siracusa, daba sus lecciones a la joven Castellana y a sus doncellas compañeras, y me era permitido asistir a esas lecciones. Pero te aseguro que tengo la idea de que esas lecciones no han hecho más que avivar los recuerdos de algo que me era conocido. Y cuando he comprendido la ley de la preexistencia, me he explicado esto muy satisfactoriamente.

—Luego, estás convencido de que en épocas pasadas, conocías las ciencias llamadas *ocultas*.

—Justamente.

—Pero éste “*Amar como aman las flores*”, ¿qué quieres decir con esto? —preguntó Stéfanos.

—Hago una sencilla comparación entre las flores que se nos dan en todo cuanto tienen de belleza y de perfumes sin pedirnos nada en cambio. El darse es amor. El no pedir nada a cambio de lo que se da, es altruismo, desinterés, amor puro y perfecto. ¿No lo entiendes tú, así?

“En las creaciones del Supremo Hacedor hay mucho de ese amor que se da sin pedir ni esperar nada”.

—Es verdad, ¡mucha verdad! —contestó pensativo Stéfanos—. Pero creo que la criatura humana de esta época, no podrá comprender a fondo ese verso tuyo, y ahí tienes la razón de lo que te he dicho antes: tú vuelas muy alto.

“Tu huerto interior debe estar iluminado de cierta clase de luz que deslumbraría a las almas encarnadas en este tiempo”.

—El verso lo dice —contestó Boanerges—:

“*Amar por amar es agua
Que no conocen los hombres,
Amar por amar es agua
Que sólo beben los dioses*”.

—Si tu alma es capaz de vivir en paz con ese sublime amor que está muy más allá de los planos físicos, te has adelantado a la vida en veinte siglos lo menos —dijo Stéfanos.

Una sonrisa dolorosa vagó por la hermosa faz de Boanerges, que guardó unos momentos de silencio.

—Hasta hoy —dijo—, he sido capaz de vivir tranquilo y feliz con ese amor. Pero a veces temo que no lo seré por mucho tiempo. Y entonces...”

—Entonces, ¿qué?

—Comenzará el padecer, y con el padecer, el deseo de morir para no seguir padeciendo —dijo Boanerges.

—A este punto crucial quería que llegaras, y esperaba que llegarías —contestó Stéfanos, pesando sus palabras—. Y como no podemos morir cuando queremos, ¿cómo te defenderás tú, de un amor que se agranda día por día hasta llenar por completo tu vida?

— Me dejaré consumir por él como un cirio sobre un altar.

—¡Oh! Es fácil decirlo, pero no es fácil vivirlo te lo aseguro.

—Creo estar adivinando que por una extraña casualidad, estamos ambos en igual situación, o sea un amor que deberá mantenerse siempre, como un perfume en el aire —dijo Boanerges—.

“Es verdad quizá que nuestro huerto interior está iluminado por claridades no comunes a todos los hombres de esta tierra —añadió después de un breve silencio—, y creo que podemos esperar que esas claridades nos hagan capaces de beber tranquilos de esa *agua que sólo beben los dioses*, según dice mi verso.

—Estoy seguro de no haber llegado a esas alturas —afirmó el Diácono—, por eso estaré contento de morir pronto.

“Te aseguro que no quiero fracasar en mi vida espiritual como he fracasado en lo material. Y el Dueño Eterno de toda vida sabe esto mejor que lo sé yo”.

—¿A qué le llamarías tú *un fracaso* en la vida espiritual? —preguntó Boanerges.

—Mira, te lo diré claro. Tengo clavado en el corazón como un dardo

ardiente un amor fuera de ley. Amo a la prometida esposa de mi hermano Demetrio.

—¡Cómo!... ¿Demetrio es hermano tuyo? Lo tuvimos tres días hospedado en el Castillo. Es un jovencito encantador, y como somos casi de la misma edad, fácilmente nos hicimos amigos. ¿Dónde está la prometida de él?

—Aquí mismo —contestó el Diácono—. ¿Has observado a la doncella que canta los solos en el Coro?

—¡Oh, sí! Tiene la voz de un ángel y canta con tanto amor y dulzura que hace llorar. Además tiene una belleza nada común.

—Es la que será esposa de mi hermano, así que llegue de su viaje.

—Ya no tardará —añadió Boanerges—, porque cuando me despedí de él, iba a Naím a visitar a una viuda, cuyo hijo fue vuelto a la vida por el Cristo nuestro Señor, y Demetrio quiere tomar nota de los testigos oculares de las grandes obras realizadas por Él. Me dijo que de Naím vendría enseguida a Jerusalén donde esperaba encontrar a la Madre del Señor y a Pedro, a quien él ama mucho.

—¿Sabes Boanerges que espero con espanto ese día, no obstante de haber renunciado a ese amor porque comprendo demasiado la infamia que se encierra en querer lo que pertenece a otro? ¡Cuán lejos estoy, amigo mío, de poder beber *esa agua que sólo beben los dioses!*

“¡Tú eres más fuerte que yo a pesar de ser más joven! ¡Ayúdame te ruego a amar como aman las flores, como las aves que nos dan sus cantos y las estrellas su luz!...”

—¡Stéfanos! —dijo Boanerges enternecido—, también yo amo sin esperanza ni recompensa; pero yo vivo tranquilo porque nadie es dueño del ser amado y porque tengo la certeza de que a nadie amaré jamás. Pero créeme que tendría el mismo espanto que tú si viera llegar el día en que otro hombre como yo, se hiciera dueño de su amor y de ella misma.

—Y, ¿en qué base te afirmas para asegurar que ella no amaré nunca? —preguntó el Diácono.

—Ya lo verás. Cuando ella conoció al Profeta Nazareno que es el Cristo, que tanto amamos todos, cambió como de la noche al día y su corazón se prendió de Él, en tal forma que lo abandonó todo y se entregó por completo a la adoración de aquel hombre genial, único, sin nada semejante en la tierra. ¡Era natural y lógico! ¿Quién que lo conozca y lo comprenda no le amaré de igual manera?

“El presenciar su atroz martirio la ha dejado como enloquecida hasta el punto de no querer saber nada de nadie y vive absorbida por los recuerdos. Ella me amparó en mi orfandad y me hace vivir como un familiar en su casa. Nada me falta.

“Sólo puedo verla o escucharle una palabra cuando baja al Oratorio a los cultos del anochecer.

“Desde la muerte de nuestro Señor, tal es la vida en el Castillo de Mágdalo”.

—Y tú, ¿te adaptaste a esa vida de soledad entre los que te rodean?

—Yo vivo de ese amor sin esperanza, amando con el amor de las flores que hago venir de donde sé que las hay exóticas y maravillosas, para adornar una imagen del Cristo que ella hizo esculpir en mármol del más fino del Pentélico, pintado al color natural y con ojos de esmalte que miran con una dulzura infinita... ¡Se llega a soñar con que es Él mismo!

“El darle ese contento es mi felicidad. Y como los ruiseñores que pueblan nuestro parque nos dan sus trinos sin esperar nada; mi lira y mis trovas, son también ruiseñores que cantan sin pedir nada.

“Pero confieso que no estoy seguro de tener esta paz serena y tranquila si la viera entregarse a otro hombre como yo. Del Divino Señor, nadie puede tener celos..., porque Él merece todos los amores, todos los holocaustos, todas las consagraciones. ¿No piensas tú como yo?”

—¡Exactamente lo mismo! —contestó Stéfanos—. Quizá yo lo haría igual, pero mi sacrificio ha sido ese que tú no estás seguro si lo podrías hacer, entregar yo mismo a otro hombre como yo, el ser amado. Él la eligió antes y la amó antes. Y es él mi hermano menor, que ha sufrido la esclavitud hasta hoy, que por sus buenos servicios y noble conducta, su amo, un distinguido Tribuno militar le ha dado la libertad y lo toma a su cargo como gerente de su casa.

“¿Cómo puedo yo obrar de otra manera? ¿No dice la ley: “No hagas a tu hermano lo que no quieras que te hagan a ti”? Y “¿Ama a tu prójimo como te amas a ti mismo?”

—Sí, es así —afirmó Boanerges y se quedó muy pensativo. Luego continuó como si hablase consigo mismo—:

“¡Qué pálida estrella de tristeza y de lágrimas hemos traído Stéfanos y yo! ¿A quién le hace bien nuestro dolor, nuestra incertidumbre del mañana, la soledad de nuestro corazón? ¡Nadie se beneficia con ello!... ¡Seguramente que no!...”

—Todo cuanto nos atormenta hoy, debió atormentar a otros por culpa nuestra en pasadas edades en que hemos vivido en la carne como hoy —dijo Stéfanos, contestando al soliloquio de Boanerges—.

“Si nuestro sufrimiento no da beneficio a nadie, quizá nos hace bien a nosotros mismos.

“Seguramente no pensarás que satisfaciendo todos nuestros deseos y aspiraciones hemos de obtener la purificación de nuestro Yo.

“El oro se purifica en el crisol ardiente; el hierro se forja en el yunque, el artista modela su estatua con el cincel y el buril que va quebrando

a pedazos el mármol hasta quedar la imagen perfecta de un modelo vivo.

“¿No te parece que así lo hace el Eterno Dueño de nuestras vidas, para acelerar nuestra perfección de criaturas suyas con inteligencia y voluntad, destinadas a ser colaboradoras en la marcha evolutiva de todas las humanidades?

—No hay duda que es así, y que debe ser así —contestó Boanerges—. Porque de otra manera no podríamos encontrar lógica ni justicia en padecimientos inútiles.

“No podemos creer ni pensar que el Eterno Poder, que es Sabiduría Infinita, puede hacer nada inútil e injusto.

“¡El alma del hombre debe necesitar quemarse en muchos fuegos, recibir los golpes del martillo sobre el yunque, del cincel sobre la piedra, del corte audaz de una podadera en los retoños perjudiciales del arbolillo de nuestra vida!...

“¿Acaso no lo hace así el hombre mismo en toda obra que quiere sacar perfecta?

“¡Stéfanos, amigo mío! ¡Algo debe haber de enigmático en la similitud de nuestras dos vidas y en la pálida estrella de soledad y de tristeza de nuestro cielo!”

Stéfanos estuvo a punto de revelarle a Boanerges el vínculo de sangre que les unía, pero con un gran esfuerzo se sobrepuso a ello.

Le veía tan joven, tan generoso y tan noble, con una exquisita sensibilidad que hacía de él un arpa viva de emociones profundas, que le pareció injusto añadir una copa más de dolor, en aquel corazón sufriente desde sus primeros años.

—“¡Mi próxima muerte será para él otro desgarramiento atroz! —pensó el joven Diácono—, y yo sé que la muerte se acerca hacia mí con acelerados pasos...”

La llegada de Nicodemus y José en busca de Stéfanos, puso fin a la íntima confianza de ambos jóvenes en el Oratorio del palacio Henadad.

Boanerges se retiró a la Biblioteca con el fin de copiar la música de Stéfanos que formaba una voluminosa carpeta.

GERIFALTES Y PALOMAS

Los dos Ancianos Doctores de la Ley que acompañaron al Cristo Divino desde la cuna al sepulcro, sentían una grande alarma al ver el peligroso acercamiento del Sanhedrín Judío a la naciente Congregación Cristiana.

Y antes de volverse a sus respectivos hogares en Arimathea y Nicópolis, quisieron tener una entrevista con Stéfanos, Pedro y los Ancianos Esenios que le rodeaban.

Por este motivo acudían muy de mañana al palacio Henadad, la Casa de los Hermanos como le llamaban entonces.

Nos encontramos pues con ellos en el Oratorio, donde acostumbraban celebrar siempre esta clase de reuniones íntimas relacionadas con la enseñanza de la Doctrina del Cristo.

—Venimos a vosotros —decía José—, para recobrar nuestra tranquilidad. Tres años que han transcurrido desde la muerte de nuestro adorable Yhasua, no han borrado por cierto el recuerdo de todas las felonías y maquinaciones del Sanhedrín para hacerle callar con la muerte. Y estamos viendo los mismos procedimientos para hacer callar a Stéfanos.

—Y no es posible —añadió Nicodemus—, que nos dejemos atropellar nuevamente por esa jauría de perros rabiosos.

Todos miraron al joven Diácono que demostraba completa tranquilidad.

—Venís en busca de sosiego y de calma, y creedme que yo mismo no los tengo —contestóles Pedro—.

“Me limito a decir como nuestro Divino Maestro en su oración última del Monte de los Olivos: “¡Hágase tu voluntad, Señor, y no la mía!”

—Es lo que debemos decir todos —dijo el Anciano Esenio Harmodio—, pero no por eso debemos olvidar que es nuestro deber no arrojarnos temerariamente a las fauces de las fieras, sino tratar de evitar, cuanto se pueda, encolerizarlas. Es lo que nosotros venimos haciendo desde muchos años. Y no por eso hemos perdido el tiempo. Hemos preparado el camino al Cristo.

—La situación de hoy es diferente de la nuestra —observó el esenio Melquisedec—. Nosotros esperábamos la llegada del que debía dictar enseñanzas a la humanidad. Él vino, enseñó y se fue, dejándonos un legado eterno que hemos aceptado voluntariamente: *enseñar a los hombres su doctrina, sintetizada en la Universal Paternidad de Dios y en la Hermandad de todos los hombres.*

“El primero de estos principios será aceptado con menos dificultad; pero el segundo es como ponernos frente a un ejército de arqueros prontos a disparar las flechas.

—En verdad —afirmó el Anciano Tholemi—. El hombre en general no ha llegado ni a comprender siquiera la posibilidad de establecer iguales condiciones de derechos y deberes para todos, y menos aún el de llegar a amarse los unos a los otros, siquiera en el grado primero, o sea, no causarse daño recíprocamente.

—Nuestro Señor y Maestro —observó Pedro—, insistía mucho, como todos sabéis, en el amor de los unos para los otros porque en eso está la felicidad que todos deseamos. Pero..., ¿cómo complacer a los potentados con nuestra prédica de justicia y equidad para con sus esclavos, sus jornaleros, sus servidores en general?

“Nosotros debemos sostener y decir que es criminal la esclavitud, que hace de la mitad de la humanidad una majada de bestias, que la otra mitad tiene derecho de explotación, de compra y venta, de vida y muerte sobre ella.

“Los dirigentes del mundo, ven en esta prédica, una sublevación de las masas vejadas y oprimidas; y nos llaman agitadores, revoltosos, perturbadores de la paz, que incitamos a los pueblos a la insubordinación, a la rebeldía.

“Caemos pues en la categoría de seres dañinos para sus intereses. Y como a tales, creen justo exterminarnos, hacernos desaparecer.

“Yo veo así nuestra situación en seguimiento del Divino Maestro.

—Muy bien lo piensas, Pedro —dijo José de Arimathea—. El adorable Yhasua insistía mucho en preparar a nuestro pueblo para gobernarse a sí mismo, para dejar de ser masa anónima, ignorante, sin voluntad ni ideas propias, como una majada de ovejas que camina hacia donde sopla el viento.

“Y fundó la Santa Alianza, en primer lugar para levantar el nivel moral y social de nuestro pueblo. En segundo lugar, para aliviar su desesperada situación económica, que es de miseria y de hambre, como todos sabemos, debido a los onerosos tributos al César, al Rey, al Templo, y en general al sistema de explotación del hombre por el hombre desde lejanas épocas.

“El formar en las filas renovadoras de este estado de cosas es poner el pecho ante las flechas enemigas. Y muchos caeremos.

“No podemos hacernos la ilusión de que todos los mandatarios del mundo se someterían a bajar de sus pedestales de oro, de poder y de fuerza, y caminar por el llano donde los pies se enlodan, y la frente se cubre de sudor por el esfuerzo y la fatiga.

—Es tal como lo dices, José, y creo que todos lo vemos de igual manera.

Nosotros queremos continuar la obra de redención humana comenzada por el Mesías Ungido de Dios, porque redimir es libertar.

“La gran mayoría de la humanidad vive esclava de la escasa minoría, que ha tenido la audacia y la astucia para adueñarse de situaciones especiales, y desde allí tender redes en las que caen a ciegas las masas ignorantes de todos los países de la tierra.

“Esta es, a mi juicio, la redención humana que el Cristo Señor Nuestro ha venido a traer a este mundo.

“Nosotros todos hemos aceptado ser apóstoles de esta obra grandiosa y sublime de liberación humana, que no creo podamos hacerla completa, ni en la vida actual ni en muchas otras que deberemos vivir en los veinte siglos que Él nos ha dado, como plazo para realizarla.

“El gran Ungido, eligió doce Apóstoles íntimos y los eligió entre aquellos que nada tenían que dejar, según sus propias palabras. *“Para seguirme –decía Él–, no quiero que dejéis rastros de dolor en pos de vosotros. El que tenga esposa, hijos, o padres ancianos que necesitan de él, cumpla con la ley del amor fraterno que debe empezar por los que le están ligados”*.

“Pero como tenemos muchas existencias sucesivas, lo que no podamos hacer en ésta lo haremos en otra, en que estando libres de vínculos de familia, continuemos la Obra del Cristo, sin dejar rastros de dolor tras de nosotros, como Él decía.

—Yo, el más joven de todos, escucho para aprender —dijo por fin Stéfanos—, y se me ocurre una pregunta sugerida por todo cuanto estoy escuchando.

“¿Qué me corresponde hacer a mí en la situación en que me encuentro, que sin salir al público, ni hablar sino en Oratorios particulares, he sido llamado a un acercamiento con las autoridades religiosas y civiles del pueblo de Israel? Bien sabéis que yo no he buscado tal situación. Ella me ha salido al encuentro.

—¡Que hable Pedro! —dijeron varias voces a la vez—. El Señor le confió a él, el cuidado inmediato de su grey.

Emocionado, el Anciano Apóstol guardó silencio por unos momentos. Cuando pudo hablar, su voz temblaba.

—Hijo mío —dijo a Stéfanos—. Creo que tú estás entre los que el Señor decía, que no debían dejar rastros de dolor tras de sí. No tienes esposa, ni hijos, ni padres para cuidar. Si hubieras estado cerca de Él cuando vivía en la carne, te habría elegido entre sus íntimos seguramente. También yo he tenido el cuidado al elegir nuestros Diáconos, entre los que no tenían vínculos de familia. Por tal razón no estuve de acuerdo con el casamiento de Parmenas; pero callé porque no me consideré con derecho para oponerme abiertamente.

“Él no podrá entregarse al apostolado como puedes hacerlo tú, por ejemplo, que no has acercado otra vida a tu vida.

“Te diré, hijo mío, lo que yo haría en tu situación actual: No provocar ni despertar la cólera de los mandatarios. *“Dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”*, dijo Él. Pero si fuese interrogado y obligado a decir la verdad respecto de la Ley Divina o del Cristo Ungido de Dios, lo diría tal como es, aún sabiendo que me costaría la vida.

—¡Gracias, padre mío!... —exclamó Stéfano abrazándose de Pedro, cuyos sollozos se sintieron por unos momentos.

Cuando se serenó continuó así:

—Yo sé, hijo mío, que mis palabras significan para ti la insinuación de que caminas a la muerte... —La voz de Pedro se quebró en un sollozo que él se esforzaba en contener—. Pero nuestro Señor nos lo anunció ya: *“No ha de ser el discípulo mejor tratado que su Maestro, ni el siervo más que su amo”*.

“Y tú, hijo mío, que fuiste el primero en pedirme formar entre los auxiliares de los Doce, recordarás el interrogatorio que te hice: “¿Tienes padres?: —No”. “¿Tienes esposa e hijos?: —No”. “¿No tienes vínculo ninguno que te ate a la vida?: —No”.

“Entonces, ven, hijo mío, te dije, a formar entre los que debemos defender la Obra del Cristo hasta morir por Él.

“Puesto ya en el despeñadero, debes tener prudencia y la tendremos todos contigo, en forma que no seas tú el que busque la muerte, sino que ella venga a ti cuando no se la pueda evitar, porque ella esté en tu Ley de esta hora.

—La Sabiduría Divina habló por tu boca, Pedro —dijo José—. Por eso los que estamos ligados a una familia, debemos mantenernos en la sombra y trabajar oculta y silenciosamente.

—Escribir para el futuro y aún para el presente, puede ser el trabajo de los que estamos impedidos de hacerlo públicamente —añadió Nicodemo—.

“La casa de José y la mía, son laboratorios de copias, y los mayores de nuestros hijos son agentes viajeros en el país, recogiendo datos, versiones, relatos de hechos que han quedado en el olvido durante la vida misionera de nuestro gran Apóstol Nazareno.

—Y nuestros Santuarios de toda Siria, que han quedado formados sólo por los más Ancianos, estamos consagrados al trabajo del pensamiento, y también a escribir cuanto hemos visto y oído del Divino Maestro —dijo Harmodio el Servidor del Carmelo.

—Nuestra oración acompaña como una lucecita de cirio a los misioneros del Señor, y ofrecemos el abrigo de nuestras grutas a los que se

vean perseguidos o enfermos –añadió el Anciano Tholemi, que era por entonces Servidor del Monte Tabor.

—Quiere decir que tenemos formada una fuerte cadena mental de ayuda y protección –observó Melquisedec—. Porque no debemos olvidar que el Sanhedrín soltará su bandada de gerifaltes para atrapar en pleno vuelo a las palomas mensajeras del Cristo. Los tiene ya bien amaestrados, y andan como espías a todo lo largo del país.

—¡Gerifaltes y palomas!... –exclamó Pedro—. Eso es toda la humanidad y lo fue siempre. ¡Víctimas y verdugos!... ¡Santos y malvados!... ¡Oh, Señor!... ¿Cuándo vendrá tu Reino a darnos el amor y la paz?...

* * *

Mientras ocurría esto en el Oratorio, veamos lo que pasaba en el ala izquierda del vasto edificio donde tenían sus habitaciones las doncellas del coro, las viudas que les hacían de madres y entre las que estaba entonces la santa Madre del Señor, según la expresión de todos sus discípulos.

De tanto en tanto alguna de las jóvenes tomaba esposo y si ella no tenía padres, Simónides o la Santa Alianza le proporcionaba la dote y el palacio Henadad la habitación que ocuparía el nuevo matrimonio, si el esposo no la conducía a una casa particular. Este fue el caso de Rhoda y de Parmenas, uno de los siete Diáconos auxiliares de los Doce.

Había entre las jóvenes y las viudas una gran alarma por la amenaza que veían cernirse sobre la naciente Congregación Cristiana.

Rhode sobre todo, la prometida de Demetrio el jovencito griego, lloraba y gemía tristemente. Pero el tormento suyo tenía además otra causa.

Ella esperaba ver llegar a su prometido de un día a otro y sentía que su corazón no era ya de Demetrio sino de su hermano Stéfanos. El alma de Rhode estaba pues sombría y desolada.

Y mientras sus manos se movían sobre el telar o hacía bailar el huso y sostenía la rueca, su pensamiento tejía y destejía la dolorosa tragedia de su vida breve de diecisiete años. Su esclavitud de cinco años en la lujosa mansión del General Galo en el Monte Palatino, entre el Foro de Saturno, no le traía tan negros recuerdos, pues allí más que una esclava, fue la doncella íntima de la bella Diana de Pozzuoli, que se había desposado recientemente en la Villa Astrea del Lacio, mansión del Príncipe Judá.

En la esclavitud tuvo lugar su encuentro con Demetrio, esclavo del Tribuno Militar Marcelo Galión. Corintio como ella y de familias amigas desde años, fueron en la niñez compañeros de juegos y de travesuras. Más unidos aún por el dolor de saberse esclavos, en el tiempo que pasó al lado de Diana entre las intrigas y espionaje de la isla de Capri en los

últimos días de Tiberio César, y principio del desastroso reinado de Calígula, había aceptado complacida la tierna amistad de Demetrio y aún el ofrecimiento de hacerla su esposa. Pero ahora Rhode comprendía bien que aquel sentimiento no fue amor, sino tan solo amistad y dulce compañerismo.

Pero conoció a Stéfanos en Jerusalén. Lo escuchó hablar en las Sinagogas y en el Oratorio mismo. Lo vio sentado al clavicordio al que arrancaba melodías como cantos del alma, como gemidos de un corazón que sufre, como los silbos del viento en los pinares de su tierra, como el rumor de las olas bravías al chocar con la costa brava del Istmo de Corinto.

Lo tuvo como maestro de música y de canto en el Oratorio del palacio Henadad, y su corazón que no había amado nunca, se desbordó hacia él, tan digno de ser amado por las mil cualidades sobresalientes que adornaban al joven griego.

¿Quién podía condenar ese amor? No obstante, la nobleza y dignidad de Stéfanos lo condenó como un delito contra la ley del amor fraterno que le decía: “No hagas a tu hermano lo que no quieras que se haga contigo”.

El lector conoce ya la fuerza moral de Stéfanos que hizo sin vacilar el sacrificio de aquel amor, porque también él amó a Rhode con la intensidad con que sólo se ama una vez en la vida. Ella era más débil y aunque aparentemente aceptó sumisa la resolución del joven Diácono, el corazón de la pobre niña lloraba en silencio y deseaba que se alargase indefinidamente la ausencia de Demetrio.

Era hermoso, bueno, y había sido para ella un gran compañero, un escudo de defensa en la turbia y trágica estadía de la isla de Capri.

Recordaba la huida por el acantilado de la isla, en la oscuridad de la noche y todo cuanto él había hecho para salvarla. Su corazoncito se estrujaba de angustia en la imposibilidad de corresponder con amor a ese amor decidido, abnegado y perseverante.

El tormento interior de Rhode la consumía día por día.

—Demetrio adivinará todo en cuanto llegue —se decía ella misma—, y yo no sabré qué contestarle.

Myriam la observaba en silencio y adivinaba que un secreto dolor la consumía.

Ella sería llamada a lo largo de todos los siglos: Dolorosa, Madre de la Misericordia, Consuelo de los afligidos, Reina de los mártires, y se sentía dueña y merecedora de todos esos nombres.

Y un día llamó a Rhode a su alcoba.

—Ven, hija mía, a hacerme compañía, porque me encuentro muy triste y sola —le dijo.

Y la joven llevando la cestilla de su labor, siguió como un corderito a la dulce Madre del Profeta Nazareno, bien ignorante por cierto de que ella había descubierto su pena.

—Tú eres joven, comienzas tu vida y yo he visto ya tan destrozada y deshecha la mía. —Así comenzó Myriam su plática de consuelo—.

“El dolor nos sale al paso sin buscarlo, hija mía; es lo más seguro y cierto que hay en la vida humana sobre esta tierra. Y sin embargo, nunca estamos preparados para esperar al dolor.

Siempre nos toma de sorpresa, porque sólo conocemos su llegada cuando él nos estruja el corazón.

Rhode comenzó a llorar silenciosamente y por fin dobló su cabecita rubia sobre las rodillas de Myriam, y sus sollozos como suave rumor de alas que se abren y se pliegan, se oyeron levemente en el silencio de aquella alcoba.

La diestra de Myriam con suavidad de lirio pasaba y repasaba sobre aquella cabeza sollozante, que se refugiaba en su regazo como una paloma herida..., con sus alas rotas, impedida para volar.

—El dolor vaciado en otra alma capaz de comprenderlo y sentirlo, es más suave, hija mía, y acaso este corazón mío que ha gemido tanto y tanto sin consuelo posible, pueda encontrar el medio de consolar este dolor tuyo que lo estoy sintiendo desde que llegué y te conocí.

“Mi hijo que consolaba todos los dolores y angustias aparecidos en su camino quizá podrá consolar tu pena. ¿Es que no te encuentras a gusto aquí? ¿Quieres venir conmigo a Nazareth, antes o después que te hayas casado?...

El llorar de Rhode se hacía más y más intenso...

Myriam calló un momento y pensó... Por fin le preguntó:

—¿Es que ya no quieres ser la esposa del joven a quien estás prometida? ¿No le amas acaso?

La joven doncella se estremeció con violencia y abrazándose de Myriam, nerviosamente rompió a llorar con una angustia que partía el corazón.

Los dulces ojos de Myriam la miraban con ternura y compasión, y se daba cuenta de que había acertado con la causa de aquel dolor.

—Tu dolor es de aquellos que sólo Dios puede curar; y como sólo Él merece toda nuestra confianza, confía, hija mía, que Él pondrá un remedio a tu mal.

—¡Si Él me hiciera morir, madre mía!... —murmuró entre su llanto la entristecida joven.

—Ten confianza en Él y deja entrar en ti la serenidad y la paz —le dijo la augusta señora.

Rhode se calmó y comenzó a contarle la historia de su corta vida, que ya el lector conoce.

Al escuchar los elogios que ella hacía de Demetrio su prometido, Myriam intervino discretamente.

—Mira, hija mía, no tienes motivo para tanto padecimiento. Veo que hay en tí un gran aprecio para él porque reconoces todas sus bellas cualidades.

“La unión con un hombre bueno que aprecias y estimas en lo que vale, puede convertirse en amor y traer para ambos la dicha relativa que es posible en la tierra, si tú te esfuerzas en cumplir tus deberes para con él. ¿No lo crees tú así?”

Rhode sin hablar movió la cabeza en señal negativa.

—Tantas mujeres hay, que hemos aceptado la unión con un hombre que nos ha pedido en matrimonio, y que nos han dicho nuestros mayores que era el destinado por Dios para nosotras...

“¿Por qué tú no podrías hacer lo mismo, para no atormentarle con una negativa sin motivo justo?...”

“Porque él sufrirá tanto o más de lo que tú sufres ahora.

—¡Madre!... —clamó por fin la atormentada Rhode—. He dado entrada en mi corazón a otro amor mucho más grande que la amistad de la niñez y la admiración que sentí siempre por las cualidades de Demetrio... ¿Cómo puede mi corazón mentirle un amor que es todo entero para su hermano Stéfanos?...”

—¡Hija!..., ¡pobre hija mía! —exclamó Myriam, envolviéndola en sus brazos como si quisiera defenderla de aquella acerada angustia—.

“Lo había sospechado sin querer creerlo porque comprendo que es un terrible dolor para los dos.

La joven, con esa fría calma del que se ve ante lo irremediable dijo:

—Stéfanos es fuerte y noble hasta lo sumo, y ha renunciado a este amor; y él mismo, encargado de mi persona por Demetrio, está dispuesto a entregarme a él, así que llegue. Por eso pido al cielo el milagro de que él no llegue nunca, o que yo muera antes de su llegada.

“¿Qué podré decirle cuando le vea ante mí?”

—No padezcas, hija, por lo que aún no ha llegado. El Señor que lo ve todo, guía a sus hijos que confían en Él —dijole Myriam con una seguridad que sólo Ella podía sentir.

Al mismo tiempo llegó a la puerta de la alcoba una de las compañeras de Rhode, que dijo:

—Acaba de llegar un viajero de Galilea y trae epístolas de Naím y de la orilla del Mar: una para Madre Myriam y la otra para ti, Rhode. —Y se las entregó. Cada cual leyó la suya.

La de Myriam era de Juan en que le daba breves noticias de sus padres, y muy largas de su propia tristeza incurable que parecía llevarle a la muerte en breve tiempo. No podía consolarse de la ausencia

de su Maestro que había sido la luz de su vida, la fuerza que le hacía vivir.

La de Rhode era de Demetrio en la cual le daba excusas por su tardanza en volver. Leámosla juntamente con ella:

“Amada de mi alma; Rhode mi dulce amiguita de la infancia, mi estrella de la esclavitud; no te alarmes porque pasan los días y no vuelvo a cumplir mi palabra. Somos tan jóvenes y tenemos mucho tiempo para ser felices. Sabiendo como sé que estás bien guardada por mi hermano en esa casa de santos, permíteme que dedique este precioso tiempo, para recoger detalladamente todo cuanto concierne a la obra misionera que ha realizado, en este venturoso país, el gran Profeta, Ungido de Dios para salvar a la humanidad. Yo le vi morir, Rhode, y recibí una de sus postreras miradas porque logré colocarme aquel día fatal, junto a un grupo de mujeres que lloraban por Él. Ya te referí esto: yo quise creer que en esa mirada me pedía algo y le prometí llorando que yo defendería su nombre de santo y de mártir hasta la última gota de mi sangre.

“Sabes ya, que he prometido también al que fue mi noble amo en la esclavitud, llevarle el detalle de cuanto hizo el Profeta por la humanidad, porque él sueña con rehabilitar su nombre ante el gobierno romano, para descargar su conciencia de haber sido el que mandaba la ejecución.

“Te hice saber por un viajero, que de Naím regresaría a ésa; pero me sale oportunidad de llegar hasta Cesarea de Filipo donde un anciano de nombre Nabat, tiene una carpeta con relatos del Profeta, de los cuales ha sido testigo ocular.

“Un hermano suyo me lleva hasta su casa, donde pasaré unos días que gastaré en sacar copia de todo aquello. Darás a leer esta epístola a mi hermano Stéfanos, para que él conozca los motivos de mi tardanza. El Ungido de Dios, por cuya gloria y amor retardamos nuestra feliz unión, nos tomará bajo su amparo ahora y cuando formemos nuestro soñado hogar”.

“Tuyo para siempre. Demetrio”

Cuando Rhode terminó de leer esta carta, se la alargó a Myriam y ella la leyó también.

—Es una noble alma la de tu prometido, hija mía. ¿Cuántos años cuenta?

—Va para los veinte, y tú que lo conoces, Madre, le darás veinticinco, según es alto, fuerte y decidido.

—Es verdad —contestó Myriam pensativamente—. Debes tranquilizarte Rhode porque él es muy bueno; tú eres buena también y Stéfanos es una grande alma sometida en absoluto a la voluntad divina. Nuestro Padre Celestial facilitará el modo de que los tres cumpláis con vuestro deber. Ten paz en tu alma, hija mía, y no te atormentes más.

—Tenéis mucha razón, Madre, pero mi situación sigue como antes, y Stéfanos sigue también con la amenaza de la ira del Sanhedrín. Tú que eres la Madre del Señor, ¿no podrías cambiar todas estas cosas?

Y Rhode, al hacer esta pregunta se dejó caer sobre el tapiz del pavimento, y cruzó sus manos sobre las rodillas de Myriam sentada en un silloncito.

—Hija mía, óyeme —dijo la dulce Madre del inolvidable Yhasua—.

“Yo soy su madre y no pude impedir que muriera en el patíbulo. Soy su madre y compartí con Él todo el horror de su terrible muerte.

“Soy su madre y lloro todavía la angustia indecible de su ausencia.

“Los designios divinos ignorados por nosotros se cumplen indefectiblemente en el día prefijado para ello.

“Antes de llegar a la vida material, hemos aceptado las condiciones de esa vida, aunque envueltos en la pesadez de la carne, no lo recordemos ni lo tengamos en cuenta.

“Cada alma trae su camino marcado por la Ley Eterna y aceptado voluntariamente por aquella. El alma sabe pues lo que encontrará en ese camino, que será siempre para su progreso y adelanto en la senda eterna que ha de recorrer.

“En el mundo espiritual no se tienen en cuenta los padecimientos de la existencia terrestre, sino el resultado final de esa existencia.

“Si mi Hijo vino a esta última vida a enderezar los caminos torcidos de la humanidad, aceptó anticipadamente todos los tropiezos que debía encontrar. Y en esta tierra, hija mía, no siempre se salva de la muerte el que se arroja, voluntariamente, en una selva poblada de fieras con el ansia de domesticarlas; ni se salva de morir abrasado el que se tira entre un incendio con el ansia de apagarlo. ¿Comprendes?

“Él vino para ser la luz de este mundo y los que veían sus maldades descubiertas por esa luz, quisieron apagarla para siempre.

“Él vino para hacer resplandecer de nuevo la Verdad Divina, sepultada bajo montañas de arena por los poderosos dominadores de muchedumbres, interesados en mantenerlas en completa ignorancia para así engañarlas y dominarlas con facilidad. Y los malvados que no quieren la Verdad, aniquilaron al Mensajero divino que la traía.

“Así ves claro, hija mía, cómo es un error el confiar en un ser, que creemos influyente y poderoso, para cambiar lo que es un designio divino que no puede ser cambiado.

“Te digo esto, para que no me creas capaz de cambiar el curso de tu vida, por el solo hecho de ser la madre de un hijo tan grande y tan excelso como es mi Hijo.

“Puedo sí, recabar de Él la fuerza necesaria para que tú, tu prometido y Stéfanos, cumplan con valor y abnegación todos los deberes, que

vosotros mismos os habéis marcado de acuerdo con el designio divino, antes de tomar la materia que revestís hoy.

“Los Ancianos, con Pedro y los otros temen que este estado de cosas lleve al joven Diácono a la muerte.

“Si él aceptó anticipadamente, el sacrificio por sostener la Verdad, tal como lo hizo mi Hijo, el sacrificio llegará seguramente a la hora debida.

“Y en este caso..., tu dolor se asemejará al mío..., pero quedará libre tu corazón y sentirá menos penoso el sacrificio de aceptar como esposo a tu prometido Demetrio...

—¡No, Madre, no!... —clamó en un grito de angustia la pobre Rhode—. ¡Si Stéfanos muere yo moriré con él!

—También yo lo decía así, hija mía, y ya ves que aún vivo llevando la carga penosa de mis días de amarga soledad sin Él.

Rhode arrodillada se abrazó a Myriam, y la solitaria alcoba se impregnó de un vapor de lágrimas y del apagado rumor de sus sollozos tan hondos.

La madre y la novia lloraban desconsoladamente.

El amor es siempre el mismo en el sensible corazón de una mujer, cuando es capaz de un amor profundo y verdadero.

¡La madre, la novia, la esposa, la hija, todas aman y sufren igualmente, cuando un grande amor ha encontrado en ellas un santuario digno y capaz de encerrar en sí toda su grandeza!...

57

DETRÁS DE LOS BASTIDORES

Al lector le interesa saber lo que ocurría en Jerusalén al mismo tiempo que los sucesos ya descritos y que a decir verdad, sólo eran de gran interés para los adeptos de la Congregación Cristiana.

Los demás pobladores de la ciudad ni aún remotamente estaban enterados de las alarmas del Sanhedrín por la brillante oratoria de Stéfanos, y sólo prestaban toda su atención a sus negocios respectivos.

Cuando el Pontífice Caifás fue depuesto por el Legado Imperial Lucio Vitelio, y sustituido por Jonathan, hijo de Hanán, dos nuevos personajes se unieron al viejo Hanán, para cooperar con él en mantener rígidamente el orden establecido desde años atrás. Estos eran Juan de Bethlaban y su esposa Alejandra, padres de Caifás, que habiendo sufrido tan tremenda humillación, se retiró por completo de la vida pública, y fue a vivir en el antiguo solar de sus mayores, en Bethlaban, región pintoresca perdida entre las montañas derivadas de los grandes montes de Samaria.

Su mujer, hija de Hanán como hemos dicho, soberbia y audaz como su padre, le promovía grandes disturbios hasta hacerle imposible la vida. Culpaba a su marido de incapaz de mantener en alto el rango de la familia y se apresuró a casar a sus dos hijos muy ventajosamente en la familia de los Boeto, acaudalados personajes de la aristocracia judía. Realizado esto, se volvió ella a Jerusalén al lado de Hanán su padre, con el que tenía grande afinidad.

El desdichado ex pontífice Caifás, que tan enérgico estuvo para condenar al Mesías Ungido de Dios tres años hacía, comenzó a saborear la amarga expiación de su delito. Abandonado por su mujer, despreciado por sus hijos, su carácter se hizo insoportable a la servidumbre compuesta de esclavos de diversas razas, a los que mandaba azotar bárbaramente por las faltas más insignificantes. Su corazón era como un nidal de escorpiones que parecía gozar en dar tormento a los demás, como si el dolor ajeno aliviase la tortura moral que él padecía. En su loco furor, llegó hasta hacer crucificar dos esclavos jóvenes, muy queridos de los compañeros porque tocaban hábilmente el laúd y divertían a los demás.

Esclavos, jornaleros y pastores de la granja se levantaron como un solo hombre, descolgaron de las cruces a los dos esclavos y prendieron fuego a la señorial mansión del ex pontífice de Israel. Cuando él salió despavorido huyendo de las llamas y del humo que le asfixiaba, el padre de los mancebos crucificados, le abrió el vientre de una cuchillada, y el infeliz cayó entre el fuego que lo invadía todo, y el maderamen que empezaba a caer con gran estrépito.

—¡Maldición! ¡Maldición, perros infames!... —gritaba, revolcándose entre su propia sangre y las rojizas lenguas de fuego que le cubrían por completo.

Fue al primero que le alcanzó la Justicia Divina de todos los que actuaron como asesinos del Hijo de Dios.

La numerosa servidumbre huyó a los montes de Samaria, llevándose cuanto pudieron de la antigua casona, que pronto quedó convertida en humeantes escombros.

* * *

Mientras sucedía tan grave desastre en las afueras de Bethlaban, en Jerusalén ocurrían escenas muy diferentes.

El Legado Imperial Lucio Vitelio tenía conferencias amistosas con el príncipe Hartat de Damasco y el Scheiff Ilderín, buscando acortar distancias con la poderosa Arabia de entonces y tratar de establecer una alianza conveniente para ambas partes.

Las legiones residentes en la Germania, en la Galia, en la Iberia

no podían distraer su atención en el Asia Central, y los últimos años de Tiberio César convertido en un maniático, y el advenimiento de su nieto Calígula, epiléptico y loco, habían traído una desorientación y decaimiento grande en los brillantes Generales romanos y en las legiones mandadas por ellos.

Los vecinos del norte, o sea los Partos, estaban organizados y armados poderosamente, y se temía una invasión a la Siria que sólo contaba con las guarniciones de una Centuria en cada fortín de los que había establecidos en las ciudades más importantes.

No existiendo ya los causantes de las discordias que eran Antipas y Herodías, la amistad no ofreció dificultades y quedaba asegurada la tranquilidad de Palestina y Siria en cuanto a sus vecinos del exterior.

Pero dentro de sus límites hervía la desconfianza y el odio, promovido y alimentado por el Sanhedrín judío y debido a la controversia religiosa de lo cual se mostraba celoso.

El Rabí Galileo, como ellos decían, les había despoblado los altares de víctimas para los sacrificios.

Ya no se veían en las grandes festividades religiosas llegar a la plazuela del Templo numerosas majadas de toros, becerros y carneros para ser sacrificados a Jehová sobre los altares vacíos. Y los campos de los ricos hacendados dirigentes de Israel se recargaban de bestias que nadie compraba; y sus finanzas se resentían día por día.

Aquel Rabí Galileo con la magia de su elocuencia, había enseñado al pueblo que a Jehová no le interesaban mayormente los sacrificios de bestias sino la pureza del corazón y la santidad de la vida, basada en el amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismos. Y los grandes potentados de Israel se veían amenazados de un espantoso derrumbe.

Los sacerdotes Esenios se habían separado alegando diversas causas.

Los hombres más eminentes y queridos del pueblo se habían llamado a retiro y a silencio, sin exponer causas ni motivos.

Los fieles estaban cansados de las diatribas llenas de amenazas de los oradores del Sanhedrín, que por las buenas o las malas querían hacer revivir el fervor israelita por inundar el Templo de ofrendas y de víctimas para aplacar la ira de Jehová...

La prédica del Rabí Galileo había arrancado del pueblo el miedo pánico a la cólera de Jehová.

La frase divina del Profeta: *Dios es Amor*, les había penetrado tan hondo en el corazón, que la cólera de Jehová le sonaba como un trueno lejano del cual nada tenían que temer.

A través de los donativos de la Santa Alianza, los desposeídos, el pueblo en general, había aprendido a esperar de la Providencia y Bondad

del Padre Celestial lo que no alcanzaba a conseguir con sus esfuerzos y sus fatigas.

¿Cómo pues no había de alarmarse el Sanhedrín judío, de que un nuevo paladín de esas teorías nuevas, se levantaba otra vez entre aquel pueblo que empezaba a demostrarse insumiso y rebelde?

Es cosa por demás conocida, cómo luchan los hombres del oro y del poder para mantener en alto sus privilegios, en todos los países y en todos los tiempos.

Debían pues buscar el medio de hacer callar a los nuevos predicadores, que tenían para el pueblo una atracción irresistible. ¿De qué modo lo harían?

El Apóstol Santiago, Stéfanos y Felipe, atraían con el fuego de su palabra; Pedro, Andrés y Matías curando enfermedades, tranquilizando a las almas angustiadas y aliviando las miserias de los huérfanos y desamparados.

Y ellos, los dirigentes legales del pueblo, los Doctores de Israel que se sabían de memoria y punto por punto la Ley y los Profetas, ¿qué eran para ese pueblo enloquecido por la palabra de esos Rabís sin escuela, salidos de Galilea o del paganismo extranjero?

Por la violencia no podían atacarles sin correr el riesgo de un motín popular, para contenerle no contaban con la guarnición de la Torre Antonia ni de la Ciudadela que estaban compradas por Simónides, el gigante que Hanán quisiera aplastar como a un lagarto bajo una piedra.

Y como tres años antes lo hicieran para vencer al Profeta Nazareno, lo repitieron entonces en un conciliábulo entre los más incondicionales afines de Hanán, su hijo Jonathan el pontífice, y los padres de Caifás: Juan y Alejandra, y su mujer Michal, hija de Hanán.

Tenía Jonathan una sobrina bellísima, hija de su hermanastro Teófilo, el menor de los hijos de Hanán. No era por cierto una doncella tímida y modesta como en general lo eran las doncellas israelitas, sino una joven de mundo que había estado mucho en las cortes de Antioquía, de Sidón y de Tiro. Tenía diecinueve años y había estado para casarse con el hijo mayor del Príncipe Sallun de Lohes, antes de que éste fuera perseguido por el Gobierno Romano, circunstancia que frustró el matrimonio.

La llamaron Livia Augusta, rememorando el nombre de una emperatriz romana.

—Mira, hija mía —le había dicho su tía Michal, que dicho sea de paso no se afligió mucho por la terrible muerte de su marido allá en las montañas de Bethlaban—. Vas a ser como otra heroína Judith que decapitó a Holofernes para salvar a su pueblo, al pueblo de Dios. Como

otra Reina Esther que dominó al Rey Asuero y salvó también al pueblo hebreo cautivo en Babilonia.

—¿Qué pasa en Israel? —preguntó la muchacha que en nada le interesaban las intrigas religiosas y políticas de su ilustre parentela.

La astuta viuda de Caifás la puso al tanto, exagerando los peligros de esos momentos para la religión, para el pueblo, etc., etc.

Más bien fastidiada que interesada, la joven preguntó a su tía, qué era lo que exigían de ella.

—Mira, óyeme bien. Te vamos a poner como profesor de música y de canto a un joven griego que trae enloquecido al pueblo. No tendrás más que hacer que fingirle amor y dejarte amar por él..., porque de seguro que se volverá loco por ti.

—¡Eres tan hermosa, hija mía! Le atraerás cuanto puedas hacia nosotros..., sin concederle nada más que sonrisas por supuesto.

—Organizaremos conciertos y veladas privadas algunas veces en mi casa, en la casa de tu padre, o en el palacio de tu abuelito Hanán, para que tú cantes acompañada al clavicordio por él.

—Tú estás acostumbrada a verte cortejada por gentiles hombres de otras razas, y éste será un admirador más. Eso es todo. ¿Te resuelves?

—Desairado papel me obligáis a representar con un hombre que no conozco, y que acaso me resulte odioso y antipático —respondió la muchacha.

—¡No sabes lo que dices, hija mía!

—¡Ya hubiera deseado yo tener un hijo como él, o que hubiera uno siquiera en nuestros príncipes para casarlo contigo!..., uno siquiera que pudiera igualarse con el pagano ese, al que queremos echar tierra en los ojos porque nos está aplastando en nuestros intereses, en nuestra fe y creencias, porque es una continuación del Rabí Galileo que crucificamos hace tres años.

—¡Oh, oh! ¡Siempre andáis a la pesca de tragedias horribles que me crisan los nervios! —exclamó displicente la hermosa niña—.

—Pero si es bello y culto como lo pintas y profesor de música, házmelo conocer y entonces te diré si me presto o no, a lo que todos queréis.

—Si me lo conquistas a mi satisfacción te prometo como regalo, ¿sabes qué?... Adivina. Algo que tú deseas mucho y que solo en este caso me desprendería de ello.

—¡Tantas cosas deseo!... —exclamó la joven—, que no acierto con tu regalo.

Michal se levantó triunfante y tomando un pequeño cofrecillo de nácar con engarces de oro, lo abrió ante los ojos de su sobrina.

Era una hermosa diadema de oro y rubíes, con el collar y ajorcas haciendo juego.

—Regalo digno de una princesa oriental —dijo la astuta mujer.

—¡Cierto tía, cierto! —exclamó la jovencita Livia, admirando extasiada la hermosa joya.

—Es tuya si cumples bien la misión que todos tus familiares te encargamos.

—¡Está bien! Tráeme esta tarde a tu griego... ¡Pobre infeliz que ningún mal me ha hecho y quizá voy a llevarlo a la horca!

Y a la primera hora de esa tarde se presentó en el palacio Henadad aquel jovencito nieto de Hanán que tocaba el arpa, a suplicar al joven griego que le acompañase a casa de su tío Teófilo donde querían escucharlo en el órgano acompañado por él con el arpa. Le rogó que llevase toda su carpeta de música porque aquello sería como un concierto familiar.

Se recordará que este joven de nombre Samuel era hijo del Pontífice Jonathan, y que como su prima Livia Augusta no se interesaba ni estaba al tanto de las intrigas políticas y religiosas de sus ilustres progenitores.

Samuel estaba además encariñado con Stéfanos, al cual consideraba como un gran amigo y maestro, pues le había pedido que le enseñara el griego. Por sus cualidades morales y por sus bondadosos sentimientos, podría ponerse en duda que tuviera en sus venas la sangre de Hanán, el lobo del Sanhedrín.

Para influir en Stéfanos a que se decidiera a aceptar la invitación, Samuel le decía:

—Creo que te tomarán como maestro de música de una prima mía, que es un idolillo de mi padre y de mi abuelo Hanán.

“Yo creo que te conviene aceptar, porque esto será el primer escalón para entrar como Profesor del Gran Colegio y director de los músicos del Templo, porque el que hay, se está cayendo de viejo. ¡Me gustaría tanto ver que se reconoce en Jerusalén lo que vales!

El muchacho era sincero al hablar así.

Pedro, el Diácono Felipe y Andrés que estaban presentes, escuchaban en silencio. Del joven que traía la invitación no desconfiaban absolutamente pero sí y mucho de los que le habían enviado.

Y así, cuando Stéfanos se retiró a su alcoba para vestirse convenientemente, Pedro y Felipe fueron en pos de él.

Estaban de acuerdo en que no convenía negarse a concurrir; pero le advirtieron que alrededor de la casa del Doctor Teófilo pondrían vigilancia muy disimulada y discreta, en forma de poder acudir, si Stéfanos se veía en algún peligro. Como se ve temían una celada de parte de aquellos magnates, que no pudiendo herir de frente a frente, lo hacían en la sombra para no alborotar al pueblo.

Mientras el joven Samuel orgulloso del gran amigo que había hecho, le conducía a la presencia de sus ilustres familiares, el Apóstol Pedro

impartía órdenes a los jóvenes diáconos, para que pusieran alerta a la brava juventud de las montañas galileas, que en su mayoría tenían alojamiento en el vasto local de la Santa Alianza, tan conocido de los lectores y que siglos atrás se había llamado “Fortaleza del Rey Jebuz”.

El joven griego entraría apenas al palacio de mármol y pizarra, mansión de Teófilo hijo de Hanán, cuando Felipe como una flecha había llegado al local de la Santa Alianza y había levantado, como abejas de un enjambre, a todos los montañeses galileos que encontró y los cuales fueron a merodear por los pinares del Monte Sión, en cuyas colinas se levantaban como castillos encantados, las mansiones señoriales de los grandes magnates de Israel.

La primera en salir curiosa a recibir a su profesor de música, fue Livia Augusta que se presentó al gran salón como una nube de gasa rosada entretejida de perlas, vestida a la egipcia que tan bien sentaba a su tipo de un blanco mate y cabellera negra.

Stéfanos la saludó con su gentil gravedad habitual.

El jovencito Samuel advirtió de inmediato que su bella prima había sufrido un deslumbramiento. La dignidad y gallardía del joven griego la sorprendía en extremo. Los dos primos se daban cada mirada que solo ellos comprendían.

Cuando Stéfanos, después de los saludos preliminares, se sentó al clavicordio para iniciar un preludio, Samuel dijo a media voz a su prima:

—¿Te gusta el profesor?

—¡Primito!..., ¿de dónde sacaste este vaso de alabastro?...

—¡Oh!... ¡Yo soy pescador de perlas!... —le contestó Samuel.

Y ambos se acercaron a Stéfanos, que ya preludiaba la hermosa melodía, con que en el Oratorio acompañaban el poema del Cantar de los Cantares.

El romance fingido de parte de Livia Augusta, amenazaba convertirse en real y verdadero nacido del corazón, pues cuando al salón acudieron los familiares, ella dijo en secreto a su primo:

—Mal parados van a quedar los que me exigen que me burle de este hombre. ¡Estoy encantadísima de él!

—¡Así me gusta, primita! —le dijo Samuel, estrechándole la mano.

—Óyeme; tú y yo tenemos que hablar. A mí me quieren tomar como un instrumento para perder a ese joven. Y tú me ayudarás a salvarlo. ¿Por qué he de hacerle daño?

Samuel que no había sospechado tal cosa, abrió grandes sus ojos como el que ve una visión de espanto.

—Yo estaré a tu lado, Livia. ¿Qué tengo que hacer? —le preguntó.

—Ya te lo diré esta noche, si vienes a conversar conmigo en el pabellón de la terraza.

—No faltaré.

La familia y Teófilo el doctor de la Ley conversaban con Stéfanos, animadamente.

En ese momento llegó Hanán acompañado de Alejandra y Michal, agente principal de la intriga en que querían envolver al joven Diácono.

Por fin se inició el concierto. Stéfanos al clavicordio y Samuel al arpa comenzaron la ejecución de una hermosa Sinfonía, compuesta por Stéfanos para acompañamiento del Canto de Moisés.

El órgano y el arpa gemían dulcemente en un suavísimo trémolo que parecían repetir las frases primeras del canto: “Cantaré yo a Jehová porque sea magnificado en su poder y en su gloria”.

Y la música iba siguiendo la letra tan perfectamente a tono con lo que ella significaba, que al hacer la descripción de que el Mar Rojo, en revuelta vorágine, sumergió bajo sus olas bravías las huestes del Faraón, era la música como estruendo de olas agitadas por el huracán.

Alguien ha dicho que la música domestica las fieras y Hanán se inclinó al oído de su hija Michal, para decirle:

—¿Qué me dices de este mago del teclado?

—¡Soberbio! ¡Lástima grande que no sea nuestro! —le contestó ella; y sus ojos buscaron a su sobrina Livia que sentada muy cerca de la tarima de los músicos, miraba a Stéfanos con gran atención.

—¡Debemos hacerle nuestro a toda costa! —volvió a decir Hanán—. Espero que mis dos nietos, Livia y Samuel lo consigan fácilmente. Sería gran lástima decretar la muerte sobre él.

—Pero, ¿quién habla de muerte? —interrogó Michal—. Hablamos de conquistarle, no de matarle.

Por la mente de Hanán cruzó como un relámpago el recuerdo del Rabí Galileo, el día aquel que curó al niño sordomudo, hijo de la princesa Aholibama, y al mismo tiempo lo curó a él de las úlceras cancerosas que corroían su existencia.

—¡Qué estúpido error fue aquel!... —dijo a media voz y sacudió su cabeza como para apartar un recuerdo que le molestaba.

—¿Qué dices, padre? —le preguntó Michal, asustada del terrible ceño de Hanán.

—Digo que a veces el excesivo celo por la gloria de Jehová nos lleva a cometer desaciertos.

—Me parece que te pones fúnebre antes de tiempo. ¿A qué viene eso ahora? Escucha eso, escucha si no es oír la letra misma del himno: “Soplaste con tu viento. Cubrióles la mar. Hundiéronse como plomo en las impetuosas aguas...”

Y el órgano gemía como un suspiro cuando la letra marcaba este pasaje:

“...Llevaste en tu misericordia a este pueblo y le salvaste. Lo llevaste con tu amor a morar por siempre en tu Santuario”.

La familia toda rodeó a Stéfanos y a Samuel, cuando se esfumó la última vibración de la música.

—Nos habéis hecho sentir a Moisés rodeado por el pueblo, cantando en pleno desierto —dijo Teófilo con gran entusiasmo.

—Tienes un porvenir magnífico, joven —díjole Hanán—, si quieres aprovechar las oportunidades.

“Necesitamos un profesor de música en el Gran Colegio, y un Director para nuestros músicos del Templo —añadió con gran amabilidad—.

“¿No aceptarías estas oportunidades que te brindo?”

—Es grande honra para mí, señor —contestó el joven Diácono—, y tengo sumo placer en cooperar en vuestras solemnidades, mientras permanezca en este país.

—¡Oh!..., ¿no estás definitivamente? —preguntó alarmado el anciano.

—Desde muy joven contraje el hábito de viajar, y dudo si no se levantará en mí, el ansia de recorrer mundo.

—Pero mientras permanezcas en nuestra tierra, podrías trabajar para nosotros, muy bien recompensado —añadió Michal, con tan insinuante amabilidad, que Stéfanos le contestó de inmediato:

—Estoy a vuestras órdenes, señora.

—¿Has oído, Livia? —preguntó a su sobrina. Y volviéndose a Stéfanos, añadió—. Está que no vive porque le des lecciones de clavicordio, porque su padre aquí presente, hizo venir éste de Germania, sólo para ella. Y aún no ha comenzado.

Stéfanos la miró, y la joven bajó los ojos como si no pudiera resistir aquella mirada serena y leal, mientras ella había aceptado servir de instrumento para perderlo.

—Bueno, lo dicho, dicho está. Comenzad pues que nosotros no entorpeceremos vuestras lecciones.

Dicho esto, la astuta mujer se levantó dirigiéndose a una puerta interior. Hanán y Teófilo salieron detrás de ella, quedando en el salón, Livia y Samuel con Stéfanos.

—¿Es de verdad que deseas lecciones o te fuerzan a ello? —preguntó el joven griego a Livia, que continuaba inmóvil y silenciosa.

—No puedo resolverme en este momento —contestó ella—. Prefiero escuchar, que os acompañáis ambos tan maravillosamente.

—¿Qué tocamos? —preguntó Samuel.

—El Miserere —contestó Livia.

—¿Por qué? ¿Estás arrepentida de tus pecados? —le preguntó su primo.

—Sí..., ¡mucho!

Y el solemne prelude del doliente salmo del Rey David, gimiendo bajo el peso de sus delitos, llenó los ámbitos del vasto salón, como si fuera un sollozo profundo que se esfumaba en el ambiente, hasta diluirse en un gemido imperceptible.

—Es triste, muy triste obrar el mal para después llorar y gemir de esa manera —dijo Livia cuando el salmo terminó. Stéfanos hizo girar el taburete quedando frente a ella, y con su mirada la interrogaba.

—Me refiero al Rey David, que teniendo un corazón tan tierno fue capaz de cometer crímenes atroces... Nadie diría que el que hizo matar a Urías, es el autor del Miserere. ¿No es verdad que esto es incomprendible?

—Cuando una pasión funesta domina el corazón de un hombre, lo hace capaz de cometer delitos, de los cuales se espantará él mismo, cuando la fiebre de la pasión se ha desvanecido —le contestó el joven Diácono—.

“¿Quieres comenzar la lección? —le preguntó—. Porque si no, me retiro y volveré otro día.

—Antes seamos amigos y después seré tu discípula —le contestó ella. Y añadió—. Me gustaría oírte hablar de tus viajes y de tu vida, que debe ser tan singular puesto que eres tan joven y sabes tanto. Samuel me dice que hablas como un doctor de la Ley.

—Creo haber comprendido que vuestros mayores no me han llamado para que refiera mis viajes y mi vida sino para enseñaros música. Y no quisiera disgustarles... —dijo muy discretamente Stéfanos.

—No te preocupes de eso. Ellos se conforman con lo que quiero, y tenemos mucho tiempo para lecciones.

Una joven esclava entró haciendo rodar una pequeña mesa sobre la cual se veía una gran fuente de plata con pastas, dulces y ánforas de exquisitos vinos.

Livia Augusta hizo con gran naturalidad y gracia, su papel de ama de casa.

Stéfanos también con gran acierto, habló de sus viajes, describió las bellezas de su patria lejana y de otros países que había visitado, pero de sí mismo y de su propia vida, no dijo ni una palabra. Por fin se puso de pie para retirarse.

—¿Te vas sin preguntarme qué impresiones tengo de ti? —interrogó Livia, sonriendo amistosamente.

—He hecho lo posible por causar impresión agradable —contestó Stéfanos—, y me sería de mucha satisfacción haberlo conseguido.

—¡Lo has conseguido por partida doble! —se apresuró a contestar el joven Samuel.

—¡Verdaderamente! —añadió Livia—. Grecia puede estar orgullosa si todos los griegos son como tú.

—Muy agradecido de tanta bondad —dijo Stéfanos con una cortés reverencia, y salió acompañado por Samuel.

Livia Augusta permaneció inmóvil, en el mismo sitio en que estuvo sentada y su pensamiento hilvanaba..., itantas cosas!...

Stéfanos se despedía de Samuel, que le hizo esta pregunta:

—¿Qué impresión te llevas de lo que has visto y oído en esta casa?

—De ti y de tu prima, muy buenas porque mi corazón ha sentido vuestra sinceridad. De los demás...

—Dilo con franqueza porque soy tu amigo —le interrumpió Samuel.

—Pienso que ellos quieren de mí algo que no estoy seguro de poder darles.

—Esta noche creo enterarme de todo lo que quieren de ti, y mañana a la segunda hora me tendrás a tu lado para informarte. Espérame.

—¿Por mí traicionarás a los tuyos? —le preguntó Stéfanos asombrado.

—¡Si ellos quieren causarte daño, sí..., claro que sí!

Stéfanos se conmovió visiblemente y estrechándole las manos partió sin decir palabra.

Mientras ambos jóvenes se despedían, Livia pensaba.

—¡Es admirable este hombre!..., ino he obtenido de él una sola mirada que signifique interés ni simpatía!... ¡Ni aún siquiera como se mira un lienzo bien pintado! Y sin embargo siento en mí que me resultaría emocionante en alto grado, amar y ser amada de un hombre semejante.

“¡Ah!..., imis mayores quieren que le conquiste como a un pájaro de gran valor para enjaularle ellos entre rejas de acero!... ¡Si llego a conquistarle será para su dicha y la mía, para volar lejos de estos devotos puritanos intrigantes que viven con Jehová en los labios, y en el corazón alimentan el odio y la venganza!...

Estos pensamientos quedaron interrumpidos por la llegada de Samuel, que en silencio fue a sentarse a su lado.

—¿Estabas por llorar, primita? —le preguntó, mirándola a los ojos.

—Casi, casi... —contestó ella.

—¿Por qué? ¿Has quedado disgustada del profesor?

Bajando mucho la voz contestó Livia casi en secreto:

—De él no, pero sí, mucho de ellos.

—Ya comprendo. ¿Qué quieres que hagamos? Tú mandas y yo obedezco.

—Vamos ahora con todos, que el abuelo y mi padre pronto marcharán al Consejo que hoy corresponde. Nos vamos tú y yo al gabinete de trabajo y hacemos como que continuamos decorando las vitelas de los libros de Moisés. Como el abuelo está apurado para obsequiarle el álbum en su cumpleaños a la reina Helena, eso nos servirá de disculpa.

—¡Muy bien pensado! Eres maravillosa en tus combinaciones...

—¡Y si así no fuera, chico!... ¡con esta buena parentela que tenemos tú y yo!...

—Mira, Livia..., mi padre con ser el Pontífice no es tan malo... Es el abuelo Hanán que tiene a Satanás en el cuerpo.

—Pues con Satanás y todo, yo no le tengo miedo... Vamos.

El viejo Hanán apenas los vio se encaró con su nieta.

—¿Qué te pareció el pagano? ¿Lo haremos un prosélito por medio tuyo?

—Creo que sí —contestó ella sonriendo, como esperanzada en un próximo triunfo—. Demos tiempo al tiempo —añadió—. A un hombre así, no se le toma como a una fruta en un cercado ajeno, abuelito.

“Tampoco a ti te habrán conquistado en un abrir y cerrar de ojos..., lo supongo.

—¡Ah, picaruela!..., ¡adivino que te ha gustado! ¿Eh? pero te advierto que te andes con cuidado para no ser tú la conquistada...

Y los ojillos negros de Hanán se clavaron como dos flechas en el hermoso rostro de Livia que para ocultar su turbación, saltó al cuello de su abuelo, y le dio un sonoro beso.

—¡Mira, abuelo!..., ya te estás poniendo viejecito y debes recitar diez veces por día el miserere, y no pensar mal de las personas, ni hacerle daño a nadie, ¿estamos? Y entonces voy a quererte cien veces más que ahora y te ayudaré en todo cuanto quieras.

—¿Y ahora, no? —preguntó Hanán con gran interés.

—Sí, abuelo, ¡estoy ayudando! ¿No me proponéis que atrape al griego?... Pues ya lo haré, pero también pongo mis condiciones...

—¿Cuáles son ellas?

—Que no le pongáis espías ni le molestéis en ninguna forma. Si logro conquistarle quiero que sea por su propia voluntad, y no por temor a vuestros lebreles de caza ni a las represalias que tomaréis con él...

—¿Qué más, señora duquesa?...

—Y si yo le conquisto, ¿me dejaréis amarle libremente?

—¡Ya apareció aquello!... ¡Estos nazarenos tienen a Satanás en el cuerpo! ¡Oye Teófilo, hijo mío!, deja tu leoncillo amansarse solo y ven a escuchar a tu hija, que quedó prendada del griego...

—¿Sí? ¡Qué hemos de hacer! ¡Las mujeres son caprichosas! Desdeñan a príncipes de fortuna y de sangre, y se emboban con cualquier aventurero de buena estampa...

—Como vuelvas a llamar así al profesor que me habéis traído, no hay nada de lo convenido, ¿eh?

La tía Michal intervino.

—Cálmate, hijita, que en estos menesteres del corazón los hombres no saben la mitad de lo que sabemos las mujeres. No hagas caso ni te

enfades. La cosa ha comenzado bien y seguirá mejor. Y yo te doy mi palabra por todos: Si le conquistas para nuestra fe y creencias, y le haces olvidar sus ilusiones sobre el falso Mesías Galileo, y esas tontas ideas de igualdad con los esclavos y reparto de bienes entre todos por igual, te dejamos casar con él, claro que sí, y entre todos te dotamos..., que ni una hija del César será más rica que tú.

—¡Mira, tía, que tomo tu palabra!...

Y la joven, deseando ocultar sus impresiones, dio media vuelta hacia la puerta que daba salida a una gran columnata, que era a la vez invernaculo de plantas y flores traídas para ella de lejanos países.

Cuando ella no podía oírles, Michal se encaró con su padre:

—¡Con tanto vivir no habéis aprendido aún que más se caza con miel que con hiel! Estáis haciendo sospechar a la niña que queremos hacerle daño a ese hombre.

“No es cortando cabezas como se triunfa en estos caminos... ¿Qué hemos adelantado con colgar de la cruz al Rabí Galileo? ¿Cuántos más tenemos hoy?”

“¡Créeme, que si no modificáis el camino, pronto seremos nosotros los perseguidos, y ellos dominarán nuestro país y nuestra raza!”

El viejo Hanán vomitó una maldición, y salió apresuradamente a casa de su hijo el Pontífice porque era la hora del Consejo semanal.

Mientras tanto, allá en el palacio Henadad, reunidos en el Oratorio los discípulos del dulce Rabí Galileo, lo evocaban intensamente con el corazón temblando de espanto y los labios que murmuraban:

—¡Señor!... ¡Maestro bueno! ¡Nos has dejado en tu lugar como corderos entre lobos!

“¡Que tu amor nos haga capaces de morir como tú, en defensa de tu enseñanza y de tus ideales de fraternidad entre los hombres!”

“¡No te pedimos que salves nuestra vida, sino que salves nuestra fe, nuestra esperanza en tu palabra y nuestra confianza en tu amor!”

El pensamiento de todos como un ardiente rayo de luz se elevó a lo infinito, en el profundo silencio de la oración, con la que buscaban proteger al hermano en grave peligro.

Todos y cada uno se olvidaron de sí mismos, para pensar en Stéfanos. ¿Saldría con vida de la encrucijada en que había sido puesto?...

Cuando estos pensamientos tejían una red de amor en torno suyo, entró Stéfanos al Oratorio, sin ruido, y sentándose al órgano inició el prelude del himno de acción de gracias, que acostumbraban a cantar para concluir la oración de la tarde.

Al verlo, rodaron lágrimas de los ojos de Pedro, cuyo corazón dijo sin palabras: “¡Gracias, Señor, porque me has devuelto el hijo!...”

EL SEÑOR TENDÍA SU RED

El Consejo semanal del Sanhedrín comenzó al anochecer y a veces se prolongaba hasta una hora avanzada de la noche.

Livia Augusta y Samuel lo sabían muy bien y por tanto estaban seguros de tener entera libertad para su conversación en el pabellón de la terraza. La jovencita no tenía madre pues había fallecido tres años antes, y una tía de ella, anciana ya, era quien hacía el papel de dama de compañía. Era ésta una mujer muy devota, y que se mantenía ajena completamente a todos los enredos políticos de los dignatarios de Israel.

La lectura de los Libros Sagrados y la dirección del hogar de su sobrina, eran todo su mundo. Adoraba a su sobrina-nieta, y jamás pensó que pudiera hacer ella nada que no fuera lo justo.

Nada tenía que temer Livia Augusta de esta suave vigilancia. Y así fue que terminada la cena del anochecer, anunció a su tía que subía al pabellón de la terraza a estudiar los Libros de la Reina Esther y de Judith porque su abuelo le había anunciado que estaba ella predestinada para imitarlas.

Y la buena anciana se retiró a su alcoba, dando gracias a Jehová por la gran mujer que le había concedido como sobrina, que casi era una hija.

En todas las suntuosas mansiones de los potentados judíos, tenían su pabellón en las terrazas, debido al excesivo calor del verano en la Judea. Y estos pabellones eran contruidos de finísimas maderas y de rejillas de bronce. Esbeltas columnas salomónicas que sostenían livianas techumbres orladas de un verdadero encaje de cobre o bronce, y con amplios cortinados de lienzos de vistosos colores, eran frescas habitaciones de verano, que en un tercer piso, recibían libremente el fresco de la noche.

A poco de estar allí Livia, en la semioscuridad de la terraza solo alumbrada por la luz de las estrellas, llegó su primo Samuel sin que en la casa se hubiesen enterado de su presencia, nada más que los esclavos del servicio íntimo de su prima, que le eran por completo adictos.

—Ya creí que no venías —le dijo Livia, apenas le vio llegar.

—¿Crees que podía faltar con el anuncio que me hiciste? —le contestó él.

La joven se apresuró a referirle todas las intenciones que ella adivinaba en su abuelo Hanán y en su tía Michal, respecto del joven profesor de música.

—Y, ¿qué crees tú que podemos o debemos hacer nosotros? —preguntó Samuel.

—En primer lugar, no oponernos abiertamente a lo que los nuestros quieren, para no despertar en ellos la desconfianza. En segundo lugar pasar aviso al profesor de todo lo que le convenga saber...

“Dime, Samuel..., ¿tú conoces a fondo cómo es esa gente?

—Si eres capaz de guardar mi secreto, Livia, puedo decirte muchas cosas...

—Soy capaz de guardarlo y aún más: por la memoria de mi madre muerta te juro que lo guardaré.

—Entonces oye bien lo que voy a decirte, y no te espantes de que siendo yo un hijo del Pontífice Jonathan, haya llegado hasta lo que he llegado.

—¿Qué has hecho?...

—De acuerdo con los dos esclavos de mi servicio íntimo y disfrazado con sus ropas, he concurrido a los Oratorios de los galileos, y a otro lugar que le llaman “Santa Alianza”, y estoy al tanto de todo lo que ellos hacen...

—A ver, a ver —dijo Livia—, cuéntame que me interesa mucho.

—En los Oratorios que son como las Sinagogas judías, habla alguno de los llamados Apóstoles y relatan la vida del Profeta Nazareno, que el Sanhedrín hizo morir en la cruz de los esclavos, cuando era Pontífice el tío Caifás.

“¿No crees tú que la horrible muerte que éste tuvo, sea un castigo de Jehová por aquel delito?

“Porque todo cuanto refieren de ese hombre, revela que era en verdad un Profeta tan grande como Moisés, como Isaías, como Elías. Y más aún, sostienen ellos que era el Mesías anunciado por todos nuestros grandes Profetas, y lo prueban con los Libros de ellos, y con la conjunción de los astros el día de su nacimiento. Quien los oye hablar, sale convencido irremediabilmente.

—Y esa Santa Alianza, ¿qué es? —preguntó la joven.

—¿Qué es la Santa Alianza?..., pues hijita, pásmate. Es sencillamente dar de comer, de vestir, de beber, al infeliz pueblo nuestro despojado por los tributos bárbaros que le saca el César, el Rey y el Sanhedrín. ¿Qué dices a todo esto? ¿Es buena o mala esa gente?

Livia quedóse pensativa y guardó silencio. Después con una voz triste y apagada volvió a preguntar:

—Y el joven griego, ¿qué es entre ellos?

—El músico que dirige el coro de las doncellas, compone música para los salmos, y cuando le encargan de hablar, pronuncia unos discursos que hasta los sordomudos oyen y hablan.

“¡Si lo hubieras oído días pasados en el Gran Colegio!

—¡Cómo! ¿El griego habló allí?...

—El abuelo Hanán me mandó a invitarlo. Habló, sí, y los dejó mudos a todos. Tu padre mismo no quiso ocupar la tribuna después de él, porque lo que él pensaba decir, quedó desmentido por el griego anticipadamente.

—Y, ¿cómo sabes todo esto, Samuel?

—Porque trato de escuchar y enterarme de lo que dicen. Mucho antes que tú, conozco yo a Stéfanos, y como yo pienso por mí mismo y no por lo que otros piensan, le doy en todo y por todo, el valor que él tiene.

—Y, ¿cómo haces para que ellos no te descubran bajo tu disfraz?

—Desde que me hice amigo de él, claro está que ya no me presento disfrazado. ¿Qué objeto tendría ahora si ya puedo entrar libremente? Allí no se cierra la puerta a nadie.

“Mis esclavos me aseguran que concurren a los Oratorios galileos muchos jornaleros y esclavos de nuestras casas. Y me han asegurado también, que asisten disimuladamente alumnos mayores del Gran Colegio.

“¡Con decirte que el vicerrector se ha hecho amigo de ellos!...

—Pero, ¿sabe esto el abuelo Hanán y la tía Michal..., y el tío Jonathan? —preguntó Livia con espanto.

—¡No, qué van a saberlo! Lo sé yo pero me lo callo muy bien.

—Todo esto es muy grave, Samuel, para ti y para mí, para este pueblo, para todo lo que concierne a esta vieja raza de Israel... Me parece que todo esto es como un edificio en ruinas que pronto se derrumbará con grande estrépito...

Otra vez Livia Augusta guardó silencio. Se veía que en su mente se tejían y destejían ideas, pensamientos, proyectos que ora aceptaba o rechazaba en su yo íntimo.

—Dime, Samuel, ¿no podría hacer yo como hiciste tú, y disfrazada con ropas de mis esclavas, ir con ellas a los Oratorios galileos? ¿No podría hacer amistad con esas doncellas del coro de que tú me hablas?

—Si te atreves, prima, yo te ayudo con gusto, ya sabes.

—Bien. Mañana quiero ir. Ya te lo aviso.

—Entonces la hora conveniente es a la caída de la tarde, que hacen la oración y canto de los Salmos.

“Pero como Stéfanos te conoce, conviene que te arrebujes bien con un manto que te cubra el rostro y vas con tus esclavas que no sean del país, ¿eh?

—¡No, no! Llevaré las muy mías, la ateniense y la macedonia que entienden bien de lealtad y de amor.

“Como saldremos por la puerta de la servidumbre, espérame detrás de

los jardines del palacio Asmoneo, que es muy solitario y no tendremos malos encuentros.

Los dos primos se despidieron hasta la hora fijada del día siguiente, en que encontramos al jovencito Samuel paseando como distraídamente en el sitio indicado. A poco rato aparecieron tres mujeres de andar ligero y gracioso. Aunque muy cubiertas, Samuel reconoció en ellas a su prima con las esclavas. Vestiduras muy serias y sencillas, no llamaban en absoluto la atención.

—¡Si supieras el susto que tengo! —dijo Livia al oído de su primo.

—¿Por qué? ¿No vengo yo contigo?

—¿Y qué puedes hacer tú para defenderme del espanto que sufriré, al descubrir que todos los de nuestra sangre son una piara de criminales, y asesinos cubiertos de oro y púrpura?...

—¡Livia! —exclamó el muchacho asustado—. ¡Te vas muy lejos querida prima!

—¡Ah!, yo soy así. O me voy lejos de un salto o no voy a ninguna parte, ni me muevo de casa.

—¡Debemos obrar con prudencia para no perjudicar a estas buenas gentes, tan inofensivas y llenas de piedad para todos!...

—Pero, ¿quién habla de perjudicarles? Yo he querido venir para averiguar la verdad por mí misma. Tú no sabes que desde hace más de tres años, estoy oyendo sin querer, cosas horribles, que mi abuelo con todos sus hijos proyectan para exterminar de este país, a los creyentes del Profeta Nazareno que mataron sobre una cruz. Yo tuve amistad con Claudia, esposa del Gobernador Pilatos, y con la viuda y la hija del Príncipe Ithamar, de Jerusalén. Todos ellos y también los familiares de Sallun de Lohes, de Abinoan, de Jesuá, tenían a ese Profeta por un Dios y aún aseguraban que era el Mesías prometido a Israel. Los nuestros le mataron bárbaramente, y ahora quieren hacer lo mismo con ese joven griego, y quieren tomarme como instrumento para buscar un motivo para perderlo. ¡Pero ellos no me conocen!..., no saben de lo que soy capaz si descubro la verdad. Te aseguro sí, que seré Judith y cortaré la cabeza de Holofernes...

—¡Cálmate prima!... Ahora soy yo el asustado al verte dominada por una furia semejante. Estás enamorada de tu profesor de música, y el temor de que le hagan daño te lleva a esa exaltación...

El velo que le cubría el rostro no dejó ver el rubor que lo encendía. En efecto, estaba enamorada de Stéfanos y sentía levantarse en lo íntimo de sí misma, una fuerza tremenda para defenderle del Sanhedrín judío, la potencia suma de Israel.

Llegaron al gran pórtico severo y silencioso del palacio Henadad, donde se cruzaron con grupos de personas que iban llegando y que

entraban al Oratorio. Y confundidos con todos, entraron Livia con Samuel y las dos esclavas. Fueron a colocarse en el ángulo de la derecha que era el más oscuro y desde donde mejor podían observar todo cuanto pasaba en el vasto salón.

Pero no bien se sentó Livia Augusta en el estrado, sintió que algo parecía romperse dentro de sí misma, como un desgarramiento de las más íntimas fibras de su corazón. Y sin saber por qué, comenzó a llorar silenciosamente bajo el manto azul oscuro que la cubría...

Se sentía como acariciada por unas manos intangibles, suaves como lirios que la brisa agitara suavemente...

Recordaba a su madre muerta que la enseñaba a orar al Señor para que enviara su Salvador, su Mesías, que libraría a Israel del oprobio, del yugo extranjero...

Recordaba las historias que ella le contaba de la fe y la piedad de Abraham, que exigía se diera a todos los esclavos la misma comida que se ponía en su mesa. La ternura suave y humilde de Jacob, que prefirió siempre perder de sus derechos antes de perjudicar a su prójimo. La grandeza de alma de José para perdonar a sus hermanos, que le vendieron como esclavo a unos mercaderes egipcios porque su padre le amaba más a causa de sus grandes virtudes... Y en el fondo de su alma surgía de inmediato la comparación de esos nobles proceder, con la vileza, la perfidia, la maldad e hipocresía refinada con que veía obrar a los actuales dirigentes de Israel, entre los que estaba su abuelo, su propio padre, sus tíos, sus hermanos mayores..., todos los que tenían su sangre!...

—¡Cielos!... —gritó sin poderse contener—. ¿Qué soy yo en medio de ellos?

—¡Por favor, Livia!..., ¿qué es lo que te pasa? —le preguntó Samuel, alarmado porque varias personas se volvieron hacia aquel ángulo, sumido en penumbras.

—¡Perdóname!... A momentos pierdo todo mi valor.

El joven la tomó de la mano para aquietarla, pues la sintió que temblaba.

En ese instante entraba Myriam como la visión de la paz y de la suavidad, seguida de las veinticuatro doncellas que formaban el Coro, todas ellas cubiertas con largos mantos blancos cayéndoles sobre el rostro.

Rodearon el gran clavicordio que estaba al centro, y cada una llevaba el libro de los Salmos.

Al final de ellas apareció Stéfanos que ocupó el taburete, y tras él entró Pedro con su blanca cabellera, seguido de todos los discípulos del Señor que habitaban en el palacio Henadad.

Stéfanos inició el preludio suavísimo del Salmo 102 que llamaban: “La oración del lamento”, que comienza así:

“¡Jehová!..., ¡oye mi oración y suba mi lamento hasta Ti!

“¡No escondas de mí tu rostro!

“En el día de mi angustia inclina tus oídos a mis quejas.

“El día que te invocare apresúrate a responderme.

“Porque mis días se han consumido como el humo.

“Mi corazón fue herido y secóse como la hierba de los campos.

“Estoy como el pelícano en el desierto sin agua.

“Soy como el búho de las soledades.

“Soy como pájaro solitario sobre el tejado.

“Mis días son como la sombra que se va...

“¡Oh, Jehová, única esperanza mía!... Sólo Tú tendrás misericordia de Sión”.

Las veinticuatro voces se alzaron unidas al unísono del órgano, que gemía también como un alma humana clamando a los cielos, piedad y misericordia...

Luego la voz dulce y suavísima de Rhode, como el lamento de un niño en la soledad de la noche, decía:

“Mi corazón fue herido y secóse como la hierba de los campos...

“Soy como el pelícano en el desierto sin agua...

“Soy como el búho de las soledades...

“Soy como el pájaro solitario sobre el tejado...

“Mis días son como sombra que se va”.

Y el coro en conjunto, como una cascada de voces humanas que clamaban temblando de angustia:

“¡Oh, Jehová, única esperanza mía!...

“¡Sólo Tú tendrás misericordia de Sión!”

Las doncellas se dispersaban suavemente, sin ruido, para colocarse entre la muchedumbre recogida en oración.

Livia Augusta lloraba en silencio. Muchas veces había estado en el Templo de Jerusalén entre un tumulto de gentes que iban y venían, entregando sus dones, sus ofrendas entre el humo negro de las víctimas que se quemaban sobre el altar.

Aquellos grandes sacerdotes con cuchillas en la mano y sus túnicas manchadas de sangre le habían causado inaudito horror.

Pero esto..., iesto que veía y oía entre estas gentes tan odiadas y despreciadas por los grandes magnates del Sanhedrín, era para ella como un símbolo de amor puro y sencillo presentando al Señor la ofrenda de sus tristezas, sus angustias, de lo más bello y grande que guardaban sus almas!...

¡Esto era..., no sabía decirlo..., esto era la adoración suprema del alma entregada a Dios por amor!

Livia creía navegar por un mar azul de ensueños divinos.

El órgano continuaba resonando como si acompañase el orar silencioso de los amigos del Rabí Galileo, que así les había enseñado a encontrar a Dios en sí mismos.

Y acercando su boca al oído de su primo le dijo como en un soplo: –Si todavía existe algo bueno en esta tierra de mentira y de odio, está aquí en esta casa, que es la casa de Dios.

Y sin poderse contener cayó de rodillas sobre el pavimento, y se echó a llorar a grandes sollozos, que resonaban en la silenciosa quietud del Oratorio.

Samuel la tocaba suavemente en el hombro procurando calmarla.

Las dos esclavas se acercaron solícitas, y arrodilladas junto a ella le decían suaves palabras de consuelo y de paz.

Rhoda la esposa de Parmenas, que estaba muy cercana intervino piadosamente.

Livia Augusta había caído sobre el pavimento como en un desmayo. Tenía las manos y la frente heladas, y Rhoda se impresionó intensamente.

–¿Es tu hermana? –preguntó a Samuel al cual reconoció.

–Sí –le contestó, porque creyó que era lo mejor que podía contestar.

–Llama al Apóstol Pedro –le dijo, mientras sentada en el pavimento sostenía a Livia que continuaba desmayada.

El Anciano la levantó del suelo y volvió a sentarla sobre el estrado. Esperó un momento pidiendo en silencio al Divino Salvador, la vida de aquella mujer cuyo rostro aún no veía en la penumbra del oratorio y semicubierta por el manto que la envolvía.

–Ha querido venir conmigo –dijo Samuel a Pedro, como una explicación de lo que pasaba–, y parece que se ha impresionado mucho.

Pero Pedro no podía escuchar ya nada de lo que pasaba a su alrededor.

Su alma hecha de amor y de fe, tal como su Divino Maestro había querido forjarla, se había sumergido en ese abismo infinito de luz, de amor y de quietud divina, de donde podía extraer en abundantes raudales todo cuanto quería dar a sus hermanos que Él le había confiado.

No tardó mucho en recuperar Livia el uso de sus facultades. El calor de la vida volvió poco a poco a su cuerpo inanimado, y por fin toda sorprendida se incorporó, pues había estado sostenida y semirecostada entre los brazos del Anciano.

–¡Perdón! –murmuró–. He venido a causar molestia.

–Nada de eso, hija mía, queda en paz –le contestó Pedro que había vuelto también en sí, cuando la enferma no necesitaba más de su esfuerzo mental para reanimarla.

Poco después la oración terminaba con el salmo de acción de gracias, recitado por el Diácono que estaba de turno, y la concurrencia se dispersaba silenciosamente dejando el recinto casi vacío.

Cuando las doncellas del Coro y muchos de los moradores de la casa se retiraron también, algunas personas se vieron como indecisas sombras en distintos puntos del estrado.

Eran la Madre del Señor, como llamaban todos a Myriam, y tres o cuatro más que nosotros podemos individualizar en los Apóstoles, Stéfanos y Rhode.

Samuel se acercó a Livia y levantándole el velo que le cubría el rostro, dijo a Pedro:

—Es mi prima que se empeñó en venir y estas son sus esclavas. Puedo asegurar que no la guían intenciones torcidas.

—Ya lo sé, hijo mío. No te preocupes. Si me lo permites, la llevaremos adentro porque necesita un descanso mayor.

—¿Lo oyes Livia?... ¿Aceptas?

—Lo agradezco mucho —dijo ella—, pero creo que ya he molestado bastante.

Adivinando Pedro lo que pasaba en el interior de aquella alma atormentada, la tomó de la mano mientras le decía:

—Vamos, hija mía, piensa que soy tu abuelito y no temas nada.

Ella se dejó conducir dócilmente y Pedro la llevó al otro ángulo del Oratorio, donde estaban Myriam y Rhode.

—Madre nuestra —le dijo el Apóstol—. Sólo tú puedes curar esta ave-cilla herida.

La santa mujer extendió sus manos y tomó las de Livia, que aún estaban heladas.

¿Qué vería la joven en aquellos ojos llenos aún de los ensueños divinos de la oración profunda, en que su alma había buscado el amor de su Hijo, sumergido en lo Infinito como una luz entre un incendio de luz inextinguible?

Livia se arrodilló a los pies de aquella mujer que en el contacto de sus manos le transmitió amor, piedad, ternura infinita.

¡Sintió que ya no podía llorar, que no quería llorar!... Era otro sentimiento distinto del que hace derramar lágrimas, el que invadió todas las fibras de su ser.

Era un deseo intenso de renuncia a todo lo que no fuera aquel momento que estaba viviendo. Y era también un deseo vehemente de entrega absoluta y confiada a la vida de amor, de paz, de tranquilo descanso que vivía en ese instante.

No encontró otra palabra que significara todo eso en conjunto y dijo solamente:

—¡Señora!... ¡Yo no tengo madre!

Era lo bastante. No necesitaba decir nada más. La piadosa Madre de todos la estrechó dulcemente a su corazón, y fue ella la que lloró sobre aquella cabeza de huérfana que carecía desde mucho tiempo del beso santo de la madre.

Pedro, Samuel, las dos esclavas que presenciaban y comprendían esta escena, se esforzaban por mantenerse serenos.

Rhode, que después de la oración permanecía siempre unos momentos más para desahogar sus hondos pesares, se acercó al tierno grupo.

—¿La llevamos adentro, Madre?...

—Sí, vamos —contestó Ella.

Y las tres salieron seguidas de las dos esclavas.

Pedro quedó con Samuel, dando lugar a éste para una explicación de los acontecimientos previos a lo que acababa de suceder, y de todos los cuales ya tiene el lector detalladas noticias.

59

EL DESPERTAR

La Eterna Ley tiene millares y millares de caminos para conducir a las almas hacia el fin Supremo.

Y el hombre inconsciente cree de ordinario que puede conducir muchedumbres a su antojo y capricho.

Los padres, los tutores y directores de almas se creen casi siempre, autorizados para demarcar los caminos que han de seguir aquellos cuyas vidas les están confiadas.

Puede suceder a veces que sea así en efecto, cuando se trata de seres muy evolucionados que vinieron a la vida precisamente para conducir porciones más o menos grandes de humanidades. Pero esto no es lo más común y lo que ocurre continuamente en la mayoría de las familias y en las agrupaciones idealistas.

Esto era lo que le ocurría al anciano Hanán, jefe obligado del Sanhedrín judío, en medio del cual y fuera quien fuera el jefe supremo el que mandaba era siempre él.

En su soberbia inaudita creía ser un Moisés, destinado a conducir al numeroso pueblo de Israel por el camino que era de su satisfacción. El tiempo ese eterno descubridor de los errores y de las virtudes de los hombres, dejó también en descubierto el inaudito error de Hanán en este sentido. El pueblo de Israel se hundió por veinte siglos consecutivos.

La Divina Sabiduría suscita también, a veces, almas de avanzada evolución para poner un dique al desbordamiento de prepotencia y

usurpación de derechos, de aquellos que se creen designados para mandar en la conciencia y en el destino de los seres, para imponer sus corrupciones y vicios como leyes que todos deben acatar.

Pero esas almas elegidas para dar la voz de alerta a las muchedumbres tan fáciles de ser engañadas, arriesgan la vida en la tremenda jornada. Y en tales casos, la muerte del héroe que bajó intrépido a la arena, no es el fracaso para él mismo ni tampoco para la idea en defensa de la cual se entrega a la muerte.

Esas inmolaciones heroicas significan la culminación gloriosa de una vida, y la afirmación cada vez más sólida y fuerte de la idea que les llevó a la inmolación.

Yohanán el Bautista precedió al Cristo en el sacrificio heroico.

Stéfanos sería el primero en seguirle porque antes de venir a esa vida, se había comprometido en esos pactos solemnes que se realizan en los planos elevados del mundo espiritual, a defender la Idea Divina sembrada por el Cristo, aun a costa de la vida misma.

Hecho este prelude de explicación, veamos quienes eran los que despertaban a la voz del Ungido de Dios que llamaba a la fraternidad y al amor.

Escuchemos pues, las conversaciones en dos sitios diferentes, en el Oratorio: Pedro con Stéfanos, Santiago, Andrés y Matías.

En el pabellón de las doncellas y las viudas, a Myriam con Livia Augusta, Rhode, Rebeca, Susana y las dos esclavas extranjeras, Celia y Tula.

Samuel refería con detalles todo cuanto había ocurrido a su prima en su propia casa, según fue dicho en el capítulo anterior.

De la deliberación que allí tuvo lugar quedó resuelto que todo seguiría como antes, con la sola diferencia que ambos primos continuarían unidos secretamente a la Congregación Cristiana, asistiendo a las instrucciones y oración en conjunto cuando les fuera posible.

Myriam por su parte daba iguales consejos a la joven Livia, animándola a continuar sin desmayo en la doble tarea que en esa hora debía desempeñar; la de mantener la paz y la armonía con sus familiares, mientras ellos no atentaran contra las nuevas convicciones que ella había adquirido. Y le decía:

—Cuando el alma está unida a la Divinidad por el Conocimiento y por el Amor, encuentra el modo de ser sufrido, paciente y tolerante, con los que aún no han adquirido ese Conocimiento, ni han sentido ese Amor. Y así, tú, hija mía, que has encontrado a Dios, Verdad Suprema en ti misma, haz con tus familiares como harías con pobres ciegos que al no ver no comprenden; y no comprendiendo no aman. Tenles compasión por su ceguera, hasta que tu oración constante les obtenga la iluminación del Señor.

Y respecto de las dos esclavas que habían sido traídas de sus países entre el botín de guerra, hacía ya varios años, la aconsejó tratarlas como a compañeras suyas, si no estaba en situación de extenderles carta de manumisión, restituyéndoles la libertad.

—Nuestra Ley, hija mía, es muy simple —le decía—. Se reduce a amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos. De modo que con estas doncellas, debes obrar como tú querrías que obrasen contigo en igualdad de condiciones. Y vosotras debéis hacer lo mismo para con ella.

—Yo no quiero separarme de su lado —dijo Celia—, pero he dejado allá lejos a mi madre que debe llorar por mí. Sólo pido poder mandarle noticias y recibir las suyas.

Tula expresó sus deseos casi en igual forma.

Y la dulce madre de todos, hizo de juez. Su fallo fue el que ya supondrá el lector. Debía iniciarse la correspondencia epistolar por medio de la Agencia que Simónides había establecido en la Santa Alianza, la cual se encargaba de hacerla llegar por medio de sus barcos que hacían viajes a ultramar.

Livia estaba como encantada.

—¡Vosotros pensáis en todo! —exclamaba llena de admiración.

—Sí, hija mía, nuestra Ley nos obliga a pensar en el dolor de nuestros hermanos y en tratar de aliviarlo por todos los medios a nuestro alcance.

Las dos esclavas lloraban silenciosamente, y Myriam pensaba sin hablar. Pensaba en que Livia Augusta tuviera piedad de ellas y las amase.

A los pocos momentos, la joven dijo:

—No lloréis así que me hace padecer. Recién ahora comprendo que tenéis sentimientos iguales a los míos.

“Yo haré por vosotras cuanto pueda por vuestra felicidad. —Y les tendió la mano.

Celia y Tula se abrazaron por primera vez a su ama, a quien el amor de Myriam acababa de transformar en comprensiva amiga y compañera.

La piadosa madre de todos, miraba aquella escena con infinita ternura y las doncellas del Coro que estaban presentes, creían escuchar de nuevo la voz del Divino Maestro que repetía aquella frase tantas veces oída de sus labios: “*El amor salva todos los abismos*”.

Livia Augusta no era un espíritu inactivo, sino muy al contrario. Su despertar debía traer necesariamente grandes consecuencias. Y así fue que ante el cambio que se vio en ella, la mayoría de los que la rodeaban fueron contagiándose lentamente de su nueva forma de ver todas las cosas.

La numerosa servidumbre de la casa del Doctor Teófilo, hijo de Hanán, obtuvo notable mejoramiento en su forma de vida.

El calabozo y los azotes para los esclavos fueron suprimidos, con gran asombro del mayordomo de la casa, que cuando Livia le dio esa orden, le preguntó ingenuamente:

—¿Cómo me haré obedecer de ellos si ya no tendrán el temor de los castigos?

—Me avisas al instante cuando alguno te desobedezca —le contestó ella.

—Bien, señora. Se hará como lo ordenáis. Basta que cuando el amo no esté conforme, toméis vos mi defensa.

—Descuida en cuanto a eso. Yo me hago responsable de todo.

Pero volvamos atrás, Livia y sus esclavas volvieron al Oratorio para reunirse a Samuel y despedirse de Pedro.

Se encontró frente a Stéfanos y se quedó mirándole sin decir palabra. Revelaba sobresalto, inquietud.

—No me sorprende que hayáis venido —le dijo el joven Diácono—. Encontré en vos un alma preparada para seguir nuestro camino.

—Comencé por ser tu discípula y ahora paso a ser tu hermana como vosotros decís —contestó ella.

—Es un rápido progreso de lo que estoy contento; pero acaso tengáis algunas dificultades con los vuestros —respondió Stéfanos, que notando timidez y retraimiento en la joven, lo atribuía al temor por el paso que había dado.

—Lo que mucho vale, mucho cuesta —le contestó ella—, y ya que eres mi maestro de música, espero que me ayudarás a ser firme en lo que he comenzado.

—En todo cuanto me sea posible —le contestó Stéfanos, haciendo una reverencia como despedida. Livia se cubrió el rostro y se dirigió a la puerta. Allí la esperaba Samuel.

—Quería despedirme del Anciano —dijo ella—, pero no lo veo aquí.

—Fue llamado para un enfermo —contestóle Samuel—. Así que termina la oración vespertina, todos ellos se dispersan a visitar enfermos.

—Pero, ¿es que son médicos? —preguntó Livia caminando ya en dirección a su casa.

—Ellos estudian las enfermedades del alma que según ellos son causa de las del cuerpo. Son terapeutas espirituales y físicos —decía Samuel.

—¿Y consiguen curar a los enfermos? —volvió a preguntar ella.

—Algunos son curados instantáneamente; otros de un modo más lento y aun hay también enfermos que no se curan hasta tanto que hayan cambiado su forma de vida, que por estar en contra de la Ley Divina y contra la Naturaleza no pueden curarse hasta haber quitado las causas que la producen.

—¡Ah!... Ahora comprendo muchas cosas que hasta ayer no comprendía

—observó Livia Augusta muy pensativa—. Creo que sabrás —añadió—, que al abuelo Hanán le ha vuelto a revivir la úlcera del vientre que le fue curada por el Profeta Nazareno, que ellos hicieron crucificar.

—No sabía nada —contestó Samuel.

—Él lo oculta mucho, pero le oí una conversación con mi padre y un anciano médico de no sé de donde, y que fue traído aquí para curar al abuelo.

—¿Y le ha curado?

—Eso no podría decirte porque no lo sé. Pero según la teoría de nuestros amigos galileos, el abuelo no se curará jamás. Sigue siendo tan egoísta y soberbio como lo fue siempre y como será toda su vida.

—¡Cuán doloroso es para nosotros, Livia, tener una familia tan contraria a lo que hoy pensamos y creemos!

—¿Has pensado tú adonde nos llevará esta contradicción? ¿Qué harán ellos si llegan a saber que tú y yo estamos con los galileos?

—Pues, hijito, ellos mismos lo han buscado. ¿No te hicieron llamar al joven griego para profesor mío?

—Sí, en verdad. Y al vicerrector del Gran Colegio lo obligaron a invitarle para hablar allí el día de la Asamblea. Pero ellos lo han hecho con intención de conquistarlo para sus fines, y no para que él nos conquiste a nosotros.

—¡Oh!... El juego es el juego y esta vez les toca perder. Que se aguanten.

—Mucho temo, querida prima, que cuando descubran que han perdido la partida tomarán una venganza terrible.

—El abuelo Hanán y la tía Michal, son tigre y pantera disfrazados de hombre y de mujer.

—¡Vaya!..., me va pareciendo que tienes miedo Samuel y eso no está bien en el hombre que se ha ofrecido a ayudarme —expresó Livia en tono de broma.

—No temo por mí ni por ti, Livia, sino por tu profesor de música y por todos esos buenos galileos que llevan la luz de Dios adonde quiera que van.

—Nuestro deber es defenderles de todo mal que quieran hacerles —contestó la joven con gran firmeza—. ¿Qué clase de amistad te une con el vicerrector del Gran Colegio? —preguntó.

—Muy buena como debes suponer, ya que soy el hijo del Pontífice; y con él tengo hablado bastante respecto de los galileos, a quienes él estima porque encuentra como nosotros, la verdad y el bien en sus enseñanzas y en su vida.

—Debemos formar una alianza con él y con esos alumnos del Gran Colegio que tú dices que frecuentan los Oratorios galileos, ¿sabes quienes son?

—Puedo saberlo por mis dos esclavos galos que me dieron la noticia.

—Bueno, ya llegamos —dijo Livia—, y quizá sea mejor que no entres conmigo a casa. Infórmate de todo esto que acabo de decirte y mañana por la noche me traes la noticia.

“Organizaremos una reunión para conocernos y formar nuestro plan de defensa, por si llega el momento que temes. Si me han tomado de instrumento para que sea como Judith y Esther, pues lo seré. Ellos lo han querido.

—Primita..., nunca creí que eras tan valiente y créeme que te admiro de veras. Hasta mañana...

—En el pabellón de la terraza —le contestó ella, mientras Celia abría la puertecita de la servidumbre y penetraban cautelosamente al pequeño patio, donde tenían sus habitaciones las esclavas mujeres.

Reinaba allí un profundo silencio porque la servidumbre estaba en el piso alto, en los afanes que trae en las grandes casas la hora próxima a la cena. Por esa vez la incursión de Livia con Celia y Tula, pudo pasar desapercibida para el amo de aquella casa.

Stéfanos continuó concurriendo dos veces a la semana a dar lecciones de música a Livia, a las cuales asistía también Samuel. Una dulce amistad se estableció entre ellos, que juntamente con el clavicordio y el arpa, la amplia filosofía cristiana ponía su nota de armonía divina en aquellos coloquios de tres almas que llegaron a comprenderse plenamente.

Livia Augusta llegó a sentir un inmenso amor a Stéfanos, que a ella misma le causaba profunda admiración.

Lo veía tan noble, tan desinteresado, tan diferente de todos los hombres que había conocido en sus giras por las más grandes ciudades de Siria, que no acertaba a definirlo tal como lo sentía en su mundo interior.

Su amor que pudo ser pasional y avasallador, era suave y casi místico, de una dulce ternura que a veces se confundía con la más amorosa piedad.

A momentos imaginaba que Stéfanos era un niño grande, que un poder superior le había confiado para protegerlo con todo cuanto estuviera a su alcance. Y entonces, sentíase poderosa y fuerte como una heroína y sus pensamientos tomaban forma, y exclamaba de pronto:

—¡Nadie le hará daño porque yo estoy a su lado!

Al oírse ella misma parecía despertar a la realidad. Y a veces dudaba y temía. ¡Eran tan fuertes y crueles los suyos y eran los amos de Israel!

Volvió la reacción. Tornaba el decaimiento. Era un oleaje mudable y constante que la hacía padecer intensamente. Y no se atrevía a confiarlo a nadie, ni aún a Samuel.

De quien más quería ocultar sus sentimientos era de la tía Michal, que de vez en cuando asistía a las lecciones; pero no tardó mucho ésta en aperebirse de que su sobrina amaba a su profesor. Y esperaban que

no pasaría mucho tiempo, y que también él se rendiría a los encantos de Livia Augusta.

Pero en esto se equivocaba la tía Michal. Desde el gran renunciamiento que hiciera el Diácono al amor de Rhode, en un amanecer, allá en el sagrado monte donde el Señor se entregó a la muerte, su corazón parecía estar blindado de acero y solo era capaz de sentir una dulce amistad, hermandad mejor dicho, para la joven y bella Livia, que era su discípula en un doble aspecto; le enseñaba música y la doctrina de solidaridad, de fraternal amor que el Ungido de Dios había sembrado en la tierra. Se sabía amado por ella y gozaba internamente al comprobar que ese amor la conducía sin violencia hacia la Verdad y la Luz.

Mientras sucedía esto, Pedro, Andrés, Santiago y Matías, secundados por los Diáconos, Parmenas, Felipe y Nicanor, se multiplicaban en atender a las Sinagogas que los reclamaban como oradores sagrados para los sábados.

Siguiendo las instrucciones adoptadas como necesarias en esos momentos, procuraban no apartarse de los grandes Profetas de Israel, tomando con preferencia los pasajes en que ellos anunciaban la llegada del Mesías, y las condiciones y cualidades de que se rodearía su vida.

Aquellas palabras de Isaías: “*Varón de dolores será llamado...*” “*Como un cordero que se lleva al matadero, él no abrirá su boca para defenderse*”, y otras muchas que aparecen como flores de luz en los libros de los Profetas, eran hábilmente intercaladas en los discursos de los oradores cristianos de aquella primera hora del Cristianismo.

Unido todo esto a la piedad con que los amigos del Rabí Galileo acudían al socorro y alivio de todas las angustias humanas, tal como Él lo había hecho, formó un conjunto de fuerzas tan convincentes que más de la mitad de las Sinagogas de Jerusalén ofrecieron sus cátedras a los discípulos del Cristo.

Debemos tener en cuenta que muchas de las casas de mediana posición tenían su sinagoga particular, debido a que en esa época de humillación y dolor que el pueblo de Israel sufría por la invasión extranjera, se había despertado muy viva la necesidad de buscar en Dios, la fuerza, el consuelo y la esperanza en un resurgimiento a la libertad y a la grandeza de los tiempos idos.

Israel se volvía a Jehová en un grito supremo, en angustiosa súplica, tal como ocurre al hombre en general cuando le atormenta un dolor irremediable.

Y pensaban que una Sinagoga en el hogar, bajo su mismo techo, era como tener más inmediata la protección divina que esperaban. Era un recinto de oración al que podían concurrir todos los que compartieran esos mismos sentimientos.

Esta circunstancia ayudó grandemente a la difusión de la enseñanza del Cristo en aquella primera hora. Y los Doce secundados por los Diáconos, se repartieron entre sí las sinagogas de Jerusalén para llevar a ellas la personalidad augusta del Ungido Divino, del Mesías anunciado por los Profetas y que había sido desconocido por los dirigentes del pueblo de Israel.

Estas prédicas, acompañadas de las curaciones que se realizaban y de todos los beneficios que derramaba la “Santa Alianza”, con toda generosidad, debía necesariamente influir en aquel pueblo tan sufrido y humillado, no sólo por la invasión extranjera sino por las duras exigencias de los poderes públicos. El César cobraba tributos. El Rey los cobraba también; y el Sanhedrín que no exigía oro ni plata ordenaba sacrificio de animales, de frutos de los campos, de aceite, vino y hortalizas de los huertos. Todas las primicias debían ser llevadas al Templo. La décima parte de todo ese producto del país debía ser llevado al Templo.

Aquel pueblo estaba exhausto y hambriento. Y la “Santa Alianza”, secretamente y sin ruido, era el manantial que llenaba todos los vacíos y cubría piadosamente todo cuanto quedaba en descubierto, por la insaciable avaricia de los gobernantes.

El pueblo llegó a la seguridad de que allí donde entraba alguno de aquellos hombres llamados Galileos o Nazarenos, no había hambre, ni desnudez, ni miseria, porque aquel divino: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”, era el lema de aquellos hombres que pasaban derramando el bien, el consuelo, la paz, la armonía y hasta la salud y la vida.

Y eran los discípulos y seguidores del Rabí Galileo, del Profeta Nazareno que había sido crucificado como los esclavos rebeldes, como los piratas del mar, como los bandoleros asaltantes de las caravanas.

Sólo habían transcurrido tres años y muchos lo recordaban. El día triunfal de las palmas y de los hosannas al Hijo de David que debía reinar sobre el país de Abraham, resonaba aún en muchos oídos, y el recuerdo despertaba vivo, como grabado a fuego en todas las mentes.

La lógica y la razón recuperaban sus dominios, y todos meditaban, reflexionaban:

“Si aquel hombre pasó su vida haciendo el bien, y sus amigos y sus discípulos continúan la obra de amor comenzada por Él, ¿qué mal encuentra en ellos el Sanhedrín, para castigar con el patíbulo infame a quienes obran el bien?”

“El Sanhedrín fue injusto, fue criminal, fue asesino matando a un justo, a un Profeta que era un vaso de amor y de piedad para sus semejantes”.

Y estos pensamientos corrieron como un reguero de fuego, como una estela de luz, como un arroyito suave primeramente y luego como un río caudaloso por toda Jerusalén.

El bien y la verdad predicados por los hechos, con las obras al unísono de las palabras, es una fuerza poderosa y avasalladora entre todos los pueblos de la tierra, porque todos se asemejan en el deseo vehemente del bien, de la paz y la dicha, aún cuando no acierten a poner los medios necesarios para conseguirlo.

El recuerdo vivo del Gran Mártir se levantaba de nuevo en el horizonte como una luz imposible de apagar.

Cada alma que le recordaba con admiración y con amor, era un cirio encendido en su altar y estos cirios llegaron a ser tantos y tantos, que toda Jerusalén era como una llamarada viva alumbrando todos los rincones de la ciudad milenaria.

Los esclavos de todas las grandes casas se habían unido a “los Nazarenos”, que les consideraban iguales a ellos mismos y les llamaban hermanos y les sentaban a su mesa en los días de solemnidad, que desde aquellos comienzos fueron el aniversario del Nacimiento del Señor y el de su sacrificio en la montaña del Gólgota.

Entre los alumnos mayores del Gran Colegio, la lucecita misteriosa encendida en secreto se esparcía día por día, y de los alumnos llegaba a sus familiares y amigos en tal forma, que al llegar el año treinta y siete del nacimiento del Cristo y cuarto de su muerte, la mitad por lo menos de la ciudad de los Profetas se había unido a la fe de los Galileos, sin que el Sanhedrín se apercibiera de ello.

Y esto se debió en gran parte a la bondad de Pedro y sus compañeros de apostolado, que consiguieron calmar la exaltación de la juventud, manifestada en las cruces de brea que pintaban en muros, calles y plazas, como protesta muda por la muerte del Profeta Nazareno.

Las Sinagogas de Jerusalén aparecían llenas de fieles y el Templo iba quedando vacío.

La voz de alarma la dio un joven originario de Tarso, llamado Saulo, de la secta de los Fariseos, que estudiaba Filosofía y Ciencias en el Gran Colegio donde era alumno adelantado.

Escuchó una conversación entre el vicerrector y sus compañeros de aulas y el velo fue descorrido repentinamente. Se presentó a la casa del Rector, relegado a su sillón de enfermo y le dio la alarmante noticia: “El vicerrector con los alumnos mayores del Gran Colegio eran Nazarenos y cada Sinagoga era una cátedra de aquella doctrina del hombre crucificado y toda Jerusalén se volvía hacia Él como enloquecida”.

El anciano rector que era un fanático Fariseo, Doctor de la Ley, casado con aquella hermana de Hanán que quiso comprar la voluntad de los Doce y que visitó a María de Mágdalo para apartarles a todos del Profeta, según lo hemos referido, llamó apresuradamente a su cuñado y le dio con detalles la alarmante noticia.

El vicerrector se vio obligado a renunciar a su puesto después de escuchar en silencio, una tremenda reprensión de su superior jerárquico, que le dijo:

—No quiero tu renuncia, sino que renuncies a esa perniciosa secta galilea que llevará a la Nación a la ruina.

—Mi renuncia es indeclinable —contestó el vicerrector— porque quiero mi libertad de pensar y de obrar.

Y sin darle tiempo a mayores aclaraciones, salió de Jerusalén con cuatro alumnos del Gran Colegio y se dirigió a Joppe a entrevistarse con Marcos, del cual era antiguo amigo.

En unión con José de Arimathea y Nicodemus, se fundó allí la primera Congregación Cristiana, que tomó años después grandes proporciones y fue uno de los más importantes centros del Cristianismo naciente.

Mientras tanto, en Jerusalén comenzó a arder el fuego del odio del alto clero judío contra los continuadores del “Hombre Crucificado”, aquel Rabí Galileo, cuyo nombre quisieron borrar de la faz de la tierra, y que se había multiplicado al cien por cien, hasta el punto de que en todas partes se les encontraba.

Y los Apóstoles fueron llamados a la Sala del Consejo del Sanhedrín, para tratar amistosamente de averiguar a fondo los fines que perseguían.

Pedro se expresó en términos muy discretos pero llenos del santo fervor que le animaba respecto del Profeta Nazareno.

Llevaba catalogados en un cartapacio de pergaminos los hechos más prodigiosos de su vida, que lo colocaban a la altura de Moisés, venerado y glorificado durante quince siglos. Recordó que en sus discursos y enseñanzas jamás se apartó de la Ley y de los Profetas, en los cuales se afirmaba para todas las enseñanzas que dio a los pueblos.

Eran ocho Concejales, entre los que estaba el Juez del Sanhedrín y el Comisario del Templo los que escuchaban a los Apóstoles del Cristo-Mártir.

Y uno de ellos habló el primero.

—La prédica de ese hombre ha concluido casi por completo con los sacrificios del pueblo a Jehová, lo cual es una prueba irrecusable que ha destruido la fe de nuestro pueblo, el cual ya no teme la ira de Dios y desconoce su autoridad suprema.

—Si vosotros, jefes de Israel, así lo pensáis —contestó Pedro—, habría que condenar también al gran Profeta Isaías, que dice y repite muchas veces, que Jehová está harto de sacrificios de bestias y que sólo quiere la pureza del corazón y la santidad de las obras, que los huérfanos, las viudas, los mendigos, los enfermos, sean amparados y protegidos; que ninguno se ensañe contra su hermano y que se haga piadosa acogida a

los extranjeros. Y mi Maestro, el Profeta de Nazareth, no se ha expresado jamás en forma diferente como podéis atestiguarlo vosotros mismos cuando Él ha hablado en el Templo, en las Sinagogas, en todas partes.

“Todos los leprosos del Cerro del Mal Consejo fueron curados por Él. Los ciegos, los paralíticos, los cancerosos y los tísicos fueron curados por Él, y aún hizo darles las ropas necesarias para presentarse al Templo y ser reconocidos como sanos por los sacerdotes encargados de ese ministerio.

“No acierto, señores Concejales, a comprender cómo un hombre semejante pudo ser condenado a muerte como un malhechor”.

Aquí cabe un paréntesis para poner en conocimiento del lector, que cuando Samuel, el joven hijo del Pontífice, llevó la noticia a Livia Augusta de que los Apóstoles del Cristo habían sido llamados a la Sala del Consejo, ella se presentó a la casa de su abuelo Hanán donde vivía la tía Michal, y les dijo terminantemente:

—Haciendo tales atropellos, ¿pretendéis que yo conquiste esos hombres para vosotros, señores sabios y doctores de Israel? Si obráis así, como chiquillos inconscientes pretendiendo que todo el mundo se someta a caprichos injustificados, hasta yo me pongo contra vosotros.

“Y si me he prestado a ser instrumento de vuestros designios ha sido suponiendo que había justicia y rectitud en ellos.

—Ven aquí pequeña Judith —le dijo Hanán mimosamente—. Tú no debes pensar más que en ser cada día más hermosa y en engalanarte como corresponde a tu clase, que otros son los que deben ocuparse de los asuntos del pueblo.

—Entonces, ¿por qué la tía Michal ha querido mezclarme en ellos exigiéndome que conquiste al profesor griego para vosotros? Si les ultrajáis de esta manera es imposible hacer lo que queréis...

La tía Michal apareció como brotada de la muralla.

—La niña tiene razón, padre —dijo—, y tú harás muy bien en intervenir para que esos hombres sean tratados como corresponde. Creo que aún estamos a tiempo.

—Así, así... Parece que desde aquel día fatal, el círculo se nos va estrechando.

—Y se estrechará más cada día, si continuáis maltratando a esas gentes que se han conquistado al pueblo colmándole de bien —añadió Livia.

—¿Pero qué sabes tú de lo que hacen los Galileos con el pueblo? —preguntó Hanán con cierta alarma.

—Si me habéis buscado para conquistar a un hombre como el profesor griego, es porque pensáis que no soy una tonta. Y por tanto debéis suponer que he tratado de conocer a fondo los ideales que él sustenta y los fines que persiguen las gentes que están con él. Vosotros

lo habéis acercado a mí. No fui yo a buscarle. Y hoy puedo decir que entre el César romano como invasor, el Rey como vampiro enjaulado y vosotros, habéis llevado al pueblo a la miseria y al hambre; y los galileos se encargan de darles de comer y cubrir su desnudez. ¡Y todavía los ultrajáis y los perseguís!

“¿Es esto digno de los príncipes sacerdotales que gobiernan Israel?

Las miradas que se cruzaron Hanán y su tía Michal no pasaron desapercibidas para la indignada joven, que esperó una respuesta.

—Está bien, hija mía y tienes mucha razón, pero todo puede remediarse. Sabes que el gobierno está en nuestra familia y que tu abuelito aquí presente es el árbitro en Israel.

—Era el árbitro —corrigió Hanán—, pero los años y los desengaños han debilitado enormemente mi poder y mi fuerza. ¡Hay un no sé qué en mí mismo, que me cohibe en estos asuntos!... Aquel Rabí Galileo me envenenó la vida...

“Pero haré algo, hijita, para remediar lo que tan mal encuentras en los gobernantes de Israel”.

Y tiró del cordón de la campanilla, cuyo sonido no había terminado aún, cuando apareció el mayordomo con grandes reverencias, al cual Hanán pidió su litera. Pocos momentos después se dirigía al Templo, llevado en peso por cuatro esclavos negros gigantes y dos pajes que le escoltaban.

Llegó a la Sala del Consejo en el momento en que el Juez del Sanhedrín se disponía a dictar su sentencia.

—Me he retrasado un poco, pero creo que aún llego a tiempo.

A Pedro y sus compañeros se les evaporó como humo que lleva el viento la esperanza de benevolencia en sus jueces, al ver llegar al Tribunal a aquel hombre que fue el alma negra de la sentencia de su Maestro.

—Estos hombres —explicó el Juez—, acaban de demostrar su buena voluntad para suavizar la miseria de nuestro pueblo, pero no aceptan el desentenderse de su instrucción moral y religiosa, entre la cual incluyen en primer término su errónea creencia de que el Rabí Galileo que fue ajusticiado hace tres años, es el Mesías anunciado por los Profetas.

“Tú, Hanán, que siempre has puesto la sabia palabra final en estos debates, danos tu opinión para terminar, porque llevamos más de dos horas hablando.

—Si me permitís —interrumpió un anciano, que había escuchado con gran atención la defensa de Pedro y sus compañeros y que hasta entonces no había pronunciado palabra—. Yo, Ben-Abi-Gamaliel, digo, que si las obras que estos hombres defienden vienen de Dios, ni nosotros ni nadie podrá destruirla. Nuestro Tribunal pidió y obtuvo sentencia de muerte para aquel hombre que enseñaba y practicaba lo que estos hacen hoy.

Aquel era uno solo y hoy son muchos quienes hacen lo que él hizo. ¿Qué ha remediado aquella muerte, hecha para escarmiento de los que traen ideas de renovación en nuestras viejas costumbres?

—Con vuestro permiso —insistió Pedro—, hemos dicho que no hemos traído ideas nuevas, ni cambiamos la Divina Ley traída por Moisés y todos los Profetas; que el Señor quiere la pureza de las obras y la santidad de la vida antes que el sacrificio de bestias, de vino, de trigo y de frutos de los campos. Que el Señor quiere el amor de nuestros semejantes porque todos los seres humanos somos sus hijos, que no quiere las riquezas para unos y el hambre para otros.

“Nuestra Ley dice: No matarás, y este artículo no se ha cumplido nunca desde Moisés hasta hoy. ¿No es ésta la verdad que todos conocemos?

—Moisés mandó levantar setenta horcas en el desierto para los que pecaron con las mujeres corrompidas de Moab... —arguyó el Juez del Sanhedrín.

“—Es verdad —dijo Pedro—, pero la crónica no añade, que las madres y los niños de estos hombres llorando ante el Profeta, hicieron caer las horcas a tierra y encendieron con ellas el fuego de las hogueras para cocer el pan.

“¡Moisés, Moisés!... A la sombra de tus grandezas, los hombres tejieron leyendas muchos años después de ti, pero muy pocos recuerdan tus palabras finales: “Otro Profeta igual que yo saldrá de entre vosotros y a Él debéis escuchar. Por la dureza de su corazón, Israel se verá dispersado a los cuatro vientos de la Tierra”.

—¡Basta, basta! —gritó Hanán—. Decís cosas demasiado graves que jamás se han escuchado en este lugar. El pueblo no está preparado para saber todo lo que sabemos nosotros. Y esa fue la imprudencia de vuestro Maestro, que le llevó a la muerte y será la de todos los que no quieren comprender que los pueblos son como los niños, de los cuales ocultamos muchas cosas que les perjudicaría conocer.

—¡Quince siglos pasaron desde Moisés y aún no llegó la mayoría de edad para Israel!... —exclamó Santiago lleno de indignación.

El Juez interrumpió con una brusca salida:

—Hemos terminado todo debate, digo por segunda vez: es hora de decidir la sentencia que se dará. En la forma usual decid si será de castigo o de libertad.

Hanán levantó su diestra y la mayoría le imitaron.

Esto significaba que no le condenaban.

El Juez habló de nuevo:

—El Tribunal os absuelve como habéis visto; pero os recomiendo tener cautela y prudencia en vuestro hablar, respecto del supuesto mesianismo del Rabí Galileo que murió ajusticiado, pues debéis respetar la honra

del Sanhedrín y la honra de nuestro pueblo, sobre quienes hacéis caer el odioso estigma de asesinos del Mesías, Hijo de Dios. Idos en paz.

Santiago iba a saltar como una chispa de fuego que sopla el viento, pero una mirada de Pedro le contuvo. Y salieron en silencio.

Apenas habían transpuesto la gran puerta de la Sala del Consejo y aún andando por el pórtico adyacente, Santiago saltó como una bomba.

—¡Que respetemos la honra del Sanhedrín y la honra del pueblo!... ¿Acaso ellos respetan la honra de nadie, ni siquiera la de Dios mismo?...

—Cálmate hermano —le dijo la voz bondadosa de Pedro—, que aún no ha llegado nuestra hora, te digo como decía nuestro amado Maestro. “No debemos morir en este momento en que comenzamos la siembra pedida por Él”.

Siguieron andando en silencio devorando lágrimas de indignación...

60

TODO REINO DIVIDIDO

Después de una tiernísima despedida, la Madre del Cristo-Mártir, tornó a su silenciosa y lejana Casa de Nazareth con los que le habían acompañado.

Stéfanos tuvo el valor de ver partir a Boanerges sin revelarles el secreto de su nacimiento. ¡Esperaba tan pronto a la muerte que no quiso envolver en tristeza e inquietud aquella hermosa alma que era un arpa viva de amor y de armonía divina!

Pero le hizo heredero de todas sus composiciones musicales, y le dejaría depositado en su amigo Parmenas, el título de propiedad de su Villa en la pradera de Abaná.

Mientras tanto, Livia Augusta había repetido innumerables veces sus visitas al Oratorio del Palacio Henadad, y estaba perfectamente enterada de todos los detalles de la vida de Cristo y de su obra entre los hombres.

Había estrechado amistad con las doncellas del Coro, entre las cuales formó fila, enseguida de haber aceptado plenamente la doctrina enseñada por Él, y que sus discípulos continuaban sembrando en todas las almas que se cruzaban en sus caminos.

Su fina intuición le hizo comprender casi desde su llegada entre los galileos, que Rhode ocultaba un grande amor hacia el joven profesor griego. Y juzgó que ésa era la causa de que él se mantuviese imperturbable ante todo otro sentimiento que vibrara en torno suyo.

Pero cuando al cabo de repetidas y largas confidencias íntimas, pudo llegar al fondo de aquel amante corazón herido, la personalidad de Stéfano se agrandó tanto para Livia que en su mundo interno se esbozó esta apreciación: “No creo que haya en la tierra otro hombre que pueda igualarse a él”.

Y Livia y Rhode se unieron en una estrecha amistad que era a la vez admiración, amor y defensa para el joven Diácono, cuya grandeza moral les atraía como un imán y cuya vida en peligro, las llevó a una alianza fuerte y sincera de protección hacia él.

A ellas dos se unió el joven Samuel, hijo del Pontífice, que era el trasmisor de todas las noticias, en forma que el círculo de los amantes del Cristo estuviese al tanto de las resoluciones del Sanhedrín con respecto a ellos.

Frente a esta trilogía de defensores de los galileos se colocó el joven Saulo de Tarso, que se constituyó en espía y delator de todas sus actividades apostólicas y las trasmitía a los Escribas del Sanhedrín, algunos de los cuales lo eran también del Gran Colegio.

Y Livia y Samuel fueron los primeros acusados por él de complicidad con los discípulos del Rabí Galileo, ajusticiado tres años antes como sublevador del pueblo en contra de Moisés.

Livia Augusta había sido vista entre las mujeres galileas por los suburbios extramuros de la ciudad, llevando socorros a los mendigos y enfermos, recogiendo chiquillos haraposos y hambrientos.

A Samuel, hijo del Pontífice, lo habían visto llevando del brazo a un mendigo cojo y a otro ciego, y los había introducido por una abertura de los barrancos del Valle del Hinom, y después habían desaparecido él, los mendigos y hasta la misteriosa entrada que no se encontraba por ninguna parte.

En todo eso debía existir seguramente alguna magia diabólica.

El lector recordará aquel inmenso subterráneo llamado “Fortaleza del Rey Jebuz”, utilizado y transformado por Simónides en magnífico local central de la Santa Alianza, tenía una salida secreta al Valle del Hinom, y allí era el refugio de todos los que carecían de hogar y de familia.

Pero cuando el alma humana está llena de maldad y de malicia, aun las acciones más puras y santas las interpreta y las ve como horrendos crímenes y tenebrosas maquinaciones.

Si así no fuera, no tendríamos un catálogo tan voluminoso de todos los mártires del Ideal divino del Cristo, desde la alborada del Cristianismo hasta hoy.

En los tres primeros siglos fue el paganismo en lucha con el cristianismo naciente. Más tarde vino la lucha de cristianos contra cristianos por interpretar de diferente manera las enseñanzas del augusto Fundador.

En la Edad Media, los soberanos de varios países europeos hicieron del Cristianismo, un medio de asegurar la política de mantener firmes en sus manos la rienda de sus poderes. Y así surgieron como fantasmas siniestros de luto y duelo para la humanidad, Catalina de Médicis en Francia, que se hizo tristemente célebre con la degollación en masa de los hugonotes, la noche de San Bartolomé.

Enrique VIII e Isabel de Inglaterra, que no respetó ni aún la vida de su prima, María Estuardo, reina de Escocia.

Los Borgias en Italia, Felipe II en España, creadores de los Tribunales de la Inquisición que con un Cristo en la mano ayudaban a bien morir a las víctimas que ardían en las hogueras.

Cristianos contra cristianos en la Edad Moderna, y la guillotina en Francia surgió del hambre y la miseria de un pueblo cristiano en contra de la nobleza y el clero cristiano y cayeron cabezas como fruta madura cuando avanza el huracán... Y las guerras en nuestra Edad Contemporánea también se desataron entre cristianos olvidados por completo del Divino Ideal por el cual entregó su vida el Cristo, pendiente de una cruz: *“Ama a tu prójimo como te amas a ti mismo” “Amaos los unos a los otros, que en el amor que os tengáis se conocerá que sois mis amigos”*.

La verdad es la verdad y hay que reconocer en todo momento que los cristianos no podemos tener el orgullo de afirmar que hemos obrado mejor que los paganos.

* * *

Cuando se da un gran paso hacia el abismo, es difícil volver atrás, y el Sanhedrín judío no pudo borrar la espantosa mancha de sangre con que se había manchado tres años antes, condenando a muerte al Mesías, Hijo de Dios.

Los tres años transcurridos le había servido para convencerse de que el Rabí Galileo era el Mesías anunciado por los Profetas. Las pruebas las había dado Él mismo en su vida y en su muerte.

El cataclismo de los elementos en tremenda protesta por el bárbaro crimen, les causaba pavor después de tres años, y estaban seguros de no olvidarlo jamás.

Los amigos del Profeta continuaban haciendo iguales obras que Él, obras de piedad, de misericordia y de justicia, amparando a los despojados por los poderes legales o ilegales del país, remediando los males causados por ellos, elevando el nivel moral de los pueblos embrutecidos por el terror; renovando, reconstruyendo lo que había deshecho la explotación del hombre por el hombre.

Y en las deliberaciones semanales del alto Tribunal se llegaba siempre a la misma conclusión:

—Si dejamos imponerse este orden de ideas estamos perdidos. Es igual que firmar nuestra sentencia de muerte.

“El pueblo nos pisoteará, nos arrastrará el día que los galileos le convezan de que aquel hombre que ajusticiamos era el Mesías anunciado por los Profetas. ¿Cómo pues podemos dejarles hablar?”

—¿Y cómo podremos hacerles callar? —interrogaba otro—. ¿Acaso decretando nuevas crucifixiones que vendrían a confirmar nuestro error de hace tres años?

—Paréceme que hemos dado un paso hacia el abismo y el abismo nos tragará —añadió un tercero.

—Aún podemos mantener el equilibrio entre ellos y nosotros —decía Hanán, siempre hábil en siniestras combinaciones.

—Es humillante por demás para la suprema autoridad del Pontificado tener que someternos a argumentaciones equívocas con ese rebaño de infelices, ignorantes y desposeídos de todo —argüía el juez del Sanhedrín, hombre terco y de mentalidad muy pobre e incapaz de comprender razonamiento ninguno que estuviera en contra de sus intereses.

—Podemos intimarles salir del país —propuso uno de los Concejales.

—Pensad que hoy no somos dueños de nuestro país. La autoridad romana, ¿aceptará que por nuestras cuestiones religiosas despoblemos el país que tan buenos tributos le rinde?

—Si os parece —observó Hanán—, dejad esto a mi cargo y para nuestra reunión próxima creo que os traeré la solución.

“A veces hay que hacer algunas concesiones para obtener un mayor beneficio.

—Hacedlo y que tengáis buena suerte —díjole el juez.

Visiblemente disgustados se dispersaron los catorce Concejales que habían celebrado reunión.

Hanán se dirigió de inmediato al palacio del Monte Sión, residencia del Sumo Sacerdote, su hijo Jonathan, donde esperaba encontrarse con su nieto Samuel.

El Pontífice era ni más ni menos, que el reflejo de las opiniones de su padre. Era de esos hombres que dejan hacer lo que otros quieren, basta que no le perjudiquen en sus intereses particulares. Se dejaba conducir por los acontecimientos provocados por el acierto o los errores de los que en unión con él gobernaban el país.

Era un Pontífice cómodo para los intrigantes, los ambiciosos y los malvados en general.

Después de oír los informes que le dio su padre, a los que no dio mayor importancia, preguntó displicente:

—¿No sería mejor ocuparnos de algo más importante que andar espionando la vida de esa pobre gente, que a decir verdad son unos

ilusos inofensivos que viven soñando con un Reino que no es de este mundo?

—Con ese afán de seguirles los pasos y controlar hasta el aire que respiran les estáis dando una importancia que no tienen. Matasteis al principal de entre ellos para terminar con la plaga, y después de tres años nos encontramos en la misma refriega. Y con el añadido de que mi antecesor Caifás que le condenó a muerte, murió quemado vivo y aplastado por los escombros de su propia casa reducida a un montón de ruinas, sin que se haya podido salvar ni el polvo de sus huesos para darle sepultura. Es éste un epílogo bastante triste a mi parecer, que ninguno de nosotros lo querrá para sí mismo.

—Pero es el caso que van conquistándose a todo el pueblo, y cuando menos lo pienses serás un Pontífice de nombre, al que nadie obedece y que no desempeña otro papel que el de figura decorativa en las solemnidades del Templo, que va quedando vacío. ¿Has pensado en esto? ¿Has pensado que desde tres años a esta parte han disminuido en un ochenta por ciento las entradas a las arcas del Templo?

—¿Has pensado que nuestros ganados se envejecen en los campos de pastoreo, y que nadie los compra porque solo unos pocos creyentes ofrecen de tanto en tanto algún sacrificio? ¿Quién dará de comer a la numerosa prole de Leví, la casta sacerdotal con sus familias si nadie ofrece sacrificios? El tesoro del Templo se está consumiendo y hay trescientos sesenta sacerdotes y quinientos veinte Levitas para alimentar. Los depósitos de granos de harina, aceite y vino están para terminarse. Nadie paga los diezmos y primicias ordenadas por la ley, y no habiendo sacrificios, tampoco hay carne para el consumo de toda nuestra numerosa familia sacerdotal.

—¿No te parece que todo esto tiene importancia y merece nuestra atención? ¿O es que debemos cerrar el Templo y decir a nuestros sacerdotes y Levitas que vayan a arar los campos y cuidar de nuestros ganados?

Hubo un largo silencio después del cual Jonathan, habló así:

—¡Qué cuadro más negro acabas de pintarme, padre! Estaba tan absorbido en traducir del arameo los escritos de nuestros más antiguos bardos, profetas y patriarcas, que no pensaba en el cataclismo económico que se avecina.

—Bien sabes que no fue por mi gusto que subí al Pontificado, sino porque tú lo quisiste. Si quieres te devuelvo el puesto. La tiara me queda grande. Yo no soy para esos negocios.

—Pero una renuncia a los dos años de ejercer la suprema autoridad, caería muy mal, hijo mío —observó Hanán.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? Estoy harto ya de esta guerra sorda de espionaje y de intriga. Me hace la impresión de estar persiguiendo

las hormigas que se infiltran en nuestros huertos y jardines. Mira padre... Yo no sirvo para matar hormigas. Tómate tú el encargo que yo quiero vivir mi vida lejos de esos laberintos.

—Bien —dijo secamente Hanán—. Sigue tú llevando la tiara y presidiendo las grandes ceremonias en los días de solemnidad, y las cosas menudas las haré yo. Pero exijo tu palabra de honor de no desautorizar después lo que yo ordene en tu nombre.

—Convenido —contestó Jonathan—. Te doy mi palabra formal por todos nuestros Patriarcas y Profetas, que no me mezclaré para nada en lo que tú resuelvas.

Hanán salió meditabundo y malhumorado, y el Pontífice de Israel quedó en igual estado de ánimo, pues comprendía bien la situación anormal y desairada en que se encontraba.

Al levantar la cortina de su litera encontró sentado en ella a Samuel su nieto.

—Ni mandado a buscar estarías tan a mi alcance —le dijo sonriente.

—Y yo te buscaba, abuelito —dijo el muchacho bajando para que el anciano subiera—. Vine aquí sólo para pedirte una audiencia en tu casa. ¿Me la concedes?

—Desde luego, hijo mío, cuando quieras.

—Iré enseguida. —El jovencuelo le besó la mano y la litera partió.

Una hora después se encontraban en el suntuoso despacho de Hanán: Samuel, Livia Augusta y la tía Michal.

La jovencita sentada en un taburete a los pies del anciano árbitro de Israel, y con las manos cruzadas sobre las rodillas le decía:

—Abuelo, quizás has cometido el primer error en tu vida acercándome al profesor griego porque estoy enamorada de él.

—¿De veras?... No esperaba de la nueva Judith una debilidad semejante —contestó el anciano fingiendo severidad.

—Es una debilidad en la que todos caemos abuelo..., hasta tú mismo cuando tenías mi edad.

La tía Michal sonreía con malicia, y Samuel hojeaba el voluminoso Pentateuco de Moisés, fingiendo no escuchar.

—Y ¿qué?... ¿Pretendes que consagre tus esponsales?

—Aún es demasiado pronto, abuelo. He venido sólo a parlamentar contigo y te advierto que pienso sacar regulares ventajas para mi causa.

—¡Ah!... ¿Defiendes una causa?, y... ¿Cuál es ella?

—La de los galileos entre los cuales está mi profesor de música.

—¿Qué les pasa a tus galileos?

—¿No lo sabes, abuelo? Pues que el Sanhedrín está aterrado porque el pueblo se va tras de ellos.

—¿Y a ti te parece que eso es justo?

—Todos vamos detrás del amor venga de donde venga, abuelo, y eso lo sabes tú desde antes de salir de los pañales. Los galileos tienen sangre en las venas y amor en el corazón y se conducen de la miseria del pueblo, y comparten con él todo cuanto tienen. Y el pueblo no es ingrato.

—Muy informada estás de lo que hacen tus galileos. ¿Andas acaso entre ellos?

—Debes suponer abuelo, que antes de venir a parlamentar contigo he tomado toda clase de informes que he comprobado con observaciones hechas por mí personalmente. ¿No te he dicho ya que estoy enamorada de mi profesor de música? Tu nieta preferida ha querido saber qué clase de hombre era él. ¿No es esto lo justo?

—Más correcto hubiera sido pedirme a mí esos informes, o pedirlos a tu padre...

—¡Ah, no, abuelo!... En cosas íntimas del corazón vosotros estáis impedidos en absoluto.

—¿Por qué?... Me parece que tu padre y yo nos interesamos más que nadie por ti...

—Vosotros estáis absorbidos por completo por vuestros intereses particulares y todo lo veis por ese lado del prisma.

“Que han mermado los sacrificios y nadie compra vuestros ganados; que el pueblo no paga diezmos y primicias, que el tesoro del Templo se agota en alimentar a las familias sacerdotales, que los toneles de vino se vaciaron y las tinajas de aceite están secas, y que no hay en vuestros graneros ni para engordar un pollo, etc...”

La tía Michal escondió su risa asomándose a un ventanal y Samuel hundió su rostro en los iluminados pergaminos del libro que hojeaba.

—Pero dime..., ¿cómo es que sabes todo eso?... ¡No me explico!...

—¡Todo el mundo lo sabe, abuelo! Si no se habla de otra cosa. Las esposas, las hijas, la servidumbre de los sacerdotes y levitas sienten grande alarma por la carestía que se les viene encima y se lamentan como plañideras a jornal.

“Nunca pensaron en el fantasma del hambre y la miseria que el pueblo sufría para traer al Templo el fruto de sus sudores y fatigas, y cuando el pueblo harto de sufrir hambre, desnudez y miseria se une a los galileos que les dan de comer y alivian sus males, el Sanhedrín medita la forma de exterminar a los galileos... ¿Es justo hacer esto, abuelo? Ellos no incitan al pueblo en contra de nadie y se limitan a repetirle las palabras de su Profeta crucificado hace tres años: *“Venid a mí los que estáis cargados de dolores que no podéis soportar, que Yo os aliviaré”*.

“¿Qué hay de extrañar que el pueblo hambriento y desnudo corra hacia ellos?”

“Nuestras grandes familias dirigentes de los destinos de Israel vivimos

en la abundancia y hasta en el lujo. Mira tu mansión, abuelo, la mía, las de todos tus hijos, parientes y amigos. Vivimos todos como príncipes... ¿No es ésta la pura verdad?

—Ven aquí, Samuel..., acércate. ¿Qué dices tú a ese razonamiento de tu prima? De seguro estás de acuerdo con ella...

—Tú lo dices, abuelo —contestó el joven—. Quien ve las cosas de cerca no puede pensar de otra manera, a menos que quiera cerrar los ojos para no verlo.

—A veces, hijos míos..., hay que cerrar los ojos para evitar males mayores de los que tenemos.

—Eso no está muy claro, abuelo —dijo Livia con toda serenidad—. ¿Qué males mayores son esos que queréis evitar?

—El derrumbe de la fe de nuestro pueblo en todo lo que hasta hoy ha creído y respetado. “El temor de Dios hace al hombre sabio”, dice la Escritura Sagrada. Y nuestro pueblo ya no teme a Dios y por eso no ofrece sacrificios ni paga los diezmos y primicias —contestó Hanán con gran petulancia, como aquel que cree haber dicho una verdad irrefutable.

—Y de ese derrumbe de la fe del pueblo, culpáis a los galileos, ¿no es así? —interrogó Livia.

—Es que es así, hija mía, y ahora te toca a ti reconocerlo. Aquel Rabí ajusticiado fue el iniciador de esas teorías de amores dulzones y de ternuras pegajosas que debilitan el carácter; y convierten a Dios en una nodriza siempre dispuesta a dar su leche inagotable para saciar la glotonería de un pueblo que quiere vivir en la opulencia y sin esfuerzo alguno.

“Moisés hizo grande y fuerte a Israel en cuarenta años de vivir entre los peñascos y las arenas del desierto sin más esperanza que las aves acuáticas y los peces del Mar Rojo, con los pies descalzos endurecidos en los guijarros de los caminos...

—¡Poco a poco, abuelito!... —interrumpió valientemente Livia Augusta— que no es mencionando a Moisés que vas a ganar la partida.

“Moisés escribió en Tablas de piedra: “Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo”... “No matarás”... “No levantarás falso testimonio”... “No hurtarás”.

“Si el pueblo anduvo descalzo o si comió peces o langostas es cosa dicha por los hombres; pero lo grabado por Moisés en tablas de piedra, no son palabras que se ha llevado el viento. ¿Qué han hecho los gobernantes de Israel que se asemeje a amar al prójimo como a sí mismos? ¿No viven y se enriquecen con los sacrificios ofrecidos por el pueblo, con los diezmos y primicias exigidos al pueblo? ¿No han matado a todo el que tuvo el valor de protestar en contra de este estado de cosas? ¿No han levantado falso testimonio para condenar a muerte a hombres inocentes? ¿No han hurtado los bienes ajenos reduciendo al pueblo a la miseria y al hambre?

—¡Basta ya de discursos insolentes! —gritó Hanán encolerizado, que es el supremo recurso del que no encuentra argumento que le defienda—. ¡En verdad, Michal, que tú y yo hemos cometido un grave error poniendo en contacto con los galileos a estos dos aprendices de sabios, que recién salen de los pañales y pretenden saber como los que peinan canas!... Quiero hablar a solas contigo...

Livia Augusta se levantó y sin perder su serena calma, dijo así:

—Por primera vez rompimos lanzas, abuelito..., pero nos haremos nuevamente amigos.

Y besó al anciano en la frente.

—Espero que serás más juiciosa —le contestó él, tratando de suavizar su voz. Samuel por su parte besó la mano de Hanán y salió en silencio detrás de su prima.

—Vamos a tu casa, que aquí no podemos hablar —dijo Samuel, y ambos recorrieron en silencio los doscientos pasos que separaban una casa de otra.

La salita de estudio estaba solitaria y allí, Livia Augusta, se dejó caer sobre un diván y rompió a llorar desconsoladamente. Su sistema nervioso, fuertemente excitado, necesitaba ese desahogo; Samuel, sentado en silencio a su lado, esperaba que se calmara la tempestad.

Cuando la vio más serena comenzó la confidencia íntima.

—Yo esperaba este desenlace —dijo—, y no me ha sorprendido nada.

—También yo lo esperaba desde que fui resuelta a decir toda la verdad —contestó la joven—. No hay nada que hacer con los nuestros. Y si continuamos con ellos, también a nosotros nos arrastrará la vorágine.

“¿Conoces los últimos anuncios del Espíritu que transmitieron en el Oratorio?

—Conozco los que recibió Stéfanos hace tres días.

—Pues son aún más terminantes y detallados los recibidos ayer noche por Rhoda, Felipe el diácono y Andrés, hermano de Pedro. Y consta que cada cual lo recibió por separado, porque Felipe y Andrés andaban fuera de Jerusalén y recién a la oración de la noche entregaron según costumbre, todos los anuncios al Apóstol Pedro.

—El Apóstol Santiago recibió también un anuncio del Profeta Jeremías allá en la Gruta del Profeta donde dicen que él va a orar. Pero ese no fue leído en público. Parece que Pedro guardó secreto de algunos anuncios y sospecho que serán demasiado alarmantes.

—Si lo oculta será para mantener un poco la tranquilidad y calma en los hermanos —contestó Samuel—. ¿Y qué piensas..., qué debemos hacer tú y yo?

—Resistir aquí todo cuanto podamos. Y cuando veamos todo perdido, nos iremos con ellos. Yo he abierto ya el camino.

—¿Sí? Pero en ese caso, no podemos quedar en Jerusalén, y acaso tampoco en el interior del país.

—Tuve una entrevista con un personaje muy singular que parece ser como un administrador general para los Hermanos. Me lo indicó una de las doncellas del Coro que llaman Susana.

“El personaje en cuestión es un anciano llamado Simónides, que administra la cuantiosa fortuna del Príncipe Ithamar de Jerusalén y de un romano ilustre, el Duunviro Quintus Arrius. Es un hombre habilísimo con una vista tan larga y tan certera para situaciones difíciles como la nuestra, que es un verdadero tesoro en los actuales tiempos. Le he expuesto tu situación y la mía.

—Las encuentra desesperadas, ¿eh?

—No creas, al contrario, las encuentra bastante fáciles de encaminar si tú y yo no hacemos disparates.

“Como ambos hemos perdido nuestras madres, tenemos derecho a reclamar lo que de ellas debemos heredar; pues él, dice que emancipados de nuestros padres debemos acogernos a una tutela que no pueda ser rechazada por ningún motivo.

—¿Crees que habrá alguien que se preste a ser tutor de dos nietos del honorable Hanán?... ¿De un hijo del Pontífice y de una hija del doctor Teófilo, Consejero del Sanhedrín?

—Hay dos, y... ¡Qué altos están! La reina viuda de Susiana, Helena de Adiabenes, y el Príncipe Judá, hijo de Ithamar por la sangre, y adoptivo del Duunviro Quintus Arrius, lo cual nos pondría bajo la protección del Gobierno Romano y del actual Rey de Susiana, hijo de Helena.

—¿Y todo eso lo ha sugerido el personaje ése tan singular que has encontrado?

—¡Todo! ¡Y apenas le planteé la situación nuestra tal como es! ¿Qué dices a esto?

—Digo dos cosas a cual más importante: ¡que eres un portento de inteligencia primita, y que nuestros padres, el abuelo Hanán y la tía Michal sufrirán un ataque de apoplejía si reciben la noticia, acabados de cenar!

Ambos jovencitos acabaron por reír de buena gana, olvidando un tanto sus angustias de un momento antes.

—No son tan cualquier cosa los galileos, primo. Ese mismo Anciano le ha hecho devolver todos sus bienes al Príncipe Sallun de Lohes porque está muy bien con el gobierno romano; lo mismo al Príncipe Eliezer de Azbuc que tenía confiscadas sus tierras de viñas y de olivares.

—Y después de todo esto, ¿qué haremos? —volvió a preguntar Samuel.

—Antes de todo esto, debes decir, primo; porque todo esto lo hará él cuando nosotros hayamos dejado el techo paterno. ¿Comprendes?

—¡Brava cuestión, prima!...

—Yo estoy decidida. Ahora te toca a ti resolver de tu persona y de tus cosas.

—Y nuestro profesor Stéfanos. ¿Qué dirá a todo esto?

—Está contento de que abracemos su ideal y se condeule de que tengamos que abandonar el hogar.

“Y, ¿sabes qué dijo en presencia del Apóstol Pedro y otros? Oye sus propias palabras: “A los diecisiete años abandoné yo el hogar por evitar padecimientos a mi madre que se casó por segunda vez; y vosotros abandonaréis el vuestro por seguir el camino del Cristo Ungido de Dios. Sois cien veces más felices que yo”.

—Y ¿Adónde iremos una vez que hayamos abandonado nuestras casas? —interrogó nuevamente Samuel—. ¿Lo pensaste ya?

—¿Conque soy yo quien debe pensar todo? ¿Y tú no aportas pensamiento alguno? —preguntó Livia Augusta sonriendo a su primo, más asustado que ella.

—Como ves, primita, yo me dejo guiar por ti. De chiquillos, siempre en nuestros juegos mandabas tú. Ahora, de mayores, sigue mandando y estamos en paz.

—Pues ya verás: El Anciano Simónides..., y no te caigas de espalda por lo que vas a oír. El Anciano en cuestión administra una flota de barcos pertenecientes al príncipe Judá hijo de Ithamar, que hoy está en el Lacio, a las puertas de Roma, con su madre, la viuda del Príncipe Ithamar, y su esposa que es hija del escultor Arvoth que hizo la ornamentación del Palacio de Sión donde tú vives, y del Hípico y del Paselus, y del Pretorio de la Torre Antonia...

—¡Calla que ya basta y sobra!... Eres una luz prima... Si es verdad que las almas reencarnan a través de los siglos, tú tienes acaparada el alma del Rey Salomón, portento de sabiduría...

—¡Será o no será, pero el buen Anciano nos pondrá en uno de sus barcos y..., al Lacio en unos pocos días! ¡Que vayan a buscarnos a las puertas de Roma y bajo la protección de un amigo del César!

—¡Ola!... ¡Ola!... Cada vez te subes más alto, prima. ¡Cuidado que si caemos de esas cumbres no nos queda ni el apellido!...

—Pero para todo esto debemos esperar acontecimientos. Nuestro Anciano protector tiene que entenderse con la Reina viuda de Adiabenes y con el Príncipe Judá que está en el Lacio.

“Mientras tanto, tu y yo iremos arreglando nuestras cosas porque yo no quiero dejar nada de lo que es mío. Me llevaré mis dos esclavas favoritas que haré libertas y todas las cosas que me son queridas.

“Mi padre se casa por segunda vez en la semana que viene. El tuyo se casó hace tiempo y espera ya un nuevo heredero...

—Con eso quieres decir que pasamos tú y yo a un segundo plano y que pronto se consolarán de perdernos.

—¡Naturalmente!... ¡Una sola cosa me preocupa y es la suerte que correrán los hermanos del Oratorio..., nuestro profesor que no quisiera abandonar a las garras del Sanhedrín!... ¡Oh, esto sí que me entristece, Samuel! ¡Y no sé como hacer!...

—¡Pues, cástate con él antes de partir!

—¡Es lo único que has sido capaz de decir y has dicho un disparate!

“¿Crees que así nada más se lleva al casamiento como una oveja al mercado, a un hombre como Stéfanos de Corinto?”

—Y tú, prima, te asustas de eso y, ¿no te asustas de dejar burlado al Sanhedrín, al abuelo Hanán, a tu padre, a la tía Michal y a todos los profetas y patriarcas de Israel?

—¡Ya lo ves! ¡A todos ellos los puedo vencer pero no al hermoso y dulce Stéfanos, que es como un manojo de jacintos puesto sobre un altar!...

“¡Yo no sé que tiene ese hombre que arrastra pero no se deja arrastrar!...”

“¡Es suave como un lirio, pero invulnerable como un peñasco de granito!”

“Mira, Samuel, para mí, los galileos son misteriosos. Algo hay en ellos que les hace diferentes que los demás. Lo mismo las mujeres que los hombres.

“Hay entre las doncellas del Coro algunas que merecen ser reinas... ¿Has fijado tu atención en la que canta los solos?”

—¡No sólo he fijado mi atención sino que ya es la elegida de mi corazón desde que la vi!...

—¡Ah! ¿Conque tan adelantado estabas y no me has dicho palabra? Pues sabe, primo, que tu corazón ha elegido muy mal.

—¿Por qué? ¿No acabas de insinuar tú misma que?...

—Porque es la prometida esposa de un hermano de Stéfanos, que anda de viaje y que se casará con ella así que él llegue.

—¡Santo Patriarca Abraham! ¡Qué mala suerte la mía!... ¡La primera vez que me enamoro y ya me aplasta el fracaso!... Empiezo a ver negro todas las cosas prima, y ya no me gusta nada...

—¿Has visto que no es tan fácil el casamiento? Primito, estamos los dos en iguales condiciones. Yo enamorada de Stéfanos y tú de Rhode..., idándonos con una piedra en los dientes!...

—¿Y se llama Rhode? ¡Como un sorbo de miel que otro beberá y no yo! Hubiera sido mejor no haber conocido a los galileos...

Y Samuel se puso huraño, con la cabeza entre las manos.

—¡No te pongas así, hombre de Dios!... Eres más flojo que un pollo

escapado del cascarón. ¿No puede haber otra Rhode, veinte Rhodes allá en el Lacio a donde vamos a ir?

—Y yo te digo a ti, ¿no puede haber otro Stéfanos, cien Stéfanos allá en el Lacio donde vamos a ir?

—¡Perdóname Samuel!... Tienes razón. Y el corazón tiene razones que la razón no comprende.

“¡Para ti no habrá otra Rhode, como para mí no podrá haber otro Stéfanos!... ¡A veces me parece que camino tras de un rayo de luz que se aleja como el sol cuando camina al ocaso!...

“He oído a una de las doncellas, contar de una mujer que se enamoró locamente del Profeta Nazareno que ellos llaman el Mesías, el Cristo; que abrazó su doctrina y le acompañó hasta el pie de su patíbulo, y que hoy es una sepultada viva en un Castillo de Galilea. Oí con espanto esa historia y desde entonces hago lo mismo que ella: isigo amando locamente a Stéfanos, aún sabiendo que nunca seré feliz con su amor!... ¡Me atormenta el presentimiento de que gemiré siempre sobre una tumba!

—He oído en el Oratorio que hay anuncios de que él no vivirá mucho tiempo. Y si el Sanhedrín teme tanto a los galileos, Stéfanos es hoy el que más arrastra a las gentes y desde luego en él pondrá el Sanhedrín su mirada. ¿Y si le sacáramos del país? —Y al hacer esta insinuación, Samuel observó que los ojos de su prima estaban llenos de lágrimas.

—Si ellos creen que su deber está en este país, nadie los moverá de aquí —contestó la joven—. Estoy bien segura de ello.

—Creo que debemos participar a los hermanos lo que ha ocurrido entre el abuelo y nosotros —dijo Samuel—, y al hacerlo, yo insinuaré la conveniencia de que Stéfanos salga del país con nosotros, si llega el caso.

—Haz lo que piensas; mientras tanto yo trataré de averiguar lo que ha pasado entre el abuelo y la tía Michal.

El lector puede saber de inmediato lo que había ocurrido.

Por primera vez en su larga actuación de árbitro de Israel, se veía Hanán en duro aprieto. Tenía una semana de plazo para encontrar la solución al problema de los galileos. Para él la lucha estaba entre el Consejo Supremo de donde acababa de salir y sus dos nietos favoritos, sobre todo Livia Augusta que era la única debilidad que el adusto anciano se reconocía.

Y se indignaba consigo mismo por no sentirse capaz de aplastar con su autoridad a los dos rapazuelos, que tenían la audacia de hacerle frente. Para colmo de sus males, su hija Michal casi se inclinaba a favorecer a Livia y Samuel usando de un temperamento conciliador. Y prometió a su padre hablar con Stéfanos, al día siguiente, que correspondía lección y el profesor acudiría a casa de su hermano Teófilo según estaba comprometido.

La conferencia de Hanán con Michal había terminado con estas palabras reveladoras del pesimismo que le había invadido:

—¡El Rabí ajusticiado nos aplasta, Michal!... Y pienso que está cercano el cumplimiento de la tremenda profecía de Moisés moribundo: “Por su dura cerviz, Israel se verá deshecho y dispersado a los cuatro vientos de la Tierra”.

61

HACIA EL ABISMO

De la conferencia de Hanán con su hija Michal resultó lo siguiente:

Cuando Samuel volvió a su pabellón particular en el palacio del Monte Sión, residencia del Pontífice, encontró al esclavo de su inmediato servicio esperándolo en la sala de estudio, con orden de avisar al Jefe de los guardias así que el joven llegara. Este se presentó de inmediato, clausuró en silencio todas las puertas y se llevó las llaves.

En la mansión del doctor Teófilo ocurrió exactamente lo mismo, así que Livia Augusta estuvo dentro del pabellón que le estaba destinado. Y sus dos esclavas encerradas con ella.

Ambos jóvenes eran prisioneros en sus propias habitaciones.

El lector puede imaginar la desesperación que se apoderó de ambos, no sólo por su situación propia, sino porque a la mañana siguiente sabían que Stéfanos acudiría a dar sus lecciones de griego y de música, preveían una celada para él, tendida hábilmente por el abuelo Hanán.

Pero Livia Augusta amaba a Stéfanos y Samuel a Rhode, y el amor es poderoso y hábil para salvar los más grandes abismos.

A la hora acostumbrada, los mayordomos de ambas casas se presentaron con un criado que llevaba la mesa rodante con la cena para los cautivos. Y las puertas eran nuevamente cerradas con llave.

Ni Livia ni Samuel habían pronunciado palabra. Diríase que ambos estuvieron de acuerdo para mantenerse mudos.

La joven mientras comía, servida por Celia y Tula sus dos esclavas, meditaba y comentaba con ellas sobre lo que podrían hacer para dar aviso al joven Diácono y evitar su presencia en la casa a la mañana siguiente.

Una de las esclavas era hija de un fabricante de cristalería y sugirió la idea de cortar un cristal del invernáculo que comunicaba con el pabellón-presidio y con uno de los patios de la casa.

Livia obedeciendo a su esclava dio una de las sortijas con diamantes y el cristal fue cortado cautelosamente y venciendo algunas dificultades.

Samuel por su parte encontró también una salida porque su esclavo tenía la habitación justamente sobre la caballeriza, en forma que con levantar una tabla del piso podía salir al exterior.

El lector ya imaginará las precauciones que debieron tener para hacer la operación con el menor ruido posible, lo cual no era difícil en aquel enorme caserón donde había dos docenas de criados, caballos en las caballerizas, vacas en el establo y aves de consumo en los bien poblados gallineros. Diversa clase de ruidos era cosa normal. Samuel y su esclavo corrieron a casa de Livia y encontraron que las dos esclavas de ella salían a su vez para dirigirse a la suya.

En la entrevista de esa noche, ambos primos resolvieron que Samuel iría a dar aviso a Pedro de lo que ocurría, a fin de que Stéfanos no acudiera a dar sus lecciones.

Y ellos continuarían fingiendo absoluta sumisión hasta el momento que considerasen necesario tomar otra resolución. Teniendo ya el medio de comunicarse, podían permanecer en sus casas hasta tener una mayor seguridad para lo que dispusieran en adelante.

Y desde ese día y de común acuerdo Livia mandaba noche a noche a sus esclavas al Palacio Ithamar llevando a Simónides todos sus haberes, sus ropas, sus joyas, sus títulos sobre la herencia que de su madre le pertenecía. Y Samuel lo hacía igualmente.

Mientras tanto, Hanán y Michal se hallaban sumidos en zozobra e incertidumbre al ver que Stéfanos no apareció a dar sus lecciones en casa del doctor Teófilo, padre de Livia. Se veía claro que fue avisado de lo que ocurría. Pero continuó dando lecciones de latín y griego en el Gran Colegio, y en las Sinagogas que le estaban designadas, la explicación de la ley y de los Profetas. Pedro y sus compañeros continuaban su prédica de amor fraterno citando a los grandes Profetas y al Profeta Nazareno como continuador de todos ellos. Aconsejaban al pueblo la paciencia, la mansedumbre, la sumisión a los poderes constituidos en cuanto les fuera posible y una confianza ilimitada en la Providencia Divina que con el nombre de Santa Alianza, velaba por sus necesidades y aliviaba sus dolores y fatigas.

Los terapeutas Esenios que habían salido de sus Santuarios para colaborar con ellos, se encargaban de auxiliar a los enfermos, y los Diáconos repartían entre todos, los socorros de víveres y ropas a los necesitados.

Y Hanán, al finalizar la semana de plazo, se presentó a la reunión del Consejo según costumbre y anunció como un nuevo triunfo de su política de hábil astucia la sumisión que demostraban los galileos.

Pero el Juez del Sanhedrín y el Comisario del Templo, tenían también su gran argumento:

El Templo continuaba vacío, y las arcas del tesoro, los graneros y las

bodegas se agotaban cada día más porque las entradas eran muy mezquinas y las salidas muy abundantes.

Hanán, tan duro y cruel tiempo atrás, sentía como un aguijón el amor a su dos nietos que eran su único punto flaco, su única debilidad; y por ellos buscaba suavizar en sus colegas del Consejo la aversión a los galileos. Tuvo un rasgo de generosidad y desprendimiento por tanto latrocinio y despojo que había hecho en su vida.

—Para equilibrar las finanzas del Templo —dijo—, de aquí a tres días llegarán de mis campos, trescientas cabezas de ganado vacuno y ochocientas ovejas destinadas al consumo de los Sacerdotes y Levitas. Más ochocientos cántaros de aceite y doscientos toneles de vino.

Esto era algo nunca visto, y cayó como una bomba en el seno del Consejo Supremo. Varios de los presentes anunciaron también donativos en cereales, harina, aceite, vino y animales de consumo.

Y la asamblea semanal terminó disculpando al pueblo y cargando de injurias al Gobierno Romano y a los cortesanos del Rey Agripa, que esquilaban al pueblo con onerosos tributos para sostener sus ejércitos, sus lujos, sus depravaciones y sus vicios, sin dejarle medio alguno de cumplir con las primordiales leyes del Templo, los diezmos y las primicias.

Hanán anunció también que el Pontífice, el Doctor Consejero Teófilo y la viuda de Caifás, su hija Michal, harían igualmente donativos de importancia para equilibrar las finanzas del Templo.

La tormenta parecía desvanecerse como nubes de verano; pero el juez y algunos otros de los Concejales, conociendo la avaricia de Hanán y sus familiares, supusieron de inmediato que algo grave había detrás de toda aquella generosidad. Y pensaron: “Está vendido a los galileos”.

Todos ellos sabían que la fabulosa fortuna de los extintos príncipe de Ithamar y del Duunviro Quintus Arrius, estaban administradas por Simónides, ese mago del comercio como lo llamaban y que era quien estaba detrás de esa Santa Alianza que así envalentonaba al pueblo.

Sabían asimismo que Simónides tenía compradas a las autoridades militares representantes del César en la Palestina, ¿No podía haber hecho lo mismo con Hanán y los suyos?

El lector sabe que este juicio era equivocado, pero de tal manera dividió a los magnates del Sanhedrín que la mayoría de ellos se pusieron en contra de Hanán, y en su íntimo yo y cada cual por su cuenta, pensaron que había llegado la hora de que terminase la dominación que desde años atrás ejercía sobre la suprema autoridad de la Nación.

La caída de Hanán y su orgullosa familia, estaba pues decretada en el fuero interno de cada uno de los Concejales del Supremo Tribunal de Israel.

“Dime con quien andas y te diré quien eres”, dice el adagio, y los que hasta entonces habían respirado al mismo tono, quedaron divididos por la envidia que corroe las entrañas del que quiere todo beneficio para sí mismo.

Creían a Hanán favorecido con los tesoros que administraba Simónides y la envidia los hizo injustos con el viejo compañero que los tuvo a su disposición durante tantos años.

Hanán, el alma negra del Sanhedrín, se había valido siempre de los más ruines medios y de los más bajos sentimientos de cuantos le rodearon para conseguir sus fines, pero la Justicia Divina dice un día: “Basta”; y entonces todo cuanto estaba a favor se vuelve en contra, y el castillo levantado sobre la maldad, la mentira, el crimen, se desploma con gran estrépito arrastrando en su derrumbe a todos los que consciente o inconscientemente ayudaron a levantarlo, en desmedro y perjuicio de inocentes y de justos.

Por uno de sus agentes de confianza hizo llegar Hanán al Palacio Henadad, la invitación de enviar oradores al Templo los sábados, a la hora de la enseñanza al pueblo.

Siempre fue costumbre establecida que después de la cátedra oficial, oradores particulares hablasen al pueblo sobre temas de la Escritura Sagrada.

Pedro y los suyos vieron claramente en esto, un nuevo lazo que se les tendía y se prepararon a la lucha pasiva, serena, llena de prudencia y rectitud pero firme como una roca.

Y fueron designados para esta importante misión: Pedro, Santiago, Stéfanos y Felipe.

Pedro había recibido como un don especial el magnetismo curativo, en forma de irradiación potentísima al exterior, y mientras hablaba de las verdades divinas y de las máximas morales enseñadas por el Cristo, los enfermos que le escuchaban aparecían remediados en sus problemas y dolores del alma, causantes casi siempre de las enfermedades y males físicos.

Y el Templo volvió a llenarse de gente los sábados, a escuchar la palabra divina y a buscar el alivio a sus necesidades en los Diáconos, que en los atrios exteriores del Templo repartían socorros en dinero y tomaban nota de los necesitados de víveres y de ropas para acudir a sus casas a remediarles.

La diferencia era notable entre los sacerdotes del Templo que esparaban los dones del pueblo, y estos nuevos sacerdotes del amor al prójimo, siempre dispuesto a socorrerle y aliviarle.

Aquellos pedían y exigían siempre más y más. Nunca era basta. Estos otros sólo pedían los nombres de los necesitados, de los sufrientes para acudir a su consuelo y alivio.

La nueva táctica de Hanán resultaba pues un nuevo fracaso para los intereses del Templo, que se llenaba de fieles todos los sábados, pero donde no había sacrificios de animales, ni donativos en productos de los huertos y de los campos.

Y la caída del gran árbitro de Israel que durante tantos años manejó a su antojo entre él, sus hijos y parentela, fue inminente en el pensamiento de sus colegas del Sanhedrín, que por fin veían la oportunidad para deshacerse de esa antigua y odiosa tutela, y ocupar ellos los envidiables puestos que eran un venero de riquezas y de lucrativos negocios.

Aparentemente, la calma se había establecido, pero las predicaciones de los galileos reforzadas con hechos reveladores de que el amor al prójimo enseñado por ellos era realidad y no palabra muerta, dejaban aún más al descubierto que el viejo y magnífico sacerdocio de Israel pasaba a un último plano, en la conciencia del pueblo que por fin despertaba de su inconsciente sueño.

El lector comprenderá claramente que ninguno de los misioneros del Cristo podía someterse a la imposición de no mencionarle como al Ungido de Dios, como al extraordinario ser esperado tantos siglos por la humanidad terrestre.

Y naturalmente llegó el momento en que el Sanhedrín oyó de nuevo llamar Mesías, al Rabí Galileo ajusticiado por él como a un impostor.

El juez del Tribunal Supremo que no tenía los motivos que Hanán para ser más tolerante con Stéfanos y sus compañeros, le increpó duramente un día después de bajar de la cátedra y como él sostuvo con gran aplomo cuanto había expuesto en un brillante discurso, fue sentenciado y lapidado rápidamente.

Habiendo relatado esta muerte, como también la del Apóstol Santiago, al hacer los relatos de otros personajes de aquella primera hora del Cristianismo, no es necesario repetirlo nuevamente causando tan dolorosa sensación al que lo escribe y también al lector.

Cuando Livia Augusta y Samuel se enteraron de lo ocurrido, no se detuvieron a pensar que estaban cautivos sino que corrieron al lugar del suceso.

Allí, bajo las arcadas milenarias de piedra que sostenían la plataforma en que se levantaba el Templo sobre el Monte Moria; allí donde tres años antes Hanán aleccionaba a los presidiarios cedidos por Herodes Antipas y a los seiscientos esclavos de las poderosas familias sacerdotales para que pidieran la muerte del Hijo de Dios, allí fueron a detener su desesperada carrera Samuel y Livia Augusta, esperando llegar a tiempo para salvar a Stéfanos de la horrorosa muerte bajo las piedras.

Sólo encontraron a Rhode que puesta de rodillas ante el pedregoso abrojal, empapaba un blanco paño de lino en un charco de sangre tibia aún.

Parecía ser una fuente roja que no se agotaba mientras el paño iba tiñéndose todo entero en la sangre del joven Diácono, cuya vibrante palabra defendiendo a su Maestro, no habían podido acallar ni las amenazas de los jueces del Sanhedrín, ni la visión pavorosa de la muerte que le esperaba.

¿Cómo ocurrió la terrible tragedia?

Stéfanos había acudido a la Sala del Consejo una tarde a la hora prima, por invitación expresa del juez del Sanhedrín, teniendo ya planeado terminar ese día con lo que él llamaba “la atrevida audacia” del jovenzuelo pagano, que desafiaba a la suprema autoridad de Israel y ponía en ridículo sus ordenanzas ante el pueblo ignorante y fanatizado.

La muerte del César Tiberio en la isla de Capri y la proclamación de su nieto Calígula, por la sola intervención caprichosa y desusada de la emperatriz Julia, había traído una debilitación de la autoridad imperial en los pueblos sometidos. Esta circunstancia afirmaba en cambio el poder y la fuerza de los reyes vasallos de aquella; y en Judea, el Rey Agripa, recobraba día por día su autoridad que una secreta alianza con el Sanhedrín, de cuyo oro necesitaba, vino a fortificar lo bastante para ser árbitro y juez en los asuntos internos y puramente locales.

Fue pues el Tribunal judío de acuerdo con el reyezuelo nieto del viejo Herodes, quienes promovieron la primera persecución al Cristianismo naciente, cuyo heroico martirologio fue iniciado por el Diácono Stéfanos de Corinto, y en segundo término por el Apóstol Santiago, hijo de Zebedeo y Salomé.

En esta muerte por lapidación, tuvo también una participación notable, el joven estudiante del Gran Colegio, Saulo de Tarso, que era espía y agente secreto del juez del Sanhedrín. Desconfiando de Hanán como ya dijimos, el juez usó de elementos propios para luchar en contra de los galileos y Saulo de Tarso fue el más ardiente perseguidor que tuvieron los discípulos del Cristo en aquella alborada de luz y de amor, que el feroz egoísmo de los hombres convirtió en alborada de luto, de sangre y de crimen.

En la Sala del Consejo, en presencia de los ocho Concejales más furiosos, enemigos de la nueva doctrina que se levantaba rápidamente como la aurora boreal sobre una negra ciénaga, fue interrogado Stéfanos sobre las ideas nuevas que tan brillantemente defendía.

El punto principal que debían esclarecer era sobre el Rabí Nazareno, que aclamaban como Mesías.

Nuestro lector conoce ya la capacidad intelectual y las superiores dotes oratorias de Stéfanos, y fácil le será comprender la fuerza y la altura que

tuvo en su defensa del Cristo Divino, como Mesías anunciado desde seis siglos antes por los más grandes y venerados Profetas de Israel.

A esta secreta reunión no se permitió la entrada a nadie, pero Pedro y los suyos se paseaban por los pórticos del Templo.

Y el esclavo griego de Samuel, Luciano, que en compañía de su amo había penetrado en las más secretas dependencias del Templo, fue el hilo conductor de las noticias que podían recibir sobre lo que ocurría en la Sala del Consejo.

Habían acompañado a Stéfanos hasta el Templo, y puestos en oración bajo su nave silenciosa, esperaban un nuevo prodigio del cielo para triunfar de la dura tenacidad del Tribunal Supremo de Israel, que se negaba a reconocer al Mesías, tantos siglos esperado, como la eterna promesa de Jehová para su pueblo.

Confiaban en Dios y confiaban en la elocuencia de Stéfanos para este triunfo definitivo.

El optimismo es una cualidad predominante en los grandes idealistas, y les da ese fervoroso entusiasmo que les lleva alegremente a la muerte.

Y Stéfanos había dicho a Pedro, al pedirle su bendición momentos antes de llegar a la Sala del Consejo:

—Mi problema está ya resuelto: la victoria definitiva o la muerte.

Juntamente con Pedro y Andrés, estaba Gamaliel, aquel Doctor de la Ley, compañero de José de Arimathea y Nicodemus, que por ser sobrino del viejo rector del Gran Colegio años atrás, fue menos sospechoso de innovador, y conservaba todavía algunas amistades en las gradas de la Suprema autoridad de Israel. El principal Escriba del Consejo había sido condiscípulo suyo, y el joven Saulo de Tarso, otro de los Escribas, había sido su discípulo en las aulas del Gran Colegio. Pero Gamaliel ignoraba hasta qué punto estaba Saulo envenenado por su tutor y tío, el Juez del Sanhedrín, en contra de los galileos.

Cuando el alto Tribunal se convenció de que la lógica de Stéfanos era invencible, de que la Verdad, la justicia, la evidencia los envolvía hasta cegarlos, recurrieron a lo que recurren siempre los que se ven vencidos por la Verdad y la Razón: al castigo, a los tormentos y a la muerte que acalle las voces que no quisieran nunca escuchar.

Rhode, Livia y Samuel, solo encontraron el charco de sangre en el lugar de la tragedia, que puso fin a la hermosa y noble vida de Stéfanos de Corinto.

Ambas doncellas se abrazaron con el ansia suprema de un mismo tremendo dolor.

Ambas llorarían siempre sobre una tumba con la angustia de lo irremediable, si la doctrina del Divino Nazareno no estuviera allí mismo

como una canción eterna de esperanza, de consuelo y de vida perdurable, susurrándoles al fondo del alma: “Stéfanos no ha muerto; Stéfanos vive y vivirá eternamente en la gloria inmortal del amor, de la verdad, de la justicia, por los que voluntariamente se ha inmolado”.

Gamaliel compró a los verdugos el cadáver de Stéfanos, que tenían orden de arrojar al muladar, y envuelto en el manto de Pedro fue llevado en un carrito descargado de heno, que un labriego amigo acababa de conducir a las caballerizas del palacio del Monte Sión.

En el gran local de la Santa Alianza, donde años atrás celebraran con la presencia física del Cristo, la asamblea solemne de inauguración, se efectuaron las honras fúnebres al valeroso mártir que no vaciló en dar su vida como ofrenda en el ara eterna de la Verdad.

De uno a otro y a media voz, fue corriendo entre los hermanos la dolorosa noticia, que era como un desgarrón sangriento en todos los corazones. Stéfanos fue durante casi tres años la admiración, el amor, el orgullo de la naciente Congregación Cristiana que veía en él una hermosa esperanza para el futuro.

La muerte del joven Diácono fue como un riego de agua pura en un vivero recién formado.

Livia y Samuel, con sus esclavos de intimidad, quedaron refugiados en el local de la Santa Alianza, en aquel enorme subterráneo donde el Rey Jebuz fundador de la Gerar prehistórica, ocultaba su ejército, sus tesoros y él mismo, cuando fuerzas enemigas más poderosas amenazaban invadirlo.

¿Quién podría encontrarles en aquel laberinto de grutas y cavernas que podían dar cabida hasta a tres mil hombres?

De allí vieron salir el triste cortejo en una noche de luna, por la rampa que daba salida al Valle del Hinom, llevando en una carroza del Palacio Ithamar los restos de Stéfanos, para darles sepultura en una granja que Gamaliel poseía en las cercanías de Nicópolis.

Habiendo sido una sentencia sin la debida autorización del gobierno romano, el Sanhedrín judío hubiera impedido que el Diácono fuera sepultado en el Cementerio del Gólgota. Era necesario borrar todo rastro de aquel asesinato que podía acarrearle complicaciones. El muladar era mudo; pero el amor de los amigos de Yhasua no podía permitir tan horrible profanación con la materia muerta, que había servido al siervo de Dios para realizar su grande obra por el ideal de Cristo.

Livia Augusta y Samuel partieron enseguida para el Lacio, a ponerse bajo la protección del Príncipe Judá como tutor legal, que hizo de ellos, dos grandes colaboradores en la misión apostólica que desenvolvió en las poblaciones de la campaña romana, y en la Capital misma del mundo civilizado.

En memoria de Stéfanos, tomó ella al bautizarse el nombre de Stefania, y fundó y dirigió el Coro de doncellas que se formó en el Oratorio de la Villa Flaminia vecina de la Villa Astrea.

La Villa Flaminia, era aquella hermosa quinta que los esposos Flaminio y Fulvia dejaron en herencia a Jefté de Listra y su esposa Soemia que aquellos adoptaron como hijos. Pasaje éste que el lector recordará muy bien. El recuerdo del hermoso Apolo rubio que sembró en ellos el consuelo, la esperanza y el amor, vivía como una lámpara eterna en sus corazones.

Jefté de Listra con Soemia, y Samuel con Livia en colaboración con el príncipe Judá, fueron los primeros baluartes de la Congregación Cristiana a las puertas de la capital del mundo.

Y allá lejos, al otro lado del mar, en la Judea, la desolación de los hermanos elevaba como un moribundo trémolo, el lloroso Miserere, en aquel Oratorio del Palacio Henadad donde ya no se veía más la bella presencia de Stéfanos sentado al clavicordio, arrancando a su teclado las armonías divinas que vivían, cantaban y lloraban en su propio corazón.

Rhode, la pobrecita Rhode, lira de nácar a quien la crudeza de la vida había roto en pedazos sus cuerdas de oro, languidecía como un lirio arrancado de su tallo y arrojado a lo largo del camino.

¿Quién podía consolarla en su desolada orfandad?

Myriam estaba allá lejos en su casa de Nazareth. Demetrio viajaba por el interior del país. El secreto de su grande amor silencioso pasó desapercibido para todos. ¡De él, sólo quedaba aquel paño de blanco lino empapado en sangre, y en el oculto sagrario de su alma el recuerdo vivo, como una llama eterna que ella estaba cierta de que no se apagaría jamás!

Pero había alguien que conocía el secreto de Rhode: el Apóstol Pedro, que tardó tres días en volver desde la posesión de Gamaliel, en cuyo panteón familiar habían sepultado al mártir Stéfanos.

Su primer cuidado fue la pobre huérfana cuya desolación sentía como una herida viva en su corazón.

La encontró en cama con una fiebre que la devoraba.

Rodeada por las doncellas del Coro que la cuidaban amorosamente, su profundo amor dejó de ser un secreto, pues en su delirio febril la enferma lo descubría a las compañeras que lloraban en silencio ante la majestad de aquella tragedia de amor desarrollada entre dos almas nobles, grandes, heroicas, en su renunciamento absoluto.

El anciano Apóstol mandó a las doncellas al Oratorio recomendándoles rogar al Maestro por la vida de Rhode. Y él quedó solo junto a la enferma.

Cayó de rodillas y descansó su cabeza cana sobre el borde del lecho.

Allí desahogó su propio dolor en un mar de llanto porque amaba a Stéfanos tanto como se ama a un hijo. Y ya no le tenía más a su lado. Lo había recibido en su corazón como un don de Dios para consolarle de la ausencia del Maestro, y ese don precioso le era arrancado, de una manera itan cruel y dolorosa!... ¿Cómo podía consolarse el anciano Apóstol de esta nueva e irreparable pérdida?

Pero su Maestro había dicho: *“Yo soy el camino, la verdad y la vida. Yo soy la luz de este mundo y el que me sigue no anda en tinieblas”*.

Y Él le mandó la luz, el consuelo y la esperanza.

Pedro en su angustioso llorar sintió que alguien estaba a su lado y levantó su rostro bañado en llanto. El doble de Stéfanos le sonreía amorosamente. Su presencia astral era una suave luz azulada con reflejos de oro. Pedro se abrazó de él, pero abrazó el vacío. Aquella presencia era intangible..., iimpalpable!

Era luz, era calor, era esencia de amor y de vida espiritual que se infiltraba en su viejo cuerpo tembloroso de angustia, de zozobra, de tristeza infinita.

—*“¡Padre! ¡No llores por mí, que no he muerto, sino que vivo en la luz y en el amor!...”*—decía aquella presencia ideal, transparente, luminosa como una irradiación solar en la penumbra de la alcoba solitaria—. *“Pon tus manos sobre la cabeza de Rhode y luego sobre su corazón. Tu amor y el mío la salvará de la muerte porque ella debe vivir para Demetrio, que llegará mañana a esta misma hora”*.

Y acariciando con sus manos de luz la cabeza de Pedro, se esfumó la celestial visión.

Pedro continuaba llorando, no ya de angustia sino de infinita consolación. El doloroso recuerdo de aquel pobre cuerpo desgarrado que acababa de dejar en la sepultura, unguido de esencias y envuelto en mantos de lino, se esfumaba en su memoria ante el esplendor de vida, de belleza y de amor de este otro Stéfanos que le acariciaba sonriente, hablándole como él solía hacerlo, y dando vida a la pobre niña que moría de espanto, de terror, de infinita angustia.

—¡Gracias, Maestro mío, por esta nueva prueba de tu amor a los que has dejado en la tierra!—exclamó el Apóstol cuando la emoción le permitió ordenar sus pensamientos—. ¡Gracias Maestro por el don divino de tu amor que es vida, consuelo y esperanza!

Y Pedro lleno de nuevas energías se levantó prontamente e hizo con Rhode, lo que la visión le había dicho.

Vio que sus viejas manos se teñían de un suave encarnado, que vibraban como cuerdas en tensión, que emanaban hebras de luz dorada; y las aplicó a la cabeza de la enferma sumida en letargo y después a su corazón.

Aquel pálido rostro empezó a colorearse, luego sonreía, y por fin abrió los ojos. Vio a Pedro a su lado y le tendió la mano.

—He visto a Stéfanos, padre, que es dichoso y nos sigue amando. No está muerto sino que vive a nuestro lado, se va y viene como el aire, como el perfume del incienso en el Oratorio, como la armonía de la música que él arrancaba del clavicordio... ¡Oh!..., ¡quisiera morir así como Stéfanos y vivir tal como él vive!...

Y Rhode cerró los ojos y juntó sus manitas blancas sobre el pecho como si en realidad creyera que iba a morir como Stéfanos.

—¡No, hija mía! —le dijo Pedro—. Tú debes vivir para tu prometido esposo que llegará mañana a esta misma hora.

—¡Oh!... —suspiró la joven—. ¡Era tan dulce la idea de morir!... ¿Cómo sabes eso, Padre?

—También yo he visto a Stéfanos y él me lo ha dicho. Me ha hecho curar tu fiebre y ha pronunciado estas palabras: “Ella debe vivir para Demetrio que llegará mañana a esta misma hora”. Y tú estás curada. Ya no tienes fiebre —añadía Pedro palpando la frente y las manos de la joven—.

“Vamos, levántate y vamos juntos al Oratorio donde tus compañeras están orando por ti.

Rhode bajó del lecho y se envolvió en su manto azul oscuro. Pedro la tomó de la mano y la condujo al Oratorio donde las doncellas, las viudas y demás mujeres oraban y lloraban, de rodillas ante el altar de las Tablas de la Ley donde ardían dos cirios y en un pebetero se quemaba incienso.

Rhoda, la sensitiva sonámbula, cayó en hipnosis y se dirigió serenamente al clavicordio que estaba al centro del vasto recinto. Se sentó en el banquillo y tocó con admirable maestría el acorde con que empezaba el preludeo del himno de acción de gracias.

Aquella música era una composición de Stéfanos muy conocida por todos. Las doncellas como impulsadas a un mismo tiempo rodearon el clavicordio, Rhode se desprendió de la mano de Pedro y se acercó también.

El himno comenzó.

“Alábante Señor los cielos y la tierra porque sólo Tú eres grande, justo y poderoso...”

Y Rhoda en hipnosis, con sus ojos cerrados, hacía correr sus manos sobre el teclado y sus pies en los pedales, arrancando al clavicordio toda la maravillosa armonía que Stéfanos sabía imprimir a su música, que ya era alas que se agitaban en la sombra o suspiros del alma, hambrienta de eternidad...

Rhode cantó los solos cuando llegó su turno, y todos los habitantes

del palacio Henadad que habían acudido al Oratorio, se miraban unos a otros en muda interrogación. Hacía cuatro días que el clavicordio estaba mudo, porque no tenía otro organista.

¿Cómo era que escuchaban la música de Stéfanos... si él había muerto bajo las piedras asesinas del Sanhedrín?

Cuando el himno terminó y las emociones de todos se calmaron, Rhoda aún en estado de hipnosis se volvió de frente a todos los presentes y dijo:

—*“La muerte no existe sino para los que están muertos a la Eterna Verdad de Dios. ¿No dijo nuestro Divino Maestro que el Amor salva todos los abismos y la Fe transporta las montañas? ¿No dijo también que la amorosa Providencia de su Padre transformaría en pan los guijarros del camino si no lo tuvieran en la mesa aquellos que le aman y esperan en Él? Stéfanos que vive a vuestro lado por el Amor y por la Fe, os dice en este momento: La Muerte no existe. La vida es eterna. Vivamos de esperanza en Dios. La Fe y el Amor salvan todos los abismos”.*

Rhoda se despertó llena de alegría.

La paz, el consuelo y la esperanza inundaron las almas de esa dulce serenidad y vida nueva, tan conocida de los que se consagran al cultivo de las nobles facultades del alma humana.

Cinco semanas después ocurrió la muerte del Apóstol Santiago en la trágica forma en que lo hemos referido antes, al hacer relatos sobre otros personajes de nuestra historia de la alborada cristiana.

Los campos se habían dividido por completo.

Judíos y Cristianos.

Y los discípulos del Señor, comprendieron que eran vanos sus esfuerzos para persuadir a los Rabinos del Sanhedrín, que la doctrina del Profeta Nazareno no era una innovación sino un regreso a la sublime Ley del Sinaí promulgada por Moisés, la misma que calcaron en sus vidas los antiguos Patriarcas y enseñaron y vivieron todos los Profetas de Israel.

Y la perseguida Congregación Cristiana reunida en asamblea decretó la emigración a lejanos países, dejando el suelo nativo sumido en la oscuridad a que lo condenaban los dirigentes de Israel.

¡El Sanhedrín judío había llegado al borde del abismo!... Y el abismo le arrastraría por largos y pesados siglos porque tuvo la luz en su mano, y allí la dejó apagarse.

62
LA ESTRELLA MAGA

¿Adónde irán?...

¡Vivían del recuerdo y los impulsaba el amor!... Es esta la primera frase que me viene a la mente al iniciar este capítulo.

El recuerdo del gran Maestro y su amor imperecedero, era la estrella maga que irradiaba desde el cenit para todos aquellos que tanto le habían amado. Y su consigna en la oración era este amoroso interrogante: “¡Señor!... ¿Qué quieres que yo haga?”.

Y en el fondo del alma la divina voz sin ruido les hizo oír la respuesta. Ya fueran acontecimientos inesperados ocurridos en diversas partes, ya algún pariente o amigo establecido anteriormente en otras comarcas, o la muerte de un familiar ocurrida allá lejos, es lo cierto que cada uno supo hacia dónde le convenía dirigir sus pasos.

Siguiendo a la Estrella Maga ninguno erraría el camino.

Hemos visto ya que Matheo el Levita, y Zebeo hijo de Nathaniel habían congregado en el África a varios de los discípulos del Cristo, y que en los diez primeros años después de su partida, realizaron una importante obra de divulgación y enseñanza de los principios morales, espirituales y sociales sustentados por Él, como fundamento y base de progreso y bienestar humanos.

Los maestros Melchor y Filón habían partido al Reino de Dios, prometido por el Cristo a los buenos jornaleros del Padre; pero habían dejado el fruto de su labor de toda la vida como divina semilla que continuarían sembrando los que venían detrás en el camino eterno.

Filón dejaba su tesoro en sus abundantes escritos y en su célebre Escuela de Alejandría, modelo de establecimientos docentes donde la Ciencia de Dios y las Ciencias Físicas, Naturales y Sociales estaban unidas en armónico conjunto que daría a la humanidad cuanto le era necesario para el conocimiento de la Verdad.

Melchor dejaba sus tesoros en sus obras prácticas de verdadera beneficencia espiritual y material: sus Santuarios-Escuelas; sus Refugios-Talleres para huérfanos, para ancianos, para mujeres sin amparo y sin hogar; su perpetua dotación a las doncellas que quisieran tomar esposo; sus descubrimientos científicos y arqueológicos que enriquecían el Museo de Alejandría, el más grandioso de aquella época.

Todo esto era el resplandor divino de la Estrella Maga que anunciaba al Cristo pasando en medio de la humanidad terrestre.

En Mesopotamia, Persia y Asia Central había quedado la luz difusa de

la Estrella en las Escuelas fundadas por el Anciano Baltasar que el lector recordará con veneración y ternura, y que eran de idéntica orientación y finalidades que las de Melchor en el África. Y en la India misteriosa y lejana, entre las selvas, bosques y montañas de las orillas del Indo, en ciudades y aldeas, resplandecía también la Estrella Maga del Cristo en las fundaciones de Gaspar, copia de las de sus dos compañeros de la visión primera.

¿No se habían unido los tres con el Ungido de Dios para realizar una misma obra de amor, de sabiduría y de justicia en las regiones habitadas por ellos?

Los llamados Reyes Magos por las viejas leyendas cristianas, los primeros enamorados de la divina Estrella, continuaron derramando su luz por los caminos de la tierra que habían de seguir los apóstoles del Señor.

Hubo pues un razonamiento lógico al decidir cada cual el camino a seguir. No se lanzaron a ciegas por mundos desconocidos, pues la correspondencia constante que existió entre el Cristo y sus primeros amigos, Gaspar, Melchor y Baltasar, puso en conocimiento de sus apóstoles los lugares preparados y propicios para derramar la divina semilla.

¿Cómo podían lanzarse a tierras desconocidas, sin más recursos que su poderosa voluntad de continuar la Obra de su Maestro?

Las crónicas que todos ellos dejaron, no se han perdido entre las arenas movedizas del tiempo que los vendavales de la vida arrastran, amontonan y esparcen como las hojas de los árboles cuando llega el otoño. Han quedado crónicas, relatos y tradiciones entre las primitivas Congregaciones Cristianas y los Santuarios esenios.

La Luz, esa permanente Vigía de los Cielos, tiene su Archivo Secreto que guardan los ángeles de Dios para ser leído y registrado por un emisario suyo, cuando ha llegado el momento de descorrer los velos a las almas que avanzan en busca de verdad y de conocimiento.

Y la Luz nos descubre a Pedro en Joppe, en casa de Marcos, representante en ese puerto de la vasta red comercial que administraba Simónides. Encontró que Marcos tenía escrita la vida del Divino Maestro tal como él la comprendió y la vio en parte, o sea desde que estuvo cerca de Él. Y la había escrito mientras velaba junto al lecho de Ana, su esposa, tan delicada de salud en esos últimos años.

Débil como era, había dado vida a dos hijitos y al parecer esto la había agotado. En los pergaminos de Marcos se advertían claramente huellas de lágrimas, y párrafos enteros en que él vaciaba su alma dolorida ante el altar del Cristo pidiéndole mientras escribía, la salud y la vida de su compañera. Pero el caso de Ana era similar al de Yhosuelín, su hermano, que terminó sus días a los veintiséis años de edad.

Los espíritus de evolución avanzada, a veces, pactan alianzas antes de encarnar, con un fin determinado, como hemos dicho al relatar la vida de Yhosuelín, por quien Yhasua tuvo tan tierna predilección. Era Ana el alma gemela de Marcos y encarnó al mismo tiempo que él, para ser su apoyo y su sostén en la obra espiritual que debía realizar: “Cronista de la excelsa vida terrestre del Cristo encarnado”. Y hasta en su lecho de enferma, Ana hacía memoria, avivaba la llamita de sus recuerdos de niña para explicar a su esposo, hasta en los menores detalles, la vida de Yhasua niño, adolescente y joven.

¡Que poema grandioso fueron las escrituras de Marcos, empapadas del amor de esas dos almas que se veían próximas a separarse porque la vida de Ana era como un cirio que se consumía día a día!

En tal situación los encontró Pedro al llegar con María de Mágdalo como ya fue dicho en capítulos anteriores.

Algo así como un suave vapor de lágrimas, mezclado al perfume de la ternura de adioses hondos no pronunciados, se percibía en aquel hogar entristecido por lo que ya se presentía llegar.

La llegada de Pedro no podía ser más oportuna pues Marcos, caía vencido por la carga de su dolor.

Y Pedro traía también el suyo, vivo y punzante como una herida recién abierta. ¿Sería que su Maestro les había olvidado?

Diez años transcurridos desde su partida gloriosa al Reino de Dios, habían sido escenarios de grandes manifestaciones del Poder Divino que cesaron de pronto, como si el hilo conductor de aquella fuerza maravillosa hubiera sido roto por una causa que ignoraban.

¡Tremenda y dura situación para los amantes de Yhasua, perseguidos a muerte en su tierra natal, como animales dañinos que era necesario extirpar, aniquilar, sin dejar rastro de ellos!

Y en el alma del Apóstol sacudida por todas las incertidumbres, resonaban de nuevo las palabras de su Maestro: *“No será el discípulo mejor tratado que su Maestro...”* *“Como me persiguen a Mí, os perseguirán a vosotros por causa de mi nombre. Pero no temáis, porque yo estaré con vosotros hasta la consumación de los tiempos”*.

Su espíritu abatido, no sabía decir otra oración sino ésta:

—“¡Señor!..., ¡que yo tenga la fuerza necesaria para no separarme de Ti, ni en la vida ni en la muerte!..., ¡nunca, jamás!...”

María de Mágdalo se constituyó en enfermera de Ana desde el momento de su llegada.

Después de haber soportado el tremendo dolor de ver morir de aquella muerte al Divino Amigo, ningún dolor le parecía bastante grande como para desesperar de la invisible protección suya.

Junto al lecho de Ana, desaparecía el poder de Pedro para dar salud

a los enfermos. La fe de Marcos se tambaleaba como una columna próxima a caer minada por sus cimientos. Su alma muda de espanto no encontraba una idea, una frase bastante elocuente para pedir a Yhasua la vida de su compañera. Estaba como enloquecido.

Hasta que una noche, los cielos hablaron para él. Sueño o visión, fue para Marcos la contestación que su corazón necesitaba. Veía a Ana que hojeaba afanosamente todos los pergaminos escritos por él sobre la vida de Yhasua.

Se detenía en las últimas páginas y con mirada fija contemplaba el punto final y la fecha con la frase antepuesta: “Fue terminado a los diez años y ochenta y cuatro días de la partida de Yhasua al Reino de Dios”.

Y Marcos en la visión o sueño, veía el pensamiento de Ana que le decía: *“Este trabajo está terminado. Yo vine para ayudarte a hacerlo. Mi tarea está cumplida. Mi naturaleza física no resiste más la prueba de la vida en la carne. Si en tu amor no hay egoísmo, Marcos, me dejarás partir sin desesperación y sin angustia”*.

Él se había abrazado de ella y le había dicho:

—¡Gracias, Ana, compañera mía, por los veinte años de amor que me diste!... Si Dios te llama a su Reino, vete, pero no olvides a nuestros hijos y a Marcos que vivirá de tu recuerdo.

Se había adormecido en un sillón junto al lecho de Ana. Se despertó para verla exhalar el último suspiro.

Arrodillado ante su lecho y teniendo entre las suyas una mano lánguida y tibia de su amada compañera, encontró Pedro a Marcos a la madrugada del décimo día, después de su llegada a Joppe.

¡Su dolor era sereno, tranquilo, aunque tan hondo!..., tan hondo que estaba cierto de que no se borraría jamás.

Unos días después tomaba el camino de Jerusalén llevando a su pequeña Ana María de seis años, recuerdo vivo de su madre por el gran parecido que tenía con ella. De allí pasaría a Nazareth a consolar su inmensa pena en el gran corazón que era de todos: el corazón de Myriam, la piadosa estrella que alumbraba los caminos de los amantes de Yhasua. ¿A quién podía ir Marcos sino a Ella, en cuyo regazo maternal se cobijarían los huerfanitos de Ana?

A su paso por Jerusalén, Simónides le rogó no abandonar su puerto de Joppe hasta que él tuviera un reemplazante de su confianza.

—Eres un legionario del Rey de Israel, Marcos, —le decía el Anciano— y aunque mil muertes vengan a nuestro lado no podemos abandonar nuestro puesto de avanzada.

“Tú no tienes como yo noventa y dos años, y ya me ves, firme en el sitio en que Él me encontró y me dejó, y donde pienso permanecer hasta

el último aliento de mi vida. Tú eres mi segundo en la Judea, no tengo por hoy un reemplazante para ti.

Ante este razonamiento, Marcos dobló la cabeza y volvió a Joppe.

Myriam misma lo impulsó al cumplimiento de su deber, mientras Ella cumplía amorosamente su interminable misión de Madre para con todos los huérfanos de la vida, y entonces para los pequeños hijos de Ana, la menor de los hijos de Yhosep, aquella chiquitina de dos años que ella cobijó en su corazón a su llegada al hogar del noble artesano de Nazareth.

Sentada en su silloncito de hacer labor, teniendo a su lado a los dos pequeños, Myriam pensaba y sus dulces ojos se llenaban de lágrimas: *“¡Otra sepultura más que se abrió en mi camino! ¡Soy como un peñón solitario en el que se abrieron tantos sepulcros!...”*

“¡Oh, Señor, Dios de vivos y muertos! ¡Que tu divino amor sea el lazo que mantenga en unión eterna mi alma con las tuyas!...”

¿Qué sería para Marcos el regreso a su solitario hogar en la ciudad-puerto de Joppe?

Allí le esperaban sus escribas, sus auxiliares inmediatos, Ahmed y Osman, aquellos dos árabes de las Escuelas del Príncipe Melchor que tan eficaz ayuda dieron al Maestro en su misión en Damasco.

Le esperaban también José de Arimathea y Nicodemus, los dos grandes amantes de Yhasua a quien acompañaron desde la cuna al Calvario; y Pedro y María de Mágdalo, huéspedes de su casa desde antes de su partida a Nazareth.

El hogar de Marcos se había transformado en Santuario-Escuela y Taller. Era propiedad de la “Santa Alianza”.

Sus escrituras narrando la vida del amado Profeta Nazareno habían sido copiadas por varios Escribas y prolijamente encuadernadas, para facilitar su lectura en los Oratorios a que cada copia estaba destinada.

Su antigua alcoba la compartía el Apóstol Pedro, en cuyo corazón paternal descansó Marcos a su regreso de Nazareth donde había dejado sus dos hijitos, recuerdos vivos de su Ana, amada sobre todas las cosas de la tierra.

—Nada ha muerto, Marcos, porque todo vive en el seno de Dios —fueron las primeras palabras de Pedro al verle llegar y mirarlo todo, como si sus ojos buscaran a la que ya no estaba en la tierra.

El contemplar de nuevo los lugares que fueron nido de nuestras breves dichas terrestres, es algo tan hondamente doloroso al corazón humano, que Marcos no pudo sustraerse a esa emoción profunda. Y dejándose caer en su diván de reposo, lloró silenciosamente.

—Otra ausencia más, hijo mío, que hemos de soportar valientemente hasta que el Señor nos llame a su Reino —decíale Pedro sentado a

su lado—. Ella llegó antes que nosotros al término de su viaje. Su dicha junto a nuestro amado Maestro, debe valer más para ti, que la pena de no tenerla a tu lado. La ausencia de los amados nos arrastra más fuertemente hacia ellos hasta el punto de ocupar con ellos todos nuestros días y nuestras horas.

“Cuando los tenemos cerca, a veces los olvidamos o los descuidamos, distraídos en las múltiples emociones de la vida misma; pero cuando les sabemos ausentes nuestro corazón se torna en una lámpara encendida para ellos y que no podemos apagar jamás.

Las notas suaves de los himnos que se cantaban en la oración de la tarde, llegaron hasta la alcoba de Marcos, y Pedro se levantó para acudir al Oratorio.

—¡Vamos, Marcos!... Vamos a reunirnos con nuestros amados ausentes en la oración. Allí nos esperan todos ellos en torno al Divino Maestro.

Y por la mente de Pedro cruzó el recuerdo de Stéfanos al que tan tiernamente había amado.

En las almas grandes y buenas, el dolor es fecundo, así como en las almas pequeñas de escasa evolución, el dolor suele llevarlas a desastrosas conclusiones.

Las venganzas, los suicidios, los crímenes pasionales en general, son fruto casi siempre de un gran dolor que no hubo fuerza para soportar.

Marcos era un ser de largos caminos en la eterna vida del espíritu; y las fuertes alianzas con su alma compañera, y su contacto íntimo con el Cristo en esa hora, crearon en él una fuente maravillosa de recursos internos, de fuerzas poderosas que le ayudaron a pasar sereno la dolorosa prueba.

Se entregó de lleno al apostolado de la Verdad y del Bien a que lo impulsaban dos grandes amores: El Cristo y Ana su esposa. Sabía que se acercaba a ellos, que se identificaba con ellos, en toda obra de bien, de justicia y de amor que realizara. Y podemos decir que comenzó entonces la vida espiritual intensa de este ferviente amigo de Yhasua.

Una hermana de Marcos, Elhisabet, recientemente viuda, fue llamada para gobernar su casa y servir de compañía a las doncellas del Coro, que atendían el Oratorio y eran el alma de la vida espiritual de esa Congregación Cristiana que llegó a ser una de las más florecientes de aquella primera hora. En ella hicieron su aparición en la Escuela del Cristo, varios de los personajes que la tradición ha conservado con amor reverente, entre ellos, Lucas, Tabita, Petronila, el Centurión Cornelio y otros.

Lucas a inspiración del Apóstol Pedro escribió en griego una breve biografía del Cristo destinada a los adeptos de esa nacionalidad que empezaban a ser numerosos.

Para todos aquellos que no conocieron personalmente al gran Maestro, encontraban como un suave resplandor suyo en la palabra de los que fueron sus amigos íntimos.

Pero éstos..., veían correr lentamente los días y los años, y el vacío dejado por Él se hacía cada vez más hondo, más imposible de llenar con nada.

La atmósfera de terror que partiendo de Jerusalén se extendía hacia el interior del país, ponía en todos ellos esa dolorosa sensación de soledad y abandono en un mundo que les era adverso y hostil.

Y se les veía decaer a veces, hundirse en una desesperanza angustiada, para reaccionar y levantarse luego, como náufragos en un mar sin orillas, y teniendo solo a la vista la luz de la Estrella Maga que les había diseñado horizontes de divino ensueño, pero que se había escondido tras de espesos nubarrones dejándoles en tinieblas...

Y las avecillas del Cristo volaban de un lado a otro, favoreciendo así grandemente la difusión del Nombre amado, y del mensaje eterno traído a la tierra por Él.

¡Cuán grande y fecundo fue el dolor de aquellos primeros discípulos del Cristo!

Esto explica también que aparecieran entonces innumerables relatos sobre la excelsa vida del Ungido de Dios que fue tan vasta y múltiple en sus manifestaciones del poder divino que residía en Él.

Todos cuantos le conocieron y le amaron tenían algo que añadir al cuadro mágico de aquella vida, epopeya grandiosa de amor y de fe, de absoluta entrega a Dios y a la humanidad.

Y el Apóstol Juan, el último cronista del Eterno Ungido, ya lo dice claramente en su relato: “Muchos libros se escribirían si se hubieran de referir todas las obras realizadas por Él”.

Ante la pequeñez e incapacidad humana, casi aparece como inverosímil que en sólo treinta años de vida puedan caber tantas y tan grandiosas obras de bien, de justicia social, de transformación física, espiritual y moral de inmensas muchedumbres.

Debido a esta misma pequeñez e incapacidad humana, no ha faltado quienes lleguen a la afirmación de que el Cristo encarnado, es un mito, un personaje de leyenda, un ideal soñado pero no vivido, porque no conciben una realidad humana unida a tan excelsa grandeza divina.

Y si tan maravillosamente grande, nos aparece a quienes le miramos a través de veinte siglos, ¿qué no sería para todos aquellos que le vieron vivir esa vida suya plena de merecimientos, de bellezas, de desinterés absoluto y de heroicas renunciaciones?

A la luz de estos razonamientos aparece también la respuesta a otros interrogatorios que algunos pensadores se han hecho a sí mismos.

¿Por qué el afán, el deseo de morir sacrificados que se observa en los cristianos de los primeros siglos, y el ansia por la soledad de los desiertos, por la vida austera, casi inhumana, tejida de voluntarios padecimientos físicos y morales?

Se veían todos tan pequeños, tan míseros, con tantas deficiencias y fealdades espirituales comparados con la grandeza sobrehumana del Cristo, que buscaron la purificación de sus vidas en el sufrimiento voluntario, en la entrega de todo cuanto amaban y hasta de la vida misma, en aras de ese ideal de perfecta belleza que habían vislumbrado a través de la augusta personalidad del Cristo, de la que tan lejos se encontraban.

Y los más escabrosos desiertos se poblaron de anacoretas, y en las populosas ciudades corría la sangre de los mártires cristianos que desafiaban las iras fanáticas de los gobernantes idólatras con un desprecio estoico de la vida física. ¿Por qué? Han preguntado muchos pensadores desde aquellos tiempos hasta hoy. ¿Por qué?

He visto pintores borrar una y otra vez, y veinte veces lo que esbozaron en un lienzo y que no respondía a la imagen plasmada en su mente. Y por fin rasgar en pedazos el lienzo y arrojarlo a la cesta de las cosas inútiles.

He visto músicos despedazar una composición suya de muchos días y horas, y romper las cuerdas de su instrumento, de los cuales no brotaba la divina concepción que vibraba en su yo íntimo.

Y he visto también artistas de la piedra, romper de un martillazo la cabeza de una estatua en cuya faz no aparecía esa chispa de vida que siente y piensa.

¿No sería algo semejante lo que pasó por el mundo interno de los primeros y más íntimos amigos del dulce Rabí Nazareno, cuya belleza moral y grandeza espiritual elevó a tanta altura el ideal de perfección de todos los que le amaron?

LA GRUTA DE LOS RECUERDOS

La casa Oratorio, Escuela y Taller ocupada por Marcos en la ciudad de Joppe, se encontraba hacia un costado del modesto muelle, hacia el cual tenía una salida disimulada por las ramas de una corpulenta encina en la que se enredaban las trepadoras hiedras y las campanillas azules.

Ana, la dulce y mística Ana, había formado allí una glorieta rústica para gozar de la vista del mar en completo silencio y soledad. Su casa era turbulenta y bulliciosa con el entrar y salir de los marineros y jornaleros, de la carga y descarga de los barcos que llegaban desde todas las costas del Mar Mediterráneo.

A aquel apacible retiro llevó Marcos a Pedro y María, sus huéspedes y consoladores en la terrible hora de su dolor.

Era aquel un nido de los más puros y bellos recuerdos.

Allí flotaban como gorjeo de ruiseñores sus primeros idilios de recién casados, las timideces de Ana, sus preguntas casi infantiles que nada sabían del mundo y de la vida, porque la suya había transcurrido en la dulce quietud de su hogar nazareno entre el hilado y el telar; entre los nidos de alondras y el cantar de los jornaleros al compás del martillo y de las sierras.

El alma tiernísima de Ana vibraba para Marcos en todos los tonos, bajo la bóveda de fresco verdor de aquella gruta de sus recuerdos, donde había vivido las horas intensamente felices de sus veinte años de amor.

En la rústica mesita central había escrito él la mayor parte de la biografía de Yhasua, que a las fervorosas evocaciones de Ana, parecía surgir radiante, amoroso y vivo a compartir con ellos el encanto divino de aquellas meditaciones, cuando el crepúsculo del ocaso tendía sobre el mar en calma sus velos purpurinos y dorados.

Pedro, María y Marcos, fervientes enamorados del Cristo, bajo aquella gruta de los recuerdos anudaron alianzas que han persistido a través de los siglos y de las mudables contingencias humanas.

Allí les leyó Marcos todo cuanto tenía escrito sobre la vida y enseñanza del Cristo, Hijo de Dios.

Los pensamientos desandaban el camino hasta diez años atrás y la personalidad del Hombre-Ideal, se levantaba de nuevo como un radiante sol de amanecer.

Cuando Marcos leía aquel pasaje: –“...Y andando a las orillas del Mar de Galilea, vio a Simón y Andrés su hermano, que echaban la red en el mar, les dijo Yhasua: *“Venid en pos de mí y haré que seáis pescadores*

de hombres". Y dejadas sus redes, le siguieron..." –Pedro se echó a llorar a grandes sollozos porque sintió vivir de nuevo aquel momento y la presencia espiritual de su Maestro se hizo sentir fuertemente.

Cuando llegó la lectura al día del festín en casa de Eleazar, hijo de Simón, "...y entró una mujer cubierta de velos con un vaso de alabastro lleno de unguento puro de nardos que derramó sobre la cabeza, manos y pies de Yhasua...", sintió María revivir sus recuerdos y despertar de nuevo su dolor adormido en el fondo del alma.

—Calla, Marcos, calla por piedad. ¡No hagas vivir de nuevo lo que no será nunca más..., nunca más!...

Y salió corriendo como si fuera a tirarse al mar.

Pedro y Marcos la detuvieron cuando subía al peñasco que le interceptaba el paso.

—¡María!, hija mía: ¿No oíste repetir las palabras de nuestro Señor y Maestro cuando nos decía: "*El que quiera venir en pos de mí cargue valientemente su cruz y sígame*"?

Nuestra cruz, María, es vivir en este mundo sin Él. Es vivir de esta vida, que la ignorancia y la maldad humana convierte en un suplicio para los que hemos estado con Él, y hemos comprendido la grandeza de los misterios y de las leyes de Dios.

Sobre aquel peñasco que besaban las mansas olas del mar, se sentaron los tres enamorados del Cristo, sintiendo que la llama viva de los recuerdos les llenaba el alma de tristeza..., la tristeza infinita de la ausencia del ser amado sobre todas las cosas de la tierra.

¡Qué divina evocación en el silencio de aquella hora postrera de la tarde a la orilla misma del mar, mientras los últimos resplandores del ocaso teñían de rosa y oro las olas!

—María –le dijo Marcos viendo que continuaba llorando angustiadamente–. Nuestro dolor es uno solo, aumentado el mío con la partida de Ana que era la mitad de mi mismo. En mis conversaciones íntimas con nuestro adorable Yhasua, le oí decir alguna vez que: "*el amor, cuando es más fuerte que la muerte, tiene recursos supremos para el alma que le alimenta, y le hace florecer en ideas, en obras, en pensamientos grandiosos y sublimes capaces por sí solos de dar orientación y luz a innumerables almas*".

"Pienso que es llegado el momento para nosotros de probar al Divino Amigo que nuestro amor a Él es más fuerte que la muerte. Escribe María, escribe esos mensajes de amor que Él te da en la intimidad de tu corazón, y que no sean para ti sola sino para todos los que le buscan y le aman. Llena con ellos tu vida que encuentras estéril y vacía, y tendrás valor para vivirla.

“¿Crees acaso que no ha sido el dolor intenso de su ausencia el que

me ha llevado a escribir todos estos pergaminos, cuya lectura nos hace llorar?

Por fin la dolorida mujer pudo hablar:

—Únicamente en griego puedo escribir bien y debido a eso, sólo para mi misma escribo lo que Él me dice, y lo que yo pienso en la soledad dolorosa de su ausencia.

—Si tú quieres y tienes confianza en mí, yo seré tu traductor. Y aquí, en presencia de nuestro Hermano mayor Pedro, te prometo absoluta discreción y fidelidad en el cumplimiento de ese deber.

María miró a Pedro en una muda interrogación.

—Sí, hija mía —le dijo éste—. El consejo que te da Marcos está dentro de la consigna que el Señor nos dejó: *“No haya entre vosotros el egoísmo de lo tuyo y lo mío. Todo sea de todos los que siguen mi ley. Y en el amor que os tengáis unos a otros, conocerá el mundo que sois mis amigos”*.

Y María entregó a Marcos su cartapacio de Escrituras, en las cuales podía seguirse paso a paso la evolución de aquel espíritu a impulsos de su amor al Cristo.

Amor puramente humano en sus comienzos, fue un desbordamiento del alma que se lanzó sin freno en pos de la belleza física, moral y espiritual del hombre extraordinario, que reunía en su personalidad toda la perfección posible en un ser revestido de carne.

En aquella época como en la presente y en todas, el hombre terrestre, en general y casi en absoluto, vive entregado a la vida material, la vida de los sentidos a los que quiere complacer en todos sus momentos, olvidando completamente su personalidad interior, su verdadera vida.

Y la actuación de la Fraternidad Esenia en los días de Yhasua de Nazareth, como de todas las grandes Escuelas Espiritualistas del pasado, no fue más que un inmenso esfuerzo para despertar al hombre terrestre a esa otra vida superior que él olvida con tanta facilidad.

Y hoy más que nunca, esa vida superior está relegada casi exclusivamente a los monasterios, como si el hombre terrestre hubiera llegado a la convicción de que sólo aquellos que visten sayal y viven retirados en soledad, tienen un espíritu inteligente para cultivar.

Y es más lamentable aún, ver y comprobar que hasta las personas adheridas a agrupaciones consagradas a elevados estudios psíquicos y cultivo de las facultades superiores del espíritu, demuestran un desconocimiento completo de lo que es la psiquis humana, las leyes que rigen sus actividades, sus destinos grandiosos, las alianzas y pactos que formuló y aceptó en el mundo espiritual para realizar en su pasaje terrestre. Y se entregan a la vida de los sentidos al igual de los que nada saben y peor aún, pues que hacen un conglomerado, una desastrosa fusión de las leyes del espíritu con las concesiones fuera de ley que hacen a la materia.

Van fluctuando así entre dos corrientes sin comprender el daño causado al espíritu que languidece y se atrofia en sus facultades; y el daño causado a la materia que contrae enfermedades denominadas neurosis, histerismo, desequilibrio mental, demencia, etc.

A dilucidar esta ardua cuestión estaban encaminadas las sencillas palabras del Cristo llenas de una sabia lógica: “*No se puede servir a dos señores*”.

¡Espiritualistas de este final de Ciclo que me habéis acompañado...! Este humilde seguidor de Cristo os invita a meditar en la sabiduría de aquellos cristianos de la primera hora, que colocaban sobre el altar de sus Oratorios las Tablas de la Ley Divina, con aquellos diez mandamientos, base de la evolución humana.

No querían olvidarlos y les mantenían alumbrados permanentemente con una lámpara de aceite, cuya llama, viva siempre, se los recordaba sin interrupción. En aquellas Tablas de la Ley, veían ellos la vida humana perfecta, tal como el hombre terrestre debe vivirla si quiere que la paz, el amor y la salud siembren todos sus caminos de rosas y siempre vivas.

En aquella sombría gruta de los recuerdos, se esbozó la trayectoria que debían seguir tres amantes de Yhasua: Pedro, Marcos y María. Allí resolvieron también sus problemas de familia, José de Arimathea y Nicodemus. La forma en que el mundo de su tiempo recibiría los ideales a que había dado vida la palabra vibrante y la acción bienhechora de Cristo, era asunto que les preocupaba intensamente.

Fruto de estas cavilaciones idealistas fueron las escrituras que nos legaron esos dos consecuentes enamorados del Cristo y de su doctrina de fraternidad humana.

José de Arimathea escribió un minucioso comentario sobre las amplias orientaciones que Él había esbozado en sus discursos y conversaciones íntimas, sus predicciones para un futuro cercano y para el lejano porvenir.

Nicodemus formó su libro con los comentarios a las Siete Cuestiones, sobre las que versó el examen previo a la Consagración como Maestro de Divina Sabiduría del joven estudiante Yhasua de Nazareth, en el Gran Santuario de Moab.

Los lectores que recuerden este pasaje memorable de su vida, y que encontrarían un vacío en aquellas páginas, preguntarán sin duda: “¿Qué se hizo de toda aquella rica bibliografía que hubiera significado un tesoro de Sabiduría y una grandiosa iluminación para las almas ansiasas de Ciencia Divina?”

“¿Al superior conocimiento de la Causa Suprema en estrecha relación con los mundos, las humanidades que les habitan, las actividades estu-
pendas de las grandes Inteligencias que impulsan y dirigen la Evolución

del Universo todo; como los comienzos oscuros, imperceptibles, de la célula viva que los siglos van transformando en organismos más o menos perfectos?”

“¿Cómo se extinguió aquella llamarada de luz que Nicodemus, doctor de la Ley, extrajo de entre las bóvedas sombrías del Santuario de Moab?”

A sus años que ya le pesaban, hizo un largo viaje hasta las alturas de Moab, donde permaneció más de dos años copiando los relatos, que sobre las Siete cuestiones fundamentales tratadas por el Maestro, conservaban fielmente los Ancianos.

La incomprensión humana lo destruye todo, pero está el Archivo de la Luz que lo conserva todo y que en la hora debida lo revela todo.

Cuando Pedro vio más consolado y sereno a Marcos, se dispuso a partir hacia las ciudades costaneras del mar sin pensar aún en abandonar por completo Palestina. Su corazón se sentía adherido a esas tierras en que había nacido y vivido con sus padres y familiares; donde había nacido y vivido su vida de hombre el Cristo encarnado... Esa tierra que había Él hollado con sus pasos y regado con su sangre de mártir; esos valles y esas montañas que se reflejaron en el iris de sus ojos, y a los que Él dedicaba su amorosa contemplación llamándoles “*templo de Dios*”.

Y en la gruta de los recuerdos, Pedro, Marcos y María esbozaban en dulce y confiada intimidad, su itinerario del porvenir.

Pedro decía:

—Llegaré hasta Antioquía..., puede ser que hasta el Hermón, Ribla, Thipsa y Damasco, que Él santificó con su amor y su presencia; pero aún no siento en mi corazón el valor de abandonar para siempre esta tierra, donde he vivido con Él y donde le he visto morir y resurgir triunfante a una nueva vida de amor y de gloria.

Y Marcos respondía:

—Es verdad cuanto dice tu corazón, Pedro, pero si todos los amigos de Yhasua pensáramos de igual manera, su doctrina acaso moriría con nosotros en esta tierra en que Él nació, vivió y murió.

“Yo creo que acallando las voces de nuestro corazón, debemos llevar su Nombre y su palabra por todas las tierras habitadas por hombres. Siempre tendremos tiempo para volver a morir en esta tierra, donde descansan los huesos de nuestros padres y familiares. Yo pienso irme a Egipto y Cirenaica, donde trabajan tres inolvidables compañeros: Matheo el Levita, Zebeo hijo de Nathaniel y el Hack-Ben Faqui. Una gran afinidad de espíritu me une con ellos, y a más allí viven las obras del Príncipe Melchor y de Filón de Alejandría, con todo lo cual quiero identificar mi vida en adelante.

—Y yo —decía María—, acompañaré a este padre de adopción por las

tierras que él quiera visitar y que también visitó nuestro amado Maestro; pero quiero volver a morir..., ¿sabéis donde?

—En tu castillo de Mágdalo —dijeron a la vez Pedro y Marcos.

—No —dijo ella—, eso pertenecerá a Boanerges que se casó con una prima mía. No habéis acertado.

“Yo he elegido para habitación y para sepultura mía, aquella gruta de las orillas del Mar Muerto, en la desembocadura del Jordán, donde vivía Yohanán el Bautista los años de su predicación y donde nuestro Maestro estuvo con él, y pasó toda una noche en compañía del Príncipe Judá, Simónides y Faqui.

“La pobre esclava que recogió el cadáver mutilado de Yohanán, vive allí con su padre y cuida del pequeño oratorio que hicieron los discípulos del Profeta, que caminan por ambas márgenes del Jordán llevando en secreto los divinos ideales de su Maestro, que son los de nuestro Señor y Maestro, el Cristo Ungido de Dios. Tengo ya una celdilla preparada allí para terminar mis días sobre la tierra.

—Si tú, hija mía, piensas ya en el lugar de tu sepultura —dijo Pedro—, ¿qué dejas para mí que casi doblo tus años?

“Tu programa futuro debe ser diferente del mío... ¿No hubo un pacto con la Druidesa Vercia de que irías a su tierra a sembrar allí la enseñanza de nuestro Señor? ¿Y también con Nebai, la esposa de nuestro amado Príncipe Judá?

“¡Oh, María!... Paréceme que flaquea tu memoria más que la mía y en estos diez años de angustia has olvidado algunas cosillas que no deben olvidarse nunca.

María sonrió tristemente antes de contestar.

—¡Es verdad, Pedro..., es verdad!..., pero tú olvidas también que de una manera habla el corazón humano, ebrio de amor, de esperanza, de optimismo cuando ve cercana la gloria, el triunfo, el éxito del gran Ideal hecho hombre que todos amamos; pero el corazón enmudece, Pedro, cuando ha visto horrorizado la espantosa maldad humana que le llevó a un patíbulo de infamia y le hizo morir como a una impostor. ¿Qué más de lo que Él hizo le faltaba ver a esta vil y páfida humanidad para caer de rodillas a sus pies y decirle: ¡Señor!... eres lo más noble, puro y grande que ha bajado a la tierra?

“¿No vio sanar millares de enfermos incurables, arrancar su presa a la muerte, abrir calabozos perpetuos, romper cadenas, salvar esclavos, volver a la lucidez los dementes, florecer la misericordia y la paz dentro y fuera de este país, y allí mismo donde el egoísmo y el odio estaba matando de miseria y de hambre a millares de seres?

“¿Qué haces tú con los tigres y las hienas que te atacan en la espesura de una selva?... Si tienes a mano una jauría de perros la sueltas sobre las

fieras, y si ninguna defensa tienes, huyes a refugiarte en las entrañas de las rocas a vivir de aquel amor que pudo llevarte a la gloria y que sólo es un recuerdo... ¡una incurable herida que sangrará mientras vivas!...

“¡No me hables de esta humanidad, Pedro! Háblame de las flores del campo que Él miraba con amor al pasar, de los árboles que le brindaron su sombra, de las aguas del mar en que se reflejaba su imagen y refrescaban sus pies, de los barquichuelos en que bogaba por las tardes cuando el ocaso tendía para Él sus cendales de púrpura; de las alondras que cantaban en el monte cuando Él subía allí para orar..., de las estrellas que contemplaban silenciosas el éxtasis de su Espíritu, de la luna pálida que besaba su frente, de la brisa que ondulaba sus cabellos... Todo eso es amor y belleza.

“Pero deja a la humanidad, piara de lobos, que se harte de sangre de justos y se revuelque en su lodo y su inmundicia. ¿Qué haremos nosotros si nada pudo Él que tenía el poder de Dios en sus manos?

Dos lágrimas ardientes temblaban en las pestañas de aquella mujer y un temblor nervioso sacudía su cuerpo.

La piedad de Pedro se conmovió hasta el llanto y acercándose a ella le tomó las manos porque comprendió que de nuevo volvían las crisis histéricas, y que atacaban de tiempo en tiempo a María, cuando los terribles recuerdos encendían nuevamente su llama inextinguible.

Una tempestad de sollozos y una extrema laxitud puso fin a aquella dolorosa escena.

En el silencio de Marcos, su yo íntimo se debatía en una lucha tremenda. Veía la verdad en las protestas acerbadas de María, pero en su horizonte mental veía también diseñarse la palabra plena de amor del Maestro:

“Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia”.

“Lo que hagáis por vuestros semejantes, por mí lo hacéis”.

“Esta humanidad es mi herencia eterna y vosotros sois mis colaboradores en la obra de su redención”.

Ante estos recuerdos, el pesimismo fue retirando lentamente sus baluartes del yo íntimo de Marcos y su alma se inundó de una inefable ternura. Recordó por fin otra sublime frase del adorable Yhasua:

“Amar lo que no merece ser amado es el heroísmo del amor”.

Y esta frase la repitió cuando volvió la calma entre ellos.

—¡Cuánto me cuesta —dijo María—, amar una humanidad que lo aborreció de muerte a Él..., a Él que era el Bien y el Amor hecho hombre!

—Si pensamos que es una ofrenda de amor que le hacemos a Él, nos costará menos —observó Pedro fortaleciendo la idea de Marcos.

Unos días después partía Pedro con María hacia Cesarea; y Marcos

se entregaba de lleno a dar instrucciones a Ahmed y Osman, que debían quedar al frente de los negocios que manejaba Simónides.

Lucas, gran amigo que fue de Stéfanos, con Elhisabet hermana de Marcos y Tabita de Arimathea, sobrina de José, quedaron encargados de la Congregación Cristiana de Joppe y del Oratorio, en que se reunían las cuatro centenas de discípulos del Cristo que fueron el cimiento de la futura cristiandad. Y Marcos, siguiendo el impulso de su corazón se embarcaba un mes después para Alejandría, donde le esperaba el Apóstol Zebeo en su barca “Amare Victum”, que les conduciría a su floreciente Escuela del Lago Merik.

64

EL APÓSTOL JUDAS TADEO

El lector recordará al jovencito pastor de antílopes que encontró Yhasua en su primer viaje a Ribla acompañado por los esenios del Santuario del Tabor.

Le encontró cuidando sus gacelas bajo los cerezos de la pradera a orillas del Nahr-el-Awaj que fertiliza las hermosas comarcas vecinas a la ciudad de Damasco.

Su madre, Sultane de Cafarnaum, viuda de Tadeo de Gamala y hermana de Ananías, Hazzan de una Sinagoga de Damasco, había sido doncella favorita de Helena de Adiabenes antes de su matrimonio con el Rey Abenerig Adiabenes, o sea cuando estaba aún en el hogar de su padre, Príncipe de Beth-sur. Esta vinculación doméstica y familiar podemos decir, la habían conservado ambas por medio de esa correspondencia tardía pero constante, a través de los años y de las dificultades que ofrecían las distancias y los escasos medios de comunicación y de transporte de aquella época.

Ya se comprenderá que Helena, desde su alto rango, era la que favorecía con generosa prodigalidad, y la ex doncella la que recibía los favores con amorosa gratitud.

De esta antigua vinculación se valió Judas, hijo de Tadeo, Apóstol de Cristo, para pedir recomendación a la reina Helena retirada en Jerusalén, a fin de facilitarse la misión que había aceptado desenvolver en los países de Mesopotamia.

Y Helena se la dio tan generosa y amplia, que Judas partió con la primer caravana que iba al norte, cuando se decretó la emigración de las golondrinas del Cristo después de la muerte de Stéfanos y del Apóstol Santiago.

Era el mismo tiempo en que Saulo de Tarso hacía correrías por su

cuenta primeramente y autorizado por el Sanhedrín después, para perseguir a los Nazarenos como llamaban a los primitivos cristianos; y Judas Tadeo, le encontró en Damasco, ciego todavía por la conmoción cerebral que le ocasionó la caída del caballo y la impresión de la visión del Cristo que le reprendía su cruel actitud para con sus discípulos.

Desde que Judas se apartó de Jerusalén, su camino fue todo un solo recuerdo que vivía de nuevo en cada aldea, en cada colina, en las casitas humildes cuyos huertos les habían brindado sus sombras y sus frutos, en las incansables correrías de aquellos tres años largos, transcurridos como un dulce sueño en compañía del inolvidable Maestro...

La caravana le dejó en Cesarea de Filipo, última ciudad de la tierra natal, y Judas deseaba apartarse solo hacia el Monte Hermón, donde contaba permanecer unos días antes de continuar su viaje.

Ni el Tetrarca Felipe, ni su esposa Herodías existían, ya que el cáncer, plaga de su raza, la había eliminado de la vida física, y el Tetrarca murió misteriosamente para todos, pero en realidad asesinado por los acreedores de Herodías cuyas enormes deudas se negó a pagar.

Se las cobraron ellos mismos, con las riquezas y joyas de gran precio que la fatal mujer había acumulado por los más inicuos medios que ya conoce bien el lector. Aquella fastuosa mansión de lujo, de placer y de crímenes, fue desmantelada por los burlados proveedores de los lujos de Herodías, cuyos esclavos huyeron bien pagados, por entregar secretamente la real mansión a los que buscaban allí lo que era suyo.

El Apóstol de Cristo al llegar a la gran plaza de las Caravanas trató de orientarse en la gran ciudad, y se dirigió a lo que llamaban Barrio Viejo donde estaba desde muchos años atrás la Sinagoga de Nabat, sitio en que el Maestro se había hospedado con el tío Jaime en su último viaje a Damasco.

El anciano vivía aún, pero recluso en un sillón que no abandonaba sino para ir al lecho en las horas del sueño. Su esposa había muerto tres años hacía y vivía acompañado y cuidado por su hija Sara, viuda y madre de dos hijas casadas, que allí vivían con sus niños de poca edad.

El viejecito, fervoroso amigo de Yhasua, vivía feliz entre su joven descendencia, a los cuales relataba con lujo de detalles la prodigiosa vida de ese Hombre-Luz del mundo, que él había hospedado allí mismo donde todos vivían con paz y alegría de corazón.

Judas Tadeo que venía de Jerusalén con el alma torturada por los últimos terribles acontecimientos, y por el adiós que podía ser para siempre dado a Sultane su madre, establecida entre su parentela de Cafarnaum, se sintió curado junto al anciano tío, que parecía vivir en un éxtasis de amor con el recuerdo del excelso huésped, que pasó un día por su casa como un astro sereno de luz, de paz y ternura infinita.

El Apóstol de Cristo sintió que revivía allí su drama íntimo..., el drama de su corazón de veintitrés años que el amor del Maestro y su palabra consoladora había hecho casi olvidar. Había tenido una esposa que le fue fiel solo tres años, y a quien el desmedido afán de riquezas y de lujo había llevado al más tremendo desastre que puede sufrir una mujer. Se entregó como favorita de un magnate árabe, cuyo amoroso entusiasmo desapareció con el tiempo y la infeliz se vio reducida a la triste condición de esclava de las nuevas favoritas, que se iban sucediendo como las estaciones del año.

La pobre Dalia sufría un tenebroso invierno que acabaría con su vida, y reconocía haberlo merecido por su innoble conducta para el que la eligió como única esposa.

Judas la había amado tanto que no tuvo el valor de entregarla a los jueces de Israel, para que se cumpliese en ella la Ley. Y fue entonces que se alejó de Damasco acompañado de su madre, y fueron ambos a establecerse en la tierra nativa, la pintoresca Cafarnaum en la región norte del Mar de Galilea donde tenían la antigua posesión de los padres de Sultane que ya no vivían.

Habían vendido en Damasco su rebaño de antílopes y ovejas, y en Cafarnaum se dedicó Judas al cultivo del huerto, herencia de sus antepasados. Tal fue su vida hasta el feliz y glorioso momento en que el Mesías Ungido de Dios le dijo: *¡Ya es la hora!*

En la populosa capital árabe le esperaba el epílogo de su drama sentimental de la primera juventud. Por entonces, contaba Judas unos cuarenta y siete años, y tenía en completo olvido aquello que en otro tiempo le pareció un completo derrumbe de su vida.

Verdad es que al entrar en la bella ciudad arabeña, no pudo evitar que los recuerdos de su juventud vivida allí, se despertasen vagamente aunque sin causarle sensaciones dolorosas.

Se sentía lleno completamente del amor, de la gloria y la grandeza de su Maestro, que en sus largas charlas con el tío Ananías se habían encendido más vivamente.

En su Sinagoga le obligaron a hablar, como testigo ocular de cuanto había pasado en los años que vivió con el Mesías de Israel. Los Escribas de aquella Sinagoga llenaron cartapacios con los relatos del Apóstol, que fue sintiéndose curado de los terrores y espantos que traía como cendales de negro humo prendidos a su yo íntimo, allá en Jerusalén, donde rugía el odio y la persecución para los discípulos de Cristo.

Y su tío Ananías le hacía leer en alta voz los pergaminos que él conservaba con reverente amor, en que había escrito él mismo las obras que el Maestro realizó en su misión de Damasco, y que el lector no puede haber olvidado.

—¡Qué buen comienzo tiene la misión mía de Apóstol del Señor!... —exclamaba Judas en íntima conversación con el anciano Ananías—. Ha ocurrido tal como mi madre me lo decía: “Aunque tienes el nombre del infeliz discípulo que entregó al Señor, en manos de sus enemigos, yo sé que tú serás un perfecto Apóstol del que te eligió para serlo”.

Y en su alma sencilla y buena comenzaba a florecer el optimismo, la paz, la quietud interior que los últimos terribles acontecimientos de Jerusalén, habían destrozado casi por completo.

Y cuando ya pensaba despedirse de Damasco y seguir viaje a las nevadas cumbres del Monte Hermón, para pedir orientaciones a su tío Nahum, Servidor del Santuario, tuvo la idea de salir a recorrer los barrios suntuosos y concurridos de la gran capital.

A esos barrios no se permitía la entrada a los mendigos ambulantes, que se veían obligados a quedar bajo los árboles que rodeaban una fuente, y que por eso llegó a llamarse la “fuente de los mendigos”.

Las personas piadosas y de noble corazón, allí acudían cuando deseaban cumplir la ley de la limosna a los necesitados. Judas tenía que pasar por allí para entrar a la gran columnata Tarik-el-Adwa, que encerraba toda la riqueza y el esplendor de Damasco.

Y al llegar a la fuente sacó su bolso para repartir monedas entre una media docena de mendigos, hombres y mujeres que allí había.

Al llegar al cuarto bulto, oscuro por la penumbra del atardecer bajo los árboles y por el color del manto que le cubría, Judas vio aquellos ojos llorosos y suplicantes que le miraban mientras tendía la mano, y su corazón se estremeció de espanto y de lástima.

Allí estaba aquella Dalia o Dalila que él tanto había amado, y que lo traicionó por el lujo y el esplendor del harén de un magnate arabeño.

Retuvo en su mano la moneda que iba a darle y continuó mirándola para cerciorarse de que era ella..., ¡ella misma! Vestida de harapos descoloridos y rasgados y con su rostro más envejecido aún que sus vestiduras.

¿Qué se había hecho de aquella radiante juventud de dieciséis años que él había recibido como esposa veinticinco años atrás?

La había deshecho entre las redes del vicio y de la miseria, y ya no era sino un harapo, una piltrafa de humanidad como tantas y tantas que van quedando a lo largo de los caminos de la vida.

—Mujer —le dijo—. Tengo que hablarte.

Al oír aquella voz, la mujer reaccionó y miró al Apóstol ávidamente. Él sostuvo la mirada y la infeliz mujer retiró y escondió la mano que había tendido.

—¡Judas! —exclamó sordamente, envolviéndose toda en su oscuro manto, como para aislarse de aquel fantasma de su turbio pasado que se levantaba para acusarla.

—No quiero acusarte —le dijo Judas en lengua siria, para que no comprendieran los otros mendigos—. Lo que quiero es socorrerte, si me sigues al otro lado de la fuente. —Y Judas dio toda la vuelta al zócalo de mármol que rodeaba el estanque y fue a sentarse al banco más apartado.

A poco rato apareció la mujer, apoyada en un bastoncito de caña que la ayudaba a caminar cojeando y con mucha dificultad.

—Siéntate —le dijo Judas señalándole un sitio a su lado.

¡Qué duro contraste ofrecía el Apóstol de cuarenta y cinco años, rejuvenecido y embellecido por la doble fuerza que da una vida honorable y recta, y por la irradiación soberana del Cristo, que lo envolvía desde los años que vivió a su lado, con la presencia de aquella infeliz mujer que sólo tenía cuarenta y un años y representaba sesenta!

La túnica de lana blanca y el manto violeta oscuro de Judas, contrastaba más aún con los descoloridos harapos que vestía ella, a la que él viera por última vez a través de las verjas doradas de los jardines del harén, veinte años atrás, como una visión de gasas y de sedas.

El más vivo recuerdo encendió de pronto su linterna mágica y el cuadro casi borroso por los años, adquirió el mismo colorido de aquel día fatal.

Judas se cubrió el rostro con ambas manos, para aislarse de aquella visión y a la vez serenar su mundo interno. Un momento de silencio y luego le habló así:

—No esperaba encontrarte, Dalia, y menos aún en el triste estado en que te encuentro; pero la Ley Suprema que todo lo ordena lo ha querido así y debo aceptarlo como una prueba de la Justicia Divina, para hacerme ver la verdad de las palabras oídas al Cristo Hijo de Dios: “*Lo que siembras, eso recogerás*”.

“Si a nadie tienes en el mundo que tenga piedad de ti, la tendré yo para que tengas tú una prueba de la Bondad Divina, que no olvida a ninguna de sus criaturas aunque ellas le olviden para lanzarse a los barrizales de la vida en busca de la felicidad.

“Mi tío Ananías vive aún entre sus hijos y nietos, y en su Sinagoga se socorre a todo el que lo necesita.

“Dejaré allí un depósito en dinero para que te sea entregado todos los sábados. Y si no tienes vivienda, yo te conduciré al Refugio de la “Santa Alianza” que atienden los terapeutas del Santuario del Monte Hermón.

“¿No me respondes nada?”

Sin volver la mirada hacia él, Dalia contestó con apagada voz:

—El mayor castigo que me ha dado la vida ha sido este encuentro inesperado Judas..., y hubiera preferido una puñalada por la espalda, a recibir tu mirada y tu palabra.

—Es una lección tardía quizá, pero siempre útil para que en tu triste ancianidad, rehagas tu vida, entregando a Dios el despojo de lo que pudo ser una vida honorable, feliz y llena de merecimientos —le contestó Judas—. Mucho padecí por causa tuya pero el Amor Divino me ha curado, como serás curada tú si le buscas con sinceridad de corazón.

—Prefiero que me abras las puertas de ese Refugio que dices, donde nadie me conoce, a presentarme en la casa de tu tío, donde seguramente no encontraría el perdón y la bondad que me demuestras tú —contestó por fin Dalia con un cansancio en la voz, que el Apóstol de Cristo comprendió muy bien cuando castigada por la vida estaba aquella mujer.

La fe hace prodigios, la esperanza que florece hasta en las ruinas, y el amor que colma nuestros anhelos, habían huido de su corazón como niños espantados de un abismo. ¡Cuán cierto es que el alma que tuerce el camino designado por su ley, se arroja a un precipicio del que es tan difícil salir!... Pero Judas encontró en el amor de su Maestro y en su divina enseñanza, el rayito de luz para aquel ser en tinieblas.

Y fue Dalia, el amor de su juventud, la primera obra de redención que el Apóstol llevó a cabo al iniciar su camino de salvador de almas. Esa misma tarde, le hizo cambiar su raída vestidura en la primera tienda que encontraron al paso, a fin de presentarla decentemente vestida en el portal de la “Santa Alianza”, donde iba a conducirla de inmediato, ya que ella se avergonzaba de presentarse ante el anciano Ananías, cuyos consejos había despreciado en los días, lejanos ya, de sus locos desvaríos.

El lector recordará la posada “Ánfora de Plata” donde el Maestro se hospedó durante la misión que realizó en Damasco.

El propietario, gran amigo de Simónides como recordará el lector, había fallecido antes de la muerte del Maestro; y siendo aquella posada una Agencia de los negocios del gran comerciante, él mismo la adquirió como apoderado general de la familia del Príncipe Ithamar, aquel inolvidable amo de su juventud al que tan fielmente había servido aún después de su muerte, en los descendientes que él dejara.

La “Ánfora de Plata” se había transformado de posada en Refugio-Taller-Escuela de la “Santa Alianza”, al estilo de las que existían en las ciudades más importantes de Palestina.

Se llamaba la “Escuela del Profeta”, nombre elegido por aquella niña paralítica que el Maestro curó: Adita, hija del potentado magnate Jeramel que el lector recordará.

Era ella misma, joven de veinticinco años, quien la regentaba bajo la dirección de los terapeutas del Santuario del Hermón. Empleaba sumas enormes para que todos los refugiados, ancianos y niños se sintieran felices en la “Escuela del Profeta”.

Su padre que guardaba reverente memoria del hombre extraordinario,

que le hizo ver y comprender la vida en su verdadero significado, no negaba nada a la hija que el Profeta le había devuelto curada y feliz. Y era su dicha asistir a los festivales que Adita organizaba en la “Escuela del Profeta”, para expansión y recreo de aquella porción de humanidad que buscaba en ella un mendrugo de paz y de dicha para sus vidas de soledad y de dolor.

A este recinto de amor y de paz condujo Judas a la mujer amada de su juventud. El corazón de Adita se desbordó de ternura y admiración hacia Judas, Apóstol del Profeta, por quién sentía ella tan intenso amor.

Tanto le rogó quedarse allí para divulgar la enseñanza del gran Maestro, que Judas no pudo negarse y permaneció un año en Damasco, concurriendo diariamente desde la casa de su tío Ananías a la “Escuela del Profeta”.

A instancias de Ada, escribió Judas allí mismo todo cuanto había recogido de la excelsa vida del Cristo, y además un Reglamento basado en sus enseñanzas, para norma de vida de los refugiados y de todas sus actividades.

De todo cuanto este Apóstol de Cristo escribió en su estadía en Damasco, el mundo cristiano solo conoce su Epístola llamada “Universal”, que dejó como despedida a los colaboradores de Ada y a los refugiados en la “Escuela del Profeta”.

En dicha Epístola, el Apóstol trata de prevenirles contra los falsos profetas y maestros que ya comenzaban a manifestarse en nombre del Ungido de Dios.

Y los calificativos que les aplica son dignos de ser recordados en estas páginas... *“Son nubes sin agua que los vientos arrastran de un lado a otro, árboles marchitos como en otoño, sin fruto, dos veces muertos y desarraigados”.*

“Fieras ondas de la mar que espuman sus mismas abominaciones; estrellas erráticas, a las cuales es reservada la sempiterna oscuridad de las tinieblas”.

En el año que Judas permaneció en Damasco, tuvo la satisfacción de ver la transformación moral y física de Dalia. Fue curada de su cojera producida por un tumor producido en la rodilla izquierda. Y fue curada de los vicios contraídos en el rodar por los bajos fondos, a donde descienden los seres que extravían su camino.

En la triste servidumbre a que fue sometida en el harén, cuando dejó de ser favorita y se convirtió en esclava, había sido copera de las sucesivas favoritas del príncipe árabe, y era su obligación tomar un sorbo de cada copa de licor que ofrecía a su ama.

De esta forma contrajo el vicio de la ebriedad y con él, otros y otros que le son inherentes. Había llegado a la “Escuela del Profeta” como

un maltrecho saco de vicios que fue eliminando poco a poco, por falta de oportunidades primero, y también por el ambiente de rectitud y de severa moral que allí existía.

Honorables viudas esenias refugiadas allí mismo, eran las celadoras en el pabellón de las mujeres y de los niños.

Y dos ancianos terapeutas vivían permanentes en el pabellón de los hombres.

En los talleres de tejidos, en los secadores de frutas, en el cuidado de las plantas medicinales, en los jardines, en las pajareras de mirlos y ruiseñores, había trabajo variado y fácil, que mantenía ocupada la atención de los refugiados en forma de no quedarles tiempo para los vicios contraídos en la displicente ociosidad.

Cuando Dalia se vio curada y algo rejuvenecida, tuvo que luchar contra la tentación de huir del Refugio, en busca de la vida libre y miserable que había hecho desde que se escapó del harén.

Pero el Apóstol Judas repetía al Maestro en su oración de cada día estas palabras: “¡Maestro y Señor mío!..., ¡recibe este ser que me fue tan querido, como la primera ofrenda que te hace este discípulo tuyo que aprendió de Ti, a amar lo que no merece ser amado!... ¡Maestro mío!..., ¡que esta humilde y mísera ofrenda mía sea retenida para siempre al pie de los altares de tu ley!”

Y la oración del Apóstol llegó al Maestro, y una fuerza extraña que a veces sublevaba a Dalia, le impedía realizar la huída cada vez que sentía la tentación de hacerlo.

Una de las viudas celadoras era parienta de Ananías y por tanto de Judas también, y a ésta fue a la única a quien él confió el secreto de la vida de Dalia, a fin de que se interesase más por la curación moral que el Apóstol deseaba.

Y esta mujer se convirtió en ángel guardián de la extraviada, a la cual procuraba tener constantemente a su lado.

Judas mantuvo relación epistolar con Dalia, durante su ausencia de muchos años por los países en que realizó su apostolado.

También dirigió algunas epístolas a Ada; una sola al tío Ananías que murió al poco tiempo de su estadía en Damasco, varias a Nahum, su tío y Servidor del Santuario del Hermón, y al regente del antiguo Peñón de Ramán, convertido en Taller y Escuela correccional para varones adultos y menores de edad. Era uno de aquellos cautivos redimidos por el amor sobrehumano del Profeta Nazareno, como le llamaron siempre los damacenos. Era el único de aquellos incendiarios cautivos que había quedado allí; y tan sincero y grande fue su arrepentimiento, que Ada, regente general de todas las obras comenzadas allí por el Maestro Nazareno, tuvo la confianza de ponerlo al frente de los refugiados en el

correccional del antiguo Peñón de Ramán, bajo la tutela de los terapeutas esenios que realizaban allí frecuentes visitas. Su nombre era Agabo, originario de Sidón, y fue un colaborador ferviente de Bernabé y de Pablo, en Antioquía, poco tiempo después.

Algunas de las epístolas de Judas, fueron también dirigidas a Agabo, cuya transformación moral y espiritual fue tan manifiesta para todos, que servía de estímulo a los débiles en la *“fe que traslada a las montañas”*, según la frase del Divino Maestro para hacer comprender la fuerza de la soberana voluntad que busca el bien y la justicia.

Pero la dirigida a su madre Sultane, hija de Cleofás, residente en Cafarnaum, sobrepasa a todas en ternura y devoción hacia el Mesías su Maestro, cuyas obras de amor iba conociendo después de diez años de haber desaparecido Él de los valles terrestres.

* * *

Las Epístolas de Judas Tadeo:

I

“Al buen tío Ananías, hermano en el amor del Cristo nuestro Señor, paz y salud.

“Hace nueve días que me encuentro en la serena quietud del Santuario del Monte Hermón.

“Es como una embriaguez de soledad, de vida espiritual, que comienza al clarear el alba y termina cuando los ojos se cierran al sueño.

“¿Cómo habré de comenzar esta epístola si son tan intensas y vivas las emociones recibidas en estos nueve días de vivir en Dios?

“El tío Nahum me recibió como si fuera yo un don que le hace el Cristo nuestro Señor, del cual me pide todas las noticias de los últimos días y sobre todo de los cuarenta de gloria y de amor, después del sepulcro.

“Ahora comprendo mejor el extremado amor de los Ancianos a la soledad absoluta que gozan en sus Santuarios de grutas abiertas en la montaña.

“Ya no me asombra de que ellos obtengan maravillosas visiones, altos conocimientos de las leyes divinas que rigen los mundos y las almas.

“La soledad con Dios es la madre fecunda de las más grandes manifestaciones del Poder Divino y del Amor Eterno, en relación íntima con las criaturas humanas.

“De esta soledad extraen ellos todo el poder y toda la fuerza que ponen en acción cuando bajan de su montaña santa, para llevar a sus semejantes la paz, el consuelo y la salud.

“Cada gruta o celdilla habitada por cada uno de ellos, aparece cubierta en su muro interior por tablillas con nombres de sus protegidos del

mundo exterior, con una frase que pone de relieve el dolor que sufre. Y al lado de esos nombres se ven palabras como éstas: Esposa abandonada con hijos pequeños – Madre viuda olvidada de los hijos – Anciano paralítico sin nadie a su lado – Cautivo por veinte años en el presidio de... – Sentenciado a pena de muerte si no se descubre el autor del crimen dentro de cuarenta días – Cautivo perpetuo, y su mujer e hijos abandonados – Leproso – Tuberculoso – Demente – Fugitivo de la justicia por homicidio, intenta matarse en el precipicio si es descubierto...

“Y así, tío Ananías, el solitario tiene ante su vista los cuadros de dolor que debe remediar con la fuerza de su pensamiento y de su amor, unidos a la acción sabiamente encaminada al bien de sus semejantes ¡Qué retiro y soledad más fecundos!

“¡No sé si andando yo por el mundo realizaré tantas obras de amor como ellos en su soledad!

“A veces siento el deseo de quedarme aquí para siempre.

“Pero los Ancianos se asustaron de esto que ellos llaman una tentación del espíritu del mal e hicieron oración para que yo fuera iluminado.

“Tuve la palabra espiritual de nuestro Señor el Cristo, que me dijo: *“La soledad de los esenios, es el cofre de oro que recoge y guarda la vibración eterna de la Divinidad sobre las criaturas humanas; y mis Doce y sus compañeros son la palabra mía que guía a la humanidad a sus destinos futuros”*

“En estas palabras del Divino Maestro, he comprendido que por diferentes caminos debemos cumplir cada uno su propia ley o programa de vida, que el Eterno Designio le ha marcado según a lo que estén destinadas sus energías y actividades.

“Estuve durante un año a vuestro lado. Pienso permanecer otro entre estos justos del Hermón, curándome las heridas del alma producidas por todos los terribles acontecimientos de Jerusalén en estos últimos diez años.

“Os haré saber mi partida y el camino que he de seguir, que quizá será el mismo que os tengo ya indicado.

“Vuestro sobrino y hermano en nuestro Señor el Cristo”.

“Judas de Gamala”.

II

La segunda epístola estaba destinada a su madre Sultane de Cafarnaum y decía así:

“A mi amada madre en su retiro de Cafarnaum, paz y salud del Cristo nuestro Señor.

“Tu contestación a mi epístola desde Damasco, me hace ver la tranquilidad que te rodea y la bondad de nuestra protectora la reina Helena, que tan acendrado amor te demuestra.

“En la soledad del Hermón, también gozo de salud y de paz, viviendo de recuerdos y de esperanzas, que florecen en el alma al lado de estos santos hermanos de amor y de fe.

“Aquí me preparo y tomo fuerzas para soportar en medio del mundo la injusticia, la incomprensión y la maldad de los hombres sin amor y sin fe, sin ideales y sin luz para encontrarlos y seguirlos.

“¡Cuán dolorosa y difícil me será esa tarea, lo sé y lo comprendo desde ahora!

“Pero tengo la firme confianza de que el Maestro, mi Señor, me auxiliará poderosamente para no defraudar su esperanza puesta en cada uno de sus Doce, y en todos los que le amamos y hemos recibido el tesoro impagable de su enseñanza y de su amor.

“Vive tranquila en cuanto a mi vida material que con los dones del tío Ananías y los consejos y recomendaciones del tío Nahum para las Escuelas de Baltasar, y de la reina Helena para sus hijos de Susiana, creo tener más de lo necesario para cumplir las voluntades del Cristo mi Señor.

“Que tu oración y tu amor me sigan, madre mía, en el camino largo que muy pronto he de comenzar. De aquí a tres lunas podrás mandarme tus noticias a Babilonia, Plaza de los Reyes, Casa de Misericordia, donde el Maestro Abbas me dará hospedaje y donde permaneceré algún tiempo.

“Bendíceme y ora por tu hijo”.

“Judas”.

65

ROSAS DE LA TARDE

Son tan complejas las redecillas vivas tejidas con las fibras dolientes del corazón humano, que el observador se detiene, con creciente asombro, en sus análisis minuciosos de las almas que van flotando en su derredor, como avejillas tímidas sobre un viñedo en maduración.

El encuentro de Judas, hijo de Tadeo, con la tan querida mujer de su juventud despertó su dormido corazón a las emociones sentimentales. Y tuvo que luchar consigo mismo para no desandar el camino andado, y continuar sereno y firme la senda emprendida, desde que oyó al Maestro decirle aquella noche a orillas del Mar de Galilea: *“¡Ya es la hora!”*.

Su amor propio herido, su dignidad de hombre honesto y leal había sido cruelmente ofendida por los extravíos morales de la que fue su esposa. Parecíale poner sombras en su senda iluminada de estrellas el aceptar unir nuevamente su vida a la de la infeliz mujer que lo había traicionado. Pero su corazón de hombre comenzó a reclamar sus

derechos al calor de otro corazón. Sólo contaba cuarenta y cinco años y ya no estaba a su lado el gran ser que había llenado todos los vacíos en los corazones que le amaron.

Y Judas sintió que en su alma se encendía una estrella nueva en la tarde de su vida que hacía florecer las rosas en su huerto interior. ¿Qué era aquello?

Le alarmó en sumo grado verse acosado por emociones intensas cuando visitando la “Escuela del Profeta”, vio tan de cerca la vida de ángel terrestre de Adita, la joven salvada por el Divino Maestro cuando contaba diez años de edad.

En su alma noble y justa se despertó naturalmente una grande admiración por ella, cuyas actividades secundó con ardiente entusiasmo.

Y en las pocas horas de soledad que entre tan complejas ocupaciones tenía, no una sola vez apareció en su horizonte mental este pensamiento: ¿Por qué no se cruzó en mi camino una mujer como ésta en vez del pobre ser que unió su vida a la mía para mi desgracia y la suya? Hubiera sido una vida como la de Judá y Nebai, como la de Marcos y Ana, jardines de santos amores de donde surgen como de inagotables manantiales las obras grandes y bellos ángeles de Dios, que sean en el futuro apóstoles del Cristo, para continuar su Obra comenzada por Él ayer y continuada por nosotros hoy.

La dulce Ada, como una abejita de luz no desperdiciaba momento entre las múltiples atenciones que voluntariamente había aceptado, desde que fue capaz de plasmar en obras lo que aprendió del Profeta Nazareno, y no se apercebía de la admiración y viva simpatía que despertaba en el Apóstol de Cristo.

Y el pensamiento tenaz y persistente como un suave martillito de plata continuaba golpeando en su yo íntimo: “¡Ada, Ada... flor de luz encendida en la tarde de mi vida!... ¿Eres una estrella nueva alumbrando mi camino o un precipicio que intercepta la senda que elegí?

Se entregó a la más solitaria meditación en busca de la divina luz, y durante seis días no acudió a la “Escuela del Profeta”.

Pero al séptimo día, Ada mandó un mensajero a buscarle a casa del tío Ananías.

Y el buen Judas Tadeo, acudió enseguida al llamado tomándolo acaso como un feliz augurio, como una respuesta muda a los pensamientos que absorbieron su mente durante seis días de absoluto retiro.

Según la ley hebrea, los extravíos morales y baja traición de la que fue su esposa, no sólo la condenaba a muerte de lapidación por adulterio sino que de hecho, quedaba en condición de repudiarla legalmente, de tal forma que el que fue su esposo, era un hombre libre. Este pensamiento pasó como un meteoro por el horizonte mental de Judas. No obstante,

algo duro y fuerte como una mordaza de hierro apretaba su corazón como mandándole callar.

Se detuvo bajo los plataneros de la Plaza de Hiram y rememoró lo que Adita misma le había referido con lujo de detalles. Esa plaza había sido testigo de los desbordamientos de amor del Cristo divino hacia los desheredados esclavos de Damasco.

Su padre, Jeramel, había referido a la niña cuando fue mayor, que varias doncellas damascenas de las más encumbradas familias, se habían prendado de la belleza ideal de aquel joven Profeta de solo veintinueve años de edad y que no parecía tener corazón sino para los infelices esclavos, para los enfermos incurables, para los que llevaban penosas cargas en la vida.

Eterno enamorado de la suprema sabiduría que lo hacía invencible hasta en presencia de la muerte, ninguna belleza terrestre conseguía atraer su mirada ni interesar su corazón.

Judas recordaba esto mientras sentado en el zócalo de una fuente a la sombra de los plátanos, dejaba volar su pensamiento por sus jardines interiores, y por el amplio y sereno campo de luz y de estrellas que era para él la heroica vida de su Maestro.

Y se decía sin hablar:

“Él tenía veintinueve años y sólo pensaba en darse por entero al dolor de la humanidad. Yo con cuarenta y cinco, siento los halagos de un amor al que puedo llegar sin faltar a las leyes humanas... Pero, ¿estará de acuerdo con el designio del Maestro respecto de mí, y con la Suprema Voluntad del Padre que Él tanto cuidaba de complacer?”

Entre estas meditaciones le sorprendió el mensajero de Ada, que volvía con una litera llevada por cuatro fornidos criados para conducirlo más apresuradamente.

Judas saliendo de su abstracción se dejó llevar sin decir palabra. No le condujeron a la “Escuela del Profeta” sino al magnífico palacio de Jeramel, donde el Divino Maestro tuvo aquellas ardientes polémicas con el magnate árabe, de cuyo noble corazón obtuvo tan grandes beneficios para los desheredados esclavos de Damasco.

Era casi el anochecer y el palacio resplandecía de luces y de flores, cual si debiera realizarse un gran acontecimiento.

Adita acompañada de su padre salió al gran pórtico a recibirle, y el padre feliz le dijo:

—Esta casa espera a nuestro Príncipe Hartat que nos ha anunciado su visita y sospechando el asunto de que se trata, Ada quiere conversar antes contigo para orientar mejor su camino.

El corazón de Judas se estremeció dentro del pecho, pero su faz apareció serena. Se inclinó profundamente en señal de aceptación y algo

así como una aureola de santo holocausto iluminó su rostro que parecía de mármol. Su alma se levantó de la tierra como en un vuelo gigante y se sumergió en lo infinito para decir a su amado Maestro con la voz sin ruido de su corazón:

“¡Maestro, Señor mío! ¡Presiento que seré puesto a prueba en esta ocasión! ¡Sed conmigo para que obre yo como tú lo deseas! –Y siguió a Jeramel, que le condujo al mismo saloncito donde años atrás tuviera aquella conversación con el Cristo encarnado.

Ada estaba presente y podía advertirse en ella una inquietud interior que no podía disimular.

—¿Qué harías tú –preguntó el árabe–, si teniendo una hija que es la luz de tus ojos y que calma las ansiedades de tu vida, te fuera pedida en matrimonio para apartarla lejos de ti?

—Tú, que traes la luz del Profeta en tus ojos y el fuego de su amor en tu corazón, dime, ¿haré bien o haré mal en unir mi vida con la de un sobrino del Príncipe Hartat que gobierna en Damasco y nieto del Rey Hareth que gobierna toda la Arabia? –preguntó la joven.

—Si tú le amas con grande amor, haces bien, niña, en unir tu vida a la suya. Creo que el Profeta Nazareno, mi Maestro, te lo habría dicho como yo.

—Mi madre apreciaba a su familia y él fue un compañero de la infancia.

—¿Nada más? –volvió a preguntar el Apóstol.

—¿Qué más debe haber? Dímelo, oh, buen amigo del gran Profeta que me hizo vivir la vida, y te prometo obedecer cuanto me digas.

—Para que una unión nupcial sea conforme a la voluntad divina debe haber un grande amor entre los que han de unirse; un decidido y fuerte amor que les haga capaces de sobrellevar con paz y alegría la carga pesada del matrimonio, que con los altos y bajos de la vida, con las circunstancias adversas e inesperadas que se presentan, se torna insoportable sin un grande amor que suavice todas las asperezas.

“Tu prometido es árabe de origen, de religión y de costumbres. ¿No es así?

—Sí, es así, pero él no tendrá un harén porque yo sigo la ley del Profeta, de la esposa única, la madre única de los hijos que puedan venir. En mi hogar no habrá esclavas, ni esposas secundarias, ni concubinas.

“Estaré yo sola en mi casa, con el personal de mi servicio que yo quiera tomar.

Él Apóstol de Cristo meditaba. En su frente aparecía y desaparecía un ceño duro que a intervalos oscurecía su hermosa fisonomía.

“¡Maestro, Señor mío!... –pensaba Judas–. ¡Quiero ser para esta alma

cándida y pura, una prolongación de lo que tú fuiste, pon en mis labios las palabras que he de decirle, te lo ruego!”

—Niña —le dijo—, quiero hablarte como lo hubiera hecho el Profeta, mi Señor, al cual tanto amas; óyeme pues:

“Si tu corazón no está dispuesto a soportar en paz y serenidad, la presencia de otras mujeres entre tú y el que será tu esposo, no des un paso adelante porque lo darás sobre un puente de cristal que se romperá fácilmente arrojándote al abismo. Y por lo que acabas de decirme, veo claro que tu amor no es de aquellos que aceptan rivalidades ni sustituciones. Pero te ruego que seas discreta en sumo grado en este caso, pues me comprometerás grandemente ante vuestro Príncipe y ante el que quiere ser tu marido.

“Créeme, niña, que siento de veras que me hayas tomado como consejero en esta encrucijada de tu vida.

“¿No pensaste en que el consejo de tu padre podría ser más eficiente en estos momentos?

—No —interrumpió Jeramel—, porque en mí hablaría muy alto el egoísmo paternal. Yo no quisiera en verdad que mi Adita tomase nunca un marido mientras Alá me conserve en vida.

—¿Por qué? —preguntó el Apóstol.

—Te lo diré. Hasta los diez años fue una niña paralítica, o sea una débil florecilla del aire a quien el más leve soplo podía destruir. Y esos diez años los vivió como en un fanal de dorados cristales.

“El Profeta Nazareno, tu Maestro, la levantó de su lecho y pudo andar por sus pies; pero siguió siendo flor de invernáculo bajo la mirada de su padre que la cuida como a la niña de sus ojos. Tengo muchos tesoros materiales, muchas riquezas, pero ella sola me da la dicha que me hace amable la vida.

“Cierto estoy de que ningún hombre de la tierra cuidará de su persona y de su vida como la cuido yo.

“Sé bien lo que es un marido de nuestra raza y quizá de todas las razas del mundo. ¿Qué busca un marido en la que elige para su mujer? En general busca su propia complacencia en todo y para todo. Y a la vuelta de dos o tres lunas después de la boda, abre su harén como todos, lo llena de bellezas extranjeras o nativas, y la esposa queda como una hermosa figura decorativa, a la que exige hijos para continuar la dinastía con apariencias legales, y si no puede dárselos, la repudia por inepta y toma otra que satisfaga esa imperiosa exigencia legal.

“De todas estas reflexiones que me vengo haciendo desde que mi hija llegó a la juventud, he sacado la conclusión de que ella ha venido a esta vida como una de esas huríes del paraíso de Alá, trayendo en sus manos la dicha para todos los seres que se crucen en su camino.

“Tú dirás si este pensar mío, es razonable o no.

Ada miraba fijamente a Judas y se advertía en ella una gran inquietud interior.

El Apóstol de Cristo guardaba silencio y su mirada fija en el tapiz del pavimento demostraba estar absorbido por un pensamiento profundo.

—Piensas muy razonablemente —dijo por fin Judas a Jeramel—. Ahora creo que debe ser Ada quien diga la última palabra.

—Y la diré —contestó Ada con resolución—, pero antes quiero saber otra cosa.

“Padre, mi negativa, ¿te traerá la enemistad de la familia del Rey Hareth?”

—No lo creo. Nuestro Rey es un hombre justo, y tiene en gran estima a su heredero el Príncipe Hartat, el cual sabe que tiene a disposición mis arcas cada vez que necesite de ella, te cases o no con su sobrino. Habrá pensado compensar mis buenos servicios proponiéndome este enlace que a él ni le favorece ni le perjudica.

—Siendo así —dijo Ada—, le darás una excusa en mi nombre, diciéndole que no deseo casarme, porque estoy cierta de no ser tan feliz como soy a tu lado.

Y acercándose a su padre le dio un largo beso en la frente. Jeramel emocionado la besó en ambas mejillas y le dijo:

—¡Eres en verdad mi Ada incomparable!

“El Profeta Nazareno te hizo toda de luz y si te fueras me quedaría en tinieblas. Pídeme lo que quieras, porque ni aún con todo cuanto poseo podría pagar lo que vale para mí la resolución que has tomado.

Adita pensó un momento, y su rostro se iluminó de intensa alegría.

—¡Oh, gracias padre mío, gracias! Tengo sí algo muy hermoso que pedirte.

—¿Y ello es?

—Óyeme padre; este discípulo del Profeta Nazareno irá de aquí al Santuario del Monte Hermón donde el Profeta pasó dos años de su vida infantil. Allí viven sus recuerdos en los corazones de los solitarios que seguramente serán el vivo reflejo del Profeta, algo semejante a nuestro viejo Patriarca del Desierto a quien mi madre y tú veneraban. Allí hay doncellas y viudas que viven más en los cielos de Alá que en esta tierra. ¿No podríamos ir tú y yo con este discípulo del gran Profeta para conocer todo aquello? ¡Tengo un gran deseo, padre!

—¿Seguramente no pensarás quedarte allá a vivir esa vida lejos de mí?

—Y Jeramel clavó en el rostro de su hija, su mirada inquisidora.

—¡No, padre! ¡Qué ocurrencia la tuya! Con esta endeble naturaleza sería condenarme yo misma a caer de nuevo al lecho.

—Bien, hija mía. Habría que saber si este buen discípulo del Profeta puede y quiere llevarnos en su compañía.

Ambos miraron a Judas.

—Quiero y puedo presentaros al Santuario donde uno de los solitarios es hermano de mi madre —contestó Judas.

—¿Cuándo será la partida? —preguntó de nuevo el árabe.

—Cuando vosotros estéis dispuestos. Pensaba hacerlo en la próxima luna en que aún es primavera y no han comenzado los deshielos que mucho dificultan la subida. Y ahora cabe pensar: ¿Resistirá tu hija aquella temperatura?

—¡Ya me arreglaré yo para resistirla! —contestó prontamente Ada, temiendo ver frustrada su ilusión.

Y continuó la vida de Ada y de Judas con igual ritmo hasta la próxima luna. Daba él instrucciones morales y espirituales en la “Escuela del Profeta”, y Ada seguía siendo la lucecita benéfica que daba vida y calor a todos los que acudían a ella.

Pero en el alma de Judas se había encendido una estrella nueva que intensificaba su luz día por día.

Adita no se daba por enterada de que una aureola de amor comenzaba a envolverla. Siempre, desde la infancia, se había sentido tan querida..., tan tiernamente querida, que un amor más no hizo un llamado nuevo a su corazón.

Además, el amor de Judas era discreto, silencioso, mudo. Luchaba por sofocarlo apenas nacido. Quería que no pasara el límite de una sincera admiración, de una dulce y suave amistad, lo cual quizá no le hubiera sido difícil siguiendo de inmediato su viaje hacia el Hermón. Poniendo de por medio tiempo y distancia, se acallan a veces los sentimientos nuevos que aún no hicieron fuertes raíces en el corazón. Pero Ada había pedido a su padre seguir viaje con él.

En el cenáculo del tío Ananías pasaba Judas gran parte de la noche en solitaria meditación.

Sobre el desteñido esparto que cubría el pavimento cayeron muchas veces las gotas de su llanto, cuando postrado con la frente en el suelo clamaba su espíritu dolorido

—¡Maestro, Señor mío!... ¿Es que me has abandonado cuando apenas comencé a hacer algo de lo que tú me has pedido?

Tan notoria comenzó a ser la lucha interior del Apóstol, que un día cuando terminada la instrucción en la “Escuela del Profeta”, se le acercó según costumbre Adita para hacer algún comentario de lo ocurrido en el día.

—Hermano Judas —le dijo—, observo que vas perdiendo fuerzas y vitalidad. ¿Es que estás enfermo o tienes una pena grande en el corazón?

Nunca me referiste nada de tu vida ni de tu familia o amigos. Te quiero casi tanto como al Profeta, tu Maestro, y haré cuanto pueda por ti. ¿No podrías tener un poquito de confianza en mí? ¡Porque hay algo dentro de ti que te hace padecer!

El lector comprenderá lo que fue para Judas la inesperada pregunta de Ada.

—He creído que nada de lo que me concierne puede tener interés para ti, Adita. ¿Qué objeto tendría el referirte cosas que no conoces ni sabes? —dijo el Apóstol procurando mantenerse sereno.

—Pero te conozco a ti, a quien considero un gran amigo, porque eres un discípulo de los íntimos que eligió entre mil el gran Profeta de los ojos luminosos como las estrellas del cielo de Arabia. Si fuiste de sus elegidos será seguramente porque Él encontró en ti algo bello y grande que estaba a tono con Él.

Judas la seguía mirando sonriente sin poder encontrar la palabra adecuada para contestar.

—¿Tienes madre?... ¿Tienes esposa, hijos, hermanos o alguien que te sea querido y sufra algo que yo pueda remediar? —continuó diciendo Ada en vista del silencio de Judas.

—Tengo madre en Palestina —dijo por fin—. No tengo esposa, ni hijos, ni hermanos carnales. Solo tengo como hermanos aquellos que como yo fueron elegidos por el Maestro para continuar su enseñanza de amor fraternal en medio de esta humanidad.

—¿Quieres que venga tu madre junto a ti? Yo la amaré como si fuera mi madre... —continuaba Ada creyendo acertar con lo que adivinaba que gemía en el alma de Judas.

—No te afanes, Adita, por cosas que no tienen ningún interés para ti. Mi madre no podría seguir mi vida errante de misionero del Cristo.

—¿Y por qué no?... Si yo tuviera la dicha de tener un hijo, un hermano o un padre misionero del Profeta Nazareno, le seguiría cantando hasta el último rincón del mundo.

Judas sintió el impulso de decirle: “¡Ada!... ¿Quieres unir tu vida a la mía para sembrar juntos por el mundo la divina enseñanza del Cristo del Amor?”, pero la frase murió en lo hondo de su corazón y no tuvo valor de pronunciarla.

Llegó el día de iniciar el viaje; y Ada, siguiendo el consejo de Judas, encomendó el gobierno de la “Escuela del Profeta” a Abulfed y su esposa, grandes y agradecidos amigos del Profeta Nazareno a quien debieron la paz y la dicha del hogar. Estos personajes no son ajenos para el lector, que recordará al viejo Torreón del Patriarca a donde llegó un día el Divino Maestro y devolvió sus facultades mentales a la joven esposa que padecía demencia.

Venciendo algunas dificultades llegaron al Santuario del Monte Hermón, donde Nahum, tío materno de Judas, desempeñaba por entonces las funciones de Servidor.

El Apóstol fue recibido con grande amor por los solitarios que veían otro hilo conductor de la gran personalidad del Verbo de Dios, que había desaparecido del plano terrestre dejando su doctrina de fraternidad humana encomendada especialmente a sus doce discípulos íntimos.

Los Santuarios Esenios tenían todos, como se sabe, su hospedería exterior, a cargo de las ancianas esenias que llamaban *las abuelas* y allí fueron alojados Jeramel con su hija, mientras Judas fue a refugiar las inquietudes de su espíritu en una celdilla de roca, vecina a la de su tío Nahum.

La gruta aquella llena de sol y de canto de pájaros que fuera habitación de Myriam, Yhosep y el pequeño perseguido, muchos años atrás, era recinto de meditación para los sensitivos que recibían los mensajes del plano espiritual. Y por una concesión especial fue Judas allí, al siguiente día de su llegada al Hermón.

Este recinto estaba al cuidado de dos solitarios que en la época en que estuvo el Maestro-niño, eran dos jovencuelos de catorce y dieciséis años, esenios de grado primero a quienes los solitarios enseñaban letras humanas y las Escrituras Sagradas. Se llamaban Rubén y Benjamín de Iturea. Habían sido pastorcillos de ovejas y eran ellos quienes traían para el Niño-proscrito aquellos blancos corderitos que tanto le divertían.

Ambos conservaban como un iris divino en su retina, la imagen adorable de aquel Niño, y rememoraban continuamente sus ingeniosas ideas y sus sentidos discursos cuando recordaba al viejo Hilarión que fuera su primer Maestro.

Estos dos solitarios, guardianes de aquel recinto de meditación fueron los asiduos confidentes del Apóstol Judas.

Duros desengaños de la vida les había llevado en su juventud a huir del mundo y refugiarse en el Santuario del Hermón, y ambos tenían su anciana madre que era por entonces la hermana mayor de la Cabaña de las Abuelas. La más grande y dulce afinidad se despertó entre ellos y el Apóstol de Cristo. Los tres conservaban de la primera juventud el amargo recuerdo de una tragedia sentimental.

Ambos habían amado a una misma doncella, pero con ese amor de locura y de vértigo que enloquece a los hombres. Ella había jugueteado con ambos llevándoles a una terrible rivalidad que los puso frente a frente como dos enemigos de muerte.

Y cuando habían llegado al punto de convenir eliminarse uno al otro, ella les abandonó para unir su vida a la de un rico heredero de un poderoso magnate de Tiro, que pasó en viaje de turismo por la cordillera

libanesa. Aquella hermosa flor traidora los había llevado al abismo del rencor y del odio, y de ella misma hizo surgir la Ley Divina el rayo de luz que les iluminó por completo señalándoles el camino.

Y ellos decían enternecidos:

—El Niño Santo a quien traíamos con amor nuestros corderillos, nos lo ha pagado de esta manera, pues que nos hizo encontrar la senda de nuestra dicha y de nuestra paz.

Es una de las grandes experiencias que podemos recoger en los senderillos iluminados de la vida espiritual, que en todo momento se cumple la palabra clásica de los más notables directores de almas: *“Todo se torna en bien de los siervos de Dios”*.

La Ley Divina tiene la clave que le permite transformar en bien lo que a veces calificamos de una desgracia irreparable.

Mientras tanto, la joven Ada, la encantadora Adita de los días lejanos del Maestro en Damasco, observaba que iban germinando en ella sentimientos nuevos, anhelos desconocidos, hermosas impresiones recogidas en el pasar silencioso de los días en aquellos parajes maravillosos.

Las doncellas del Coro eran sólo nueve y tanto amor le brindaron que Adita decía a su padre:

—Si no fuera por tu compañía y por tu amor, me quedaba para siempre con ellas. ¡Padre!..., nunca supe de otro amor que del tuyo y siempre ignoré lo que era una amistad verdadera. Cuando me despierto después de todas ellas, encuentro rosas blancas sobre mi almohada, y alguna de las doncellas esperando mi despertar para hacer la oración conmigo. ¿Por qué estas gentes llevan tanto amor en el alma para brindarlo a los demás sin ningún interés?

—Son las gentes del Profeta Nazareno, hija mía, que te dio la salud y la vida feliz que tienes, sin interés alguno pues que nada quiso aceptar de cuanto yo quise darle. ¿No lo recuerdas?

—Es verdad, pero de estas ancianas y de estas doncellas sólo tres le conocieron personalmente, como le conocimos tú y yo que era una niña.

—Pero los Ancianos le habrán conocido todos y ellos siguen sus pasos, como las estrellas de los cielos siguen la ruta de su sol central —contestaba Jeramel, pensativo y preocupado, pues observaba también cambios notables en su joven hija.

Judas bajaba de la cima de la montaña, donde estaba el Santuario, a la Cabaña de las Abuelas todas las tardes antes de la puesta del sol pues no podía descuidar a sus compañeros de viaje.

—Mañana habrá una doble fiesta en este Santuario —les anunció una tarde—. Se bautizan tres jóvenes zagales que entran a formar en la Congregación de discípulos del Profeta Nazareno, y se desposan con tres doncellas del Coro.

—¡Cómo! —exclamó azorada, Adita—. ¿Y se las llevan de aquí?

—Naturalmente porque ellos tienen sus cabañas en esa hermosa Aldea de los olivos que se ve desde aquí.

—¡Qué lástima!... ¡Yo las quería tanto a todas ellas!

—Y porque ellas tomen esposo, ¿no puedes continuar queriéndolas?

—Mi hija, la vida es así. ¿Pensabas acaso que estas jóvenes no sentirían nunca un amor? —le preguntó Jeramel, su padre—. Te asombra tanto y acaso no esté lejos el día en que también tú quieras conocer otro amor aparte del mío.

—Nunca he pensado en ello —contestó la joven como distraídamente.

Un día, Jeramel dijo a Judas:

—Esta Casa de las Abuelas está muy desmantelada y ruinoso y observo que mi Ada se enamora más cada día de estos parajes. ¿Verían mal los Ancianos que hiciéramos aquí una buena edificación donde mi hija pudiera pasar temporadas y vivir con la comodidad a que está acostumbrada?

—Si así lo deseas podemos averiguarlo —le contestó el Apóstol.

Y pronto se vieron caravanas de jornaleros arrancando a golpes de pico bloques de piedra de las canteras y transportándolas a lomo de asnos a la plataforma, en que siglos atrás se había edificado rústicamente la Cabaña de las Abuelas.

El noble árabe, enamorado de su hija, pensaba tenazmente en su felicidad, es cierto, pero pensaba también, con cierta amargura, en que había pasado el medio siglo de su vida en una absoluta consagración a ella, sin pensar en su propia dicha ni tampoco en procurarse herederos de su cuantiosa fortuna y de los nobiliarios blasones de su vieja estirpe.

Estas preocupaciones sólo podían tener dos soluciones: tomar él una esposa joven, o casar a su hija y que hermosos nietecillos fueran continuadores de su raza amenazada de extinguirse.

66
EN EL MONTE HERMÓN

La primera noche que Judas asistió a la oración y canto del Miserere conque los solitarios ponían punto final a las tareas materiales y espirituales de cada día, penetró él mismo tan hondamente en su mundo interior que un intenso llorar se desbordó de su corazón como un torrente que no podía contener.

Parecíale estar de nuevo junto al Divino Maestro, en el cual desahogara antes todas las más acerbadas angustias de su espíritu. Parecíale estar sentado a sus pies con su cabeza apoyada en sus rodillas, y que aquellas manos líricas y suaves pasaban una y cien veces como en una casi imperceptible caricia, por entre la espesa madeja de sus cabellos.

Los solitarios se fueron retirando y sólo quedaba Judas sentado sobre el esparto del pavimento en un rincón envuelto en penumbras.

Su tío Nahum que era el Servidor esperaba que todos se hubiesen retirado para apagar el candelero de siete cirios.

Poco a poco fue aperciéndose que era su sobrino aquel bulto oscuro que sollozaba en un rincón y por fin se acercó a él.

—Judas, hijo mío —le dijo—, si en algo puedo aliviar tu pena, haz el favor de confiarte en mí que en tu orfandad de adolescente ocupé el lugar de tu padre. Es cierto que hoy eres un hombre capaz de bastarse a sí mismo. Pero a veces aún los hombres más fuertes se sienten vencidos por los dolores de la vida.

Y el tío Nahum se sentó en el estrado inmediato a Judas.

El sollozar de éste se apagó en un largo suspiro y volviéndose hacia el Anciano, apoyó sobre sus rodillas las manos cruzadas y comenzó su confidencia a media voz.

—Tío Nahum —le dijo—, debería avergonzarme de lo que me pasa cuando hace ya mucho que pasé de los veinte años. Paréceme que estoy loco porque un insensato amor se ha apoderado de mí, haciéndome su juguete cuando no debiera yo pensar en otra cosa que en comenzar activamente mi apostolado, en continuación de la obra de nuestro Maestro y Señor.

—Hijo mío, el amor es planta de todos los tiempos y lo mismo florece en el amanecer que en el ocaso de la vida. Y hay amores tan poderosos y fecundos que pueden ser raíces de árboles fuertes que den sombra en un futuro a muchas generaciones. Tú que conoces la larga historia de los Kobdas y los Dakthylos debes recordar lo que obró de maravilloso y de grande el amor de Adonai y Elhisa, de Ada y Bohindra.

“Y muchísimos siglos antes cuando en la Idea Divina se plasmaba el acercamiento del Avatar Divino a la Tierra en la personalidad de Anfión, un Anciano Profeta, un justo ante Dios y ante los hombres se prendaba de la hija de un modesto sacerdote, la hermosa Alpha-Huari que aún no tenía dos décadas de vida, y ella amaba al anciano que la elegía para esposa en el ocaso de su vida, y fueron estos los padres de Senegaldo, que trajo a la vida física a Anfión, el Rey santo del país de Otlana en la hermosa Atlántida.

“El amor cuando es desinteresado y puro, cuando nace del alma como el perfume de la flor, produce siempre, siempre, frutos bellos y buenos para la humanidad en medio de la cual se manifiesta, aunque no siempre sea para dar vida física a genios tutelares de las razas y de los pueblos.

“Es el amor, hijo mío, un prisma tan maravilloso que tiene muchas facetas que son reflectores de otras tantas claridades, a veces desconocidas de los hombres que no vemos más allá de la sombra que proyecta nuestro cuerpo al caminar.

“A veces detrás de un amor se esconde una alianza de siglos para una obra determinada que como idea existe desde tiempo en los designios divinos. ¿Qué sabemos los hombres del plan divino de la evolución del futuro si a veces no acertamos ni a saber lo que haremos al día siguiente del que hemos vivido?

“Debido a este razonamiento mío, no veo la razón de tu desconsuelo porque sientes que nace un amor en tu corazón.

“Pienso que en este amor de tu ocaso podrás acaso ser más dichoso que en aquel de tu primera juventud que tanto amargó tu vida y la de tu madre.

“Un amor puro y santo no estuvo nunca reñido con el apostolado ardiente por un Ideal. ¿No te convencen mis palabras?”

—Me tranquilizan por lo menos, tío Nahum, y mucho te lo agradezco.

—¿Puedo saber quién es la amada?

—La hija de ese magnate árabe que ha venido conmigo.

—¿Y ella te ama?

—No lo sé, ni he tratado de saberlo, porque hasta hoy no hice más que estrujarme el corazón y recriminarme a mí mismo por este sentimiento que calificaba de insensata locura.

Y para que los juicios del tío tuvieran un fundamento verdadero y sólido, Judas le refirió cuanto sabía de la joven Ada desde que el Divino Maestro le dio la salud a los diez años de edad.

Por relatos de Jeramel su padre, sabía que su hija por causa de la parálisis con que nació no había tenido el desarrollo normal en los órganos de la generación, por lo cual no podría ser madre sin peligro inminente

de su vida. Y ella misma había dicho a su padre más de una vez, con una grandeza de sentimientos que le dejó maravillado: “Para sacrificar mi vida por un hijo mío, la consagro con gusto a todos los hijos de nadie que se acerquen a mi lado y sé de cierto que el Profeta Nazareno me abrirá más grande la puerta de su Reino que si me llevo a Él llevándole un hijo de mi propia sangre”.

—Pero no tendré un continuador de mi estirpe, y nuestra colosal fortuna seguirá rumbos que no podemos precisar —había contestado Jeramel.

—Espera y confía padre —respondíale serenamente su hija—, que ni tú ni yo moriremos tan pronto, como para no vislumbrar los caminos del futuro. La estrella que encendió en mi horizonte el Profeta Nazareno alumbra tan claramente mis pasos que no temo errar el camino.

El tío Nahum escuchó en silencio el relato de Judas y después de unos momentos de silenciosa meditación, le habló de esta manera:

—Cuando esa doncella acude a nuestro Santuario a orar he hecho mis observaciones, porque desde el primer día que la vi, comprendí que algo grande había en ese espíritu encerrado en un joyel de frágil cristal. Lo dicen sus ojos llenos de inteligencia y de bondad. Lo dice su frente, los rasgos de su fisonomía, la dulzura musical de su voz, y sobre todo, lo proclaman las palmas de sus manos que he visto a mi satisfacción, aquel día que en el trasplante de nuestros rosales se rasguñó malamente sus manos hasta echar sangre. Mi larga práctica de terapeuta obligó a las abuelas a traérmela para que yo la curase.

Judas lo escuchaba con gran atención.

—Nunca se me ocurrió pensar que Ada ocupase así tu atención —dijo por fin—. Y, ¿puedo saber que dicen sus manos?

—Dicen mucho de la pureza y rectitud de su vida, de la orientación de su mente siempre en línea recta, de los altos vuelos de su espíritu hacia los grandes ideales que persigue. Esto en cuanto al presente, que en cuanto al pasado, casi estoy por decirte que se iguala a las más grandes mujeres de nuestras antiguas crónicas. Es una excelente mujercita, Judas, y no sé por qué, te asusta tanto el amarla.

—Me había forjado la ilusión de imitar al Divino Maestro en la renuncia absoluta a todo amor humano en el transcurso de mi vida. Quizá puse en ello algo de vanagloria, y me creí superior a lo que en realidad soy. Creí sin duda haber superado las exigencias de mi corazón de hombre y haber escalado la cima donde el alma despojada de todo afecto terrenal, vive sólo del Ideal divino que le ha fascinado. Y me apena, tío Nahum, tener que declararme vencido y tener que confesarme a mí mismo que soy exactamente igual que todo hombre viviente sobre la tierra —explicó el Apóstol con humilde tristeza.

—No te rebajes tanto, hijo mío, que en eso de igualarte a todo hombre viviente no hay una pizca de justicia ni de verdad. Si hubiera sido tal como dices, el Ungido del Eterno no te hubiera escogido entre sus doce íntimos para representarle en medio de la humanidad y continuar su obra. Veo que te inclinas más de lo justo, hacia el adusto rigorismo de la iniciación egipcia, que exigía una vida desnuda de afectos a los aspirantes a ella.

“Sabes muy bien que en las instrucciones íntimas del Divino Maestro nos repitió innumerables veces que la pureza y rectitud de una vida no consiste en privar al alma de todo afecto humano, sino en saber encauzarle dentro del marco de oro de la Ley Divina.

“¿Hay acaso algo en tu amor hacia esa doncella que esté reñido con la Divina Ley?

El Anciano esenio esperó en silencio la respuesta de Judas.

—Se ha dicho siempre que la santificación de un matrimonio son los hijos...

Y Judas se interrumpió temeroso de continuar.

—Y yo te digo —prosiguió el anciano—, que es el amor quien santifica la unión de dos seres, que si no fuera por él, habría que calificarla de vulgar satisfacción de los instintos de bestia, que hay aún en la gran mayoría de los seres de esta tierra.

—Aún me falta otro argumento en contra de tu tesis, tío —díjole el Apóstol sentándose a su lado en el estrado.

—Tú lo dirás y yo diré si vale más que los otros.

—Ada es inmensamente rica. Su padre es uno de los grandes potentados de Damasco, y yo no tengo más que mi túnica y mi manto, y los donativos que de las rentas del Príncipe Judá me hace su administrador para llenar mis necesidades durante el desempeño de mi apostolado. ¿Qué puedo ofrecerle a ella?

—Lamento, hijo mío, que uno de los íntimos del Hombre Luz y Amor, así materialice tan sublime y elevado sentimiento como es el amor. Diríase que tratas de hacer un negocio, una compra, un intercambio de mercaderías. ¡Tantos celemines de trigo por tantas onzas de aceite!... ¡Por favor, hijo mío, no deslustres así el brillo de tu designación como seguidor del Cristo, Rey del Amor!

“Si tu amas a esa doncella y ella te ama; ¿no es el amor lo más grande y excelso que hay en todos los mundos del vasto universo? ¿No puede ese amor ser la continuación de la alianza de otras edades? ¿Hay acaso una Ley que sólo justifique el amor que trae hijos a la vida? ¿No puede ser el amor la culminación de una Obra en la que sean necesarias dos vidas en vez de una sola?

¿No puede darse el caso de que la juventud inexperta de Ada, necesite

la sombra protectora de un discípulo de Cristo para ser lo que ella debe ser en medio de la humanidad que la rodea?

“¿No puede darse el caso de que su padre contraiga un nuevo matrimonio, en vista de que no puede esperar sucesión de su hija? ¿No puede suceder que su padre muera de improviso y ella quede sola en el mundo?”

“¿Qué dices a todo esto?”

—Digo, tío Nahum, que tus argumentos son dulces a mi corazón de hombre pero debo meditarlo a solas conmigo mismo y a los pies de mi Maestro y Señor.

“Me tomaré siete días de absoluto retiro y silencio, y pasados ellos vendré a tu lado para decirte mi resolución.

—Muy bien, hijo, muy bien. Que el Divino Amigo te envíe con abundancia su consejo de sabiduría.

Ambos se separaron para buscar el descanso en sus solitarias celdillas de rocas, que iba iluminando suavemente la luz mortecina de la luna menguante.

67

EL DIARIO DEL APÓSTOL

La angustia de Judas había aumentado en intensidad. Y mientras él huía de la compañía de los seres humanos, Ada buscaba el amor de su padre, dolorida también, pensando que nada más le quedaba en la vida que aquel fuerte roble que la cobijó con su sombra desde la niñez.

No acertaba a explicarse el retraimiento del Apóstol para con ella.

La conciencia no la acusaba de haberle disgustado en nada. Su amor de amiga fiel no había tenido variación ninguna.

—¿Qué se ha hecho de nuestro amigo que no nos visita más? —le preguntaba su padre, casi adivinando un distanciamiento intencional entre Judas y su hija.

—No lo sé, padre —le contestaba ella—. Hace ya cinco días que no le vemos. He preguntado al Hermano que cuida del Oratorio si está enfermo y me ha dicho que no.

—Y tú sufres por su apartamento; ¿verdad?

Ada por toda respuesta se inclinó sobre el pecho de su padre y dos lágrimas silenciosas se perdieron entre los pliegues de la blanca túnica de seda...

Jeramel acarició la perfumada cabecita temblorosa y débil que buscaba amparo en su corazón fuerte, que había luchado con las mil contingencias de la vida y las había vencido.

—Hija mía, mi mayor tesoro entre todos los que tengo y mil más que tuviera.

“Este pequeño incidente ha descorrido para mí el velo de seda que te envolvía. ¡Tú amas a Judas y padeces por su alejamiento! Tú misma lo ignorabas hasta este momento. Su ausencia abrió un vacío a tus pies y acaso recién ahora comprendes hasta qué punto ha llegado él a formar parte de tu vida misma.

“¿No estás de acuerdo con mi razonamiento?”

Ada levantó su cabecita doliente y su padre vio dos lágrimas que aún temblaban en sus pestañas. Eran las primeras que veía en sus ojos y el fuerte árabe sintió que también sus ojos se humedecían de llanto.

—Debe ser como tú dices, padre, aunque yo nunca lo había pensado así. Pero como tú jamás me diste un disgusto, tampoco yo quiero dártelo y me acabo de prometer yo misma ser más valiente en adelante”.

Jeramel fue llamado para dar su aprobación a unos trabajos que había mandado hacer, para mejorar las instalaciones que servían de habitación a las ancianas y a las doncellas refugiadas, y Ada corrió anhelante a su pequeña alcoba, la mejor de todo el Refugio, porque necesitaba desahogar en la soledad la angustia que le oprimía el corazón.

En aquella alcoba parecía sentir todavía la vibración de la dulce voz de Judas cuando le explicaba pasajes de las Escrituras Sagradas, las profecías del Profeta Isaías, los Trenos de Jeremías, los dolientes salmos del Rey David, los Proverbios y el Cantar de los Cantares del Rey Salomón. Cuando le refería la parábola del Hijo pródigo que el amado Maestro deshojó de su corazón como una rosa de sangre, en un atardecer opalino en la silenciosa aldea de Bethsan.

* * *

Mientras tanto, Judas bajaba diariamente a una sombría garganta de la montaña donde no aparecía criatura viviente, y en su carpeta de bolsillo iba escribiendo sus impresiones en un diario íntimo que era un soliloquio con su propio corazón.

Se había impuesto siete días de plazo para decidir y resolver su problema. Ya llegaba el séptimo día y sentado entre los grandes peñascos que los cedros y las encinas sombreaban, escribía y meditaba. Leamos su Diario:

Día Primero. “Maestro Yhasua, Señor mío... Ungido de Dios. Mi corazón es para Ti un libro abierto. Cada latido suyo te dice mi sentir.

“Mi mente es para Ti una fuente clara donde puedes ver hasta la más ínfima arenilla del fondo.

“Tú sabes que mi corazón de carne ama con una vehemencia enloquecedora, no obstante que ya quedó atrás la juventud hace tiempo. Mi yo pensante razona y rechaza ese amor como un desatino, como un escollo, como una locura impropia de un hombre en la madurez de la vida, y más aún de un hombre que aceptó de Ti la sublime y santa misión de difundir tu obra, tu enseñanza; de ser para esta humanidad lo que Tú fuiste, Señor, en tu consagración absoluta al bien de tus semejantes.

“¿No es horrible infidelidad a este pacto sagrado, el detenerme en mi camino a perder tiempo y energía en amores propios de un jovencito imberbe?”

Y el Apóstol había soltado aquí el punzón de escribir y en los amarillos pergaminos prolijamente encuadrados de su carpeta, se veían borrones de lágrimas que había llorado en silencio, sin más testigos que los peñascos mudos y sin más ruido que el rumor del viento entre el bosque de cedros y de encinas.

Día segundo. “Maestro Yhasua, Señor mío, ¿dónde estás que no te apiadas de este corazón mío, infiel, traidor, ingrato a tu amistad y a tu amor?”

“¿Por qué no me es lícito arrojarme a este precipicio que veo a mis pies, para que este corazón mío deshecho entre las piedras se acalle para siempre en el santo silencio de la muerte?”

“Me veo como un ser despreciable, como un mísero reptil hecho para arrastrarse entre el lodo y los guijarros...”

“¡Estuve junto a la Luz, y no soy más que sombras y oscuridad!...”

“Viví durante más de tres años en un límpido plano de cristal y me veo enlodado de amores humanos, que me llenan la mente de imágenes fugitivas que pasan llevándome tras ellas como una frágil mariposa en pos de la llama de una candela...”

“¡Oh, Señor mío!..., me pierdo en este insondable abismo y no sé si es que Tú me has abandonado o es que yo, ¡pobre de mí!, he huido de Ti y me alejo y me voy por extraviados caminos al final de los cuales encontraré mi perdición!... ¡Señor! ¡Señor, no olvides tu promesa: *Estaré con vosotros hasta el final de los tiempos!*...”

Entre un nuevo borrón de llanto, desaparecía y terminaba la escritura.

Y el día tercero, y el cuarto y el quinto sólo escribía en temblorosos caracteres casi ininteligibles

“... ¡Señor, Maestro amado de mi corazón!..., ¡no te olvides que vivo muriendo sobre la tierra!...”

“¡Yo bien sé que soy el último entre todos los que te aman!..., ¡el más ingrato, el único desleal para Ti!..., el que borra sus pactos sagrados bajo un amontonamiento de flores profanadas de mundanos afectos!”

“...Y Tú dijiste: *“El que no está conmigo está contra Mí”*. *“Los que corren detrás de las cosas del mundo no me aman a Mí”*.

“El que pone la mano en el arado y vuelve la cabeza atrás, no es apto para el Reino de los Cielos”.

“Señor, Maestro mío... ¡Sólo Tú puedes tener misericordia de mí!...”

* * *

Cada día, el Apóstol en su tremenda lucha interior iba cambiando de sitio en la espesura del bosque que cubría la montaña. Su inquieto espíritu agitado en tormentosa borrasca no encontraba sosiego en parte alguna, y subía hasta llegar a las rocas peladas donde ya blanqueaba la eterna nieve que hacía del Hermón el Monte Cabeza Blanca.

Hasta que un día, el séptimo del plazo que se había fijado para la solución de su problema íntimo, no apareció en la mesa de los esenios a la hora del almuerzo en común.

Su Anciano tío Nahum, desde la cabecera de la mesa veía el sitio vacío de su sobrino, y la fina intuición, esa maga silenciosa que nos dibuja en la mente sus mensajes dolorosos o felices con irradiaciones de iris o con brumas de ceniza, le diseñó en su mundo interno la dura tragedia del Apóstol de Cristo, que se batía en retirada tal como un infeliz soldado que ha roto en pedazos todas sus armas y no ve más camino que la huída... Y así que hubo terminado la frugal comida, vistió su sayal y capuchón de peregrino, tomó su bastón de encina y el bolso de provisiones con cuanto necesitaba para un salvamento o un viaje de varios días, y comenzó la subida al monte por los caminitos tortuosos que eran accesibles. Sus cansados ojos escudriñaban al pasar los precipicios temiendo ver a Judas estrellado en el fondo...

Recordaba a Yhasua, niño de pocos años, refugiado en el Santuario cuando él era sólo un aprendiz que acudía al Oratorio desde la Cabaña de las Abuelas, para estudiar con los Ancianos las Sagradas Escrituras. Le recordaba ya hombre, todo un Maestro de Divina Sabiduría que se dirigía a la ciudad de Damasco donde realizaría una importante misión.

Y al igual que su sobrino le clamaba entre sollozos:

—¡Maestro, Ungido de Dios! ¡Permítele a este viejo discípulo tuyo salvar de inmensa ruina a éste elegido por Ti, cautivo en las redes de su propia desesperación!

Y descansando breves momentos, sentado sobre un saliente de las peladas rocas, continuaba el ascenso penoso y duro por los peñascos resbaladizos ya por la fina capa de nieve que los cubría.

Cuando el sol iniciaba su declive en el ocaso y el Anciano cansado de

buscar inútilmente, pensaba en refugiarse en la primera cueva encontrada al paso, percibió un pequeño bulto oscuro al pie de una encina seca y tronchada por los ventisqueros de la cima nevada. La mole negra de las raíces arrancadas, resaltaba entre la blancura de la nieve; y asido a esas raíces con sus manos crispadas y rígidas por el frío, estaba Judas desvanecido pero que a Nahum le pareció muerto. Se arrojó sobre él para calentarle con su cuerpo y sintió que respiraba, que el corazón latía bajo las ropas heladas. Le sacudió fuertemente de los brazos para provocar la reacción. Encendió torzadas de cáñamo engrasado y las acercó a los pies, a las manos, al rostro amoratado de Judas para que el ardor vivo de la llama lo volviera a la vida. Le hizo beber gotas de elixir concentrado de cerezas, y por fin le vio moverse y que los músculos contraídos por el exceso del frío comenzaban a soltarse.

—¡Gracias, Señor, porque le haces vivir de nuevo! —exclamó el Anciano, envolviendo a Judas en su manto de piel de camello.

Y comenzó a dar largos silbos con el silbato de caña de bambú, que usaban ellos para llamarse unos a otros pidiendo auxilio en casos de extrema necesidad. A poco rato llegaron cuatro jóvenes terapeutas con una angarilla y cobertores de lana. Colocar a Judas en ella y comenzar el descenso fue cosa que realizaron de inmediato.

Y el viejo tío Nahum apoyado en su bastón de encina, como un oscuro fantasma en la penumbra del anochecer caminaba trabajosamente siguiendo a los terapeutas con la camilla, que ora bajaban, subían, torcían a la derecha o a la izquierda en los accidentados senderos, montaña abajo, hasta llegar a la explanada en que había sido instalado el Santuario siglos atrás, entre las cavernas naturales de los más altos picos de la célebre cordillera del Líbano.

Pronto corrió la noticia de que el Apóstol del Señor hospedado allí como un don de Dios entre sus siervos, se encontraba a las puertas del sepulcro.

Sólo el tío Nahum conocía las causas de tal desastre. Pero él lo guardaba como un secreto que no le pertenecía.

Jeramel y Ada se enteraron también y pidieron visitar al enfermo que hasta dos días después, no recobraba el pleno uso de sus facultades.

Una penosa inconsciencia unida al delirio propio de una fiebre intensa se mantenía en él.

—Miradle pero no le habléis —les dijo el tío Nahum, cuando Jeramel y su hija entraron a la celdilla de Judas.

Ada se arrodilló al pie del lecho y apoyó su cabeza tocada de blanco como las doncellas esenias, sobre el borde de la almohada en que reposaba quieta la cabeza del enfermo.

Jeramel, que había penetrado en el secreto del fiero dolor de su

amigo y el no menos intenso de su hija, no pudo resistir a la vista de aquel cuadro que tan a lo vivo esbozaba la tragedia íntima que los envolvía a entrambos en sus redes de hierro.

—Servidor —le dijo en voz apenas perceptible—. Si tú y yo no podemos salvar esas dos vidas, les perderemos a los dos... —Y un mudo sollozo le cortó la palabra en los labios.

—Nuestro glorioso Mesías les salvará, hermano. No pases cuidado y aquieta tu corazón —le contestó el Anciano.

El silencio profundo se extendió de nuevo como un tibio cendal de gasa y a poco rato fueron entrando uno a uno todos los solitarios, que formaron una blanca muralla en torno al lecho del Apóstol que no despertaba de su letargo.

¡Qué hondo era aquel silencio en que sólo el pensamiento aleteaba sin ruido escalando cumbres, planos, cielos y más cielos hasta llegar al alma misma del Cristo, que había elegido sus doce íntimos para continuadores suyos sobre la faz de la Tierra!

¡Y su *pensamiento hecho luz y su amor hecho llamarada viva*, respondió al llamado angustioso y vibrante! La celdilla comenzó a llenarse de tibia claridad dorada. Los muros de roca fueron desapareciendo lentamente. Los solitarios parecían haberse esfumado como luces en aquella radiante claridad.

Sólo se percibía el enfermo tendido inmóvil en el lecho, la joven arrojada a sus pies y el padre como una estatua junto a ella.

Una blanca silueta inconfundible apareció de pronto junto al lecho de Judas; se inclinó sobre él, le tomó ambas manos y le hizo incorporarse hasta ponerse de pie. Tomó una mano de la joven que lloraba en silencio y la levantó asimismo.

Abrazó con infinito amor las dos cabezas unidas, y una voz suavísima que parecía resonar desde muy lejos pronunció estas solas palabras: “*El amor salva todos los abismos y nadie puede separar lo que Dios ha unido*”.

Entonces cesó el silencio y muchos sollozos comenzaron a resonar en la celdilla de roca, convertida por el Amor del Cristo Divino en un divino rincón del cielo.

—Ya os dije yo, hermano —decía Nahum a Jeramel—, que nuestro glorioso Mesías salvaría estas dos vidas que se hallaban a las puertas del sepulcro.

Judas y Adita se miraron unos instantes frente a frente.

—El amor del Cristo, mi Maestro me obliga a seguir mi vida —dijo Judas Tadeo.

—¡Él devolvía la vida a los muertos! ¡Él es la vida y el amor! —dijo Adita, y volviéndose hacia su padre se refugió en sus brazos para ocultar su honda emoción.

Y el Apóstol de Cristo escribía esa noche en el séptimo día del plazo que se había fijado para resolver su problema íntimo:

“¡Maestro, Señor mío!

“¿Por qué siembras un rosal de amor en mi camino cuando el tuyo fue de cardales silvestres, de punzantes espinas y terminó sobre un árido monte en la cruz de los esclavos y malhechores? ¿Por qué Señor, me das a beber una copa rebosante de mieles, cuando tú bebiste el amargo acíbar de todas las torturas y las angustias?

“¿No dijiste un día que el discípulo no sería mejor tratado que su Maestro?

“Si me hubieras permitido morir aterido de frío entre la nieve y las escarchas que blanquean en el Hermón, podría yo haber dicho en mi favor: ¡Muerdo solo! ¡Cubierto de nieve, llevando un hondo tormento en el alma pero no ocupé mi corazón con otro amor que no fuera el tuyo, Señor! ¡Me habría sentido como un glorioso mártir de mi fidelidad hacia Ti!...

“Yo comprendo muy bien, Maestro y Señor mío, tus pasos silenciosos y tus palabras sin ruido que hablan al fondo del alma.

“No te pido gloriosos martirios –me dices–, ni la muerte dolorosa y cruel, sino la vida simple y sencilla del discípulo que va sembrando silenciosamente en su camino y en su propio corazón, la enseñanza que recibió del mío”.

“La muerte por un Ideal de redención humana es la suprema consagración de amor”, pero la vida heroicamente vivida entre la incomprensión, la ingratitud, la deslealtad y el desamor de tus semejantes, es el crisol que purifica el oro, es el yunque de hierro donde se forja la imagen perfecta de Dios que llevas escondida en ti mismo.

“Por eso te he llamado de nuevo a la vida porque no es muriendo sino viviendo que demostrarás al mundo que eres un mensajero mío para todos aquellos que crucen por tu camino y escuchen las palabras de tu boca”.

“Así resuena tu palabra en lo hondo de mi corazón. ¡Así esboza, Señor, tu pensamiento genial, cuadros vivos en mi mente que va abriéndose como una flor a la luz de la mañana! ¡Y desde mi humillación profunda de saberme un gusano de carne unido a una chispa divina, comprendo lo que debe ser la vida mía en seguimiento tuyo, Señor, no para engrandecer mi nombre con hechos gloriosos, sino para caminar en la oscuridad, pisando escarchas de indiferencia, desiertos arenales de ingratitudes, espinosos zarzales de malevolencia, estepas heladas por el desamor de las criaturas!...

“¡Y para que toda esa inmensa desolación no apague la lamparilla de la fe encendida por Ti, Señor, dejas caer una estrella en mi sendero, y siembras un rosal en la entrada a mi cabaña!...

“¡Oh, Señor mío!..., ¿qué hará este gusano con tu estrella radiante y serena?

“¿Qué hará esta raposa con tu rosal florecido entre mis ruinas?

“¡Oh, Señor mío, amado sobre todas las cosas!

“Abrazado a Ti, descanso mi cabeza en tu pecho sin valor para mirar tus ojos que son gloria de luz y de amor en los cielos infinitos, te digo:

“¡Mi corazón tiembla de espanto, Señor, al recibir tu don sabiéndome incapaz de guardarlo como Tú lo quieres! ¡Tu don digno de los ángeles que cantan en los cielos la gloria del Altísimo entregado a un gusano de la tierra que se arrastra entre el lodo y las escarchas del camino!...

“¡Es una estrella, Señor!... ¡Es un rosal florecido!”

Y el Apóstol del Cristo dobló su cabeza sobre el libreto en que escribía sus impresiones más íntimas y sus lágrimas silenciosas formaron borrones en la escritura reciente...

* * *

A esa misma hora, la dulce y tierna Adita que el amor del Maestro hizo correr como una dorada libélula por los jardines en flor, sostenía con sus brazos una madeja de lana azul que la más anciana de las abuelas ovillaba, para tejerle el cingulo al uso de las doncellas esenias cuando eran recibidas en la Fraternidad Esenia.

—¡Abuelita Martha!... —decía de pronto la joven—. Tenía yo una gran tristeza en el alma pensando que el Apóstol del Señor iba a morir helado entre las nieves eternas del Hermón, y le pedía al Profeta Nazareno que me dejara acompañarle a morir... Pero vi a mi padre que me miraba con sus ojos fijos, llenos de interrogantes mudos y pensé con suprema angustia: ¡no puedo acompañar en la muerte al uno y dejar al otro solo con la vida! ¡Les amo inmensamente a los dos!

“¿Cómo sería justo obrar en un caso como éste? ¿Lo sabes tú, abuela?

—¡Sí, hijita mía! me parece que lo sé. Ni el Apóstol del Señor morirá sólo entre la nieve, ni tu padre se verá sólo con la vida porque estás tú entre los dos. ¿No has comprendido que tal es la Voluntad Divina manifestada por esa visión del Señor cuando el Apóstol estaba entre la vida y la muerte?

¿Acaso hay alguna ley divina ni humana que prohíba una unión por amor, a seres que como tú y él aman al Señor y quieren consagrar su vida a difundir su doctrina?

—Pero si yo no pensé nunca en unir mi vida por el matrimonio con otra vida, abuela Martha, ¿por qué tú me hablas así?

—Y, ¿qué has entendido tú, hija mía, en las palabras que oyeron en la aparición del Señor todos los Solitarios del Santuario?: “El amor salva todos los abismos y nadie puede separar lo que Dios ha unido”.

—Mira abuela..., tú tienes tres veces la edad mía: setenta y cinco años me has dicho, y debes conocer y saber muchas cosas que yo no sé. Pero yo tuve diez años de solitaria quietud en mi lecho y mientras mi pequeño cuerpo no podía moverse, mi mente corría por campos y ciudades, mares, valles y montañas. A mis constantes preguntas a mi padre: ¿cómo era éste mundo, cómo eran los países, las ciudades, los ríos, los mares, cómo y por qué el cielo era azul, y por qué las estrellas, el sol y la luna se habían encendido sobre él y no lo quemaban? Él, con todo su amor para mí, que fue extremado, trajo dibujantes y geógrafos y viajeros que habían recorrido el mundo todo. Y mi habitación llena toda de mapas, de panoramas terrestres y siderales, planos de ciudades, paisajes de montañas, todo cuanto forma este mundo me fue minuciosamente detallado y aún diré grabado en mi mente.

“Pero nadie me habló del amor que lleva a unirse a dos seres, como lo veo ahora que camino por mis pies y veo la vida de los seres en general. Pero no veo, ni encuentro, ni concibo que para amarse sea necesario unirse, darse, entregarse como se da y se entrega un pájaro, una joya, un ramo de flores.

“Yo no tengo voluntad de ser propiedad de nadie, porque me siento un ser libre, dueña de mí misma; no gusto de ser esclava aunque el amo sea todo lo bueno que pueda imaginarse. Ni tampoco quise nunca tener esclavos. ¿Acaso la esclavitud no está en contra del amor fraterno enseñado por el Profeta? ¿Acaso el amar a un sólo hombre o a una mujer, no está reñido con la ley del Profeta Nazareno que enseña a amar a todos como a sí mismo?

—¡Ah, hijita!..., ¡qué alto y qué rápido llevas tu vuelo por mundos desconocidos y lejanos! ¿No ves que yo tengo tres veces la edad tuya y mis vuelos son cortos y pesados como el de las codornices de nuestros trigales? Mira, cuando vayamos a la oración matutina, te acercas al Servidor Nahum y le pides todas esas explicaciones. Yo, pobre de mí, no se nada más que hilar lanas y devanar mis ovillos. Así y todo, creo comprender, hija mía, que aún no saliste de la niñez y que en los cielos de Jehová debe estar faltando un ángel hasta que vayas tú a ocupar ese sitio vacío. Mientras tanto te digo: ¡Feliz de ti que puedes amar a todos los seres y no tienes el egoísmo de querer uno solo para ti!

* * *

¡Oh, grandioso y sublime misterio de las almas! —digo yo, lector, que me sigues en estas divagaciones psíquicas a través de las almas de nuestros personajes. Profundas eran las divagaciones del Apóstol de Cristo que él vaciaba en el cartapacio de su Diario, como hondas en su

ignorancia de la vida eran las de la dulce y tierna Ada que lo amaba y era amada por él, tal como cada alma lo comprendía y lo sentía.

También había honduras en el alma de la anciana Martha cuya experiencia y conocimiento de la vida y de los seres le hacía comprender al hombre, a la doncella pura como un lirio del valle, y a sí misma, que en su larga jornada de setenta y cinco años habría subido las cumbres azules de la ilusión y habría bajado a los valles desolados del desengaño.

Pasados varios días y después de largos diálogos entre Ada y su padre, entre éste y Judas Tadeo, entre los tres juntos y más el Servidor Nahum, Jeramel resolvió el problema a satisfacción suya y de todos los que de cerca le pertenecían.

Pidió a las Ancianas abuelas para esposa suya a una de las doncellas del Coro, que venía observando desde su llegada al Santuario del Monte Hermón. Era la que dirigía y enseñaba a las otras, tenía veintiocho años y la llamaban Noemí. Huérfana de padre y madre, no tenía más familia que las ancianas abuelas y las otras doncellas compañeras suyas.

Ella quería intensamente a Adita por la dulzura de su carácter; y pensaba con pena en el día que hubiera de separarse de ella. Y Ada a su vez estaba encantada de la maravilla de su voz cuando cantaba salmos acompañada de su laúd.

Celebrado poco después el desposorio de Jeramel con Noemí, el árabe dijo a Judas:

—Puesto que piensas realizar tu apostolado en la Persia, partiremos los cuatro juntos pues veo que mi hija ni quiere separarse de mí, ni tampoco de ti. Desde antes de nacer ella, no veo la tierra natal de su madre, y te aseguro que aún no llegó el momento en que yo sea capaz de contrariar un deseo suyo. Tendrás pues que llevar en pos de ti, mi persona como tu sombra, hasta tanto que mi Adita quiera dejar de ser un ángel de Alá para convertirse en mujer”.

Y el Apóstol de Cristo que amaba intensamente a aquella criatura, que era como una estrella caída en su camino y como un rosal en flor a la puerta de su cabaña, aceptó lleno de gratitud hacia el noble árabe, tan recordado por su Maestro y que tan discreta y suavemente encausaba los acontecimientos hacia la solución final que podían tener.

El tío Nahum al despedirles una semana después, les decía a todos como una suavísima bendición:

—Que la voluntad divina de nuestro glorioso Mesías se cumpla en vosotros cuatro, antes que vuelvan a florecer los rosales.

Estaban en pleno otoño. Después vendría el invierno con sus escarchas y sus nieves. Y la primavera en la Persia de Zoroastro y de Darío, se cubría de rosales rojos y blancos. Y los almendros en flor cubrían valles y caminos con los copos de espuma de sus flores de nácar.

68
EL COMIENZO DEL APOSTOLADO

Nuestros viajeros se dirigieron primeramente a Tiro desde donde podían tomar las caravanas que marchaban mensualmente hacia Thipsa, ciudad puerto sobre el gran río Éufrates. Navegando tres días por él podían entrar a Persia por Susiana, en cuya capital Susian se encontraba la Escuela madre que fundara Baltasar, el gran amigo de Yhasua, que en la ciudad de Thipsa le había visto morir.

Pero antes de verles entrar en la tierra madre de las mejores y más delicadas especies de plantas florales y frutales, observemos, lector, algunos detalles del lento viaje a lomo de camellos y dromedarios.

Ambas jóvenes, o sea Ada y Noemí, iban cómodamente instaladas bajo un dosel cerrado, sobre una de estas grandes y mansas bestias, y Jeramel y Judas en otros, mientras los cuatro criados viajaban en caballos llevando de tiro varios asnos con los equipajes. Era pues una pequeña caravana que en Tiro se uniría a la gran caravana de doscientas bestias que era una de las varias que pertenecían a la Administración de nuestro “mago de los negocios honrados”, según apellidaba el Divino Maestro al anciano Simónides.

Nuestros viajeros iban pues en terreno conocido y entre amigos cercanos. Y mientras ellos avanzaban lentamente hacia la hermosa ciudad del Rey Hiram, dormida como una sultana a orillas del mar, escuchemos sus conversaciones, vivo reflejo del pensar y sentir de cada cual.

Ada y Noemí, dialogaban.

—¿Eres dichosa siendo esposa de mi padre? —preguntaba Ada que aún tenía de la infancia el afán de hacer preguntas.

—Esa palabra dichosa o feliz, paréceme que no suena tan bien en esta tierra donde a mi modo de ver, las mujeres en general tenemos una estrella tornadiza y semiapagada —contestaba Noemí, cuyos veintiocho años le habían rendido como cuarenta en observaciones y experiencias.

Ada la miró asombrada, sus ojos interrogaban.

—Querida mía, no interpretes mis palabras en el sentido de que tu padre no sea para conmigo un excelente esposo —observó Noemí—.

“Lo que quiero decir es que no habiendo intervenido en esta unión, un grande amor de parte mía, mi corazón sólo puede esperar unas migajas de felicidad en el futuro, o sea cuando el amor haya nacido en mí debido a las bondades y afectos que se me brinden.

—¡Has sido muy arrojada Noemí y muy valiente! Yo no habría tenido jamás el valor tuyo, y eso que reconozco en mi padre como una cualidad

muy natural en él, la complacencia y la suavidad en el trato a las personas que él conceptúa más débiles que él. Le he visto ser rígido y severo con hombres y mujeres fuertes, impetuosos y decididos; y le he visto ser manso y suave con esclavos viejos, con los niños de nuestros labriegos, y con los infelices mendigos que lo acosan con sus ruegos.

“Y lo es más desde que el Profeta Nazareno le dijo cuando me curó: *“Como mi Dios lo ha hecho contigo, lo harás tú con los que son inferiores a ti porque esa es la forma de pagar su don”*.”

—Tu razonamiento es superior a tus años y a tu poco conocimiento de la vida, Adita, y desde la altura de tu posición no podrás acaso comprender lo que es la vida de una joven huérfana y sola en el mundo desde la adolescencia. Vivir la vida mediante la tierna piedad de amigos o parientes, no es seguramente la vida que tú vives desde que viniste a este mundo. ¿Sabes cómo duele el corazón de saber que no eres dueña de nada, ni aún del agua que bebes, ni de la tierra que pisas, ni del pan que comes? Una joven huérfana como yo, en mi tierra no tiene sino tres caminos únicos: el matrimonio, el refugio del Templo, o la servidumbre en casas donde no siempre se respeta la honra de una muchacha que no tiene a nadie en el mundo. Y a veces ni la vida se le respeta pues sé de casos en que infelices criaturas han muerto por los malos tratamientos de los amos. ¿Te asombras ahora de que yo aceptara ser esposa de tu padre después de haberte conocido y amado a ti, y de haberlo visto a él todo amor y complacencia para ti?”

Por toda respuesta, Adita se inclinó hacia ella besándola tiernamente.

—Ahora te quiero doblemente que antes —le dijo—, pues te sé desventurada en tu vida llena de angustias que yo nunca he sufrido. Y me estoy prometiendo a mí misma, hacerte muy feliz. Y haré más aún, compartiré contigo todo el amor de mi padre del cual no aceptaré nada, nada, que no te haya dado también a ti.

—¡Oh, eso es demasiado, querida mía! ¡Tú eres su hija única!

—¡Oh! ¡Oh!... Y tú eres la esposa única porque mi madre murió cuando yo nací.

—Eso, tú no lo sabes. En el Santuario me han dicho que aún perdura entre los árabes la antigua costumbre de tener varias esposas... Así como los patriarcas hebreos.

—En la casa de mi padre no hubo más ama que yo desde que el Profeta me hizo dejar el lecho. Hay muchos siervos y siervas, administradores, escribas, músicos, danzarinas, pero ama soy yo sola. Ahora seremos dos: tú y yo, porque todo lo compartiré contigo, ¿te contentarás así?”

Noemí tardaba para contestar. Su mirada indecisa se perdía a lo lejos como si buscara en el horizonte que resplandecía a la luz de la mañana, la respuesta que debía dar.

—Mira, Adita, tú tienes veinticinco años pero eres como una niña y no sé como hablarte para que me comprendas. Los hombres en general no necesitan amar a una mujer para unir su vida a la suya. Les basta saber que es honrada, que es buena y laboriosa. Si es bella, es también un deleite a sus ojos; pero en cambio hay mujeres, y una soy yo, que sólo llevadas por un gran amor unen su vida al hombre que aman.

“Si yo he aceptado a tu padre ha sido por dos razones: por estar siempre a tu lado, y por no sentir más la amargura de recibir todo cuanto necesito como una limosna. Confieso que eso es un tormento para mí. Tu padre sabe que yo no lo amo y él mismo me ha dicho: “Es mi hija que necesita que yo una mi vida a la tuya, y puesto que tanto la quieres hazlo por ella, y por mi parte yo haré cuanto pueda para que no tengas que arrepentirte nunca”.

“Tal es la situación Adita. Con todo lo dicho queda contestada tu primera pregunta, o sea si soy feliz al lado de tu padre”.

—Me has dicho lo bastante para comprender que no eres dichosa, pero yo pienso que lo serás dentro de poco. Mi padre es noble, bueno y generoso, y tú que eres sensible lo bastante para apreciar esas cualidades, acabarás por amarlo como me amas a mí”.

El camello en que ambas se mecían suavemente se arrodilló sin violencia, porque Jeramel desmontado, se acercaba, y la mansa bestia comprendía que las viajeras iban a bajar porque era el mediodía, estaban ante la fuente de las palmeras donde todos, hombres y bestias, bebían y comían.

Y antes de bajar, ambas jóvenes pusieron el índice sobre los labios, prometiéndose guardar silencio sobre la conversación que habían tenido.

El gentil árabe las ayudó a bajar a las dos, y Judas se acercó al grupo mientras los criados abrían una tienda de vistosos colores y tendían pieles y alfombras sobre el césped, donde los viajeros se recostaban fatigados del largo viaje.

Ada se apercibió de la timidez de Judas para con ella, y muy sonriente le dijo:

—¡Oh, mi buen Apóstol del Profeta Nazareno!, ¿cómo ha pasado el viaje?

—Muy bien con la buena compañía que traía. ¿Y ustedes?

—Muy mal porque esta nueva mamá que mi padre me ha dado, me endilga unos discursos que para entenderlos, debo desarrollar toda la poca inteligencia que tengo.

—¿Cómo?, —exclamaron Jeramel y Judas al mismo tiempo, mirando con cierta expresión de curiosidad a Noemí, cuyo rostro se cubrió de vivo rubor.

—¡No juegues, Adita, conmigo, que no tengo voluntad de jugar!
—exclamó dulcemente la muchacha desenvolviendo un tejido que debía continuar.

—Eres tan buena, querida mía, que me despiertas el buen humor apenas te miro.

Jeramel sonreía lleno de regocijo viendo que sus presentimientos iban tornándose realidades. Su hija y la esposa que por ella había tomado, se querían aún más de lo que él suponía.

Cuando terminó la comida, Ada y Noemí salieron a recoger las perfumadas flores de caña que festoneaban de blanco los bordes de aquel hermoso remanso.

Y Judas y Jeramel quedaron en la tienda, por cuya ancha puerta penetraba un espléndido sol de otoño.

—Tú que traes en la mente y en el corazón la luz del Profeta de Alá —dijo el árabe—, podrás darme la certeza de que hice obra justa desposándome con esa joven que tanto ama a mi hija.

—Desde cualquier punto que se la mire, es en verdad obra de un justo —contestó el Apóstol—. Es una huérfana sin familia y sin hogar. Y el amparo de un hombre digno creo que sólo beneficio puede traerle.

—Ella ama a mi hija y no a mí, porque ambas se relacionaron íntimamente desde que llegamos al Hermón.

—¿Y no es para ti causa de preocupación esa circunstancia?, —preguntó Judas.

—Mayormente, no. Tu buen Profeta Nazareno a quien le debo no sólo la salud y la dicha de mi hija, sino también mi paz y mi felicidad, me dio el convencimiento de que un hombre puede ser dueño de su destino. Los árabes somos en general fatalistas y decimos: “lo que haya de ser será”, pero Él me hizo comprender que una voluntad fuerte puesta al servicio de la inteligencia puede cambiar el camino de un ser. Y aquí corresponde hacerte una confidencia íntima. Mientras mi hija estuvo postrada en el lecho, tuve un harén con bellas mujeres que me hacían olvidar con sus halagos el dolor de perder a mi esposa y de ver paralítica incurable a la hija que me dejó.

“Pero cuando la vi erguirse de su lecho como una flor que se abre vigorosa a la luz del sol, fue tal mi deslumbramiento que dije al Profeta:

“Quiero hacer algo inmensamente grande en gratitud a Alá por el beneficio recibido. Mejorar la situación de esclavos y jornaleros conforme a tus deseos no me cuesta molestia alguna, pues sólo se trata de aligerar un poco mis arcas llenas de oro que pronto vendrá en más abundancia. A tan gran beneficio recibido correspondería un gran don. ¿Cuál te parece, Profeta, que puede ser ese don?

“El más grande don que puede hacer un ser humano al Altísimo Señor

de todo lo creado, es la entrega de sí mismo en beneficio de nuestros semejantes”, me contestó.

“¿Cómo, en qué forma? Explícame con más claridad, le dije.

“El Señor te ha devuelto tu hija que es una estrella caída en los valles terrestres con designios que algún día verás realizados. Y por el grado de evolución de su espíritu no podrá aceptar de buen grado que compartas tu amor hacia ella, con una consagración más o menos intensa hacia esas mujeres que sólo son para ti un detalle de la decoración de tu palacio y objetos de placer. Si son esclavas extranjeras compradas con dinero, dales carta de manumisión, dota a los hijos y hazles conducir a sus países”.

“Lo haré así, le dije, y lo haré, no sé si en mi entrega habrá un tanto de egoísmo porque quiero merecer del Supremo Dueño de los mundos, la felicidad para mi hija, que será la mía propia y la de todos los que dependen de mí. Y ahora... ¡Oh, buen Apóstol de aquel Profeta que pasó por estas tierras sembrando el amor y la paz en cuantos se cruzaron en su camino!, ahora yo reclamo de ti que termines la obra que Él comenzó...”

—Tú dirás en que puedo complacerte...

—He comprendido que tú amas a mi hija y que mucho te atormentó ese amor. Yo creía que sólo los hombres de mi raza amábamos con tal intensidad. Tú no naciste en mi Arabia de fuego, pero viviste en ella los años de tu niñez y primera juventud. Diríase que las brisas de esta tierra que cruzan por entre las palmeras y los arrayanes, trajeran embrujos de amor, porque nadie se libra aquí de los dardos de oro del niño mago con vendas de seda sobre los ojos...

“Tampoco te has librado tú, que no eres de esta raza y que tienes el corazón lleno con el recuerdo y el amor de aquel hombre extraordinario que fue tu Maestro.

Judas permanecía silencioso con la mirada fija en la arena de la tienda, cubierta a medias por las pieles tendidas sobre ella. Se sentía como humillado y con una extraña turbación que parecía empequeñecerlo deprimiendo su espíritu. El árabe continuó:

—Mi hija te ama también, si bien su amor es aún el de la niña que ama su muñeca, sus flores, sus pájaros preferidos, su caja de música que deleita sus noches y arrulla su sueño... No sé si esto se debe a su larga infancia postrada en un lecho o a que sea ella una de esas huríes que manda Alá de tanto en tanto a la tierra para alumbrar los caminos de los hombres. ¿Nunca te habló tu Maestro de mi Adita curada por Él?

—Él no me habló de ella pero lo oí de boca de su tío Jaime y del Apóstol Zebeo. De ti, Jeramel, le oí hablar muchas veces, en que recordó con suprema alegría lo que hiciste por tus esclavos y jornaleros.

Lo único que Él me dijo fue que la Voluntad Divina me traería un día a Damasco, que le era querida, y que sería el comienzo de mi apostolado en seguimiento suyo.

“Allí te espera una encrucijada que te hará desear la muerte”, me dijo, “pero no es muriendo que glorificarás al Padre y a Mí, sino viviendo tal como Él y Yo queremos que vivas”.

“Pero yo me olvidé de esas palabras hasta el momento en que me encontré en medio de la encrucijada. Él me ayudó a salvarla y ahora...”

Judas se interrumpió con un silencio inexplicable.

—¿Y ahora qué? —preguntó el árabe.

—Ahora me dejo conducir por los acontecimientos que irán llegando. Temo mucho de mí mismo, de mi poca capacidad para vivir la vida en adelante, conforme al designio divino.

—Y ¿qué entiendes tú por designio divino? —volvió a preguntar el árabe.

—Según la enseñanza íntima de nuestro Maestro para sus Doce, no todas las almas que vienen a la vida terrestre tenemos marcado el mismo camino; y aparte de los diez mandatos de Moisés, tenemos una senda marcada por nosotros mismos, obedeciendo a un pensamiento o idea que se ha forjado y elaborado mucho más arriba de nosotros.

“Por eso Él, poco antes de volver al Reino de Dios de donde había venido, nos fue diciendo a cada uno hacia dónde debíamos tender el vuelo cuando Él nos hubiera dejado solos.

“Por eso vine a tu Arabia, y por eso me encamino hacia la Persia, donde Baltasar abrió sus Escuelas de Divino Conocimiento y donde yo tengo un lugar para realizar la Obra de mi Maestro. Tal es el designio divino referente a mi vida y a mis obras.

“Ahora en cuanto a los detalles que servirán de complemento, de auxiliares, y de coronación a mi vida, debo dejarme guiar por los acontecimientos no buscados ni provocados sino llegados inesperadamente.

“Si ellos están dentro de la Ley Divina, y a tono con mi sentir, debo aceptarlos. Y en tal caso, será la meditación, la reflexión a fondo, el razonamiento imparcial y justo, quienes colaboren en mi conducta a seguir, en mi obra a realizar para glorificar al Creador que me mandó a la vida en la Tierra, y a mi Maestro que me enseñó y preparó para vivir-la conforme a la Eterna Voluntad. Creo que sólo así podemos merecer ser guiados y auxiliados poderosamente por nuestro excelso Maestro y Señor, que nos dejó ocupando su lugar en esta heredad del Padre como Él llamaba a la humanidad de la Tierra”.

—Aprendiste bien la enseñanza del Profeta, oh, Judas, pues me parece estar oyéndole a Él mismo. Ahora bien; mi pregunta es ésta:

“¿Crees tú que en el designio divino respecto de ti está marcado que

llegaría para ti un amor como el de mi Adita, que se cruza de pronto en tu camino sin tú buscarlo, ni esperarlo? Sé sincero conmigo, te ruego y contéstame conforme a lo que sientes en tu corazón”.

Judas palideció un tanto. Su mirada se hundió de nuevo en las arenas que ocultaban en parte las alfombras y guardó un breve silencio, en el cual hubieran podido oírse los fuertes latidos de su corazón. Por fin levantó los ojos hacia su interlocutor y contestó a media voz, como si la respuesta le costara un gran sacrificio.

—Mi corazón es de natural cerrado a las confidencias de esta índole, pero tienes todo el derecho de pedirme ésta. ¡Sí, Jeramel!... Creo de verdad que el amor de tu hija es de aquellos que antes de llegar a la tierra fueron forjados más allá de las estrellas, en los cielos de Dios.

—Te doy las gracias, Apóstol del Profeta Nazareno. ¿Según eso, te unirás con ella en matrimonio? —volvió a preguntar Jeramel, esperando desde luego un sí, sonoro y radiante, y grande fue su sorpresa cuando Judas le contestó así:

—Eso lo decidirá tu hija. Bien sé que es una estrella en mi senda y me basta con su luz. ¡Es un rosal florecido en mi vida, y me basta con verle florecer siempre!... ¡No se decirte nada más!...

El árabe comprendió lo que era aquel hombre en el cual encontraba un vivo reflejo del amado Profeta Nazareno.

Se levantó prontamente, y abrazando lleno de emoción al Apóstol le dijo: —Eres un santo, Judas, como tu Maestro y como Él triunfarás de todo en la vida, hasta de la muerte misma.

“Dices verdad... ¡toda verdad! Este amor, estos esponsales fueron tejidos con hilos de seda del paraíso de Alá donde cantan los ángeles y las huríes llevando de un lado a otro las almas puras para encontrarse en un lugar y hora determinados.

“¡Grande es Alá que gobierna los mundos! Tu Maestro me dio un día la vida de mi hija, y tú su discípulo, me ofreces un altar de gasas y de nácar para colocarla. Alá es infinitamente generoso conmigo y yo quiero serlo con Él.

“¡Tú me dirás qué obra mía honrará a Alá y al Profeta Nazareno, tu Maestro, como ellos deben ser honrados! Y el día de los esponsales iniciaremos la obra.

Judas sonrió dulcemente a los ardientes entusiasmos del árabe y con su sencillez habitual le contestó:

—También te digo que será tu hija quien decida la obra que has de realizar.

Al día siguiente emprendieron de nuevo el viaje a través de los fértiles valles del Antilíbano, en uno de los cuales encontraron un grupo de viajeros que subían de Tiro en dirección directa a Thipsa y se unieron a ellos

con lo cual abreviaban el viaje en varios días. El Apóstol de Cristo continuaba entregado a hondos pensamientos, como si estuviera convencido de que se acercaban para él grandes e inesperados acontecimientos.

Y una noche que abrieron las tiendas en una hermosa explanada sombreada de palmeras y de cedros, por entre los cuales serpenteaba un plateado arroyuelo, Judas subió a una verde colina que le recordaba las de su tierra natal, sobre todo aquella desde la cual su Maestro había consolado a las dolientes muchedumbres deshojándole aquella dulce promesa:

“Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados”.

Se entregó de lleno a estos dulces recuerdos y se sumergió en una meditación profunda. Se le presentó en los esplendores de una visión mental un monte imponente, coronado por un suntuoso templo o Santuario sobre cuyas blancas torres, volaban las gaviotas y las cigüeñas.

Y voces íntimas le decían:

“¡Elhizer de Ethea!... Es tu casa, la que edificaste para alojar a tus Berecinas entregadas a la tutela de tu madre, la Matriarca Elhisa”.

—¡Monte Kasson!... —exclamó el Apóstol, recordando que en las Escrituras del Patriarca Aldis había leído aquellos pasajes ocurridos en la lejana prehistoria, en el apogeo de la gran escuela Kobda de la Paz, a orillas del Éufrates.

Y la visión continuaba.

El gran palacio-templo abría de par en par sus puertas de cedro, y él veía a la Matriarca Elhisa, joven y hermosa, con el rostro de Ada la hija de Jeramel, con su personita grácil y delicada, con su andar gracioso lleno de una suave majestad.

El Apóstol comprendió de inmediato aquella visión. Tanto había aprendido de su Maestro y de los Maestros Esenios.

Ada era una reencarnación de la Matriarca Elhisa del remoto pasado, y su propia vida era una nueva edición de aquel Príncipe Elhizer de Ethea, tímido, indeciso, lleno de grandes anhelos pero con escaso valor para llevarlos a la realidad.

—¡Pavorosos enigmas de Dios y de las almas creadas a su imagen y semejanza! —exclamó Judas y, paso a paso, comenzó a descender de la colina donde había descubierto un nuevo secreto de su propia vida.

69
EN THIPSA

El viaje hasta Thipsa no ofreció circunstancias especiales dignas de ser relatadas. La admiración creciente de los viajeros, que a excepción de Jeramel no habían salido nunca de la tierra nativa, ya lo supondrá el lector, ante la magnífica belleza y exhuberancia de la vegetación en la Mesopotamia.

El Éufrates estaba un tanto desbordado, y sus islotes de plátanos y cañaverales emergían de las olas mansas, ostentando entre el verdor vivo del ramaje, la blancura de las garzas que extendían perezosas sus grandes alas bordeadas de negro.

El pequeño puerto era un bosque de mástiles y de blancas velas que, al sol de la tarde, aparecían suavemente doradas como las aguas mansas del gran río en que se reflejaba la bruma de oro del atardecer.

—¡Qué hermoso es el mundo, padre! —exclamaba Ada contemplando como en éxtasis cuanta belleza le rodeaba—.

“Nuestros ríos Farfar y Abaná con sus bosques de arrayanes y tamarindos son hermosos, pero el Éufrates es imponente y son sus riberas, jardines de ensueño. No tenía mal gusto aquel Rey de Babilonia que con diez mil esclavos desvió esta caudalosa corriente hasta la populosa ciudad para embellecerla con los célebres jardines flotantes...”

—La belleza del Éufrates te ha puesto elocuente, hija mía, y crees que todo este mundo es un jardín como las márgenes floridas de este río milenario.

“Cuando bajemos por él hasta el Golfo Pérsico, temo que cambies de opinión —decíale riendo su padre, conocedor de todos aquellos parajes.

Nuestros viajeros se hospedaban en la mejor hospedería de Thipsa, y Judas que llevaba consigo la dirección de una de las Escuelas de Baltasar establecida allí desde tiempo atrás, se dirigió hacia allá guiado por uno de los viajeros con quienes se acompañaron desde la mitad de camino, y que era originario de esa ciudad.

La extremada sensibilidad del Apóstol se ponía en mayor tensión a medida que se acercaba a la Escuela-Santuario, y los recuerdos tejían sus redecillas de seda y esbozaban escenas que él no podía olvidar. Iba a penetrar a la casa donde murió Baltasar, asistido en su última hora por el joven Maestro que había corrido desde Antioquía para despedir a su gran amigo. Sabía por relatos de su mismo Maestro, que aquella sala mortuoria fue transformada en Oratorio y apenas llegó Judas pidió

ser conducido allí. Una atmósfera de serena paz, de suave ternura, de inefable unción religiosa le envolvió de inmediato.

Y cuando su vista fue percibiendo en la penumbra los asuntos que hábiles pintores habían esbozado en los grandes paneles que cubrían las paredes, el Apóstol de Cristo se dejó caer sobre el estrado y dejó correr sus lágrimas silenciosas durante largo rato.

Aquellas hermosas pinturas, recordaban el gran viaje de los tres sabios de Oriente hacia la cuna del Avatar Divino anunciado por la conjunción de los astros. Era como una colección de lienzos titulados “Siguiendo la Estrella”, y en cada uno de los cuales aparecía un episodio de aquella jornada heroica. El encuentro inesperado de los tres al pie de los cerros que rodean la ciudad de Sela, la llegada al Refugio de niños leprosos y contrahechos del valle de Beth-peor donde recibieron la noticia de haber nacido el Mesías y su presencia en Jerusalén; y por fin el paso del Jordán, la entrada en la gran ciudad y el encuentro con el Bienvenido.

Pero la mayor emoción de Judas fue el lienzo del muro central que representaba la sala mortuoria de Baltasar, en el momento en que el joven Maestro arrodillado ante el lecho recibía la última bendición del Anciano moribundo. La ansiedad en el rostro juvenil del Maestro que veía extinguirse aquella vida, y la augusta serenidad de la muerte en la faz de Baltasar, era algo que sólo podía contemplarse a través del cristal de lágrimas contenidas.

El tiempo que Judas pasó en su silenciosa contemplación, ni él mismo supo medirlo. Había llegado allí a mitad del día, y ya el sol se ocultaba en el ocaso, cuando vio entrar una sombra, envuelta en un velo azul, que se le acercaba lentamente.

La vio sentarse muda a su lado. El corazón latió fuertemente pero no podía creer ni a la intuición de su mente ni a los latidos de su corazón. Y continuó inmóvil en silencio. Por fin la sombra velada de azul, se inclinó hacia él y susurró a su oído:

—Si terminaste la oración, vamos, que mi padre y Noemí nos esperan en la posada. —Y le tendió su pequeña mano.

—¡Adita! —exclamó el Apóstol—. ¿Cómo has venido?

—Caminando paso a paso hasta llegar aquí. ¿Por qué te asombras? ¿No nos dijo el Profeta que nada debe separar lo que Dios ha unido? ¡Vamos!

Judas tomó la pequeña mano y salió.

—¡Valgo menos que un chiquilín! —pensaba en lo hondo de sí mismo—. Sigo siendo aquel Elhizer de Ethea, vacilante, tímido, inútil después de ocho milenios transcurridos lentamente sobre mí. ¿Qué puede esperar mi Maestro de esta infeliz criatura que nada es capaz de hacer por sí mismo?

La dulce voz de Adita cortó el hilo de sus pensamientos.

—Judas, ¿se puede saber en qué vienes pensando que no me hablas? Mira que estoy por enfadarme contigo, porque no haces nada por parecerme al Profeta Nazareno. ¡Y eso que te llamas su discípulo!

“Llegamos hoy a mitad de la mañana, te vienes enseguida aquí, no apareces a la hora de la comida, va anocheciendo y si no vengo a buscarte quedas aquí hasta la luna que viene... Judas..., yo creo que eso...”

—Sí, Adita, eso no esta bien, sino muy mal. ¡Tienes toda la razón y quisiera curarme de todas las deficiencias de carácter que hacen de mí un hombre inútil, pesado..., cansador!...

—No comprendo, Judas, cómo es que el Profeta no te curó. ¡Él venció la parálisis de nacimiento que me postraba en el lecho, y a ti te dejó así como un pájaro atontado que tiene miedo de volar!...

—No fue Él que me dejó así, Adita, sino que yo mismo soy cobarde para ahuyentar esta floja y decrepita voluntad, que espera siempre de los demás lo que ella sola debe hacer. Ayúdame tú a corregirme de este inveterado mal...

—¡Ah! ¿Sí?, —exclamó la joven prontamente—. ¡Muy bien!... Desde hoy soy tu padre y tu madre juntos, y vas a obedecerme al pie de la letra... ¿Promesa formal?

—¡Sí, Adita, promesa formal! —respondió Judas, llevando a sus labios la pequeña mano que le conducía, tal como si pronunciara un juramento sagrado.

—Me he informado —continuó ella con gran aplomo—, que todas las Escuelas de Baltasar están viviendo una vida precaria y que la “Santa Alianza” del Profeta, no funciona más por falta de medios. Llega aquí un Apóstol del Profeta, acompañado de una joven a la que Él dio la salud y la vida; más aún, que hizo feliz y dichoso a uno de los más poderosos magnates de Damasco y a todo el pueblo damasceno, ¿no te parece que algo debemos hacer aquí para agradecer al Profeta?

—¡Sí, Adita!... Di tú lo que debe hacerse y lo haremos —le contestó.

—¡Siempre ha de decidirlo otro y no tú, Judas!... Esto no puede continuar así. Me diste promesa formal de obedecerme y además me has pedido que ayude a corregirte. ¿No es así?

—Sí, Adita, es así.

—Está bien. Entonces yo mando que antes de que se ponga el sol de mañana, hayas pensado lo que debemos hacer en honor y gloria del Profeta, aquí en Thipsa y antes de seguir viaje a Persia. ¿Lo harás? ¡Piensa Judas que el Apóstol de Él eres tú y no yo!

—Sí, Adita, lo haré tal como quieres y como lo quiere el Divino Maestro.

“Antes de que se ponga el sol de mañana te daré la contestación.

Y entraron a la posada donde Jeramel y Noemí, apoyados en la balaustrada de la terraza, contemplaban el manso correr de las aguas del río, en que se pintaban las mil siluetas de barquichuelos que se deslizaban por ellas con sus blancas velas desplegadas al viento.

En ambos podía percibirse claramente una plácida y serena calma.

Una mesa suntuosa y exquisitamente adornada de flores y frutas resplandecía en un ángulo de la terraza.

—¿Hemos tardado mucho? —preguntó Adita de inmediato, despojándose de su gran velo azul.

—No, querida mía —le contestó Noemí—. Os esperábamos para la cena.

—Mucho de bueno debiste encontrar en la Escuela de Baltasar por cuanto tardabas tanto —dijo Jeramel a Judas—. Ya creíamos que el compañero de viaje nos abandonaba.

—¡Hace oraciones demasiado largas! —explicó Adita con una ligera ironía—, y si no fuera porque fui a interrumpirlo quizá oraba hasta pasado mañana.

Judas sonreía plácidamente y su gran amor silencioso pareció encontrar suave y dulce la ironía de la joven.

—En verdad —respondió Judas—. La Escuela de Baltasar está toda llena de nuestro gran Profeta Nazareno como vosotros decís. Y no me fue fácil sustraerme a la evocación de tan grandes recuerdos. Es indudable que Él vive en todas las cosas que le estuvieron cercanas.

—Tal como lo dices —afirmó el árabe—, y comprendo lo que debe ser para ti no tenerle más a tu lado. Pero, amigo, hay que saber perder, y a las grandes ausencias que dejan profundos vacíos en el corazón, debemos llenarlos con obras que el amado ausente hubiera realizado de haber estado presente.

—Así lo he prometido a tu hija y mañana resolveremos lo que debemos realizar en Thipsa en memoria suya —contestó Judas, sosteniendo la mirada fija de Ada que había tomado muy en serio la transformación del vacilante carácter del Apóstol de Cristo.

La decisión y firmeza de la Matriarca Elhisa de la prehistoria, aparecía lozana y vigorosa en la grácil personita llena de encantos de la joven damascena, encargada por la Divina Ley de ser la estrella maga que alumbrara el camino de uno de los Doce, elegidos por el gran Maestro para la difusión de su doctrina en el mundo.

El gran barco a vela de la flota administrada por nuestro inolvidable Simónides, que hacía la travesía cada tres meses desde Thipsa al Golfo Pérsico, debía estar de regreso al cabo de unos cuarenta días y nuestros amigos pensaban embarcarse en él.

El “Albatros” con pabellón oro y estrella azul, era el preferido de los

viajeros pudientes, pues estaba provisto de las mayores comodidades conocidas en aquellos tiempos, y era fama además la pericia de sus pilotos y marinos en general.

Y mientras la esperada nave llegaba, Adita se arregló con su complaciente padre para que adquiriese dos buenas propiedades que estaban ubicadas a un lado de la Escuela de Baltasar. En una existía un taller de tejidos que en otros tiempos había sido el que surtía de telas, alfombras, cobertores y tapices a los pueblos vecinos, pero que por la muerte de sus dueños, habíase venido casi a una inacción completa con gran perjuicio para los jornaleros que allí ganaban el sustento.

La otra propiedad consistía en un gran huerto con plantaciones de naranjos, ciruelos, cerezos y un extenso viñedo que presentaba el aspecto de un enmarañado bosque donde las madreselvas enredadas como espesas madejas de verdor de un árbol a otro, y los cañaverales del cerco que rodeaba el huerto, hacían casi imposible la entrada. En la vieja casa central sólo había un anciano matrimonio con una vieja esclava que les servía. Eran los actuales propietarios que habiendo perdido sus hijos, creían que les bastaba para el sustento lo que el antiguo huerto les producía sin esfuerzo alguno.

Y la visión certera de la Matriarca Elhisa representada en la joven Adita de veinticinco años, vio en aquellas dos propiedades lo que ella soñaba para realizar en ellas algo de lo que el Profeta Nazareno hubiera hecho, si pasara entonces por aquellas fértiles y hermosas tierras que regaba el Éufrates con su caudalosa corriente.

La decisión con que la joven obrara, pareció despertar a Judas a su deber de Apóstol del Cristo, cuyo celo infatigable por hacer obras en beneficio de las clases desheredadas, había presenciado en los años que pasó a su lado.

Y secundando eficazmente las iniciativas de Ada, la adquisición de ambas propiedades quedó realizada de inmediato.

El huerto se convertiría en Refugio de madres viudas con niños; y el Taller de tejidos sería puesto en las condiciones necesarias para continuar sus antiguas actividades, en forma de que volvieran a sacar de allí el sustento de los hogares humildes de Thipsa y sus alrededores.

El pueblo estaba de fiesta. Y Jeramel y Ada presenciaron las mismas escenas de entusiasmo popular, de bendiciones y hosannas de júbilo, que recordaban muy bien de aquellos días gloriosos en que el Profeta Nazareno hacía desbordar sobre los desheredados de Damasco, el raudal caudaloso de su amor generador de prodigios.

Al noble árabe que se veía aclamado y bendecido por la multitud le corrían lágrimas de intensa emoción, y Judas Apóstol de Cristo le oyó decir a media voz:

“—Razón tenía el Profeta, cuando decía que los poderosos tenemos la copa de la felicidad en la mano y no acertamos a beberla”.

Media ciudad se puso en actividades para secundar a los benefactores en la realización de las obras iniciadas por ellos, a fin de que cuando llegara el día de la partida, quedaran por completo realizadas.

Los tejedores se presentaron en numerosos grupos para poner en movimiento los telares.

Los cardadores de lana vaciaban sus depósitos llenos hasta la techumbre de lana comprada a los pastores de año en año y que almacenada, esperaba en vano la restauración del viejo taller.

Los pastores de los valles del Éufrates dueños de inmensas majadas de ovejas acudieron a la novedad y cada cual contrataba porciones de esquiladores para esquilar sus majadas, una de sus grandes fuentes de riqueza en aquella comarca ganadera por excelencia.

Y mirando Judas aquella maravillosa actividad desplegada sólo porque en el alma de una mujer había germinado la semilla del bien, de la justicia y del amor fraterno, sembrada por su Maestro quince años atrás, sintió que su corazón lloraba por su ausencia y exclamó como en un sollozo:

—¿Por qué te fuiste, Señor, en plena juventud, si podías transformar este mundo con tu presencia en la tierra?

Y una voz íntima, honda y serena que parecía arrancada de su propio corazón le contestaba:

“Lo transformarás tú y todos los míos, que dejé allí para recoger lo que sembré en mis días y continuar sembrando hasta el final de los tiempos”.

El Apóstol cayó de rodillas sobre la terraza de la Escuela de Baltasar, que le servía de atalaya para contemplar la maravillosa actividad de Thipsa y sus alrededores, que parecía renacer a una nueva vida, porque el pensamiento genial de su Maestro había soplado como un viento benéfico a través de la mente de Adita, la niña endeble y paralítica que Él había levantado del lecho a los diez años de edad.,

—¡Maestro, Señor mío!... —murmuró el Apóstol—. ¡Cuán poderosa es la magia divina de tu amor cuando se adueña de un corazón humano, que así remueves ciudades y pueblos aún después de diez años que no vives sobre la tierra!”

Vio a Ada y a Noemí que subían por una calle seguidas de una multitud de mujeres y niños, y se perdían en el bosque del huerto recientemente adquirido para Refugio de madres viudas con niños.

Era una extraña procesión aquella. Mujeres y niños cargados de fardos grandes y pequeños que les agobiaban bajo su peso, pero a quienes se les veía correr alegres y felices a perderse en aquel huerto boscoso y sombrío.

Hasta ese momento había sido considerado como un lugar medroso, que apenas bajado el sol de ocaso se llenaba todo de pavorosas tinieblas, sin un rumor de vida y apto sólo para habitación de fantasmas o de malhechores que huyen de la luz.

Y de la noche a la mañana, le veían lleno de risas de niños y cantos de mujeres que arreglaban y limpiaban habitaciones, que recogían de los senderos la hojarasca seca arrastrada por el viento, y encendían por las noches farolillos de mil colores bajo los emparrados y las pérgolas, antes oscuras y solitarias.

—¿Qué pasaba allí?, —se preguntaban los viandantes que ignoraban los acontecimientos sucedidos.

Y esa pregunta formulada a espaldas de Ada, cuando a la noche de ese mismo día se retiraba a la Hospedería acompañada de su padre, de Judas y Noemí, obtuvo de ella esta contestación:

—¿Preguntáis qué pasa aquí? Nada, ciudadanos de Thipsa, no pasa nada, más que las viudas pobres y cargadas de niños se instalan a vivir aquí, para que no se vea en vuestra ciudad el triste espectáculo de ambular sin hogar arrojadas de todas partes”.

Y seguía serena su camino dejando absortos a los viandantes, que en su refinado egoísmo continuaban preguntándose unos a otros:

—¿Qué saldrá ganando esta muchacha con esas madrigueras de chicuelos desamparados y de mujeres harapientas que recoge en los suburbios? ¡Bonita estupidez! Más le hubiéramos agradecido que hubiera convertido el huerto en jardines deliciosos como el Bosque de Dafne, en Antioquía, donde hasta los príncipes acuden a buscar descanso y alegría.

Pero esta acerba crítica ya no la oyó nuestra gentil Adita, que de haberla oído, acaso les hubiera contestado con otra pregunta parecida a ésta: “¿Es que sólo los magnates y los príncipes tienen derecho al descanso y a la alegría?...”

Y aquí cabe reconocer que la humanidad de todos los tiempos se parece, en sus egoístas maneras de apreciar las acciones que ella no es capaz de hacer. Cambian las costumbres, el tiempo derrumba ciudades populosas, se construyen otras, la inventiva del hombre asombra a los pueblos con mil fantásticas creaciones buenas o malas, pero el egoísmo aparece en todos los campos y en todas las épocas, como las ortigas y los cardales espinosos que nadie siembra ni cuida pero que crecen y se multiplican siempre con asombrosa fertilidad.

EL “ALBATROS” SUELTA AMARRAS

Fue en un atardecer sereno del final de otoño, cuando la tersa superficie del gran río reflejaba con todo su esplendor los tintes maravillosos del ocaso. Un bullicioso conjunto de aclamaciones que la apiñada multitud ofrendaba a nuestros viajeros en el puerto de Thipsa, ponía una nota de jubilosa alegría en el ambiente tibio y resplandeciente de aquella tarde otoñal.

La bocina del barco daba las señales de práctica para los pasajeros retardados, y Adita, Noemí, Jeramel y Judas no conseguían desprenderse de la multitud que les ovacionaba entusiasmada por los beneficios que habían recibido de ellos. Ada y Noemí repartían golosinas entre los niños, mientras Jeramel y Judas iban dejando una moneda de oro en las manos temblorosas de los ancianos que estaban seguros de no volverles a ver más.

Y aquella muchedumbre que nada tenía para darles más que su gratitud, les ofrendaba en sus aclamaciones títulos de realeza: majestad, alteza, grandeza; lo cual llamaba grandemente la atención de los demás pasajeros que en completo silencio subían la planchada del barco, sin que nadie se fijara en ellos.

Entre éstos embarcaron un Anciano de venerable aspecto y un hombre joven y hermoso, que tenía los tintes bien definidos del asceta, del místico. Este sostenía al Anciano que se apoyaba en su brazo, mientras con el otro soportaba el peso de dos grandes maletas de piel de foca, de las muy usadas para largos viajes, y todavía el Anciano llevaba un saco de mano de lustrosa piel negra.

Judas que se disponía a subir al par de ellos, sin carga alguna porque todos los equipajes fueron subidos a bordo anticipadamente, dijo al Anciano:

—Si me permites, hermano, te llevaré el saquillo y también te sostendré a ti, que tu hijo tiene de sobra con sus maletas”.

Ambos hombres lo miraron con asombro extrañándoles al parecer que usara con ellos tal atención. Y sin quitarle los ojos de encima, el Anciano le abandonó el saquillo y el joven le saludó con una inclinación de cabeza que parecía significar: gracias. Y ya descargado del peso de su viejo compañero, el joven tomó una maleta en cada mano y subió adelante.

—¿Por qué haces esto con un pobre viejo que no puede devolverte el favor? —le preguntó a Judas.

—¡Oh, hermano! Ni esto es un favor, ni hay nada que devolverme

—contestó el Apóstol—. Soy extranjero aquí y sigo las costumbres de mi tierra natal.

—Santa será esa tierra en que los hombres se aman y se sienten hermanos —murmuró con tristeza el Anciano, subiendo la planchada apoyado en el brazo de Judas.

El Apóstol de Cristo pensó con más pena aún en las horribles tragedias de odio y de furor, que había presenciado en su país en los últimos años y exhaló un gran suspiro...

—¡El recuerdo te hace padecer! ¿De dónde vienes si no es imprudente mi pregunta?

—De Siria sobre la costa del Mar Grande —contestó Judas.

—¡Oh!... ¡De la tierra del pájaro azul!... —exclamó con devoción el Anciano viajero—. El Altísimo me depara tu presencia como un don inesperado.

Habían llegado al pasillo de los camarotes atestado de viajeros que buscaban los suyos, y el joven de las maletas volvía ya descargado de ellas, en busca del Anciano.

Ambos dieron nuevamente las gracias y el joven dijo a Judas:

—Nuestra cámara es el número seis por si en algo podemos servirte.

—Gracias, hermano —contestó Judas, y se perdieron de vista entre el ir y venir de pasajeros y marineros que se movían tumultuosamente, despidiéndose los unos, llevando fardos los otros y corriendo los demás que no eran viajeros, a bajar antes de que fuera levantada la planchada.

Todos veían la apiñada multitud que despedía con bendiciones y hosannas a Jeramel, Ada y Noemí, que desde la cubierta respondían agitando sus pañuelos, y pensaban con razón en que debían ser grandes personajes.

La lujosa indumentaria del árabe lo indicaba también, igualmente que las ricas gasas de seda que envolvían a las dos mujeres, evitándoles las miradas de todos.

Las recomendaciones que de Simónides llevaba Judas para el Capitán del “Albatros”, fue bastante para que el avezado marino diera a estos viajeros todas las preferencias; Jeramel había elegido dos hermosos camarotes para él y su familia, mientras Judas aceptó la deferencia de compartir la cámara del Capitán, antiguo marino de Seleucia, que fue grumete en los tiempos de las grandes navegaciones del Príncipe Ithamar, padre de Judá.

Y una noche cuando ambos estaban solos en la cámara, Judas preguntó al Capitán quienes eran aquellos dos pasajeros con los que tuvo ese breve diálogo al embarcar.

—A ciencia cierta no lo sé —le contestó—, pero creo que deben ser de

alguna Escuela religiosa..., algo así como profetas o magos. Son buena gente, y no hará más de seis meses que les traje desde el Golfo, y recuerdo bien que se desató una tormenta brava en momentos en que yo tenía el contra maestre y otros marineros enfermos; y el viejo y el joven subieron a la cubierta sin miedo al huracán, calmaron la borrasca y en menos que canta un gallo curaron los enfermos que eran siete.

—¡Hombre! —exclamó Judas—. Son más que buenos. ¿Quiénes son y cómo se llaman?

—Aquí está el libro de pasajeros y puedes enterarte si te interesa.

El Apóstol tomó el libro y buscó el camarote número seis y encontró anotado estos nombres: Hardiano de Conasida. Fahien de Rambacia.

Luego recorrió con la vista y punzón en mano los puertos y ciudades que la carta marina tenía marcados como puntos de escala del “Albatros”, y encontró más allá de la Punta de Carmania que casi cierra el Golfo y ya en el país de Gedrosia, el puerto de Conasida, pueblo natal de uno de aquellos dos viajeros. Luego entre montañas y ríos encontró el Reino de los Sambos, cuya capital Rambacia quedaba a dos jornadas de la costa del mar. Era el pueblo natal del otro viajero.

Absorto en esta revisión, Judas no advirtió la entrada a la cámara del Capitán, de un hombre que le observaba con interés y simpatía a la vez, mientras él señalaba con el punzón las ciudades de Conasida y Rambacia.

—Por ventura, señor viajero, ¿vais a nuestro país? —preguntó el recién llegado, que era el joven con aspecto de asceta y místico que embarcó junto con él.

El Apóstol se volvió prontamente y le contestó:

—No, hermano. Desembarcamos en Pasiliglos a la entrada al Golfo y vamos a Persépolis”.

Judas se quedó un tanto perplejo más que por haber sido sorprendido anotando las ciudades de aquellos pasajeros, al ver la indumentaria que el joven usaba. Se había quitado el oscuro albornoz que le cubría desde el cuello a los pies y aparecía con una hermosa túnica gris azulada, ceñida a la cintura con un cordón violeta y en la cabeza un casquete de lana de igual color.

La silueta de un Kobda del Nilo, tal como los describiera las Escrituras del Patriarca Aldis, le vino de inmediato a la mente y no pudo evitar esta exclamación

—¡Un Kobda del Nilo! ¡Qué hermoso recuerdo despertáis en mí! ¿Por qué lleváis este traje?

—Porque pertenezco a un Santuario Kopto que vive desde siglos entre las montañas de la Gedrosia. ¿Por qué os asombráis?

—Sencillamente porque entre mis hermanos de ideales, estudiamos

con amor los principios difundidos y sostenidos en una edad lejana por la Gran Fraternidad Kobda del Nilo y del Éufrates.

—La Divina Ley —dijo el joven asceta—, permite y aún busca estos encuentros para que la Verdad una a las almas de todas las latitudes y de todos los continentes.

“Si gustáis estrechar amistad con nosotros, venid a nuestra cámara, que yo viajo con nuestro Patriarca Hardiano el cual se regocijará grandemente de tan inesperado encuentro.

Judas no se hizo repetir la invitación y acudió al camarote número seis. Encontró al Anciano vestido también con la túnica gris azulada, que tan profundamente le había impresionado.

—¡Quién había de pensar —exclamó—, que en este viaje me encontraría con dos Kobdas de la Prehistoria!

—No tanto, hermano, aunque soy viejo no soy prehistórico —contestó el Anciano, riendo afablemente de los asombros de Judas.

—¡Pero cómo!... No comprendo este misterio —volvió a decir el Apóstol—. Hace ocho mil trescientos años que existieron los últimos Kobdas, y os encuentro a vosotros justamente llegando al lugar sagrado en que floreció el Santuario de la Paz a orillas de Éufrates. ¿Es que le habéis reconstruido y volvéis hasta él?

—No es esa la palabra que expresa toda la verdad. Más bien debo decirte que somos una ignorada continuación de la Fraternidad Kobda del Nilo y del Éufrates. La lámpara eterna de la Verdad no sucumbe nunca, hijo mío, aunque la humanidad ignore por completo que ella vive encendida en algún oculto rincón de la tierra. La Fraternidad Kobda no se extinguió nunca, pero sí se escondió con todos los resplandores de la Sabiduría Divina conquistada en tantos siglos.

“Y en estos parajes del Asia Central, ha sido y es nuestro templo de la isla Rambar, el depositario secreto de la lámpara maravillosa.

“En el profundo Golfo que se abre junto al puerto de Palalena, visitado siglos atrás por Alejandro el Macedonio, se encuentra la isla de Rambar, la de los eternos peñascos, habitada solamente según la creencia vulgar, por piratas y bandoleros escapados de la justicia de todos los países civilizados, lo cual ha dado y da seguridad a la guarda de nuestro secreto.

“Veo el asombro en vuestros ojos y el justificado interrogante que asoma a flor de labios: “¿Cómo podéis vivir entre tan peligrosa vecindad?”.

—Es verdad —contestó Judas—. Eso mismo he pensado.

—Uno de los principios kobdas es éste: “El amor salva todos los abismos”. Y así como los Kobdas de la prehistoria tenían en su programa la liberación de los esclavos, nosotros en nuestra isla tenemos la redención de los delincuentes, proscritos de las sociedades humanas —contestóle

el anciano—. Y el amor hace el prodigio de redimirles, de purificarles y de salvarles.

“El Maestro Abbas sucesor del bienaventurado Baltasar en las Escuelas de Sabiduría de la Persia, ha salido de nuestro Santuario y por él llegó a nosotros la luz del Avatar Divino, del nuevo Numú aparecido en vuestra Palestina inmortal con el nombre de Yhasua, como apareció edades atrás en la vecindad del Éufrates con el nombre de Abel. Es la obra del Eterno Invisible puesta en varios rollos de papiro indestructibles.

“Y así como viven las continuaciones de los Flámenes lemures de Juno y de Numú en las Torres del Silencio de Bombay, entrelazados a los vivos resplandores de Krishna y de Buda como en vosotros los de Moisés, de igual modo vivimos nosotros, continuación eterna de los místicos Kobdas de Abel.

“Y nadie ha podido destruirnos, ni siquiera lo han intentado”.

Judas guardaba silencio. Por su mente cruzaban en desfile maravilloso los relatos del Patriarca Aldis en sus ochenta rollos de papiro que narraban los orígenes de la Civilización Adámica, y la silueta azulada de Abel chispeaba de luz en el horizonte, confundándose en un iris de claridad infinita con Yhasua su inolvidable Maestro.

—Maestro mío... ¡Siempre tú iluminando las tinieblas! —exclamó el Apóstol como en un grito apasionado de su corazón.

—¡Oh, hijo mío!... ¡Pasan los siglos, las edades se suceden en vertiginosa carrera, caducan las civilizaciones, sobre las ruinas de las más grandes ciudades pasa el arado y nacen trigales, pero la lámpara eterna de la Verdad encendida por el Hombre-Luz, no se apaga jamás! —continuó el Patriarca Hardiano con un entusiasmo que parecía poner luz de sol en sus ojos—.

“¡Los Faraones del Nilo con todo su deslumbrante poderío, son un recuerdo! Los tiranos y crueles reyes de Caldea, son un recuerdo. Darío, el rey astro de Persia es un recuerdo. ¡Alejandro, gloria de Macedonia, es un recuerdo!... ¡Y recuerdo son también el gran Hiram de la Siria y vuestro David y Salomón de la Tierra de Promisión, vislumbrada de lejos por Moisés, y recuerdo serán también los Césares dueños del mundo en la hora actual. Pero el Hombre-Luz, hijo mío, es el sol divino de todas las épocas y de todos los tiempos, y las facetas radiantes de todas sus vidas planetarias viven siempre sobre la faz de esta tierra y en medio de esta humanidad que le pertenece, porque somos una conquista de su amor eterno, reflejo vivo de la Suprema Inteligencia Creadora!

“Y ya que la Divina Ley nos ha permitido este inesperado encuentro, espero que nos dirás quién eres tú respecto del Hombre-Luz de esta hora.

—Soy el último de sus discípulos —contestó Judas con temblorosa

voz, pues era tan fuerte la irradiación de amor que percibía de aquellos dos hombres hasta hacerle casi llorar.

—Sabemos que ha dejado doce discípulos íntimos, que como los dejados por Krishna, Moisés y Buda, deberán ser los Instructores de esta humanidad para la cual Él ha sembrado su doctrina de amor fraterno.

“Y creo que ésta es la oportunidad mejor que se me brinda para establecer comunicación con ellos. Yo fui con Baltasar de Susian en su último viaje a Thipsa sobre el Éufrates, y tuve el inmenso gozo de conocer al Verbo de Dios cuando contaba veinte años; y cuando Él oraba y lloraba junto al lecho del moribundo, yo lloraba en un rincón de la alcoba, mientras mi pensamiento decía: “Sólo le falta la túnica azulada para ver de nuevo a Abel a las orillas del Éufrates”.

“Su estadía fue tan breve que sólo brevemente pude hablarle, y al lamentar yo la distancia que nos separaba, Él me contestó: *“Para la Eterna Ley no hay distancia cuando ella quiere unir a los suyos dispersos en este mundo. Y yo te digo que un día te unirás con los que quedan detrás de mí”*.

“Desde aquel día espero el cumplimiento de esa promesa. Acaso serás tú el encargado de cumplirla. ¿Cómo te llamas?”

—Judas, hijo de Tadeo de Gamala, pero entre los Doce me llaman Judas Tadeo.

—¡Ah!... ¿Luego, tú eres uno de los Doce?

—Es verdad. Soy uno de los Doce; y con dolor te digo que hasta hoy no hice nada por mi Señor. Sólo he sido capaz de llorar su partida y lamentar su ausencia. ¡Somos nada sin Él!...

—Pero..., ¿de qué ausencia hablas? ¿Acaso el Verbo de Dios, su Pensamiento eterno, su Idea divina puede ausentarse, separarse de quienes le ofrendan su amor, su fe, su esperanza toda? ¡Ni lo pienses, hijo mío! ¡Ni lo pienses! Porque el sólo pensarlo es caminar al fracaso.

“¿Cómo hubiéramos podido sobrevivir los Kobdas a tan tremendas hecatombes humanas, si hubiéramos pensado que Él estaba lejos de nosotros? Su presencia eterna nos ha hecho vivir hasta hoy”.

—¡Enseñadme por favor el secreto de sentirle siempre a mi lado! —suplicó Judas como en un clamor de su corazón.

El Anciano llevó el dedo índice a sus labios, y con la mirada señaló a Fahien, sentado en el extremo de su lecho envuelto en penumbras.

El joven rostro ascético aparecía transfigurado por la interna adoración de su espíritu y poco a poco, le vieron irse recostando suavemente sobre los gruesos cobertores enrollados que había hacia la parte posterior del pequeño lecho. Muy pronto el silencio fue absoluto y ni aún se percibía la respiración del durmiente.

El Anciano veló la claridad de la lamparilla de aceite con una pantalla

de hoja seca de palmera, como entonces eran usadas, y con una nueva señal de silencio a Judas, le indicó esperar tranquilo.

Una blanca nubecilla se fue formando junto al cuerpo del joven dormido, y cuando alcanzó la suficiente consistencia, de la nubecilla se formó un óvalo blanco nieve con estrías de oro vivo y azul brillante. El óvalo se agrandaba hasta cubrir al dormido, al lecho y a la pared a que estaba adherido, y al centro comenzó a diseñarse un disco oscuro como de ébano resplandeciente. Aquel disco oscuro y brillante semejaba un espejo. Y diríase que lo era porque no tardó en aparecer en él, la imagen perfecta de un joven hermoso de blanca tez y de cabellos dorados, vestido con la túnica azulada y el cordón violeta a la cintura. Sus ojos eran dos topacios y su voz suavísima dijo: *“El amor salva todos los abismos”*.

El Anciano y Judas, anonadados por la poderosa vibración de amor que impedía todo movimiento, sólo a media voz pudieron decir:

—¡Abel!... ¡Abel!...

La nube y el disco desaparecieron, quedando sólo ante ellos la azulada figura que les sonreía tendiéndoles las manos.

Ellos las tomaron. Eran manos tangibles, blandas, suaves, tibias como manos de carne.

¡Ambos imprimieron en ellas sus labios y sobre ellas cayeron sus lágrimas de interna conmoción, que parecía aniquilar en ellos hasta el último aliento de vida! Era una materialización perfecta.

“El Amor y la Sabiduría, esposos eternos, engendran a la Verdad que reinará soberana en este mundo cuando mis seguidores hayan aprendido a amar como yo les amé. Kobdas del Nilo, del Éufrates, de Siria, de todos los parajes de esta Tierra en que floreció mi amor regado con mi sangre, un día seréis todos una misma llamada de luz alumbrando a toda la humanidad”.

La dulce visión se fue evaporando lentamente y cuando Hardiano y Judas dejaron de percibir el contacto tibio de aquellas manos, inclinaron la frente al suelo y la cámara se inundó con la doliente vibración de sus sollozos contenidos.

Cuando todo volvió al estado normal el Anciano se acercó al cuerpo dormido, le tomó de las manos y mentalmente le mandó despertar.

—¿Por qué me habéis quitado la compañía de Abel? —dijo de inmediato—. Hubiera vivido una eternidad con él.

—Ya lo sabemos, hijo mío —le contestó el Anciano—. Pero estamos en la tierra donde aún debemos sembrar la simiente de Abel, para que Él recoja flores y frutos cuando llegue la hora de la cosecha.

71
FAHIEN DE RAMBACIA

Al día siguiente de los sucesos relatados, Judas decía a sus compañeros de viaje:

—¿Veríais mal vosotros que yo siguiera viaje más allá del Golfo Pérsico?

—¿Por qué ese cambio de itinerario? —preguntó Jeramel.

—Para mí es de gran interés conocer el Templo Escuela de los dos pasajeros con quienes he hecho amistad. Este barco se detiene cuatro días en Pasiliglos para unas reparaciones ligeras y para levantar un cargamento procedente de Arabia, lo cual me daría tiempo para acompañaros a Persépolis y volver a embarcarme de nuevo cuando el “Albatros” siga viaje.

—¿Tienes algún inconveniente en que nosotros sigamos viaje contigo? —volvió a preguntar el árabe.

—Ninguno, absolutamente. No quería que un deseo mío prolongara unos días más vuestra navegación.

Noemí y Ada estaban absorbidas en el tejido de un hermoso tapiz destinado a una hermana de la primera esposa de Jeramel, que no veía a su sobrina desde antes de ser curada de su parálisis.

—¿Qué decís vosotras? —preguntó Jeramel.

—Habría que saber hasta donde nos quiere llevar este Apóstol del Profeta Nazareno, al que venimos siguiendo —contestó Adita.

—Es tan hermoso este viaje entre costas que son verdaderos bosques y jardines encantados, que no resulta molestia alguna acompañar a Judas hasta donde quiera llegar. Supongo que no nos llevará a ningún país salvaje. —Esta contestación de Noemí decidió en la cuestión.

Judas sacó de su carpeta un pequeño croquis que había hecho de las costas del Golfo desde Pasiliglos a Palalena, y les señaló donde estaba marcado el puerto de Conasida y el de Palalena.

—Desembarcaríamos aquí —dijo—. Seis días más de viaje con buen tiempo. Y si queremos llegar a Palalena, son otros tres días más.

—Esto va siendo un viaje de recreo, Noemí; tu viaje de bodas —y la alegre Ada al decir eso demostraba una desbordante felicidad.

—Bien, bien, sigamos el viaje de bodas ya que vosotros lo queréis así —dijo Jeramel—. Recuerdo que años atrás, yo he llegado hasta la Punta de Carmania para una importante compra de camellos que realicé y aún recuerdo la belleza fantástica de aquellos parajes”.

Debido a esta conversación, Judas pudo asegurar a sus nuevos

amigos los Kobdas prehistóricos como él les llamaba, que iría a conocer su Templo-Escuela en la isla Rambar.

Mientras tanto, por las noches cuando todos dormían, el Apóstol subía a la cubierta acompañado de Fahien, el de los ojos profundos que miraban lejos y que parecía vivir siempre escuchando armonías, voces, sonidos de otro mundo diferente.

En tan breve tiempo el alma de Judas y el alma de Fahien se habían hermanado de tal manera, que les resultaba penoso el pensamiento de una separación. Naturalmente, cuando las almas se comprenden, llegan también las confidencias íntimas; y Fahien cuya alma era en extremo vehemente y emotiva, fue la primera en abrirse ante el nuevo amigo que le aventajaba en quince años de edad.

Y como Judas le interrogase sobre el modo como había llegado a tan magnífico adelanto espiritual siendo aún tan joven, pues llegaba escasamente a los treinta años, Fahien le contestó así:

—El amor y el dolor me han dado lo poco que tengo y que soy.

—¿Eres casado y te has visto separado del hogar por circunstancias especiales de la vida? —preguntó el Apóstol.

—No tengo familia, ni estoy casado, ni pienso estarlo nunca. Como todo hombre de esta Tierra tuve una madre que fue robada del hogar cuando yo tenía siete años. Había abandonado la casa opulenta de sus padres en el país de los sármatas, a las orillas del Ponto Euxino, siguiendo al hombre que amaba, un joven jefe guerrero de Aracosia que la transportó de las nieves a los países del sol. Un rey semisalvaje de Roca-Coriena, en una campaña de conquista acertó a pasar por nuestra tierra, como pasó Alejandro el Macedonio varios siglos atrás, y aquel se llevó las más bellas mujeres que sus lascivos ojos contemplaron, y allí comenzó el dolor a torturar mi vida. Mi padre corrió millas y millas en busca de la esposa arrebatada del hogar, y sólo volvió de él la noticia de que fue ahorcado con otros muchos que fueron también a reclamar lo que era suyo. La servidumbre de nuestra casa se fue toda, quedando sólo un viejo jardinero que no teniendo hijos ni hogar, no tenía donde ir.

“La noticia de nuestra desgracia corrió veloz como el rayo, y no tardó mucho tiempo en que nuestro castillo que era una fortaleza de piedra, fue tomado sin anuncio y sin permiso por un destacamento de lanceros que hicieron allí su cuartel General. Eran drangianos y buscaban tener salida al mar apoderándose del puerto de Conasida que pertenecía al reino de los Sambos.

“Y al anciano jardinero, que era cuanto me quedaba en el mundo, lo despidieron sin contemplación alguna y el capitán dijo que él se encargaba de mí. No quise quedarme y esa misma noche me escapé a donde el anciano criado me dijo que me esperaba y los dos huimos por la carretera

que va de Rambacia a Palala. Mi viejo compañero sólo había podido sacar sus ropas y parte de la mía, y un saquito de semillas de cuantas plantas de hermosas flores cultivara él mismo en nuestros jardines. Y fuimos vendedores de flores para sustentar la vida.

“El dolor, la soledad, el íntimo contacto con esas inconscientes criaturas de Dios que veía surgir de la tierra, germinar, crecer y florecer me llenaron el alma de suavidades desconocidas; y así llegué a la adolescencia y a la juventud viviendo como una flor entre las flores cuya vida estudié al par que estudiaba la mía propia.

“Comprendí que ellas tienen también tristezas y alegrías, simpatías y afinidades, enfermedades y muerte. Y comprendí más que todo, las diferentes vibraciones magnéticas, suaves o intensas que emanan de sí mismas, tal como los seres humanos según el mayor o menor grado de evolución.

“La Ley Divina providente y sabia, vino aún más en mi ayuda, para conducirme por el sendero iluminado de la divina contemplación, a través de cuanta belleza palpita y vive en la Creación de Dios.

“Mi anciano compañero de vida, tenía amistad con el guardabosque de un gran señor de la comarca; y cuando mi amado viejecito tuvo el llamado a la otra vida, el guardabosque me dijo: “Parece que no es conveniente quedarte aquí, solo completamente”.

“No estoy solo, le dije. ¿No ves todas las plantas y flores que me acompañan?

“Hazme caso, niño”, me dijo, “recoge a la temporada propicia todas las semillas y creo conocer las personas y el sitio donde llevarás una vida feliz conforme a tus inclinaciones”.

“Y una mañana me trajo a nuestro patriarca Hardiano que ya conoces, que me brindó con amorosa ternura sus brazos de padre y yo le seguí lleno de esperanza y de fe.

“Entonces contaba yo dieciséis años. He llegado a los treinta, y hace catorce que vivo a su lado sin haber dudado jamás que estoy en el sitio en que debo estar. Él ha terminado la educación moral y espiritual que comenzaron las plantas, las flores, los crepúsculos de las auroras y de los ocasos, el cantar de los pájaros, la vida rudimentaria de los helechos, las algas, los corales de las orillas del golfo, y en los azules campos siderales, la vida majestuosa de las estrellas cuyo eterno movimiento seguía prolijamente desde las frescas sombras silenciosas de mi jardín solitario.

“Ya sabes la primera parte de esta vida que te interesa conocer –añadió Fahien, viendo a Judas escucharle con silenciosa atención–.

“Ahora escucha la segunda que es breve y concisa como el cruzar de una nave por este río, dejando tras de sí una blanca estela de espuma.

“Es mi vida sentimental. Cercano a nuestro Templo-Escuela está el

Santuario-Refugio de mujeres Kobdas, tal como existían en la gloriosa prehistoria del Nilo y del Éufrates. La matriarca que lo dirige desde hace siete años es la hermana menor de nuestro Patriarca Hardiano.

“Es la Matriarca Abelina como una suave lámpara encendida en un bosque de mirtos y arrayanes.

“Es el amor y la piedad en un corazón de mujer, y tan hondo ha penetrado en el oculto Santuario del alma humana que su intuición sorprende todos los secretos, todos los problemas y ansiedades que trae en sí la divina Psiquis, lo cual convierte a esa mujer como en una linterna mágica que puede alumbrar los más escondidos rincones.

“La infinita soledad de mi corazón desde muy niño, mi temperamento mismo retraído y esquivo me hacía inaccesible a los más nobles afectos, y hubiera hecho de mí un ser casi repulsivo a fuerza de mi rechazo a todo acercamiento amistoso. Pareciera que mi alma hecha a ver tanta maldad en los seres humanos, desconfiara de todos y en todos los momentos y circunstancias de la vida.

“Sólo ella tuvo la capacidad de curarme. Sólo ella tuvo el poder de penetrar en mi jardín interior sin hacerme daño, sin renovar las heridas de mi corazón lastimado, sin despertar tempestades adormecidas, recuerdos perdidos o muertos en ese otro mundo de mi adolescencia tan herida por las miserias humanas.

“Más aún, la Matriarca Abelina fue capaz de revestir mi espíritu de una túnica nueva, azul y límpida como ésta que llevo, y hacerme entrar en un mundo nuevo también donde he conocido otra vida, otros horizontes, otros senderos. Y a la diáfana luz de su lamparilla de amor he dejado morir sin violencia todos los odios, todas las aversiones, prejuicios y antagonismos propios de la humana existencia, para hacer vivir exuberante en mi mundo interior, la capacidad de amar que todo ser lleva en sí mismo y que debe ser cultivada como una divina flor para irradiar sus perfumes al exterior.

“En resumen, ella sola ha podido transformar mi vida, en una existencia útil para dar calor, luz, esperanza y fe a mis semejantes”.

—Pero esa mujer es una Solania de Van, una Ada de Galaad, una Walkiria de Kiffauser —exclamó Judas maravillado.

—¡Como recuerdas bien esos nombres, Apóstol del Verbo de Dios! Eres un Kobda sin túnica azul.

—Espero serlo a vuestro lado —respondió Judas—, si es que la Ley me permite ser el humilde eslabón que deba unir en esta hora a los Kobdas de Abel con los amigos de Yhasua de Nazareth. —Luego preguntó—:

“¿Es anciana o joven esa mujer?”

—Debe andar en el medio siglo de vida, siendo hermana de nuestro Patriarca que ha pasado los sesenta. Es de esos seres sobre los cuales el

tiempo no imprime sus rastros, debido a que el alma es tan potente que anula toda acción destructiva del organismo físico.

“Te la haré conocer algún día por si tienes heridas íntimas que quieras cicatrizar”.

—¡Tengo tantas!... —contestó Judas.

—Esas mismas palabras dije yo al Patriarca Hardiano, cuando después de haber luchado por arrancar de mi corazón la melancolía enfermiza y crónica que me envolvía como un sudario me dijo: “Te llevaré a mi hermana Abelina que ha recibido del Eterno Invisible el don divino de curar las almas enfermas.

Hubo un paréntesis de suave silencio.

Judas levantó la mirada hacia el rostro de su interlocutor y lo vio como poseído por un deslumbramiento. Sus ojos profundos miraban sin ver y muy a lo lejos, como si percibieran una visión que sólo él veía.

Luego, dos lágrimas gruesas, como perlas de cristal, temblaron un instante en sus pestañas y corrieron luego suavemente hasta perderse en los pliegues de la túnica azul.

Judas puso su diestra sobre las manos cruzadas de él, y le dijo con ternura paternal:

—Si te atormenta el hacerme tus confidencias, no lo hagas, que no por eso será menos fuerte nuestra amistad.

—No es tormento, Judas... Es amor y gratitud lo que embarga mi espíritu en este instante.

“Cuando te sea dado conocer la vehemencia de mi espíritu y las circunstancias que han contribuido a intensificarla más y más, no te asombrarás de nada absolutamente. ¿Por qué la Ley llenó mi alma de fuego y no permite que ese fuego me consuma, hasta reducirme a cenizas?”

“¿Por qué la Ley encendió en mí esa tremenda llama viva y no me da un mundo, muchos mundos para abrazarlos en ella?”

“¿Por qué todos me creyeron desequilibrado, loco, demente, enfermo, obsesado, y sólo la Matriarca Abelina entendió mi locura y con sus manitas de seda recorrió cortinas, apartó velos, encendió luces nuevas, se asomó a lo profundo de mi abismo interior y recorrió los ocultos senderillos de mi huerto abandonado? ¿Por qué adivinó ella lo que ninguno descubrió ni comprendió? ¿Me lo sabes decir tú?”

—Creo que sí —contestó Judas a media voz—. Creo que ella descubrió todo tu secreto interior, porque te amó desde que te vio. Mi Maestro nos ha enseñado y probado que el amor verdadero, grande y fuerte, no es ciego como generalmente se cree, sino que por el contrario, es una lente poderosa que percibe no sólo el más insignificante musgullo seco que el viento arrinconó en nuestro jardín solitario, sino que percibe y

siente hasta la más tenue vibración del oculto laúd que todos llevamos en lo profundo de nuestro yo.

“Y ese amor hace vibrar el laúd y florecer el jardín y encender estrellas y luminarias sobre el altar de nuestro santuario abandonado.

“¡Fahien!... ¡Fahien!... ¡Hazme conocer tu Matriarca Abelina, y acaso haga florecer ella todo cuanto sembró mi Maestro en mi huerto interior, y tuvo Él que partir sin verlo florecer a causa de mi pequeñez y miseria!”

—En la isla Rambar te llevaré hacia ella —le contestó el joven místico, pensando que su nuevo amigo no tendría su alma tan herida y atormentada como él, cuando por primera vez le presentaron a la Matriarca Abelina.

72

LA MATRIARCA ABELINA

La navegación hacia el gran Delta del Éufrates prosiguió sin más novedades que la gran amistad que se estrechaba día por día de Judas y Fahien, a quienes la Divina Ley parecía haber unido con fuertes lazos, para curar los desalientos y pesimismo de Judas y descorrer otros velos en el escondido pero radiante laberinto de los arcanos divinos.

¡Es en verdad muy cierto que la Eterna Ley abre de par en par sus praderas iluminadas, sus archivos escritos con luz de estrellas..., sus templos grandiosos plenos de ecos y de resonancias que hablan hasta en las lozas cristalinas de sus murallas y pavimentos, cuando aquellos que la interrogan y le piden han vestido anticipadamente la blanca túnica de las bodas, y han coronado sus cabezas con rosas bermejas y rosas blancas, que para entretejerlas han debido lastimar sus manos hasta hacerse sangre!

Porque sin vencimientos y renunciaciones no hay triunfos; y sólo mediante ellos como por una larga y trabajosa escala, se llega a las cumbres, donde el alma se sabe dueña de sí misma, reina soberana de la materia que le acompaña en la vida, y con las alas crecidas y fuertes para tender el vuelo..., ese gran vuelo que no se detiene hasta la posesión completa del Eterno Bien.

Así lo sabían y lo pensaban Judas y Fahien; y sabían asimismo que era su amistad de aquellas que marcan época en los anales de las vidas humanas, estableciendo alianzas de almas sobre las cuales no tiene acción el tiempo con sus siglos, sus edades y sus eternos vaivenes.

Cuando el “Albatros” echó anclas en el puerto de Palalena, Judas esperó que sus compañeros de viaje se instalaran en la mejor Hospedería

que les fue indicada. Y en un ligero barquillo a vela, partió con Fahien y el Patriarca Hardiano hacia la isla Rambar, que a lo lejos aparecía como un oscuro promontorio de peñascos coronados de áspera vegetación, y cuyos acantilados rígidos la hacían aparecer como inaccesible.

Era sólo de una milla y media el estrecho que separaba la isla del continente, y no tardaron en encontrarse al pie de la imponente muralla de granito. —¿Pero hemos de subir volando? —preguntó Judas, que no veía forma posible de ascensión.

—Espera —díjole el Anciano—, que si somos los Kobdas prehistóricos como tú nos llamas, debemos haber descubierto el secreto de las montañas.

—Vio que el barquito costeaba suavemente la adusta muralla de piedra gris, hasta llegar a una pequeña ensenada que ocultaban las verdes colgaduras de la hiedra.

Apartadas sus flotantes guirnaldas, se veía un antro oscuro en el cual penetró el barquillo, al empuje de los remos que hábilmente manejaban los dos Kobdas. Luego, una rústica escala de seis escalones labrados en la misma roca, una menuda puerta de hierro, y era la entrada al templo Kopto, tan humilde y pequeño que no alcanzaba ni a compararse con el granero de los grandes Santuarios del Nilo y del Éufrates.

—Ya estáis en nuestra casa —dijo el Patriarca Hardiano, haciendo entrar a Judas, mientras Fahien dejaba caer nuevamente los cortinados de hiedra y amarraba el barquito al pie de la escalera.

Al entrar, el Apóstol de Cristo sintió que su alma desbordaba de ternura, y una ola intensa de amor anudó un sollozo en su garganta por lo cual no pudo articular palabra.

Todo era austeridad y modestia en el Santuario Kobda de la isla Rambar. Pero aquel joven y hermoso Numú, vestido de azul y con un blanco corderillo estrechado a su pecho, que, esculpido en madera, miraba con sus ojos de ámbar a todo el que entraba, le hizo tan profunda impresión como si de nuevo hubiera visto a su Maestro, esperándole en aquel ignorado rincón de la tierra. —¡Maestro!... —exclamó y cayó de hinojos al pie de la hermosa escultura.

—Es toda nuestra riqueza —dijo el anciano Patriarca—, y me place sobremanera que le encuentres parecido al Maestro cuya ausencia lloras.

El escultor conoció muy de cerca al Maestro Yhasua de Nazareth, de niño y hasta los veinte años. Se llamaba Arvoth de Rodas y yo le conocí en Ribla, donde obtuve de él esta hermosa escultura que le llevó tres años de trabajo, hasta obtener el parecido que ves con la última personalidad del Verbo de Dios.

El Santuario era tal como los Santuarios Esenios, y las celdillas eran

grutas socavadas en la montaña de granito y recubierto de madera sus muros, y de rústico esparto el pavimento.

Eran catorce solitarios jóvenes y seis Ancianos. El Patriarca formaba el número veintiuno.

La emoción de Judas no le permitía hablar cuando se vio rodeado de todos ellos que le abrazaron con una ternura tan fraternal y sentida, como si en verdad fueran hijos de una misma madre y hubieran sufrido una ausencia de largos años.

—¡Quién podía esperar que un día me encontraría entre los Kobdas de Abel!... —pudo por fin decir el Apóstol, que creía estar soñando entre las túnicas azuladas que tan familiares le eran a través de las Escrituras del Patriarca Aldis.

Mediante la lengua siria, árabe y caldea, Judas pudo entenderse bien con todos ellos y contestar a las numerosas preguntas que sobre el Maestro Yhasua de Nazareth, le hacían todos juntos, en bullicioso concierto de voces altas, bajas, sonoras o apagadas.

—Nunca se vio en este templo de Dios un vocerío semejante —dijo el Anciano Patriarca, sentándose en un poyo de piedra del pórtico de entrada.

—Es un día de gran regocijo, Patriarca, y debéis perdonar la algarabía de vuestros pajarillos —observó afectuosamente un Anciano que tomó asiento a su lado.

—Es para celebrarlo en verdad —contestó el Patriarca—, pues preveo que este inesperado encuentro ha sido dirigido por el Señor mismo.

Pero aún faltaban otras impresiones para Judas.

La primera fue la hermosa escultura de la entrada. La segunda fue al pasar a tomar el ágape de la tarde en un pequeño patio sombreado de palmeras, en lo que él encontró la imitación del gran patio circular del Santuario de Neghadá, tan fielmente descrito en los rollos de papiro del Patriarca Aldis. Y fue la tercera, al llegar a la Mansión de la Sombra para la oración de la noche.

Todo diminuto y pequeño, pero de una perfecta imitación a lo que era el imponente recinto de oración en los Santuarios del Nilo y del Éufrates.

—Otras sorpresas tendréis, cuando ya descansado del viaje, podáis entreteneros algunas horas en nuestro pequeño Archivo —le dijo al oído Fahien, que era por entonces el Archivero mayor.

A la mañana siguiente, Judas y Fahien se dirigieron al Santuario de las Mujeres Kobdas que sólo estaba a unos doscientos pasos, por entre el laberinto de montañas cubiertas de vegetación.

Una espesa muralla de cañas de bambú que se reflejaban en las claras ondas de un arroyo, les interceptaba el paso.

Era un hermoso vallecito encerrado entre verdes colinas, algunas de las cuales comenzaban a la orilla misma de la mansa corriente.

—A ver si adivináis dónde está el templo de la Matriarca Abelina —díjole Fahien al ver el asombro de Judas.

—Si no está debajo del arroyo como en el cuento de la rana encantada que tenía su castillo bajo las aguas del río, no acierto donde puede estar —contestó el Apóstol mirando curiosamente hacia uno y otro lado.

Fahien caminó hacia una curva muy pronunciada que el arroyo hacía al pie de una colina, donde se levantaban en estrecho grupo cuatro hermosas palmeras en cuyos troncos se enredaba la hiedra.

Levantó las verdes colgaduras y Judas vio un senderito que atravesaba el cañaveral. Siguieron por él unos cien pasos y tropezaron con un cerro de piedra verdosa que brillaba a la luz del sol, en los sitios que un sedoso musgo dejaba al descubierto.

Fahien tomó un retorcido tronco de liana que sobresalía de entre las piedras, y tiró de él como si quisiera arrancarlo de su sitio, pero Judas sintió al mismo tiempo el tañido leve de una campana.

—Ya comprendo —dijo Judas—. Ese tronco retorcido es el llamador. Está bien, está bien. Solo falta aquí el perro blanco que los esenios llaman Nevado y que es el introductor en el Gran Santuario de Moab.

Apenas terminaba esta frase cuando un bloque de la montaña se abrió hacia adentro tal como la hoja de una pequeña puerta, y una mujer vestida de túnica azul y velo violeta en su cabeza, les sonreía invitándoles a pasar.

La viva imaginación de Judas le diseñó en la mente la imagen de una mujer Kobda prehistórica, pero ésta era aún joven, a lo sumo de unos treinta años.

—Buen día tengas, Emira —díjole Fahien—. Te ruego avisar a la Matriarca que traigo un huésped de la lejana Siria cargado de noticias del Bienvenido, nacido y muerto allí.

La Kobda les indicó esperar y sin cerrar la puerta se perdió en el interior del oscuro túnel, por donde ellos siguieron avanzando y el cual atravesaba el cerro.

Cuando en breve rato salieron a pleno aire y sol, vio Judas el blanco edificio de toscos bloques de piedra ensamblados unos con otros hasta formar un gran cubo con una sola arcada al frente. Y en esta arcada estaba de pie una mujer vestida igual que la portera, pero era más alta y aparecía envuelta como en un halo de misteriosa atracción tan llena de suave dulzura, que el Apóstol pensó de inmediato en Myriam, la augusta madre de su Maestro.

—¿La Matriarca Abelina? —dijo a media voz.

—Sí, es ella —le contestó Fahien.

Ella les esperaba con ambas manos tendidas y con una tan viva irradiación de amor, que Judas se sintió conmover hasta el fondo de su corazón. Besó en silencio la amorosa mano que le tendían y sin pronunciar palabra penetró al Santuario.

En este pórtico de entrada no había escultura alguna, sino grandes lienzos tejidos al telar, en cuya trama se diseñaban paisajes de vivos y hermosos coloridos.

Para Judas, gran conocedor de la historia de la antigua Fraternidad Kobda, encontró de inmediato los originales de aquellos tapices tan hábilmente tejidos por unas manos que un fervoroso amor había movido.

Allí aparecía la llegada de Sophía y Milcha a la caverna del país de Ethea; el encuentro de Adamú y Evana adolescentes en el brillante verdor del cañaveral de bambú a las orillas del Éufrates; la humilde cuna de Abel entre la familia de renos domesticados por Gaudes; Bohindra y Ada mirando desde la terraza del Santuario de la Paz, la inmensa pradera; Walkiria y Abel en el jardín de la Fortaleza de Kiffauser, deshojando rosas bermejas, hermoso símbolo del amor, del sacrificio y renuncia-ción que les unía; el desprendimiento del alma de Zurima, cuyo cuerpo moribundo descansaba sobre un lecho lleno de rosas blancas, mientras Abel de pie a su lado le sostenía una mano y con su diestra levantada, la bendecía con inefable amor.

La Matriarca Abelina y Fahien observaban al Apóstol de Cristo en el más profundo silencio.

Ambos dotados de una extrema sensibilidad, percibían claramente las emociones que hacían vibrar con gran intensidad el alma de Judas. Y cuando comprendieron que iba a estallar en un torrente de llanto contenido, como una nube cargada de vapores se disuelve en abundante lluvia, la Matriarca recorrió con suavidad una cortina violeta y apareció un pequeño jardín cubierto, especie de invernáculo con un estanque de claras aguas en el pavimento.

Las plantas y flores vibraban en un suavísimo rumor de melodía lejana, mientras una luz opalina filtraba por una pequeña ojiva del muro que besaba el sol de la mañana.

Como tres estatuas vestidas de azulada túnica, tres mujeres estaban sentadas al borde del estanque en una inmovilidad completa, sosteniendo en sus manos pequeñas liras silenciosas.

La Matriarca tomó una mano de Judas y le hizo sentar en el zócalo del estanque. Y ella y Fahien se sentaron también.

El estallido de la emoción del Apóstol no se hizo esperar.

Una lluvia de lágrimas caía de sus ojos sobre la blanca túnica cubierta a medias por su manto purpurino.

La Matriarca se arrodilló ante él y estrechó a su pecho aquella cabeza fuertemente sacudida por los sollozos.

Las tres Kobdas que oraban tañeron sus liras, y una indefinible melodía se extendió como un halo tibio y acariciante que inundaba al alma de paz, de quietud, de olvido hasta de sí mismo, de completa entrega al Invisible Infinito.

Luego, la melodía fue subiendo de tono hasta llegar a las jubilosas vibraciones de una bandada de ruiseñores cantando al amanecer, en un bosque de cedros mecidos por el viento. Y por fin llegó a las tonalidades intensas de clarines de oro que anuncian la victoria.

La Matriarca, Judas y Fahien se habían puesto de pie. Las anchas hojas de los lotos cubiertos de flores, las encrespadas begonias con sus capullos de nácar, los helechos de lacias cabelleras verdes, rumoraban su ininteligible lenguaje mientras esparcían la sutilísima niebla como polvo de nieve de su vitalidad y energías.

Y al compás de sus liras las kobdas cantaban:

*Todo es amor en la vida.
Todo lo puede el amor,
Que sabe curar la herida
Y hallar la senda perdida
Por correr tras la ilusión.
Vence el amor a la muerte
Porque Dios es el Amor,
Como Él, invariable y fuerte,
Da vida a todo lo inerte
Y es eterna vibración.
Vida de amor es la vida
De los ángeles de Dios,
Y hasta la flor escondida
En las praderas perdida,
Vive su vida de amor.
Cruzan las aves errantes
Buscando luz y calor
Hacia regiones distantes,
Tal como el alma anhelante
Va detrás de una ilusión;
Hasta que suena la hora
De despertar al Ideal
Que se enciende cual la aurora
De belleza arrobadora
En el alba matinal.*

*¡Todo es amor en la vida
Todo lo salva el Amor,
Cuando el alma ha sido herida
Por una ilusión perdida
Entre el oscuro turbión!
¡El Amor anima todo
Cuanto vive bajo el sol;
Su pureza hace de modo
Que hasta el despreciable lodo
Se transforma en arrebol!*

Cuando terminó el dulce canto de las kobdas, la ola de emoción profunda se desvanecía lentamente dejando en el alma la vigorosa y alegre certeza de haber recibido un torrente de energías, de vida nueva que le harían capaz de meritorias obras, de grandes empresas.

A Judas le pareció que su pesimismo, su melancolía crónica, su indecisión para todas las cosas eran una loca pesadilla sin motivo justificado; una pueril niñería propia sólo de un parvulito de pocos años a quien le fuera negada la golosina pedida.

Se avergonzó infinitamente de sí mismo y mirando el tapiz que representaba a Walkiria y Abel deshojando las rosas bermejas del sacrificio y la renunciación, mientras su faz aparecía iluminada por el triunfo de un amor que nada espera ni busca, se acercó a un rosal rojo sangre y cortando una de aquellas rosas la fue deshojando sobre el agua cristalina del estanque.

La Matriarca Abelina le observaba y contaba los pétalos que caían al agua como gotas de sangre.

Los ojos castaños de Judas se encontraron con la luminosa mirada de la Matriarca Abelina, y ella le dijo:

—Acabas de escribir una promesa solemne al Verbo de Dios de pasar por encima de todo antes que faltar a lo que Él quiere de ti.

—Es verdad —contestó Judas. Y buscando la compañía de Fahien que al borde del estanque oraba en silencio, le dijo—: Ya estoy curado para siempre. Que el Eterno Amor te compense por la obra que hiciste conmigo.

Luego pasó Fahien al huerto interior donde desempeñaba el cargo de cultivador de las plantaciones nuevas, que iban surgiendo de la tierra al imperioso llamado del aire y del sol.

Lo hizo también para dar lugar a que su nuevo amigo tuviera una confidencia con la Matriarca Abelina. Aunque él le anunció que estaba curado, Fahien conocía por experiencia propia que algunas enfermedades del alma son porfiadas y tenaces como las del cuerpo, y necesitan

algunos cortes decisivos, o algunas aplicaciones especiales a cada caso para no continuar atormentando al paciente.

Y en un pequeño patio donde los rayos solares caían velados por las espesas ramas de un rosal de otoño cubierto de rosas-té, la Matriarca invitó a Judas a sentarse en un rústico banco de piedra.

Ella quería noticias minuciosas del Verbo de Dios, nacido y glorificado en la lejana Siria. A la muerte de un justo, ella llamaba *glorificación*.

Las noticias ya las sabía ella por largo relato del Maestro Abbas, que una vez por año les visitaba. Era sólo un motivo de hablar privadamente con Judas, en cuya irradiación y aura mental había percibido ella mucho de lo que vivía y moría cada día en lo más profundo de aquel espíritu.

Ella escuchaba pacientemente, esperando que los episodios referidos llegasen a un punto que por coincidencia con el estado espiritual de Judas, le fuera oportuna su intervención.

Y este momento llegó cuando el Apóstol le refería la transformación por amor de María de Mágdalo, la pagana del Castillo, como la llamaban a orillas del Mar de Galilea; sus fervientes demostraciones para el Divino Maestro, y la complaciente aceptación de Él, lo cual le valió amargas murmuraciones de los fariseos, sobre todo aquel día, en que ella derramó esencias de nardos en su cabeza, sus manos y sus pies que secó luego con su larga cabellera rubia.

—¡Siempre la misma incomprensión culpable en la infeliz humanidad! —exclamó pausadamente la Matriarca.

—Es que en verdad —arguyó Judas—, era el de María un amor humano, lo cual se interpretaba como una profanación a la augusta persona del Mesías, anunciado desde seis siglos por los profetas. Él no era un hombre como los demás.

—Era un hombre superior a todos los demás —dijo con solemne acento la Matriarca—, pero era un hombre con un corazón de carne y un alma llena de la grandeza divina y la purísima irradiación del más excelso amor bajado a la tierra.

“Yo no puedo asombrarme de que una joven mujer de gran vehemencia y educada en las bellezas del Arte, le rindiese el homenaje absoluto de su adoración. De lo que cabe asombrarse es de que no fueran todas las mujeres de Siria que lo amasen con igual intensidad.

“La experiencia de la vida me ha dado a entender muchas y grandes cosas en el camino de las almas. Me ha hecho descubrir muchos enigmas, muchos repliegues secretos en el alma humana, muchos poderes ocultos y también los abismos siniestros en que se precipitan a veces los seres por graves errores de apreciación, y por absoluta falta de discernimiento entre lo bueno y lo malo.

Judas la escuchaba con gran atención, y sus ojos demostraban un asombro que crecía por momentos.

—¿Adónde quería llegar la Matriarca siguiendo ese orden de ideas? —se preguntaba sin hablar.

—Quiero llegar a donde debemos llegar, buen hermano, todos los que como nosotros seguimos un camino espiritual de acuerdo con la Divina Ley y en desacuerdo con muchas leyes humanas, creación de hombres que nunca se conocieron a sí mismos y menos conocieron a los demás.

“Desde la lejana prehistoria, nuestra Fraternidad Kobda ha seguido un camino muy alto, tal como si lo hubiera abierto en lo alto de las más altas montañas. Y si nos sentimos con fuerza para seguir las huellas que el Avatar Divino ha dejado marcadas en sus gloriosos pasajes por esta Tierra, no podemos disentir en ningún momento de sus pensamientos, de sus dictámenes, de su forma de encarar los acontecimientos, de su punto de vista respecto de la vida y de su modo de vivirla”.

El asombro de Judas iba llegando al estupor, pues se veía contestado sin haber formulado pregunta alguna, y de nuevo pensó: “Me estoy viendo al descubierto sin haber tenido intención de descubrirme ante esta mujer”.

—Conozco almas —continuó impassible la Matriarca—, que sintiendo el potente llamado de la Divina Ley a una vida superior a la vulgar, seguida por las muchedumbres de escasa evolución, son indecisas y vacilantes para emprender el vuelo hacia las alturas a que se sienten impulsadas, y así van dejándose llevar por la corriente, como árbol caído en un río torrentoso que le arrastra y le arrastra quién sabe hasta qué punto final.

“Creo que estarás de acuerdo conmigo en que el alma humana, chispa divina de la Eterna Potencia y del Infinito Amor, participa de esa Potencia y de ese Amor que es su origen, el principio y la causa de su vida.

—Sí, Matriarca, sí —respondió Judas—. Nuestro Maestro nos lo ha hecho comprender así.

La Matriarca continuó:

—Una chispa de fuego no puede ser ni será nunca distinta de la hoguera de donde salió. Y si es una verdad innegable, ¿por qué el egoísmo y la ignorancia humana se asombran y espantan de que un ser tan superior como el Cristo, con una vibración de amor capaz de envolver varios mundos, despertase ese amor de vértigo y de locura en las almas vehementes que se cruzaron en su camino?

“Además, la experiencia que da el continuo trato íntimo con las almas que buscan su perfección, nos enseña que el amor es la fuerza impulsora que mueve los resortes íntimos de la Psiquis humana; y si esa fuerza no existe sino en su primitivo estado de chispa mortecina y anémica, muy escasos son los progresos del ser, y muy mezquinas sus capacidades para una vida idealista superior.

“Podrá realizar progresos en el orden puramente material de la vida, si la vida le presenta gratuitamente oportunidades favorables. Pero su espíritu languidecerá aplastado por esa fría mole de escarcha que es la vida sin amor.

“Si tienes madre, ámala con una explosión del fuego sagrado con que amas a Dios. Si tienes esposa, hijos, o alianzas espirituales que resplandezcan en tu camino como estrellas sembradas en un desierto, conságrate a ellas con más fervor que ofrece el labrador a sus campos de trigo que le dan el pan; a sus viñedos y olivares que llenan de aceite y vino sus ánforas.

“Para un idealista que sueña con la grandeza del alma liberada de todas las trabas propias de la naturaleza terrestre, los bienes materiales quedan en segundo término porque sabe bien que cuando el alma ha conquistado su sitio de honor como Hijo de Dios, el Divino Padre le colma de todo lo necesario y aún mucho más de lo necesario.

“¿A qué se ha reducido la enseñanza del Verbo de Dios en todas sus encarnaciones mesiánicas?

“Tú lo sabes como yo.

“Ama a Dios sobre todas las cosas y a tu semejante como a ti mismo”.

“Cuando dos o tres se reúnen en mi nombre, yo vengo a recrearme con ellos”.

“Si amáis como yo amo, haré de vuestro corazón mi dulce morada”.

“El amor es más fuerte que la muerte y salva todos los abismos”.

Programa es éste grabado con letras de fuego en las almas que buscan los tesoros del espíritu, para derramarlos como lluvia benéfica sobre los seres infelices, que pegados a la tierra como moluscos a las rocas que besan las olas del mar, no conciben ni imaginan siquiera los goces supremos del alma que encontró al Amor en su senda, y en un desposorio místico hizo de él la esencia, el motivo y la gloria de su vida”.

Judas continuaba silencioso aunque sus pensamientos corrían, volaban apresuradamente por los vastos horizontes que le presentaba su visión mental.

Y la Matriarca Abelina continuaba deshojando sus blancas rosas de paz, de amor y de esperanza, sobre aquella alma apocada y enfermiza en la que ella deseaba inyectar el fuego vivo que ardía en la suya.

—En tu aura mental —dijo por fin—, veo reflejada la dulce imagen de una mujer que te ama con puro y desinteresado amor. Y tú amándola en igual forma, no te decides a manifestarle correspondencia porque tienes en ti el prejuicio de que habiendo imposibilidad para que vengan hijos al hogar, el amor no tiene objeto ni utilidad alguna. ¿Es verdad esto, Judas?”

El asombro del Apóstol casi se tornó en espanto, y por un momento se vio hasta impedido de hablar.

—Sí, Matriarca, es verdad —dijo a media voz—. Y estoy asombrado en extremo de vuestra penetración en los dominios del pensamiento.

—¿Recuerdas a la Matriarca Solania de Van, en las Escrituras del Patriarca Aldis? —preguntó la Matriarca.

—¿Cómo no recordarla si es una de las estrellas radiantes de aquel cielo lleno de estrellas?

—Pues yo soy una discípula suya. Es mi guía y mi tutor espiritual, y de ella he aprendido una sola cosa que es necesaria para llegar a ser una estrella benéfica en medio de una humanidad: *“Amar, aún lo que no merece ser amado, si con ello hemos de obtener la redención de los seres amados”*.

“No olvides nunca, Judas, Apóstol del Hombre-Amor, que el alma humana nació del infinito Amor y que jamás llegará a su glorioso destino apartándose de Aquel principio divino que la engendró en el Amor.

“Todo es amor en la vida”, cantan nuestros vates del pasado y del presente. Las piedras buscan unirse por la agrupación de moléculas, los ríos buscan unirse en el mar, y hasta los árboles gigantescos unen sus ramas a la luz del sol.

“No todo amor es matrimonio ni un vergel de hijos en torno del hogar; él es siempre creador como aquél de quién deriva, y son creaciones del amor las obras todas que traen vida de paz, de abundancia, de consuelo y alegría a la humanidad.

“Es amor el que hace vibrar con divina melodía las cuerdas de una lira, y el que colorea de tintas del iris los lienzos del pintor, y el que da expresión de vida al bloque de piedra bajo el cincel del artista, y el que llena pergaminos y vitelas con poemas vividos en su propio corazón.

“Judas ¡óyeme bien!

“Cuando descubras una obra bella y buena que no haya sido creada por un amor, ven a decírmelo pronto y sólo entonces creeré que he perdido mi tiempo”.

—¡Matriarca!... —exclamó el Apóstol con profunda emoción—. Creo que lo que vendré a decirte, o acaso te lo digo ahora mismo es que quise hacer morir mi corazón junto con mi Maestro y yo pensé sepultarlo para siempre; pero él no quiso morir sino vivir y volvió a prenderse de las cosas creadas, cuando es hora ya de vivir sólo para Dios...

—Para Dios Amor, se vive amando, hermano mío, y no hay otra senda que lleve hasta Él —le interrumpió la Matriarca—. No equivoques tu camino, te lo ruego, con un puritanismo que no es santidad sino prejuicio, que el más leve razonamiento desmenuza como a una mata de hierba el furioso vendaval.

“Te digo con el Kobda Rey de la prehistoria: Bohindra, el mago del amor.

*“Amar por amar es agua
Que no conocen los hombres.
Amar por amar es agua
Que sólo beben los dioses”.*

Tres días y tres noches pasó Judas en la isla Rambar, en el Santuario Kobda, revisando el interesante Archivo que Fahien tenía a su cargo. Y al caer de la tarde acudía con él a visitar a la Matriarca Abelina en su nido de tórtolas, a esa hora en que todos los silencios parecieran darse cita para llenar de melodías divinas el alma de los ascetas y los místicos, que ya dejaron de buscar en los placeres terrestres la satisfacción de sus anhelos.

La encontraban siempre sentada en aquel banco de piedra bajo el rosal cubierto de rosas-té, casi el único adorno que dejaba el otoño en el pequeño jardín de las mujeres de túnica azul.

En una pequeña carpetita leía o escribía.

El día tercero o sea la víspera de que Judas regresara a Palalena a reunirse con sus compañeros de viaje, la Matriarca les invitó a él y a Fahien a sentarse a su lado en el mismo rústico banco en que ella reposaba.

—Os voy a leer —les dijo—, lo que he escrito en los tres días que el Apóstol de Cristo ha pasado entre nosotros.

“Día Primero: En la Prehistoria cuando el Hombre-Luz en la personalidad de Abel, andaba en este mundo, visitó el país de Ethea y la caverna del ermitaño Gaudes donde él mismo había nacido. El Príncipe de aquel país se llamaba Elhizer y era hijo de la Matriarca Elhisa, una de las mujeres Kobdas que más cooperó a la obra civilizadora realizada en tres continentes por nuestra Fraternidad Kobda que tenía al frente al Kobda-Rey Bohindra, el mago del amor y de la paz.

“Y Elhizer, indeciso y vacilante por temperamento, sentíase incapaz de ordenar su vida con una esposa que le fuera impuesta en su primera juventud por razones de estado, y dieciséis Berecinas como llamaban a las esposas secundarias permitidas entonces, y que la Ley de la Gran Alianza emanada de los Kobdas había suprimido. Y fue Elhisa su madre quien le abrió su camino, se hizo cargo ella misma de las esposas secundarias de su hijo y de todas las siervas que en más de un centenar tenían ellas para servir las en su fastuosa vida inútil.

“De este acto de amor heroico de la Matriarca Elhisa resultaron transformaciones maravillosas en las Berecinas, sus hijas y sus siervas y por fin la felicidad del Príncipe Elhizer que nunca lo había sido en los cuarenta años de vida que contaba.

“Oye bien, Judas, Apóstol de Cristo –díjole la Matriarca Abelina sus-
pendiendo un momento la lectura–.

“Oye bien: En la Matriarca Elhisa estuvo encarnada hace miles de años
la mujer que hoy te ama y a la que tú amas, juzgando equivocadamente
que tu amor por ella es una traición al amor de tu Maestro.

“¿Cómo puedes pensar que un grande y puro amor se traicione a sí
mismo? Tu amor de ayer a esa madre heroica y sublime es el mismo de
hoy puesto que las almas son las mismas. ¿Cómo has podido pensar
que tu Maestro, ese Hombre único, hecho de amor y de luz, de belleza
y de bondad haya de creerse traicionado por un amor que Él mismo
ha sembrado y sembrará hasta la eternidad en todas las almas de sus
elegidos?”

—¡Oh, sabiduría de los Kobdas! –exclamó el Apóstol dominado por
una profunda emoción–. Sed en esta hora como la Matriarca Elhisa, te
lo ruego, y llévame a la senda por donde deberé caminar todo el resto
de mi vida.

—¿Hay algún impedimento material, social o moral para que te unas
a la joven que amas? –preguntó la Matriarca.

—Ninguno, absolutamente –contestó Judas.

—Advierte que no es que yo crea que todo amor debe terminar en
matrimonio, porque hay amores espirituales, bodas místicas entre las
almas afines de igual evolución que pueden dar origen a obras grandiosas
de transformación, de redención, de elevación espiritual de multitud de
almas enlazadas unas con otras por alianzas milenarias.

“Te lo digo así, porque nuestra humanidad aún no es capaz de com-
prender ni aceptar otros actos como lícitos, sino los de los vínculos de
la sangre y los consagrados por el matrimonio.

“Si te encuentras en algunos de estos casos, la Luz Divina como estrella
maga te señala el camino que tu alma necesita seguir.

“El amor cuando es desinteresado y puro, es siempre una fuente
caudalosa de dones divinos para aquel que lo alimenta en su seno, como
el que esconde en su pecho una redoma de esencia, quiera o no, va de-
rramando su perfume entre todos cuantos se acercan a su camino. ¿Te
convencen mis palabras?”

—Me convencen, Matriarca, y te ruego escucharme un momento
más.

“La joven que me ama y que yo amo, está con su padre en Palalena, y
él espera la decisión de ambos, para dejarnos unidos y regresar a su país,
que sólo ha dejado para acompañar a su hija que deseó viajar conmigo.
Como ves, no puedo tenerla a mi lado sin realizar antes las formalidades
exigidas por la costumbre, que entre los árabes es muy austera para la
mujer”.

—No sólo para los árabes —añadió la Matriarca—, sino para todos los países civilizados. La mujer misionera al lado de un Apóstol de Cristo ha de guardar su honor y su pureza en un fanal de limpio cristal, para que su palabra fortalecida por el ejemplo sea siembra fecunda en los campos del Señor. El Reino de los Sambos en que estamos tiene autorizado a nuestro Patriarca Hardiano para celebrar nupcias entre los habitantes de Rambacia, Palalena y nuestra isla Rambar.

“Esto te lo digo por si es para ti una satisfacción que un Patriarca Kobda sea quien bendiga tu desposorio”.

—Esto dependerá de ella y de su padre —contestó Judas—.

“Dos ideologías están unidas en su familia, puesto que es árabe por su padre y persa por su madre. Pero Ada se siente solamente discípula del Profeta Nazareno como ella le llama.

“Volveré con la respuesta de aquí a tres días, Matriarca.

“No os doy pues mi adiós, porque pido a mi Maestro y Señor la dicha de volveros a ver”.

—Que Él te dé su luz —contestó la Matriarca dándole a besar su mano.

73

ROSAS BLANCAS

Una semana después cruzaban la encrespada corriente del estrecho, Ada, Jeramel, Noemí y Judas, conducidos por Fahien y otro Kobda joven, buenos remeros ambos, que hacían correr el barquichuelo de blancas velas hacia la ensenada por la que llegaban al Santuario de la isla Rambar.

Jeramel quiso presenciar la unión de su hija con el Apóstol del Profeta Nazareno, y conocer de cerca aquellos ermitaños de túnica azul, que habían tenido el poder de sacar a Judas de su indecisión.

Adita por su parte mostraba una serenidad admirable en la cual no se descubría ni esa exuberante alegría de las novias en general, ni la preocupación azorada de las que no se sienten muy seguras del paso que van a dar.

Su agradecido amor al Profeta Nazareno y su absoluta certeza de que iba a comenzar para ella la verdadera misión que Él le encomendara quince años atrás, le absorbían por completo la atención.

El profeta le había dicho: *“Te dejo mi corazón para que ames con él a todos los que lleguen a ti pidiendo tu amor”*.

Y ella decía a Judas con su gracia inimitable:

—¡Tú eres el primero a quien amo con el corazón del Profeta! Seremos

pues dos golondrinas viajeras que correremos por el mundo, amando con el corazón del Profeta a todos los que nos pidan su amor”.

Judas sonreía dichoso de oírla expresarse así, pero su grande amor por Ada era tan silencioso, tan retraído, tan místico, que no encontraba palabras que pudieran estar a tono con aquel sentimiento vivo, sereno y límpido como la luz de una estrella sobre el agua clara de un remanso.

El recinto de oración del Santuario Kobda les esperaba convertido en un pequeño jardín de rosas blancas.

Y el anciano Hardiano vistiendo sobre la azulada túnica el oped blanco de los Patriarcas Kobdas, les esperaba también ante la hermosa estatua de Abel que tenía el rostro de Yhasua de Nazareth. Aquí terminó la serena calma de Adita, pues mirar aquella imagen y arrojarse ante ella abrazada a sus pies, fue todo un rápido movimiento que ella no fue dueña de evitar.

—¡Oh, mi Profeta bueno y querido sobre todas las cosas!, —le decía con una ternura tan honda, que su voz temblaba próxima al llanto—.

“Aún no he cumplido tu mandato, Señor, de amar con tu corazón que me dejaste; pero empiezo desde hoy a cumplirlo con tu Apóstol aquí presente, y te ruego que bendigas esta unión de dos almas que te aman hasta ser capaces de amar a todo el mundo con tu mismo corazón”.

Estas palabras que irradiaban tan intensa vibración de amor, conmovieron profundamente a todos los que las oyeron y la Matriarca Abelina que presenciaba la escena pensaba: “Sigue siendo la Matriarca Elhisa salvando de sí mismo a su hijo Elhizer, y transformando con su amor las flores muertas de todas las ruinas”.

Jeramel quiso que en aquella ceremonia hubiera algo de sus costumbres árabes, y entregó al Patriarca las sortijas de oro y rubíes que habían de llevar toda su vida los desposados.

Y el anciano Kobda que sabía bien el escaso valor de todas las cosas materiales, y que sólo el amor desinteresado y puro hace eternas las uniones de las almas, recibió complaciente las hermosas joyas en que aquel amoroso padre cifraba acaso la felicidad de su hija.

Y al dárselas les dijo:

—El amor de vuestro padre consagra vuestra unión con estas sortijas de oro y rubíes, símbolo árabe de un amor fuerte y fiel. Yo le consagro, envolviendo vuestras vidas con este velo que simboliza la eterna protección de Dios.

Y antes que el Patriarca extendiera sus manos sobre Ada y Judas, inclinados esperando una solemne bendición de amor, la Matriarca Abelina puso una corona de rosas blancas sobre la cabeza de Ada y las Kobdas jóvenes cantaban el himno del amor que oyera Judas al borde

de la fuente, el día aquel de su resurgimiento a la misión de amor que le encomendara su Maestro.

Un representante del Rey de los Sambos, recogió las firmas de los desposados y de sus padres: Jeramel y Noemí, y les entregó un pergamino reconociéndoles como ciudadanos de Palalena, capital de su reino.

Vueltos a Persia establecieron su residencia en Persépolis primeramente, aunque su programa de acción abarcaba gran parte de la hermosa y fértil tierra de Darío, el Rey Dios como le llamaban aún los que conservaban en su yo íntimo la idólatra adoración a aquel fastuoso monarca, cuyo poder avasalló más de la mitad del mundo civilizado, pero cuya grandeza era sólo un recuerdo como bien lo decía el Patriarca Hardiano.

La obra apostólica de Judas, impulsado y fortalecido por Ada, alcanzó vastas proporciones. Y fue una hermosa imitación de la realizada por el Divino Maestro en aquella misión de Damasco referida anteriormente y que nuestra dulce Adita jamás pudo olvidar: la liberación de los esclavos, el mejoramiento de sus condiciones de vida y la redención de los delincuentes, retenidos en duros calabozos a causa de su vida delincuente. En Pasagarda y Susian, Ada logró establecer la “Santa Alianza”, por el estilo de la que el Maestro fundó en Palestina.

La unión de almas en un místico desposorio de amor, de confianza y ayuda recíproca, hizo de Judas y Ada, dos heraldos infatigables que con la palabra y con el ejemplo de sus vidas consagradas al bien de sus semejantes, llevaron a Persia una elevación moral que perduró en varias generaciones.

74

TOMÁS DE TOLEMAIDA

En los jardines místicos del gran Maestro Nazareno, vemos almas de muy diferentes grados de evolución, de tonalidades diversas y de distintos modos de comprender y de apreciar todas las cosas.

Sólo un prodigio de amor podía mantener la uniformidad, la armonía y la paz entre los fieles amantes de Yhasua el Cristo.

En nuestro relato llega el turno al Apóstol Tomás, el tercero en mayor edad después de Pedro.

Austero en su vida y honrado a carta cabal, tenía en su carácter la disposición marcada y muy espontánea para el más minucioso análisis en todo cuánto veía realizarse en torno suyo. Que en cuanto a lo que pudiera realizarse fuera del alcance de su vista y de su percepción, lo ponía siempre en duda a pesar de las afirmaciones verbales que le hicieran sus hermanos de ideales.

Y el Divino Maestro teniendo en cuenta esta modalidad de Tomás, esquivaba el llevarle consigo, cuando sabía que debía realizar obras espirituales que requerían el concurso de los pensamientos afines al suyo propio.

Y en los dos primeros años del apostolado del Cristo, no pudo nunca ver Tomás, por sus ojos, un prodigio de los muchos que realizó el gran Taumaturgo. Hasta que un día se atrevió a interrogarle sobre el particular.

—¿Cómo es, Maestro, —le preguntó Tomás—, que todos mis compañeros han sido testigos de las maravillas que obras en enfermos incurables, y en toda clase de males que sufre la humanidad, y sólo yo no he podido presenciarlas?

El Maestro sonriendo afable, según su costumbre, le contestó:

—Mientras sea tu pensamiento una fuerza negativa, dura y tenaz, podrás pasar toda tu vida sin verlas.

—Eso significa que yo no podré llegar nunca al Reino de Dios —dijo el Apóstol en un tono de decepción y de tristeza.

—Creas o no creas en que hay en la creación de Dios fuerzas capaces de realizar obras estupendas, si vives conforme a la Ley Divina podrás llegar al Reino de Dios —le contestó el Maestro. Y aún añadió—:

“Tu vida espiritual será más árida, y desnuda de las puras y dulces emociones que experimentamos todos los que tenemos el don divino de la fe, esa sutil luz interna que nos permite aceptar antes de que los ojos vean, las realizaciones que la Divina Bondad permite a las débiles fuerzas del alma encarnada”.

Debido a estas discretas lecciones privadas del Divino Maestro, el Apóstol Tomás consiguió eliminar gran parte de las fuerzas negativas que se hacían sentir tenazmente en su mundo interno. Y así pudo presenciar algunas de las grandes realizaciones obtenidas por su Maestro, en diversas circunstancias de su vida extraordinaria de consagración al bien de sus semejantes.

Y la vida apostólica de Tomás fue la que por lógica debía ser: de gran esfuerzo de su parte, y de compensaciones escasas y hasta mezquinas, de las que recogía entre piedras y guijarros, flores y frutos para los demás.

Cuando Judas y Ada desenvolvían activamente su apostolado en Persépolis, se encontraron con Tomás que se hospedaba en la Escuela de Baltasar, establecida en esa ciudad.

Largas confidencias entre ambos apóstoles del Cristo, dieron oportunidad a que tanto el uno como el otro, tomaran decisiones importantes para anular en sí mismos sus propias deficiencias, en forma que Judas Tadeo pudo decir:

—He dejado a un lado del camino mis vacilaciones que hasta hoy me habían impedido ser en la obra de nuestro Maestro lo que Él espera de mí.

—Y yo —pudo decir Tomás—, voy consiguiendo anular mi inveterada costumbre de anteponer mis dudas, a toda realización que esté por encima de la percepción de los sentidos físicos.

Podemos decir, con profunda verdad, que estos dos apóstoles del Cristo fueron los que mayores vencimientos de sí mismos hubieron de realizar, para ponerse a la altura de los anhelos de Aquél, que les había elegido para extender por la faz de la tierra su maravillosa doctrina del amor fraterno.

Poco tiempo permaneció Tomás en Persépolis, pues quiso acompañar al Maestro Abbas, sucesor de Baltasar en un viaje de visitas a otras escuelas suyas al oriente de Persia, desde donde pasó a la Escuela central fundada por Gaspar en la falda del Monte Suleimán, junto a los torrentes del Indo.

La India legendaria y misteriosa, la India de Krishna y de Buda con su misticismo profundo y extático, fue para Tomás de una tan poderosa atracción que no quiso más apartarse de ella, y estableció su escuela cristiana en la ciudad de Kalamina (Kandahar), que vio con asombro los heroicos esfuerzos de aquel solitario por establecer el reino del amor bebido a raudales del corazón de su excelso Maestro.

“No está bien que el hombre esté solo”, estaba escrito en los antiguos libros sagrados en los que vibraba el genio de Moisés, y el amor salió al encuentro de Tomás en la persona de una monja budista, superiora en un Monasterio que florecía de amor y de paz, perdido entre bosques y montañas.

Era aquella mujer una especie de Matriarca Kobda, y era también la reencarnación de la austera y dulce Gautami, que fue tía materna de Buda.

El encuentro al parecer casual no podía ser más benéfico para el Apóstol de Cristo, que a la diáfana claridad de tan magnífica estrella, la nebulosa oscura de sus dudas se desvaneció para siempre.

La llamaban Madre Adavana y estaba en verdad dotada de amor de madre y de sutiles claridades de hada.

Pisaba ya el umbral de la ancianidad, pero una ancianidad tan gloriosa, tan fecunda en pensamientos luminosos, en obras que eran eflorescencias de amor, de esperanza y de fe, que Tomás pensaba y decía:

—El corazón de mi Maestro palpita en el pecho de esta mujer que piensa, habla y obra tal como si fuera Él mismo”.

De este feliz encuentro de almas resultó la fusión admirable de los principios sustentados por Siddhartha el místico ermitaño de Benarés,

con los principios emanados del arpa eólica que fue en Palestina, Yhasua de Nazareth.

Enamorado ferviente de ambas personalidades del Cristo, Tomás solía decir en sus místicas confidencias con la madre Adavana:

—Mi corazón es una rosa bermeja con Yhasua, y un loto blanco con Siddhartha el Buda. No sabría decir en cual de los dos encuentra mi espíritu más grandiosas explosiones de luz y de amor.

Y la suavísima voz de la madre Adavana, le contestaba:

—Háblame tú del Bhagavad (bienaventurado) de las rosas bermejas y yo te hablaré del Bhagavad del loto blanco, y estoy bien segura que en ambos encontraremos tú y yo toda la luz y la gloriosa felicidad del Nirvana (reino de Dios).

Era siempre al caer de la tarde que Tomás se dirigía al Monasterio de la madre Adavana, a la cual encontraba sentada en su clásica alfombra al pie de un inmensa palmera, el más anciano árbol, según ella, del hermoso bosque de plátanos, de moreras y de vides que cubría por completo al edificio centenario donde se cobijaban cuarenta y siete monjas, entre las cuales había ancianas, de edad media y algunas muy jóvenes y que provenían de muy diversas posiciones sociales.

La encontraba siempre hilando algodón que cultivaban ellas mismas en el inmenso huerto por el cual pasaba un brazo del río Kelnaid.

Las monjas jóvenes sembraban y cuidaban las hortalizas, los secaderos de frutas, las plantas medicinales, los jardines, la limpieza de los patios y senderos. Las de edad media condimentaban los alimentos, y confeccionaban las túnicas y demás vestiduras, y las ancianas hilaban y tejían en telares los lienzos con que se cubrían.

Vestían todas de burdo lienzo color del cáñamo, y para los momentos solemnes cubríanse de la cabeza a los pies con un manto de lienzo amarillo. Allí no aparecían muebles sino esteras tejidas por ellas mismas o pieles de cabra y de oveja con lo que estaban formados los lechos sobre pequeñas tarimas de madera.

La vida de aquellas mujeres era de oración, trabajo y silencio.

Moderadas expansiones entre ellas les estaban permitidas. Con los visitantes de fuera, eran muy afables y bondadosas, en especial con los familiares de cada una, que eran considerados como familiares de todas ellas.

En extremo generosas con amistades y parentela, todos disfrutaban del huerto de las Monjas de Kalamina, de sus jarabes de frutas, de sus pomadas y licores curativos, de sus quesos de cabra, de cuanto ellas fabricaban para su propia alimentación.

Todo esto era el asombro de Tomás, y comenzó a surgir en él la idea de que también los seguidores de su Maestro debían tener instituciones

semejantes que estaban muy a tono con el Ideal divino de fraternidad humana soñado por Él.

—Pero, ¿es posible —preguntaba el Apóstol a la madre Adavana—, que estas jovencitas que a lo sumo tendrán veinte años, se adapten para toda su vida con el apartamento y austeridad en que vivís?

—¡Oh, no!... —contestaba ella, sin suspender ni por un momento su trabajo—. De todas éstas que veis, acaso no quedarán más que tres o cuatro. En diez años de prueba, ellas van midiendo sus fuerzas. Y apenas comenzado el año tercero ya vamos sabiendo las golondrinas que volarán al mundo exterior y las que podrán quedar al abrigo de nuestro huerto.

“No todas pueden matar el deseo de los goces de la vida, ni pueden todas sentir la dulzura inefable que se esconde en el renunciamiento a todo cuanto es halago de los sentidos en perjuicio del yo interno.

“Aquí no deben quedar sino aquellas que no sienten la inclinación a la maternidad, porque nuestro Señor Buda quiere la reverencia a la maternidad, y que haya en el mundo innumerables madres capaces de hacer de sus hijos servidores inteligentes de Brahma y de la patria. Si no las hay, ¿qué sería de la vida y de las criaturas de la tierra si todas ellas son ignorantes y malvadas?

El celibato como medio de santificación y como sendero que conduce al Nirvana, no puede ser abrazado sino por aquellos en quienes se apagó el fuego de los deseos.

“Aquí aprendemos todas en la juventud a ser útiles, abnegadas, bondadosas, valientes y sumisas a la voluntad soberana de Brahma, manifestada en las enseñanzas de nuestro señor Buda.

“Y podéis estar cierto de que salen de nuestros Monasterios las mejores esposas y madres que pueden desear para sus hijos los nobles guerreros que defienden el honor de la patria, y los labriegos que la engrandecen con el arado, y los artistas de la lira y el pincel que la embellecen con sus cantos y la glorifican con sus creaciones en el lienzo o en la piedra”.

—Si fuerais tan bondadosa que quisierais enseñarme —dijo Tomás—, el secreto de todos los renunciamientos necesarios para obtener cuanto antes la paz de vuestro Nirvana, isabed que mi corazón os lo agradecería tanto!...

—Y, ¿acaso no os lo enseñó el Bhagavad de las rosas bermejas?... —preguntó con tierno acento la amorosa monja—. Lo enseñó tanto a sus monjes el Señor Buda al igual que lo habrá enseñado vuestro Señor Yhasua.

“¿No será, mi hermano, que vos no estáis llamado a esa desnudez espiritual que renuncia a todo para conquistarlo todo? ¿No será que aún alienta en vos el ansia de compensaciones de un orden o de otro, pero siempre dulces y queridas al corazón de carne?”

—Puede que sea como vos decís, Madre Adavana.

“Todo mi tiempo al lado del gran Maestro lo he gastado en analizar cuanto veía y oía, todo cuanto desfilaba ante mis sentidos, y acaso no me he preocupado de analizar mi mundo interior, al que seguramente he dejado lleno de polvo y telaraña como un castillo abandonado en que anidan los búhos y los murciélagos.

“A la luz de vuestros razonamientos, empiezo a comprender esto como no lo había pensado antes. Y una nueva claridad parece encenderse en mi horizonte.

“Debo haber causado preocupaciones y dolor a mi Maestro con mis audaces dudas y desconfianzas crueles. Acaso las estoy causando también a vos, santa mujer, que bien pudieras ser la última luz que enciende el Maestro en mi camino para salvarme de mí mismo. Temo ser incorregible.

—Hermano Tomás —dijo la monja con pausado y suave acento—. Yo soy hija de nuestro Señor Buda y siguiendo su ley he aprendido a tener paciencia con la niñez revoltosa, con la juventud enloquecida por las tempestades del corazón y con la madurez de la vida física que no llegó a las cumbres del conocimiento de sí mismo y menos aún de los demás.

“Y ya que iniciáis a lo que veo el camino de las confidencias íntimas, yo os sigo por él y penetro con vos en vuestro castillo abandonado en que tejen sus telas las arañas y anidan búhos y murciélagos según vuestro decir.

“Y os pregunto, ¿cómo es posible que teniendo a vuestro lado tan potente lámpara encendida hayáis permanecido a oscuras? ¿Cómo es posible que teniendo junto a vos esa llamarada viva de fe y de amor, no os hayáis consumido en ella, ni hayáis sentido su calor lo bastante para quemar las telarañas de vuestro castillo interior, y espantar los animales propios de las ruinas y de los sepulcros?

“¿Qué ruinas y qué sepulcros son esos que forman a vuestro alrededor como un muro infranqueable?”

Hubo un momento de penoso silencio en que sólo se oían los golpecitos de la rueca y el huso que bailaban como duendecillos traviesos junto a las rodillas de la Madre Adavana sentada en su alfombra de esparto, mientras Tomás retorcía las borlas de seda del abultado almohadón en que estaba sentado.

—¡Oh! ¡Los sepulcros y las ruinas están alrededor de todo hombre que ha pasado los cuarenta años sin amor, sin hogar, sin familia! —contestó por fin Tomás, haciendo un penoso esfuerzo.

—¿Y a quién culpáis de no tenerlos? —preguntó la monja.

—A nadie más que a mí mismo, Madre Adavana. Perdí a mi madre en mi adolescencia, y casado de nuevo mi padre con una mujer de grandes

ambiciones, nos vimos todos empujados por ella a la vida febril e inquieta del comerciante en grande escala, que aspira a acrecentar su fortuna en breve tiempo. Y así fue que en conseguirlo, gastamos lo mejor de nuestra vida, de nuestras energías y aptitudes.

“Absorbido en absoluto por tan febriles actividades, he olvidado al amor, a las ternuras del hogar y la familia, a todo lo dulce y suave que tiene la vida.

Los pagarés, las letras de cambio, el debe y el haber han consumido mi vida hasta el momento en que, como un árbol casi seco, fui invitado a visitar al Maestro que difundía la dulzura divina de su amor en las orillas risueñas del Mar de Galilea. Y cuando oí que me decía Él, al verme: “*¡Yo te esperaba! ¡Cuánto tardaste en venir! ¡Eres el último que ha llegado!...*”, sentí tan fuerte sacudida en mi conciencia como si me sintiera culpable de un espantoso crimen que se descubría en ese instante.

“Dejé el comercio y me uní a los que seguían al Maestro. Lo reconocí grande, inmenso en su amor, en su fe, en su consagración absoluta al bien de sus semejantes, pero nunca pude participar o compartir ese algo divino, celestial, que deben sentir las almas iluminadas por no sé que claridad superior que yo no he sentido nunca...

—¡Iluminados por el amor! —dijo como un axioma de bronce la monja budista—. ¿Crees acaso que el Bhagavad de las rosas bermejas, hubiera podido llenar el mundo con sus obras de amor, si no lo hubiera sentido Él en sí mismo con la fuerza avasalladora que hace los héroes y los santos, que lleva hasta la muerte en un cadalso, si con ella puede afirmar en la conciencia de todos, el Ideal que le ha deslumbrado?

“Tú no has sentido nunca al amor cantar como un rruiseñor en tu corazón. Tu absoluta entrega a las frías y a veces egoístas especulaciones comerciales, secaron tu corazón y aún no has podido hacerle revivir de nuevo.

“¡Oh, hermano Tomás!... ¡Cuando el divino rruiseñor de los cantos inmortales no logró hacerse sentir de ti, mucho temo que no puedas despertar en largo tiempo, del pesado sueño en que te has dormido!”.

La voz de la monja temblaba como en un sollozo, y sus ojos negros de dulce mirar se cristalizaban de llanto.

—¡Estás casi muerto! —añadió como en un gemido—, y pareceme estar oyendo una voz entristecida que se queja en lo hondo de mi misma diciéndome: “*Deja a los muertos enterrar a sus muertos*”.

—¡Oh, no, por piedad! —clamó Tomás—. Esas palabras las decía mi Maestro cuando alguno le oponía como obstáculo para seguirle, los negocios que tenía entre manos. Y cansado de luchar conmigo, os dice a vos, Madre Adavana, que me dejéis como a un muerto en esta sepultura que yo mismo abrí en mi propio corazón”.

La dolorosa vibración de sus palabras, produjeron en el Apóstol un hondo dolor y sin poderlo evitar, se cubrió el rostro con ambas manos, y un áspero sollozar se oyó en el silencioso huerto del Monasterio budista.

La monja dejó entonces el huso y la rueca, cruzó sus manos sobre el pecho, cerró sus ojos llenos de lágrimas y con su frente inclinada al suelo, se entregó a la oración.

Ni Tomás ni ella midieron el tiempo que transcurrió, llorando él a sollozos mal contenidos, y orando ella silenciosamente.

Una campana había sonado a lo lejos, y todas las monjas cubiertas de mantos fueron llegando a la oración de la tarde que se hacía bajo los árboles del huerto, a la última claridad del sol que se hundía agonizante en su sepulcro de rosas.

Ni un rumor, ni una palabra que anunciara la vida entre aquel numeroso grupo de seres vivos, pero si hubiera podido ver Tomás la febril actividad de todos aquellos pensamientos vibrando al unísono en intensa súplica al Señor Buda por el extranjero que lloraba, su corazón hubiera despertado al amor que nunca sintiera, y a la fe serena y lúcida que ve, siente y percibe los prodigios que obra el amor verdadero en los mundos, en las almas, en los seres todos del vasto universo.

Y el alma buena de Tomás se despertó por fin.

—Lloras porque ahora sientes —le dijo la dulce monja cuando la oración hubo terminado—.

“Coronad de lotos vuestras cabezas, hijas mías, y tañed vuestros laúdes —dijo a las jóvenes del coro—, porque este hermano estaba muerto y nuestro Señor Buda le ha resucitado.

“¡Estaba en tinieblas y ahora tiene la luz!...

“Lloraba en un desierto sin agua y sin flores, y el Bhagavad de las rosas bermejas las hace florecer en su camino. Tañed vosotras los laúdes, y vosotras, mis hermanas, traed aquí las viandas del festín de las bodas místicas, porque este hermano ha encontrado al Amor, y es éste un acontecimiento que hemos de celebrarlo junto con los ángeles y santos, que brillan como estrellas en el dulce Nirvana donde todo canta al Amor”.

Tomás miraba todo sin poder hablar, como si se hallara sumergido en una hipnosis consciente. Los laúdes comenzaron a vibrar en una soñolienta melodía, y las monjas mayores colocaban sobre mesitas que no tenían más que un pie de altura, blancos mantelitos y cestillas con pan y frutas del huerto, que era el gran festín de las bodas místicas como había dicho la Madre Adavana.

Ella compartió su mesita con el Apóstol, y al final, y como un obsequio de excepción, hizo que sirvieran en escudillas de barro cocido, jarabe de moras con miel que era lo más delicado y fino que se permitían en sus frugales comidas.

Por tan sencilla demostración de amor, aquella ignorada monja, reclusa en su monasterio perdido entre montañas, despertó el corazón de Tomás a las dulces y divinas emociones del amor místico, que abre los cielos de luz a las almas adormecidas en el oscuro laberinto de los afanes groseros de la materia, cuando ellos han absorbido todas las actividades del espíritu, sin dejarle momento libre para tender su vuelo al Infinito impercedero y eterno, origen y fin de sus gloriosos destinos.

La Madre Adavana no era alma nueva en la iluminada pradera de la vida espiritual. En la lejana época de la Fraternidad Kobda que hizo florecer el amor fraterno en tres Continentes, fue la Matriarca Merik, instructora de la reina Ada compañera de Bohindra, y de todas las Berecinas que buscaron en el Santuario de la Paz a orillas del Éufrates, el despertar del alma y la paz del corazón.

75 LOS SIETE DÍAS

Después de las escenas que acabo de relatar, el Apóstol se despidió de las monjas y prometió continuar sus visitas con el fin de recibir las lecciones de la Madre Adavana.

Ella le dijo así:

—Puedes venir siete días consecutivos a la meditación de la tarde, y durante ella, antes o después, recibirás cuanto necesitas del mundo de los Devas, a fin de ponerte en las condiciones precisas para llevar a las almas hacia la Luz Suprema. Mis hermanas y yo haremos cuanto nos sea permitido por la Ley para ayudarte en tu tarea de misionero”.

Cuando Tomás se halló de nuevo en su habitación de la Escuela de Gaspar, sintió que había renacido al contacto del alma luminosa y pura de la anciana monja budista. Pero esto no podía durar.

Gaspar ya muy anciano, le hizo llamar a su celda que era una sala con sus paredes cubiertas de estantería llena de cartapacios, de rollos de papiro, de telas enceradas, plaquetas de madera, de piedra, o de arcilla.

Era aquello como un monumental Archivo en que estaba encerrada gran parte de la historia de la evolución humana.

—Te llamo hacia mí —le dijo—, porque el amor del Avatar Divino que he seguido desde la cuna hasta el altar del sacrificio, me obliga a desbrozar cuanto puedo tu camino, a fin de que no tropieces y caigas en las tinieblas creadas por la ignorancia humana alrededor de una luz deslumbrante.

“La incomparable luz de Siddhartha-Buda, de tal manera deslumbró a los pequeños seres humanos que hicieron alrededor de ella una selva

de afirmaciones tenebrosas, que hoy espanta a las mentes lúcidas de la hora presente.

“¿No lo hicieron así mismo los atlantes con la Sabiduría de Antulio, el Buda excelso y radiante de aquel continente desaparecido?

“Te aconsejo pues no pretender desenvolver ninguno de los rollos de papiro que quieran poner en tus manos. Los verdaderos principios de Siddhartha están muy lejos de aquí, en el más antiguo Monasterio de Nepal.

“Mucho oro y mucho esfuerzo he gastado en conseguir revisarlos y sacar una copia, para lo cual me exigieron un terrible juramento de no pretender jamás divulgarlo.

“La ortodoxia, la disciplina y las penalidades de los brahmanes, son duras y terribles.

“Antes hubiéramos podido arriesgar la vida misma por difundir la filosofía budista, lógicamente explicada y comentada como único medio de llevar la luz a la humanidad.

“La sabiduría de Antulio fue desfigurada y deshecha; igualmente lo fue la de Moisés y la de Buda. Pero la postrera venida del Avatar Divino a la tierra, ha simplificado al último extremo toda la ciencia de Dios, de la vida y de las almas, de los mundos y del universo todo, lo cual hace innecesario el esfuerzo mental, que significa el pretender encontrar las perlas legítimas entre una enorme ciénaga en que depositan sus asquerosas larvas los reptiles y los insectos. Escucha pues, con docilidad infantil a la Madre Adavana, que es hermana de un Brahmán del Supremo Consejo en la India budista; y que fue ella el instrumento elegido por la Ley, para que yo encontrase la verdadera doctrina de Buda que en nada contradice la de tu Maestro, el Profeta Nazareno. El Monasterio que ella gobierna es budista de Buda, no de los brahmanes y está excomulgada por ellos. Yo la saqué del calabozo a que la habían condenado para toda su vida, y yo la hice pasar por muerta cuando sólo contaba treinta años.

“Tiene ahora sesenta y siete que son otros tantos escalones de una vida de santa, en la cual ha sido luz, esperanza y fe para innumerables almas.

—Me ha pedido —dijo Tomás—, que concurra siete días consecutivos a la oración de la tarde, en los cuales conseguiré cuanto necesito para cumplir a la perfección el apostolado del Cristo, mi Maestro.

—¡Oh!... ¡Los siete días de la Madre Adavana, son siete días de Diana (éxtasis), sublime y verdaderamente celestial! Los concede a todos los seres que acuden allí en procura de paz y de conocimientos de orden espiritual.

“De estos siete días saldrás conociéndote a ti mismo, y conociendo además todas las alternativas de la mente y del corazón de aquellos que

quieran escuchar tu enseñanza y busquen ser tus discípulos. No necesitas decirle nada, porque ella sola lo descubre todo en los rasgos de tu fisonomía, en las líneas de tus manos, en el brillo de tus ojos y en el giro que das a tus miradas.

“Y cuando hayan pasado los siete días, ven a verme nuevamente y podrás decirme si hay exageración en mis palabras”.

Ya supondrá el lector que con tal recomendación, el Apóstol Tomás sintió como si le hubiesen puesto a su frente un gran espejo mágico, en el que podría encontrar reflejados todos los enigmas de la vida, de las almas; todos los impenetrables misterios de la Infinita Potencia Creadora.

Y parodiando la dulce frase de Yhasua-niño, tan conocida de todos los que le amaron decía: “Ahora sabré de verdad cómo es el Padre Celestial” porque me encontraré con Él en el Monasterio de la Madre Adavana.

“Mas, para este maravilloso encuentro tengo que prepararme debidamente sometiéndome a un minucioso análisis de mí mismo”.

El Apóstol dejó pasar tres días, que empleó a la vez en ayudar a los trabajos manuales a que se dedicaban en la Escuela de Gaspar, y a las copias de manuscritos antiguos, a estudiarse a sí mismo, tratando de comprender lo justo de lo injusto, lo perfecto de lo imperfecto, lo necesario de lo superfluo, lo verdadero de lo ilusorio y fugaz...

Y como en este detenido estudio se encontrase a sí mismo demasiado desnudo de cualidades superiores, demasiado débil en su fe y algo perpleja su voluntad para emprender con valor y firmeza el camino de la cumbre, que él creía debiera ser la meta de las aspiraciones de un Apóstol de su Maestro, tuvo la idea de no volver al Monasterio de la Madre Adavana, hasta que se encontrase digno de ocupar el tiempo y la atención de aquella dulce mujer que era una estrella en el cielo de los justos, mientras él era un pobre ser apegado aún a muchas pequeñeces y bagatelas de la vida.

Y los discípulos del anciano Gaspar le veían llorar en las horas de meditación.

Y los hortelanos y cultivadores de los huertos, le veían desde el amanecer, azadón en mano, removiendo piedras y abriendo surcos que en línea recta seguía y seguía hasta dar con el muro exterior, que separaba la tierra de la Escuela de los huertos vecinos, que se extendían por el fértil valle regado por los innumerables brazos del gran río Indo.

Creía haber perdido todo el tiempo de su vida corriendo primeramente tras el fantasma de oro de la fortuna; después en dudas y cavilaciones en extremo sutiles y engañosas respecto de las obras prodigiosas que hizo su Maestro, sin poder acertar con las causas y orígenes que pudieran producirlas. Y desde lo más hondo de su espíritu se levantaba a intervalos este pensamiento:

“¿Por qué no pudo evitar la espantosa muerte de infamia que le dieron sus enemigos?”.

“Y ya en lo alto del Reino de Dios conquistado con sus méritos, ¿por qué no salvó a Santiago y sus compañeros de la espada asesina del Sanhedrín, y a Stéfanos de caer bajo la espantosa lapidación que hizo de su belleza y gallardía un saco de sangre y huesos rotos?”

“Él nos amaba entrañablemente a todos, y si a éstos les dejó perecer, ¿cómo puedo explicarme ese soberano poder para hacer tantos prodigios, y no pudo salvar a quienes se exponían a la muerte por Él?”

Y Tomás caía entre los surcos que acababa de abrir, hundía su frente sudorosa en la tierra húmeda y exclamaba:

—¡Tierra madre que cubrirás un día mi cadáver y reducirás a polvo mis huesos!... ¡Acaso sabes tú más que los hombres; y mostrándome los secretos de tu seno, podré llegar a conocer mis propios secretos, y los secretos de la vida y de los complejos sentimientos de los que viven y mueren entre éstos que se llaman criaturas humanas!”

Vio de pronto un lagarto madre que salía despavorido de su cuevita en la tierra a donde ya llegaba su azadón, y el pequeño reptil llevaba sobre su lomo un hijuelo recién nacido pues que su pielcita aparecía casi blanca, insectos que arrastraban penosamente la burbuja de lanilla en que depositaron sus huevos en el seno de la tierra a fin de salvarlos de su azadón que invadía tan atrocemente sus humildes refugios; plantas silvestres que nadie había sembrado y que no obstante florecían y aún daban a las abejas y a los picaflones, el néctar de sus corolas, a las aves del campo recoger con el pico las yerbas secas que su rastrillo removía para formar en el ramaje de los árboles un nidillo abrigado para sus hijuelos.

Y el Apóstol sumido en hondas meditaciones rememoraba las palabras oídas a su Maestro:

“Hasta las más ínfimas criaturas de Dios cumplen sin rebeldías la suprema ley de la naturaleza y de la vida o sea el amor de unos a otros; ese amor creador que es vida, armonía y belleza en todo cuanto existe. Y sólo la criatura inteligente, el hombre, osa rebelarse contra esa fuerza eterna y divina y se atreve a preguntar, e inquirir cómo, por qué y cuándo ha de resolver todos los profundos enigmas que le rodean”.

“Acabo de descubrir que soy menos que estos pequeños seres que obedientes a su ley, se esfuerzan y sacrifican por los que aman. Les alimentan, les procuran abrigo, les ayudan a vivir, le salvan de los peligros, en suma, les aman, y por amor hacen todo cuanto hacen.

“¿No será que mi Maestro también por el amor realizó sus estupendos prodigios? Yo nos los vi, pero sé de cierto que los hizo. ¡Vi los leprosos

curados, los paralíticos que andaban, los ciegos que veían, cadenas que se rompían para dar libertad a los esclavos!

“Entonces, ¿qué cosa es el amor? ¿Es fuerza, es poder, es energía?”

El Apóstol se oprimió la cabeza entre las manos y guardó silencio. Separándolas luego, dejó al descubierto sus ojos de los que corrían gruesas lágrimas.

“Me veo como un árbol seco –pensó–, como un trozo de piedra de estos que hago rodar al remover la tierra. No soy capaz ni aún de creer lo que otros pueden hacer. El amor es fecundo en hechos grandes o pequeños. El amor es creador de millares de formas, de seres, de cosas, de obras. Soy en verdad un ente inútil, una vida sin prolongaciones de ninguna especie. Mi corazón se secó entre las barrillas de oro, entre las letras de cambio, en el torbellino de las especulaciones financieras... ¡Y así he llegado al ocaso de la vida!...”

“¿Qué hice, Maestro, junto a ti que eras el amor hecho hombre, y no aprendí a amar ni aún como estas aves, como estos insectos, como estos reptiles?”

Tomás se sentía agotado, no sólo por tanto esfuerzo físico como había hecho sino por el profundo decaimiento moral que su propia insuficiencia le causaba.

Se dejó caer extenuado bajo la sombra de un árbol y deseó morir a la vista de su propia incapacidad. Un discípulo de Gaspar se llegó hasta él y le dijo:

–Acaba de llegar un mensajero de la Madre Adavana que te espera esta tarde a la oración. Y está grandemente extrañada de que no hayas aún comenzado la oración de los siete días que ella te ofreció.

–¡Cierto! –dijo como despertándose de un sueño–. Ya lo había olvidado. Dile que iré.

–No –contestó su interlocutor–. Ven a decírselo tú mismo porque así le llevará la palabra tuya que la Madre espera.

–Bien, vamos allá.

–Veo que no estabas enfermo –dijo el mensajero al verlo–. La Madre Adavana sufre por vos. Yo soy un discípulo suyo y no puedo consentir que un extranjero a quien ella ama, la haga así padecer.

–¿Qué ella me ama? –preguntó muy asombrado Tomás–. ¿Y por qué ha de amarme?

–¡Hombre!... ¿De dónde has salido tú, que no sabes que toda alma entregada a la vida espiritual es una lámpara de amor que no se apaga jamás? Te ruego vestirte convenientemente y seguirme ahora mismo porque no volveré al Monasterio sino contigo.

Tomás le miró casi con espanto. Bajó la cabeza y le contestó:

–Está bien. Te sigo ahora mismo.

Y así fue como este Apóstol de Cristo comenzó en los siete días de oración la iluminación de sí mismo, que le hizo identificarse con el Ideal divino que había abrazado.

Cuando la Madre Adavana le vio llegar hasta la sombra de la encina bajo la cual ella hilaba sentada en su estera, levantó sus ojos profundamente tristes y le preguntó:

—¿Qué mala influencia endureció tu corazón hasta ser capaz de hacerme padecer tanto?

Tomás la oyó, la miró..., y mudo, sin palabra, se arrodilló ante ella y se inclinó hasta besar una de sus manitas morenas que no cesaban en su trabajo ni aún cuando sus ojos lloraban.

—Me creí indigno de volver a vos, Madre Adavana, a causa de mis deficiencias morales que son muchas y grandes —pudo al fin decir Tomás, sentándose también sobre la estera.

—¿Y creías que huyendo te hacías más digno?

“Tú me encontraste sin buscarme. Ni aún sabías que yo existía en el mundo, como tampoco lo sabía yo.

“Pero la Luz Eterna tiene mil ojos en cada uno de sus rayos, y es hermana de la Ley inexorable que marca las rutas a los mundos y a las almas. Tú debías encontrarme en tu camino y yo debía ser instrumento de la Ley para ayudarte a recorrerlo sin tropiezos. Al ver yo tu inconsciente alejamiento, sufrí por tu desviación y porque me impedías cumplir mi parte en el mandato de la Ley.

“En acuerdo con ella, hemos marcado nuestro sendero antes de tomar la materia que revestimos. No tenemos ningún derecho a faltar a la palabra empeñada como espíritus libres en el mundo espiritual.

“Además, si la Ley te ha unido espiritualmente a mí, toda unión significa un vínculo, una atadura, una alianza.

“Esta torpe humanidad sólo comprende la unión carnal, marido y mujer, madre e hijo, hermano y hermana..., nada más, la sangre y la carne que se tornan polvo en el sepulcro. ¿Y acaso la unión entre las almas, eternas como la Causa Suprema que las sacó de Sí misma, no vale nada, ni merece siquiera la atención de los mortales?

“Debes tú saber que en este Monasterio poseemos una copia de las “Escrituras del Patriarca Aldis”, y copias de las “Crónicas Antulianas”, traídas por nuestro Patriarca Gaspar, de los Santuarios Esenios de tu tierra natal.

“Y por tanto sabemos que Antulio decía: *“Los afectos originados solamente en vínculos carnales, mueren, como muere toda carne. Los afectos y alianzas de las almas, son eternos como eterna es el alma, hija de Atmán Supremo, sin principio ni fin”*.

“Y la vida de Abel no fue más que un continuado y sublime poema de amor con almas amantes y amadas por él desde inmensas edades.

“Y Krishna decía a su vez: *“No cometáis el delito de separar lo que unido fue por el Altísimo”*.”

Y nuestro señor Buda decía con su palabra y con los hechos de su vida toda: *“La única gloria que quiero y que nadie puede disputarme es este amor sin límites que me abraza el alma...”*

“¿Has comprendido bien todo esto, discípulo de Bhagavad que fue el amor en forma de hombre?”

—Lo he comprendido, Madre Adavana, y lo encuentro vivo en vos que eres el amor en forma de mujer —le contestó conmovido el Apóstol.

La monja dio dos palmadas y apareció una joven monja que se inclinó ante ella.

—Avisa que ya es la hora —dijo y guardó el huso, la rueca y el algodón. Se sintieron siete campanadas lentas, suaves y lejanas.

Y llegaron siete monjas veladas con sus mantos color de corteza, que sin ruido ni palabras se sentaron en semicírculo alrededor de la Superiora y Tomás. Ella pronunció en frases vibrantes de fervor y unción interior estas breves evocaciones:

—¡Venga a nuestra mente la Eterna Luz! ¡Venga a nuestra alma el Eterno Conocimiento! ¡Venga a nuestro corazón la Eterna llama de Amor que abrasaba a nuestro Señor Buda!”

Y toda vida pareció extinguirse en el silencio profundo que se hizo en el místico huerto de la Madre Adavana.

A Tomás le pareció al poco rato que se encontraba solo, en un inmenso campo donde no se veía otro límite que la línea brumosa en que se une el infinito azul con la tierra. Y su memoria viva como una llama ardiente le fue recordando todos los pasajes de su vida desde la niñez.

Su cuerpo estaba inmovilizado también por un suave sopor que le hacía deleitable el encontrarse a sí mismo en los actos buenos, indiferentes o malos que fueron desfilando en su recuerdo.

Pero desde el momento en que llegó su memoria a pintarle el instante de su llegada al Maestro, y Él le dijo:

—*“¡Te esperaba!... ¡Cuánto tardaste en llegar! ¡Eres el último que vino!...”* Tomás se estremeció todo y comenzó a llorar silenciosamente.

Vio a sus compañeros llenos de fe y entusiasmo referirle los prodigios del Maestro entre las turbas dolientes que le buscaban, y vio su alma fría como un trozo de hielo..., su lámpara interior apagada, su camarín secreto a oscuras, por donde pasaban huyendo imágenes fugitivas, imprecisas, que no se dejaban tocar y palpar con él para poder decir: ¡Creo!

Y un grito de agonía se escapó de sus labios. —¡Perdón, Maestro mío, Salvador de los hombres!...”

La Madre Adavana levantó su velo y las otras monjas lo hicieron igualmente.

La oración del día primero había terminado aunque Tomás no podía saber qué tiempo había durado.

Y se oyó la suave voz de la Madre Adavana, que decía:

—Te damos gracias, Luz Eterna, porque has iluminado nuestra mente y el Eterno Conocimiento inundó nuestras almas, y el Infinito Amor abrasó nuestro corazón”.

Las siete monjas se retiraron en silencio y la Madre Adavana y Tomás quedaron solos, sentados sobre la estera, bajo la encina de las meditaciones. Ella habló primero:

—Creo que te ha sido benéfica la oración del día primero. ¿Qué has visto?

—Me he visto yo mismo desde niño hasta hoy. Y he padecido mucho porque he comprendido lo indigno que soy de llamarme Apóstol del Cristo que vivió toda una vida de amor y de fe. Si soy sincero con Él y conmigo mismo, creo que no debo continuar desempeñando ese papel.

“A Judas de Kerioth le pusieron un sustituto porque entregó al Maestro a sus enemigos, creyendo que ellos iban a elevarle al trono milenarío de Israel.

“Igualmente debieron sustituirme con alguien que pueda y sepa realizar entre los pueblos la obra realizada por Él”.

La Anciana monja guardó silencio unos momentos.

—¿Crees entonces que Él se engañó al elegirte? —preguntó luego.

—Creo que engañarse no es la palabra adecuada en este caso. Más bien debo pensar que mi fracaso no entraría en el área visual que Él tenía respecto de los elegidos.

—No lo creo así. Más bien debemos pensar que Él contó siempre con las deficiencias humanas en los que había escogido para sus continuadores, a la vez que con la evolución conquistada y con el anhelo de superación de sí mismos, propio de esa evolución.

—¿Y cómo se explica Madre Adavana, esa evolución con las deficiencias tan notables en un mismo ser?

—Se explican, hijo mío, en que la Suprema Inteligencia no nos da nada de regalo, sino que todo hemos de adquirirlo con la fuerza de nuestra voluntad.

Tú te mantuviste tal como eras desde la niñez. Parece que te estoy viendo de niño destrozando insectos para saber cómo alienta la vida en tan diminutos organismos, romper huevecillos de pájaros para enterarte como va formándose la vida dentro de él, y así con todas las cosas sin haber podido sorprender en absoluto el secreto de la Naturaleza y sin contar para nada con otros poderes y otras fuerzas que las puramente materiales y orgánicas.

“¿No es verdad que desde niño fuiste de tal manera?”

—Es verdad, Madre, es verdad. Ni que hubierais sido mi propia madre podríais haber pintado mejor mi retrato de toda la vida.

—Y dime, ¿no has amado nunca, Tomás?

—No he podido amar sencillamente porque he creído casi imposible encontrar quien me amase de verdad y por mí mismo.

—¡Hombre!... Cuando todo el universo es un eterno y formidable poema de amor, ¿no podías tú encontrar el amor?

“Te compadezco, hijo mío, te compadezco. Eres una víctima, un mártir y el verdugo eres tú mismo.

“¡El amor es poderoso, es fecundo, es creador! Yo creo en el amor, tenga la forma que tenga, sé que palpita y que vive en todos los reinos de la naturaleza visible y en todos los planos de los mundos invisibles.

“Y en nombre del Eterno Amor te digo al terminar la oración del día primero: Antes del séptimo día el amor habrá regado con sus aguas divinas el reseco y árido huerto de tu corazón”.

—Que sea según vuestra palabra, Madre Adavana —dijo el Apóstol a media voz, en la cual se advertía desaliento, cansancio y duda.

Los últimos resplandores de un ocaso púrpura acababan de desvanecerse entre las sombras primeras de la noche, cuando Tomás dejaba el Santuario de la Madre Adavana para dirigirse a la Escuela de Gaspar que se llamaba “La Santa Estrella”.

Al salir del túnel abierto en el peñón que rodeaba el Monasterio, vio refulgir en la serena quietud del infinito azul, la estrella vespertina y una honda emoción embargó su espíritu.

Se detuvo un momento y murmuró esta plegaria:

“—¡Si eres tú la que guió los pasos de Melchor, Gaspar y Baltasar hacia la cuna del Ungido de Dios, sedme propicia te ruego y guíame hacia el Amor y la Fe que han de redimirme!”

La paz que le inundara en la oración de esa tarde se hizo más honda, más profunda y casi paralizó sus movimientos. No podía andar. Sintió la necesidad de estar quieto, de quedar inmóvil en el sitio en que se encontraba.

Se sentó en el césped y apoyó la espalda en un peñasco. A su frente tenía el tranquilo vallecito circundado por el cañaveral de bambú cuyas brillantes hojas agitaba el vientecillo de la noche, produciendo ese suave rumor semejante a palabras a media voz entre numerosas personas, mientras el arroyo como una ondulante madeja de hilos de plata reflejaba cual un espejo la media luna blanca que emergía detrás de un peñón.

Las palabras de despedida de la humilde monja budista revoloteaban como amorosas palomas en su huerto interior: “Antes del séptimo día,

el amor habrá regado con sus aguas divinas el reseco y árido huerto de tu corazón”.

“¿Por qué le habría dicho tales palabras?... ¿De qué parte del horizonte podía aparecer para él la dulce estrella del amor?”

Sus ojos encontraron de nuevo a la rosada Venus que parecía contemplarle en su soledad, en su aislamiento de todas las cosas, en la cenicienta penumbra de su vida fría, poblada de dudas, de incertidumbre, de interrogantes sin respuesta.

¡Pobre Tomás! ¿Quién había de amarle a él, y a quien él amaría, si nadie había a su lado y se sentía solo en el mundo?

Por su mente desfilaron los seres que le habían amado, las doncellas amigas o parientes entre las que pudo estar la que hubiera sido una excelente compañera de su vida, y de todas las cuales se había alejado creyendo ver intereses mezquinos en sus demostraciones de afecto y simpatía. Y ahora, en la madurez de su vida, solo como un búho en la torre de un castillo abandonado y ruinoso, comprendía claro que había equivocado la senda, pues despreció el amor en su juventud, y se resistió también al inefable amor del Cristo que le había invitado tan dulcemente a creer, a esperar y a amar juntamente con Él, como Él amaba en la diáfana inmensidad de su alma de superhombre.

—Yo mismo he creado esta soledad fría de muerte —decíase Tomás con serena calma—. He dudado de todo y de todos. He desmenuzado todas las flores de la vida con el estilete cruel del análisis impulsado por la eterna duda. He desgarrado el velo de la ilusión tras del cual se esconde a veces el amor y la felicidad. He apagado todas las luces pequeñas y los grandes resplandores que han querido iluminar mi vida. ¿A quién he de quejarme?

—A nadie más que a ti mismo —dijo junto a él una serena voz humana, que le hizo volver la cabeza, ligeramente estremecido.

En la penumbra de la noche, débilmente iluminada por lejanas estrellas y por la pequeña luna nueva, que como una pincelada de plata emergía de atrás del negro peñón, vio Tomás una blanca forma humana de pie, a corta distancia.

—Quien quiera que seas, no te sentí llegar y me creía solo en este delicioso desierto —dijo el Apóstol reaccionando.

—El que tiene fe y amor, nunca se siente solo.

—Es que no tengo ni una cosa ni otra, y acaso no podré tenerlos nunca.

—¿Por qué?

—Porque así fue siempre mi vida; así es al presente y creo que seguirá siendo así, —contestó Tomás, sin querer demostrar ni deseo ni curiosidad por conocer la identidad de su interlocutor.

—El Eterno Dueño de las vidas, ha fijado la hora de las grandes sorpresas, que la nuestra nos trae cuando menos lo esperamos. Y acaso esté llegando la tuya.

—Creo que antes de hacerme tan halagadores pronósticos, deberías empezar por saber quién soy y por qué estoy aquí.

—Pues porque lo sé demasiado no te lo he preguntado.

—Estoy entonces en desventaja, puesto que ignoro quién eres tú y por qué estás aquí.

—Sencillamente porque te quiero probar la sin razón de toda esa nebulosa oscura en que has envuelto tu vida. Los prodigios de amor obrados por el Mesías Nazareno, te han dejado oscuro y frío como una tumba. Los has atribuido a ilusión amorosa de tus compañeros de apostolado.

“La sugestión, la pesadilla, el sueño, todo ha entrado en la explicación que has querido darte a ti mismo para continuar dudando de todo.

“¿Por qué el Eterno Hacedor me habrá destinado a mí, pequeña criatura suya para hacer mil pedazos el cristal de roca de tus dudas y pesimismo injustificado? Él es el Dueño. Ni tú ni yo tenemos derecho de pretender encadenar su voluntad, ni preguntar el por qué de sus realizaciones”.

Tomás guardaba silencio, pero en su fuero interno cavilaba intensamente para averiguar quién podía ser aquel personaje que tan al tanto estaba de su vida íntima.

—Estoy creyendo que eres un mago que se entretiene en jugar conmigo —dijo de pronto Tomás, entre risueño y receloso.

—¡Ha llegado tu hora, Tomás, Apóstol de Cristo! —dijo con solemne voz el personaje desconocido.

—¿La hora de morir? Bienvenida sea, que hace tiempo la espero —contestó el Apóstol.

—¡Nada de morir, sino de comenzar a vivir! Mírame bien. ¿Me reconoces?

Y el blanco personaje se acercó a Tomás lo suficiente para tenderle una mano que él tomó entre las suyas.

Miró con fijeza aquel rostro que se acercaba al suyo.

—Pero tú eres una mujer, y muy hermosa en verdad. Pero..., perdona si dudo de tu honestidad, porque una mujer a esta hora y en estas soledades...

—¡Ah, sí..., siempre la duda como el blasón de toda tu vida! Sí, soy una mujer, pero no me trae otro deseo que el de liberarte para siempre del escorpión de la duda, de la fiebre del análisis, de la esterilidad de tu vida sin amor.

“Confiesa que no me reconoces”.

—Lo confieso —contestó el Apóstol.

Apenas lo había dicho, el personaje apareció cubierto de parda túnica y la Madre Adavana se sentó en el césped frente a Tomás.

—¡Erais vos, Madre Adavana! —exclamó espantado— ¡Oh, qué prodigio me hacéis ver! ¿Qué significa todo esto?

—Significa, hijo mío, que ha llegado para ti la hora de que creas lo que tu mente no ha comprendido aún, por cerrarse voluntariamente a la Luz Divina que te ha inundado.

“Mi cuerpo físico duerme en el Monasterio, pero mi alma libre te ha seguido hasta aquí, y mediante el uso de fuerzas vivas que abundan en los laboratorios del Infinito, ha envuelto en materia tangible su propia esencia inmaterial para descorrer así el negro velo que ha hecho de ti el hombre piedra, el hombre muerto que camina por el mundo como un fantasma sin alma.

“¡Toca mis manos!

—Están tibias —dijo Tomás llevándolas a sus labios—. Parecen de carne como las mías. Pero..., ¿cómo puedo creer tal maravilla?

—¡Tomás! La materia nos vuelve ciegos, obtusos, nulos, si no es que la unión con la Divinidad nos ilumina en nuestras tinieblas. —Y apartó sus manos de las de Tomás—.

“Mírame bien. Estoy aquí. ¿Estás convencido de que soy yo?”

—¡Oh sí, Madre Adavana!..., ¿quién sino vos haría esto por mí?

—¿Puede el escarpelo de tu análisis desentrañar este enigma? ¿Puedes continuar dudando de que hay en el universo, infinito número de verdades ocultas a la triste ignorancia de los hombres que creen saberlo todo? ¿No dudarás más?

—¡No, Madre buena!... ¡Madre santa!... Pero permitidme una palabra sola, ¿cómo sabré que este no es vuestro cuerpo sino vuestra alma?

—De la manera más sencilla.

Dijo estas palabras y la Madre Adavana se había desintegrado como si hubiera sido un montoncito de humo que se llevó el viento.

Tomás se cubrió el rostro con ambas manos y lloró silenciosamente. Miraba y tocaba después el sitio en que había estado sentada la dulce aparición. El césped estaba aún aplastado por el peso de aquel cuerpo, que a su propia vista había desaparecido.

La plegaria brotó espontánea de su corazón como un manantial largo tiempo contenido.

—¡Maestro mío!... ¡Cristo Ungido de Dios!... ¡Acabo de descubrir el secreto de tus maravillosos prodigios! ¡Hermanos míos que lo visteis, lo creísteis y lo sentisteis, perdón por la dureza de mi corazón, por la negación de toda mi vida!...

“¡Pequé ante Dios y ante vosotros más que Judas, y no me arrojasteis

de vuestro lado y soportasteis el latigazo de mis dudas, la frialdad de mi indiferencia!...”

Cuando Tomás se sintió calmado tomó el camino hacia la “Santa Estrella”, cuyas puertas se cerraban para los huéspedes poco antes de la media noche.

La estrella vespertina, la rosada Venus le miraba desde el cenit, y a través de la jubilosa alegría que llenaba en absoluto su alma, le pareció a Tomás que la estrella refulgía en ese instante con más viva y radiante claridad.

* * *

Pasó la oración del segundo, del tercero y del cuarto día, realizada en igual forma que el primero. Una paz de cielo en la tierra inundaba el alma de Tomás en tal forma, que sentía la necesidad de compartir los recreos que por las noches tenían los solitarios discípulos de Gaspar, en cuya habitación se reunían todos en torno al sillón del Anciano, que escuchaba con una paciencia paternal los incidentes variadísimos que a cada uno le ocurrieran durante el día.

Unos, referían escenas a veces cómicas y pintorescas entre los chielos desarrapados y prófugos por diversas causas, a los cuales habían recogido en el Refugio de los suburbios de Gundava que era la ciudad más cercana que les quedaba.

—Veo —dijo por fin uno de los solitarios cuyo nombre era Adabo—, que mi aventura es muy original y aventaja a las vuestras.

—Cuéntala y con ella terminaremos la velada —dijo el Anciano Gaspar.

—Acababa de dejar en el Refugio una viejecita que encontré llorando sentada sobre un fardo de ropas, en la fuente de los plátanos, donde los ganaderos descansan las bestias que no han podido vender en el día.

“Había sido traída de los campos a la casa de una hermana suya que vivía en la ciudad. Pero la hermana había muerto de repente la semana anterior, y la infeliz anciana se encontraba sola sin un techo que la cobijara. Al verse ya segura en nuestro Refugio, me dio tantas bendiciones, tanta gratitud y felices augurios que salí de allí inundado de paz y hasta de alegría por el agradecido amor de aquella mujer.

“Soy israelita”, me dijo, “y pido al arcángel Rafael que dio la dicha a Tobías que te la haga encontrar a ti”.

“Y apenas apartado de ella cuando ya comenzaba la penumbra del anochecer, tropiezo con una forma humana vacilante y muy cubierta de un manto oscuro, del cual salían dos manecitas blancas que tocaban las paredes como apoyándose en ellas.

“La intuición me dijo que era una mujer ciega.

“Hermana, le dije, si necesitas quien te guíe, dime lo que quieras, que soy de los solitarios del Patriarca Gaspar, de “La Santa Estrella”. Una voz dulce como una música me contestó:

“—Dios te manda, porque soy ciega y voy en busca de una pobre ancianita sin hogar”. Y me refirió brevemente la historia por la cual comprendí que la viejecita que yo llevé a nuestro Refugio era la que buscaba la joven ciega.

“Volví con ella y ambas mujeres se encontraron. Allí supe que la jovencita era hija de la muerta, hermana de la anciana.

“La joven tendría unos veinticinco años y tenía esa belleza lánguida y suave de las mujeres sirias.

“Su familia era originaria de Ribla, israelita de raza, fieles a la ley de Moisés; había nacido y crecido a las márgenes del río Orontes. A la muerte de su padre, comerciante en sedas, se había visto obligada a ponerse al servicio de un templo de Homero, cuyo anciano sacerdote la había hecho enseñar el arte de la música y formar parte del coro de doncellas que cantaban diariamente los versos del gran poeta de la antigüedad. A la muerte del viejo homérida, la niña había vuelto al lado de la madre viuda y se ganaba la vida dando lecciones de cítara y clavicordio, instrumentos en los que era consumada maestra.

“Por la explosión de un cántaro de azufre cerca de ella había perdido la vista.

“Y ahora, ¿qué haréis?, le pregunté.

“Aún tengo la dote que me dio como herencia el Sacerdote del Templo de Homero y quiero entregarla a mi anciana tía, y buscar mi paz de toda la vida en el Monasterio de la Madre Adavana, adonde he ido algunas veces a acompañar en el órgano sus himnos en los días de solemnidad”.

“Pero tu ceguera no les permitirá recibirte, le dije.

“Allí no hay egoísmo ninguno y sé que me recibirán, sobre todo si el Patriarca Gaspar dice una palabra por mí, me contestó”.

—Y ¿dónde está esa joven? —preguntó el Anciano.

—En la Espera del Recibidor, a nuestra puerta, hasta mañana que se disponga de ella —respondió Adabo—. No quedó en el Refugio, porque ella espera ir esta misma noche al Monasterio, si vos Patriarca le dais una palabra escrita para la Madre Adavana”.

El Apóstol Tomás había escuchado en silencio todo este relato. En los cuatro días de oración en el Monasterio su sensibilidad se había sutilizado en extremo, al igual que sus facultades mentales se habían despertado vivamente. La intuición y la percepción de los pensamientos ajenos cuando tenían relación con él mismo, le revelaban secretos íntimos y sucesos que podían ser realidades en un tiempo cercano.

Y cuando Adabo mencionó a la joven ciega, sin saber porqué recordó la predicción de la Madre Adavana: “Antes del séptimo día el amor habrá regado con sus aguas divinas el estéril y seco huerto de tu corazón”.

Trató de alejar de sí tal pensamiento, pero no lo consiguió. Antes, se fijó en su mente como un grabado a fuego y con tal intensidad que casi le hacia daño. Apenas si oyó la voz de Gaspar que decía al menor de los solitarios: —Haced el favor, llevadme al Recibidor que quiero hablar a esa pobre joven.

Con asombro todos vieron al Apóstol apoyar sus manos en el respaldo del sillón de ruedas, en que el Patriarca pasaba los últimos años de su larga vida para conducirlo a donde deseaba.

Adabo siguió al sillón que se deslizaba pausadamente por el claustro silencioso, invadido ya por la penumbra del anochecer.

En la “Espera”, salita contigua al amplio Recibidor de la Escuela, vieron el oscuro bulto sentado en uno de los ángulos de la estancia.

—El Patriarca viene a ti, hermana —le dijo Adabo acercándose.

El bulto cayó de rodillas sobre la alfombra que cubría el pavimento y dobló la cabeza en reverente actitud.

Adabo encendió el candelabro de siete cirios, y Gaspar levantó el espeso manto que cubría el rostro de la joven.

A la dorada luz de los cirios que llegaba apagada y mortecina al ángulo en que ella estaba, se vio la faz de cera virgen iluminada por unos grandes ojos negros que brillaban de lágrimas contenidas. El dolor supremo de la orfandad reciente y la belleza inefable de una vida pura consagrada a elevados y santos ideales, el amor filial y el culto a la armonía, se reflejaban claramente en aquella dulce y bella fisonomía.

Tomás de pie tras del sillón del Patriarca, se quedó mudo y quieto como una estatua que sólo tiene ojos para mirar.

El Patriarca la hizo levantar y sentarse. No la interrogó porque ya lo sabía todo.

Sacó su libreto y su punzón y preguntó: —¿Cómo es tu nombre?

—Javidia de Ribla para serviros, Patriarca.

—Para servir a Dios y al prójimo, hija mía. ¿Deseas ser una Monja del Monasterio de la Madre Adavana?

—Eso quiero, si me consideráis merecedora de tal favor.

Gaspar escribió brevemente en su notario y arrancando la hoja la puso doblada en la mano de la joven.

—Ya tienes lo que quieres —le dijo—. La Madre Adavana sabe lo que debe hacer contigo. Ella tiene la luz de Dios en su mente, y el amor de Dios en su corazón. Déjate guiar por su palabra que escuchándola harás la voluntad de Dios.

“¿Quién la conducirá al Monasterio..., ahora mismo?”

—Yo —dijo Adabo.

—Y yo —dijo también Tomás

—Bien, iréis ambos con ella y diréis a la buena Madre que es mi regalo de bodas, puesto que mañana cumple cuarenta años de bodas místicas con el Monasterio del Señor Buda”.

Gaspar fue conducido a sus habitaciones y momentos después caminaban los tres por la avenida silenciosa de inmensos pinos, cuyas ramas susurraban suavemente agitadas por el viento.

Al salir de la verja que daba a la senda, encontraron esperando una pequeña litera que sostenían dos corpulentos siervos. Hicieron subir a la joven, y ellos siguieron tras de ella.

La radiante estrella vespertina y la pequeña luna creciente alumbraban amorosamente el camino.

¡Qué complejo mundo de pensamientos revoloteaban como pájaros asustados en el alma del Apóstol de Cristo!

Sin saber por qué, sentía la alarma interior del que tiene ante sí el más extraño acontecimiento de su vida.

Adabo por su parte pensaba en que aquella joven, huérfana, ciega y sola en el mundo, no podía tomar una resolución mejor que cobijarse al amparo de aquel Monasterio, donde tantas mujeres atormentadas por diversas causas habían encontrado su paz y su bienestar.

Y la pobre joven llorando en silencio la inesperada muerte de la madre que la dejaba sola en el mundo, pensaba con una sensación de seguridad y de descanso:

—¡Gracias, Señor Buda, que me libráis así de ese mal hombre que viéndome sola, quería hacer de mi persona y de mi música, un harapo de fango, para ganar dinero sin trabajar!”

Así pensaban nuestros tres personajes, mientras los arcángeles de Dios que encaminan y protegen la evolución de las almas y cooperan al cumplimiento de los designios secretos de la Ley Eterna, sonreían felices ante el triunfo obtenido sobre las corrientes adversas y tenebrosas que buscan la desviación y el extravío de las almas, chispas divinas del Eterno Hacedor.

Y cuando la campana del Monasterio anunció la llegada de gentes del exterior a hora desusada, la Madre Adavana quiso salir ella misma para no molestar a la hermana portera.

Leyó las líneas escritas por el venerado Patriarca y recibió en sus brazos a la joven que seguía llorando silenciosamente.

—Habéis hecho un largo camino y debéis estar fatigados —les dijo—. Entrad y os daré una refección.

Y apartó el velo que cubría a la joven. El más vivo asombro se pintó por un momento en el rostro de la anciana monja, que exclamó:

—¡Oh, hija mía, eres tú la que llega!

—Sí, Madre, y veo que no me esperabas.

—La materia nos hace ciegos, más que tú, querida mía. Esperaba sí, un alma que llegaría llamada por la Ley y por mí, pero ignoraba que esa alma eras tú.

En el austero recibidor, la Madre Adavana les sirvió un jarabe de frutas y bizcochos de harina de maíz, mientras secaba con amor las lágrimas silenciosas de la pobre ciega.

—No llores más, querida, que aquí te espera la paz, el consuelo y la esperanza. Ellos se van y tú te quedas, ¿verdad?, pero no para mucho tiempo.

—¡Oh, sí, Madre mía!... ¡Me quedo para toda la vida!

—Eso lo piensas, pero la Divina Ley que manda en ti y en todos no lo piensa así. Siéntate, hija mía, que tenemos mucho tiempo para ponernos de acuerdo con la Ley. ¿No es así, Tomás?... ¿No es así, Adabo?

—¡Sí! Madre, es así —contestaron ambos.

La monja salió y un hondo silencio reinó en el Recibidor.

La alarma interior de Tomás continuaba cada vez más intensa y tan dominado estaba por ella que no sintió a la Monja que entró de nuevo con una bandeja de madera con un jarrón de cristal, tres escudillas de arcilla y una cestita de bizcochos.

—Bebed apresuradamente y marchaos —dijo a los dos hombres—, porque va a sonar la campana de la medianoche y no debe haber persona alguna del exterior”.

Cuando hubieron bebido el jarabe, la monja puso en manos de Adabo la canastilla de los bizcochos, diciéndoles:

—Les comeréis en el camino en nombre mío. Que el Señor sea con vosotros y os bendiga.

—Gracias por haberme traído a este lugar de mi descanso —murmuró con voz cansada la joven ciega, que sintió a los hombres que se alejaban en silencio seguidos de la Madre Adavana.

—Mañana es el quinto día de nuestra oración contigo, Tomás —dijo la monja.

—Sí, Madre, no lo olvidaré. Hasta mañana.

Los dos hombres se perdieron en la oscuridad del túnel, y la monja de pie en la puertecita de piedra escuchaba la resonancia de sus pasos atenuados por el rumor del cañaveral de bambú como susurro de animadas conversaciones a media voz.

Cuando el ruido lejano de pasos en el túnel se apagó por completo, la austera monja cayó de rodillas con sus manos cruzadas sobre el pecho, mientras sus labios murmuraban con emocionada voz:

—¡Gracias, Señor, por el día que comienza y que será el de la resurrección

de esa alma tuya que hasta hoy vivió sin amor y sin fe, como encerrada en una tumba!”

La gran campana del Monasterio comenzó a tocar sus doce campanadas y la Madre Adavana echaba el cerrojo a la vieja puerta de piedra por donde habían entrado tantas almas muertas, como ella decía, para encontrar allí la resurrección y la vida.

76

RESURRECCIÓN

Cuando al siguiente día llegó Tomás a la oración, fue conducido al Santuario íntimo y secreto llamado: Brahma Samaj, que significa “Morada de Dios”.

En el oscuro panel del frente brillaba una gran estrella de plata de cinco puntas sobre campo de brillante azul, y bajo ella sobre un altar de blanca piedra estaba encendido un gran candelabro de siete cirios.

La Madre Adavana sentada al fondo sobre una tarima alfombrada, se veía rodeada de siete monjas veladas según costumbre, y en el órgano situado en un ángulo apartado y sombrío, resonaba una dulce y suave melodía que a Tomás le recordó su tierra natal, el Santuario del Tabor, el palacio Henadad donde las manos de Stéfanos la habían arrancado del clavicordio mágico que cantaba y lloraba bajo sus dedos de artista de la armonía.

Era la música del salmo 42, reflejo vivo del ansia suprema con que el alma hastiada de las miserias de la vida carnal clama por la Presencia Divina, única que le dará descanso.

“Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por Ti ¡Oh, Dios! ¡El alma mía!

“¡Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo!... ¡Cuándo será que llegaré y apareceré delante de Dios!...”

¡Y aquella música derramaba flores de esperanza en el alma helada del Apóstol de Cristo y parecía encender estrellas en su cielo siempre color de plomo y con silencios de sepulcro!

Aquella música tenía alma que sentía y pensaba al acompañar tan fielmente la letra del sagrado salmo: “Mis lágrimas fueron mi pan de día y de noche; oyendo que todos me dicen: ¿Dónde está tu Dios que no te consuela?” Y el órgano gemía dolorosamente como si fuera un alma humana presa de supremo dolor.

Y al llegar al versículo final:

“¿Por qué te abates, oh, alma mía, y por qué te conturbas en mí? Espera en Dios, que aún tienes que alabarle; es Él mi salvamento y delante de mí

está el único Dios mío”. Aquella música se tornó en un arpeggio triunfal de amor y de fe como si todas las melodías de la creación cantaran unidas el melodioso concierto de la esperanza en Dios.

Sin darse cuenta de lo que hacía, Tomás habíase ido acercando, silencioso como una sombra, al ángulo oscuro en que gemía y cantaba el órgano como un corazón humano cuyas fibras estremecidas por los profundos sentimientos que el sagrado salmo expresaba, quisieran estallar, ora en gritos de angustia pidiendo misericordia, ora en apagados clamores llamando a los cielos y a la tierra, en busca de saciedad para sus anhelos supremos.

Vio que era una mujer velada quien arrancaba del instrumento la melodía mágica, y la intuición ya muy despierta en él, pareció decirle que era la joven ciega que él mismo trajera al Monasterio la noche anterior.

Cediendo a un íntimo impulso, se arrodilló allí mismo mientras un arpeggio final parecía ser el comienzo a la entrada al huerto interior y secreto, donde el alma se encuentra con la Divina Presencia en la hora de la meditación.

La joven organista dobló su frente sobre el teclado y el más profundo silencio reinó en el austero Santuario del Monasterio budista.

Tomás en el mismo sitio en que cayó de rodillas, se sentó sobre la estera del pavimento y apoyó la espalda en el maderamen del órgano, mudo como los seres y las cosas que allí se encontraban, sólo iluminadas por la amarillenta llama de los cirios. En uno de los muros laterales había un estanque con bordes de mármol negro y en cuyas aguas serenas se abrían como copos de nieve, los deliciosos nenúfares tan abundantes y espléndidos en las orillas del Indo.

Las vivas ascuas de un pebetero de cobre consumían los granos de incienso que se habían arrojado en él, y ese suave perfume de las Mezquitas y las Pagodas llenaba el ambiente de místicas ensoñaciones.

¡Todo era pensamiento, todo era vibración, todo era alma sumergida en Dios, en aquellos momentos de suprema entrega a la Divinidad!

El único que aún planeaba a faz de la tierra era Tomás, cuya alarma interior se mantenía latente no obstante la absoluta quietud de su cuerpo físico. Con ojos inquisidores observaba todo, pues presentía que algo estupendo y nunca visto, iba a presentarse como un mentís formidable a su vida de negaciones y de dudas.

Creía firmemente haber merecido castigo y creía también que había llegado para él la hora de recibirlo. La negación de toda su vida le aparecía como un horrendo pecado. Su mal pensar de todo y de todos le roía el corazón como un escorpión venenoso.

¡Cuál no sería su espanto cuando vio que el muro detrás del estanque,

de blanco se volvía de un azul casi negro, y comenzaban a diseñarse en él, pálidas líneas de montañas, de árboles, luego blancas aldeas en las que creyó reconocer panoramas de su tierra natal!

Los diseños en vivos colores parecían acercarse..., Tomás no respiraba casi y sus ojos se abrían más y más. Una vid frondosa a la puerta de una blanca casita donde una anciana tejía en el telar y una adolescente ovillaba una madeja de blanca lana.

Un joven llegó a recoger una prenda de vestir que había encargado. Y en ese joven se reconoció él mismo.

Todo era pobreza y extremado esfuerzo para ganar el sustento en aquel hogar donde una anciana y una niña luchaban con la miseria desesperadamente. Esa adolescente le amaba. Y él, egoísta y desconfiado pensaba: “No es a mí a quien ama sino al dinero de mi padre. Y me ama porque se siente amenazada por el hambre”. Y volvió la espalda y no la vio más hasta cinco años después, que la encontró ambulando por las calles, pidiendo limosna con una criaturita en brazos, tan flaca y escuálida como ella misma.

Y él ricamente vestido le entregaba unas monedas al pasar. “¿Cómo estás así, Zarina?” le preguntaba. Y ella, con esa risa forzada como una mueca de dolor le contestaba:

“Mi abuelita murió y entré en una casa como sierva. De allí salí con este hijito, y pido limosna para los dos...”

El joven horrorizado se alejaba de aquel cuadro que le pintaba tan a lo vivo su propia obra.

Un sudor helado corría por las sienes de Tomás que se estrujaba las manos y se clavaba las uñas en el pecho.

“¡Basta, basta!...” –decía su pensamiento.

¡Pero aquel desfile de sus recuerdos vivos, plasmados en el muro seguían y seguían causándole indecible tortura!

Vio a la joven víctima de su egoísmo y cruda desconfianza morir de consunción anémica. El remordimiento le llevó a pagar para ella una humilde sepultura y entregar al pobre niño, hijo de nadie, a una familia de pastores que le criasen entre las majadas como a un corderito más.

Tomás no pudo soportar más aquel tremendo dolor, y dando un hondo clamor que resonó en el silencio profundo del Santuario cayó inerte sobre la estera del pavimento.

Su grito desgarrador asustó a la joven ciega, que saltó del taburete y se refugió en la Madre Adavana.

El desfile de visiones se cortó súbitamente, y desapareció el azul oscuro del muro, y las aguas del estanque serenas y claras continuaban reflejando los nenúfares blancos, que se deslizaban como copos de nieve sobre la planicie de cristal.

Las siete monjas continuaban inmóviles y la Madre Adavana llevó de la mano a la joven ciega hacia el órgano y haciéndola sentar allí nuevamente le decía:

—Tranquilízate, hija mía, y toca el salmo de la Alabanza porque un alma hermana nuestra ha vencido a las tinieblas y entra en el mundo de la luz y del amor”.

Y las manecitas blancas de la joven ciega se deslizaron temblorosas sobre el teclado y las notas vibrantes del Salmo 148 se desgranaron jubilosas en la silenciosa penumbra de aquel Santuario.

“¡Alabad al Señor en los cielos!... ¡Alabadle en las alturas! ¡Alabadle vosotros todos, ángeles suyos! ¡Alabadle sol y luna, y vosotras lucientes estrellas!”.

Y mientras aquella música de gloria continuaba magnífica, triunfal, la anciana monja se arrodillaba junto al exánime cuerpo de Tomás y le decía:

—Tomás, hijo mío, levántate que hoy te ha visitado la Piedad Divina, y el Eterno Amor llama a tu puerta. Ya no estás muerto sino que has resucitado por la fe, la esperanza y el amor.

Le dio en un hondo hálito parte de su propia vida, y el Apóstol de Cristo abrió los ojos, se incorporó mirando a todas partes y por fin dijo:

—¡Gracias, Maestro mío, que todo acabó como un terrible sueño del que por fin me has despertado a una vida nueva!...

“¡Gracias a vos, Madre buena!... ¡Que el Señor os bendiga y colme con todos los bienes de los cielos infinitos!...

“¡Dejadme ir a la “Santa Estrella” antes que llegue la noche, porque no sé si llegaré con vida al amanecer!”

—Calma, hijo mío. La prueba fue dura para ti, pero era necesaria para despertarte.

“Vete que los ángeles de Dios te acompañan. No temas nada. A la oración de mañana llegarás como un recién nacido a una vida nueva”.

Le acompañó al Recibidor donde le dio a beber un jarabe reconfortante y acompañándole ella misma hasta la puerta le vio partir, seguido por sus bendiciones.

Y Tomás caminaba lentamente y pensaba:

—¡Oh, Maestro, mi Maestro! ¡Es cierto que no me has olvidado!

A la oración del día siguiente acudió Tomás, con el alma como un laúd que vibraba en himnos de gloria. Pareciera que en su jardín interior hubieran tejido sus nidales las alondras y los ruiseñores del Líbano. Todo cantaba, todo florecía.

¿Adónde se había escondido el dolor producido por las ásperas y hasta crueles visiones de la tarde anterior? ¿Quién había curado el espanto acusador de su propia conciencia ante hechos vividos que no podía negar ni olvidar?

Una voz íntima, la de su Yo Superior sintió que le decía con su voz sin ruido: “Te has curado tú mismo reconociendo tus deficiencias morales y espirituales, y aceptando valerosamente las consecuencias que traen consigo todos los actos y pensamientos en discordancia con la Ley Divina.

“Ahora que te has despertado comenzará la expiación impuesta por ti mismo. Tendrás que luchar con la desventaja del que perdió los mejores años de su vida, que está retardado en el camino, y que deberá conquistar con esfuerzo y con dolor lo que antes se le brindó generosamente y lo despreció con dureza y hasta con crueldad”.

Antes de comenzar la meditación, la Madre Adavana hizo que se leyera un pasaje de las “Escrituras del Patriarca Aldis”, aquel que describe el hecho de un joven aspirante a Kobda y que formaba parte del grupo cuya instrucción y formación espiritual estaba a cargo de Abel, tan joven como sus discípulos mismos: Madeo de Gahanna. Había ingresado como espía del joven Maestro al cual debía asesinar en un momento oportuno y sin dejar rastro ni revelar el secreto de quien era el que le había mandado.

El joven Maestro y algunos de los ancianos Kobdas descubrieron el espantoso secreto, y Madeo de espía y presunto asesino, se convirtió en ferviente seguidor y discípulo del Maestro, que no sólo se conolió y perdonó la intención aviesa y criminal sino que conquistó el intenso amor de Madeo.

La lectura hizo irradiar un iris de paz y de esperanza en el espíritu alarmado del Apóstol por la dura acusación de su Yo íntimo.

Sus faltas no le parecieron tan enormes como las de Madeo. Y si para aquel hubo compasión y perdón, ¿no lo habría también para él?

Como si todo respondiera a la íntima situación de su alma, en el órgano resonaron las notas dolientes del Miserere: “Desde el profundo abismo en que me encuentro clamo a Ti, Señor, pidiendo misericordia”.

¡A qué profundas alternativas está sujeta el alma humana mientras camina como un peregrino errante por las oscuras sendas de los valles terrestres, hasta que logra orientarse definitivamente hacia el Ideal Eterno!

¡Ora se sumerge en una languidez mortal en la cual pareciera apagarse lentamente la vida, o ya se levanta con bríos titánicos y sueña con la conquista del mundo para el Ideal que la fascina!

¡Oh, la Psiquis!..., ¡la divina Psiquis de los misterios profundos, de los abismos insondables que aún no han desentrañado en absoluto ni los más audaces psicólogos!

¿Cómo no habría de tener perplejidades Tomás, analítico en sumo grado, que había llegado a la madurez de su vida sin haber encontrado la solución a sus más hondos interrogantes?

Había despreciado el amor en su juventud y ahora lo deseaba con ansia loca.

—¿Es adelante o retraso este anhelo supremo de amor que absorbe y llene por completo mi vida? —se preguntaba a sí mismo—.

“¿Qué había hecho en su vida? ¿A quién había amado, a quién había hecho feliz, de qué ser humano se había condolido en su vida aislada y solitaria, entre compradores y vendedores, absorbido por los cálculos financieros, en seguimiento de su padre, que al bajar al sepulcro le dejó fortuna material y una helada soledad en el alma que en el ocaso de la vida le resultaba como una lenta agonía?”

Una especie de odio sordo de sí mismo comenzaba a invadirle cuando la Madre Adavana se acercó a la organista y le habló breves palabras al oído. La voz de la joven resonó como una plegaria en el silencio profundo del santuario lleno de pensamientos de amor sublime, de entrega absoluta, de suprema adoración. Y las estrofas más vibrantes y emotivas del poema bíblico de los Cantares de Salomón, se deshojó como los pétalos de un rosal misterioso que inundara de perfumes el corazón del Apóstol, que en la hora gris de la vida se despertaba recién de su profundo letargo.

Cuando la oración terminó y salieron del recinto sagrado encontraron a las monjas todas reunidas en la plazoleta del huerto, donde habían dispuesto un dosel todo blanco, bajo el cual se veía una pequeña tarima con un almohadón de púrpura. Sobre él resplandecía una corona de rosas blancas.

Apenas apareció la Madre Adavana, la más anciana de las monjas tomó la corona, otras dos subieron a la Superiora al humilde trono improvisado, y la corona de rosas blancas descansó sobre la anciana cabeza que se inclinó vencida al influjo poderoso del amor que vibraba en torno de ella.

No tuvo palabras de aceptación ni de protesta; pero sus dulces ojos llenos de lágrimas hablaban más alto aún que lo que hubiera hecho su voz.

Se oyó en cambio la palabra de otra anciana monja que decía:

—Adavana, sierva fiel de Dios y de nuestro Señor Buda, han pasado por tu vida cuarenta años de apostolado silencioso del pensamiento y de la oración; y has conquistado para tu frente esa corona de rosas cuyos pétalos incontables te recuerdan las almas que has salvado de los naufragios de la vida. El Bhagavad Nazareno te mandó su Apóstol como regalo en estas bodas místicas, y nuestro Patriarca Gaspar completó la ofrenda enviando a tu lado una tortolilla huérfana y solitaria para que la cures y la sueltes a volar por los jardines del Señor.

“Adavana, sierva de Dios, los cielos y la tierra te bendicen, y tus

hermanas, humildes imitadoras de tu vida te hacen hoy la ofrenda de su adhesión y su amor rogándote las bendigas en nombre del Señor Buda”.

Las monjas en círculo cerrado inclinaron sus cabezas veladas de blanco y la Madre Adavana, llena de profunda emoción, dijo con su voz que lloraba: —“Seáis benditas en el tiempo y en la eternidad, vosotras y todos aquellos que ama vuestro corazón”.

Tomás y Javidia que habían quedado fuera del círculo de las monjas se acercaron después y arrodillándose en la tarima de la monja imploraron también su bendición.

Ella estrechó las dos cabezas a su corazón diciendo:

—Vosotros sois la más grande y hermosa ofrenda recibida en este día porque sois la promesa de salvación para multitudes de almas.

“Id por el mundo los dos que vuestro camino está marcado desde los cielos y lo que el Altísimo marca nadie puede borrarlo”.

—¡Madre!... ¿A dónde iré si soy ciega? —se oyó la voz sollozante de la pobre huérfana.

La anciana monja puso su diestra en la cabeza de la joven y dijo a Tomás: —¿Quieres tú que ella vea tu rostro?

—Lo quiero —contestó Tomás.

La monja puso su mano izquierda sobre los ojos de la joven y dijo al Apóstol:

—Pon tus dos manos sobre la mía.

Tomás obedeció temblando.

—¡Bhagavad de la Palestina, Cristo Ungido de Dios! ¡Que la grandeza de tu poder muestre en esta hora que mi pensamiento es tu pensamiento, que mi fe es tu fe y mi amor nació de tu amor!... —resonó como un clarín victorioso y vibrante la voz de la anciana monja, cuya endeble persona física no parecía ser capaz de tan vigorosa resonancia”.

La evocación fue tan poderosa, reforzada por la fe de todas aquellas santas mujeres, que cuando las manos unidas se apartaron del rostro pálido de Javidia, ésta cayó de rodillas clamando:

—¡Veo, Madre, veo!..., iya no soy ciega!... ¡Madre santa, tu fe me sacó de las tinieblas!”

Tomás estaba petrificado, anonadado en absoluto.

Los ojos iluminados de Javidia posaron tranquilos su mirada en él, que no acertaba a moverse porque todo su pensamiento estaba concentrado en las palabras proféticas que la Madre Adavana le dijera días antes:

“—Antes del séptimo día, las aguas divinas del amor regarán el árido y seco huerto de tu corazón”.

Comprendió que desde el primer encuentro, su corazón había amado a la joven ciega..., pero, ¿le amaría ella?

Ambos estaban frente a frente y las miradas se encontraban.

La Anciana monja parecía no estar en la tierra.

Tomás se acercó a Javidia, y le dijo al tenderle la mano:

—Si puedes concederme unas migajas de amor, he aquí mi mano de amigo y compañero de tu vida solitaria”.

La joven tímida y vacilante rozó apenas con su manita frágil la fuerte mano de Tomás y dijo, con voz temblorosa de emoción:

—Mi corazón no esperaba ya al amor, pero él viene a mi encuentro en la más triste soledad de mi vida. Ciega, no lo habría aceptado, pero el Señor me devuelve la vista acaso para que comparta tu misión de Apóstol de Cristo”.

La Madre Adavana volvía a la vida material y sonreía feliz, poniendo sus viejas manos sobre las de Tomás y Javidia.

—¡Cuán maravillosa es la Ley Divina! —exclamó emocionada—. La antigua casa solariega de mis padres quedó vacía en la pasada luna, por el fallecimiento de mi único hermano que tenía en ella una Escuela de Divino Conocimiento.

“Está en Lahore, bajo la autoridad de un Príncipe budista, que me ha hecho llegar el aviso junto con su deseo de que acuda yo allá para reemplazar a mi hermano.

“Pero yo a mis años, muy poco podré hacer. He pedido al Señor, solución a este problema y Él, que todo lo sabe y lo ve, me da la solución en vosotros. ¿Iréis, hijos míos, en reemplazo de la vieja Madre Adavana, a sembrar el amor y la fe en aquel fértil campo que el Señor nos concede?”

Tomás y Javidia se miraron como interrogándose uno al otro.

—Si vos nos creéis capaces de ocupar vuestro lugar en aquel puesto, iremos —contestó Tomás muy decidido.

—Yo haré lo que la Madre y tú creáis más conveniente —añadió la joven.

Y de esto resultó que tres semanas después partían para la ciudad de Lahore, Tomás, Javidia con su tía, que poco antes en su desamparo fuera alojada en el Refugio de Gundava, y tres de los más jóvenes solitarios de la “Santa Estrella” que dirigía el anciano Gaspar.

Iba Tomás en calidad de Superior del Santuario establecido en Lahore, que la Madre Adavana bautizó ese día con el nombre de “La Santa Cruz”, hermano gemelo de “La Santa Estrella”, decía ella, y añadía aún: —Y siempre bajo la dirección espiritual de nuestro Patriarca Gaspar”.

Allí comenzó por fin el Apóstol Tomás la misión aceptada trece años antes cuando el Divino Maestro le dijo una noche tibia y serena a orillas del Mar de Galilea “*¡Ya es la hora!*”.

Catorce años había tardado su pobre alma en ponerse a tono en la fe y en el amor con el alma excelsa del Cristo, su Maestro.

—Razón tuvo en decirme que tardé en llegar —se decía Tomás a sí mismo—, ipues fui el último que llegó hasta Él!

“¡Mis compañeros estarán ya cosechando en sus campos sembrados y yo aún no comencé la siembra!”

Y cuando así se entregaba él a reconocer con infinita amargura sus nulidades y deficiencias, allí estaba la voz dulce de Javidia y su palabra suave y discreta, que le decía:

—Pensemos más en el presente que en el pasado. Cuando un viajero encuentra el verdadero camino se echa a andar por él sin detenerse a pensar en los días que tardó en encontrarle”.

Fue pues la ciudad de Lahore, la gran puerta de entrada a la India para el Apóstol Tomás, cuando habían pasado catorce años de la muerte de su Maestro.

La Ley Divina que acompaña y guía a los servidores de Dios, llevó a Tomás a la Escuela de Gaspar, que de la austera y abstracta mística budista había tendido un puente de cristal hacia las divinas ternuras del Mesías Nazareno. Y a Tomás le ocurrió lo propio, pues aprendió a creer y a amar, a la intensa claridad producida por los grandes trabajos mentales en las concentraciones profundas de las silenciosas monjas de un Monasterio budista, consagrado a la adoración de Dios y al bien de sus semejantes.

Durante veintinueve años evangelizó Tomás, ciudades y aldeas de la India Occidental, hasta que acontecimientos no provocados ni buscados por él, le atrajeron la enemistad del Príncipe soberano de Kalamina, que antes le había protegido por atención a recomendaciones del Patriarca Gaspar pariente suyo.

A los seis años de salir Tomás de “La Santa Estrella”, murió el anciano Gaspar, y Tomás continuó su apostolado con treinta y tres discípulos que repartió en Lahore, Kalamina y Meliapur, ciudades importantes en aquella época. La “Santa Cruz, “La Santa Estrella” y “La Santa Fe” fueron las tres Escuelas fundadas por el Apóstol Tomás en la comarca fertilizada por el gran río Indo o sea la India Occidental.

En Kalamina se desarrolló una terrible epidemia que causaba innumerables muertes.

El Príncipe soberano envió un mensaje a Tomás con mandato terminante de hacer cesar la horrible peste. El Apóstol y todos sus adeptos hicieron rogativas con tal fin, y la peste seguía con alarmantes proporciones. El Príncipe tomó prisioneros a Tomás y sus más íntimos adeptos. En sueños tuvo la visión de su pariente el Patriarca Gaspar que le decía: “Si continúas persiguiendo al Apóstol del Mesías Nazareno, la Ley Divina no protegerá la vida de tus hijos”.

Pero él no podía humillarse ante el Apóstol que encerrado en su prisión, padecía el hambre y la sed.

Y cuando en la mansión real cayó la primera víctima, una de las esposas y luego uno de sus hijos, el Príncipe lleno de furor mandó quitar la vida a Tomás que murió atravesado por una lanza en la cárcel de la ciudad de Meliapur.

Sus discípulos le sepultaron en el subsuelo del Oratorio de su Escuela “La Santa Fe” donde muchos años después fueron encontrados sus restos por el Rey Juan III de Portugal (reencarnación del mismo Apóstol Tomás). Su madre, fundadora del Monasterio de “La Santa Fe” en Lisboa, bajo la protección del Apóstol Tomás, tuvo el aviso espiritual del sitio en que yacían los restos del Apóstol y sus escritos; y el Rey, su hijo, hizo aquel viaje buscando la comprobación pues dudaba de las visiones de su madre.

Ni aún el tiempo que todo lo destruye y transforma había extinguido por completo la duda en Tomás de Tolemaida.

Javidia le secundó eficazmente en su apostolado, organizando agrupaciones de mujeres consagradas a la oración, al trabajo manual y la atención de ancianos sin protección y sin familia, de niños huérfanos y de enfermos infecciosos arrojados de las ciudades. Al abrazar plenamente la doctrina del Mesías Nazareno, cambió su nombre por el de Cristina de Gundava.

Y fue en el Oratorio de su Escuela-Asilo “La Santa Fe” en Meliapur, donde recibió y guardó el cadáver del Apóstol Tomás, a quien ella llamaba con profundo respeto: “El hombre de Dios”.

77

EL APÓSTOL ANDRÉS DE TIBERÍADES

Andrés, hermano de Pedro, que esperaba siempre que su hermano tomara primero el pan y le diera la mitad, se independizó de pronto de esta tutela buscada por él mismo como una garantía de la justicia de sus actos. Su aparente debilidad se transformó en una serenidad reflexiva y fuerte a la vez.

Y él aseguraba haberse corregido en la meditación a la cual consagraba casi todas sus horas de descanso y parte de su sueño.

De la oración extraía el valor y la fuerza necesarios para realizar los trabajos que voluntariamente había aceptado, sin pedir apoyo ni ayuda a ninguno de sus hermanos.

Y hasta trataba de evitar el encontrarse con su hermano Pedro para no caer en la tentación –decía él–, de pedirle ayuda, consejo, amparo.

De este gran esfuerzo por bastarse a sí mismo combatiendo su natural tendencia a apoyarse siempre en otro, nació en Andrés el hábito de la soledad, el amor al silencio y al íntimo trato con el Divino Maestro, a quien hizo el único confidente de sus luchas y de sus triunfos.

La vida de este Apóstol del Cristo fue la de un ermitaño que sólo abandonaba su retiro para atender enfermos, dar sepultura a los infelices ajusticiados arrojados a los muladares o dejados por días suspendidos de sus cadalsos. Durante los diez primeros años desde la muerte del Maestro, tal fue su programa de vida en distintas poblaciones de la Palestina, de las cuales elegía las más humildes y retiradas. En todo ese tiempo, nunca se creyó capaz de realizar nada en una ciudad importante.

Su natural timidez le dominaba aún, y comprendía muy bien que no todas las almas están capacitadas para dar de repente un gran salto sobre el vacío.

Profundamente humilde, fue Andrés el viajero que va subiendo la penosa cuesta de la evolución paso a paso, sin adelantar uno más hasta tener la plena seguridad de que es firme el saliente de roca sobre la cual apoya sus pies.

Nunca se creyó capaz de nada por sí solo y en sus legajos de apuntes íntimos, se encuentra con frecuencia, plegarias o súplicas como ésta: “¡Maestro, Señor mío! ¡Tú sabes que no soy capaz de nada y sabes también mi deseo de hacer algo por tu obra de redención humana encomendada a tus Doce!

“¡Enciende tu luz en mi mente y tiéndeme por piedad tu mano adorable que me lleve a donde Tú quieras, Señor!... Me separo de todos para aprender a caminar solo. ¡Pero no me pidas, Señor, que me aparte de Ti, porque entonces tendrías que borrarne del libro de tus escogidos!...”

Y cuando a costa de frecuente oración para estudio de sí mismo y de grandes esfuerzos, llegó a la convicción de que había adquirido la capacidad de caminar solo como él decía.

Acompañó a Pedro en su viaje a Antioquía.

De allí se dirigió por mar a Iso, último puerto de Siria donde se detuvo varios meses. Le costaba enorme sacrificio dejar para siempre la tierra natal. Sentado al atardecer sobre el áspero acantilado de la costa, en el profundo golfo de Iso, contemplaba con honda tristeza la costa brava de Cilicia, que se levantaba al frente como un negro murallón azotado por las mismas olas bravías que salpicaban de espuma sus pies.

Volvía su mirada atrás, y veía en la lejanía del horizonte la línea azul accidentada de los más altos picos de la cordillera del Líbano, el Monte Sulpio y el Casio, últimas imágenes que le recordaban el suelo nativo donde quedaban como encerrados en un cofre sus amores todos, sus amistades más nobles, sus recuerdos imborrables. Después de esos

montes, allá en las dulces vegas galileas estaba Myriam, la santa Madre del Maestro, estaban los amigos, los familiares, estaba el Mar de Galilea, con sus barquichuelos a vela como bordados de blanco sobre el diáfano azul, que se teñía de oro y púrpura por las tardes a la caída del sol...

Tan vivos eran sus recuerdos que hasta creyó oír la voz melodiosa de Boanerges el adolescente poeta del Castillo de Mágdalo, que cantaba en la proa del velero blanco y azul, al compás de su lira incomparable:

*“Lentamente va muriendo
La luz del atardecer
Como si un mago invisible
La quisiera destejer.
Es hora en que el pensamiento
Teje guirnaldas de amor
Y los recuerdos profundos
Toman formas de visión”.*

* * *

En la ciudad de Iso estaba recomendado por Simónides a un rico comerciante en sedas, tapices y aromas de Arabia que periódicamente realizaba viajes al Norte llevando sus valiosas mercancías.

Y le anuncia que partiría en esa luna, y el recorrido era a Dana, a Mazaca, Cereaxone y el puerto de Trapezonte sobre el Ponto Euxino (Mar Negro).

Andrés vacilaba. Más de pronto acudió a su mente el momento solemne en que el Divino Maestro le asoció a su obra y una fuerte conmoción interior le estremeció todo y llenó de llanto sus ojos. Y cuando iba a volverse hacia un lado para que el comerciante no se apercebiera de su emoción, vio de pie ante él a su glorificado Maestro que resplandecía como un sol naciente en la penumbra de la noche que llegaba.

—*“¡No vaciles ni temas, Andrés, amigo mío de siglos!”* —díjole la dulce visión—. *“Yo quiero que vayas a los países del Norte donde aliados míos de otras edades esperan la buena Nueva que tú eres el encargado de llevarles. Allí encontrarás las huellas de otro pasaje mío y darás con ello firmeza de roca a nuestras Escrituras que nos legaron los Kobdas prehistóricos”.*

Andrés había caído de hinojos abrazando el vacío porque la aparición era intangible y era sólo una voz que hablaba a sus sentidos.

—*¡Iré, Maestro, iré a los confines del mundo porque Tú lo quieres y lo mandas!* —había exclamado Andrés, con asombro del comerciante

que nada oía ni veía, no pudiendo explicarse la exclamación de su huésped.

Como una ráfaga le pasó por la mente la idea de si se habría vuelto loco. Pero enseguida recordó la recomendación de Simónides: “Es uno de los Doce elegidos por el Mesías nacido en Israel, y cuanto hagáis por él, lo hacéis por el Ungido de Dios y por la causa de la Justicia y la Paz sobre la tierra”.

—Deben andar aquí misterios de otro mundo —dijo el comerciante para sí mismo, y alzando la voz dijo al Apóstol:

“Si gustáis venir en mi compañía, partimos mañana al anochecer que pasa por aquí la Caravana del Ponto Euxino”.

Y así fue como el Apóstol Andrés dio valerosamente el gran salto sobre el abismo, que la Eterna Ley exige ordinariamente a todos aquellos que pactaron colaboración con alguna de las Inteligencias Guías de la Evolución humana.

¡Qué completo olvido de sí mismos en su gran renunciamento debieron hacer todos aquellos amigos íntimos de Yhasua, el Mesías Nazareno, como le llamaron en aquella primera época del Cristianismo!

Querían abarcar el mundo en tiempos en que los medios de transporte eran, no sólo difíciles y penosos en extremo sino excesivamente lentos y llenos de peligros.

Las caravanas eran asaltadas con frecuencia por piratas que interesados en las mercancías transportadas, no respetaban vidas ni haciendas.

Los vientos en los desiertos eran traidores y antojadizos, y arrastraban oleadas poderosas de arenas que sepultaban hombres y bestias.

Y para el Apóstol Andrés, la visión pavorosa de las nieves eternas que para los del Mediodía era como un sudario de la muerte, debió significar la aceptación de una próxima sepultura entre los hielos del Norte.

Pero ninguno retrocedió ante la incógnita de un porvenir inseguro, incierto, perdido en las lejanías de un horizonte nebuloso y sombrío.

¡Oh, prodigios de la Fe y del Amor!, cabe exclamar ante el arrojo temerario de que dieron prueba los seguidores del Divino Visionario, sobre todo aquellos que más se alejaron del tibio calor del suelo nativo.

Entre estos podemos contar a Andrés, el antes tímido Andrés que en menos de un año de su última decisión llegó desde el acantilado del Golfo de Iso hasta el puerto de Trapezonte sobre el Ponto Euxino, punto terminal de las caravanas del Medio Oriente hacia los países del Norte.

Al llegar a lo más fragoso del Monte Taques oscurecía la tarde con las sombras primeras del anochecer, por lo cual todos resolvieron esperar la luz del día siguiente para internarse en los ásperos laberintos de aquella montaña del país de los Calibes.

Y esa noche, alrededor de las hogueras que iluminaban las tiendas levantadas para cobijarse, algunos viajeros comenzaron a desgranar como cuentas de un collar negro, espeluznantes relatos propios de la escasa civilización de aquella raza tenida por una de las más atrasadas y supersticiosas de aquella época.

El comerciante compañero de Andrés, y sus dos criados habían abierto su tienda en el vértice de un ángulo formado por la irregular conformación de la montaña, en tal forma que quedaban protegidos por tres lados, y sólo libre la parte en que se abría la puertecita de entrada, fortalecida por flexibles varillas de cobre.

Andrés miraba en silencio las extremas precauciones que el comerciante y sus criados tomaban para pasar la noche y en su mente se deslizaba como un hilo de agua fresca este pensamiento:

“—¡Señor!... ¡Maestro mío! ¡No quisiera morir cuando apenas he dado el primer paso hacia el cumplimiento de mis promesas para contigo, porque nada tendré para llevarte como ofrenda cuando me presente a las puertas de tu Reino!

“¡Pero no se haga mi voluntad, Señor, sino la tuya, ahora y durante toda mi vida!”

Y cuando los relatos de los narradores llegaban a las más horribles tragedias, Andrés olvidó por completo su timidez, olvidó que no era más que un simple viajero sin autoridad ninguna para impedir que continuaran las espeluznantes historietas que helaban la sangre de los menos valientes. Y con afable voz habló así:

—Hermanos viajeros, yo vengo de un pedazo de tierra donde hace pocos años vivió un hombre extraordinario que llamaban el Profeta Nazareno, para el cual no hubo tragedia humana ni dolor alguno que resistiera al poder de su palabra llena de amor, de consuelo y de esperanza para todos los que cruzaban por su camino. Y este hombre que sus adeptos y amigos vemos como un halo de Divinidad enseñaba una sola Ley: “Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo”.

“Y sostenía este principio: “La Ley Divina protege y salva al que camina por Ella”.

“Yo creo hermanos viajeros que en vez de levantar esta noche una atmósfera de espanto y de terror en medio de estos fragosos peñascos llenos de oscuridades y de extraños rumores, sería más favorable a la tranquilidad de todos, el relato de hechos producidos por el buen pensamiento y la confianza en la Justicia y Bondad de esa Fuerza Suprema que gobierna el Universo y que llamamos Dios.

—¡Sí, sí!..., claro que sí, —se oyó el vocerío de casi todos los viajeros que sentían más vivamente el miedo y el espanto, hasta el punto que no

acertaban a preparar la frugal comida mientras las hogueras se consumían inútilmente.

—En estos mismos parajes —continuó diciendo Andrés—, y muchos años atrás se realizaron hechos que la tradición oral y escrita han conservado.

Y Andrés con una elocuencia emotiva en extremo y que él mismo se desconocía, comenzó y terminó el relato-poema intenso de amor y de fe de la Matriarca Walkiria y Abel, que tanto había leído y releído en las “Escrituras del Patriarca Aldis”, de las que circulaban varias copias en su tierra natal y países vecinos desde las orillas del Nilo hasta las praderas del Éufrates.

El triunfo de los justos y la ruina final de los traidores y criminales, estaban allí pintados tan vivamente, que los viajeros animados de intenciones rectas, celebraron con entusiasmo los relatos del Apóstol. La tranquilidad y la alegría se establecieron de inmediato, y Andrés se vio apremiado por muchos a compartir con ellos la cena de esa noche.

Pero tanto el comerciante como Andrés mismo comprendieron que los relatos últimos no habían complacido a un grupo de viajeros compuesto de tres hombres jóvenes y dos de edad madura.

Ellos habían pintado en sus relatos a los calibes del país en que se hallaban, como piratas y antropófagos que asaltaban las caravanas para despojar y devorar a los viajeros.

Y el relato de Andrés había terminado con estas palabras:

—Estamos pisando la tierra que holló con sus plantas el Ungido de Dios en aquella hora, Abel; tierras que pertenecieron a los dominios de la Matriarca Walkiria y que al decir de algunos viajeros posteriores a esa época, aún conservan vestigios de la elevada moral que ella enseñó a sus pueblos impulsada por el Hombre-Luz.

“Malos y buenos habrá aquí como en todas partes, pero si nuestro pensamiento y nuestras obras son rectas y justas, los ángeles del Señor espantarán lejos de nuestro campamento a todo el que abrigue malas intenciones para con nosotros.

Y antes de entrar a su tienda, el Apóstol despidiéndose de todos, les dijo con afable y amorosa voz:

—Hermanos viajeros, pensemos todos juntos que la Bondad Divina proteja nuestra debilidad y desamparo en medio de este escabroso monte. Hasta mañana”.

Las hogueras se apagaron y el silencio más completo reinó en el pequeño campamento de viajeros. Los camellos, mulos y asnos masticaban sus últimas raciones en torno a las cerradas tiendas y una pálida luna menguante se deslizaba como una góndola de plata en el infinito mar azul de los cielos.

Pero Andrés no podía conciliar el sueño. ¿Sería excitación por el entusiasmo mismo de su largo y emotivo relato? ¿Sería la vibración del choque producido de su relato tranquilizador y optimista, con las horrendas tragedias referidas antes? No podía precisarlo ni explicárselo a sí mismo.

De pronto escuchó un sordo rumor de voces, que, aunque airadas, se esforzaban en mantenerlas a bajo tono. Y se levantó para escuchar mejor. El rumor venía de la tienda más lejana, que era la del grupo aquel que pareció no gustar los relatos de Andrés, que pudo comprobarlo observando por la pequeña mirilla, especie de ojo de buey abierto en la parte superior de la puertecita de entrada envarillada con cintas de cobre.

Luego sintió golpes recios y respiraciones agitadas como en una reñida lucha entre personas igualmente fuertes y encolerizadas. Ya no tuvo duda. Aquel grupo de viajeros reñían ferozmente.

Vacilaba entre acudir o no, cuando vio que salían dos de ellos, cargaban rápidamente sus bestias y volvían marcha atrás por el mismo camino que habían hecho el día antes.

En el silencio absoluto de la noche comenzó a escuchar gemidos lastimeros y por fin clamores que pedían auxilio.

Entonces ya no dudó. Despertó al comerciante y a los criados y se lanzaron los cuatro hacia la tienda aquella.

El cuadro que se les presentó era espantoso. Uno de los tres viajeros jóvenes aparecía como muerto por un golpe feroz asestado a la cabeza, y los otros dos muy mal heridos se quejaban dolorosamente y perdían sangre.

La alarma se extendió en el campamento y de las tiendas más inmediatas acudieron a la novedad.

Andrés con su larga práctica adquirida en los años de convivencia con su Maestro comprendió que debía obrar como Él lo hacía en tales casos. Y evocando las fuerzas benéficas de la Divina Potencia por intermedio del Cristo glorificado, se arrodilló entre los tres jóvenes heridos y aplicó sus manos a las heridas sangrantes.

La hemorragia se contuvo al poco rato y los gemidos se acallaron. El accidentado respiraba con dificultad. Andrés lloraba sobre ellos porque su fina sensibilidad percibía claramente la presencia espiritual de su Maestro y Señor que le decía a lo hondo del alma:

“Andrés, amigo mío; has aprendido por fin a no esperar ni pedir ayuda sino a Dios Omnipotente que responde con infinito amor a quien con fe y amor se lo pide, y en su Nombre te digo: que esos tres seres son salvos y serán las primeras piedras de tu Escuela de Divina Sabiduría”.

Al siguiente día todo el campamento conocía la tragedia, pues los tres muchachos sobrevivientes relataron cuanto sabían. Contratados por los dos hombres mayores para ese viaje, ignoraban que eran ladrones, fingidos viajeros para entregar la caravana a una banda de piratas que en una encrucijada del camino hacia Trapezonte esperaba con armas y carros en que amarrarían los viajeros para venderlos como esclavos en Escitia, que en la Transcaucásica conservaban aún la antigua fortaleza-escuela de magos negros con que lucharon los Kobdas de la prehistoria, y que tantos estragos causaron en la noble dinastía de Lugal Marada y de sus numerosos pueblos, hasta que su gloriosa descendiente la joven Matriarca Walkiria se encontró con Abel el Hombre-Luz, que la llevó al camino de los renunciamientos heroicos y de los amores sublimes como medio de obtener la paz y felicidad de los pueblos.

Andrés se encargó de inmediato de los tres jóvenes que había salvado de la muerte, y cinco días después llegaban a Trapezonte donde el comerciante amigo estaba muy relacionado.

Místico y meditativo por naturaleza, el Apóstol se abismó en la contemplación de aquel mar de olas de plata y azul que su Maestro, en otra vida lejana había surcado a bordo del Ánade blanco que piloteaba la Matriarca Walkiria. ¡Cómo revivía en su mente con vivos coloridos el cuadro magnífico relatado por las Escrituras prehistóricas que tantas veces les había leído el Maestro a la luz de los cirios en la casita de Nazareth, en el palacio Henadad o en la barca de Pedro sobre el Mar de Galilea, aquel poema sublime de Abel y Walkiria entre las nieves eternas se levantaba como un diseño mago en el alma de Andrés, que se imaginaba verlo vivir de nuevo en los espejismos de movable luz sobre las olas, ora mansas o bravías del Ponto Euxino.

Le acompañaban los tres muchachos en sus excursiones a la orilla del mar, y cuidaban ellos de no interrumpir las meditaciones del Maestro.

Debido a las relaciones del comerciante cuyo nombre era Alano de Iso, pronto encontró Andrés la modesta vivienda que necesitaba. Y la encontró tal y como la deseaba, enclavada en una estribación de la montaña, más allá del último caserío de Trapezonte hacia Oriente. A una altura de ochenta pies sobre el nivel del mar, podía contemplarlo a su sabor desde la pequeña terraza de su humilde morada.

Aunque Andrés sabía que podía contar con la generosa ayuda del Príncipe Judá y de su Administrador General Simónides, organizó con sus tres discípulos la forma de vida que llevarían en adelante bastándose a sí mismos.

Liberio de Tarso, el mayor, era grabador en piedra y en bronce. Los otros dos, Nemesio de Iconio y Selvio de Dana eran de oficio carpinteros. Y Andrés era un habilísimo tejedor de redes de pescar.

—Con el poder soberano del trabajo honrado, y con la fuerza y salud que el Padre Celestial nos ha dado —deciales el Apóstol—, ¿cómo podemos temer a la vida?”

Y con el último bolsillo de oro romano que Simónides le había enviado, se proveyeron de todos los útiles necesarios tanto para su comodidad en la pequeña vivienda, como para iniciar de inmediato la vida de trabajadores en sus respectivos oficios.

—Todo está dispuesto, Maestro —le decía Liberio—. Sólo falta que venga el trabajo, pues la voluntad y las manos están prontas.

Y el humilde Andrés que no descansando ya en las criaturas sino sólo en Dios, le contestaba con las palabras del Maestro:

—Busquemos primero el Reino de Dios y su justicia, que todo lo demás se nos dará por añadidura.

—Y, ¿dónde está ese Reino de Dios? —preguntó uno.

—Y si tenemos que seguir viaje a ese Reino, ¿para qué hemos adquirido y amueblado esta vivienda? —preguntaba otro.

—Y, ¿qué haremos de los dos renos con crías que nos dan tan buena leche? —preguntaba el tercero.

Andrés les escuchaba en silencio hasta que terminados los interrogantes hablaba suavemente.

—El Reino de Dios está en todos los parajes de la tierra donde hay almas capaces de comprenderlo y de sentirlo.

“Nosotros mismos, pequeños insectos perdidos en este laberinto de montañas, cuando instalamos con tanto esfuerzo nuestro taller de trabajo para ganar honradamente el sustento de nuestras vidas, hemos creado un minúsculo Reino de Dios donde será amado y obedecido en su Ley soberana y Eterna, y Ella a su vez será nuestra generosa y perpetua proveedora”.

Los tres muchachos que apenas pasaban los veinte años le miraban con asombro, lo cual hizo comprender al Apóstol que no entendían el sentido de sus palabras.

—Sé que confiáis en mí —les dijo—, y porque lo sé os digo:

“Antes que esta luna que nos alumbra llegue a su último menguante, veréis hecho realidad, todo cuanto os estoy diciendo”.

Y sin más explicaciones se pusieron cada cual a preparar los elementos de su trabajo.

Andrés ensayó su primera red en la pequeñita playa entre peñas que quedaba a pocos pasos de su cabaña.

—¡Maestro!... Decíme, os ruego, como a Pedro, en qué sitio debo soltar mi red en este mar que me es desconocido —exclamó el Apóstol de pie a la orilla del mar, teñida de oro y púrpura por los resplandores postreros del crepúsculo del ocaso.

Miró al mar y en él vio como grandes lenguas de plata correteando en las cristalinas aguas que lamían la arena de la playa.

Con su pura sencillez de galileo, vio en los pececillos que bogaban casi a sus pies la respuesta de su Maestro, y sin vacilar tiró al agua su red, amarrando las dos cuerdas en los gruesos abedules que sobresalían entre los peñascos de la costa. Y tranquilo volvió a su cabaña donde sus muchachos le esperaban con el blanco mantel en la mesa y la frugal comida lista para servir. El Apóstol había implantado el mismo orden de vida que hizo en la Palestina, en los años que vivió al lado de su Maestro.

Antes de salir de la tierra natal se había provisto de copias de los viejos manuscritos que el Apóstol Zebeo recibió en herencia del Príncipe Melchor y de Filón de Alejandría, y que fueron llevados a la Judea por los visitantes que durante meses le acompañaran en su “Aldea de los Esclavos”, en el lago Merik. Y Andrés leyó esa noche aquel escrito de Filón titulado: *“El heredero de las grandezas divinas”*.

Su recinto de oración era su propia alcoba, la más pequeña de las dos únicas que tenía la casita de piedra. La mayor era el dormitorio de sus tres discípulos, mientras que la gran cocina excavada en la montaña era a la vez hogar y taller de trabajos manuales.

Pronto corrió la noticia entre los pescadores y pastores de la costa del mar que aquel buen extranjero curaba las enfermedades con su mirada y su palabra, porque hubo casos en que andando el Apóstol por las inmediaciones de su choza recogiendo moras de los árboles cargados de frutas, se encontró con algunos accidentados, o semiahogados que acababan de salvar de las aguas.

Y su oportuno auxilio le había hecho reconocer como terapeuta, hasta el punto de que le dieron el nombre de “el médico extranjero”, sin que él hubiera dicho una palabra sobre la ciencia de curar los males físicos de los seres humanos.

Y Andrés conmovido en extremo, repetía siempre:

—El Maestro me lleva por su mismo camino sin pensar que yo no llego con mi cabeza a donde Él ponía sus pies. Pero sea hecha su voluntad y no la mía”.

LA HUELLA EN LA NIEVE

La Ley Divina, madre amorosa de los que caminan por Ella, desbordó sus aguas benéficas sobre el Apóstol y sus discípulos, en tal forma que su taller de trabajos manuales pronto se vio sobrecargado de encargos y pedidos no sólo de Trapezonte, sino aún de Cetiora, de Cereaxone, de Gimnias y hasta de bocas del Cherul que corría caudaloso al pie de la cordillera Teques.

Pero más que la perfección de los trabajos encargados, atraía a las gentes de aquellas comarcas ese algo incomprensible para ellos que encontraban en aquel extranjero de dulces modales, de tan suave trato, que no tardó en ser el confidente obligado de todas las tristezas, dificultades y tragedias de las vidas humanas que se desarrollaban agitadas o mansas en las orillas del Ponto Euxino.

Y fue así que llegaron ancianos desamparados, mujeres enloquecidas de espanto por la ferocidad de un marido, de un amo; niños que fueron abandonados por diversas tragedias humanas.

¿Qué haría Andrés con su pequeña casa de piedra para tantos huéspedes que su vida de amor le atraía como hormigas a la miel?

¡Oh!... ¿Por qué daría él tanto amor a los náufragos de la vida si no tenía un techo para cobijarles?

Y el crudo invierno del norte se acercaba; y la nieve empezaba a blanquear en los tejados y en las montañas y el agua de los arroyuelos se tornaba escarcha y los pájaros huían a los climas tibios, de alegría y de sol.

Recogió sus tres discípulos en su propia alcoba, dejando el Taller-cocina y comedor para albergue de los que no tenían ni un hueco entre las peñas para cobijarse de la intemperie.

Sin un designio determinado se encaminó por la orilla del mar hacia el oriente por la carretera que conducía a Cólquida, meditando en lo extraño de su situación que no sabía como solucionar.

—¡Maestro! —clamaba—. Me mandáis tantos hijos y no tengo techo para cobijarles.

“Aquí es más dura la vida que en nuestra dulce Galilea, y los corazones son también duros como estas rocas y estas montañas.

“¡Aquí no está Simónides, ni la “Santa Alianza”, ni el Príncipe Judá, ni estás Tú, Maestro mío, que hacías brotar trigo y pan de las piedras!”

Una suave dulzura le envolvió de pronto y en su alma dolorida por el dolor de sus semejantes le hizo oír estas palabras: “*Estoy a tu lado,*

Andrés, para decirte: sigue andando por la orilla del mar y encontrarás la solución a todo cuanto aflige tu corazón”.

El Apóstol cayó de rodillas en un espontáneo acto de adoración a esa voz, a ese algo divino e invisible que se le hacía sentir en su hora de incertidumbre y de angustia.

Una poderosa ola de energía le decidió de pronto y continuó su marcha hacia oriente. El sol del mediodía derretía la nieve de los caminos y un aire tibio le acariciaba la frente.

En un vallecito de suave verdor vio unos renos con crías que pastaban tranquilamente.

Pensó que debían pertenecer a una cabaña cercana y se acercó a ellas que huyeron por los vericuetos de la montaña que circundaba el valle.

Al tropel que ellas hicieron, salió un Anciano de larga túnica azul que hacía contraste con la blancura de su cabello y de su barba.

—Yo no espanté tus renos, buen hombre —le dijo Andrés—, pero ellas huyeron de mí. ¿Hay población por estos lugares?

—¿Tan extranjero eres que no lo sabes? —contestó el Anciano.

—Soy de Siria y no hace mucho que habito aquí.

—Hay un villorrio más al oriente, pero dista mucho y no creo que llegues antes del anochecer. Si quieres venir a mi cabaña, te la ofrezco de buena voluntad”.

Andrés recordó la voz que le habló en el camino y unió ese recuerdo a la dulce voz del anciano y a la bondadosa mirada que lo envolvía de suavidad y de ternura.

—Descansaré unos momentos y tornaré a mi cabaña en los suburbios de Trapezonte —contestó el Apóstol.

—Los hombres de los hielos —dijo el Anciano—, sólo tenemos para obsequiar a los viajeros la clásica moruca, que es para nosotros como vuestro moscatel extraído de vuestras viñas.

—¡La moruca! —exclamó Andrés con una infantil alegría—. ¡Oh, la moruca!”

El Anciano que vaciaba el oscuro jarabe de un cantarillo en un tazón se quedó mirándole.

—Pareciera que estás familiarizado con nuestro licor de invierno —le dijo—. ¿Lo conocías acaso?”

Andrés miró a lo lejos sobre las oscuras olas del mar que golpeaban las rocas de la costa y la memoria, amiga fiel de todo amante de los recuerdos, le pintó a lo vivo pasajes de la estadía de Abel en aquellas comarcas de los hielos eternos y de la moruca calentada en la hoguera y servida en jarrones de plata los ricos, y en escudillas de barro los jornaleros y los labriegos.

—Soy de una Escuela religiosa que venera los recuerdos, y poseemos

escrituras de hermanos nuestros del pasado lejano que vinieron a estos parajes y sembraron aquí la semilla de su doctrina.

—¿Acaso tu Escuela tiene algo de común con las Manh-Bluas de la diosa Walkiria, hija de Apolón y de Northia la que multiplica las espigas?

—Creo que sí —contestó el Apóstol casi temiendo de haber comenzado tal conversación—. Nuestras escrituras del pasado rememoran con veneración y amor esos nombres que acabas de pronunciar.

—¡Hermosos poemas del pasado que son como lienzos viejos pegados a nuestros muros de rocas, y que no se sabe qué genio los concibió, ni qué pincel los vació al lienzo! —exclamó el Anciano como si viera visiones lejanas—.

“Yo soy iniciado en los cultos de Walkiria, hija de Apolón y de Northia la diosa de las espigas.

—Y esos cultos... —murmuró Andrés.

—Son muy simples, te aseguro, pero profundos como un pozo sin fondo. Es la ciencia del amor que no pide ni espera recompensa. Es hacer el bien por el bien mismo. Es amar por amar. ¡Es la dádiva eterna sin jamás esperar que sea devuelta!...

—Así enseñó también el Maestro de mi Escuela —observó Andrés—, pero acaso ni aquí ni en mi tierra natal, no tenga ese culto muchos adeptos...

—¡Justo y cabal amigo mío! Las grandes glorias del pasado se perdieron para nosotros entre las nieves eternas, y para vosotros entre las movedizas arenas de vuestros áridos desiertos.

—Mas, veo que aún quedan huellas entre la nieve —dijo Andrés—, pues que vivís vos aquí y añoráis aquellos gloriosos días. También nosotros sembramos, aunque sepamos que la simiente se la lleva el viento, o la devoran los pájaros o la pisotean las bestias de la selva: El amor y la paz que trajeron a la tierra los Ungidos de Dios.

—Los hombres de la luz..., el Hombre-Luz que pasó por los países de la nieve y divinizó a Walkiria, y la hizo diosa de la Justicia en eterna lucha con la prepotencia de los reyes y la ignorancia servil de las muchedumbres. ¡Oh, el Hombre-Luz!

—¡Abel!... —exclamó Andrés sin poderse contener.

—¡Si, Abel!... Veo que estás enterado de nuestras leyendas de ensueño y de misterios divinos —dijo el Anciano preocupado.

—Es que vuestras leyendas como decís, son también nuestras.

“El sol es para todos. La luz del día es para todos... La lluvia refresca todos los campos —contestó Andrés.

—Es verdad —afirmó el Anciano— y puesto que el mismo sol y la misma luz nos alumbramos a los dos, será menester que vaciemos nuestros cantarillos de secretos, como he vaciado el mío de la moruca que contenía. Ven y entra en mi morada. —Andrés le siguió.

Era la entrada una gruta a semejanza de las grutas de los esenios, en la cual no había más muebles que una mesa de piedra al centro y adheridos a los muros estrados también de piedra cubiertos de pieles y de mantas de lana.

El Anciano se dirigió al fondo y abrió una gran puerta de hierro.

Un torrente de luz penetró por ella y Andrés vio con asombro una veintena de hombres jóvenes con vestidura talar de color azul como el Anciano, que cada uno ante un grupo de niños se dedicaban a la enseñanza de diversos conocimientos, artes, oficios y todo lo que fuera ilustración para la mente y medio de vida para sostener el cuerpo.

Más adentro y bajo el abrigo de un tejado en que la hiedra y las moreras ponían su nota alegre de brillante verdor, pudo ver a un Anciano que enseñaba a un grupo de jovencitas a pulsar instrumentos de cuerda y a cantar himnos a coro.

En la fisonomía de Andrés se reflejó una alegre sorpresa y su interlocutor le dijo:

—Esas son las Walkirias de la hora presente que reciben sus lecciones de música y canto. Dos horas antes las recibieron para manejar el huso y el telar, y días hay en que aprenden también a manejar armas y a curar heridos, porque la divina Walkiria de nuestra historia, fue muy mujer en el hogar y fue un doncel de bronce que reemplazó a su abuelo, a su padre y a sus hermanos cuando todos ellos cayeron en las invasiones extranjeras, y ella sola quedó al frente de sus ejércitos defensores del suelo nativo.

El entusiasmo del recuerdo había coloreado de carmín el pálido rostro del Anciano, y una tonalidad de clarines se advertía en su cansada voz.

El Apóstol de Cristo miró aquel grupo encantador de túnicas azules y velos blancos, cuyas voces se adaptaban admirablemente a los instrumentos que vibraban entre sus propias manos.

Y recordó emocionado las consagraciones de doncellas en los Santuarios Esenios cuando se iniciaban en el grado primero de la Fraternidad.

El recuerdo es también una forma de visión para el alma, y Andrés vivió una hora de recordaciones emocionantes y vivas.

Las Escrituras del Patriarca Aldis se presentaron con vivos colores a su imaginación, sobre todo aquellas que relataban la estadía de Abel en los países del norte, allí mismo a la orilla del Ponto Euxino donde él se encontraba en ese instante.

Recuerdo o visión, Andrés se quedó quieto, inmóvil, mirando el grupo azulado de las jóvenes del coro cuyas siluetas gráciles y delicadas se recortaban sobre el azul claro del cielo y el verde oscuro del mar, y pensó..., y su pensamiento se tornó en palabras.

—Sólo falta aquí el velero blanco –dijo–, y la Matriarca Walkiria

conduciendo a Abel ante los caudillos de Tracia a quienes debía entregarle ella misma...

—Vamos, hermano extranjero, vamos —díjole el Anciano—, que tú estás tan enterado como yo de nuestra historia secreta.

“¿Luego también conocías el poema del velero blanco? Un bardo desconocido de aquellos remotos tiempos lo dejó hecho canción en sendos pergaminos que se guardan en nuestro Santuario subterráneo en Cólquida. Si dispusieras de tiempo yo te conduciría allí, pues tengo libre entrada al sagrado recinto de nuestros genios tutelares.

—No hay nada que coarte mi libertad —respondió el Apóstol—. Mi Maestro nos repetía siempre: “La Verdad os hará libres y fuertes”. Y yo creo estar con la Verdad. Y así, si me lo permites, permaneceré aquí unos días más. ¿No seremos tú y yo los que el Señor ha designado para anudar los hilos de su malla, tejida en aquella hora a la vera de este mar, con su lino blanco de la hora actual, tejido junto a nuestro mar galileo?

—Tú lo has dicho y yo siento que has dicho una verdad —contestó el Anciano, apartándose del coro femenino para encaminar a Andrés hacia su recinto privado—.

“Si te agrada mi compañía, comparto contigo esta morada —le dijo—, donde puedes estar como en tu propia casa. —Y le hizo entrar en una habitación labrada como las otras en la roca y recubierta por dentro con tablones de madera.

Y el Apóstol de Cristo comprendía que iba viviendo más y más la vida de aquel lejano pasado hasta el punto de que se confundía en una sola excelsa personalidad, el dulce y hermoso Abel de la prehistoria con el místico y grave Yhasua de Nazareth, al que viera desaparecer como un astro sereno entre el dorado resplandor del último atardecer galileo cuando Él se despidió de ellos para no volver.

Para quedar allí por unos días, Andrés envió un mensajero a sus discípulos de Trapezonte: Liberio, Nemesio y Selvio, asegurándoles su regreso, tan luego de terminar un trabajo importante que el Maestro ponía en sus manos en el villorrio de Achalki junto a las bocas del Rihon.

Mervik que tal era el nombre del Anciano, le condujo al siguiente día por la costa del mar hacia las cercanías del valle que forma al desembocar el que hoy conocemos por el río Rihon.

El villorrio Achalki se hallaba más o menos en el sitio en que hoy se encuentra la gran ciudad rusa Batumi, importante puerto del Mar Negro y plaza mercantil.

Allí había sido el lugar de descanso y de retiro de la Matriarca Walkiria en la madurez de su vida, cuando los hijos de su tío Erick, el único hijo sobreviviente de su gran abuelo Lugal Marada, se hicieron cargo del gobierno de los países que fueron sus dominios.

En aquel formidable cofre de rocas, entre las derivaciones de la cordillera del Cáucaso y los grandes cerros de la Meseta de Armenia, a la vera del caudaloso Rihon, encerró ella todos sus recuerdos, sus grandezas pasadas, y el amor, siempre vivo como una llama, que conservó al Hombre-Luz, la radiante visión de sus veinte años.

A aquel santuario augusto de los amores y los recuerdos de la heroica mujer fue a detener sus pasos nuestro peregrino Andrés, el más débil y humilde de los Apóstoles elegidos por el Divino Maestro para continuadores de su Obra redentora de esta humanidad.

Andrés, el indeciso y vacilante Andrés que no se atrevía a tomar un pan sin que antes lo tomara y lo partiera con él su hermano Pedro, fue el designado por la Ley Divina para unir, digámoslo así, el apostolado de amor de Abel, con los heroísmos sublimes e inigualables de Yhasua de Nazareth.

Y cuando se enfrentó con toda aquella magnificencia de glorias preteritas, de amorosos recuerdos, de poemas no soñados sino vividos por su gran Maestro en otra etapa lejana de su vida eterna, Andrés cayó de rodillas como abrumado por un peso enorme y exclamó:

—¡Señor!..., imi Señor!... ¿Por qué no has traído aquí a Pedro, a José de Arimathea y Nicodemus, al Príncipe Judá y al Hack-Ben Faqui, al Scheiff Ilderín y a todos los que son más capaces que yo para que levanten tu templo espiritual de hoy sobre este grandioso pasado que deslumbra y acobarda mi pequeñez?”

¿Qué era, preguntará el lector, lo que el Apóstol veía en el villorrio de Achalki que tan estupendo asombro le causaba?

El Anciano Mervik le había conducido a una profunda bahía de la costa del mar, que lamía con sus olas la entrada a una caverna de enormes dimensiones, como si hubiera sido destinada para habitación de un ejército de gigantes.

Lo primero que aparecía a la vista era un barco de antiquísima construcción. Era un velero magnífico, todo blanco que parecía de mármol. Su planchada que bajaba hasta la playa, era de cobre bruñido y brillaba como oro a la luz del sol.

—Subamos a nuestro templo —dijo el Anciano a media voz, porque un intenso recogimiento se apoderaba del alma impidiendo hablar en alta voz. Por una pequeña puerta de cristal de roca se entraba a un recinto ovalado como una gran sala que resplandecía en su blancura semido-rada por la luz de innumerables cirios sostenidos por estatuas de niños coronados de rosas bermejas. Y allá al frente sobre un graderío que terminaba en un amplio estrado cubierto todo de un tapiz de púrpura vivo, se veían dos personajes tan magníficamente esculpidos, que Andrés pensó al contemplarles:

“No les falta más que hablar para que grite con todas mis fuerzas: “Abel y la Matriarca Walkiria”.

Eran en efecto la más perfecta representación de aquellas dos grandes figuras de la Prehistoria.

Él estaba de pie con un papiro a medio desplegar, y ella sentada en un taburete a sus pies, vestida con la túnica azulada y el velo blanco de Reina Kobda, escuchándole embelesada.

El intenso perfume de las rosas rojas de Persia, colocadas en ánforas de cristal avivaba más y más el recuerdo del símil de las rosas bermejas que Abel deshojaba ante Walkiria, símbolo de los sacrificios que la vida exige de ordinario a seres determinados que traen el mensaje de la Eterna Potencia para una porción de humanidad.

—¿Por qué habéis hecho vuestro templo en el interior de este antiguo velero, si no es indiscreta mi pregunta? —Y al hacerla, Andrés sabía bien a qué obedecía tal hecho, pero deseaba asegurarse más de que se encontraba de lleno ante el glorioso pasado de los países del hielo.

Después de un breve silencio, el Anciano contestó.

—Las tradiciones y crónicas transmitidas por nuestros mayores, nos dicen que el drama sagrado que vivió la gran mujer de nuestra raza, cuando el hijo del Altísimo pasó por estas tierras, tuvo su culminación en el velero blanco que ella guiaba sobre el mar, del mismo modo que manejaba su caballo en las áridas estepas o en las montañas nevadas.

“Si pudieras escuchar los poemas grandiosos y sublimes que nuestros bardos han arrancado de su profundo sentir sobre el heroísmo silencioso de Walkiria, no os asombraríais de que estos países del hielo hayan hecho de ella el dios tutelar de la raza.

“Nosotros, los que llevamos su ley y su túnica azul, sabemos que sólo fue una gran mujer, dotada de extraordinarias cualidades para conducir pueblos por el camino de la justicia y de la paz; pero las turbas, amigo mío, se sienten deslumbradas por este vivo fulgor de sol en el cenit que sólo en ella han visto resplandecer. Y han hecho de ella su ídolo, su dios insustituible hasta el punto de tornarse enemigos furibundos y rabiosos de los que procuramos descubrirles toda la verdad a este respecto. Y así ves, que nosotros, los continuadores de la obra de Walkiria, vivimos relegados a las cavernas de las montañas a donde ella se retiró con sus amores y sus recuerdos, huyendo de la adoración de los hombres que le exigían prodigios de Dios, cuando el agotamiento de los años y de los grandes padecimientos le hacían sentir que sólo era una mujer cargada de experiencias dolorosas pero llena siempre de amor y de fe.

Ambos se habían sentado en una grada de la inmensa tarima tapizada de rojo, y un suavísimo ambiente de mística contemplación iba extendiéndose como tenue gasa invisible, como si el perfume de las rosas de Persia que adornaban el recinto, hubieran centuplicado sus efluvios, sus esencias, sobre aquellos dos seres que evocaban tan fervorosamente el

recuerdo de la noble mujer que encontró en el Hombre-Luz el más bello Ideal de la perfección humana. Y el efluvio y las esencias, y el ambiente de contemplación y de plegaria formaron ese halo misterioso y suavísimo, conocido de todos los grandes místicos que encuentran en la vida espiritual sabiamente dirigida, las más grandiosas realizaciones aún entre las ásperas vibraciones del plano terrestre.

La gran tarima tapizada de rojo pareció diluirse en un mar de luz multicolor como si un millar de arco iris concéntricos se hubiesen interpuesto ante los videntes, para dar paso al Hombre-Luz de la lejana Prehistoria que conducía a Walkiria con una carga de rosas bermejas llenando sus brazos, mientras su velo blanco flotaba desplegado como si un viento invisible lo agitara. Y ambos escucharon estas palabras:

“La Fe, el Amor y el Sacrificio genera todas las redenciones”.

La visión se diluyó como suave niebla en el éter y el Anciano y Andrés se abrazaron llorando como dos niños llamados a un festín, a cuyo recinto no les ha llegado aún la hora de penetrar.

Emoción, ansiedad, cansancio de la vida o deseo de morir, todo pasó como un relámpago por aquellas mentes deslumbradas de tanta claridad y resignadas con pena a las oscuridades de la vida terrestre.

79

EL SALTO SOBRE EL ABISMO

Andrés fue puesto en contacto con el Guardián Mayor de aquel original Santuario, que era un barco de vela casi petrificado por los siglos y embutido a medias entre la montaña, derivación de la Cordillera del Cáucaso.

Y enterado éste de la procedencia del Apóstol y de los ideales que lo impulsaban le descubrió los secretos tesoros, que eran para ellos preciosos y queridos recuerdos de un pasado remoto que significaban todo un poema de amor y de gloria.

Algo había desfigurado el ansia de lo maravilloso que existe en mayor o menor grado en los seres de mediana evolución; pero el Guardián, Mervik y Andrés, comprendían claramente que detrás de aquella filigrana de lentejuelas de oro, resplandecía la verdad de los hechos tales como ocurrieron en la lejana prehistoria y como los relataban las Escrituras del Patriarca Aldis. El lazo fuerte e indestructible que une a las almas cuando llegan a comprenderse plenamente, unió con cadena de diamantes a aquellos tres hombres que apenas se conocían personalmente, pero que venían de muy lejanas edades entre la alianza milenaria de los amantes de la verdad y de la luz.

El amor de aquellos dos hombres subió de tono y llegó al vértigo y al delirio, cuando Andrés les dijo que la Walkiria de la prehistoria vivía en la carne y en la terrible situación de esclavitud y lucha con la poderosa Roma dueña del mundo.

—Quédate con nosotros —le decían a Andrés los hombres del Norte—, y uniremos el pasado con el presente, y el Norte con el Mediodía, si como dices, nuestra diosa Walkiria vive encarnada en la Druidesa de la Galia transalpina. Salvaremos su país de las garras hambrientas de la loba romana, y volverá a ser la heroína salvadora de aquel país como lo fue del nuestro, cuando el Hombre-Luz pasó cerca de ella”.

Mas, ¿qué podían hacer ellos que vivían relegados a sus cavernas de rocas, desconocidos e incomunicados con los poderes reinantes en el país?

Ya no gobernaban desde varios siglos atrás los descendientes de Lugal Marada.

Por medio de casamientos y de diversos convenios políticos y combinaciones financieras, había ido ganando terreno una fuerte dinastía surgida de los sármatas, vecinos de Cólquida, y aunque esa raza veneraba a la dinastía de Lugal Marada y adoraban como a diosa a Northia y Walkiria, no se les haría creer jamás, que ella estuviese de nuevo en la vida física, en un país avasallado y vencido, y en las tristes condiciones en que se encontraba Vercia, la Druidesa gala, que recordarán seguramente los lectores.

Si se les hubiera anunciado que su adorable heroína vivía de nuevo como Emperatriz de Roma, dueña del mundo civilizado, lo hubieran creído y hubieran corrido a sumarse a sus millares de súbditos. Pero, ¿cómo podían concebir que viviera ella entre algunos centenares de proscritos en la Galia transalpina, que aún resistía en la huída, a las legiones victoriosas de Roma?

Para ellos Walkiria era una diosa, y los dioses aniquilan a los hombres con sólo una mirada.

Las almas de primitiva o mediana evolución no pueden comprender ni aceptar como reales y verdaderos los bruscos cambios de escenario, digámoslo así, a que la Divina Ley encamina a las almas en procura de su evolución. Para ellos, el que una vez ciñó corona en su frente debe continuar coronado por toda la eternidad.

Y entonces se cumplen las palabras del Profeta Isaías cuando decía en nombre de esa Ley Suprema: *“Los pensamientos vuestros no son mis pensamientos —dice Jehová—, ni vuestros caminos son mis caminos”*.

Todo esto lo comprendían nuestros tres personajes, y con más claridad el Apóstol Andrés que tan recientemente había escuchado la divina enseñanza del Cristo, su Maestro.

Y penetrado aún de la vibración de su palabra, decía a sus dos nuevos amigos:

—Los acontecimientos que se nos presentan en la vida sin que nosotros los hayamos provocado, deben ser aceptados por nuestra voluntad como una voluntad divina, ya encaminada a servirnos de prueba o de expiación por faltas presentes o pasadas. Tal lo enseñaba mi Maestro y su palabra era el resplandor de la Verdad Divina”.

—Quédate a nuestro lado —le repetían sus dos amigos—, porque sólo tú que has oído al Hombre-Luz de esta hora, podrás ayudarnos a seguir la lucha contra la ignorancia y la maldad, lejos de nuestra Walkiria a quien la Ley Divina hizo nacer tan lejos de nosotros”.

Y comenzó así la lucha interior en el alma noble y leal del Apóstol Andrés.

Aquí había encontrado entre las nieves eternas, la huella inconfundible de su Maestro en la lejana vida de Abel.

Sus discípulos le esperaban. Sus nuevos amigos le suplicaban la permanencia entre ellos para orientar sus vidas y las de sus seguidores por el camino del Cristo en su última estadía en la tierra.

Y el amado recuerdo de su Galilea casi se perdía en la penumbra lejana; pero no sin un desgarramiento profundo en su corazón de hombre que recordaba a Pedro, su hermano, a Myriam, la venerable Madre de su Maestro, a sus hermanos carnales y hermanos de ideología, a quienes no volvería a ver sobre la tierra.

Los que por diversas causas han abandonado patria, familiares y amigos por un Ideal, serán capaces de comprender la ruda lucha entablada en el alma del Apóstol Andrés, la cual duró varios días.

Y en sus soliloquios íntimos, su pensamiento deshilvanaba los acontecimientos producidos: “Me puso delante los continuadores de los Kobdas prehistóricos, las Walkirias que prolongan las nobles obras de la heroína de Kiffauser la gran amiga de Abel, el Hombre-Luz de los orígenes de esta civilización... ¿Qué tendrá para darme la Divina Ley cuando me pide un nuevo renunciamiento?”

Hasta que una noche de insomnio y de lágrimas, cuando ya pasada la media noche, vio que su alcoba se llenaba de luz y de una suave armonía que no podía precisar de dónde venía.

Una azulada visión de mujer envuelta en un blanco velo flotante, se le acercó hasta colocar una mano sobre su frente afebrada:

—Erick, mi tío Erick de otra hora lejana —le dijo con su voz emocionada de amor—, *¿cómo vacilas en ayudar a los que fueron la porción de humanidad que la Eterna Ley nos designó en el pasado?*

“Las alianzas son eternas y aunque hoy me ves lejos de los países de nieve, es sólo un paréntesis de dolor y de humillación que la Ley me

impone, pero pronto estaré a tu lado para continuar lo comenzado junto al Príncipe Abel.

“Prométeme que esperarás mi llegada”.

Con su voz temblando de emoción, Andrés le contestó:

—Sea como tú lo quieras. Te esperaré aquí, aunque deba perderlo todo.

La visión desapareció y Andrés se sintió fortalecido en su incertidumbre y sus vacilaciones.

En la oración recibió el convencimiento pleno de cuál era la voluntad Divina. Y con una entereza y serenidad que desconocía en sí mismo se dispuso a renunciarlo todo: su amada Galilea con todos los amores encerrados en ella y sus discípulos de Trapezonte, si no querían seguirle a su nueva residencia.

¿Que le esperaba en aquel desconocido país, entre gentes de otras razas, idiomas y costumbres?

Y se dijo a sí mismo: “Es el salto sobre el abismo que la Divina Voluntad pide a veces a los herederos del Reino de Dios”.

Y él tuvo el valor de darlo, pero antes escribió una larga epístola de despedida a “la Madre de mi Señor”, como él llamaba a Myriam, a su hermano Pedro y demás parientes y amigos de Galilea. Al alejarse más y más del suelo natal, comprendía bien que no les vería más sobre la tierra.

Pero la Divina Ley reserva a veces compensaciones maravillosas para aquellos que se entregaron sin vacilar a sus secretos designios. Y fue así que dieciséis años después Andrés pudo volver a Siria en compañía de Liberio, su primer discípulo de Trapezonte, y del Guardián Mayor del Templo subterráneo que ya conoce el lector, el cual quiso ver y palpar los rastros dejados por el Hombre-Luz en las arenas de Siria, en el Mar de Galilea, en la trágica e intransigente Jerusalén.

Ya dejaban en el valle del Rihon, a Vercia con cuarenta compatriotas fieles que la siguieron hasta los países del hielo, y la dejaban ocupando el mismo sitio en que descansó Walkiria su glorioso ocaso en el lejano pasado.

—Id vosotros si tenéis valor para ello —les decía la Druidesa Gala—. Yo no quiero ver tampoco mi Galia pisoteada por los invasores.

Pero Andrés había contraído compromisos y alianzas en las tierras nevadas del Norte, y no podía abandonar lo que él mismo había creado en cumplimiento de su apostolado cristiano.

Tres años permaneció con sus dos acompañantes en Palestina donde ardía como un polvorín la guerra civil entre los Saduceos liberales, los Fariseos intransigentes, los zelotes fanáticos y los herodianos que compartían todas las creencias basta que aplaudieran su vida de impudicia y de latrocinios.

Y volvió a los países del Norte donde quedó definitivamente hasta que su Maestro le revelara –según él decía–, algún nuevo rumbo en la orientación de su apostolado.

80

BARTOLOMÉ DE CORAZÍN

Bartolomé de Corazín, era hijo de Tolmai, el concesionario más fuerte de la pesca en el norte del Mar de Galilea, como Simón Barjonne, padre de Pedro, lo era en el sur.

Abandonó la tierra nativa luego de la muerte del Apóstol Santiago y sus compañeros, drama vandálico de horror y de sangre con que el Sanhedrín judío pretendía ahogar para siempre la naciente ideología cristiana que se engrandecía día por día.

Viudo sin hijos, sólo tuvo el dolor de abandonar el viejo hogar paterno donde vivía su hermana Elhisabet, viuda también, con dos hijos varones y dos mujeres, a todos los cuales estaba encargada la misión de repartir en aquel paraje, los dones de la “Santa Alianza”.

Desde la muerte del Maestro, Bartolomé había vivido retirado en el Monte Carmelo donde había dos Ancianos Esenios, hermanos de su padre. Con ellos se había consolado un tanto de la desolación que le dominó por completo cuando la ausencia del que era su fortaleza y la luz de su vida, se hizo sentir, pasada la hora gloriosa de las apariciones radiantes en que vieron todos la grandeza y la gloria de su Maestro después del tremendo sacrificio del Gólgota.

Lo había visto todo, la hora del dolor y la hora del triunfo. Aceptaba y reconocía plenamente que su Maestro era el Verbo de Dios, el Ungido anunciado por los Profetas desde seis siglos atrás, pero Él había entrado en la posesión eterna de su Reino y ellos quedaban solos en la tierra, entre las maldades humanas que parecían haberse desatado como rabiosa tempestad en contra de los amantes del Cristo.

¿Qué podían hacer ellos ante la poderosa fuerza del Sanhedrín Judío aliado con los descendientes de Herodes y a veces con el poder romano cuando les convenía?

Santiago uno de los más valientes y decididos había caído con sus compañeros en un degüello feroz, en las criptas mismas de la Casa de Dios, del venerable templo de Jerusalén.

¿Qué había pues digno de respeto para esos asesinos disfrazados de santos?

—Cuando nos hayan degollado a todos como a indefensos corderos, ¿quién enseñará al mundo la doctrina del Señor? —decía el Apóstol.

Y los solitarios Ancianos del Monte Carmelo, le contestaban con la firmeza de las convicciones profundas:

—Los seguidores del Ungido somos como la simiente de Abraham, más numerosa que las arenas del mar y las estrellas del cielo. Si uno sólo queda con vida, ese solo bastará para hacerle conocer por toda la faz de la tierra”.

Esencialmente pacífico y tranquilo, Bartolomé no se avenía con las controversias políticas, ni discusiones de orden religioso y dogmático. No gustaba de las polémicas ruidosas ni de los altercados callejeros, más comunes aún en las ciudades pequeñas y entre los vecinos de barrios suburbanos.

Gustaba de enseñar lo que él había aprendido de su Maestro, a los seres que sabía capaces de comprender y sentir aquella sublime enseñanza, que tan lejos estaba de la mayoría de las gentes de su época.

Y en sus largos silencios de la celda en el Santuario del Carmelo, argumentaba consigo mismo:

“Vaya uno a decirle a cualquier hombre o mujer de esta tierra o de todas las tierras: si tienes dos túnicas, dale una al harapiento mendigo que pasa a tu lado. Si tienes esclavos, dales la libertad como tú la querrías para ti si fueras esclavo. Ama a tu prójimo como te amas a ti mismo”.

Pero un día, oyendo leer las crónicas de la Fraternidad Esenia en que se relataban los trabajos misioneros que realizaron los hijos espirituales de Moisés, a poco de morir el gran Legislador; un descendiente de Ben-Hur, el fiel compañero de Moisés que se dejó matar pisoteado por el pueblo cuando se lanzó enloquecido a adorar al becerro de oro, había recibido una terrible reprensión de su glorioso antepasado que desde el plano espiritual le hablaba en el sueño y le decía: “Porque eres cobarde para enseñar al pueblo la verdad que conoces, sufrirás la pena de tu cobardía”.

“Y al poco tiempo, al hacer un viaje por las regiones vecinas al Mar Rojo, se perdió en un laberinto de montañas donde se vio obligado a vivir de frutos silvestres en una espantosa soledad durante dos largos años”.

Esa lectura sacudió un tanto el alma de Bartolomé aplastada por el pesimismo

Luego recordó la parábola de los talentos de oro, que un día les había deshojado el Maestro como una flor divina recogida en el jardín iluminado de sus clarividencias premonitorias, que le hacían ver sin duda, las vacilaciones y cobardías de algunos de los suyos para el cumplimiento de sus pactos con él. Y en la meditación de ese atardecer, le pareció que sentía en lo más profundo de su yo íntimo, la voz dulce y serena del Maestro que le repetía de nuevo aquella parábola y le decía: “*Tú haces*

como aquel que enterró el talento que le diera su padre, por el temor de perderlo”.

“¿Y qué harás, Bartolomé..., qué harás si no haces lo que yo quiero?”.

La meditación de esa tarde fue de conmoción y de lágrimas para el Apóstol Bartolomé, que se reconocía culpable de cobardía y de poca fe en su Maestro y en sí mismo, y tomó allí mismo la resolución de apartar de sí todo temor, y dar comienzo al apostolado para el cual su Maestro le había escogido.

Pocos días después se embarcaba para Tiro, Sidón y Antioquía, desde donde tendería el vuelo hacia Armenia, país que le fuera designado para enseñar la doctrina que había bebido del corazón del Maestro.

Entró al colegio apostólico del Cristo cuando tenía treinta y un años. Cuando él murió, tenía treinta y cinco. Los años de cobardía, de pesimismo y de vacilación le habían pasado de los cuarenta, y Bartolomé se decía a sí mismo “Quizá he pasado la mitad de mi vida y aún no comencé a cumplir mi deber para con el Maestro que fue mi única luz, mi único amigo fiel y desinteresado, el que me amó por amar sin que yo pudiera darle compensación alguna”.

Por sus modalidades y por su carácter, pareciera que este Apóstol de Cristo fuera modelado para vivir entre santos y en épocas no de decadencia moral y social, sino en tiempos de florecimiento de las nobles cualidades que no son de ordinario las que abundan en los valles terrestres, y menos aún en las épocas de decadencia y entorpecimiento moral, intelectual y social.

A eso se debían sin duda los temores que le asaltaban.

Cuando fue llamado por el Maestro para ocupar un lugar entre sus íntimos, el corazón de Bartolomé era todo una llaga viva, podemos decir, a causa de los muchos desengaños sufridos con amistades fácilmente contraídas y a las cuales él se daba por entero sin desconfianza y sin recelo.

Desinteresado y generoso por naturaleza, su alma franca y noble se había desbordado en amor y sincera amistad muchas veces, y otras tantas se vio defraudado y herido en sus más íntimos sentimientos.

Tan dolorosas experiencias tenía consigo cuando llegó al lado del Maestro, que Él se vio obligado muchas veces a llevarle a casa de su Madre en Nazareth, y dejarle por días y aún por semanas entre la suavidad de lirio del alma de Myriam y el tacto del tío Jaime, únicos que podían ayudarle a curar el herido corazón de Bartolomé

Y al relatar con detalles la vida íntima de este amigo de Yhasua, el lector verá engrandecerse de modo notable al genial Maestro de almas que era el Cristo, cuya penetración en el mundo interno de los seres que le rodeaban llegó hasta lo maravilloso.

El mundo cristiano en general, ha visto, comprendido y admirado las innumerables curaciones de dolencias físicas que se cruzaron en el camino del Mesías, pero muy pocos habrán vislumbrado a través de los breves relatos de la primera hora, las curaciones morales y espirituales que Él realizó y que por ser tan íntimas y secretas, no trascendieron al exterior.

Y cuando él preguntaba al Maestro: —“¿Qué haré Señor para no herirme con falsas amistades, con mentidos afectos que tan exhausto me dejan cuando he descubierto el engaño?”

El Maestro le contestaba:

“Tu extremada vehemencia afectiva, te impide observar y razonar. Reprime primero tu vehemencia y observa las almas que se te brindan, como observas el agua antes de beberla, como examinas una fruta antes de comerla, como revisas una túnica antes de cubrirte con ella. No quiero decir que debas exigir perfección en los seres cuando tú no lo eres, pero mira y observa si el agua tiene insectos o grumos de polvo; si la fruta es ácida o madura; si la túnica te está larga o corta, o si tiene desperfectos que revelen tu descuido si acudes a un festín.

“Y después de esta serena observación, ya sabrás si debes o no abrir tu alma a la amistad o al amor, con fundamento seguro para tu esperanza y tus anhelos”.

Y añadía otro símbolo más:

“El que edifica su casa entre arena movediza, sabe de antemano que los vientos se la derribarán. Pero el que la edifica con cimientos en tierra firme o sobre fuertes peñascos, está seguro de que será invulnerable a todas las tempestades”.

Y Bartolomé tenía escritas en su carpeta de bolsillo estas respuestas del Divino Maestro, que tan alto hablaban de su conocimiento de la vida entre los hombres.

La terminación de su viaje por entonces era la ciudad de Antioquía donde, gracias a las recomendaciones de Simónides, podía detenerse cuanto quisiera.

Hasta allí, Bartolomé caminaba en ambiente conocido puede decirse, porque sentíase bajo la suave protección de los que eran verdaderos amigos y le amaban.

Pero al dejar la populosa ciudad de los Seléucidas, se lanzaba a campo abierto en un mundo desconocido, y de nuevo se vio asaltado de temores y vacilaciones.

Llevaba indicaciones para la congregación cristiana de reciente fundación y acudió a ella tan luego como pudo orientarse en la gran capital. Uno de los dirigentes más asiduos y fervorosos era Simón de Níger,

aquel mendigo con los pies quemados, que el Maestro curó bajo el arco de triunfo de Epífanés, y que Simónides había levantado a mayordomo de la posada “Buena Esperanza” que recordará el lector.

Aquel hombre al cual el dolor había purificado, hizo olvidar a Bartolomé las recomendaciones de su Maestro, y su vehemente corazón se desbordó de cariño, de amistad, seguro de que aquel protegido y dependiente de Simónides, sería a no dudarlo el amigo verdadero que buscaba y necesitaba en país extranjero.

En efecto, era Simón de Níger un poema vivo de gratitud al Profeta Nazareno, que de un harapo de humanidad, había hecho surgir un hombre nuevo lleno de esperanza y de fe, lleno de ansia suprema de vivir la verdadera vida del hombre libre de trabas mundanas, justo y ecuánime en todos sus actos.

81

EL APÓSTOL DE ARMENIA

Por su amistad con Simón de Níger, Bartolomé hizo conocimiento con una honorable dama cristiana de gran fortuna, que había sido dama de honor de Helena de Adiabenes cuando al lado de su esposo el Rey Abenerig de Susian, ocupó un lugar prominente en los países del Asia Menor. Se llamaba Ehsabet de Thipsa, era viuda y tenía una hija adoptiva casada con un Príncipe armenio residente en Togarma, capital entonces del Reino de Armenia.

La noble dama cristiana, suplicó al Apóstol que la llevase con él hasta la llanura del Lago Van por donde pasaba y se detenía la caravana que hacía viajes periódicos hacia aquel país, pues deseaba encontrarse con su hija a quien no veía desde su casamiento tres años atrás.

La caravana partiría una luna después y Bartolomé fue alojado en la hermosa villa de verano que Ehsabet poseía en la ribera occidental del Río Orontes.

Tenían nueve esclavos y esclavas, a todos los cuales había dado carta de manumisión que significaba la absoluta libertad; pero ninguno quería separarse de la buena ama Betina como familiarmente la llamaban. Era extremadamente bondadosa y delicada, lo cual unido a la belleza física y a su elevada cultura, la hacía atrayente en extremo; y muchos magnates y potentados de Antioquía la asediaban con lisonjas y adulaciones interesadas, hasta causarle fastidio y pesadumbre.

Años atrás acompañando a la Reina Helena, cuando ya viuda se llegó a Jerusalén, Ehsabet había conocido al dulce Rabí Nazareno, cuando aún no le aclamaban públicamente como el Mesías anunciado por los

Profetas. Le había oído hablar en el Templo y en el palacio de Ithamar, pero no conocía a fondo su doctrina ni había tratado de profundizar en ella.

Su natural bondad la obligaba, digámoslo así, a estar a tono con los cristianos de Antioquía, cuya tolerancia y piadosas costumbres se hermanaban admirablemente con sus propias modalidades.

La había bautizado Bernabé, aquel jovencito Halevi de Chipre, que se encontró con Yhasua en su viaje a Ribla y al cual los apóstoles llamaron Baar-naba, o sea “hijo de una profecía”, porque el Maestro les había anunciado que llegaría con el alma ardiendo de entusiasmo y las manos llenas de oro para realizar obras de amor a sus semejantes.

Ya lo hemos dicho que Bernabé fue el animador incansable de la Congregación Cristiana de Antioquía en los primeros tiempos, como Simónides fue su más fuerte apoyo en cuanto a lo material.

Ehsabet o Betina, excelente discípula de Cristo, quedó olvidada en las primeras crónicas cristianas como muchos otros amigos de Yhasua, o acaso esas crónicas pueden haber desaparecido entre la polvareda sangrienta de las persecuciones, con que fueron tan duramente azotados los cristianos primitivos.

La hacemos aparecer en este relato porque a ella se debió en gran parte el éxito y la admirable fortaleza que manifestó en todo momento el Apóstol Bartolomé en el cumplimiento de su misión, que bien merece el nombre de transformador de la fe y las costumbres en todo el vasto Reino de Armenia. Desde el buen Rey Polemón y su familia, hasta el último minero o campesino de Armenia, todos cayeron en la suave red de amor, de piedad, de misericordia infinita con que el Apóstol ayudado por Betina, entretejió su obra redentora a inspiración y ejemplo del Maestro su Señor.

Veamos ahora, en detalle, cómo realizó este apostolado.

En sus diarias meditaciones le venía tenazmente este pensamiento: “Mi Maestro nos repetía hasta el cansancio que si el amor que Él nos brindó, anida en nuestro corazón, podríamos hacer todas las obras que Él hizo en medio de la Humanidad”.

Y un desfile de recuerdos luminosos pasaba por su mente como visiones radiantes de amor, de luz, de aquella divina piedad que Él derramó tan generosamente sobre la humanidad.

Y su oración continua era ésta:

“—¡Maestro, Señor mío! Dame te ruego, tu amor y tu paz en tal abundancia que se desborde de mi corazón, como un divino manantial sobre todos los seres que se crucen en mi camino”.

Y el Maestro se lo concedió. ¿Cómo no había de dárselos si el amante discípulo se lo pedía en todos los instantes de su recogimiento y soledad

que tenía? Y no se lo pedía para sí mismo sino para derramarlo como las aguas puras de un manantial sobre todos los sedientos de la vida.

Al Apóstol Bartolomé bien pudiéramos llamarle lirio blanco de los amores puros y castos que brotó en el huerto místico del Cristo Divino, juntamente con María de Betania y Juan, Stéfanos y Rhode que hicieron florecer en los valles terrestres el amor radiante de los arcángeles de Dios.

Diríase que de tiempo en tiempo, la Divina Ley hace brotar sobre la tierra esos lirios de castidad que brindan a los humanos sus aromas celestiales, y viven felices su vida de amor que al purificarles a sí mismos, purifica también a los demás.

Y fue así que el Apóstol Bartolomé se vio tan amado de los grandes y de los pequeños, de los príncipes y de los esclavos, de damas opulentas como de humildes mendigas, que él pudo decir como el gran Bohindra de la prehistoria: “¡Basta, Señor, basta, que en este vaso de arcilla no cabe ni una gota más!”.

Ehsabet, la noble dama cristiana que le siguió desde Antioquía, fue su más ferviente y decidida aliada que respondió en todo momento a los afanes redentores del Apóstol, sin que nunca demostrase cansancio ni fatiga cuando él necesitaba de ella, un esfuerzo más en beneficio de sus semejantes.

El amor les llevó hasta el palacio del Rey Polemón que teniendo su hija mayor sumida en las sombras de una larga demencia, había consultado sabios, magos, médicos de diversos países, sin obtener absolutamente ni la más leve mejoría. Llamó el Rey a los “hermanos sirios” como Bartolomé y Ehsabet se habían presentado, sólo con el fin de evitar interpretaciones malignas por la vida en común que ellos vivían. El amor y la comprensión perfecta los hacía tan semejantes uno al otro que fueron conocidos como hermanos por la sangre, los que lo eran tan sólo por el amor del Cristo.

Pero en la tierra donde se arrastran también los reptiles y las víboras, no podía resplandecer mucho tiempo este cielo de amor en torno al Apóstol Bartolomé, y las fuerzas de las tinieblas sacaron de la misma familia real de Armenia, el ser maligno que había de atormentarlo hasta la muerte.

Un hermano menor del Rey Polemón, cuyo nombre era Astiages, se llenó de envidia por los privilegios y franca amistad que su real hermano y su familia ofrecían públicamente al siervo de Dios.

Se figuró que él perdía de sus derechos, que era postergado y humillado por aquellas deferencias para con el extranjero y su hermana, y siendo Astiages gobernador de una parte del Reino, comenzó a infiltrar en sus íntimos primero, el sutil veneno de la intriga y la discordia en “forma

de sospechas calumniosas, que despertaran desconfianzas y recelos en el Rey sobre los móviles que impulsaban al Apóstol para apoderarse de la adhesión y reverencia de todo el pueblo armenio”.

Se valió de una maga de malas artes llamada Berit, que entre conjuros y diabólicas ceremonias aseguraba que los genios tutelares de Armenia se alejarían del país si el extranjero y su hermana continuaban permaneciendo en él.

Pero la hija del Rey fue curada de su penosa demencia que era sólo obsesión de una inteligencia perversa; y era ésta la que tomaba venganza de su derrota por medio de Astiages cuyos sentimientos mezquinos y egoístas abrían campo a las corrientes del mal para introducirse y destruir la obra de amor y de fe que realizaban Bartolomé y Ehsabet.

Ellos se apercibieron de inmediato de la lucha tremenda que debían sostener silenciosamente, pues tratándose de que el enemigo era un hermano del Rey, les era necesario obrar con gran discreción y prudencia.

Habían formado en Togarma la “Santa Alianza”, tal como la formó el Divino Maestro en Palestina, y la sede central se instaló en la “Casa de Verano”, una de las residencias reales para la temporada de estío y que estaba situada en un hermoso cerro a orillas del río Araxes, que pasaba a una milla de los muros de la ciudad.

En la hermosa mansión veraniega se desbordó la Bondad Divina sobre los hermanos sirios, como llamaban las gentes a Bartolomé y Ehsabet, a tal punto que las manifestaciones espirituales materializadas fueron percibidas por algunos de los que acudían al cenáculo o recinto de oración, que el Apóstol instaló desde el momento que el Rey les concedió aquella magnífica morada para Oratorio-Escuela y Refugio de la “Santa Alianza”.

Ehsabet resultó ser un excelente sujeto fácil a la hipnosis y en extremo dócil a las Inteligencias Superiores, que quisieron colaborar desde el espacio infinito en la obra redentora del Apóstol Bartolomé.

Y comenzaron los dictados de Inteligencias de la Alianza del Cristo desencarnadas pocos años hacía. Aquel Baltasar de Susian, el más anciano de los tres viajeros del lejano Oriente que visitaron a Yhasua en la cuna, fue el que demostró haber tomado la iniciativa en la colaboración espiritual del cielo en las obras misioneras de la tierra.

Diríase que Baltasar quería prolongar su apostolado en aquella parte del Asia Menor, por medio de Bartolomé y Ehsabet; y dictó en sólo setenta días, un tratado sobre la vida espiritual de los que se inclinaban a la senda misionera, tal como el Cristo Divino la había realizado.

Sus bases eran la “humildad basada en el gran conocimiento de si mismos”, “el desprendimiento de todos los vanos y efímeros goces de la vida carnal”, y una “entrega completa al sublime Ideal del amor fraterno”.

El cielo se había vaciado como un manantial sobre aquellos dos enamorados del Cristo, que en sus místicas conversaciones se manifestaban recíprocamente su asombro, al verse tan favorecidos por la Luz Divina, tan inundados del Supremo Amor que les envolvía de continuo como un suavísimo aliento de inefable ternura.

Durante una meditación de las que hacían todos los días al anochecer, ambos preguntaban a la Divinidad con el pensamiento elevado en un vuelo al Infinito “¿Qué hice Señor para merecer este inmenso desbordamiento de amor y de luz?”

Y como este pensamiento se mantuviera intenso y profundo en aquellas dos almas, tuvieron la respuesta de Aquél, que jamás se hace sordo al llamado de un corazón que le ama:

“Lo habéis merecido con vuestra humildad que nada cree merecer”.

“Lo habéis merecido con vuestro amor que no pide ni espera recompensa alguna”.

“Lo habéis merecido con vuestra entrega absoluta al servicio de Dios en vuestros semejantes, respondiendo fielmente a la palabra mía: Lo que hacéis por vuestros hermanos, por Mí lo hacéis”.

Era la voz serena y dulcísima del Cristo que en radiante aparición les hablaba a lo profundo del alma, haciéndoles comprender la eterna verdad encerrada en aquellas palabras suyas:

“Dios da su luz a los humildes y la niega a los soberbios”.

* * *

Athaliva de Togarma, hija mayor del Rey Polemón de Armenia, era excesivamente impresionable a causa de su extrema sensibilidad. De alma buena pero dócil a la sugestión, por la mala influencia de la maga Berit que fue su aya en la infancia, había caído bajo el poder funesto de los siervos de Astarot, el ídolo adorado por los armenios que procedían de la Escitia por sus antepasados.

Era Athaliva la heredera del trono de Armenia, y si no era curada de su demencia, sería proclamado heredero, Astiages, hermano del Rey Polemón.

Este conocía las ambiciones de su hermano y su secreta alianza con los armenios de raza escitia y con la maga Berit a la que el Consejo de justicia armenio condenó a cárcel perpetua o destierro del país.

Pero Astiages que gobernaba como un Virrey el territorio de Armenia que limitaba con el Mar Caspio, interceptó el viaje a Escitia de la maga desterrada y secretamente la condujo a la ciudad de Shutchá, donde dio gran impulso al culto del ídolo Astarot, formando un sacerdocio en todo

semejante a los que existían en los templos del paganismo romano de aquella época.

Tal era la situación política de Armenia, cuando Bartolomé y Betina derramaban con tan ardiente entusiasmo la doctrina del Profeta Nazareno.

Ya comprenderá el lector lo que significó para el Rey la curación de su hija; y lo que significó también para las ruines ambiciones de su hermano Astiages, que veía caer por tierra su dorada ilusión de suceder a su hermano Polemón en el trono de Armenia.

La maga Berit y los sacerdotes de Astarot le aconsejaron otro camino: su matrimonio con Athaliva, hija del Rey.

Este buen Rey era el mismo que años atrás, muy joven y recientemente levantado al viejo trono armenio por muerte de su padre, había firmado aquella alianza de príncipes y reyes del Medio Oriente para proclamar a Yhasua, Rey de Palestina y Siria, pasaje que recordará el lector.

Polemón no conoció personalmente al dulce Rabí Nazareno; pero conocía y admiraba sus obras, su poder sobre todos los dolores humanos. Su padre y él mismo, habían conocido y aún tenido negocios con el Príncipe Ithamar de Jerusalén, padre del Príncipe Judá, y los continuaba teniendo con Simónides su Administrador General.

Su madre, la reina Athaliva de Armenia, había sido gran amiga de Helena de Adiabenes, y todos ellos eran amigos y seguidores del Profeta Ungido de Dios, de Palestina y Siria.

Comparaba el noble desinterés del Hombre de Dios, con las ruines ambiciones de su hermano Astiages, instigado por los sacerdotes de Astarot.

Yhasua de Nazareth había llevado la paz, la abundancia y la salud a la empobrecida tierra que le vio nacer, cruelmente explotada por la dominación extranjera. Y su hermano con los cultores de Astarot sembraba la intriga, la discordia, la constante amenaza de una guerra civil que cubriría de sangre y desolación a la rica y vasta Armenia, cuyas costas besaban las olas de dos importantes mares de aquella época: el Ponto Euxino y el Mar Caspio, ambos fáciles medios para el comercio con los grandes países del lejano Oriente, con “la tierra donde nace el sol”, según era llamado el viejo Decán o Indostán. El Rey Polemón conocía la frase genial de Yhasua: *“Por los frutos se conocerá al árbol”* y no vacilaba en inclinarse hacia el Profeta Nazareno, y desconfiar en cambio de su propio hermano, cuyas obras lo descubrían ante todos los que tenían capacidad de razonamiento.

La envidia y la avaricia le consumían y le impulsaban a las más bajas y ruines acciones. Y viéndose incapaz de suplantar a Bartolomé en el lugar que ocupaba junto a su real hermano, comenzó a planear secretamente

el modo de hacerle desaparecer sin descubrirse él mismo como asesino del siervo de Dios.

Fingió querer abrazar la doctrina de Cristo por lo cual pedía que le enviara al Apóstol a su provincia lejana; perdida entre las montañas del norte.

El Rey Polemón desconfió al principio y tardó más de un año en escuchar la solicitud de su hermano.

Pero llegó a oídos de Bartolomé.

—Si tú no te opones, ¡oh, Rey!, iré hacia tu hermano pues no creo justo que por un temor, acaso infundado, rehúse yo enseñar la doctrina de mi Maestro, ya que para eso vine a este país.

—Mi hermano es muy malo —contestaba el Rey.

—Pero puede arrepentirse y volverse bueno —sugería el Apóstol.

—Vive corroído por la envidia y te aseguro que no he visto a ninguno curarse de la envidia —volvió a decir el Rey.

El Apóstol quedóse pensativo. Le asombraba de que aquel joven Rey tuviera tan dolorosa experiencia.

—Si me lo permites, te haré algunas preguntas —dijo.

—Habla libremente —contestóle el Rey.

—Tu hermano es menor que tú, ¿verdad?

—Óyeme bien, Apóstol del Profeta Nazareno, mi hermano es hijo de mi madre, pero no de mi padre. Mi madre era viuda de un Príncipe de Cólquida del cual le quedó Astiages como hijo único.

—Ahora comprendo —dijo Bartolomé—. Y él, hubiera querido ocupar tu lugar.

—Cuando mi padre estaba para morir, Astiages procuró mi muerte y si no hubiera sido por mi madre, que era también suya, me hubiera eliminado de este mundo. ¿Cómo pues he de creer que de la noche a la mañana se torne en un buen hombre?

—Tienes el enemigo en tu casa —sugirió el Apóstol—, y me asombra de que vivas tranquilo.

—Por eso le tengo lejos, y a más tengo servidores muy fieles que le vigilan de cerca. ¡Apóstol del Cristo!... —dijo el Rey después de unos momentos de silencio—. Bien ves que has llegado a ser un confidente para mí, y he de confiarte un secreto.

—Será honra para mí el guardarlo fielmente.

—Ha pasado ya en muchos días el luto que he debido guardar por mi primera esposa muerta. Dame a tu hermana Ehsabet para esposa-reina, porque me he enamorado de ella”.

Bartolomé se quedó mudo de asombro. Como el silencio se prolongare, el Rey habló de nuevo:

—¿Me la rehúsas?

—Tanto fue mi asombro, oh, Rey, por la grande honra que quieres hacernos a mi hermana y a mí, que no he sabido qué contestar. Además..., no sé si ella está a la altura de tu alcurnia y si esta unión provocaría el descontento de tu dinastía y acaso de tu pueblo. Además, señor, Ehsabet debe tener algunos años más que tú; y el hombre que fue su único esposo no era de tal jerarquía que pudiera igualarse a ti.

“Fue dama de honor de la Reina Helena de Adiabenes que por su fiel adhesión la elevó al rango de hija adoptiva suya.

—Todo eso lo sé..., todo lo sé desde hace poco tiempo. Y aquí tienes los informes que sobre sus antecedentes me ha mandado a solicitud mía, el Notario Mayor del Rey Abenerig Izate de Susian.

Y al decir así, el Rey Polemón puso su mano sobre un cartapacio de pergamino con las cintas selladas del rojo y azul de los reyes de Susian.

—Aquí está la vida de tu hermana —dijo—. Es una gran mujer y yo la quiero para mí. Yo necesito de ella, y mi pueblo la necesita como yo.

—Señor —dijo el Apóstol—, ni puedo rehusártela, ni puedo dártela, porque será ella quien tenga que decir si se siente capaz de llevar sobre sus hombros la grande honra que quieres hacerle y la cual significa a la vez una enorme responsabilidad.

—Yo tengo un mensajero ante ella —añadió el Rey—, y quiero la contestación en el término de tres días. Te advierto que de ser una negativa, ningún mal podrás temer ni para ti ni para ella; pero tendréis que salir de Armenia, porque yo abdicaré en favor de Astiages que tanto ambiciona éste trono, y me retiraré con mi hija Athaliva a mi castillo del lago Arsisa (el lago Van) pues ella está prometida como esposa del heredero del Sátrapa de los Carducos, que reside en Pilos.

—Está bien, señor —contestó el Apóstol, y haciendo una gran reverencia salió de la presencia del Rey con el alma atormentada por mil contrarios pensamientos.

LA CRUZ DE PIEDRA

—Un velo de ceniza traes sobre ti, hermano —dijo Ehsabet a Bartolomé cuando le vio llegar—. ¿Qué ha pasado con el Rey?

—Algo tan estupendo por lo inesperado, que no te lo puedes imaginar jamás.

—¿Nos arroja de Armenia para complacer a Astiages?, —preguntó ansiosa Betina.

—Todo lo contrario. Quiere casarse contigo para que seas la esposa-reina...

Si un volcán hubiera reventado a sus pies, no se habría asustado más aquella mujer. Se dejó caer sobre el estrado y rodó por el suelo el ovillo de lana que devanaba para el telar.

—¡Está loco! —dijo—, ¡debe estar loco! ¡No puede ser, no puede ser! —gritó, y cubriéndose el rostro con ambas manos rompió a llorar a grandes sollozos.

—No te desesperes así... —se oyó la voz temblorosa del Apóstol, emocionado también— ¿Acaso no es agradable para ti ser la reina de Armenia donde tanto bien podemos hacer?

Ella no contestaba y seguía llorando...

—El Rey Polemón es un hombre bondadoso y si está enamorado de ti, hará cuanto quieras por complacerte —añadió Bartolomé con su voz que casi sollozaba.

—Y si tan bien te parece el deseo del Rey, ¿por qué tú viniste desolado, y tus palabras lloran aunque no lloren tus ojos?

El Apóstol comprendió que no fue capaz de ocultar su amargura, y guardó silencio.

En la meditación de esa noche, que la hacían conjuntamente con los discípulos y compañeros de apostolado que vivían en el Palacio de verano, ambos elevaban al Maestro la misma sentida plegaria:

“—¡Maestro, Señor mío! ¡Que yo vea tu luz, que yo encuentre tu camino..., que yo sea tu voluntad!”.

Y alrededor de tales palabras la mente tejía y destejía dramas, tragedias que se sucederían en las vidas y en los corazones en los años venideros, en todo el resto de la vida hasta perderse en una brumosa lejanía, adonde ya la imaginación no alcanzaba a prender sus hilos de seda o sus redes de acero.

—Por Ti, Señor, me abrazaré con la tremenda cruz de la soledad en el desierto de esta vida que comencé un día en seguimiento tuyo —clamaba

Bartolomé, y luego volviendo sobre esas palabras, se decía a sí mismo—, soledad, ¿por qué? ¿Acaso me impedirá nadie seguir siendo el hermano de Ehsabet? Es verdad, pero será una hermandad restringida por una voluntad más fuerte que la de ella y la mía. El Rey será su dueño y señor. Y yo..., y yo...

“Esa mutua vigilancia y cuidado que ambos teníamos uno del otro, deberá desaparecer en absoluto. Ella no deberá cuidar de mi persona y de mis cosas; y yo menos aún inmiscuirme en lo concerniente a su vida”.

Ehsabet por su parte pensaba y sentía de igual manera, pero huía de auscultar sus pensamientos con la lente del razonamiento sincero y lógico.

Sólo deseaba que hablase su propio corazón. Habíase acostumbrado a la suave y dulce compañía de Bartolomé, a la sencillez de su vida sin preocupaciones ni problemas. Y ahora, a sus treinta y cinco años, ¿había de cambiar completamente de camino y entrar en el complicado escenario de esposa de un soberano y reina de un numeroso pueblo? ¿Y peor aún, sin dar tiempo a su corazón para amarle, pues quería el Rey su respuesta en el término de tres días?

En la oración de esa noche, el cielo se había mantenido mudo para ella. Su intensa plegaria no obtuvo contestación.

Es la mente como una ánfora de cristal sin cerradura hermética, y cuando está llena hasta desbordar de cuanto puede caber en ella, se encuentra imposibilitada de aceptar nada más, si antes no la vacía de su contenido.

Y el ánfora mental de la dulce Betina estaba por demás desbordante de contrarios pensamientos, de dudas, de zozobra, de crueles incertidumbres que no le dejaban instante de reposo. Y la voz divina no se hacía sentir.

Bartolomé padecía también, pero más cultivado en el dominio del pensamiento y más conocedor de los medios conducentes a obtener la quietud interior, pudo serenarse más pronto y escuchar el llamado interno.

Comprendió que un nuevo renunciamento le pedía su ley.

Y se dispuso a renunciar a la dulce compañía de aquella hermana del alma que el Divino Maestro pusiera ante él en horas dolorosas y difíciles, cuando daba su salto sobre el abismo abandonando todo cuanto le era querido, patria, hogar, parientes y amigos sin detenerse a pensar si caería en una selva poblada de fieras, o en un peñasco desierto, abrasado de sol, sin agua y sin un árbol de verde ramaje que le brindara su sombra, ni una brizna de hierba que le ofreciera sus raíces como único alimento. Pero la Divina Ley que parece a veces complacerse en exigir alto precio a sus dones, se inclina maternal y piadosa ante la generosidad de las almas, que en seguimiento del Ideal encontrado y comprendido, se aventuran valerosamente a dar el salto sobre el abismo.

—Yo lo di —decía Bartolomé en sus soliloquios íntimos—, y la Divina Ley se desprendió de uno de sus ángeles y lo puso en mi camino...

* * *

Mientras el Apóstol de Cristo razonaba consigo mismo en la oración de la mañana, Betina se había envuelto en su manto azul de esenia y dejando su pabelloncito del Palacio de verano se encaminaba hacia las murallas de la ciudad y salía por la puerta de oriente que era la primera en abrirse al amanecer. ¿A dónde iba tan aprisa esa mujer solitaria envuelta en su oscuro manto, a una hora tan desusada para mujeres de su clase y condición?

Una sorda desesperación la conducía llevando tan solo un bastón en que se apoyaba y un bolso de ropa.

Huía a la humilde cabaña de un matrimonio anciano que ella había protegido desde su llegada a la capital de Armenia. Les pediría refugio y quedaría a vivir con ellos hasta que el Rey olvidara su capricho y se buscara otra mujer que se inclinase a amarlo, o a compartir sin amor el trono que él ofrecía.

—¡Señor!... —clamaba ella llorando amargamente en sus horas de dolorosa meditación—. ¡Señor!... Tú sabes que no hay en mí la fuerza necesaria para entregarme a un hombre sin amor, aunque ese hombre sea el Rey más poderoso del mundo. ¡Señor!..., el hermano santo que me pusiste a mi lado, ha borrado para mí a todos los hombres de la tierra..., y sé de cierto que nunca jamás podré amar a ninguno”.

Animada de tales sentimientos llegó a la humilde cabaña de los abuelos, como ella los llamaba y les refirió su tragedia íntima, y su resolución irrevocable.

—Esto es lo más extraordinario y singular que vieron mis ochenta años —decía el abuelo Mertok—, que una bella señora, joven aún, se resista a ser la esposa de un Rey como nuestro Rey que es un pedazo de pan con miel.

—Calla tú —le decía su mujer, la abuela Norika—, que no sabes nada de lo que guardamos en el corazón las mujeres. ¿No dejé atrás yo al pastor aquel de las doscientas ovejas para seguirte a ti que no tenías más que tres asnos y dos parejas de gansos?...

—Tú, sí que me comprendes, abuela —decía la pobre Betina abrazándose a la anciana a falta del pecho de una madre en quien hubiera podido descansar su corazón.

Era el día primero de los tres que diera el Rey de plazo para recibir la respuesta. Pero llegó la tarde, pronto llegaría también la noche con su silencio y su misterio en que parece que presencias invisibles rondaran a

nuestro alrededor, más aún cuando el alma está intranquila y los nervios en tensión. ¿Qué haría Bartolomé ante la desaparición de Ehsabet?

Este pensamiento le atormentaba cruelmente y en la oración de esa noche reflexionó de la manera siguiente:

—Soy egoísta en alto grado pensando tan solo en esquivarme de la carga pesada que se me quiere imponer, y olvidando la gravísima situación en que coloco al Apóstol del Señor que me ha dado la luz, la paz y el bienestar que he tenido en su compañía.

Y en el sueño de esa noche tuvo esta visión: “Que ella caminaba penosamente por una senda solitaria huyendo de alguien que la perseguía; pero como el perseguidor corría más que ella, le dio alcance, y en vez del monstruo espantoso que temía se encontró con un bello adolescente que llorando le clamaba:

“¡Madre!..., ¿por qué huyes de mí cuando te busco, si sabes bien que no puedo vivir sin tu presencia, y que debemos recorrer juntos la senda de la vida? Vuelve tus ojos al oriente y mira. Y siguiendo el sueño, Ehsabet vio una enorme cruz de piedra que aparecía en la negra encrucijada de dos enormes peñascos, y de cada brazo de la cruz, como si fuera una horca doble, colgaban dos cadáveres que los cuervos comenzaban a despedazar mientras los chacales saltaban desde abajo y les arrancaban los pies. Y reconocía ella en los muertos al Apóstol de Cristo y al Rey Polemón.

—Y tú, ¿quién eres? —le preguntaba en el sueño al bello adolescente que le presentaba tan espantosa visión.

—¿No te acuerdas?, ¿no me reconoces? Soy Huri, tu hijo en los días de Moisés; y si con tanto amor me seguiste a las fatigas del desierto, ¿huyes ahora de mí cuando quiero hacerte reina?”

Y Ehsabet se despertó con la certeza de que el adolescente de su sueño era el Rey Polemón.

Mas, una vez que estuvo en pleno uso de su lucidez mental, comenzó a no dar importancia a ese misterioso sueño.

—Es sólo un reflejo de mis cavilaciones y de mis pensamientos —decía—, ¿qué seguridad de nada puedo esperar de un sueño?

Pero pasó el día y el sueño volvió a repetirse, mas no vio al adolescente sino la enorme cruz de piedra con los dos ahorcados en ella.

—¿Hay por estos parajes una cruz de piedra? —preguntó a la anciana abuela, la cual hizo un gesto de espanto y horror.

—¡Líbrenos Dios de verla nunca! El pensar nada más en ella, trae la desgracia y la muerte. ¿Por qué me preguntas eso?

—¡Porque he soñado dos noches seguidas con una enorme cruz de piedra gris verdosa, de la cual colgaban dos hombres ahorcados!

—¡Calla, calla por favor!... ¡Qué gran desgracia nos amenaza! Esa cruz es una horca doble. Tiene dos argollas de hierro en cada extremo

del travesaño y hay una viejísima tradición de que allí perecieron ahorcados un rey y un sacerdote de Astarot por el pueblo, sublevado por un pretendiente a la corona y al trono de Armenia.

La oración de esa noche fue para Ehsabet un pensamiento sólo: la angustia de Bartolomé. Ella había huido y al siguiente día el Rey esperaba la respuesta. Y entre lágrimas, su alma clamaba: —¡Dame fuerzas, Señor!..., ipiadoso Maestro de Bartolomé, dame el valor necesario para acallar este corazón de carne y llegar serena al cumplimiento de tu voluntad, cualquiera que sea ella!”

Y en el sueño de esa noche se vio junto a Bartolomé en una íntima confianza. No recordaba en detalles lo que se dijeron, pero a la mañana siguiente se despertó decidida a volver a su lado y explicarle con toda sinceridad las causas de su fuga y su decisión de resignarse al deseo del Rey.

Y así lo hizo.

—Ya sabía que volverías —le dijo afablemente el Apóstol cuando Ehsabet se presentó a él—. Anoche pasé en vela casi hasta el amanecer y en una larga oración dialogué con el Maestro y contigo, y quedé convencido de que está en tu ley la unión con el Rey y de que eres capaz de aceptarlo, como un deber que cumplirás con toda fidelidad”.

Ehsabet le refirió también sus misteriosos sueños y todo cuanto sobre la pavorosa cruz de piedra le había referido la anciana de la cabaña.

Esa misma tarde que era la del día tercero, Bartolomé se presentó en el palacio y anunció al Rey que su hermana accedía a su pedido, en cumplimiento de lo que ella creía un deber, para evitar la abdicación real y que cayera sobre el país la dominación de Astiages.

Treinta días después la ciudad de Togarma se veía engalanada de banderas, pabellones y gallardetes, de guirnaldas de flores y de vistosos tapices; y Bartolomé entregaba su dulce y querida hermana del alma, al Rey, condenándose a la absoluta soledad del corazón por amor al noble pueblo armenio, que tanto le amaba y que debería a este doble sacrificio su paz y su bienestar.

—*Ahora has amado a tus semejantes aún más que te amas a ti mismo*—le dijo el Maestro en una radiante visión cuando al llegar solo a su alcoba cayó de rodillas junto a su lecho y rompió a llorar a grandes sollozos—.

“Pero no serás tú más generoso que yo —añadió la radiante aparición—, porque la soledad de tu corazón que me das en ofrenda, yo te la devuelvo convertida en un vergel de rosas de amor. Espera en mí que soy siempre tu Maestro”.

Por expresa disposición del Rey, sería el Apóstol de Cristo quien bendijera la unión. Y unas horas antes de la fijada para ello, Ehsabet pidió al soberano una audiencia privada que le fue concedida.

Cuando fue conducida a su presencia, ella quiso arrodillarse en la primera grada del Trono, pero él descendió rápidamente y se lo impidió.

—No debe hablarme de rodillas —dijo—, la que va a compartir este trono conmigo, —y tomándola de la mano la hizo sentar en uno de los taburetes que había en la gran plataforma, y él se sentó en otro, a su lado—. Háblame sin temor, Ehsabet, que sin saber lo que me dirás, te prometo acceder a todo cuanto quieres de mí.

—Señor —le dijo—, quisiera saber qué ha impulsado a tu grandeza para querer descender hasta mí.

—Nada más que tú misma —le contestó el Rey—. Te amo desde que llegaste con tu hermano a este país y he seguido amándote a medida que te conocía más. Esperé primeramente el cumplimiento del plazo del luto, y después esperé la llegada de los informes que pedí a Susian. Siendo que todo resultó como yo lo deseaba, te pedí a tu hermano; tú has accedido y nuestra unión va a celebrarse dentro de pocas horas. ¿Deseas pedirme algo?

—Señor —le dijo—, tu grandeza, que iguala tu bondad para conmigo, me alienta a ser franca y sincera. Tan inesperada e imprevista ha sido tu solicitud, señor, que no he tenido tiempo de conseguir que mi corazón te ame como debe amar una esposa, señor, al esposo que la ha elegido entre mil, mucho más dignas que ella de tan señalada honra...

—Todo eso lo sé —le interrumpió el Rey—. No te alarmes por eso, mujer amada de mi corazón, que no soy hombre de pretender amor de obligación y de rendimiento, sino amor de tu libre voluntad porque sólo eso es amor. Harto estoy de amores obligados sólo porque soy Rey. Son amores vendidos. Son caricias compradas. Y cuando he pasado los treinta años anhelando el amor, has llegado tú a mi camino y yo me he dicho a mí mismo: “Yo quiero el amor de esta mujer”.

“Y he pedido al Profeta Nazareno el poder de conquistar tu amor. Tal es el secreto de mi amor y benevolencia con vosotros dos. ¡Te amé desde que te vi!...

—¡Señor!..., nunca pensé que detrás de tus bondades se ocultaba un amor de tal naturaleza. Estás tan alto, señor, que confieso que nunca levanté los ojos a mirarte, y menos pude pensar en que tu grandeza hubiera puesto los suyos en mi modesta persona...

—Todo eso lo sé porque te observo desde que llegaste, Ehsabet; tú ignoras quizá lo antojadizo que es a veces el corazón del hombre, que llega a prenderse de aquello que no se le ofrece ni se le acerca, ni se le da. Desde que murió mi esposa me veo cortejado por las hijas de muchos príncipes vecinos y de algunas de Armenia misma. Y ya ves, este caprichoso corazón no se ha prendido de ninguna de ellas, sino

de la flor escondida en el huerto humilde y retirado de un extranjero venido a esta tierra, trayendo el mensaje de amor de un hombre justo sacrificado por la humanidad. Y como esperé tanto tiempo para hacerte saber que te amaba, esperaré lo que sea necesario para conseguir tu amor, libre y espontáneamente. Puedes estar muy tranquila, que el Rey no te exigirá lo que tú no quieras darle por tu propia y espontánea voluntad.

—¡Gracias, Señor!... Eres un Rey con el corazón de un justo.

Ehsabet se levantó para retirarse, y el Rey tomándole la diestra, le colocó una hermosa sortija de oro y rubíes, y le dijo:

—Es el recuerdo de todo cuanto te he dicho este día.

Y Polemón de Armenia demostró en verdad ser un Rey con el corazón de un justo.

—Mi casa es tu casa y mi mesa es tu mesa —dijo el Rey a Bartolomé, luego de haberse realizado la ceremonia nupcial.

Le exigió vivir en su propio palacio y formar en el Consejo de Gobierno compuesto de cinco miembros.

Y puede contarse desde ese momento la entrada definitiva de Armenia en el concierto de naciones cristianas.

Ehsabet continuó desempeñando su papel de hermana del Apóstol de Cristo, en cuya oración llena de agradecimiento decía a su Maestro

—¡Señor, Maestro mío! Mi egoísmo alarmado hizo una tragedia de esta resolución real; y he aquí que tu amor y tu bondad encontraron el medio de hacer de esta hermana del alma, una poderosa aliada para impulsar este numeroso pueblo por tus caminos que hoy me aparecen como sembrados de estrellas y de flores”.

Un año después se unía Athaliva la hija del Rey, con el heredero del soberano de los Carducos que la llevó a su lejano país.

Los diez años consecutivos fueron de perfecta paz, debido a que Bartolomé aconsejaba siempre al Rey una suave tolerancia para los caprichos y desmanes de su hermano Astiages, en cuanto no perjudicasen a los pueblos gobernados por él.

Mas llegó un día que ésta tolerancia no fue posible y sobrevino una guerra civil entre la provincia norte gobernada por Astiages y el resto de Armenia que obedecía a Polemón.

El pueblo en general amaba a su Rey y amaba también a la noble y bondadosa reina Ehsabet, hermana de Bartolomé. Era pues una triple fuerza difícil de vencer. Después de dos años de luchas e intrigas disimuladas, y mediante asesinos pagados a alto precio, Astiages consiguió introducirse en el palacio real, y el Rey y Bartolomé fueron asesinados a puñal y Betina hecha prisionera.

El Rey de los Carducos, casado con su hija, amenazó con una guerra

si no se la ponía en libertad. El pueblo quiso seguir gobernado por ella y accedió, aún agobiada por su luto y su dolor. El Rey Polemón y el Apóstol fueron sepultados juntos en un hermoso mausoleo mandado levantar por la noble mujer, que durante tantos años fue la eficaz auxiliar de Bartolomé en su misión de Apóstol del Cristo en Armenia, donde floreció el Cristianismo admirablemente, como si la sangre del discípulo mártir la hubiera fecundado para producir en almas, el ciento por uno, según la frase del Verbo de Dios.

83

JUAN EL MUY AMADO

“Eres la estrella de mi reposo”, habíale dicho el Maestro un día. ¿Por qué? Al relatar su vida vamos a saberlo.

Por ser el más joven, casi un adolescente, era Juan el número Doce de los íntimos seguidores del Divino Maestro. Los once primeros eran mayores o de igual edad que Él. Tan sólo Juan le era menor, en doce años de edad.

Los dramas de la vida con sus desengaños y pesimismo les eran harto conocidos y habían dejado huellas indelebles en sus corazones y en sus vidas, hasta el punto de haber agriado el carácter de algunos y haber producido en otros esa pesada niebla de melancolía y desesperanza, mas también una cautelosa reserva que no se abría fácilmente a la amistad y a la confianza. Al Maestro le costó un inmenso caudal de paciencia y discreción para conseguir ponerlos a tono unos con otros, en forma de que fuera posible la vida en común tan deseada por Él.

Juan, en cambio, era el jovenzuelo de alma sana y corazón lleno de ternura y alegría de vivir, dócilmente dispuesto siempre a la complacencia del que se sabe más pequeño que todos. Y se sentía contento de serlo.

Sus pensamientos, sus palabras, sus actos todos tenían cierto dejo infantil, espontáneo y tierno que espantaba muchas veces las ráfagas de ira, que alguna discusión inoportuna había tendido en el ambiente, haciéndolo tenso y duro.

Y debido a esto, el Maestro le había llamado algunas veces: “Estrella de mi reposo”, frase que descorre un tanto el piadoso velo con que su incomparable amor, trataba de ocultar la honda pena que le causaba la desarmonía entre el pensar y el sentir de los miembros de su pequeña escuela en los primeros tiempos de su fundación.

A los Doce le había dicho la palabra mágica: *¡Ya es la hora!* Cuántas veces le aguijoneó el pensamiento doloroso y tenaz: “*¿Tuve acierto al elegirlos?*” ¡Pero su noble espíritu, lleno siempre de piedad y de amor,

reaccionaba enseguida amparándose de la duda con la ley de la evolución, que gradúa en infinitas escalas a las almas todas en la distinta educación de cada uno, y hasta en las tragedias íntimas sufridas por cada cual!

Mis lectores conocen ya el estado de desesperación en que a Juan le dejó sumido como en un oscuro abismo, la espantosa muerte con que vio terminarse la luminosa vida de su Maestro, el Mesías, Cristo-Rey de Israel, según el anuncio de los Profetas.

Estuvo Juan al borde de la locura que lleva a veces a poner término a la propia vida, y el tierno amor de la pequeña María de Betania hizo el prodigio de arrancarle a ese terrible estado espiritual.

El lector conoce así mismo los incidentes de su viaje a tierras del Nilo, a la “Aldea de los Esclavos” junto al lago Merik, donde el Apóstol Zebeo ensayaba con éxito su capacidad de “amar al prójimo como a sí mismo”, en cumplimiento de la divina enseñanza que acababan de oír de los labios del Cristo Ungido de Dios.

La Ley Divina que tiene fijadas y medidas las horas de sus complacencias maternas como de sus juicios severos o de sus sabios designios, dejó tres años más al lado de Juan, esa dulce vida de lirio, María de Betania, que fue el instrumento elegido para producir la saludable reacción de la decadencia espiritual y física en que la muerte del Maestro había sumido a Juan.

Hasta que una tarde en que sentados ambos junto a Myriam bajo aquel rosal encarnado donde ella deshojaba sus pensamientos, dulces y suaves como los pétalos que caían sacudidos por el viento, un ligero síncope, un suspiro más hondo que los demás, dejó escapar el alma de la jovencita que al dar con su inocente amor una vida nueva a Juan Apóstol de Cristo, había cumplido acaso la parte más importante de su programa en esa breve existencia de flor que sólo deja tras de sí una estela de perfume, una vibración de lira suspendida de un ciprés que sombrea una tumba... o el rayito de luz de un recuerdo que jamás se extingue en el fondo del alma.

Y si fue Juan para su gran Maestro, “estrella de su reposo”, María lo fue para Juan de tan completa manera, que en la vida y después de muerta fue para él como la savia oculta en el rosal que lo hacía florecer aún bajo las escarchas del crudo invierno..., el invierno mustio de la soledad del corazón en su largo destierro de la isla de Patmos.

Pero no nos anticipemos a los acontecimientos.

Al regresar de las tierras del Nilo, las golondrinas que habían emigrado huyendo de la tormenta, se ubicaron en los hogares que les esperaban. Boanerges y Amada en el Castillo de Mágdalo, de donde estaba ausente su dueña que viajaba con Pedro; Saúl y Rhoda en Tiro. Lázaro y Martha

habían consentido que María quedase por una temporada en Nazareth al lado de Myriam y de Juan, temporada que se prolongó hasta que la muerte llamó a su puerta demasiado temprano.

—Juan, yo quiero que tú y yo escribamos un Diario en común. El Maestro Leandro me ha obsequiado un rollo de papiros y con él he confeccionado un lindo cartapacio que llenaremos con nuestras impresiones, sentimientos y resoluciones para el presente y para el futuro.

Así hablaba la pequeña María en una velada íntima en el Cenáculo de la casita de Nazareth, donde todos dormían, y sólo ella, Myriam y Juan velaban recordando siempre al ausente inolvidable.

El libro en blanco preparado por María se veía cerrado sobre la gran mesa central.

—¿Y qué es lo que piensas que escribiremos en él? —le preguntó Juan que hasta ese momento no había pensado en ser escritor.

—Aún no lo sé —contestaba ella—. Pero cierta estoy de que el Señor será nuestro inspirador.

Y cual si estas palabras hubieran tenido fuerza de evocación, una suave luz en forma de estrella comenzó a diseñarse en la oscura cubierta del cartapacio. La estrella se agrandó hasta cubrir el librito y parte de la mesa. Y los tres vieron una cruz como de sangre en el centro de la magnífica luz.

—¡Siempre esa cruz! —exclamó Myriam y sus hondos sollozos resonaron en el silencio de aquella noche otoñal.

Cuando la ola de emoción hubo pasado, se estableció esta conversación.

—Hijos míos —dijo Myriam—, paréceme que un designio divino hay sobre vosotros y sobre ese libro que en común queréis escribir. Podemos decir que sois los Benjamines de la Escuela de mi Hijo, acaso los que por más tiempo viviréis en la tierra para difundir entre los hombres sus enseñanzas. ¡Cuán grande será vuestra obra!

—¡Madre!... —exclamó la jovencita—. ¿No recordáis las palabras de nuestro Señor cuando yo le decía que no quería para mí una larga vida?: *“Trece años después que yo parta al Reino de mi Padre te llamaré a mi lado, cuando tu huerto interior estará todo florecido”*. Han pasado ya once años y sólo faltan dos para que se cumpla el plazo.

—¡No, por Dios! —exclamó Juan—. No puede el Maestro querer que yo vuelva al penoso estado del que tú me sacaste, María. ¡No querrá Él dejarme tan solo!

—¡Oh, qué pequeñita es tu fe, Juanillo!... ¿Cómo has olvidado las promesas del Señor para todos nosotros? ¿No es el alma una lámpara eterna cuya luz alumbró a todo el que quiere ser iluminado? ¿Acaso el morir es aniquilamiento y destrucción?

“El Señor murió y le hemos visto vivo y glorioso innumerables veces, y se hace sentir cada vez que evocamos con fe y amor su recuerdo. ¿Me impedirá la muerte continuar a tu lado y escribir el libro contigo?”

“¿No dijo el Maestro: *“Si os amáis como yo os amo, podéis hacer todas las obras que yo hago”*”? Creo que tú y yo nos amamos como Él nos amaba, y su palabra no pasa como el humo del heno cuando se quema.

“¡Juan!... no debemos causar pena al Señor poniendo duda en sus promesas”.

—¡En tus palabras, hija mía, está la sabiduría de los Ancianos! —exclamó Myriam—, y son ellas lluvia de consuelos a mi corazón. ¡No quiero que te vayas!..., pero si Él lo quiere; mi voluntad es igual que la suya.

Juan guardaba silencio pero sus ojos claros se habían cristalizado de llanto y miraban profundamente a María.

Al día siguiente comenzaba a escribirse el cartapacio de Juan y María, y lo llamaron: “El Libro de las voces interiores”.

Comenzaba así:

“¡Señor!... ¡Tú vives en tu Reino glorioso de Amor y Luz, de Paz y de Sabiduría, y nosotros lloramos inconsolables tu ausencia de esta tierra! ¿Por qué te fuiste, Señor, si sabías que sin Ti, la oscuridad envolvería nuestras vidas de horror y de espanto?”

María dobló su cabecita sobre el libreto y cerró los ojos en un suave adormecimiento.

Juan observaba atentamente y la vio tomar de nuevo el punzón y como poseída de una extraordinaria energía comenzó a escribir nuevamente.

“María, mi niña querida; el amor se acerca a vosotros como un rayito de sol cuando se abre la puerta de vuestro aposento interior. Y la claridad de ese rayito de sol os permitirá ver, saber y comprender lo que nunca puede llegar a vuestra tierra por otros caminos.

“El Yhasua amado que vosotros lloráis creyéndole ausente y lejano, vivió y murió muchas veces en la materia, que la Ley Eterna le otorgó para el cumplimiento de sus designios, y vivió junto a vosotros que le amasteis muchas edades antes de ahora.

“En un continente inmenso que hoy duerme bajo las olas del mar y que un día volverá a levantarse, hubo un país hermoso como un sueño tejido por hadas de amor y de luz. Y ese país se llamaba Otlana y su capital Orozuma resplandecía de belleza, de paz y de abundancia entre todos los países del vasto Continente.

“Senegaldo Rey y su esposa Wilfrida eran padres de un numeroso pueblo.

“Su primogénito Anfión y el segundo Alpha-Huari, eran la gloria, el amor y el tormento de aquellos padres.

“Alpha-Huari no amaba a su hermano, y ese desamor fue convirtiéndose en odio alimentado por esa hidra fatal que se llama Envidia.

“Los bienes, los dones, los afectos conquistados por el hermano o concedidos por Dios en mérito a muchos sacrificios y renunciamientos de otras jornadas lejanas y dolorosas, excitaban a la hidra y el abismo se ensanchaba día por día entre Alpha-Huari y su hermano mayor.

“Los padres, al igual de todos los padres, amaban a los dos, y Senegaldo, absorbido por el gobierno de sus pueblos, no prestaba atención a los sentimientos íntimos de sus hijos.

“Sólo veía con satisfacción y entusiasmo los progresos intelectuales y físicos de su heredero que era, ante su padre, una bella promesa para el futuro de su dinastía y de su vasto país.

“Tan solo Wilfrida, la madre, adivinaba la extraordinaria situación de sus dos hijos, divididos por un antagonismo profundo.

“Y cuando amorosamente reconvenía al menor por el odio injustificado, según ella, siempre escuchaba la misma respuesta:

“—Todo para él y nada para mí. No puedo aceptar que un Genio fatal me trajera a la vida en tan injusta y desmedrada condición.

“Y la madre argüía: —Tu hermano no es culpable de tal situación, y como tú no lo eres de nacer el segundo, tampoco lo es él por haber nacido el primero. Es la incomprensión e incapacidad humanas que no sabiendo crear leyes justas, ni aún tiene el acierto de copiar a la sabia Naturaleza que tiene un sol para todos, y manda la lluvia para todos, y sus ríos y sus mares son para todos, y el aire sopla en todos los campos, ciudades y pueblos, y los árboles dan sombra a todo el que se ampara debajo de sus ramas. Comprende esto, hijo mío, y no hagas blanco de tu odio a tu hermano, que nada hace para merecerlo”.

“Las sabias y dulces palabras de la madre se perdían en el vacío como pétalos de rosas que se lleva el viento y el odio de Alpha-Huari como un dragón cebado se agrandaba más y más.

“Deseando el joven Príncipe adormecer la aversión de su hermano dijo un día a su padre.

“—Padre y señor mío: Si es tu beneplácito, renunciaré a mis derechos de primogénito de tu casa en favor de mi hermano Alpha-Huari, porque quisiera mi alma la soledad y el retiro de los Profetas Blancos; vestir sus sagrados hábitos y consagrarme a su apostolado de educadores de los pueblos que te sirven y que te aman.

“Senegaldo, que amaba intensamente a ese hijo en quien tenía puesta toda su fe y esperanza para el futuro, se quedó sin palabra y tardó unos momentos antes de responder.

“—¿Es posible, Anfión, hijo mío, que no hayas comprendido que no

hay en mis vastos dominios quien pueda ocupar tu lugar a mi lado, ni después de mí?

“¿Es posible que no hayas comprendido con tu claro talento lo que significas para mi viejo corazón, para mis esperanzas y mis anhelos, y más todavía para todos los Ancianos de mi Consejo que te observan día por día desde el primer albor hasta que llega la noche?”

“El joven inclinó la cabeza ante el autor de sus días, que le atrajo dulcemente a su pecho, como si quisiera hacerle sentir que su viejo corazón latía irregularmente y que acaso y de improviso, quedaría quieto y mudo para siempre.

“—Tienes mi permiso para pasar los días que quieras entre los jardines solitarios de los Profetas Blancos, pero a condición de que cuando no estés bajo mi techo, me mandes un mensajero cada día, dándome tus noticias y asegurándome que sigues firme en tu puesto de heredero y continuador de mi vida y de mis obras, en medio de este pueblo en que has nacido.

“—Serás obedecido, padre, y si te place, partiré hoy mismo a la Montaña Santa, porque tiene mi alma sed de soledad y silencio. —Y se arrodilló ante su padre para recibir su bendición.

“—Antes debo decirte algo muy importante: En la próxima luna termina el plazo de tus esponsales con la princesa Odina de Dyaus, y ya sabes que es agravio a dama de tal categoría y a su padre el Rey Atho-Fana, que tan gentilmente me cedió la mano de su hija para ti, si retardamos un solo día el cumplimiento de lo pactado.

“Como el joven guardase silencio, su padre insistió:

“—¿No estás de acuerdo en celebrar la boda? Nuestros pueblos lo esperan como un día de gloria y de triunfo. Y yo, lo espero también.

“—Sea hecha tu voluntad en todo, padre mío. Dame tu bendición.

“El anciano le bendijo añadiendo: —Dejo a tu elección los sujetos que han de formar la escolta que irá a traerte la futura esposa. Tu madre y yo elegiremos la corte de honor de las doncellas y azafata que le harán compañía.

“Contaba entonces Anfión, doscientas dieciséis lunas y era la edad reglamentaria para tomar esposa el Príncipe heredero de los Reyes de Orozuma”.

El punzón cayó de las manos de María y con un hondo suspiro pareció que se despertaba.

—¡Cuánto escribiste, María! —exclamó Juan asombrado en extremo de lo que pasaba con su amiguita.

Ella miró el cartapacio.

—Es verdad —dijo—. Paréceme que he soñado que el Maestro me refería un cuento, como aquellos que solía contarme en las veladas de Betania cuando descansaba en nuestra casa.

NO ERA UN CUENTO...

Dos días después la pequeña familia de la casa de Nazareth se encontraba reunida en la glorietta de las confidencias, junto al rosal-té que deshojaba sus pétalos rosa y oro, y caían sus hojas amarillentas sobre las losas del viejo patio que varias generaciones habían hollado con sus pies.

El tío Jaime encerraba en un cesto de mimbre los higos secos que recogía del secadero de fruta.

Dina preparaba la rústica mesa hecha de troncos de pino y cañas de bambú, para la última comida de la tarde.

Myriam, abstraída en el Libro del Profeta Isaías, meditaba en lo que iba leyendo. “Varón de dolores, será llamado..., el Justo, el Bueno que no romperá la caña que está cascada, ni apagará la mecha que aún humea”. Y sus pupilas mansas, por unos momentos se cegaban de lágrimas.

María y Juan hablaban a media voz para no molestar a la silenciosa lectora.

—Ahora escribirás tú, Juan.

—¿Sabes acaso si yo podré escribir?

—Sí; tú escribirás porque en el sueño de la pasada noche me fue anunciado.

—¿De qué manera?...

—El Maestro me lo dijo.

Y sin decir más palabras, entró a las habitaciones y volvió con el gran libreto.

Apartados a un rincón sombrío de la glorietta, puso en las rodillas de Juan el cartapacio con el punzón pendiente de un cordón y le dijo:

—Oremos, Juan, y que la luz de los cielos sea en nosotros.

Un breve silencio y la vocecita apagada en un murmullo, continuaba como un soplo de brisa en el rosal-té que brindaba sus postreras rosas.

—El Señor está en mí. Escribe, Juan, que yo te dictaré.

La suave hipnosis que cierra los párpados y enciende luz en la mente, había caído sobre la dulce virgen que dictaba a Juan la continuación del cuento comenzado en una tarde anterior.

Y Juan, el muy amado, obediente y silencioso, escribía:

“Toda una luna duraría el viaje para traerle al Príncipe la esposa prometida, y durante ese tiempo, él, retirado en la Montaña Santa, se empapaba en la sabiduría de los solitarios del sayal blanco y el alma

luminosa, porque pasaban sus vidas en el estudio de las leyes que gobiernan la naturaleza visible y los mundos invisibles.

“Y leía con asombro en los viejos y amarillentos papiros:

“Es infinitamente más grande aquello que escapa a los ojos del hombre, al oído del hombre, a toda percepción humana, que todo aquello que él conceptúa como real y verdadero, porque sus ojos lo ven, su oído lo escucha, sus manos lo palpan”.

“Y el ansia suprema de conocer lo Incognoscible, de escuchar la eterna melodía del Silencio, de comprender lo Incomprendido, de palpar lo Intangible, devoraba el Alma del príncipe y le hacía olvidar que era el heredero de un gran reino, futuro soberano de un numeroso pueblo, que sería un día Rey sobre otros Reyes tributarios, que sería Juez, Instructor y Padre de inmensas multitudes.

“¿No era acaso infinitamente más grande todo aquello que sus ojos no podían ver, ni sus oídos escuchar, ni su mente comprender?

“Sphano-San el Patriarca de “Montaña Santa” que gobernaba entonces el Gran Santuario, era el amoroso confidente del jovencito Anfión, el que respondía a sus dudas, el que modelaba su vida interna a la medida que el Gran Atmán deseaba en el hijo primogénito del Rey, que gobernaba su pueblo escogido.

“—¿Escogido por qué y para qué? preguntaba Anfión.

“—Porque en él aparecerá por dos veces consecutivas la Luz Divina hecha hombre, para que el hombre, carne corruptible, llegue a ser ángel de luz; para que el hombre barro y ceniza se transforme en claridad, en iris resplandeciente después de pasadas todas las tempestades —le contestaba Sphano-San.

“Y continuaba el Anciano deshojando el árbol maravilloso de la sabiduría sobre el ánfora de limpio cristal del alma que le escuchaba con el ansia suprema del sediento que llega a la fuente para beber.

“—¿No has visto que tu padre Senegaldo, engalana la ciudad y su palacio, y viste a toda gala su servidumbre y sus ejércitos cuando se le anuncia la visita de un Rey de naciones poderosas? ¿No viste que manda sembrar de flores todo el camino que ha de recorrer su visitante? ¿Qué no hará el Gran Atmán en la tierra a donde mandará al Amado Hijo, mensajero suyo a la humana grey que puebla el Planeta?

“—Y ese Hijo mensajero, ¿quién es, cómo es, cuál es su nombre?, —preguntaba nuevamente el Príncipe—. ¿De dónde viene?... ¿Cómo viene?... ¿Cuándo llega?

“Y el prudente Anciano, entornando los ojos para mejor ocultar la verdad que acaso asome por ellos antes de tiempo, contestaba:

“—Ese Hijo mensajero será el Amor hecho Hombre; será la Verdad hecha palabra hablada y oída; será la Piedad que seca todo el llanto de

los hombres, la saciedad de todas las ansias, la solución de todos los problemas humanos, la melodía eternamente buscada por todo corazón de hombre.

“—Yo quiero conocerle cuando llegue, y estrechar su mano de amigo y hospedarle en mi casa, y sentarle a mi mesa y compartir con él cuanto soy y cuanto tengo —decía el Príncipe poseído de vivo entusiasmo.

“—Sí, hijo mío, serás su amigo, le amarás como a ti mismo y serás una misma cosa con él. Con él gobernarás tus pueblos, serás sabio con su sabiduría, su amor te hará vivir días de suprema dicha y tus pueblos cantarán himnos de amor en torno tuyo. ¡Cuán grande, justo y bueno serás con él!...

“El alma de Anfión se inundaba de esperanza y de fe al escuchar al Patriarca, y alargaba más y más las horas de su oración al Gran Atmán para que le hiciera digno de llamar amigo a su Hijo, mensajero suyo ante los hombres de la Tierra.

“El amor y la piedad desbordaban de su corazón, y recorría las cabañas de los pastores y los labriegos, de los enfermos y desposeídos, llevándoles buenas ropas y escogidos alimentos para mejorar sus vidas, su salud, su presencia física, y que fueran así agradables al Mensajero Hijo del Gran Atmán que llegaría en breve.

“Mientras tanto en el inmenso palacio-fortaleza de Senegaldo, su padre, todo se movía como una vasta colmena de millares de abejas laboriosas que preparaban esa dulce miel que el hombre terrestre llama felicidad, y que sería para Anfión y Odina como el escenario magnífico de un grandioso amor convertido en realidad humana...”

María calló como si alguien le hubiera cortado su palabra en los labios. Juan la miró asombrado.

—¿No me dictas ya más? —le preguntó.

—No puedo, Juan. La voz interna que hablaba guardó silencio de pronto, y no sé nada más que decir. Cierra el libreto, Juan, que si la voz no se deja oír, es señal clara de que no quiere hacernos saber nada más. Acaso otro día seguirá el cuento”.

Las sombras primeras del anochecer caían como una gasa azulada sobre el huerto de la casita de Nazareth.

Los mirlos y las alondras gorjeaban juguetones entre las ramas del cedro gigantesco donde se escondían a pasar la noche, y la humilde familia que dejó el Cristo en el hogar que cobijó su vida de hombre, se reunía en torno a la mesa y la venerable señora decía a María y a Juan:

—Bajad de vuestro cielo, hijos míos, que también en nuestra pobre tierra hay bellezas y deberes pequeños para cumplir.

—¿Cuáles son, madre?, —preguntaban a un mismo tiempo María y Juan.

—Darme un poco de vuestra juventud y alegría de vivir, y hacernos parte de los dones divinos que el Padre Celestial os da.

En la velada de esa noche en el gran cenáculo, que era a la vez recinto de oración, Juan leía cuanto estaba escrito en el cartapacio de los papiros amarillentos.

85

ANFIÓN Y ODINA

Destejía la aurora sus crepúsculos de amatista y oro, cuando María y Juan, andando de puntillas para no despertar prematuramente a los moradores de la Casa de Nazareth, se dirigían a la glorieta del rosal-té, porque sentían ambos, algo como una fiebre sedienta de continuar escuchando esa misteriosa voz íntima, que les relataba desde quién sabe qué profundas lejanías, una leyenda, poema o drama que seres de carne, sangre y huesos, habían vivido sobre la tierra.

Y ¿con qué fin se las contaban? ¿Qué relación podían encontrar ellos con ese Rey Senegaldo y su hijo Anfión; con esa princesa Odina y su padre el Rey Atho-Fana?

María no escuchaba estos interrogantes de Juan, porque la glorieta del rosal-té, parecía tener magia de amor extático para ella; y no bien se instalaba bajo la verde techumbre, su alma desterrada de su cielo, se levantaba en un vuelo raudo, ligero como un suspiro que brota del pecho y se sumerge en el mar ilimitado de lo Infinito.

Y con sus ojos entornados por la hipnosis que llegaba, murmuraba quedita como un susurro: —Ya llega la voz... Escribe, Juan, que el cuento sigue...

“El gran continente denominado Atlántida dividía en dos el inmenso Océano Atlántico que por ello tomó el nombre de esa tierra bendecida por Atmán con todo género de dones, de riquezas, de fertilidad y de belleza.

“Este hecho obligaba a denominar Mar del Norte a la inmensidad de aguas que regaban el norte del continente. Y Mar del Sur, por igual razón a las aguas que besaban mansamente o azotaban con loca furia las costas del Sur.

“Anunciado estaba por algunos célebres clarividentes de los Profetas Blancos, que en siglos futuros el Mar del Norte se uniría con el Mar del Sur pasando sus aguas por encima de aquella tierra privilegiada, arrasando con todo ser viviente y precipitando al abismo sus esplendorosas ciudades que eran el asombro de todos los países de la tierra.

“No reconocían los hombres el don de Atmán y vivían sumergidos

en todo género de maldades, desoyendo los sabios consejos de los solitarios de la Montaña Santa que veían cercana la hora del tremendo desequilibrio producido por el mal, que es odio, en eterna lucha contra el bien, que es amor.

“La infinita Bondad de Atmán tuvo compasión de los justos que oraban, lloraban y clamaban perdón para los inconscientes que todo lo sometían a su soberbia y su avaricia.

“Y un Serafín de luz, de pureza y de amor descendió de los cielos en un vuelo sereno a las praderas floridas de Atlántida, para tejer de amor la red de oro y seda en que salvaría a sus hijos.

“En diez grandes regiones o países estaba dividido el Continente y eran sus nombres como sigue:

“Comenzando del oriente y sobre el Mar del Norte se hallaban: Poseidonia, Otlana, Valle Hondo o País de Dyaus, Theos-Kandia, y Cerro de Oro o país de Zeus. Sobre el Mar del Sur y comenzando siempre del oriente se encontraba Mauritania, como un peñascoso istmo que unía Tierra Negra (África) con la bella Atlántida.

“Colindante con Mauritania se encontraba el país llamado Manantiales de Zeus por las numerosas vertientes de aguas saludables y puras que surgían de las montañas y regaban valles y praderas. Y siguiendo hacia occidente continuaban Cerro Negro, Valle de Oro y Monte Rojo o May-Olandia.

“En el País de Otlana y en el País de Dyaus, tenían los Profetas Blancos dos templos de Sabiduría que eran a la vez Escuelas, Santuarios y Casas de Salud donde se atendía toda clase de enfermos y desamparados.

“Senegaldo-Rey gobernaba el vasto país de Otlana; y Atho-Fana-Rey gobernaba en el País de Dyaus.

“Ambos eran justos y vivían conforme a la ley de Atmán.

“En esos dos hogares santificados por el amor, habían aparecido en la vida física Anfión y Odina, almas de avanzada evolución y “doblemente gemelas”, pues eran parte del núcleo de los setenta hijos del gran padre espiritual Sirio, y a la vez emanación de un Ego purificado que resplandecía como oro teñido de amatista en uno de los planos más radiantes del Reino de Dios.

Y Odina era la esposa que Senegaldo-Rey mandaba buscar para su hijo Anfión, heredero del Reino.

“Los grandes Genios de la evolución humana habían realizado el prodigio de una encarnación conjunta de dos estrellas de primera magnitud en el cielo de los Amadores y la Infinita Piedad del Supremo Atmán miró hacia la Tierra y quiso unir en místicas nupcias la luz con las tinieblas, tal como en pasadas edades se había realizado en las tierras

bañadas por el Mar Sereno. Dos radiantes Gemelos se habían unido con la humanidad terrestre.

“Cien carrozas vivas, elefantes enjaezados lujosamente llevando en sus lomos doseles de púrpura, partían de Orozuma engalanada, hacia el vecino país de Dyaus, donde la virgen elegida movía sus manecitas en el telar para transformar en ropas de abrigo la lana de las majadas; y las movía sobre las cuerdas de la cítara dorada, para arrancarle melodías evocadoras de los ángeles de Dios que debían traer bendiciones, esperanza y paz sobre los dolores humanos.

“Y Atho-Fana decía a su hija:

“—En la próxima luna mandará por ti, el Rey Senegaldo. Se cumplió el plazo de tus esponsales, y el cortejo que ha de conducirte debe haber salido de Orozuma. Tu madre y yo no sabremos como alumbrar nuestra vida sin ti.

“—¡Padre! —decía ella—, te quedan otros hijos e hijas. ¿Por qué pues concediste mi mano al hijo de Senegaldo-Rey para lamentar luego mi partida del hogar?

“—Es que ni aún los reyes podemos poner obstáculos en los caminos de la Ley. Tu alto destino nos había sido anunciado a tu madre y a mí antes de unir nuestras vidas. ¡Hija mía!... Es doloroso a los padres el traer a la vida física un serafín de luz, que un día vuela de nuestro lado porque su presencia amada es necesaria en otros confines. Estaba escrito desde largo tiempo que tú y el Príncipe heredero de Orozuma os uniríais un día... Que se cumpla la Ley en vosotros, hija mía, aunque tu madre y yo padezcamos tu ausencia.

“Desde que naciste a la vida te colocamos como una flor en el altar de Atmán para que Él te recoja cuando quiera.

“Y el buen Rey Atho-Fana dejó correr una lágrima furtiva que fue a esconderse en la dorada cabellera de su hija que doblaba su cabecita sobre el pecho de su padre.

“Cuando llegaron los enviados del Rey Senegaldo, se hicieron grandes fiestas para recibirles dignamente, más aún cuando supieron que en la brillante escolta estaba el hijo segundo del Rey, Alpha-Huari, que había pedido a su padre como especial honor, ser él quien condujera la futura esposa del heredero real. “Los buenos padres, siempre fáciles de creer en la bondad de sus hijos, vieron en esa súplica tan humildemente pedida, la transformación de los sentimientos de Alpha-Huari para con su hermano y lo tomaron como una bendición de Atmán que en obsequio al desposorio del heredero, ponía paz y armonía en su casa.

“Sólo el Segundo jefe de Guardias Reales sospechaba una maligna intención, puesto que le era conocido el hecho de que varias noches antes de salir de Orozuma, Alpha-Huari había salido del palacio después de la

queda, pidiendo al Guardia del gran portalón de entrada y a los cadeneros del puente levadizo que le dieran entrada a su regreso.

“Uno de los cadeneros tuvo la idea de seguirle y le vio entrar en la covacha de un viejo afilador de lanzas y demás armas cortantes, del cual se decía que tenía además el don siniestro de estar en relaciones con los espíritus de las tinieblas enemigas del hombre. Y con un hábil espionaje el cadenero se enteró de que mediante un bolsillo de oro, el afilador y mago negro, le prometió estorbar durante el viaje, que la princesa Odina llegase hasta el Palacio Real de Orozuma.

—Sea del modo que sea lo estorbaré —oyó el cadenero, que fue la frase final de aquel diálogo de crimen y de muerte. Y transmitió la noticia a su superior inmediato, el Jefe Segundo de la Guardia, y a esto se debió que el Jefe Primero, casi un anciano ya, pidió al Rey designar a su Segundo como jefe de la escolta que conduciría a la Princesa. Era éste un hombre joven, fuerte y de hábiles maneras para precaver y evitar cualquier accidente, sin que causara alteración ni extrañeza alguna en los demás.

“Alpha-Huari era de bella presencia tal como su hermano mayor, y sólo le faltaba para igualarle, la irradiación de bondad, de afable trato, y un no sé qué tan suave y atrayente que se llevaba los corazones tras de sí.

“Y era esto precisamente lo que había engendrado la envidia en su corazón mezquino.

“Tenía él amores secretos con una sobrina de la azafata, y lo alimentaba, no porque pensara casarse con ella, que, según él, era demasiado poco para el hijo de uno de los más grandes reyes del continente. Lo alimentaba como medio de enterarse de todas las redes que tejían y destejían en el Palacio de sus mayores.

“Y ella, ilusionada con ser algún día nuera de los Reyes de Orozuma, le servía incondicionalmente en todos sus caprichos y sugerencias. Esta joven formaba parte de la corte de doncellas que acompañaría en su viaje a la princesa Odina.

“Alpha-Huari tenía pues una fiel espía entre las doncellas, y otro espía no menos fiel entre los hombres de la escolta.

“Pero nada de esto pasaba inadvertido al Segundo Jefe de Guardias que iba al mando de aquella lucida escolta y que no le perdía de vista ni un momento.

“Observó cómo cortejaba a la Princesa Odina con adulaciones y lisonjas que la ruborizaban más que la agradaban, y a las que ella respondía con la mayor discreción y hasta simulando no advertirlas.

“Y dijo a su padre:

“¡Cuán diferente es Alpha-Huari de su hermano, mi prometido esposo!
En las dos únicas visitas que me ha hecho durante el plazo de esponsales,

jamás me dijo lisonjas ni demostró esa extática contemplación de mi persona que tanto me molesta y hasta me hiera. Y a veces creo percibir como un relámpago de ira cuando menciono al Príncipe Anfión.

“Casi me asusta, padre, este hombre, y no sé para qué ha venido en el cortejo.

—No temas nada, hija mía —le contestaba su padre—. El Rey Senegaldo ha querido sin duda dar mayor brillo a tu cortejo, enviando a su segundo hijo en busca tuya.

“Y llegado el día de la despedida, Atho-Fana Rey y su esposa veían con dolor la partida de su hija, pero la certeza plena de la felicidad que le daban uniéndola al más grande y noble de los príncipes de aquella época, les era consuelo y atenuante a su pena.

“Era Odina la única hija de su primer matrimonio con la incomparable y dulce Adelfina, hermana del Patriarca de los Profetas Blancos de Dyaus. Otras hijas e hijos tenían de su segundo matrimonio, con una hermana de aquella primera esposa tan amada de su corazón.

“Y así decía al despedir a su hija tan parecida a su madre:

—Pierdo por segunda vez a mi inolvidable Adelfina, que Atmán recogió temprano a su lado porque era una flor digna de sus jardines eternos.

—¿Acudirás, padre, a mis bodas? —preguntaba la hija.

—Yo bendije tus esponsales ante los altares de Atmán, aquí mismo bajo el techo en que naciste. Ahora corresponde a Senegaldo bendecir las bodas bajo el techo que cobija a su hijo. Tal es la costumbre en la realeza de nuestros tiempos. ¿No es hermoso obrar con justicia y nobleza siempre?

—¡Mucho pensaré en ti ese día, padre!

—Y mi corazón... todo yo estaré a tu lado, hija mía, en ese día de gloria y de amor para ti”.

Las lágrimas corrían de los ojos cerrados de María mientras dictaba el relato a Juan, y éste sentía a su vez las vibraciones hondas, tiernísimas de aquel amor paternal tan intensamente percibido por la sensitiva, iaún a través de tantos y largos años!

¡Cuán vivas quedan reflejadas en los radiantes Archivos de la Luz Eterna, las emociones y sentimientos de los seres que actúan entre desbordantes alegrías o entre los más crueles dolores!

—Lloras, María —díjole Juan profundamente conmovido, así que la vio despertarse de nuevo a la vida terrestre—. ¿Por qué lloras?

—No lo sé, Juan, pero siento como si arrancaran de mi lado algo que me es muy querido.

—Lee el relato que has dictado y sabrás la causa de nuestra honda emoción.

El tío Jaime llegó a avisarles que la leche con miel humeaba en los tazones y las clásicas castañas recién sacadas del fuego les esperaban en la mesa hogareña.

—¡Madre Myriam! —decía Juan entusiasmado—. ¡Si vieras qué hermosa historia le cuenta la voz a María! Y la tenemos escrita aquí en este cartapacio que acaso no bastará para escribirla toda.

—Y esa voz... —decía Myriam sin esbozar todo su pensamiento.

—Esa voz debe ser de alguien que obedece a nuestro Señor porque ella viene cuando María y yo la llamamos con el pensamiento elevado hacia Él, en esa oración de amor que tanto nos enseñó —contestaba Juan.

El misterioso dictado continuó sin interrupción día tras día, formando como un nimbo de ilusión en aquellos corazones juveniles que aún no se habían abierto a las emociones de amores pasionales, porque sólo vivían del divino amor que el Hombre-Luz había encendido en su corazón.

Y la venerable Señora pensaba con secreta satisfacción:

“¡Cuánto alegraría mi vida si María y Juan llegaran a unirse en matrimonio y floreciera su dicha en torno mío!”

Pero la Ley Divina marcaba otros senderos a estos dos elegidos del Señor. Continuemos, lector amigo, escuchando el dictado que la voz daba a Juan por la hipnosis de María:

“Y llegó por fin el día tan deseado y a la vez temido por los padres y por la hija.

“La lucida escolta a toda gala formada en dos filas esperaba a la puerta del palacio fortaleza y el jefe de la escolta teniendo a su lado a Alpha-Huari para vigilarle de cerca, esperaba también que apareciera el Rey Atho-Fana llevando a su hija.

“Toda envuelta en un amplio velo blanco apareció por fin la grácil y gentil figura de Odina, conducida de la mano por su padre y seguida por los Ancianos del Consejo de gobierno. Y con la voz entrecortada por la emoción dijo al jefe enviado por el Rey de Otlana:

“—Con inmensa alegría y a la vez inmenso dolor te entrego a mi amada hija, para que la conduzcas hasta el Príncipe Anfión que la espera para desposarla. Ante el Gran Atmán que lo ve todo y ante mi Consejo aquí presente pido un solemne juramento de que guardarás su persona y su vida hasta arriesgando la tuya si fuera necesario.

“El gallardo y bravo militar se apoyó con la mano izquierda en su lanza de guerrero y con la diestra en su corazón y respondió con sonora voz:

—¡Ante el Gran Atmán que todo lo ve, ante ti, oh, Rey Atho-Fana y ante tu Consejo aquí presente, juro que defenderé aún a costa de mi vida la vida y persona de tu hija!

“Juradlo también todos vosotros mis subalternos —añadió dirigiéndose a la escolta que le rodeaba. Un atronador “¡lo juramos!”, resonó

como un concierto de voces en el silencio de expectativa que reinaba a la puerta del vetusto palacio real de Dyaus.

“El emocionado Rey levantó el velo de su hija y le dio el beso de la despedida.

“Y como si huyera ella misma de la intensa emoción, corrió apresuradamente y subió la escalerilla hasta el dosel de púrpura que la esperaba sobre el lomo del elefante que desde Orozuma le fuera enviado para conducirla. En pos de ella subió la azafata que le acompañaría durante todo el viaje de cincuenta y ocho días.

“Y por la gran avenida de centenarias palmeras se deslizó lentamente el brillante cortejo de la princesa Odina hacia el hermoso país de Otlana donde la esperaba el amor del Príncipe más noble y gallardo de aquellos países.

“Mientras tanto, Alpha-Huari se deshacía en homenajes para la novia de su hermano. En cada ciudad o pueblo que tocaban, se ingeniaba para adquirir, o una rica joya o un manto bordado de oro o un cofre de marfil y plata o las más hermosas flores o frutas propias de cada región.

“Y la princesa, en extremo discreta y fiel al amor que la esperaba, le contestaba siempre, mientras la azafata recibía el obsequio.

“—¡Oh, Príncipe, gracias, muchas gracias! Esto me prueba cuánto amáis a tu hermano, mi prometido esposo. Tus preciosos regalos son también para el Príncipe Anfión.

“Alpha-Huari hacía una reverencia y se retiraba pálido de ira.

“Cuando a veces detenían la marcha para descanso de las bestias, se abrían las tiendas y la princesa en la suya con la azafata y sus doncellas, cantaban acompañadas de cítaras y laúdes. Alpha-Huari que tenía una hermosa voz de barítono, pidió y consiguió de la azafata permiso para entrar a cantar amorosas trovas dedicadas a la princesa Odina. Siendo sus cantares cada vez más expresivos de sus ocultos sentimientos, la princesa se dio cuenta de lo que ocurría en el íntimo yo de su futuro cuñado y ordenó a la azafata no permitirle más la entrada a su tienda y mandó enfundar las cítaras y laúdes y los conciertos se dieron por terminados.

“La ira reconcentrada del orgulloso joven subió de tono y empezó a cavilar en la forma de deshacerse del Jefe de la Escolta y de la vigilante azafata, a la cual amenazó con dejar plantada a su sobrina por la dureza que tenía para con él.

“Trató secretamente de sublevar la escolta, ensayó audaces provocaciones al Jefe buscando lucha armada con él, hasta que en una población de gentes de dudoso vivir por donde pasaron contrató una banda de asesinos para que mataran al Jefe de la Escolta y a su segundo en forma de ocupar él su lugar al lado de la princesa, que su soberbia le hacía soñar que la conquistaría si ella se viera sin defensa alguna.

“El cobarde asalto se realizó una noche oscura y lluviosa mientras todos dormían en sus tiendas esperando el buen tiempo para seguir el viaje.

“La escolta respondió al inesperado ataque como era de esperar, pero resultó herido de gravedad el segundo jefe y dos de los guardias. Tres de los bandidos fueron muertos en el encuentro y uno que quedó herido declaró que habían atacado por cuenta de Alpha-Huari, que les pagó con un grueso bolsillo de oro la hazaña que les pedía.

“De todo esto resultó que el jefe le mandó retirarse del cortejo si no quería ser tomado preso allí mismo y llegar engrillado a la casa de su padre,

“A la mañana siguiente Alpha-Huari no apareció en el campamento, ni tampoco el guardia que le servía de espía.

“Ambos habían huido y hasta llegar a Orozuma no supieron más de él.

“Un clarividente de los Profetas Blancos había percibido a la distancia toda la lucha sorda que desde la salida de la princesa, se venía desarrollando en torno suyo. Y el Patriarca ordenó a sus solitarios, oración especial por la vida y feliz viaje de la princesa Odina.

“Mientras tanto Anfión, retirado en su pabellón y consagrado al estudio y a la oración pedía con ansias a la Suprema Inteligencia la luz necesaria para obrar en todo conforme a su Ley.

“Todo Orozuma esperaba engalanada el arribo de la escogida esposa de su Príncipe, y cuando fue avistada de lejos la comitiva, el Rey Senegaldo y su hijo salieron a recibirla.

“El Rey fue quien la descendió del elefante y el primero en abrazarla. La llevó luego de la mano hacia su hijo que, al levantarle el velo, vio lágrimas en sus ojos.

“—Mi corazón te esperaba —le dijo—, ¿y tú llorando vienes a mí?

“—Por mi sola voluntad vengo a ti, Príncipe Anfión, pero no sólo amor encontraré a tu lado, porque tu hermano te odia y ese odio lo comparto también yo.

“—No temas nada —le contestó él dulcemente—, que a la hidra del odio pronto la aniquilará nuestro amor.

“La besó en la frente y de nuevo la cubrió con su velo.

“Tomados de la mano entraron al palacio-fortaleza que sería escenario de sus obras de misericordia, de su dicha personal y del grande y santo amor que haría de sus vidas un hermoso poema admirado por los ángeles del Señor y por los moradores de la tierra”.

* * *

María abrió los ojos llenos de miedo y espanto, y Juan dejó caer el punzón comprendiendo que había terminado.

—¡Qué susto tengo, Juan! —dijo apretándose el pecho como si quisiera contener los latidos del corazón—. Como si nos amenazara un peligro —añadió.

—Ya sé, María, por qué te has despertado con susto. Oye lo que me has dictado.

Y Juan leyó cuanto había escrito.

La sensitiva percibía en su físico cuantas impresiones dolorosas debió percibir Odina al descubrir el odio de su futuro cuñado, que le inducía hasta el crimen.

Esta sensación de miedo y espanto dominaba un tanto a María, hasta hacerla esquivarse de la hipnosis mediante la cual podían recibir el misterioso dictado. Hasta sentía un vago temor de ir a la glorieta del rosal-té como si creyera que allí estaba esa suave y dulce corriente que con tanta placidez la adormecía. Y así transcurrieron varios días sin escribir. Puso como excusa algunas visitas a unas pocas viejecitas pobres y enfermas que ella protegía. Hasta que una noche, estando todos reunidos en el cenáculo para la oración, la joven cayó en hipnosis y dijo a media voz:

—Perdona, Juan, mis cobardías, como me las perdona Nuestro Maestro y Señor. La Voz que dicta ya está aquí. Escribe, Juan:

“Tres días después se celebró la boda del Príncipe heredero de Ot-lana con la Princesa Odina de Dyaus. Y el buen Rey Senegaldo tuvo el gran dolor de mantener encerrado a su hijo Alpha-Huari en su pabellón particular bajo la custodia de un guardián fiel hasta que se arrepintiera de los criminales propósitos que alimentaba en contra de su hermano mayor.

“Y para no causar comentarios con tal disposición, se dijo que por razones graves de Estado tuvo que ausentarse a un vecino país, a dar ciertas explicaciones de un mal entendido con el soberano de esa región.

“Los jóvenes desposados querían que todos fueran felices el día de aquella unión anunciada desde los cielos muchos años antes, y así pidieron al Rey un perdón general para cuantos habían cometido faltas y se encontraban bajo el imperio de la justicia humana. Y así que desde las gradas mismas del trono donde recibieron la bendición nupcial de Senegaldo-Rey asistido por el Patriarca Sphano-San, se dirigieron a los calabozos de la Fortaleza para liberar a los cautivos, no sin antes haberles pedido la formal promesa de que llevarían una conducta conforme a la Ley y que en toda dificultad que pudieran tener en adelante, acudirían a ellos en demanda de solución.

“Tal hecho conquistó el amor delirante de todo el pueblo para los jóvenes esposos, de tan completa manera, que se hacían públicos comentarios de lo que sería en el futuro el reinado del Príncipe Anfión.

“El mismo Rey Senegaldo comenzó a dudar si su hijo no extremaba

con exageración las concesiones que buscaba y quería para los pueblos. Y hasta se vio obligado a ocultar a su heredero la prisión de su hermano, por lo cual Anfión apenado decía a su madre.

“—Tengo el dolor de que Alpha-Huari no comparta con nosotros el feliz acontecimiento que nos llena de dicha a todos.

“Y su madre, ignorando como él la realidad de lo sucedido, le contestaba:

“—Ya puedes suponer, hijo mío, cuán grave será el asunto que ha obligado a tu padre a enviarlo lejos de aquí.

“La intuición de la madre le anunciaba, aunque vagamente, la verdad, pero quiso evitar a su hijo mayor el dolor de conocerla.

“Una luna después el Rey creyó haber encontrado el modo de acallar el egoísmo de su segundo hijo, y para levantarle el castigo le habló así:

“—Bien sabes, hijo mío, cuánto he padecido y padezco por tu injusto proceder para con tu hermano mayor. ¿Es culpable él por ser el primogénito? ¿Eres culpable tú por ser el segundo?

“No. Absolutamente no. Pero como tu padre te ama tanto como a él, te exijo... sí, te exijo que terminen tus enojos y que dejes por fin de creerte disminuido por los derechos que acuerda la Ley al primogénito.

“Como necesito de él, necesito de ti para el gobierno de mis pueblos. ¿Crees acaso que se da felicidad a los pueblos manteniendo odios y rencillas en la familia de los gobernantes?

“¿No es humillante y vergonzoso para tus padres que la escolta que trajo a la Princesa Odina se haya enterado de lo que intentaste hacer durante su viaje? A todos los guardias uno por uno les he pedido juramento de no revelarlo a nadie, y ¿sabes hasta donde llega la adhesión y nobleza de nuestra Guardia Real?

“—Por tu honra ¡oh, Rey!, y por la honra de tu heredero el Príncipe Anfión, ¡juramos no decir ni una palabra de cuanto ha ocurrido en el viaje! —me contestaron—. Ni aún los Ancianos del Consejo lo saben.

“Y tú, hijo mío, ¿no responderás a la generosidad y nobleza con que eres tratado a pesar de lo que has hecho?”

“En ese momento Sphano-San el Patriarca oraba porque su maravillosa clarividencia le hacía ver la lucha de su aliado el Rey Senegaldo para poner la paz en su hogar y en sus Estados.

Sphano-San había encarnado muchos años antes que su hermano gemelo, el Mesías terrestre, con el fin de prepararle los caminos.

“Era uno de los setenta hijos espirituales del Gran Sirio forjador de humanidades pretéritas.

“Era Beth (el que une corazones, dice su símbolo), y en ese instante emanaba de sí mismo cuanta irradiación de armonía, de unión y de amor había en su espíritu, limpio de todo egoísmo.

“Y la fuerza espiritual de Beth, doblegó la soberbia de Alpha-Huari, y la llamarada de su envidia se escondió entre las cenizas.

“—Sí, padre mío —contestó al Rey—. Responderé porque comprendo que hice mal. Responderé a tu generosidad, te lo juro, pero haz el bien de mandarme a uno de tus dominios lejanos, donde yo pueda representar tu autoridad sin intervención de otras voluntades fuera de la tuya. Quizá de este modo se anulara mi resentimiento para con mi hermano.

“El Rey accedió creyendo de ese modo asegurar la paz en su casa y en su reino.

“—Bien, hijo mío; está concedido. Irás a Theos-Kandia, la patria de tu madre y la representarás a ella y a mí con toda la nobleza y la justicia que corresponde a un hijo de Senegaldo, siervo de Atmán.

“El país de Theos-Kandia había sufrido poco hacía la muerte de su anciana Reina-viuda de Athaulfo Rey, padres de Wilfrida, por la cual su Consejo de Ancianos había pedido a los Reyes de Otlana su intervención en tal circunstancia, ya que Wilfrida era la hija mayor.

“Tan inesperada honra satisfizo grandemente el orgullo de Alpha-Huari y tanto más cuando el Príncipe heredero en su calidad de jefe supremo de los ejércitos del Reino, ordenó un lucido desfile el día de la partida de su hermano para representar a los Reyes en el país de Theos-Kandia.

“Pareció en verdad anulado para siempre el recelo de Alpha-Huari en contra de su hermano mayor.

“Pero no fue así, la llamarada del odio se escondió entre las cenizas de la vanidad satisfecha, para reavivarse tres años después cuando la muerte llamó al mundo de la luz eterna al buen Rey Senegaldo, y Anfión fue proclamado Rey de Otlana y de Theos-Kandia, porque Wilfrida su madre abdicó en su favor todos sus derechos.

“El joven Rey y su esposa acostumbraban acudir todas las tardes cuando el sol se escondía en el ocaso, al Santuario de la Montaña Santa donde el Patriarca Sphano-San les acompañaba en la oración y tenía después con ellos largas conversaciones, conducentes a ayudar a la inexperiencia de los jóvenes soberanos con sus consejos de sabiduría.

“Y en una de estas meditaciones a la que concurrieron todos los solitarios por ser conmemoración de la muerte del Rey, se plasmó sobre la Fuente de las Aguas de Salud, una visión simbólica que todos los presentes percibieron. Era como un paisaje pintado al óleo sobre un transparente cristal.

“En un radiante amanecer sobre un huerto de palmeras y magnolios, de naranjos y rosales en flor, dos blancas palomas posadas en una misma rama se arrullaban amorosamente, mientras una espantosa culebra se enroscaba al tronco del árbol por el cual se arrastraba subiendo silenciosamente.

“Y uno de los solitarios en hipnosis pronunció en alta voz que resonó en los ámbitos del vasto recinto de oración: “El amor resplandece en los cielos como una estrella radiante, y la traición y el odio se arrastran en la tierra como sierpe venenosa que siembra la muerte y la desolación. Vigila y ora porque la sierpe está viva”.

“No todos comprendieron el significado oculto de aquella visión. Pero Sphano-San y los Reyes la comprendieron muy bien.

“Anfión se puso de pie cuando la visión se hubo esfumado y dijo: —El Amor es más fuerte que la muerte. El Amor transformará en reguero de miel la baba de la serpiente.

“El Amor hará florecer los rosales en la tumba de nuestro Rey ausente y en el corazón de todos los moradores de sus pueblos.

“Senegaldo, padre mío muy amado: que tu espíritu libre y feliz sea el guardián fiel de la paz en tus dominios.

“—Así sea —respondieron a coro todos los presentes, y se dio por terminada la rememoración del inolvidable Rey desaparecido de la tierra.

“Wilfrida lloraba en silencio con gran desconsuelo, por lo cual su hijo y el Patriarca comprendieron que ella había leído en aquella visión la tragedia que amenazaba a su hijo Rey y a su dulce compañera, que se había entrado en su corazón de madre como otra hija que el Gran Atmán le había mandado como una estrellita radiante que alumbrara sus días postreros.

“—¿Por qué lloras, madre? —le preguntó Anfión, levantándole el velo que le cubría el rostro y besando su frente venerable donde los cabellos se tornaban en hilos de plata.

“—Tengo miedo del futuro, hijo mío, no teniendo con nosotros a tu padre que conjuraba todas las tormentas —le contestó ella entre sollozos.

“—No temas nada, madre. ¿No crees que sea yo capaz de conjurarlas también? El Gran Atmán no me habría puesto como un Rey sobre su pueblo escogido si no hubiera sido yo capaz de mantener en él la gloria de la paz y la concordia. Descansa tu corazón en Atmán, madre mía, que lo sabe y lo ve todo, y también en tu hijo que ya aprendió el secreto de crear la paz para sí mismo y para los pueblos que le rodean.

“Los años pasaban y el hermoso país de Otlana se engrandecía en la paz, en la abundancia, en la equidad y justicia de aquel Rey siervo de Atmán al igual que su padre, y teniendo a su lado una lámpara de amor, aquella incomparable Odina que era una tierna madrecita para toda desolación.

“Los vates cantaban fervorosos en las fiestas populares, en las cacerías de fieras, en las tiendas de los mercaderes, en las barcas pescadoras y

hasta en las plazas de las caravanas al emprender sus viajes o en los puertos bullangueros a la partida de los grandes veleros que bogaban sobre el mar en intercambio de productos con los países del Continente:

*“Ya no hay tristeza en Otlana
Por siempre ha huido el dolor
Es una eterna mañana
Plena de luz y de amor.
“No hay esclavos en Otlana
Temblorosos de terror,
Es una eterna mañana
Plena de luz y de amor.
“No hay huérfanos en Otlana
Escuálidos que da horror,
Es una eterna mañana
Plena de luz y de amor.
“Porque los reyes de Otlana
Más generosos que el sol,
Son una eterna mañana
Coronada de arrebol”.*

“Cantares como éste resonaban por calles, plazas y carreteras porque el Rey decía al pueblo reunido cada plenilunio, en la Gran Plaza de la Justicia: “La tierra es de Atmán y Él quiere que la gocen y vivan en ella felices todos cuantos la trabajan y cultivan para sacar de su seno el sustento de sus vidas”.

“Los ancianos ya ganaron el descanso para su vida, que Atmán quiere que la vivan felices de haber cumplido con el deber y haber dado hijos buenos y sanos, para sustentarles en la vejez y engrandecer la patria.

“Las doncellas deben ser respetadas como algo muy sagrado para el hombre, porque ellas serán las fieles compañeras de su vida y las madres amorosas de sus hijos”.

“Tal era Anfión-Rey en relación con su pueblo. Veamos cómo era este Rey excepcional en la intimidad de su vida...”

* * *

El dictado de la voz misteriosa que contaba a María y a Juan las tragedias lejanas de otros seres, fue interrumpido porque llegaron Lázaro y Martha desde la Provincia de Judea donde el Sanhedrín rabioso por su decadencia, decretaba confiscación de las cosechas en las grandes granjas, donde los frutos de la tierra se recogían con abundancia.

El buen matrimonio amigo del Cristo, se había constituido aliado de la “Santa Alianza”, para luchar contra la miseria que azotaba al pueblo humilde, que es el que soporta siempre el mayor peso en épocas de carestía o de mayores injusticias y latrocinios de los poderosos. Y huían a Galilea al frente de una gran tropilla de asnos, mulos y camellos cargados con la última recolección de frutos de sus tierras a fin de salvarlos de la voracidad real y sacerdotal, pues que el Rey en amistoso acuerdo con el Sanhedrín buscaba por ese medio llenar sus arcas vacías.

Lázaro y Martha llegaban exhaustos de cuerpo y de alma con las marchas forzadas que sólo en la noche cerrada podían realizar. El buen Simónides, fibra y alma de todo lo que fuera en servicio de los súbditos de su Soberano Rey desaparecido, les había proveído de las bestias necesarias para el transporte, pero debieron realizarlo a jornadas cortas por la noche y primera claridad del amanecer, a fin de no ser descubiertos. Sólo en parajes muy solitarios y protegidos por los grandes bosques del Jordán se atrevían a marchar en horas de pleno día.

Estos incidentes impresionaron grandemente a la joven sensitiva que en toda una semana no escuchaba la voz.

—Del susto se calló para siempre —contestaba ella cuando Juan le preguntaba: —¿No te cuenta nada la voz?

Lázaro y Martha quedarían en la casita de Nazareth por una corta temporada y tranquilizado por completo el ambiente, la voz continuó haciéndose sentir de María:

“El vetusto palacio de los Reyes de Orozuma se convirtió por las tardes en un jardín de niños que reían y jugaban en sus parques y avenidas de palmeras y magnolios, de naranjos y cocoteros, donde era jefe supremo de hortelanos, jardineros y guardabosques, el bondadoso y fiel Athalan, ayo y celador que fuera de los días infantiles del joven Rey. Diríase que seguía viendo a su bello y dulce niño, Príncipe heredero, en todos los chiquillos que invadían audaz y alegremente los parques del viejo palacio. Se veía eficazmente ayudado por sus dos hijos adolescentes, Fhati y Shilo, que eran a la vez pajes de guardia en la cámara del Rey.

“La anciana azafata de la Reina madre, se desvivía por enseñar a las doncellas que formaban la corte de la reinecita, inquieta y juguetona como una riente cascada de perlas que se derramara sobre un cristal luminoso.

“Quería enseñarles la mejor manera del hilado de la lana suave de los corderos, de la seda que daban en gran abundancia los gusanos que vivían su vida silenciosa de intensa labor entre el bosque de morales; y sobre todo deseaba conseguir de ellas verdaderas damas de honor para la joven Reina, esposa de aquel Rey anunciado y esperado desde

siglos como salvador de un mundo que iba cayendo rápidamente en esos negros abismos a que empuja el orgullo, la desmedida soberbia de saberse poderoso y fuerte, dueño de poderes extraordinarios que hacía cantar a los vates de esos tiempos:

*“Atlántida de hombres sabios.
Atlántida de hombres fuertes,
La que lleva a flor de labios
Secretos de vida y muerte...
“Con la antorcha de la ciencia
Desmenuza las querellas
Porque alumbra las conciencias
Con su penacho de estrellas.
“Paso a la Diosa gigante,
Mundo falaz de pigmeos,
Nunca irán más adelante
Vuestros menguados deseos”.*

“Pero la Justicia Divina que hace doblar la frente a la soberbia humana, dio a la humanidad de aquella hora la tremenda lección que da de tiempo en tiempo cuando los pueblos inconscientes olvidan su dependencia de Atmán y se creen dueños y señores de vidas y haciendas, de los seres y de las cosas; cuando olvidan su origen y su destino, de dónde vienen y a dónde van; cuando abren la puerta al más grosero libertinaje bajo el seudónimo de libertad; cuando hacen tabla rasa de toda ley que signifique orden, decencia, honradez y pudor.

“Pero triste es decirlo, tan sólo la cuarta parte de aquel grupo de jovencitas respondió a la austeridad de costumbres que la anciana azafata en acuerdo con la Reina madre, quería imponerles para estar a tono con la elevada alcurnia espiritual y moral de la joven esposa del Rey Anfión.

“De esta lucha sorda de ambas ancianas llegó a apercibirse la pura y dulce reinecita, y con su genial talento y discreción les dijo un día:

“—No padezcáis así por causa mía, madrecitas buenas de cabellos blancos. Ya veréis como yo en un abrir y cerrar de ojos pondré los dados en el lugar que les corresponde en mi tablero.

“Y llamó un día a su salita de música a las diez doncellas que le habían dado como damas de honor y les habló así:

“—Con la venia de mi esposo el Rey he resuelto empezar la tarea de educar a la juventud femenina de este país a donde la voluntad de Atmán me ha traído. Y os invito a ser mis primeras colaboradoras. Nuestra gran sala de saraos y festines la transformaremos en sala de Academia

para instruir a las doncellas de doce a veinte años en todo cuanto concierne a los deberes de una mujer en sus condiciones de hijas, esposas y madres.

“Para danzar, engalanarse y recibir galanteos, ninguna necesita escuela ni enseñanza alguna. La humana naturaleza es en general de tan baja condición que todas esas cuestiones las aprende y resuelve sin maestros. En cambio para ser una doncella honesta y pura, una esposa casta y fiel, y una madre modelo para sus hijos, necesita la doble escuela del consejo y del ejemplo; y ese consejo y ese ejemplo se los daremos vosotras y yo con nuestra enseñanza reforzada con los actos todos de nuestra vida.

“Quiero que desde mañana vistáis todas igual que yo; que nadie os vea por calles, salas y plazas cortejadas de galanes que no abrigan la intención de ser vuestros esposos y padres de vuestros hijos, sino sólo darse la satisfacción de veros rendidas a ellos y desde luego víctimas de sus ruines deseos.

“Pero si alguna de vosotras tuviera en su jardín interior la flor divina de un verdadero amor correspondido y con vistas a la formación de un hogar, os reclamo a todas que tengáis en mí la confianza necesaria para decírmelo, en la seguridad plena de que yo protegeré ese amor hasta dejarle consagrado por la bendición de Atmán y de nuestro Rey”.

“Fue lo bastante.

“Vestir igual que la joven Reina el rizado peplo celeste, rosado o blanco y la nubecilla de gasa dorada ceñida a la frente y flotando como alas de oro a la espalda, era algo que fascinó a las doncellas, y contentas secundaron el deseo de su Reina.

“Y comenzó a funcionar la Academia que fue escuela de música, de pintura, de labores y trabajos manuales en general; y finalmente de economía doméstica y del arte humilde si se quiere, pero harto necesario en la mujer, de saber gobernar el hogar donde el esposo y los hijos recogerán las flores hermosas de la ternura, la alegría y la paz.

“Pronto se vio a todas las doncellas de Orozuma vestidas de aquella manera y observando un recato, seriedad y discreción, que fue el asombro de las gentes.

“A los comienzos de este cambio, la juventud masculina se creyó con derecho de protestar por la carencia de saraos y diversiones en las salas públicas y menos en el salón real.

“La joven Reina no escuchó ni se dio por entendida de tales protestas, y al cabo de poco tiempo comenzó todo un desfile de esponsales y de bodas en torno a la dulce Reinecita, pues que todas las doncellas querían el honor de que fuera ella la madrina de sus nupcias.

“Y el Rey Anfión quiso secundarla en su obra de educadora de la

mujer otlanesa, y del tesoro público otorgó dotes para las doncellas cuyos padres no estuvieran en condiciones de dárselos.

“Del país de Otlana pasó esta obra cultural de la mujer al país de Dyaus, y de allí a otros países vecinos y fue un maravilloso florecimiento de virtud, de paz y de amor”.

* * *

El punzón cayó de las manos de Juan que había escrito varias horas seguidas y María se despertó con un gozo indecible.

—¡Oh, Juan! ¡Cuántas bellezas he visto! Hubo tiempos en que la humanidad fue buena —decía la joven como si recordara un brillante pasado de dicha y de amor.

—Es verdad, María, hubo un tiempo en que el bien floreció entre los hombres, si hemos de creer como reales las maravillas que has dictado.

Y Juan leyó cuanto había escrito en el cartapacio que les obsequiara Leandro de Caria, el mago de Osiris como ellos le llamaban, que había descubierto en aquellas dos Psiquis tan afines, las aptitudes superiores que ellas traían.

86

EL SUEÑO LIBERTADOR

Debido a conveniencias de orden financiero, Martha y Lázaro tuvieron que ir a la aldea de Lazarón, cercana al Castillo de Mágdalo. El lector recordará que allí tenía su Casa de Campo, Eleazar, casado con una hermana de Martha.

Fue en tal casa que tuvo lugar la emocionante escena de aquel festín de doctores y escribas de Israel que quisieron divertirse con el hermoso mago, amigo de Eleazar, y donde acudió la Castellana de Mágdalo y ungió con esencias la cabeza, manos y pies del Maestro que conociendo el ansia suprema de liberación de aquella mujer, le dijo aquellas palabras que el mundo cristiano recuerda con emoción hasta hoy:

“Tus pecados te son perdonados porque has amado mucho. Vete en paz”.

Martha y Lázaro quisieron llevar también a María, y ella no podía resistirse aunque hubiera deseado quedar junto a Myriam y Juan.

—Ve con ellos, hija mía —aconsejó la venerable madre de todos los amigos de su hijo—. Conviene ser complacientes con los que nos aman para seguir mereciendo su amor. Pensemos siempre que en estos desolados valles terrestres, es el amor la flor más pura y delicada que el Padre

Celestial nos brinda. —Juan nada decía, pero en su corazón entristecido se levantaba este interrogante:

—¿A quién le hablará la voz si María se va? ¿Quedaré interrumpido el dictado que entre ambos recibíamos?

Y cuando ya llegaba el día de la separación, María dijo a Juan en secreto cuando él fue a ocultar su pena en la glorieta del rosal-té y la encontró allí que también ella había ido a ocultar la suya.

—No tengamos pena, Juan, porque la voz me ha dicho que cuando yo duerma, sabré como ella todo el relato y que libre mi espíritu por el sueño, vendré a dictarte y tú seguirás escribiendo.

—¡Oh, María!..., ¿no será que tú y yo nos estamos volviendo locos? ¿Cómo puede verificarse tal misterio?

—No tengas miedo, Juan, que yo estoy muy segura de que la voz no me engaña... Si no vas a pensar que te digo mentira, otra cosa más me ha dicho la Voz.

—¿Y eso?

—¿Te acuerdas de aquella hermosa joven rubia de ojos azules que fue a Betania a encontrar al Maestro, y que la tarde terrible de su muerte encendía fuegos en todos los montículos que circundaban el Monte Calvario?

—¡Sí que me acuerdo! ¿Cómo podría haber olvidado aquel pavoroso espectáculo?

—Pues oye y no te espantes.

Y María bajó la voz para que ni las últimas rosas que se deshojan en silencio, escucharan las verdades tan hondas que iba a revelar a su amigo.

—La voz es de esa mujer cuyo espíritu se desprende de su cuerpo cuando se entrega a la meditación junto al fuego sagrado, y se llega hasta mí, me aduerme y habla por mi boca.

—¡Jehová bendito! Si en esto no anda metido el mago de Osiris, no acierto con el nombre que a estos misterios les debemos dar, María, yo tengo miedo de continuar y preferiría esperar tu regreso.

—No, Juan. La Voz dice que yo te seguiré dictando.

María miró con asombrados ojos a un ángulo sombrío de la glorieta:

—Aquí está ella, Juan, mírala.

Juan, espantado, volvió la cabeza y la hermosa aparición de la druidesa gala estaba sonriente entre ellos.

—*No me temáis. Soy Vercia que os acompañó en las horas de dolor cuando el gran hombre resplandor de la Luz Eterna abandonó la tierra para volver glorioso a su Reino.*

“¿No nos decía Él que el amor salva todos los abismos? También a Nebai y a María de Mágdalo las visito como a vosotros, y también a ellas les dictaré historias que los hombres ignoran”.

La hermosa visión se les acercó tanto que ambos percibieron la dulce frescura del hálito que la envolvía. Sintieron el suavísimo contacto de sus manos que estrechaban las suyas, y se diluyó en el dorado crepúsculo vespertino, cuando las alondras y los mirlos desgranaban los últimos gorjeos mientras buscaban la tibieza de sus nidos.

Cuando María partió con Lázaro y Martha a Lazarón, y se vio sola en la pequeña y preciosa alcoba que le designaron sus tíos, cerró puertas y ventanas y sentada ante un pequeño pupitre, oró así:

—¡Maestro, Señor mío que tanto amaste a tu pequeña María!... Ya ves que estoy desorientada en el nuevo camino que me has abierto sin yo buscarlo. Que tu luz descorra los velos del misterio que me rodea.

“¿Por qué me duermo en un sueño profundo y cuento historias que nunca oí? ¿Eres tú, Señor, que lo quieres o es un genio del mal que busca enloquecerme?”

Cruzó sus manitas gráciles sobre el pecho según su costumbre cuando oraba y esperó la respuesta que no se hizo esperar largo tiempo.

La voz le dijo: *“Toma el punzón y escribe lo que voy a decirte”*.

María obedeció y lentamente fue apareciendo en el pergamino esta escritura:

“Tú has escuchado la lectura de esos viejos rollos de papiro que llaman “Escrituras del Patriarca Aldis”, y creo que recuerdas a la mujer rubia del peñón de Corta Agua que se traslada en espíritu allá donde un trabajo importante le era encomendado. Esa mujer se llamaba Solania cuando nuestro excelso Conductor y Guía se llamaba Abel.

“Él mismo me manda a calmar tus inquietudes explicándote el misterio de la Voz que te habla y de la fuerza que te aduerme y te hace contar historias que desconoces.

“Vercia, la que tú conociste, es alma gemela mía, que juntamente con otras almas fuimos llamados a la vida consciente por Okmaya (Muro de Fortaleza Divina), uno de los setenta gemelos de Yhasua Verbo de Dios.

“Fui un día lejano ya, convertida en el dios Apolón por la incompreensión humana, que confunde con la Divinidad a los seres que por la Ley de Evolución han conquistado poderes que sobrepasan a las capacidades humanas.

“Es formidable la fuerza que une a las almas gemelas para obras que sólo el designio divino conoce y que ellas cumplen contra viento y marea, muchas veces sin comprender ellas mismas qué fuerza las impulsa y hacia dónde caminan.

“Siendo tú y Juan de una Legión de Amadores, necesitáis para realizar vuestra misión, de la fuerza de los Potenciales, y es así que Vercia encarnada actualmente, impulsada por mí, es para ti el lazo espiritual

y magnético que produce lo que tú llamas el misterio de la Voz que te habla y del sueño que te hace contar historias que desconoces.

“Tu extremada sensibilidad te permite percibir la onda de nuestros pensamientos, y nos pones en contacto con Juan que en su existencia actual deberá realizar obras de poder y de fuerza, que subyuguen en momento determinado, la soberbia de los poderosos de la tierra.

“La historia de Anfión y Odina la he visto vivir, pues estuve encarnada a su lado durante mucho tiempo. A ella la conocí en la cuna y a ambos les acompañe hasta la muerte. ¿De qué te asombras, María?

“Por el sueño se liberta Vercia y acude a ti en forma de una Voz.

“Por el sueño te libertas tú, y tu boca refiere historias que desconoces y que Juan deja grabadas sobre el papiro. ¿No es esto verdad y lógica? ¿Cuándo reconocerán los hombres terrestres que el espíritu lo es todo, y que la carne es sólo un vestido que se pone y se deja cuando ha dejado de prestar servicio a su amo que es el Yo, eterno viviente, chispa emanada de la Llama Eterna de Amor que engendra, sostiene y conserva cuanto es vida en el ilimitado universo que sólo Ella conoce en su plenitud sin límite ni medida? ¡Oh! ¿Cuándo lo reconocerán?

“¡Oh, pequeña María de hoy! Eres un ruiseñor escondido entre los rosales de amor de Yhasua, Verbo de Dios, y ensayas en esta vida un cantar nuevo, y seguirás cantando para Él en cada nueva vida tuya a través de los siglos que se irán sucediendo hasta el final de los tiempos.

“¡No te asuste el sueño libertador de la materia que revistes, ni de las voces que te hablan para ayudarte a desempeñar tu papel de ruiseñor cautivo que se liberta a momentos y recoge armonías de otros mundos, y claridades de otros cielos y amores que no son carne ni sangre, que no son fibras de corazones que laten, sino chispazos de Luz Divina y ecos perdidos de la eterna armonía de las esferas!

“Ahora sabes el misterio de la Voz y del sueño que te hace hablar. “¿Por qué te eligió el Supremo Amor para esta tarea?”. Estás pensando. ¡Nada más que porque eres un rayito demasiado suave y dulce de Sí Mismo, y encuentra en ti el eco de su canto de Amor Inmortal!

“Solania de Van”.

María soltó el punzón y se echó a llorar como si le fuera necesario deshacerse en llanto para desahogar la infinita ola de amor, de ternura, de divina plenitud que la inundaba casi hasta aniquilarla.

¡Tal es la potencia del Amor Eterno cuando a través de almas hermanas se trasmite como un fluido sutil y diáfano por los más secretos camarines del espíritu y por las más íntimas fibras de la carne que le reviste!

Según convenios hechos con Juan antes de separarse, debía esperar su llamado a la segunda hora de la noche, o sea después de la cena y a veces al amanecer.

Y cuando esa misma noche se retiraron al descanso, María, sola en su alcoba, hizo sus acostumbradas oraciones y se recostó en su diván de reposo. Y los ángeles guardianes que provocaban su sueño, la acompañaron al plano radiante en que viven su vida gloriosa los que tuvieron el valor de sacrificarlo todo y hasta la vida misma, por la porción de humanidad entre la cual vivieron sus vidas físicas, lo que el lenguaje terrestre llama Patria.

Allí se encontró con Vercia entre un numeroso núcleo de inteligencias radiantes. De asombro en asombro fue reconociendo algunos compatriotas suyos cuyos nombres eran venerados por toda la Fraternidad Esenia y que a ella le eran muy conocidos: Simón Gaulonita, Judas de Galaad, Hillel, Yohanán el Bautista y por fin el reciente mártir Stéfanos que era uno de los arcángeles creadores de la armonía y formaba un grupo aparte con inteligencias afines, entre los que le indicaron al que en Israel se conoció por Jeremías el de los dulces trenos llorosos y suplicantes.

María estaba deslumbrada. Su sueño era maravilloso. Y pensaba, extática de dicha y de amor: ¡Qué cosas podré contarle a Juan cuando me despierte!

Vercia, que la acompañaba, le decía:

—Se lo tendrás que contar mientras duermes, porque lo más probable es que al despertarte no recuerdes nada. No te arriesgues pues a esperar tu despertar.

Un ser maravillosamente fuerte y bello, que parecía una copia exacta de Vercia, llegó como un resplandeciente pájaro, en un vuelo sereno y majestuoso. María casi le tuvo miedo por la intensa irradiación de poder y de fuerza que emanaba de él.

—No temas, es mi hermano. ¿Recuerdas a Walkiria y a su hermano el doncel de bronce al que ella reemplazaba? Yo soy ella y éste es él. ¿No te resulta claro?

María, estupefacta, no respondía.

—Piensa en el Hombre-Luz cuando se llamó Abel y visitó el país de los hielos eternos. En vuestras Escrituras de esa época lo has leído.

María pensó. Y el pensamiento creador de formas y de vidas, que en el plano espiritual adquiere potencialidades no imaginables, le diseñó con nítida claridad los cuadros estupendos y reales del doncel de bronce animando sus ejércitos, que desfallecían ante la superioridad numérica de la salvaje invasión de los mingos, la caída del héroe atravesado el pecho por flechas enemigas, y el espantoso desbande de los fieles a la Patria. Y acto seguido apareció de nuevo el doncel de bronce, vivo, ardoroso en su entusiasmo como un genio vengador de tanta muerte y tanta desolación. Y la vidente comprendió que era Walkiria ocupando el lugar de su hermano desaparecido.

La luz se hizo por completo en su mente. El fuerte y radiante ser que llegara a ellas en un vuelo sereno, era aquel que vio caer sin un gemido en los campos helados del Norte.

—¡Oh! —exclamó dirigiéndose a Vercia—. Por eso dijiste que es tu hermano. ¡Tú eres Walkiria, la heroica y fuerte mujer que tanto admiré oyendo leer las Escrituras del Patriarca Aldis! ¡La que salvaste a Abel de ser asesinado por los piratas en el mar! ¡La que le amaste como sólo un gran corazón sabe amar!... ¡Oh, Walkiria... Walkiria! Tú que amaste a Abel tanto como yo amé a Yhasua, conoces y sabes lo que significa amar a un Hijo de Dios y confundirse con Él en un amor sin límite ni medida”.

Vercia sonreía viendo el febril entusiasmo de María por su estupendo descubrimiento.

—¡Dulce lirio blanco de los valles del medio día! —le dijo abrazándola tiernamente—. La Ley te hace contemplar estas maravillas de los cielos de Dios porque tú y Juan, tu hermano del alma, sois dos lámparas vivas para alumbrar las tinieblas en que se debate la humanidad. Llegó por fin tu hora. Ven.

Los tres seres iluminados por un mismo gran rayo de luz, avanzaron hacia un plano, morada o cielo de claridad intensamente azul como si fuera un mar de zafiro, donde sus moradores sostenían lazos de luz dorada que se tendían en todas direcciones.

Se prendieron a uno de aquellos lazos como acueductos de claridad suavísima que producía intensa felicidad, inefable ternura, quietud, éxtasis.

Era el lazo de Solania, era el amor de Solania para todos los que eran capaces de captar esa onda de divino conocimiento que hace al espíritu señor de sí mismo, apto para las grandes revelaciones del Infinito.

Todo esto ocurrió en breves momentos, y de pronto sin saber cómo, María se encontró cerca de Juan en el cenáculo de la casita de Nazareth donde él, punzón en mano, esperaba que le dictara.

Y el dictado de la vida de Anfión el Rey Santo, continuó en el punto donde ella le había dejado.

Ahora era Juan el muy amado quien sentía la voz misteriosa que hablaba sin ruido en lo más hondo de sí mismo.

¿Cuándo comprenderá la humanidad terrestre el poema divino de las almas, que se ofrendan como flores vivas de luz y de amor al Amor Eterno, que la derrama sobre ella para iluminar sus tinieblas y hacerla caminar en la oscuridad?

La solidaridad de las almas adelantadas en los mundos de luz, trasciende a veces a los desolados planos físicos donde reina el egoísmo y predominan las exigencias de la materia, haciendo aparecer de tanto en

tanto, esas sublimes alianzas de almas, incomprendidas de los hombres y tan admiradas por los ángeles de Dios.

La iluminación de María fue completa en el sueño.

Comprendió perfectamente que la unificación, la solidaridad, el amor, son absolutamente necesarios para la realización de toda obra que signifique dar un solo paso en el camino eterno hacia la cumbre de la evolución.

Comprendió la insistencia del Divino Maestro en sus palabras repetidas hasta la hora de morir: *“Si os amáis unos a otros como yo os amo, el Padre y Yo haremos nuestra morada en vuestro corazón”*.

Y lo primero que hizo al despertarse del sueño fue un voto solemne y eterno. Estrechó a su pecho el libro sagrado de la Ley de Moisés, los diez mandatos del Sinaí, lo más grande que hasta entonces había conocido la humanidad; y con el alma vibrando de amor como un arpa angélica, pronunció estas palabras: *“¡Señor, Maestro mío, Verbo Eterno de Dios en cuya presencia estoy! Por esta Ley Divina emanada de su Voluntad soberana, juro que nunca jamás pronunciarán mis labios una palabra que pueda dividir las almas unas de otras”*.

Y desde esa hora repartió su breve y fecunda vida de amor, en escuchar la voz tan dulce y familiar que la seguía, y en apagar la llama de la discordia en las aguas divinas del amor.

Ponía un rayito de luz en todas las incomprensiones y un bálsamo de piadosa ternura, en toda herida que el separatismo o el resentimiento hubieran abierto en un corazón que se acercara al suyo.

Y convertida así en la confidente indispensable de las almas doloridas por el desamor y la ingratitud, muchas veces oyó que le decían:

“Tienes magia de paz y de amor, y a tu lado la discordia se torna en agua fresca y en rosales florecidos”.

LOS ABROJOS DEL CAMINO

Punzón en mano, Juan esperaba la voz de María a la hora convenida, y el dictado continuó así:

“Nueve años habían transcurrido desde la muerte del Rey Senegaldo, cuando Atmán llamó a su Reino a Wilfrida, la madre prudente y amorosa de Anfión, Rey de Otlana y de Theos-Kandia.

“Fue éste otro gran dolor para el joven Rey a quien sólo le quedaba Odina para dar calor de ternura a su corazón, y el anciano Sphano-San para dar claridad de sabiduría y prudencia a su vida de soberano sobre numerosos pueblos.

“Las solemnes honras fúnebres con que él quiso demostrar el amor reverente a su madre fueron en extremo elocuentes, pero lo fue mucho más el dolor sereno pero muy hondo que apareció en su austero continente cuando cubiertos de blancas vestiduras, él, su esposa y todos sus cortesanos, según la antigua costumbre, acompañaba al panteón real los restos de aquella amada mujer que le trajo a la vida física y que le había alumbrado con su ternura todos los años que contaba.

“Y en confidencias con su dulce compañera se expresaba así:

“—Grande fue mi padre en su prudencia y sabiduría como Rey, pero el amor y ternura de esta madre que Atmán llevó de mi lado, fue para mí como el aire y el agua que me ayudan a vivir. ¿Quién podrá reemplazarla?

“—El Eterno Invisible será en mí para que sea yo capaz de ocupar su lugar —le contestaba Odina, plena su alma de fe en el Poder Divino que asiste a toda criatura que se unifica con Él.

“Y Odina de Dyaus fue esposa, amiga, compañera y madre para Anfión Rey de tan perfecta manera que él pudo exclamar un día:

“—¡Gran Atmán, Señor de los mundos! Recogiste a tu lado una madre anciana, y me dejaste una madre joven, tan discreta, dulce y buena como aquélla.

“Para curar la herida del Rey su esposo, se anulaba y olvidaba ella misma, llevándolo a ofrendar todo su amor a la sagrada memoria de la madre desaparecida. Si él le ofrecía una flor recogida en sus jardines, ella decía al punto: “—Para el altar de nuestra madre”.

“Y si es verdad que el egoísmo causa dolores intensos a las almas sensitivas, el altruismo sabe curar las más profundas heridas.

“Tenía Odina a su lado una joven azafata que era su más asidua colaboradora, con una comprensión maravillosa que la hacía casi adivinar

sus menores deseos. Silia, joven aún, se había constituido en una discreta y a la vez afable rectora de las damas de la corte real; como Anfión Rey tenía su corte de jóvenes caballeros que fueron sus amigos de la juventud, compañeros de estudios, y entonces eran colaboradores en el gobierno de sus pueblos.

“Los padres desaparecidos, genios tutelares de la familia, desde su plano de luz la proyectaban sobre el Hijo, Rey de sus amados pueblos.

“La paz y la abundancia florecían, pero Sphano-San el Patriarca sabía que dolorosas pruebas se presentarían en el camino de Anfión, porque los justos que se constituyen portavoces de la Verdad Eterna, son el blanco en que las fuerzas de las tinieblas descargan siempre sus flechas envenenadas, ¿Por qué es así?

“Porque la mentira es hija de la envidia, esa sierpe color de tierra que por la tierra se arrastra y muerde en la sombra. La luz de la Verdad la descubre y huye de la luz.

“Y era así que esa maligna sierpe terrestre vivía oculta en el corazón de Alpha-Huari, hermano del Rey, y en la sombra crecía y se alimentaba de siniestros sueños de engendros tenebrosos en contra de su hermano mayor, cuya luz le deslumbraba hasta cegarle, porque su soberbia no soportaba que fuera más grande y amado que él.

“Desde la muerte de Wilfrida, su madre, heredera en primer término de Theos-Kandia, Alpha-Huari formó su plan.

“Se unió en matrimonio a su prima Tedia, hija de una hermana de su madre, presunta heredera del Reino si Anfión moría sin hijos. Tedia tenía a su único hermano Athaulfo, y consiguió de Alpha-Huari que lo nombrara jefe Supremo del ejército de Theos-Kandia.

“Ni para su matrimonio con su prima Tedia, ni para el nombramiento de Athaulfo como general en jefe del ejército, pidió Alpha-Huari la venia de su hermano Rey, que lo era de Otlana y de Theos-Kandia. Tan sólo le participó que estaba hecho. La tolerancia de Anfión aprobó el hecho ya consumado sin darse por ofendido de haber anulado en tal caso su autoridad de soberano.

Ni Tedia ni Athaulfo conocían el odio secreto de Alpha-Huari para su hermano Anfión porque trató siempre de ocultarlo en lo profundo de sí mismo.

“Pareciera que se avergonzaba él mismo de su bajeza y su ruindad ante el noble desinterés de su hermano mayor, que no perdía ocasión de engrandecerle y obsequiarle de diversas maneras.

“Y cuando algunos años después, vio que tenía bien tejida su red y organizadas sus maquinaciones infieles y desleales, partió al país de Otlana a entrevistarse con su hermano Rey, llevando como escolta aquellos de

sus amigos que eran adictos a sus ambiciones y proyectos futuros que les favorecían en alto grado. La ambición les unió.

“—Si llego a obtener el Reino de Theos-Kandia separado de Otlana, vosotros formaréis mi Corte Real —les había prometido.

“Le embriagaba hasta enloquecerle la idea de ser Rey como su hermano mayor.

“Anfión estaba preparado para escucharle y para contestarle porque Sphano-San su grande y fiel aliado había visto en clarividencia toda la red tejida por Alpha-Huari. Igual clarividencia tuvo Silia, la joven azafata de Odina; y cuando ambos hermanos se encontraron, el mayor estaba envuelto en un velo de serenidad y de calma, mientras el menor aparecía inquieto y desasosegado como si un interno fuego le quemara el corazón.

“Una palidez enfermiza le cubría el rostro que había perdido en parte su belleza física.

“La envidia que le devoraba le consumía la vida, porque no le dejaba paz ni sosiego. Esa pasión fatal es como el cáncer que roe las entrañas y produce la muerte.

“—¡Cuánto me alegra el corazón el verte! —exclamó Anfión abrazándole.

“—Si supieras por qué vengo, quizá no te alegraras tanto —le contestó Alpha-Huari que no fue dueño de dominar la furia de su pasión que parecía irritarse como una serpiente a quien se le impide morder de inmediato.

“—Te engañas, hermano, porque Sphano-San y yo, lo sabemos todo.

“Un relámpago de ira cruzó los ojos de Alpha-Huari que después de unos momentos de silencio respondió:

“—Entonces me ahorras toda explicación.

“—Tú quieres separar Theos-Kandia de Otlana para ser Rey del país de nuestra madre; y no seré yo quien me oponga a tu deseo.

“El júbilo de Alpha-Huari le subió al rostro como un borbotón de agua fresca y tomando la mano de su hermano, le dijo:

“—Ahora comprendo que eres bueno y que me amas de verdad.

“—Y yo bendigo a Atmán porque lo has comprendido. Haya paz entre nosotros y nuestros pueblos por cuya felicidad debemos sacrificarnos tú y yo.

“Tal fue la contestación de Anfión soberano legítimo de ambos países.

“En los tres días que duraron los festejos con que él recibió a su hermano, los Ancianos del Consejo y todos los jefes del ejército estuvieron muy despiertos para analizar, cual convenía, los propósitos de Alpha-Huari al visitar a su hermano y entre ellos formaron consejo de deliberaciones.

“Aunque Senegaldo Rey, había tratado de ocultar los sentimientos de su segundo hijo para el mayor, él mismo los puso de manifiesto muchas veces. Y noticias tardías llegaban desde Theos-Kandia que eran voces de alerta para los otlaneses capaces de razonamiento y que tenían la lucidez necesaria para comprender que las ambiciones del hermano eran una constante amenaza para ambos países.

“—¿Vienen contigo los hombres de tu Consejo? —había preguntado Anfión.

“—Vienen ocho elegidos por mí, y dos que fueron de nuestro abuelo Athaulfo. Estos llegarán de aquí a tres días porque viajan en elefantes.

“—Así que lleguen celebraremos consejo entre los diez de Theos-Kandia y los diez de Otlana, pues no es justo prescindir de ellos que fueron colaboradores de nuestro padre y testigos de todos sus actos de soberano sobre estos pueblos —contestóle Anfión.

“—En verdad no lo creo necesario —observó su hermano— porque el Rey eres tú y creo que ninguno pensará torcer tu voluntad.

“—Nuestro padre jamás tomaba resoluciones de importancia sin consultar a los hombres de su Consejo, y yo le he prometido en su lecho de muerte que seguiría sus huellas con la mayor fidelidad posible. Aún recuerdo sus últimas palabras: “No te apartes de la ley de Atmán ni de los hombres que fueron mis consejeros”.

“Y yo se lo he prometido. ¿Comprendes, hermano mío? Si el heredero de dos reinos falta a la palabra dada a su padre moribundo ¿qué fidelidad puede esperar de su pueblo ni de nadie el que no supo ser fiel para el autor de sus días en el lecho de muerte?

“—Es cierto —respondió Alpha-Huari—, y lo dije sólo por el temor de que tantas voluntades, entorpezcan nuestras buenas relaciones.

“—Ningún temor debe caber en nosotros si hay sentimientos de equidad y justicia en nuestro corazón.

“Mientras tanto, Silia que estaba prometida en matrimonio con el jefe de la Guardia Real, que formó como Oficial primero en la escolta que condujo a Odina años atrás, le informó de todo cuanto sabía por vía extraterrestre en conformidad con lo percibido por el Patriarca Sphano-San. Y más aún, habían descubierto ambos que algunos de los hombres de Alpha-Huari llegados con él, se entrevistaban diariamente fuera de los muros de Orozuma, en la espesura de un bosque cercano, con un centenar de arqueros que en caso de una negativa del Rey, entrarían a la Fortaleza y lo tomarían prisionero. Eran forajidos, piratas y bandoleros contratados a tal fin y que no eran de Theos-Kandia ni de Otlana, sino prófugos sin rey ni ley, sin país ni cuna, que vivían del pillaje y del crimen.

“Enterados de todo esto los jefes del ejército otlanés organizaron

silenciosamente una defensa para el caso de producirse tan desastrosos propósitos. Del ejército, algo trascendió al pueblo; y las mujeres veían con asombro y temor que sus maridos preparaban arcos y flechas, lanzas y catapultas abandonadas hacía largo tiempo, como largos eran los años de paz del buen Rey Senegaldo. “Llegado el día de celebrar el Consejo se vio que era grande la excitación del pueblo, que sin ser llamado en forma alguna se congregó en las inmediaciones del palacio real en tan compacta muchedumbre que imponía respeto y hasta temor.

“El pabellón de Otlana, violeta con estrella de oro en el centro, el pabellón de Theos-Kandia, azul y púrpura, el de Dyaus rosado y blanco, ondulaban sobre la multitud como alas gigantescas que quisieran proteger a su amado Rey en peligro. Y de tanto en tanto resonaban como clamores en coro los nombres de Anfión y de Odina, de Senegaldo y Wilfrida, de Athaulfo y Fabia anteriores soberanos de ambos países unidos en uno sólo por expresa voluntad de reyes y de pueblos.

“—Me has traicionado —le dijo Alpha-Huari a su hermano cuando presenció el gran espectáculo—. ¿A qué se debe esta muchedumbre altanera y audaz que nos rodea sin ser llamada?

“—No hay traición alguna de mi parte. Puedes estar bien tranquilo —le contestó Anfión—. El pueblo se congrega porque algunos de tus hombres visitan diariamente a un pelotón de bandoleros y piratas que están ocultos en los bosques de la ciénaga. Nuestros pueblos aman la paz y la justicia y ven una amenaza y un peligro para sus reyes y para sí mismos. Para visitar a tu hermano ¿era necesaria una escolta de bandoleros de la peor especie, pues que son hombres que no tienen patria, ni ley, ni rey? ¿No vale nada para ti la memoria de nuestros padres, de nuestros abuelos que jamás arrojaron una flecha al corazón de hombre alguno?

“Tú mismo has destruido tus proyectos y tus deseos. Si lealmente hubieras venido como un hermano a tu hermano, nada hubiera ocurrido. Desengáñate una vez por todas, que no siempre puede engañarse a un pueblo fiel y consciente del valor que tiene la paz y la justicia”.

“Alpha-Huari, pálido de ira, miraba con sus ojos feroces a la muchedumbre que crecía y crecía como un mar que se desborda y lo inunda todo.

“Y el Consejo empezó a puertas abiertas.

“El Rey en su dosel, tenía a su derecha a Sphano-San el Patriarca y a su izquierda a su hermano Alpha-Huari. Y Anfión lo invitó a exponer el objeto de su visita.

“Su forma de expresión no engañó a nadie; y de todos los Consejeros, sólo ocho elegidos por Alpha, que había comprado su voluntad a peso de oro, aprobaron la separación de ambos Reinos. Todos los demás incluso el Patriarca se opusieron abiertamente.

“El primero en hacer desbordar su cólera fue Alpha-Huari, cuyas palabras ofensivas y ásperas ponían bien de manifiesto sus torcidas intenciones. Su irritación subió de tono, cuando vio que sus ocho aliados no tuvieron palabras para enfrentar con ventaja los sólidos argumentos de la gran mayoría, y encarándose atrevidamente con su hermano mayor que irradiaba admirable serenidad, le dijo en un ronco grito:

“—Habla tú en mi favor, y demuestra que eres mi hermano.

“—Desde antes de comenzar el Consejo te dije que había jurado en el lecho de mi padre moribundo seguir sus huellas y no apartarme de la justicia y rectitud que él me enseñó —le contestó Anfión—. Te dije también que para atender a tus deseos consultaría la voluntad de nuestros Consejeros.

“Tú mismo ves la mayoría en contra, ¿cómo puedo anular caprichosamente su voluntad?

—¡Eres un infame! ¡Los has comprado antes de comenzar las deliberaciones! —gritó enfurecido Alpha y sus ojos rabiosos arrojaban chispas.

“El jefe de la Guardia Real que estaba al pie del estrado, subió de un salto y tomó con fuerza la diestra de Alpha, que ya sacaba disimuladamente su silbato de plata para dar la llamada convenida con los piratas arqueros que estaban ocultos tras los muros de la ciudad.

“—Has insultado a nuestro Rey —le dijo—, y yo cumplo con mi deber —y unió las manos de Alpha con un grillete de cobre.

“Los guardias apostados en las puertas entraron rápidamente y las puertas fueron cerradas.

“La multitud clamoreaba y sus voces eran ya como una tempestad.

“—¡Nuestro Rey Anfión!... ¡Nuestro Rey Anfión!...

“Para calmarles fue preciso que él saliera, y al verle en la terraza con serena calma, el pueblo prorrumpió en un clamor unánime: —¡Anfión Rey, hijo de Senegaldo, no queremos otro Rey más que a ti!...

“—¡Tú eres la paz y la abundancia!

“—¡Oh, Rey piadoso y justo! ¡Padre amoroso de tus pueblos!

“Y los clamores de este estilo seguían y seguían y el eco llevaba las voces hasta larga distancia.

“Empezaron a cruzar flechas que nadie sabía quien las arrojaba.

“Y el Rey pidió silencio y dijo estas solas palabras:

“—¡Pueblo amado que me dio Atmán, cuando recogió en su seno a Senegaldo, mi padre! Tened paz y calma en vuestro corazón y recogeos en vuestros hogares. Vuestro Rey no puede abandonaros mientras vosotros queráis que sea vuestro Rey. Los enemigos de la paz hacen volar flechas sobre vosotros y no quiero que ninguna vida se pierda en esta injusta contienda.

“Las flechas seguían llegando y una fue a clavarse en el marco de un

ventanal a cuyo lado estaba Anfión de pie. El Patriarca tomó del brazo al Rey y lo volvió al interior de la gran sala del Consejo.

“Los arqueros piratas fueron descubiertos por los guardias y por el pueblo. Algunos fueron muertos, otros tomados prisioneros y algunos lograron escapar y no habiendo recibido recompensa alguna por sus servicios huyeron a Theos-Kandia con el aviso de lo ocurrido.

“Cuando todo pareció calmado, Anfión hizo traer ante él a su hermano y le habló así:

“—Ya ves que todo resultó contrario a tus deseos porque no obraste con lealtad para conmigo, y has despertado sospechas de mal proceder en mi Consejo, en los hombres de armas y en el pueblo en general. Vuelve, te ruego, hermano mío, vuelve tranquilo a ocupar en el país de nuestra madre el puesto que te designó nuestro padre de representante suyo en Theos-Kandia.

“Créeme porque te digo verdad; no me produce placer ninguno ser Rey, y si lo soy, es porque Atmán lo ha querido y nuestro pueblo con Él. Ten confianza en la palabra que te doy y que cumpliré si tú cumples la promesa que te pido: Por la amada memoria de nuestros padres, Alpha-Huari, prométeme que esperarás tranquilo la decisión mía de cederte todos mis derechos tan luego como se me presente un momento oportuno para hacerlo, sin derramamiento de sangre y sin sacrificar vida ninguna”.

“Alpha-Huari pidió cien días de plazo para contestar, y demostrando una mansedumbre que la dura situación le imponía, rogó a su hermano Rey que le permitiera hablar con sus ocho Consejeros adictos, sin ningún testigo de vista.

“El Rey lo concedió sin dificultad ninguna y a las altas horas de esa misma noche Alpha con sus hombres escaparon por la puerta secreta del túnel que tenía salida al mar, donde para un caso desesperado había dispuesto que le esperase un balandro, al parecer de carga, como los que llegaban con frecuencia trayendo mercancías de ultramar.

“En esta inesperada fuga todos imaginaron intención astuta y maligna de levantar en armas al pueblo teoskanés mediante intrigas calumniosas. Y tan pronto como fue descubierto el hecho salieron cincuenta jinetes, que a todo correr de buenos caballos estarían en la salida del túnel a la orilla del mar antes que los fugitivos que marchaban a pie, hubieran llegado.

“Cuando Alpha-Huari con sus ocho compañeros aparecieron, la puertecita de hierro del túnel estaba rodeada por los jinetes de Otlana. El jefe de los jinetes habló de inmediato.

“—Porque has huido como un criminal cuando fuiste tratado como a un Príncipe, el ejército otlanés desconfía de ti —dijo a Alpha-Huari al tomar prisionero al hermano de su Rey—. Tengo órdenes —añadió— de

no hacerte daño alguno ni a ti ni a tus hombres; pero si no te entregas me obligarás a usar violencia contigo.

—¡Maldita sea la estrella que alumbró mi nacimiento! —gritó furioso Alpha-Huari—. Todo cuanto quiero sale al revés. —Y se entregó.

“El balandro fue tomado igualmente por la guarnición que vigilaba el puerto y la costa del mar.

“Y Alpha y sus compañeros volvieron por el túnel conducidos por una veintena de hombres de la fiel caballería otlanesa que tan hábilmente cumplieron las órdenes recibidas.

“Los dos ancianos Consejeros que habían sido del Rey Athaulfo, fueron enviados con buena escolta a Theos-Kandia para informar al ejército y a los Ancianos Consultores del pueblo, de la verdad de cuanto había pasado y averiguar si las pretensiones de Alpha eran conocidas y compartidas por el ejército y por el pueblo.

“Tanto uno como otro habían sido engañados por aquellos bandoleros comprados con promesas y con oro, diciéndoles que el Gobierno de Otlana tramitaba la entrega de Theos-Kandia al Rey de Cerro de Oro que la anexaría a sus dominios, y que Alpha-Huari que fue a Otlana para tratar de impedirlo, había sido tomado prisionero con todos sus compañeros.

“Nadie había en Theos-Kandia para organizar una defensa sino Athaulfo, jefe del ejército, y Tedia, su hermana, esposa de Alpha-Huari.

“Y dispusieron la marcha forzada de un nutrido cuerpo de arqueros que al mando de Athaulfo mismo salieron al punto hacia Orozuma. Se encontraron en el camino con los Ancianos Consejeros enviados por Anfión; y toda aquella enredada madeja de embustes y de intrigas quedó al descubierto.

“Athaulfo, receloso aún, quiso saber la verdad por sí mismo, y dejó que los dos Ancianos Consejeros que habían sido de su abuelo siguieran viaje a Theos-Kandia y él con sus arqueros llegaría hasta el Rey Anfión para conocer la verdad.

“En todas estas andanzas pasaron dos lunas hasta que llegó el día que Athaulfo con sus arqueros estuvo ante las murallas de la populosa capital de Otlana. Gran alboroto causó en el pueblo la vista de aquella fuerza armada.

“El ejército otlanes estaba listo para la defensa.

“Sphano-San el Patriarca, habló a solas con Anfión y le dijo:

—El pueblo de tu madre ha sido engañado y también el ejército que viene como enemigo ante los muros de esta ciudad. Tu ejército ¡Oh, Rey!, está vibrando de indignación y de coraje. El que viene contra nosotros, lo estará también. Y creo que no son los hombres de armas quienes arreglarán pacíficamente este asunto.

“Anfión comprendió al punto.

“—¿Quieres insinuarle que sea yo mismo el que debe arreglarlo?

“—Justamente, hijo mío —le contestó el Anciano Patriarca—. Atmán puso en ti el amor y la paz, como dos estrellas que alumbran tu camino. Y son tus dos estrellas que te darán luz en esta hora.

“El noble Rey no se hizo repetir el consejo y mandó mensajeros con bandera blanca al ejército de Theos-Kandia que estaba extramuros de la ciudad.

“Athaulfo temió una emboscada. Nunca había visto a su primo el Rey Anfión, cuya aureola de poder, de sabiduría y de justicia había enorgullecido siempre, hasta que las calumniosas intrigas de Alpha, le hicieron vacilar en sus juicios.

“Contestó que no entraría a la ciudad sin antes tener todas las garantías necesarias o que Alpha-Huari le mandase entrar.

“Anfión se retiró a su oratorio particular, y buscó la solución en la unión íntima con la Divinidad.

“—¡Supremo Poder Creador de los mundos! —exclamó postrado en el pavimento—. ¡Si es hora de que este grumo de tierra creado por Ti desaparezca de la tierra, toma mi vida que tan poco vale, por la vida feliz y tranquila de estos pueblos confiados a mi custodia y a mi amor!

“Y envuelto en su amplia vestidura blanca con que los reyes esperaban la muerte y eran vestidos después de la muerte, salió paso a paso por entre dos filas de arqueros que se extendían desde el palacio a la puerta de la ciudad que mandó abrir de par en par. Salió solo y comenzó a bajar tranquilamente la verde colina que descendía hasta el valle donde esperaba Athaulfo con sus arqueros.

“La blanca figura de Anfión ofrecía un blanco admirable para atravesarlo con mil flechas en un instante. Resaltaba en el verde oscuro del césped que cubría el suave declive por donde él bajaba. ¡Que fascinación debió ejercer en Athaulfo y sus guerreros, que muchos arcos rodaron por tierra, y Athaulfo subió a la carrera la suave pendiente hasta llegar a su primo ante el cual dobló una rodilla en tierra y con honda emoción le dijo:

“—¡Era verdad tu grandeza! ¡Oh, Rey, primo mío, y el corazón no me había engañado!

“Anfión se inclinó para abrazarle y los ojos de ambos estaban nublados de llanto”.

* * *

A Juan, el amado Apóstol de Cristo, se le cayó el punzón de la mano, y también sus ojos se inundaron de lágrimas porque la emoción de los personajes se transmitía a su yo íntimo, intensa y profunda.

Se apercibió que las tenues claridades con que se anuncia el amanecer comenzaban a diseñarse como gasas flotantes por el cenáculo silencioso y solitario. Y cerrando el cartapacio se retiró a su alcoba en busca del descanso para su materia cansada. Sentíase como si hubiera hecho un largo viaje lleno de ansiedad y de incertidumbre.

—Yo sé... —decía hablándose a sí mismo—, yo sé, Maestro y Señor mío, que ese Rey Anfión eres tú mismo en una lejana existencia prehistórica. Y siento casi la misma sensación que sentía en los días de tus últimos padecimientos como hombre. ¿Por qué, Señor, por qué un justo sin sombra de pecado en su vida, ha de soportar las maldades y miserias humanas como si en algo fuera culpable de ellas?

El sueño lo sorprendió sumido en tales pensamientos y soñó que en un campo abierto, iluminado de fulgentes resplandores, se encontró de improviso con su Maestro que poniéndole la diestra en un hombro le decía amorosamente: *“Juanillo, amigo mío, ¿no te has convencido aún de que los desposados del Amor Eterno somos como aves que vuelan en contra del huracán?”*

“Los huracanes de la ruindad humana destrozan montañas, bosques seculares, ciudades y monumentos, y más fácilmente aún reducen a piltrafa la débil materia humana aunque ella encubra a un espíritu gigantesco.

“¿No era fuerte como un roble del Líbano, Yohanán el Bautista, y Judas Macabeo, y Judas de Galaad, Salomón y David vencedor de Goliath? ¿Y no cayeron vencidos los unos por el hacha del verdugo y otros por las seducciones de la vida, vestidas de oropel?”

“¡Oh, Juan, amado mío! La Ley permite que conozcas por ti mismo el dolor de Anfión Rey como has conocido el dolor de Yhasua de Nazareth, para que sepas lo que vale y lo que cuesta el ser el portavoz de la Verdad Eterna en un mundo tan inferior como la tierra, que es tu morada por hoy”.

Juan se despertó llorando y abrazado al grueso cobertor de lana que cubría su cuerpo tembloroso de frío.

Y cuando de nuevo sintió la voz sin ruido que le llamaba continuó escribiendo:

“Mientras el ejército de Theos-Kandia descansaba en el más confortable de los campamentos de Orozuma, Anfión aconsejó a Athaulfo que se enterase por sus propios medios de la verdad de los hechos y obrase conforme a los descubrimientos que hiciera. Pasaron muchas auroras y muchos ocasos en confidencias largas con unos y con otros, al final de las cuales el jefe de los ejércitos de Theos-Kandia delegó su alto cargo en su segundo y desapareció de la escena, sin que nadie pudiera dar razón de su paradero.

“Esta actitud desconcertó por completo a Alpha-Huari y a sus Consejeros y con una forzada sumisión, éste dijo a su hermano:

“—Permíteme volver al país de nuestra madre en las mismas condiciones en que estaba en vida de nuestro padre y Rey Senegaldo. Veo que estuve equivocado.

“—El reconocerlo es ya una muestra de sabiduría en ti —le contestó Anfión—. La prueba de las grandezas y poderes humanos es difícil de pasar sin manchar de sangre y lodo nuestras vestiduras Ensáyate a ser grande siendo justo, y a ser justo con bondad y con amor, y cuando hayas llegado a esto, será la hora de que seas mi sucesor en el gobierno de nuestros pueblos. Ten la paciencia hermano de esperar ese día.

“Con grandes agasajos despidió a su hermano que volvió a Theos-Kandia con todos sus hombres de Consejo y de armas como si sólo hubiera hecho una visita de cortesía a su hermano Anfión, Rey de ambos países.

“Tres años después, Atmán llamó a su lado a la dulce compañera del Rey, cuyo desolado corazón se volvió al Poder Supremo para clamarle: —¡Señor; Soberano y dueño de todos los mundos!...

“¡Me has dejado en soledad como un arbolillo abandonado en el ardoroso desierto, sin agua, sin sombra, sin una brizna de hierba, sin nada que signifique vida y amor! ¡Me lo has quitado todo, porque todo era tuyo y todo ha vuelto a tu lado! ¡Bendito sea tu Nombre! ¡Mas no olvides, Señor, a este grumo de polvo que vive por Ti y para Ti en larga espera de que te acuerdes que vive y le llames por fin a prosternarse ante Ti!

“Siete años más en tristeza y austero cumplimiento del deber, y Anfión Rey de Otlana y de Theos-Kandia, creyó llegado el momento de cumplir la promesa hecha a su hermano en el cual delegó sus derechos con la garantía de ambos Consejos, que quedaban comprometidos a llamarle nuevamente si los pueblos no eran felices bajo la mano de Alpha-Huari, su hermano.

“De su palacio fue directamente a la Montaña Santa a tomarse un largo descanso espiritual de todos los dolores que había sufrido.

“Grande fue su sorpresa cuando reconoció en el Hermano que le abría la puerta, cubierto con el oscuro ropaje de los penitentes voluntarios, a aquel gallardo Jefe del ejército de Theos-Kandia y primo suyo, Athaulfo, que tan misteriosamente desapareció en los días ya lejanos de las grandes luchas casi olvidadas.

“—¡Oh, santo Rey y primo mío! —le dijo el solitario—. Por la memoria de tus padres guárdame el secreto, porque llegué aquí como un pecador arrepentido que buscaba la paz para su alma atormentada. Aquí sólo el Patriarca sabe que soy Athaulfo de Theos-Kandia”.

“Otra vez se abrazaron ambos y también sus ojos se inundaron de llanto.

“La Montaña Santa era una meseta cubierta de viejos pinares, en el centro de los cuales se alzaba el Santuario que muchos siglos habían agrietado sus muros y cubierto de musgos sus bloques de piedra gris y verdosa.

“Desde sus terrazas se contemplaba el enorme brazo que el Mar del Norte extendía dividiendo casi el continente en dos mitades que se unían al sur por un montañoso istmo como dos gigantes manos de piedra que aún no había podido romper el mar con el empuje formidable de sus olas.

“Al pie de aquellas montaña vivía a la sombra de sus pinares, el dolor transformado en esperanza por la dulce piedad de dos veintenas de mujeres que el vulgo llamaba Doloras, que significaba algo así como madres consoladoras de los desheredados.

“Y lo eran de verdad.

“Todo el dolor humano iba a refugiarse allí.

“Entre los Profetas Blancos, había los llamados Hermanos Peregrinos, cuya tarea consistía en salir diariamente por tierra montados en asnos, o por mar en canoas a recoger los esclavos arrojados a la muerte en los desiertos desolados o en los ásperos acantilados del mar, de donde les arrancaban las olas bravías cuando subía la marea.

“Los llamados Profetas podían por propia voluntad formar entre los humildes Peregrinos, como éstos podían pasar a los Profetas, cuando la inclinación a la meditación y al estudio les indicaba ese camino como fácil de andar, a fin de capacitarse para prestar mayores servicios a los pueblos entre los que la Eterna Ley les había colocado.

“Entre las Doloras pasaba igual: las hermanas Guardianas y Enfermeras podían pasar a las Doloras, y éstas pasar a las Guardianas si acaso se sentían inclinadas por vocación al cuidado de los refugiados, o a los elevados estudios psíquicos que las ponían en condiciones de actuar como instrumentos de los planos extraterrestres, como hilos de comunicación entre los cielos y la Tierra.

“Entre estas mujeres retiradas en vida de oración y amor a los sufrientes, se encontraban en mayoría inteligencias de la alianza de los Setenta, compañeros gemelos del Conductor y Guía de la humanidad terrestre.

“Espíritus venusinos como hechos de piedad y de amor, de vehemencias afectivas muy hondas, eran en verdad necesarios para dulcificar todos los inmensos dolores que estrujaban los corazones en aquella época, que igual a muchas en la lenta evolución del planeta, arrastraba multitudes a la desesperación y a la muerte. Era Matriarca de aquella Casa de Misericordia una hermana del jefe de la Guardia Real; cuyo ascendiente entre las altas clases sociales de Otlana había llevado a muchas nobles jóvenes hacia aquel camino de sacrificio en favor de los doloridos de la vida.

“Estaban muy disminuidas sus filas durante los años de prosperidad y de dicha que Senegaldo y Anfión habían hecho vivir a los pueblos que les rodearon. Mas, cuando empezaron los nubarrones a anunciar tempestades cercanas, como avecillas asustadas muchas jóvenes mujeres volaron a la Montaña Santa y entre ellas varias de las damas de honor que fueron de la dulce compañera de Anfión Rey, Odina de Dyaus. Habían acudido también allí varias camareras de la joven Reina, una de las cuales era hermana de los dos pajes del servicio íntimo del Rey, ya conocidos del lector y que eran hijos del guardián mayor de parques y jardines.

“Cuando hubo terminado el retiro de descanso que Anfión quiso tomarse, comenzó los preparativos para alejarse de Orozuma dejando así mayor libertad al nuevo gobierno que surgía detrás de él.

“Siéndole indiferente cualquier paraje del país, pidió a Sphano-San que le designara el lugar de su retiro, y el amoroso Anciano, que le amaba más aún que si fuera su propio hijo, eligió Port Ofir, sobre el brazo de mar que penetraba tierra adentro. Para tal elección tuvo en cuenta el clima tibio y saludable, las bellezas naturales de aquel apartado rincón de tierra otlanesa, la sencillez y bondad de sus habitantes, en mayoría labradores, pastores y pescadores. Además tenían allí los Profetas Blancos una ermita en lo más pintoresco de la montaña, donde brotaba un torrente de aguas medicinales. Allí había siempre un solitario de turno que hacía de Médico, Consejero, Maestro y Consultor para los que tuvieran necesidad de ello. De la ermita bajaba un escondido camino que conducía a una profunda bahía del mar, donde un pequeño balandro anclado siempre allí, aseguraba al ermitaño de turno, que no estaba aislado en absoluto de sus hermanos de la Montaña Santa.

“Y el amante Anciano dijo a Anfión un día cuando tenía todo preparado para el retiro del Rey:

“—Todo esta listo, hijo mío, para que realices lo que sólo tu amor a la paz ha podido imaginar. Es la ofrenda de tu alma a los pueblos que fueron la corona gloriosa de tus antepasados. Con tu heroica abnegación salvas la vida de innumerables seres y mantienes la paz y la dicha en los hogares de los países que fueron de tus padres.

“No eres ya el Rey de Otlana y de Theos-Kandia, pero sigues siendo mi hijo, mi aliado, mi constante compañero en el destierro.

“Un sollozo hacía temblar la voz del Patriarca y queriendo evitarle mayor emoción, Anfión se abrazó de su cuello y ni ellos mismos vieron el llanto que inundaba sus ojos.

“Y en el balandro de la ermita, se embarcaron ambos un callado amanecer, sin que ni los pájaros que dormían en los pinares se apercibieran de que un poderoso soberano de dos florecientes países se alejaba de la populosa capital, testigo de su grandeza y de su gloria, para pasar el

resto de su vida en uno de los parajes más bellos y más solitarios del país de su nacimiento.

“El prudente Patriarca había tenido también en cuenta que la Aldea de Port Ofir era un territorio cedido, desde muchos antes, por los Reyes antepasados de Anfión a los Profetas Blancos para un Santuario Escuela que por diversas causas no había sido habitado aún.

“Aquella era la morada que Sphano-San destinaba para su hijo del alma, que abandonaba los esplendores de un trono secular por aquel castillo solitario, en lo más alto de un pintoresco cerro que desde entonces fue llamado Cerro de la Gloria.

“—¿Qué mayor gloria —decía llorando el Anciano Patriarca—, que la de un joven Rey adorado de su pueblo, admirado por todos los Reyes del Continente, que entrega su cetro y su corona por salvar las vidas, la paz y la dicha de sus pueblos?

“Grande fue la sorpresa de Anfión cuando al desembarcar en la escondida bahía y subir la escalerilla labrada en la roca misma, encontró en lo alto de ella a sus dos pajes íntimos y tras de ellos a su viejo mayordomo, que le aguardaban con una forzada sonrisa en los labios y sus ojos enrojecidos de llanto.

“Mayor sorpresa fue todavía la suya al abrirse la gran puerta de entrada y ver allí a su jefe de Guardia Real con una veintena de ellos, y más al interior a Silia, azafata de la esposa muerta, con las damas de honor y camareras que se habían retirado anteriormente al Santuario de las Doloras.

“Ya era demasiado para el corazón tiernísimo del joven Rey, que mudo, de pie en el centro de aquel sombrío pórtico, dejó correr sus lágrimas contenidas con tanto esfuerzo y por tanto tiempo.

“Al verlo así, se precipitaron todos hacia él y cayeron de rodillas sobre el frío pavimento, luchando por acercársele a besar sus pies, abrazarse a sus rodillas, apretarse a sus vestiduras, prenderse de sus manos que caían lacias a su costado...

“Le habían amado tanto y tanto en los días de su grandeza y de sus esplendores de Soberano, y ese amor contenido por respeto, se desbordaba entonces sobre su persona que sólo era para ellos, el hombre único que merecía ser amado sobre todas las cosas de la tierra”.

* * *

Nuestro sensitivo Juan parecía sentir sabor de miel en aquellas palabras que repetía una y otra vez:

“Era para ellos el hombre único que merecía ser amado sobre todas las cosas de la tierra”. ¿Acaso no lo había sentido él igualmente en todo el tiempo que vivió a su lado en la vida de Yhasua de Nazareth?

—¡Oh, Maestro mío! —exclamaba, sosteniendo aún en sus manos el humilde punzón que iba grabando en los pergaminos aquellos, hermosos secretos del pasado—. ¿Por qué la Eterna Ley manda a esta vida tan solo como un relámpago fugaz, resplandores de amor que vienen y se van dejándonos en oscuridad y tristeza, después de habernos hecho conocer un retazo de cielo que luego no encontramos en ningún lugar de la tierra?

Y el punzón le respondía moviéndose suavemente sobre las blancas páginas, continuando el dictado misterioso:

“Aquellas almas que tanto le amaban, le venían siguiendo desde largas edades. Él las había recogido de otros planetas llegados a un grado de evolución de la humanidad que los habitaban que no estaba a tono con la mediana evolución de ellas. Eran pues para Él un precioso legado que el Eterno Poder encomendaba a su tutela y a su amor.

“Y Anfión dejó volar su pensamiento por los planos iluminados de intensa claridad divina que hablaban a su mente y a su corazón de viejas alianzas, de entrega absoluta de algunos millares de almas que dejaban un mundo de luz y de dicha para seguirle a un mundo primitivo, donde a su lado padecerían horrores en busca de la propia evolución y como colaboradores en sus misiones redentoras de humanidades.

“Unos días después todo era paz y sosiego en el austero castillo que coronaba el Cerro de la Gloria entre los pinares que gemían suavemente con los vientos del atardecer.

“El alma justa y pura de Anfión comenzó a aquietarse también, a medida que iba estableciendo en torno suyo el género de vida que deseaba continuar entre aquellos fieles amigos que tan abiertamente le demostraban su amor.

“Silia fue desde el comienzo el ama de casa en el nuevo hogar de Anfión, que no tardó en convertirse en el seguro refugio de los que por una causa o por otra se veían sin hogar y sin familia.

“El pequeño balandro que se escondía en la bahía, iba del Cerro de la Gloria a la Montaña Santa y de ésta al Cerro cada dos o tres días, porque Sphano-San se resentía de la ausencia de aquel hijo-Rey cuyo amor llenaba su ancianidad de energía y de vida.

“Y algunos de los solitarios cuyos largos años de consagración al servicio de la humanidad doliente, les habían casi agotado la vida, llegaban también al castillo solitario donde por entonces se ocultaba el amor hecho corazón humano, Anfión el Rey Santo era un poderoso imán a cuya fuerza de atracción nadie podía sustraerse.

“Bajo aquellos vetustos pórticos de piedra que iba cubriendo la hiedra, comenzaron a escucharse laúdes y cítaras a las horas en que Anfión se

retiraba al oratorio que Silia y sus compañeras arreglaron para él. Y más tarde un coro de voces femeninas cantaba los himnos del amanecer y del ocaso acostumbrado en el Santuario de las Doloras, de donde habían salido casi todas las mujeres que habitaban el castillo.

“Los moradores aumentaban día por día y alarmado el viejo mayor-domo por el temor de que se agotaran los recursos con que contaban para alimentarles, expuso sus temores al anciano Patriarca.

“Mas, éste le contesto: —No ofendas al Amor Eterno mi buen Teokasio. ¿Cómo has podido pensar que Él descuida alimentar debidamente a los amigos de su enviado, cuando Él con ellos no han olvidado amarle y servirle?”

“No dio otras razones, pero el anciano Sphano-San sabía bien que el Consejo de Otlana había dispuesto una renta vitalicia para Anfión, y que Tedia y Athaulfo de Theos-Kandia, habían entregado a Sphano-San la renta que por herencia paterna les pertenecía, para el sostenimiento del Justo que por amor a sus pueblos lo había renunciado todo.

“Y Anfión en compensación a su heroico renunciamiento pudo ver en torno suyo a todos aquellos que por Ley Divina le habían sido dados y que debían seguirle hasta el final de los tiempos”.

88

EL CERRO DE LA GLORIA

“—¿Qué ha pasado en el Cerro solitario? —preguntaban los aldeanos de Port Ofir—. Hasta hoy nos daba pavor y espanto la sombra negra de sus pinares que gemían como almas en pena no bien cerraba la noche. Y hoy se sienten cantares como de ángeles que hubieran bajado del cielo a la tierra para suavizar nuestra vida de duro trabajo.

“Ninguno ignoraba que todo el Cerro era propiedad de los solitarios de la Montaña Santa, y comenzaron las peticiones al Patriarca para que les permitiesen establecer los humildes hogares que se iban formando alrededor de la Montaña de los Pinares, como se había llamado desde los lejanos tiempos anteriores al advenimiento de Anfión.

“Y el Anciano meditaba en la fuerza suprema del amor que irradiaba el gran Espíritu-Luz, que la Ley de Atmán mandó sobre aquel Cerro, teatro en viejas edades de los más espantosos crímenes elaborados por las fuerzas malignas de los magos negros del Jenghibre, que al huir de la catástrofe de Lemuria se habían refugiado allí.

“Nuestros hermanos nunca pudieron habitar en la Montaña de los Pinares cedida por nuestros Reyes, y he aquí que Él solo ha vencido con su amor soberano todo el poder del mal que dormitaba allí como una

serpiente, en espera de poder despertar un día y seguir su tarea corruptora de sociedades humanas. Es bien cierto el viejo axioma de nuestros mayores: “El amor salva todos los abismos”. Y lo único que falta son corazones capaces de amor.

“Y el Anciano Patriarca extendía una escritura que autorizaba a un joven aldeano recién casado, para establecer su hogar en la falda del Cerro que el amor de Anfión había purificado de todo el mal que espantaba a los habitantes de aquella comarca.

“Anfión, entretanto, parecía ajeno completamente a las transformaciones causadas por Él en la Montaña de los Pinares, y solitario en el pabellón del Castillo que le habían dispuesto, apenas salía de él para pasearse al caer de la tarde por el soto de magnolios que sombreaban plantales de nardos y jacintos florecidos a la vera de un arroyuelo, que se desprendía desde lo alto del Cerro.

“Era la parte más apartada y solitaria del Castillo, pero no tardaron los aldeanos de Port Ofir en apercebirse que al caer de la tarde se veía la figura blanca de un hermoso joven de tres décimas y media de edad, paseando solitario y silencioso bajo el brillante ramaje de los magnolios.

Y fue un adolescente enfermo de los pulmones en último grado quien encendió la luz de aquel descubrimiento, pues decía a todos los que quisieran oírle: “Me sentía morir ahogado por esta tos que me arranca los pulmones, y buscando aire fui a sentarme en un tronco de pino que está caído al poniente del Castillo, y veo pasear bajo los magnolios, un hombre joven y hermoso cubierto de un manto blanco. No sé por qué le miré con amor y con piedad, me sentí movido a subir al tronco para seguirle mirando así de lejos, hasta que Él miró también hacia mí y luego desapareció entre el follaje. Si es una aparición de Atmán no lo sé, pero estoy curado de mi mal desde ese día.

“Fue lo bastante para que corriera por la Aldea de Port Ofir que bajo los magnolios del Castillo paseaba una visión que curaba todas las enfermedades.

“Una fuerte cerca de bloques de piedra impedía llegar a los patios del Castillo, pero pronto vieron sus habitantes que al caer de la tarde, muchas cabezas asomaban por sobre el muro en espera de la visión maravillosa.

“El Jefe de los Guardias y Silia, tomaron intervención para averiguar qué significaba aquel espionaje a la hora en que Anfión bajaba al patio de los magnolios, y fueron a encontrar a infelices tullidos, ciegos, cancerosos, heridos de lepra, que hacían inauditos esfuerzos para trepar por los pedregosos senderos de la montaña y para subir sobre un leño seco, sobre una roca y hasta por encima de la cerca que les separaba de la prodigiosa visión.

“Y de aquel cauteloso espionaje que el dolor y el amor convertían en un poema heroico, salían curados y sanos los enfermos; en los desesperados florecía la esperanza y en el pecador arrepentido se abría el cactus rojo del arrepentimiento y la redención.

“De tan magnífico florecimiento de bien, de paz y de amor surgió tres años después el hermoso y sugestivo nombre de Cerro de la Gloria, y las faldas de la montaña se cubrieron de casitas blancas con techumbre roja, habitadas por el amor de jóvenes desposados y más tarde con hijos cuyas risas se mezclaban a los gorjeos de los pájaros de la selva.

“Hasta las rocas de las montañas se unieron al concierto de amor de Anfión el Hombre-Luz que todo lo llenaba de esperanza y de paz; y un día se derrumbó un enorme peñasco que al abrirse en grietas profundas, dejó ver las vetas de oro que se encerraban profusamente en el seno de la montaña.

“Y fue entonces que aquella hermosa montaña acariciada perpetuamente por las olas del mar fue llamada Port Ofir, nombre que como una leyenda maravillosa pasara hasta lejanos tiempos, y mil generaciones llamarán oro de Ofir al más puro metal color de rayos de sol.

“Tan poderoso y fuerte es el amor desinteresado y puro de las grandes almas que le sienten vivir en ellas y le irradian al exterior, que lo transforma todo, hasta el punto de no resistir ni aún las rocas de las montañas.

“Y el viejo Patriarca decía a Anfión en una confidencia íntima:

“—¡Hijo mío del alma! Lo que la Ley Divina ha colocado en lo más alto de una cumbre, no puede ocultarse de los hombres. Lo que Atmán ha llenado con el esplendor de su Luz Eterna, no puede hacer otra cosa que derramar claridad. No te alarmes. Deja que el mundo vea tu luz. Es la Luz Divina de Atmán y tú no la puedes ocultar.

“Así pasaron años de gloria y alegría para los pobladores de Port Ofir, pero de soledad profunda para el hombre excelso que daba la felicidad a todos y se olvidaba de sí mismo,

“Tanto daba de sí a cuantos necesitaban de salud, esperanza y amor, que Anfión comenzó a languidecer visiblemente, de tal manera, que todos los moradores del Castillo se apercibieron del agotamiento físico de su señor.

“Y entonces su alma esposa, compañera de su vida eterna, se manifestó a los solitarios de la Montaña Santa rogándoles que fueran pronto, por siete días, porque los Mesías compañeros y gemelos de Anfión necesitaban formar para él una bóveda psíquica, hecha de amor divino y de fuerza vital humana, capaz de reanimar su agotada materia.

“El Anciano Patriarca ordenó su bandada de pájaros blancos conforme a las indicaciones de Hehalep, de Okmaya y Hames, los tres compañeros de los Setenta que vigilaban la existencia física del hermano desterrado

en un mundo inferior como la tierra. Debían ir todos, llevando los más ancianos la fuerza espiritual desarrollada al máximo durante largos años de ejercicios metódicos y consagración absoluta; y los jóvenes dedicados a misiones del exterior o a trabajos manuales, llevando su fortaleza física y radiaciones magnéticas como colaboración al trabajo de las Inteligencias Superiores que acompañaban desde su plano de luz al Mesías desterrado.

“El Patriarca llevó consigo aquellos cuyas disposiciones físicas y facultades espirituales consideró eficientes para el trabajo que se les pedía. Estos fueron: los sensitivos Auditores: Tesaro, Bonker y Tyerki; los sensitivos Videntes: Elkrag, Athaulfo y Theboin; los sensitivos Parlantes: Slagor, Arval y Andel; los transmisores magnéticos: Slikon, Petekin y Thielke, más los tres Ancianos Consejeros Mayores del Santuario Madre de la Montaña Santa: Walwo, Ayradio y Pedrain.

La Matriarca de las Doloras llevó consigo a las que más intensamente amaban a Anfión y a su amada compañera desaparecida: Geisla, Glovia, Rousla, Zamet, Trudchen, Gloti, Teodi, Gracia y Damila, entre las cuales había excelentes facultades internas, que la vehemencia del amor hacía más eficientes para el trabajo que las Inteligencias Superiores pedían.

“El relator de las cosas divinas debe ser fidelísimo a la verdad, y aquí cabe decir que gran parte del agotamiento físico de Anfión se debía a los malignos esfuerzos que los augures mantenidos por Alpha-Huari en Theos-Kandia hacían, procurando la desencarnación del Rey Santo que aún apartado de su palacio, de su trono y del gobierno de sus pueblos, era la fortaleza que contenía las ambiciones de su mal hermano, que no se atrevía a establecer su corte real en Otlana donde se sabía aborrecido del pueblo. Existía sobre él la amenaza de que Anfión sería llamado nuevamente al gobierno si los pueblos padecían por su causa. Y los pulpos hambrientos y egoístas de todos los tiempos, no podían ejercer libremente sus negocios malvados, mientras el hombre justo estuviera como un faro sobre el Cerro de la Gloria.

“La formidable lucha del Bien contra el Mal quedó planteada entre los Profetas Blancos de Anfión y los magos negros del Castillo de Andelkrag, que inspiraban a Alpha-Huari en Theos-Kandia.

“El amor es más fuerte que la muerte, repetía Sphano-San al iniciar todas las concentraciones mentales en el salón oratorio del Castillo del Cerro de la Gloria.

“El Amor es más fuerte que la muerte, cantaban las doncellas del coro formado por Silia en memoria de Odina, el dulce ángel de luz que les había enseñado a todas el secreto divino del amor que hace prodigios, que transforma a las almas y da vida nueva a los cuerpos.

“Y el amor cantaba en todos los tonos en torno del hombre santo que

entregó cuanto era y cuanto tenía, y se entregó a sí mismo como cirio en el altar sagrado del amor a sus semejantes, amigos y enemigos.

“De siete días llegaron a catorce y de catorce a veintiuno los días que duró la lucha mental, demasiado fuerte por ambos lados. Al final de estos días Anfión se dejó ver de todos los que rondaban alrededor del Castillo, ansiosos de conocer si vivía o moría. El júbilo fue indescriptible, los niños le arrojaban flores, las mujeres agitaban velos de cien colores, los hombres levantaban sus lanzas resplandecientes y arrojaban a los aires flechas con cerillas encendidas, y organizaban desfiles con antorchas en torno al cerro bendito donde vivía el hombre justo, portador para ellos de todos los bienes de la vida.

“Mas, en las enfermerías del Castillo reposaban exánimes muchos de los que habían sostenido la ruda lucha con las fuerzas de las tinieblas.

“—¡Que ninguno pierda la vida por mí, Gran Atmán de los cielos y de la tierra!... —clamaba el Rey cuando tuvo conocimiento de lo ocurrido durante su enfermedad. Y se constituyó en visitante asiduo de los que habían agotado sus fuerzas por salvar la vida a su Rey.

“Sphano-San y Silia tardaron tres días en recobrar el conocimiento y la lucidez.

“Pero todo volvió a la serenidad y la calma cuando llegó un mensajero enviado desde Theos-Kandia por Tedia, esposa de Alpha-Huari, notificando al Patriarca que su marido se había vuelto loco al tener conocimiento de que en el Castillo de Andelkrag, morada de los Augures, se había desatado un incendio que consumió en pocas horas a todo ser con vida y quedó convertido en escombros.

“Y añadía el mensaje, que ella misma se ponía en viaje a Otlana a refugiarse en el Santuario de las Doloras de la Montaña Santa.

“Ella había sido por completo ajena a la lucha entablada entre el Bien y el Mal; pero en el subconsciente, o sea su Yo superior, estaba entre el Bien y en contra del Mal, y era el sujeto elegido por la Ley Divina para devolver el equilibrio definitivo a los pueblos.

“La Ley es inexorable y se cumple siempre y en absoluto; y quien usa de fuerzas malignas en daño de sus semejantes, es víctima de ellas mismas, que desatadas con incontenible furia se vuelven contra sus propios instrumentos cuando no han podido dañar a aquellos sobre quienes fueron arrojadas. Y el infeliz Alpha-Huari injusto y cruel perseguidor de su hermano, Ungido de Atmán para dar luz a la tierra, cayó en la noche de la demencia para toda su vida.

“Y los pueblos aconsejados por los Ancianos de la Montaña Santa proclamaron como Regente a Tedia de Theos-Kandia, nieta del Rey Athaulfo y de Fabia de Cerro de Oro, los reyes abuelos de Anfión y de Alpha-Huari.

“Establecióse la Corte Real en el antiguo palacio de Orozuma, y recién entonces supo Tedia que su hermano Athaulfo era uno de los solitarios de la Montaña Santa. Quiso que compartiera con ella el gobierno de los pueblos que fueron de sus abuelos; pero él se negó en absoluto a abandonar su vida de retiro en aquel Santuario donde encontró la paz perdida entre los dirigentes de pueblos.

“Ocho años más tarde, Sphano-San entregaba su alma purificada a los ángeles del Señor, y los Ancianos todos pidieron a Anfión que sustituyera al Patriarca desaparecido.

“El Hombre Santo no pudo negarse a este cargo y vistió el tosco sayal blanco de los solitarios que le fue entregado por Athaulfo, su primo, que era el que desempeñaba el cargo de vestir el hábito a los que lo pedían.

“Y otra vez se abrazaron ambos y sus ojos se inundaron de llanto.

“Cuando Anfión llegaba casi al medio siglo de vida, Atmán le llamó a su Reino, donde su dulce compañera le esperaba con la corona de mirtos y de rosas de los triunfadores y de los héroes.

“Sintiendo llegar esa hora, había pedido a todos cuantos le acompañaron con su amor en el destierro, que volvieran al palacio real de Orozuma y colaborasen con Tedia y sus Consejeros en el gobierno de sus pueblos. Y predijo que su hermano permanecería en la oscuridad de la demencia hasta el fin de sus días, porque teniendo la Luz Divina en su mano, la había apagado él mismo.

“La Ley es inexorable –añadía con honda pena– y nadie puede quebrantarla sin experimentar más tarde o más temprano la severidad de su mano”.

* * *

La mente de Juan quedó como vacía..., en suspenso. Las ideas que fluían como un torrente se agotaron de pronto y el punzón cayó de su mano hacia que se tendió sobre el libreto como un pájaro muerto.

¿Qué significaba aquello? Que la voz no se hacía oír más porque el dictado quedaba concluido.

–¡Por favor! –clamaba Juan–. ¡Quiero saber más!... ¡Este silencio es abrumador!... ¡Oh, la voz... la voz! ¡Cuán solo me quedo sin ella!... –Algunas lágrimas cayeron sobre su mano dormida en quietud profunda y en su mente resplandeció una idea.

“Las voces celestiales tienen su hora y su momento, que también hay una ley que las rige y gobierna. Cierra el cartapacio y vete al huerto a beber aire, luz, vitalidad y energía. La vida es de Dios y hay que vivirla en Dios y para Dios que es paz suavísima y bienaventuranza inefable para quien le busca, le siente y le ama”.

Fue un riego de agua fresca para Juan que obedeció de inmediato a esta idea que le fue sugerida intuitivamente. Un glorioso amanecer le llenó el alma de dulzura infinita. Había pasado la noche en el Cenáculo sumergido en ese mundo lejano de un remoto pasado que las cenizas inexorables del tiempo habían cubierto en la tierra, pero los Archivos de la Eterna Luz lo mantenían vivo y palpitante como si acabara de suceder.

Vio acercarse dos viajeros al portalón del huerto de la casa y los reconoció de inmediato. Eran Felipe y Matías. Se apoyaban en báculos, y demostraban un gran cansancio.

Juan les hizo entrar y les llevó a la glorieta del rosal té, tan propicia a las confidencias íntimas. Todos dormían en la casa y allí podrían hablar sin interrumpir su sueño.

Las noticias de una parte y otra se desgranaron como espigas maduras entre las cuales brillaba como un diamante la personalidad del amado ausente, hasta el punto de que los tres callaron de pronto como si hubieran sentido que Él les estaba escuchando.

Y Juan conmovido repitió aquellas palabras suyas: “Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, estaré Yo en medio de ellos”.

Los tres se miraron un instante en silencio y tendieron luego la mirada a lo lejos para ocultarse unos a otros que en sus ojos asomaba el llanto...

89

FELIPE Y MATÍAS

Amigos desde la niñez, lo fueron hasta el final de sus vidas. Originarios de Betsaida, en la ribera norte del Mar de Galilea, sus familias habían compartido pesares y alegrías, y se habían casi refundido en una sola por diversas razones.

La esposa de Felipe fue hermana de Matías, y los padres de ambos fueron hermanos también. Ambos quedaron viudos casi al mismo tiempo. Felipe con dos hijas pequeñas y Matías sin ningún vástago, pues que el único que tuvo de su matrimonio, murió de pocos meses.

Ambos habían llegado al Maestro con el corazón lleno de soledad y de recuerdos de afectos desaparecidos, de esperanzas florecidas un día y marchitas al siguiente, en fin, tal como es la vida humana; un largo collar de perlas negras y blancas que corren y corren permaneciendo siempre las mismas y en el mismo lugar: el alma..., eterno cofre que recibe y guarda cuanto es vida y sentimiento en el humano existir.

Acababan de desembarcar en el viejo muelle de piedra en la ribera sur del Mar de Galilea, donde tantas veces embarcaron y desembarcaron con el Maestro en sus largas correrías misioneras.

Habían permanecido varios años fuera del país, huyendo de los terrores de la infeliz Judea, abrasada en la fiebre enloquecedora de los odios políticos y sectarios.

En Cesarea de Filipo, en Iturea, en las ciudades del norte de Decápolis habían podido establecer pequeñas Congregaciones de discípulos del Profeta Nazareno, recordado con amor reverente por todos aquellos que recibieron de Él la paz, la esperanza y la salud.

Juan les refirió cuantas noticias tenía, y aún les leyó las epístolas que habían escrito los compañeros ausentes, desde los lejanos países donde continuaban la obra de amor encomendada por su Maestro.

—¿Y Judas? —preguntó a media voz Matías, que había ocupado su lugar entre los Doce.

—¡Oh!... —exclamó Juan—. Eso es un secreto que sólo dos hombres lo supieron: Pedro que no lo revela a nadie y el inolvidable Stéfanos que tampoco lo reveló y que ya está con nuestro Maestro en el Reino de Dios. Por ellos hemos sabido que apartado de la sociedad humana por causa de su desgracia, castiga él mismo su error sirviendo a los leprosos arrojados de las ciudades y enterrando a los muertos, que la justicia humana cuelga de la cruz o de la horca y arroja a los muladares para ser devorados por los perros”.

Los tres guardaron silencio..., ese silencio pesado y doloroso que cae como una lápida sobre una tumba que no ha de abrirse jamás.

Descansaron treinta días al lado de la venerable madre del Maestro, bebiendo esperanza y amor de su corazón, vaso de ternura y de piedad, como si los grandes martirios sufridos la hubiesen identificado más con la piedad y la ternura infinita del Hijo de Dios.

En uno de los días de su permanencia en Nazareth, ambos discípulos, Matías y Felipe, tuvieron al mismo tiempo en la meditación de la noche, una iluminación interior que les infundía la misma idea: *“Hasta hoy habéis trabajado juntos en los campos del Padre. Mas, es la hora de partir cada uno a donde yo necesito vuestro servicio”*. Ambos comprendieron que esta idea expresada sin palabras emanaba de su Maestro, y ambos respondieron con profunda emoción: *“Sea hecha tu voluntad Señor y no la nuestra”*.

Dos días después llegaba la noticia de que Matheo pedía un auxiliar para el apostolado en Etiopía, por no bastar él solo para la diversidad de trabajos que se debían realizar allí. Y al mismo tiempo llegaba aviso de Pedro, que su hermano Andrés se encontraba imposibilitado en su misión apostólica por efecto de una caída en que se habían dislocado sus pies.

Felipe y Matías vieron en tales circunstancias coincidencias demasiado vivas con la interna voz que ambos habían escuchado en la oración, y esto les decidió en su camino a seguir.

Matías se trasladaría a Etiopía como auxiliar de Matheo; y Felipe a los países del Norte en socorro de Andrés.

Tan largo sería el viaje del uno como del otro, pero ninguno vaciló.

La venerada Madre del Maestro les despidió con sus bendiciones como lirios blancos de paz que se deshojan sobre sus cabezas inclinadas ante ella. Y Simónides, que se encontraba con Pedro en Antioquía, les despidió en el puerto diciéndoles: —Hago de cuenta que sois dos hijos que celebráis nupcias con la Obra redentora de nuestro glorioso Rey, y aquí tenéis la dote de vuestra desposada.

El fiel y valiente Anciano siempre usaba de algún ingenioso ardid para proveer a la subsistencia de los servidores de su Rey inmortal, sin que pareciera una simple dádiva que les causara sonrojo.

Y debieron separarse también ellos dos, acaso para no volver a encontrarse nunca; Matías tomó un barco que se hacía a la vela rumbo al sur, que tocaría los puertos de Tolemaida, Gaza y Alejandría, donde proyectaba visitar a Zebeo en su Aldea de los Esclavos, que ya era una floreciente población de pequeñas y blancas casitas, en medio de las cuales se alzaba como un gigante de piedra gris verdosa por la hiedra que lo cubría, el que fuera palacio solitario de la princesa Thimetis, muchos siglos atrás.

Y navegando Nilo arriba, se detuvo en Ipsambul donde la Reina Candace con su hija Ifigenia, ya casada con un hijo del Rey Hareth de Arabia, debía volver a Etiopía a ocupar el trono de sus mayores porque había sido expulsado el usurpador que les ocasionó el duro destierro que habían sufrido.

Y Matheo abrazando al hermano de ideales que llegaba a compartir el apostolado le decía:

—Me tocó empezar mi tarea en plena lucha, guerra civil, usurpaciones, destierro, y a ti te corresponde entrar al palacio de la Reina Candace, entre la familia real que ha reconquistado sus derechos, y es una decidida y ferviente protectora de los apóstoles de Cristo, nuestro Maestro.

Fueron Felipe y Matías los dos últimos apóstoles que decidieron su camino a seguir. Parecíales cruel abandonar en absoluto la tierra natal, dejándola sumida en el lodo y sangre de las luchas a muerte, que los odios sectarios de los dignatarios judíos intransigentes, habían convertido en una especie de apostolado siniestro y fatal.

Habían vagado como tristes misioneros ambulantes por el Haurán, por Decápolis, sembrando la enseñanza tierna y amorosa de su Maestro y tratando de imitar sus obras benéficas para todo dolor humano.

Eran espíritus incapaces de lucha, porque amaron más que todo, la tolerancia en cuanto a las ideas y a los hechos, siempre que con ellos no se rozara ni levemente “el amor a Dios sobre todas las cosas y al

prójimo como a sí mismo”, síntesis divina de la doctrina que bebieron de su Maestro.

Catorce años aproximadamente habían transcurrido desde el supremo sacrificio del Cristo, cuando ellos retornaron al suelo nativo desde la Traconitis, en cuyas montañosas poblaciones residieron últimamente.

La Divina Ley, vigilante y maternal para los servidores suyos que, aún inconscientes de sus ocultos designios, hacen ofrenda de sus vidas al Supremo Ideal abrazado con plenas convicciones, les indica y allana los caminos en forma tal, que se ven impulsados a seguirlos aún por propia conveniencia al parecer.

Y Felipe y Matías que al llegar a Galilea recibieron dolorosas noticias de los dramas sangrientos que aterrorizaban continuamente a la infeliz provincia de Judea, desde donde iban extendiéndose hacia todo el país, comprendieron que la tierra natal era por entonces aquel campo reseco y árido que les pintara el Divino Maestro en sus parábolas, donde la simiente divina sería pisoteada por las bestias, abrasada por el sol o devorada por las aves de rapiña. Mientras tanto, en lejanas comarcas extranjerías, donde no había brillado la llama viva de Moisés iluminado en el Sinaí, la simiente divina germinaba y crecía convirtiéndose en árbol gigantesco que da sombra a los hombres que la siembran, a las bestias que pacen en los campos y a los pájaros que anidan en sus ramas.

Tal fue la razón que impulsó a Felipe y Matías a responder al pedido de auxilio de Andrés en los países del Norte, y de Matheo en las montañas y valles fecundos de Etiopía, donde brota el Nilo con fuerza de torrente para dar vida y abundancia al vasto y legendario país de los Faraones.

El dolor de la separación de ambos discípulos del Cristo fue en verdad incienso de sacrificio quemado en el sagrado altar del Maestro. Catorce años habían pasado juntos. Habían compartido alegrías y dolores, privaciones, cansancios y fatigas, y uno en otro habían vaciado todas sus penas.

Era el año cuarenta y ocho, y la Palestina bajo el gobierno del Procurador Ventidio Cumano, dio el espectáculo más terrible de desorden, de crímenes, de odio y de locura, de tal manera que la existencia se hacía casi imposible para los habitantes que buscaban la vida tranquila de honradez, de orden y de trabajo.

Y las emigraciones de los que podían escapar de aquel caos de horrores y de locura, se esparcieron en distintas direcciones y hasta largas distancias. Al duro momento de la separación definitiva, Matías y Felipe se dijeron al darse el último abrazo en Antioquía:

“El Maestro hace florecer sus rosas aún al contacto de los horrores de nuestra tierra, pues que debido a ellos vuelan estos dos pajarillos llevando muy lejos, la semilla que dejó Él en nuestra bolsa de viajeros”.

EL CRISTO EN ROMA

Desde las moradas radiantes del Reino de Dios tendía el Divino Maestro el rayo sereno de su pensamiento, llama viva de amor sobre todos sus amigos de esta Tierra, herencia eterna que el Padre le había confiado.

Era como el Director Supremo de una gran aula donde había dejado discípulos de muy diversos grados de evolución.

Era la misteriosa escala de Jacob, que comenzaba en los guijarros del camino y subía y subía hasta perderse entre las estrellas silenciosas y los grandes abismos siderales.

Sólo una orden, un encargo suyo había podido ser igual para todos: *“El amor de los unos para los otros”*. *“El Amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismos”*.

Pero lo demás... ¡Oh!, no había dos almas iguales y no podía pedirles a todos el mismo esfuerzo, la misma ofrenda, el mismo don.

Todos le habían amado. Todos lloraban su ausencia, pero no todos le habían comprendido de igual manera.

Y Él se había ido, sabiendo que de estos diversos modos de comprender su enseñanza y sus ideales, surgirían en el futuro multitud de caminos, de sendas que dividirían a sus amigos acaso hasta el punto de que unos a otros se juzgaran duramente como adversarios suyos, como destructores de su doctrina, como sacrílegos profanadores de su Verbo, reflejo de la Eterna Idea, del Divino Pensamiento.

Sólo el amor podría salvar ese horrendo abismo, y por eso en la noche inolvidable de su despedida no sabía pedirles otra cosa sino *“que se amaran unos a otros como Él les había amado”*.

* * *

Recordará el lector que dejamos a Pedro en Antioquía, acompañado de María de Mágdalo y últimamente del Anciano Simónides, que quiso averiguar si sus agentes de negocios tanto en esa populosa capital como en los barrios suburbanos de Gisiva y Carandama, obraban de acuerdo a sus indicaciones; si la red de caravanas tendida por él desde largos años hasta lejanas comarcas, cumplía escrupulosamente sus convenios comerciales, y si la flota marítima mercante se mantenía tal como correspondía al servicio del Soberano Rey de Israel, que aunque ausente en su Reino de los Cielos, no por eso menos atento a sus servidores de los valles terrestres.

Habían pasado los tres juntos casi un año de dulce amistad, de afectuoso compañerismo, de perfecta comprensión en medio de todo lo cual, María desempeñaba los oficios de notaria de ambos Ancianos que veían en ella una promesa de continuidad para la Obra de su Maestro inmortal. Y en el alma profundamente entristecida de aquella mujer, cayó como un bálsamo cicatrizante de sus heridas, el tierno amor de los dos queridos viejos a quienes ella daba el dulce tratamiento de padre al Apóstol Pedro, y de abuelo a Simónides que ya pisaba el umbral de la decena final de siglo. Había cumplido noventa años y no decaía ni su vigor físico, ni la energía de su voluntad. Una maravillosa lucidez mental continuaba haciéndole merecedor del calificativo que le había dado un día su Soberano Rey:

“Eres el genio de los negocios honrados”.

Y cuando sus antiguas amistades comerciales se asombraban de la impotencia de los años para vencer al viejo comerciante, él contestaba lleno de júbilo y de noble orgullo:

—No puede ser de otra manera, porque mi Soberano Rey me hizo nacer de nuevo al curar mis males. Conque echad la cuenta y me daréis la edad necesaria para atreverme a pedir la mano de mi notaria.

En su noble espíritu penetró profundamente el último encargo del Divino Maestro: *“Si amáis como yo amo, vendré a vosotros y haré mi morada en vuestro corazón”*. Simónides sentía la presencia de su Señor a todas horas en su corazón y debido a esto, fue el primero en sentir que la tristeza causada por su muerte se había transformado en seguridad y certeza plena de que Él estaba presente, aunque invisible, en todos los pasos de su vida.

Prueba de ello son las reconvenciones que hacía cariñosamente a todos los que cerca de él manifestaban incurable tristeza por la partida del Divino Maestro.

—Nuestro Rey y Señor —les decía—, no quiere amor regado con eterno llanto, sino un amor florecido en obras como las que Él hacía.

Para Pedro le fue, así mismo, grandemente benéfica la compañía de aquel viejo siempre joven.

—Yo no vuelo tan alto como vosotros en seguimiento de nuestro Rey inmortal —les decía en sus confidencias íntimas—, porque Él curó mi cuerpo físico destrozado por un tirano, pero no creyó necesario ponerme alas para volar más allá de las estrellas. Él quería que yo siguiera caminando por la tierra anulando en silencio las maldades de los potentados, y sacando de los rastrojos el pan para sus servidores, y de los nobles esfuerzos del trabajo honrado cuanto es necesario a la vida de los continuadores de su obra”.

¡Cuán acertado estaba Simónides al juzgar el camino que la Divina Ley le tenía marcado!

“En la Casa de mi Padre hay muchas moradas –había dicho el Divino Maestro–, y cada uno llegaría a la suya por el cumplimiento de lo que le fue asignado”.

Acompáñame, querido lector, a encontrar en sus respectivos caminos a los amigos de Yhasua que lejos de la tierra natal, de la infeliz Palestina, duramente herida entonces por luchas internas, políticas y sectarias, desenvolvían actividades idealistas en la soberbia Roma, dominadora del mundo.

Nuestros inolvidables amigos Judá y Nebai, eran el alma del apostolado de Cristo en la ciudad de los Césares que adormecida por la fiebre de placeres, de glorias efímeras que ella creía eternas, había olvidado todo lo grande, noble y bueno que puede encerrar en sí la vida humana, encauzada en el marco austero de oro incorruptible de los deberes y responsabilidades espirituales, morales y sociales, que a cada uno le fueron asignados por la Ley Divina en acuerdo con el propio libre albedrío.

Veamos lo que en diez años, desde el año treinta y tres al cuarenta y tres, habían realizado silenciosamente en la gran capital del mundo civilizado de entonces, aquellas dos palomas mensajeras del Cristo que, unidas por el eterno lazo de un amor bendecido por Él, hacían dar pasos gigantescos a su obra redentora de la humanidad.

Una de las mayores calamidades extendidas como peste mortífera en la populosa Roma, era la esclavitud. Su numerosa población estaba compuesta en su mayor parte por esclavos, hombres, mujeres y niños. De todas las conquistas romanas que lentamente habían ido apoderándose de los países europeos y de muchos de África y de Asia Central, iban quedando como doliente resaca, millares de seres en calidad de prisioneros de guerra, sometidos a los más duros tratamientos de esclavos comprados por dinero y por amos que se sabían con derechos de vida y muerte sobre ellos.

Había entre ellos, hijos de reyes, de príncipes, de jerarquías y alcurnias de toda especie, sabios, artistas del pincel, músicos, magistrados, sacerdotes de los diversos cultos establecidos en los países sometidos, nobles madres, esposas y doncellas acostumbradas a la comodidad y al regalo de las buenas posiciones. Todo quedaba confundido en el doloroso montón de carne humana viva, conducida a la gran Capital como majadas de bestias indefensas que el gobierno concedía como galardón a sus jefes de guerra triunfadores, los cuales vendían caras aquellas piezas de rebaño humano, cuyos bienes y riquezas materiales iban a llenar las arcas insaciables de los conquistadores.

El Príncipe Judá que en su primera juventud había sufrido esa dura esclavitud, eligió para Ideal supremo de su apostolado cristiano, la redención de los esclavos que en calidad de prisioneros de guerra, soportaban el doloroso baldón de haber sido vendidos a un amo que tenía sobre ellos

derechos de vida y muerte; igual que una pobre bestia que se compra, se sirve de ella mientras sus fuerzas dan, y cuando ya no sirve, se le arroja de casa o se le mata y va su cuerpo al muladar, donde en fosa común se confunde con toda la inmundicia que arroja la cloaca de una populosa y brillante metrópoli.

Las cuantiosas rentas que le daban los bienes heredados de su padre adoptivo Quintus Arrius, se consumían todas en comprar la libertad de los esclavos que tan injustamente soportaban ese oprobio, sólo porque su país había sido avasallado y vencido.

Y aún se veía obligado a pedir a su administrador general Simónides, frecuentes envíos de dinero para sufragar los enormes gastos que le ocasionaba su misericordioso apostolado.

Y el Anciano enamorado de su Rey Eterno, le contestaba:

—No pases pesadumbre, niño mío, porque vacías tu bolsa, que nuestro Soberano Rey se encarga de llenarla de nuevo hasta el borde.

De los puertos de Ostia y Capua se veían continuamente zarpar los veleros de pabellón amarillo y estrella azul de la flota de Ithamar: el “Astrea”, el “Aventino”, el “Quintus Arrius”, el “Duunviro”, llevando los felices libertos a sus países de origen, que aunque avasallados por Roma, siempre era la patria amada donde ancianos padres esperaban llorando a sus amados proscriptos, de los cuales no habían tenido noticias hasta que una inesperada epístola firmada por “Salvatoris”, les anunciaba la llegada de los ausentes que a veces creyeron muertos.

Tales son los rasgos generales del apostolado cristiano del Príncipe Judá hijo de Ithamar, que en Roma era conocido sólo por Quintus Arrius hijo, Oficial I de la Legión Itálica, Legado representante del Gran Dux (El generalísimo de los Ejércitos romanos llevaba el nombre de Gran Dux y tenía seis Legados como representantes para determinados casos), que estando el imperio por entonces en estado de paz, el cargo era de honor y no de acción, pero tenía todas las prerrogativas y privilegios idénticos a los tiempos de guerra. Hago esta referencia para la fácil comprensión del lector, referente a la magnitud de la obra que Judá pudo realizar en los diez primeros años que siguieron a la partida del Divino Enviado al Reino de Dios.

La Villa Astrea del Lacio que era su residencia habitual, se convirtió en cómodo hospedaje para los libertados de la esclavitud, mediante el oro del Príncipe Judá que a veces pagaba altos precios por nobles esclavos, cuyos conocimientos en diversas ramas del saber humano, los hacía no sólo útiles sino necesarios a los amos que los estrujaban como fruta madura para sacar provecho de ellos, y no obstante los humillaban y maltrataban con inauditos desprecios como a vulgares esclavos comprados con su dinero.

Algunas excepciones había en cuanto a la consideración debida a la desgracia de nobles y distinguidas personas caídas bajo el oprobio de la esclavitud; pero estas excepciones eran muy pocas. La aristocracia romana de esa época no era la de antaño, en que los nobles caballeros y las dignas matronas formaban familias de austera moral en sus costumbres y de finos modales, en su vida de relación con todos los seres que les rodeaban.

La aristocracia que actuaba y brillaba entonces, era la de los nuevos potentados salidos del bajo fondo y levantados sobre el nivel social por el capricho y favoritismo de los Emperadores y de sus familiares. Gentes desprovistas de toda cultura y de todos los sentimientos que hacen del hombre y de la mujer una honra de la especie humana.

El lector comprenderá fácilmente la vida de horrores que soportaban los esclavos procedentes de noble origen y de ilustre cuna, bajo la férula de semejantes amos. Y Judá, hijo de príncipes, que había soportado inauditos martirios hasta que llegó para él la protección del gran marino Quintus Arrius, no podía soportar aquellos tormentos en semejantes suyos, caídos bajo el baldón de aquella situación ignominiosa.

Sus dominios en el Lacio se extendían hasta Capua por la orilla del mar, y formaban como una cinta de mil áreas de anchura, en la cual existían muchas pequeñas aldeas de labradores, algunos castillos muy antiguos ocupados por ancianos familiares del célebre Duunviro, padre adoptivo de Judá, que no quiso de ningún modo privarles de tal comodidad otorgada gratuitamente por su noble protector.

Debido a las irregularidades de este dominio, llegaba en algunas partes a pocos metros de la Vía Apia que se extendía desde Roma hasta Capua como una suntuosa avenida embellecida de jardines y de grandes mausoleos que eran verdaderos monumentos fúnebres de una fastuosidad imponente.

En la parte en que casi tocaba la tierra del dominio de Judá con la Vía Apia, había él levantado el hermoso panteón que guardaba las cenizas de su padre adoptivo. Una gran puerta de hierro empotrada en el cercado de piedra, daba frente a frente al hermoso mausoleo de mármol blanco en cuya portada se leía: “Quintus Arrius”. “Los Manes queridos de la patria immortalizan tu gloria y tu recuerdo, y el hijo agradecido que dejas en la tierra, te ofrenda este templo para descanso de tus amadas cenizas”.

Toda esta escritura era latina en letras de oro sobre la nítida blancura de la piedra; pero entrelazado en una hoja de palma grabada al pie, se veían en signos sirios estas frases de puro sabor israelita:

“Jehová sea tu descanso”.

La pequeña inscripción hecha en forma de líquenes entretejidos en la hoja de palma, podía pasar inadvertida. El Príncipe judío ocultaba

así su fe inquebrantable en el Dios Único, adorado por sus padres y por la raza entre la cual había nacido. Vivía entre el mundo romano cuya única religión consistía en una adoración fanática a los globos estelares: Júpiter, Saturno, Urano, Marte, Minerva, Cástor y Pólux, etc., más los múltiples dioses de los países conquistados que formaban un nutrido catálogo. Pero en el profundo secreto de su alma, tenía Judá un altar escondido donde ofrecía el incienso puro de su adoración a Jehová, cuyos enviados y profetas habían anunciado la venida de un Mesías Salvador. Era éste su sueño más querido. El lector sabe todo lo demás.

En los viejos castillos de sus dominios, lo mismo que en las más humildes cabañas, y hasta en el panteón sepulcral de su padre adoptivo, ocultaba Judá las infelices víctimas del orgullo y de la prepotencia de los nuevos magnates, que en el reinado del viejo emperador Claudio, sucesor de Calígula, se hicieron dueños de la gran capital del mundo.

La enseñanza del Cristo habíase abierto camino bajo tres desastrosos gobiernos. Los últimos años de Tiberio César, sumido en una semilocura trágica, en que el asesinato de su hijo Druso lo llevó a buscar en la venganza y el crimen el alivio a la sorda desesperación que le roía las entrañas. Por falsas y astutas combinaciones de su mujer, la emperatriz Julia, le sucedió su nieto Calígula, adolescente epiléptico con frecuentes accesos de locura, que el alcohol y los vicios desenfrenados lo precipitaron por la pendiente de crímenes y extravíos más espantosos, que hasta entonces hubiera conocido el mundo, pues sólo él pudo concebir en su mente desequilibrada la vergonzosa idea de proclamar, en solemne ceremonia, Cónsul a su caballo favorito y exigir que se le rindieran homenajes de tal, bajo severísimas penas.

Sólo cuatro años duró este extraviado mental gobernando el mundo y fue asesinado por Quereas, prefecto del Pretorio, el año cuarenta y uno. Le sucedió su viejo tío Claudio que las legiones proclamaron emperador. La ebriedad en que continuamente vivía, debilitó su carácter hasta el punto de que sus esclavos y sus mujeres eran en realidad los que gobernaban el mundo en los trece años que duró su reinado. Murió envenenado por Agripina el año cincuenta y cuatro.

Esbozado así el cuadro de lo que era la Roma de los Césares en ese tiempo, facilitamos la comprensión del lector, en cuanto a la vida y actuación familiar y apostólica de los primeros amigos de Yhasua en la ciudad Imperial, señora del mundo.

APACIENTA MIS OVEJAS

Entre el brillante verdor de las viñas y los cerezos que sombreaban el pintoresco barrio de Gisiva, suburbano de Antioquía, estaba ubicado el primer Oratorio cristiano fundado por Bernabé, aquel Halevi de Chipre que Yhasua encontró adolescente en su viaje a Ribla, secundado por Judas de Beerseba, Simón de Níger, Silas de Hebrón, Lucio de Cirene y Manahen de Astarot.

Ellos fueron los organizadores en el orden espiritual, y Simónides fue el autor de toda la parte material de aquel Oratorio que bien puede llamarse el primer Santuario Cristiano de Siria. Era una imitación del templo de Jerusalén en sus formas exteriores y en sus disposiciones internas; pero sin los derroches de oro, plata y púrpura de que aquél estaba adornado.

El Soberano Rey de Israel había declarado que valían mucho más las almas y los cuerpos de los servidores de Dios que todas las riquezas del Templo de Salomón, y el fiel enamorado del Maestro, Simónides, hizo construir aquel Oratorio como un Santuario-Escuela, donde se explicaría la doctrina de Cristo, donde los adeptos acudirían a orar, a escuchar la palabra de sus apóstoles y discípulos, donde las doncellas cantarían salmos, donde los amigos del soberano Rey desaparecido, celebrarían sus asambleas, sus ágapes fraternales y repartirían socorros a los hermanos necesitados.

¡Oh! ¡Qué hermoso templo-escuela y refugio fue aquel primer Santuario de Siria, en los suburbios de Antioquía! Allí se realizó el sueño divino del Cristo, allí se cristalizaron en obras hermosas todas sus clarividencias de Hijo de Dios, y todas sus esperanzas de Hombre enamorado de la fraternidad que hermana a todos los hombres. Allí acudieron seres de todas las razas, de todas las religiones, de toda condición social.

Allí no se preguntaba al recién llegado: ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Cuál es tu posición en la vida?

Pero se le preguntaba en cambio: ¿Qué vienes a buscar aquí? ¿Qué deseas? ¿Qué te falta?

Y si la respuesta era: “Quiero la paz, la verdad, el consuelo, la esperanza y el amor”, la puerta se abría de par en par y muchos brazos le estrechaban y muchos corazones se abrían para cobijarle.

Y entonces resonaba como un himno cantado por ángeles en el alma del recién llegado la palabra divina del Maestro: *“El que abraza a uno de sus semejantes a Mí me abraza; el que da de beber a uno que me busca,*

a Mí me da de beber; el que parte su techo o su pan con un hermano necesitado, conmigo lo parte y Yo estoy en su corazón para siempre”.

Los eternos poemas de amor del Cristo vivieron de nuevo en la Congregación Cristiana de Antioquía.

Allí también comenzó el apostolado de Saulo de Tarso, el encarnizado perseguidor de los discípulos del Maestro desde el año primero de su muerte; aquel jovenzuelo audaz que provocó una ardiente polémica con Stéfanos, con el solo fin de arrancarle declaraciones ante testigos que le valieran para llevarle a los Tribunales del Sanhedrín y hacerle condenar a muerte.

El amor heroico del Cristo triunfante y glorioso, lo había herido en el corazón cuando corría a Damasco en busca de cristianos perseguidos que habían buscado seguridad y refugio en aquella hermosa ciudad de Arabia.

“¡Saulo, Saulo!... ¿Por qué me persigues?...” Y esa voz unida a un relámpago de luz, lo había tirado del caballo dejándole ciego por varios días. Y Saulo de Tarso, de perseguidor de los cristianos se había transformado en admirador de Cristo. Y cuando él llamó a la puerta de aquel Santuario del Amor fraterno, tampoco se le preguntó de su vida ni de sus hechos, sino que por la boca de Bernabé, oyó que le decían: “Entra, hermano, que si buscas la verdad y el amor de Cristo, aquí vas a encontrarle”.

Fue al místico calor de este Santuario donde el Apóstol Pedro..., el dulce y sencillo Simón del Mar de Galilea, encontró su camino a seguir después que su amado Maestro le había dicho: *“Tú eres piedra y sobre ti edificaré mi templo”*.

Mas Pedro, oraba y lloraba en silencio.

Llegaban frecuentes epístolas de Roma sugiriendo la conveniencia de que fueran a la gran Capital del mundo algunos de los más íntimos discípulos del gran Maestro desaparecido, a fin de iniciar de lleno la enseñanza y organizar las Congregaciones.

Pedro, en su profunda modestia, se encontraba a sí mismo demasiado débil y pequeño para afrontar la enorme carga que significaba aquella organización, en un país extraño del cual ni la lengua comprendía, ni las costumbres. Y él con sus sesenta y cinco años, sin haber nunca salido de su tierra, ¿no sería llevar el fracaso a aquella gran ciudad cuyo nombre solo le causaba espanto?

Nebai, que intuitivamente captaba las indecisiones de Pedro, envió a Joppe a un Centurión retirado del servicio activo y que había formado parte de la legión mandada por Judá. Este Centurión había estado en su primera juventud cumpliendo una misión con otros legionarios en Gaza, en Palestina, y había contraído una grave enfermedad al pecho debido a

los horrores sufridos en aquella fortaleza junto a la ciénaga. Había visto al Profeta Nazareno el día llamado de las palmas cuando Él entraba en triunfo a Jerusalén y su pensamiento de súplica había brotado intenso en su corazón: “Si este hombre hermoso como un dios, es de verdad el Mesías esperado por Israel, que sea yo curado de este horrible mal”. Y haciendo supremos esfuerzos se había acercado a Él hasta el punto de tocar con la vara signo de su mando, el manto del Profeta. Y como otros muchos animados de la misma fe, también él fue curado.

Su nombre era Juliano de Pérgamo y tenía cincuenta y cinco años.

Fiel servidor de la familia de Judá, vivía con una hija en un pabelloncito de la Villa Astrea en el Lacio.

Este hombre fue el instrumento de la Ley Divina para animar el fuego del entusiasmo en los discípulos del Maestro residentes aún en la Palestina. Nebai escribió una serie de epístolas, a Marcos, a la pequeña María, a Tabita, aquella hija adoptiva de Pedro que antes se llamaba Dorcas, hermana de Bernabé (antes Halevi), a Susana esposa de José de Arimathea y a Ana de Nicodemus.

De toda esta abundante correspondencia resultó una animación extraordinaria.

Respondiendo a lo sugerido por Nebai: Marcos, Tabita, Lázaro, Martha, Juan y la pequeña María decidieron partir para Antioquía con el fin de animar a Pedro a llegar hasta Roma, donde Judá y Nebai ponían a disposición su residencia de la Villa Astrea y también su mansión en el barrio del Gran Circo y de la Puerta Capena, en plena Capital y en el hermoso paraje de la Colina del Celio.

Era en aquel tiempo un enorme viaje que sólo el fervoroso amor de todas aquellas almas al Hombre-Luz que les había deslumbrado, podía darles valor y fuerzas para hacerlo, y hasta algunos tenían la idea de acompañar al Apóstol a la ciudad Eterna.

—¿Qué dirá a todo esto nuestra venerada Madre Myriam? —se preguntaban unos a otros, y no sabían cómo ni quién había de exponerle el inmenso proyecto.

Lázaro, Martha y la pequeña María que residían como se sabe en la casa de campo de Eleazar, casado con una hermana de Martha, llegaron hasta Nazareth como a menudo lo hacían.

Encontraron a la dulce Madre que acompañada del tío Jaime, Juan y Dina, seguía la placidez serena de su vida de santa sin alteraciones de ninguna especie, porque después del gran sacrificio que su eterna alianza con el Verbo de Dios le había pedido, sacrificio aceptado y soportado por ella con una abnegación heroica, ¿qué otra cosa había de darle la Ley Divina en justa compensación, sino un cielo de paz y de beatitud celestial? La fiel y solícita Dina la cuidaba con indecible ternura. Su hermano

Jaime velaba sobre las tierras de labranza anexa a la vieja casona, en forma que todo aquello, transformado en una fértil y productiva granja, suministraba con creces todas las necesidades de aquel hogar. ¡El hogar terreno del Hijo de Dios, que había dejado en él todas las dulzuras y suavidades de su augusta presencia!

Juan por su parte era el lector, el Notario y cronista en aquella casa que era templo y hogar, consagrado a la memoria del gran Hijo desaparecido. Y Juan leyó con asombro la epístola que Nebai había escrito a María pidiéndoles a ambos su intervención para decidir el arduo problema de la gran congregación cristiana que en Roma se engrandecía día por día. Y aquella epístola decía así:

“Hemos leído con inmenso júbilo las escrituras que han venido de los cielos sobre vosotros y bendecimos a nuestro amado Yhasua que así nos regala con su amor sobre todos los que le amamos. Pero creemos que los nuevos amigos suyos que van naciendo a nuestra fe, merecen también especial atención de igual modo que Él se multiplicaba para iluminar y consolar a todos.

“El trabajo de Judá y mío secundado por muchos amigos y familiares se ha reducido a romper las cadenas de dolientes esclavos, hijos de nobles familias, originarios de todos los países subyugados por Roma.

“Algunos vuelven a sus países llevando una copia de las crónicas escritas por Nicodemus, José de Arimathea y Marcos, y con el alma despierta a la fe y la enseñanza de nuestro Maestro inolvidable. Pero son más los que quedan en Roma en tal número que todas nuestras posesiones están llenas por ellos.

“Creemos que es urgente una organización dirigida por uno de los Doce o por los maestros de los Santuarios Esenios.

“Dejamos a vuestro criterio la solución de este problema que interesa a todos los que hemos quedado moralmente comprometidos con el Mesías Ungido de Dios”.

Más o menos en este mismo tono estaban escritas las demás epístolas de Nebai para los amigos de Yhasua en Palestina.

Los únicos de los Doce que aún no habían emigrado a países extranjeros, eran Pedro y Juan.

—¿Qué haremos, María..., qué haremos? —preguntaba Juan a su dulce confidente de las horas inciertas que la vida deshojaba en su camino.

—Le hablaré yo a nuestra Madre —contestó la joven—, y lo que ella diga, haremos. —Y así lo hizo.

La dulce serenidad de aquella excelsa mujer, no se turbó en lo más mínimo. Diríase que su alma de elegida planeaba ya por alturas a donde no podían llegar ni las incertidumbres ni las zozobras de la vida terrestre.

—Es muy justo lo que escribe Nebai —fue la contestación de ella

después de breves momentos de reflexión—. En nuestro Santuario del Tabor —añadió—, hay varios ancianos que fueron los maestros en la primera edad de mi hijo. El hermano Harmodio que es actual Servidor, el Anciano Tholemi, el Notario y Lector Marcio Lucanus, que fue compañero de estudios de mi Yhasua, pueden daros muy buenas orientaciones para vuestra resolución.

“Ya sabéis que el hermano Marcio es nativo de Roma y su padre que era un Tribuno Militar vino desterrado por el César. Su hijo a su muerte se escondió en el Santuario. Si los Ancianos le han hecho Lector y Notario tan joven, debe estar muy capacitado para la interpretación de las escrituras y dueño de grandes conocimientos. ¿No estaría bien, Juan, hijo mío, que fueras al Tabor a consultar con ellos este asunto?”

Una opinión de la venerada Madre del Cristo era casi un mandato para todos los amigos de Yhasua, y Juan, Apóstol de Cristo, se dirigió al Tabor llevando la extensa epístola de Nebai.

La consulta fue hecha en la alcoba del anciano Tholemi que sólo a momentos dejaba el lecho a causa de una vieja dolencia del pecho, una insuficiencia cardiaca que le producía ahogos nocturnos, por lo cual debía dormir sentado y entre almohadones y mantas.

El viejo corazón le reclamaba descanso, y a duras penas seguía latiendo. Tenía ya noventa y siete años.

—Te corresponde ir, Juan, hijo mío, te corresponde ir acompañando a Pedro —fue la opinión del Anciano Esenio.

Y el Servidor Harmodio, ateniense de origen, fue de la misma opinión. El hermano Lector y Notario Marcio Lucanus del Viminal, no dio su opinión porque se quedó como sumido en honda meditación.

—Hermano Lector —díjole el Servidor—. Tu consejo sería el más eficiente en este caso, ya que conoces a Roma y tienes allí los familiares y amigos de tu padre.

—Antes de responder —dijo—, precisarí una confidencia a solas con mi Maestro Tholemi.

—Muy bien —respondió el Servidor levantándose, y con él, Daniel, Jaime y Juan salieron de la estancia.

Mientras estos cuatro amantes de Yhasua conferenciaban al abrigo de los viejos olivos y castaños que sombreaban las grutas, escuchemos la confidencia íntima del Notario con el anciano Tholemi.

—Maestro Tholemi —díjole el Notario—. ¿No será acaso ésta la hora de realizar nuestro pacto?

—¡Puede que lo sea! —contestó el anciano con voz firme—. Yo quisiera ser joven para llegar hasta Roma en ayuda de Nebai y Judá, almas gemelas de mi evolución y tú quieres en cambio volver a tu mundo de origen donde te espera el alma esposa para encarnar juntos.

—Si la Ley lo permite, Maestro Tholemi..., tengamos el valor de hacerlo hoy, con beneficio para muchos seres —añadió el Notario.

—Mañana es el plenilunio —observó el anciano—. A la hora en que el rayo lunar besa las Tablas de la Ley, tú dejarás el plano terrestre y yo ocuparé tu materia. ¿Estamos de acuerdo?

—En perfecto acuerdo si la Ley está con nosotros.

El Notario, que sólo tenía treinta y seis años, se abrazó del Anciano y llorando de gratitud, le decía:

—¡Gracias, Maestro mío, porque la vida de la Tierra me era una pesada carga!

Acto seguido llamó al Servidor y a Juan que volvieron junto al lecho del anciano enfermo.

—Pienso que vuestra confianza íntima estará relacionada con el viaje de Pedro y Juan a Roma —dijo el Servidor al sentarse de nuevo.

—Justamente —contestó Marcio—, y tan relacionada que el Maestro Tholemi me ha decidido por completo. También mi persona se unirá a los viajeros si ellos aceptan la compañía.

—De todo corazón por mi parte —exclamó Juan al punto—, y de Pedro no puede dudarse. Él es de los esenios aún más que yo mismo.

—Esto significa, Juan, —añadió el Servidor—, que vuestros amigos Esenios optan porque el viaje de Pedro a Roma es una expresa voluntad de la Ley Divina.

—Y yo te suplico, Jhoanín, que permanezcas aquí por dos días y dos noches, a fin de que oremos juntos y obtengamos de nuestro inolvidable Yhasua el más completo éxito de cuanto hacemos por amor suyo y difusión de su obra —pidió el anciano al joven Apóstol.

Puesto en conocimiento de todos los Ancianos, el gran acontecimiento espiritual que se preparaba, la meditación de esa noche fue intensa y largamente sostenida.

El Notario cayó en una hipnosis profunda que duró más de una hora. Su cuerpo inmóvil y helado, hubiera parecido muerto si no fuera por las débiles palpitations del corazón. Un Esenio vigilaba junto al lecho de Tholemi que dormía en admirable quietud.

Conocedores los Ancianos de todos los aspectos y circunstancias por que pasa la psiquis humana en momentos decisivos de sus etapas de vida en planos físicos, comprendieron claramente lo que ocurriría veinticuatro horas después.

Como no volviese de la hipnosis, el Notario fue conducido a su lecho, y el mismo estado semiinconsciente y algo febril se prolongó hasta el día siguiente.

El anciano Tholemi, cargado de sueño al parecer, se despertaba sólo

a momentos cuando el enfermero le instaba a beber unos sorbos de leche o jugo de frutas.

Y en tal estado pasaron ambos el día.

El Apóstol Juan, que no estaba en el secreto del gran acontecimiento, se desconsolaba en extremo.

Los esenios, divididos en dos grupos, velaban los unos al Notario y los otros al anciano cuyo aspecto físico manifestaba los aspectos de la muerte. Juan que lo conocía desde niño se colocó a la cabecera del lecho y le sostenía una de sus manos. Y pensaba:

“¡Feliz de ti, querido Anciano, que vas a unirme con nuestro amado Yhasua! ¡Acuérdate de mí cuando estés a su lado!”

El anciano contestó a su pensamiento con frases entrecortadas: —Iré contigo a Roma.

—¡Oh! —exclamó Juan—, sueña con ir a Roma. Y es al Reino suyo donde le lleva Yhasua. ¿Qué serán las grandezas de esa Babilonia infernal comparadas con el Reino divino del Cristo, Hijo de Dios? —Tales palabras las decía Juan al oído del Anciano aletargado que no demostró oírlo ni respondió nada. Cuando la luna en el cenit dejó penetrar su azulado resplandor sobre las Tablas de la Ley donde velaba un Esenio, el cuerpo del Anciano se incorporó en el lecho y con los brazos levantados a lo alto exclamó con voz sonora:

—¡Voy, voy, hijo mío!...

Y se desplomó sin vida sobre los almohadones que le habían sostenido. Juan dobló su cabeza sobre aquel pecho silencioso y tibio, y entre sollozos decía:

—¡Acuérdate de mí cuando estés a su lado!

Porque Juan creía que las últimas palabras del Anciano iban dirigidas a Yhasua glorioso en su cielo de amor. Y esas palabras eran la contestación al llamado sin ruido del alma ansiosa de libertad del Notario, que se desprendía de su materia.

El Servidor con los hermanos Ismael, Daniel y Jaime que velaban a Marcio, tuvieron una clara visión del hecho que se realizaba dentro del marco austero y firme de las Leyes Divinas.

Vieron los dobles de Tholemi y de Marcio, jóvenes y dichosos que se abrazaban tiernamente en una conmovedora despedida. Marcio se perdía en el espacio infinito llevado por dos seres radiantes de luz, y Tholemi estaba de pie junto al cuerpo abandonado, en el cual fue penetrando suavemente por la caja torácica, hasta desaparecer por completo.

Un suspiro largo como un lamento se exhaló del cuerpo dormido y todo quedó en profundo silencio.

Durmió dos días y dos noches, y sus hermanos velaban junto a él

constantemente, colocándole a los pies y a los costados, bolsas de ceniza caliente para ayudarle a reaccionar.

El cadáver del Anciano había sido depositado en la sepultura, cuando a la madrugada del día tercero el Notario se despertó.

El Servidor tuvo un aparte con Juan en que le pidió que nada dijese al Notario respecto de lo ocurrido con Tholemi. Y le explicó el fenómeno espiritual de que habían sido testigos.

—No te lo explicamos antes —añadió—, porque tu sorpresa y alarma inevitables, podían entorpecer esta delicada operación de las Inteligencias superiores que obran en tales casos. Ahora vete a preparar tranquilo el viaje, sabiendo que nuestro viejo hermano Tholemi irá contigo en la personalidad joven y vigorosa de Marcio Lucanus del Viminal, Notario y Lector de este Santuario. Juan quedó inmóvil como el que ve una pavorosa visión.

—Pero..., ¿será esto posible o vosotros soñáis?... —preguntó por fin cuando pudo hablar.

—No, hijo, no soñamos. Es la realidad de la que el Maestro os quiso hablar muchas veces, pero conociendo que aún no podíais comprenderle, se limitaba a deciros: *“Cuando yo esté en el Reino de mi padre, conoceréis muchos de sus secretos impenetrables ahora para vosotros”*. En la Suprema Majestad de la Ley Divina, todo tiene su hora y su momento, y hoy ha llegado para ti.

—Pero si en el Notario está ahora el Maestro Tholemi, el Notario, ¿dónde está?, preguntó ansiosamente Juan.

—Está libre en el espacio infinito donde continuará la senda elegida por él. La vida terrestre le era por demás pesada y ansiaba su libertad. Como Yhosuelín, hijo de Yhosep, vino para servir de escudo al Verbo encarnado. Cumplida esa misión, quería a toda costa volver a su plano habitual. Eso es todo.

—¡Cuán grande es el poder de la Ley Divina y qué pequeñas somos las criaturas para comprenderla! —exclamó el Apóstol, sereno ya y reaccionando visiblemente de la sorpresa que le causara el secreto del Infinito.

Dos semanas después se incorporaban a la caravana que iba a Tolemaida: Marcio Lucanus el Notario, Juan, Lázaro, Martha, la pequeña María y Tabita, que en ese puerto se embarcarían en el gran velero “Esther” de la flota de Ithamar, para unirse en Antioquía con el Apóstol Pedro, más animado ya, sabiendo que llevaba consigo a Juan, al romano Marcio Lucanus, a Tabita y a la pequeña María que le eran tiernamente queridos.

Así compagina con admirable sabiduría la Divina Ley, las vidas de sus servidores que ella utiliza para la realización de grandes designios en beneficio de ciertas porciones de humanidad.

“Mis caminos no son vuestros caminos –decía la voz divina al Profeta Isaías– ni mis pensamientos son iguales a vuestros pensamientos”.

Sabio es el hombre que habiendo cumplido sus deberes, dice en la oración como el Cristo en su aceptación generosa de Gethsemaní:

“¡Pase de mí este cáliz, Padre mío, pero no se haga mi voluntad sino la tuya!”

Diecisiete días después, el Apóstol Pedro vertía lágrimas de ternura y emoción abrazando uno por uno a sus queridos galileos que le traían perfumes de sus florestas y colinas, rumores de su Mar de Galilea cubierto de blancas velas bajo el cielo dorado del atardecer, que en lejana visión se le presentaba de nuevo en el mágico prisma del recuerdo.

¡Oh!, su riente y amada Galilea con su mar de verdes riberas salpicadas de flores, de árboles gigantescos poblados de gorjeos y de nidos, donde el canto de los pájaros hacía coro al cantar de los pescadores y al batir de sus remos:

*“Boga, boga, botelero,
Que el mar durmiéndose va,
Y a la nueva luz del día
Cuanto él tiene te dará”.*

Y toda aquella belleza en la cual abrió sus ojos a la vida, y que más tarde compartió con el Cristo encarnado, su amado Maestro, iba a dejarla..., y dejarla para siempre! ¿Por qué, Señor, por qué? –preguntaba entristecido Pedro ante el apremio de sus hermanos de ideales–. ¿No puedo acaso ser tuyo, sembrar tu simiente, cumplir mi apostolado en la tierra de mi nacimiento consagrada con tu santa presencia, donde aún vive tu augusta Madre bajo el techo que fue tu techo, a la sombra de aquellos árboles hogareños que escucharon tus risas de niño y tus meditaciones de hombre? ¿Por qué, Señor, por qué?

La alcoba del Apóstol en su retiro de los suburbios de Antioquía se había llenado de azulada claridad que fue tornándose dorada, opalina, amatista y deslumbrante de blancura.

Y entre un disco de oro y azul, el rostro dulcísimo del Maestro que le miraba con indecible ternura.

—¡Pedro!... ¿Es verdad que me amas?

Y esta voz le hizo estremecer hasta el fondo de las entrañas.

—¡Sí, Maestro mío!... ¡Tú sabes que te amo!...

—Apacienta mis ovejas que han quedado sin pastor.

Y al callar la voz y amenguar las radiantes claridades, el Apóstol atónito vio desfilar ante sí la populosa Roma donde miles de hombres, mujeres, ancianos y niños corrían sin rumbo, atropelladamente, hambrientos, angustiados, febriles..., ienloquecidos!...

Pedro dobló su frente al pavimento en una postración profunda, y desde el fondo de su ser salió como un lamento este grito de su corazón:

—¡Que se haga tu voluntad, Señor, porque te amo sobre todas las cosas de la tierra!

Y Pedro, Apóstol de Cristo, acalló todas sus vacilaciones y dio el gran salto sobre el abismo, doce años después que su Maestro había desaparecido. ¿Qué era Roma? ¿Qué le esperaba en aquel emporio de todas las riquezas, grandezas y poderíos, pero también espantoso nidal de todas las corrupciones que pueden envilecer a la especie humana, de todos los crímenes que le inundan de sangre, de todas las perfidias y degradaciones que rebajan la dignidad del hombre al bajo nivel de las bestias?

¡Qué de relatos terribles y espeluznantes habían llegado a su tranquila Galilea referentes al estado moral, religioso y social de la Capital del mundo! Para un israelita de pura cepa, no había delito más grande que la idolatría y Roma era esencialmente idólatra.

Los dioses se contaban a centenares, porque a los dioses lares romanos se habían añadido las divinidades adoradas por los países invadidos.

Aquello era un conglomerado de dioses y diosas con variadísimos y complicados ritos, dioses iracundos y vengativos la mayor parte de ellos, y una marcada minoría eran benéficos a la humanidad que les rendía adoración. Pero todos exigían sacrificios sangrientos de inocentes bestias, y a veces danzas y cantares lúbricos que enardecían las bajas pasiones del populacho.

¡Pobre Pedro!... ¡Todo eso lo sabía él y aún sabiéndolo se decidió a partir para Roma con la esperanza cierta de que su Señor y Maestro le daría el valor y fortaleza necesarios para no volver la cabeza asqueado de tanta miseria! En sus meditaciones de esos días recordaba:

“El que pone la mano en el arado y vuelve la cabeza atrás, no es apto para el Reino de los Cielos.

“No ha de ser el discípulo mejor tratado que su Maestro, ni el siervo más honrado que su Señor”.

“El que quiere seguir mis huellas, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame”.

Y un día, entró Pedro al despacho de Simónides y le dijo estas palabras: —El Señor quiere que vaya a Roma.

—Y yo también lo quiero, Pedro, aunque tengo por cierto que sobre la tierra no nos veremos más. ¿Qué importa? Junto a nuestro Rey Eterno, volveremos a encontrarnos. ¿Quiénes irán contigo?

—Aún no lo he averiguado, pero, si quieres hacerme el último favor que he de pedirte, ordena tú todo cuanto se refiere al viaje y que el Señor te lo pague como sólo Él sabe hacerlo.

A Pedro le temblaba la voz como a un niño próximo a llorar, porque

le arrancan todo cuanto le es querido. Y mientras se preparaba el viaje y los viajeros, el Apóstol escribió sentidas epístolas a la venerada Madre de su Maestro, a sus familiares y amigos de Galilea.

De las diligencias del Anciano Simónides resultó que acompañarían al Apóstol Pedro: Lázaro, Juan, Martha, la pequeña María, Tabita, María de Mágdalo, Marcos, Lucanus, Bernabé y Saulo de Tarso. Estos dos últimos quedarían en Chipre, porque cristianos fugitivos desde la persecución y muerte de Santiago y Stéfanos, estaban refugiados en Salamina y Pafos y pedían ayuda para organizar las Congregaciones que allí se preparaban. De Antioquía pasaron a la ciudad puerto de Seleucia donde Simónides con su Notario Nelio y Agabo de Ribla, Lucio de Cirene y Silas de Seleucia reemplazante de Bernabé al frente de la Congregación de Antioquía, despedía a los viajeros animándoles como un hermano mayor, aunque también temblaba su voz al abrazar a Pedro y a Juan que le eran muy queridos.

—Os lleva a Roma el “Salvatoris” —decía Simónides a los viajeros que subían la planchada, aludiendo al nombre del buque que les conduciría a la capital del mundo—. Y si vais con Salvatoris no podréis naufragar. Y leed la frase latina que en pequeños signos mandó grabar Judá al pie de ese gran nombre que alude a nuestro Rey Eterno.

Marcio Lucanus, que leía correctamente el latín, leyó en alta voz:

—“Semper honos nomen que tuum laudes que manebut” — “Vivirán eternamente tu honor, tu nombre y tu gloria”.

—Así honramos a nuestro Rey y Señor, aun en las barbas de los idólatras magnates romanos —decía el valiente Anciano lleno de satisfacción.

Pocos momentos después el gran velero soltaba amarras, desplegaba todas sus velas y cien remeros castigaban las olas con sus remos a la vez que cantaban a compás la vieja plegaria del mar.

Luego, un febril agitar de pañuelos en la borda y en el murallón de la costa que iba perdiéndose a la vista de los viajeros, hasta que al poner proa al oeste no percibieron más que la blanca torre al pie de la cual estaban los grandes almacenes depósitos de las mercancías, que de todas partes del mundo llegaban a Antioquía consignados al viejo Administrador del Príncipe Ithamar de Hur.

Cuando unos y otros se perdieron de vista, dijo Simónides a sus compañeros:

—Seguramente a Pedro no le veré más sobre la tierra.

¿Por qué? —preguntó Silas—. Está aún fuerte y bien conservado.

—En efecto; pero tengo como una cosa cierta, que si nuestro Rey Inmortal vino para todo el mundo, debe ser en la capital del mundo donde se entierre la raíz de su plantación idealista. Pedro fue elegido por todos

para ocupar el lugar que dejó vacío el Maestro entre nosotros. Y en la última aparición suya en estos días, ya sabéis que le dijo: “*Apacienta a mis ovejas que han quedado sin pastor*”.

Un silencio pensativo siguió a estas palabras.

Y los viajeros, también sumidos en silencio, pensaban con cierto temor:

—¿Qué nos traerá esta gran aventura que nos arranca de la tierra natal pisoteada por el extranjero, para ir a entregarnos al invasor en su propia fortaleza?

—Mi Maestro no lo hizo —pensaba Pedro—, y yo, un gusanillo a su lado, me he atrevido hacerlo... ¡Pobre de mí que debo estar loco de espanto!... —Y arrebujándose en su manto color avellana, escondió de todos su rostro ensombrecido de tristeza y de incertidumbre.

92 EN EL LACIO

En los jardines de la Villa Astrea reinaba una animación extraordinaria. Desde Nápoles había llegado un mensajero a todo correr de buenos caballos, con una breve epístola del agente de negocios de Simónides anunciando que tres días después los viajeros estarían en Capua, puerto terminal del velero Salvatoris.

Judá y Nebai disponían su residencia y se preparaban ellos mismos para acudir a recibirles.

Noemí, anciana y debilitada por los años y el gran sufrimiento pasado, vivía con esa serena placidez del que se ha conquistado el descanso; y al lado de sus hijos y nietecitos ya adolescentes que le brindaban lo mejor de sus sentimientos, era toda ella como un silencioso poema de gratitud al Dios de sus padres, según la clásica frase de todo buen israelita que con esa fe ardiente y viva, bebida de Moisés y de los Profetas, eran lámparas eternas que ningún vendaval podía apagar.

El fervoroso culto al Ungido divino que le había devuelto a su hijo y con él la paz y la dicha que gozaba, ponía una nota cálida de amor, de energía nueva, de alegría de vivir, en su pobre corazón tan estrujado y deshecho en otra hora por las crueldades del egoísmo humano.

No quería pensar en un Yhasua sacrificado, martirizado y muerto; ¡Oh!... ¡No!... Quería verle siempre como ella le vio bajar un día a su negro calabozo, llenándolo de luz, de esperanza y de amor. Le veía como un sol central en un ilimitado mundo de radiantes claridades, derramando amor y dicha a infinidad de seres que ella denominaba ángeles, serafines, profetas y santos. Y entre esa infinidad de justos, veía a su amado

compañero de la juventud, el padre de sus hijos, y adormecida por el místico ensueño parecíale sentir que le decía con voz sin ruido:

“¡Estoy esperándote!... ¿Cuándo vienes?” –Y la feliz emoción de una unión que no tardaría mucho en realizarse, la inundaba de inefable dicha.

Tal es la compensación de la Ley Divina aún en el plano físico terrestre, a los que hacen de su vida una cadena de obras, de hechos, palabras y pensamientos de amor a sus semejantes.

Es el cumplimiento perfecto de la Ley que dice: *“Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo”*.

En la Villa Astrea se encontraban también otros amigos del lector: Livia Augusta y su primo Samuel, nietos de Hanán como recordará el lector, que asqueados de la vida de crímenes de sus mayores, habíanse refugiado en el amor de los amigos de Yhasua, y Simónides les había puesto bajo la tutela de Quintus Arrius, que por entonces era una fortaleza en la ciudad imperial. Cuando Simónides les envió a Roma, viajaron con ellos la viuda y los hijos del Príncipe judío Sallun de Lohes muy conocido de nuestros lectores, gran amigo del Príncipe Melchor de Horeb y admirador ferviente del dulce Rabí Nazareno, Ungido de Dios. El segundo de sus hijos, Eneas de Sarona, había sido curado por el Apóstol Pedro de una parálisis que le postró en cama a los dieciséis años, sin que ningún médico hubiese podido aliviarle su mal. Aterrada esta familia por los trágicos acontecimientos de Judea, vendieron todos sus bienes y se trasladaron a Italia, buscando también la amistad protectora del Príncipe Judá.

Se establecieron en la bella y floreciente ciudad de Capua, en una hermosa colina cubierta de vides, de naranjos y cerezos, con un antiguo castillo que era como una fortaleza y que una conocida tradición aseguraba que había sido construido por Tulio Hostilio, el hábil militar y político que destruyó la dominación de los albanos en toda la región del Lacio, en la época de las primeras conquistas romanas.

Había pertenecido últimamente a un Príncipe oriental, que habiendo caído en desgracia con su Majestad Imperial, Tiberio César, le fue confiscado el castillo con las tierras que le pertenecían.

Vendido en pública subasta, lo había comprado Judá, que lo había cedido a la viuda de Sallun de Lohes en atención a la vieja amistad que unía a las familias.

Judá lo llamó “Neptunia” por estar construido en un peñón enorme que sobresalía al mar entre un rumoroso bosque de corpulentos plátanos y por hacer olvidar el nombre de su anterior propietario, enemigo del César.

A esta vetusta fortaleza descendieron nuestros viajeros, que se

sorprendieron agradablemente al escuchar la melodía de su lengua siria, y encontrar rostros conocidos y amigos que les daban una amorosa bienvenida.

Judá y Nebai habían llegado un día antes, y Pedro, al abrazarles, sintió renacer en su viejo corazón la tranquila confianza del que encuentra, en extranjera tierra, un retazo del suelo nativo.

—Tú eres el árbol fuerte que nos dejó el Maestro —decía Pedro a Judá, que a su vez encontraba en el Anciano un suave reflejo de la dulzura nazarena del divino amigo desaparecido.

Para la familia Sallun de Lohes fue la llegada de Pedro y sus compañeros como una feliz resurrección en la tristeza del luto y del destierro en que se encontraba.

Eneas, el hijo segundo, veía en el Apóstol al hombre único que había sido capaz de vencer la parálisis que durante seis años le había tenido postrado en cama.

Y entre tantas y tan sinceras manifestaciones de amor, Pedro acabó por encontrarse culpable a sí mismo, a causa de sus vacilaciones y temores del largo viaje que significaba la travesía del Mediterráneo, para posarse atrevido en la costa de la Italia Imperial.

El velero “Fidelis” que condujo a Judá y Nebai, esperaba en el puerto de Capua y pocos días después, ellos dos volvían a su Villa Astrea acompañados por los viajeros galileos que al fin se acercaban a las puertas de Roma, esa pavorosa y hambrienta loba romana que devoraba pueblos y vidas, que echaba un dogal al cuello de países libres, esclavizaba a sus hijos y continuaba tendiendo sus legiones a los continentes vecinos, como si nada fuera bastante a sus fauces insaciables.

Los buenos hijos de Abraham la llamaban Babilonia, la poderosa potencia que siglos atrás les había esclavizado tan cruelmente, matando a sus príncipes y reyes, destruyendo y robando su Templo; y la trágica visión de aquel Nabucodonosor con entrañas de tigre, les llenaba de espanto y de terror.

Y ellos, con su alma de corderos, se acercaban a sus puertas abandonando sus tranquilos huertos galileos, donde sólo llegaban los ecos lejanos de la lucha feroz que el dogmatismo de los magnates judíos promovía contra toda innovación idealista.

Y era la pequeña María, con esa interna luz que a momentos la convertía en una profetisa, la que calmaba las inquietudes de todos.

—No venimos buscando la grandeza y esplendor de Roma —les decía—, sino a nuestros hermanos en la fe del Cristo, que reclaman la palabra y el abrazo de los que tuvimos la dicha de conocerle, de vivir a su lado y escuchar de sus propios labios la doctrina santa que hace hermanos a todos los hombres de la tierra.

“¿Por qué temer a Roma? Nosotros nada queremos de ella, ni nada venimos a pedirle ni quitarle.

“Si ella es feliz en la adoración de estrellas y de soles, nosotros adoramos al Supremo Creador de soles y estrellas, y seguimos las huellas de su Enviado Divino que decía: *“Mi Reino no es de este mundo”*. Nada tenemos de común con Roma. ¿Es verdad esto, Pedro? Dilo tú que eres el hermano mayor y seguramente te escucharán más que a mí, todos estos que tanto temen a Roma.

—Yo comprendo a Roma —decía María de Mágdalo—, y pienso que no todo es malo en la Roma de mi madre. Su poderío mundial de hoy lo tuvieron antes Asiria, Persia, Fenicia, Grecia, que hoy son vasallas de Roma. También a ésta le llegará un día la decadencia y no podemos prever quién será su dominador.

—Ambas tenéis razón, hijas mías —decía por fin el humilde Apóstol Pedro—. Pero no negaréis que tiene visos de loca aventura el que un puñado de insignificantes galileos nos creamos necesarios en la capital del mundo.

Estas y otras parecidas conversaciones ocupaban las horas que el velero “Fidelis” tardó en recorrer la distancia que media entre Capua y la Villa Astrea del Lacio.

Mas, fue el caso que todos tuvieron que modificar sus ideas al respecto, cuando desembarcaron bajo las pérgolas de glicinas y rosales de la hermosa mansión solariega de Quintus Arrius.

Los jardines aparecían cubiertos de una muchedumbre de hombres, mujeres y niños que esperaban ansiosamente al Apóstol Pedro y hermanos en la fe que desde la lejana Siria acudían a llevarles el agua de vida eterna, que en ellos había dejado el Mesías Salvador de la humanidad. Era aquello todo un pueblo de esclavos libertados por la doctrina de amor fraterno del hombre único que decía:

“La Verdad os hará grandes y fuertes”.

“Buscad primeramente el Reino de Dios y su Justicia que todo lo demás se os dará por añadidura”.

“Yo soy la luz de este mundo, y el que me sigue no anda en tinieblas”.

“Bienaventurados los que lloran porque pronto serán consolados”.

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de Justicia, porque ellos serán hartos”.

Los auxiliares de Judá, Samuel y Livia Augusta, con el Centurión retirado, Juliano de Pérgamo y su hija Faustina, habían cumplido fielmente la misión de mensajeros a todos los hermanos en la fe, que libertados por Quintus Arrius habían abrazado con fervoroso entusiasmo la fe del Cristo aparecido en Palestina, como una gloriosa promesa de liberación para toda la humanidad.

Esa era la causa de aquella numerosa congregación que esperaba a los viajeros del “Fidelis” en los jardines de la Villa Astrea.

Los coros de doncellas organizados por Noemí y Nebai al estilo de los oratorios de Palestina, con el joven Samuel como director, que buen discípulo del amado Stéfanos, era un Maestro de la armonía, fueron la primera gran sorpresa de Pedro y sus compañeros.

Creían estar en el gran Oratorio del Palacio Henadad, punto de reunión de los discípulos del Maestro desde el último tiempo de su vida en la tierra. Era un retazo de tierra nativa transportado a las puertas de Roma por un nuevo prodigio del amor del Cristo.

Y sintiendo el dulce cantar de los salmos, pasaron por entre la silenciosa multitud que les recibía con reverente amor porque traían con ellos la Verdad, la Fraternidad, la divina hermandad promulgada por el Mesías Nazareno como una ley para toda la humanidad.

Una formidable onda de amor y de fe se extendió en la atmósfera, tan poderosa y fuerte que Pedro se vio envuelto en una nube de dorada claridad y su mente lúcida en un nuevo despertar, cual si estuviera en otro plano de acción, sin los entorpecimientos de la materia.

Los que habían presenciado en Palestina las apariciones radiantes del Maestro y sus prodigios de amor, tuvieron la seguridad de que Él mismo se había posesionado del Apóstol en aquel instante haciéndole hablar y pensar como nunca nadie lo había oído.

En aquel momento, no fue ya el tímido y vacilante Pedro de las orillas del Mar galileo que sólo era capaz de amar y de llorar...

Era el Apóstol Pedro, la piedra fundamental del Cristianismo naciente, que se disponía a llenar el mundo con la doctrina de amor de su glorioso Maestro. Y les habló así:

—Hermanos de todos los países del mundo. Como un ave errante y peregrina he llegado hasta vosotros en un vuelo a través de los mares que nos separaban, porque el Cristo mi Señor lo ha querido, y vosotros lo habéis querido también como Él.

“Su promesa eterna de hacer morada en todo corazón que le ame tanto como Él sabe amar, alimenta mi convicción profunda de traerle a vosotros dentro de mi propio corazón, y con Él, la Verdad, la Sabiduría, la Paz y el Amor que toda alma humana necesita para vivir en la tierra como viven los ángeles en los cielos de Dios.

“Sé que todos vosotros habéis padecido los tormentos de la esclavitud, la privación de la santa libertad, don divino concedido por Dios a todo hombre revestido de carne, y que lo habéis sufrido por la prepotencia y egoísmo de los poderosos amos del mundo. Mas, no guardéis odio ni rencor para ellos, antes bien, pedid al Dios Eterno que envió su Hijo a la Tierra, que ellos sean iluminados como vosotros, para que todos juntos

y en el amor del Cristo mi Señor, establezcamos el Reino de Dios en este mundo y seamos coronados de paz, de libertad y de amor.

“Y en vez de legiones que esclavizan, despojan y matan, formemos nosotros legiones salvadoras que anulen todos los dolores humanos, el hambre, la miseria, las cárceles, los patíbulos, la esclavitud...

“Para esto he venido entre vosotros, y si fue mi Señor llamado Salvador de este mundo, nosotros que somos sus servidores, a salvar y no a perder hemos de consagrar la vida que nos fue dada en préstamo, a plazo fijo, pasado el cual hemos de rendir estrecha cuenta de ese tesoro de Dios, presentándole la ofrenda de nuestras obras de amor para nuestros hermanos, única moneda con que podemos obtener la gloria de los cielos donde toda la dicha, toda la paz, la luz y la belleza suprema viven, alientan y son para siempre jamás.

“Con nuestro amado Señor, somos salvadores en este mundo y para serlo hemos de anular los odios, los rencores, los agravios, los separatismos y formar una corona de almas en torno al Cristo Divino, una fuerte cadena de corazones unidos por el mismo sentimiento, por la misma fe, por el mismo amor.

Para eso he venido a las puertas de Roma, señora del mundo, a inundarla del amor de Cristo, de su luz soberana y de su paz infinita, porque si es verdad que Él hace su morada en cada corazón que le ama, yo le tengo en el mío y con su fortaleza de Hijo de Dios, transformaremos a Roma pagana en Roma Cristiana..., a Roma idólatra en Roma servidora del único Dios Creador de los cielos y de cuanto vive en la Tierra.

“Rogad todos por mí a fin de que yo responda a mi Señor y Maestro, como Él espera que le responda este humilde Simón de Galilea que le tuvo sobre sus rodillas de niño y que hoy le lleva en su corazón para toda la eternidad”.

* * *

Cuando unos días después el Apóstol Pedro hubo descansado en su cuerpo y en su espíritu de las grandes emociones sufridas, pidió a Judá que le llevase a la temida Roma de los invasores, de los conquistadores, de los amos del mundo.

Muchos de sus grandes temores y espantos habíanse disminuido notablemente con el amoroso recibimiento que les hicieron en Capua a los hermanos de la lejana Palestina, y con las suaves y místicas emociones de la Villa Astrea convertida por Nebai y Noemí, en un Santuario Esenio, con toda la belleza mística que los solitarios imprimían en todo lo relacionado con sus vidas de meditación, de estudio y de trabajo en beneficio de sus semejantes.

El Anciano Apóstol traía recomendación de un Tribuno romano que había curado de un grave mal en Palestina y que secretamente se había afiliado a las Congregaciones Cristianas de Judea.

Este militar era hijo por adopción del Senador Cornelio Pudens, y para este ilustre personaje venía recomendado Pedro, por lo cual Judá le condujo al barrio llamado Vicus Patricius donde el Senador tenía su residencia. Estaba casado con Claudina de Bretaña, prima de Claudia, hija de la esposa de Poncio Pilatos, el hombre bueno, pero débil, que no tuvo el valor de sacrificar su posición por salvar de la muerte al hombre justo que reconocía inocente.

Claudina, amiga de Nebai y con la noble influencia de la prima y del hijo adoptivo, era ya cristiana de corazón, y puede suponer el lector lo que fue para ella la llegada de Pedro a su casa.

Fue pues su hospedaje en la capital del mundo la casa del Senador Cornelio, como era en el Lacio, su propio hogar, la Villa Astrea donde Nebai y Judá eran para él “hijos del alma, preciosa herencia de su Maestro y Señor”, según él lo decía siempre con la emoción más honda de su humilde corazón agradecido.

Como comprenderá el lector estas circunstancias hicieron desaparecer como por arte de magia, todos los terrores de Pedro para la “Babilonia Infernal” como todo israelita llamaba a la Roma de los Césares.

Al bueno y sencillo Apóstol se le podría aplicar el decir de un poeta de nuestra época actual:

“Todo es según el color del cristal con que se mira”.

93

LOS CAMINOS DE LA LEY

La “Villa Astrea” del Lacio llegó a ser el lugar de reunión de los amigos de Yhasua, que desde diversos puntos del mundo se veían obligados, por una u otra causa, a dirigirse a la capital del mundo civilizado.

Y así fue que Narciso de Lidia y Leandro de Caria llegaron a Pozzuoli a bordo de un barco mercante de la flota de Ithamar, donde fueron conducidos a caballo hasta el Lacio, donde nadie les esperaba.

Sus dominios en las costas del Mar Egeo les habían obligado a tan largo viaje; y habiendo terminado felizmente los asuntos de negocios familiares que les llevaron a la tierra natal, no podían volver a la patria adoptiva, Alejandría de Egipto, sin entrevistar a los hermanos de ideales que habían colgado sus nidos en las inmediaciones de la opulenta Roma. Llevaban para ellos el amor del Apóstol Zebeo en largos mensajes, escritos en pergaminos donde él había volcado todos sus sentimientos, ya

de alegría o de tristeza, tal como es la vida humana terrestre en todas las épocas y en todos los climas.

Había muerto su dulce Tabita, la flor blanca encontrada en el camino, cuando su corazón desamparado sollozaba en silencio por el duro martirio de la soledad. Y Leandro de Caria, que veía en ella el vivo retrato de la mujer amada en su primera juventud, unía a la de Zebeo su desoladora soledad. El mismo dolor les hizo hermanos del alma y el recuerdo de la dulce amada les unió tan estrechamente, que el sabio sacerdote de Osiris se convirtió en humilde discípulo del Apóstol del Cristo, no obstante de tener unos años más que él.

—Es verdad —decía Leandro hablando con Pedro y con Juan bajo la glorieta de jazmines de la Villa Astrea—, que yo tengo la sabiduría de los templos de Osiris y de Amón-Ra, pero Zebeo tiene la gloria del amor del Cristo, que hace revivir los corazones muertos y llena de claridades las conciencias adormecidas en la sombra. La sabiduría no pudo sacarme del mortal ostracismo a que me condenó para toda la vida, la ley rígida del templo; y el amor inefable del Cristo vibrando en el alma de Zebeo me levantó de la tumba y me dio vida nueva, y la esperanza floreció en mi camino.

De las confidencias idealistas se pasó a las de orden material, o sea, sobre la organización y sostenimiento de las Congregaciones Cristianas formadas en su mayor parte de los desposeídos y sufrientes, de enfermos, ancianos y huérfanos, y sobre todo de esclavos.

Nebai había formado una pequeña agrupación de mujeres de posición elevada, viejas amistades que habían sido del Duunviro Quintus Arrius, entre las que se encontraba Fulvia, esposa del Senador Flaminio que Yhasua desde Antioquía había curado de una parálisis crónica. Soemia, su hija adoptiva, como recordará el lector, era Notaria de la Agrupación y dirigía el coro de las doncellas que cantaban en los cultos sagrados.

Aquellas mujeres habían querido hacer a Nebai su directora, su matriarca, pero ella las indujo a designar como tal a su madre política, la madre de Judá, porque le reconocía dotes especiales para una agrupación que revestía el doble aspecto de filantrópica y religiosa de una elevada mística.

—Acepto solamente —dijo Nebai—, ser vuestra Celadora que significa estar alerta siempre para que ninguna retarde el paso en el camino, ni vuelva la cabeza atrás, ya que nuestro gran Guía Conductor, el Cristo dijo: *“El que pone la mano en el arado y vuelve la cabeza atrás, no es apto para el Reino de Dios”*.

La anciana madre del Príncipe Judá se vio obligada a complacer a su nuera, que en su solitaria vida de viuda, era como una estrella radiante

de luz, de esperanza..., de alegría. Le había dado dos amorosos nietecitos que juntamente con su hijo formaban su encanto y su gloria.

En su ancianidad, Noemí se sentía feliz.

Esposas, madres o hijas de senadores, de militares o marinos ilustres, de príncipes extranjeros que habían abrazado el Ideal del Cristo, aquellas doce mujeres significaban una fuerza respetable en la sociedad romana de aquel tiempo.

Tomaron el nombre de Diaconisas, o sea auxiliares de los Doce Apóstoles del Cristo.

Noemí con Fulvia eran las más ancianas, y Soemia y Nebai las más jóvenes. Todo lo más noble y bello que tiene la filantropía, la religión y el arte, se hallaba reunido en aquel escogido grupo de mujeres enamoradas del Ideal cristiano.

Su obra fue silenciosa hasta el punto de que nadie conoció su existencia en el siglo I, sino sólo las mismas que lo formaban y aquellas que estaban a su contacto inmediato.

En una reunión a la que asistió Pedro, Juan, Leandro, Narciso y el Príncipe Judá, quedaron aceptadas las importantes donaciones que los dos ex sacerdotes de Osiris hacían a las Diaconisas, de la mitad de las rentas que producían sus dominios para el sostenimiento de las obras benéficas a que ellas se dedicaban. Con la otra mitad ensancharían la obra apostólica de Zebeo en la vieja Aldea de los Esclavos, que había tomado el nombre de Villa Marioti, porque llegó Zebeo a descubrir que la princesa Thimetis había sido en la prehistoria de los Kobdas del Nilo, la Matriarca Marioti, hermana de Tubal, el Instructor de Joheván y Aldis, abuelos del Hombre-Luz: Abel.

Con este nombre hacía homenaje de amor y de recuerdo a la madre augusta de Moisés y a su dulce Tabita ya desaparecida, puesto que los tres nombres correspondían a tres existencias físicas de un mismo espíritu.

El amor que es luz, savia y vida de toda vida, apareció también como una estrella radiante en la penumbra grisácea de dos vidas en el ocaso.

Noemí de Jerusalén y Leandro de Caria, una misma célula viva surgida del Eterno Amor entre millones de chispas emanadas de su seno infinito en edades pretéritas y ya perdidas en la oscura nebulosa de los tiempos. La inexorable Ley les había separado a su hora, y aunque en varias existencias anteriores habían caminado juntos, en ésta no se habían encontrado aún.

Por los profundos estudios de las ciencias astrológicas y psíquicas, Leandro sabía que su alma-esposa estaba encarnada y que algún día se encontraría con ella..., acaso cuando menos lo esperase.

Noemí, nacida y educada en la austera y a la vez sencilla Ley de Moisés, a la sombra suave de los claustros sagrados del Templo de Jerusalén,

entre el perfume del incienso y la melodía de los Salmos, nada sabía de los hondos misterios que guarda en sus orígenes la Psiquis inmortal y eterna. No tuvo otro amor que aquel primero de sus años juveniles: el Príncipe Ithamar, padre de sus dos hijos, a cuyo recuerdo sagrado para ella, le consagraba un culto en el santuario secreto de su corazón.

La llegada de Leandro de Caria a la Villa Astrea, produjo en la buena anciana un sacudimiento profundo.

Por referencias epistolares del Apóstol Zebeo y por relatos de Juan conocía la existencia y algo de la historia de ambos sacerdotes de Osiris, salvados del ostracismo y de la muerte por el amor del Apóstol de Cristo.

Compasiva por naturaleza y compenetrada su alma del amor fraterno sembrado junto a ella, por el inefable amor de aquel Yhasua inolvidable al que llamaba siempre su Salvador, comprendió y amó a distancia y sin conocerles a aquellos dos seres, que tan a tiempo se encontraron con Zebeo para que él levantara las lápidas sepulcrales que les ocultaban de la vida y de la humanidad.

Juan le había dado a leer copias de las conferencias que se daban en la Academia fundada en la Aldea de los Esclavos, y la estudiosa princesa judía encontraba maravillosas verdades en las disertaciones filosóficas de aquel profundo psicólogo que parecía complacerse en estudiar fibra por fibra el corazón humano, no precisamente como un órgano de carne, sino como centro vital, receptor y promotor de estupendas energías y formas de vida desconocidas para ella en absoluto.

Y en sus conversaciones con Juan el Apóstol, llegado al Lacio con Pedro, solía decirle:

—Confieso ingenuamente que tu gran filósofo del Lago Merik me resulta a veces, tan oscuro e incomprensible como el Génesis de nuestro Padre Moisés, que cada cual interpreta a su manera, dejándonos a todos en la incertidumbre de antes de leerlo.

—Ha bebido en la misma fuente de Moisés —le contestaba Juan—, y una misma sombra les puso a cubierto de la ignorancia espantadiza del que ignora porque no es capaz de comprender.

—¿Quieres decir con eso que Moisés ocultó a su pueblo las verdades divinas que descubrió entre los esplendores del Sinaí? —preguntaba Noemí.

—Está claro que sí —respondía el joven Apóstol—. Y aún nosotros habremos de seguir soltándolas por gotas medidas, añadiendo a cada gota las palabras que añadía nuestro Maestro cuando alguna dejaba caer: *“El que tenga oídos que oiga y el que tenga buen entendimiento que entienda”*.

Con esta breve digresión el lector podrá comprender la impresión

que recibió Noemí cuando el Hierofante de los Templos Egipcios estuvo en su presencia.

La austera y noble fisonomía de una palidez mate en contraste con su negra y bien cuidada barba y cabellera donde algunos hilos de plata se distinguían a primera vista, aquellos ojos oscuros como un abismo que miraban interrogando siempre, como si cada ser que encontraba en su camino fuera un misterio insondable, de tal modo impresionaron a Noemí, que cuando él se levantó de la profunda inclinación que hizo para besarle la mano y la miró de nuevo, ella tenía tal azoramiento en sus ojos y un temblor en su labios y en toda ella, que Leandro le preguntó:

—¿La he asustado, Señora?

—No, señor —le contestó ella tratando de serenarse—. Creía haberle visto antes muchas veces y quería recordar dónde y cuándo.

—Los seres humanos somos como aves errantes que andamos por muchos climas y puede ser que en esas andanzas nos hayamos encontrado algunas veces. No tendría nada de inverosímil ni extraordinario.

“Traigo del Apóstol Zebeo para vos, señora, esta copia sacada por él de los relatos que sobre la vida del gran Moisés dejó en su archivo el Maestro Filón de Alejandría. —Y Leandro le alargó un tubo de plata cincelada, con una hermosa miniatura en alto relieve de Isis con el índice sobre los labios imponiendo silencio.

—El contenido es obsequio de Zebeo, pero el estuche fue un regalo que hice años atrás a mi madre y que os ruego lo aceptéis vos, señora, de este antiguo servidor de Isis que ha logrado unir sus impenetrables secretos, con las claridades sublimes de Yhasua de Nazareth, Ungido de Dios.

—¡Oh, gracias!... Muchas gracias —respondió Noemí mientras admiraba el delicado trabajo hecho en aquel tubo de plata—. Y esta hermosa mujer —preguntó—, ¿es una vestal de vuestros templos?

—No, señora, es sólo un símbolo. Los templos egipcios que para el vulgo son como un antro lleno de misterios, son en realidad, imponentes palacios en que se han aglomerado en símbolos de piedra, todas las grandiosas realidades de la Creación Universal. Toda la estupenda vitalidad sideral con sus millones de millones de globos está representada en piedra, bajo las naves oscuras y frías de los templos grandiosos de Menfis, de Tebas, de Ipsambul.

—Y es también nebulosa y oscura la sabiduría que se enseña en ellos —añadió Noemí—. El Génesis de nuestro padre Moisés, que dicen ciertas tradiciones que cultivó allí su mente en la primera juventud, participa de esa oscuridad. La Creación por ejemplo, es una prueba de ello.

—Las leyes de aquellos templos eran severísimas, señora, y tenían pena de prisión perpetua y de muerte para los infractores de sus mandatos. Era considerado como un vil traidor a la Suprema Potencia el

discípulo que revelaba uno de sus grandes secretos, y convertido en reo de lesa Majestad Divina era ejecutado en el acto o privado de libertad para siempre, sin que pudiera ni ver, ni hablar a ningún ser humano en todo el resto de su vida. Enjaulado en camarines de piedra con ojivas inalcanzables y fortificadas con barrotes de granito, era un pájaro prisionero con esmerados cuidados en que nada le faltaba sino la libertad y el amor.

“En mis tiempos de probación, fui destinado a servir a dos prisioneros del templo, a los cuales jamás les vi el rostro ni les oí la voz. Separados entre ellos por muros de piedra, lo estaban igualmente de mí, que les depositaba a cada cual en una gran hornacina giratoria las fuentes de los alimentos, las cestillas de frutas, la ropa limpia, las velas de cera para alumbrarse, en fin, cuanto es necesario a un hombre para vivir su vida. El cautivo devolvía por la misma hornacina las ropas usadas, las fuentes y cestillas vacías, y a veces encontraba un trozo de pergamino en que pedía un escardador de la tierra, un cincel para pulir cobre o piedra, esparto o junco para trabajos manuales o pergaminos y tintura de escribir.

“Siendo esto así, ya comprenderéis, señora, las sombras y disfraces con que vuestro Moisés, alumno distinguidísimo por su talento y sus virtudes, debió envolver las grandes verdades del Cosmos, incomprensibles para la humanidad de entonces, más, mucho más aún que para la humanidad de hoy.

“Ni creáis que todo el que pedía ser aceptado como estudiante, lo era. Debía pasar por estrecho examen de un severo tribunal sacerdotal que dictaminaba sobre las capacidades mentales, morales y físicas del pretendiente. Y desde luego, que más eran los rechazados que los aceptados.

“La Voz que daba a Moisés los mandatos para el pueblo que guiaba, tuvo que ser interpretada por la ignorancia popular como la voz de un ser vivo que tomaba ante su escasa comprensión las formas humanas que le eran conocidas. Debía ser necesariamente un poderoso rey más fuerte y grande que todos los poderosos monarcas de la tierra.

“Aunque Moisés hubiera tenido libertad de explicar la verdad, ¿cómo podía hacer comprender de la mentalidad humana la idea de la Fuerza Creadora, de su Eterna y siempre renovada Fecundidad que concibe, engendra y da de Sí misma los mundos y los seres todos del vasto Universo?

“¿Cómo hacer comprender el misterio del alma, si cada alma es un mundo invisible, como cada cuerpo físico es un mundo visible?

“¿Cómo explicar y ser comprendido el maravilloso proceso de la Evolución de todo cuanto existe, mundos y seres, que de chispa llegarán un día a ser soles, de igual manera que los seres, de células apenas perceptibles, se convierten con los siglos en bellísimas formas, que se

expanden en razas, en pueblos, con inteligencia, con vida propia, después de haber pasado lentamente desde un grumo vivo de la tierra o del mar, hasta la espléndida forma humana que es por sí sola una de las grandes maravillas de la Creación Universal?

—¡Oh, señora, que me escucháis asombrada! ¡Mucho más admiraríais y amaríais a vuestro excelso Moisés, si pudierais comprender lo que debió padecer para envolver en sombras la luminosa verdad que su mente de elegido guardaba en sí misma como en un cofre de diamante!

—¡Oh, es verdad!... Tener la luz en la mano y no poder darla a los que caminan en la oscuridad... ¡tener la fuente de aguas vivas y no poder darla a los que se arrastran penosamente a su lado! —exclamó con honda pena la anciana, que comprendía todo el alcance de los pensamientos expresados por Leandro...

La llegada de Judá con Nebai y los niños dio otro giro a la interesante conversación.

—Las golondrinas de Yhasua comienzan a llegar, madre —dijo Judá—, y se extrañan de no encontrarte en tu sillón del Cenáculo.

—Es verdad —respondió Noemí levantándose—. Hermano Leandro, seguiremos nuestra plática sobre las verdades divinas, porque quiero conocerlas todas antes de que suene mi hora de partir al Reino de Dios.

—Estaré a vuestra orden todos los días que permanezca en el Lacio —contestó el ex sacerdote de Osiris.

—¿Qué os parece la salud mental y física de mi madre? —preguntó Judá cuando ella no podía oírle.

—Físicamente es endeble, pero su espíritu es fuerte y su mente lúcida resplandece como una estrella.

Captando la onda de los pensamientos de Judá, Leandro añadió:

—Por los conocimientos médicos que tengo, puedo decir que aún la tendréis una decena de años, o más quizá. La energía y buena salud del espíritu es el mejor resguardo y el más eficaz tónico conservador de la salud del cuerpo.

—Gracias, amigo, por vuestra predicción. Dios me dio una esposa tal como la deseaba y dos hijos que son una bella promesa para el futuro; pero esta madre continúa siendo para mí, la estrella maga que fue en mi infancia y que es hoy en la edad viril.

—Ya lo he comprendido así —dijo Leandro—, y mucho me place platicar con ella, porque capta maravillosamente aún lo que queda detrás de mis pensamientos.

Los suaves gemidos del órgano llegaban desde el Cenáculo y todos juntos se dirigieron allí.

Las doncellas cantaron el salmo acostumbrado en que el alma pide a Dios sus dones divinos, y un silencio profundo reinó en el vasto recinto

de oración. Sin más iluminación que la dorada claridad del candelabro de los siete cirios colocado sobre el altar con las Tablas de la Ley, todo el Cenáculo quedaba velado por una suave penumbra perfumada de incienso.

La anciana Noemí, que presidía aquella mística reunión de almas dijo en alta voz las frases acostumbradas:

“—Hijo de Dios, Maestro excelso de nuestras almas peregrinas en los desolados valles terrestres, envía sobre nosotros tu amor y tu luz, para que conociendo tus verdades y practicando tus leyes, podamos llegar purificados al Reino de Dios”.

Con el pensamiento repetían todos esta breve plegaria, y cada cual se sumergía en su propio mundo interior buscando la unión con la Divinidad.

Y la Luz Eterna se hizo también para Noemí y Leandro. ¿En qué forma?... ¿De qué modo y en cuáles circunstancias? Veámoslo.

Una misma visión mental resplandeció como una aurora boreal para ambos, en un lejano horizonte como de nubes de amatista y ópalo deslizándose sobre un inmenso mar azul.

Para Leandro cuya mente estaba habituada a estos magníficos panoramas siderales, no fue extrañeza ninguna; pero no imaginó que esta visión mental pudiera ser un pasaje de su propia vida.

Para Noemí, cuyas meditaciones sólo se desenvolvían en el círculo reducido de su jardín interior, donde se había desvivido por sembrar virtudes austeras, violetas humildes junto a las siemprevivas de santos y amorosos recuerdos, aquella visión fue como un deslumbramiento. Hasta llegó a pensar que su alma, libre de la materia, iba a penetrar en el Reino de Dios.

“Sentíase entre una exuberancia de vida y energía, y una sensación de infinita paz parecía sumergirla en un estado semiinconsciente de inefable ternura. Corrían sus lágrimas, pero no de dolor, sino de una suave y dulce emoción que no acertaba a interpretar.

“Grandes peñascos azulados y blancos a la vera de un mar de azules oscuras ondas, ostentaban como ornamentación gigantesca grupos de cactus enormes, cuya floración semejava copas de marfil donde bebían las mariposas y las abejas doradas de la desconocida región.

“Una anciana de blancos cabellos y amorosos ojos recogía con suavidad las abejas de oro y las escondía en una canastilla de fibra vegetal que cubría cuidadosamente con una gasa blanca.

“Era sin duda una cultivadora de aquellas abejas, porque la visión les llevó a un jardín de cactus cubierto de fina rejilla de cobre, donde millares de abejas de oro zumbaban incesantemente formando una melodía extraña, sin notas, sin voces, que podía calificarse de sonoro

canto mudo. Y entre esas abejas había una que, al parecer enamorada de su amorosa dueña, se posaba en su cabeza blanca, se escondía entre los bucles de su cabello y por fin se prendía como un broche de oro en su pecho y allí quedaba quieta por largo tiempo.

“La anciana, sin inmutarse, continuaba hilando los velloncitos blancos que sostenía en sus rodillas.

“La visión continuaba cual si fuera pintada en una ancha cinta que manos invisibles desarrollaban lentamente.

“Las nubes se agitaron sobre el mar azul, un huracán batió sus alas poderosas y la fina rejilla de cobre se rompió en varias partes. Las grandes abejas de oro se escapaban volando, el viento las arrastraba lejos y la anciana las seguía con la mirada entristecida, pero sin moverse de su sitio.

“Por fin se fueron todas y sólo quedó aquella que prendida en su pecho parecía dormir en suave quietud.

“El amor de la anciana se desbordó sobre ella como un manantial incontenible y poniéndola en el hueco de su mano le hablaba como pudiera hacerlo a una tierna criatura mimosa.

“—Tú eres mi hija y yo soy tu madre para toda la eternidad”.

“Era aquella abeja del tamaño de un colibrí, pero de la forma exacta de las abejas de esta Tierra.

“Pasó tiempo. La anciana se doblaba a la tierra. Y la dorada abeja zumbando en torno suyo bebía en los cactus florecidos su alimento cotidiano.

“Pero un día la dulce anciana la encontró caída en una flor, y al parecer sin vida. Al examinarla con su lente observó que se movía, y que algo se desprendía de ella como si fuera un brote vivo en un tallo repleto de savia.

“Diez días duró aquel desprendimiento, al parecer muy doloroso, hasta que se vio claramente otra abeja igual pero más pequeña y de un dorado más vivo. Un letargo las mantuvo inmóviles unas horas, hasta que lentamente desplegaron las alas transparentes y ambas volaron a la cabeza de la anciana que, estupefacta les hablaba interrogando. ¿Qué era aquello?

“Por encima del mar azul pasaban enormes nubes como llevadas por el viento y por fin la visión diseñó una joven mujer en una granja de labriegos, que tenía entre sus brazos dos niñitos recién nacidos. Era la primera encarnación en el reino humano de las dos abejas doradas de aquella anciana cultivadora de abejas, en las orillas plenas de luz y de flores de un mar azul que tendía sus ondas radiantes en la esplendorosa Venus, la amatista de los cielos”.

Noemí no podía comprender lo que encerraba aquella misteriosa visión. Y pensó:

—Deberé consultarlo con ese Hierofante del Templo de Osiris, que seguramente él estará capacitado para interpretarlo.

Su sorpresa fue grande cuando Leandro le iba refiriendo con detalles la misma visión que había sido común para ambos.

Averiguó si algunos otros presentes en el oratorio habían percibido la extraña visión. Ninguno vio nada, tan solo Leandro y ella.

—Creo que mañana estaré en condiciones de explicaros esa visión, señora —le dijo el ex sacerdote de Osiris.

Noemí le dio las gracias y se retiró pensativa a su alcoba.

Nunca tuvo deseos de visiones y de aparecidos. Asidua lectora de las Escrituras Sagradas admiraba la visión de Jacob, la escala maravillosa por donde bajaban y subían los ángeles del Señor. Las visiones de Abraham el gran Patriarca, fundador de la raza hebrea, resplandecían en su horizonte mental a lo lejos, pero jamás tuvo deseos de visiones extraterrestres. Le bastaba con lo que sentía, con lo que comprendía de las magníficas bellezas del Universo, obra estupendamente grande del Eterno Invisible.

Yhasua, el dulce Profeta Nazareno, Verbo de Dios hecho hombre, había sido para ella una verdadera visión descendida de los cielos. ¡Y ella lo había comprendido tan bien!

Lo había sentido como vivir dentro de ella misma, y sus palabras le habían resonado en el corazón como una música divina que no olvidaría jamás.

Pero esta visión de las grandes abejas doradas, de la amorosa anciana que hilaba, de la mimosa abeja que echó un brote vivo y era otra abeja más pequeña. Luego la misma anciana era una joven madre con dos niñitos recién nacidos, una niña y un varoncito que se parecían como pimplitos de un mismo rosal... ¿Qué era todo aquello?

A mitad de la mañana del día siguiente, ella, retirada en una de las glorietas de los jardines, tejía un fino encaje para el altar del Oratorio donde una veintena de jovencitas preparadas por ella recibirían el velo blanco de las manos de Pedro, para ser contadas entre los discípulos del Cristo aparecido en las tierras de Palestina.

Leandro fue hacia ella conducido por Nebai que deseaba escuchar a aquel Maestro de ciencias ocultas, que sabiendo muchas cosas había comprendido que el amor brotado como un manantial del corazón de Yhasua, era inmensamente más poderoso para transformar la humanidad que toda la sabiduría oculta en los viejos templos egipcios.

Y comenzó así su explicación:

—Hermana mía de las edades y de los siglos, creo llegado el momento de que sepáis vos como lo he descubierto yo, que nuestras almas son gemelas, o sea que un día perdido ya en la bruma de lejanos tiempos,

fuimos una sola chispa de luz, luego célula viva, burbuja, grumo, larva, insecto, y por fin abeja dorada que en los jardines del Mesías de Venus, vivía bebiendo el néctar y el rocío en los cactus gigantes que florecían allí con exuberancia tropical.

“Allí se operó la separación de sexos para iniciar otra forma de vida más consciente entre el concierto de los seres orgánicos inteligentes, o sea, en la especie inmediata superior.

“No significa que de la abeja dorada que se prendía en el pecho de Odina, se diera el salto a las alturas del reino humano; sino que tal fue el origen de lo que hoy somos.

“Una larga edad de muchos siglos pasaron en otras mil formas de vida, acercándose paulatinamente a la especie humana.

“Pero nuestro origen fue aquella abeja dorada que amó el Mesías venusino, y ese amor fue así el génesis glorioso de nuestras vidas humanas.

“Yo sabía este origen mío y sabía también que me encontraría con la otra mitad de la abeja de Venus. Años atrás, cuando la juventud vigorosa y soñadora envolvía en redes de gasa y flores mi mente, pude creer que la mitad de aquella abeja era la mujer que amé en mi juventud. Pero los hechos y la visión mental me probaron que no era ella y que un día la encontraría en mi camino y cuando menos lo pensara.

“Yo hice que un joyero construyera la abeja de oro tal como mi visión la percibía; la hizo en dos mitades, desde la cabeza al rabillo. Aquí está para probar la verdad de cuanto os digo”.

Leandro sacó de su seno un pequeño estuche de nácar y plata que por dentro estaba abullonado de seda azul. Prendida allí estaba la abeja de oro con sus ojillos de rubí y sus alitas abiertas de una delicadísima filigrana de oro como una redcilla transparente.

Con honda emoción que quebraba su voz y hacía temblar sus manos, desprendió la juntura de las dos mitades, y diciendo a Noemí:

—Con tu permiso, hermana mía —se la prendió en los encajes del mantillón de seda blanca que rebozaba su pecho; y él mismo se prendió sobre su toga negra la otra mitad.

Noemí rompió a llorar a sollozos, no de amargura sino de profunda emoción.

—¡Oh! ¡Los secretos del Eterno Invisible son admirables, magníficos y desconocidos de los hombres que no miran más allá de la sombra que proyecta su propio cuerpo al caminar! —exclamó el antiguo sacerdote de Osiris, viendó el asombro producido en Nebai, que escuchaba el maravilloso relato y la emoción de la anciana que empezaba a serenarse y su llanto se convertía en interna oración.

La anciana Noemí se sumió en hondas meditaciones.

¡Cuán inesperadas y asombrosas revelaciones le había hecho aquel hombre que veía por primera vez!

Era su alma gemela desde los comienzos de su vida en lejanas edades, y no sentía por él afecto ninguno, aunque reconocía sus talentos, su sabiduría, su grandeza en el dolor, su austera firmeza en la árida senda de estudio y de vencimientos y renunciaciones terribles. Pero nada más. En cambio... –pensaba ella– su dulce y amado Príncipe Ithamar que se miraba en sus ojos y adivinaba sus pensamientos, ¿qué era para ella y dónde estaba? Según su fe, los justos seguidores de la Ley de Moisés, se congregaban en el cielo de Abraham, escogido por Jehová como padre de la raza que sería su pueblo escogido, el único adorador del Dios Invisible en medio del cual debía nacer el Justo por excelencia, el Verbo Eterno hecho hombre.

Ella tenía en su corazón un altar escondido, donde después de Jehová, estaba él, su inolvidable amor de la juventud, noble y amado ser que la amó como nadie la había amado en el mundo; y su recuerdo vivía como una llama eterna que ni la muerte podría apagar.

Y otro hombre desconocido era su alma gemela. No podía ponerse a tono con esa revelación que le sonaba como un seco martillazo en medio del corazón.

–Misterio de Dios –decía–, que mi pobre mente no puede comprender, ni mi corazón aceptar.

Y esa noche se durmió casi al amanecer con ese pensamiento. Era una alma rendida a la Eterna Ley, y ella, piadosa y buena, la iluminó en el sueño:

“Se vio a sí misma vagando por una verde llanura de dimensiones ilimitadas donde había todo género de bellezas.

“Bosques rumorosos llenos de pájaros que cantaban alegremente; arroyuelos como cintas de plata que serpenteaban murmurando placenteras canciones; y entre tantas bellezas se encontraba de pronto con su Príncipe amado que la invitaba a caminar por la florecida orilla de uno de aquellos arroyuelos.

“Y llegaron hasta el nacimiento; un cristalino manantial que descendía en cabellera de espumas desde lo alto de una montaña.

“Y apenas llegado al llano se abría en dos, y uno iba a naciente y el otro al poniente, llevando ambos la frescura de sus ondas límpidas y puras a aquella inmensa pradera que florecía a su contacto.

“Y su amado Príncipe Ithamar le decía: “–Así sucede con nuestras almas que tuvieron un mismo origen, que después se separaron, se reunieron nuevamente para volver a separarse o unirse ininidad de veces, hasta que al final de todos los tiempos formaremos un solo resplandor de luz, un solo fuego vivo que da vida y calor a un mundo, a sistemas de mundos... a universos de mundos”.

Y ella le contestaba: —Si tú sabes todo esto, ¿por qué nunca me participaste tus conocimientos?

—Porque la materia es oscuridad y el alma libre de ella, es como una estrella que resplandece de luz. Lo he sabido cuando fui libre en el espacio infinito.

—Y ahora, ¿dónde vives, dónde estás?

—A tu lado, si tú me piensas. En tu corazón, si tú me amas.

Y Noemí se despertó del sueño llorando de dicha infinita y de inefable amor.

94

EL ROSAL DE YHASUA EN ROMA

—El rosal que sembró el Maestro sigue floreciendo —decía Juan en conversación íntima con sus compañeros, Marcos, Lucanus y las dos Marías, la de Mágdalo y la de Betania, que enamoradas de las bellezas de los jardines de la Villa Astrea, pasaban largas horas bajo las glorietas de glicinas y jazmines.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Lucanus—. Hemos llegado hace apenas una semana y sólo hemos escuchado el relato interminable de lo que padecieron los esclavos liberados por Judá y Nebai.

—Pensé en la abnegación y heroicos esfuerzos de los que no eran esclavos y creí ver allí el rosal de amor fraterno que sembró entre nosotros.

—Zebeo le ha hecho también florecer en los valles del Nilo —añadió María de Mágdalo— y sólo nosotros no hemos hecho nada en la tierra que fue su tierra.

—¿No hemos padecido acaso? —preguntó María de Betania—. ¿Podemos pensar que el Maestro no valora nuestro dolor por la muerte de nuestros hermanos martirizados como indefensos corderos?

—Me refería a que no hemos realizado obras como las de Judá y Nebai, como las de Matheo, Zebeo y Faqui entre los peñascales del desierto.

—No seáis injustas con nuestras humildes obras de Palestina —les dijo Marcos en tono suplicante—. No serán obras de resonancia al exterior, porque allí no hay libertad para hacerlas, pero no por eso menos meritorias.

“En cada ciudad, puede decirse, existe una Congregación Cristiana, donde se medita y ora, donde se socorre con amor a los necesitados. Yhasua lo ve y lo sabe. ¿No es esto bastante?

—¡Oh!... ¡La vida que Él dio por su afán de sembrar el amor en la tierra, no puede pagarse con nada!... —exclamó María de Mágdalo como si de su corazón se exhalara un gemido.

—¡Eso es verdad!... —añadió Juan—, y confieso que me siento grandemente culpable en este sentido. ¡Diez años he perdido en la más completa inacción!

—Que serán triplicados en entusiasmos, y en éxitos de hoy en adelante —dijo Leandro, llegando con Pedro, Juliano y Narciso que volvían de una visita a la gran Capital—. Las aves negras del pesimismo no caben junto a los discípulos del Hombre-Luz.

—Prueba de ello —añadió Narciso—, es la obra que acaba de realizar nuestro Hermano Mayor. —Y señalaba a Pedro que guardaba silencio.

—Decidla y todos lo celebraremos —dijeron varios a la vez. Pedro tomó la palabra

—En Antioquía impuse el velo del grado primero a una joven de nombre Petronila, sobrina del Senador Cornelio Pudens, que pasaba allí una temporada de convalecencia en casa de su hermano Linus.

“Las hijas de Cornelio me avisaron que Petronila estaba con un ataque de parálisis que la tenía inmovilizada en el lecho. Fuimos con todos estos, y nuestro Maestro y Señor quiso sanarla por medio mío, y la joven salió del lecho porque su mal había desaparecido. Esta tarde acudirá a la oración y se ofrecerá a las Diaconisas para ayudarlas en sus tareas en beneficio de los desdichados.

—Siendo yo tu Notario —dijo Lucanus al Apóstol—, creo que podré llevar a nuestro Archivo esta primera obra tuya en la capital del mundo.

—Hazlo como lo dices y sea para honra y gloria de nuestro Señor y Maestro —le contestó Pedro.

Petronila, con sus primas Praxedes y Prudencia, fueron las primeras discípulas del Apóstol Pedro en la ciudad Eterna.

Vestidas las tres como aldeanas vendedoras de flores y de miel, se encargaron de llevar los mensajes y los socorros a esclavos de las grandes familias patricias, a donde Judá, Nebai y las Diaconisas no podían llegar por ser muy conocidas en la Corte Imperial y en el Foro.

A veces les acompañaba Clemente, el hijo mayor de Judá y Nebai, que ya era un gallardo jovencito y que desde sus primeros años demostró un extraordinario fervor hacia el Divino Profeta como él llamaba a aquel hermoso Yhasua, que le tuvo entre sus brazos y sobre sus rodillas cuando era un pequeñín que en su encantadora media lengua le decía:

—Seré un soldado del Rey de Israel.

Cuando su madre o su abuela le veían en su disfraz de aldeano de Capua y le preguntaban: —¿A dónde vas?

Con la gravedad de un hombre mayor, contestaba Clemente:

—Puede haber buitres en el camino y yo defenderé las palomas del Rey de Israel.

Los viajeros llegados de Palestina y de Alejandría se consagraron con

entusiasmo a colaborar con Pedro, en la organización de las agrupaciones que silenciosamente se habían ido formando dentro y fuera de la gran Roma de los Césares.

Era el año segundo del reinado de Nerón, el tristemente célebre Nerón a quien los cristianos del siglo primero llamaron “Anticristo”, porque su vida y sus hechos lo asemejaban según ellos al mismo demonio o espíritu del mal, que los buenos israelitas consideraban único autor de todos los males que sufre la humanidad.

Mientras se mantuvieron silenciosos y retirados siguiendo la educación esenia, gozaron de paz y de dulce tranquilidad.

En sus ignorados oratorios oraban y cantaban salmos pidiendo a la Divinidad, protección y amparo sobre toda la humanidad.

En días determinados recorrían los barrios humildes socorriendo a los necesitados, llevando a los Refugios a todos aquellos que carecían de un techo que les cobijara, de lo cual resultaba necesariamente que los socorridos abrazaban con agradecido amor aquella religión nueva que les brindaba esperanza, ternura y amor, jamás conocidos por ellos.

En el siglo I del Cristianismo que es por excelencia el siglo del Cristo y de sus íntimos continuadores, no existió el sacerdocio, ni las jerarquías, ceremonias y rituales que la liturgia eclesiástica creó más tarde, cuando las Congregaciones Cristianas se convirtieron en muchedumbres, haciéndose necesaria una disciplina con ordenanzas, leyes y fueros de rigurosa severidad.

En el siglo I sólo brilló como un astro sereno, incommovible, el amor al Cristo y su testamento eterno: *“Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo”*.

Alrededor de esta síntesis grandiosa, los Amigos de Yhasua sembraron en el mundo su pensamiento, su idea inmortal, propia del Dios-Amor que se hizo conocer de los humanos bajo el dulcísimo nombre de Padre Celestial.

Mas, los hombres no bebieron mucho tiempo de ese raudal de aguas vivas y eternas. Inconsciente o maliciosamente, las enturbiaron con creaciones propias que no siempre estuvieron a tono con el Pensamiento Divino.

Y volvía a cumplirse la frase genial del Profeta Isaías: *“Los pensamientos de los hombres no son mis pensamientos –dice Jehová– ni sus caminos son mis caminos”*.

Teniendo en cuenta todo esto, hemos añadido a esta continuación de “Arpas Eternas” el subtítulo “Los Amigos de Yhasua”.

Desaparecidos ellos como radiantes estrellas siguiendo a su sol central, nuestra arpa rompe sus cuerdas y enmudece, porque ha terminado la sinfonía divina que significó para este mundo la vida excelsa del

Hombre-Luz y de sus íntimos amigos que convivieron con Él, le amaron y le siguieron en sus caminos de redención y de paz hasta el último aliento de sus vidas.

Esta fidelidad inmovible de los “Amigos de Yhasua” a su legado de fe, de nobleza y de amor, es la eterna corona de gloria que ellos han merecido. Fidelidad tan inquebrantable y firme que fue, es y será el asombro de todos los tiempos.

Dejamos a la imaginación del asiduo lector, profusamente alimentada con nuestros relatos, la tarea laboriosa de seguir a los “Amigos de Yhasua” en sus andanzas silenciosas por el inmenso laberinto de la Roma imperial.

El Príncipe Judá y su compañera, nervio y vida de las primeras actividades cristianas, quisieron eclipsarse detrás de la silueta venerable de Pedro, tan pronto como él llegó a la tierra legendaria de Rómulo y Remo.

Y el primer Ministro del Rey de Israel según llamaba Simónides a Judá, dijo al Apóstol un día:

—El primer puñado de la simiente de Yhasua, lo hemos sembrado en Roma, mi madre, mi esposa y yo. Ahora te corresponde a ti vigilar su germinación y cultivo conforme a las enseñanzas de nuestro genial Instructor.

“El arca de los caudales del Rey está siempre llena y dispuesta a solventar las necesidades de su grey. Conque ya lo sabes, Pedro, estamos todos para colaborar contigo. Tienes pues la palabra y el bastón de mando.

El sencillo y humilde Apóstol se abrazó emocionado del noble Príncipe Judá, y maravillado de la clara conciencia con que obraba le contestó:

—¡Niño!... Yo no vine aquí a mandar sino a sembrar junto contigo en los campos de nuestro Señor. ¿Por qué te vas y me dejas en tierra extraña donde quizá no acertaré a dar un paso que no sea en falso?

—No me voy, Pedro —le contestó enternecido Judá—. No me iré nunca de tu lado, porque escucho siempre la voz de Yhasua cuando te dijo: *“Te he llamado Pedro, porque tú eres la piedra sobre la cual edificaré mi templo”*.

“Y sé que mi deber es colaborar silenciosamente en la construcción del templo espiritual del Cristo. Mi posición ante el gobierno y la aristocracia romana será una coraza para la naciente Escuela Cristiana, y mi nombre no debe sonar con ninguna tonalidad a fin de que una completa libertad de acción centuple la eficiencia de mi trabajo, como protector invisible de los obreros de Yhasua. ¡Oh, mi divino amigo ausente!... ¡Tú no sabes, Pedro, las promesas y votos solemnes que le tengo hechos!... Por Él te ruego que me dejes un lugar cerca de ti, pero en la oscuridad y el silencio, porque sé de cierto que así valdré como cien hombres juntos para su servicio y su gloria.

—¡Bien, bien, hijo mío! Sea como tú lo quieras –contestóle Pedro con su voz entrecortada, por la emoción que le producía el noble desinterés de aquel gran amigo de su inolvidable Maestro.

Este perfecto acuerdo, esta santa armonía fue quizás el secreto de los maravillosos triunfos y conquistas de la primera hora cristiana en la gran metrópoli del mundo civilizado, cumpliéndose así una vez más el glorioso lema de los genios del Bien:

“El amor todo lo vence. El amor salva todos los abismos”.

95

REGRESO A PALESTINA

El tiempo pasó como un meteoro para los viajeros de Palestina y fue necesario pensar en el regreso al terruño en que unos más y otros menos, habían dejado grandes o pequeñas obligaciones.

Juan no podía olvidar que la augusta madre de su Maestro le había aceptado como hijo, en la dolorosa orfandad en que quedó a la muerte de sus padres. Roma, Pedro y Judá le atraían como un imán al hierro, pero la madre de su Maestro y la pequeña María, su dulce amiguita de las horas tristes, eran para él un lazo demasiado fuerte que no se rompería sin un desgarramiento profundo de su corazón.

Y cuando llegó la hora de empaquetar cada cual su equipaje, Juan preparó el suyo y dijo a Pedro:

—Me vuelvo a Palestina, Pedro, pero sé que volveré a Roma contigo, porque en la oración de esta noche recibí la iluminación del Maestro.

—¡Cuánto me duele, Juan, verte partir! –exclamó Pedro–, pues me había hecho la ilusión de que tú con Judá y Lucanus, seríais los animadores de este pobre viejo que está más cerca de la sepultura que de un glorioso apostolado, tal como nuestro Maestro y Señor debe quererlo.

—También yo había deseado vivir contigo como un hijo con su padre. Tú me conoces y sabes que necesito por temperamento un árbol fuerte en que apoyarme. Pero en la meditación de esta noche he sentido al Maestro que me decía:

“Donde vive el egoísmo se agosta la plantación”.

“Egoísmo es en ti el buscar siempre apoyo, fortaleza y consuelo en otros, cuando ha llegado la hora de que seas tú, el vaso de agua fresca para los sedientos y la sombra protectora para los que abrasa el fuego enloquecedor de las pasiones humanas...” ¡Pedro!... Me dijo algo más doloroso aún, que debo decírtelo antes de separarnos...

Como Juan vacilara y demostrase una interna conmoción, el viejo Apóstol se alarmó

—¿Qué es ello, Juan? Dilo por favor y no me ocultes nada.

—¡Dos vidas amadas están para terminar!...

Y Juan se cubrió el rostro con ambas manos y sollozó amargamente. Pedro permaneció impasible haciendo un gran esfuerzo. Pero sus claros ojos que no sabían de doblez ni de engaño, se llenaban lentamente de llanto...

—Ya sé quiénes son —dijo con la voz quebrada por un sollozo contenido—. La santa Madre de nuestro Señor y la pequeña María que vive como una flor...”

El llorar de Juan se hizo tan hondo y sentido, que Pedro se abrazó de él y sus lágrimas corrieron juntas...

—Por todo esto debo partir —añadió Juan cuando pudo serenarse.

—Y partiremos todos —dijo con firmeza Pedro—. ¿Cómo hemos de consentir que la madre que Él nos dejó no tenga junto a su lecho de muerte a ninguno de los que el gran Hijo dejó a su lado para ampararla y protegerla?

—Hay tiempo, Pedro, no te apresures a dejar este lugar en que tan necesaria es tu presencia. Un lustro más o menos, es el plazo indicado para llegar lo que no quisiéramos que llegara nunca.

—Pero, ¿por qué dices que es tan necesaria aquí mi presencia? Ya ves como Lino, Celso, Nazario y Apolinar se entienden tan a gusto con Judá, Marcos y Lucanus, que todo marcha a las mil maravillas.

—Marcos regresará también conmigo, porque no puede abandonar a nuestra Madre común que es su madre y le guarda ahora sus dos hijos.

“Además, he observado que van surgiendo apóstoles nuevos que no conocieron a nuestro gran Maestro y que hasta esgrimieron acusaciones y armas en contra de sus discípulos. Acuérdate de la muerte de Stéfanos y Santiago mi hermano. Nos quieren suplantar, Pedro, con el pretexto de que nosotros no somos hombres de Academia ni de letras. Nos arrojan al rostro como un baldón nuestro antiguo oficio de pescadores, sin tener en cuenta para nada ni la enseñanza de los Santuarios Esenios, ni la sabiduría de nuestro excelso Maestro que está por encima de todas las Academias habidas y por haber. ¿Por qué piensas que Judá se oculta y disimula sus ideales tal como lo hace sino porque teme las delaciones traidoras de los que ya comienzan a soñar con pedestales, a la sombra del hombre más grande, más sabio y más humilde que ha pisado esta tierra?

—¡Oh, Juan..., mi pequeño Jhoanín! ¡Tus palabras me hacen temblar y te confieso que tengo miedo de quedar en esta Babilonia infernal!

“Oremos juntos, te ruego, y con todos los que conmigo vinieron, para que nuestro Señor y Maestro tenga piedad de nosotros y nos enseñe el camino a seguir.

“Si es Roma... Roma sea; ¡pero si es para nuestra perdición, atrás con todo su poderío, que más nos vale el Maestro con nuestras redes de pescar, que toda la grandeza de Roma sin Él!...”

—¡Oh, qué sabiduría hay en tus palabras, Pedro, y cuánto bien me haces con ellas! Juntos o separados, tú y yo seremos siempre lo que Él quiso que fuéramos: Tú, el hermano mayor que cuida de todos, y yo el más pequeño que les sirve a todos”.

Y Pedro y Juan se separaron tres días después sin decirse adiós.

*Las almas que se aman
No tienen ausencia,
No saben de olvido
Ni dicen adiós.*

Así cantaba una antiquísima estrofa que el Divino Maestro había leído en algunas escrituras kobdas y que gustaba repetir en casos como éste.

—¿También tú me dejas, hija mía? —preguntaba Pedro a María de Mágdalo que le había acompañado desde su salida de Palestina.

—Sí, padre mío; debo volver a mi viejo nido donde hay asuntos urgentes que me reclaman.

“Conozco el aviso recibido por Juan y no quiero estar lejos de ellas. Vi morir de tan terrible muerte a nuestro Señor y Maestro, y he seguido viviendo. ¡Espero que Él me dará el valor necesario para ver partir a su Madre y a la pequeña María que me es tan querida!...”

“Dos amores más que se nos escapan, Pedro, como los perfumes se van con el viento...”

Y abrazándose del anciano Apóstol lloró silenciosamente.

Se desprendió de pronto y subió corriendo la planchada del velero que anclado en la orilla esperaba los pasajeros.

Estos prolongaban la despedida procurando todos hacerla lo más suave posible. Conociendo todos el aviso recibido por Juan, no hicieron ninguna resistencia a la partida, antes al contrario, los que quedaban hacían la formal promesa de regresar al suelo nativo para la fecha indicada.

Judá con su familia y Pedro con los compañeros que le quedaban, despedían a los viajeros bajo las pérgolas que sombreaban el muelle de mármol de la Villa Astrea.

Leandro y Narciso se embarcaron también. El velero de Judá les llevaría hasta Capua donde les esperaba el “Salvatoris”, que les trajo desde Palestina. Debían hacer escala antes de dejar la tierra italiana en Regio y Siracusa, donde existían congregaciones cristianas fundadas por Gamaliel y el vicerrector del Gran Colegio de Jerusalén, que tuvo tan

destacada actuación durante aquel discurso de Stéfanos que tan honda repercusión tuvo para el Sanhedrín Judío.

Desde allí seguirían en viaje directo la ruta hacia Alejandría, donde les esperaba seguramente el “Amare Victum” con su flamante Capitán Pedrito del Lago Merik.

No estando ya Tabita en la Aldea de los Esclavos, Leandro había sentido la tentación de quedar con Pedro en Roma, pero el recuerdo de Zebeo que tuvo para él ternuras de padre, borró de su mente toda idea egoísta y partió a reunirse con el gran amigo que le había “sacado del sepulcro”, como él decía, y le había hecho conocer las bellezas de la amistad sincera sin egoísmo y sin doblez.

Ya supondrá el lector que el regreso de los viajeros de Palestina estuvo como cubierto por un manto de silencio triste y meditativo.

El anuncio recibido por Juan y el pensamiento de que Pedro quedaba en Roma, les producía una amarga tristeza que no lograban dominar.

Fue Leandro de Caria quien rasgó con la espada sutil de su pensamiento, aquel velo de cenizas que ponía luto en los corazones.

—Es cierto —decía él—, que nuestro corazón de carne sufre angustias de muerte cuando la muerte se lleva nuestros seres queridos; pero hay muertos que llevan en sí todas las bellezas de un maravilloso amanecer. Y tal será la partida al Infinito de la augusta Madre del Verbo de Dios.

“¿No pensáis que para ella la vida en la tierra es como una larga agonía después de lo acontecido al gran Hijo que era su amor, su luz y su vida? ¿Por qué hemos de permitir que el egoísmo clame por retenerla en un martirio semejante?

“Zebeo y yo hemos perdido por la muerte la presencia material de nuestra adorable Tabita, y en el primer momento fue grande nuestra desolación. Nos culpábamos ambos de no haber sido capaces de cuidarla como ella lo necesitaría quizá; de haberle permitido demasiados esfuerzos por atender a todas las necesidades de la floreciente escuela. El remordimiento y la incertidumbre nos atormentaron al principio.

“Mas, luego, en una de nuestras meditaciones, la Luz Divina alumbró en las profundidades de la Psiquis atormentada y comprendimos que aquella vida esfumada como una estrella que se apaga en nuestro horizonte, había cumplido ampliamente su programa terrestre en esa etapa de su eterno vivir. Si estaba ella dichosa en su hora de descanso, ¿por qué debíamos sufrir nosotros sino por nuestro deseo insatisfecho de tenerla en su cuerpo material a nuestro lado?

“Con mayor razón debemos razonar en tal forma al tratarse de la augusta madre del Ungido de Dios.

“Además, debemos llegar a la conclusión de que el dolor en casos

como éste demuestra una especie de incomprensión rebelde de las Leyes Eternas, invulnerables e iguales para todo ser revestido de carne”.

La mirada de Juan envolvía a María como un halo de piadosa ternura, de serena calma, como si las palabras del Hierofante de Osiris fueran llenando su espíritu de resignación y de paz.

Y entonces le venía el recuerdo de su Maestro, cuando en momentos de íntima confianza, le había dicho más de una vez: *“En esta vida tuya, Juan, no beberás en la fuente de un amor humano... Tu estrella te lleva más alto..., allá donde no se siente hambre ni sed, porque el alma encuentra en sí misma la saciedad de todos sus anhelos”*.

—¡Oh, Maestro mío!... Tu profecía se cumplirá no lo dudo y la soledad de mi alma será inmensa y desolada... —pensaba el Apóstol—. ¡Ampárame Tú cuando llegue esa noche larga sin aurora y sin ocaso, porque soy débil, Tú lo sabes, Señor!... ¡Y mi corazón es de carne!...”

Como si la dulce María hubiera sentido la vibración profunda de tal pensamiento, se levantó del sitio que ocupaba en la sala de lectura donde se encontraban todos reunidos y fue a sentarse al lado de Juan.

—Estoy pensando —dijo—, que en cuanto lleguemos a nuestra tierra, nos vayamos a ver a nuestra Madre, porque me inquieta un tanto que no nos haya escrito ni una sola vez.

—Las epístolas de Jaime nos trajeron muy buenas noticias tuyas —contestábale Juan, haciendo esfuerzos para aparecer tranquilo y sereno ante la joven—. Y, ¿qué te parece que hagamos así que hayamos llegado? Tengo ansias de quietud y silencio, como si el alma buscara un desquite al bullicioso laberinto de esa gran Babilonia.

—Tengo el ruego de Pedro de que escriba yo, todo cuanto he visto y oído de nuestro Divino Maestro. Él dicta a Lucanus lo que él vio y oyó; pero como cada uno de nosotros vio y oyó lo que no vieron ni oyeron los demás, justo es que cada cual exponga aquello de que fue testigo ocular. Tú misma, María, tuviste conversaciones con Él que no escuchamos nosotros”.

María de Mágdalo se les acercó en ese instante, y su rostro reflejaba una inmensa tristeza. Ella conocía el anuncio recibido por Juan y la perspectiva de un nuevo desgarramiento del alma le producía como un agotamiento de todas sus fuerzas internas.

Las conversaciones de Leandro de Caria le calmaban la suprema angustia, llevándola a esa serena resignación, mezcla de aceptación y de tristeza que caben en este pensamiento:

“Se van al Reino de Dios los amados de mi corazón y serán inmensamente felices; ¿pero el vacío que dejan a mi lado? ¿Con qué he de llenarlo?”

—¿Qué haremos, Juan, al llegar a Palestina? —preguntó María de Mágdalo.

—Creo que lo mismo que hacíamos antes de salir de allí. Desembarcaremos en Tolemaida e iremos directamente a nuestra amada Nazareth. ¿No tenemos allí nuestra Madre, preciosa herencia que nos dejó el Maestro al partir? Marcos quedará en Joppe, mas nosotros, ¿qué necesidad tenemos de atravesar la Judea que es como caer en un volcán ardiendo?

—¡Es verdad! Boanerges con Amada nos esperan en Tolemaida con la carroza mayor donde cabemos todos. Así les pedí en mi última epístola.

—El tío Jaime y Dina —añadió la pequeña María—, nos han reemplazado bien en las tareas de la “Santa Alianza”, con la ayuda de tía Martha y sus hijas. ¡No tengas tristeza, María, que mucho amor nos aguarda en la tierra natal!

—Ya lo sé..., ya lo sé, porque es verdad que en todos nosotros ha germinado y crecido y también ha florecido el amor que Él sembró en medio de nosotros.

—Y tendrá que seguir floreciendo —añadió Juan—, porque ahora que me desperté del letargo, espero que seguiré despierto”.

Cuando llegaron a Siracusa. Gamaliel con varios de sus discípulos les hizo un amoroso recibimiento. El barco haría allí una escala de tres días para descargar mercancías traídas desde la gran Capital y tomar correspondencia y encargos para Alejandría donde debían quedar Leandro y Narciso.

En Regio, donde sólo se detuvieron un día, visitaron la Congregación Cristiana que dirigía el vicerrector del Gran Colegio, a la que había bautizado con el nombre de “Escuela Stefanía” a fin de no hacer tan visible ostentación de las doctrinas nuevas que se enseñaban y como un homenaje al mártir Stéfanos, al que debía su entrada a la legión de seguidores del Verbo Eterno hecho hombre.

Había muchos judíos y Sinagogas muy prósperas en el sur de la península italiana, y no era conveniente provocar las iras dogmáticas de los agentes del Sanhedrín judío, que compraba con oro la benevolencia de los Prefectos y Gobernadores romanos.

Leandro, en el deseo de reconquistar el tiempo perdido en la absoluta reclusión del claustro-presidio a que voluntariamente se había sometido para expiar su culpa, utilizó el largo viaje en ayudar a la reacción espiritual de Juan, al que veía superiormente dotado de muy elevadas prendas morales y facultades mentales, que lo hacían digno hermano del Apóstol Zebeo, cuyas obras conocía tan de cerca.

La pequeña María lo secundaba eficazmente, formando los tres un hermoso triángulo vibrante de nobles anhelos y de elevados pensamientos.

María de Mágdalo fue cayendo lentamente en su tristeza habitual. Diríase que el paternal amor de Pedro y la solicitud filial que ella le prodigaba habían producido en su espíritu una reacción favorable.

Tenía la convicción de que el anciano Apóstol la necesitaba, no tan sólo para esos pequeños cuidados que una buena hija da a su padre, sino para verter al latín y al griego, lenguas dominadas por ella, los salmos más emotivos y muchas de las antiguas profecías que hacían alusiones directas al Mesías, anunciado desde tantos siglos, y cuya estada en la tierra, el mundo desconocía. Esta convicción había alimentado en ella la idea de que su vida era útil a su bien amado padre adoptivo; pero..., allá en la humilde Galilea, agonizaba una estrella en un cielo nebuloso que, momento a momento, se tornaba sombrío y tormentoso. ¿Cómo dejar para siempre a la augusta Madre del hombre único que había llenado todos los vacíos de su alma y aquietado todas las ansiedades de su corazón?

Tienen a veces los grandes amores, fantasías infantiles, y a María de Mágdalo parecía que junto a la Madre del gran ser, dueño de sus sentimientos, estaba también junto a Él, cuya presencia invisible sentía reflejada vivamente en la dulce y santa mujer a quien llamaba madre. Y había optado por separarse de Pedro que tenía en Roma la asistencia filial de Petronila, otra hija adoptiva, y en el Lacio a la insustituible Nebai, cuya energía espiritual y asombrosa actividad se multiplicaba, para que ninguno de los amigos de Yhasua se sintiera solo y desamparado.

En Alejandría se encontraron con Zebeo y gran parte de su prole espiritual que a bordo del velero “Amare Victum” con su flamante Capitán Pedrito, les esperaban ansiosamente desde dos días antes.

El Capitán del “Salvatoris” accedió a permanecer siete días en el puerto de Alejandría a fin de que los pasajeros tan recomendados de Simónides, tuvieran tiempo de visitar la Villa Marioti, cuyos progresos eran tan notables, que ya no quedaba en ella ni el más leve rastro de la mísera Aldea de los Esclavos.

Tanto en el vetusto Castillo de la princesa Thimetis como la oscura mole granítica del Templo adjunto a él, habían sido rejuvenecidos en cierto modo con pequeñas restauraciones de almenas, de cornisas y capiteles resquebrajados, de roturas y grietas que lo asemejaban a pavorosas ruinas.

Las orillas del lago se habían convertido en jardines y parques de juego, en pabelloncitos rústicos donde se exponían los trabajos manuales a que se dedicaban los laboriosos habitantes de la Aldea.

Hasta allí había llegado la influencia de Simónides por intermedio del Alabarca de Alejandría, Alejandro, hermanastro del Maestro Filón ya desaparecido. El honrado y hábil comerciante había solucionado favorablemente algunos difíciles problemas financieros al Alabarca, precisamente con el fin de adquirir el derecho de proteger a distancia

a los adeptos del Soberano Rey de Israel, según nuestro viejo amigo continuaba llamándolo.

Los lectores recordarán sin duda la visita de Yhasua joven, al Valle de las Pirámides donde encontraron el hipogeo de Mizraim lleno de recuerdos momificados, provenientes de un pasado remoto.

Con el fin de tener libre entrada a aquel sitio sin despertar curiosidades perjudiciales, los treinta y tres de la Aldea que eran el Consejo gobernador de la misma, construyeron allí mismo con la debida autorización del Alabarca, un pequeño templo a estilo romano y griego, o sea, con una techumbre sostenida por treinta y tres columnas de basalto y todo sobre una plataforma de bloques de granito a la cual se subía por siete escalones también de piedra. El pequeño templo era circular y todos los espacios de columna a columna abiertos, eran otras tantas puertas de acceso a la vista de los que pasaban junto a él. Sólo uno de los espacios aparecía cerrado con una gran lámina de mármol que simulaba un libro abierto con las Tablas de la Ley grabada en números romanos, y al pie de la cual se leía:

“Paz y amor a los vivos y a los muertos”.

Un ánfora de mármol para ofrendas florales, una lámpara de plata pendiente del techo y que alimentada de aceite no se apagaba nunca, y varios pebeteros de bronce incrustados en las columnas eran el único adorno del sencillo monumento que fue respetado por los grandes y por los pequeños debido a las inscripciones en los dialectos del país, grabadas al exterior sobre la cornisa circular que rodeaba la techumbre y que decía:

“Homenaje de la Aldea de los Esclavos a todos los sepultados en el Valle de las Pirámides”.

El amor del Cristo sugirió a Zebeo tal inscripción por la cual todos se sentían dueños de aquel templo levantado en las arenas del desierto en honor de los que allí dormían el sueño de la muerte.

Conocido por Zebeo el culto de los egipcios por sus muertos, supo ponerse a tono con ellos para tener un medio de penetrar al Hipogeo de Mizraim, a donde había bajado un día el Maestro, y donde continuaron descubriendo sarcófagos y momias que guardaban escrituras y objetos dignos de observación y de estudio. Además, allí habían pedido ser sepultados el amado Príncipe Melchor y el inolvidable Maestro Filón, para los cuales guardaba Zebeo un recuerdo que jamás podía morir.

Este monumento estaba construido precisamente sobre la entrada al Hipogeo de Mizraim, en tal forma que bastaba levantar una losa del pavimento, para dejar al descubierto la escalerilla que bajaba al subterráneo de las tumbas.

Para los viajeros de Palestina fue como el descubrimiento de un nuevo mundo el conocer esta inmensa cripta que guardaba recuerdos y reliquias

prehistóricas; y más todavía cuando Zebeo y sus compañeros les llevaron a visitar la gran ciudad subterránea descubierta años antes, y cuya entrada se encontraba en una de las cámaras menos visibles del viejo templo adjunto al Castillo, que fuera retiro de la Princesa Thimetis.

—Estás viviendo en un país de ensueño y de misterio —decíale María de Mágdalo a Zebeo—. ¿Que harás con todo este país subterráneo que has descubierto? —le preguntaba.

—Lo que haría nuestro Divino Maestro —contestaba—. Albergar a los que necesiten refugio y amparo.

“¿Con qué medios crees que hemos convertido en casas habitables, las míseras chozas de tierra y juncos en que vivían los infelices habitantes que encontré en la Aldea? Con parte de las riquezas inútiles que dejaron los últimos faraones sepultadas bajo tierra que en su egoísmo refinado, preferían perderlas antes que entregarlas a sus pueblos hambrientos.

“¿Qué hizo el Maestro con las riquezas encontradas en un sarcófago del sepulcro de Raquel? Habilitar el viejo molino abandonado en Betlehem para que el pueblo tuviera pan y aceite en abundancia, para evitar el vicio y el crimen en los ociosos forzados, para dar trabajo que es virtud y vida a todos los que carecían de medios para vivir su vida. Su ejemplo fue mi Ley, y Él estuvo en su “montoncito de tierra” cuando transformaba tesoros inútiles en pan, vida y paz para los desposeídos y maltratados por las injusticias humanas”.

Y la palabra de Zebeo adquiría vibración y calor de llamarada cuando así hablaba ante los asombrados hermanos de su amada y lejana tierra natal.

96

EL HUERTO DE JUAN FLORECE

Myriam como una estrella solitaria continuaba alumbrando el cielo azul sereno de Nazareth.

Y estrechando amorosamente entre sus brazos a Juan y a las dos Marías, les refería cómo su gran Hijo y su amado Yhosep la habían acompañado en su soledad.

—Madre —le decía Juan—. Necesitaríamos un libro entero para escribir cuantas bellezas nos estás contando de los cielos bajados a la tierra para consolar tu soledad y sostener tu vida.

—El libro es mi propio corazón —contestaba ella—, porque ninguna palabra escrita podría expresar lo que pasa entre mis amados del cielo y yo misma. ¡Oh, hijos míos!... ¡Cuán grande es el Amor Divino y cuán incomprendido de los hombres!

“¡Corren afanosos detrás de fugaces y ruines afectos, y desprecian al Amor Eterno que es vida de toda vida!”

Y a la luz y calor que irradiaba la augusta Madre del Verbo Divino, el huerto interior del Apóstol Juan, comenzó por fin a florecer.

¿Qué himnos cantarí­a su corazón al excelso Maestro cuya claridad le había deslumbrado hasta el punto de que al faltarle esa luz se había sumido en espantosa tiniebla?

Y en un atardecer de otoño, cuando las hojas caían como mansa llovizna rumorosa, y los pájaros gorjeaban en los árboles buscando sus nidos, y el ocaso recogía sus postreros cendales de gasas doradas para dar lugar al manto azul de la noche, Juan comenzaba a dialogar con lo infinito y vaciaba al pergamino lo que su alma sentía:

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios y el Verbo era parte de Dios... En Él estaba la vida y esa vida era luz para los hombres...”

“Y su luz en las tinieblas resplandece, mas las tinieblas no la comprendieron...”

* * *

Y Juan fue desgranando su collar de recuerdos con perlas de cristal engarzadas en oro, con reflejos y broches de sombra como todo lo que surge espontáneo de un alma humana extática, en contemplación de la más pura belleza moral que como una visión divina cruzara ante su vista.

Las crónicas cristianas del siglo I a las cuales me refiero, son el fiel reflejo de almas profundamente enamoradas del Cristo cuyas obras todas son narradas tal y como ellas las vieron y las comprendieron.

Críticos excesivamente severos y escrupulosos no han faltado en el correr de los siglos para encontrar fallas, para verter opiniones adversas, juicios, dudas, que han dado lugar a largos estudios y ardientes polémicas.

Favorables o no, las opiniones humanas de todos los tiempos, no han conseguido oscurecer la radiante personalidad de Yhasua de Nazareth, encarnación del Verbo de Dios, del Pensamiento Divino, del Eterno Amor hecho hombre, que sentía, sufría y amaba como hombre.

Ponía el amor chispas de fuego en la pluma de Juan, el más joven y vehemente de los Doce íntimos elegidos por el gran Maestro como colaboradores de su apostolado de amor fraterno en medio de esta humanidad.

Y después de referir uno por uno los hechos prodigiosos que realizó la gran potencia espiritual del Cristo, su Maestro, el Apóstol Juan termina su minucioso relato con estas palabras:

“Y hay también otras muchas cosas que hizo Yhasua, que si se escribiesen cada una por sí, ni aún en todo el mundo pienso que cabrían los libros que deberían escribirse”.

En “Arpas Eternas” están relatadas las obras del Cristo que más hacen resaltar el Divino Poder que su gran evolución había conquistado, y sobre todo el ilimitado amor que desbordó de su corazón para sus hermanos de la Tierra, su herencia eterna como él mismo llamaba a la humanidad de este planeta.

En “Cumbres y Llanuras” están las biografías más o menos detalladas de los “amigos del Cristo” que le conocieron personalmente, convivieron con Él y escucharon con reverente amor su voz de Maestro enseñando a la humanidad terrestre la Ciencia Divina del amor fraterno que trae consigo la paz y la felicidad.

Continuaremos pues observando el jardín iluminado del Apóstol Juan cuya personalidad y la del Apóstol Pedro son las únicas más conocidas por el mundo cristiano.

En su estada junto al Apóstol Zebeo en Alejandría, Juan había sacado copias de algunos escritos del Príncipe Melchor y del Maestro Filón. Entre ellos estaban los trabajos espirituales realizados por aquella reunión de Maestros en el Santuario del Monte Hor. Uno de aquellos escritos se titulaba: “Las seis verdades”.

El otro manuscrito era: “Las siete virtudes de la vida perfecta”. Y el buen Príncipe Melchor, añadía al pie de estos títulos.

“Desarrollar estos temas ante mis discípulos del Monte Hor, según la idea divina de Yhasua el Cristo, Maestro de la humanidad”.

Y en todas las meditaciones al Apóstol Juan le perseguía la idea de hacer ese trabajo que Melchor de Horeb hizo verbalmente en las cátedras espirituales para sus alumnos.

—Temo no ser capaz —pensaba Juan al terminar los soliloquios profundos de su espíritu.

Y así los días pasaban. Hasta que una noche estando solo en el Cenáculo de Nazareth, tuvo una sugestiva visión:

“Vio rodar el mundo, la Tierra, en un inconmensurable abismo azul. De pie sobre ella un magnífico señor que entregaba bolsillos con monedas de oro a determinados seres que se acercaban junto a Él. Les decía estas solas palabras: *“Trabaja y persevera, que a su debido tiempo yo vendré a recoger los frutos de este don”*. Desaparecía la visión como si una mano de mago la borrara del lienzo y aparecía una segunda visión.

“El mismo magnífico señor de pie sobre el mundo Tierra, y los mismos seres que recibieron los bolsillos de oro. Cada uno se presentaba acompañado de un grupo de seres. El uno con diez, otro con veinte, otros con

cincuenta o sesenta. Sólo dos o tres llegaron los últimos y extendiendo al señor los bolsillos de oro recibido, le dijeron:

“—Señor, el mundo no quiere trabajar para ti, ni hemos encontrado la oportunidad de hacer producir el oro que nos diste. Aquí lo tienes, igual que lo recibimos de tus manos”.

“Los bolsillos se vaciaron a los pies del señor, y Juan vio que no eran monedas de oro, sino abrojos y piedras con agudas espinas y cortantes aristas que sólo servían para herir, lastimar y aún matar. Y el señor les decía con serena calma llena de majestad: *“Apartaos de mi presencia obreros negligentes, porque no podéis entrar en mi Reino en mucho tiempo que ha de pasar”*.”

El Apóstol Juan, comprendió el oculto significado de estas visiones tremendas, y humillado profundamente ante la Divina Majestad exclamó como en un sollozo: —¡Yo soy un obrero negligente, Señor, en tus huertos de amor, de sacrificio y de fe! Mas, de hoy en adelante, prometo en tu presencia trabajar por ti y para ti tanto como mis fuerzas lo permitan”.

Y Juan se entregó a escribir incansablemente como si de cada palabra escrita debiera prenderse un alma salvada para su Maestro que las tenía a todas grabadas en su Corazón.

Lector amigo, de los eternos Archivos de la Luz, deshojo para ti lo que el Apóstol Juan iba escribiendo en su cartapacio de pergaminos.

* * *

“LAS SIETE VIRTUDES DE LA VIDA PERFECTA”

Primera. “La caridad con el prójimo”.

Vista a través de la mente divina del Cristo, Señor nuestro.

“No es la moneda en la mano tendida a nuestro paso, ni la túnica nueva para quien la lleva desgarrada, ni el pan y el vino sobre la mesa, ni la lumbre en el hogar. Es ante todo y por encima de todo la palabra suave que consuela y alienta, la piedad misericordiosa que perdona y oculta los pecados del hermano para que el mundo malévolos no le arroje piedras ni lo lleve al patíbulo; es el abrirle camino de justicia y rectitud iluminado por el amor y la fe, florecido de esperanza y alegría para desenvolver su vida en el marco sagrado y bendito de la Eterna Ley. Es apartarle las piedras del camino cuando las fuerzas no le alcanzan para saltar las barreras que se le oponen al deber; es arrojarle una tabla al mar de su vida borrascosa para salvarle del naufragio; es tenderle las manos para sacarle de un abismo sin avergonzarle por haber caído en él.

“Es entonces cuando se cumple la palabra del Santo entre los santos cuando dijo: “Buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia, que todo lo demás vendrá por añadidura”.

“Es, en una palabra, el amor que se da generosamente en pensamiento, palabras y acciones sin pedir nada y sin esperar ninguna recompensa.

Segunda. “La pureza de vida en pensamiento, palabra y obra”.

“No es seguramente el yermo áspero y solitario sin alma viviente que conviva a nuestro lado.

“No está bien que el hombre esté solo”, dice una frase de Jehová Creador, en el Génesis de Moisés. La Eterna Idea no borra jamás lo que diseñó una vez en lo Infinito del tiempo y del espacio. La vida pura no es pues la soledad absoluta. Es la convivencia con nuestros semejantes, familiares o amigos, sin causarnos el menor daño unos a otros, ni en la honra, ni en los bienes, ni en los sentimientos o afectos y menos aún en la vida que la Eterna Potencia ha reservado a su sola Voluntad Soberana.

“Es impura la vida del que lucra con las fuerzas físicas de sus hermanos sin la justa remuneración, el que lastima, ofende y hiere los sentimientos de sus semejantes con pensamientos, deseos o actos impúdicos y lascivos; el que esparce con la palabra, el pincel o la pluma ideas o costumbres corrosivas que atentan contra el pudor y la honestidad; el que abusa de un modo o de otro de la mal llamada libertad de derechos para imponer por la fuerza del poder arbitrario, sus torcidas voluntades que atentan contra la dignidad de la criatura humana, con un alma inmortal de sublimes destinos.

“Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios”, dijo un día el Divino Maestro. ¡Oh, sí! Le verán, le sentirán y le poseerán en la tranquilidad de sus corazones, en la paz de sus hogares, en la serena calma de sus días iluminados siempre por el iris radiante de la paz y del amor.

Tercera. “La paciencia en todas las circunstancias de la vida”.

Es la mansedumbre o paciencia, una virtud que lleva en sí misma un poder conquistador invencible.

“La paciencia todo lo alcanza”, era el axioma de los Maestros de la antigua sabiduría. Los Flámenes lemures de Juno y de Numú la hicieron savia fecunda de su vida extraordinaria de actividades exteriores y de quietud interior.

“El hábito de la paciencia en todos los momentos de la vida, es lo único que puede hermanarse con la inalterable armonía interior, necesaria para vencer todas las dificultades que entorpecen el justo desenvolvimiento de las energías del espíritu, que llegó a la vida física en seguimiento de un Ideal superior.

“La impaciencia, la rebeldía interior, los arrebatos de la cólera, despedazan y desgarran en un instante los velos sutiles de los pensamientos protectores que amigos invisibles, aliados eternos, tienden amorosamente sobre sus hermanos encarnados. Y de aquí la mayoría de los fracasos espirituales o materiales que acarrearán desastres irremediables, dolores múltiples, pesimismo aplastador para el alma que en sus momentos de lucidez comprende haber sido ella misma la causante de todos sus males.

Cuarta. “Perseverancia en el sendero elegido, no obstante las opiniones diversas del mundo”.

“El que pone la mano en el arado y vuelve la cabeza atrás, no es apto para el Reino de los Cielos”, decía el Divino Maestro.

“La corona del triunfo no la conquista el que comienza bien, sino el que termina bien el viaje de la vida planetaria.

“Los juicios humanos pesan mucho y de ordinario marcan derroteros equivocados a las almas vacilantes y temerosas. Y no es fácil el adquirir el valor de arrostrar las críticas necias de tantos inconscientes que jamás se detuvieron a pensar en lo que son ellos mismos, ni en su origen divino ni en sus destinos eternos.

“Gozar de la vida lo más posible es su único Ideal. ¡Pobre y desgraciado Ideal que amarrado a los goces groseros de la materia, conduce las almas a caminos de perdición, por los cuales descienden hasta el abismo del crimen!

“Las claridades de la Ley Divina desaparecen en esos horizontes donde sólo resplandece la luz fatua de los placeres mezquinos, fugaces, enloquecedores.

“Los que sirven al mundo no son míos”, decía el dulce Maestro Nazareno y añadía más: “No se puede servir a dos señores, a Dios y al mundo”.

“Yo soy la Luz de este mundo y el que me sigue no anda en tinieblas”.

“La Divina Sabiduría abre la senda de la rectitud y la justicia según su Ley Eterna, en acuerdo con las necesidades del corazón humano, de modo que no están reñidos con ella, ni las dulces ternuras de la familia, ni las bellezas de la amistad, ni la dicha inefable del amor correspondido.

En medio de un mundo donde prevalece el egoísmo, la corrupción y el vicio en todas las formas de la degradación humana, se necesita un gran valor para resistir a la maligna corriente que lo avasalla todo, y para llegar a esa perseverancia que resiste a todas las sugerencias y falsos pretextos tendientes a eludir la rectitud y honestidad en el obrar.

Quinta. “Concentración espiritual, buscando el propio conocimiento y la Energía de la Eterna Potencia”.

“Para trabajar en algo es indispensable el conocimiento a fondo de ese algo en que se quiere ocupar tiempo y esfuerzo.

“Así sea el cultivo de un jardín, el pulir de una piedra, el cincelar un metal, el pintar un lienzo o arrancar de un instrumento músico hermosas melodías, es necesario ante todo conocer a fondo aquello a que nos dedicamos.

“Cuando queremos entregarnos a cultivar nuestro yo íntimo, nuestro espíritu, esa fuerza impulsora de nuestra vida, debemos tratar de estudiarlo y conocerlo en todos sus aspectos buenos y malos; agradables y desagradables, elevados y ruines, generosos y mezquinos.

“Y este conocimiento sólo podemos adquirirlo mediante la concentración en nosotros mismos o sea la meditación.

“Débese tener en cuenta que meditar no es rezar, o sea pronunciar plegarias, súplicas en demanda de salud, de ayuda y protección en cualquier orden que sea. Meditar es penetrar en el santuario íntimo de nuestra conciencia donde descubrimos qué impulsos hacia el bien o hacia el mal nos dominan con más frecuencia; qué debilidades, gustos o inclinaciones aparecen más definidos y fuertes en nosotros a fin de prestarles más atención, tal como hace el buen jardinero con una amada planta de su jardín que observa día por día si un sol abrasador, o las lluvias excesivas o los vientos helados la perjudican y la agostan.

“Y como el buen jardinero con amor y sólo por amor a su plantita que quiere ver embellecida en abundante floración, la poda, la riega y hasta lava su raíz, con igual amor piadoso por nuestra alma cautiva en la materia, hemos de apartarle todo aquello que perjudica su crecimiento, su progreso, y justa actuación en el plano de evolución en que por ley divina está colocada.

“Gran cosa es a la verdad el adquirir el hábito de la concentración espiritual o meditación porque ella significa encender una potente luz en las tinieblas, entre las cuales veremos claramente los peligros y tropiezos que pueden interrumpir la evolución y romper las alianzas y pactos que hayamos hecho en colaboración con los grandes apóstoles de la redención humana.

Sexta. “Consagración a la ciencia que nos descubre las obras y leyes de Dios y nos hace útiles a la humanidad”.

“La vida espiritual no está reñida con la adquisición de conocimientos superiores, mediante el estudio de la Naturaleza que es el gran libro del Eterno Invisible, que se nos manifiesta a cada instante en la estupenda grandeza de sus obras, de sus elementos, de sus múltiples creaciones.

“Los cielos y la tierra proclaman tu grandeza, ¡oh, Jehová!, soberano creador de mundos y de seres”, exclama la palabra augusta de las más viejas y sagradas Escrituras.

“Consagrar voluntad y tiempo a estudiar la ciencia de Dios y de sus obras, es hacer al espíritu capaz de ser Maestro y guía de las porciones de humanidad que la Eterna Ley nos designe, para conducir las hacia los caminos de la justicia, de la paz y del amor, donde encontraremos todos la felicidad buscada.

Séptima. “El Desinterés”. Hemos llegado a la cumbre de la Montaña Santa; allí donde llegan las almas generosas, heroicas y sublimes que después de realizar toda una vida llena de merecimientos, de obras de bien y de justicia, de obras coronadas de belleza y de amor, se acerca a la Eterna Potencia y su pensamiento hecho rayo de luz le dice prosternado en profunda humillación: “Eterna Majestad del Infinito: ¡aquí tienes tu insignificante criatura que sólo ha podido traerte en ofrenda el pequeño vaso de su corazón ardiendo en amor hacia Ti para siempre!”.

“¿Qué pide esa alma?”

“El continuar sirviendo a Dios y a todos sus semejantes.

“¿Qué quiere para sí misma?”

“¡Amar y ser amada hasta lo infinito!...”

“¡Oh, eterna grandeza del alma que penetró en los portales de la vida espiritual!, sin pensar nada más que en darse en ofrenda permanente al Supremo Poder, sin buscar ni pedir compensación alguna en la tierra, porque tuvo la luz para comprender que se hace dueño de los tesoros divinos el que en absoluto desinterés se entrega al cumplimiento de la Divina Voluntad.

“Es el desinterés la virtud por excelencia de los héroes y de los santos, que sacrifican cuanto tienen y cuanto son en bien de sus semejantes. ¿Qué hará la Suprema Majestad en su generosa largueza con almas semejantes? ¿Las mirará con indiferencia, las relegará al olvido, las confundirá con la muchedumbre que juega, ríe, y pierde el tiempo en fugaces veleidades?”

“¡Oh, eterna grandeza del alma humana entregada por amor al divino Servicio!...”

“Los ángeles del Señor bajan de los cielos a contemplar tu belleza, y sueltan a todos los vientos sus cánticos de gloria y de amor: “¡Gloria a Dios en los cielos infinitos y paz y amor a las almas de buena voluntad!”

* * *

Quando Juan terminó la última frase, dobló su cabeza sobre la rústica mesa y evocando al amado Maestro, sintió una íntima voz en lo profundo

de su espíritu: *“Tu huertecillo, Jhoanín, ese que yo cultivé con tanto amor, ha comenzado a darme rosas de amor”*.

Y Juan sintió ansias de llorar en ahogados sollozos, porque era la Voz de su Maestro que premiaba así su pequeño trabajo.

Parecióle que sus alas se fortalecían y que acaso pudiera ensayar otro vuelo de más largo alcance

—¡Maestro! —exclamó—. ¡Maestro mío, luz y fuerza de mi alma solitaria!... ¡Si tú eres conmigo siempre, yo podré ser para ti lo que tú quieres que sea!

Unos días después y por intermedio de la pequeña María, recibió la indicación de prepararse con evocaciones diarias a una hora determinada para recibir un dictado de Eliezer de Esdrelón, el que era Archivero del Gran Santuario de Moab en los días memorables de la consagración de Yhasua como Maestro de Divina Sabiduría.

La preparación de Juan fue toda ella de humillación y de amor.

—¿Por qué, Señor, Maestro mío —preguntaba en sus diarias meditaciones—, has querido dar al más pequeño y débil de los tuyos una tarea que yo no sabré ni podré realizar?

Tenía Juan la intuición de que iban a dictarle algo referente a las glorias de su Maestro cuando en el Gran Santuario de Moab fue exaltado por los Ancianos al nombre y lugar que sólo Él podía alcanzar: “Maestro de los Maestros”.

Y su alma como una tortolita asustada parecía buscar refugio entre la túnica del Maestro y que Él le libertase de la carga enorme para su mente, de interpretar y sentir las intensas vibraciones del Verbo Eterno hecho hombre, en aquellos culminantes momentos.

Y en una de esas meditaciones, escuchó estas palabras: *“Dios da su luz a los humildes y la niega a los soberbios”*.

Y él respondió: —¡Tú lo quieres, Maestro; hágase en mí conforme a tu querer!

Estando una noche en el Cenáculo, con Myriam, la pequeña María y el tío Jaime, comenzó el dictado de Eliezer de Esdrelón en la siguiente forma:

“Cómo desarrolló Yhasua de Nazareth, el Cristo encarnado, los temas que le fueron propuestos para su consagración de Maestro de Divina Sabiduría”.

“Primera Cuestión:

“DIOS”

“Cada pueblo, cada raza, y aún puede decirse cada alma, piensa, siente y expresa de un modo diferente la palabra única, la frase augusta, sagrada y profunda que puede expresar lo que palpita y vive en

lo más hondo del propio ser: *El Altísimo, El Sin Nombre, El Eterno, El Invisible, El Invencible, El que todo lo sabe, todo lo puede y todo lo ve. ¿Quién es Él? ¿Cómo es Él?*

“Mi mente se apaga como una candela expuesta al vendaval”.

“La palabra enmudece en la garganta y la mirada se tiende al infinito espacio como tímida avecilla aturrida por la inmensidad.

“¿Qué frase humana puede expresar o definir ese algo que no tuvo comienzo y que no ha de terminar jamás? ¿Qué mente humana puede comprender esa estupenda genealogía que, como poseída del ansia infinita de darse, de prolongarse, de difundirse en millares de formas de vida y de amor, arranca de sí misma hebras, retazos, jirones y los impulsa a vivir en el infinito espacio, que lleno en absoluto de ese gran todo que lo inunda con su infinita fecundidad, cumple el mandato supremo y se convierte en seno materno de nebulosas, de mundos, que son estrellas y soles donde germinan, viven, crecen millares y millones de humanidades, de seres, de embriones, de gérmenes que son vida y que serán también Amor?”

“¿Qué palabra humana puede definir este supremo enigma, ni humana inteligencia podría comprender este hondo misterio que sobrepasa los límites a donde puede llegar la humana inteligencia encarnada?”

“Pensad, venerables Maestros míos, que esta avecilla recién salida del nido cuyas alas no tienen aún el crecimiento indispensable para lanzarse a tan grandes vuelos, difícilmente podrá abarcar una inmensidad semejante. No esperéis de mí nada más que un grito de amor a esa Energía Suprema que lanza mundos, seres y cosas como lanza mi corazón un suspiro apenas perceptible que se esfuma sin ruido en el insondable vacío.

“Mas, forzado por el mandato de nuestra ley, me limitaré a esbozar figuras, emblemas, símbolos alegóricos creados por mi inquieta imaginación que los extrae de todo lo visible y palpable en el Universo, con el ansia suprema del que busca luz, verdad y conocimiento.

“¿Cómo es Dios?, pregunta a la Luz Eterna el alma extática de un Kobda poeta, en versos que nos han transmitido los papiros amarillentos de archivos prehistóricos; y la Luz, maga de los cielos infinitos, le contesta: “Como tú cuando vibres como Yo”.

“Luego Dios es la Luz, es la ingente claridad en que viven y son todos los mundos, seres y cosas que viven, mueren y se disgregan en ellos.

“Y esa Luz es también Potencialidad ilimitada, Energía fecunda, Justicia irrevocable, Amor que no se agota jamás.

“Todo este conjunto de estupendas grandezas, es, según mi entender, el Eterno Invisible que sólo se deja ver en sus obras magníficas, en la vida que da generosamente a todo cuanto vive en el vasto Universo.

“A su mandato surgen, crecen y llegan a la plenitud los mundos en millones de siglos; y de Sí Mismo emergen como chispas de un incendio millares de millones de átomos animados de eterna vida y destinados a poblar los mundos en una infinita variedad de vidas inorgánicas primero y orgánicas después, hasta convertirse en reinos, en especies, en razas, en familias.

“¡Potencialidad eternamente creadora!...

“¡Energía eternamente renovadora!...

“¡Amor, que se da eternamente a todas sus creaciones grandes o pequeñas, en cuanto les es necesario a su vida de evolución permanente!

“Las percepciones de los grandes clarividentes de distintas épocas de nuestra vida planetaria nos describen las Inteligencias ya perfeccionadas, que surgieron como chispas de la ingente Llama Viva, millones de siglos antes, y nos presentan en jerarquías interminables, radiantes legiones en escalas que van hasta lo infinito. Y tales percepciones llegan hasta las Antorchas Eternas y los Fuegos Magnos... ¿Qué hay más allá? La visión mental de los clarividentes se eclipsa como tras de una nebulosa radiante que les deslumbra y les anonada. Y es entonces cuando mi pobre mente comienza a soñar en un arrobador delirio que se asemeja al vértigo de las cumbres.

“Me figuro incrustada en el abismo azul del vacío, una inmensa esfera luminosa, transparente, irradiando luz, calor, energía y vida a todo el universo. Cada hálito suyo es una nebulosa que surge, como un seno materno en que se gestan mundos, y cada mundo es morada de vidas en infinita variedad de formas. ¿Será eso el Eterno Invisible?

“¿Cómo es Dios?”, preguntaba el poeta de los Kobdas a la Luz, que le responde: “Como tú cuando vibres como Yo”.

“Y aquella Esfera radiante de mis sueños, vierte luz inextinguible que lo envuelve todo y da vida a todo y lo mueve todo, porque su vibración eternamente poderosa basta y sobra para mantener en equilibrio perfecto los millones de millones de globos como burbujas de luz emanadas de aquel Principio Generador.

“¿Cómo nació, de dónde vino? ¡Venerables Maestros míos!... Permitidme prosternar mi frente en el polvo ante esa Suprema fuerza desconocida, y en vuestra presencia, porque soy avecilla recién salida del nido y no han crecido mis alas lo bastante para llegar hasta Ella y ser capaz de definirla y comprenderla”.

“El Gran Servidor dio un suave golpe de martillo en el gong de cobre que tenía en el pupitre, que era la señal de que el solemne jurado se daba por satisfecho.

“Y todos los Ancianos tendieron su diestra sobre la cabeza inclinada de Yhasua que esperaba la aprobación de sus grandes Maestros.

* * *

“Segunda Cuestión:

“LOS MUNDOS Y LAS ALMAS”

“Las estrellas y las Almas se parecen”, dice la antigua filosofía de nuestros mayores sin darnos más amplias explicaciones, como si hubiesen querido que nuestra mente ahonde en sus meditaciones sobre tan profunda cuestión... Y mi mente de joven recién iniciado en los caminos de la Luz, se ha asomado tímidamente a esos insondables abismos y ha creído descubrir el porqué los Kobdas prehistóricos tenían grabado en sus papiros: “Las estrellas y las almas se parecen”.

“Los mundos emergen de la Potente Energía Central como una casi imperceptible burbuja al poderoso contacto de los pensamientos de cien Querubes puestos en acción por la amorosa fuerza de su voluntad. Y las almas surgen así mismo, de igual origen, como chispas ígneas que pasados millares de millones de siglos van respondiendo al mandato imperioso de la Ley de Evolución hasta llegar a una glorificada perfección.

“El pensamiento de los Querubes fecunda el éter en los inmensos vacíos siderales y surgen así las nebulosas, cada una de las cuales da origen a un sistema planetario, compuesto a veces de un sol central alrededor del cual giran en equilibrio y armonía perfectos, planetas del primero, segundo y tercer orden, que los astrónomos terrestres califican de estrellas fijas o errantes, satélites y asteroides. Todos son mundos que, después de inmensas edades de transformaciones continuas por movimientos y cataclismos que el hombre terrestre no puede precisar, llegan a las condiciones necesarias para albergar en su corteza exterior vidas inorgánicas primeramente, orgánicas después, y por último, vidas humanas animadas por el alma inmortal dotada de inteligencia, que comprende y piensa, de memoria que recuerda y de voluntad que ama.

“¿Cuál es el estado perfecto de los mundos? La evolución de los mundos corre pareja con la evolución de las humanidades que los habitan; y las transformaciones se efectúan en ciclos de veinticinco mil años.

“Llegado un final de ciclo, la Legión de Inteligencias de Justicia, aparta la porción de humanidad que quedó retardada en su progreso ascendente y la traslada a un mundo de menor evolución, a fin de que no entorpezca la vida superior a que entra el planeta y la humanidad adelantada que lo habitará en adelante. Este proceso se va repitiendo

muchas veces, hasta que el mundo y humanidad llegan a la absoluta perfección que consiste en la diafanidad o sutilización de la materia, que se transforma en sustancia radiante, donde el pensamiento y el amor quedan como dueños absolutos del mundo y de la humanidad que lo habita.

“Estos son los cielos y paraísos de que hablan todas las religiones que ofrecen como premio y compensación a los justos; como los mundos primitivos adonde son apartadas las almas retrasadas en la evolución, son los infiernos o mundos inferiores, que también las religiones anuncian como castigo a los que viven sus vidas carnales en la depravación y en el crimen condenados por la Ley Divina, impresa en el alma humana desde que llega el razonamiento: “No hagas a nadie lo que no quieras para ti”.

“Cómo se efectúa el proceso del traslado de porciones de humanidad retardada de un mundo a otro, los grandes clarividentes de nuestras Escuelas de Sabiduría Divina lo han percibido de la siguiente manera:

“La purísima y glorificada Legión espiritual de los Querubes, que es una jerarquía de las “Antorchas Eternas”, es la que facilita estos pavorosos y casi incomprensibles procesos, que realizan bajo su auspicio y dirección las Legiones de la Justicia en diversas formas y con varios elementos, que fueron percibidos en lejanas épocas por algunos clarividentes, según se desprende de antiquísimas escrituras que dicen: “Los ángeles del Señor levantaron los mares que se vaciaron sobre ciudades y pueblos; resquebrajaron planetas que cayeron en trozos, convirtiendo en ruinas todo cuanto era vida sobre la tierra; desataron los torrentes que en horrendas cataratas se precipitaron sobre los animales y los hombres; y los fuegos planetarios de globos que ya decrepitos se disgregan, y los fuegos de la tierra abierta en cien volcanes, no dejaron nada con vida sobre la faz de este mundo”.

“Son también los Querubes quienes permiten y dirigen las comunicaciones interplanetarias, cuando algunos planetas de un mismo sistema han llegado a condiciones precisas para realizarlas.

“La Ley de la Armonía Universal ha permitido y permite en épocas determinadas y con fines de progreso y depuración de humanidades y de mundos, las relaciones interplanetarias ya de orden espiritual, moral o material, según las necesidades que va marcando la Ley de la Evolución de globos y de seres. Y con esto queda en descubierto el gravísimo error de algunas escuelas materialistas que, careciendo en absoluto del divino conocimiento, niegan la posibilidad de que el pensamiento de Inteligencias Superiores pueda ser percibido por mentes, debidamente preparadas, para ser receptoras de las ondas vibratorias emitidas por aquéllas cuando lo juzguen necesario para sus designios.

“Todo está medido y admirablemente equilibrado en las rutas eternas de los mundos; y la fuerza de atracción que ejercen unos globos hacia otros, los acerca en épocas determinadas hasta tocarse la esfera astral que les envuelve, y es entonces cuando cataclismos múltiples o movimientos sísmicos combinados en aire, tierra y mares, producen a millones la desencarnación súbita de los seres que deben ser trasladados a un globo inferior. Y los millares de almas desencarnadas van a despertar de su turbación en la nueva morada que la Ley Eterna les concede para continuar su progreso.

“El globo o mundo que acaban de abandonar, se ilumina de una luz nueva como si fuera otro sol el que le alumbra, otro aire el que refresca sus praderas, otro azul más diáfano el que recorta sus horizontes.

“Todos los ruines y bajos pensamientos delictuosos, egoístas, lascivos, fueron eliminados para siempre y desaparece con ellos esa pesada atmósfera que enferma y mata a los seres de mayor evolución. Es el cielo de los justos. Es la glorificación de los héroes y de los santos. Es la aureola eterna de paz, de dicha y de amor que soñaron y buscaron por tanto tiempo y en tantas vidas, y que habiendo llegado ellos mismos a la completa purificación, la Eterna Ley les acuerda, no como privilegio sino como conquista gloriosa alcanzada por esfuerzos inauditos de siglos, por vencimientos heroicos realizados en vida tras vida, por renunciamientos sublimes en aras del deber, por saltos sobre abismos que a veces la Ley exige a las almas decididas a seguir el Ideal, que les ha levantado de las ciénagas para convertirles en ángeles revestidos de carne.

“Venerables Maestros míos, tal es la comprensión a que mi pobre mente ha llegado, guiada por las percepciones de nuestros gloriosos clarividentes y por la luz que la Eterna Potencia se ha servido otorgarme”.

“El gong del Gran Servidor volvió a sonar en el solemne silencio del sagrado recinto, y Yhasua iluminado por la interna luz que le envolvía, dobló su frente esperando el veredicto de aprobación del severo tribunal que le escuchaba.

* * *

La augusta Madre del Verbo de Dios se había dormido en su sitial. La pequeña María parecía sumida en honda meditación y el tío Jaime se levantaba de tiempo en tiempo, procurando no hacer el menor ruido, y removía los troncos de leña en la hoguera o añadía otros a fin de mantener una temperatura tibia en el gran cenáculo sumido en penumbras, pues que sólo resplandecía un cirio velado con pantalla sobre la mesa en que Juan escribía.

Cuando le vio soltar el punzón, se le acercó para decirle:

—Jhoanín..., mira, la Madre dormida en su sillón y la luna llena se va escondiendo tras de las montañas.

—¡Oh, sí, tío Jaime!... No puedo remediarlo cuando esta fuerza me manda escribir.

La pequeña María se les acercó gozosa, al ver cuanto tenía escrito Juan en su carpeta.

—¡Oh, Jhoanín..., mi querido Jhoanín! ¿Ves ahora cómo nuestro Divino amigo te hace resurgir a la vida que creías muerta para siempre?

“Llevemos a la Madre a su alcoba y cuando la luz del día sea más clara, leeremos las escrituras”.

—Yo sola me iré —dijo Myriam ya despierta—. He soñado con estrellas que corren por el espacio azul, que se chocan y se esparcen como granadas de luz, y con sus chispas forman miles y miles de estrellitas como rosas de plata que bordan los cielos de Jehová. ¡Oh, qué grande y bello lo que el Señor me ha dado mientras Jhoanín escribía! Vamos, hijos, al descanso y que los ángeles del Señor velen nuestro sueño.

Apoyada en el hombro de la pequeña María, la anciana desapareció tras de las cortinas que cubrían la entrada al cenáculo de sus largas meditaciones.

EL RABÍ SEDECHIAS

Los lectores recordarán seguramente al Rabí Sedechias, que tuvo un encuentro con Yhasua en la hermosa ciudad de Jericó donde tenía una larga parentela. En aquella oportunidad manifestó al Maestro las dificultades que tenía para seguirlo, en razón de que su esposa era una hermana de Shamai, el jefe de los fariseos y el que estaba considerado en Jerusalén como el más digno continuador de los grandes maestros y doctores desaparecidos Hillel, Simeón y Gamaliel.

Presenció espantado las grandes luchas finales del Maestro, y se llenó de horror y de angustia cuando vio la tremenda injusticia de condenarle a la infamante crucifixión, la muerte que se daba a los bandoleros piratas y a los esclavos fugitivos.

Una desesperada tristeza le embargó el alma y empezó a consumir su vida en tal forma que se relegó a su retirado huerto, a una legua romana de la bella ciudad de los rosales y de los naranjos.

Estaba situado el huerto de Sedechias, en la dirección del gran anfiteatro de Jericó, que en las noches de luna resplandecía de blancura cual si fuera de marfil.

El hecho de que algunas veces había ocurrido escaparse las fieras, destinadas a servir de verdugos de los condenados a muerte, o a divertir al pueblo haciéndolas luchar con los gladiadores, sirvió de pretexto a la esposa del Rabí Sedechias para excusarse de acompañarle en la soledad de aquel huerto maravilloso por las bellezas naturales encerradas en él.

Sólo con dos viejos esclavos y una montaña de libros y pergaminos más viejos aún, pasaba las horas muertas de su vida sin atractivos exteriores, y llevando en su mundo interno miles de interrogantes, de dudas y cavilaciones que, no estando ya en este mundo el Profeta Nazareno, nadie los podía resolver.

Mas, la Ley Divina tiene caminos que los humanos ignoramos, y el Cristo había dicho a Sedechias la noche aquella de su encuentro feliz: “¡Lo quiero, Sedechias! ¡Ven!”, en respuesta a su pedido de que le fuera permitido volver hasta Él.

Pero él no había vuelto.

Las duras cadenas del qué dirán, que tan fuertes amarras ponen a los que se sienten atados a los prejuicios de secta, le habían impedido volver junto a aquel joven Maestro tan libre en sus premisas, tan lógico en sus deducciones y tan genial en los magníficos vuelos de su pensamiento.

¡Cuán arrepentido estaba Sedechias de no haber vuelto hasta Él! El viejísimo axioma de “no dejes para mañana lo que puedes hacer hoy”, se aparecía ante él, como el “Mane-Thecel-Phares” del festín de Baltasar, rey de Persia, que el Profeta Daniel interpretó como una terrible amenaza de destrucción y de muerte.

Y cuando una noche velaba solitario en el cenáculo, sintiendo el chisporroteo de las llamas de la vieja estufa hogareña que iluminaban con amarillenta luz su hosca soledad, sintió cercanos unos clamores que pedían socorro. Sus dos viejos servidores dormían desde el anochecer, por lo cual Sedechias se vio obligado a encender el farolillo que acompañaba en las noches oscuras al anciano que cerraba el portalón de entrada sobre el camino, que desde Jericó iba directo a Jerusalén.

Era su huerto como un hermoso parque de viejos naranjos, granados y datileros, que formaban avenidas y plazoletas donde los rosales y las glicinas en redaban sus guirnaldas floridas en la primavera y el estío.

Pero era entrada de invierno, y en los pasillos y caminos se adormecía el ruido de los pasos con el rumor de la hojarasca reseca que se rompía bajo los pies.

Desde el portalón mismo, vio Sedechias el bulto de un hombre que se arrastraba penosamente sobre el camino empedrado.

Y salió a socorrerlo.

Era un apuesto joven, de muy buena presencia por su aspecto físico y por las ropas que vestía.

—Estoy herido —le dijo—, y te pido socorro y albergue hasta que avise a mi familia que reside en Jericó.

—Amigo, puedes estar seguro que haré por ti cuanto pueda —le contestó, ayudándole a levantarse. La herida era grande, pero no era mortal. Desde la rodilla a mitad del muslo tenía un tajo que sangraba abundantemente, a pesar de la venda que él mismo se había puesto.

—Te llevaré en brazos —le dijo—, si tú puedes sostener el farol.

—Peso mucho. Trataré de andar apoyado en tu brazo —le contestó—.

Y saltando sobre su pierna sana y abrazado a Sedechias pudo llegar hasta un diván del cenáculo, donde el Rabí le recostó.

Sin preguntarle quién era ni cómo fue herido, se puso de inmediato a curarle. Lo abrigó bien y le sirvió un tazón de vino caliente con miel.

Se sentó a su lado y cuando le vio tranquilo y que recobraba el color de la vida en su faz atrayente y simpática, empezó el interrogatorio propio de tales casos.

Era un alumno de último año del Gran Colegio, que montado en buen caballo venía a Jericó donde le esperaba su abuelito Benjamín y sus hermanas y hermanitos, huérfanos como él de padre y de madre.

Su padre que era muy amigo y compañero del Apóstol Santiago, había muerto junto con él la noche de la bárbara degollación en la cripta del Templo, diez años hacía. Su madre murió de un síncope cardíaco al enterarse de la noticia. Sus huérfanos en número de cuatro, vivían en Jericó al amparo del abuelo Benjamín, que era aquel tío Benjamín que Yhasua ya hombre, llevaba del brazo cada vez que llegaba a Jericó.

El joven herido era pues un sobrino del Profeta Nazareno cuyo recuerdo estaba tan vivo en la mente de Sedechias.

Le había herido un hombre perseguido por la justicia, que salió de entre un espeso bosquecillo de sicomoros a corta distancia de allí. Le pidió su caballo para huir y como él se lo negase por temor de complicaciones ante la justicia romana, saltó a la grupa de su montura y comenzó la lucha, hasta que sacando un puñal, quiso matarlo; pero sólo lo hirió en el muslo y lo tiró al suelo, huyendo luego a toda carrera por el camino hacia En-Gedí, seguramente a ocultarse en los peñascales del Mar Muerto.

Era ésa toda la historia del doloroso suceso.

—Me llamo David de Jericó —dijo—, y me pongo a vuestras órdenes con cuanto soy y cuanto tengo, que es bien poco a la verdad, pero mi abuelo reforzará mi ofrecimiento porque es noble y agradecido.

—Dime, jovencito, ese abuelo Benjamín, ¿no es el que tiene en su vieja casa solariega, un refugio de ancianos y de huérfanos, y hace repartición de ropas y provisiones de alimentos a los necesitados?

—Sí, el mismo. Mi abuelito es en Jericó el Agente de la “Santa Alianza”, esa Institución que fundó..., un tío mío que era llamado el Profeta

Nazareno. Creo que puedo haceros sin reparo esta confidencia... Él murió ajusticiado por el Sanhedrín cuando yo tenía siete años. Era un hombre de Dios según dice mi abuelito, que llora por su muerte cada vez que lo recuerda...

—¡Bendita sea tu boca, muchachito valiente, porque tus palabras son el hilo de oro que me atarán de nuevo al profeta! —exclamó con vehemente fervor el Rabí Sedechias.

—Pero él no está más..., que fue asesinado por los hombres del Templo.

—Lo sé, porque lo vi morir, y no he tenido el valor de buscar el acercamiento a sus discípulos por temor de comprometerlos ante el Sanhedrín, que anda como manada de lobos buscando a los innovadores herederos del Profeta.

“¿No dices que tu pobre padre fue degollado en la cripta del Templo por estar junto a uno de los discípulos del Profeta?

—¡Oh!... ¡Es horrible!... Yo he perdido la fe en todas las leyes de nuestros antepasados, y bendigo a Dios de haber terminado mis estudios en el Gran Colegio, para no poner jamás mis pies en esa Jerusalén que tanto amé en la niñez y que ahora detesto.

—¡Oh!... ¡Bendita sea esta noche y bendita la herida que te obligó a pedir socorro en mi puerta!

“¡El Profeta sanará tu herida y sanará mi corazón deshecho y mi alma entumecida por la nieve de todos los desengaños!

“Yo te daré un caballo por el que has perdido y te llevaré a tu casa donde tu abuelo Benjamín hará conmigo como yo lo hago contigo.

“Yo soy Sedechias..., el Rabí que brillaba por su oratoria en todas las Sinagogas...

—¡Cómo!... ¡Infeliz de mí que vine a caer en esta casa!... No os he reconocido, creedme. Se dijo que habías salido del país por disgustos con vuestro ilustre cuñado, el gran maestro Shamai.

“Me figuro, Rabí, que no harás uso de mis confianzas para molestar a los míos...

—¡Hombrecito receloso! ¿Por quién me tomas? Habrás oído que pertencí a los fariseos y que secundé a Shamai en muchos casos; pero ni Shamai fue nunca un perseguidor de hombres, ni yo fui un idólatra de Shamai.

—¡Es verdad! Mi abuelito hablando un día con la Madre Myriam, recordaba ella al Rabí Sedechias, a quien el Hombre Santo había conquistado, pero nunca volvió.

—¿Quién es la Madre Myriam?

—La Madre del Profeta Nazareno, que vive aún y que todos sus amigos llaman “nuestra lámpara viva”, porque es ella la luz que les alumbró el camino, en seguimiento del que se fue...

—¡Oh, sí!... ¡Yo la conocí y nunca he podido olvidar el mirar de paloma de sus ojos color de avellana!

“Guiado por ti, yo llegaré hasta ella. ¿No eres en verdad el hilo de oro tendido por el Profeta desde su alma a la mía?”

Y Sedechias envió un mensajero al abuelo Benjamín, anunciándole que su nieto David estaba salvo en su antigua casa de campo, que era conocida por “El león de piedra”, a causa de un trozo de roca que desde remotísimos tiempos se veía adosado a uno de los gruesos pilares que sostenían el portalón.

Aquella roca estaba toscamente esculpida como un gran león sentado en sus patas traseras, mirando al camino de Jericó.

Unos días después, dos jinetes entraban por la puerta de la ciudad que se abría al camino de Jerusalén, y atravesando en diagonal el suburbio sudoeste, fueron a desmontarse en el portalón de una casa situada en el barrio de las Sinagogas; llamado así por estar allí las más conocidas e importantes de Jericó. El elemento israelita en su gran mayoría tenía allí sus viviendas, retiradas del barrio de los palacios, de los templos paganos, de las termas, teatros y del real palacio Herodium, maravilla de lujo donde vivió los últimos años y donde murió corroído por un cáncer el fundador idumeo de la dinastía herodiana, llamado Herodes “el Grande” por su fastuosidad imperial, por sus audacias inconcebibles y por sus inauditas crueldades. ¡Tal es la justicia de los juicios de este mundo!

—¡Oh, buen Rabí Sedechias! —exclamaba el anciano Benjamín cuando aquél se dio a conocer—. Te creíamos desaparecido y muerto en tierras extranjeras; y no pocas veces hemos recordado la elocuencia con que explicabas las Escrituras Sagradas en nuestras viejas Sinagogas. ¿Cómo es que estabas tan cerca y no te hacías sentir de los viejos vecinos de tu ciudad natal?

—Desde que el Templo y el Sanhedrín se mancharon de crímenes, y en vez de Casa de Dios y Tribunal de Justicia se convirtieron en degolladero de inocentes y camarilla de verdugos, renuncié a formar parte de este mundo y me reagué a mi casona del “León de Piedra”, entre las palmeras y los naranjos, los granados y los rosales donde cantan las alondras y arrullan las palomas. El aire y la tierra de la Judea huelen a sangre y a cadáveres en putrefacción. El latrocinio y el crimen han dejado vivos sus rastros de ignominia y desolación.

—¿Y tu esposa, que resplandecía como una princesa en la aristocracia de Jerusalén? ¿Se ha conformado a la vida de ermitaños?

—¡Ni por sueños!... —contestó Sedechias—. Martha vive con la hija mayor de Shamai que quedó viuda con media docena de hijas, que se van casando con los flamantes doctores de la ley, que van surgiendo como

cardales silvestres en campo de regadío. Aquello es un festín continuado y yo no aguanto esa vida.

“En mi soledad me encuentro a mí mismo, y conmigo vivo en paz y armonía.

—Has escogido la mejor parte, Rabí. Te lo dice este viejo que ha conocido todas las alternativas de nuestra vida en la tierra. También soy yo un solitario que, a no ser por mis cuatro nietecillos, sería mi pobre vida un desierto sin agua y sin luz. He abierto muchos sepulcros y pido a Dios que no se abra el mío hasta que estas cuatro vidas que comienzan puedan desenvolverse sin mí.

—Eres un justo y Dios escuchará tu ruego —contestóle Sedechias, conmovido por la nobleza de aquella vida, sol de ocaso, que aún quería luchar por continuar dando luz y calor.

De este inesperado encuentro de almas nobles y buenas, resultó lo que era lógico esperar.

Luego de largas conversaciones sobre las tragedias pasadas, las presentes y las que presentían en un futuro cercano, llegaron a lo que vivía como una estrella de luz eterna en la mente y en el corazón de todo hombre de bien: el Cristo, Verbo de Dios, Mesías de Israel, a quien su propio pueblo había llevado a la muerte. El Anciano Benjamín dio a Sedechias cuantas noticias tenía del camino que tomaron los amigos y discípulos del Cristo.

Cuando el Anciano terminó su relato; el asombrado Rabí exclamó: —¡Se han hecho dueños del mundo!

—No tanto —respondía el Anciano—. Es verdad que no ha quedado un solo país, de los que hoy forman el mundo conocido, donde no haya una Congregación pequeña o grande que practique y enseñe la doctrina de amor de nuestro inolvidable Yhasua. ¡Si eso es poseer todo el mundo!

—¡Sólo yo no hice nada para Él! —exclamó con tristeza Sedechias.

—Aún estás a tiempo, Rabí. ¡Y cuán grandes obras podrías realizar tú!

—¿Puedo contar con vuestra ayuda?

—¡Desde luego! ¿Qué piensas, qué deseas?

—Que permitáis a David a acompañarme hasta Galilea. Allí debe respirarse aún el aliento del Profeta Nazareno. Quiero llegar hasta la santa mujer que fue su madre. Hace mucho que pasé por Nazareth en viaje a Antioquía. Ya se hablaba del joven Profeta que empezaba a convulsionar los ambientes dogmáticos y egoístas, en que estábamos educados los hombres de letras en estas tierras de Patriarcas.

“Más adelante le conocí..., le hablé, le amé en silencio, y creo que también Él me amó. Aquel: “*¡Quiero que vengas, Sedechias!... ¡Ven!*”, me quedó impreso en el corazón... ¡Más yo fui cobarde ante el qué dirán de los juicios humanos! ¡Y nunca volví!...”

El celebrado Rabí Sedechias de otra hora, dobló la cabeza sobre el pecho y un hilo de silenciosas lágrimas rodaron de sus ojos al agitarse en su mundo interno el ala sombría de los recuerdos...

Una semana después, Sedechias y David se despedían del Anciano Benjamín en el portalón de su casa de Jericó y tomaban rumbo al norte, siguiendo el camino de las caravanas que atraviesa la montañosa Samaria, costeano a veces el río Jordán y apartándose otras cuando algunas serranías interceptan el paso.

El absoluto retiro en que había vivido los últimos diez años, hacían del Rabí Sedechias casi un extranjero en la tierra de las Doce Tribus de Israel, y esto constituía su mayor satisfacción, pues, en todo ese tiempo, su alma se había curado del pecado capital de los fariseos: el deseo de ostentación y de ser reconocidos y considerados como la flor y nata de todos los señoríos, así en el orden del abolengo, como de la rectitud y del saber.

Y antes de separarse del abuelo Benjamín y en su presencia, había enseñado a su joven compañero de viaje el trato que esperaba y quería de él.

—Puesto que tu buen padre descansa en el reino de la paz, permíteme, niño, ocupar su lugar a tu lado, si no es cruel para ti la sustitución. Y en vez de darme el tratamiento de Rabí Sedechias que me descubriría ante todos, llámame padre, mientras dure nuestra andanza por esos mundos. Y si luego el nombre te sabe bien, sigue dándomelo, mientras no te resulte yo aburrido y cansador.

—¡Oh, Rabí!... ¡Es honra grande para mí que quieras tenerme por hijo! —exclamó casi enternecido el muchacho, mientras el abuelo Benjamín dejaba escapar un hondo suspiro, al recordar la tragedia horrible que dejó huérfanos a sus nietos.

—Sería aliviar el dolor de la herida, Rabí..., la herida incurable que la ignorancia y la maldad de los hombres abrió en el corazón de este viejo —añadió el Anciano abuelo con su voz entrecortada por la emoción penosa de aquel recuerdo.

—Un hijo tuve —continuó Sedechias—, que murió casi al nacer; por lo cual nunca oí que nadie me llamara padre. El rabí, maestro y señor, los sepulté juntamente con el Profeta Nazareno, cuya alta ciencia y nobilísimo corazón me hicieron comprender que sólo Él era un Maestro y un Señor, ya que para mí, tales nombres significan la mayor sabiduría y la mayor dignidad. Aquellas palabras tuyas que le oí en alguna feliz oportunidad: *“Yo soy el camino, la verdad y la vida, y quien me sigue no anda en tinieblas”*, hicieron de mí un hombre nuevo. Y tanto las he desmenuzado en mis solitarias cavilaciones, que a ellas debo la resolución de encerrarme entre la cerca que rodea mi caserón “León de Piedra”, de

donde tú, inconscientemente me has sacado, pequeño David. Acaso tienes, como el gran David de nuestras Crónicas, magia en tu palabra como él la tenía en su laúd para adormecer las tristezas iracundas de Saúl.

“Oídme aún más: Por mis abuelos maternos, descendiendo de un noble sirio libanés originario de Hamath a orillas del río Orontes, el cual se llamó Evodio. Mi madre, que tenía un culto a la memoria de este padre suyo, me eligió ese nombre cuando vine a la vida; pero ella se casó con un judío que formó su nido en Jericó, donde tenía un buen solar de tierra que hoy se llama el “León de Piedra”. Al nombre elegido por mi madre, siria libanesa de Hamath, mi padre le antepuso el Sedechias, que estaba a tono con su raza y los nombres de sus antepasados. Al salir de mi casona y no queriendo ser reconocido por nadie, se me antoja acudir al nombre sirio-libanés que me dio mi madre, de santa y querida memoria, y así os ruego ponerlos de acuerdo conmigo en que desde ahora soy para el mundo Evodio de Hamath y queda enterrado como un cadáver en una gruta Sedechias el doctor fariseo. ¿Estamos de acuerdo?

—En perfecto acuerdo —contestaron al mismo tiempo el abuelo y el nieto.

—El Profeta Nazareno sabe mi sentir y mi intención, y no dudo que bendecirá esta resolución, que significa la transformación del sectario fariseo en un discípulo de Yhasua el Cristo, Verbo de Dios.

El Anciano Benjamín le abrazó emocionado, y el jovenzuelo David le tomó la diestra y la besó mientras le decía:

—Evodio, padre mío, desde hoy os quiero tanto como amé a mi padre, cuyo cuerpo mutilado descansa en el panteón de David con sus mayores.

Esta tierna y conmovedora escena, unió aquellas tres vidas como tres ramas de un mismo tallo.

La Ley Divina, en verdad tiene caminos inesperados para los seres que se amparan a su sombra y de este feliz encuentro de almas tuvo su origen, todo cuanto de bien, bello y bueno, pueden realizar las almas que despiertan en un momento dado a la conciencia del deber, que libremente se impusieron antes de llegar a la vida física.

Para David, la compañía del Rabí Sedechias fue como el tener un preceptor de alto vuelo a su lado, en cuanto a los conocimientos de aquella época. Y para el corazón cansado de desengaños y entristecido de soledad, la permanente compañía de David, fue fresca de agua mansa en fuente cristalina y suave resplandor de alborada con gorjeos de pájaros y aroma de flores, en las que brillan como perlas las gotas del rocío.

COMO SE ABREN LOS CAMINOS

Al lento paso de la caravana unas veces, adelantándose otras en los valles iluminados de sol y donde no había peligro alguno, Sedechias y David se acercaban a Galilea, costeano a veces las riberas del Jordán cubiertas de espeso follaje, o serpenteando entre serranías y colinas que alargaban demasiado su viaje. Es lo cierto que se estableció una estrecha amistad entre el hombre maduro, con más de medio siglo de vida y el jovenzuelo de diecisiete años, demasiado pensativo y grave para su corta edad.

Parecíales conocerse y amarse desde mucho tiempo. Mutuamente se adivinaban el pensamiento y el deseo del uno se reflejaba de inmediato en el otro. A veces reían de lo que ellos llamaban felices coincidencias, y otras veces quedaban silenciosos y pensativos, como si de pronto se sumergieran ambos en hondos pensamientos y lejanos recuerdos.

En su calidad de viajeros privilegiados por la mayor suma abonada al kabir de la caravana, se les armaba una tienda particular para ellos dos, cuando se disponía pernoctar antes de llegar al khan de la región que atravesaban. Y entonces ambos se dispensaban recíprocamente mil cuidados y atenciones, en tal forma, que todos los viajeros creían ver en ellos un padre amoroso en extremo para aquel hermoso hijo, suave y dócil como un corderillo que le seguía.

Todos aquellos viajeros ignoraban lo que tú y yo sabemos, lector amigo, o sea que las criaturas humanas, cuando caminan por la senda de la Ley Eterna, avanzan por una pradera iluminada del sol de la Verdad Divina que les abre horizontes ignorados por ellas mismas.

Y en estos horizontes, sienten, piensan y quieren, de modo y forma que resulta incomprensible para las turbas inconscientes de los caminos de Dios y de sus eternos designios

Y luego de un viaje sin incidentes que merezcan relatarlos, llegaron a la vieja casona del justo Yhosep, cuya memoria no se había perdido en la tranquila y pintoresca Nazareth.

Aunque habían pasado unos quince años desde que Sedechias estuvo sentado a la mesa del Profeta Nazareno según lo relatamos, no les fue difícil reconocer en el viajero al Rabí Sedechias, de sus días gloriosos de instructor del pueblo de Moisés, ni a él le fue difícil tampoco reconocer en aquella austera mujer respetada por el tiempo, a la dulce madre del Profeta, cuya mirada de paloma, según su galano decir, nunca pudo

olvidar. A Jhoanín lo encontró un hombre demasiado maduro cuando sólo contaba treinta y tres años.

A la pequeña María, al tío Jaime y a Dina su esposa, no les había conocido antes.

—Es ésta una familia patriarcal, tal como me la había figurado y como debían ser los que viven bajo el techo que fue su techo. ¡Oh, el Profeta Nazareno!... ¿Por qué no vine?, cuando Él me dijo aquella noche: “*Lo quiero, Sedechias... ¡Ven!*”

En cuanto a su sobrino David, Myriam le había visto muy pequeño y cuando la desgracia de su padre asesinado en la cripta del templo juntamente con Santiago, hermano de Jhoanín, ella había enviado mensaje ofreciéndose para cuidar algunos de los huerfanitos, pero el abuelo Benjamín no quería separarse de los hijos de su hijo, mártir de los divinos ideales del Mesías Ungido de Dios.

Y Sedechias y David llegaban hasta ella, buscando en su corazón maternal lo que seguramente hubieran encontrado en el gran corazón de Yhasua, Verbo de Dios.

Después de las familiares conversaciones de viajeros recién llegados, Myriam dijo a Jhoanín:

—Nuestro amado ausente trae al Rabí Sedechias a este humilde hogar para aquietar las dudas de tu corazón, pues él es capaz de juzgar si lo que escribes está de acuerdo con la Divina Sabiduría.

—¡Por favor, señora!... No me llaméis Rabí Sedechias, porque deseo pasar en este lugar desconocido de todos. Mi posición de familia así me lo exige. A su debido tiempo lo comprenderéis vosotros.

—Y, ¿cómo debemos llamaros? —preguntó de nuevo Myriam.

—Evodio de Hamath. Ya explicaré la razón por qué he adoptado este nombre.

—Bien, hermano Evodio. Estáis en vuestra casa por todo el tiempo que sea vuestro gusto. Mi sobrinito David no necesita que le repita igual ofrecimiento.

El jovencito sacó de su pecho un paquetito envuelto en lino blanco y lo entregó a Myriam diciéndole:

—Os manda esto el abuelo Benjamín.

Era la parte de renta que daba el huerto en común para todos los herederos del viejo tronco familiar, al cual, como se sabe, pertenecía Myriam, miembro de la antigua familia de Joachin su padre.

—¡Oh, mi honrado administrador! También él merece el nombre que por aquí todos le dieron a mi querido compañero, el Justo Yhosep. Yo puedo decir: el Justo Benjamín, mi tío.

Y cuando llegó la noche, y el cenáculo se iluminó con sus grandes cirios para la oración acostumbra, ocurrió lo que ninguno había esperado.

La pequeña María era siempre la primera en llegar, como blanca sombra silenciosa, a ocupar su lugar junto al sitio de la Madre Myriam, como ella amorosamente la llamaba, y esa noche llegó con mayor anticipación, porque ella misma se sentía extraña, como si no estuviera en aquel sitio, y se viera flotando por sitios para ella desconocidos. Y cuando todos estuvieron reunidos, cayó en una profunda hipnosis y todos los allí reunidos le escucharon decir, con una voz que no era igual que la suya y puesta de pie, pareciendo de mayor estatura y con un majestuoso continente:

—*“¡Amados hijos míos!... Mi corazón esperaba esta reunión para concurrir también yo a ella. En este Templo de la Montaña de los Pinares, el viejo Sphano-San, Patriarca de los Profetas Blancos que rodean al Santo Rey Anfión, os habla para anudar el hilo de vuestra vida eterna con la mía, en esta hora en que hemos de trabajar unidos en la obra de redención humana que dejó inconclusa y que debemos terminar nosotros, en esta etapa de la evolución humana”*.

Llegado el discurso a este momento, Sedechias y David fueron también adormidos por la potente ola de vibración, que parecía una suave marea extendiéndose lenta pero persistente y dominadora, a la cual nadie podía resistir.

El Rabí Sedechias, así dormido, se levantó de su sitio y fue a caer de rodillas ante la pequeña María, mientras decía:

—*Hablad Patriarca, amado Sphano-San, que vuestros discípulos están dispuestos a escuchar tu mandato.*

Igualmente David se arrodilló también, pronunciando parecidas palabras. Aquella inesperada escena tenía vibraciones tan fuertes de amor que hacían llorar a los que la presenciaban.

—*“¡Ayradio y Tyerki! —dijo la voz de la pequeña María—. En la hora de dolor y de gloria de Anfión el Rey Santo, fuisteis mis aliados íntimos para consolar al Justo, cuando la maldad y las miserias humanas lastimaban su corazón y agotaban sus fuerzas físicas.*

“Hoy ocupáis otros cuerpos, pero sois los mismos de aquella hora lejana. ¿Estáis dispuestos para la labor que la Eterna Potencia os asigna?”

Sedechias y David, que se despertaron en ese instante y se pusieron de pie como movidos por una fuerza súbita, contestaron:

—Lo estamos, ¿qué ordenáis, amado Patriarca de la Montaña Santa?

—*“Que lo abandonéis todo en vuestra tierra nativa, y en este mismo lugar y de aquí a diez lunas se os revelará lo que será vuestra labor en esta hora, no menos grande que aquella otra que duerme en vuestro recuerdo, pero que vive siempre en el castillo encantado de la Luz Eterna”*.

* * *

Tenía el Rabí Sedechias heridas profundas en su corazón.

Alma de nobles y bellos ideales, basados todos en la armonía de sentimientos y en el amor que florece en todos los matices y en todas las formas, al igual de las flores que embellecen praderas y jardines, no se vio comprendido nunca, ni en los días de la infancia por sus padres y sus hermanos; ni en su juventud por sus profesores y compañeros de las Escuelas de Pafos, de Siracusa y de Alejandría, ni aún en el Gran Colegio donde pasó de alumno a profesor.

Cuando pasados los treinta años amó a una mujer a la cual tomó como el ideal de sus anhelos sentimentales, llegó a la triste conclusión de que era él un alma aislada en absoluto de todo vínculo, de todo lazo que pudiera acercarle por afinidad a ningún ser humano.

Parecía llevar un abismo de soledad en sí mismo, y con un estoicismo sereno se dejaba absorber y sumergir en él.

La inmensa soledad del mar, le reflejaba como un espejo su propia soledad.

La grandeza imponente de bosques impenetrables donde no había pisado la planta del hombre, era una imagen viva de su vida interior plena de fuerza, de rumores, de voces sin ruido, donde los pensamientos se sucedían con vertiginosa rapidez, como los vientos huracanados sacudían los árboles de la selva.

Se había unido por su religión y por la ley de su país a una mujer, imagen fugitiva del amor soñado y sentido por él. Para ella, era él un infeliz visionario. Esposa material y física, no fue compañera para su alma, no obstante ser una honorable dama de la aristocracia judía. Tales son en general los amores humanos, que nacen, crecen y florecen a la fría luz de las conveniencias sociales. Al igual que las flores, se marchitan y secan aún antes de las heladas del invierno.

Era Sedechias de hermosa presencia física, y con la suavidad de su carácter y la finura de sus modales, fue en su juventud un espléndido ideal para las jóvenes que esperaban esponsales.

Él no fue rebelde al amor. En su trato íntimo con Shamai, compañero de estudios y de viajes, fácil fue a su corazón quedar prendido de los encantos de la hermana menor del amigo, la cual, a sus dieciocho años, era una de las más bellas figuras femeninas de su tiempo. Y el joven filósofo admiró la belleza de aquella flor primaveral, como admiraba las rosas de oro de sus jardines y el canto de las alondras en los nogales de su huerto, y el resplandor plateado de la luna sobre la blancura de los lirios que asomaban por su ventana.

Era en verdad un poeta y un visionario que todo lo embellecía y divinizaba a través de ese cristal mágico del ensueño y la ilusión, por donde miran de ordinario los pocos seres que pasan por la vida con sus

pies andando por el polvo de la tierra y con su mirada fija en horizontes lejanos, donde la belleza física es un vivo reflejo de la belleza interior.

Para tal hombre, la joven Martha resultó una hermosa figura de porcelana vestida de perlas y brocado, que pronto se cansó de verle dedicado a averiguar la vida de las flores, de los pájaros, de los insectos, de las estrellas, de todo cuanto abarcaba en el universo su buscadora mirada.

Deseaba descubrir el por qué de todas las cosas. Y no compartiendo ella sus inclinaciones y sus gustos, fue en absoluto imposible la afinidad entre ellos. Y el abismo comenzó a abrirse entre el alma de Martha y el alma de Sedechias.

Cuando, sentados en el jardín, descubría él dos plantas, la una con flores rojas, la otra con flores blancas, y que apenas comenzada la floración, los pétalos blancos empezaban a pintarse con finas hebras encarnadas y más iban subiendo de color, era para él un bello descubrimiento que anotaba en su libro de experiencias. Aquello significaba para Sedechias, que las flores también se aman y acaso se unen sus corolas en las ráfagas de brisas, o sus raíces bajo la tierra que la sustenta.

Y Martha, con sonrisa forzada, le decía:

—¡Qué hombre eres tú!... Te preocupas y emocionas por esas nimiedades y permaneces indiferente a los festivales del Circo, a las diversiones en las Termas, a los acontecimientos públicos en general, y hasta en las solemnidades del Templo. ¡No puedo comprenderte!

—¡Es verdad!... —contestaba él tranquilamente—. No puedes comprenderme, Martha. Pero yo no te pido nada, ni te niego nada. Tú eres como eres y yo soy como soy. A mí me encanta y atrae la vida entre la Naturaleza y sus obras no hechas por la mano de los hombres. A ti te atrae la vida entre el contacto de los seres, y todo cuanto emana de ellos.

“Yo encuentro la belleza, la bondad y el amor en todo cuanto en la Naturaleza no fue obra de los hombres. Y no encuentro ni belleza, ni bondad, ni amor en las criaturas humanas que todo lo hacen por egoísmo, por interés, por fines ruines y mezquinos. Alguna excepción aparece como de milagro a veces... ¡Cuán escasas son esas excepciones!

El abismo se ensanchaba cada día más entre aquellas dos almas, que se deslumbraron recíprocamente un día con la radiante belleza exterior que ambos ostentaban.

“*Donde el amor no vive, toda vida se agosta y muere*”, decía un viejo axioma de la Fraternidad Kobda prehistórica. Y Martha comenzó a iniciar frecuentes viajes de Jericó a la casa paterna en Jerusalén, atraída por los festines suntuosos de la aristocracia judía, por el lucido papel que ella desempeñaba haciendo de hermana mayor de las hijas de Shamai, huérfanas de madre, en fin, por todos los encantos que para algunas almas tiene la vida social, plena de entusiasmos y de animación.

Así se abren los abismos entre las almas que un día creyeron amarse. De aquí la equivocación de leyes y religiones que sancionan y decretan invulnerable perpetuidad sobre los amores humanos, que tan volubles y efímeros son.

Y el Rabí Sedechias, cuando conoció al Profeta Nazareno, sintió en su espíritu una extraña conmoción.

Pareció adivinar que había por fin encontrado la belleza perfecta nacida del interior y florecida al exterior como en un desbordamiento supremo. El Profeta era esa belleza.

Había por fin encontrado la bondad perfecta, que se sacrificaba sin violencia para ofrendar sus dones a quien los necesitaba. El Profeta era esa bondad. Había por fin encontrado al Amor perfecto que se da sin esperar compensación alguna, sin pedir nada a cambio de lo que da, porque le basta y le sobra con sentir la resonancia divina que ha brindado.

Le basta y le sobra con ver que florece el amor allí donde dejó en silencio la semilla... Que se enciende lumbre en las tinieblas, con la chispa que dejó entre heladas cenizas...

Y ese amor perfecto vivía exuberante y vivo en el Profeta Nazareno.

Lo vio, lo comprendió y por cobardía no lo siguió.

“¡Qué maligna fuerza ejercen los juicios humanos sobre las almas educadas bajo la tiranía de las conciencias! ¡Cuán poderoso es el *qué dirán*, para subyugar a las almas y mantenerlas atadas al mojón de hierro de los códigos sociales en cada época y en cada raza!

“Sólo el amor del Cristo inmolado por la humanidad, será bastante fuerte para destruir esos poderes satánicos que siembran sobre la tierra el odio y la desolación.

Así pensaba el Rabí Sedechias, bajo los nogales del huerto en Jericó, cuando la soledad le envolvió como un manto de tristeza y sintió que el abismo de todas las separaciones, le había tragado por completo.

Mas, la Ley Divina sintió el quejido de su corazón hambriento de luz y de amor.

Y la voz temblorosa de David, frente a su puerta en oscura noche pidiendo socorro, fue la chispa de luz para su lámpara apagada.

Fue la semilla que el Cristo dejaba en su jardín interior cubierto de hojarasca seca con todas sus flores muertas.

Fue la resonancia de la eterna melodía que ya no se extinguiría más en su corazón, resucitado a una nueva manera de comprender la vida, porque el Profeta Nazareno, de pie ante él, le decía: “*¡Resurrexit!... ¡He resucitado para ti! ¡Levántate y anda!*”

Por eso el Rabí Sedechias llegó hasta Nazareth, para que las manos santas de la augusta madre, anudaran de nuevo el lazo que su apatía

espiritual desató, entre su pobre corazón, avecilla herida, y el excelso corazón del Hijo de Dios.

99

EL SUEÑO DE LAS TRES MARÍAS

La hermosa y vulgarizada tradición de las Tres Marías, simbolizadas en tres estrellas fijas radiantes, precioso ornamento del conjunto de mundos visibles desde la tierra, tiene su firme fundamento en un hecho que la humanidad actual desconoce en absoluto, y que en la segunda década después del retorno del Cristo al Reino de Dios, tuvo algunos cronistas que lo dejaron escrito en sus cartapacios que la acción destructora del tiempo ha hecho desaparecer del plano físico.

Mas, la Luz Eterna es una fidelísima narradora para todo aquel que le pide sus secretos, con la única noble intención de referir a las almas ansiosas de belleza y de verdad, las muchas que Ella guarda en el diáfano cristal de sus espejos eternos.

Y en la noche de un veintiocho de marzo del año doce después de la muerte del Divino Maestro: Myriam, María de Mágdalo y María de Betania, tuvieron el mismo sueño.

María de Mágdalo y María de Betania, estuvieron en el Lacio con la familia de Judá, colaborando con ellos en la formación de esa primitiva falange de mujeres cristianas que fueron madreselvas de ternura, para las primeras áridas cruzadas de esperanza, de valor y de fe, de Pedro y sus auxiliares íntimos.

Las tres Marías se encontraban juntas en la silenciosa casa de Nazareth, ocupando su lugar habitual en el gran cenáculo, en los días en que el Rabí Sedechias se encontraba allí.

Juan leyó, en un legajo de pergaminos enviados por el Apóstol Zebeo desde Alejandría, un pasaje de sus vidas en conjunto con la del Profeta Nazareno. Era aquel pasaje en que el Maestro se queja a sus Doce, con estas doloridas palabras:

“Sembré en vosotros el amor y la simiente se ha secado”.

¿Por qué las había dicho? Una dolorosa decepción ensombreció el cielo de su espíritu cuando pudo observar que sus íntimos en quienes más confiaba para derramar sobre la faz de la tierra la simiente del amor fraterno, no la dejaban germinar en sus corazones.

En un obstinado silencio, rechazaban la presencia de los huérfanos discípulos de Yohanán el Bautista, que había pedido al Maestro los cobijara con amor en su naciente escuela.

Y las tres Marías, sumidas en meditación a la misma hora, se

encontraban en un plano de luz del Cielo de los Amadores, a una de cuyas legiones pertenecían.

El pensamiento del Cristo vibrando en aquellas dolientes palabras suyas que eternamente vibrarán con la misma intensidad que les imprimió al pronunciarlas, de tal modo resonaron en su yo íntimo, que las tres almas tomadas de sus manos intangibles, formaron un triángulo, símbolo de todo pacto que no se rompe. Y se comprometieron las tres a fundamentar el apostolado cristiano de todas sus vidas terrestres, en tejer lazos de unión y de amor entre los amantes del Cristo Ungido de Dios, que ellas habían amado tanto, lo habían comprendido según su capacidad y tan de cerca le habían seguido.

Tan profunda fue su concentración mental en la obra de amor ignorada de todos, que ellas realizaban esa noche, que les pasó inadvertido el tiempo y todo cuanto les rodeaba.

Ni el laúd de Dina que desgranaba suavísimamente la melodía del Miserere con que terminaban siempre la oración, las hizo despertar a la realidad de la vida. Todos los que estaban presentes unieron sus pensamientos en una plegaria, pidiendo les fuera manifestada la causa de aquel letargo, y a poco rato vieron sobre las cabezas de las dormidas un triángulo perfecto formado como de un hilo luminoso, y en cada uno de sus vértices una estrellita que rutilaba con diáfana claridad.

Unos momentos más tarde, las tres Marías se despertaban llenas de indecible gozo, refiriendo el extraño sueño que habían tenido, y que mayor asombro les causó, cuando las tres coincidieron en todos sus detalles.

Y como un perenne recuerdo de este tierno y emotivo acontecimiento espiritual, grabaron en una tablilla pintada de azul celeste un triángulo dorado con las estrellas en sus vértices y fue colocado al pie del altarcito hogareño en el cenáculo de Nazareth.

Cada vez que ellas encontraban tres flores en una misma rama, decían: “Las tres Marías se unen de nuevo”.

El Rabí Sedechias, gran amigo y observador de los astros, descubrió en una noche serena de Nazareth, las tres estrellas del triángulo Casiopea en la ribera sur de la Vía Láctea y dijo a sus compañeros de meditación:

—Venid a ver las tres Marías en nuestro cielo azul.

En realidad, nada tienen de común esas tres radiantes estrellas con el hecho que acabo de referir, sino es por el símil que encontraron aquellos enamorados del Ideal divino del Cristo, con toda belleza natural que formase trilogía.

De ordinario nacen así las más vulgarizadas tradiciones, que al rodar de los años y los siglos, se pierde el origen de ellas entre las impenetrables brumas de un pasado lejano que nadie se ocupa de remover.

Y la dulce Madre del Verbo de Dios solía repetir desde entonces, a sus dos compañeras de aquel sueño:

—Como esas tres estrellas fijas que vivirán tanto como los cielos de Dios, debe ser nuestro sagrado pacto de unir siempre a los amigos de Yhasua en torno a su Corazón.

Y en algunas antiquísimas escrituras, epístolas y consejos espirituales del siglo primero, se encuentran alusiones como ésta: “Que ninguna de las tres Marías deje apagar su luz, a fin de que las palomas mensajeras de Yhasua, no pierdan la ruta por las nieblas y la oscuridad”.

Y los orientalistas estudiosos de viejos pergaminos, no acertaban con la fiel interpretación de tales palabras.

Y esta tradición ha sido desdeñada como algo apócrifo que no merecía ser tenido en cuenta, al igual que ha ocurrido con innumerables tradiciones orales o escritas por los amigos del Cristo encarnado, que durante todo el primer siglo de la Era Cristiana fueron tenaces conservadores de todo cuanto tuvo relación con Él y con sus amigos íntimos, que son los únicos verdaderos testigos oculares de todo cuanto sucedió durante su breve vida terrestre y en los años cercanos a su muerte.

Es doloroso pensar en la escasa importancia que ha dado la humanidad a los relatos de los íntimos familiares y amigos del Cristo encarnado, y ha formado en cambio enormes volúmenes con epístolas, conjeturas y polémicas de relatores y cronistas que no sólo no conocieron personalmente al Divino Maestro, sino que hasta fueron enemigos de su doctrina y perseguidores encarnizados de sus discípulos, si bien más tarde fueron iluminados por la evidencia de los hechos innegables y por la heroica abnegación y firmeza de los fieles amigos suyos, que aceptaron todo, hasta las torturas y la muerte, por sostener su Ideal.

100

LOS CAMINOS SE ENCUENTRAN

El Castillo de Mágdalo se había convertido en Santuario-Escuela de todos los conocimientos útiles a los seres que lo frecuentaban, niños, adultos, varones y mujeres.

Con buenos telares, habíase formado un hermoso taller de tejidos de lana en el que muchas mujeres se proporcionaban el sustento diario, llevando a vender sus propios trabajos en la vecina ciudad de Tiberias.

Algunos de los buenos obreros del taller del justo Yhosep, ancianos ya, se prestaron, mediante una justa remuneración, a servir de maestros en el arte de labrar madera a todos los jovencitos que se interesaran en aprender.

Lo que la incomparable Tabita había realizado en los talleres de la

Aldea de los Esclavos junto al Apóstol Zebeo, lo hacían en Mágdalo a donde se trajeron buenas tejedoras de Tiro, donde la “Santa Alianza” se abrió camino bajo la tutela silenciosa de los terapeutas esenios que, desde su viejo Torreón de Melkart, continuaban su tarea de providencia viviente para los humildes.

“La limosna sólo es para los inválidos, pero es humillante para todo aquel que puede sustentar la vida con el honrado trabajo que dignifica y engrandece”. Y bajo este lema trataban de infundir en las masas deprimidas por la escasez y la miseria, una amorosa consagración al trabajo.

El Castillo de Mágdalo era pues un enjambre de laboriosas abejas, que desde la salida del sol hasta el ocaso no detenían sus múltiples actividades. Recordará el lector, seguramente, que Boanerges y Amada, la niña muda a la que se unió allá en Alejandría, y que fue tan prodigiosamente curada por el pensamiento de amor de todos cuantos presenciaban la ceremonia, habitaban en el Castillo por deseo expreso de su dueña.

Ellos ocupaban las habitaciones de la torre que fueron siempre del dominio de Boanerges, y hospedaje de algunos amigos suyos que temporariamente llegaban a la Aldea por diversas causas.

Se habían consagrado con amor a la enseñanza de los niños de ambos sexos, hijos de las obreras que trabajaban en los talleres.

El regreso de María a su viejo Castillo después de su estada al lado del Apóstol Pedro en Antioquía y en Roma, trajo una nueva animación y entusiasmo con las noticias y orientaciones que en aquellas grandes capitales se daba al apostolado cristiano en esa hora.

El encuentro con el Rabí Sedechias, que con Juan y la pequeña María visitaban el Castillo, dio origen a una ampliación considerable en los estudios de la pequeña escuela infantil. Y ya no fueron sólo los niños los que frecuentaban la modesta aula, sino adolescentes, de familias acomodadas, que habían sido retirados del Gran Colegio de Jerusalén, a causa de que los que habían abrazado el Ideal del Cristo, sentíanse molestos por el pesado y minucioso estudio de los textos ordenados por la rigurosa ortodoxia hebrea.

Aquellos libros: el Deuteronomio y el Levítico, que eran enormes monumentos de ordenanzas gravosas de cumplir por repetidas a cada hora del día, ocupaban casi todo el programa de enseñanza. Y los que habían aprendido de sus padres la doctrina del Profeta Nazareno sin rituales y sin limitaciones de orden material, sino aquellas que atañen a la formación espiritual y moral del ser, encontraban contradicciones y choques con su sentir y su pensar.

Aquella serie interminable de purificaciones, costosas y mortificantes, que significaban una preocupación a cada momento, eran por demás onerosas para alumnos capaces ya de razonamiento. Y así fue como, en

Galilea, corrió la noticia de que la Escuela del Castillo de Mágdalo era una Escuela del Profeta Nazareno, como la de Joppe fundada por Marcos y Ana, como la de Arimathea fundada por José y Nicodemus, y otras que en discreto silencio se iban desarrollando progresivamente en varias poblaciones, en que la “Santa Alianza” se ocupaba no sólo de vestir y alimentar los cuerpos, sino también de iluminar las almas.

Hasta que un buen día, la policía secreta del Sanhedrín tuvo noticias de esta enseñanza, no tan favorable a sus conveniencias religiosas, legales y financieras.

De ella resultaría una juventud adversa a la venerada Torah en que el pueblo de Israel vivía y se movía desde lejanos siglos.

Habían crucificado al fundador de tales doctrinas subversivas, habían degollado a Santiago y sus compañeros, y lapidado a Stéfanos por enseñarlas y practicarlas; y surgían Escuelas en las tierras de Israel para divulgarlas entre la nueva generación, esperanza del porvenir. No podía tolerarse tamaña iniquidad.

Y fue decretada guerra sin cuartel a las Escuelas del Profeta Nazareno, que existieran en toda la jurisdicción del Sanhedrín judío.

A fin de comprobar los alcances de la sospechosa doctrina, designaron inspectores a jóvenes doctores recién egresados del Gran Colegio, con todo el humo de la vanidad y del orgullo propio de los triunfos fáciles y a veces obtenidos mediante complacencias, bien remuneradas, o privilegios especiales a alumnos de alta categoría social.

Entre esa juventud triunfante se encontraba un joven doctor originario de Tarso, capital de Cilicia, en la opuesta ribera del Mar Grande.

Era el más ferviente defensor de la Ley judaica y juzgaba sacrílega osadía el pretender cambiar ni una tilde de sus ordenanzas y sus dogmas.

—Dadme la autoridad necesaria y no quedará uno solo en las tierras de Israel —decía el joven doctor Saulo de Tarso a los severos jueces del Sanhedrín judío.

Y esos poderes le fueron ampliamente acordados. Era, pues, el jefe de los jóvenes encargados de aniquilar a los discípulos del Profeta Nazareno.

Y los laureados doctores recién egresados del Gran Colegio se lanzaron como un huracán, o mejor dicho, como una manada de lobos enfurecidos, a perseguir como en feroz cacería a los mansos discípulos del dulce Rabí, que enseñaba con voz musical: *“Amaos los unos a los otros, porque todos los seres humanos somos hijos de un mismo Padre que está en los cielos”*.

Ya había estrenado su odio furioso en contra de los cristianos en la persona del Diácono Stéfanos que fue su primera víctima.

Y a la carrera de un brioso caballo penetraba en todas las casas en las que sabía o sospechaba habitada por los Nazarenos, como se les llamaba en aquel primer tiempo a los amigos del Cristo.

Fue la provincia de Judea la primeramente azotada por esta persecución, que obligó a los perseguidos a refugiarse en los peñascales del desierto vecino al Mar Muerto, o a cruzar el Jordán para ocultarse en las montañas de la opuesta ribera.

Los que tenían algún familiar en las ciudades de la Perea, llegaron hasta Callirhoc, Hesbón y Filadelfia, de donde les recogió el Scheiff Ilderín cuando tuvo noticia de la dolorosa emigración, y les albergó en sus fortalezas del Monte Jebel, en la vecina Arabia.

La persecución se extendería pronto a Galilea donde era más numerosa la grey cristiana; y ante la amenaza, comenzó la huída a los ocultos Santuarios Esenios, cuyos laberintos de grutas entre inaccesibles montes, estaban a resguardo de los rabiosos lebreles del Sanhedrín.

Las alarmantes noticias llegaron a la tranquila Nazareth, a Naím, a Mágdalo. Y los bravos montañeses galileos, los antiguos “amigos de la montaña”, que recordaban con tanto amor al Príncipe Judá que había sido su providencia viviente durante más de diez años, se unieron para la defensa de los Refugios que tenía la “Santa Alianza” en pueblos y aldeas, que eran a la vez depósitos de ropas y víveres para socorrer a los necesitados.

Por iniciativa del Anciano Simónides y en previsión de lo que pudiera ocurrir, el Príncipe Judá había entregado a Juan, María de Mágdalo y a la pequeña María, documentos con el sello imperial, que acreditaban haber pasado a propiedad de Quintus Arrius, hijo, para fines de beneficencia pública, la Casa de Nazareth, el Castillo de Mágdalo y la sede de la “Santa Alianza”, en Canaán, en Naím y en Tolemaida.

Los agentes del Sanhedrín hicieron, desde luego, las averiguaciones del caso y comprobaron que en la casa de Myriam se efectuaban los repartos de ropas y de provisiones en general, lo mismo que en Canaán y en Naím.

Allí no había enseñanza, no había aulas, no había escuela. Aquello era inofensivo para la adusta religión judía.

Era una lóbrega procesión diaria de inválidos, de mendigos, de enfermos de toda clase.

Pero el Castillo de Mágdalo era una escuela organizada, donde se enseñaba la pernicioso doctrina de aquel Profeta crucificado, que parecía revivir hasta en el césped que bordeaba los caminos y en las arenas de la playa del mar galileo.

Y empezó la guerra de espionaje, disimulado primeramente y de acción brutal después.

Era Boanerges el jefe supremo, en el Castillo y en la modesta Aldea que lo rodeaba.

A él, obedecían los celadores de ambos sexos que atendían niños y niñas de siete a catorce años, que concurrían a la Escuela; operarios y

aprendices en los talleres de tejidos. Pero, cuando llegó la noticia del peligro que les amenazaba, los “amigos de la montaña” del Príncipe Judá, se ubicaron en el bosque que rodeaba el Castillo, armados de guadañas, de hoces, de hachas, de grandes podaderas, como si se tratara de una cuadrilla de podadores y hachadores, que transformaban el bosque en un parque romano. Los subsuelos del Castillo ocultaban un abigarrado batallón de galileos armados.

La Castellana de Mágdalo, al llegar a su vieja morada volvió también a su vida de recuerdos, de meditación, de hondos diálogos consigo misma y con el Divino Amigo ausente, y todo ello vaciado en pergaminos que iban formando grandes legajos que sólo ella leía.

Pronto adivinó que Boanerges, no estaba aún curado del viejo amor que le atormentó desde su primera juventud. Y fue ése el motivo de que María pasara frecuentes temporadas en la Casa de Nazareth, al lado de la dulce Madre Myriam.

Su prima Amada era una bella y abnegada mujercita, merecedora de toda la dichosa paz que podía darle la vida, al lado de un hombre como Boanerges, si él hubiera podido amarla.

—¿Eres muy feliz, Amada, con el compañero que tienes?, —decíale María, cuando recién llegada de su viaje se instaló en su morada.

—En efecto —le contestaba Amada—, podría ser muy feliz, pero no tengo la capacidad de hacerlo feliz a él.

—¿Por qué piensas así? ¿Qué le falta a Boanerges, aquí, para ser dichoso? ¿No le amas tú bastante?

—¡Oh!... Yo le veo a veces muy triste y distraído. Siempre está lejos..., ¡no sé dónde, pero está lejos! Escribe mucho, pero no puedo saber lo que escribe. Tampoco soy curiosa. Y lo que él no me da a leer, no tengo porque pedirle. Jamás se enfada conmigo ni con nadie. Es la suavidad misma, pero yo sé que él, no es, ni será nunca dichoso.

—Acaso la muerte tan terrible de su hermano Stéfanos, la tragedia de nuestro amado Maestro, la ausencia de Pedro, y de todos los grandes amigos del Señor, habrá dejado amargura y desolación en su corazón... —dijo María, tratando de comprender la confidencia de su prima, o mejor dicho, deseando no ver lo que detrás de ella se diseñaba vagamente.

* * *

La trágica muerte del emperador Calígula y el advenimiento de Claudio, en nada cambiaron las ya crónicas inquietudes que desde la muerte del Cristo se habían sucedido sin interrupción. Con breves períodos de calma, la tenaz desconfianza de los magnates del Sanhedrín hacia toda innovación civil o religiosa, causaba, de tanto en tanto, terribles

alteraciones en las provincias de la Palestina, que vivía una vida de sobresalto y de terror, a la espera siempre de nuevas tragedias.

Este estado de cosas alteró grandemente el sistema nervioso de la pequeña María, que se transmitió a Juan, el cual se vio en absoluto, impedido de continuar las hermosas escrituras, que estimularon su despertar de Apóstol del Cristo que encendía, por fin, su lamparilla para dar luz a las tinieblas del camino.

Fue entonces cuando, para reanimarle, el Rabí Sedechias le invitó a trabajar juntos en la Escuela que desarrollaba sus actividades docentes en el Castillo de Mágdalo. Y un buen día se presentó Juan, llevando a Evodio de Hamath como un voluntario auxiliar de los maestros, que prodigaban sus conocimientos a los niños y adolescentes de ambos sexos, que concurrían a aquellas humildes aulas.

Se convino en que el nuevo profesor daría sus lecciones sólo dos veces por semana, en atención a que su alojamiento en Nazareth, le haría demasiado oneroso acudir diariamente.

—Bien podéis vivir aquí, si es vuestro gusto —le dijo Boanerges, al aceptar muy complacido su inesperada colaboración.

—Estoy en Galilea recomendado especialmente a la venerable Madre del Profeta, y además, este buen Juanillo me necesita mucho. No me pesará en absoluto acudir a vuestra ayuda dos veces a la semana —le había contestado.

Juan, que desde la niñez fue gran compañero de Boanerges, creyó que para él no debía tener secretos y, en un discreto aparte, le manifestó la verdadera identidad del nuevo profesor que se incorporaba a la Escuela del Castillo.

Más de una vez le había escuchado Boanerges en sus brillantes discursos sobre la grandeza incomprendida de Moisés, sus interpretaciones del Pentateuco y los libros de los Profetas.

—¿Cómo un hombre de tan brillante reputación, viene a nuestra pobre Escuela de la que nunca saldrán doctores? —preguntó asombrado Boanerges.

—¡Calla!... ¡Calla! —le dijo Juan—. El Rabí Sedechias dejó de ser un fariseo y es ahora un *nazareno* como nosotros. Nuestro Maestro lo encontró un día, lo regó con sus aguas de vida eterna, y ahora el árbol comienza a florecer. Pero no le hagas ver que conoces su secreto.

“No quiere ser reconocido como el que era, en atención a su parentela de Judea que toda está en la secta de los fariseos, y acaso le perseguirían”.

De esta manera el Rabí Sedechias quedó incorporado a la Congregación Cristiana, Escuela-Taller de la Aldea de Mágdalo.

Y antes de volver a Nazareth quiso cumplimentar a la dueña de casa, de la que tenía muy variadas referencias, según los modos de ver de

quienes se las daban. En su juventud había contraído una deuda de gratitud con Hermione, su padre, que siendo rector Honorario de la Escuela de Pafos en Chipre, le había hecho otorgar una beca en ese ilustre centro docente, donde cursó sin costo alguno los tres años de Historia Antigua, Filosofía y Geografía Astronómica.

El ilustre griego, para quien el saber era el más grande tesoro que puede poseer el hombre, se encontró incidentalmente en uno de sus repetidos viajes por las costas del Mar Grande, con el jovencito sirio que iba a Pafos en busca de sabiduría.

Acontecimientos no buscados ni esperados, entraban a Sedechias en el viejo solar de aquel casi olvidado benefactor, Y aunque seguramente su hija nada sabría de aquel lejano pasado, él lo sabía y recordaba agradecido, y quiso ser consecuente con su natural lealtad.

—Señora —dijo Boanerges a María—. Un hombre que fue amigo de vuestro padre quiere presentaros sus respetos. Voluntariamente dará lecciones dos veces por semana en nuestra Escuela. ¿Queréis recibirle?

—¿No tendrá algo que ver con el espionaje que nos han anunciado?, —preguntó ella con gran temor—. Boanerges, te ruego tener mucha prudencia con los que se acercan aquí.

—Lo ha traído Juan y está alojado en casa de la Madre Myriam, con un sobrino de ella.

—¡Ah!... Eso es otra cosa. Hazlo pasar a mi salita y también a Juanillo. Y si tú quieres acompañarles, creo que no se tratará de nada secreto. Amada está aquí conmigo terminando un nuevo boceto.

Pocos momentos después, los visitantes acompañados de Boanerges entraban a la salita de lectura donde María les esperaba.

Sedechias, con su refinada cultura, se presentó él mismo de este modo: —Todos somos amigos del Rabí Nazareno, señora, y estamos unidos por un mismo sentir.

—Bienvenido a esta casa donde Él vive por el recuerdo, como si estuviera presente —contestó la castellana.

Ella, que no había frecuentado ni el Templo ni las Sinagogas, sino sólo el Santuario del Tabor, no conocía personalmente a Sedechias, de modo que fue para ella Evodio de Hamath el nuevo profesor que se unía a la humilde Escuela Nazarena.

Él recordó agradecido el gran favor recibido de su padre, cuando sus medios económicos sólo le permitían permanecer un año en la Academia de Pafos, y debido a la beca obtenida por intermedio de Hermione, había podido permanecer tres años terminando sus estudios.

Este hecho conquistó la confianza de María y ahuyentó los temores con que al principio le había recibido.

—Conviene que sepáis —díjole—, que nuestra Escuela-Taller se ha

hecho sospechosa al Sanhedrín, que nos tiene bajo la vigilancia de sus espías.

—Estoy enterado, y como he sido profesor en el Gran Colegio de Jerusalén, conozco personalmente a los jóvenes doctores, que cambiando la toga por el látigo, se prestan al triste papel de espías y de verdugos, cuando su misión es ser maestros y educadores de este pueblo.

“Tienen la ambición de subir a las más altas dignidades en Israel y eligen el medio más seguro de conseguirlo. El ascender por méritos propios, no es fácil entre la ruindad humana.

—Tenéis mucha razón —contestó pensativa, María—. Se precisa tener alma negra de verdugos para constituirse en perseguidores y espías de quienes sólo nos ocupamos del bien de nuestros semejantes.

El nuevo profesor convino en que se encargaría de las clases de geografía astronómica y de la enseñanza moral, basada en la Ley del Sinaí dictada a Moisés, y en los libros de los Profetas.

—Creo que esto no puede disgustar a los espías del Sanhedrín, si es que me hacen el honor de escuchar mis lecciones —dijo Sedechias—. Algunos de esos doctores descendidos a espías delatores —añadió—, tienen conmigo deudas de gratitud que si no se ha borrado en ellos la dignidad humana, espero que mi presencia aquí les hará respetar esta casa.

—Quedo muy profundamente agradecida por vuestra buena voluntad para nuestra humilde Escuela-Taller, que no sólo es cultivo de las almas sino también subsistencia material para los hogares desprovistos de bienes de fortuna —contestó María, cuando ya los visitantes se disponían a retirarse—. ¡Juanillo! —añadió—, estás mudo y taciturno más de lo que estamos todos. ¿Ocurre algo a la Madre nuestra?

—¡Nada! —contestó Juan—. Ella por nada del mundo pierde su paz, que parece hacerla invulnerable.

“Dice que nada más terrible puede sucederle de lo que ya ha soportado. Ningún otro dolor le impresiona ni le aflige...

—¡Es verdad!... —dijo María—. Ningún tormento será como aquél.

Y su faz se nubló de tristeza, como si hubiera soplado un helado viento de desolación.

Todos lo comprendieron y lo sintieron. Hubo un momento de penoso silencio, que se esfumó en la suavidad resignada de la plegaria íntima que se abraza al sacrificio.

—Boanerges —dijo María—. Encárgate de todo cuanto le sea necesario a nuestro amable profesor, para cumplir la noble misión que ha elegido junto a nosotros.

Boanerges se inclinó en silencio y salieron. Juan quedó un momento solo con María.

—Ya no puedo escribir más —le dijo sencillamente.

—¿Por qué?

—No lo sé. Desde que estuvo en casa un zelote a ver lo que hacemos, no escribí ni una palabra más. Y eso me tiene desconsolado.

—Díselo a Boanerges. Tiene algo en él mismo que lo hace capaz de acallar el eco de las tinieblas.

“Donde está Ella no llega el mal, Jhoanín; no tengas miedo.

“Que nuestro amor unido al Amado Eterno nos haga fuertes, para que no abandonemos nunca, lo que por Él hemos comenzado”.

María besó la frente de Juan, que salió llevando en el alma una lucecita nueva de esperanza y de paz.

Fue así como los caminos de estas almas se encontraron en los campos cultivados por el Cristo, donde en horas lejanas habían sembrado juntos la semilla de la verdad y del amor.

Sedechias faltaba, y llegó a la hora justa y precisa en que debía llegar.

101

VIENTOS CONTRARIOS

Mientras la Congregación Cristiana pudo seguir la ruta de los esenios, o sea, desenvolverse en la humildad y el silencio, gozaron sus afiliados la paz y la quietud de un huerto cerrado. Mas, llegó el momento de comprender que así como el Maestro tuvo su tiempo de ostracismo y su tiempo de publicidad, también los primeros cristianos debían afrontar un día el peso de las intransigencias y prejuicios del dogmatismo judío, en medio del cual se había manifestado la luz radiante del Cristo.

Y aunque Él había expresado que no traía nada nuevo y sólo hacía surgir limpios de entre los escombros, los luminares que otros enviados (Él mismo en anteriores personalidades) encendieron siglos atrás: la doctrina de la Paternidad de Dios y la hermandad humana; a la que Él consagraba todo su entusiasmo, no podía menos de producir grandes alarmas, en los que sacaban buenas utilidades del minucioso catálogo de ordenanzas religiosas vigentes.

Como no le perdonaron al Rabí Nazareno, el haber hecho comprender al pueblo que no eran necesarios los sacrificios de animales en el Templo para acercarse a la Bondad Divina, sino que bastaba la fe sincera en el alma y el justo obrar en la vida, tampoco lo perdonarían en sus discípulos y seguidores. Y más que todo considerábase hartamente peligrosa toda enseñanza que no fuera dada en el Templo, en el Gran Colegio de Jerusalén o en las Sinagogas, que funcionaban bajo el severo control de los representantes del Sanhedrín en toda ciudad, pueblo o aldea donde hubiera israelitas.

Las notables Escuelas de Siracusa, de Pérgamo, de Alejandría y de Pafos, estaban consideradas fuera de ley para los hijos de Israel. Y los que habían hecho estudios en ellas, debían someterse después a un rigorismo inquisitorial severísimo, si querían prosperar en el campo social, político o religioso de Israel.

Después de un riguroso interrogatorio, debían colocar las manos sobre la Torah (La Ley y Libros Sagrados), que se guardaban en el Arca de la Alianza en el Sancta Sanctorum, y jurar sobre ella que reconocían ser la Torah lo único perfecto, grande y verdadero que poseía el hombre, por encima de otra doctrina antigua, presente y futura.

Conocido esto, el lector comprenderá fácilmente cómo recibió el cuerpo de jóvenes doctores encargados de vigilar toda enseñanza en general, la noticia de la Escuela Taller que funcionaba en el Castillo de Mágdalo.

“—El pagano de Mágdalo fue siempre un idólatra de los mil dioses de la Mitología griega de cuyas imágenes llenó sus bosques y jardines. La hija siguió su mismo camino. ¡Faltaba culminar la obra de satanás abriendo una escuela que arrastre a la juventud galilea por su mismo camino!

“¡Y eso está ya hecho!”.

Tal era la versión que en cada una de las reuniones semanales, realizadas en una sala privada del Gran Colegio, habían discutido los jóvenes doctores de que hemos hablado.

Y era su consigna: “A deshacer las obras de satanás consagraremos todo nuestro esfuerzo y al triunfo de la Ley Mosaica sobre todas las leyes del mundo”.

Dos eran los más ardientes cultores de las leyes y tradiciones judaicas: Saulo de Tarso y Josué, nieto de Hanán, hijo de su hijo Jonathan.

Estos dos no se detenían hasta conseguir pena de muerte para los que aparecían fuera de su anillo de hierro.

Entre cinco que eran, se repartieron las tierras de Israel. A Saulo de Tarso le correspondió el norte y, en consecuencia, la Aldea de Mágdalo quedaba bajo el furor de su látigo.

Pero Simónides, el grande y fiel amigo del soberano Rey de Israel, como él decía, no se dejaba tomar desprevenido.

—¡Oh, mi Señor! —clamaba el valeroso Anciano—. Tú lo sabes todo y sabes que aún no ha nacido el hombre que a tu viejo servidor lo sorprenda desarmado.

Reinaba sobre Galilea y Perea, Herodes Agripa II, un nieto de Herodes llamado el Grande, y era Procurador Romano un hijo de judíos, Tiberio Alejandro, sobrino del Maestro Filón, el filósofo y sabio alejandrino que tanto hemos admirado.

Este Procurador de sangre judía, pero nacido en Regio (Italia) y educado en la Escuela de Filón, esquivaba cuanto podía el mezclarse con el rigorismo judío.

A Simónides no le fue difícil obtener de él, una pareja de soldados romanos de la Centuria que guardaba la Torre adjunta al puerto de Tolemaida; donde siempre había ancladas galeras del César. Ellos vigilarían la Aldea de Mágdalo.

El oro de Simónides abría todas las puertas. Y aunque al Procurador le llamaban apóstata los judíos, odiaba toda crueldad, y el regalo de una hermosa biblioteca de cedro, con incrustaciones de plata, inclinó su voluntad a Simónides.

Y el Anciano escribía a María: “Buen ánimo, niña, que he comprado a buen precio dos lobos romanos, que morderán a satisfacción a los chacales judíos, si se atreven con la Escuela de nuestro Señor”.

Pasaron dos semanas sin que nada turbase la tranquilidad del Castillo ni sus alrededores. Y los dos soldados que hacían guardia, felices con el magnífico trato que se les daba, se decían entre ambos: —Aquí se engorda sin trabajar. ¿Por qué perseguirá el Sanhedrín a estos buenos Nazarenos que cantan de la mañana a la noche y nos dan tan bien de comer? Te digo que estoy tentado a renunciar a los dioses y alistarme con el Profeta.

—Y yo estoy en igual disposición que tú —contestó su compañero, un muchachote joven, de bella presencia, cuya esbelta figura y buen cuidado uniforme le daba el aspecto de un oficial de la Legión Itálica.

—¡Cómo! ¿Tú que aspiras a la plataforma dorada?

—¡Oh!... Cuando el corazón habla no hay plataforma que valga. Estoy enamorado.

—¿De quién? ¿De la estatua de Venus que se mira en la fuente?

—No. De una Venus de carne y huesos que toca el arpa.

—¡Pero, hombre!... Si ésa es la esposa del amo de casa.

—¡No!... Esa es la maestra de mi Venus que toca el arpa.

—¡Cuán enterado estás de los entre velos en que se mueven esta gente!

—La tarde que te fuiste a Tiberias, pedí permiso para entrar con ellos a la hora en que cantan, y vi a la esposa del amo con varias jovencitas que forman un coro, algo así como las vestales de los templos de Roma.

“Unas tocan cítaras, otras laúdes, pero ella toca el arpa como la esposa del amo y se llama... ¡Myriam!, y tiene una voz de ángel y unos cabellos rubios y unos ojos color de miel...”

—¡Hombre!... Octavio, que no se diga, que una pobrecita chica judía ha trastornado el seso a un aspirante de la Legión Itálica, donde brillan hijos de Cónsules y Senadores...

Este diálogo será más comprendido por el lector, sabiendo que la joven arpista era la hijita mayor de Marcos, viudo entonces de Ana, hermanastra de Yhasua. La niña se llamaba Ana María, pero la llamaron Myriam porque ella quiso que la nombrasen como a la dulce abuela, a cuyo lado vivía desde la muerte de su madre.

Se encontraba temporalmente en la Escuela de Mágdalo, aprendiendo el arpa que le enseñaba Amada.

Marcos, con su hijo varón, estaba en Alejandría, incorporado a los cursos superiores, de estudios interrumpidos años atrás en el Gran Colegio de Jerusalén, mientras su hijo adolescente, pupilo juntamente con él, comenzaba el primer año.

Los días libres de asueto, ambos los pasaban en la Aldea del Lago Merik junto a Zebeo, donde pudo escribir su crónica sobre la vida del gran Maestro, en la cual Zebeo colaboró con entusiasmo, aportando todos los datos que como testigo ocular de los últimos años del Cristo sobre la tierra, él recordaba muy bien.

Volvamos, lector amigo, al Castillo de Mágdalo, justamente en el momento en que un buen equipado jinete montado en un soberbio alazán, se desmontaba en el gran portalón de la verja que cercaba el parque y con poderosos golpes al gong de hierro se anunciaba ruidosamente.

Octavio, el joven soldado, que leía tranquilamente en la garita del portero, salió de inmediato.

El recién llegado, disimulando la sorpresa que le causaba la presencia del esbelto militar en aquel lugar, presentó un pliego abierto, al mismo tiempo que decía:

—Orden del Sanhedrín.

Sin mirar aquel documento, el soldado sacó otro pliego del cual pendían las cintas rojas y azul con los sellos del César y de Quintus Arrius, el glorioso Duunviro padre adoptivo del Príncipe Judá. Y al presentarlo contestaba:

—Orden del César y de Quintus Arrius, ¿qué deseáis?

—Inspeccionar la casa y sacar de ella a los súbditos del Sanhedrín que viven aquí. Esta casa está sindicada como contraria a la Ley.

—Esta casa no está bajo la jurisdicción del Sanhedrín. Su propietaria es ciudadana romana y aquí no rige otra ley que la de Roma. Podéis volver por donde habéis venido, señor inspector. —Y Octavio volvió sus pasos hacia la garita.

El audaz visitante empujó el portalón y entró. Octavio, al sentir el ruido, se volvió rápido y apenas tuvo tiempo de atravesar su lanza estorbándole el paso.

—¡Orden del César! —gritó furioso—. Si dais un paso adentro, os ensarto, tenedlo por cierto. ¿De qué raza sois que no comprendéis el derecho?

—¡Soy judío de pura raza y doctor de la Ley para que lo sepas, lobo romano! —contestó rabioso el judío, que no era otro que Saulo de Tarso, exasperado en extremo al verse por primera vez impedido de demostrar con hechos su fervoroso celo por las leyes religiosas de su credo. Y al decir las insultantes palabras, levantó su fusta con cabo de plata sobre la cabeza del soldado.

Este, que no era por cierto un corderillo, le dio con su lanza un golpe en la mano y la fusta saltó a gran distancia.

A las imprecaciones rabiosas que surgieron de ambas partes, acudieron en pelotón los montañeses galileos que podaban el parque, y el inspector del Sanhedrín, ante semejante demostración de fuerza, se limitó a soltar agrias maldiciones y amenazas, y saltar sobre su caballo que salió a carrera tendida por el camino de Corazín.

Existía allí una floreciente Congregación que tenían en su propia casa Semei y Joab; los hermanos de Hanani, personajes que son muy conocidos para el lector.

Había sido día de reparto de ropas y provisiones a los numerosos socorridos por la “Santa Alianza”, que tenía también su sede establecida allí.

El recinto de oración se encontraba lleno de inválidos, ancianos, mujeres con niños de toda edad, viudas que no tenían más amparo que aquella casa donde encontraban socorro a sus necesidades materiales y el consuelo a todas sus desolaciones. Saulo de Tarso, el joven doctor de la Ley, llegó como un huracán. Su rencor y odio a la nueva doctrina había encendido enormemente con el rudo fracaso y humillación sufrida en Mágdalo. Y fue a descargar toda su ira en aquella tranquila gente que oraba en recogimiento y cantaba salmos al atardecer.

Ya imaginará el lector la desastrosa escena que se produjo. Fue como el asalto de un lobo en un tranquilo redil.

Los hermanos de Hanani, jóvenes y fuertes, quisieron primeramente hacer razonar al intruso; pero cuando no bastaron las razones, funcionaron los puños, los bastones y muletas de los inválidos y hasta los candelabros de los cirios y los atriles en que se colocaban los libretos de la música y el libro de los Salmos.

Si a esto se añaden las imprecaciones, el llanto de las mujeres y el llorar de los niños, quedará perfecto el cuadro desolador, no pintado sino vivido, del infeliz estado a que desciende un ser dominado por el fanatismo religioso que es el que más extravía la inteligencia del hombre.

Por grande que fuera el furor de Saulo, no podía salir victorioso entre tantos adversarios, y Joab y Semei, dueños de casa, amparados por todos sus derechos, no le permitieron sacar del local a ninguno de los que allí se hallaban reunidos.

Entre las Crónicas que han quedado de aquellos primeros años del

Cristianismo, hay una, la más aceptada entre el mundo cristiano, que trae estas textuales palabras: “Saulo asolaba la cristiandad entrando por las casas y trayendo varones y mujeres los entregaba en la cárcel. Y Saulo, aún resoplando amenaza y muerte contra los discípulos del Señor, vino al Sumo Sacerdote y demandó de él cartas para Damasco, a las Sinagogas, para que si hallase algunos en ese camino les trajese presos a Jerusalén”.

Del libro “Actas de los Apóstoles” Cap. 8–v3 y Cap. 9–vrs.1–2.

Esta misma Crónica refiere que antes de llegar a la ciudad de Damasco un súbito resplandor asustó su caballo que le tiró a tierra sin sentido. Y cuando se despertó, dijo haber oído una gran voz que no era de la tierra y que le reprendía por su cruel y desatinada persecución a los amigos del Cristo. Tres días estuvo ciego y sin poder tomar alimento alguno.

Pasada esta crisis, Saulo de Tarso se retiró a su pueblo natal en la opuesta ribera del Mar Mediterráneo, de donde más tarde se acercó a la Congregación que tan cruelmente había perseguido.

Estas transformaciones súbitas de perseguidor en propagandista de un Ideal, ocurren de vez en cuando entre los humanos, que aún teniendo buenas cualidades, somos mudables por naturaleza, por escasa evolución o por excesiva vehemencia, que nos lleva a obrar sin el debido control y razonamiento de las acciones a ejecutar.

Tal le ocurrió a Saulo de Tarso que, aunque no lo podemos contar entre los “Amigos de Yhasua”, según reza el subtítulo de este libro, porque no conoció personalmente al Maestro y antes que amigo fue enemigo declarado, no obstante, hacemos mención de él por la actuación que tuvo años después entre los cristianos del siglo I.

Los desacuerdos que hubo más tarde entre él y los Doce, no pueden escandalizar a nadie. Saulo era un doctor de la Ley judaica que, por su nacimiento en un país de los llamados paganos por los judíos, no había sido formado como los Doce en la mística escuela de los Santuarios Esenios. Estos, si bien eran también mosaístas, se adaptaban más al Moisés contemplativo de las horas largas y calladas de pastor en las soledades de Madián, de su trato íntimo con la Divinidad en los éxtasis del Sinaí y del Monte Nebo, que al Moisés conductor de un numeroso pueblo, al que debía civilizar, encauzar y dirigir con mano de hierro en sus cuarenta años de éxodo por comarcas desiertas y por países extranjeros, donde un pueblo formado en dura esclavitud de muchos siglos, sería fácilmente arrastrado por todos los extravíos, supersticiones y vicios en que vivía sumergida la humanidad de entonces.

El Cristianismo sentido, vivido y enseñado por los Doce, era de meditación, de estudio y de trabajo. La propaganda la hacía el ejemplo silencioso, pero fecundo.

El Cristianismo sentido y comprendido por Saulo y sus compañeros era la propaganda viva y ardiente al exterior. Las plazas y calles de todas las ciudades grandes o pequeñas debían escuchar sus discursos, sus vigorosas polémicas con todos los adversarios, así vistieran togas doctorales o púrpura real. Se instalaban en la plaza, en el foro de las capitales del Asia Menor, donde la voz de Saulo resonaba como el huracán entre pinares. Les arrojaban comúnmente a pedradas o a latigazos, no importaba. Pasaban a otra ciudad y desarrollaban igual trabajo para recibir igual compensación.

Seguramente, Saulo tenía en cuenta que el Divino Maestro habló muchas veces a multitudes en las serenas praderas galileas, desde la proa de una barca pescadora, o desde una colina bordada de anémonas rojas y campanillas azules.

Esta enorme diferencia en la forma de sentir y vivir y difundir el Ideal del Cristo, debía traer necesariamente una especie de división que originó ardorosas controversias entre los bandos actuantes. La mansedumbre y tolerancia de Pedro, la dulzura amorosa de Juan, únicos representantes de los Doce que habían quedado al frente de la Congregación-Madre, suavizaron estos resquicios que se abrían; y aun con estos desacuerdos varias veces repetidos, el Divino Ideal fue extendiéndose por todas las costas del Mediterráneo, y a largas distancias al mismo tiempo, por el trabajo silencioso, pero asiduo y perseverante de los demás Apóstoles que se habían diseminado por todo el mundo conocido entonces.

102

LOS PERGAMINOS DE JUAN

La súbita transformación de Saulo de Tarso, de perseguidor en apologista del Ideal Cristiano, tuvo el efecto de traer una ola de paz a las almas sobresaltadas por el terror de una nueva y terrible persecución. Los compañeros de él, aunque celosos por la defensa de sus leyes, no eran tan audaces, y presentaron al Sanhedrín sus excusas más o menos admisibles, para suspender la ardorosa contienda con los Nazarenos que ningún mal hacían con pensar de diferente manera, a no ser la merma considerable de sacrificios que el pueblo ofrecía a Jehová en el Templo de Jerusalén.

El numeroso cuerpo sacerdotal y levítico que según la Ley judía debía vivir de los sacrificios y ofrendas del pueblo, era en verdad el único perjuicio con la nueva senda de los Nazarenos, cuya religión se reducía a la oración, a los cantos sagrados, al estudio de las Leyes Divinas y al trabajo particular de cada cual.

Visto lo ocurrido, los ancianos del Sanhedrín decían que la magia de los Nazarenos había echado por tierra la valentía de los muchachos,

—Estos doctorzuelos jóvenes —decía entre rugidos el viejo Hanán—, sólo sirven para hacer la corte a las mujeres en un salón de danzas. Mas, para la defensa de nuestras leyes y tradiciones, se precisan nuestras garras de leones viejos. Ya me encargaré yo de escoger entre mil los que darán buena cuenta de todos los innovadores que quieran gritar en Israel. Otros de más agallas mordieron el polvo y éstos, ¿han de triunfar?”

Su arrebatado y violento carácter se había exasperado aún más al volverle la enfermedad, de que el dulce Rabí Nazareno le curó un día en casa de la Princesa Aholibama, como recordará el lector.

Aquellas úlceras cancerosas en el vientre habían revivido nuevamente haciéndole sufrir horribles dolores, y trayéndole al pensamiento al Profeta que lo curó y al cual en compensación llevó al suplicio de la cruz.

Y su ciega y loca soberbia le daba aún fuerza para maldecir su memoria, porque a pocos años de su muerte volvía a sentir el mal tan terrible como antes. Sus mismos familiares le creían poseído por cien demonios, cuando los excesos de la gula en sus frecuentes festines, le producían crisis terribles.

—Sé que moriré pronto de este mal —decía—, pero no será sin que antes extermine de las tierras de Israel toda esa ralea de brujos, que figuran curar las enfermedades y las dan nuevamente cuando les conviene.

Pero no fue la enfermedad quien terminó con su vida, sino un grupo de zelotes, que a su parecer no desempeñaban con el celo debido su oficio de espías y ejecutores de las duras penas y gravámenes impuestos al pueblo, por lo cual había mandado se les dieran cincuenta azotes a cada uno.

Enfurecidos por tales castigos y antes de recibirlos, asaltaron el palacio de Hanán, presidente como siempre del gran tribunal, y después de apuñalarle en su propio lecho, le sacaron a rastras por las calles desiertas a la medianoche, y robándole todas sus ropas le arrojaron desnudo al muladar, fuera de los muros de la ciudad donde los chacales devoraban los cadáveres de los ajusticiados.

¿Pensaría acaso alguna vez aquel poderoso magnate, árbitro de un numeroso pueblo, que un día se verían sus huesos ensangrentados, esparcidos por los perros entre las inmundicias de un muladar?

¡Cuán terriblemente severa es la Justicia Divina para los que nunca sintieron amor y piedad hacia sus semejantes!...

* * *

En el compás de suave silencio que siguió en Galilea, el Apóstol Juan pudo abrir de nuevo su cartapacio de pergaminos, y sumergido en meditación elevar su mente a lo infinito con este pensamiento: “¡Maestro!... Soy el más pequeño de tus amigos. Hazme llegar tus voces divinas, si es tu voluntad que grabe en estos pergaminos lo que Tú quieras que la humanidad sepa de Ti”.

Y con el punzón sobre el papel esperó. Pronto las divinas voces vibraron suavísimas en su mente y el punzón escribió:

“Ley de Evolución”

“Ley del Amor”

“Los Mesías”

El Apóstol comprendió que la voz le seguiría dictando la argumentación del Maestro, cuando a sus veinte años fue consagrado Maestro de Divina Sabiduría en el Gran Santuario de Moab.

Y comenzó así:

“Tercera cuestión:

“LEY DE EVOLUCIÓN”

“La transformación ininterrumpida y continua de todo cuanto vive en el vasto Universo es lo que se ha llamado Evolución.

“Mares que se disecan para convertirse en peñascos desiertos; valles que se convierten en ríos por inesperadas filtraciones de agua que brotan de una grieta abierta en la roca viva; arenales resecos que se tornan en turbulento oleaje por la abertura de una montaña que da a las aguas del océano, nos hablan de esta inexorable ley de transformaciones y de mudanzas que, a través de edades y siglos, presenta a la pequeñez humana, muda de asombro, el espectáculo de ciudades, pueblos y continentes sumergidos bajo las aguas de mares ilimitados, y otras tierras levantándose del fondo de los abismos en espera de nuevas vidas que acudan a habitarla.

“La grandiosa e inflexible ley de la Evolución permanente, extiende su poder omnipotente y eterno sobre todos los seres y sobre todas las cosas, sin que lo más grande ni lo más infinitamente pequeño quede eximido de su dominio.

“El estudio de la Naturaleza en la infinita multiplicidad de sus formas y aspectos, en sus creaciones maravillosas, en sus génesis estupendos que a la pequeñez humana le producen vértigo, vemos como clara visión la majestad suprema de la Evolución perfeccionándolo todo, como artista genial que estudia todos los detalles hasta hacer completa y perfecta su obra.

“Nada hay muerto en la Creación Universal. Hasta en la inmóvil y

pesada roca, cuya negra silueta se recorta en el horizonte; hasta en el tronco de un árbol seco caído a lo largo del camino; en la descarnada osamenta de hombre o de bestia arrojada en los campos bajo la lluvia y el sol, en la negrura de las tumbas, en los escombros de ruinas olvidadas, en la amarilla hojarasca que los vientos arrastran en otoño, en todo, absolutamente en todo, está el principio de la Vida, el minúsculo germen de una vida o de múltiples vidas, que un día formarán legiones de seres imperceptibles que en transformaciones continuas, permanentes, porque ninguna fuerza podrá detener, llegarán a través de inmensas edades a individualizarse en especies, en razas, en familias.

“Y la Botánica les llamará Reino Vegetal, y estudiará su conformación, sus propiedades, sus colores y aspectos, sus condiciones de vida y modo de reproducción. Seres inanimados pero vivos, que perciben los ardores quemantes del sol, la frescura de las lluvias y la mordedura de los hielos.

“Y más tarde la Zoología les llamará Reino Animal, y los estudiará como a las plantas y las flores, y los encontrará capaces de sentimientos de amor, de odio, de furor, de deseos.

“Los amaneceres de una inteligencia que impulsa a obrar, a buscar, a defenderse, a lo cual le llamará “instinto”, precursor del día radiante y pleno de la inteligencia, cuando a toda esa maravillosa multiplicidad de vida pueda la Ciencia maravillada llamarle por fin Reino Humano.

“¡Que inmensa cadena de edades, de siglos y de años ha necesitado el principio de vida, palpitando imperceptible en el inmóvil peñasco que recorta su negra silueta en el horizonte, para transformarse de guijarro en insecto, de insecto en colibrí, en ave del paraíso, en cóndor de las montañas nevadas, en cisnes y ánades de las aguas serenas, en mansas majadas de las praderas o en bestias feroces de las selvas!

“Y cuando por fin el Reino Humano ha coronado triunfador tan lentos pero seguros prodigios de transformación ascendente, aún continúa imperturbable la majestad poderosa de la Evolución, porque sabe que no ha terminado su obra... ¿Qué falta a la maga invencible y eterna de la Evolución para hacer aún perfecta su obra?

“¡Le falta transformar el hombre-tiniebla de ignorancia, en hombre-luz que piense y razone; en hombre-amor que sienta y que ame; en hombre-ángel que camine con sus pies sobre la tierra y su alma chispa divina e inmortal vuele a las alturas del Ideal Supremo, de que surgió en un remoto pasado sin medida, y donde debe tornar como una llama viva atraída por la Eterna Claridad del Infinito!”

“El sonoro golpe del gong ha resonado en el sagrado recinto y Yhasua, con su faz radiante como si un halo de luz solar nimbara su cabeza, miró al Gran Servidor y su mirada interrogaba...

“— ¡Sí, Hijo de Dios!... Sí. La verdad está en tus palabras. Eres Ungido de la Verdad Eterna. Y Dios es la Verdad.

“La disertación del joven Maestro, pasados unos momentos de descanso, continuó así:

“Cuarta cuestión:

“LEY DEL AMOR”

“Hemos visto como la chispa errante, de origen divino y destinos eternos, ha corrido durante largas edades subiendo en ascenso ininterumpido por la infinita escala que le presenta la Ley de la Evolución, por donde le hace llegar por fin a la gloriosa coronación del ser humano que piensa y que ama.

“Nos corresponde, pues, analizar lo que es esta suprema conquista: capacidad de amar, o sea, qué cosa es el amor.

“El libre albedrío que es la primera facultad que se abre paso en el mundo interno del ser, apenas adquiere los primeros asomos de comprensión, le permite usar y abusar de todo cuanto existe a su alrededor, tal como si la Eterna Potencia Creadora repudiara toda especie de esclavitud en los seres conscientes, y buscara y pidiera la ofrenda libre y voluntariamente ofrecida de todo lo noble, bello y bueno que es posible ejecutar en la vida.

“Mas, el ser humano abusa también de la capacidad de amar.

“Y profana ese nombre: ¡Amor!

“¡Y entorpece sus finalidades! Y enloda su clámide blanca entre el lodo y la sangre de horrendos delitos que nada tienen de común con ese divino sentimiento, emanación del Eterno Infinito que lo sembró en la humana naturaleza para su dicha y su gloria, y ella hace de él, abominables engendros de depravaciones, de dolores y de muerte.

“Mas, perdonadme, venerables Maestros míos, que no avance por ese camino demasiado oscuro y pavoroso para un jovencuelo que apenas alcanza a contemplar la vida desde la tranquila terraza del hogar paterno y desde el pórtico sagrado de los Santuarios Esenios.

“Templo ha sido para mí el primero y templos han sido y son los segundos. Y a través de este prisma que tiñe de amatista y oro el crepúsculo suave del amanecer, sólo puedo pintar en mi lienzo el diseño de los grandes y nobles amores que he visto vivir en torno mío y que yo mismo he vivido como hombre en los breves veinte años que cuento de vida en la Tierra.

“¿Qué es, pues, el Amor, sentimiento que vive y reina como un soberano en el alma humana? Yo lo defino como el lazo invisible y suavísimo que acerca las almas unas a otras, que las estrecha y las une hasta

ponerlas al mismo tono en sus vibraciones más íntimas, en el pensar y en el sentir.

“Y unas veces se llama: Amistad, y es una virgen pura que viste de blanco y lleva en la frente corona de rosas y madreselvas. Su corazón, que se abre como un loto en las aguas serenas, no albergó jamás la falsedad, la deslealtad y el engaño. Comparte la dicha de los felices y enjuga el llanto de los que lloran.

“¿Qué tesoro puede compararse al tesoro de una amistad leal, sincera, manifestada a través de abnegaciones y ternuras que irradian luz de un cirio en las tinieblas, y alumbramos nuestros pasos en horas de vacilaciones y de incertidumbre?

“¡Es la amistad un cristal de agua marina, en el prisma maravilloso del amor es un zafiro azulado, límpido como el azul de los cielos en el cual van apareciendo, como estrellas en noche serena, la confianza alentadora, el aplauso sincero, el consejo sabio y oportuno en momentos de ofuscación, la mano suave que aparta el escollo, y deja caer una flor en el camino, y señala el oasis al peregrino en el desierto!...”

“El joven Maestro se detuvo un momento en su discurso, porque una dulce y suave evocación le transportó como una ráfaga de brisa a la casita de piedra cercana al Tabor, donde una hermosa adolescente que jugaba con una gacela, le había hecho sentir la celestial suavidad de un amor inocente... Pensó en Yohanán que pocas noches antes le hablaba de corazón a corazón, con profunda sabiduría, como la de un Anciano que enciende luz en su ventana para alumbrar a un viajero que pasa...”

“El Tribunal de Maestros respetó aquel silencio, porque bien comprendió que respondía a una o a muchas tiernas evocaciones.

“Y la disertación continuó deslizándose como un vuelo sereno del pensamiento alado del joven Maestro:

“Es el Amor como un árbol gigantesco plantado a la vera de un caudaloso río de inagotables aguas. Y la amistad es una de sus ramas exuberantes cuyas flores y frutos producen el bienestar, la dicha y la paz de innúmeras almas que tuvieron la dicha de cobijarse a su sombra. Mas..., triste es decirlo. ¡Cuán pocos son los seres que en este mundo han alcanzado la evolución necesaria para que se abra en ellos esta flor del cielo que llamamos “amistad”!

“El más perfecto altruismo, el más absoluto desinterés que no busca ni pide el derecho de posesión ni compensación alguna, como no sea la dulzura misma del afecto, de la comprensión y afinidad completa de las almas que se asemejan como gotas de agua de un mismo manantial. Tal es la esencia pura que da vida a ese nobilísimo sentimiento que se ha llamado amistad.

“En muchos de sus aspectos se podría comparar con el amor maternal

sin egoísmo, sin interés, dispuesto siempre al sacrificio con una abnegación sin límites ni medida. Todo por el bien, la dicha y la gloria del amigo, sin que ni los celos, ni la desconfianza, ni la duda pongan jamás una sombra entre los que se encontraron un día en los caminos de la vida, se sintieron afines, vibrando al mismo tono y andando al mismo nivel.

“El amigo verdadero, decía un grabado mural del Santuario Kobda de Neghadá, es un tesoro que si hubiera de comprarse, no habría en la tierra tesoros bastantes para pagarlo.

“¿Qué es, pues, la amistad? Maestros míos: vosotros lo sabéis bien. En mis breves veinte años, me veo envuelto en la suavidad de su manto de seda que aparta de mí todas las asperezas, todas las espinas, todas las tinieblas. Y debido a eso no puedo hacer otro esbozo del “amor de amistad”, que la copia exacta de lo que mi corazón de hombre ha visto, vivido y sentido en el corto tiempo de mi actual existencia terrestre. Es la amistad, lo que más se asemeja en mi concepto al amor del Padre Celestial a sus criaturas, que todo lo da y nada pide ni espera sino su bien, su dicha, su eterna felicidad.

“El árbol frondoso del Amor plantado a la vera de un río de caudalosas aguas, tiene en verdad múltiples ramas, cuya variedad es casi infinita. Afectos profundos reconocen como origen los vínculos de la sangre y ellos forman “la familia”, ese primer pórtico, digámoslo así, del santuario excelso del Amor hacia el cual la Suprema Potencia conduce a las humanidades de todos los mundos existentes, y de las que existirán en el futuro sin fin de la eternidad.

Mas, es necesario reconocer que los vínculos de la sangre que forman la familia, no siempre traen consigo la afinidad de las almas, que es la base fundamental de todo amor verdadero.

“Cuando en el andar de la vida se encuentran dos seres de igual evolución y, un grande amor los une en sagrado matrimonio, darán vida seguramente a seres que por afinidad con sus progenitores se acercan a ellos. Y es entonces cuando aparecen esos hogares-templos de amor, de paz y de dicha, que tan rara vez se encuentran en la humanidad terrestre, cuyo bajo nivel de evolución no atrae en gran mayoría a los espíritus de avanzado progreso espiritual y moral.

“Y como una inmensa esfera luminosa y radiante, aparece sobre todos los amores humanos, el amor al Eterno Ideal, símbolo y promesa de todo lo más bello, lo más bueno y lo más grande que puede concebir la humana inteligencia. Y las humanidades primitivas y las menos avanzadas han buscado y buscan desde los albores de la razón algo superior a ellas mismas para rendirles el homenaje de su veneración y de su amor. Y escogieron algunas de las magnificencias de la Naturaleza: el fuego, el aire, los astros, un árbol, un pájaro, una flor, un insecto.

“Las Inteligencias adelantadas, en largas meditaciones, ahondan en lo profundo de la infinita inmensidad desconocida, y claman con la voz sin ruido del interno Yo, por agua fresca que apague la sed de conocimientos; por luz que ilumine las tinieblas.

“Y el alma humana que ha escalado cimas de evolución, presiente a la Divinidad, adivina sus perfecciones, su infinita grandeza, su ilimitado poder, la rectitud soberana de su justicia y, sobre todo, su Amor Eterno que le está repitiendo con voces sin sonido pero claramente perceptibles: “¡Ámame sobre todas las cosas visibles e invisibles, porque Yo soy tu Dueño, tu Padre, tu Hacedor! ¡Por Mí respiras, vives y sientes, porque Yo soy tu vida, tu dicha, tu bien, tu inmortalidad!...” Y el alma del hombre por la comprensión sabe por fin que ha encontrado la causa y fin de su vida, ese algo Supremo y Eterno a quien rendir lo más puro, noble y excelso de su adoración y de su amor. Ha encontrado por fin al Ideal Eterno y ante Él se vuelve átomo que se diluye suavemente, gota de agua que se esparce hasta secarse.

“Y en un delirio supremo de dicha, de gloria, de amor extático, le dice cual si le palpara con sus manos y en sus pupilas se hubiera grabado su imagen:

“Como un cirio que arde ante Ti sin consumirse, quisiera yo ser en Tu Presencia ¡Oh, Supremo Ideal encontrado por fin después de tanto soñarte y buscarte!

“¡Este cirio no te habla, no se queja ni te pide nada! ¡Tan sólo levanta hacia Ti su temblorosa llama para decirte que él vive, tiembla, siente y palpita ante Ti! ¡Ardiendo siempre! ¡Que los vendavales de la vida no han podido apagarle! ¡Ni los helados témpanos de abandonos e ingratitudes, ni los huracanes internos de Psiquis atormentada por la duda, ni el frío de la soledad, no pudieron extinguir esta llamita de oro que parpadea ante Ti como un silencioso beso de fuego de mi alma a tu Suprema Existencia, Luz Eterna y radiante que me inunda de vida, de claridad y de amor!...”

“Y el hálito de fuego de este amor soberano impulsa al alma a dar saltos formidables sobre todos los abismos, que la incomprensión del mundo que le rodea le opone como insalvables obstáculos. Y detrás del espanto y el horror natural que causa el sacrificio a la humana naturaleza, este infinito amor le presenta la áurea visión de la Divina Presencia, de la Eterna Belleza, de la Bondad Suprema con la que se unirá en un abrazo eterno que nadie le podrá arrebatarse jamás.

“¡Más aún, adquiere la certeza de que será dueño de los poderes mismos de la Divinidad para impulsar humanidades a su evolución y su progreso; para descender a los tenebrosos mundos de dolor y de expiación a donde fueron arrastrados por la Ley de Justicia, innumerables almas que un día le pertenecieron en herencia y cuya larga

cadena de vidas delictuosas y en abierta oposición a la Ley Divina, les abrieron aquellos abismos de horror y sufrimiento!

“¿Qué más hace este Amor Soberano en el alma que lo alberga en sí misma?

“¡Oh!... Paréceme también que la transforma como en un pájaro errante volando por los ilimitados campos del Infinito sin cansarse jamás, en busca de almas que tengan fibras de redentores para sacrificarlo todo y hasta la vida misma, con el solo fin de salvar criaturas de Dios de la vorágine espantosa en que por largas edades las sumerge el quebrantamiento de la Eterna Ley...”

“El joven Maestro se exaltaba notablemente hasta un grado de intensidad que debía perjudicar su sistema nervioso, y el Gran Servidor hizo sonar nuevamente el gong.

“Yhasua exhaló un gran suspiro de indefinible significado. ¿Sería ascensión al éxtasis, visión inefable de su espíritu absorbido por la potencialidad del Divino Ideal a quien cantaba un himno de suavísimas notas?

“—Basta, hijo mío —díjole el Anciano conmovido—. El Amor Divino habla por tu boca en los más bellos tonos. Si el Tribunal piensa a tono conmigo, eximiremos a este aventajado aspirante de explicarse sobre la Ley de Justicia, porque de antemano sabemos que para ÉL, la Justicia Divina es también una gloriosa faceta del Amor excelso del Eterno Poder para todas sus creaciones.

“Todos los Ancianos levantaron su diestra, señal acostumbrada de acuerdo perfecto.

“—Explicadnos cómo comprendéis a las Inteligencias Superiores, o Mesías Conductores de Humanidades —añadió el Gran Servidor.

“Yhasua se explicó de esta manera:

“Quinta cuestión:

“LOS MESÍAS”

“—Entiendo que las Inteligencias llegadas a la perfección desarrollan actividades estupendas, maravillosas, que sobrepasan en mucho las capacidades y poderes propias de los seres encarnados en mundos de mediana evolución.

“Y para que mi débil mente de encarnado en esta Tierra no se desoriente ni divague ante el panorama de infinitas proporciones que se le presentan a la sola enunciación del tema, me circunscribiré a una sola vida mesiánica: la vida excelsa de nuestro Padre Común: “Sirio”, que ha dado nombre a la magnífica constelación que vierte sus eternos esplendores en el Universo de mundos visibles desde nuestro plano físico.

“Hablar de una Vida Mesiánica, es hablar de todas las Inteligencias que han llegado a los estrados augustos de la Divinidad.

“Son los Semidioses de la fe de los pueblos en todas las religiones de todos los mundos.

“Las más antiguas Escrituras Sagradas que he alcanzado a estudiar en mis breves veinte años, me han dicho todo cuanto mi débil mente y pobre comprensión es capaz de asimilar.

“Hablar de nuestro Padre Sirio me anonada casi hasta diluirme en un mar inconmensurable donde todo es luz, belleza y amor.

“Las humanidades de siete mundos gloriosos son sus hijos; son creaciones suyas en sus formas físicas de variedad infinita. Y en su faz espiritual son como el diamante en bruto arrancado de las entrañas de la roca, y bruñido y pulido hasta darle el resplandor de una estrella.

“¿Qué millones de millones de siglos ha necesitado la constancia invencible de un Mesías para que unas algas marinas, un puñado de corales, las luciérnagas de las noches de estío, las mariposas de los jardines, los pajarillos de los bosques, toda vida que se agita en torno suyo, llegue a través de largas edades a una mente lúcida donde puedan reflejarse las verdades y bellezas del Infinito? ¿Para que lleguen a formar humanidades que pueblen los mundos que la Eterna Potencia le ha confiado, como da un padre a sus hijos un campo para sembrar?

“Educar un pueblo y conducirlo a la verdad, al bien, y a la paz, nos parece obra de gigantes. ¿Qué será, para nuestra débil mente, el abarcar la grandeza casi infinita de un ser, que ha sido capaz de forjar a fuerza de inauditos sacrificios y dolorosas inmolaciones, las humanidades de varios mundos hasta hacerlas entrar en la pléyade gloriosa de los que viven en la paz, la justicia y el amor universal?

“Y refiriéndome en particular a las siete esferas radiantes que forman la Constelación de Sirio, sólo puedo circunscribirme a los magníficos relatos procedentes de Inteligencias hermanas, que desde aquellos luminosos cielos han hecho llegar a esta Tierra sus mensajes iluminadores, plenos de amor, de paz y de sabiduría.

“Uno de los numerosos hijos espirituales de Sirio había terminado con grandes méritos una existencia física en la personalidad de Northia, y le fue concedido un descanso en su mundo de origen, una de las Siete Estrellas de la Constelación de Sirio. Y en un instante de amor y de luz, dio a los Kobdas del Mar Hircanio este mensaje”.

Y Yhasua leyó en un pergamino—:

“¡Hermanos de la Tierra! En mi ansiosa búsqueda de un ser terrestre a quien anunciar la maravillosa vida que la Eterna Potencia me concede como un descanso en mi mundo de origen, encuentro la serena quietud de vuestro templo para pedirlos que me prestéis atención. Almas justas

consagradas a la “vida intermedia” entre los cielos y la tierra, podréis comprender mis pensamientos que trataré de emitir con la mayor claridad posible. Quiero que el conocimiento de las compensaciones divinas para todo esfuerzo realizado con amor y para el bien de nuestros hermanos, sea un poderoso estímulo a todas vuestras energías.

“El saber que este estado de intenso amor y de inefable dicha será de corta duración, no amengua en nada su real grandeza.

“Ora asisto a espectáculos grandiosos de Inteligencias radiantes que se unen en un concierto de melodías, de amor, de dicha infinita, y mi pobre mente comprende que se prepara algo así como una recepción a alguien muy grande, muy superior, que llega a lo excelso.

“Es la entrada triunfal de un alma compañera que se ha desprendido de su cuerpo material en algún mundo en el que ha soportado enormes dolores, después de haber realizado el mayor bien que puede hacer un ser a toda una humanidad.

Ha luchado como un héroe..., ha padecido como un mártir y ha recogido como compensación en aquel mundo a donde fuera enviado, las más viles ingratitudes y una desencarnación de tragedia y de horror. ¡Pero ha vencido! ¡Es un triunfador!

“Y como a un héroe, a un mártir de su deber, a un triunfador invencible, le reciben en su Alcázar Eterno sus hermanos de evolución.

“Este cielo está de fiesta. Y yo participo de esta gloria, de esta grandiosa recepción, sin haber hecho nada para merecerla.

“Recogemos flores divinas en belleza, colorido y perfumes, de jardines que no se ve dónde empiezan ni dónde acaban, y las esparcimos al espacio ilimitado con la idea fija de que cada flor sea un efluvio del Amor Universal y Eterno, para cada ser inteligente que le reciba en cualquiera de las múltiples esferas que pueblan el infinito Universo. Son como flores vivas que llevan en sí un mensaje: las unas de amor, otras de piedad, de indulgencia, de perdón, de desinterés, de altruismo absoluto, de consuelo, de esperanza.

“Y yo pregunto: ¿qué es esto que hacemos? ¿Por qué lo hacemos y cuáles son los fines, resultados y efectos?

“Y como estos interrogantes vibran en muchas mentes en iguales condiciones que la mía, veo como telones diáfanos que se recorren para dejar al descubierto panoramas y escenas como recortes de planos físicos, en que seres poderosos encarnados están por decretar muertes, guerras, exterminio en masas, por medio de explosiones, de envenenamiento del aire o de las aguas, luchas fratricidas entre países, razas, pueblos que ignoro dónde están y quiénes son. Pero veo y comprendo que nuestras flores, como luminosas y calladas mensajeras, se esparcen como chispas y van y llegan.

“Y cual si tuvieran magia de amor, de bien, de todo lo bello y bueno que llevan en sí mismas, realizan aquello para lo que fueron enviadas. Y veo y comprendo más aún: veo que forman como coraza o envoltura alrededor de seres determinados que viven vidas de justos, de santos, en medio de aquellos pueblos amenazados por los odios de poderosos magnates. Y la Luz Divina, como si tuviera voz, me hace sentir esta expresión: “Por amor a ellos, la Eterna Potencia detiene todos esos horrores que los genios del mal decretan unos en contra de los otros”.

“Y un día..., si es que puedo dar tal nombre a un momento, a una hora, en que distingo un luminar radiosísimo que no sé si se me acerca o yo me acerco a él, y todos sentimos como un desfallecimiento de ternura, de amor, de inefable y dulcísima dicha.

“De otra opuesta dirección, otro radiante luminar como inmenso disco resplandeciente se acerca. Veo que ambos tienen contornos como de cuerpos humanos transparentes, sutiles. Luego percibo la faz de divina belleza, y la vibración de paz y serenidad que irradian en torno suyo.

“Se encuentran, se abrazan con indecible amor, y al expresarse sus recíprocos pensamientos, aparecen de súbito largas filas de seres en pos de cada uno de ellos.

“—¿Qué es, esto?, pregunto, maravillada de tan inexpresable conjunto de belleza.

“Y como siempre hay una voz que contesta a todos los interrogantes, siento que dice: “Son dos Mesías que se encuentran y el uno hace entrega a su compañero de siglos, de la porción de almas que le ayudarán en la redención y evolución del mundo que debe prohiar y cultivar en adelante”.

“El joven Maestro dejó sobre el pupitre el pergamino y continuó su disertación:

“Las Inteligencias purificadas son Creadoras, Instructoras y Conductoras de los mundos que han poblado de vidas embrionarias primero, que a través de largas edades llegan a vidas humanas, a seres conscientes dotados de un espíritu inmortal que piensa y ama, y que entrarán también un día al Santuario Eterno de las Inteligencias Purificadas y Perfectas.

“Y así, de escalón en escalón, de cumbre en cumbre, de cielo en cielo, van trepando esos grandes Semidioses hasta llegar a la Suprema Unidad Divina, después de millares de existencias físicas, y actividades estupendas que producen vértigo a nuestra débil mentalidad, hasta llegar a preguntarnos a nosotros mismos:

“¿Cómo pudieron realizar tales maravillas y prodigios, seres que estuvieron como nosotros revestidos de una materia física que sufre

todas las contingencias de la humana naturaleza, y toda la incomprensión y la maldad de las humanidades que les rodean?

“Venerables maestros míos. Os confieso francamente que me siento infinitamente pequeño para continuar este sencillo esbozo de un principiante, de lo que son las actividades, las capacidades y aptitudes espirituales y morales de esas grandes Inteligencias que en unión perfecta con el Eterno Invisible, con la Suprema Potencia, con el Infinito Amor, forman parte de su gloriosa Eternidad, de su Potencialidad Suprema, de su Eterno e Infinito Amor.

“Lo que este humilde alumno no sabe acaso expresar, lo ha expresado hace ya muchos siglos un filósofo vidente de la perdida Atlántida, que nuestras Escrituras llaman Antulio, cuyas exploraciones siderales lo capacitaron para pintar magníficos cuadros, en que las Grandes Inteligencias llegadas a su plenitud como “Antorchas Eternas” y “Fuegos Magnos” viven sosteniendo al infinito Universo de Mundos con el Poder, la Sabiduría y el Amor que la Eterna Espiral incomprensible, el Eterno Invisible, les envuelve, satura y anima continuada y perdurablemente...”

“El Gran Servidor se puso de pie y no con el martillito sobre el gong sino con sus manos que temblaban, aplaudió sonoramente y todos los Ancianos juntamente con él.

“El examen de Yhasua de Nazareth había terminado y dócilmente se entregó al tierno abrazo de sus viejos Maestros”.

El punzón cayó de las manos de Juan que, como extenuado, dejó caer su cabeza sobre el respaldo del sillón.

103

UN ROBLE MURIÓ DE PIE

Veinte años habían transcurrido desde que el Cristo radiante se separó de los suyos, después de bendecirles en un suave atardecer a orillas del Mar de Galilea.

Y sus amigos que aún sentían viva su imagen y su recuerdo en lo más hondo de su propio espíritu, continuaban con renovado ardor las obras que, en su nombre, realizaban en las regiones y medio ambiente que cada uno se había elegido, bajo la inspiración del mismo excelso Maestro según ellos aseguraban.

¿No les había prometido Él su perenne asistencia, si ellos le ofrecían el don precioso del Amor y la Fe?

“Si vosotros os amáis como yo os amo, el Padre y Yo vendremos a vosotros y haremos morada en vuestros corazones”.

Era palabra suya pronunciada en su despedida la víspera de su muerte. ¿Podría acaso fallar esa palabra suya pronunciada en tan solemne y sagrado momento? Ninguno pudo dudar.

“*Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los tiempos*”, había añadido, aunque sin expresar cuándo y cómo debía llegar esa consumación de los tiempos.

Y los viejos maestros Esenios que iban más lejos en sus interpretaciones de frases referentes al futuro, les explicaban lo que en sus largas meditaciones solitarias habían desentrañado de la penumbra callada del porvenir...

—Las grandes transiciones y transformaciones en los mundos y en las humanidades, se efectúan en períodos de veinticinco mil años —decían los esenios—.

“Y cada final de esos períodos llamados Ciclos se denominaba: la consumación de un tiempo”.

“Y el Verbo de Dios os ha dicho claramente en una de sus pláticas inolvidables: *“Tenéis por delante veinte siglos aún para sembrar en este mundo la semilla del Amor Fraternal, con la que he llenado vuestros sacos de peregrinos eternos”*”.

Los amigos de Yhasua, sabían pues, que con la misma materia en que vivieron junto a Él, no abarcarían veinte centurias de vida física.

La eterna Ley de las existencias de vidas sucesivas hasta llegar a la meta, surgió clara de todas estas meditaciones y sugerencias.

Y pasado el deslumbramiento de los primeros años de ensueño divino, que les producía el amor intenso y el recuerdo más intenso aún del amado amigo ausente, aquietados los corazones, serena e iluminada la mente, fortalecida la voluntad, se entregaron de lleno al severo pensamiento de la responsabilidad contraída con el Verbo Divino hecho hombre.

En el Reino de Dios, ¿no esperaba Él, acaso, que ellos cumplieran como amigos fieles todos los pactos que habían hecho en los años de convivencia y de fuerte amistad? Y el Apóstol Juan, que fue el que más tiempo permaneció en la tierra originaria del Profeta Nazareno, fue también el que más bebió la Divina Sabiduría en sus leyes profundas, eternas y desconocidas de la mayoría de los hombres, porque los Ancianos del Tabor y del Carmelo frecuentaban sus visitas a la Casa de Nazareth, en busca de la reliquia viva que el Maestro les había dejado: su Madre.

Cada plenilunio se reunían los Ancianos maestros Esenios, en aquel viejo Cenáculo donde tantas veces había resonado la palabra del Hijo de Dios, niño, adolescente y hombre. Y aquellos cuatro Doctores que le siguieron hasta la muerte, eran asiduos concurrentes a esas asambleas en que el pensamiento del Cristo flotaba sobre ellos, como el resplandor de

un astro lejano que lo mismo que la claridad lunar iluminaba el paisaje, sus almas eran también iluminadas.

La Casa de Nazareth, fue, pues, para los cristianos de Palestina lo que no pudo ser Jerusalén, donde ardía el odio al Hombre Santo que hizo resonar de nuevo las palabras de bronce de Isaías: “Estoy harto de sacrificios de animales –dice Jehová–. Yo sólo quiero las obras de misericordia y los corazones limpios de toda maldad, y las manos puras y no manchadas de sangre”.

“Muerto el Pastor, se dispersan las ovejas”. Solía decir el Maestro pensando en el futuro; Y a la verdad, eran ya pocos los Amigos de Yhasua que aún permanecían en Palestina.

Las montañas y los desiertos de Arabia habían brindado seguro asilo a los primeros proscriptos de la tierra natal, porque el Scheiff Ilderín seguía escuchando en su corazón la frase de bronce del “Doncel de los cabellos de oro”, como él llamaba al Maestro, cuando le conoció en su primera juventud.

El gran amigo Simónides, padre, más que amigo, de todos los amigos de su Soberano Rey de Israel, partía de este mundo a reunirse con su Rey inmortal en el Reino Eterno prometido por Él a sus seguidores. Llegó sereno y decidido hasta el año cincuenta y tres de la Nueva Era, o sea, veinte años después de la muerte de su Rey y Señor.

Sucedió que al anoecer del día que cumplía ciento tres años de vida física, el valiente Anciano se había sentado en su mesa de trabajo y hacía proyectos para el siguiente día, en que debían celebrar el aniversario de la inauguración de aquel magnífico santuario, construido en el subsuelo de lo que fuera fortaleza del Rey Jebuz de la Gerar prehistórica. El lector recordará seguramente la magnificencia de aquellas instalaciones, delineadas por Simónides para su Rey inmortal. Y recordará, con infinita placidez, la actuación plena de sublimidad y nobleza del joven Maestro en aquella oportunidad...

La dulce añoranza llenó su alma de ternura y de paz. En la suave quietud de la suntuosa sala despacho, veíase entre el círculo de luz de una lámpara colgante la austera persona del Anciano que a media voz murmuraba: “Mi Señor... es verdad que te fuiste de esta tierra cargada de maldad y de crimen, pero no de mi corazón, donde tú sabes que vives como el día primero que te vieran mis ojos.

“¡No temo los achaques de la vejez, si puedo aún trabajar para ti, mi Señor, y en el nombre tuyo! Es hermosa la vida, aún con todo su cortejo de dolores, si ella sirve para hacer florecer tus ideales, Soberano Rey mío, sobre todos los hombres capaces de comprenderte y seguirte”.

Acababa de firmar órdenes de pago y letras a cobrar, presentadas esa tarde por Lelio de Antioquía, su Notario Mayor, más numerosas

advertencias a los capitanes de buques mercantes y a los jefes de las caravanas. La quietud y el silencio le adurmieron poco a poco, hasta que su cabeza se recostó en el respaldo del amplio sillón. En tal posición le encontró horas después su Notario Lelio cuando fue a recoger los documentos firmados.

Pero Simónides de En-Rogel no estaba ya en su despacho. Su Rey inmortal le había llamado a su Reino Eterno, porque aquel siervo fiel había cumplido ampliamente su tarea. Y como a él le complacía ver los árboles que morían de pie, pudo verse a sí mismo, rígido ante su mesa de trabajo, como si aún se sintiera capaz de continuarlo por tiempo indeterminado.

Un síncope cardíaco, tan común en la edad de ese viejo corazón, puso fin a tan laboriosa vida de sufrimiento y honrado trabajo.

Inmensa fue la desolación de sus hermanos de ideales que vieron siempre en él, no solamente el *libro vivo* que les orientaba en sus dificultades e incertidumbres, sino el apoyo moral y material en el recorrido a veces duro y penoso de la senda que cada cual se demarcó por sí mismo, para la maravillosa siembra de amor, de esperanza y de fe que debían realizar en cumplimiento del designio esbozado por el Divino Amigo desaparecido.

¿Quién reemplazaría al fuerte roble que se derrumba al empuje inexorable del tiempo?

José de Arimathea, Nicodemus y Marcos que, por encontrarse más cerca, conocieron al día siguiente la triste noticia, acudieron a Jerusalén después de años de no haber traspasado sus viejas murallas.

El Notario Mayor de los seis que habían colaborado, bajo la dirección del Anciano, en la administración de la gran fortuna que dejara a sus herederos el Príncipe Ithamar, había despachado mensajeros hacia todos los lugares donde juzgó de imprescindible necesidad que lo conocieran cuanto antes.

Aquel Anciano desaparecido, era para todos los Amigos de Yhasua, algo mucho más grande que un Rey coronado de oro y pedrería, vestido de púrpura y armiño.

En él se estrellaban todos los enemigos del Cristo y de su enseñanza, morían deshechas las persecuciones que se fueron sucediendo en forma parcial y sordamente por temor a la justicia romana. Desde la horrible tragedia que costó la vida al Apóstol Santiago y al Diácono Stéfanos, Simónides había sido el peñón de granito en que se estrellaron las furias del Sanhedrín.

Hasta la hora final de su vida, lamentó Simónides aquel viaje a Antioquía que le ausentó por breve tiempo de la trágica Judea, tiempo en el cual ocurrieron tan tremendos asesinatos.

Tenía el anciano la pretensión de que su presencia en Jerusalén lo hubiese evitado. Y enternecía el alma oírle dialogar con su soberano Rey de Israel en ese sentido: “Mi Señor –decía con la voz temblorosa de emoción–, ¿por qué no iluminaste la obtusa mente de tu servidor, que no se hubiera movido de este sitio aunque se hundiera el mundo, pero salvaba esas vidas que valían mucho más que la mía?”

Y no se movió más fuera de los muros de Jerusalén.

—Sólo esta dura corteza de piedra puede resistir la vida entre el odio y el furor de los chacales disfrazados de sacerdotes y de jueces. —Repetía siempre, cada vez que se mencionaba la aversión del Sanhedrín para las nuevas ideas.

Explicado esto, se comprenderá, pues, lo que fue para la Palestina Cristiana la desaparición del viejo roble en que se estrellaban todos los huracanes. El Príncipe Judá se embarcó en el mismo velero que le llevó la noticia, y cuando estuvo en el viejo hogar paterno convocó a los pocos amigos que aún quedaban en la ciudad asesina del Justo, con el fin de tomar nuevas orientaciones y seguridades para los que, por motivos insalvables, se vieran obligados a permanecer en Jerusalén.

Muchos anuncios de orden espiritual se habían recibido, y en todos ellos podían comprender que un terrible cataclismo se desataría sobre la ciudad que había sacrificado al Ungido de Dios.

Y apenas terminadas las honras fúnebres de nueve días, según la costumbre, comenzó el éxodo definitivo de los *cristianos* o *nazarenos*, como se los llamaba entonces, los unos hacia Galilea, Samaria y Siria, los otros más allá de la opuesta ribera del Jordán, a donde llegaba la influencia poderosa del Rey de Arabia y del Scheiff Ilderín.

El Príncipe Judá hizo permuta del amado palacio de su niñez, cofre de tantos recuerdos, a un Tribuno militar que mandaba la guarnición de las Fortalezas romanas existentes en la ciudad. El Tribuno le daba en cambio la antigua residencia paterna en Roma, ubicada en la proximidad de la Puerta Capena, que se abría sobre la Vía Latina de la cual se bifurcaba la gran Vía Apia.

Era esta casa inferior como valor material al suntuoso Palacio Ithamar, pero se encontraba en la capital del mundo civilizado y justamente en el barrio que, por entonces, era el alojamiento de la cristiandad naciente, y estaba más fácilmente en contacto con las posesiones del Príncipe Judá en el Lacio.

Pareciera que su ingenio de administrador fuera una herencia espiritual de Simónides, cuyas normas financieras evocaba constantemente Judá.

—Mi insustituible Simónides lo hubiera hecho de esta manera” —repetía Judá, siempre que se trataba de resoluciones importantes. Cinco lunas permaneció Judá en la tierra de sus padres, arreglando todo cuanto

podía significar seguridad tranquila y duradera para los adeptos al Divino Amigo desaparecido, que por causas diversas quedaban en el país.

Liquidó sus vastas propiedades y negocios en la Palestina y al reallizarlo, hizo legados de tierras, de buques, de las caravanas, a aquellos de sus hermanos en la fe que reconocía capaces de permanecer fieles a la enseñanza del Hombre único, que pudo transformar su Ideal de engrandecimiento humano para su patria, en paz y grandeza espiritual para todas las razas y pueblos de la tierra. Y repetía siempre: —Ya dejé de ser un Príncipe judío que busca la grandeza y la gloria de su pueblo, porque Él me transformó en un hombre que quiere la libertad, la fraternidad y la justicia para todo ser que quiera conquistarlas por la elevación intelectual, moral y social de su propio yo consciente y lúcido.

Tal como lo quería el genio inmortal de Yhasua, mi Rey Eterno.

Sus caravanas de Damasco a Filadelfia y Gaza, las entregó a los cuatro jóvenes árabes que tuvo Simónides como colaboradores y agentes en la vasta administración de sus bienes. Fueron los protegidos y discípulos del Príncipe Melchor de Horeb, y habían demostrado una rectitud, desinterés y nobleza dignos de su primer Maestro.

De su flota marítima sólo quiso conservar para sí cuatro veleros rápidos de pasajeros y carga: el “Quintus Arrius”, el “Ithamar”, el “Fidelis” y el “Salvatoris”.

El “Thirsa” lo envió a Cirenaica, destinado a Faqui, el gran amigo y compañero que en la hora más trágica y terrible de su vida, le salvó de morir como un desesperado suicida.

El barco que llevaba el nombre de “Esther”, quiso Nebai que fuera donación para los esenios del Tabor y del Carmelo, entre los cuales se hallaban aún algunos de aquellos que protegieron y salvaron a sus padres; y fueron la providencia viviente de la casita de piedra, encantadora cuna de su niñez, paraíso de su adolescencia, junto a la “fuente de las palomas” mirándose a los ojos Divinos de Yhasua que deshojaba para ella rosas de amor y lirios blancos de fe y de esperanza, que florecían por siempre en su corazón.

Este barco matriculado en Tolemaida, sería el salvador en casos urgentes de las familias cristianas vinculadas a los solitarios, y que se vieran en necesidad de emigrar a lejanos países.

En seis ciudades quedó establecida la “Santa Alianza” como Institución Romana de Beneficencia y de propiedad exclusiva de Quintus Arrius, en previsión de posibles ataques del Sanhedrín.

En Tiro, en Joppe, en Tolemaida, en Jericó, en Sevthópolis y en Cesarea, de éstas dependían en calidad de filiales los Dispensarios de Sebaste, Nazareth, Séphoris, Cafarnaum, Arimathea, Betlehem y Gaza.

Al igual que lo hiciera el Soberano Rey y su fiel servidor Simónides, el Príncipe Judá no dejó en olvido a nadie de todos aquellos que amaron al excelso Maestro, sembrador de amor, de salud y de paz, sobre cuantos doloridos se cruzaron en su camino.

104

EL CRISTO EN SAMARIA

El Santuario Esenio de las grutas del Monte Ebath en Samaria, fue la cuna del Cristianismo de esa región de la Palestina, como se verá en estas páginas.

Y fueron los Diáconos Felipe y Nicanor los fervientes animadores de la enseñanza del Cristo en Sebaste, en Sichen y por fin en la ciudad de Cesarea, puerto importante de aquella época.

A tres de los discípulos jóvenes del Cristo Mártir encomendó Judá la vigilancia y seguridad de sus seguidores: Felipe, Nicanor y Saúl, hijo de Gabes, Capitán del velero “Quintus Arrius” como recordará el lector.

Y para servir de constante comunicación entre Palestina, Alejandría y Roma, Judá se reservó este barco, uno de los mejores equipados de la flota que tan hábilmente había administrado Simónides.

El “Ithamar” y el “Jordán” a cargo de los hijos de Nicodemus y José de Arimathea, estarían igualmente destinados a viajes periódicos entre Antioquía, Laconia (Grecia), Siracusa, Nápoles y Marsella. El “Fidelis”, pequeño y rápido velero, fue destinado a la Aldea del Lago Merik y a Ipsambul sobre el Nilo, con escritura de donación a Zebeo y Matheo, primeros heraldos del Cristo en el África del Norte, a los que más tarde se unió Marcos, que fue en su ancianidad fundador del Patriarcado de Alejandría.

Los Diáconos Felipe y Nicanor y el Capitán Saúl, estaban radicados en la ciudad de Cesarea, cuya población griega y romana en gran mayoría, les ofrecía menos dificultades para difundir la nueva doctrina.

Y aunque residía también allí mucho elemento judío, la acción del Sanhedrín no podía manifestarse con la prepotencia de Jerusalén, porque el Gobernador Romano había establecido su residencia oficial en Cesarea con el fin de estar en más fácil comunicación con el Delegado Imperial de Antioquía y con Roma misma.

Era Cesarea por entonces importante ciudad de Palestina y el mejor de sus puertos, y el flamante “Quintus Arrius” todo blanco, con su pabellón amarillo y estrella azul, era como el castillo encantado hacia donde convergían las miradas de los humildes nazarenos aterrorizados por las grandes persecuciones que habían sufrido.

En los últimos años de Simónides había inducido a los amigos de su Rey inmortal a establecerse en Cesarea por ofrecerles mayores seguridades.

Además, el sagaz anciano, en su larga vida de lucha, había descubierto muchos secretos en aquella tierra que le vio nacer y donde tanto padeciera. La ciudad de Cesarea había sido edificada por el viejo Herodes, sobre la gran plataforma de gruesos bloques de piedra en que estuvo desde siglos atrás, sólidamente afirmada, la Fortaleza que se conoció con el nombre de Torre de Abdastarte.

Herodes sólo había modificado a estilo romano el exterior de aquella vieja Fortaleza, sin tocar a fondo sus cimientos ni su muralla y esto explica muy bien, que los fosos y cuevas de los subsuelos permanecieran ignorados y olvidados por todos los extranjeros civiles o militares que fueron llegando en el pasar de los años por los palacios, termas y circos de que la cubrió. Herodes le dio todo el radiante brillo de ciudad romana, de mármoles y jaspe, lo bastante suntuosa para servir de adulator homenaje al César romano. Y en su nombre se llamó Cesarea.

Simónides, con su largo siglo de vida, la había conocido ennegrecida por el tiempo y los naturales desperfectos de todos los ataques enemigos que la fortaleza había sufrido de parte de los guerreros filisteos, de los ambiciosos fenicios y de los devastadores y crueles asirios, que sembraban el terror y la muerte por donde cruzaban como huracanes de fuego.

Y de igual modo que lo hiciera con los subsuelos de la Fortaleza del Rey Jebuz, lo hizo con las sombrías cuevas y fosos de la fortaleza de Abdastarte, aunque no con la suntuosidad y arte de que hizo derroche en aquella.

Era para su soberano Rey de Israel, que disponía aquellas salas subterráneas a las que revistió de la severa majestad de un templo. ¿No era acaso el Hijo de Dios quien haría oír allí su palabra al pueblo creyente que lo seguía?

Y Simónides, con su traviesa sagacidad, decía a los pocos amigos que conocían el secreto:

—Si se habría figurado el usurpador idumeo que un insignificante viejo como yo, sentaba también sus reales bajo los artesonados y los mármoles de su dorada Cesarea.

Las inmensas cavernas tenían salida al mar, pero el túnel estaba obstruido desde años atrás por los desmoronamientos que nadie se había preocupado de remover. Simónides las había descubierto por los esclavos fugitivos de la Naumaquia de Tiro que, huyendo hacia el sur por los acantilados de la costa, tropezaban con la entrada del túnel y se refugiaban en él.

Y desde entonces su genio previsor tuvo en cuenta aquel ignorado

escondite, al cual, por su orden, se le fueron haciendo reparaciones. La salida al mar estaba media milla al sur y próxima a la desembocadura del riacho Anon, que desde las vertientes del Monte Ebath corría hasta vaciar sus aguas extramuros de la dorada ciudad.

Desde que Felipe, Nicanor y el jovencito Adín designaron a Samaria como campo de acción para sus tareas misioneras, el Anciano Simónides les confió el secreto que debían guardar en absoluto silencio, a fin de tener seguro un lugar de refugio para los que se vieran perseguidos.

La profecía del Cristo clarividente resonaba en los oídos y más aún en el alma del Anciano como la voz permanente de un clarín trágico: “¡Jerusalén!... ¡Jerusalén!... ¡De ti no quedará piedra sobre piedra en el día de la justicia!”.

—Es necesario buscar refugios salvadores lejos de la ciudad, que caerá bajo la espada justiciera de los ángeles de Jehová —decía Simónides, y alentó a Zebeo a conservar en secreto la ciudad subterránea del Lago Merik; y a Judá, los subsuelos de la antigua mansión señorial del Monte Celio junto a la Puerta Capena en Roma, y a Matheo las cámaras secretas del viejo templo de Ipsambul en el Alto Egipto.

Fueron los esenios del Monte Ebath los que templaron el alma vibrante de Felipe, que caía a veces en desalientos profundos ante la incompreensión, el fanatismo y la inercia de las masas populares que sólo buscaban el milagro, lo maravilloso, lo que no cuesta esfuerzo alguno, lo que significa un beneficio material obtenido por poderes ultra-terrestres, sin que los favorecidos hicieran nada más que tender las manos para recibirlos.

Cuántas veces oyó Felipe allí mismo la voz dulce y serena del Cristo que repetía: *“El que pone la mano en el arado y vuelve la cabeza atrás, no es apto para el Reino de los Cielos”*.

Y Felipe tomaba de nuevo su bastón de peregrino y recorría las aldeas perdidas en los laberintos, entre bosques y montañas de la Samaria. Diríase que la Ley Divina quiso transformar el Diácono Felipe en sujeto apto para triunfar en medio de seres incapaces de comprender y aceptar una doctrina, que no apareciera entre el esplendor de lo maravilloso.

Algo así como le ocurriera al gran Moisés en los días lejanos de su gloriosa apoteosis, en que sólo a fuerza de espantables terrores, venció la obstinación de los poderosos y la ignorancia de un pueblo esclavizado.

Y Felipe se vio favorecido con manifestaciones suprafísicas que encendieron la fe y el fervor místico en el pueblo samaritano. Fue en Sebaste, importante ciudad de Samaria, donde tuvieron lugar las manifestaciones prodigiosas que ocasionaron la fundación de una grande y floreciente Congregación Cristiana.

Felipe residía habitualmente en Cesarea, en la gran casa-depósito de mercancías que había establecido allí Simónides. A más de Nicanor

y Adín, vivían también allí el Capitán Saúl con Rhoda, la joven viuda del Diácono Parmenas, hermano mayor de Felipe como recordará el lector.

Felipe y Rhoda fueron los fervientes animadores de la Congregación de Cesarea, que, al igual que todas las establecidas en Palestina, se ocultó bajo la definición de Institución Romana de Beneficencia. Y aunque los socorros y donativos se hacían libremente en la portada de aquella casa, la enseñanza y los cultos eran realizados en las cavernas del vasto subsuelo de la presuntuosa ciudad entregada a sus ruidosos placeres, mientras los amigos de Yhasua oraban silenciosos bajo los jardines y los palacios.

A veces cruzaba por la mente de aquellos amantes del Cristo Mártir este pensamiento doloroso como un gemido del alma: “Las manifestaciones del lujo desenfadado, del vicio del placer en sus formas más audaces y desvergonzadas se exhiben ante todos los ojos, a la luz del sol, y nuestras plegarias, nuestros himnos, nuestra enseñanza, debe esconderse bajo la tierra igual que si fuera delito, ¿por qué, Señor?”

Y ocurrió algunas veces, que esta dolorida queja corrió como una onda sonora por todas las mentes, al escuchar el eco de los ruidosos placeres del exterior, y entonces se obró el prodigio que fue consolación para todos. Una voz suavísima que bajaba de lo alto y se difundía más cerca o más lejos, decía en frases que griegos, romanos y sirios comprendían claramente: *“Porque sois míos y no del mundo, el mundo os desprecia y os oprime. Los que buscan la tierra son de tierra. Los que buscan los cielos son de luz. Son fugaces los goces de este mundo. Son eternas las rosas de mi cruz”*.

—¡Es Él!... ¡Es el Maestro que nos acompaña y nos consuela! —decían entre lloros y aleluyas aquel centenar de amigos suyos, cuya fe y esperanza revivían de nuevo al sonido de esa voz misteriosa que como las voces de Betlehem y del Palacio Henadad les decían claramente: *“Donde reina el Amor, allí reino Yo. El Amor salva todos los abismos y es más fuerte que la muerte”*. Y observaron que, cuando esto sucedía, siempre se encontraba dormido Felipe en su banco, entre Nicanor y Adín, y dormida Rhoda entre el grupo de las doncellas del coro que ella había formado.

Y los asiduos concurrentes a la oración en conjunto que observaron este fenómeno, les decían alegremente:

—Duerme, Rhoda..., duerme, Felipe; que vuestro sueño abre una ojiva en los cielos y por ella nos llega la voz del Maestro.

Algunas veces sucedió que por la noche a horas avanzadas, se veía a Felipe y Rhoda despertando a una familia cristiana amenazada de un incendio, y esto en un pueblo lejano de Cesarea.

Otra vez les vieron volver de un bosque en Sichen con dos niños que se extraviaron y su madre viuda les buscaba desconsolada sin encontrar su rastro. En los bosques de Samaria abundaban las fieras y los niños serían devorados.

Ocurrió que una noche, allá en la ciudad de Tiberias, a orillas del Mar de Galilea, un magnate asirio que se había enamorado de la hija del mayordomo Chuza, hizo entrar secretamente a los jardines a dos siervos suyos para que robasen a la doncella y como un fardo la llevaran a su palacio.

Felipe y Rhoda penetraron en la habitación de los padres, despertaron a Juana, esposa del mayordomo, y le dieron aviso.

Se puso en pie toda la servidumbre y apresaron a los raptos. Estos sucesos se repitieron continuamente, hasta que un malintencionado de los muchos que hay en todos los tiempos y en todas partes, ignorante de las fuerzas y poderes benéficos que la Divina Ley otorga a determinados seres dotados de facultades psíquicas especiales, dijo en gran reserva al Capitán Saúl, esposo de Rhoda: —Tu mujer aprovecha muy bien tus viajes y se pasea a gusto por todas partes a altas horas de la noche con su cuñado, el Profeta de los Nazarenos. Estas viudas y cuñados de profetas cantan himnos a Jehová durante el día y se prenden al rabo del diablo por la noche. Son brujas seguramente.

Quien hizo la vil delación fue un sujeto llamado Simón el mago, que era clarividente y había observado el fenómeno que le hizo llenarse de envidia de los éxitos descubiertos por él en la Escuela Nazarena, como él llamaba a la Congregación Cristiana de Cesarea.

Si el Capitán Saúl no hubiera sido instruido de tiempo atrás por Leandro de Caria de los poderes y facultades de algunos seres y conocedor por otra parte de la historia misma de la juventud de Rhoda, hubiera seguramente pensado mal de su esposa y del Diácono Felipe, que tranquilamente dormían cada cual en su habitación, y a veces ajenos por completo a sus andanzas de salvamento por las noches.

Pero el Capitán Saúl quiso que el delator descubriera por sí mismo la verdad, y puesto de acuerdo con Felipe y Rhoda, lo retuvieron por varias noches hospedado en su propia casa.

La separación del espíritu de su materia durante el sueño no siempre es a voluntad de los sujetos que poseen tal facultad.

Y tanto Saúl como Rhoda y Felipe rogaban con ansias al Cristo, su Maestro y Señor, que les fuera permitido manifestar la verdad ante aquel hombre que, siendo considerado como un sabio mago, podía causar su juicio un gran mal a la naciente escuela cristiana.

El ruego era sincero, era intenso y era justo. Y el Divino Maestro lo escuchó y volvió por la honra de sus fieles amigos.

Una noche, después de la velada en el cenáculo, Saúl y Rhoda se encerraron según costumbre en su habitación. Felipe, en la suya con Nicanor y Adín. Y el sabio mago, en el cenáculo a donde convergían las puertas de aquellos dormitorios, recostado en el estrado vigilaba como todas las noches sin que ocurriera nada anormal. Y ya se complacía interiormente y su maligno juicio tomaba cuerpo.

—Como yo estoy en acecho —decía—, ellos no se atreven a salir. A más, está el Capitán en casa y la dama guarda las formas..., está claro.

Así convencido de esto, se quedó dormido a más de medianoche.

Los vigías del espacio infinito tenían designada esa noche y esa hora para manifestar la verdad. Y Felipe y Rhoda dejaron su materia en perfecta quietud y se vieron en el cenáculo ante Simón dormido. Le despertaron.

—A más de ser mal pensado —le dijo Felipe—, eres un embustero. Bajo tu cabecera tienes un buen legajo de letras a cobrar y en tu bolso tienes oro en abundancia. ¿Por qué pues, has declarado a Pedro que donaste cuanto tenías para los menesterosos, si te guardas la mayor parte? Tuyo es todo y no tenías necesidad de mentir, sólo por la vanidad de hacerte ver generoso y desprendido.

Rhoda sonreía feliz, y le dijo:

—La Ley Divina que vuelve por el honor de la hermandad de Cristo, te permite abrir la habitación de Saúl y ver allí mi cuerpo dormido.

—Y también la mía —dijo Felipe—, y otra vez señor mago, pida humildemente la Luz Divina para comprender el poder infinito de Dios y sus eternas leyes, antes de soltar a volar calumnias que afrentan a los seres honestos y desfiguran la verdad.

Y dando al absorto mago una palmada en la mejilla salieron a la calle sin abrir puerta ninguna.

El mago corrió a la habitación de Felipe y silencioso comprobó que dormía. Fue a la habitación de Saúl y ambos esposos dormían.

Volvió al cenáculo y recogiendo su oro escondido y sus letras a cobrar, desapareció de la casa y de la ciudad, y nadie le volvió a ver ni se pudo saber nada de él.

Unos días después hizo escala en Cesarea el velero Ithamar que venía de Antioquía, trayendo entre el abundante pasaje a varios amigos nuestros presentados anteriormente.

Aquel jovencito Halevi, tan amigo de Yhasua en su viaje de adolescente hacia Ribla, el mismo que más tarde fue llamado Baar-naba o Bernabé; el ex mendigo paralítico que pedía limosna bajo el arco de Epifanes en Antioquía, cuyo nombre era Simón de Nigeria, el país regado por el caudaloso Níger el gran río de África occidental.

Curado por el Maestro según recordará el lector, volvió a su lejano

país de donde había huido, porque un cheig indígena le robó la futura esposa y mandó asesinarle para evitarse ulteriores complicaciones. El padre de Simón, jefe de una tribu, vengó la ofensa hecha al hijo y recogió a la doncella Sarkia esperando que su hijo regresara siendo ya muerto su enemigo.

Mas, el infeliz Sachú quiso poner mucha tierra entre él y su amor perdido, y en el duro destierro sufrió un accidente en el trabajo, que le dejó en el triste estado en que le vimos bajo el radiante Arco de Triunfo, que su propio orgullo de poderoso monarca construyó para inmortalizar su nombre.

Y hasta cambió su nombre por uno simple y vulgar en la tierra donde arraigó su vida errabunda y solitaria: Simón.

Diríase que el Genio Tutelar de la humana criatura terrestre: *el Cristo*, hubiese guiado al infeliz desterrado a tornar a su país, donde una madre muy anciana y junto a ella una joven mujer que era Sarkia, le recordaban y le esperaban, con la misma ansiedad con que el anciano padre de la parábola del hijo pródigo esperaba al que partió un día de su lado y el corazón no podía olvidar.

Si la mirada del Hombre-Luz desde su cielo radiante sigue los pasos de cuantos le aman sobre la Tierra, debió complacerse infinitamente cuando Sachú, a los cuarenta años de vida, entraba al portalón de la vetusta torre de Kukaba, cuya negra silueta caía como un fantasma sombrío sobre las aguas del lago Charo, en el país de Nigeria.

—¡Eres el alma de Sachú, que viene a verme morir!... —fue el grito de aquella madre.

—Soy Sachú, que vengo a vivir contigo —contestaba el hijo.

Fue el hilo de oro que llevó a aquella lejana región del África occidental, la doctrina de amor que Sachú aprendió de Yhasua de Nazareth.

Con Halevi o Bernabé y Simón de Nigeria iba también Saulo de Tarso que, apesadumbrado por sus anteriores atropellos en contra de los nazarenos, buscaba por diversos medios, borrar las huellas dolorosas y sangrientas dejadas en sus hermanos de raza, por sus crueldades injustificadas. En sus penosos insomnios veía el hermoso rostro de Stéfanos bañado en sangre y sus ojos color de ámbar que le miraban piadosamente, mientras sus labios le repetían: “Yo te perdono. Y si has comprendido la verdad, entrégate a ella y repara así todo el daño que has causado”.

Estos tres viajeros se presentaron a la casa habitación de Felipe, Nicanor, Saúl, Rhoda y Adín, que eran a la vez Guardianes de los depósitos de mercancías traídas por las Caravanas desde distintos países, y encargados de las provisiones que la “Santa Alianza” repartía semanalmente entre los necesitados de aquella región.

Ninguno de los tres viajeros era conocido por los habitantes de la casa;

pero el afable y manso Bernabé hizo una presentación que les abrió de inmediato las puertas.

—Amigos de Yhasua, de la Congregación Cristiana de Antioquía, os piden hospitalidad entre vosotros —dijo saludando a Felipe, que acudió al insistente llamado casi llegada la noche.

—Estáis en vuestra casa —contestó el Diácono haciéndoles pasar. Saulo fue el último en entrar, y sin saber por qué, Felipe y él se midieron de arriba abajo con la mirada, como si una sombra fatídica se hubiera levantado entre ellos.

—Si desconfías de mí a causa de mi pasado, quedaré con los mendigos del puerto —dijo Saulo deteniéndose.

—Yo respondo por él —se apresuró a decir Bernabé—, si para ti vale algo el nombre Baar-naba que me dio el Señor cuando Él y yo éramos niños aún...

—¡Baar-naba! —exclamó Felipe, estrechándolo en un poderoso abrazo que casi le cortó la respiración—. Cada día te esperaba, porque también tengo parte en la promesa de tu nombre. Juntos caminamos en el sueño por las tierras de Etiopía y juntos luchamos contra el tirano de Nadaber, que mata a nuestros hermanos porque le enrostran sus crímenes.

“Entrad todos en esta casa de Cristo que, donde Él reina, cabemos todos sus amadores.

“Perdona, amigo —dijo a Saulo—, tengo a veces malas visiones, y te vi al entrar cubierto con una túnica blanca manchada de sangre. Y tengo miedo a mis visiones que a veces son presagios que se cumplen.

—O que tuvieron vida real antes —respondió Saulo con sorda voz, en la que se apercibía como al trasluz un hosco dolor, que una voluntad de hierro impedía estallar en tempestad de sollozos.

—Haya paz, amor y alegría en todos los corazones —volvió a decir Felipe—, porque nuestro Señor y Rey, es Rey y Señor de Paz y de Amor, y donde es bendecido su nombre sólo el amor y la paz tienen cabida.

“Sentaos, que ya os haré conocer a mi hermana Rhoda, amorosa flor de este hogar y a los que conmigo viven bajo este techo que nos da el Maestro. En torno del fuego hogareño nos contaremos nuestros triunfos y derrotas en los caminos del Ideal.

Y Felipe salió apresuradamente, dejándoles con la palabra comenzada a expresar.

—¡Qué hombre singular es éste! —exclamó Simón de Níger—. Se vislumbra en él un corazón bien abierto a la amistad y al amor, pero a la vez una flecha oculta y dispuesta a salir en el momento oportuno.

—En estas tierras de Abraham, amigo —contestó Saulo—, brotan los Kaínos en cada mata de paja, y no es extraño que los que en ellas viven, vivan con las flechas preparadas para defenderse.

“Yo, como ya lo sabéis, fui un Kaíno, porque es difícil al hombre averiguar dónde termina la justicia y comienza la tiranía y la crueldad. Es el fanatismo religioso la peor tiniebla que puede oscurecer la mente humana, porque le impide reconocer que por muchos caminos sale al encuentro la verdad.

—“*La Verdad os hará libres y fuertes*”, nos dejó establecido el gran Maestro —añadió Bernabé—, y lo que más nos importa es tener con nosotros la verdad.

—Es a veces una diosa huidiza y esquiva —comentó Simón de Nigeria—, y para conquistarla necesitamos la Luz de lo Alto.

—“*Velad y orad, porque la materia es tiniebla que oscurece al espíritu*”, dijo también el Maestro, —volvió a decir Bernabé, cuya modalidad era un equilibrio perfecto entre la vida activa y la mística contemplativa.

Mientras los tres huéspedes hacen sus comentarios idealistas y materiales, trataremos, lector amigo, de conocerles y comprenderles tan perfectamente como es el deber del buen historiador.

Saulo de Tarso, alma de acero y de bronce, era soltero y había perdido a sus padres.

Sólo tenía una hermana mayor, casada y con varios hijos, retirada en su país natal, no se preocupaba de asuntos ideológicos porque le bastaban y sobraban sus tareas y afanes hogareños y familiares.

Bernabé, soltero también, conservaba a su lado en Antioquía a su madre anciana y a la amorosa Sultane que tantas solicitudes tuvo para el Maestro adolescente, hospedado en el viejo hogar de Ananías, en su primer viaje a las tierras del Norte.

Vivía a su sombra una nietecita huérfana cuyo nombre era Raquel y en dulce diminutivo la llamaban Quelita. Para su tranquilidad, la abuela deseaba unirla en matrimonio con su hijo y tranquila esperaba que su Halevi se decidiera a tomar esposa, aunque algo tardíamente, pues ya se acercaba al otoño de los cuarenta años.

Simón de Nigeria, después de haber reverenciado a su madre en sus últimos años y cerrado sus ojos al morir, se había despedido de su sepultura y de la tierra natal Koyola, allá a orillas del río Níger; cuyos desbordamientos habían formado el gran lago Charo que lamía los basamentos de la torre de Kukaba. En gratitud al Cristo Divino que lo volvió prodigiosamente al concierto de la vida y de la sociedad de los hombres, la vetusta torre se había transformado en casa-refugio de ancianos, de madres desamparadas y de niños huérfanos.

Dos jóvenes matrimonios originarios de Gao, también de las orillas del río Níger, que por las extrañas aventuras de la vida humana se habían encontrado bajo la protección de nuestro gran Simónides de Antioquía en sus Villas de Gisiva y Carandama, habían quedado en la torre de Kukaba

como Regentes y Maestros en aquel Hogar-Refugio que la gratitud de Simón de Nigeria al Divino Maestro, hiciera nacer y crecer como un árbol de protectora sombra en aquella lejana región del África Occidental.

Este agradecido amigo y devoto amator de Yhasua no estaba solo, pues, antes de morir su madre, quiso satisfacer el último deseo de la buena anciana que creía acto de justicia dejar asegurada la vida de Sarkia que por amor a Sachú le servía de hija y de sierva en su dura y penosa soledad.

Un tranquilo amor otoñal, pero amor al fin, hacía de la vida de Simón de Nigeria, un oasis de paz que tan bien le venía después de la dolorosa vida en que le hemos conocido, pidiendo limosna bajo el Arco de Triunfo de Epífanés, en Antioquía.

Y quedan presentados los tres huéspedes recién llegados al hogar del Capitán Saúl, Rhoda y Felipe, en cuanto a su vida exterior.

Veamos ahora su vida interna y sabremos así en qué forma y modo respondieron al amor y a la doctrina del Cristo que decían profesar y practicar. Bernabé y Simón conquistaron apenas llegados el cariño y la confianza de los dueños de casa por la jovial sencillez de su carácter, y por la modestia y franqueza de que revestían todas sus palabras y todos sus actos.

No ocurrió lo mismo con Saulo, en el cual aparecía a cada paso el ilustre fariseo, doctor de la Ley, siempre dispuesto a hacer prevalecer su opinión y modo de ver, de pensar y de sentir en todas las cosas. Juzgaba él, naturalmente, que sus largos y prolijos estudios le daban una gran ventaja sobre los demás que, sin títulos legales emitidos por los tribunales docentes del Gran Colegio de Jerusalén, cúspide en Ciencias y Letras de todo el país, debían aceptar sin observación alguna y en modesto silencio todas sus argumentaciones sobre cualquier tema que ocupara la conversación.

Felipe, como Stéfanos, Parmenas y Nicanor, eran griegos de origen y habían concurrido a las grandes Academias de Atenas y Corinto, donde hicieron estudios de filosofía y ciencias naturales, de lenguas vivas y muertas, de historia de las más recordadas civilizaciones pasadas. De los siete Diáconos griegos elegidos como auxiliares por Pedro y sus compañeros de apostolado, sólo Stéfanos y Parmenas se habían graduado en las Ciencias y Artes de la época.

Y Saulo pensó que le cabía muy bien el cargo de instructor en el nuevo ambiente en que se encontraba.

En lo único que estuvieron de acuerdo fue en la interpretación del pensamiento genial del Cristo, de que su doctrina debía ser divulgada no sólo entre la raza de Israel como algunos sostenían, por la razón única de que el Mesías Ungido de Dios había nacido y vivido entre el pueblo de Israel.

La educación espiritual de Felipe, Nicanor, el Capitán Saúl, Rhoda y Adín era la que Pedro, Juan, Zebeo, Matheo y demás apóstoles habían bebido a raudales de los labios y del corazón del Cristo mismo, en los años que convivieron íntimamente con Él.

Los Doce elegidos por el Divino Maestro para continuadores de su Obra grandiosa de solidaridad y liberación humana, eran para ellos los verdaderos instructores y maestros de la nueva doctrina. Y les era duro aceptar premisas y sugerencias de un sujeto que hasta hacía poco tiempo había sido delator y agente principal del Sanhedrín, que ensangrentó el país con las terribles tragedias en que perdieron la vida el Apóstol Santiago, Parmenas y sus compañeros, y el inolvidable y amado Stéfanos, la más atractiva y hermosa personalidad que era una gloria de los Diáconos elegidos por el Colegio Apostólico, para auxiliares en las tareas de apostolado.

Saulo de Tarso sostenía que todo el que se consagraba a divulgar la doctrina del Cristo debía llevar con plenos derechos el título de Apóstol suyo, lo cual disgustó en tal alto grado a Felipe que, si no hubiera sido por la intervención conciliadora y suave de Bernabé, hubiera sacado a Saulo al medio de la calle diciéndole que se marchara con viento fresco.

Esta familia cristiana formada por Felipe, Rhoda, Nicanor, Adín y Saúl, fueron durante toda su vida, discípulos y adeptos fidelísimos a los íntimos elegidos del Divino Maestro, para continuadores de su Obra de fraternidad y dignificación humana. Y a las insinuaciones de Saulo a Felipe de que su fervorosa enseñanza le daba el derecho de tomar el nombre de Apóstol, el diácono respondía:

—Yo soy y seré siempre, uno de los siete Diáconos que los apóstoles del Señor eligieron para auxiliares de sus tareas misioneras. Para servir a nuestro Divino Maestro, no necesito apropiarme de un nombre que no me ha otorgado el único que tiene derecho y autoridad para designar a sus íntimos colaboradores”.

Esta diferencia en el pensar y sentir de Saulo y Felipe a este respecto, fue bastante para cortar toda intimidad entre ellos.

Divergencias sin una importancia capital como ésta, hubo muchas entre los amantes del Divino Maestro, y no obstante, su enseñanza fue corriendo velozmente por todo el mundo.

Sólo en un punto estuvieron todos de acuerdo: en que Yhasua de Nazareth era la encarnación del Cristo, Verbo eterno del Eterno Poder Invisible.

Mientras tanto, Bernabé y Simón de Níger se entretenían con Felipe en otra clase de trabajos no menos interesantes.

Conociendo el incesante afán de los Santuarios Esenios, de establecer lógica continuidad desde el más lejano pasado de la Humanidad en este

planeta, traían para el Santuario del Monte E bath, donde era Servidor un tío materno de Bernabé, un buen aporte en escrituras antiquísimas descubiertas recientemente en dos parajes completamente apartados y lejanos uno de otro.

En sus andanzas por su tierra natal Koyola en Nigeria, Simón había adquirido de un pescador un cofre de madera de olivo que encerraba tubos de cobre con telas enceradas, papiros y hasta pellejos de vejigas de búfalos con grabados en distintas lenguas indescifrables para los seres de la época en que fueron encontrados. El hallazgo lo hizo un pescador de Goa, cuando un gran desbordamiento del Níger llevó hasta allí enredado en un camalote, grande como una isla flotante, el misterioso cofre arrojado quién sabe cuándo y cómo al océano, cuyas poderosas mareas empujaban las aguas del río, que se desbordaba cubriendo las fértiles praderas de la costa.

El otro descubrimiento lo había hecho un pariente de Bernabé, en una caverna de los ásperos acantilados de la isla de Chipre.

—¡Qué enorme distancia hay entre Goa en las riberas del Níger y la caverna de la isla de Chipre! —decía el Diácono Felipe, viendo reunidas entre sus manos las viejas escrituras encontradas, al parecer, por pura casualidad.

Entre Nicanor, Felipe y Bernabé poseían varios idiomas de los más usuales en aquella época, pero con ninguno de ellos pudieron conocer lo que aquellas escrituras decían.

Entonces tuvieron la idea de utilizar, si les fuera posible, el sonambulismo de Rhoda. La habían visto realizar, en tal estado, cosas tan ajenas a lo normal que concibieron la esperanza de conseguir por este medio la solución del problema.

Aprovecharon una ausencia de Saúl, su esposo, que temía algún mal para la salud de Rhoda al entregarse a tales ejercicios.

Ella, que ningún mal recibió nunca, hizo la elevación de pensamiento al Cristo Divino y a su guía particular el profeta Daniel, y en compañía de Felipe, Nicanor, Bernabé y Simón de Níger hicieron el experimento que les dio un favorable resultado.

El estado sonambúlico es producido luego de unos momentos de silenciosa evocación, y acto seguido, Felipe puso en manos de la sensitiva dormida uno de los papiros. Ella lo retuvo un momento en silencio y por fin habló:

—Yo leeré esta escritura —dijo—, y uno de vosotros puede escribir las palabras que yo diré. —Felipe y Bernabé se dispusieron a escribir por separado, para mayor seguridad en el control—.

“Aquí dice así: “Los Sacerdotes del antiguo templo de On del país de Ahuar, en Egipto, reconocemos como Maestro y fundador al patriarca

atlante Beth-Emis de Gadeiros. Y ellos conservaban grabado en láminas de piedra la tradición recibida de él, que refería la vida de la humanidad atlante en su triple aspecto religioso, civil y político.

“El Continente estaba dividido en diez grandes países que en tiempos muy remotos habían sido islas apartadas unas de otras por brazos de mar, y habitadas por tribus emigradas de inmensas tierras volcánicas del Sur, que cien cráteres en permanente actividad socavaron sus montañas y las hundieron en el mar.

“La mano de los hombres fue enlazando con puentes ciclópeos estas islas, hasta formar con ellas un Continente cuyas dimensiones eran tan extensas como Libia y Europa juntas, (en aquel tiempo sólo el Norte Africano era conocido con el nombre de Libia).

“Y los diez países se nombran así: Ruthak, que después se llamó Poseidonia; Otlana; Valle Hondo o País de Dyaus; Theos-Kandia y Cerro de Oro o País de Zeus. Estos países comenzaban de Oriente a Occidente y daban sobre el Mar del Norte (Atlántico Norte). Sobre el Mar del Sur (Atlántico Sur) y siempre de Oriente a Occidente se hallaba el hermoso y fértil país Manantiales de Zeus; Mauritania que unía Atlántida como un gran istmo con el vasto territorio denominado Libia (la parte norte del actual continente africano); Cerro Negro; Valle de Oro; Monte Rojo o May-Olandia, como más tarde se la llamó.

“Y estos diez grandes países, estaban gobernados por diez dinastías de reyes que desde lejanos tiempos se sucedían de padres a hijos, llegando por la rectitud y la justicia a tan alto grado de progreso, de bienestar para sus pueblos, de paz, abundancia y gloria, que nada hay en esta hora que pueda compararse con aquélla.

“Aquella hora fue llamada por sabios y legos, por grandes y pequeños, por nativos y extranjeros, el paraíso de la tierra. Y los nombres de estos reyes elegidos de Dios eran así: Atlas – Gadir – Poseidón – Tarteso – Tritonio – Saharón – Neitor – Ateneas – Nígero y Gihon.

“Nuestro Fundador y Maestro Beth-Emis descendía en línea recta de Saharón que tuvo un sueño de que un descendiente suyo, llegado el gran juicio de Dios, emigraría a tierras lejanas a un mar interior que se transformaba en lecho de arenas y peñascos, al cual llamaría Sahara en memoria del último Rey Justo de su raza.

En la ancianidad, él tomó esposa apremiado por el ángel de las anunciaciones, y le llamó también Sahara, y de ella nació Mizraim que significa “mi raíz”, y lo fue de la raza fuerte y serena que bebería el agua del río Shior (el Nilo).

“En esta dinastía hizo nacer el Eterno Invisible a su Hijo.

El Padre-Luz de este mundo, les redujo al dolor, al abandono y al olvido; porque la humana grey había torcido sus caminos y no escuchó

la voz del Hijo del Eterno que le llamaba a la paz, a la concordia de sus gloriosos y justos antepasados.

“Los descendientes de *Atlas* se refugiaron en la montañosa Mauritania que era un retazo de la vieja tierra-madre, de la cual quedó separada cuando llegó el juicio de Dios. Y llamaron Atlas a los montes que les dieron refugio en sus cavernas y alimento en sus bestias montaraces.

“Una pareja, varón y mujer, con seis criados huyeron en un balandro, fuerte como el cascarón de una tortuga centenaria, y tal pareja era una rama del árbol milenario que fue el Rey Atlante *Nígero*, y velas y remos remontaron al balandro mar afuera hasta dar con la ancha embocadura de un río caudaloso al sur de la Mauritania. Aquel río les dio sus peces, sus moluscos, sus perlas y los bosques de sus praderas les brindaron las pieles de grandes bestias y su leche como alimento, y su fuerza para arrastrar las piedras y labrar también la tierra.

“Y el recuerdo bendito de su lejano antepasado, el justo Rey *Nígero*, les dio el nombre con que debían llamar al gran río benéfico que les dio agua y alimento.

“La imponente cordillera de los Pinares, en la desierta Euskadi, dio refugio seguro a los lejanos descendientes de *Nehit*, los más hermosos y fuertes retoños de los Atlantes del Norte, porque al abrir Hércules sus dos brazos ciclópeos, les empujó tierra adentro en la península frente a la Mauritania hermana, a la cual miraban de lejos. Su lejano antepasado rey, recibió de sus augures, la profecía de que la lengua madre perduraría en los suyos hasta que llegara el último juicio de Dios.

“La numerosa descendencia de *Tritonio* y *Tarteso* los reyes mellizos, juntamente con los hijos de *Ateneas*: Gadir y Gihon, se prendieron de los más elevados picos de montañas de las desiertas tierras salvajes que llamaban Europea. En aquellos cerros que tocaban las nubes en que pasaba su gloria el padre Sol, no serían alcanzados por el furor de las aguas.

“Y por fin los descendientes de *Poseidón*, los últimos en abandonar la tierra madre que ya temblaba sacudida por el mar y el fuego de sus entrañas, los que ostentaron con desmedida soberbia la gloria de su origen y quisieron hacer de la huída un paseo triunfal, fueron los más azotados por el infortunio y de ellos quedó sólo un nombre: Nohepastro, hijo de Henok, que había abdicado en su hijo para que fuera el último Rey Atlante mientras él huía en la soledad, donde el Eterno le haría escuchar sus voces. Pero Poseidón era uno de los diez reyes justos elegidos por Dios y por amor a él, de su descendencia debía surgir otra vez el Gran Hijo, el Padre-Luz para esta nueva humanidad. Y la Voluntad Suprema les hospedó entre las olas tranquilas de un mar interior, y las

aguas mansas y dulces de los Ríos Mellizos (el Éufrates y el Tigris en la Mesopotamia) corriendo por las praderas que hizo florecer Bau.

“Akad de Ahuar – Tribón de Euskadi – Cléber de Sais. Sacerdotes del templo de On”.

La sensitiva se despertó después de una larga hora de sueño.

Las carpetas de Felipe y Bernabé presentaban copias exactamente iguales. Nicanor, Simón y Adín, dormidos también, habían colaborado con los guardianes superiores para evitar toda influencia extraña cerca de la sensitiva.

105

EL DIARIO DEL APÓSTOL JUAN

El águila ensaya sus vuelos antes de remontarse a las alturas donde se pierde de vista a ojos terrestres.

Uno de los más aventajados discípulos del anciano Melchor de Heliópolis o de Horeb, según le consideremos un árabe o un egipcio, había dicho un augurio a Juan, cuando por primera vez le vio en Alejandría. Fue Nerebín de Goa, que por entonces era Regente de una Escuela Iniciática fundada por su Maestro en esa gran capital. Tenía desarrollada en alto grado la clarividencia y vio al Apóstol envuelto en un resplandor como de fuego y que unas grandes alas de los colores del iris se posaban en su espalda: “Tengo el presentimiento de que volarás alto como un águila en los espacios infinitos”.

Y no por tales palabras sino por una íntima necesidad de su alma, Juan comenzó un Diario para confiar secretamente al papel, lo que no creía poder revelar a persona alguna de la tierra.

Su alma era un complejo de tristezas, de amor, de fervores ardientes y de lágrimas vertidas en silencio; de pensamientos que calificaba de sueños irrealizables o de insensatas locuras.

Su descuidada carpeta de vitelas amarillentas no protestaría seguramente por la sin razón de cuanto estampara en ella.

Y un buen día nublado y brumoso, presagio de tormenta, en que su alma sentía el peso de una soledad y abandono profundo, comenzó a escribir un Diario que fue el ensayo del águila interna que vivía en él, sin que hasta entonces hubiera sentido su rumoroso aleteo.

Juan escribía y lágrimas silenciosas corrían por su rostro.

“Señor, Maestro mío, amado sobre todas las cosas y sentido más que todos los dolores, gritos y clamores de la tierra.

“El dolor de tu ausencia unido a la clara comprensión de mi incapacidad y pequeñez, de mi impotencia y ruindad inconcebible en un

discípulo tuyo, me tuvieron largo tiempo en un letargo oscuro y frío más que un sepulcro.

“Pero hoy necesito de tu claridad para ver algo que siento levantarse y crecer en el horizonte mental que me rodea, llamándome desde lejos a subir a unas alturas que si fuera solo me daría vértigo...”

“Señor, Maestro mío..., ¿no vendrás conmigo para enseñarme a subir, a volar como esas aves madres lo enseñan a sus hijuelos cuando salen del nido?”

“¡Maestro mío!... Tu Jhoanín sigue siendo adolescente, no obstante de ser ya hombre.

“¿Por qué, Señor, esta sensación de soledad y abandono cuando tengo a mi lado santos amores que siembran mi camino de luces y de flores?”

“¿Por qué en mis horas de contemplación solitaria, no veo a nadie más que a Ti que me señalas una cumbre muy lejana y muy alta, un desierto peñón azotado por todos los vientos y rodeado de agua por todas partes?”

“Y vuestra madre que es mi madre y María que es la manecita dulce y suave en que se apoya la mía, ¿qué son, Maestro, para mí, y por qué desaparecen de la íntima visión de mi espíritu cuando me absorbe y arrebatada esa oculta fuerza que es todo un mundo de silencio y soledad en torno mío?”

Cuando aquí llegaba la escritura de Juan, sintióse envuelto en un halo de infinita ternura, y luego algo suavísimo que se apoyaba en su cabeza.

Era la presencia de su Maestro y su mano intangible que descansaba en su cabeza inclinada. Una voz más sentida internamente que escuchada por sus oídos le respondía:

“Mi madre, que es tu madre, y María, vendrán muy pronto a mi Reino, y tú quedarás en la vida sólo conmigo y con todos aquellos que yo acercaré a ti, para que les hagas parte de lo que a ti te será dado”.

Juan se echó a llorar desconsoladamente, porque Myriam y María eran las estrellas que alumbraban su camino.

“Yo seré para ti lo que son ellas dos en tu vida, Juan, amigo mío” –continuó la voz–.

“Por ti y para ti se han prolongado esas dos vidas que vieron tu larga agonía y han visto tu despertar a la conciencia de tu deber. ¿Desearás que padezcan ellas para gozar tú? ¿Pedirás más esfuerzo a esas vidas para descanso y fortaleza tuya?”

“¿Dónde quedaron entonces Walkiria de Cerro de Oro y Ada de Galaad, que fueron capaces de reemplazar la ausencia de Antulio y de Abel al frente de la obra de redención humana iniciada por ellos?”

En ese instante desapareció el humilde aposento de Juan en la Casa

de Nazareth, y se diseñó como en un lienzo anchuroso un desconocido y hermoso país de exuberante naturaleza y una mujer anciana ya, en una costa brava de un mar agitado por el viento, embarcándose en un balandro después de haber hecho embarcar en él a una pequeña porción de jóvenes, varones y doncellas, que lloraban en torno suyo.

El mar bravío subía y subía en terrible marejada y el balandro salvador se agitaba en fuertes sacudidas.

“—No temáis —les decía aquella mujer—, que Él guía nuestro barco y llegaremos con Él al lugar que nos ha designado”.

Era Walkiria de Cerro de Oro que salvaba de la persecución y de la muerte a los discípulos de su Hijo, que aún no habían emigrado a lejanos países en busca de seguridad para sus vidas y para la doctrina aprendida de su Maestro.

Y tras de esa visión apareció otra.

El blanco Santuario de La Paz a orillas del Éufrates y allí Ada de Galaad, anciana y sola; entre un numeroso pueblo angustiado y hambriento porque la voraz epidemia destrozó los sembrados, los huertos, los ganados y hasta las vidas humanas, repartía el socorro, el pan, la lumbre y la vida en una explosión de esperanza, de fe y de amor, de confianza plena en el amado ausente que velaba por ellos, y mientras ella tuviera vida, nada faltaría a aquellos que le habían amado...

Una extraña fuerza interior se apoderó de Juan, que secó su llanto y volviendo la vista a su olvidada carpeta escribió estas palabras:

“¡He comprendido tu pensamiento, Maestro, Señor mío, y te prometo no ser menos hoy que Walkiria de Cerro de Oro y Ada de Galaad!”

Eran dos existencias tuyas en la lejana prehistoria. La Ley le exigía no borrar ese pasado glorioso con un presente de anulación y de cobardía.

El Apóstol continuó escribiendo:

“Innumerables verdades escuché de tu boca, ioh, Señor, Maestro mío! Porque tu pecho era un cofre de secretas maravillas, de misterios inefables, de grandes bellezas nunca soñadas por los hombres.

“Venido de los mundos superiores como un serafín del séptimo plano de luz en moradas estelares, ¿qué ciencia te será desconocida, qué sabiduría no habrá bebido tu espíritu con ansia infinita de conocimiento?

“Pero yo, Señor, el más pequeño de los que amaste, sólo una cosa fui capaz de aprender de cuantas destilaron como divina miel tus labios de hombre, que sólo se abrían para enseñar la Verdad, para consolar el dolor, para sembrar en las almas la esperanza y la fe.

“Sólo aprendí de Ti, Maestro mío, que el Amor es Dios, que el Amor redime y purifica al hombre; que el amor es el camino que lleva a Dios, que acerca a Dios, que refunde en Dios en tal forma, que nada queda ni

vive del hombre viejo, del hombre pasional, miserable y ruin, porque el amor que es Dios le santificó como Él, le engrandeció como Él, le fortaleció como Él, haciéndolo capaz de todos los heroísmos, de todas las virtudes, bondades y grandezas emanadas de su Eterna Energía, que es Vida, Luz, Poder y Fuerza de todos los mundos.

“Sólo aprendí, Señor, Maestro mío, que si amo a Dios sobre todas las cosas y a mis semejantes como a mí mismo, el Padre y Vos, Señor, entráis en mi mundo interior, en mi Yo íntimo y hacéis aquí vuestra morada por toda la eternidad.

“Y si por el Amor toda la grandeza divina está en mí y vive en mí, todos mis pensamientos serán divinos, todas mis obras serán buenas, bellas, grandes, porque ellas serán emanaciones, reflejos y vibraciones del Pensamiento Divino, de la Idea Divina, de la excelsa perfección de Dios...”

Ya cerraba la noche y las sombras caían sobre la vieja Casa de Nazareth, y Juan, relegado a su alcoba cargada de penumbras, olvidaba la mesa hogareña, la tibieza amorosa de la sala del fuego donde ardían gruesos leños, donde corazones amigos que le amaban, esperaban su presencia en torno al blanco mantel...

—Nuestro amado Jhoanín —decía Myriam—, quiere reconquistar los años perdidos en un día solo. Llámale, Jaime, para que vuelva a la tierra, que aún no llegó la hora de que subamos al cielo.

Y en torno a aquella mesa en que innumerables veces el Divino Maestro bendijo el pan y lo repartió entre todos, Juan, despierto ya a la vida de fe y de amor que sería toda su larga vida, sentía en su mundo interno como una llama viva el deseo de arrastrar a todos los hombres de la tierra hacia el Cristo del Amor, que prometía el perdón de los pecados y el don divino de su presencia eterna al amor fraterno llevado a la perfección del heroísmo.

“Amar sin esperar recompensa. Amar sin esperar gratitud. Amar al que no merece ser amado...” ¡Oh! ¡Tal fue el amor de su Maestro y tal debía ser su amor!”

Y al clarear primero del siguiente día, el Apóstol estaba en pie, porque ese amor debía darlo a los que con él convivían, sufrían y amaban.

Myriam era débil y anciana. Jaime y Dina tenían también cargas de años, de dolores y de fatigas. Él era el roble joven y fuerte que mostraría amarles evitándoles esfuerzos penosos para su edad. Él sería el servidor de todos, el apoyo de todos, la luz, la esperanza, la alegría de todos.

Y lo fue, porque el Amor bebido del corazón mismo del Cristo, su Maestro, así se lo había enseñado, y su enseñanza fue para él un supremo mandamiento, que se grabó a fuego en su corazón y en su vida toda, haciendo de ella un sublime poema de amor.

Y desde aquel instante, la vida del Apóstol Juan, fue la vida misma del Cristo Hijo de Dios.

—Eres rubio y hermoso como el Santo Profeta que crucificó el Sanhedrín —decíanle los leprosos, los paralíticos, los ciegos, los lisiados que curaba, los mendigos que vestía y alimentaba.

—¿Acaso eres Él mismo, que resucitó como se dijo entonces y anda de nuevo por el mundo aliviando el dolor de todos los que sufren?

—Yo no soy Él, sino un discípulo y servidor de Él, que me dejó el mandato de amar a todos los seres, y con preferencia a los que padecen y lloran penas que nadie sabe consolar —contestaba el Apóstol y seguía día tras día en busca del dolor del prójimo por aquellos campos, serranías y montañas de la tierra natal donde cada árbol, cada flor, cada musgo, cada piedra de las orillas del lago, le traía el recuerdo de aquel Divino Maestro que le había enseñado la Ley sublime del amor fraterno.

Fatigado a veces de tantas andanzas, se sentaba bajo la sombra de un árbol, o a la vera de una fuente para saciar la sed y tomar aliento, y creía oír la divina voz del Maestro que le decía:

“Yo estoy en ti, cuando curas a los enfermos, cuando alimentas al hambriento, cuando amparas a los huérfanos, cuando consuelas al que llora, cuando levantas al caído en el camino, cuando arrebatas a la justicia humana un inocente condenado a tormento y a la muerte”.

Y el Apóstol se levantaba como movido por un oculto resorte y no dejaba piedra por mover hasta llegar a decir como su Divino Maestro: “Quiero que nadie lllore sobre la tierra. Quiero anular el dolor de todos mis hermanos de la tierra.

“¡Señor, Señor!... ¿Por qué no me mandas una legión de tus ángeles para secar todas las lágrimas, curar todas las llagas, amparar todas las soledades, y llenar el vacío de todos los corazones que viven sin amor?”

Y una vez que así pensaba o escribía Juan en su Diario íntimo, llegó María, la dulce y pequeña María que con Lázaro y Martha vivía en la granja de Eleazar, en Lazarón, desde que comenzaron las grandes persecuciones en Judea.

—Juan —díjole ella—, he venido porque nuestro amado Señor me puso en la mente el pensamiento de que quiere explicarte algo por intermedio mío. Alguna interna inquietud te atormenta, Juan, y Él quiere que vivas tu vida en paz.

—Bien, María. Es verdad. Muchos interrogantes hierven en mi fuero interno. ¡Cuánto nos ama Él, que así percibe nuestras inquietudes y así se apiada de nosotros!

—Vamos al cenáculo con nuestra Madre, que ya nos espera para la oración vespertina.

Y el Apóstol siguió a María como un débil corderillo que se sabe conducido a la fuente para beber.

Él tío Jaime y su esposa Dina concurrían también, y la augusta Madre del Cristo decía:

—Formamos la Estrella de cinco rayos que guió a nuestros grandes hermanos, Melchor, Gaspar y Baltasar a la cuna de Yhasua, y esperemos que ellos acompañen nuestra oración de esta tarde.

Y el laúd de la pequeña María y la cítara de Dina iniciaban el preludeo del Salmo de evocación:

“¡Escucha, oh, Señor, mis palabras y considera la meditación mía!

“¡Oye la voz de mi clamor, oh, Rey mío y Dios mío, porque a Ti llamaré siempre!

“Desde la mañana me presento ante Ti.

“Respóndeme cuando clamo, ¡oh, Dios de mi justicia, ten misericordia de mí y oye mi oración!... (Versículos del Salmo 4 y 5).

La intensa elevación del pensamiento de todos hacia la Divinidad, ayudaba a la hipnosis o éxtasis de la pequeña María, que puesta de pie junto al altar de las Tablas de la Ley, recibía el pensamiento Divino y su dulce vocecita repetía:

“Mi pensamiento sigue vuestros pasos en la tierra y mi amor santifica vuestra vida.

“Yo soy el principio y el fin de vuestras obras de misericordia y de amor.

“Pensáis en mí y quisierais apagar el clamor de los que sufren y consumir como paja al fuego todo el dolor de la tierra.

“No padezca vuestro corazón por el tormento de los hombres, antes bendecidlo porque él les obliga a refugiarse en Dios.

“El dolor humilla al soberbio y acrisola y purifica al justo.

“El dolor hace sentir al hombre su propia incapacidad e impotencia y le impulsa a buscar amparo y alivio en alguien más fuerte y poderoso que él.

“El dolor es oro puro con el cual paga el alma deudas de dolor causado injustamente a su hermano.

“Bueno y santo es el ser misericordioso con los que padecen, mas no sea tanto vuestro afán que lleguéis hasta olvidar lo que debéis a la salud de vuestro cuerpo y a la vida que habéis tomado para vuestra propia evolución.

“Dejad que los muertos entierren sus muertos o sea, que los que pecaron contra el hermano paguen su deuda al hermano.

“Juan, mi amado Juan, hablo contigo en particular. He visto en ti y sé que sientes en carne propia el dolor físico y moral de tus hermanos. Ya has cumplido la Ley de amar al prójimo como a ti mismo. Ama ahora

un poco a tu propia alma y déjala escuchar lo que para ti y para tus hermanos de ideales y de causa, te dirá el Ángel de las Anunciaciones.

“Mi congregación formará muchedumbre, porque mi doctrina penetrará muy hondo en los corazones preparados para recibirla.

“Abrir caminos, desbrozar los campos, arrancar la cizaña que aparecerá aún en los huertos cultivados por mí, derribar barreras y montañas, hacer florecer las ruinas, los desiertos, los sepulcros y las ciénagas es y será la obra de mis apóstoles, y tú eres uno de ellos, Juan, no lo olvides nunca...”

Una inefable ola de ternura se esparció en el Cenáculo de la vieja Casa de Nazareth; una presencia radiante y silenciosa rozó suavemente a Myriam, a Jaime, a Dina y deteniéndose frente a Juan parecía esperar...

—¡Sí, Maestro, sí, te he comprendido y seré para Ti lo que tú quieres que sea! —clamó Juan, cayendo de hinojos ante aquella presencia divina que reclamaba una amplia aceptación y una promesa eterna.

El silencioso llorar de todos se calmaba poco a poco y la acostumbrada acción de gracias terminaba la oración de la tarde.

Y Juan escribía esa noche en su diario lo que el Divino Maestro le había pedido y lo que él le había prometido.

106

VISITANTES DE SAMARIA

Cuando el ocaso extendía sobre Nazareth el suave resplandor de sus velos dorados, una pequeña caravana se detenía en el portalón de la vieja casa de Yhosep el Justo.

Este hecho era menos frecuente después de las muchas emigraciones de los hermanos a distintos parajes que le ofrecían seguridad para sus vidas, perseguidas por el Sanhedrín judío, que seguía luchando a brazo partido por conservar su antiguo poderío sobre vidas y haciendas en el país de Israel.

El tío Jaime salió a recibir a los que llamaban...

Los visitantes eran el Diácono Felipe con Bernabé, y Simón de Níger, que habiendo conocido y amado al Cristo Ungido de Dios en los gloriosos días de su apostolado heroico en medio de los hombres, deseaba vivamente conocer a su augusta Madre, reliquia venerable que Él les había dejado.

Llegaban los viajeros montados en buenos caballos y con los asnos de tiro, cargados con los dones para la Santa Madre de todos los seguidores del Mesías Mártir.

Hermosas alfombras, mantas, cortinados provenientes de los grandes talleres de Antioquía, fueron apareciendo al desenvolverse los fardos transportados por los viajeros. Todo ello fue inmensamente agradecido por la dulce mujer de la piedad y del amor que nada pedía ni quería para su viejo hogar, desde que no estaban a su lado aquellos amados seres para los cuales vivió toda una vida de abnegación y de amor.

—En mi soledad todo me sobra —decíales ella—, y sólo me falta la amada presencia de los que el Señor llamó a su Reino.

Lo que más gustó al amante corazón de aquella Madre fue el obsequio de las antiguas Escrituras, que traducidas y prolijamente guardadas en un cofre de madera de sándalo, le ofrecían los visitantes de Samaria.

En todas aquellas Escrituras aparecía como un sol radiante la personalidad del que fue su hijo, en una u otra de las varias jornadas mesiánicas que había realizado sobre la tierra.

Ella tenía en su Archivo la vida de Abel, copiada para ella por Yhosue-lín de las Escrituras del Patriarca Aldis; la de Krishna que Nebai había copiado del Archivo del Sacerdote de Homero en Ribla, y se la había obsequiado; la de Moisés, obsequio de Filón de Alejandría. Ahora el Diácono Felipe, Bernabé y Simón de Níger le traían otra joya preciosa para su corona maternal: las vidas de un Rey Santo, *Anfión de Otlana* y de un ilustre y sabio Maestro atlante: *Antulio de Zeus*. ¡Otras dos jornadas heroicas y gloriosas del gran Hijo que su corazón no podía olvidar!

En veinte días que los visitantes permanecieron en la Casa de Nazareth, el viejo cenáculo se llenaba por las noches con los hermanos de las intermediaciones, que acudían a escuchar la lectura que el Diácono Felipe hacía de los pergaminos, en que fueran copiadas las traducciones de las arcaicas Escrituras, que Simón de Níger había traído de su lejana tierra natal Nigeria, en África Occidental, y Bernabé, de la isla de Chipre, donde un viejo ermitaño discípulo de los Dakthylos del Ática prehistórica, le había dejado como compensación a las solicitudes del joven Halevi que le asistió hasta su última hora. Halevi fue su nombre antes de que el Maestro le llamara Bernabé.

Creo que será de interés para los lectores, la lectura de alguno de estos pergaminos. Escuchémosle de la voz vehemente del Diácono Felipe:

—Escritura del ermitaño Athor que habitó y murió en una gruta del acantilado de la isla de Chipre, y que traducida de la lengua de los Sardos del Ática Prehistórica, dice así:

“Vida del filósofo, taumaturgo y médico atlante Antulio del país de Zeus, escrita por su madre Walkiria de Cerro de Oro.

“En el País de Zeus, el más hermoso, fértil y rico del Continente denominado Atlántida, vivía un Rey justo, amado del Eterno Señor de los mundos, aquel que nadie vio porque es el Eterno Invisible. Tal Rey

se llamaba Ateneas y era bondadoso, padre de un grande y numeroso pueblo.

“En la descendencia de este hombre justo, nacieron a la vida física dos niños, varón y mujer en familias parientas y amigas: Hamán-Araset se nombraba al niño y Walkiria a la niña. Como el amor les unió en sus juegos de niños, llegados a la pubertad, también les unió el amor y sus padres bendijeron tal unión. La niña nacida en Cerro de Oro de donde procedía su madre tomó el nombre de la tierra de su nacimiento. Y el niño varón nacido en la ciudad sol de los muros de bronce y plazas iluminadas de globos de cristal y antorchas de oro, se nombró Hamán-Araset de Manantial de Estrellas.

“El hijo primero de tal unión fue llamado Antelux, que entre los profetas y sacerdotes de aquel tiempo los nombres tenían significados ocultos, simbólicos, debido a ciertas premoniciones, revelaciones y anuncios habidos por seres entregados al estudio del mundo invisible, cuando el niño apareció en la vida.

“Para los que observaron su infancia y adolescencia, el hijo de Hamán-Araset era toda una promesa de gloria para el hogar en que había nacido.

“Y era tal que Araset decía a su amigo: “Mi hijo ha nacido de treinta años”, con lo cual quería significar la madurez prematura que se veía en sus pensamientos y en sus actos.

“Su padre partió de este mundo cuando el hijo contaba sólo doce años.

“Y así, cuando se sintió morir, le llamó a su lado y le dijo:

Entre todos los bienes que tengo, mi tesoro mayor es tu madre.

“Eres un hombrecito y ella queda a tu cuidado. Si la haces feliz como la hice yo en los quince años que viví a su lado, yo te bendeciré desde aquel mundo de luz a donde voy y donde te espero juntamente con ella. Dame tu palabra de honor que nunca le harás padecer.

“Y el hombre de doce años, sofocando un sollozo, se arrodilló junto al lecho de su padre y besando aquellas manos que empezaban a enfriarse dijo con gran serenidad: —Por la luz de Dios que nos alumbrá, por tu honor y por el mío, te prometo, padre, que seré para madre lo que tú quieres que sea.

“Y Hamán-Araset murió tranquilo, porque estaba cierto de que aquel hijo cumpliría su promesa.

“Desde aquella hora, el hijo fue el confidente y la fortaleza de la madre, y la madre fue la confidente y la dulzura de amor que acompañó al hijo como un halo de luz que no se apagó nunca.

“Hay amores para los cuales sólo un paraíso eterno puede ser justa compensación

“Y la madre y el hijo ofrecieron el espectáculo de tal florecimiento de bien, entre quienes tuvieron contacto con ellos, que se hizo proverbial la creencia de que toda persona tranquila, afable y feliz, venía de la torre de Araset, como llamaban a la casa habitación que entre un bosquecillo de pinos y de olmos, tenía como hogar la joven viuda Walkiria de Cerro de Oro y su hijo Antelux, compañero inseparable de su vida.

“No eran poderosos ni ricos, porque la descendencia lejana de Ateneas, Rey justo de pasados tiempos, perdidos ya en la oscura tiniebla de los siglos, no era de ninguna figuración en las jerarquías de esa época.

“Apartados en el silencioso barrio de la gran ciudad, denominado “Las Torres Viejas” a causa de la antigua edificación existente allí, Walkiria y su hijo vivían su vida de estudio y de trabajo, acompañados de la fiel servidumbre dejada junto a ellos por el amado ausente.

“Las más bellas flores y mejores frutos, legumbres y hortalizas se encontraban en aquel huerto que florecía y fructificaba al mil por uno, como la vida de sus dueños, que eran clara luz del día y aguas de las fuentes para cuantos buscaban su amistad y sus afectos.

“El jovencito Antelux estudiaba en la Escuela del Cerro Grande, según llamaban a un renombrado Instituto de Ciencias, Artes y Letras regentado por unos sabios que vivían célibes y solitarios en un antiguo Torreón-fortaleza en la falda del Cerro Grande, a media milla extramuros de la ciudad.

“Estudiaba Medicina, Filosofía y Letras, según lo había querido su padre, de acuerdo a las inclinaciones y vocación del hijo.

“Walkiria, su madre, era una artista del pincel y vaciaba en lienzos y muros los sueños más bellos y exóticos de su espíritu, evocador incansable de bellezas extraterrestres.

“Modestos por naturaleza y por hábito, esta reducida familia se bastaba a sí misma, y aún podía permitirse la satisfacción propia de nobles almas, de ser la providencia viva de cuantos necesitaban de socorro material para el cuerpo y de ayuda moral para el alma.

“Y los años pasaron, hasta que llegó un día en que los sabios de Cerro Grande dijeron al joven Antelux, que había llegado a la culminación de su carrera:

“—Ya llegaste a la cumbre de los conocimientos que alcanzamos tus maestros. No tenemos ya nada más que enseñarte. El Altísimo te dio tal claridad de mente y capacidad de comprensión y fijeza de memoria, y fuerza de voluntad, que has corrido en pocos años lo que a otros les absorbe toda una vida.

“Tienes un ancho camino abierto ante ti. Ve, pues, hijo querido de tus viejos Maestros; y da a esta humanidad que te rodea cuanto guardas en el cofre de oro de tu íntimo ser.

“Y él les respondió así:

“—Permitidme que continúe visitando vuestra casa, que fue y es para mí la Casa de Dios, Casa de Sabiduría, Casa de Santidad, donde he recibido todo cuanto soy y seré durante toda mi vida.

“El mayor de todos los solitarios al cual llamaban Atlas, porque la Institución fue creada por el Rey Atlas uno de los diez reyes justos elegidos por el Poder Divino, muchos siglos antes para llevar por los caminos de la Ley la humanidad atlante, le dijo con la voz temblando por un sollozo contenido:

“—Mucha honra, hijo mío, es para esta casa tu presencia en ella, por algo que nosotros sabemos y que tu modestia no te deja ver. Ven cada vez que tu corazón te lo pida, lo mismo antes que después de haber descubierto tu verdadera personalidad.

“El joven estudiante, emocionado, dobló la rodilla en tierra ante los maestros reunidos para despedirle, y les dijo:

“—Dadme vuestra bendición para que pueda irme tranquilo a la marea del mundo.

“Los cuarenta solitarios tendieron la diestra sobre la joven cabeza inclinada y Antelux bajó del Cerro Grande con el alma henchida de esperanza, de luz y de amor.

“Jamás pensó que la Escuela de Cerro Grande sería un día su propia Escuela. Allí bebió la sabiduría, la paz y cuanto de grande, bueno y bello adornaba como piedras preciosas su psiquis eterna. Y todo ese tesoro sería suyo un día..., y ese día no debía tardar.

“Cincuenta lunas pasaron para Antelux curando enfermos del cuerpo y enfermos del alma, y su madre le anunció, en la confidencia de la cena, que del Cerro Grande le habían venido a buscar con urgencia.

“Acompañado por uno de los servidores, el joven partió esa misma noche.

“Encontró al anciano Atlas puesto en el féretro, porque esa mañana al clarear el día y al terminar el himno del amanecer, tuvo un acceso de emoción, algo como éxtasis producido por una visión del futuro y sin una queja, ni un gemido, había abandonado la vida física.

“El dolor del joven Antelux fue tremendo, porque aquel anciano, Maestro suyo, le era inmensamente querido.

“Cayó de rodillas junto al féretro y lloró largo rato sobre aquel noble pecho, en que había dejado tantas veces las inquietudes secretas de su corazón.

“Cuando le vieron calmado y sereno, el mayor de los solitarios le dijo en presencia de todos y rodeando el sarcófago que aún no habían cerrado.

“—Sabrás, Antelux, que a las tres horas de ausentarse de la tierra nuestro amado Atlas, te elegimos a ti para sustituirlo.

“Él mismo te había elegido, el día que celebramos el aniversario de la creación de esta Escuela por el buen rey Atlas. Ya ves, pues, que era su voluntad, como es la nuestra. ¿Te negarás a ser nuestro Atlas?”

“El joven, que sólo contaba veintiséis años, se tornó pálido como el Atlas muerto tendido en el féretro.

“—¡Tengo sólo veintiséis años! —exclamó con espanto—. ¿Cómo queréis hacer de mí un Atlas, cuando apenas sé encaminarme yo mismo?”

“—Es la voluntad de todos y también la del que yace inmóvil en el féretro —contestaron los solitarios.

“Antelux cayó de hinojos y dobló su cabeza sobre la tierra.

“Era la señal acostumbrada de aceptación de la inapelable sentencia.

“Y antes de que le prendieran sobre el pecho la Estrella de cinco puntas y ajustaran a su puño la ancha ajorca de hierro amarillo, símbolo del poder y la fuerza del Atlas Fundador de la Escuela, el joven elegido pidió a los solitarios una hora de meditación en conjunto, para recibir de la Divinidad el acierto y la luz.

“¿Qué era ser el Atlas de la Escuela de Cerro Grande?”

“Era regir el establecimiento docente donde se formaban los aspirantes a Sacerdotes del gran Templo de Zeus (nombre dado a la Divinidad).

“Era donde se educaban intelectual, moral y socialmente, los primogénitos de las casas reales y de todas las familias descendientes de los Reyes Fundadores de las dinastías que, desde muchos siglos atrás, formaban la raza privilegiada de las Islas Atlántidas: las “Diez Gemelas”, como se las llamaba, que luego fueron unidas por ciclópeos puentes, formando todas un solo inmenso Continente.

“Mencionar la Escuela del Cerro Grande, era mencionar la casa de la sabiduría, de la nobleza, de la rectitud, en fin, de todo lo más grande, bueno y bello que puede existir en la tierra.

“Elegir para Atlas de tal institución a un joven de veintiséis años, era calificarlo públicamente como lo más alto, noble y bueno en los campos de la Sabiduría y de la Virtud.

“Y el joven Antelux medía bien la responsabilidad que tal designación cargaba sobre sus hombros.

“En el espacio de siete lunas de la designación, los diez Soberanos de los diez países Atlantes, tenían tiempo para expresar su conformidad o disconformidad con tal designación.

“Cumplido tal plazo y no habiendo oposición ninguna, el Atlas elegido estaba en poder de su cargo y comenzaba el ejercicio de sus funciones.

“Esas siete lunas, Antelux las empleó en revisar cuidadosamente las crónicas que relataban la actuación de sus antecesores, y, conforme a ello, resolvió cuál sería su camino a seguir.

“El estado espiritual, intelectual y moral de la humanidad que le rodeaba le dio a comprender, que era una hora difícil en la que entraba a actuar como Atlas en la Escuela del Cerro Grande.

“La humanidad estaba altamente evolucionada en las Ciencias Físicas y Naturales, en la Mecánica y en la Química, en la Astrología y la Quiromancia, pero muy poco en la moral y menos todavía en el sentido espiritual.

“Y el joven Atlas pensaba: “Hay abundancia de conocimientos materiales, pero las almas duermen. Muchos sabios, pero pocos hombres buenos. Es el reinado de la materia. Hagamos florecer el espíritu. La carne y la sangre se pudren en la tierra. El espíritu permanece y vive eternamente”.

“Y Antelux instaló una nueva aula, pequeña y apartada, entre las penumbras del parque a donde nadie llegaba, y la llamó “Hortus Conclusus” (Huerto Cerrado).

“Sólo él y algunos de los solitarios visitaban aquel recinto. Mas, la Divina Ley fue acercando las almas al aula mística de Antelux en busca de la fuente de aguas vivas que allí desbordaba a raudales.

“Y los años pasaron y el Atlas reunió por fin, cuarenta jóvenes alumnos que se entregaron con amor a la ciencia de Dios y de las Almas. Y entre ellos un joven Príncipe heredero de la familia reinante en el País de Zeus, cuyo nombre era Hilkar de Talpakén. Por la grande afinidad y comprensión con su Maestro y su doctrina, llegó a ser su amigo íntimo, su Secretario, Notario y confidente de todas las alternativas de su vida, cargada de responsabilidades.

“Su “Hortus Conclusus” llegó a ser un sanatorio de almas enfermas.

“Y el gran Maestro decía: —De las enfermedades del alma están asimismo enfermos los cuerpos. Curemos las almas y los cuerpos serán sanos.

“¿De qué medios usaría el gran médico de almas?

“Sometíalas a siete días de soledad en el “Hortus Conclusus” y les sugería la absoluta necesidad de examinarse cada día, hasta descubrir todas las debilidades, imperfecciones y deficiencias, en que incurrían más frecuentemente.

“En siete días de meditación y estudios de sí mismos, al par que eran estudiados por el Médico espiritual, contraían el hábito de observarse a sí mismos hasta llegar a la convicción de que sus llagas morales, eran causa y origen de los diversos estados morbosos y anormales que les traían dolores y trastornos físicos, y a la vez la desdicha que en su vida de relación recogían como abundante cosecha, haciendo de sus propias vidas y de otras vidas un tormento enloquecedor.

“Y expuso, como axioma y base incommovible de su Aula Espiritual,

estas breves palabras: *“El conocimiento de sí mismo por la meditación perfecta, es la felicidad del alma y la salud del cuerpo”*.

“Un día, su discípulo Hilkar, Notario suyo, le llevó este problema: —Maestro, oídme, por favor. Mi padre es señor de un vasto dominio y en tal calidad forma parte del Alto Consejo del Gobierno del País de Zeus, que está abocado a una difícil situación económica por la pérdida de cosechas en años consecutivos.

“El erario público se agotará en breve y el Alto Consejo proyecta medidas de restricción en la manutención de los pueblos; lo cual traerá el hambre, las enfermedades y la muerte en las clases ínfimas de la sociedad.

“Mi padre se opone, como es natural y lógico, y trata de transmitir su sentir y su pensar a otros Consejeros. El Rey, por su parte, les urge a resolver entre todos este delicado asunto, antes de que el pueblo se aperciba del estado de cosas que se avecina.

“Como sabéis, Maestro, tengo algún ascendiente en el autor de mis días, pero soy tan joven aún y el asunto es tan grave, que acaso ni me sea permitido esbozar una opinión.

“¿Qué me aconsejáis en este caso? ¿Debo permanecer alejado de toda intromisión, o por el contrario, debo tratar de que mi padre se oriente sobre lo que es justo hacer en este caso?

“El Maestro pensó unos momentos y luego habló.

“—Dime, Hilkar, amigo mío; Cuando en el tejado de tu casa se abren grietas que dejan filtrarse el agua de los temporales, ¿qué medidas crees que deben tomarse?

“—Pues tomar argamasa y brea para cerrarlas y cubrirlas —contestó el joven discípulo.

“—Y dime, ¿de dónde tomarás tales elementos?

“—De los grandes depósitos de materiales de construcción, desde luego. De los inmensos tanques de brea que existen en los surtidores públicos.

“—Muy bien. El símil nos resultará comprensible y perfecto como verás. En mi concepto, no debe pensar el Alto Consejo remediar el mal estrujando la bolsa casi exhausta del que tiene poco, sino de las arcas repletas de los poseedores de grandes riquezas.

“Entre los Consejeros mismos, señores de dominios cubiertos de ganados los unos, de minas de oro, plata, cobre, piedras preciosas, mármoles, pórfido y cuantas riquezas esconden las montañas, los mares.

“¿Por qué piensan en disminuir los escasos recursos del pueblo, que trabaja para ellos y los enriquece y llena sus arcas de oro y sus palacios de bienestar, y no piensan en sacar lo que falta, de allí, donde abunda en exceso y lo cual bastaría para alimentar cien pueblos como los de Zeus sin que ninguno sufriera la escasez y la miseria?

“Con que cada miembro del Alto Consejo pusiera sobre la mesa redonda de la justicia la décima parte de sus riquezas, la dificultad estaría solucionada, y el pueblo ni aún llegaría a percibirse de que había existido.

“—Es verdad, itoda verdad! —exclamó el joven Notario—. Mas, ¿cómo hacer para que esta solución, se haga carne en el corazón de los cuarenta hombres que asesoran a nuestro Rey?

“—Desde que la Divina Ley me subió a lo alto del Cerro Grande, os vengo enseñando lo que puede hacer el pensamiento humano cuando está unido a la Voluntad Divina.

“¿Cuándo se realizará la Asamblea del Alto Consejo?

“—De aquí a siete días.

“—Bien, llama a los íntimos nuestros, la Estrella de Cinco Puntas, para que me acompañen en el trabajo espiritual que haremos durante esos siete días. Tú te encargas de averiguar donde se encuentra cada uno de los Consejeros a la cuarta hora, luego de puesto el sol. Yo les visitaré en espíritu, uno a uno, y el Eterno Amor será conmigo, para hacerles pensar a todos ellos como la Divina Ley quiere que piensen.

“Y la fuerza mental del Maestro apoyada por el Eterno Amor que le impulsaba imprimió su sentir y su pensar en la mayoría de los hombres del Alto Consejo, que siete días después reunidos en Asamblea, resolvieron aportar cada uno la décima parte de sus rentas al Erario Público, a fin de que la vida continuara con normalidad en todo el País de Zeus.

“Tanto su propio país como toda la humanidad de entonces, ignoró que el pensamiento vibrante de amor de un hombre solo, transformó el egoísmo de los poseedores de grandes bienes materiales en lógico razonamiento, en fraternal piedad para sus hermanos desposeídos, que nada podían dar porque sólo poseían lo más indispensable para la vida.

“Esta crónica se haría interminable, si habría de referir todas las obras desconocidas y silenciosas que realizó Antelux, con el poder del pensamiento unido al Eterno Amor.

“Tuvo predilección por el cultivo del pensamiento, como medio de realizar obras benéficas sin ninguna manifestación exterior.

“—El alma queda libre del peligro de la vanidad y complacencia por el aplauso de los hombres, que ignoran hasta la existencia de quien les hace bien —decía él a sus discípulos, impulsándolos hacia tal camino de absoluto desinterés, de perfecto amor fraterno—.

“El amor que nada pide, ni busca, ni quiere nada para sí mismo, es la culminación del amor. —Era ésta otra máxima suya en que se refleja claramente el pensar y el sentir de quien lo enseñó y practicó durante toda su vida”.

El manuscrito terminaba con este breve epílogo:

“Queda relatada sucintamente la vida de Antelux de Manh-Ethel o del País de Zeus. No encuentro inspiración ni las palabras precisas que reflejen la injusticia, la crueldad y la infamia, de los que buscaron entre el fango de sus vidas de reptiles, el modo de condenar a muerte a quien pasó por este mundo derramando el bien, sin esperar ni pedir compensación ninguna”.

Las Escrituras conservadas por Simón de Níger eran una serie de relatos de dos Profetas Blancos de la Montaña Santa, en que referían sus penosas aventuras desde que huyeron de las aguas invasoras que hundieron Atlántida y a bordo de un buque mercante, prófugo también, encontraron refugio en la costa occidental del África, donde altos y áridos acantilados rocosos les prometían alguna seguridad sobre las aguas que subían de nivel día por día.

Anfión, el Rey Santo, era el personaje cumbre en aquellas borrosas escrituras. Y Juan y María pudieron comprobar que aquellos relatos estaban de acuerdo con los dictados recibidos por ellos sobre la vida de amor, de justicia y de sabiduría, que vieron los pueblos atlantes cuando vivió entre ellos Anfión, el Rey Santo de Orozuma.

Pocos días después, los tres visitantes de Samaria abandonaban con pena la Casa de Nazareth, dejando a la dulce Madre del Cristo-Mártir con un nuevo florón de amor y de gloria en su eterna corona maternal.

Los lectores conocen ya la vida de Anfión, y omitimos por eso los relatos obtenidos por Simón de Níger de un pescador de la costa del gran río, que ha dado nombre a esa comarca africana: el río Níger.

Podemos añadir para ilustración del lector, que desde este momento comenzó de verdad la vida apostólica del Diácono Felipe, tal como si su visita a la Madre del Cristo-Amor le hubiera inyectado en el alma nuevas y fuertes energías.

Sus facultades espirituales adquirieron gran intensidad, hasta el punto de que apenas se disponía a dirigir alguna exhortación a un grupo de hermanos, se sentía poseído de una Inteligencia que no era la suya, de un conocimiento que tampoco le pertenecía, y de una voluntad de salvar, de redimir, de ayudar, que lo forzaba a los mayores esfuerzos y desinteresados sacrificios que son posibles a un ser revestido de carne.

A uno de estos momentos culminantes pertenece el hecho relatado por las crónicas cristianas del siglo I, referente al Administrador de la Reina Candace de Etiopía, que habíase trasladado a Jerusalén en cumplimiento de un voto hecho al Dios de Israel: de visitar su Templo y orar en él, y a la vez socorrer a cuantos necesitados encontrara en sus pórticos, si la real familia a quien servía conseguía volver a su tierra natal y a su viejo solar de donde huyó para salvar la vida.

Conseguido esto, aquel hombre cumplía su voto y quedaba en paz con su conciencia y modo de rendir culto a la Divinidad.

El hecho relatado tan concisamente por las crónicas mencionadas, sólo deja comprender que ese hombre abrazó el Cristianismo con gran entusiasmo y convicción, fortalecidos enormemente por cuanto vio y oyó en las Congregaciones Cristianas de Samaria, cuyos trabajos misioneros compartió con Felipe, Rhoda y Nicanor, que eran el alma del fuego vivo de Cristo encendido por ellos mismos en aquella parte de la Palestina.

Y ese entusiasmo fue transmitido por él a su lejana tierra natal, la Etiopía, donde la familia real, ya instalada por el Apóstol Matheo, estableció la Idea genial del Profeta Nazareno como religión oficial de la Nación.

107

TUDO SE PASA

*¡Todo es fugaz en la vida
Como la ola en el mar!...
¡Todo muere y se termina,
Todo viene y todo va!...*

Es éste un viejo cantar conocido y vivido por los abuelos de todas las épocas.

Y en cumplimiento de esta verdad mil veces comprobada, las furias persecutorias de los hombres del Sanhedrín, pasaron también a raíz de la muerte de Hanán y la transformación de Saulo de Tarso de perseguidor a adepto.

Este período de calma favoreció a las nacientes Congregaciones Cristianas, que vieron ensancharse sus filas, dando lugar a que todos aquellos que sentían vocación de misioneros, se dispersaran por el mundo siguiendo las huellas de los Doce, que primeramente tendieron el vuelo a largas distancias.

Como es lógico y natural, los Apóstoles del Cristo tuvieron cada cual sus afinidades y simpatías, y todos ellos se vieron alcanzados un día por aquellos que le habían amado, cuando en los últimos años de su vida acudían a compartir con él las tareas de la enseñanza y las no menos gravosas de aliviar las pesadumbres y necesidades de la humanidad que les rodeaba.

Los más apegados al terruño nativo se refugiaron en las pintorescas serranías galileas, tan embellecidas con el recuerdo que dejara en ellas el Divino Amigo desaparecido del plano físico, pero eternamente vivo en

los corazones que le amaron. Era una rosa bermeja que no se agostaba ni marchitaba nunca en el alma de sus amadores.

“A un año, a tres, a diez, a doce años de la partida del Señor a su Reino”, decían cuando necesitaban marcar una fecha a determinados acontecimientos. Y tan profunda fue la repercusión del estupendo suceso, que gran parte de la humanidad lo tomó como punto de partida para hacer comprensibles fechas y épocas de su milenaria historia sobre la faz del planeta.

Y así vemos que ineludiblemente se dice: “tantos siglos o años antes o después de Cristo”.

“Muerto el Pastor, se dispersarán las ovejas” –había dicho Él en una de sus largas pláticas con los íntimos amados de su corazón.

“Tronchado el árbol que les da sombra, volarán las golondrinas a mil diversos parajes”. Y tal como lo había vislumbrado, sucedió en la primera mitad del siglo primero.

Antioquía, Alejandría, Roma y Damasco, fueron la patria adoptiva para la mayor parte de los emigrados del suelo natal.

Y todos ellos llevaron la personalidad espiritual del Cristo y la doctrina de amor que bebieron de Él, a todas aquellas ciudades que les cobijaron en la trágica huída.

Aquel valeroso joven griego, Demetrio, después de largos y continuados viajes buscando huellas vivas del augusto mártir, encontró a su regreso a Nazareth, junto a la dulce Madre de todos, a su prometida Rhode que desfallecía entre la vida y la muerte.

—Con los grandes dolores sufridos —le dijo en una confidencia íntima— he perdido la capacidad de hacer feliz a ningún hombre, Demetrio, y sería llevarte a la decepción y al fracaso si persistiera en unirte a ti en matrimonio.

—Está bien, Rhode —le contestó él con admirable serenidad—. También yo he sido sacudido fuertemente, no sólo por el triste acontecimiento del Gólgota y por la atroz muerte de mi hermano Stéfanos, sino también por la fuerza tremenda que ha desatado en mí el Ideal del Cristo haciéndome ver y apreciar el mundo externo y mi mundo interior de muy distinta manera que lo veía y lo apreciaba antes. Y mientras no llegue a centralizarme y asentarme en bases firmes en mi nuevo camino, siento igual que tú, algo como una incapacidad de crear en mí mismo el ambiente sentimental y emotivo necesario para hacer dichosa a mi lado a ninguna mujer.

“Seamos, pues, amigos, compañeros y hermanos, como lo fuimos hasta hoy, Rhode, hasta que algún día, si ese día debe llegar, sintamos que somos capaces de hacernos felices recíprocamente”.

La pobre niña, que no esperaba esta solución, a lo que ella creía

insoluble problema íntimo, recobró su tranquilidad, y corrió al regazo de la Madre Myriam, que desde tiempo atrás le venía anunciando que Stéfanos mismo le ayudaría a resolver su problema íntimo, iluminado por el gran Hijo con quien ella en sus meditaciones clarividentes, le había visto curar los corazones enfermos.

Demetrio volvió a la tierra natal a recibir la herencia paterna que el Tribuno Marcelo Galión, enviado como Legado Imperial en aquella región, le hacía recobrar en memoria del Profeta Mártir que dejó establecido el Amor al prójimo como el supremo mandato de su Ley.

Fácil le fue a Demetrio, con tan valiosa protección, establecer en su propia casa el primer santuario cristiano de Grecia, ayudado por tres terapeutas Esenios del Monte Carmelo, donde él había estado un tiempo como descanso de sus viajes y recopilando cuantos datos pudieron darle referentes al Cristo sacrificado en Jerusalén.

Estos terapeutas habían sido discípulos íntimos de Yohanán el Bautista, que fue desde entonces el guía espiritual de aquella agrupación cristiana.

Se les manifestaba como “Thylo”, discípulo de la Escuela de Antulio y les impulsó a buscar las huellas de los solitarios del Monte Himeto (Monte de las Abejas en la Prehistoria), donde aún encontraron siete Dakthylos, muy ancianos y agotados físicamente por los largos años vividos, pero sus espíritus jóvenes y optimistas, que brindaron la luz de su sabiduría a la naciente escuela de Yhasua de Nazareth. ¿No era, acaso, el mismo astro radiante que a ellos les alumbraba?

Mientras tanto Rhode, unida a la Escuela de Mágdalo, colaboraba en las tareas docentes que bajo la dirección del Rabí Sedechias continuaban allí silenciosamente.

* * *

“Todo es fugaz en la vida
Como la ola en el mar...”

Y son también fugaces las vidas humanas que pasan, se desvanecen y se esfuman como el humo de un pebetero y como la ola en el mar.

Y hay vidas tan preciosas, que al extinguirse dejan un vacío profundo en aquellos que han unido por afinidad sus vidas a esas otras vidas fugitivas, que entre un suave rumor de alas se van lejos..., hacia allí donde no les podemos seguir.

Y así, se fue la pequeña María, como un suspiro de la tarde cuando el sol se escondía en los velos de un ocaso otoñal. Era una hoja más que volaba llevada por el viento de la Ley que a su hora deshoja árboles y vidas...

Un dolor grande pero sereno desbordó en todos los corazones.

—Era un lirio del Paraíso —decía alguno—, y nuestro Maestro lo ha trasplantado a su jardín.

—Era un ángel desterrado —decía otro—, y los ángeles del Señor vinieron por él.

—Era un cirio del altar —añadía un tercero—, y se ha consumido ardiendo.

Este último estaba en la verdad exacta y no figurada por un hermoso símbolo. La fuerza vital se agotó en María a fuerza de tanto dar amor, esperanza y fe a cuantos la rodeaban. ¡Era su hora!

Sólo Juan no decía nada, pero su alma estremecida de angustia pensaba: “¡Tanta fuerza vital gastó en darme vida física y espiritual, que se agotó como una planta sin riego, como una fuente sin agua, como una lámpara sin aceite!” Cuando así pensaba, su doble astral se le hizo visible para decirle sonriente y feliz:

—No pienses necedades, Juan, porque no soy planta sin riego, ni fuente sin agua, ni lámpara sin aceite. Prepara muchas carpetas, porque ahora seré la mensajera del Maestro para ti, y verás qué agua y qué aceite me da Él para que des luz a este mundo como cien lámparas juntas ardiendo al mismo tiempo. Espérame todos los días al amanecer en nuestra glorieta del rosal”.

El alma de Juan comenzó una era nueva, como si la vigorosa vida espiritual de su tierna amiga se hubiese transmitido toda a él por un prodigio maravilloso de amor.

Una insalvable deficiencia cardiaca había cortado esa vida en flor; pero la unión de las almas afines no se interrumpe por la muerte. Aquel espíritu libre fue en verdad como una lámpara votiva en el santuario interior de Juan, que, despertado por fin, dio vuelos gigantes en su propia evolución y en su honrosa misión de Apóstol de Cristo, fundador de las primeras Congregaciones cristianas del Asia Central.

Y la augusta Madre del Cristo, secando su llanto, decía:

—¡Se va ella que era alegría y amor para todos, y quedo yo, que no soy más que una sombra!... ¿Cuándo, Hijo mío, cuándo me llamarás a tu lado?

Todos los amigos ausentes y lejanos tenían conocimiento anterior del plazo anunciado, lo cual daba la razón del por qué la plácida Galilea, tan amada de Yhasua, comenzó a verse nuevamente poblada por los íntimos suyos, que juntamente con Él sembraron en ella las suavidades del amor fraternal cuando Él vivía en la tierra.

—Os habéis dado cita para acudir todos a la tierra natal a un mismo tiempo, como si una campana misteriosa os hubiera dicho: “Ya es la hora” —decía Myriam a los discípulos y amigos de su hijo que la visitaban con tan tierna solicitud—.

“¿Es que esperáis ver la vuelta del amado ausente traído por los ángeles de Dios, para renovar nuestras energías y espantar las tristezas de nuestra vida?”

—Sí, Madre —le contestaba Pedro, interpretando el pensamiento de todos—. Nuestro amado Rey y Señor debe volver para ver la siembra que hicimos en su nombre y recoger los frutos. ¿No nos dijo en su despedida que Él no nos abandonaría nunca y que velaría siempre por nosotros?

“Todos hemos hecho cuanto hemos podido en su nombre. Mucho cansancio sufren nuestras almas y vendrá a darnos de nuevo el pan divino de su palabra y el vino sagrado de su amor que vigorice toda nuestra debilidad”.

Y la dulce madre aceptaba complacida la explicación de Pedro, y con grande alegría les veía llenar todas las tardes el gran cenáculo para la oración de la noche en conjunto, como lo hicieron años atrás cuando su Hijo se sentaba a su lado.

Hasta que un día... ¡Oh! ¡Qué memorable día! La primavera había cubierto de sedosos capullos el rosal-té del rústico cenador del huerto. Los lirios del valle y la flor de la luna emblanquecían los macizos a lo largo de la avenida de cerezos y nogales, que llegaba hasta la calle de tránsito público.

Las anémonas rojas y las campanillas azules vestían de alborozada fiesta el humilde jardín donde el arrullo de las tórtolas y el gorjeo de las alondras llenaban de armonías la silenciosa morada.

Los familiares y amigos llegaban a la Casa de Nazareth con el corazón rebotando alegría, y las manos llenas de dones para la augusta Madre del Cristo que cumplía otro aniversario más de su pasaje terrestre.

Era un largo collar de perlas blancas, que ella sostenía con serena calma, lo mismo en los días de angustia que en los días venturosos. Por eso, el tiempo había respetado su cuerpo físico, que parecía inaccesible a las huellas de la ancianidad.

Una jovialidad discreta y encantadora se irradiaba de su persona llenándola de una atractiva dulzura y simpatía. ¿Quién que la conociera podría no amarla?

Los concurrentes formaban muchedumbre que se movía alegremente disponiendo mesas, bancos, reposeras, entre el follaje florecido de la primavera, eterna creadora de rosas, de gorjeos y rumores...

También la Naturaleza parecía unirse a la celebración del aniversario sesenta y ocho de la santa mujer, cuya silenciosa vida de abnegación y de sacrificios heroicos, han dejado en olvido las diversas crónicas de aquella época, que han llegado hasta los tiempos actuales.

—¡Oh, si estuviera el Maestro aquí en este día único!... —decían algunos

de los presentes, sintiendo que una inmensa dicha les envolvía a todos como una suave fragancia acariciadora y dulcísima.

—¡Está!... ¡Está aquí! —contestaba Ella, como iluminada por la misma alegría de todos—. ¿Cómo pensáis que puede faltar Él en este día, en que el amor nos ha reunido a todos como una bandada de palomas en un granero abierto?”

Las intensidades de la dicha, como las intensidades del dolor, tienen repercusiones profundas en los organismos dotados de una extrema sensibilidad. ¡Aquel corazón de madre que había resistido las sacudidas tremendas de angustias inenarrables, acaso fue débil ante la explosión de amor que estallaba en torno de ella conmoviéndola hasta el llanto!...

Y cuando todos los rumores del amoroso festín hogareño se habían acallado, y un tranquilo sueño había sucedido a los cantos de alegría, la augusta señora, recogida en su lecho aún, pensaba dialogando con su gran Hijo:

—¡Basta, Amor mío, basta! ¡Ya me has dado demasiado! ¡Déjame entrar en tu reino, porque nada más falta a todos los dones que he recibido!

Y durmió para no despertar más a la vida terrestre.

Su espíritu fue a despertarse, acaso, entre los brazos del Hijo martirizado en su presencia y cuyos crueles dolores heroicamente sufridos, habían glorificado aquellas grandes almas unificadas por alianzas eternas.

108

EL SOLITARIO DE PATMOS

Al amanecer del siguiente día todos se despertaron al mismo tiempo, como si una campana hubiera resonado para ellos en aquella tranquila morada. Y todos sintieron la presencia amada del Cristo, y su voz consoladora y suave que les repetía estas palabras:

“—No lloréis por Ella, que ya descansa en mi Reino. Continúad sembrando la simiente, seguros de que Ella y Yo estamos con vosotros”.

Todos habían escuchado las mismas palabras.

Todos lloraban de emoción y de dicha por haberlas oído. Y todos repetían y sentían lo mismo:

—¡Maestro! ¡Bendita la hora en que le habéis dado el descanso de tu Reino, porque Ella padeció más que todos nosotros juntos!

Entre la confusión producida por tan grande acontecimiento, tardaron en percibirse de que sólo Jhoanín faltaba en la casa. Y comenzó la búsqueda. El tío Jaime, como buen conocedor de todos los rincones de la vieja casona y del extenso huerto, indicó a Pedro un caminito de piedra muy disimulado entre las plantaciones de hortalizas.

De tanto en tanto, se veía un grueso cordón de cáñamo prendido de una rama de los árboles que interceptaban las plantaciones. El cordón en lo alto y el senderillo en la tierra parecían tener alguna relación, pues ambos seguían la misma dirección y presentaban iguales desviaciones cuando algún obstáculo se interponía en la línea recta.

—Sólo tú podrás hacerte escuchar —le dijo a Pedro el tío Jaime—. Al final de este caminito, creo que le encontrarás. Ha sido ése el escondite de sus grandes dolores. Es natural que sufra más que todos”.

Y Pedro, secando los lagrimones que se le escapaban a pesar de su esfuerzo, continuó en silencio por el senderillo de piedra, al final del cual encontró a Juan, montoncito de angustia arrebuñado en su manto sobre un rústico banco de madera.

Y en silencio se sentó a su lado. No le brotaban palabras ni encontraba ninguna para decir. Sentía la vibración tremenda de la angustia muda de su joven amigo que estaba inmóvil como una piedra.

Por fin, pudo acallar los sollozos de su viejo corazón y colocando su diestra sobre aquel bulto inmóvil, le habló así:

—¡Jhoanín del Maestro!... ¡Jhoanín de Ella y mío también! ¿No oíste como todos, las palabras del Señor al amanecer?

Juan no contestó nada, pero abriendo su manto, se abrazó de Pedro, como un niño enloquecido de terror se echó a llorar a grandes sollozos que lo sacudían rudamente.

Pedro lo estrechó con amor entre sus brazos y un largo silencio se hizo entre ellos.

Cuando el raudal de llanto quedó agotado, Juan se quejó amargamente.

—¿Qué quieres, Pedro, que yo haga en esta vida más lóbrega que el sepulcro? ¡Sin el Maestro, sin mi dulce María, sin mi gran Madre, sin mis padres carnales!, ¿qué quieres que yo haga en esta vida, si soy un muerto también?

—¡Juan!... Quisiera yo valer algo para ti, a pesar de mi insignificancia, que no admite comparación con esas grandes lumbreras que se fueron de nuestro lado...

—Vales mucho, Pedro, y eres el único apoyo y sostén que me queda, si me recibes como un corderillo a tu lado...”

El íntimo diálogo fue interrumpido por el tío Jaime, Zebeo, Boanerges, Matheo, Marcos y María de Mágdalo, que llegaron juntos y llorando juntos.

Todos habían oído las palabras consoladoras del Maestro, pero la humana naturaleza se impone con tal fuerza en momentos determinados, que aún aceptando la suprema verdad de la dicha y paz de los amados ausentes, añora su presencia material, y el vacío dejado por

ellos se siente hondo..., itan hondo, que no sabe cómo llenarlo el alma que queda en el destierro!

Todos rodearon a Juan abrazado de Pedro, ipero nadie habló! ¡La augusta solemnidad de los grandes dolores, está acompañada siempre por el silencio! Un mismo pensamiento parecía aletear como llama viva en la mente de todos: “Pedro y Juan eran las dos columnas de oro y pórvido en que debía descansar el Santuario espiritual de la doctrina del Cristo”.

Así lo pensaban y sentían todos, y fue así, aunque después, pasado el siglo I y II, la humanidad inconsciente e incomprensiva siempre, ha exaltado con exageración otras personalidades, más a tono con el sistema de jerarquías ritualistas y dogmatismo cristalizado, en completa ausencia de lógica y buen sentido.

La personalidad de Pedro es inmensamente grande, no sólo por haber sido considerado como el primer Jefe Supremo de la Iglesia de Cristo, sino porque la humildad profunda de su espíritu lo hizo merecedor de aquel elogio figurado del Maestro: *“Dios da su luz a los humildes y la niega a los soberbios”*. Y el Anciano Apóstol estuvo siempre asistido de aquella Divina Luz. Son incontables las luchas y huellas de crueles pruebas que ese espíritu gigante soportó en su vida, para no abdicar del puesto que le designó su Maestro: *“Tú eres la piedra sobre la que edificaré mi templo”*.

No aceptó corona, ni tiara, ni mantos de púrpura que no se avenían con la humildad de su corazón ni con su modesto origen y sencillez de costumbres, pero repetía siempre cuando arreciaban en torno suyo las borrascas:

“—Yo no soy más que la piedra en que mi Señor levantó su Templo, y tal piedra seré hasta el último aliento de mi vida”.

Y Juan, a su lado, al suave calor de su corazón, y a la clara luz del Divino Conocimiento que le fue acordado, debía ser y fue el libro vivo que disolvió las tinieblas de la humanidad en el amanecer cristiano, hasta que las ambiciones y egoísmos humanos mezclaron la cizaña a la buena simiente, y mil disputas y desacuerdos tendieron oscuros nubarrones en el límpido horizonte del pensamiento del Cristo.

Mas, como la finalidad de este libro no es hacer crítica de los hechos, sino hacer historia de los acontecimientos sucedidos, continuó los relatos que voy refiriendo, tal como ellos ocurrieron.

Todos los íntimos amigos de Yhasua que estaban presentes tuvieron idéntico pensar respecto del amado y amante Jhoanín, y así lo expresaron en torno al viejo hogar que lo fue de todos porque era del Maestro:

—Llévate, Pedro, a Jhoanín, porque aquí morirá de pena. Es fuerte

cosa vivir entre el sepulcro de todos los recuerdos, y más aún para un sensitivo como él.

Y cuando todos volvieron a tomar el camino elegido para realizar el apostolado del Cristo; y en la vieja casa de Yhosep, sólo quedaban como huéspedes: Pedro, el Príncipe Judá y Lucanus, el anciano Apóstol convenció a Juan de seguirle a donde él fuera.

—¿No me has dicho que te acepte como un corderillo a mi lado?, —le decía tiernamente mimándole como a un niño enfermo.

Judá con su ardoroso optimismo, le diseñaba los campos del Señor que había para labrar. Lucanus, que había aceptado la tarea de ser Escriba y Notario en la naciente Escuela del Divino Maestro, le pintaba a su vez los grandes trabajos de escritura que debían hacerse, a fin de que no se perdiera nada de la obra grandiosa realizada por Él, y de la que todos ellos debían seguir realizando en el correr del tiempo.

Y el humilde y práctico tío Jaime le animaba también.

—Aunque mucho extrañaré tu presencia, vete, Jhoanín, con Pedro, que viajando y trabajando a su lado, pensarás menos en las ausencias que te causan tanto dolor”.

Así le hablaba el buen tío Jaime que continuaba siendo el tío Providencia, no sólo para los amigos y compañeros sino también para cuantos acertaban cruzarse en su camino, llevando a costas pesadas cargas.

Visitaron las ocultas agrupaciones de oración y de socorro que habían subsistido después de las grandes persecuciones de Saulo de Tarso. Las reavivaron y organizaron de nuevo, encargando al Rabí Sedechias y al tío Jaime desempeñar la misión de observadores y guardianes de ellas para remediar todas las necesidades ya de orden espiritual o material.

En su encantadora sencillez, les decía Pedro:

—Vosotros sois aquí en la tierra natal los ojos y el corazón de nuestro Rey y Señor. Sus ojos miran y su corazón obra. Conque ya lo sabéis.

¡Qué grande y hermoso sentir el de Pedro, que bajo un delicado símil daba una profunda y sabia lección empapada del amor fraterno más puro y delicado!

¡Oh! El anciano Apóstol sabía muy bien cómo miraban los ojos del Maestro el dolor humano, ¡y cómo su poderosa voluntad se entregaba toda a salvar lo que podía ser salvado entre tanta miseria que sus ojos veían!

El Rabí Sedechias, con el sobrino de Myriam que lo introdujo entre la grey cristiana, estaban como regentes del Santuario-Escuela del Castillo de Mágdalo, debido a que Boanerges con su esposa y su medio hermano Demetrio, realizaban frecuentes viajes a las praderas del Río Abaná, donde recordará el lector que tenían la posesión que les dejara en herencia Stéfanos, proveniente de su padre.

Y fue ésa la puerta por donde se introdujo en el territorio de la Arabia

de entonces la doctrina de amor del Cristo, cuyo recuerdo perduraba imborrable en la hermosa capital, Damasco.

En la visita a la Escuela de Mágdalo, Pedro tuvo la noticia de que María, la hija adoptiva que le acompañó en sus viajes, había cambiado de residencia a raíz de la partida al Reino de Dios de la augusta Madre del Amado Maestro.

Y el Apóstol se resentía que no le hubiese anunciado la resolución cuando se habían reunido recientemente en la Casa de Nazareth.

—¿Y a dónde ha ido? —preguntó, alarmado.

—Desde Nazareth mismo partió con la caravana que va a Judea, en compañía de los Ancianos del Quarantana que estuvieron en el aniversario de nuestra Madre —le contestaron—. Quiere terminar su vida en la cabaña que fue de Andrés, que hoy es Cabaña de las Abuelas.

—¡Cómo! Ella es joven aún y puede hacer muchas cosas grandes en la Obra del Señor. Eso está muy mal. ¡Eso no puede ser!

—¡La muerte de la pequeña María la afectó mucho, y después la partida de nuestra Madre común!... Es duro de soportar. También partió mi padre —añadía la pobre Fatmé, devorando un sollozo.

—Es verdad, es verdad —asentía Pedro—. Sólo yo que soy la piedra que Él dejó en su lugar, debo soportar todas las ausencias y todas las sacudidas.

—Se sentía enferma —añadió Fatmé—, y acaso los buenos terapeutas del Santuario la curarán de su mal.

—¿Cuál es el mal? La observé algo debilitada y muy entristecida, pero no enferma.

—¡Oh, hermano Pedro! El mal de no querer más esta vida, es un camino derecho a la muerte. Y ella sufre este mal.

—Oremos, hija mía, para que ella y todos los discípulos del Señor seamos capaces de sufrirlo todo por Él; y vivir para que su obra se extienda en toda la tierra.

Poco tiempo después, en la pavorosa soledad del desierto de Judea, en la gruta aquella que fue habitada por el Bautista y visitada por Yhasua el día de su bautismo en el Jordán, los terapeutas Esenios la encontraron muerta, abrazada a una rústica cruz hecha por ella misma.

Juan ignoró tal noticia por largo tiempo, pues el prudente Pedro se la ocultó, hasta que las viejas heridas estuvieron algo curadas.

* * *

De Nazareth a Tolemaida y de allí a Antioquía, ambos Apóstoles, acompañados de Lucanus y de Judá, hicieron feliz viaje por mar.

Pedro temía para Juan el mismo mal que consumió a María.

—¡Los aires de la tierra natal han sido envenenados de muerte! —le decía el Anciano—, y hemos de poner mucha distancia entre la muerte y nuestra vida, que aún es necesaria a la Obra del Señor.

“¿No empiezan ya a levantarse en nuestro campo las higueras estériles, que Él mandaba arrancar por inútiles aún para el fuego del hogar?”

“¡Oh... Señor mío! ¡Que sea yo fuerte para no dejar que el lodo emborrone tu Nombre!... Ni una salpicadura..., ini una sola quiero ver en la aureola de tu grandeza eterna!”

Al hablar así, el fiel Apóstol aludía a que por entonces ya comenzaban las más variadas interpretaciones, a las palabras pronunciadas por el Maestro en diversas oportunidades.

Pedro, Juan y Lucanus, recogieron cuidadosamente todos los manuscritos que la augusta Madre del Cristo guardaba en su viejo cofre de los recuerdos.

En varios de ellos se percibían claramente las manchas de sus lágrimas sobre la tinta; y los que eran escritos con múrice rojo, daban la idea de que su llanto había sido de sangre.

Aquello sí que podía haberse llamado reliquias de gran valor. Y así lo interpretaron y sintieron los cristianos de la primera hora que conocieron al Maestro y convivieron con Él, amando lo que Él amaba y viviendo de su propia vida.

* * *

Por fin, se vio Juan en el Lacio, en la hermosa Villa Astrea, residencia de Judá y Nebai.

En ese nuevo escenario, floreciente de amor y de actividades misioneras, Juan comenzó a curar su alma enferma de tristeza, de cansancio espiritual, de agotamiento. Pedro y Nebai se encargaron de su curación.

Lo pusieron en contacto con los hermanos de las Agrupaciones Cristianas diseminadas por la costa del Mediterráneo a las cuales debía atender por correspondencia, cuidar de que todas ellas estuvieran orientadas conforme al sentir y querer del Divino Maestro. Tarea ésta sabiamente elegida para Juan, porque lo llevaba a palpar y ver por sí mismo, qué vastísimo campo había para cultivar. El resurgimiento espiritual del más joven de los Apóstoles del Cristo fue maravilloso; pero sólo sus íntimos amigos del alma conocieron la verdadera causa.

Juan era, lo que podemos llamar, un excelente receptor de las elevadas corrientes espirituales que fluyen abundantemente, como agua de un manantial de los mundos perfectos habitados por las Inteligencias Superiores, constituidas, por Ley, en Conductores y fuerza impulsora de los mundos de escasa evolución o primitivos aún.

“Como es arriba es abajo”, reza el viejísimo axioma que encierra una verdad profunda. Y hoy que la ciencia, posible en la tierra, o sea aquí abajo, ha captado la verdad de que todo se resuelve, efectúa y es, mediante ondas que llevan luz, fuerza, energía y sonido, a todos los ámbitos del espacio infinito, creo que será mejor comprendido el hecho indiscutible de que seres extremadamente sensitivos o dotados de lo que se ha llamado un sexto sentido, están capacitados para captar esas ondas que les hacen dueños momentáneamente, de algunos de los Secretos del Padre, como diría el genial Yhasua de Nazareth que en sencillas y místicas frases encerraba supremas verdades.

Y debido a esto, el joven Apóstol de Cristo se veía inundado, digámoslo así, de continuo, por esas ondas que bien pueden llamarse celestiales, ya que de los cielos superiores le llegaban en un casi permanente oleaje.

Y le llegaban en forma de luz o de sonido. Y ya era un celaje radiante que diseñaba vívidamente escenarios y escenas en su horizonte mental, haciéndole vivir por momentos en viejas edades o en épocas futuras, de una vida desconocida para él. O ya en forma de una voz amada y conocida que le refería hermosos poemas de amor y de fe, sentidos y vividos por otros seres en quién sabe qué lugar de este mundo o de otros mundos.

Las ondas celestiales no tienen patria ni tierra propia, ni lugar definido, porque son hijas del Cosmos, proceden de él y su vida es el ilimitado e infinito universo.

Y a veces era la voz de la pequeña María que continuaba siendo para él como un ángel guardián, compañero de su soledad y consolador de sus tristezas.

A veces era la voz de Stéfanos, el querido y jamás olvidado Stéfanos, que se anunciaba con los acordes del clavicordio cuando iniciaba en el Oratorio del Palacio Henadad, la música de los Salmos.

Y a veces también la voz suave con tibiezas de materno amor de la augusta Madre, que lo fue tan de verdad para Juan en los días tristísimos de la vieja Casa de Nazareth, ya enlutada por tantas y dolorosas ausencias.

Y Juan se dejaba sumergir lentamente en el suavísimo nido que su Maestro le ofrecía; que nido de amor y de vida era con toda realidad este nuevo ambiente a que se veía llevado sin esfuerzo y sin conocimiento de su parte.

Y el buen Pedro, que era su más asiduo confidente, le decía:

—“*Por los frutos se conoce el árbol*” nos enseñó nuestro sabio Maestro. Y si de este nuevo árbol que te da sombra, extraes paz, energía, estímulo para la Obra suya y fortaleza de amor para tus hermanos. ¿Qué podemos pensar sino que todo viene de Él en cumplimiento de su palabra que no

pasa, ni se muda, ni se pierde en el vacío: “*Estaré con vosotros hasta la terminación de los tiempos?*”

Tal era el secreto de la maravillosa transformación de Juan que todos atribuían al cambio de sitios y lugares, a las nuevas tareas que se le confiaron, a las amistades nuevas que había contraído.

Tan solo Pedro, Judá, Nebai y Lucanus, conocían cual era la causa verdadera. Más tarde lo conocieron también los compañeros de Apostolado y comenzaron a llamarle en secreto: “El Notario de los cielos”, “Águila del espacio”.

No tardaron en aparecer ideas más avanzadas respecto al bueno y silencioso Juan, y algunos pensaron también: “Es el viejo Profeta Henok, que el Señor manda de nuevo a la tierra para descubrir los misterios sublimes encerrados en el Cristo Hijo de Dios, que la malvada humanidad terrestre hizo morir crucificado”.

* * *

La estada de este Apóstol de Cristo en Roma fue de grande actividad espiritual, o sea, en su propio mundo interno.

Fue quizá el que sin buscarlo y sin quererlo, se vio más envuelto que todos ellos en la brillante fantasía maravillosa de que se rodea ordinariamente a los seres que poseen las facultades espirituales que poseía Juan.

Se cree que son seres extraordinarios, extraterrestres, supranormales, a los cuales se les exige lo que ningún ser encarnado en la tierra puede dar, ni puede hacer. Tan completa ignorancia había en aquella época, y aún la hay ahora, de lo que es un sensitivo, o sea, un ser al cual llegan de diferentes maneras y siempre dentro del marco de rigurosas leyes que se desconocen en gran parte, llegan, decimos, como luz, voz o sonido en ondas sucesivas desde los mundos elevados, el pensar, el sentir, el conocimiento, el porqué de las cosas de la vida y la muerte y todo cuanto forma el divino saber a que llegaron los seres de perfecta evolución.

Mas, pasados esos momentos, esas horas, el sensitivo es un ser humano como los demás, con la única superioridad que da la evolución que haya conquistado en sus múltiples vidas y durante largas edades.

Claro está que la ley de la afinidad se cumple en él como en todos los seres, y un ser primitivo sin evolución moral ni espiritual no será sujeto apropiado para percepciones de los mundos purificados, moradas de las grandes Inteligencias que impulsan y guían las humanidades hacia el Supremo Bien.

Me he permitido esta explicación para poner a mi amado lector en condiciones de comprender por qué se rodeó al Apóstol Juan de sucesos

tan maravillosos y faltos de toda lógica y aún de sentido común, cuando fue tan sencillo su vivir como un niño bueno, amoroso, sensible, incapaz de ofender ni herir a nadie, y muy capacitado en verdad para darse a todos, para amar y complacer a todos.

En varios Oratorios o Santuarios Cristianos de aquella primera hora, Juan habló inspirado por Stéfano, por Yohanán el Bautista, por Esdras, por Baltasar de Susian, que conocieron de cerca a Yhasua de Nazareth, encarnación del Cristo, del Mesías Instructor y Guía de esta Humanidad.

Y sus discursos de tal manera sacudieron las conciencias y esclarecieron las nebulosas en que se debatían las mentes más capacitadas de aquel tiempo, que la vida de Juan se hizo harto difícil en la capital del mundo.

Todos querían saber qué hombre era aquel, de qué Escuela había salido, de la de Pérgamo, de Alejandría o Siracusa.

Acaso de la de Atenas, pues a veces parecía Sócrates o Platón resucitados. En las clases altas repercutió esta alarma mucho más que en las gentes humildes. Y el sencillo y modesto Juan decía a su gran amigo y confidente Pedro:

—¿Por qué me trajiste a Roma, Pedro, para causar tan gran alboroto, que ya me es imposible vivir en paz? No es un secreto para nadie el desbordamiento de corrupción y de vicio de la gran capital. —Poco o nada percibía de todo esto, Juan, en su retiro de Escriba y Corresponsal de las Agrupaciones Cristianas, pero a veces era la voz que inspiraba, la de Yohanán el Bautista y entonces era su discurso un azotón de hierro para los que embrutecían al pueblo con espectáculos destructores de todo lo grande, noble y bueno que puede haber en el alma humana.

Ni los Senadores, ni los Cónsules, ni los Tribunos favoritos del César, ni el César mismo escapaban de aquel verbo de fuego que iluminaba como una llamarada los antros de iniquidades, verdaderas escuelas de vicio, de crueldad, de ruindades y bajezas inenarrables.

Pedro estaba desolado y en su angustia suprema acudía en la oración a su Maestro y Señor.

—¡Oh, Señor mío! ¿Deberá ser tu Jhoanín otro mártir como el mártir Stéfano tan amado de mi corazón?”

Empezaba a levantarse una atmósfera peligrosa para Juan y para las Congregaciones Cristianas más conocidas en Roma. Y Judá se llevó al Apóstol a su Villa Astrea del Lacio buscando calmar la tormenta.

Procedente de la Aldea de los Esclavos, en un barco Correo de Alejandría, llegó Narciso de Lidia, aquel ex sacerdote de Osiris compañero de reclusión de Leandro de Caria.

Con Juan se habían hecho grandes amigos en la estada de los hermanos galileos en los dominios espirituales del Apóstol Zebeo, que

recordará el lector. El alma del sensitivo Juan, lastimada por lo que empezaba a ser para él motivo de intensas preocupaciones, se vació toda en el alma de Narciso, con quien tenía grande afinidad.

Y este amigo, ya casi olvidado por el tiempo y la distancia, fue el instrumento de la Ley Divina para llevar al Apóstol de Cristo al lugar que debía ocupar en el apostolado mundial que el Maestro quería.

—Te llevo conmigo a mis tierras de Lidia —le dijo Narciso—, que tengo allí soledades que sólo las gaviotas marinas conocen.

—¿Lo quieres, Pedro? —consultó el humilde Juan cuando estuvieron solos.

—Sí, Juan, hermano mío; lo quiero con tal de salvarte de la muerte —contestaba el anciano Apóstol, temeroso de que fuera Jhoanín, otro mártir entre los héroes cristianos de la hora primera—.

“Además —añadía Pedro—, hay anuncios, ya lo sabes, de las voces que te hablan, de que tienes que escribir muchas cosas que el Señor quiere decirnos y en verdad no sé cómo podrías hacerlo aquí en esta Babilonia, donde no puedes tener tranquilidad ni sosiego.

Y fue éste el verdadero motivo que llevó a Juan a la lejana costa del Mar Egeo, al país de Lidia, limítrofe de Caria en la región occidental del Asia Central,

—Es verdad que te alejas mucho de Roma —decíale Pedro—, pero te acercas a la tierra natal y sobre todo al amado país de nuestro hermano Filón, de nuestro querido Príncipe Melchor y hoy patria adoptiva de nuestro inolvidable Zebeo”.

El Anciano Apóstol había descubierto en sus largas meditaciones que la Divina Ley, de ordinario, no manifiesta sus ocultos designios por medio de prodigiosas maravillas como pudiera creerse, dado que tiene infinitos poderes sobre todas las fuerzas de la Naturaleza. Comúnmente se vale de hechos o circunstancias que nada tienen de extraordinarios ni de prodigiosos. Y así le decía a Juan:

—Nuestro Señor y Maestro te dice que quiere que vivas aún mucho tiempo; te dice que no quiere hoy tu muerte sino tu vida, y así te manda uno de sus amigos que te lleve a la soledad donde acaso Él mismo te hará oír su voz, que te dictará nuevas enseñanzas para nosotros y para todos los que quieran comprenderlas y practicarlas.

“¿No recuerdas cuando Él nos decía al finalizar una de sus pláticas?: *“Ahora os digo estas cosas. Otras muchas podría decirnos, pero no podríais llevarlas en vosotros, porque son muy pesadas para vuestras fuerzas de hoy. Más adelante, quizá”*. ¿Te acuerdas, Juan, de esto y de los comentarios que hacíamos comprendiendo que nuestro Maestro nos ocultaba muchas cosas?

—Sí que lo recuerdo bien —respondía Juan—, y recuerdo también que

Matheo y Tomás refirieron el hecho a los maestros Esenios, y a José y Nicodemus en el deseo de que ellos lo averiguasen.

—¿Y qué pasó?, porque tal cosa yo no la supe nunca.

—Pues pasó que unos y otros contestaron que cuando el Maestro lo callaba, callado debía quedar.

—¡Naturalmente! ¿Acaso no sabía Él lo que nos era conveniente saber y lo que no podríamos saber? ¡Oh, Juan!... Doy gracias muy sentidas al Padre Celestial porque me libró de dudas y curiosidades imprudentes, que traen inquietudes al alma que aún no ha llegado a la capacidad de conocerlo todo y de saberlo todo.

“¡Qué gran cosa, Juan, es el reconocerse pequeño, débil, e incapaz de grandes cosas!

—Si todos pensáramos como tú, mi buen Pedro, no tendríamos los desacuerdos que empiezan a destruir nuestra paz, ni podrían crecer entre nosotros las higueras estériles que no sirven aún ni para leña del fuego, ni tendrían cabida los falsos profetas que pretenden apagar la claridad que dejó el Maestro.

—Por eso, Juan, por eso es que el Maestro te lleva lejos de aquí, a la soledad, para que no escuches el rumor dañino que comienza aquí y oigas tan solo las voces que Él te enviará. Démosle gracias, hermano mío, porque cumple en nosotros su palabra de no abandonarnos jamás mientras seamos fieles a su mandato...

Se hizo un silencio conmovedor y profundo entre ambos, bajo el dosel de jazmineros donde estaban sentados en íntima confianza los dos Apóstoles del Cristo en quienes, seguramente, más se apoyaba el designio renovador de su pensamiento mesiánico para la humanidad que prohijaba.

Las olas del mar que acariciaban las arenas de la costa en la riente Villa del Lacio, hacían concierto a los pensamientos que iban y venían en madejas de luz y de sombras desde las almas entristecidas de ambos discípulos hasta el alma del Maestro que de su Reino Eterno les sugería:

“No temáis, porque mi corazón vela. Si otros encubren o disfrazan mi doctrina, conservadla vosotros tal como la oísteis de mi boca.

“Si otros tuercen el camino y siguen por una encrucijada, seguid vosotros el que Yo os he trazado sin deteneros a mirar a los ciegos que guían a otros ciegos, porque un día caerán juntos al abismo, cuando vosotros entraréis a mi reino”.

—¿Has oído, Juan?

—¿Oíste, Pedro? —Y a un mismo tiempo y cual si un mismo resorte les hubiera impulsado, ambos se levantaron como electrizados y se confundieron en un mudo y emocionado abrazo.

Ambos habían recibido el impacto suavísimo de la onda venida de lejos..., la onda sin ruido que, como las ondas del mar a la arena de la playa, rozaba las mentes sumergidas en el pensamiento del Cristo.

Dos días después, el Anciano Apóstol, con Judá y su hijo mayor Clemente, y otros discípulos del Señor que allí se encontraban, se hacían a la vela en el “Salvatoris” conduciendo a Juan y a Narciso al puerto de Pozzuoli, junto a Nápoles, donde les esperaba el barco que hacía la travesía de Pozzuoli a Regio, luego a Siracusa, de donde ponía rumbo a Acaya (Grecia) y atravesando el peligroso estrecho de Corinto entraban en las aguas del Mar Egeo, en cuya opuesta ribera les esperaba Éfeso, la ciudad capital y puerto del país de Lidia.

Era una gran travesía, en verdad, pero Juan iba en busca de la paz y la quietud necesaria a los que, como él, aceptaron la misión de escuchar en humildad y silencio las voces celestiales que hablan a los mundos, de paz, de redención y de amor.

—Mi posesión está al sur de Éfeso —le decía Narciso a Juan—, pero vive aquí, en una casa de mi propiedad, la hermana menor de mi madre, viuda con dos hijos, y allí nos alojaremos en descanso hasta que te encuentres en condiciones de continuar el viaje, pues te veo muy cansado.

En realidad, lo que Juan tenía era más que fatiga, tristeza, amargura, angustia suprema.

¡Lo había abandonado todo, parientes, amigos, la tierra natal!, todos sus afectos humanos se habían hundido en ese abismo que no devuelve lo que tragó y que llamamos el pasado.

Allá muy lejos quedaron sepulturas amadas que nunca volvería a ver, y donde nadie encendería una lamparilla ni dejaría caer una flor.

Al israelita, su ley le inspiraba horror a los sepulcros de los cuales huía, considerándolos lugares impuros. El Maestro había borrado ese y muchos otros prejuicios en los que de más cerca le siguieron. Debido a esto, Juan recordaba con amor las sepulturas que guardaban lo único existente de sus amores humanos, y con el pensamiento, alado mensajero de las almas, encendía lámparas, encendía cirios, derramaba rosas y siemprevivas de ternura y fe en aquellos sepulcros abandonados por él en el formidable salto sobre el abismo que acababa de dar.

—*“Añoras todo cuanto has dejado, Jhoanín, porque no sabes la gloria de amor que te espera”* —le dijo en un momento de soledad la vocecita amada de la pequeña María.

Juan la reconoció de inmediato y el llanto corrió de sus ojos. Fueron las últimas lágrimas que lloró sobre la tierra.

Fue éste el verdadero prodigio en la vida apostólica de Juan.

—Las voces —decía él a sus íntimos—, han hecho de mí un hombre

nuevo. ¿Podré gemir y llorar sobre los sepulcros de los seres amados que mi Maestro llevó a su Reino?

“¿Podré sentir el vacío de las presencias amadas, si las escucho que me hablan con más ternura aún de cuando estaban revestidas de carne?”

“Lo que sé que debo hacer en adelante, es ponerme a tono con ellos en el pensar, en el querer y en el sentir.

“¡Ponerme a tono con mi Maestro! ¡Excelsa cumbre, Señor, a donde quieres que suba!..., ¿cómo?”

“Él mismo me lo dice: *“Estás a tono conmigo cuando encuentras la Verdad en la doctrina que traje a la Tierra y plenamente convencido dices: Es el Verbo de Dios, y su palabra es la Verdad de Dios. Entonces se realiza la perfecta unión de tu alma con la mía y no hay distancia, ni tiempo, ni ausencia entre nosotros, porque mi pensar es tuyo y mi querer es también tuyo. Entonces yo estoy en ti y tú amas lo que yo amo y obras como yo obraría si aún estuviera en la tierra con vestidura de carne”*.

Así escribía Juan en su primera Epístola a Pedro llenando de gozo al Anciano Apóstol, que se consolaba de la ausencia de aquel amado hermano del alma que tan lejos de él se fue.

Y en la respuesta de Pedro encontramos estas palabras: “Sea la Paz de nuestro Señor contigo, mi amado Juan. Las voces que oíste de mi amado Maestro me hicieron meditar muchos días: *“¿Estoy yo a tono con Él?”*”, preguntaba a mi propia conciencia, examinándome yo mismo atentamente. Y con inmenso gozo de mi alma he llegado a descubrir que me estoy poniendo a tono con Él. ¿Te acuerdas cómo se condolía Él de los leprosos, porque no tienen la esperanza de ser curados?”

“En mí se ha despertado esa misma piedad y no sé cómo ni por qué, cuando un leproso se me acerca, siento como unas manos fuertes tomando las mías que extendidas sobre el enfermo le dejan limpio de su mal.

“Yo no oigo voces, Juan, pero dentro de mí está el conocimiento, la convicción de que esas manos que no veo, pero que ponen en las mías un poder sobrehumano, son las de Él, Juan, porque su contacto me hace llorar de indecible gozo, y quisiera besar mis propias manos sabiendo que beso las tuyas.

“Y así son curados los enfermos incurables para la ciencia de los hombres, pero no para el poder del Hijo de Dios, que hizo morada en nosotros, Juan, como lo había prometido si amábamos como Él nos amaba.

“Te envío copias de algunas palabras escritas por nuestros hermanos de apostolado, en que verás como todos van poniéndose a tono con el Maestro y hacen también las obras que Él hacía. ¡Oh, amado Juan! ¡El amor de Él nos sigue como un rayo de sol iluminando todas las tinieblas que nos rodean!”

“Somos dichosos, Juan, aún separados por largas distancias, porque el amor de Él nos tiene unidos en su corazón para siempre”.

* * *

Durante seis lunas permaneció Narciso acompañando a su huésped, tiempo que ambos ocuparon en crear una agrupación en la propia casa habitación en Éfeso, donde la viuda Sabina, con sus dos hijos Lucina y Evodio, que habían abrazado con gran entusiasmo la doctrina del Cristo, fueron los primeros regentes de aquella primera Congregación Cristiana sobre la costa occidental del Mar Egeo. Quiso Narciso darle todas las características que vio al Apóstol Zebeo imprimir a su Aldea de los Esclavos, por lo cual aquella tranquila vivienda se transformó en una casa-refugio de todos los maltratados de la vida, en especial esclavos inútiles para el trabajo, niños abandonados, ancianos y enfermos sin ningún amparo en la tierra.

Un joven de ilustre familia que se veía solo en la vida por fallecimiento de sus padres, y además sobrino de Narciso, hermano de su madre, fue puesto por su tío en contacto con Juan y una gran amistad les unió durante toda la vida. Su nombre era Galo y fue un ferviente colaborador del Apóstol a quien llegó a comprender tanto, que él le decía:

—Me parece que el alma de mi gran hermano y confidente Pedro se alojara a momentos en tu cuerpo, según es la comprensión que en ti veo de todo cuando ocurre en los ocultos rincones de esta alma mía.

Y Galo, no obstante la posición en que había nacido y su cuantiosa fortuna, se mantuvo en modesta sencillez desde que conoció y abrazó la doctrina del Cristo que, sin menospreciar las grandezas materiales, les reconoce valor tan sólo como medio de realizar obras de bien y de justicia en beneficio del prójimo. Este buen discípulo de Juan fue para la cristiandad de aquellas comarcas, como Simónides lo había sido para los pueblos sufrientes de la Palestina y Siria. Todas aquellas actividades de misericordia y filantropía y de apostolado espiritual, impedían a Juan escuchar las voces como él decía, y su físico empezó a languidecer falto de energías y vitalidad. Endeble por naturaleza, pues fue el hijo de la vejez de Zebedeo y Salomé, Juan necesitaba, como el aire y el sol, de aquella otra fuerza que de su alma, antena receptora, se transmitía a su materia física.

Aunque mucho se amaban el Apóstol y su discípulo, éste ignoraba en absoluto el gran secreto de Juan, que no se atrevió a confiárselo por temor a causarle una sorpresa desagradable. Tan sólo Pedro y sus otros compañeros lo sabían.

Harto habían padecido por falsas acusaciones de hechicería y otras

innumerables maldades, que la ignorancia y la maldad humana de las mayorías inconscientes, convierten en realidades cuando sólo existen y viven en ellas mismas.

Ya se los había anunciado el gran Maestro:

“Os perseguirá y aborrecerá el mundo, porque no sois del mundo. Y si el mundo os tuviera por suyos, os amaría y levantaría sobre pedestales. Mas, como conoce y sabe que no sois suyos, os cubrirá de infamias y de oprobio y levantará patíbulos para vosotros”.

¡Y Juan sufría y callaba como habían callado para él las voces amigas, únicas que le traían paz y alegría y esa inefable suavidad que hace de la tierra un cielo, de las tinieblas claridad y de los desiertos pavorosos, jardines en flor!...

Hasta que un día, cuando su languidez y falta de energías y de fuerza parecían llevarle a la muerte, Juan se confió plenamente a su discípulo a quien veía entristecer y penar por su pena y su tristeza.

El joven, profundamente emocionado, se arrodilló junto al canapé en que el Apóstol descansaba y con sus ojos cristalizados de llanto, le dijo:

—¡Perdóname tú, Apóstol de Cristo, el juicio que albergaba en mi alma al verte languidecer de tristeza!

“¡Creía que estabas prendado de mi prima Lucina que me está prometida como esposa, y que tu nobleza de amigo, ponía cadenas a tu corazón! ¡Oh, qué descanso es para el mío la confianza que tuviste a bien hacerme!”

Tan noble y justo el uno como el otro, ni aún ése pensamiento tuvo fuerza para enfriar ni romper aquella firme y fuerte amistad.

—El excesivo ruido y movimiento de nuestro apostolado y obras de misericordia, interrumpe esa otra faz del apostolado que el Cristo te ha confiado a ti. ¡Oh!... ¡Cómo lo comprendo bien! ¡Es verdad que el Maestro cuida y vela por los suyos!

“Ya verás, Maestro mío, ya verás cómo este monaguillo que Él puso a tu lado sabe darte lo que tu necesitas”.

Y haciendo levantar a Juan de su postración en el canapé le sacó al huerto y le llevó a la orilla del mar. Y mediante una lente de largo alcance le hizo mirar los innumerables promontorios de rocas que sobresalían como bestias marinas de las olas encrespadas y espumosas que chocaban con ellas.

—Veo rocas... muchas rocas sembradas en el mar. Sé por Narciso, tu tío, que son Islas, habitadas algunas y muy florecientes, desiertas otras y áridas que dan pavor. ¿Qué quieres decirme con eso?

—Que una de esas rocas, como tú dices, es mía. Herencia paterna que aún no he cultivado ni hecho esfuerzo alguno para sacar utilidad de

ella. ¿Quieres que levantemos allí una cabaña, donde tú y yo podamos aislarnos del tumulto y el bullicio del mundo cuando queramos soledad y sosiego?

A Juan se le iluminó el rostro, como si un sol naciente hubiera resplandecido en él. Y tomando las manos de su joven amigo le dijo con intensa emoción.

—¡Bendito seas, Galo, mi amigo primero en estas tierras donde me ha traído la voluntad divina!

“Mi Maestro te puso luz en la mente y has visto y comprendido la necesidad de mi espíritu. ¡Soledad, silencio, quietud!... ¡Eso, Galo, eso es lo que necesito para que tornen a mí las voces celestiales que forman la única dicha que ambiciono en la vida!

No es difícil ya para ti, lector, intuir lo que sucedió de inmediato. Galo llevó a Juan al Cabo Trogilio donde tenía anclado un hermoso y bien equipado velero y pronto estuvieron en una isla que era toda una selva de pinos, palmeras y abedules, que despertó en el Apóstol el vivo recuerdo de su Mar de Galilea con sus montañas y sus bosques.

¡Patmos!... ¡Oh, bendita Patmos!, exclamamos nosotros después de veinte siglos de aquellos hechos que estoy relatando. ¡Tú serás la vida de Juan, el paraíso de Juan, la gloria de Juan, porque en ti se realizó magníficamente la boda mística del Apóstol con su adorable Maestro!

En aquella magnífica soledad tuvo lugar la divina comunión del alma de Juan con el alma glorificada de su Maestro, cuya partida de este mundo casi le costó la vida.

Poco tiempo después, aquel mismo velero conducía al Apóstol definitivamente a aquel lugar de su reposo, y su amante discípulo Galo, le decía al instalarle allí como él lo deseaba:

—Maestro mío, amado sobre todas las cosas de la tierra. Ahora podemos con propiedad llamarte “El solitario de Patmos”.

“Pero, ¿me permitirás venir a visitarte?”

—¡Todas las veces que quieras! —le contestaba Juan, con una alegría en el alma como nunca antes la había sentido.

Le dejó Galo como acompañantes dos fieles servidores que lo habían sido de su padre y que le vieron desde niño, con la consigna de servirle en todo, sin interrumpir el silencio y quietud que él buscaba en aquella soledad.

Y la luz se hizo en el Apóstol del Cristo que más tardó para encontrarse con Él.

—¡Oh, Señor!, ¿dónde estabas cuando yo gemía junto al Mar de Galilea en cuyas negras profundidades quería arrojarme, desesperado de no encontrarte más en la tierra?...

Así clamaba Juan cuando la explosión de luz fue tan intensa en su mundo interno, que su endeble materia física no la resistía más.

Y la voz contestaba:

—*¡En ti mismo estaba, Juan, pero tu amor era tan humano!... Amabas la personalidad humana y ella no era más. Ahora, buscas al Verbo de Dios que es Verdad Eterna...*

“Ahora buscas al Hijo de Dios que es por Ley, luz de este mundo. Ahora buscas la fuente de aguas vivas del amor imperecedero y eterno que ojos de carne no vieron, porque la carne es tiniebla que oscurece y sólo el alma desprendida de la carne puede penetrar al santuario oculto de los Secretos del Padre”.

Y el Apóstol pensó y su pensamiento en silencio decía así:

“—¡Sácame, Señor, de la carne en que vivo y podré verlo y saberlo todo!”

Un súbito resplandor cegó la vista de Juan en la penumbra de su pequeña alcoba, sombreada de enormes pinos que gemían suavemente con el viento del atardecer.

¡Fue el instante supremo!

Su Maestro, tan intensamente evocado, lo sacó de la carne para que su alma, mariposilla vagabunda enloquecida en los jardines de la vida, se sumergiera por unas horas en la luz inextinguible.

Entre aquellas claridades podía percibir como ilimitado panorama la vida gloriosa y perfecta en el Bien, la Justicia, la Paz y el Amor de aquellas purísimas Inteligencias que, unificadas con la Eterna Potencia, son como Ella Misma, creadores de gérmenes que forman nebulosas, creadores de chispas que se convierten en mundos creadores de formas de vida en incontables millares que, a través de Edades y de Ciclos, forman reinos, especies, razas, vegetales, animales, humanas, para ir poblando los mundos de inteligencias embrionarias que la inexorable Ley de Evolución transformará en Luz, Energía y Poder en un día lejano..., itan lejano!...

El vidente les veía como puntos de fuego en la sombría penumbra de un futuro que por su lejanía escapa a toda percepción...

* * *

Los dos criados que acompañaban a Juan le habían visto cerrar la puerta de su alcoba cuando el sol se escondía detrás de los pinares.

La luna llena se levantaba majestuosa en un cielo de turquí, como reina de la noche entre su corte de estrellas y aquella puerta continuaba cerrada.

La frugal cena había sido retirada del fuego y se consumía en las marmitas. El pan sacado del hornillo se enfriaba sobre el mantelito blanco que, a la luz de la luna, el vienteillo del mar agitaba como alas de gaviotas prontas a volar. ¿Qué hacer?

Tenían orden de no alterar ni interrumpir la soledad y quietud de aquel hombre extraño, que era todo bondad y un dulce compañero para ellos, que adivinaba sus penas, curaba sus dolencias y les refería historias de otro hombre más bueno aún que él, que fue atormentado en un patíbulo y murió como si fuera un malhechor.

—Aquel hombre —decían los siervos—, no tuvo a su lado, seguramente criados como nosotros, que aunque no comprendemos estas vidas, que más que vidas se parecen a la muerte, soportamos que el pan se reseque y se enfríe, que las marmitas se consuman..., que la cena se pierda.

—Mira, corre ya, abre la puerta, Euforo, tú eres más charlatán que yo —decía el mayor de ellos—. Ve y averigua, si puedes, qué le ha pasado a nuestro buen amo.

—No me ha pasado nada, amigos míos —respondía Juan, que oyó aquellas frases—. Sencillamente, me dormí y tuve hermosísimos sueños. Lamento que debí tardar demasiado y vosotros tendréis hambre...

“Venid, pues, a mi lado. Ya sabéis que no gusto de comer solo. —Y los dos siervos ocupando un lugar en la humilde mesa del Apóstol de Cristo, continuaban con el interrogante oscuro para ellos como una noche sin luna y sin estrellas:

“¿Quién es este hombre, joven aún, hermoso, bueno como un ángel, pero que no vive como los demás hombres?”

Tal como los dos criados de Juan, obra en general la humanidad inconsciente con los sensitivos que el Poder y la Bondad Divina coloca en medio de ella como imperceptibles cables de hilillos a veces insignificantes por donde hará llegar su amor, su paz, la salud, el bien, la vida conforme a su Voluntad debe vivirse.

Mas, la humanidad terrestre aún con los progresos de la evolución en la hora actual, no se detiene en solo el interrogante, sino que entorpecida

por mil corrupciones y transgresiones a la Ley Divina, se hunde en la tiniebla de una culpable ignorancia, de una culpable inconsciencia que le hace de ordinario levantar patíbulos, no sangrientos, pero sí dolorosos y crueles para aquellos seres a quienes no puede o no quiere comprender, y entonces se cumple la profecía del Hijo de Dios:

“El mundo os perseguirá y os aborrecerá, porque no sois del mundo. Yo fui aborrecido y perseguido hasta la muerte por traer la Verdad, la Luz y el Amor a la humanidad. ¿Seréis vosotros tratados de mejor manera que lo fue vuestro Maestro?”

El interrogante de los dos criados le llegaba a la mente de Juan, grabándose en ella como una imagen en clarísimo espejo.

Y mientras comían, les hablaba así:

—A vosotros os causará extrañeza, seguramente, mi manera de vivir y os preguntaréis a vosotros mismos, ¿qué haré, encerrado en mi alcoba oscura durante tantas horas?”

Los criados se miraban y sus miradas hablaban. El amo había adivinado todo cuanto ellos pensaban. Mascullaban humildes disculpas y el más joven, con cierta franca audacia, dijo por fin:

—Es verdad, amo Juan, hemos pensado así, pero sin ánimo de ofensa alguna para vos.

—Si sois más bueno que el pan, ¿cómo hemos de pensar mal ninguno? —añadió el mayor, llamado Cleto—. Todo está en que no sabemos entender si eres un hombre como nosotros o uno de esos extraños seres que en los templos de Diana y de Júpiter que hay en Éfeso, en Esmirna, en Pérgamo, en Sardes y en todas nuestras ciudades, les llaman dioses, genios, y los hay benéficos como vos y malos como la peste...

Juan reía oyendo este relato y cuando Cleto calló, les dijo:

—No temáis ni me toméis por un ser extraño caído a vuestro lado como un aerolito desprendido de otros mundos. Soy un hombre como vosotros que ha padecido quizá mucho más que vosotros, no obstante de no haber nacido en las condiciones vuestras.

“Decidme, ¿sois esclavos? Y perdonad la pregunta, que no está inspirada en la curiosidad sino en un noble deseo.

—Éramos esclavos traídos con nuestros padres de la ribera sudeste del Ponto Euxino —contestó Euforo—.

“Ellos murieron de pena por malos tratamientos de los amos. Muertos ellos, fuimos comprados por los padres del amito Galo, que nos hizo compañeros de juego de su único hijo y somos dichosos con él.

—Le pediré a Galo carta de manumisión para vosotros y así seréis hombres libres. Tal era el deseo que arrancó de mi boca la pregunta. ¿Lo queréis?

—Si vos lo queréis y el amo también lo quiere..., debe ser hermoso

saberse uno libre –dijo Cleto, con la voz que temblaba y los ojos húmedos de llanto contenido.

El pensamiento de Juan voló al Valle de las Pirámides, en pleno desierto de las orillas del Nilo, cerca de Alejandría. Enamorado ferviente de su Maestro, su pensamiento le encontraba en todas partes, porque vivía de su recuerdo y de su amor. Y le vio en su ardiente imaginación en una noche serena bajo una tienda en que dormían camellos, en íntima confianza con un esclavo que era un manojo de flores muertas, reseca ya y sin esperanza de vida. Y Él le hizo revivir, le transformó la vida hasta hacerla dichosa y feliz.

–¡Shipro! –exclamó Juan en el suave silencio de la noche en la isla de Patmos, donde sólo se escuchaba el rumor de la brisa en los pinares, el crepitar de los abanicos chocando en las palmeras y uno que otro arrullo de alguna tórtola escondida en los huecos de los peñascos.

Como Euforo y Cleto le mirasen asombrados, Juan les refirió la historia tiernísima y sentimental de Shipro, esclavo del Príncipe Ithamar y a quien Yhasua condujo de la mano a reconquistar su dignidad de hombre libre y su parte de dicha en la vida.

–¡Yo lo haré como Él! –añadió Juan, con tal vibración de amor hacia aquellos dos seres compañeros de su soledad, que ambos tendieron sus manos a estrechar la de Juan y besarlas, como algo sagrado y santo que el destino les deparaba–.

“Ahora está casado –continuó el Apóstol–, con una joven dulce y buena que era ciega, pero que el más grande de mis compañeros de apostolado ha curado con el nombre y la fuerza de mi Maestro, iel hombre santo que fue subido a un patíbulo de infamia porque así paga la humanidad al que le da la luz y la vida!

Se hizo un silencio conmovedor sólo alterado por leves suspiros de los criados que los sofocaron prontamente.

La fina sensibilidad de Juan percibió como un rasguño en el alma, si me es permitido materializar así la expresión.

–¿Añoráis, acaso, también vosotros un hogar y una familia? –preguntó el Apóstol–. Ambos sois jóvenes y no creo que vuestro destino haya marcado el venir a guardar este pájaro solitario escondido entre un pinar, y para toda vuestra vida. –Nadie respondió–.

“¿Puedo saber tus años, Cleto, y los tuyos, Euforo?

–Estoy pisando los treinta –respondió el mayor.

–Y yo cumplí veintiséis, igual edad que el amito Galo.

–Hay una Voluntad Suprema que gobierna y encauza la vida de los hombres –continuó Juan como inspirado–, y sé de cierto que no descuidará las vuestras, que le reconocéis y le adoráis aún ignorando las hondas verdades que entre Galo y yo os iremos haciendo conocer.

Y el Apóstol, con profundo recogimiento de oración, les hizo recitar la plegaria del Maestro:

“Padre Nuestro que estás en los cielos...”, etc. Y cuando llegaron a la frase final: “Hágase tu Voluntad así en la tierra como en el cielo”, las tres cabezas se inclinaron reverentes y una ola poderosa de efluvios suavísimos se extendió en el silencio de la noche haciendo sentir hondamente la Divina Presencia.

El Apóstol de Cristo pensó:

“El Maestro está aquí, bendiciendo la obra de amor y de fe que pronto ha de realizarse”.

* * *

Desde ese día, Cleto y Euforo no se alarmaron más de la alcoba largo tiempo cerrada al caer la tarde, sino que, dejadas las faenas de cultivo de hortalizas, plantaciones y podas, se sentaban ambos frente a la alcoba de Juan y en silencio esperaban, sin descuidar desde luego ni el hornillo del pan, ni las marmitas que hervían sobre las llamas del fuego en el hogar.

Mientras tanto, el ¡Fiat Lux! que resonó para el Apóstol como un clarín de oro en la boca de un Arcángel, continuaba resplandeciendo en su horizonte mental diseñándole cuadros de ilimitadas dimensiones, paisajes que parecían ciudades, valles que de pronto se convertían en torrentes, campos de batalla en que se confundían en horrenda masacre hombres y animales; ciudades demolidas y ardiendo en rojizas llamaradas; ríos y mares desbordados arrastrando entre escombros miles y miles de cadáveres sobre los cuales revoloteaban negras bandadas de cuervos...”

Y Juan salía de su alcoba, pálido, con rastros de haber llorado..., con sus manos y todo su cuerpo frío y tembloroso.

—¡Has padecido, amo! —le decía Cleto, cubriéndole con un grueso cobertor y acercándole un brasero con ascuas encendidas a los pies.

Y Euforo le servía presuroso un vaso de vino caliente con miel, porque el amo Juan aparecía tan pálido y extenuado como en vísperas de la muerte. Guardaba silencio, exhausto. No podía hablar, y viendo la inquietud, la aflicción en los dos criados, sacó por fin el punzón del bolsillo de su túnica y escribió sobre el blanco mantelito de la mesa:

—Tened calma y esperad unos momentos. Ya os hablaré.

—¡Dios, Padre Celestial! —exclamó Euforo—. ¡Está mudo! ¿Qué hacemos?

Cleto, más sereno, pensó y razonó.

—Oremos como él nos ha enseñado: ¡Padre nuestro que estás en los cielos! Hágase mi voluntad, te lo ruego, y que nuestro amo Juan no muera sino que viva. —Y seguía repitiendo con grande fervor—:

¡Hágase mi voluntad!...”

Y gruesas lágrimas rodaban por su faz contraída por la angustia.

El Apóstol de Cristo se conmovió profundamente oyendo esta plegaria brotada espontánea del alma sencilla, noble y buena de aquel hombre sin instrucción religiosa ninguna y que hablaba a la Divinidad, a la Suprema Potencia, como pudiera hacerlo a un padre carnal pidiéndole el pan de cada día.

Y Juan habló.

—¡Gracias, amigo mío!... Tu ruego llegó al Padre, pues ya ves que hablo. Estoy bien. No padezcáis así por mí, gracias, mil gracias.

Todo volvió a su estado normal, sólo que en aquellos dos hombres quedó la impresión profunda, de que ellos, tan pequeños, tan sin valor ninguno, según lo creían, habían sido escuchados por el Dueño, Padre y Señor de todos los mundos, de todos los seres, de todas las cosas. Y esa grandiosa majestad se había dignado escucharles y hacer su voluntad. ¡El amo Juan hablaba, estaba bien, no quedaba mudo! ¡Oh, maravillosa bondad del Padre Celestial que así escuchaba el ruego de los humildes criados del Apóstol Juan!

—La impresión profunda de lo que vi esta tarde por Voluntad Divina, causó a mi cuerpo físico el mal que tanto os asustó a vosotros.

“Creí morir de pena al ver reducida a escombros la capital de mi país de nacimiento, donde fue sacrificado mi Maestro en un patíbulo infame. Jerusalén en ruinas, sus murallas tiradas a tierra, el Templo derrumbado entre llamaradas que nadie intentaba apagar. Sacerdotes, levitas, hombres, mujeres y niños, huyendo despavoridos por las calles sembradas de cadáveres y regadas de sangre. ¡Oh, es un horror! Y mi corazón siente que tal sucederá.

“Tenía razón mi Maestro cuando, antes de expirar en el patíbulo, se quejó y oró así: *“¡Padre! ¡Perdónalos, que no saben lo que hacen!”*

—¡Eso dijo y lo mataban!... —exclamaron los criados con una indignación próxima a la ira.

—¡Eso dijo! Pero la Justicia del Padre es inexorable, tremenda, porque aquellos malvados hombres que le condenaron, sabían bien que asesinaban al hijo de Dios, a su Enviado, mensajero de paz, de verdad y de vida a la humanidad terrestre.

—Pero, ¿ha sucedido todo eso terrible que habéis visto? —preguntó Cleto.

—No ha sucedido aún, pero sucederá a los treinta y siete años del sacrificio del Maestro.

“¡Cuán terrible es ver y saber que sucederá inevitablemente lo que no quisiéramos que sucediera jamás!...”

El ruido sordo de las cadenas de un barco que echaba el ancla, hizo prestar atención a los tres únicos habitantes de la isla de Patmos.

Euforo corrió al pequeño muelle de piedra a donde nadie había llegado desde que habitaban allí. Era muy entrada la noche y nadie se aventuraba por aquellos ásperos acantilados.

Era el joven amigo y protector del Solitario que les hacía su primera visita. —¡El amo, el amo!... —repitieron los criados.

—¡Galo! amigo mío —exclamó Juan desde su asiento, porque aún no podía caminar a encontrarle—. ¿Cómo vienes a esta hora?

—Porque te traigo un gran regalo de Roma que no te olvida, aunque tú no la quieres.

Y volviéndose hizo una señal hacia la oscura sombra de los pinos más cercanos.

Un joven de dulce fisonomía se acercó, y la luz de la hoguera y de los cirios de la mesa, le dio de lleno sobre el rostro.

—¡Policarpo! —exclamó Juan, tendiéndole los brazos.

El joven se arrojó en ellos y quedó así de rodillas entre los brazos de Juan. ¡Qué grande amor se adivinaba en aquel abrazo mudo que parecía no terminar más!

Cuando se desprendieron, en los rostros de ambos había lágrimas, y la emoción se transmitió a los que presenciaban aquella escena.

Después de un breve silencio, Galo dijo con jovial alegría:

—Juan, ya no eres el solitario de Patmos, sino el amor triunfante de Patmos. ¿No ves cómo te sigue el amor? ¡Hombre!... Eres una maravilla.

—Fue ése el testamento y la herencia que nos dejó el Maestro. ¡A Él sí que le siguió el amor!... Todo cuanto yo pueda decirte será frío y pálido ante el poema divino y santo que Él supo encender en todos cuantos le seguíamos de cerca o de lejos.

“Éste es otro de los grandes enamorados de Él.

“Cuéntales en esta velada, tu poema de amor con el Maestro y veamos qué calificativo tiene Galo para Él, si a mí me llama amor triunfante de Patmos.

Y el joven Policarpo, con la gracia natural que tenía en el hablar, deshojó su poema íntimo, su emocionante tragedia de orfandad y dolor, cuando era un parvulito de pocos años, sin padres y con la única protección del anciano abuelito que tragó el río, desbordado en una noche de tormenta.

El lector recordará seguramente al abuelo Policarpo luchando con las olas embravecidas, en un mísero botecillo que fue a estrellarse contra el muro del subsuelo, en la casa habitada por el Diácono Felipe en la aldea de Bethsan.

La imagen dulce y suave del Maestro con el pequeño Adín temblando de frío, entre sus brazos que le calentaban como un regazo materno, no

puede haberse borrado en la mente del lector que seguramente absorbió aquella escena con los ojos húmedos y el corazón anhelante.

Y las olas tragaron al abuelo, y el pobre niño le arrojaba al siguiente día corona de flores silvestres a las olas traidoras, bajo las cuales dormía el abuelo ese sueño del que no se despierta.

Y cuando el joven terminó su relato que ponía de relieve el amor al gran Apóstol y excelso Maestro para él, añadió—:

—Mi nombre de nacimiento es Adín; pero en recuerdo del abuelo, quise llamarme desde entonces Policarpo.

La pintura del cuadro que acababa de esbozar aquel joven fue de tan vivos colores, de tan subidos tintes en que las sombras eran muy negras y las luces muy tenues, que Galo, sin disimular su emoción, estrechó las manos del nuevo amigo al mismo tiempo que le decía:

—Eres un digno compañero de Juan. Os parecéis como dos gotas de agua. Quisiera también yo parecerme a vosotros y ser la tercera gota de agua para que, unidas las tres, formemos una fuente, un lago..., un mar. ¿No soñáis acaso en inundar la tierra con el amor del Cristo? ¿No lo soñó Él también?

—Vivió soñando y practicándolo —dijo Juan solemnemente—.

“Los sueños, sueños son, ¡pero las obras de amor realizadas por Él en los treinta y tres años de vida en la carne, dejan rastro, amigo Galo, en todos los corazones donde sembró piedad, misericordia, ternura infinita de Verbo de Dios hecho hombre!

“Ninguno que le haya conocido y amado podrá olvidarle jamás”.

Una emoción solemne se esparció como un velo suave en aquel ambiente y lo interrumpió el joven viajero:

—Traigo epístolas de los hermanos que están en Roma —dijo, alargando a Juan un paquete envuelto en lino y atado con cintas según se acostumbraba en aquel tiempo—. Me lo entregó nuestro padre Pedro y vienen allí todas las noticias buenas y malas, alegres y tristes, que de todo hay por aquellos mundos.

“Encarga que yo le mande las tuyas, si es que te ves impedido por tus ocupaciones de hacerlo tú mismo.

—“*No os deixo solos*”, nos decía el Maestro en la noche de su despedida, “*y estaré con vosotros hasta el final de los tiempos*”, —recordaba Juan en ese instante en que recibía al joven compañero como un envío del Maestro para su soledad en tierra extranjera. Y añadía—:

“Tengo, pues, dos notarios, dos secretarios y confidentes, Galo, en Éfeso, para atender al apostolado del exterior, y Policarpo, para ayudarme a llevar la carga inmensa que me traen las voces que llegan de muy lejos..., de allá arriba. Y a veces son tan pesados de sentir, escuchar y percibir, que escribirlas después es penar doblemente.

“¿Te quedarás, Policarpo, o tornarás a Roma?”

—Nuestro padre Pedro quiere que me quede a tu lado y yo lo quiero también, si tú me recibes.

—¿Y lo dudas? Pero aquí está el dueño y señor de esta cabaña que su bondad levantó para mí. Él dirá si puedo recibir un huésped.

—Juan, te he dejado hablar por sólo el placer de escuchar a tu corazón que canta al amor en cada latido. ¿No es, dime, una gloriosa corona para mi frente el servir de amparo y protección a los apóstoles y misioneros del único superhombre que ha pensado en la dicha de todos, olvidándose de sí mismo?

“Desde que mi tío Narciso te puso a mi lado, vengo analizando lo que fue tu Maestro para esta humanidad; y lo que eres y serás tú y todos los que lleváis el glorioso nombre de Apóstoles suyos.

“Hubo, es verdad, otros grandes filósofos y maestros que dejaron sabias doctrinas, pero todos ellos, algo pensaron y crearon para sí mismos, o sea, que buscaron una porción de dicha para su propia vida. Pero tu Maestro, Juan, fue dejando a lo largo de sus caminos de Sembrador Eterno, todas las ofrendas de amor que pudieran llevar complacencias a su corazón.

“Dotaba de maravillosa fecundidad todo el amor que recogía en su camino y lo dejaba allí mismo convertido en obras de bien; de misericordiosa solución a todas las circunstancias penosas y duras de otras vidas humanas. Para si mismo inada!..., inada!..., inada!

“¿No es ésta la verdad más pura?”

—¡Sí, Galo!... ¡Es toda la verdad! La luz se ha hecho para ti tan esplendorosa y clara como esta luz de luna llena que nos alumbra. ¡Y la luz se ha hecho plenamente para ti, cuando tres amantes del Cristo, mi Maestro, estamos reunidos en su nombre, formando alianza de corazones que Él mantendrá para siempre!

—¡Para siempre! —repitieron aquellas cinco voces de hombres, mientras se unían y estrechaban las manos Juan, Policarpo y Galo.

La Presencia Divina se dejó sentir honda, profunda, en ese instante, como si una ola poderosa de amor lo hubiese invadido todo.

Euforo había cruzado sus manos sobre el pecho oprimiéndose el corazón... Y Cleto, más sensible y emotivo, repetía como un murmullo:

—¡Padre nuestro que estás en los cielos y también en esta isla desierta que tu Apóstol Juan ha llenado con tu amor que nos hace dichosos a todos!...

110
LO QUE NO VEMOS

El Apóstol Juan comprendió a la clara luz de sus meditaciones que el apostolado que le pedía la Ley, era diferente que el exigido a sus compañeros en la Escuela Espiritual del Cristo, Ungido de Dios.

Y releía las Escrituras del Profeta Isaías: “Dice Jehová: Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos son vuestros caminos”.

Deshilachaba hilo por hilo estas pocas palabras, alrededor de las cuales componía todo un tratado de vida espiritual, casi desconocida de la mayoría de aquellos seres que consagran su vida al bien del prójimo.

En efecto, vemos que todos los cultores y propagandistas de un Ideal filosófico, religioso o social, se lanzan con ardiente entusiasmo por la senda del comentario, exployado en vibrantes apologías de viva voz que enardecen a las muchedumbres ajenas siempre al análisis, al razonamiento y más aún a la meditación.

Y las multitudes que de ordinario no gustan de gastar su tiempo en áridas investigaciones de cualquier orden que sean, sienten que es mucho más cómodo aceptar la parte grande o pequeña de verdades que otros se tomaron el trabajo de descubrir, sin averiguar tampoco si descubrieron algo verdadero y real.

Y es de este modo como la humanidad ha ido aceptando, al correr de las edades y de los siglos, usos, costumbres, historias, biografías, doctrinas y hechos aislados que a veces tienen reflejos de verdad más o menos ciertos, más o menos semejantes a la realidad.

Y si en los días presentes, que se deslizan a nuestra vista cuando estamos encarnados, sufrimos tan lamentables equivocaciones en cuanto al íntimo pensar y sentir de los seres que nos rodean. ¿Qué no será cuando se trata de averiguar sucesos de un pasado remoto, que los siglos velaron con sus sombrías tinieblas?

De todos los discípulos del Cristo, sólo unos pocos..., muy pocos vinieron a la vida con la facultad de captar y percibir esa red maravillosa para los encarnados, de ondas radiantes las unas, sonoras las otras, tenues y sutilísimas una tercera categoría; materiales y casi palpables y visibles otras, que son las generadoras de lo que se ha llamado manifestaciones de orden físico.

El Apóstol Juan estaba entre esos pocos y encontraba a veces muy pesada la carga de ver, escuchar y sentir ese vastísimo y complejo plano espiritual que sólo los poseedores del sexto sentido, como decíamos

antes, pueden sondear, escuchar, percibir, no a su gusto y antojo sino cuándo y cómo les es permitido.

La Ley en los Planos espirituales elevados, es obedecida con rigurosa exactitud. Es lógico.

En esos planos actúan las Inteligencias llegadas a una evolución más que regular, y ellas saben a la perfección el valor que tiene el orden y la disciplina en el cumplimiento exacto de lo ordenado, permitido y amparado por la Ley.

Este Apóstol de Cristo fue descubriendo todas estas fases que le presentaba el camino por donde se veía conducido y grandes temores le asaltaron en los comienzos.

—¿Habré visto una realidad?

“¿Habré escuchado bien esa voz y todo cuanto ha dicho?”

“¿Será una realidad todo ese cúmulo de sucesos que alguien que no veo, ha pintado, no en la pared de mi alcoba, sino en el aire, en las nubes, en el éter..., en la atmósfera..., que sé yo dónde, pero que lo he visto?”

“¿Habré interpretado con exactitud el pensar, el sentir de ese invisible amigo, que me hace escribir hoja tras hoja de mi carpeta íntima, o que me habla sin ruido en momentos determinados?”

Todas estas y otras muchas preguntas se hacía Juan a sí mismo, a medida que iba entrando más y más en ese campo ilimitado y misterioso ante la materia ciega, pero claro y llano a la más estricta lógica y a la sana razón.

—“Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos son vuestros caminos” —repetía el Apóstol—. Así dice Jehová o sea, la Ley Divina y Eterna, esa que mueve los mundos, que marca la duración de las vidas, de los reinados, que marca la hora de los cataclismos que hunden los Continentes en el mar, que destruyen ciudades con el fuego de sus volcanes, o son arrasadas por las aguas de ríos y mares desbordados o por hordas inconscientes de guerreros conquistadores. ¿Qué es la criatura humana para escudriñar los formidables secretos, los designios como abismo que concibe esa Eterna Potencia, cuya grandeza causa vértigo a la pobre mente, mariposilla incauta que apenas acierta con la florecilla en que debe posarse?”

Así eran los pensamientos de Juan en sus meditaciones y un gran temor empezaba a invadir su alma que se tornaba como un parvulito tímido, escondido en el sayal de la madre donde se cree a salvo de todo peligro.

Y su meditación terminaba siempre en un grito lastimero de su corazón que se refugiaba bajo el manto blanco de su Maestro.

—¡Oh, Maestro, Señor Mío! Si tú sabes que soy el más pequeño y débil de todos los tuyos, ¿por qué, Señor, elegiste para mí este camino

tan difícil de andar sin extraviarse en encrucijadas engañosas y con apariencia de verdaderas y buenas?

Y tan intensa llegó a ser su ansiedad y su temor, que no se adormecía y calmaba con las reflexiones que él mismo se hacía, que su físico empezó a resentirse y el Apóstol comenzó a decaer visiblemente en su fuerza vital, en su energía, en su salud.

Policarpo y los dos criados hacían cuanto podían para remediar tamaño mal.

Cleto repetía con inusitado fervor su plegaria de costumbre:

—¡Padre nuestro que estás en los cielos! Haz mi voluntad esta vez también y todas las veces, porque siempre te pido lo que es justo y bueno: la vida de tu siervo, de tu Apóstol.

“¡Si le trajiste a este salvaje lugar solitario, no puedo creer que haya sido para dejarle morir como a un infeliz pájaro abandonado!... ¡No, Señor, Padre nuestro, no puedo pensar eso, sería ofenderte! ¡Sería renegar de tu bondad, de tu amor!

“¡Tu siervo Juan, dice que eres el Dios-Amor y yo lo creo!

“Padre nuestro, Dios-Amor, que se haga mi voluntad y que el mal y la tristeza de tu siervo sea aventada como pestilente ceniza al otro lado del Mar Egeo”

Esta plegaria del alma, sin egoísmo ni interés para sí mismo, llegaba sin duda a las alturas del Supremo Bien. Y una noche en que el penoso insomnio mantenía en vigilia a Juan, le ocurrió lo que nunca hubiera pensado.

Sentado a la sombra de los pinos, refrescaba su ardorosa frente con el viento suave que venía del mar.

No había luz de luna y sólo la claridad opaca de las estrellas iluminaba libremente el espacio libre de arboleda, abierto sobre la costa. Veía el mar sereno y oscuro como un abismo de sombra.

Veía el pequeño muelle de piedra blanca, y de pronto, vio subir un hombre vestido de túnica azul, que se dirigía hacia él.

Ningún barco, ni siquiera un bote había llegado. “¿Cómo vino ese sujeto?... ¿Sería un fantasma?...”

Juan esperó, no del todo tranquilo, pero trató de parecerlo por lo menos y no se movió de su asiento.

—La paz sea contigo, Apóstol de Cristo —dijo aquel hombre con una suavidad y amor en la voz, que Juan comprendió de inmediato que era un amigo.

Cuando el personaje llegó a su lado, le reconoció:

—¡Felipe! —exclamó y saltó de su silloncito para abrazarle. Y al pretender hacerlo comprendió que aquel personaje no era de carne y huesos, porque abrazaba el vacío. Y el aparecido continuaba a su lado, sonriente

y feliz, dispuesto a una confidencia, sin duda, porque tranquilamente se sentó en uno de los banquillos usados por los criados.

—¿Cómo estás aquí, Felipe, si tu vida está en Samaria?, —fue la pregunta de Juan.

—No lo sé, pero estoy aquí ya lo ves. Yo dormía y sé que soñaba con nuestro muy amado padre Pedro y con nuestra madre Myriam y con la pequeña María y con María de Mágdalo..., muertos todos menos Pedro. Pero es el caso que todos ellos conversaban juntos como hablo yo contigo. Y la augusta madre de nuestro Señor y Maestro, dijo de pronto: *“Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, estoy yo entre ellos”*. ¿Quién dijo esto?

“Y todos los que oyeron estas palabras inclinaron la frente y dijeron a una voz—:

“¡Nuestro Maestro!

“Y estaba Él, Juan, te lo aseguro en su Nombre, y entre todos ellos hablaron de ti, de que fuerzas contrarias querían eliminarte de la vida, para que no escribieras ni una palabra más de cuanto está dispuesto que escribas”.

“Y el Maestro ordenó a los que le escuchaban que me tomaran durante el sueño, que yo podía emanciparme de mi materia lo bastante para presentarme en otro lugar por lejano que fuera, a traerte la fuerza vital que empieza a faltarte, porque la Suprema Voluntad ha ordenado que vivas una larga vida hasta terminar las Escrituras que está resuelto que escribas.

“Por eso estoy aquí, Juan, y no te asustes ni pienses que es esto un efecto de hechicerías.

“Por los frutos se conoce el árbol”, decía el Maestro, y si te reconstituyes con mis visitas nocturnas, que tengo orden de hacerte varias, tendrás que convencerte que el árbol es bueno”.

Juan no podía salir aún de su asombro y sólo repetía:

—¡Felipe!..., no sé si es de verdad que estás aquí o soy yo que me voy quedando loco de espanto y veo visiones que sólo están en mi perturbada imaginación.

—Cálmate, Juan, te lo ruego, y sólo así podré decirte todo el mensaje que me han dado para ti. ¿Vas a inutilizar con tus sustos todo el esfuerzo que han hecho nuestros amados ausentes?

—¡Ya te escucho, Felipe!..., ya me aquieto. ¡Compréndeme tú!... ¡Es algo que se pasa de maravilla!... ¡Oh, Señor! ¡Amado Eterno!... ¡Sólo tú puedes trasladar hasta las montañas por los amigos que dejaste en la tierra!

—¡Es verdad, Juan, sólo Él! Él sabe amar de verdad. Óyeme, pues.

“Tú sabes que yo soy un abrojillo comparado contigo, que fuiste

destinado a surcar las cumbres en gigantescos vuelos, para traer a la humanidad terrestre leyes y verdades que desconoce, porque no quiere ocuparse de descubrirlas. Y si las descubriera, sería más buena y más feliz. Quiere ser miserable, quiere sumirse cada vez más en el fango, quiere gozarse en la satisfacción de sus groseros instintos y embriagarse en el vino venenoso de las bajas pasiones que la incitan al crimen. A esta humanidad le sabe mal el precepto único del Cristo nuestro Maestro: “Ama a tu prójimo como te amas a ti mismo”.

“Y contra ese mandato es toda la lucha que vemos y la que no vemos.

“No quiere el mandato, aquel que desea los bienes del prójimo y obedeciendo ese deseo, hurta, roba, estafa cuanto puede a todo aquel que cae en sus garras.

“Aborrece el precepto de Cristo, el que ambiciona los grandes poderes que lo suben sobre los pueblos y las multitudes, imposibilitadas para la defensa, y temerosa de las cárceles y las cadenas con que se amarra a los que osan rebelarse en contra de aquellos mandatarios, dueños de todas las fuerzas que quitan al hombre su libertad, don generoso del Dios-Amor.

“Aborrece el mandato del Cristo el hombre o mujer dominado por la lujuria, que roba la esposa o el esposo al ser elegido y consagrado por la ley del amor para compañero de la vida y para dar vida a otros seres, o para realizar en conjunto una obra de antemano ordenada por la Eterna Ley: “No hagas a tu semejante lo que no quieres que te hagan a ti”, es la otra faz del precepto del Cristo; por lo que debemos entender que no debe robar el que no quiere ser robado; que no debe atropellar contra la libertad de nadie el que no quiere ser atropellado; que no debe engañar con falsedades intencionadas el que no quiere ser engañado; que no debe ser privado de su alma compañera en la vida, el que no quiere ser burlado de igual manera.

“Y como tú, Juan querido, estás para ser el clarín que repita detrás o en pos del Maestro todo lo que él dijo y sólo escuchamos los íntimos suyos, por eso, Juan, las fuerzas enemigas quieren acabar con tu vida.

“Es esta mi primera visita, pero te anuncio que te haré otras y sin mérito mío, porque son nuestros amigos ausentes en otro plano quienes hacen todo el trabajo. ¿Te parece poco el sacarme de mi casacón de carne y traerme por encima del mar que nos separa y plantarme aquí a tu lado, y que la fortaleza y vitalidad mía pase a ti que te ves desprovisto de ella?

“Ahora tengo que irme, porque algo se mueve en mi alcoba. Duerme tú y cuando te despiertes estarás en tu cama, y te sentirás fuertecito como estos jóvenes pinos que te dan sombra”.

Juan se sumió en el sueño y Felipe fue a despertarse en su alcoba al otro lado del mar.

A la mañana siguiente, Juan se despertó muy temprano y sentándose en su lecho miraba a todos lados como buscando algo.

—¡Qué sueño, Dios!..., ¡qué sueño! Soñé con Felipe —dijo en alta voz, viendo que Policarpo se incorporaba también y con su buen humor de siempre, hablaba como una cotorra.

—Pero a mí me disteis un buen susto —le contestó el joven. Y como Juan le mirase asombrado, Policarpo prosiguió—:

“Pasada la medianoche, entraste en la alcoba como un beodo y te tiraste al lecho como si cayeras muerto. ¿Qué te pasó?”

Ante estas manifestaciones de su joven amigo, Juan comenzó a cavilar, que lo que él creía un simple sueño, debió ser una realidad. Y pensaba..., meditaba.

—Policarpo —dijo por fin—, eres muy joven, pero yo necesito un confidente. Créeme que no aguanto solo el peso de cuanto me ocurre.

“¿Tienes valor para llevar una parte del peso de mis secretos?”

—¡Juan!... ¡Me asustas!... Aquí en ésta soledad en que vivimos, ¿es posible que nos persigan aún los terrores de Roma?”

“Papías quiere venir también buscando tranquilidad, pero, si tampoco aquí podemos tenerla...”

—No se trata de terrores como los de Roma, no te asustes —interrumpió Juan—. Mis secretos son como una continuación de los “Secretos del Padre” que nos confiaba por gotas nuestro Divino Maestro. Son secretos que vienen del Cielo, Policarpo, pero son tan grandes que no puedo llevarlos yo solo”.

El joven abrió grandes sus ojos color de avellana y se quedó mirando a Juan como el que ve visiones extraterrestres.

Se vistió apresuradamente la túnica y se acercó al lecho de Juan. Le tomó las manos, le tocó la frente.

—No tienes fiebre, Juan, no estás enfermo. Tienes una oculta alegría en tus ojos y tintes de rosa en tu rostro.

—No estoy enfermo, no, pero no sé cómo tomarás mis secretos. Temo que me creas loco cuando te los cuente.

—¡Cuán equivocado estás, Apóstol de Cristo! Yo sé muchas cosas de ti que me ha referido nuestro padre Pedro cuando él me preparaba para venir a hacerte compañía.

“Todo eso de *“las voces”* yo lo sé muy bien: y sé también que nuestro Maestro y Señor te ha destinado a recibir los “Secretos del Padre” para darlo a la humanidad.

“¡Oh, Juan! Si no fuera yo capaz de comprenderte, nuestro padre Pedro no me habría mandado a tu lado.

“Papías y Apolinar vendrán también a tu lado, porque nuestro padre quiere que se forme contigo una Escuela como la formada por el Cristo nuestro Señor con sus Doce elegidos. Está seleccionando los que juzga mejor dispuestos para el apostolado del pensamiento y de la oración, del estudio y el trabajo. Evodio de Siracusa, Ignacio de Antioquía, Apolinar y yo somos los cuatro primeros que formaremos contigo la Estrella del Señor. Así me lo ha dicho nuestro Padre Pedro.

“¿No crees, pues, que podré aguantar el peso de tus secretos?

—Ahora sí, amigo mío, ahora sí. ¡La luz del Maestro está con Pedro!... ¡Oh, qué grande y bueno es nuestro Pedro! No se equivocó el Maestro cuando dijo: “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Obra”.

Desde ese día, el joven Policarpo comenzó a escribir en su carpeta lo que Juan le dictaba y tan fielmente como lo escuchaba de su boca.

Primero, el incendio pavoroso y tremendo de la ciudad de Roma, que ordenaría noventa días después el emperador Nerón para darse el placer de presenciar un espectáculo que consideraba único en el mundo.

Segundo, la invasión y destrucción de Jerusalén y su grandioso Templo, ordenado por otro emperador romano.

Policarpo interrumpió la escritura para exclamar aterrado:

—¡Juan!..., por nuestro Señor, dime, ¿te quedarás así, tan quieto, sin dar aviso a nuestros hermanos de Roma y de Jerusalén, para que se pongan a salvo?

—De aquí a noventa días Roma arderá y centenares de seres que en ella viven. El barco correo acaso no alcanzará a venir y volver allá. ¿Qué podemos hacer más que orar para que los ángeles de Dios les lleven el anuncio? A nuestro país natal tenemos tiempo de sobra y lo haremos, Policarpo, lo haremos. Si la divina Ley nos da los medios, será la señal de que debemos hacerlo. Juan había establecido la oración vespertina en conjunto con Cleto, Policarpo y Euforo, al igual que todos los hermanos lo hacían en sus respectivos Oratorios en todas las Congregaciones Cristianas establecidas en Palestina, en Siria, en Antioquía, el Lacio y Roma.

Los ocultos Santuarios Esenios existentes aún, bien que muy reducidos en número sus moradores, lo acostumbraban asimismo.

Naturalmente formaban con esta uniformidad, una fuerte red de pensamientos unidos que protegían la obra espiritual del Cristo, y a los que eran actores y colaboradores en ella.

Las actividades espirituales de todas las Inteligencias aliadas del Cristo, eran mucho más amplias, decididas y firmes en el plano astral y más aún en los planos superiores donde moran las Inteligencias que impulsan la evolución de la humanidad.

Y es esto lo que no vemos si estamos en la vida material.

Ya lo dijimos antes, son muy pocos los seres dotados de ese sexto sentido que les hace capaces de sentir y percibir las actividades de los planos espirituales.

Adquirir la convicción plena de que existen estas actividades invisibles a tono con los anhelos, esfuerzos y querer de los misioneros terrestres, es lo que el Maestro llama Fe, y decía con profunda convicción: “La Fe traslada las montañas”.

Los misioneros del Cristo de aquella hora primera, habían adquirido esta convicción porque vieron y palparon los prodigios de Fe y Amor del Maestro, que les prometió su permanente asistencia desde el Reino de Dios que entraba a poseer.

Le habían visto en su estado libre y glorioso de espíritu purificado, perfecto en su perfecta evolución. Estaba, pues, dentro de toda lógica que ellos se vieran como acorazados por esa Fe y convicción inquebrantable.

Ellos sabían que eran amparados, protegidos y guiados por su Maestro. Fácil le será al lector comprender, qué formidable fuerza formaba tal convicción, unida al desinteresado amor, al vivo entusiasmo con que obraban los aliados invisibles, pero no menos decididos y abnegados que los misioneros terrestres.

Y cuando las mentes enloquecidas que inventaban horrores propios de hordas salvajes, en los gabinetes secretos del emperador ebrio de orgullo; el humilde Pedro, que vivía cuidando la grey de su Maestro, recibía la visita nocturna de otro ser ignorado y desconocido del mundo que en la lejana Samaria enseñaba la doctrina de Cristo: el diácono Felipe, desprendido de su cuerpo físico por el sueño, le decía:

“—Soy mensajero de la voluntad de nuestro excelso Maestro, que os aconseja partir al Lacio, porque se acaba de decretar el incendio de Roma que afectará mayormente el barrio en que están nuestras Congregaciones”.

Y el anciano Pedro, como un vagabundo de la noche, recorría las casas de los amigos de Yhasua, su Maestro, que ahora eran sus hijos, y les mandaba salir de la gran ciudad a refugiarse en los dominios del Príncipe Judá en el Lacio.

Y en una de las meditaciones vespertinas, Juan tuvo la visión del éxodo de los hermanos de Roma que, mediante salvo conductos obtenidos por Quintus Arrius (hijo), los cristianos de la época aciaga de Nerón se libraron de morir en montón, abrasados por el incendio en que perecieron muchedumbres; indefensos e ignorantes en absoluto de la hecatombe de locura y de crimen que les deparaba el poderoso amo del mundo.

Y los cristianos todos le llamaron el Anti-Cristo, Contra-Cristo.

Mas yo digo y creo estar en lo justo: no sólo Nerón ha merecido ese

nombre sino todos los que llenan el mundo de dolor, los que roban, los que matan o mandan matar, los poderosos, los gobernantes que ponen enormes cargas sobre los pueblos hasta producir la miseria y el hambre a fin de gozar ellos de una abundancia y riqueza desmedida, son también Anti-Cristo, Contra-Cristo.

¿No pasó Él por el mundo sembrando la paz, la alegría, la salud, la esperanza y la vida? ¿No dejó como única ley aquel incommovible “Ama a tu prójimo como te amas a ti mismo?”.

Y lo que asombra hasta el estupor es que la mayoría de los que obran igual o peor que el Anti-Cristo de la hora aquella de las visiones apocalípticas de Juan, osan llamarse cristianos y acuden a los templos donde oran y lloran los pueblos, diezmados, oprimidos, azotados por ellos, los grandes magnates del poder, triunfadores de una vida hecha a la medida de los egoísmos, ruindades, ambiciones y mentiras de todo género.

Lo que no vemos de bien y de mal que se gesta, nace y crece más allá del dominio de los sentidos físicos, lo veía y captaba el Apóstol Juan, que fue en la Escuela de los Doce fundada por el Cristo Hijo de Dios, el que trascendió, digámoslo así, los poderes comunes del espíritu humano encarnado en planos tan inferiores como esta Tierra.

Los cronistas de la primera hora cristiana, sufrieron una lamentable equivocación al basarse para sus crónicas, en la humilde posición social de los Doce elegidos del Cristo, como colaboradores íntimos de su grandiosa obra de redención y elevación espiritual de la Humanidad.

Eran espíritus de una regular evolución, con el añadido favorable de haber actuado cerca de Él en todas sus anteriores venidas al plano terrestre como Instructor y Guía de este mundo.

Sabía que le amaban hasta ser capaces de sacrificarse por ser fieles al Ideal que Él sustentaba. Unos más y otros menos, todos ellos eran aliados suyos desde largas edades.

Y el Apóstol Juan, cuya vida refiero al finalizar estos relatos históricos, tuvo muchas existencias físicas en el sexo femenino y en una de ellas, en la época del filósofo atlante, Antulio de Manh-Ethel, fue su madre Walkiria de Cerro de Oro.

¡Madre del Verbo de Dios! ¿Qué vínculo más íntimo y sagrado puede darse que el sublime y santo de la maternidad?

En la hora de Abel de Ethea, fue aquella gran mujer compañera de Bohindra, Ada de Musur, que fue capaz de sobrellevar todo el peso de la Grande Alianza de Naciones de tres Continentes, cuando, desaparecido el Kobda-Rey, su esposo, y muerto su sucesor Abel, quedó ese inmenso lugar vacío, difícilísimo de llenar.

En la época de Krishna, fue Patriarca de los Flámenes, que en las Torres del Silencio salvaron la vida al Mesías terrestre, perseguido

desde su nacimiento. En la hora de Buda, la abnegada y heroica Sakia, hermana de su madre, muerta al nacer el niño, al cual estuvo ella unida en su infancia, adolescencia y primera juventud.

Y en el gran secreto del nacimiento de Moisés, el célebre taumaturgo y legislador, intérprete de la gran Ley de todos los mundos llamada Decálogo del Sinaí, estuvo encarnado en la madre de Aarón, Jacobed, que desempeñó el papel de madre del hijo de la Princesa Thimetis que no podía revelar el secreto de su hijo cuyo padre era un joyero del pueblo de Israel esclavizado en Egipto. Todo esto que no vemos en las sombrías regiones del plano físico terrestre, lo veía y captaba Juan, humilde misionero del Cristo, en su postrera llegada como hombre a esta tierra.

Y al descubrir su ilustre prosapia espiritual, su larguísima carrera siguiendo a su Maestro a través de edades y siglos, Juan se prosternaba con el rostro en la tierra, mientras sus labios decían a media voz:

—¡Cuánto me amaste, Maestro mío, y cuán cerca de Ti me tuviste sin que yo, pobre de mí, fuera capaz de comprenderte y de amarte como Tú debías ser comprendido y amado!...

Los ángeles de Dios, si recogieron esta plegaria del humilde Apóstol del Cristo, debieron cantar a coro en grandioso concierto de amor y de fe: “Dios da su luz a los humildes y la niega a los soberbios”.

111

LA ESCUELA DE JUAN

Diez días después, llegaba al puerto del Cabo Troglilio el “Aventino II”, barco correo de Roma hacia los países del Mar Egeo.

Y allí desembarcaban los hijos espirituales íntimos del buen padre Pedro, elegidos y preparados por él para ser colaboradores en la gran obra a que el Maestro destinó a Juan: la de captar, percibir y recibir de las Inteligencias Superiores, las más altas y elevadas enseñanzas que la Ley Divina permite para humanidades llegadas a la evolución terrestre.

Estos eran: Lino, Evodio, Apolinar, Ignacio y Anastasio; todos jóvenes de veinticinco a veintisiete años, de distintos países, razas y costumbres, pero uniformes y unidos en el Ideal Divino del Cristo: el Amor Universal, la adoración íntima a la Potencia Suprema que mantiene y gobierna los Mundos y cuanto existe en ellos; la supervivencia del alma humana, su origen y su destino; la eterna comunión de las almas que habitan el Reino de Dios, o Planos de Luz, con los que moran en los mundos físicos, cumpliendo misiones determinadas o expiaciones y pruebas impuestas por la Ley de Justicia o elegidas por ellos mismos.

Tales eran los principios básicos en que el buen padre Pedro educaba

y formaba a los que elegía para la “Escuela de Juan”, como él decía y que debía ser en el futuro: *Escuela Superior de Maestros de vida espiritual*.

Tres damas ilustres por la posición que ocupaban en el antiguo y noble patriciado romano, Anastasia, Basilia y Gaudencia, compañeras de apostolado de Nebai, de Livia Augusta, de Lucina y Petronila, confeccionaron nutridos ajuares para los Solitarios de la isla de Patmos, en forma de que no carecieran de las ropas necesarias en el desamparo de aquella isla desierta.

Es verdad que les sabían protegidos por Galo, el Simónides que la Eterna Ley deparó a Juan, como compensación material al enorme salto sobre el abismo que dio el Apóstol en cumplimiento de su deber.

De estas abnegadas mujeres de la primera hora cristiana, tres eran madres de tres jóvenes elegidos por Pedro para la futura Escuela Espiritual: Anastasia, Basilia y Gaudencia.

Viudas las tres, no tuvieron que vencer resistencias de nadie para entregar con noble desinterés y franca aceptación sus hijos al Ideal divino del Cristo, por el cual habían dejado ellas la vida del gran mundo para plegarse a las filas humildes, ignoradas y hasta despreciadas en aquel tiempo, llamándolas “Religión de los Esclavos”, la “Secta del vagabundo Rabí Nazareno”, “Mendigos de Yhasua-Cristo”, etc., etc.

El poderoso “*qué dirán*”, no ejerció fuerza alguna sobre aquellas madres de mentes iluminadas por la Estrella de Cristo, tal como aquellos príncipes sabios de Oriente que siguiendo la Estrella maga que les alumbró en sus meditaciones, llegaron sin otra guía hasta la cuna del Verbo de Dios.

Colman y sobrepasan el millar las nobles almas que iluminaron de claridad con el heroísmo de sus acciones, los comienzos difíciles de la entrada del Cristianismo en Roma.

Al igual que los Doce íntimos del Divino Maestro, exceptuando a Pedro y a Juan, quedaron también envueltos en la nebulosa de dudas y de incertidumbre que hasta hoy no se ha logrado esclarecer por completo.

¡Y fueron los heroicos introductores del Ideal Cristiano en la magna capital del mundo civilizado de entonces!

Pero de esto no debemos extrañarnos nada, amigo lector, si tenemos en cuenta que la humanidad terrestre de que hemos formados parte, tú y yo durante veinte siglos, adolece de la deficiencia de deslumbrarse con el brillo de oropeles sin ningún valor, despreciando el oro puro que guarda la Ley en las grietas rugosas de algunas montañas.

El verdadero valor espiritual y moral, no es de ordinario, el que se exhibe sobre pedestales y torres de gran altura, porque es una de sus cualidades más comunes el huir de la celebridad, la popularidad que le

pone al descubierto ante una humanidad que de seguro no le comprenderá, que acaso le despreciará, o le aplastará con el calificativo humillante de iluso, de visionario, de fanático soñador.

¿No lo hizo tal, con el más noble y heroico idealista que ha pisado esta Tierra: con el Cristo, Verbo de Dios, portador de la Verdad, del Bien, de la única Ley que puede hacer la dicha de los hombres?

* * *

Desembarcaron los cinco jóvenes en el puerto de Trogilio y buscaron de inmediato el velero “La Gaviota” con pabellón amarillo y azul, tal como el compañero Policarpo les tenía avisado en sus epístolas.

Allí estaba “La Gaviota” y allí estaba su joven dueño y Capitán, Galo, que a la llegada de todos los barcos correos de Roma, acudía a ese puerto en espera de noticias de los hermanos del Apóstol Juan.

Los cinco le abrazaron como a un amigo de mucho tiempo, ya que Policarpo tan locuaz de palabra como en sus cartas, todo, absolutamente todo, les había detallado con minuciosos pormenores.

—No os tengáis por extranjeros en esta tierra —fueron las primeras palabras del discreto y sincero amigo que recién conocían—. Si tenéis aquí a Juan, a Policarpo y a mí, significa que tenéis aquí amistad, compañerismo y casi diría familia.

Galo se había sensibilizado mucho en el trato confidencial con Juan, y percibió la honda tristeza que alguno de los viajeros llevaba consigo al pisar tierra extranjera, y recordar sin duda la enorme distancia a que había dejado madre, amigos, parientes, país natal...

Cuán bella obra realiza, al igual que el joven Galo, el que sintiendo el rasguño en el corazón de un dolor ajeno, se apresura a suavizarlo y curarlo aún antes de que se haya manifestado al exterior.

Y así el corto viaje hacia la desierta isla de Patmos fue rebosante de alegre compañerismo y dulce confraternidad.

Ya adivinará el lector la alegría íntima de Juan y Policarpo al abrazar en los cinco hermanos que llegaban, a los más amados que estaban allá lejos...

—Habladme de Pedro y de Judá —suplicaba el Apóstol.

—Contadme cuanto sepáis de Felipe y Nicanor —clamaba Policarpo, que no podía olvidar a los que le salvaron de perecer ahogado cuando tenía nueve años. Eran como sus padres, que sólo se desprendieron de él para enviarle al lado de Pedro, cuya ancianidad y trabajos les tenía muy preocupados, y Policarpo era muy capaz de cuidarle como a un padre que necesita buena alimentación, buen abrigo, hogar confortable, buen lecho de reposo, etc. Y tan en serio tomó el jovencito esta tarea,

que sólo se atrevió a dejarla cuando la huérfana Petronila llegó al lado del Apóstol como una hija abandonada, recogida por él a lo largo de sus caminos de misionero de Cristo.

Cleto y Euforo manifestaron su afecto fraternal a los recién llegados con la esmerada condimentación de una comida de mediodía, que casi podría llamarse un festín de bodas.

A la sombra de los pinares y sintiendo el rumor de las olas y el gorjeo de los pájaros, aquellos nueve hombres alrededor de la humilde mesa esbozaron todo el vasto programa de lo que debía ser la *“Escuela de Maestros de vida espiritual”*.

—No sólo debemos pensar en el momento presente —decía Juan—, sino en el futuro, cuando nosotros hayamos desaparecido de este escenario y sean otros los que nos reemplacen.

Cada uno exponía su pensar, y por fin Galo, que había guardado silencio, se dirigió a Juan a cuyo lado estaba en la mesa y le dijo:

—Tú sabes que he llegado a comprender con regular claridad el Ideal del Maestro que hoy nos reúne en esta isla desierta. Pero, como yo no vuelo tan alto como vosotros, te pido tu asentimiento para encargarme de un trabajo que está al alcance de mi capacidad.

—Lo que tú quieras, lo quiero yo. Habla, pues.

—Mientras vosotros estudiáis, meditáis y voláis cuan alto podáis subir, yo pensaré en que necesitáis alcobas para todos, necesitáis lechos para todos...

—Ya sé, ya sé, Galo..., ya adivino lo que será tu trabajo. Quieres ser lo que fue el tío Jaime de nuestro Maestro y el buen Simónides para todos los que le amaban y le seguían. ¿Acerté?

—Sí, Juan, has acertado. ¿En qué obra mejor que ésa puedo emplear todos los bienes que Dios me ha dado?

“En Éfeso ya tenemos en actividad la *“Santa Alianza”*, que vela por los desposeídos, los ancianos y los huérfanos.

“La madre de mi prometida y ella misma han tomado esa obra con gran entusiasmo.

“En cambio, aquí falta todo por hacer: viviendas adecuadas, plantaciones necesarias. ¿No es verdad, Euforo, que ya estás que te salta el corazón de gozo pensando en las hortalizas que recogerás; y tú, Cleto, alma de pastor, en la leche que ordeñarás a las cabras?

Ambos criados, que estaban también a la mesa, rieron alegremente viendo la adivinación del amo Galo, de cuanto ellos estaban soñando.

—Es verdad, amo Galo, es verdad. Todo eso vendría aquí a maravillas.

—Mi tío Narciso nos hizo una carta gráfica de los trabajos de labranza, llevados a cabo en la Aldea de los Esclavos por los discípulos del Apóstol Zebeo. Y no veo razón para que aquí no lo hagamos igual.

“Los que van a ser maestros de vida espiritual necesitan alimentarse para vivir”.

—Y a la vez necesitan alternar el trabajo mental con algo de trabajo manual —añadió Juan—. Descansa la mente y se vigoriza la materia.

“Pero he pensado que Cleto y Euforo tienen excelentes condiciones también para el estudio y la meditación. Cleto es un místico consumado y Euforo está dotado de una capacidad de razonamiento nada común. Tienen, además, gran afición a escuchar las Escrituras de nuestros grandes Profetas y en general nuestros libros sagrados.

“¿Verdad que deseáis formar parte de nuestra escuela?”

—No creíamos merecer tanto, amo Juan, pero, si vuestra bondad llega también hasta eso... —Y Cleto al decirlo, sofocaba una visible emoción.

—Yo estudiaba jurisprudencia en la Academia de Ciencias, de un Maestro de las Escuelas de Pitágoras, cuando fue invadido mi país y traída toda mi familia como esclavos a Roma —añadió Euforo—. Me agrada el estudio. Y también la meditación que es una forma de estudio más profunda aún.

—Creo que ésta es la oportunidad mejor que se me presenta para realizar un acto de justicia en nombre del Maestro del Apóstol Juan, el Cristo, Hijo de Dios.

Y Galo, al decir tales palabras, sacó de su bolsillo dos pergaminos que ostentaban el escudo de su familia, en los cuales estaba la declaratoria de manumisión de Cleto y Euforo que volvían a su condición de hombres libres.

—Que reciban la libertad de tu mano, Apóstol de Cristo —le dijo a Juan, entregándole los pergaminos.

Ambos favorecidos se acercaron a Galo para besarle la mano; pero él abrió sus brazos y los estrechó sobre su corazón.

—Feliz augurio es éste para nuestra escuela —dijo Juan.

Un aplauso unánime fue la manifestación de todos ante el acto que acababan de presenciar.

—Ahora se acabaron los amos en la isla de Patmos —añadió Juan—. No hay aquí más señor y dueño que nuestro excelso Maestro, diciéndonos a todos *“Amaos los unos a los otros, porque en eso conocerá el mundo que sois mis amigos”*.

Dos días después, una gran barcaza descargaba en el pequeño muelle de la isla de Patmos los materiales necesarios para la construcción de alcobas, y una nutrida cuadrilla de jornaleros que en treinta días dejaron todo el trabajo concluido.

El Aula, el Oratorio, el Jardín del Reposo, todo fue una copia en pequeño de aquel Santuario de Neghadá sobre el Nilo, que tan vivamente

describían las Escrituras del Patriarca Aldis, que Juan se sabía de memoria como las palabras de su Maestro y los nombres de los grandes Profetas y las Tablas de Moisés.

A la medianoche de un veintiocho de marzo fue inaugurada la Escuela con una meditación.

Las voces habían aconsejado a Juan que la inauguración fuese a hora avanzada de la noche, con el fin de facilitar la presencia de algunos hermanos que vivían en el plano físico revestidos de materia, que sólo durante el sueño podían acudir.

El desbordamiento más estupendo de fuerzas espirituales y de dones divinos realizó, en aquella noche memorable, todas las manifestaciones supranormales que las Crónicas de aquellos tiempos han llamado: *“El Apocalipsis del Apóstol Juan”*.

Las Legiones de Arcángeles de Justicia ejerciéndola sobre todos aquellos que con mayor o menor conocimiento intervinieron en la muerte del Verbo de Dios; la glorificación del mártir Judas de Galaad; de los sacrificados poco tiempo hacía: Stéfanos, Santiago y sus compañeros, aparecieron en escenarios radiantes esbozados por manos invisibles, en el modesto oratorio del Apóstol Juan, que sumergido en las glorias del éxtasis, veía, comprendía y sentía que el Reino de Dios estaba abierto para él y era dueño de los secretos del Padre.

Sus hermanos, que le rodeaban, sentíanse absorbidos por completo en esa suavidad de amor inefable, de infinita ternura, de absoluto olvido del mundo y de la vida, y viendo con la mente bien despierta estas palabras del Cristo Divino: *“Dios da su luz a los humildes y la niega a los soberbios”*.

Una voz sin sonido se las había repetido a todos por igual.

“Yo soy el Camino, la Verdad, la Luz y la Vida”.

“El que me ama está conmigo y Yo estoy con él para toda la eternidad”.

“Cuando os amáis unos a otros, Yo estoy en vuestro corazón y vosotros en el mío”.

“Cuando amáis, somos uno mismo conmigo y con el Padre, porque Dios es Amor”.

Las mismas palabras fueron escuchadas por todos.

¿Qué boca las había pronunciado? ¿Qué espíritu las había animado del dulce fuego de amor que ellas tenían? ¿Qué corazón era el que palpitaba detrás de ellas, que se hacían sentir con emoción de llanto en los jóvenes hombres que las escucharon?

—¡Maestro!... ¡Maestro! —habían exclamado todos prosternando el rostro en tierra, como era la costumbre en los momentos solemnes en que el alma se entregaba en absoluto a la adoración de la Divinidad.

Y el éxtasis de Juan continuaba hora tras hora hasta el albor primero del día.

Las Legiones resplandecientes de Amor las unas, de Justicia las otras, de excelsos poderes todas ellas, habían desfilado ante el vidente inmóvil, como una estatua en su estrado de piedra en el humilde Oratorio pleno de silencio y de sombras.

Y todo aquel desfile de maravillas, de resplandores, de claridades, de arpas y clarines que cantaban victoria, triunfo, glorificación eterna, era la Corte de Honor de su Maestro, el Cristo, el Verbo, el Ungido de la Eterna Energía, del Poder Supremo, porque *“La muerte por un Ideal de liberación humana es la suprema consagración del Amor”*.

Así cantaban los mil y mil cortesanos del humilde Rabí Galileo, ¡que habían pisoteado, despreciado y sacrificado los miserables gusanos terrestres que sumergidos en su charco de fango, le habían mordido, le habían lastimado, le habían herido..., le habían muerto!

“¡Agnus Dei!... ¡Agnus Dei! ¡Agnus Dei!...”, repetían las Legiones Celestiales, y el vidente oía los divinos cantares y veía resplandeciente en un cielo turquí, un blanco cordero, con ojos de topacio, recostado sobre un libro gigantesco cerrado con siete broches de oro, que esperaba una mano que pudiera abrirlo.

Y vio por fin a su Maestro que, llevando en torno a todos los suyos que habían dejado la materia por la muerte, se acercaba al gran libro y desabrochaba uno por uno los sellos que lo cerraban.

El vidente comprendió que allí estaban escritas todas las angustias, las tragedias, los cataclismos que sufriría la humanidad en los veinte siglos que faltaban para la terminación *del tiempo*, o sea del ciclo que la humanidad estaba viviendo.

Algunas páginas las veía manchadas de sangre. Eran las matanzas llamadas guerras, ordenadas por las ambiciones de los poderosos.

Otras páginas arrojaban chispas de fuego, aleteos de llamas rojizas. Eran las hogueras encendidas a millares para quemar a los siervos de Dios que, como su Hijo Divino, trajeron reflejos de la Verdad a los hombres que ciegos de soberbia, no les escucharon y les llevaron al sacrificio.

Otras páginas arrojaban luz y nubecitas de estrellas menudas que parecían diamantes para una corona y que bogando, bogando por el espacio, se prendían en la frente de los que rodeaban al Ungido, mientras hacía correr las páginas del gran libro de los designios eternos.

Y las Legiones radiantes que ejecutaban himnos triunfales repitieron de nuevo: *“¡Agnus Dei!... ¡Agnus Dei!... ¡Agnus Dei! ¡Cordero de Dios inmolado nueve veces y glorificado por el Amor para toda la eternidad!...”*

El Apóstol Juan se despertó a la vida física y vio de rodillas en torno suyo a todos sus compañeros de meditación. Y vio que lloraban.

—¿Qué hacéis y por qué lloráis?

—El Maestro nos ha tenido en su Reino por breves horas y estuvo dentro de ti enseñándote la historia nefanda de esta humanidad y la glorificación de sus amados —contestóle Policarpo, que era tan fácil de palabra y vivo de inspiración.

Tal fue la inauguración de la Escuela Espiritual de Juan, en la isla solitaria y desierta de habitantes encarnados, pero abundantemente poblada de moradores del Reino de Dios para que otra vez tuviera cumplimiento la palabra divina del Cristo sacrificado por los hombres:

“Dios da su luz a los humildes y la niega a los soberbios”.

112

EXPLORACIÓN CELESTE

El joven Anastasio, uno de los cinco viajeros enviados por Pedro, tenía un hermano menor, amigo íntimo de Jesuá Clemente, el hijo mayor de Judá y Nebai, como recordará el lector.

Y Anastasio dijo a Juan que su hermano Papías estaba en preparación para ser también uno de los compañeros de soledad y que acaso llegaría pronto.

—Es demasiado joven —replicó el Apóstol—. Creo que aún no tendrá ni siquiera los veinte años. Esta vida es árida y sin más atractivos que los puramente espirituales.

—Papías quiere huir de las tentaciones de Roma —observó tímidamente Anastasio—.

“Ya sabes, Maestro Juan, lo que es el mundo de hoy. Papías es hermoso y muy atrayente. Además tañe el arpa y tiene una voz de barítono muy codiciada en los salones de la aristocracia romana.

“Todos los días le va a nuestro padre Pedro con las quejas de luchas tremendas, que le promueven consigo mismo las exigencias de ese gran mundo en que actúa su familia, por lo cual se ve en compromisos que no puede eludir. Nuestro hermano mayor, actual jefe de la familia por muerte de mi padre, es uno de los cortesanos del palacio Imperial. Mi madre calla para no descubrirse como cristiana, y espera pacientemente que Lucio se haga también adepto a nuestra doctrina.

—Pero tu hermano Lucio, ¿le dejará venir a sepultarse en esta soledad?

—No dirá que viene aquí, sino que quiere viajar para perfeccionarse en la música y el canto.

“Cuando Lucio llegue a apercibirse de la verdad, ya Papías habrá cumplido la mayoría de edad que la ley exige para un hermano cuarto en la familia, que no tiene probabilidad de ser heredero de los antepasados. Yo que era tercero no tuve oposición.

“Además, mi hermano Lucio es de aquellos que en su fuero interno dicen: “Cuanto menos bulto, más claridad”. Ni Papías, ni yo le pedimos nada.

—¿Y vuestra madre consiente? —volvió a preguntar Juan.

—¡Oh, ella!..., ¡viniendo Papías, deseará venir también ella! ¿Podría ser esto, Maestro Juan?

—Eso tendríamos que preguntarlo a Galo. Si su madre y su prometida la recibieran entre las piadosas mujeres que dirigen la “Santa Alianza”, podría ser. Lo que nuestro Maestro haya resuelto, eso será. Esperemos.

Dos semanas después y sin esperar aviso ninguno, desembarcaban en el puerto del Cabo Trogilio el joven Papías con su madre Anastasia, y su hermosa arpa de ébano y un abultado equipaje.

“La Gaviota” y su Capitán, que esperaban al barco correo, recogieron a estos pasajeros y pronto estuvieron al lado del Apóstol Juan.

Y éste, con honda emoción, decía al abrazar a Papías:

—Me ha sucedido lo mismo que a mi Maestro cuando esperaba la llegada de sus Doce elegidos, y había cuatro retardados. Y Él inquieto miraba hacia la costa del Mar de Galilea. Y al ruido de unos remos escuchado a lo lejos se le iluminó el rostro y nos dijo: “*Ya es la hora*”.

“Yo esperaba uno más, porque la voz me dijo: “*Espera que sean Diez como los fundadores de la Gran Fraternidad Kobda que vivió mil trescientos años en su primitiva pureza de costumbres y elevación espiritual*”.

“Y llegas tú, mi amado Papías, para completar el número. Ya somos diez. ¡Bendito sea mi Maestro, que así vigila a los suyos que ha dejado en la tierra!”

Los recién llegados traían abundantes noticias de la gran Babilonia, como llamaban los cristianos a la Roma de las grandes legiones conquistadoras, de los Circos donde lucían su habilidad y su fuerza los gladiadores y donde morían millares de seres condenados a muerte por diversas causas, y morían devorados por las fieras o a mano de los gladiadores.

Con estos bárbaros espectáculos divertía el César a su pueblo que, sin más Ideal que la hartura de satisfacciones, gritaba continuamente: “Pan y Circo”.

Tal era la vida del mundo. Pero el cuadro tenía otro aspecto y éste era el que interesaba a Juan mayormente.

Pedro..., isu amado Pedro, sufría..., oraba y lloraba en silencio! Entre los seguidores de la doctrina de su Maestro, comenzaban a hacerse bandos, divisiones, separatismos. ¡Qué dolor!

Los unos querían una rígida austeridad en el comer, en el vestir, en el vivir en general, y como no todos se sentían capaces de practicarla, venían las divisiones, las separaciones de grupos que tomaban los nombres de los que gritaban más alto.

Otros querían continuar con los ritos, ceremonias y costumbres que se habían hecho leyes a fuerza del uso y de la antigüedad, tales como el rigorismo con que se observaba el descanso del sábado, que prohibía encender el fuego, condimentar alimentos, remendar un vestido roto, lavar una ropa indispensable, atender un enfermo, enterrar un muerto, etc.

—Nada de esto enseñaba el Maestro —argüían los que oyeron sus discursos—. Él solo encarecía el amor al prójimo, no hacerle daño alguno ni aún con el pensamiento, la ayuda mutua sin pensar en la recompensa, las obras de misericordia con los ancianos, los huérfanos, los enfermos, y las viudas, la tolerancia y la benevolencia en el trato de unos con otros.

Venía luego el asunto más grave: la circuncisión y el pago de los diezmos al Sanhedrín judío de Jerusalén. Y llegados a este punto, comenzaron las polémicas ardientes, que luego llegaron a disputas, a diatribas enardecidas, violentas.

¡Y Pedro oraba y lloraba en silencio!...

—¡Maestro, Señor mío!... ¡Esto no lo quieres Tú, yo lo sé, yo lo siento, casi diría que tu corazón gime y tus ojos lloran al ver que tus golondrinas se desunen, se desbandan, se picotean y a veces se vuelven gerifaltes que persiguen las palomas!

“¡Oh, amado Señor mío!... Si tú eres el Amor y el Enviado del Dios Amor, ¿Cómo es que estos hermanos, hijos de tu Corazón, no sienten, no comprenden, ni perciben que se alejan de ti cuando riñen, cuando se empeñan tercamente en imponer su voluntad, cuando quieren las cosas de modo diferente que las querías y mirabas Tú? ¡Que tu luz se encienda en sus mentes, que tu amor florezca en sus corazones, que te recuerden, veneren y amen como tú eres, Señor, y no como ellos quieren hacerte en su mezquino entender!...”

Así era la oración de Pedro allá en la humilde alcoba que compartía con Papías, y que éste repetía emocionado a Juan que le instaba por detalles de su amado Pedro.

Al siguiente día, el Apóstol llamaba a reunión de sus compañeros de Escuela, para establecer las bases de la pequeña y modesta institución que fundaban en nombre de su Maestro.

Era Papías un hábil dibujante y Juan le hizo dibujar en un blanco lienzo estas frases en gruesos caracteres griegos, sirios y latinos:

“Amar es vencer”.

“El amor salva todos los abismos”.

“Dios es Amor”.

“Su enviado el Cristo, es Amor”.

“Sus seguidores debemos ser Amor”.

“El Amor es más fuerte que la muerte”.

“Ninguna fuerza contraria nos derribará si el Cristo-Amor está en nosotros. Así lo ha prometido y Él lo cumplirá”.

“Amemos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos, que tal es la única ley que nos impuso el Maestro y que nos dejó en su testamento la noche de su despedida”.

Era éste el único cuadro que había en el oratorio de la Escuela, bajo la Estrella de cinco puntas forjada en oricalco, regalo del joven Galo que sentía honda admiración para los tres sabios de Oriente que siguiendo la estrella misteriosa encontraron la cuna del Verbo de Dios.

—Amigos y hermanos en nuestro Señor —les dijo el Apóstol cuando estaban reunidos los diez—.

“En este pobrísimo cuadro que veis, he sintetizado toda la enseñanza de nuestro Excelso Maestro.

“Creo que en nuestra Escuela Espiritual no necesitamos nada más para llegar a la cumbre de la evolución. Y seremos hartos dichosos, si cada uno de estos principios se hacen carne en nosotros y quedan calcados en nuestra vida con tintes imborrables”.

Todos fueron de idéntico pensar, y Cleto que era el mayor, añadió:

—Maestro Juan, tú oíste al Maestro y viviste a su lado desde vuestra primera infancia. ¿Quién puede conocer y sentir mejor que vos su pensamiento y su querer?

“¡Felices de nosotros si escuchamos dócilmente a un Apóstol suyo que le conoció y vivió a su lado por tanto tiempo!”

Todos aplaudieron a Cleto, en el cual era evidente que empezaba a cumplirse la frase lapidaria del Cristo: *“Dios da su luz a los humildes y la niega a los soberbios”.*

—Propongo —dijo Policarpo—, que tomemos como tema de nuestras primeras meditaciones, cada una de las frases grabadas en este cuadro.

“¿No os parece que será lo más eficiente para que ellas queden como grabadas a fuego en nuestro espíritu?”

—Muy bien, Policarpo —respondió Juan—. Si todos estáis de acuerdo, así lo haremos.

Fue ésa la primera resolución tomada en la Escuela Espiritual.

Varios de los compañeros pensaron si serían necesarias otras indicaciones tendientes a uniformar la vida en común y mantener un orden, una línea de conducta para en adelante.

Juan, después de unos momentos de silencio habló así:

—Cuando alguno de los Doce tuvieron ideas semejantes, el Maestro contestó: *“Allí donde reina el Amor, todas las leyes sobran porque son sus leyes obras y no palabras”*, repetía recalcando cada frase.

—¡Oh, Juan! ¡Esas palabras si que necesitan varios años de meditación! —añadió Policarpo—: *“Las leyes del Amor son hechos y no palabras”*, repetía recalcando cada frase.

—¡Está claro como luz del medio día! —exclamó el Apóstol—. Oídme un momento: El que lleva el Amor de Cristo en el alma, jamás hiere, ni ofende, ni riñe a su prójimo, ni se permite jamás hacerle daño alguno. La tolerancia, la benevolencia, la sinceridad, serán perfectas en nosotros, si tenemos amor. ¿Y si cada uno de nosotros diez, obramos de esta manera, no son nuestros actos dictados por el Amor que suprime exceso de palabras y prodiga los hechos?”

He aquí que la Escuela Espiritual del Apóstol Juan en la isla de Patmos quedó fundada sobre una piedra inamovible: *“la Ley Suprema y única del Amor que es origen y la causa de la Armonía Universal”*.

Le vino de pronto el pensamiento de que la Escuela de los Doce regentada por el Maestro mismo, sufrió deficiencias..., tuvo lunares, pequeñas grietas por donde a veces se infiltró el agua turbia de los celos, resentimientos, desconfianzas...

Y la frente del Apóstol se tornó sombría y en su mirada cruzaron relámpagos de dudas y de zozobras.

Pero la voz que le inspiraba y consolaba siempre, se dejó oír en el fondo de su espíritu dolorido:

“Amado Juan, aún no estáis en el Reino de Dios y vuestra Escuela está en el plano físico, y vosotros estáis revestidos de carne que es tinieblas que oscurece y a veces cadena que arrastra. Para que el Amor salve todos los abismos y triunfe en todas las batallas, ha de ser tan grande y tan fuerte como el Amor de mi Corazón para vosotros. ¿No os dije, “si amáis como yo amo, realizaréis todas las cosas que yo realicé a vuestra vista?”

“Elegidos por mí fueron mis Doce y elegidos por mí han sido tus Diez.

“Mas, esto no significa que hayan de ser en todo momento arcángeles de luz sin sombras en su sayal.

“Recuerda, Juan..., recuerda tus diez años de postración espiritual. ¡Diez años de negarte al designio divino, a la voluntad mía, a tus promesas eternas..., a tus pactos conmigo que te amaba y esperaba!...”

El Apóstol, pálido y tembloroso, se cubrió el rostro con las manos y cayó de rodillas sobre el pavimento. La voz continuaba: *“Mi madre padecía y lloraba al verte. La pequeña María te seguía de lejos llorando también.*

¡Todos tus amigos y compañeros, llenos de angustia, no sabían qué senda tomar para curar tu incurable pesimismo, inercia, abandono, olvido de cuanto se esperaba de ti!...

—Basta, Maestro, basta, por piedad —clamó Juan—. ¡Que moriré aquí mismo de angustia y de vergüenza!... ¡Fui quizá el que más recibió de Ti y de todos; y el que menos he dado a Ti y a los demás!...

Y levantándose prontamente se abrazó de Policarpo, de Papías, de todos cuantos le rodeaban, asombrados y afligidos de no saber qué angustia suprema había desequilibrado el sereno temperamento de Juan.

Cleto y Euforo, que ya habían sido testigos muchas veces de estas tremendas crisis, que a veces sacudieron al amo Juan recién llegado a Patmos, tranquilizaron a todos con discretas señales que significaban: “Calma y serenidad, que todo se disolverá como la espuma del mar. Nosotros caminamos por la tierra y no conocemos los vientos que soplan por allá arriba. Donde él sube de continuo llevado por las voces que le hacen ver, oír y sentir, lo que nosotros no vemos, ni oímos, ni sentimos”.

La calma volvió a reinar y Juan decía humildemente:

—Perdonad mis alteraciones y arrebatos. Los recuerdos y mi propia debilidad y pobreza de espíritu, me traen con frecuencia borrascas que salen al exterior”.

Diríase que era necesaria esta humillación de Juan para que se desbordara el cielo como una apoteosis de amor y de gloria sobre él, que desde ese instante empezó a ser su vida una manifestación casi continua de los esplendores eternos del Reino de Dios.

Continúo usando este símil sugestivo y hermoso tan usado por el Divino Maestro, que con él quería significar cuanto de grande, bello y excelso encierran los mundos purificados, los más elevados planos espirituales, moradas de las Superiores Inteligencias, que conquistaron en largas edades la más perfecta purificación.

En la meditación de la noche siguiente la voz se hizo oír para Juan, Policarpo y Papías, y les decía así: “*Que vuestra comida esta noche no sea más que naranjas o uvas y una cucharada de miel. Que alguno de los compañeros vigilen vuestra materia porque conviene que durmáis en perfecta tranquilidad durante cuatro horas lo menos*”.

La indicación fue obedecida en todo; y no algunos sino todos los compañeros, se ubicaron en los estrados de la sala comedor a la cual comunicaban las alcobas y cuyas puertas abiertas permitían la vigilancia pedida.

¿Qué les pasaría a los tres durmientes que así encarecía la voz que fuera vigilado su sueño?

La Maga de los Cielos que todo lo ve, nos lo dirá, lector amigo, con la diáfana claridad de todos sus relatos, que nada ni nadie puede alterar.

Cuando el sueño fue profundo, el Arcángel de las Anunciaciones que en los cielos era nombrado *Gabriel*, se acercó a los durmientes, les ayudó a desprenderse de la materia y les dijo: “*Seguidme*”.

El esplendoroso acompañante vestía túnica celeste y oro, y sus grandes antenas en forma de alas, resplandecían de blancura como si fueran de nieve.

Papías y Policarpo se habían prendido tímidos de las manos de Juan, el cual preguntaba con el pensamiento y con ansiosas miradas:

—¿A dónde nos lleváis?

—El que a mí me manda quiere que empecéis a conocer su Reino —contestó el Guía.

—¡El Maestro! —exclamaron los tres.

—Sí, vuestro Maestro, que os ama y espera de vosotros fidelidad eterna cuando sea hora de que hagáis en la Tierra la manifestación de lo que hayáis visto”.

Y apenas había pronunciado tales palabras, los tres encarnados sintieron un ligero sacudimiento, acompañado de la sensación de ser ascendidos, y se encontraron ante una portada inmensa formada de pequeños prismas de un cristal rosado con aristas doradas.

—Mirad por esas ojivas —díjoles el Guía. Eran los prismas transparentes que les permitían observar al través, cuanto pasaba detrás de ellos.

Cada uno de los tres miró por un prisma y cada uno percibió diferente visión.

—Según esto —se dijeron con el lenguaje del pensamiento—, cada prisma permite una visión diferente.

—Justamente —contestó el Guía—, semejante a vuestro plano físico, que cada cual veis las cosas de diferente manera, según el cristal de vuestro propio sentir por el cual miráis. Cuando el cristal de vuestro prisma interno está límpido y sin manchas, ni polvo, todo lo miráis como en realidad es: bello y bueno aquello que está conforme a la Ley. Feo, repugnante y malo, lo que está desconforme con la Ley. A menudo olvidáis los encarnados que la Divina Ley es la pauta que marca lo que es bueno y lo que es malo. Y este culpable olvido es la causa de todos los errores de juicio que cometéis.

“¡Cuántos condenados a muerte, cuántos crímenes, cuántas matanzas en masa, cuántas víctimas inocentes por causa del equivocado miraje de vuestro prisma interior y del olvido culpable, de que es la Ley y no vosotros, quien marca lo que es bueno y lo que es malo!

“¿Por qué la humanidad terrestre no recita cada día la Ley de Moisés, marcadora de lo bueno y de lo malo para todos los mundos y para toda la eternidad?

El Arcángel calló, viendo la tristeza honda reflejada en el semblante de los que le escuchaban.

—Tengo orden —dijo—, de explicaros cuanto veáis y os sugiera dudas y cavilaciones; pero no tengo mandato de causaros pena ninguna. Volvamos la hoja y decid lo que habéis visto.

—Yo he visto —dijo Juan—, parejas de seres bellísimos que parecen formados de rayos de sol y que flotan suavemente sobre unas aguas que tienen los colores del Arco Iris. Vi que esos seres sumergen sus manos en esas aguas tornasoladas y con las sustancias transparentes que sus manos extraen de ellas, van formando con rapidez maravillosa, preciosos niños que un suave vientecillo va llevando quién sabe por dónde y hasta dónde...

—Esos Seres son llamados Esposos Eternos y son los creadores de los tipos humanos, que nacerán a la vida física en la edad feliz de vuestra Tierra, o sea, cuando termine el ciclo que está cruzando.

—¿Cuánto tiempo falta para eso? Perdonadme, si es indiscreta mi pregunta.

—Es justa, y te digo que faltan veinte centurias de vuestros años, que si para vosotros es largísimo tiempo, es corto y breve para la realidad en que aquí se vive.

Juan plegó sus manos sobre el pecho y su asombro se reflejó en un hondo silencio.

Policarpo, que no aguantaba más sin hablar, se expresó así:

—Yo he visto seres sentados en las rocas luminosas de cristal que rodean ese mar color del iris; mirando como extático las creaciones de esos seres que has llamado Esposos Eternos. Mas, yo no les vi creando niños hermosos, sino insectos que semejaban piedras preciosas en movimiento, y tuve que mirarlos mucho para convencerme de que eran seres vivos. Y los que sentados a la ribera les contemplaban, en grandes libros blancos les copiaban forma y color hasta que los insectos se perdían de vista, como tragados por el éter dorado que lo envuelve todo.

—Los que aparecen sentados a la ribera, son espíritus encarnados como vosotros que se dedican al estudio de ese aspecto del reino animal. Son profesores de Zoología, y entre ellos hay pintores, decoradores, que plasman en sus obras o en sus libros las imágenes percibidas en el sueño y que formarán en un futuro lejano..., muy lejano, nuevas legiones de “Esposos Eternos” creadores de tipos, de formas de vida ni aún imaginadas en el presente.

“La fecundidad infinita de la Eterna Energía, no conoce límite ni medida en el infinito e ilimitado Universo, donde todo crece y se renueva, se multiplica más, se extiende más y más hasta donde no puede seguirle mente ninguna de un ser creado que tuvo principio...”

—El prisma que fue mi lente de observación —dijo Papías—, sólo me mostró salterios, cítaras, arpas, clavicordios, que me parecieron tallados en cristal de oro los unos, cristal de rubíes los otros, de zafiros y de esmeraldas. Y eran pulsados por esos que llamáis “Esposos Eternos”, que se acompañaban admirablemente en melodías suavísimas que nunca oyeron mis oídos ni soñé que existiera en parte alguna de la tierra.

“Unos pocos seres escuchaban allí cerca y lloraban..., lloraban porque aquella música les deshacía el corazón como si fuese de estopa...”

“Y a mí me lo deshacía también y hubo un momento en que no pude más resistirlo y me tapé los oídos y cerré los ojos, pero, ¡ay! les seguía oyendo y les seguía mirando...”

“¡Arcángel de Dios!..., ¡vuélvenos a la tierra, que polvo mísero somos y aún no podemos ser ángeles puros como tú!...”

Los tres durmientes se despertaron y Papías rompió a llorar desesperadamente al pie del lecho de Juan a donde había corrido.

113

LA GLORIA DE JUAN

Llegó una hora..., la hora de Juan, en que la Voz le hizo sentir estas palabras:

“—*Amado Juan..., he de pedirte algo que tú me puedes dar...*”

—*¡Maestro, Señor mío!... ¿Qué puedo darte yo a Ti, que tienes la grandeza del Reino Eterno en tus manos?*”

Y el Apóstol cayó de rodillas para escuchar lo que su Maestro iba a pedirle.

La Voz continuó:

“—*Los que me amaron en la tierra han escrito de mi vida de hombre cuanto de grande y bueno se puede decir de un hombre que, según ellos, pasó el nivel de los demás hombres.*

“Yo quiero que tú escribas sobre el Verbo de Dios.

“Ignora la humanidad la acción de los Mesías sobre los mundos que la Eterna Ley les encomienda.

“Ellos son el Verbo de Dios, el Pensamiento de Dios, la Idea de Dios. Que por eso, los Mesías pueden decir con toda verdad:

“Yo soy la Luz de este mundo”.

“Yo soy la Verdad Divina”.

“Yo soy la Vida Eterna”.

“Escribe, Juan, sobre el Verbo de Dios y el Pensamiento de Dios será contigo”.

—He aquí tu siervo, Señor, y lo que tú quieres lo quiero yo también”.

El humilde Apóstol de Cristo pronunciaba estas palabras, no con los labios que estaban cerrados sino con el alma despierta a los esplendores de Dios. Y mientras Juan se preparaba en hondas meditaciones para la grandiosa obra que la Voz celestial le había pedido, esa misma Voz se hacía sentir de Pedro, de Judá y Nebai, allá muy lejos, al otro extremo del Mar Mediterráneo.

Se hacía sentir en forma de sueño, que también los sueños son recuerdos que conserva el alma de las actividades realizadas en sus horas de libertad. Pedro, Judá y Nebai soñaban la misma noche en que Juan escuchaba la Voz.

Un ser de resplandeciente blancura, les decía:

—*“Soy Gabriel, el de las grandes y felices anunciaciones y os traigo una que será paz, alegría, amor y gloria para el Amigo Eterno por el cual trabajáis.*

Haréis un viaje a la otra costa del mar”.

—¿Cuándo y por qué? —habían preguntado ellos en el sueño.

—“Esperad la circunstancia que os marcará el motivo y el día de la realidad”, —les había contestado el visitante del sueño.

Judá con Nebai se encontraban en su Villa Astrea del Lacio; Pedro en su casa de Roma, donde tenía el Oratorio, centro de las reuniones de los hermanos para la oración en conjunto y para todo lo relacionado con las Congregaciones establecidas. Con Pedro estaba Lucanus, Petronila su hija adoptiva, Juan Marcos y su madre. Era su familia. No podía haber una conversación previa entre ellos que diera origen a un sueño idéntico, los tres en la misma noche.

Al siguiente día, Judá y Nebai acudían a Roma a la casa de Pedro.

El lector comprenderá el asombro de los tres al descubrir que tuvieron el mismo sueño y en la misma noche.

—Que vosotros podáis viajar tan lejos, no será imposible —dijo el Apóstol—. Sois jóvenes y podéis hacerlo. Pero yo, a mis años y con la carga de obligaciones y responsabilidades que el Señor puso sobre mis hombros, ¿por qué y para qué he de mover mis pobres huesos a tanta distancia?”

Judá y Nebai quisieron visitar las Congregaciones establecidas en la Capital del mundo que, como ya dijimos antes, estaban ubicadas en propiedades que Judá había adquirido para tal fin.

El fatal incendio ordenado por el César había pasado como un ala de fuego muy cerca de ellas, pero sólo una fue tocada por las llamas ennegreciendo murallas que resistieron la embestida, porque un canal del Tíber interceptó la acción del incendio.

Por tal motivo, permanecieron dos semanas en la Capital, y al final

de ellas llegó un viajero procedente de la isla de Rodas, que buscaba a Quintus Arrius (hijo).

Este viajero era un enviado por Anolino de Rodas, hermano mayor del escultor Arvoth, padre de Nebai, como recordará el lector. Estaba gravemente enfermo. Era muy anciano y reclamaba la presencia de la hija de su único hermano, como un favor muy especial que él necesitaba para morir tranquilo y dejar las cosas en su justo lugar.

Nebai recordó en efecto haber oído a su padre quejarse de despojos hechos por su hermano mayor, razón por la cual salió de la casa paterna a rodar por el mundo como un paria en procura de un porvenir.

—Tardó en hacer justicia, pero al fin la hace —dijo Judá. Después de un cambio de ideas y de las averiguaciones oportunas y necesarias en tales casos, el enviado del anciano enfermo se ofreció para conducirles él mismo, cuando ellos quisieran realizar el viaje, que debía ser pronto porque los médicos no daban largo tiempo de vida al anciano.

—He aquí el viaje anunciado por el sueño —dijo Nebai a Judá cuando estuvieron solos.

—Lo diremos al Apóstol —añadió Judá—. Pero... ¿Qué tendrá él que ver en esto, para que haya también de realizar el viaje?

“Vamos a verlo y algo sacaremos en claro”.

Cuando el anciano Apóstol se enteró de todo el asunto, después de unos momentos de meditación silenciosa, dijo:

—El Ángel de las Anunciaciones debe querer que yo vaya a Éfeso a encontrarme con Juan. ¿No será que nuestro Señor me hace la gracia de ir a morir allí?

—¡Oh, Padre Pedro!..., no es hora aún de pensar en la muerte cuando estáis lleno de vigor y de vida —le dijo Nebai, acariciándolo como a un amado abuelo”.

De todos los cambios de ideas, suposiciones, sugerencias y esperanzas, salió algo muy claro y satisfactorio para todos.

Pedro viajaría con Judá y Nebai hasta Regio en el último confín del sur de Italia, donde existía una Congregación Cristiana muy floreciente, de allí pasarían a Necópolis, en la costa occidental del Ática donde era Cónsul por entonces el gran amigo de Judá, el Tribuno Marcelo Galión, y donde acaso encontrarían también a Demetrio que en esos parajes tenía su campo de acción misionera.

Un esfuerzo más y Pedro podría llegar a Éfeso a encontrarse con su amado Juan. De toda esta serie de combinaciones resultó que tres días después se embarcaban en Pozzuoli, Pedro, Nebai, Judá y Lucanus en el barco-correo que les llevaría hasta los países del Mar Egeo.

Desde que Policarpo fue enviado a Éfeso, había quedado el terapeuta Esenio encargado de cuidar la persona del Anciano Apóstol,

que en sus grandes andanzas misioneras hasta olvidaba tomar el alimento necesario. Esa era la razón de que Lucanus le acompañara en el largo viaje.

Aquella negación de su Maestro la noche de su prisión le tenía siempre a Pedro con tormentos de martirio en su corazón. Juzgaba que todo cuanto hiciera para borrar aquel su gran pecado, sería poco y lanzábase con ansia febril a todos los más penosos sacrificios por la obra de su Maestro y por las almas que Él le había encomendado. No se apercibía que su edad avanzaba, que sus energías disminuían, que su viejo cuerpo necesitaba mayores cuidados de cuando era joven y se entregaba con afán a los azares de la pesca en el Mar de Galilea.

Sólo una cosa le preocupaba a Pedro: la obra de su Maestro, que Él mismo le había encomendado. ¡Oh!, el amor inefable de su Maestro que, no obstante su negación cobarde, le seguía amando, y él continuaba escuchando:

“Tú eres Pedro y sobre esta piedra cimentaré mi Obra”.

¡Y esa piedra soportaba todo el peso de la obra redentora del Cristo!

El viaje se realizó sin mayor incidente. Pero, al llegar a Necópolis, recibieron el aviso de que la ciudad estaba azotada por una cruel epidemia, de la cual morían a diario innumerables personas.

—No conviene que desembarquéis —les decía el Capitán—. Descargaré correspondencia y alguna carga que traigo, renovaré las provisiones necesarias y nos haremos a la vela mañana mismo.

La epidemia consistía en un maligno virus que afectaba la garganta y vías respiratorias, algo muy semejante a lo que la ciencia médica actual llama difteria.

Mientras el barco estaba anclado, dos jornaleros que bajaban carga y traían fardos y sacos de provisiones, cayeron al suelo heridos del grave mal que se manifestaba con una fiebre abrasadora.

Pedro, que observaba, bajó apresuradamente a socorrerlos. El Capitán no llegó a tiempo para impedirle bajar.

El Anciano Apóstol corrió hacia los atacados y arrodillándose doblado hasta el suelo donde yacían, les aplicaba sus manos a la garganta y al pecho mientras les decía:

—Decid: “¡Maestro, Señor mío! ¡Que este mal sea curado por tu poder y por tu amor!”.

El enfermo repetía las palabras sin saber lo que decía, pero al instante sentía alivio al dolor que le punzaba la garganta, y después de breves momentos, sentíase bien, sin dolor alguno y sin la fiebre que le quemaba el pecho.

La noticia corrió como un reguero de fuego, en día de viento en un pajonal reseco, y pronto se vio una multitud de camillas traídas al

muelle, a toda la gran plazoleta del puerto, en forma tan alarmante que las autoridades guardadoras del orden tuvieron que intervenir.

Judá temió por la seguridad de Pedro y bajó a su vez para afrontar el peligro que pudiera amenazarles.

Grande fue su asombro cuando sobre un promontorio de roca que sobresalía en la costa vio la estatua de mármol de un marino que en gallarda actitud izaba sobre el mar la gloriosa bandera de la Marina Romana.

Al pie de aquella estatua y con letras de oro, vio escrito: “Quintus Arrius. Gloria eterna al ilustre libertador de nuestro mar, dominado por los piratas”. Y la fecha de la gran victoria obtenida por el valiente marino.

Judá se quedó clavado al pie de aquella estatua. Un agente del orden público se le acercó.

—¿No os asusta la epidemia, que así os quedáis en este lugar?

—Soy el hijo de este hombre al que vuestra ciudad rinde este honroso homenaje. No tenía noticia de esto y me veo gratamente sorprendido —le contestó.

Si Pedro alborotó la población con su poder para curar el mal que le afligía, Judá la enardeció de entusiasmo por haber dicho esa sola frase: “Soy el hijo del hombre que honráis con este homenaje”. Esta segunda noticia corrió tan velozmente como la primera y antes de la puesta del sol había llegado al Cónsul, gobernador de la ciudad.

—Hijo de Quintus Arrius sólo hay uno —decía el Tribuno Marcelo Galión—. Y ése es mi gran amigo y compañero de estudios y de carrera militar. —Y sin más cavilaciones se hizo llevar en su litera al puerto.

El abrazo de los dos amigos que habían pasado varios años sin verse, fue emocionante para cuantos le presenciaron.

—Gracias a los dioses, que habéis llegado cuando yo enloquecía con el clamor de estas gentes, que mueren como hormigas abrasadas por un incendio —decía Galión sin soltar aún la mano de su amigo. Ambos observaban a Pedro que iba de camilla en camilla levantando a todos los atacados de la peste—.

“Demetrio, con el manto del Maestro, se fue a Corinto hace dos meses. Le he mandado buscar a fin de que ese manto sagrado haga cesar la epidemia que amenaza acabar con los habitantes de esta ciudad”.

Pero no paró aquí el entusiasmo del pueblo que, luego, se tornó agresivo, no para los viajeros, sino para los dioses que en sus grandiosos templos habían permanecido impasibles ante la angustia de sus fieles devotos que en vano les pedían misericordia.

Y he aquí que un humilde extranjero de la raza de Israel, se apiadaba de ellos y anulaba la horrorosa enfermedad.

Y comenzaron a volar piedras contra la fachada de los templos de

Diana, Júpiter y Artemisa, dioses preferidos de los pueblos del Ática en general. Judá y Marcelo, que observaban esto, se decían el uno al otro:

—¡Esto es la humanidad que nos rodea! No bien se levanta de la dolorosa situación en que estaba, piensa en la represalia y la venganza, aún antes de pensar en gozar del bien que acaba de recibir.

Y subiéndose Marcelo y Judá a lo más alto de la plataforma en que se asentaba la estatua de Quintus Arrius, hicieron sonar clarinadas de alerta y todo quedó en silencio. Y el Cónsul Galión habló al pueblo de esta manera:

—Pueblo de Necópolis que me cabe la honra de gobernar. Os ruego que volváis a la calma y la serenidad.

“Acabáis de recibir el gran bien de la salud y la vida que un médico extranjero os está regalando y en vez de cantos de alegría, arrojáis a los vientos gritos de furor, arrojando piedras a los templos que ningún daño os causan.

—¡Los dioses dejaron morir nuestros hijos, nuestras mujeres, nuestros padres! —se oyeron gritos entre la multitud.

—Pero el Dios invisible y desconocido para vosotros —añadió Galión—, os ha enviado un hombre humilde a quien ha transmitido su poder sobre todos los dolores humanos.

—¡Que viva ese Dios invisible y mueran todos los dioses que nada hacen por nosotros! —se oyó clamar a uno del montón.

Y otra furibunda tormenta de gritos, empujones y bofetadas se desató en un rincón de la gran plaza del embarcadero.

El lector comprenderá que los que no fueron tocados por la epidemia, no estuvieron conformes con el bravío: “¡Mueran los Dioses que nada hacen por nosotros!”, pues ellos estaban libres de la peste.

—¿Ves cómo es la incompreensión humana? —preguntó Galión a su amigo, que en silencio miraba el complejo escenario, que como un oleaje humano se movía ante él.

—Veo, sí, y tú, ¿ves cómo obra el amor del Cristo en ese pobre Anciano que con sus ochenta años, aún tiene fuerzas para dar de su propia vida, salud y vida a los atacados por la epidemia?”

Lucanus apareció jadeante, luchando por abrirse camino entre la multitud, para que pudiera avanzar Nebai, que prendida de su brazo, trataba de defender un pequeño recipiente en que llevaba vino con miel que obligaría beber a Pedro al cual creía próximo a morir de agotamiento y de fatiga. ¡Llevaba ya varias horas de curar enfermos!

—Pero, mi buena niña —decíale sonriente el Anciano—. ¿No sabes que mi Señor me está haciendo beber de su vino y de su miel desde que comencé el trabajo?

—Lo sé, lo sé, padre mío, pero mi vino con miel está bendecido también por el amor de Yhasua, y es Él quien me mandó traértelo. Bebe, pues”.

El Anciano bebía en pocos sorbos el contenido del recipiente, sin soltar la mano del enfermo que tenía delante.

Mientras él bebía, Nebai y Lucanus observaron que aquellas doloridas gentes se apretaban más y más en torno al Anciano médico salvador de vidas. Vieron que iban cortando trocitos del manto y aún de la túnica de Pedro, hecho lo cual, se retiraban tan pronto como les era posible escapar de la apretada multitud.

—¡Por favor!... —exclamó Nebai—. A este paso vais a desnudar al buen médico que os da la salud y la vida. ¿Por qué sois tan malos, si él es tan bueno?

—¡Oh, niña!... ¡No es por ser malos, sino por amarle mucho y guardar algo suyo que nos salve de caer enfermos de nuevo!, —le contestó una mujer que llevaba en brazos un niño recién curado.

Judá había llegado para salvaguardar a Nebai de ser sofocada por la muchedumbre y oyó la respuesta de la mujer, y vio asimismo que el manto y túnica de Pedro le faltaban grandes retazos, tal como si perrillos rabiosos le hubieran maltratado, sin que él se diera por entendido de tan lamentable situación.

—¡Basta ya! —gritó Judá, y el Cónsul Galión con varios subalternos trataron de rodear a Pedro para sustraerle a la multitud.

El buen Anciano les suplicaba piedad, porque aún faltaban muchos sin curar.

—¡Pero vais a morir aquí mismo, Pedro, por favor! Piensa en que Yhasua precisa aún de tu fuerza y de tu vida —añadió Judá, tratando de convencerle.

—¡Él hacía más que yo..., mucho más que yo! —contestaba Pedro, que en efecto estaba ya agotado.

El Cristo radiante de amor y de luz dejó sin duda llegar al máximo el esfuerzo y el amor de su Apóstol, y habló al corazón y a la mente de Nebai, que quitando de los hombros el manto de Pedro, dijo a su esposo y a Lucanus:

—¡Levantadme en alto, por favor!

Los dos hombres enlazaron sus manos y ella subió sobre ellas, y gritó cuanto le permitieron sus fuerzas:

—¡Nuestro Dios Invisible os deja curados a todos con este manto bendecido por Él! ¡Idos en paz!

Los que aún yacían en camillas o andaban apoyados en algún familiar, saltaron de gozo y toda la multitud gritaba—:

—El Dios Invisible es nuestro Dios. ¡Viva el Dios Invisible! ¡Viva! ¡Viva!... —y el murmullo de esta tempestad de ¡Vivas! siguió a nuestros personajes hasta que el barco se hizo a la vela.

El Tribuno Galión embarcó con ellos y les acompañó hasta la primera escala que hizo el barco antes de entrar al Estrecho de Corinto.

* * *

Mientras los viajeros seguían entre agua y cielo durante muchos días desde Roma a Necópolis y de allí a Corinto y de allí a Éfeso, Juan, entre la tierra y el cielo, bogaba también, como águila solitaria que en cumbres muy lejanas buscaba aires más puros y más diáfana claridad.

A la orilla del mar, bajo la sombra de los pinares pensaba, escuchaba y escribía:

“En la Eternidad no hay principio, y en Ella era el Verbo y el Verbo era con Ella y Ella era Dios; y el Verbo era con Dios, era su Pensamiento, su Idea, su Amor.

“En Él está la Vida y la Vida es la Luz de los mundos, de los seres, de cuanto existe en ellos.

“Y su Luz resplandece en las tinieblas y las tinieblas no comprenden a la Luz.

“El Verbo es la Verdad y la Luz que alumbra a todo ser venido a este mundo.

“Al mundo vino y en el mundo estuvo, pero el mundo no le conoció. A los suyos vino y los suyos no lo comprendieron.

“Y el Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros. Se hizo corazón de carne y nos amó hasta morir por darnos Verdad y Luz, Vida y Amor.

“Hemos visto su gloria, hemos visto su Luz... Luz de Hijo de Dios que no se apaga nunca, porque es la Eternidad sin principio ni fin.

“Porque de su plenitud tomamos todos y de sus poderes y dones nos hace gracia con infinita largueza.

“La Ley por Moisés fue dada a este mundo entre las estupendas glorias del Sinái; mas el amor, la piedad, el perdón y la misericordia por Yhasua fueron dadas a este mundo, porque Él mismo, que vino de Dios, es el Amor, la Piedad, el Perdón y la Misericordia.

“Es el Verbo de Dios, su Palabra que no pasa ni se cambia ni se muda, porque es la Verdad Eterna como Dios de quien procede.

“A Dios nadie le vio jamás; pero su Hijo, su Verbo, su Pensamiento, le conoce, le ama, le comprende y le llama Padre.

“Y prueba su eterna existencia con obras que son prodigios, porque si el Hijo no estuviera en el Padre, no hiciese las obras maravillosas que hace en amor, consolación y paz de los hombres de esta tierra, a los que llama sus hermanos.

“El Verbo de Dios no descendió a la humillación de la carne para condenar a los hombres sino para levantarles de la miseria y del dolor.

“Mas, los hombres crean ellos mismos su miseria y su dolor con espantosas infracciones a la Ley Divina que marcada fue a Moisés en las cumbres del Sinaí.

“¡Yhasua de Nazareth, encarnación del Verbo, del Pensamiento y de la Eterna Idea!... ¡Yhasua, Verdad, Amor y Luz eres Tú, y el mundo te ha desconocido y el mundo te ha perseguido y humillado hasta el patíbulo infame de los malhechores!...

“¡En mis sueños de amor te contemplo soberano en tu Reino entre millares de cortesanos celestiales, ángeles, arcángeles, querubes y serafines que obedecen tu pensamiento y son mensajeros de tu voluntad!...

“¿Qué tiniebla es la que ciega a este mundo que no te ve cual Tú eres, ni escucha tu mensaje, ni recibe tu pensamiento?

“¡Tan sólo la madre que te dio vida de carne y el hombre justo que la acompañaba, más un puñado de humildes seres, creyeron en Ti, y vieron tu gloria y comprendieron tu Idea, tu sentir, tu pensar y aprendieron de tu boca la ley suprema del amor fraterno!

“Tu palabra vibraba como las cuerdas de una lira invisible cuando decías: “Si creéis en mí, creéis en el Padre, porque Él y Yo somos uno mismo, como seréis vosotros si unidos a mí por el conocimiento y por el amor, guardáis mi palabra que es Verdad, Justicia y Sabiduría.

“Mas, si en mí no creéis, si huís de mi lado y volvéis la espalda a mi mensaje, en verdad os digo que las tinieblas os cubrirán por largas edades, y el dolor y la miseria serán vuestro pan de cada día.

“No por mí, sino por Aquel que me ha enviado y que, despreciado y desconocido por vosotros, os dejará en olvido hasta que a Él volváis recibíendome a mí que soy su Mensajero Eterno.

“A Él nunca le veréis, porque es el Dios Invisible, Impersonal, Intangible; mas le sentiréis en mi palabra, en mi pensamiento y más aún en todo cuanto hago en su nombre.

“¿Qué queréis? Buscáis el bien y huís del bien.

“¡Buscáis el amor y huís del amor!

“Buscáis la dicha y la paz y os alejáis de ellas con vuestras obras, pensamientos y palabras en desacuerdo con la Ley que manda: No hagas a tu hermano lo que no quieres que se haga contigo.

“Si no queréis ser maltratados, perseguidos, calumniados, despojados de la tierra, de los bienes y de la vida; no lo hagáis con vuestros hermanos, porque así pisoteáis la Ley de Aquel que tiene el derecho de imponerla. Y la Ley inexorable toma represalias que son justicia, y vuelve por los perseguidos, desheredados y despojados.

“Y a vosotros os cae como llovizna de invierno todo cuanto mal hicisteis, si no en la hora presente, en otra más cerca o más lejos, según sea su voluntad soberana.

“¡Pobres criaturas de carne! Vivís afanados por el pan de cada día y hacéis inauditos sacrificios por conseguirle.

“Y no veis que el pan de Dios es el que descendió de Él y da vida al mundo.

“Yo soy para vosotros el pan de vida eterna. El que a mí viene nunca tendrá hambre, y el que en mí cree no tendrá sed jamás.

“Porque el Padre está en Mí, soy como el pan y el vino de vuestra mesa, que si os falta moriréis. Si comiereis de este pan y bebiereis de este vino, vida eterna tendréis en vosotros.

“Porque mi palabra es la palabra de Dios que es la Eterna Verdad, el Eterno Amor, el Eterno Bien. Y con ellos todo lo tenéis y sin ellos nada tenéis, ni aun el aire para respirar”.

“Así habló un día a los hombres de este mundo el que tomó carne de hombre para levantar y sanar a los hombres.

“Era Yhasua de Nazareth, el Cristo, y los hombres no le conocieron.

“¡Oh, excelso Maestro mío, Yhasua de Nazareth, Verbo Eterno del Eterno Amor que te envió!

“¡Cuan incomprendible amor es el tuyo para esta humanidad de larvas ciegas que arrastrándose por el lodo, el lodo es su alimento, su ideal y su vida!... ¡Cómo han de comprenderte, Serafín del Séptimo cielo de los Amadores, si tus pies hollaban la tierra, pero todo tú flotabas en lo Infinito y era de tu cielo el aire que respirabas y era el Amor del Infinito tu luz, tu pan, y tu vida!...

“Tu Voz me anunció un día que largos años viviré sobre esta tierra que para nada me atrae si no es por cumplir la voluntad tuya.

“Y prosternada mi alma ante tu grandeza ¡oh! ¡Eterno Verbo del Padre!, te digo en este día, que en todos los años que he de vivir en la carne, no quiero otra vida, ni otra dicha, ni otra gloria que la vida, la dicha y la gloria de esparcir a todos los vientos de este mundo la eterna Verdad encerrada en Ti, tu filiación divina de Hijo de Dios, Verbo de Dios, Pensamiento, Idea y Amor Infinito de Dios.

“¡Sea ésa mi única gloria, Señor mío, para toda mi vida terrestre y para toda mi eternidad!”

Juan cerró su cartapacio y pensó que no escribiría más, pero la llegada de Pedro con Judá, Nebai y Lucanus, le hicieron cambiar de idea.

En cartapacio aparte escribió el relato detallado de los prodigios que vio hacer a su Maestro.

Las curaciones de millares de enfermos, que a veces formaban muchedumbres.

Pienso que escribo para los lectores que han comprendido la asombrosa actividad del Maestro en cuanto a remediar los dolores humanos. Creo, pues, innecesario añadir, aquí, los relatos escritos por el Apóstol Juan.

114
EL PARAÍSO DE PEDRO

La llegada de Pedro y sus acompañantes a la solitaria isla de Patmos, hogar-refugio que el Divino Maestro deparó a su amado Apóstol Juan, tuvo lugar en una tibia mañana, comienzo de primavera.

“La Gaviota” ancló en el humilde muelle y Galo hizo sonar con fuerza clarinadas de gloria, como un toque de diana que jamás se oyera en aquella adusta soledad.

Euforo, que abría la puerta del pequeño redil a los cabritillos, corrió el primero a saber la novedad que Galo traía y que tan ruidosamente anunciaba. En pos de él fueron apareciendo uno tras otros los compañeros de Juan, y él mismo al final, viendo que no cesaban las clarinadas sonoras y triunfales.

—¡Sueño!... ¡Sueño! —exclamaba Juan, sin dar un paso más, mientras desembarcaba Judá el primero, Lucanus después, luego Nebai y por último el Anciano Apóstol apoyado en Galo, que aparecía como un general de ejércitos victoriosos.

—¡No sueñas, no, mi amado Juan! —exclamaba abrazándolo Pedro, que lloraba de dicha y de emoción—. ¡No es sueño! Es la realidad que nos brinda nuestro Señor, nuestro Amigo Eterno. ¡Juan!... ¡Esto sí que es amar lo que no merece ser amado!

“Todos huimos cobardes en la hora suprema de su sacrificio..., yo lo negué más cobarde aún que todos vosotros... Y Él sigue amándonos, sin que su amor se apague por nuestra infidelidad y miseria”.

Y Pedro, dejándose caer como en un desmayo sobre el primer banco rústico que encontró a su paso, se cubrió el rostro con su manto y lloró amargamente. Sentía de nuevo, profundo, el fiero dolor de su pecado, imborrable en su memoria.

Juan se sentó en silencio a su lado y todos quedaron mudos, conteniendo sollozos.

Nebai rompió el doloroso silencio y tomando entre sus manos la cabeza blanca de Pedro, le decía con mimos de nieta a un anciano abuelo:

—¡Por favor, padrecito Pedro, no amarguéis tan hermoso día con tristes recuerdos!

“¿No dices tú mismo que este feliz encuentro es un don que nos brinda nuestro inolvidable Yhasua? ¡Los regalos no se reciben llorando, padre mío!... ¿No será una ofensa para Él, recibir de este modo su precioso regalo?”

Pedro descubrió apresurado su rostro mojado en llanto y procurando sonreír entre lágrimas, decía humildemente:

—Sí, hijita, sí, todos tenéis razón. Perdonad la debilidad de este pobre viejo que sólo sirve ya para disgustar a todos.

“Gocemos de este día en nombre de Él, que siembra así de rosas nuestro camino en la tierra”.

La alegría volvió a todos los corazones como un hada azul con las manos llenas de flores. El lector bien comprenderá qué dichoso paraíso fue para el dolorido corazón de Pedro aquel día, comienzo del divino poema de amor que el Amigo Eterno había tejido para sus dos apóstoles preferidos.

Cabe aquí una breve reflexión sobre la ley de la afinidad, invulnerable como todas las leyes divinas.

Ni aun los seres más evolucionados pueden sustraerse a ella, como lo vemos comprobado en todas las grandes Inteligencias que pasaron por esta tierra revestidas de carne.

La igualdad en el sentir, el pensar y el querer es lo que despierta en las Almas encarnadas esa profunda simpatía con que se forman las inquebrantables alianzas de almas que persiguiendo un mismo Ideal, se siguen durante largas edades hasta llegar a la unificación perfecta con el Infinito.

¿En qué y por qué, podrá preguntar el lector, fueron Pedro y Juan los elegidos para el íntimo afecto del vehemente y tiernísimo corazón de Yhasua?

Pienso y creo de esta manera: Cuando un ser ha escalado las alturas espirituales en que se encontraba el Maestro Nazareno, está dotado de tal convicción acerca de todas las Verdades Eternas, que las ve, las comprende, las palpa, digámoslo así, como nosotros los más simples sucesos de la vida diaria. Siendo así, en esas almas necesariamente se despierta una profunda simpatía para aquellas almas que se abren de inmediato y sin esfuerzo alguno, a las verdades, convicciones y clarivisiones que ellas traen en sí mismas como parte indivisible de su misma personalidad espiritual.

Y estas cualidades las encontró el gran Maestro en Pedro y en Juan desde el momento primero en que sus almas se encontraron.

La filiación divina de Yhasua de Nazareth, o sea la encarnación del Verbo Eterno en su persona humana, fue para Pedro y Juan como para los tres sabios del Oriente, la Estrella misteriosa que les guió hasta la cuna del Cristo encarnado.

Jamás dudaron de que en Él, estuviera encarnado el Cristo, el Hombre-Luz, el Enviado Divino que los Profetas de Israel habían anunciado desde seis siglos atrás.

Cuando el Maestro les hablaba en símbolos o comparaciones y los demás oyentes se trababan en discusiones porque no podían llegar al fondo del pensamiento suyo, Pedro y Juan eran los únicos que jamás pusieron en duda ni vacilaron en aceptar lo que el Maestro había manifestado, en sus enseñanzas privadas o públicas.

—¿Cómo hemos de comprender esto? —preguntábanse todos ellos cuando el Maestro dijo un día: *“Yo soy el pan y el vino para vosotros y si no coméis de este pan y bebéis de este vino, no tendréis vida en vosotros”*.

Y Pedro y Juan calmaban las disputas y las inquietudes con la suavidad de su persuasión inquebrantable:

—Él quiere decir que: como nos es necesario el pan y el vino en nuestra mesa, así nos es necesario ÉL, como luz para nuestra senda, como fuerza para andarla con justicia y rectitud.

Y cuando en una hora de incertidumbre a causa de las luchas con los adversarios poderosos que entorpecían su camino, el Maestro preguntó a los Doce reunidos: *“¡Y vosotros! ¿Quién pensáis que soy yo?”*

Pedro saltó como una chispa de fuego:

—¡Tú eres el Cristo, Hijo de Dios vivo!

Y Juan, con más fuerza interna que de palabras, cayó de hinojos ante Él y se abrazó a sus rodillas, significación manifiesta de adoración a la Divinidad representada en Él.

De esta manera he comprendido siempre el afecto de preferencia que el Divino Maestro tuvo para Pedro y para Juan.

* * *

Y llegó la hora de las confidencias íntimas.

Sin más testigos que la sombra de los pinares rumorosos y de las olas del mar, que a veces asomaban su cresta de espumas por entre las rocas de la orilla, Juan y Pedro confidenciaban largamente sentados en un rústico banco de piedra que no era más que un pequeño dolmen labrado en las rocas de la costa.

El alma sencilla de Pedro se vaciaba confiadamente en el alma de Juan, cofre sagrado de diamante incorruptible, donde el Anciano Apóstol sabía de cierto que sus secretos caían como en el fondo de un sepulcro.

Y Juan le escuchaba con el corazón tembloroso y los ojos húmedos de llanto, conmovido hasta el extremo al saber los grandes padecimientos que su Anciano compañero había soportado durante tantos años.

—¿Sabes, Juan, lo que es nuestra santa y amada Jerusalén, reina de Sión, gloria de Israel?

“Es un criadero de lobos, de perros rabiosos, de culebras venenosas.

La sangre inocente y pura del Maestro parece haberse convertido para ella en gérmenes de lepra que va infestando todo cuanto toca.

“Las buenas almas huyeron hace tiempo a refugiarse en comarcas de gentiles y paganos, porque encuentran en ellos más nobleza de sentimientos y más pureza de costumbres que entre los hijos de Israel, apegados a los ritos y a las formas, mientras se les pudre el corazón por las ambiciones y la lubricidad.

“No sé cómo he salido con vida de aquella madriguera, Juan, no lo sé”.

—Nuestro Señor te ha salvado, Pedro, porque es necesaria tu vida a sus amigos y seguidores.

—¿Sabes lo que encontré en Antioquía y cuánto padecí en aquella gran Capital?

“Disensiones, separatismos, torcidas intenciones, juicios errados, murmuraciones y por encima de toda esta ciénaga de miseria, el nombre sacrosanto de nuestro Señor y Maestro, del cual tienen la osadía de llamarse discípulos.

“Tan solo Bernabé y Simón de Níger nos quedan, Juan, como leales amigos y compañeros nuestros, a quienes se nos tacha de ignorantes y fanáticos porque no hemos cursado estudios en Academias oficiales y no somos hombres de letras.

“Nuestra “Santa Alianza”, fundada por nuestro Señor mismo, sigue siendo Santa por dos razones, porque fue creación suya y porque son muchísimos los desposeídos que por ella tienen pan en su mesa y lumbre en el hogar.

“Algo bueno, hay, ya lo ves, Juan. Pero también en el seno de la “Santa Alianza” se siembra el desdén y la desconfianza hacia los Doce, que silenciosamente y sin alarde, ni clarinadas, vamos sembrando la doctrina que recibimos de la boca misma de nuestro Señor.

“Mientras que aquellos que no le conocieron ni oyeron, y aún fueron enemigos suyos, gritan tan alto, corren de ciudad en ciudad ostentando el nombre de apóstoles del Cristo encarnado y esparciendo a todos los vientos que nosotros, por nuestra ignorancia, no hemos comprendido su elevada enseñanza.

“Llegaron al extremo, Juan, de negarme la entrada a uno de los Oratorios, y en otro me obligaron a salir sin dejarme pronunciar ni una palabra.

“Desde ese día, Bernabé y Simón se encargaron de hacerme compañía para ahorrarme desprecios que me parten el corazón. No por mí, sino por Él, Juan, por Él que me dijo: “Tú eres Pedro y sobre ti cimentaré mi obra”.

“Y me veo así impedido de servirle a mi Señor, de piedra fundamental de su Obra grandiosa de amor que la humanidad está lejos de comprender.

“Y tengo más dolor, Juan..., mucho más dolor en mi viejo corazón de carne que a veces no quisiera latir más. Tengo el dolor de ver que aparecerán en un futuro cercano traidores a la Divina Idea de nuestro glorioso Maestro...

“Sí, Juan..., traidores, y no te espantes de esta dura afirmación mía.

“Dime, ¿no es traicionar el Ideal del Maestro el tejer leyes y mandatos nuevos, reglas nuevas, ordenanzas nuevas, como otro Deuteronomio aún más minucioso que el forjado a escoplo y martillo por el Sanhedrín judío, que traicionó el Ideal sagrado de Moisés contenido en sus simples Tablas de la Ley con sólo Diez mandamientos?

“Han comenzado por execrar el matrimonio y la maternidad como formas de vida imperfecta e incompatible con la vida espiritual.

“¿Acaso nuestro Señor y Maestro nos exigió o insinuó siquiera que nos separásemos de nuestras esposas y de nuestros hijos para seguirle?

“¿Acaso a ti, que eras soltero entre sus Doce, te aconsejó alguna vez no tomar esposa si era de tu voluntad?

—No, jamás trató conmigo ese tema, ni a favor ni en contra —respondió Juan—. Y ni sé por qué causa mezclan ese asunto en las cosas del Maestro, cuando Él no las tocó.

—Es por lo que tengo ya dicho, Juan, porque hay entre nosotros alguien que tiene la osadía de remendar la enseñanza de nuestro Señor, como si fuera una túnica raída a la cual hay que aplicarle piezas de repuesto, para tapar roturas por donde filtra el viento.

“Y como los Doce están todos ausentes y era yo sólo el que levantaba la voz para oponerse a la osadía de los traidores, contra mí se lanzaron como fieras hambrientas prontas a devorarme.

“Y muchos son ayudados por los familiares del Señor que nunca estuvieron con Él; sólo su Madre y Jaime lo acompañaron después de la muerte de su padre, el justo Yhosep, y de aquel niño santo que llamaban Yhosuelín.

“Pero la santa Madre no vive ya, y Jaime está en Nazareth y sólo vive para socorrer a los necesitados de toda esa comarca.

“Ya no vive Lázaro, ni la pequeña María, ni Hanani, ni María de Mágdalo, que todos ellos hubieran levantado la voz para defender la doctrina del Maestro.

“Felipe y Nicanor hacen cuanto pueden por mantener la enseñanza tal como nos la dio nuestro Maestro, pero el mundo es grande, Juan, y hay mucho lugar para adular la verdadera doctrina del Señor, y créeme que lo hacen con tan diabólica habilidad, que aquellos que no lo escucharon a Él, quitan y ponen lo que les viene a gusto y sabor.

“Y yo medito y saco esta conclusión: Es mucho más fácil entregarse a prácticas exteriores de fingida devoción, que arrancarse del alma las pasiones que les dominan.

“Me arrojan al rostro como un grave delito contra la Ley, el hecho de haberme sentado a la mesa de un hombre no bautizado ni circuncidado, que me brindó comida y descanso cuando volvía yo extenuado de una larga andanza a pie.

“Y hasta me arrojaron piedras cuando salía de su casa, hiriéndome en las rodillas que aún tengo vendadas y quedaron flojas para caminar...”

—¡Pedro, mi amado Pedro!... —clamó Juan abrazándose de su viejo compañero—, ¡no sigas más, por favor, que no aguanto tanto dolor!...

“Que descansa tu corazón y también el mío, y luego seguirás tu amarga confidencia si con ello se curan un tanto los padecimientos que has sufrido”.

Un silencio interrumpido a medias por los sollozos de Pedro, siguió a las exclamaciones de Juan...

El arpa de Papías se oyó trinar suavemente en el Oratorio, y ambos Apóstoles recordaron que la oración de la tarde era llegada y que sólo en ella descansaría el alma de tanta desolación.

Y la oración, fue el bálsamo divino que pedían aquellas dos almas, tan cruelmente lastimadas por las incomprendiones de sus propios hermanos de ideales. Apenas terminó la melodía del arpa, se llenó el ambiente de un efluvio de amor tan intenso que Pedro lloraba a sollozos imposibles de contener.

Había pasado tanto tiempo entre la dura escarcha de recelos y desconfianzas, de pensamientos adversos, de juicios equivocados, que aquel amor bajado de los cielos como caricia de ángeles a un oscuro calabozo, le producía la dulce emoción del día inolvidable, cuando su Maestro le preguntaba:

—“*Pedro..., ¿me amas tú más que los otros?*”

Y tan claras sintió estas palabras y tanto reconoció la voz que las pronunciaba, que sin poderse contener se puso de pie tendiendo los brazos mientras sus labios repetían con gran vehemencia:

—¡Sí, Maestro mío, tu sabes que te amo sobre todas las cosas de la tierra!”

¡Era el momento solemne!

La imagen radiante se plasmó en la penumbra silenciosa del Oratorio, y todos percibieron al Maestro que tomaba las manos tendidas de Pedro y atrayéndolo suavemente lo estrechaba sobre su pecho.

Era la comunión del alma humilde del Apóstol con el alma glorificada de su Maestro.

La emoción demasiado intensa para el Anciano, le hizo perder el conocimiento y sus rodillas temblorosas fueron doblándose, mientras la aparición se esfumaba suavemente.

Varios de los presentes acudieron a sostener a Pedro, que se dejó caer por fin entre los brazos que tan amorosamente se le brindaban.

Juan y Cleto aparecían dormidos en una quietud de estatuas.

Y el arpa de Papías continuaba vibrando, con la música de gloria usada para cantar el salmo de agradecimiento a la Bondad Divina, con que terminaban siempre las meditaciones.

* * *

Pedro amaneció como enloquecido de dicha. Se abrazaba de Juan y lloraba. Se abrazaba de Lino, de Lucanus, de Cleto, de todos cuantos se le acercaban uniéndose de corazón a él, a su dicha, a su gozo supremo, y con todos lloraba y reía... ¡Su llanto de emoción y de dicha parecía no agotarse nunca!...

—¡En este incontenible llorar desahogo todos los dolores sufridos en cuantos años tengo sobre mis huesos!... ¡Dejadme, pues, llorar, que en este llanto se desvanecen todas mis penas!”

Así repetía el Anciano cuando le hablaban de distraerse y no llorar nunca más.

Y en esta inefable unión de las almas con el Cristo y de las almas entre sí, se deslizó la vida de Pedro y Juan entre sus compañeros de retiro, en espera de que el barco-correo hiciera otro de sus viajes trimestrales para regresar a Roma.

En aquella plácida quietud quería el Anciano ejercer su viejo oficio de pescador, y un día en que la marea subió hasta un vallecito de la isla haciendo desbordar el lago que había en él, pudo satisfacer ampliamente su deseo, y era de ver su infantil alegría cuando pudo ofrecer el abundante fruto de su trabajo a la humilde mesa de sus hermanos.

—Yo seré el cocinero este día —deciales a todos, colocándose el rústico delantal de cocina para condimentar la pesca de ese día.

Y en la comida de mediodía decíale a Juan sentado a su lado.

—Dicen nuestras Sagradas Escrituras que el paraíso de Adamú y Evana era algo tan exquisito que no podía compararse con nada en este mundo; pues yo digo, Juan, que este paraíso mío sobrepasa al de aquella feliz pareja. Estoy desposado con la Divinidad misma en la augusta personalidad de nuestro Señor. ¿No es ésta la verdad más clara?

—Sí, Pedro —le contestaba Juan, en extremo feliz de ver la felicidad de su viejo compañero de apostolado—. Sí, Pedro, estás desposado con la Divinidad por tu amor al prójimo y por tu heroica paciencia que ha soportado lo que nadie más que tú podía soportar.

“Y para festejar este desposorio místico propongo que vayamos a

Éfeso si hoy o mañana viene La Gaviota como nos lo prometió su Capitán Galo”.

Todos aplaudieron la proposición de Juan, menos Pedro que guardaba silencio, mientras se dedicaba con toda su alma a colocar en los platos de sus compañeros la abundante pesca realizada por él.

Cuando volvió a su sitio en la cabecera de la mesa, dijo Pedro:

—No creo que en Éfeso encontremos nada mejor ni más grande que lo que hemos tenido aquí; pero, si vosotros lo queréis, vamos.

—De aquí a dos días regresa el barco que llevó a Judá y Nebai a la isla de Rodas y así que lleguen, se realizará el desposorio de nuestro noble protector Galo.

“¿No crees justo que asistamos a un acontecimiento que tanto significa para él?”

—¡Ah!... Eso es otra cosa. Yo ignoraba ese detalle ¡Es justo, muy justo, Juan, y muy conforme con el querer y sentir de nuestro amado Maestro y Señor!

“¿No hemos aprendido de Él a ser benévolos y complacientes con nuestro prójimo, compartiendo sus alegrías y sus pesares? Sí, sí, Juan, iremos, y yo vestiré mi túnica blanca y mi manto azul, regalo de la Santa Madre suya que quiso verme vestido en las grandes fiestas con los colores preferidos de su gran Hijo.

“Veo, Juan, que el Señor no pone término a mi paraíso...”

—Que será para todos los días que te restan de vida —le contestó Juan, entre un alegre palmoteo de manos en que la dicha de todos estallaba en esa forma.

Era el feliz aleteo de una bandada de palomas, felices sobre una cumbre plena de luz y de sol.

Sentíanse todos libres en seguimiento de un mismo sublime Ideal. Y todos pensaron en aquella frase del Divino Ungido:

“La verdad os hará libres”. “El amor os hará fuertes”.

115
LOS AMIGOS DE YHASUA EN ÉFESO

Cuando declinaba la tarde, llegó “La Gaviota” al pequeño muelle de la isla de Patmos.

Galo, su Capitán, rebosaba de dicha y de alegría. Esa misma semana celebraba sus nupcias y pensando en tan grandioso acontecimiento, traía en su velero un buen cargamento de trajes de ceremonia para todos los moradores de la isla de Patmos.

Y entonces ardió Troya para el buen Pedro, que a todo accedía menos a vestir ropajes paganos, según él decía.

—Tengo ochenta años, amiguitos míos —decía con lastimera voz—, y a esta edad, ¿queréis que vista túnica a la rodilla con bordados de hilos de plata y cinturón con piedras de mil colores?

“¡Oh!..., ini que estuviera loco!... Si sólo a ese precio puedo ir con vosotros, me quedo aquí con mis redecillas y mis anzuelos.

Juan intervino para calmar la pequeña tormenta.

—Galo, amigo mío, está en lo justo. No le violentemos más. Su edad y sus costumbres le dispensan de un cambio de ropajes. Bien está con su túnica de cachemira blanca y su manto de lana azul. Tengo empeño en presentarlo a nuestros hermanos de Éfeso como el Patriarca y jefe único de nuestras Congregaciones Cristianas. Creo que esto impondrá mayor respeto a los que empiezan a constituirse jerarcas en la obra del Maestro, al cual no conocieron ni oyeron nunca.

“Él fundó su obra y la cimentó sobre Pedro, y yo, de mi parte, haré cuanto pueda porque así sea mientras yo viva”.

El buen Galo aceptó la disposición de Juan y no se habló más del asunto. Dos días después se embarcaban todos a fin de estar en el Cabo Trogilio a la llegada del Príncipe Judá y Nebai.

Traían grandes y halagüeñas noticias. Habían visitado Cabo Salmón en la isla de Creta donde Anolino de Rodas, tío de Nebai, tenía posesiones y negocios que él en su testamento dejaba a su sobrina, verdadera dueña de lo que perteneció a su padre.

Allí dejaban establecida la “Santa Alianza” y un Oratorio-Escuela y Refugio al estilo de los que el Maestro fundara en Palestina.

En la isla de Rodas, el tío recientemente fallecido tenía una importante colonia en la cual había mineros, metalurgistas, labriegos y tejedores.

—Todo esto es tuyo, hija mía —le decía el anciano moribundo a la dulce y tierna Nebai, que no obstante lo injusto que él fue con su padre, ella lo perdonó todo y su buen corazón se desbordó de ternuras y

solicitudes para el infeliz anciano, que a la hora de la muerte reconocía su pecado de avaricia y latrocinio contra su hermano menor, cuyos grandes sufrimientos son bien conocidos del lector.

Ella daba más importancia a la consolación de aquel ser próximo a partir al mundo espiritual, que a los bienes materiales de que la dejaba dueña y poseedora única.

En su oración continua junto al lecho del moribundo, dialogaba con el dulce Yhasua de su infancia lejana.

—¡Yhasua! mi tierno compañero de la fuente de las palomas, allá en la casita de piedra..., en los valles del Tabor. Es aquella Nebai de la infancia quien te llama y te evoca en esta hora. ¡Yhasua!..., lo que tú clamaste en la hora de tu sacrificio, lo repito yo en favor de este anciano moribundo que recoge en su hora final lo que ha sembrado para su mal; no tuvo piedad ni amor para nadie, y se ve olvidado y abandonado hasta de sus hijos.

“Si yo tengo piedad de él, es porque tú me la enseñaste y de ti la aprendí y con tus mismas palabras te clamo: Yhasua, “¡perdónalo, porque no supo lo que hacía!”

“En Creta y en Rodas donde él ha pecado de egoísmo y avaricia, quedará fundada tu ”Santa Alianza” con los Oratorios, Refugios y Escuelas, como tú querías y lo hacías en tus días luminosos de Apóstol sobre la tierra!...”

Y bañado su rostro en lágrimas mientras sostenía la enflaquecida mano del enfermo que agonizaba, Nebai dobló la rubia cabeza sobre su pecho y pudo oír esta conmovedora oración:

—¡Cristo piadoso de Nebai, ten piedad de mí, que tanto he pecado en contra de tu Ley de amor!

“¡Cristo de Nebai!... ¡Cristo de Nebai, no me condenes!...”

Y con estas palabras terminó esta vida que pudo ser un largo encadenamiento de bien para innumerables seres y que fue de amor desmedido para sí mismo y olvido de cuanto le rodeaba, como no fuera levantar una inmensa fortuna para su propia complacencia.

Y mientras ella consolaba al moribundo, Judá contenía a los jornaleros enfurecidos contra el amo, que tenía la mala ocurrencia de morir sin cumplir ni una sola de las promesas que les tenía hechas: pedazos de tierra a los labriegos, retazos de montañas con vetas valiosas de piedras buenas o de metales codiciados a los mineros y metalurgistas; trozos de bosques de plátanos y cedros a los obreros de la madera.

Y Judá, con la calma serena del hombre fuerte y el alma templada al fuego ardiente del dolor, les decía:

—Tened confianza en mi palabra, que os digo por mi honor de hijo de Quintus Arrius a quien veneráis.

“Mi esposa es la única heredera de vuestro amo, y ella será para vosotros la realidad de todas las promesas que él os ha hecho y no ha cumplido”.

Mientras vociferaban insultos, agravios y execraciones en contra del amo, salió Nebai que había recibido el último suspiro del moribundo y que estaba sintiendo la tormenta de odio que rugía fuera.

—Aquí la tenéis —dijo Judá, tomando del brazo a Nebai y sacándola al pórtico de la vieja mansión que era toda una fortaleza.

¡Qué irradiación de amor derramaría su presencia, que los gritos de odio se tornaron en aclamaciones de admiración, de amor, de júbilo!

—¡Es nuestra diosa Artemisa que ha bajado al mundo a remediar nuestra miseria! —gritaban unos—, ¡Artemisa, Artemisa!..., ¡cuánto has tardado en escucharnos!

Y alegres vivas a la Artemisa de carne y hueso, de rubios cabellos y ojos color de miel que se les presentaba como una visión, aturdíen a la pobre Nebai que acababa de recibir el postrer aliento de un moribundo y que sentía en su alma el dolor de aquel ser infeliz, que en su hora postrera reconocía su vida desnuda de todo merecimiento y oprimida de cargas muy pesadas que debían abrumarle por siglos y siglos.

—Esperad a que hayamos sepultado a mi tío —les dijo, acercándose confiadamente a todos ellos—, y entonces venid, que mi esposo y yo haremos con vosotros todo cuanto no hizo vuestro amo, al cual os ruego que no maldigáis más.

“Si él no mereció vuestro amor, por lo menos que se apague vuestro odio. Yo os ayudaré a bendecir su memoria cumpliendo en su nombre todas las promesas que os hizo y un poco más todavía”.

En ese momento salió Judá con un bolso de seda lleno de monedas de oro que entre él y Nebai repartieron a los jornaleros.

—Este oro —les decía—, es sin duda fruto de vuestro trabajo y vuestro amo lo guardaba en su arca de valores, os lo devolvemos y quedaos en paz.

“De aquí a dos días venid todos tranquilos y dejaremos arreglada vuestra situación para el futuro”.

“El oro es bueno, mi Señor, para comprar la voluntad de los miserables”, decía nuestro antiguo amigo Simónides. Y aunque ellos no eran de tan bajo nivel que merezca ese nombre, el oro que vieron brillar en sus manos les devolvió la tranquilidad y unos a otros se decían:

—Gloria eterna a nuestra madre Artemisa, que nos da unos amos en nada parecidos al que acaba de morir.

Judá y Nebai, al entrar de nuevo en aquella vieja fortaleza, decían:

—¡Cuán triste es la condición humana cuando los seres ignoran todo cuanto nosotros sabemos! El pobre tío con tantas riquezas amontonadas,

pudo ser feliz hasta lo sumo haciendo la felicidad de quienes le ayudaron a enriquecerse.

“¡Y he aquí que muere cargado con su egoísmo y con todo el odio de estas gentes que sufrieron miseria y hambre por causa suya!”

Con nuestros grandes amigos Judá y Nebai, volvemos a Éfeso donde les esperaban ambos apóstoles con sus compañeros y el buen Capitán Galo, en su señorial mansión engalanada para sus bodas.

—¿Qué hicieron mis misioneros en Rodas y Creta? —Fue la primera pregunta de Pedro después de recibir el beso filial de aquellos dos amados hijos de su alma, que no obstante su elevada posición y su gran fortuna, seguían tan modestos y sencillos como siempre les había conocido.

Y les fue necesario referirle con todos los detalles cuanto hicieron en los cuarenta y dos días pasados en aquellas islas.

El nombre de Quintus Arrius era amado en todas las islas del Egeo y la costa norte del mediterráneo, y ese nombre les había abierto todas las puertas y facilitado el éxito en sus trabajos de misioneros de Cristo.

A más, en todas esas comarcas existían hijos de Israel con sus comercios y sus Sinagogas, en las cuales ya se tenía noticia del gran Profeta que el Sanhedrín judío había sacrificado, porque iluminó al pueblo con la Verdad Divina, que hace libres y felices a todos los seres que se abrazan con ella.

También el nombre del buen Simónides como un modelo del comerciante honrado, rodeó a su nieta Nebai de una aureola de simpatía y afable acogida en todos los ambientes.

La escogida flota marítima del Príncipe Ithamar de Jerusalén, padre de Judá, regentada últimamente por el comerciante Simónides de Antioquía, eran temas bastante conocidos en los principales puertos y en los grandes comercios.

Todas estas circunstancias debió Judá referir al anciano Apóstol para dar tranquilidad a su conciencia; y cuando todo lo hubo escuchado atentamente, decía:

—¡Muy bien, hijo mío..., muy bien! Te he molestado con tantas averiguaciones porque quiero responder con justicia perfecta a lo que nuestro Señor quiso hacer de mí.

“Tú eres Pedro, que significa piedra y sobre ella dejo cimentada mi obra”.

“Cuando recuerdo esto, me estremezco hasta el fondo de mis entrañas. —Y seguía repitiendo como el eco de su tenaz pensamiento—: Tres Oratorios con Escuela-Refugio en Creta. Cinco Oratorios y una Escuela-Refugio y Taller en Rodas...”

“¡Oh, mi amado Señor! ¡En todas partes se levanta tu nombre y resplandece tu gloria como un sol al mediodía!

Y se quedaba extático mirando al cenit como si en realidad percibiera al glorificado Maestro que llenaba de ansiedades divinas su viejo corazón.

Dos días después celebraban las bodas del joven Capitán Galo con su prima Lucina, bendecidos por el Anciano Apóstol Pedro y actuando como padrinos Judá y Nebai, Juan y la madre de la desposada.

Los solitarios de la isla de Patmos hicieron florecer de bendiciones al recién formado hogar, que más adelante fue el amoroso nido de grandes amigos de Yhasua de Nazareth.

—Ha llegado mi turno —dijo el Apóstol Juan a sus compañeros, cuando se apagaron los rumores y melodías de la gran celebración nupcial.

—¿Turno de qué? —le preguntaban los demás.

—Ahora lo veréis. Cuando nuestro amado Pedro se retire a descansar después de la cena, todos nosotros, con Galo, Judá y Nebai, haremos una secreta Asamblea.

—¿Sin el Apóstol Pedro? —preguntaban todos asombrados.

—Justamente, es él quien debe ignorarlo.

Y a la noche tercera después de las bodas y cuando todos dormían en la señorial mansión, se reunieron en el Oratorio, Juan con sus nueve compañeros, Judá, Nebai, Galo con su esposa y su madre. Y a puertas cerradas deliberaron algo de capital importancia para la Cristiandad, que ya se extendía hasta lejanas comarcas del mundo civilizado de entonces.

Era a puerta cerrada. Nadie lo supo, pero la Luz Eterna poseyó el secreto.

Ella es la Maga Divina que todo lo ve. Y si tú y yo, lector amigo, nos acercamos a Ella con fe y amor, nos lo revelará tal como ella lo recogió con su mirada mágica y fiel, que no engaña nunca...

Era la hora tercera de la noche, según se contaba entonces.

Una espléndida luna llena se levantaba al cenit, cuando Juan cerró la puerta del Oratorio y se guardó la llave en el bolsillo interior de su túnica. Luego abrió el gran ventanal que miraba al mar, sobre cuya serena calma tendía la luna un amplio velo de plata.

Y tomándose de los gruesos barrotes de hierro que la enrejaban exclamó: —Sólo tú, astro sereno de la noche, puedes penetrar en este sagrado recinto y ser testigo de nuestras palabras —se volvió hacia todos los que le rodeaban y les dijo—:

“Veo que os asombran mis precauciones, de las cuales sugerís que tiene mucha gravedad lo que aquí hemos de tratar.

“En verdad es así, hermanos míos, y antes de comenzar esta Asamblea os pido a todos una promesa solemne que también yo haré con vosotros:

“Cristo Ungido de Dios, Verbo Eterno que nos guías a tu Reino y serás un día el juez de nuestras acciones, recibe con amor la promesa solemne que, reunidos en tu presencia, te hacemos, movidos por las necesidades de la hora presente, por tu amor, por tu Nombre, y por la gloriosa continuación de tu Obra de redención humana. Guardaremos celosamente el secreto de cuantas resoluciones tomemos, en esta hora crucial de tu Cristiandad, apenas nacida y ya amenazada de muerte. Mira, Señor, al fondo de nuestros corazones y allí encontraréis grabadas a fuego estas palabras:

“Fidelidad eterna al Pensamiento Divino del Verbo de Dios”.

Cuando esta plegaria, que era una promesa solemne, fue repetida por cada uno de los presentes, Juan la repitió casi llorando al final, y luego dijo: —Lucanus, en tu calidad de Notario de nuestro padre común, Pedro de Galilea, primer Apóstol de nuestro Señor el Cristo, haz el favor de tomar nota de cuanto aquí se resuelva, y aquí tienes el original de la promesa que hemos hecho al Maestro para que aparezca en el Acta que has de escribir. —Y entregó a Lucanus una hoja de pergamino—.

“Sentaos, hermanos y que sea nuestro Maestro el inspirador de cuanto resolvamos en su Nombre”.

Un silencio solemne y profundo ponía vibraciones casi de pavor en todos los ánimos.

Sentíanse todos como ante un augusto tribunal, en presencia del cual, todo debía ser grande, justo y bueno.

Nadie habló palabra y Juan continuó:

—Vosotros conocéis bien el camino por donde nuestro Señor y Maestro ha querido conducirme y conducirnos a todos vosotros juntamente conmigo. Vosotros conocéis el misterio de las Voces que me hablan en el silencio de la meditación, y sabéis que esas Voces no han mentado nunca y que cuanto ellas han dicho se ha cumplido.

“Siete días antes de la llegada de Pedro a nuestro lado, esas Voces comenzaron a relatarme cuanto está pasando en el seno de la Cristianidad, y uso este nombre por primera vez, para unir con él a todas las Agrupaciones fundadas por los amigos de Yhasua de Nazareth que, hasta hoy, permanecemos fieles a sus designios referentes a la Obra que fundó sobre la tierra.

“Más tarde, las referencias que me ha hecho Pedro, confirman cuanto las Voces me habían revelado.

“Y es, después de haber recibido esta confirmación, que he comprendido la necesidad de tomar medidas que eviten males mayores.

“Últimamente he tenido anuncios de que en Roma hay una especie de confabulación que declara a Pedro inapto por su ancianidad y falta de estudios académicos, para ocupar el alto puesto en que nuestro Señor le

puso. Le acusan de debilidad y excesiva complacencia para con todos, y lo atribuyen a sus muchos años y a su escaso conocimiento de la sociedad humana de la actualidad, en las grandes capitales del mundo.

“Las Voces me han dado los nombres de los que forman ese Consejo secreto: Manahen de Cesarea, de la Congregación de Antioquía y que lleva dos años en Roma; Judas Beerseba de Sidón, Silas de Jerusalén, Timoteo de Listra, Aquila de Bitina, Justo de Macedonia y Crispo de Corinto. Estos son los iniciadores, pero a ellos se van uniendo en secreto muchos más, cuyos nombres ignoro porque las Voces no me los dieron.

“De todos los nombrados, sólo conozco personalmente a Manahen de Cesarea, porque estuvo algún tiempo al servicio de Herodes Antipas en Tiberias, del cual se apartó porque cayó en desgracia con Herodías, y amenazado de muerte por ella, huyó a Antioquía, y cuando acompañé a Pedro en uno de sus viajes, allí le encontré con Bernabé y Simón de Níger fundadores de esa Congregación.

“Este Consejo secreto quiere levantar a Saulo de Tarso al lugar ocupado por nuestro padre Pedro, que nuestro Señor dejó como fundamento de su Obra; pero el secreto ese no ha sido fielmente guardado por todos, y de esto resulta que elementos disolventes y separatistas, puestos quizá inconscientemente al servicio de los malos espíritus obsesores, llegan a incubar la idea del delito de hacer denuncia en contra de Pedro, cuyo poder de curar enfermos incurables para la ciencia lo coloca entre los cultivadores de la Magia que, según las leyes de los Templos Oficiales, sólo allí hablan verdad los oráculos de las Pitonisas.

“La vida de nuestro Pedro está, pues, en grave peligro. Yo así lo veo y lo creo. Os ruego que habléis ahora vosotros y entre todos resolveremos lo que sea justo hacer.

Un hondo silencio que delataba indignación y estupor se mantuvo por unos momentos. Luego, habló Galo:

—Soy el último entre vosotros —dijo, no del todo sereno—, pero declaro estar en todo y por todo en acuerdo con el pensamiento del Apóstol Juan.

—Y yo... Y yo... Y yo... —fueron repitiendo todos, comenzando por Cleto, Lino, Papías, Lucanus, Policarpo y todos por fin.

—Bien —dijo Juan—, os doy las gracias a todos. El perfecto acuerdo es la base fundamental de cuanto hemos de resolver.

“Ahora conviene que cada cual exprese lo que debemos hacer para evitar la anulación de lo que nuestro Señor y Maestro, el Cristo Verbo de Dios, dejó resuelto y fundamentado con el derecho pleno y la soberana voluntad de Ungido, Mesías y Fundador de su Obra de liberación humana.

—La indignación me ha hecho callar hasta este momento —expresó

Judá-, y algunos rumores me habían llegado, a los cuales no presté atención por su misma ruindad y vileza. Pero pienso como tú, Juan, y tanto Nebai como yo, estamos a tu lado, bien lo sabes. Por mí, ni una paja del suelo ha de moverse en contra de lo que nuestro Yhasua dejó hecho y ordenado.

—En cuanto a mí —expuso Cleto—, el Señor me ha hecho ver en sueño todo cuanto ha expuesto nuestro Maestro Juan, y si hasta hoy no lo dije, fue por temor de que fueran sugerencias de malos genios para turbar la paz de mi alma.

Los hermanos que habían venido de Roma, aseguraron estar algo al tanto de los desacuerdos que promovían los compañeros de Saulo, cuyo título de Doctor de la Ley, emitido por el Gran Colegio de Jerusalén, les parecía más que suficiente para levantarlo a un nivel muy superior a todos los demás discípulos del Cristo Ungido de Dios.

Pero nunca pensaron que esos acuerdos llegaran al extremo de pretender anular la autoridad que dio el Maestro al Apóstol Pedro”.

Después de largas consideraciones y minuciosa búsqueda de los mejores medios de remediar el mal, antes de que causara mayores daños, resolvieron entre todos retener a Pedro en Patmos y enviar con Judá a Lino, que era el de mayor edad entre ellos y el que más vinculado estaba con todas las Agrupaciones de Roma.

Era, además, cuñado del Prefecto encargado del orden en la gran Capital, lo cual le daría cierto ascendiente para servir de protección en caso necesario. Por este medio, Lino había salvado a muchos hermanos que llevados de un celo imprudente, divulgaban su Ideal cristiano entre seres que estaban muy lejos de poder comprenderlos.

Denigrar a los dioses ante fanáticos admiradores suyos, era provocar reacciones violentas, que seguramente iban a terminar en las arenas del Circo Máximo, a merced de las fieras.

Debemos reconocer que, entre los adeptos de la primera hora, hubo celo indiscreto y exagerado, a causa de que se levantó a la altura de heroísmo el hecho de entregarse a una propaganda estéril, de un Ideal tan sublime y elevado entre un populacho envilecido por la corrupción más espantosa, hasta el punto de gozar como placentera diversión, cuando las fieras hambrientas despedazaban en el Circo a los reos condenados a muerte.

La voz de Pedro y todos los suyos no era escuchada por todos, cuando les aconsejaban no exponer inútilmente la vida que les era necesaria para sembrar discretamente la buena simiente, siguiendo el consejo del Divino Maestro que decía: *“No deis margaritas a los puercos, que las pisotean entre el fango de su pocilga”*. *“No arrojéis perlas a las bestias del campo que sólo quieren el pasto para alimento”*.

La vanidad de ser héroes, de parlamentar en los Tribunales y convencer a los altos gobernantes de los pueblos conquistándose así el Reino de Dios y un nombre glorioso entre los seguidores del Cristo, llevó a muchos seres a la muerte y se perdieron en verdad preciosas vidas jóvenes, que pudieron prodigar grandes bienes a la causa que defendían.

Como sostenían los Ancianos: Pedro, Simónides, José de Arimathea y con ellos, todos los que tenían la experiencia de los años, no era muriendo prematuramente como divulgarían el Ideal de amor fraterno enseñado por el Cristo, sino viviendo una vida conforme a su Ley.

Ya lo dijo Él: *“En el amor que os tengáis los unos a los otros conocerá el mundo que sois discípulos míos”*.

Todas estas consideraciones fueron tratadas en la secreta Asamblea realizada en Éfeso en la mansión del Capitán Galo y a puertas cerradas.

—Mi nombre de Quintus Arrius —expuso Judá—, está sirviendo de escudo defensivo para nuestras Congregaciones que al exterior aparecen como Instituciones de beneficencia para cuantos necesiten socorros. Pero he de confesar que algunos encargados de la distribución de alimentos y ropas, los niegan si algunos de los que piden son devotos de los dioses y no aceptan el bautismo como iniciación purificadora, antes prefieren ofrecer sacrificios a los dioses que les son benéficos según ellos.

“De esto han resultado las denuncias que llevaron a la muerte a varios de nuestras filas.

—En verdad —añadió Nebai—, nosotras las mujeres, hemos formado como una Liga de protección, procurando hacer comprender a nuestros adeptos que esa intolerancia da resultados negativos, porque aquellos a quienes les niegan socorro por no querer apartarse de cultos idólatras, se retiran tan irritados, que se vuelven enemigos nuestros, de los cuales sólo venganza y odio se puede esperar.

—Esa Liga protectora —añadió la suegra de Galo—, vamos a formarla en Éfeso, pues ya comenzamos a tropezar con los mismos inconvenientes que ha expuesto nuestra hermana Nebai. Y en nuestra ciudad y en todo el país hay un gran fanatismo del culto a Diana, a la que todos, ricos y pobres, le ofrecen sacrificios y votos con tal abundancia, que su templo aparece como un museo de riquezas y objetos de toda especie. Hay mujeres que se despojan hasta de una hermosa cabellera que dejan prendida a los altares de Diana.

Por fin habló Lino, a quien le dolía mucho dejar la hermosa soledad de Patmos para volver al laberinto de Roma.

—Lo siento mucho, es verdad, pero si ha de ser para salvar la vida de nuestro amado Padre Pedro, disponed de este discípulo del Señor, como lo creáis conveniente. Sólo me atrevo a pedirlos que me deis por compañero a Cleto, aquí presente, y en el cual encuentro tanta afinidad

y tanta Luz Divina, que teniéndolo conmigo, me sentiré más seguro de mí mismo entre las tormentas que nos amenazan”.

Todas las miradas se volvieron al humilde Cleto, que seguramente no esperaba ser necesario a nadie.

—Yo voy a donde nuestro Maestro Juan me mande, aunque sea al final del mundo —dijo resueltamente.

—Por salvar al Padre Pedro, iríamos todos —dijo Papías.

—¡Sí... Sí..., todos! —se oyeron muchas voces a la vez.

Juan dijo las últimas palabras, después de un silencio que tenía aspectos de meditación.

—Con Lino y Cleto al lado de Judá y Nebai en Roma, pienso que protegemos la vida de Pedro y de la Obra de amor de nuestro Señor el Cristo. Yo me encargo de convencer a Pedro”.

Después de una breve acción de gracias al Cristo Invisible, que todos sentían presente, terminó aquella secreta Asamblea con estas palabras:

—*“Cuando estáis reunidos en mi Nombre, Yo estoy en medio de vosotros”.*

Todos las sintieron en lo hondo de sí mismos y cayeron de hinojos en el pavimento exclamando a una vez: —¡Maestro!... ¡Yhasua!... ¡Señor Nuestro!...

—¡Que su Paz y su Amor sea siempre con nosotros! —exclamó Juan y abrió la puerta que él mismo había cerrado.

116

LA PIEDRA DE CRISTO

Tres días después pensaban regresar a su retiro los solitarios de la isla de Patmos, con Pedro, Judá, Nebai y Lucanus.

Pedro debía visitar los Oratorios, Refugios y el local de la “Santa Alianza” en Éfeso. Y así lo hizo.

Su facultad de sanar las más rebeldes enfermedades le atrajo el reverente amor de todas aquellas gentes, en tal forma que en los patios, terrazas y huertos de la gran Casa madre de aquella ciudad, no cabían ya los que buscaban al Anciano extranjero, curador de todas las dolencias que la ciencia había declarado incurables. Y como de ordinario en este mundo, hasta de los bienes extrae males la humanidad, los curados no podían callar y de oído a oído corrió la voz del hombre prodigioso, que de lejanos países había llegado a Éfeso como una bendición de los dioses.

En el barrio Norte de la ciudad, había también otras agrupaciones Cristianas que no fueron fundadas por el Apóstol Juan, sino por Saulo de Tarso, a quien más tarde se lo llamó Pablo.

El egoísmo humano encuentra siempre el modo de aparecer en condiciones superiores a los demás, y fue así como los de las Agrupaciones de Saulo se veían muy por encima de sus hermanos de las Agrupaciones fundadas por Juan.

—Nuestro Maestro fundador es un doctor de la Ley que ha visitado las mejores Casas de Estudio de Palestina, Italia y Grecia —decían los más ignorantes y vanidosos, al hacer la propaganda de su Congregación.

—El fundador de las Escuelas del barrio Sur —añadían— es un hombre bueno, pero es de humilde origen, fue pescador en su país y no asistió a ninguna Academia.

En este estado de leve antagonismo se encontraban las Congregaciones Cristianas de Éfeso, sin que Juan diera mayor importancia a tales rumores. Quienes sufrían mayores mortificaciones eran Galo, su familia y los que pertenecían a las Congregaciones, así disminuidas de su valor y condiciones.

Pero cuando comenzaron las grandes curaciones realizadas por Pedro, los conceptos sufrieron un cambio notable.

Y el leve antagonismo se tornó aversión y lucha declarada. Si no hubiera sido por Judá que hizo valer su filiación de Quintus Arrius y la intervención del Tribuno Cayo Lucio que gobernaba la ciudad y era uno de los antiguos oficiales de la Itálica y compañero de Judá, los adeptos de las Agrupaciones fundadas por Juan, lo hubieran pasado bastante mal.

¿Cómo podían soportar los saulistas que los juanistas poseyeran algo superior a ellos que siempre estuvieron en lo más alto?

Los que sufrían enfermedades incurables no escuchaban estas razones. Lo primero y más importante para ellos era curarse. Y si de las humildes Escuelas del pescador, como decían, salían libres de lepra, de cáncer, de parálisis, de tuberculosis, etc, ¿qué les importaba que el fundador fuera pescador o doctor, ni aún que fuera un rey? Acudían en muchedumbre para ser curados, y aún querían quedarse formando parte de las Congregaciones en que habían recibido el don de la salud y de la vida.

El amor casi infinito de los dos Apóstoles del Cristo suavizó la aspereza de aquella contienda, muy comprensible entre seres de escasa evolución espiritual y moral.

El Capitán Galo con Quintus Arrius se presentaron a las Congregaciones del Norte (las fundadas por Saulo), y hablando con sus dirigentes obtuvieron la aceptación de que el médico extranjero fuera a sus locales y curase a los enfermos que lo desearan, sin tener que trasladarse a las Congregaciones del barrio Sur.

Esta discreta medida, calmó el ánimo de los más exaltados y la tormenta fue conjurada al exterior; pero quedó en las almas el antagonismo,

porque descubierta la injusticia, dio por resultado que en el barrio Sur fue necesario establecer tres Congregaciones más, formadas con los enfermos curados, que por gratitud y acaso previniéndose para el futuro, quisieron a toda costa quedar entre “los pescadores” como dieron en llamar a los que se inclinaron hacia Pedro y Juan.

Difícilmente pueden ser curados de raíz estos antagonismos entre idealistas de sentimientos mezquinos y pobres, porque el *“Amor que salva todos los abismos” no puede vivir entre los cultores de “lo tuyo y lo mío”*.

Tú me comprendes, lector amigo, en mis sencillas parábolas, porque me vienes siguiendo en la lectura.

El saberme comprendido por ti, es el mejor galardón que puedo esperar. La noche última que nuestros amigos pasaron en la ciudad de Éfeso, Juan y Pedro apartados en el Oratorio, quisieron hacer una meditación a solas con el Maestro, decían ellos.

Fue Juan el que invitó, porque deseaba convencer a su amigo de quedar por más tiempo en la soledad y retiro de la isla de Patmos.

Doloridos y hondamente lastimados por las decepciones que habían sufrido, fácilmente buscaron sus almas el suave consuelo de los encuentros sublimes...

El alma glorificada del amado Maestro les esperaba sin duda para curar sus heridas y fortalecer sus cansancios..., sus desolaciones.

¡Cuán dulce y suave es esta esperanza!

¡Y para Pedro y Juan fue ampliamente confirmado!

La Divina Presencia no tardó en hacerse sentir intensa y tiernísima. Y ambos dijeron a media voz las mismas palabras:

—El Maestro está aquí y nos llama.

—¡Bendito seas, Señor, que acudes a consolar a tus siervos! —exclamó Pedro llorando de emoción.

Juan cayó en hipnosis y quedó inmóvil como un dormido. La Divina aparición no se hizo esperar.

El bien amado Señor estaba frente a Pedro, y tomándole la cabeza con ambas manos le miraba a los ojos y le decía:

—¡Pedro!..., imi piedra fundamental!... ¡Eres una piedra que siente y ama! Por eso estoy a tu lado. ¡Por eso hice mi morada en tu corazón para siempre!

“¡Pedro!... ¿Me amas tú más que los otros?”

—¡Mi Señor!... Siempre me preguntas así ¿Es que dudas de que yo te ame porque te negué cobardemente en la hora de tu sacrificio?

—Ya no recuerdo ese detalle. Si te repito esa pregunta, es por el gozo de oírte confesar tu amor eterno al Hijo de Dios.

—¡Gracias, Maestro, mi Señor! Háblame, que tu siervo escucha dispuesto a obedecer lo que mandes.

—*Un día mi voz te dijo: “Quiero que vayas a Roma donde hay almas que son mías y has de fortificarlas en su fe y ellas han de reconocerte como mi piedra fundamental”. Tú me obedeciste y el Calvario que allí te esperaba, fue más largo que el mío: fue tortura de crucifixión para tu alma, que ha soportado con sereno valor.*

—*Ahora mi voz te dice: No quiero que vuelvas a Roma, porque has merecido que el Reino de Dios comience en la tierra para ti. Pocos son los días que aún andarás revestido de carne y has de pasarlos al lado de Juan, para recibir juntos mis legados para el futuro”.*

—*¡Señor! Tu voluntad es la mía, mas, ¿quién será el que haya de cargar con esa cruz y subir a ese Calvario? —Y Pedro al preguntar así pensaba en Marcos, que estaba en Roma desde el año anterior.*

Pero vio de pronto y a los pies del Maestro, dos seres transparentes que flotaban entre nubecillas de gasas azuladas. Eran Cleto y Lino, los que se habían conquistado su fe, su amor y su plena confianza. La visión del Cristo, ponía sus manos sobre aquellas cabezas inclinadas y todo aquel cielo de luz se esfumó en la penumbra del silencioso recinto.

Juan se despertó y su alarma fue grande al ver a Pedro doblado con su rostro en tierra y sollozando intensamente.

—*¡Pedro! —le dijo—, ¿por qué lloras? ¿Qué ha pasado aquí?*

—*¡El Maestro estuvo aquí y me habló, Juan!... Algo grande y acaso muy terrible se acerca. El Señor me manda quedar a tu lado y no volver a Roma. ¿Qué sucederá?*

—*Gracias al Maestro, Pedro, porque también yo quería eso mismo para que no suceda lo que nuestros adversarios quieren.*

—*¿Qué es lo que quieren?*

—*Acabar con tu vida antes de la hora marcada por tu ley.*

—*No es una novedad para mí y aquí tienes la prueba. —Y Pedro sacó de su bolsillo interior una hoja de pergamino muy doblada entre una petaquita de piel y la entregó a Juan; leamos con él—:*

—*“Yo, Pedro de Galilea, hijo de Simón Barjonne y de Susana de Jericó, declaro que quiero vivir y morir siguiendo las huellas de mi Señor y Maestro, Yhasua de Nazareth, personificación del Cristo, Hijo de Dios, Mesías anunciado por nuestros Profetas. Sé que estoy denunciado a los templos como mago auxiliar de los malos espíritus y espero la muerte de un momento a otro.*

—*“Por si acaso los tormentos a que sea sometido me roban el conocimiento, pido a mis hermanos encargados de acabar con mi vida, que sea yo puesto en un madero en cruz, tal como lo fue mi Maestro, pero con la cabeza tocando la tierra. No debe morir el siervo de igual manera que su Señor.*

—*“Perdono de corazón a los que no me quieren, y a todos los que me*

aman les bendigo rogándoles conservar el legado del Maestro tal como lo hemos recibido de su boca.

*“Alabado sea Dios y su bendito Hijo, el Cristo
“Pedro de Galilea”.*

* * *

Seis días después, Judá con Nebai, Cleto y Lino tomaban el barco-correo, que desde el Cabo Trogilio seguiría viaje hasta la Capital del Imperio.

Todos les vieron partir con pena, no obstante de oír el consolador *“hasta pronto”* que oyeron en la despedida.

Todos se volvieron a encontrar en la tierra, menos Pedro, que fue llamado al Reino de Dios el mismo día aniversario de la muerte de su Maestro, veintiocho de Marzo del año sesenta y siete. Había velado por la Hermandad Cristiana todo el tiempo transcurrido desde la primera Asamblea en la casa de Nazareth, en la que fue obligado a ocupar el sitio de Cristo a la derecha del altar hogareño, donde la estrella maga de las grandes anunciaciones, brillaba con radiante claridad.

La oportunidad de la circunstancia me llevó a relatar este acontecimiento anticipadamente, pero aún nos falta conocer algo más, de las intimidades espirituales de estos dos fieles amigos de Yhasua de Nazareth.

117

EL ÁGUILA SOLITARIA

—¡Cuán solos nos vamos quedando, Juan! —exclamaba Pedro en una apacible tarde en que ambos dialogaban o escribían o leían viejas escrituras que Lucanus iba traduciendo de muertas lenguas del pasado remoto, a las más usuales de esa época.

El sol se escondía lentamente detrás de los pinares que rodeaban la cabaña, y sólo un espacio sobre el mar les permitía contemplar la dorada niebla que el ocaso extendía sobre las aguas tranquilas. Era, pues, la hora de los pensamientos grandes, profundos, que muchas veces quedan sin respuesta por no poder ver más allá de ellos...

—En verdad escasean a nuestro lado los seres de carne y hueso, pero no los otros..., esos que sólo nos traen flores divinas de paz, de consuelo, de esperanza y de amor. No podemos quejarnos.

—Sí, es verdad y tienes mucha razón, pero hay en mi corazón una espina que me lastima mucho. Hago esfuerzos y no la puedo arrancar.

—¡Una espina, Pedro!..., ¿tú que casi perdiste la vida en servicio de nuestro Señor y al cuidado de los que Él te dejó?

—¡Justamente por eso!... ¿No será negarle de nuevo el haberme quedado en esta placentera soledad, huyendo de las tormentas de Roma?

—Recuerda que Él mismo te dijo: “No quiero que vuelvas a Roma”, como años atrás te dijo también: “Quiero que vayas a Roma”.

“¿No es esto pura verdad?”

—Es verdad, mas dime, ¿qué será lo que nuestro Maestro quiere de nosotros dos, en este apartamento de todos sus amigos que andan por el mundo?

“Nuestros compañeros de apostolado se lanzaron en medio del mundo y soportan valerosamente todas las incomprendiones, las ignorancias, las pretensiones estúpidas, las intenciones torcidas y malignas de unos y otros, y ¿qué dirán cuando sepan que tú, el más joven, y yo, el más viejo, nos hemos llamado a sosiego en este paraíso terrestre que es como un retazo de cielo entre el turbión de las maldades humanas?”

—Hace algún tiempo que dejó de preocuparme *“el qué dirán”*, desde un día que en una meditación interrumpida por una maraña de pensamientos torturadores, la Voz me dijo con cierta severidad muy justificada:

“Si has de dar cabida en ti al qué dirán, debías haber comenzado por no aceptar el ser un Apóstol a mi lado. Cuando llegó la hora de enfrentarme con el mundo, ¿me viste alguna vez vacilar en la continuación del camino elegido?”

—¡Nunca!... —afirmó Pedro.

—¡Es verdad!... ¡Nunca, jamás! —añadió Juan—. Y tornando a examinar la espina que te punza, dime, ¿qué ganaría nuestra causa si nuestros adversarios te llevaran a la muerte con la acusación de mago que está al servicio del mal?

“¿Qué ganaría con sacarte del puesto en que te dejó el Maestro con la acusación de ignorancia e incapacidad?”

“Ambas acusaciones, de rechazo, se reflejarían sobre nuestro Maestro, el Cristo, Verbo de Dios, suprema Sabiduría, Luz de este mundo, Portavoz de la Eterna Verdad.

“El qué dirán, que entonces se soltaría como un huracán arrollándolo todo, sería de afrenta contra Él; sí, Pedro, contra Él, porque sería un buen argumento para calificarlo de ciego que guía a otros ciegos, colocando al frente de su Obra a un hombre que se entrega a prácticas de mala magia para conquistar renombre, a un hombre tachado de ignorancia y de incapacidad por falta de escuela, y todo esto repetido por seguidores del Cristo Ungido de Dios. ¿No lo crees tú así?”

—Acaso tengas razón, Juan. Tú tienes más Luz Divina que yo. Por

mí, poco me importa lo que digan, pero que trascienda hasta Él... ¡Oh, eso no!..., ideo no!

—Entonces, saquemos esa espina de tu corazón, a fin de que podamos comprender por qué y para qué el Señor nos trajo a esta soledad a ti y a mí.

—Ya me la saco, Juan, si hemos de comprender así los designios del Señor.

—¿Recuerdas que Él lo decía? *“Mi voz no la escucharéis entre el turbión y los tumultos, entre las inquietudes y las tormentas. Mi voz es el canto del ruiseñor en las noches tranquilas en que ningún alboroto exterior ni de vuestro interior, turbe la quietud de vuestra mente y de vuestro corazón”*.

—Entonces... —Pedro pensó unos momentos—. Yo en mi alcoba y tú en la tuya esperemos esta noche la Voz del Señor”.

Y esa noche y al mismo tiempo, cuando Pedro y Juan oraban en sus alcobas silenciosas, la Presencia Divina se hizo sentir intensa, viva, resplandeciente, plena de luz, de paz y de ternura infinita.

Una gloriosa trilogía que excedía en bellezas a cuanto puede esperarse en este plano, trasladó a planos superiores a aquellas dos almas que lo habían abandonado todo siguiendo la voz del Cristo que moraba en ellos.

Yhasua el Cristo, su Madre, el justo Yhosep, y en pos de ellos una multitud radiante de almas purificadas por el amor, por el dolor, por la unión a la Divinidad.

Tal fue la intensidad del gozo espiritual, tal la sensación de dicha suprema y la intensa iluminación de la mente, que ambos creyeron que habían abandonado la materia, el plano terrestre, y que, libres de las miserias de este mundo, eran también moradores del Reino de Dios.

—*“Paz y Amor mis amados”*—dijoles el Maestro—. *“Aún sois seres de la tierra y vuestra cárcel de carne está con vosotros.*

“Unos momentos robados a las leyes que rigen la materia para que sintáis la grandeza del Reino de Dios, es el galardón de vuestro Maestro por vuestra inquebrantable fidelidad a mi pensamiento, a mi palabra, a la Verdad de Dios que ella os anunció siempre”.

Ambos Apóstoles veían sus cuerpos inmóviles en el estrado de sus alcobas y separados uno del otro, mientras en el radiante escenario celestial se veían unidos uno junto al otro y ambos, ante aquel maravilloso campo azul y oro, poblado de seres que les envolvían en infinita suavidad.

Formaban una Legión y todos eran sus amigos, sus hermanos y compañeros que aunaban anhelos y esfuerzos para el triunfo del amor universal, ley suprema de todos los mundos.

—*“Os he traído a esta soledad*—continuó la voz amorosa del Maestro—, *para que ambos, en perfecto acuerdo, escribáis mi voluntad en epístolas que enviaréis a cada uno de mis Doce, sin olvidar a Judas, que será en*

un futuro cercano al tiempo final, el auxiliar encarnado del guía de los países de los hielos eternos.

“Porque cada uno de mis Doce será un día conductor de una humanidad, y en mis días de hombre terrestre les dejé preparados para ello.

“Tus días de dolor en la Tierra están señalados por la Ley, Pedro, en tus manos, y porque has merecido el descanso, mi corazón te lo da. Y a ti, Juan te falta padecer aún el destierro en compensación a los años que olvidaste tu deber de Apóstol mío, agobiado por tu corazón de carne que me amaba desmedidamente”.

El abrazo del Cristo, de su Madre, de Yhosep, y de muchos de aquéllos espíritus testigos de esta escena de divina iniciación al Reino de Dios, fue para los dos encarnados el olvido completo de todo cuanto ocurriera en sus vidas en el pasado y en el presente. No existía más que el momento supremo de unión íntima con lo Infinito, verdadero y real.

Cuando despertaron a la vida de los sentidos, ambos se buscaron uno al otro. Y cada cual se encontraba solo.

¿Era un sueño o una realidad? Es tan fugaz y escasa la dicha en la tierra, que cuando el alma siente la felicidad verdadera de un plano de luz, lo califica de sueño porque sus pobres sentidos físicos no conocen más que los mezquinos goces terrestres que son casi siempre ¡polvo, ceniza, nada! ¡Pulvis! ¡Cinis! ¡Nihil!; diría un filósofo estoico de aquella hora.

* * *

Al siguiente día Pedro, grandemente extrañado de sí mismo, pedía a Juan una carpeta en blanco para escribir.

—He de escribir según el mandato de mi Señor, Juan..., he de escribir yo que hace tanto que no escribo para nadie.

—Él manda y nosotros obedecemos —le contestaba Juan, y le daba la carpeta pedida.

Y la Luz Eterna nos permite ver al Anciano Apóstol con su cabeza blanca doblada sobre la mesa, escribiendo y pensando.

Antes de cada párrafo, le vemos orar..., meditar..., escuchar.

Y luego escribir apresuradamente como si temiera que se borrara de su horizonte mental lo que debía escribir:

—I—

“Pedro, Apóstol del Cristo, Hijo de Dios, a los hermanos extranjeros, esparcidos en Ponto, en Galacia, en Capadocia, en Armenia, Bitinia, Persia, y el Indo, bendición y paz os sean multiplicadas.

“Elegidos fuisteis por la Voluntad Divina para formar en las filas de los amigos y discípulos de nuestro Señor el Cristo, para obedecer su ley y ser purificados por ella.

“Bendigamos a Dios, Padre nuestro, que en su grande misericordia,

nos dio como esperanza viva a su bendito Hijo, para que en Él y por Él resucitemos a la Vida Eterna, que nos hace herederos de una herencia incorruptible, reservada en los cielos que son su Reino y su gloria.

“Felices nosotros que somos guardados en la Bondad de Dios por la fe, para alcanzar la salud, la luz y la dicha que nos serán manifestadas en el tiempo final.

“Alegraos en unión nuestra, aun cuando afligidos y conturbados por diversas causas en el presente; que acaso sea necesario para prueba de nuestra fe, honra y gloria de Aquel a quien vamos siguiendo.

“Grande merecimiento el vuestro, que no habiéndole conocido ni visto, le amáis con igual amor al nuestro que le hemos visto, oído y convivido con su persona humana en mucho tiempo que ojalá hubiéramos debidamente aprovechado.

“Habéis obtenido el glorioso fin de vuestra fe y esperanza en Él, que con el concurso de vuestro esfuerzo y voluntad os dará la salud del alma, la paz y la dicha perdurable.

“Iluminado vuestro entendimiento por una vida de templanza y rectitud, estaréis en condiciones de recibirle cuando Él os sea manifestado.

“Hijos obedientes hemos de ser, cortando los deseos que en nuestra ignorancia teníamos antes y cambiados por los que son propios de santos.

“Porque escrito está: Sed santos, porque yo lo soy para ejemplo vuestro.

“Purificadas nuestras almas en obediencia de la Ley de Verdad, en caridad hermanable sin fingimientos, envidias y murmuraciones, amándonos entrañablemente con puro amor, los unos a los otros, Él vendrá a morar en nosotros.

“Y donde Él vive, todo vive, renace, se renueva y crece y florece en paz y en amor, no como las plantas y flores de los jardines y los valles que se marchitan y perecen, sino que viven incorruptibles; no como la hierba y heno de los campos que está verde y florida en primavera y en el invierno es polvo y escarcha, sino incorruptible y en eterna renovación y progreso.

“Así es la palabra de Vida de nuestro Señor, como Él, permanente y eterna.

“¡Ojalá deseáramos siempre, como parvulitos recién nacidos, la leche espiritual que es vida, salud y alegría perdurable, que es fuente de aguas vivas en que se purifica toda nuestra miseria y ahuyenta todas las malas tentaciones!

–II–

“Habéis gustado que el Señor es benigno y compasivo. Es piedra viva, reprobada cierto es de los hombres, pero elegida de Dios y preciosa. Así vosotros como piedras preciosas, edificaos casa espiritual y un sacerdocio

santo para ofrecer sacrificios espirituales de vencimientos y renunciaciones agradables a nuestro Señor el Cristo, Hijo de Dios, Él nunca os pedirá sino lo que sea para vuestro bien.

“He aquí, dice la Escritura, pongo en Sión la piedra fundamental del Ángulo, escogida y preciosa, y el que creyere en ella no será confundido en las tinieblas. Ella es, pues, honor a vosotros que sois obedientes a la Ley; mas para los desobedientes, piedra de tropiezo será, y roca de escándalo para los que en pensamientos o palabras delinquen con engaño y malicia ante los que ignoran, y así les llevan a tinieblas.

“Vosotros sois linaje escogido, llamado a un sacerdocio santo, pueblo iluminado para que anunciéis la grandeza de Aquel Príncipe heredero de los cielos, que os ha llamado de las tinieblas a su Luz admirable; del engaño a su Verdad Eterna; del turbión de bajas pasiones a la pradera apacible de las más nobles virtudes.

“Amados míos, extranjeros y peregrinos en tierras lejanas, yo os ruego que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma.

“Llevando vida noble y pura entre gentiles que murmuran de nosotros, seguidores del Señor, porque no nos conocen, haremos que amen la enseñanza de Él que nos hace incorruptibles, amorosos de corazón, compañeros de los afligidos y enfermos, protectores de viudas y huérfanos, comprensivos de todos los dolores y debilidades humanas.

“Esta y no otra es la forma de glorificar a Dios y a su Hijo el Cristo, con la luz que derramen nuestras palabras, con la vibración que lleven hasta lejos nuestros pensamientos y hasta con la mirada de nuestros ojos, benévolos para las flaquezas del prójimo, antes disminuidas con nuestra bondad que aumentadas con nuestra malicia. Así hablaba, pensaba y miraba nuestro Maestro y Señor, y así debemos hacerlo nosotros si queremos merecer que Él nos tenga como discípulos suyos y nos guarde en su Corazón.

“Os recomiendo también estar sujetos a toda ordenación humana, ya sea al rey como al superior, ya a los gobernadores como enviados de él para entrar en razón y justicia a los malhechores y para resguardo de los hombres de bien.

“Porque tal es la voluntad de Dios, que obrando el bien hagáis callar la ignorancia de los hombres vanos.

“Sintámonos libres, dentro de lo mandado por la Ley y no con la libertad encubridora con malicia de toda especie de desmanes, daños y perjuicios para nuestros semejantes. Sea, pues nuestra libertad propia de siervos de Dios.

“Amados hermanos en nuestro Señor el Cristo, os recomiendo esto: Honrad a todos, amad la fraternidad, respetad al rico como al pobre,

al señor como al siervo, a los afables y buenos, como a los exigentes y rigurosos, porque en este mundo son muchísimos más los malos que los buenos; los imperfectos que los perfectos, los maldicientes que los portadores de bendiciones.

“No debemos olvidar que en este valle de pesadumbres, las almas purificadas que son como ángeles de paz y dulzura, son tan escasas como los lirios blancos en los peñascos reseco del desierto.

“No debemos olvidar que para soportar padecimientos fuimos llamados a este mundo, en el cual hasta nuestro Señor el Cristo padeció no mereciéndolo, pues Él no tuvo pecado, ni jamás se encontró engaño en su boca, ni doblez en su corazón.

“¿Hemos de rebelarnos ante el dolor, nosotros que somos como un saco de imperfecciones, miserias y desaciertos?

“Aceptemos con paciencia y serenidad los sufrimientos que son pago de deudas a causa de andanzas contra la Ley. Éramos como ovejas descarriadas, sin rumbo ni camino, esparcidas entre laberintos y encrucijadas, y hoy tenemos un Pastor que nos trae al camino, a las verdes praderas y a las aguas vivas que apagan toda sed.

“Sigamos sus pisadas, con vida casta y pura como la suya, con la mente prendida a las cosas divinas y eternas, que así lo enseñó y lo mandó: “Buscad primero el Reino de Dios, que todo lo demás se os dará por añadidura”.

“Y vosotras, mujeres, doncellas, esposas, madres, pensad que sois llamadas a ser vasos de piedad y misericordia para los desamparados y desvalidos. Estáis llamadas a ser como la vid que da sombra y dulce fruto a cuantos se cobijan bajo sus pámpanos.

“Elegidas fuisteis por la ley para traer la vida, la esperanza, consuelo y amor en todos los sitios en que fuereis colocadas. Doncellas, encontrad a Dios en el corazón de vuestros padres; esposas en vuestros maridos; madres en vuestros hijos y siervos, y en cuantos padecen la soledad del corazón y la orfandad en su vida.

“Y todos por fin, los que llevamos en el corazón el nombre santo del Cristo Hijo de Dios, seámosle con nuestras obras corona de gloria y no causa de que le infamen cargándole con nuestras culpas.

“Sea Él bendecido y glorificado en nuestras vidas de perfecta justicia como corresponde a discípulos suyos. Así sea por siempre”.

* * *

Fue ésta la primera epístola de Pedro para la Hermandad Cristiana de aquella hora. Y Lucanus con los discípulos compañeros de Juan, fueron los encargados de multiplicar copias y difundirlas por todas las Congregaciones diseminadas en el mundo civilizado de entonces.

Un pariente cercano de Galo, hombre de toda confianza suya llamado Silvano, fue el conductor elegido por Pedro para llevar a cada uno de los Doce compañeros de apostolado, una copia firmada por él.

Era Silvano un joven nacido contrahecho, impedido de caminar con sus pies, que fue curado por el Anciano Apóstol. Y tanto fue su agradecimiento que quiso ser su hijo adoptivo tal como Juan Marcos lo era desde tantos años.

Cuatro años tardó Silvano en visitar a cada uno de los Doce en los lejanos países donde realizaron su apostolado. Pedro no olvidó a Judas que entre los áridos peñascales del desierto en Judea, era misionero ignorado de los leprosos y secreto sepulturero de todos los reos condenados a muerte.

Sólo Pedro y Juan conocían su secreto y ellos fueron los instrumentos del Cristo-Amor para que aquel ser, a quien su fatal equivocación le hizo desventurado, no atentara contra su propia vida con un cobarde suicidio, tal como la vieja tradición lo ha divulgado. La infinita piedad del Maestro lo ayudó a soportar con mérito la tremenda jornada de oprobio en aquella etapa de su vida eterna.

¿Quién había de salvarle sino Él, bien llamado Salvador de este mundo?

En los Doce elegidos del Maestro Nazareno, vemos reflejado vivamente el amor sembrado por Él en sus almas simples, sencillas y buenas. Les había repetido tantas veces aquel divino cantar de su corazón: *“Amaos los unos a los otros porque en el amor que os tengáis unos a otros, conocerá el mundo que sois discípulos míos”*.

Y todos ellos aprendieron la sublime lección en que está sintetizada la felicidad verdadera que busca el alma en todos los mundos del ilimitado universo.

En todos ellos floreció el amor, la rosa púrpura sembrada por el Cristo; mas en Pedro y en Juan adquirió proporciones que parecen sobrepasar la capacidad de amar en seres humanos.

Debido a esto, fue la ciudad de Éfeso situada a la ribera del Mar Egeo, como otra Galilea a la margen de aquel mar interior que los nativos llamaron Genesaret, y Herodes, adulón del César, le cambió el nombre en Tiberíades.

Allí, en el primer Oratorio y Congregación fundada por Galo y su familia, se desbordó el cielo en manifestaciones espirituales de las más extraordinarias, que son posibles en un plano físico como el terrestre.

El amor que en tan alto grado vibró en ellos, les llevaba por temporadas a la ciudad de Diana, como la llamaban orgullosamente los fervientes

amadores de la diosa cazadora en las noches de luna. Y tal calificativo fue apagándose lentamente y sin esfuerzo y sin lucha.

El amor del Cristo, derramándose como un manantial inagotable de las almas unidas de Pedro y de Juan, sobre todos los sufrimientos del cuerpo y del alma hizo el prodigio de que la diosa Diana se eclipsara en la gran mayoría del pueblo efesio, para que apareciera la piadosa y dulcísima imagen del Dios Nazareno como dieron en llamarle los nativos de los pueblos costaneros del Mar Egeo.

¿Cómo ocurrió la transformación? Ahora lo veremos.

Un fuego divino del amor al Cristo abrasaba el corazón del viejo Apóstol desde que le fue inspirada aquella su primera Epístola a la Hermandad Cristiana esparcida por el mundo.

—¡Juan!... —dijo un día—. Esta vida de retiro es preciosa y es una fuente de divinas dulzuras para nuestras almas. Pero te aseguro que cada vez que nuestro amado Galo nos trae las noticias de la ciudad, mi corazón sufre angustias de muerte por el padecimiento de tantos hermanos nuestros cargados de miserias y enfermedades, que vagan por el mundo en eterno lamento que nadie puede acallar...

“¡Yo puedo, Juan, porque el Señor me dio su poder de acallar los gritos del dolor humano! ¡Yo puedo y no lo hago! ¿Me perdonará este gran pecado?”

¡Y el pobre Anciano se echó a llorar angustiosamente porque su retiro en Patmos no le permitía aliviar el dolor de sus hermanos!

Juan cayó de rodillas ante él, que estaba sentado en su vieja banqueta de juncos, y abrazando aquella cabeza blanca y temblorosa de sollozos, le decía con mimos de hijo a un amado padre anciano:

—Iremos, Pedro, iremos a donde tú quieras a consolar a los que sufren, porque me sufre el corazón verte llorar por los que lloran sin esperanza y sin consuelo. ¡Vamos a donde quieras!

Y tomaron ambos la resolución de trasladarse cada mes por una semana a la ciudad de Éfeso para que, en visita a los Oratorios allí establecidos, curase Pedro a todos los enfermos que se presentaran pidiendo la salud.

En las noches de su permanencia en la ciudad, en sus meditaciones solitarias, ambos Apóstoles pudieron decir que el cielo bajó a la tierra en las grandes Inteligencias purificadas que se exteriorizaban ante ellos, atraídos seguramente por el amor que de ellos se desbordaba como un torrente sobre los sufrientes de esta vida.

Y cuando tal sucedía, ambos escuchaban un cantar nuevo como anuncio de manifestación que se acercaba:

“*¡Agnus Dei, qui tolis peccata mundi!*” —*Cordero de Dios que borras los pecados del mundo*—.

*“¡Es el amor fuego ardiente
Que abrasa sin consumir,
Es ansia de inmolaciones
Es la vida y es morir.
Así aman los amadores
Del Cristo que amó el dolor
Y que hoy glorioso en su Reino
Vive la vida de amor”*

Tal era el pensamiento que en melodías inefables escuchaban en sus éxtasis de amor supremo y que yo traduzco para mis lectores en pobrísimos versos castellanos, a fin de dejarlos informados de qué ocurría en las meditaciones íntimas de los Apóstoles del Cristo que vamos estudiando en estos relatos.

118

EL ROSAL FLORECIDO

El extraordinario desbordamiento de manifestaciones espirituales en Éfeso y en la solitaria isla de Patmos, arrancaba del noble corazón del Apóstol Pedro esta exclamación:

—¡Mi Señor!... ¡Amado sobre todas las cosas! ¡Yo no soy más que la dura piedra que dejaste como cimiento de tu Obra, y he aquí que tu amor encontró el medio de que esta piedra se convierta en un rosal florecido!

“¿Cómo hiciste tal prodigio, Señor?”

Y Juan le contestaba:

—Con menos merecimientos que tú, el Maestro hizo florecer mi rosal desde que me trajo a esta soledad.

“Tendríamos que averiguar si a nuestros diez compañeros de apostolado les floreció también el rosal misterioso del Cristo, Verbo de Dios que no se seca nunca”.

—Que mi Señor conserve esta vida mía en la carne hasta que vuelva mi hijo Silvano, con las noticias de cada uno de ellos —decía el Anciano, que si a los deseos humanos los fue haciendo morir uno a uno, aún le quedaba ese, vivo y palpitante en el fondo de su corazón.

“¡Qué gloria para nuestro Señor, si a todos sus elegidos les brotó el rosal y creció y dio flores en abundancia!

“De Zebeo y Matheo, misioneros en el África, ya lo sabemos. Nos faltan noticias detalladas de todos los otros y espero con ansias las que traerá Silvano.

“Después, Juan..., después moriré tranquilo, sin ningún deseo en el alma, y podré decir a mi Señor como Él dijo a su Padre Celestial en el momento de morir: ¡Todo fue consumado!

Y Juan, que veía agotarse día por día aquel fuerte organismo físico que había resistido ochenta y siete años de vida dura en el trabajo y más dura aún en su afán de darse a los demás en curaciones a millares, comprendía claramente que el final de la jornada estaba llegando para Pedro.

Y rogaba fervorosamente a su Maestro que el mensajero tornara pronto, para que su amado compañero viera llegar su hora postrera sin ningún deseo humano, ya que sólo ocupaba su mente el supremo deseo de la unión con la Divinidad.

La última semana que estuvieron en Éfeso, ocurrió la llegada de Silvano tan esperado y sus noticias unidas a las amorosas epístolas que todos los ausentes enviaban al Anciano Apóstol, como respuesta a la que él les había enviado, colmó el alma de Pedro de tan inmensa alegría que reía y lloraba como un niño, y le hacía intensas exclamaciones a su Señor y Maestro, y le refería las noticias de sus escogidos, como si Pedro olvidara que Él lo sabía y lo veía todo, que Él mismo guiaba los trabajos de todos y que Él cumplía la promesa solemne hecha en vísperas de su muerte, de *“estar con todos ellos hasta el final de los tiempos”*.

Y para este final de los tiempos que es el final de este ciclo, aún faltaban siglos para andar por los arenales terrestres.

La intensa vida espiritual de ambos Apóstoles, les hacía vivir como en una continuada ensoñación celestial. Las epístolas traídas por Silvano y todas las noticias de los hermanos ausentes fue otro motivo de exaltación interior ferviente y mística al más alto grado en que puede vibrar de amor y de dicha el alma humana.

Y estas circunstancias sutilizaron de tal modo el ambiente y formaron tan esplendorosa bóveda psíquica, que la meditación de esa noche superó a todo cuanto les era conocido y mucho más de lo que podían esperar.

En radiante visión se manifestó Myriam, la augusta Madre del Cristo, que tanto ellos habían amado y mimado hasta su hora final. Y tan familiar, digámoslo así, y tan sencilla y tierna en su inefable maternidad espiritual, que acariciando la cabeza de Pedro, le decía:

—¡Qué blanca túnica te he preparado para vestirte con ella cuando vengas al festín de las bodas divinas que tan cercanas están para ti!

Y abrazando a Juan le decía:

—Cuánto has crecido, mi pequeño Jhoanín, triste y huraño en otra hora y hoy radiante de amor y de fe. Ha sido Éfeso el lugar de tus glorias más puras y aquí te visitaré aún muchas veces mientras van corriendo como aguas claras tus días terrestres.

La augusta Madre traía junto a sí como resplandeciente corte de

honor, almas muy compañeras y amadas: la pequeña María, algunos de los Ancianos Esenios que fueron sus maestros en el comienzo del apostolado, Yohanán el Bautista, María de Mágdalo, Salomé, el Príncipe Melchor, Filón de Alejandría, Lía la viuda de Jerusalén, Simónides y Noemí, madre de Judá...

—¡Oh, santo cielo!... —exclamaba Pedro, como enloquecido de felicidad y en amoroso transporte—. ¡Oh, sueño divino del que no quiero despertar jamás!...

Y cuando al final se diseñó la imagen radiante y serena del Cristo con sus brazos extendidos como para estrechar en un abrazo a todos, encarnados y espirituales, el Anciano perdió el conocimiento y cayó como en un desmayo, del cual se despertó muy debilitado físicamente, aunque su espíritu vibraba como un arpa eólica suspendida entre el cielo y la tierra.

Cuando estuvo mejor, volvieron todos a la soledad de la isla de Patmos, donde dos semanas después, Pedro durmió serenamente el sueño final que le llevó a despertarse a los pies de su amado Señor, en su Reino Inmortal y Eterno.

Y pudo decir tal como lo había dicho su Divino Maestro:

—“¡Todo fue consumado! ¡Mi señor!... Recibe mi alma, que quiere descansar a tus pies”. —Y a media voz fue nombrando a cada uno de los que rodeaban su lecho. Su mano grande y ya enflaquecida estrechaba la diestra de Juan y con tal fuerza que costó esfuerzo separarla cuando ya el Anciano Apóstol no era habitante de la tierra.

Aquella tranquila serenidad en la muerte quedó grabada profundamente en los que estuvieron presentes y al verle exhalar el último hálito de vida, todos pensaron: “Deja la vida como la vivió. ¡Cuán grande santo fue Pedro en su sencilla y tierna humildad!

Y como viera Juan que Policarpo, Papías y Silvano lloraban silenciosamente, se acercó a ellos y con suave ternura les decía:

—En el morir de un santo no cabe la tristeza y el llanto. A los justos se les acompaña con himnos de gloria en su entrada al reino de Dios.

“Papías, haz el favor, hijo mío, de tocar en tu arpa el salmo de gratitud al Señor, que todos vamos a cantarlo...”

En el arcón de cedro en que les trajera Galo las vestiduras de ceremonia que los solitarios vestirían en sus bodas, fue colocado el Anciano Apóstol que parecía dormido.

Y sobre su pecho cubierto del manto azul encerraron con él una de las copias de la epístola que había enviado a sus compañeros de apostolado y aquel testamento en que él expresaba su voluntad de morir como había muerto su Maestro y Señor.

Humilde y sencilla como su vida fue su muerte; y en las exequias fúnebres que le ofrecieron sus compañeros de soledad, resplandecía como astro soberano el amor verdadero que sigue a los justos como una estela de luz hasta más allá del sepulcro.

*“Las almas que se aman
No saben de olvido
No tienen ausencia
Ni dicen adiós”.*

Dos días después, el Capitán Galo llevaba en la popa de “La Gaviota”, el arcón de cedro que encerraba la vestidura carnal de Pedro para guardarla en el panteón de la familia en la Necrópolis de Éfeso, de donde Judá la hizo trasladar siete años después al mausoleo de Quintus Arrius, ubicado en sus tierras del Lacio, sobre la Vía Apia.

Y porque “las almas que se aman no saben de olvido, ni tienen ausencia, ni dicen adiós”, a Juan le invadió honda tristeza sintiendo el vacío que dejaba a su lado el compañero desaparecido.

Mas, la Voz que le daba fortaleza en sus desolaciones, llenó de nuevo su alma de esperanza y de fe.

Las manifestaciones espirituales continuaron casi diariamente, tan radiantes y vivas, que el buen Apóstol pudo decir a los íntimos suyos:

—Mi pequeña alcoba se ha tornado en un salón de recibo.

Y Policarpo le decía mimosamente:

—Maestro Juan, tu alcoba es demasiado pequeña.

“Recibid vuestras visitas en el Oratorio y las recibiremos contigo”.

Y complaciente el Apóstol en cuanto le era posible, accedió a lo que su discípulo pedía, aun a riesgo de que las visitas pudieran esquivar su presencia.

Pero antes trató de ayudarlos a prepararse para esas extraordinarias recepciones de las cuales es bien poco lo que en este plano físico se conoce.

—En primer término —les decía—, necesitáis una mente limpia de todo pensamiento perturbador, lo cual significa paz, serenidad, tranquilidad absoluta. Si acaso tenéis un resentimiento, aversión o desconfianza respecto a alguno de vuestros compañeros, impediréis a las Inteligencias elevadas y puras el acercamiento a nosotros hasta hacernos sentir su presencia, si no visible a nuestros ojos de carne, por lo menos invisiblemente.

“Si padecéis un dolor físico, tampoco favoreceréis las manifestaciones, porque ese dolor absorbería vuestra atención, y vuestro pensamiento será tornadizo entre el mal que sufrís y el bien que deseáis.

“Esto quiere decir que debéis estar con vuestra mente limpia y serena, y vuestro cuerpo sano y sin dolor alguno.

“La tercera condición necesaria es una aceptación firme, segura, sin vacilaciones, ni dudas, de que las voces, las presencias, cuanto nos venga del plano espiritual, una vez así preparados, es realmente venido de la Divinidad a la cual nos hemos entregado con toda nuestra voluntad, fe y confianza.

“Por los frutos se conoce el árbol”, decía nuestro Divino Maestro; y así conoceremos la asistencia espiritual suya, si salimos de estas recepciones espirituales con más energía, con más amor a nuestros semejantes, llenos de ansias de servir a todos y de sacrificarnos por todos; con mayores deseos de obrar el bien, de ser justos, leales y sinceros en todo nuestro pensar y hablar.

“En todo esto conoceremos que las voces y presencias habidas en nuestra meditación nos vienen de Dios por intermedio de nuestro Señor el Cristo, de su santa Madre o de los ángeles buenos que son sus mensajeros para con nosotros.

“Entrad, pues, conmigo a esperar las celestiales visitas, que la Eterna Ley permita que se acerquen a nosotros a traernos todo cuanto anhela nuestra alma y que no puede encontrarlo entre el torbellino de este plano terrestre tan sobrecargado de odios, de egoísmo y bajezas de toda especie”.

Y los rosales del amor del Cristo glorificado, florecieron en tal profusión para el Apóstol Juan y sus compañeros de soledad, que de aquel puñado de seres así consagrados al cultivo de su yo interno, salieron los más grandes maestros espirituales que en los tres primeros siglos de la Era Cristiana llevaron a gran altura el Ideal Divino traído por Él desde los comienzos de su Mesianismo en la Tierra: el Amor Universal.

Los fervientes cultivadores del yo íntimo, formaron legión en torno a esos maestros que, sin ruidos ni propaganda exterior y en silencio meditativo como los esenios, iban conduciendo las almas por el camino seguro del desprendimiento de goces materiales, de la abnegación en beneficio del prójimo, del desinterés absoluto en beneficio de todos y de ilimitada confianza en las promesas del amigo Eterno:

“En el amor que os tengáis unos a otros, conocerá el mundo que sois mis discípulos”.

“Si amáis como yo os amo, el Padre y Yo vendremos a vosotros y haremos nuestra morada en vuestro corazón”.

“Buscad primeramente el Reino de Dios y su Justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura”.

Y tan conscientes fueron del deber sagrado para con el Cristo y para las almas que la Eterna Ley les había confiado, que al dejar la vestidura

carnal de esa vida, se prometieron mutuamente tomarla de nuevo y lo más pronto posible a fin de que la buena simiente que habían sembrado no se perdiera entre los arenales sin agua, ni frescura de sombra.

—Volveremos pronto —decían—, a regar con las aguas Vivas de nuestro Señor el Cristo, la semilla que en las almas hemos sembrado en su Nombre, y a renovar el aceite de las lámparas encendidas por su amor.

Y en gloriosa falange de iluminados maestros de almas, tenemos un Cipriano de Cartago, Basilio de Capadocia, Eustaquio de Capua, Dionisio de Atenas, Antonio de Como, Sereno de Panonia, Justino de Flavia, Jerónimo de Estridón, Cayo de Dalmacia, Jorge de Capadocia, Sotero de Nápoles y Blas de Sebaste, a los mismos seres que en la solitaria isla de Patmos extrajeron de las Voces sin ruido que el Amigo Eterno susurraba a sus corazones, la elevada enseñanza teológica y mística que imprimieron vigorosamente en las grandes corrientes espirituales iniciadas por ellos en los siglos primeros del Cristianismo.

Fundadores de las primeras Escuelas Espirituales con la idea genial del Divino Profeta Nazareno, impulsaron los grandes vuelos idealistas de la alborada Cristiana, que más tarde, por las debilidades y la incomprensión humana, han sufrido decadencias lamentables para el progreso evolutivo, espiritual y moral de la humanidad.

Tal fue el amanecer de luz y de gloria sobre el rosal florecido del Cristo, cuya sangre de mártir y cuyo amor inquebrantable, fue sin duda el agua Viva que así fortaleció las raíces de aquella siembra misteriosa y fecunda que ni los siglos, ni la ignorancia, ni la malicia e incomprensión humana, no han podido borrar aún de la faz de la tierra.

La Verdad es eterna y es indestructible.

La Luz Divina no puede extinguirse jamás.

El Camino Eterno trazado a las humanidades por la Ley, sigue su rumbo a despecho de cuanto se interponga ante él.

Y el Mesías Instructor de esta humanidad repitió muchas veces:

“Yo soy la Verdad Eterna y el que me escucha no perecerá”.

“Yo soy la Luz de este mundo y el que me sigue no anda en tinieblas”.

“Yo soy el Camino y quien anda por él no caerá en el abismo”.

* * *

Y antes de cerrar este libro con los siete sellos de aquel que vio Juan en una de sus visiones, símbolo perfecto de lo que hace la inconsciente humanidad con las manifestaciones de la Verdad Divina cuando no están de acuerdo con sus egoísmos y ambiciones, las oculta a la humanidad no sólo bajo duros cerrojos, sino bajo severas penalidades en que millones de seres pierden la honra y la vida; antes de cerrarlo, digo, quiero dar

al amado y amable lector un sucinto detalle de otros personajes de mi relato que conquistaron su admiración y simpatía.

Personalidades vibrantes de amor al Cristo en su vida de Yhasua de Nazareth, sé que viven en la mente y el corazón del lector como flores eternamente lozanas.

El príncipe Judá, Nebai, Boanerges, el Hack-Ben Faqui fueron estrellas de dulce reposo al Corazón del Ungido, y quien le ama a Él, ama también a los que tan fervientes le amaron.

Nebai como llama viva que animaba a la numerosa legión de mujeres en la primera Congregación Cristiana de Roma, se mantuvo firme en su puesto hasta la edad de cincuenta y tres años en que fue llamada al Reino de Dios, que tanto prometiera Yhasua a los fieles cumplidores de su Ley.

Sus dos hijos eran ya columnas firmes del Ideal del Cristo y el príncipe Judá pudo dejarles como continuadores de su papel de proveedor constante de todas las necesidades materiales de la Cristiandad de esa hora.

Se había conquistado un descanso, y quiso buscarlo en el Gran Santuario de Moab, donde Yhasua de veinte años fue consagrado Maestro de Divina Sabiduría.

Tenía ansia suprema de conocer a fondo todo lo concerniente a Moisés, esa otra heroica jornada de la Vida Mesianica de su glorioso Amigo.

Al conocer tal resolución se unieron a él otros amantes de Yhasua: Nicodemus muy anciano ya, y el Hack-Ben Faqui, viudo hacía seis años, y tres que había casado a su hijita Selene con el menor de los hijos de la Reina Selene que descargaba en ellos el peso del numeroso pueblo tuareg.

El Anciano Nicodemus se consagró en absoluto a un amplio comentario de las Siete Cuestiones del examen que el Gran Consejo tomó a Yhasua y a Yohanán el Bautista, cuando ambos se consagraron Maestros.

Judá y Faqui, luego de unos meses de descanso fueron inducidos por los Ancianos Esenios de Moab a atravesar el desierto de Zin y llegar al Monte Sinaí, donde tres Esenios de edad madura, llevaban varios años de residencia enseñando la doctrina del Cristo basada en el amor al prójimo.

El Monte Sinaí era el Peñón de Sindi mencionado en las viejas escrituras del Patriarca Aldis, que tan conocidas estaban de todos los amantes del Divino Maestro.

Había allí un Santuario Esenio, donde se formaban en la vida espiritual todos los jóvenes o ancianos que lo deseaban; y tenían también la “Cabaña de las Abuelas” donde ancianas solitarias y doncellas huérfanas, se ensayaban a vivir la vida del amor fraterno.

Y Judá, como buen hijo de Israel, sintió el ansia de encontrar las huellas de aquel su glorioso antepasado, Hur, compañero de Moisés en los días ya lejanos de su heroica jornada de libertador y conductor de Israel a la Tierra de Promisión.

Por el árbol genealógico de su familia sabía que aquel Hur, era la raíz de su antigua familia, y las huellas sagradas de Moisés, eran también las huellas de Yhasua de Nazareth.

Y Faqui, cuya gran soledad le desesperaba, sin Thirsa, sin su padre, sin su hija, se había convertido en la sombra de su gran amigo y también siguió a Judá en su viaje al Monte Sinaí.

Ambos, dueños de inmensa fortuna, fueron la Providencia viviente para la vida de grandes privaciones, soportadas heroicamente por los habitantes de aquel pavoroso peñón rodeado por el desierto.

Puede decirse con toda verdad que Judá y Faqui fueron los fundadores del Gran Santuario del Monte Sinaí, que antes de llegar ellos estaban formados de grutas escabrosas sin nada que suavizara su aspereza natural.

Y fueron ellos que hicieron construir los primeros edificios de bloques de piedra arrancados de la montaña.

De aquel modesto principio ha surgido, al correr de los siglos, la enorme Ciudadela en que se han refugiado varias ramas del árbol gigantesco plantado por el Cristo con su frase inmortal: “Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo”.

No hay allí dogmatismos de ninguna especie. Debería llamarse Iconoclasta, pues dentro de la gran muralla, hay una Mezquita árabe donde se adora al Dios Único, Eterno Invisible, que enseñó Mahoma a su numeroso pueblo.

Hay un Templo imitación del que Salomón construyó a Jehová, Dios Único, Invisible y Eterno que enseñó Moisés al pueblo de Israel.

Hay un Templo imitación del que en Amarna, junto al Nilo, hizo construir el Faraón Anek-Atón, llamado el Justo, donde sacerdotes y fieles que se llaman cristianos Coptos adoran también al Dios Único, Invisible y Eterno y observan la Ley del Sinaí, y aquel sublime “Ama al prójimo como a ti mismo” del Profeta Nazareno, encarnación del Cristo Hijo de Dios.

Y son éstos los gobernantes dirigentes de toda la inmensa Ciudadela, guardianes del célebre Peñón que fue cautiverio de redención de culpables en la Prehistoria de los Kobdas de Abel, y Monte de los éxtasis y de la gloria de Moisés.

Algo ajeno y extraño sucede entre los adherentes de las distintas ideologías que se reúnen a orar en aquel sagrado lugar, porque ningún antagonismo, ni aversión les obliga a molestarse unos a otros.

Hay Sinagoga judía y Templo Cristiano dedicado a los Doce Apóstoles y donde se estudian y comentan diariamente los Evangelios y las Epístolas de los Apóstoles. El dirigente es llamado Patriarca y mantienen relaciones cordiales con los cristianos ortodoxos de Jerusalén.

Tres personalidades del Cristo reviven en este sagrado lugar que fue escenario grandioso en que se plasmó el Pensamiento Divino en forma de Ley: la personalidad de Abel, la de Moisés y la de Yhasua de Nazareth.

* * *

Y por fin..., como si la Eterna Ley hubiera querido impedir que las almas extremadamente sensitivas de Boanerges y Amada, presenciaran los horrores que soportó Palestina con la invasión de las Legiones Romanas, como huracán de fuego dirigido por Tito, hijo del Emperador Vespasiano; terminó la vida de Amada con un síncope cardíaco, y Boanerges el dulce rui señor de Mágdalo fue a ocultar la tristeza de su soledad en el Santuario del Tabor, que había sido para él como un segundo hogar, donde vistió la túnica parda de los esenios montañeses.

Hombre maduro y purificado por el interno martirio del que no encuentra en la Tierra la saciedad de los íntimos anhelos del alma, vació en la carpeta de sus secretos y en los arpegios de su laúd de ébano, cuanto escondía en el sagrario íntimo de su mundo interior.

Y el Archivo Eterno de la Luz me deja ver esta escritura suya, que él llamó:

*El salmo de mi soledad
(A Yhasua mi Maestro)*

¡Con vos, Señor, lo tengo todo y sin Vos no tengo nada!

¡Los que me amaban y yo amaba todos se fueron para no volver!...

Los demás olvidan, abandonan, no comprenden, no saben..., viven absorbidos por las cosas mil de la vida como un río que corre inconsciente de que va corriendo siempre...

Sólo vos, Señor, comprendes y sabes cuanto necesita el alma mía para continuar hasta el fin esta jornada, que has destinado para las pequeñas obras de que soy capaz en colaboración a tus afanes por la evolución humana.

¡Energía, vitalidad, calor de ternuras y amistades grandes, nobles, sin dobleces, sin restricciones, con pensamientos blancos y puros como tus lotos sagrados y los lirios de tus valles!...

¡Amores intensos y radiantes prontos al sacrificio..., como tus rosas bermejas y tus pasionarias humildes!

¡Todo eso me das en el desborde incontenible de tu amor de siglos que resiste a todos los vientos y a todas las tempestades, y vive siempre como lámpara eterna que ningún vendaval puede apagar!...

¡Oh, Amante Yhasua, mi único amigo eterno! ¡Eres Tú el que das un salto sobre todos los abismos que te separan de esta criatura de Dios, que nunca tuvo para ofrecerte otra cosa sino su amor que también ha resistido a los siglos y a todas las tempestades de sus múltiples vidas de carne!...

¡Yhasua!..., ¡amante divino y eterno que velas junto a mi alma solitaria, con más solicitud y amor que la madre junto a la cuna de su niño enfermo!...

¡En tu Reino mis amados, yo en la Tierra sin amor!

¿Por qué ha de seguir latiendo sin vida este corazón?...

* * *

Un discreto llamado a la puerta de la celdilla, cortó el pensamiento del solitario. Un jovenzuelo asustado le entregó un billete escrito que decía: “Estamos amenazados por las fuerzas invasoras que llegan como el incendio destruyéndolo todo. Los compañeros han corrido al salvamento de ancianos, mujeres y niños. Yo estoy solo con mi parálisis que apenas me deja mover. Ven con el mensajero a salvar las Escrituras que me fueron confiadas.

“Es cuanto pide para morir tranquilo, el Archivero del Quarantana”.

—¿Por qué me das esto a mí? —preguntó Boanerges al mensajero.

—Porque no encontré a nadie más que a vos para dárselo.

—¿Y quién es el Archivero que a ti te envía?

—Mi abuelito que en su juventud fue Guardián de la entrada, Bartolomé de En-Gedí, y es el único que ha quedado en el Quarantana.

—¡Hay alguien que me necesita aún en este mundo! —murmuró Boanerges—. Está solo en el Quarantana, como estoy yo solo en el Tabor.

“¡Oh, Amante Yhasua, glorioso en tu cielo de los Amadores y aún piensas en tus pequeños amigos de la Tierra!

“¿Eres Tú quien me llama en la soledad de hoy, como años atrás me sacaste de mi soledad de pastor?”

—No señor, es mi abuelito quien os llama porque necesita de vos, —le contestó el chicuelo, pensando que su interlocutor hablaba con una tercera persona invisible para él—. Yo vengo con un vecino de En-Gedí que me espera en el llano. Si bajamos pronto, señor, será mejor...

—¡Bien, bien!... Pensaba en algo más alto que tú y yo, hijo mío. Tomo un caballo de los terapeutas y estoy andando enseguida”.

Una hora después, nuestro gentil poeta y músico cabalgaba entre el

chicuelo y su vecino montados en asnos, que se esforzaban en alcanzar el ligero andar de la cabalgadura de Boanerges.

Atravesar Galilea y Samaria no ofrecía tan bravas dificultades pero la Judea ardía como un volcán y estaba plagada de la soldadesca de Tito que la arrasaba como a tierra maldita.

Estando el Santuario del Quarantana cerca de la Fortaleza de Masada, sentíase el estrépito de los carros de guerra y de las catapultas con que asediaban la Fortaleza. Y de no haber sido un hábil conductor por los vericuetos de la montaña quien guiaba a Boanerges, acaso no hubiera llegado con vida a su destino.

* * *

—¿Quién podía pensar —decía con honda emoción el anciano Bartolomé—, que sería el trovador de Mágdalo quien acudiera a mi angustioso llamado? Ni aún sabía que estabas en el Tabor.

—En la tremenda hecatombe que nos envuelve, nada sabemos los unos de los otros y sólo podemos repetir: “Paso a la Justicia de Dios”.

—En verdad que se cumple al pie de la letra la palabra de nuestro amado Maestro: “No quedará piedra sobre piedra...”

—Y los anuncios recibidos en la isla de Patmos por el Apóstol Juan —añadía Boanerges—, lo dicen también de manera bien detallada y explícita. Los horrores que se cuentan de lo que pasa en Jerusalén y las ciudades vecinas, estremecen aun los corazones más fuertes.

—¡Arde Masada!... ¡Arde Masada!... —gritó el nieto de Bartolomé, entrando aterrorizado en extremo.

En efecto, Boanerges de pie sobre un peñasco, contempló la Fortaleza que semejava una montaña de llamas.

Formando un duro contraste con aquel horror, la blanca luna creciente subía en el horizonte abriéndose paso entre grises nubecillas, y la estrella vespertina como una brillante amatista parecía hacer la corte a la viajera de la noche.

El alma del vate soñador se dejó sumir por breve tiempo en la contemplación de aquellos cuadros tan diferentes uno de otro:

La tremenda Justicia Divina manifestada en los horrores de la devastación y del incendio, y la divina belleza de los cielos donde seguían los astros su marcha serena y majestuosa, ajenos a las crueles alternativas que las inconscientes criaturas terrestres provocan para su mal.

Nadie supo el secreto de la desaparición de Galilea, de Boanerges, el trovador de Mágdalo; pero tú y yo lector amigo, lo sabemos porque la Luz Eterna nos lo cuenta sigilosamente.

Mientras las huestes invasoras de Tito destruían Jerusalén, su

Templo, sus palacios, sus murallas, Fortalezas y fuentes, e incendiaba sus graneros y campos de labranza, Boanerges sepultaba en los huecos de las grutas, las Escrituras de remotos tiempos y los relatos, salmos, poemas y crónicas recientes que los amantes discípulos y amigos íntimos del Cristo, Ungido de Dios, remitían de continuo a los Santuarios Esenios, que fueron los asiduos recolectores de todo cuanto realizó el Cristianismo en los comienzos difíciles de su glorioso amanecer.

No fue Boanerges un misionero para el mundo exterior de su tiempo, porque todo él estaba hecho para la vida interior y para las continuaciones de lo que nunca debe morir:

¡Pensar, sentir, cantar a la Belleza, a la Verdad, al Amor y volar alto, muy alto, hasta llegar al Infinito!...

Los horrores de la guerra en la Judea, la parálisis de Bartolomé, solitario en la Granja de Andrés y la espera de un mensajero prometido por los Ancianos de Moab para transportar el Archivo, impidieron a Boanerges abandonar el más antiguo Santuario Esenio de Palestina y allí se extinguió su vida en la dulce placidez de la meditación y del silencio.

La muerte del justo es suave como un suspiro; es la satisfacción de un anhelo profundo; es el paso de las sombras a la luz.

* * *

Lector amigo, que nos has seguido pacientemente en este largo relato. Esperamos haber satisfecho tu anhelo de conocer los orígenes de la siembra de amor y de luz, de estrellas y rosas que derramó el Cristo Divino sobre esta Tierra.

¡Que la Paz de su Cielo sea contigo!

Hilarión de Monte Nebo-Josefa Rosalía Luque Álvarez